SAGRADA BIBLIA
NUEVO
TESTAMENTO

Este volumen del Nuevo Testamento de la Sagrada Biblia traducida y anotada por profesores de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra
se terminó de imprimir en los talleres de
Line Grafic (Ansoáin, Navarra)
el día 26 de junio de 1999
Festividad de S. Josemaría Escrivá de Balaguer
Laus Deo Virginiqtie Matri

PRESENTACIÓN
- Tabla de abreviaturas
- Tabla de pesos y medidas El nuevo testamento
- Los Evangelios

EL EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO
- Introducción

EL EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS
- Introducción

EL EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS
- Introducción

EL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN
- Introducción

LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES
- Introducción

LAS CARTAS DE SAN PABLO

LA CARTA A LOS ROMANOS
- Introducción

LAS CARTAS A LOS CORINTIOS
- Introducción

1ª CARTA A LOS CORINTIOS

2ª CARTA A LOS CORINTIOS

LA CARTA A LOS GÁLATAS

LA CARTA A LOS EFESIOS

LA CARTA A LOS FILIPENSES

LA CARTA A LOS COLOSENSES

LAS CARTAS A LOS TESALONICENSES
- Introducción

1ª CARTA A LOS TESALONICENSES

2ª CARTA A LOS TESALONICENSES

LAS CARTAS A TIMOTEO Y TITO

1ª CARTA A TIMOTEO

2ª CARTA A TIMOTEO LA CARTA A TITO

LA CARTA A FILEMÓN
LA CARTA A LOS HEBREOS
Introducción
LAS CARTAS CATÓLICAS
LA CARTA DE SANTIAGO
LA PRIMERA CARTA DE SAN PEDRO
LA SEGUNDA CARTA DE SAN PEDRO
LAS CARTAS DE SAN JUAN
LA 1ª CARTA DE SAN JUAN
LA 2ª CARTA DE SAN JUAN
LA 3ª CARTA DE SAN JUAN
LA CARTA DE SAN JUDAS
EL APOCALIPSIS
Introducción

PRESENTACIÓN

[Ir a Índice]

Tras la edición –traducción, introducciones y notas explicativas– del Nuevo Testamento en doce pequeños volúmenes, ha parecido que llegaba la hora de condensar su contenido en uno más manejable. La edición que presentamos abrevia en gran medida esa primera.

La traducción sigue siendo la realizada con anterioridad sobre los originales griegos. Ahora se ofrece revisada, procurando una redacción más fluida y mayor unificación léxica. En los evangelios sinópticos –Mateo, Marcos y Lucas– se ha tenido un especial cuidado de que la traducción señalara en los pasajes paralelos, lo peculiar de cada evangelista, tanto en el uso de las palabras como en la sintaxis.

Con las introducciones y comentarios se intenta que el lector pueda familiarizarse más y más con los libros del Nuevo Testamento. En los comentarios se ofrecen anotaciones que faciliten la comprensión del contenido y de la estructura de cada libro, ayudando al lector a seguir su trama y a fijarse en los pasajes centrales o culminantes. De esta manera se quiere resaltar cuáles son el propósito y las afirmaciones de cada autor sagrado, ya que cuanto él dice hay que retenerlo como lo que Dios quiere decirnos por medio de él. Además se recogen explicaciones de carácter doctrinal y ascético que fluyen del mismo texto bíblico, y que reflejan la comprensión que –según la analogía de la fe– ha tenido la Iglesia. Para acompañar esa «lectura de la Biblia en la Iglesia» se ofrecen numerosas citas en las que se puede apreciar cómo el Magisterio, los Padres, los Doctores y los Santos han entendido tanto los gestos y palabras del Señor como las expresiones de los Apóstoles y los autores sagrados.

En concreto, las notas a los Santos Evangelios buscan que el lector pueda captar la enseñanza de cada evangelista sobre la Persona de Jesús y que, mediante esa enseñanza, llegue a un mayor conocimiento del misterio de Cristo. La historia evangélica le invitará a introducirse en ella –según palabras del Beato Josemaría Escrivá– «como un personaje más». Los Evangelios llegarán a ser para quien se acerca a ellos desde la fe no

un libro del pasado, sino una interpelación a configurar su vida con la del Hijo de Dios hecho hombre.

En las notas a Hechos de los Apóstoles se ha procurado que el lector, al hilo de

la historia escrita por San Lucas, perciba el desarrollo de la Iglesia guiada por el Espíritu Santo y los Apóstoles. Se señala también la ejemplaridad de algunos personajes de la Primitiva Iglesia en la imitación de Jesús y en la tarea siempre renovada de la evangelización. En los comentarios a las Cartas se ha buscado la penetración en el mensaje doctrinal, moral y ascético que nos transmiten los Apóstoles invitándonos a redescubrir constantemente la nueva vida en Cristo. Finalmente, en las notas al libro del Apocalipsis, se han querido poner de manifiesto la consolación y el espíritu de firmeza y esperanza que da al creyente la victoria de Cristo.

Queremos aclarar que el lector se encontrará con notas de tres clases: anotaciones generales, en letra cursiva, a las diversas partes de cada libro sagrado (precedidas del signo §), notas a secciones dentro de cada parte del libro, también en letra cursiva, y notas a pasajes más breves que tienen cierto argumento completo. Estas últimas constituyen la mayoría de los comentarios. Los versículos de especial relevancia se comentan dentro de estas notas.

Las citas del Antiguo Testamento que los diversos autores del Nuevo Testamento incluyen en su texto aparecen en letra cursiva. Los lugares paralelos se limitan a los Evangelios y se señalan bajo los epígrafes. En un apéndice se recogen algunas explicaciones básicas sobre pesos y medidas y sobre las Fiestas y el Calendario judío. Son muchos los profesores de la Facultad de Teología que
intervinieron en aquella primera edición del Nuevo Testamento en doce volúmenes. El Consejo de Redacción, que es quien ha asumido ahora la labor de revisión y actualización, quiere agradecer el trabajo del Prof. Antonio García-Moreno y de cuantos de alguna forma participaron en aquel proyecto. Nuestro agradecimiento también a J. González-Urbiola y a M.L. Rouzaut por su colaboración en la revisión literaria.

TABLA DE ABREVIATURAS

[Ir a Índice]

Libros de la Sagrada Escritura

Ab = Abdías
Ag = Ageo
Am = Amós
Ap = Apocalipsis
Ba = Baruc
1 Co = Primera Carta a los Corintios
2 Co = Segunda Carta a los Corintios
Col = Carta a los Colosenses
1 Cro = Libro I de las Crónicas o Paralipómenos
2 Cro = Libro II de las Crónicas o Paralipómenos
Ct = Cantar de los Cantares
Dn = Daniel
Dt = Deuteronomio
Ef = Carta a los Efesios
Esd = Esdras
Est = Ester
Ex = Éxodo
Ez = Ezequiel
Flm = Carta a Filemón
Flp = Carta a los Filipenses

Ga = Carta a los Gálatas

Gn = Génesis
Ha = Habacuc
Hb = Carta a los Hebreos
Hch = Hechos de los Apóstoles
Is = Isaías
Jb = Job
Jc = Jueces
Jdt = Judit
Jo = Joel
Jn = Evangelio según San Juan
1 Jn = Primera Carta de San Juan
2 Jn = Segunda Carta de San Juan
3 Jn = Tercera Carta de San Juan
Jon = Jonás
Jos = Josué
Jr = Jeremías
Judas = Carta de San Judas
Lc = Evangelio según San Lucas Lm = Libro de las Lamentaciones Lv = Levítico
1 M = Libro I de los Macabeos
2 M = Libro II de los Macabeos
Mc = Evangelio según San Marcos
Mi = Miqueas
Ml = Malaquías
Mt = Evangelio según San Mateo
Na = Nahum
Ne = Nehemías Nm = Números
Os = Oseas
1 P = Primera Carta de San Pedro
2 P = Segunda Carta de San Pedro
Pr = Proverbios
Qo = Libro de Qohélet (= Eclesiastés)
1 R = Libro I de los Reyes
2 R = Libro II de los Reyes Rm = Carta a los Romanos Rt = Rut
1 S = Libro I de Samuel
2 S = Libro II de Samuel
Sal = Salmos
Sb = Sabiduría
Si = Libro de Ben Sirac (= Eclesiástico) So = Sofonías
St = Carta de Santiago
Tb = Tobías
1 Tm = Primera Carta a Timoteo
2 Tm = Segunda Carta a Timoteo
1 Ts = Primera Carta a los Tesalonicenses
2 Ts = Segunda Carta a los Tesalonicenses
Tt = Tito
Za = Zacarías

Otras abreviaturas

a.C. = antes de Cristo
cfr = confróntese
cap. = capítulo
caps. = capítulos
d.C. = después de Cristo
ibid. = ibidem (en el mismo lugar o pasaje)
p. ej. = por ejemplo
par. = pasajes paralelos
s. = siguiente
ss. = siguientes
v. = versículo
vv. = versículos

EL NUEVO TESTAMENTO

[Ir a Índice]

En una *primera acepción*, «Nuevo Testamento» indica la nueva y definitiva Alianza establecida por Dios con los hombres mediante Jesucristo, en quien culmina la Alianza ofrecida a Israel, la cual pasa a ser, de esta forma, el «Antiguo Testamento». Desde el siglo I los escritos cristianos utilizaron con este sentido las expresiones Antiguo y Nuevo Testamento, esto es, Antigua y Nueva Alianza. Según una *segunda acepción*, con «Nuevo Testamento» se indica la colección de libros inspirados por el Espíritu Santo que dan testimonio divino y perenne de la venida de Cristo y de su obra de salvación. Este uso es habitual desde el siglo II.

El canon del Nuevo Testamento se compone de 27 libros, escritos aproximadamente en la segunda mitad del siglo I. Pueden clasificarse de la siguiente forma: libros *históricos* o narrativos (los cuatro Evangelios y los *Hechos de los Apóstoles*), *didácticos* o epistolares (las trece cartas de San Pablo, la Carta a los Hebreos y las siete cartas católicas), y *proféticos* o de consolación (el Apocalipsis). Todo el Nuevo Testamento nos habla de Jesucristo mostrándolo como «el Hijo de Dios hecho hombre, palabra única, perfecta e insuperable del Padre» (*CCE* 65). De ahí que la lectura del Nuevo Testamento sea un modo excelente de conocer a Jesucristo. Los evangelios narran «lo que Jesús, el Hijo de Dios, viviendo entre los hombres, hizo y enseñó» (C. Vat. II, *Dei Verb*. 19). El resto de los libros «según el sabio plan de Dios, confirman la realidad de Cristo, van explicando su doctrina auténtica, proclaman la fuerza salvadora de la obra divina de Cristo, cuentan los comienzos y difusión maravillosa de la Iglesia, predicen su consumación gloriosa» (*ibid*. 20). El cristiano encuentra así en la lectura y en la meditación de los libros del Nuevo Testamento un norte claro para orientar su vida: los evangelios le ofrecen un testimonio cierto y ejemplar de lo que fue la vida de Jesús en la tierra; en las cartas puede descubrir qué significan hoy para él y para su vida cristiana la persona y la obra de Cristo; finalmente, en el Apocalipsis y en otros pasajes escatológicos del Nuevo Testamento, encuentra un consuelo para las tribulaciones que mantiene viva su esperanza en la victoria final.

LOS EVANGELIOS

[Ir a Índice]

El Nuevo Testamento se abre con los cuatro evangelios. Éstos son «el corazón de todas las Escrituras por ser el testimonio principal de la vida y la doctrina de la Palabra hecha carne, nuestro Salvador» (*CCE* 125; C. Vat. II, *Dei Verb*. 18).

La palabra «evangelio», de origen griego, significó al principio «buena noticia», y

tenía cierto raigambre en tiempos de Jesús. En la antigüedad griega designaba también la recompensa que se daba al portador de esa buena noticia o el sacrificio de acción de gracias que se ofrecía por ella. Los romanos llamaron evangelio al conjunto de beneficios que Augusto había traído a la humanidad. En la traducción griega del Antiguo Testamento (cfr Is 52,7) se utilizaba la expresión para designar los tiempos mesiánicos en los que Dios salvaría a su pueblo.

Al comienzo de su ministerio público (cfr Mc 1,13-14), Jesús predicó el Evangelio, la buena noticia de que con Él llegaba el Reino de Dios. Al final de su vida terrena (cfr Mc 16,15), envió a sus Apóstoles a predicar el Evangelio a toda criatura. Por eso la predicación apostólica sobre la vida y las palabras de Jesús es
«Evangelio», buena noticia, y además expresa el contenido del Evangelio. No es extraño que ya a mediados del siglo II a los libros que contenían las acciones y palabras de Jesús se les llamara «memorias de los apóstoles» o «evangelios».

El origen de los evangelios está en la predicación apostólica. Jesucristo no envió a sus discípulos a escribir sino a predicar. Ellos, por tanto, se ocuparon de difundir con todos los medios a su alcance la buena noticia de Jesucristo y sobre Jesucristo. La puesta por escrito de esa enseñanza apostólica en los evangelios no es pues el fruto de una crónica contemporánea de la actividad de Jesús registrada por sus discípulos, sino el resultado de un largo proceso. El *Catecismo de la Iglesia Católica* explica así este proceso: «En la formación de los evangelios se pueden distinguir
tres etapas: *1. La vida y la enseñanza de Jesús*. La Iglesia mantiene firmemente que los cuatro evangelios, cuya historicidad afirma sin vacilar, comunican fielmente lo
que Jesús, Hijo de Dios, viviendo entre los hombres, hizo y enseñó realmente para la salvación de ellos, hasta el día en que fue levantado al cielo. *2. La tradición oral*. Los apóstoles ciertamente después de la ascensión del Señor predicaron a sus oyentes lo que Él había dicho y obrado, con aquella crecida inteligencia de que ellos gozaban, amaestrados por los acontecimientos gloriosos de Cristo y por la luz del Espíritu de verdad. *3. Los evangelios escritos*. Los autores sagrados escribieron los cuatro Evangelios escogiendo algunas cosas de las muchas que ya se transmitían de palabra o por escrito, sintetizando otras, o explicándolas atendiendo a la condición de las Iglesias, conservando en fin la forma de proclamación, de manera que siempre nos comunicaban la verdad sincera acerca de Jesús» (*CCE* 126; C. Vat. II, *Dei Verb*. 19).

Los tres primeros evangelios se conocen también por el nombre de «evangelios sinópticos». Presentan grandes semejanzas y también bastantes diferencias. Ordenando su contenido en tres columnas paralelas, los parecidos y las diferencias se pueden observar en un solo golpe de vista (sinopsis). Esta «concordia discordante» se refiere tanto a su estructura como a la materialidad de las palabras.

En su estructura los tres evangelios parecen reproducir un mismo esquema. Tras presentar a Jesús, narran su bautismo por Juan, su actividad en Galilea anunciando
el Reino de Dios, su subida a Jerusalén, y los sucesos en esta ciudad que culminan
con su pasión, muerte y resurrección. Dentro de este esquema común, cada evangelista tiene sus propias peculiaridades: así San Mateo se detiene más en los grandes discursos de Jesús en Galilea, San Marcos hace de la confesión de Pedro el centro de su narración, mientras que San Lucas relata con mucha amplitud la predicación de Jesús desde Galilea a la Ciudad Santa, como un lento viaje o subida a Jerusalén

En lo que se refiere a los contenidos y a la materialidad de las

palabras, los tres evangelios tienen en común unos 350 versículos. Mateo y Lucas coinciden además por su parte en unos 230 versículos; Mateo y Marcos en unos 180; y Marcos y Lucas coinciden en unos 100. El hecho de que los evangelios provengan de una misma tradición apostólica y la adaptación de los evangelistas a las necesidades de sus lectores pueden explicar la razón de estas semejanzas y diferencias. La

dependencia de unos evangelios de otros o de documentos anteriores a los tres, que no se nos han conservado, es una cuestión que la investigación no ha logrado todavía solucionar.

El Evangelio según San Juan, aunque presenta una estructura y un desarrollo diferentes, recoge también la predicación apostólica, y tiene, por eso, muchas coincidencias con los evangelios sinópticos: tanto en lo que se refiere a la vida pública del Señor como en la narración de su pasión, muerte y resurrección.

MEDIDAS, PESOS Y MONEDAS

[Ir a Índice]

Las cifras que se dan en sistema decimal son meramente orientativas, ya que en la antigüedad nunca hubo un sistema de exactitud equiparable al actual (c. = *circa, aproximadamente*).

1. MEDIDAS

a) De longitud

Codo (Mt 6,27; Lc 12,25; Jn 21,8; Ap 21,17). Distancia desde la punta del codo hasta el extremo del dedo medio

Palmo. Distancia desde el extremo del dedo pulgar hasta el del dedo meñique de una mano extendida.

Palmo menor. Ancho de la mano donde arrancan los dedos.

Dedo(Pulgada). Ancho del dedo pulgar

Caña (Ap 21,15-16). 6 codos

Sistema de cálculo (léase 1 caña = 6 codos, etc.)

					Regia	Ordinaria
Caña	1				3,15 m	2,70 m
Codo	6	1			52,5 cm	45,8
Palmo	12	2	1		26,9 cm	22,9
Palmo menor	36	6	3	1	8,7 cm	7,6 cm
Dedo	144	24	12	4	2,2 cm	1,9 cm

b) De distancia

Milla (Mt 5,41). Denominación romana: 1.000 pasos dobles, c. 8 estadios, c. 1,5 Km

Estadio (Mt 14,24; Lc 24,13; Jn 6,19; 11,18; Ap 14,20; 21,16). Denominación griega: c. 185-200 m

Braza (Hch 27,28). Longitud entre los extremos de los dos brazos extendidos (4 codos o 6 pies): 1/100 estadio, c. 1,85 m

Pie (Hch 7,5): 1/600 estadio, c. 30,8 cm

Camino de un sábado (Hch 1,12). Distancia que un judío podía caminar sin traspasar la Ley. No le estaba permitido más de 2.000 codos (entre 1 y 1,2 Km). La prescripción se entendía de diferentes formas

c) De capacidad

Las medidas de capacidad servían a la vez para líquidos y para áridos, aunque algunas se reservaban exclusivamente para una u otra de

estas categorías. *Los nombres procedían de los recipientes que se utilizaban para medir*.

NUEVO TESTAMENTO	ANT. TESTAMENTO (para áridos)	ANT. TESTAMENTO (para líquidos)	LITROS
Koros (Lc 16,7)	1 *Jómer* (carga de un asno)	1 *Cor* = 10 *Bat*	210
	1 *Létec*	1/2 *Jómer-Cor*	115
Batos = Metreta (Lc 16,6;Jn 2,6)	1 *Efá*	1 *Bat*	21
Saton	1		
Seá (Mt 13,33; Lc 13,21)		13,3?	
Modio (*Celemín*) (Mt 5,15; Mc 4,21; Lc 11,33)			8,7
Choinix (Ap 6,6)	1 *Issarón* (1/10 de *Efá*)		2,1
		1 *Hin*	7,5
		1 *Cab*	2,5
Xestes (*Sextarius*) (Mc 7,4)	1 *Log*		0,3

2. PESOS Y MONEDAS

En el antiguo Oriente y en Palestina, habitualmente sólo se pesaban los materiales más preciosos: el oro, la plata, los perfumes, las especies. Las medidas de peso servían para evaluar los precios de los productos de consumo corriente antes de la invención y uso de la moneda. En el pueblo de Israel, el siclo fue la unidad monetaria base. En el Nuevo Testamento se entremezclan los pesos y monedas según los usos hebreos, griegos y romanos.

a) Pesos

Talento (Mt 18,24; 25,15-28; Ap 16,21). Unidad contable equivalente a un valor de 6.000 dracmas: c. 34 Kg de plata

Mina (Lc 19,13-25). Unidad de peso cuyo valor era de 100 dracmas: 570 gr

Siclo. Unidad de peso básico: se puede dividir en un tercio, mitad y cuarto de siclo: 11,4 gr

Beca. Medio siclo: 5,7 gr

Guerá. Unidad mínima de peso; literalmente “grano”: 0,475 gr

Libra (Jn 12,3; 19,39). Unidad de peso básica entre los romanos: c. 320 gr

Sistema de cálculo (*según la estimación de la mina común en 50 siclos*) (léase 1 Talento = 60 Minas, etc.)

Talento	1				
Mina	60	1			
Siclo	3.000	50	1		
Beca	6.000	100	2	1	
Guerá	60.000	1.000	20	10	1

b) Monedas

a) Valores griegos

Estáter (Mt 17,27). Equiparada al tetradracma = 1 siclo

Tetradracma (cfr Mt 26,15; 27,3-10). Moneda de plata de c. 14 gr 4 dracmas;
asimilada al estáter

Didracma (Mt 17,24). Moneda de plata de c. 7 gr = 2 dracmas; medio siclo *Dracma* (Lc 15,8-9). Moneda de plata de c. 3,5 gr = c. 1 denario de plata *Calco* (Mc 12,41; cfr Mt 10,9; Mc 6,8). Moneda de bronce de c. 8,60 gr *Lepton* (Mc 12,42; Lc 12,59; 21,2). Moneda de bronce de c. 1,2 gr = 1/7
calco

Óbolo. Moneda de plata de c. 0,72 gr

b) Valores romanos

Denario de oro (cfr Mt 10,9). Moneda de oro de c. 7,80 gr = 25 Denarios de
plat
a *Denario* (Mt 18,28; Lc 7,41; 10,35). Moneda de plata de c. 3,85 gr = 1/4 siclo.

En tiempos de Nerón era equiparado al dracma. Jornal de un obrero agrario (Mt
20,2-13). Moneda habitual para precio de mercancías (Mc 6,37; 14,5; Jn 6,7; 12,5; Ap 6,6). Cfr palabras de Jesús a partir de la efigie grabada en él (Mt 22,19; Mc
12,15; Lc 20,24)

As (Mt 10,29; Lc 12,6). Moneda de bronce de c. 10,80 gr = 1/16 denario *Cuadrante* (Mt 5,26; Mc 12,42). Moneda de bronce de c. 3,10 gr = 1/4 as *Sextercio*. Moneda de latón de c. 25,40 gr

FIESTAS DEL CALENDARIO JUDÍO

Calendario judío

El mes hebreo era lunar, de 29 ó 30 días. El inicio del mes era la luna nueva. El año religioso constaba de 12 meses lunares y comprendía entre 353-355 días: para aproximarse al año solar, se añadía un segundo “mes de Adar” (siete veces en 19 años a intervalos regulares). En tiempos de Jesús también se utilizaban los nombres macedonios y romanos (de los que derivan los nombres actuales en castellano). Como la luna empieza a ser visible por la tarde, el día hebreo se inicia con lo que para nosotros es la víspera y dura hasta la siguiente puesta de sol. El día, desde el amanecer hasta el ocaso, se dividía en 12 horas, y la noche, en tres vigilias. Más tarde por influjo romano la noche se dividió en cuatro vigilias de tres horas.

NOMBRE CANANEO	NOMBRE BABILONIO	NOMBRE MACEDONIO	
Abib	Nisán	*Artemisios*	Marzo/
Siv	Iyyar	*Daisios*	Abril/Mayo
	Siván	*Panemos*	Mayo/
	Tammuz	*Loos*	Junio/Julio
	Ab	*Gorpaios*	Julio/Agosto
	Elul	*Hiperberetaios*	Agosto/Septiembre
Etanim	Tisrí	*Dios*	Septiembre/Octubre
Bul	Marhesván	*Apellaios*	Octubre/Noviembre

Kisleu	*Audunaios*	Noviembre/Diciembre
Tébet	*Peritios*	Diciembre/
Sebat	*Dystros*	Enero/Febrero

Adar	*Xantikós*	Febrero/Marzo

Fiestas bíblicas y su tiempo

Sábado. Último día de cada semana: cfr Lv 23,3

Neomenia. Luna nueva (novilunio). Primer día de cada mes: cfr Nm 28,11

Año Nuevo. Primer día de cada año: cfr Lv 23,23-25. Antes del destierro de Babilonia el año civil y religioso comenzaba en el mes de Nisán, y el año económico en el mes de Tisrí. Después del destierro el año civil se igualó al económico

Pascua. 14/15 Nisán, luna llena de primavera: cfr Ex 12,1-14; Lv 23,5-8

Fiesta de los Ácimos. Obligación de comer pan no fermentado durante siete días, empezando con la Pascua. El día después del sábado se hacía la ofrenda de las primicias de la cosecha: cfr Lv 23,5-8; Ex 12,15-20

Fiesta de las Semanas (*Pentecostés*). 6/7 de Siván, 50 días después de la
Fiesta de los Acimos: final de la cosecha: cfr Lv 23,15-22

Día de la Expiación (*Yom kippur*). 10 / 11 de Tisrí, 5 días antes de la Fiesta de los Tabernáculos: cfr Lv 16,2-34; 23,26-32

Fiesta de los Tabernáculos (Sukkot). 15-22 de Tisrí: final de la recolección del olivo y de la uva: cfr Lv 23,34-43

Fiesta de la Hanuká (*Encenia o Dedicación*). Semana del 25 de Kisleu:
recuerdo de la purificación del Templo por Judas Macabeo el 164 a.C.: cfr 1 M
4,36-61

Fiesta de los Purim (*Día de Mardoqueo*). 14/15 Adar: cfr Est 9,20-32

Año sabático. Cada siete años: cfr Lv 25,2-7

Año Jubilar. Cada 49 años: cfr Lv 25,8-31

EL EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO

[Ir a índice]

Como ocurre con la mayor parte de los libros sagrados, el autor del primer evangelio no ha dejado su nombre en el escrito. La Tradición, ya desde muy antiguo, atribuye este evangelio a San Mateo, uno de los Doce Apóstoles. Según el testimonio de Papías, un escritor del siglo II, Mateo escribió su evangelio en la «lengua de los hebreos» (cfr Eusebio de Cesarea, *Hist. Eccl*. 3,39,15). Sin embargo, no nos ha llegado ningún testimonio escrito de aquella versión. El evangelio canónico es el que tenemos en griego. Muchas características del primer evangelio llevan a pensar que está dirigido a una comunidad en la que coinciden cristianos venidos del judaísmo y del paganismo, por lo que se suele considerar Siria como su lugar de origen.

El evangelista comienza su relato con los episodios de la infancia de Jesús y después sigue la misma estructura que encontramos en los otros dos sinópticos (vid. *supra*). Sin embargo, es característica propia del primer evangelio la inserción de grandes discursos del Señor. Cinco de estos extensos discursos –el discurso de la montaña (5,1-7,27), el de la misión dirigido a los Doce Apóstoles (10,1-42), el de las parábolas (13,1-52), el llamado discurso eclesiástico (18,1-35) y el discurso escatológico (24,1-25,46)– se cierran con una expresión semejante a ésta: «y sucedió que cuando Jesús acabó de dar estas instrucciones...» (cfr 7,28; 11,1; 13,53; 19,1; 26,1). Algunos autores han visto en esta forma de presentar el evangelio una evocación de los cinco libros del Pentateuco, la Ley de los judíos. En todo caso, señalan el interés del evangelista para argumentar que Jesús es el Mesías que ha venido a llevar la Ley a su plenitud.

Todos los evangelios podrían hacer suyo el programa del cuarto evangelista cuando dice a sus lectores que escribió su obra «para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre» Jn 20,31). Dentro de este programa general, cada evangelista ha subrayado de manera especial algún aspecto. San Mateo presenta a Jesús como el Mesías *prometido y rechazado*. Muestra, en primer lugar, que Jesús es el Mesías prometido, y por eso presenta sus acciones y palabras a la luz de diversos textos del Antiguo Testamento. Son muchas las ocasiones en las que el evangelista hace notar expresamente que con un acontecimiento determinado «se cumplió lo que había dicho Dios por medio del profeta» (cfr 1,22-23; 2,5-6.15.17-18.23; 3,3-4; 4,14-16; 8,17; 12,17-21; 13,35; 21,4-5; 27,9-10). Por éste y por otros motivos (cfr 5,17), se ha llamado al libro de Mateo el *evangelio del cumplimiento*. Pero Jesús es rechazado como Mesías por Israel. En muchos pasajes del primer evangelio se ve a los representantes del judaísmo oficial enfrentados a Jesús, y es muy claro también el dolor de Cristo por Israel que no ha sabido responder al plan de Dios. Por eso anuncia que Dios se formará un nuevo pueblo «que rinda sus frutos» (21,43). Ese nuevo pueblo es la Iglesia. De ahí que el *Evangelio de San Mateo* se haya llamado también el *evangelio eclesiástico*, porque es el que más se detiene en explicar la constitución de este nuevo Israel: su fundación queda expresada en las palabras de Jesús que siguen a la confesión de San Pedro (16,16-18), el régimen de su vida se transparenta en las normas del discurso eclesiástico (18,1-35) y, sobre todo, sin ser nombrada explícitamente, su realidad está detrás de otros muchos pasajes: las parábolas del Reino de los Cielos, la misión apostólica, etc. A los miembros de la Iglesia se les pide que den

frutos en obras, para que no les ocurra como al antiguo pueblo de Dios (25,1-46); para eso los cristianos deben guardar unas normas, las que Jesús ha enseñado (28,20) y las que reveló Dios a su pueblo, pues Cristo no vino para abolir la Ley y los Profetas, sino para «darles su plenitud» (5,17). Jesús
es, pues, Maestro; pero sobre todo es el *Emmanuel*, Dios con nosotros (1,23) que

está en medio de su Iglesia (18,20), en la que permanecerá hasta el fin del mundo
(28,20).

Citas del Antiguo Testamento

1,23. Is 7,14
2,6. Mi 5,1
2,15. Os 11,1
2,18. Jr 31,15
3,3. Is 40,3
4,4. Dt 8,3
4,6. Sal 91,11-12
4.7. Dt 6,16
4,10. Dt 5,9; 6,13
4,15-16. Is 8,23-9,1
5,21. Ex 20,13; Dt 5,17
5,27. Ex 20,14; Dt 5,18
5,31. Dt 24,1
5,33. Lv 19,12; Nm 30,3
5,34-35. Is 66,1
5,35. Sal 48,3
5,38. Ex 21,24
5,43. Lv 19,18
8,17. Is 53,4
9,13. Os 6,6
9,36. Nm 27,17; 1 R 22,17; 2 Cro 18,16; Jdt 11,19; Ez 34,5
10,35-36. Mi 7,6
11,5. Is 29,18; 35,5-6; 42,18; 26,19; 61,1
11,10. Ex 23,20; Ml 3,1
11,23. Is 14,13.15
12,7. Os 6,6
12,18-21. Is 42,1-4
12,40. Jon 2,1
13,14-15. Is 6,9-10
13,35. Sal 78,2
15,4. Ex 20,12; Dt 5,16; Ex 21,17; Lv 20,9
15,8-9. Is 29,13
18,16. Dt 19,15
19,4. Gn 1,27
19,5. Gn 2,24
19,7. Dt 24,1
19,18-19. Ex 20,12-16; Dt 5,16-20
21,5. Is 62,11; Za 9,9
21,9. Sal 118,25-26
21,13. Is 56,7; Jr 7,11
21,16. Sal 8,3
21,33. Is 5,1ss
21,42. Sal 118,22-23
22,24. Dt 25,5-6; Gn 38,8
22,32. Ex 3,6
22,37. Dt 6,5
22,39. Lv 19,18
22,44. Sal 110,1
23,38. Jr 12,7; 22,5; Sal 69,26

23,39. Sal 118,26
24,15. Dn 9,27; 11,31; 12,11; 1 M 1,54
24,21. Dn 12,1; Jl 2,2
24,29. Is 13,10; 34,4; Jl 2,10; Ag 2,6.21
24,30. Za 12,10; Dn 7,13
26,16. Za 11,12
26,31. Za 13,7
26,64. Dn 7,13; Sal 110,1
27,9-10. Za 11,12-13; Jr 18,2-3; 32,6-15
27,34. Sal 69,22
27,35. Sal 22,19
27,39. Sal 22,8
27,43. Sal 22,9
27,46. Sal 22,2
27,48 Sal 69,22

EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO [Ir a Índice]

I. NACIMIENTO E INFANCIA DE JESÚS

(1,1-2,23)

Genealogía de Jesucristo

(1,1-17)

(Lc 3,23-38)

1

1 Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán.
2 Abrahán engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, Jacob engendró a
Judá y a sus hermanos 3 Judá engendró a Farés y a Zara de Tamar, Farés
engendró a Esrón, Esrón engendró a Aram, 4 Aram engendró a Aminadab,
Aminadab engendró
a Naasón, Naasón engendró a Salmón, 5 Salmón engendró a Booz de
Rahab, Booz engendró a Obed de Rut, Obed engendró a Jesé, 6 Jesé
engendró al rey David.
David engendró a Salomón de la que fue mujer de Urías, 7 Salomón
engendró a Roboán, Roboán engendró a Abías, Abías engendró a Asá, 8
Asá engendró a
Josafat, Josafat engendró a Jorán, Jorán engendró a Ozías, 9 Ozías
engendró a Joatán, Joatán engendró a Acaz, Acaz engendró a Ezequías, 10
Ezequías engendró a Manasés, Manasés engendró a Amón, Amón
engendró a Josías, 11 Josías
engendró a Jeconías y a sus hermanos cuando la deportación a Babilonia.
12 Después de la deportación a Babilonia, Jeconías engendró a
Salatiel, Salatiel engendró a Zorobabel, 13 Zorobabel engendró a Abiud,

Abiud engendró a Eliacim, Eliacim engendró a Azor, [14] Azor engendró a Sadoc, Sadoc engendró a Aquim, Aquim engendró a Eliud, [15] Eliud engendró a Eleazar, Eleazar engendró a

Matán, Matán engendró a Jacob, 16 Jacob engendró a José, el esposo de
la cual nació Jesús llamado Cristo.
17 Por lo tanto, son catorce todas las generaciones desde Abrahán
hasta
David, y catorce generaciones desde David hasta la deportación a
Babilonia, y también catorce las generaciones desde la deportación a
Babilonia hasta Cristo.

Concepción virginal y nacimiento de Jesús (1,18-25)

(Lc 1,26-38; 2,1-7)

18 La generación de Jesucristo fue así: María, su madre, estaba
desposada con José, y antes de que conviviesen se encontró con que
había concebido en su seno por obra del Espíritu Santo.
19 José, su esposo, como era justo y no quería exponerla a infamia,
pensó repudiarla en secreto. 20 Consideraba él estas cosas, cuando un
ángel del Señor se
le apareció en sueños y le dijo:
—José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, porque lo
que en
ella ha sido concebido es obra del Espíritu Santo. 21 Dará a luz un hijo y le
pondrás
por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.
22 Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que dijo el Señor por
medio del
Profeta:
23 *Mirad, la virgen concebirá y dará a luz un hijo,*
a quien pondrán por nombre
Emmanuel, que significa *Dios-con-*
nosotros.
24 Al despertarse, José hizo lo que el ángel del Señor le había
ordenado, y recibió a su esposa. 25 Y, sin que la hubiera conocido, dio
ella a luz un hijo; y le
puso por nombre Jesús.

Adoración de los Magos (2,1-12)

2

1 Después de nacer Jesús en Belén de Judá en tiempos del rey Herodes,
unos
Magos llegaron de Oriente a Jerusalén 2 preguntando:
—¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido? Porque vimos su estrella
en el
Oriente y hemos venido a adorarle.
3 Al oír esto, el rey Herodes se inquietó, y con él toda
Jerusalén. 4 Y,
reuniendo a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del
pueblo, les interrogaba dónde había de nacer el Mesías.

Matán, Matán engendró a Jacob, [16] Jacob engendró a José, el esposo de
[5] —En Belén de Judá –le dijeron–, pues así está escrito por medio del
Profeta:
[6] *Y tú, Belén*, tierra de Judá,
ciertamente no *eres la menor*
entre las principales ciudades de Judá;
pues de ti saldrá un jefe
que apacentará a mi pueblo, Israel.
[7] Entonces, Herodes, llamando en secreto a los Magos, se informó cuidadosamente por ellos del tiempo en que había aparecido la estrella; [8] y les envió a Belén, diciéndoles:

—Id e informaos bien acerca del niño; y cuando lo encontréis,
que también yo vaya a adorarle.
9 Ellos, después de oír al rey, se pusieron en marcha. Y entonces, la
estrella
que habían visto en el Oriente se colocó delante de ellos, hasta pararse
sobre el
sitio donde estaba el niño. 10 Al ver la estrella se llenaron de inmensa
alegría. 11 Y
entrando en la casa, vieron al niño con María, su madre, y postrándose le
adoraron;
luego, abrieron sus cofres y le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra.
12 Y,
después de recibir en sueños aviso de no volver a Herodes, regresaron
a su país por otro camino.

Huida a Egipto. Muerte de los Inocentes
(2,13-18)

13 Cuando se marcharon, un ángel del Señor se le apareció en
sueños a José y le dijo:
—Levántate, toma al niño y a su madre, huye a Egipto y quédate
allí hasta que yo te diga, porque Herodes va a buscar al niño para
matarlo.
14 Él se levantó, tomó de noche al niño y a su madre y huyó a Egipto.
15 Allí
permaneció hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera lo que
dijo el Señor por medio del Profeta:

De Egipto llamé a mi hijo.

16 Entonces, Herodes, al ver que los Magos le habían engañado,
se irritó
mucho y mandó matar a todos los niños que había en Belén y toda su
comarca, de dos años para abajo, con arreglo al tiempo que
cuidadosamente había averiguado
de los Magos. 17 Se cumplió entonces lo dicho por medio del profeta
Jeremías:

18 *Una voz se oyó en*
Ramá,
llanto y lamento grande:
es Raquel que llora por sus hijos,
y no admite consuelo, porque ya no
existen.

Retorno a Nazaret
(2,19-23)
(Lc 2,51-
52)

19 Muerto Herodes, un ángel del Señor se le apareció en sueños a
José en
Egipto 20 y le dijo:
—Levántate, toma al niño y a su madre y vete a la tierra de Israel;
porque han muerto ya los que atentaban contra la vida del niño.

—Id e informaos bien acerca del niño; y cuando lo encontréis,
21 Se levantó, tomó al niño y a su madre y vino a la tierra de Israel. 22 Pero al
oír que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, temió ir allá; y
avisado en sueños marchó a la región de Galilea. 23 Y se fue a vivir a una ciudad
llamada Nazaret, para que se cumpliera lo dicho por medio de los Profetas: «Será llamado nazareno».

II. PREPARACIÓN DEL MINISTERIO DE JESÚS

(3,1-4,11)

Predicación de San Juan Bautista

(3,1-12)

(Mc 1,1-8; Lc 3,1-18; Jn 1,19-34)

3

1 En aquellos días apareció Juan el Bautista predicando en el desierto de
Judea 2 y diciendo:
—Convertíos, porque está al llegar el Reino de los Cielos.
3 Éste es aquel de quien habló el profeta Isaías diciendo:
Voz del que clama en el desierto:
«Preparad el camino del Señor,
haced rectas sus *sendas*».
4 Llevaba Juan una vestidura de pelo de camello con un ceñidor de
cuero a la
cintura, y su comida eran langostas y miel silvestre.
5 Entonces acudía a él Jerusalén, toda Judea y toda la comarca del
Jordán, 6
y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados. 7 Al ver
que
venían a su bautismo muchos fariseos y saduceos, les dijo:
—Raza de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira que va a venir? 8
Dad, por tanto, un fruto digno de penitencia, 9 y no os justifiquéis
interiormente pensando:
«Tenemos por padre a Abrahán». Porque os aseguro que Dios puede hacer
surgir
de estas piedras hijos de Abrahán. 10 Ya está el hacha puesta junto a la
raíz de los
árboles. Por tanto, todo árbol que no da buen fruto se corta y se arroja al
fuego.
11 » Yo os bautizo con agua para la conversión, pero el que viene
después de
mí es más poderoso que yo, a quien no soy digno de llevarle las sandalias.
El os
bautizará en el Espíritu Santo y en fuego. 12 Él tiene en su mano el bieldo y
limpiará
su era, y recogerá su trigo en el granero; en cambio, quemará la paja con
un fuego que no se apaga.

Bautismo de Jesús (3,13-17)

(Mc 1,9-11; Lc 3,21-22)

13 Entonces vino Jesús al Jordán desde Galilea, para ser bautizado por
Juan.
14 Pero éste se resistía diciendo:
—Soy yo quien necesita ser bautizado por ti, ¿y vienes tú a mí?
15 Jesús le respondió:
—Déjame ahora, así es como debemos cumplir nosotros toda justicia.
Entonces Juan se lo permitió. 16 Inmediatamente después de ser
bautizado,
Jesús salió del agua; y entonces se le abrieron los cielos, y vio al Espíritu de
Dios

que descendía en forma de paloma y venía sobre él. 17 Y una voz desde los cielos
dijo:
—Éste es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido.

Ayuno y tentaciones de Jesús
(4,1-11)
(Mc 1,12-13; Lc 4,1-13)

4

1 Entonces fue conducido Jesús al desierto por el Espíritu para ser
tentado por el diablo. 2 Después de haber ayunado cuarenta días con
cuarenta noches, sintió

hambre. [3] Y acercándose el tentador le dijo:
—Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes.
[4] Él respondió:
—Escrito está:
No sólo de pan vivirá el hombre,
sino de toda palabra que
procede de la boca de
Dios.
[5] Luego, el diablo lo llevó a la Ciudad Santa y lo puso sobre el pináculo del
Templo. [6] Y le dijo:
—Si eres Hijo de Dios, arrójate abajo. Pues escrito está:
Dará órdenes a sus ángeles sobre ti,
para que te lleven en sus manos,
no sea que tropiece tu pie contra alguna piedra.
[7] Y le respondió Jesús:
—Escrito está también: *No tentarás al Señor tu Dios.*
[8] De nuevo lo llevó el diablo a un monte muy alto y le mostró todos los reinos del mundo y su gloria, [9] y le dijo:
—Todas estas cosas te daré si postrándote me adoras.
[10] Entonces le respondió Jesús:
—Apártate, Satanás, pues escrito está:
Al Señor tu Dios adorarás
y solamente *a Él darás culto.*
[11] Entonces le dejó el diablo, y los ángeles vinieron y le servían.

PRIMERA PARTE MINISTERIO DE JESÚS EN GALILEA (§ 4,11-16,20)

Predicación de Jesús (4,12-25)

(Mc 1,14-15; Lc 4,14-15)

[12] Cuando oyó que Juan había sido encarcelado, se retiró a Galilea. [13] Y dejando Nazaret se fue a vivir a Cafarnaún, ciudad marítima, en los confines de Zabulón y Neftalí, [14] para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta Isaías:
[15] *Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí*
en el camino del mar,
al otro lado del Jordán,
la Galilea de los gentiles,
[16] *el pueblo que yacía en tinieblas*
ha visto una gran luz;
para los que yacían en región
y sombra de
muerte una luz ha
amanecido.
[17] Desde entonces comenzó Jesús a predicar y a decir:
—Convertíos, porque está al llegar el Reino de los Cielos.

Vocación de los primeros

discípulos
(Mc 1,16-20; Lc 5,1-11; Jn 1,35-51)

18 Mientras caminaba junto al mar de Galilea vio a dos hermanos,
Simón el llamado Pedro y Andrés su hermano, que echaban la red al
mar, pues eran pescadores. 19 Y les dijo:
—Seguidme y os haré pescadores de hombres.
20 Ellos, al momento, dejaron las redes y le siguieron. 21 Pasando
adelante,
vio a otros dos hermanos, Santiago el de Zebedeo y Juan su hermano, que
estaban
en la barca con su padre Zebedeo remendando sus redes; y los llamó. 22
Ellos, al
momento, dejaron la barca y a su padre, y le siguieron.
23 Recorría Jesús toda la Galilea enseñando en las sinagogas,
predicando el
Evangelio del Reino y curando toda enfermedad y dolencia del pueblo.
24 Su fama se extendió por toda Siria; y le traían a todos los que se
sentían
mal, aquejados de diversas enfermedades y dolores, a los endemoniados,
lunáticos
y paralíticos, y los curaba. 25 Y le seguían grandes multitudes de Galilea,
Decápolis,
Jerusalén, Judea y del otro lado del Jordán.

III. EL DISCURSO DE LA MONTAÑA

(5,1-7,29)

Las Bienaventuranzas

(5,1-12)

(Lc 6,20-26)

5

1 Al ver Jesús a las multitudes, subió al monte; se sentó y se le
acercaron sus discípulos; 2 y abriendo su boca les enseñaba
diciendo:
3 —Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el Reino
de los
Cielos.
4 »Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.
5 »Bienaventurados los mansos, porque heredarán la tierra.
6 »Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque
quedarán
saciados.
7 »Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán
misericordia.
8 »Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios.
9 »Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de
Dios.

10 »Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la
justicia,
porque suyo es el Reino de los Cielos.
11 »Bienaventurados cuando os injurien, os persigan y, mintiendo,
digan contra vosotros todo tipo de maldad por mi causa. 12 Alegraos y
regocijaos, porque
vuestra recompensa será grande en el cielo: de la misma manera
persiguieron a los
profetas de antes de vosotros.

Sal de la tierra. Luz del mundo

(5,13-16)

(Mc 4,21; Lc 11,33; 14,34-
35)

13 »Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa ¿con
qué se salará? No vale más que para tirarla fuera y que la pisotee la
gente.

14 »Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad
situada en lo alto de un monte; 15 ni se enciende una luz para ponerla
debajo de un º celemín, sino sobre un candelero para que alumbre a todos
los de la casa. 16 Alumbre así vuestra luz ante los hombres, para que vean
vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los
cielos.

Jesús y su doctrina, plenitud de la Ley
(5,17-48)
(Lc 6,27-36; 12,58-59; 16,17-18)

17 »No penséis que he venido a abolir la Ley o los Profetas; no he
venido a abolirlos sino a darles su plenitud. 18 En verdad os digo que
mientras no pasen el cielo y la tierra, de la Ley no pasará ni la más
pequeña letra o trazo hasta que todo se cumpla. 19 Así, el que quebrante
uno solo de estos mandamientos, incluso de los más pequeños, y enseñe a
los hombres a hacer lo mismo, será el más pequeño en el Reino de los
Cielos. Por el contrario, el que los cumpla y enseñe, ése será grande en el
Reino de los Cielos. 20 Os digo, pues, que si vuestra justicia no es mayor
que
la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos.
21 »Habéis oído que se dijo a los antiguos: *No matarás*, y el que
mate será reo de juicio. 22 Pero yo os digo: todo el que se llene de ira
contra su hermano será
reo de juicio; y el que insulte a su hermano será reo ante el Sanedrín; y el
que le
maldiga será reo del fuego del infierno. 23 Por lo tanto, si al llevar tu
ofrenda al altar recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, 24 deja allí
tu ofrenda delante del
altar, vete primero a reconciliarte con tu hermano, y vuelve después para
presentar
tu ofrenda. 25 Ponte de acuerdo cuanto antes con tu adversario mientras
vas de
camino con él; no sea que tu adversario te entregue al juez y el juez al
alguacil y te
metan en la cárcel. 26 Te aseguro que no saldrás de allí hasta que
restituyas la
última moneda.
27 »Habéis oído que se dijo: *No cometerás adulterio*. 28 Pero yo os
digo que todo el que mira a una mujer deseándola, ya ha cometido
adulterio en su corazón.
29 Si tu ojo derecho te escandaliza, arráncatelo y tíralo; porque más te
vale que se pierda uno de tus miembros que no que todo tu cuerpo sea
arrojado al infierno. 30 Y
si tu mano derecha te escandaliza, córtala y arrójala lejos de ti; porque
más te vale
que se pierda uno de tus miembros que no que todo tu cuerpo acabe en el
infierno.
31 »Se dijo también: *Cualquiera que repudie a su mujer, que le dé el
libelo de repudio*. 32 Pero yo os digo que todo el que repudia a su mujer –

excepto en el caso
de fornicación– la expone a cometer adulterio, y el que se casa con la repudiada
comete adulterio.
[33] »También habéis oído que se dijo a los antiguos: *No jurarás en*
vano, sino que *cumplirás los juramentos que le hayas hecho al Señor*. [34]
Pero yo os digo: no juréis de ningún modo; ni por el *cielo*, porque es el
trono de Dios; [35] ni por *la tierra*,
porque *es el estrado de sus pies*; ni por Jerusalén, porque es la *ciudad del Gran*
Rey. [36] Tampoco jures por tu cabeza, porque no puedes volver blanco o
negro ni un solo cabello. [37] Que vuestro modo de hablar sea: «Sí, sí»; «no,
no». Lo que exceda
de esto, viene del Maligno.
[38] »Habéis oído que se dijo: *Ojo por ojo y diente por diente*. [39]
Pero yo os
digo: no repliquéis al malvado; por el contrario, si alguien te golpea en la mejilla
derecha, preséntale también la otra. [40] Al que quiera entrar en pleito
contigo para

quitarte la túnica, déjale también el manto. 41 A quien te fuerce a andar
una º milla, vete con él dos. 42 A quien te pida, dale; y no rehuyas al que
quiera de ti algo prestado.
43 »Habéis oído que se dijo: *Amarás a tu prójimo* y odiarás a tu
enemigo. 44
Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y rezad por los que os
persigan, 45 para
que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su
sol sobre
buenos y malos, y hace llover sobre justos y pecadores. 46 Porque si
amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tenéis? ¿No hacen eso
también los publicanos? 47
Y Si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No
hacen eso
también los paganos? 48 Por eso, sed vosotros perfectos como vuestro
Padre
celestial es perfecto.

Rectitud de intención: limosna, oración y ayuno
(6,1-18)
(Lc 11,1-
4)

6

1 »Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres con el fin
de que os vean; de otro modo no tendréis recompensa de vuestro Padre
que está en los cielos.
2 »Por lo tanto, cuando des limosna no lo vayas pregonando, como
hacen los
hipócritas en las sinagogas y en las calles, con el fin de que los alaben los
hombres.
En verdad os digo que ya recibieron su recompensa. 3 Tú, por el
contrario, cuando des limosna, que tu mano izquierda no sepa lo que
hace tu mano derecha, 4 para
que tu limosna quede en lo oculto; de este modo, tu Padre, que ve en lo
oculto, te
recompensará.
5 »Cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que son amigos
de orar
puestos de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para
exhibirse
delante de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su
recompensa. 6 Tú,
por el contrario, cuando te pongas a orar, entra en tu aposento y, con
la puerta cerrada, ora a tu Padre, que está en lo oculto; y tu Padre, que
ve en lo oculto, te
recompensará. 7 Y al orar no empleéis muchas palabras como los
gentiles, que piensan que por su locuacidad van a ser escuchados. 8
Así pues, no seáis como

ellos, porque bien sabe vuestro Padre de qué tenéis necesidad antes de que se lo
pidáis. 9 Vosotros, en cambio, orad así:
Padre nuestro, que estás en los
cielos, santificado sea tu Nombre;
10 venga tu Reino;
hágase tu voluntad,
como en el cielo, también en la tierra;
11 danos hoy nuestro pan cotidiano;
12 y perdónanos nuestras deudas,
como también nosotros
perdonamos a nuestros
deudores;
13 y no nos pongas en tentación,
sino líbranos del mal.
14 »Porque si les perdonáis a los hombres sus ofensas, también os
perdonará

vuestro Padre celestial. 15 Pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro
Padre os perdonará vuestros pecados.
16 »Cuando ayunéis no os finjáis tristes como los hipócritas, que desfiguran
su rostro para que los hombres noten que ayunan. En verdad os digo que ya
recibieron su recompensa. 17 Tú, en cambio, cuando ayunes, perfuma tu
cabeza y lávate la cara, 18 para que no adviertan los hombres que ayunas,
sino tu Padre, que
está en lo oculto; y tu Padre, que ve en lo oculto, te recompensará.

Confianza en la Providencia paternal de Dios
(6,19-34)
(Lc 12,22-34)

19 »No amontonéis tesoros en la tierra, donde la polilla y la
herrumbre los corroen y donde los ladrones socavan y los roban. 20
Amontonad en cambio tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni la
herrumbre corroen, y donde los ladrones no socavan ni roban. 21 Porque
donde está tu tesoro allí estará tu corazón.
22 »La lámpara del cuerpo es el ojo. Por eso, si tu ojo es sencillo,
todo tu cuerpo estará iluminado. 23 Pero si tu ojo es malicioso, todo tu
cuerpo estará en
tinieblas. Y si la luz que hay en ti es tinieblas, ¡qué grande será la
oscuridad!
24 »Nadie puede servir a dos señores, porque o tendrá aversión a uno y amor
al otro, o prestará su adhesión al primero y menospreciará al segundo:
no podéis servir a Dios y a las riquezas.
25 »Por eso os digo: no estéis preocupados por vuestra vida: qué vais a
comer; o por vuestro cuerpo: con qué os vais a vestir. ¿Es que no vale más
la vida
que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? 26 Mirad las aves del cielo:
no
siembran, ni siegan, ni almacenan en graneros, y vuestro Padre celestial
las
alimenta. ¿Es que no valéis vosotros mucho más que ellas? 27 ¿Quién de
vosotros, por mucho que cavile, puede añadir un solo codo a su estatura?
28 Y sobre el vestir,
¿por qué os preocupáis? Fijaos en los lirios del campo, cómo crecen; no se
fatigan
ni hilan, 29 y yo os digo que ni Salomón en toda su gloria pudo vestirse
como uno de ellos. 30 Y si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se
echa al horno, Dios la viste así, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca
fe? 31 Así pues, no andéis
preocupados diciendo: ¿qué vamos a comer, qué vamos a beber, con qué
nos
vamos a vestir? 32 Por todas esas cosas se afanan los paganos. Bien sabe

vuestro
Padre celestial que de todo eso estáis necesitados.
33 »Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas estas
cosas se os añadirán. 34 Por tanto, no os preocupéis por el mañana,
porque el mañana traerá su
propia preocupación. A cada día le basta su contrariedad.

Preceptos diversos: no juzgar al prójimo
(7,1-12)
(Mc 4,24; Lc 6,37-
42)

7

1 No juzguéis para no ser juzgados. 2 Porque con el juicio con que
juzguéis se os juzgará, y con la medida con que midáis se os medirá.
3 »¿Por qué te fijas en la mota del ojo de tu hermano, y no reparas en
la viga

que hay en el tuyo? 4 O ¿cómo vas a decir a tu hermano: «Deja que saque
la mota de tu ojo», cuando tú tienes una viga en el tuyo? 5 Hipócrita: saca
primero la viga de tu ojo, y entonces verás con claridad cómo sacar la
mota del ojo de tu hermano.

Respeto de las cosas santas

6 »No deis las cosas santas a los perros, ni echéis vuestras
perlas a los cerdos, no sea que las pisoteen con sus patas y al
revolverse os despedacen.

Eficacia de la oración

(Lc 11,5-13)

7 »Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá.
8 Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, encuentra; y al que
llama, se le abrirá.
9 »¿Quién de entre vosotros, si un hijo suyo le pide un pan, le da una
piedra?
10 ¿O si le pide un pez le da una serpiente? 11 Pues si vosotros, siendo
malos,
sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿cuánto más vuestro Padre que
está en los cielos dará cosas buenas a los que se lo pidan?

La «regla de oro»

(Lc 6,31)

12 »Todo lo que queráis que hagan los hombres con vosotros,
hacedlo también vosotros con ellos: ésta es la Ley y los Profetas.

La puerta angosta

(7,13-27)

(Lc 13,22-30)

13 »Entrad por la puerta angosta, porque amplia es la puerta y
ancho el camino que conduce a la perdición, y son muchos los que
entran por ella. 14 ¡Qué angosta es la puerta y estrecho el camino que
conduce a la Vida, y qué pocos son los que la encuentran!

Los falsos profetas

(Lc 6,43-44)

15 »Guardaos bien de los falsos profetas, que se os acercan
disfrazados de oveja, pero por dentro son lobos voraces. 16 Por sus frutos

los conoceréis: ¿es que se recogen uvas de los espinos o higos de las zarzas? 17 Así, todo árbol bueno da frutos buenos, y todo árbol malo da frutos malos. 18 Un árbol bueno no puede producir frutos malos, ni un árbol malo producir frutos buenos. 19 Todo árbol que no da buen fruto se corta y se arroja al fuego. 20 Por tanto, por sus frutos los conoceréis.

Cumplir la voluntad de Dios

(Lc 13,25-30)

21 »No todo el que me dice: «Señor, Señor», entrará en el Reino de los

Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos. 22
Muchos me dirán aquel día: «Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu
nombre, y hemos expulsado los demonios en tu nombre, y hemos hecho
prodigios en tu nombre?» 23
Entonces yo declararé ante ellos: «Jamás os he conocido: apartaos de
mí, los que obráis la iniquidad».

Edificar sobre roca

(Lc 6,46-49)

24 »Por lo tanto, todo el que oye estas palabras mías y las pone en
práctica, es como un hombre prudente que edificó su casa sobre roca; 25
y cayó la lluvia y llegaron las riadas y soplaron los vientos: irrumpieron
contra aquella casa, pero no se cayó porque estaba cimentada sobre
roca.
26 »Pero todo el que oye estas palabras mías y no las pone en
práctica es como un hombre necio que edificó su casa sobre arena; 27 y
cayó la lluvia y llegaron
las riadas y soplaron los vientos: se precipitaron contra aquella casa, y se
derrumbó
y fue tremenda su
ruina.

Autoridad de la enseñanza de Jesús

(7,28-29)

28 Cuando terminó Jesús estos discursos las multitudes quedaron
admiradas de su enseñanza, 29 porque les enseñaba como quien tiene
potestad y no como los escribas.

IV. LOS MILAGROS DEL MESÍAS

(8,1-9,38)

Curación de un leproso

(8,1-4)

(Mc 1,40-45; Lc 5,12-16)

8

1 Al bajar del monte le seguía una gran multitud. 2 En esto, se le acercó
un leproso, se postró ante él y dijo:
—Señor, si quieres, puedes limpiarme.
3 Y extendiendo Jesús la mano, le tocó diciendo:
—Quiero, queda limpio.
Y al instante quedó limpio de la lepra.
4 Entonces le dijo Jesús:
—Mira, no lo digas a nadie; pero anda, preséntate al sacerdote
y lleva la ofrenda que ordenó Moisés, para que les sirva de

testimonio.

La fe del centurión
(8,5-13)
(Lc 7,1-10; Jn 4,46-54)

5 Al entrar en Cafarnaún se le acercó un centurión que le rogó:
6 —Señor, mi criado yace paralítico en casa con dolores muy fuertes.
7 Jesús le dijo:

—Yo iré y le curaré.
8 Pero el centurión le respondió:
—Señor, no soy digno de que entres en mi casa. Pero basta que lo digas de
palabra y mi criado quedará sano. 9 Pues también yo soy un hombre que se
encuentra bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes. Le digo a uno:
«Vete», y va; y a otro: «Ven», y viene; y a mi siervo: «Haz esto», y lo hace.
10 Al oírlo Jesús se admiró y les dijo a los que le seguían:
—En verdad os digo que en nadie de Israel he encontrado una fe tan grande.
11 Y os digo que muchos de oriente y occidente vendrán y se sentarán a
la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos, 12 mientras que los hijos del
Reino serán arrojados a las tinieblas de afuera: allí habrá llanto y rechinar de
dientes.
13 Y le dijo Jesús al centurión:
—Vete y que se haga conforme has creído. Y en aquel momento quedó sano el criado.

Curación de la suegra de Pedro
(8,14-17)
(Mc 1,29-31; Lc 4,38-39)

14 Al llegar Jesús a casa de Pedro vio a la suegra de éste en cama,
con fiebre. 15 La tomó de la mano y le desapareció la fiebre; entonces
ella se levantó y se puso a servirle.

Otras curaciones
(Mc 1,32-34; Lc 4,40-41)

16 Al atardecer, le trajeron muchos endemoniados; expulsó a los espíritus con su palabra y curó a todos los enfermos, 17 para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta Isaías:

Él tomó nuestras dolencias
y cargó con nuestras enfermedades.

Exigencias para el que sigue a Jesús
(8,18-22)
(Lc 9,57-62)

18 Al ver Jesús a la multitud que estaba a su alrededor, ordenó
marchar a la otra orilla. 19 Y se le acercó un escriba:
—Maestro, te seguiré adonde vayas –le dijo.
20 Jesús le contestó:
—Las zorras tienen sus guaridas y los pájaros del cielo sus nidos,

pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza.
21 Otro de sus discípulos le dijo:
—Señor, permíteme ir primero a enterrar a mi padre.
22 —Sígueme y deja a los muertos enterrar a sus muertos –le respondió
Jesús.

La tempestad calmada
(8,23-27)
(Mc 4,35-41; Lc 8,22-25)

23 Se subió después a una barca, y le siguieron sus discípulos. 24 De
repente se levantó en el mar una tempestad tan grande que las olas
cubrían la barca; pero él dormía. 25 Se le acercaron para despertarle
diciendo:
—¡Señor, sálvanos, que perecemos!
26 Jesús les respondió:
—¿Por qué os asustáis, hombres de poca fe?
Entonces, puesto en pie, increpó a los vientos y al mar y sobrevino
una gran
calma. 27 Los hombres se asombraron y dijeron:
—¿Quién es éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen?

Los endemoniados de Gadara

(8,28-34)

(Mc 5,1-20; Lc 8,26-
39)

28 Al llegar a la orilla opuesta, a la región de los gadarenos,
vinieron a su encuentro dos endemoniados, que salían de los sepulcros,
tan furiosos que nadie podía transitar por aquel camino. 29 Y en esto, se
pusieron a gritar diciendo:
—¿Qué tenemos que ver contigo, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí
antes de tiempo para atormentarnos?
30 Había no lejos de ellos una gran piara de cerdos paciendo. 31 Los
demonios le suplicaban:
—Si nos expulsas, envíanos a la piara de cerdos.
32 Les respondió:
—Id.
Y ellos salieron y entraron en los cerdos. Entonces toda la piara se
lanzó
corriendo por la pendiente hacia el mar y pereció en el agua. 33 Los
porqueros
huyeron y, al llegar a la ciudad, contaron todas estas cosas, y lo sucedido a
los
endemoniados. 34 Así que toda la ciudad vino al encuentro de Jesús y,
cuando le
vieron, le rogaron que se alejara de su región.

Curación de un paralítico

(9,1-8)

(Mc 2,1-12; Lc 5,17-
26)

9

1 Subió a una barca, cruzó de nuevo el mar y llegó a su ciudad. 2
Entonces, le presentaron a un paralítico tendido en una camilla. Al ver

Vocación de Mateo

Jesús la fe de ellos, le dijo al paralítico:
—Ten confianza, hijo, tus pecados te son perdonados.
3 Entonces algunos escribas dijeron para sus adentros: «Éste
blasfema». 4
Conociendo Jesús sus pensamientos, dijo:
—¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? 5 ¿Qué es más fácil
decir:
«Tus pecados te son perdonados», o decir: «Levántate, y anda»? 6 Pues
para que
sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar los
pecados
–se dirigió entonces al paralítico–, levántate, toma tu camilla y vete a tu
casa.
7 Él se levantó y se fue a su casa. 8 Al ver esto, la gente se atemorizó y
glorificó
a Dios por haber dado tal potestad a los hombres.

Vocación de Mateo

(Mc 2,13-17; Lc 5,27-32)

9 Al marchar Jesús de allí, vio a un hombre sentado al telonio, que se llamaba
Mateo, y le dijo:
—Sígueme.
Él se levantó y le siguió.
10 Ya en la casa, estando a la mesa, vinieron muchos publicanos y pecadores y se sentaron también con Jesús y sus discípulos. 11 Los fariseos, al ver esto,
empezaron a decir a sus discípulos:
—¿Por qué vuestro maestro come con publicanos y pecadores?
12 Pero él lo oyó y dijo:
—No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. 13 Id y aprended qué sentido tiene: *Misericordia quiero y no sacrificio*; porque no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores.

Cuestión sobre el ayuno (9,14-17)

(Mc 2,18-22; Lc 5,33-39)

14 Entonces se le acercaron los discípulos de Juan para decirle:
—¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos con frecuencia y, en cambio, tus discípulos no ayunan?
15 Jesús les respondió:
—¿Acaso pueden estar de duelo los amigos del esposo mientras el esposo está con ellos? Ya vendrá el día en que les será arrebatado el esposo; entonces, ya ayunarán.
16 »Nadie pone un remiendo de paño nuevo a un vestido viejo, porque lo añadido tira del vestido y se produce un desgarrón peor. 17 Ni se echa vino nuevo
en odres viejos; porque entonces los odres revientan, y el vino se derrama, y los
odres se pierden. El vino nuevo lo echan en odres nuevos y así
los dos se conservan.

Resurrección de la hija de Jairo y curación de la hemorroísa (9,18-26)

(Mc 5,21-43; Lc 8,40-56)

18 Mientras les decía estas cosas, un hombre importante se acercó, se postró ante él y le dijo:
—Mi hija se acaba de morir, pero ven, pon la mano sobre ella y vivirá.
19 Jesús se levantó y le siguió con sus discípulos.
20 En esto, una mujer que padecía flujo de sangre hacía doce años,

26 Y esta noticia corrió por toda aquella

acercándose por detrás, tocó el borde de su manto, 21 porque se decía a
sí misma:
«Con sólo tocar su manto me curaré». 22 Jesús se volvió y mirándola le
dijo:
—Ten confianza, hija, tu fe te ha salvado.
Y desde ese mismo momento quedó curada la mujer.
23 Cuando llegó Jesús a la casa de aquel hombre y vio a los músicos
fúnebres y a la gente alterada, comenzó a decir:
24 —Retiraos; la niña no ha muerto, sino que duerme.
Pero se reían de él. 25 Y, cuando echaron de allí a la gente, entró, la
tomó de
la mano y la niña se levantó.

26 Y esta noticia corrió por toda aquella

Curación de dos ciegos
El demonio mudo (9,27-34)

(Lc 11,14-15)

27 Al marcharse Jesús de allí, le siguieron dos ciegos diciendo a gritos:
—¡Ten piedad de nosotros, Hijo de David!
28 Cuando llegó a la casa se le acercaron los ciegos y Jesús les dijo:
—¿Creéis que puedo hacer eso?
—Sí, Señor –le respondieron.
29 Entonces les tocó los ojos diciendo:
—Que se haga en vosotros conforme a vuestra fe.
30 Y se les abrieron los ojos. Pero Jesús les ordenó severamente:
—Mirad que nadie lo sepa.
31 Ellos, en cambio, en cuanto salieron divulgaron la noticia por toda aquella
comarca.
32 Nada más irse, le trajeron un endemoniado mudo. 33 Después de expulsar
al demonio habló el mudo. Y la multitud se quedó admirada diciendo:
—Jamás se ha visto cosa igual en Israel.
34 Pero los fariseos decían:
—Expulsa los demonios por el príncipe de los demonios.

Necesidad de buenos pastores
(9,35-38)

(Mc 6,34; Lc 10,2)

35 Jesús recorría todas las ciudades y aldeas enseñando en sus sinagogas, predicando el Evangelio del Reino y curando todas las enfermedades y dolencias.
36 Al ver a las multitudes se llenó de compasión por ellas, porque estaban
maltratadas y abatidas *como ovejas que no tienen pastor*.
37 Entonces les dijo a sus discípulos:
—La mies es mucha, pero los obreros pocos. 38 Rogad, por tanto, al señor de
la mies que envíe obreros a su mies.

V. DEL ANTIGUO AL NUEVO PUEBLO DE DIOS

(10,1-12,50)

Elección de los Doce Apóstoles
(10,1-4)

(Mc 3,13-19; Lc 6,12-

16)

10

1 Habiendo llamado a sus doce discípulos, les dio potestad para expulsar
a los espíritus impuros y para curar todas las enfermedades y dolencias. 2
Los nombres de los doce apóstoles son éstos: primero Simón, llamado
Pedro, y su hermano Andrés; Santiago el de Zebedeo y su hermano Juan;
3 Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo, el publicano; Santiago el de Alfeo, y
Tadeo; 4 Simón el Cananeo y Judas Iscariote, el que le entregó.

Primera misión de los Apóstoles
(10,5-15)
(Mc 6,6-13; Lc 9,1-6)

5 A estos doce los envió Jesús, después de darles estas instrucciones:
—No vayáis a tierra de gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos;
6 sino id primero a las ovejas perdidas de la casa de Israel. 7 Id y predicad:
«El Reino de los Cielos está cerca». 8 Curad a los enfermos, resucitad a los
muertos, sanad a los leprosos, expulsad los demonios. Gratuitamente lo
recibisteis, dadlo gratuitamente. 9
No llevéis oro, ni plata, ni dinero en vuestras bolsas, 10 ni alforja para el camino, ni
dos túnicas, ni sandalias, ni bastón, porque el que trabaja merece su sustento.
11 »En cualquier ciudad o aldea en que entréis, informaos sobre
quién hay en ella que sea digno; y quedaos allí hasta que os vayáis. 12 Al entrar en una casa
dadle vuestro saludo. 13 Si la casa fuera digna, venga vuestra paz sobre
ella; pero si no fuera digna, que vuestra paz vuelva a vosotros. 14 Si alguien no os acoge ni
escucha vuestras palabras, al salir de aquella casa o ciudad, sacudíos el polvo de
los pies. 15 En verdad os digo que en el día del Juicio la tierra de Sodoma y
Gomorra será tratada con menos rigor que esa ciudad.

Instrucciones de Jesús para la misión apostólica
(10,16-42)
(Mc 13,9-13; Lc 12,1-12.49-53; 21,12-17)

16 »Mirad que yo os envío como ovejas en medio de lobos. Por eso,
sed sagaces como las serpientes y sencillos como las palomas. 17
Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los tribunales, os
azotarán en sus sinagogas, 18 y seréis llevados ante los gobernadores y
reyes por causa mía, para que deis testimonio ante ellos y los gentiles. 19
Pero cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué debéis decir;
porque en aquel momento se os comunicará lo que
vais a decir. 20 Pues no sois vosotros los que vais a hablar, sino que será
el Espíritu de vuestro Padre quien hable en vosotros. 21 Entonces el hermano entregará a la
muerte al hermano, y el padre al hijo; y se levantarán los hijos contra los padres
para hacerles morir. 22 Y todos os odiarán a causa de mi nombre; pero
quien persevere hasta el fin, ése se salvará. 23 Cuando os persigan en una ciudad, huid a
otra; en verdad os digo que no acabaréis las ciudades de Israel antes que venga el
Hijo del Hombre.

24 »No está el discípulo por encima del maestro, ni el siervo por
encima de su señor. 25 Al discípulo le basta llegar a ser como su maestro,
y al siervo como su
señor. Si al amo de la casa le han llamado Beelzebul, cuánto más a los de
su misma
casa. 26 No les tengáis miedo, porque nada hay oculto que no vaya a ser
descubierto, ni secreto que no llegue a saberse. 27 Lo que os digo en la
oscuridad, decidlo a plena luz; y lo que escuchasteis al oído, pregonadlo
desde los terrados. 28
No tengáis miedo a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma;
temed
ante todo al que puede hacer perder alma y cuerpo en el infierno. 29 ¿No se
vende
un par de pajarillos por un as? Pues bien, ni uno solo de ellos caerá en
tierra sin que
lo permita vuestro Padre. 30 En cuanto a vosotros, hasta los cabellos de
vuestra cabeza están todos contados. 31 Por tanto, no tengáis miedo:
vosotros valéis más
que muchos pajarillos.

32 »A todo el que me confiese delante de los hombres, también yo
le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. 33 Pero al que
me niegue delante de los hombres, también yo le negaré delante de mi
Padre que está en los cielos.
34 »No penséis que he venido a traer la paz a la tierra. No he venido
a traer la paz sino la espada. 35 Porque he venido a enfrentar
al hombre *contra su padre*,
a la hija contra su madre
y *a la nuera contra su suegra*.
36 Y *los enemigos del hombre*
serán los de su misma casa.
37 »Quien ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno
de mí; y quien ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí.
38 Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. 39 Quien
encuentre su vida, la perderá; pero
quien pierda por mí su vida, la encontrará.
40 »Quien a vosotros os recibe, a mí me recibe, y quien me recibe a
mí, recibe al que me ha enviado. 41 Quien recibe a un profeta por ser
profeta obtendrá
recompensa de profeta, y quien recibe a un justo por ser justo obtendrá
recompensa
de justo. 42 Y cualquiera que dé de beber tan sólo un vaso de agua fresca a
uno de
estos pequeños por el hecho de ser discípulo, en verdad os digo que no
quedará sin recompensa.

Embajada de San Juan Bautista
(11,1-15)
(Lc 7,18-
30)

11

1 Cuando terminó Jesús de dar instrucciones a sus doce discípulos, se
fue de allí para enseñar y predicar en sus ciudades.
2 Entretanto Juan, que en la cárcel había tenido noticia de las obras de
Cristo, envió a preguntarle por mediación de sus discípulos:
3 —¿Eres tú el que va a venir, o esperamos a otro?
4 Y Jesús les respondió:
—Id y anunciadle a Juan lo que estáis viendo y oyendo: 5 *los ciegos*
ven y los
cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos
resucitan *y*
a los pobres se les anuncia el Evangelio. 6 Y bienaventurado el que no se
escandalice de mí.
7 Cuando ellos se fueron, Jesús se puso a hablar de Juan a la multitud:
—¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña sacudida por el
viento? 8
Entonces, ¿qué salisteis a ver? ¿A un hombre vestido con finos ropajes?
Daos

cuenta de que los que llevan finos ropajes se encuentran en los palacios reales. [9]
Entonces, ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os lo aseguro, y más que un
profeta. [10] Este es de quien está escrito:

Mira que yo envío a mi mensajero delante de ti,
para que vaya preparándote el
camino.

[11] »En verdad os digo que no ha surgido entre los nacidos de mujer nadie

mayor que Juan el Bautista; pero el más pequeño en el Reino de los Cielos es mayor que él.
12 »Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos padece violencia, y los esforzados lo conquistan. 13 Porque todos los Profetas y la Ley profetizaron hasta Juan. 14 Y si queréis comprenderlo, él es Elías, el que va a venir. 15 El que tenga oídos, que oiga.

Reproches contra la incredulidad
(11,16-19)
(Lc 7,31-35)

16 »¿Con quién voy a comparar esta generación? Se parece a unos niños que se sientan en las plazas y les reprochan a sus compañeros:
17 «Hemos tocado para vosotros la flauta
y no habéis bailado;
hemos cantado lamentaciones
y no habéis hecho duelo».
18 »Porque ha venido Juan, que no come ni bebe, y dicen: «Tiene un demonio». 19 Ha venido el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: «Mirad un
hombre comilón y bebedor, amigo de publicanos y pecadores».
»Pero la sabiduría queda acreditada por sus propias obras.

Jesús increpa a las ciudades incrédulas
(11,20-24)
(Lc 10,13-16)

20 Entonces se puso a reprochar a las ciudades donde se habían realizado la mayoría de sus milagros, porque no se habían convertido:
21 —¡Ay de ti, Corazín, ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se
hubieran realizado los milagros que se han obrado en vosotras, hace tiempo que
habrían hecho penitencia en saco y ceniza. 22 Sin embargo, os digo que en el día
del Juicio Tiro y Sidón serán tratadas con menos rigor que vosotras.
23 »Y tú, Cafarnaún, *¿acaso serás exaltada hasta el cielo? ¡Hasta los infiernos vas a descender!* Porque si en Sodoma hubieran sido realizados los
milagros que se han obrado en ti, perduraría hasta hoy. 24 En verdad os digo que en
el día del Juicio la tierra de Sodoma será tratada con menos rigor que tú.

Acción de gracias de Jesús
(11,25-30)
(Lc 10,21-24)

25 En aquella ocasión Jesús declaró:

—Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas
cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños. 26
Sí Padre, porque así te ha parecido bien. 27 Todo me lo ha entregado
mi Padre, y nadie
conoce al Hijo sino el Padre, ni nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el
Hijo quiera revelarlo.
28 »Venid a mí todos los fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. 29
Llevad mi
yugo sobre vosotros y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y
encontraréis descanso para vuestras almas: 30 porque mi yugo es suave y
mi carga
es ligera.

Cuestión sobre el sábado
(12,1-14)
(Mc 2,23-28; Lc 6,1-5)

12

1 En aquel tiempo pasaba Jesús un sábado por entre unos sembrados; sus
discípulos tuvieron hambre y comenzaron a arrancar unas espigas y a
comer. 2 Los fariseos, al verlo, le dijeron:
—Mira, tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer el sábado.
3 Pero él les respondió:
—¿No habéis leído lo que hizo David y los que le acompañaban cuando
tuvieron hambre? 4 ¿Cómo entró en la Casa de Dios y comió los panes de la
proposición, que no les era lícito comer ni a él ni a los que le acompañaban, sino
sólo a los sacerdotes? 5 ¿Y no habéis leído en la Ley que, los sábados, los
sacerdotes en el Templo quebrantan el descanso y no pecan? 6 Os digo
que aquí está el que es mayor que el Templo. 7 Si hubierais entendido
qué sentido tiene: *Misericordia quiero y no sacrificio*, no habríais
condenado a los inocentes. 8 Porque
el Hijo del Hombre es señor del sábado.

Curación del hombre de la mano seca
(Mc 3,1-6; Lc 6,6-11)

9 Cuando salió de allí, entró en su sinagoga 10 donde había un
hombre que tenía una mano seca. Y le interrogaban para acusarle:
—¿Es lícito curar en sábado?
11 Él les respondió:
—¿Quién de vosotros, si tiene una oveja, y el sábado se le cae dentro de un
hoyo, no la agarra y la saca? 12 Pues cuánto más vale un hombre que una
oveja.
Por tanto, es lícito hacer el bien en sábado.
13 Entonces le dijo al hombre:
—Extiende tu mano.
Y la extendió y quedó sana como la otra.
14 Al salir, los fariseos se pusieron de acuerdo contra él, para ver cómo
perderle.

Jesús, Siervo de Dios
(12,15-21)

15 Jesús, sabiéndolo, se alejó de allí, y le siguieron muchos y los curó
a todos,

16 y les ordenó que no le descubriesen, 17 para que se cumpliera lo dicho por medio
del profeta Isaías:

18 *Aquí está mi Siervo, a quien elegí,*
mi amado, en quien se complace mi alma.
Pondré mi Espíritu sobre él
y anunciará la justicia a las naciones.
19 *No disputará ni gritará,*
nadie oirá su voz en las plazas.

20 *No quebrará la caña cascada,*
ni apagará la mecha humeante,
hasta que haga triunfar la justicia.
21 *Y en su nombre pondrán su esperanza*
las naciones.

Calumnia de los fariseos
Pecado contra el Espíritu Santo
(12,22-37)
(Mc 3,22-30; Lc 6,43-45; 11,14-26)

22 Entonces le trajeron un endemoniado ciego y mudo. Y lo curó, de manera que el mudo hablaba y veía. 23 Y toda la multitud se asombraba y decía:
—¿No será éste el Hijo de David?
24 Pero los fariseos, al oírlo, dijeron:
—Éste no expulsa los demonios sino por Beelzebul, el príncipe de los demonios.
25 Jesús, que conocía sus pensamientos, les replicó:
—Todo reino dividido contra sí mismo queda desolado, y toda ciudad o casa
dividida contra sí misma no se sostendrá. 26 Si Satanás expulsa a Satanás, está dividido contra sí mismo. ¿Cómo entonces se sostendrá su reino? 27 Y si yo expulso
los demonios por Beelzebul, vuestros hijos ¿por quién los expulsan? Por eso, ellos
serán vuestros jueces. 28 Pero si yo expulso los demonios por el Espíritu de Dios, es que el Reino de Dios ha llegado a vosotros. 29 ¿Cómo puede alguien entrar en la
casa de uno que es fuerte y arrebatarle sus bienes, si antes no ata al que es fuerte?
Sólo entonces podrá arrebatarle su casa. 30 El que no está conmigo está contra mí,
y el que no recoge conmigo, desparrama.
31 »Por lo tanto, os digo que todo pecado y blasfemia se les perdonará a los hombres; pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no será perdonada. 32 A
cualquiera que diga una palabra contra el Hijo del Hombre se le perdonará; pero al
que hable contra el Espíritu Santo no se le perdonará ni en este mundo ni en el venidero.
33 »O hacéis bueno el árbol y bueno su fruto, o hacéis malo el árbol y malo su fruto; porque por el fruto se conoce el árbol. 34 Raza de víboras, ¿cómo podéis decir cosas buenas, siendo malos? Pues de la abundancia del corazón habla la boca. 35
El hombre bueno saca del buen tesoro cosas buenas, pero el hombre malo saca del
tesoro malo cosas malas. 36 Os digo que de toda palabra vana que hablen los hombres darán cuenta en el día del Juicio. 37 Por tus palabras, pues, serás

justificado, y por tus palabras serás condenado.

La señal de Jonás (12,38-45)

(Lc 11,24-26.29-32)

38 Entonces algunos escribas y fariseos se dirigieron a él:
—Maestro, queremos ver de ti una señal.
39 Él les respondió:
—Esta generación perversa y adúltera pide una señal, pero no se le dará otra
señal que la del profeta Jonás. 40 Igual que *estuvo Jonás en el vientre de la ballena*
tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en las entrañas de la tierra tres

días y tres noches. 41 Los hombres de Nínive se levantarán contra esta
generación en el Juicio y la condenarán: porque se convirtieron ante la
predicación de Jonás, y daos cuenta de que aquí hay algo más que Jonás.
42 La reina del Sur se levantará contra esta generación en el Juicio y la
condenará: porque vino de los confines de la tierra para oír la sabiduría de
Salomón, y daos cuenta de que aquí hay algo más que Salomón.
43 »Cuando el espíritu impuro ha salido de un hombre, vaga por
lugares
áridos en busca de descanso, pero no lo encuentra. 44 Entonces dice:
«Volveré a mi casa, de donde salí». Y al llegar la encuentra desocupada,
bien barrida y en orden.
45 Entonces va, toma consigo otros siete espíritus peores que él, y
entrando se
instalan allí, con lo que la situación final de aquel hombre resulta
peor que la primera. Lo mismo le ocurrirá a esta generación
perversa.

El verdadero parentesco con Jesús
(12,46-50)

(Mc 3,31-35; Lc 8,19-
21)

46 Aún estaba él hablando a las multitudes, cuando su madre y sus
hermanos se hallaban fuera intentando hablar con él. 47 Alguien le dijo
entonces:
—Mira, tu madre y tus hermanos están ahí fuera intentando hablar
contigo.
48 Pero él respondió al que se lo decía:
—¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?
49 Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo:
—Éstos son mi madre y mis hermanos. 50 Porque todo el que hace la
voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano y mi
hermana y mi madre.

VI. LAS PARÁBOLAS DEL REINO
(13,1-
52)

Parábola del sembrador. Sentido de las parábolas
(13,1-23)

(Mc 4,1-20; Lc 8,4-
15)

13

1 Aquel día salió Jesús de casa y se sentó a la orilla del mar. 2 Se reunió
en torno a él una multitud tan grande, que tuvo que subir a sentarse en
una barca, mientras toda la multitud permanecía en la playa. 3 Y se puso
a hablarles muchas cosas con parábolas:
—Salió el sembrador a sembrar. 4 Y al echar la semilla, parte cayó
junto al camino y vinieron los pájaros y se la comieron. 5 Otra parte cayó

en terreno pedregoso, donde no había mucha tierra y brotó pronto por no
ser hondo el suelo; 6 pero al salir el sol, se agostó y se secó porque no
tenía raíz. 7 Otra parte cayó entre espinos; crecieron los espinos y la
ahogaron. 8 Otra, en cambio, cayó en buena tierra y comenzó a dar fruto,
una parte el ciento, otra el sesenta y otra el treinta. 9 El
que tenga oídos, que oiga.

10 Los discípulos se acercaron a decirle:

—¿Por qué les hablas con parábolas?

11 Él les respondió:
—A vosotros se os ha concedido el conocer los misterios del Reino de los
Cielos, pero a ellos no se les ha concedido. 12 Porque al que tiene se le
dará y tendrá en abundancia; pero al que no tiene incluso lo que tiene se
le quitará. 13 Por eso les hablo con parábolas, porque viendo no ven, y
oyendo no oyen ni entienden.
14 Y se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dice:
Con el oído oiréis, pero no
entenderéis;
con la vista miraréis, pero no veréis.
15 *Porque se ha embotado el*
corazón
de este
pueblo,
han hecho duros sus oídos,
y han cerrado sus ojos;
no sea que vean con los
ojos, y oigan con los
oídos,
y entiendan con el corazón y se
conviertan, y yo los sane.
16 »Bienaventurados, en cambio, vuestros ojos porque ven y
vuestros oídos porque oyen. 17 Porque en verdad os digo que muchos
profetas y justos ansiaron
ver lo que estáis viendo y no lo vieron, y oír lo que estáis oyendo y no lo
oyeron.
18 »Escuchad, pues, vosotros la parábola del sembrador. 19 A todo el
que oye
la palabra del Reino y no entiende, viene el Maligno y arrebata lo
sembrado en su
corazón: esto es lo sembrado junto al camino. 20 Lo sembrado sobre
terreno pedregoso es el que oye la palabra, y al momento la recibe con
alegría; 21 pero no
tiene en sí raíz, sino que es inconstante y, al venir una tribulación o
persecución por
causa de la palabra, enseguida tropieza y cae. 22 Lo sembrado entre
espinos es el
que oye la palabra, pero las preocupaciones de este mundo y la seducción
de las
riquezas ahogan la palabra y queda estéril. 23 Y lo sembrado en buena
tierra es el
que oye la palabra y la entiende, y fructifica y produce el ciento, o el
sesenta, o el treinta.

Parábola de la cizaña
(13,24-52)

24 Les propuso otra parábola:
—El Reino de los Cielos es como un hombre que sembró buena
semilla en su
campo. 25 Pero, mientras dormían los hombres, vino su enemigo, sembró

cizaña en medio del trigo y se fue. 26 Cuando brotó la hierba y echó
espiga, entonces apareció también la cizaña. 27 Los siervos del amo de la
casa fueron a decirle: «Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo?
¿Cómo es que tiene cizaña?» 28 Él les dijo:
«Algún enemigo lo habrá hecho». Le respondieron los siervos: «¿Quieres
que
vayamos a arrancarla?» 29 Pero él les respondió: «No, no vaya a ser que,
al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. 30 Dejad que
crezcan juntos
hasta la siega. Y al tiempo de la siega les diré a los segadores: “Arrancad
primero la
cizaña y atadla en gavillas para quemarla; el trigo, en cambio,
almacenadlo en mi granero”».

Parábolas del grano de mostaza y de la levadura

(Mc 4,30-34; Lc 13,18-21)

31 Les propuso otra parábola:
—El Reino de los Cielos es como un grano de mostaza que tomó un hombre y
lo sembró en su campo; 32 es, sin duda, la más pequeña de todas las semillas, pero
cuando ha crecido es la mayor de las hortalizas, y llega a hacerse como un árbol, hasta el punto de que los pájaros del cielo acuden a anidar en sus ramas.
33 Les dijo otra parábola:
—El Reino de los Cielos es como la levadura que tomó una mujer y la mezcló con tres medidas de harina, hasta que fermentó todo.
34 Todas estas cosas habló Jesús a las multitudes con parábolas y no les solía hablar nada sin parábolas, 35 para que se cumpliese lo dicho por medio del
Profeta:

Abriré mi boca con parábolas,
proclamaré las cosas que estaban
ocultas desde la creación del
mundo.

Explicación de la parábola de la cizaña

36 Entonces, después de despedir a las multitudes, entró en la casa. Y se acercaron sus discípulos y le dijeron:
—Explícanos la parábola de la cizaña del
campo. Él les respondió:
37 —El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre; 38 el campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del Reino; la cizaña son los hijos del Maligno.
39 El enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del mundo; los segadores son los ángeles. 40 Del mismo modo que se reúne la cizaña y se quema en el fuego, así será al fin del mundo. 41 El Hijo del Hombre enviará a sus ángeles y apartarán
de su Reino a todos los que causan escándalo y obran la maldad, 42 y los arrojarán en el horno del fuego. Allí habrá llanto y rechinar de dientes. 43 Entonces los justos
brillarán como el sol en el Reino de su Padre. Quien tenga oídos,
que oiga.

Parábolas del tesoro escondido, de la perla y de la red

44 »El Reino de los Cielos es como un tesoro escondido en el campo que, al encontrarlo un hombre, lo oculta y, en su alegría, va y vende todo cuanto tiene y compra aquel campo.
45 »Asimismo el Reino de los Cielos es como un comerciante que busca perlas finas 46 y, cuando encuentra una perla de gran valor, va y vende todo cuanto
tiene y la
compra.

47 »Asimismo el Reino de los Cielos es como una red barredera que
se echa en el mar y recoge toda clase de cosas. 48 Y cuando está llena la
arrastran a la
orilla, y se sientan para echar lo bueno en cestos, y lo malo tirarlo fuera.
49 Así será
al fin del mundo: saldrán los ángeles y separarán a los malos de entre los
justos 50 y
los arrojarán al horno del fuego. Allí habrá llanto y rechinar de
dientes.
51 »¿Habéis entendido todo esto?
—Sí –le respondieron.
52 Él les dijo:
—Por eso, todo escriba instruido en el Reino de los Cielos es
como un

hombre, amo de su casa, que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas antiguas.

VII. JESÚS SE RETIRA A LAS REGIONES CERCANAS

(13,53-16,20)

Nadie es profeta en su tierra

(13,53-58)

(Mc 6,1-6; Lc 4, 16-30)

53 Cuando terminó Jesús estas parábolas se marchó de allí. 54 Y al
llegar a su ciudad se puso a enseñarles en su sinagoga, de manera que
se quedaban admirados y decían:
—¿De dónde le viene a éste esa sabiduría y esos poderes? 55 ¿No es
éste el
hijo del artesano? ¿No se llama su madre María y sus hermanos Santiago,
José,
Simón y Judas? 56 Y sus hermanas ¿no viven todas entre nosotros? ¿Pues
de
dónde le viene todo esto?
57 Y se escandalizaban de él. Pero Jesús les dijo:
—No hay profeta que no sea menospreciado en su tierra y en
su casa.
58 Y no hizo allí muchos milagros por su incredulidad.

Martirio de San Juan Bautista

(14,1-12)

(Mc 6,14-29; Lc 3,19-20)

14

1 En aquel entonces oyó el tetrarca Herodes la fama de Jesús 2 y les
dijo a sus cortesanos:
—Éste es Juan el Bautista, que ha resucitado de entre los muertos, y
por eso actúan en él esos poderes.
3 Herodes, en efecto, había apresado a Juan, lo había encadenado y
lo había metido en la cárcel a causa de Herodías, la mujer de su hermano
Filipo, 4 porque Juan le decía: «No te es lícito tenerla». 5 Y aunque quería
matarlo, tenía miedo del
pueblo porque lo consideraban un profeta.
6 El día del cumpleaños de Herodes salió a bailar la hija de Herodías
y le gustó tanto a Herodes, 7 que juró darle cualquier cosa que pidiese. 8
Ella, instigada
por su madre, dijo:
—Dame aquí, en esta bandeja, la cabeza de Juan el Bautista.
9 El rey se entristeció, pero por el juramento y por los
comensales ordenó dársela. 10 Y mandó decapitar a Juan en la cárcel.
11 Trajeron su cabeza en la bandeja y se la dieron a la muchacha, que

la entregó a su madre. [12] Acudieron
luego sus discípulos, tomaron el cuerpo muerto, lo enterraron y fueron a dar la
noticia a Jesús.

Primera multiplicación de los panes
(14,13-21)
(Mc 6,30-44; Lc 9,10-17; Jn 6,1-15)

[13] Al oírlo Jesús se alejó de allí en una barca hacia un lugar apartado él solo. Cuando la gente se enteró le siguió a pie desde las ciudades. [14] Al desembarcar vio

una gran muchedumbre y se llenó de compasión por ella y curó a los enfermos. 15
Al atardecer se acercaron sus discípulos y le dijeron:
—Éste es un lugar apartado y ya ha pasado la hora; despide a la gente para que vayan a las aldeas a comprarse alimentos.
16 Pero Jesús les dijo:
—No hace falta que se vayan, dadles vosotros de comer.
17 Ellos le respondieron:
—Aquí no tenemos más que cinco panes y dos peces.
18 Él les dijo:
—Traédmelos aquí.
19 Entonces mandó a la gente que se acomodara en la hierba. Tomó los cinco
panes y los dos peces, levantó los ojos al cielo, pronunció la bendición, partió los
panes y los dio a los discípulos y los discípulos a la gente. 20 Comieron todos hasta
que quedaron satisfechos, y de los trozos que sobraron recogieron doce cestos
llenos. 21 Los que comieron eran unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y
niños.

Jesús camina sobre las aguas
(14,22-33)
(Mc 6,45-52; Jn 6,16-21)

22 Y enseguida Jesús mandó a los discípulos que subieran a la barca y que se adelantaran a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. 23 Y, después de despedirla, subió al monte a orar a solas. Cuando se hizo de noche seguía él solo allí. 24 Mientras tanto, la barca ya se había alejado de tierra muchos estadios, sacudida por las olas, porque el viento le era contrario. 25 En la cuarta vigilia de la noche vino hacia ellos caminando sobre el mar. 26 Cuando le vieron los discípulos andando sobre el mar, se asustaron y dijeron:
—¡Es un fantasma! –y llenos de miedo empezaron a gritar.
27 Pero al instante Jesús les habló:
—Tened confianza, soy yo, no tengáis miedo.
28 Entonces Pedro le respondió:
—Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas.
29 —Ven –le dijo él.
Y Pedro se bajó de la barca y comenzó a andar sobre las aguas en dirección
a Jesús. 30 Pero al ver que el viento era muy fuerte se atemorizó y, al empezar a
hundirse, se puso a gritar:
—¡Señor, sálvame!
31 Al instante Jesús alargó la mano, lo sujetó y le dijo:
—Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?
32 Y cuando subieron a la barca se calmó el viento. 33 Los que estaban en la

barca le adoraron diciendo:
—Verdaderamente eres Hijo de Dios.

Curaciones en Genesaret
(14,34-36)
(Mc 6,53-56)

34 Acabaron la travesía y llegaron a tierra a la altura de
Genesaret. 35 Al reconocerlo los hombres de aquel lugar mandaron
aviso a toda la comarca y le

trajeron a todos los que se sentían mal, 36 y le suplicaban poder tocar aunque sólo fuera el borde su manto. Y todos los que lo tocaron quedaron sanos.

Las tradiciones de los antiguos
La verdadera pureza
(15,1-20)
(Mc 7,1-23)

15

1 Por entonces unos fariseos y escribas de Jerusalén se acercaron a Jesús y le dijeron:
2 —¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición de nuestros mayores? Pues, cuando comen pan, no se lavan las manos.
3 Él les respondió:
—¿Y por qué vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición? 4 Porque Dios dijo: *Honra a tu padre y a tu* madre. Y *el que maldiga a su padre o a su madre, que sea castigado con la muerte*. 5 Vosotros, en cambio, decís que si alguien le dice a su padre o a su madre: «Que sea declarada ofrenda cualquier cosa que pudieras recibir de mí», 6 ése ya no tiene obligación de honrar a su padre. Así habéis anulado la palabra de Dios por vuestra tradición. 7 Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías cuando dijo:

8 *Este pueblo me honra con los labios,*
pero su corazón está muy lejos de mí.
9 *Inútilmente me dan culto,*
mientras enseñan doctrinas
que son preceptos humanos.

10 Y después de llamar a la multitud les dijo:
—Escuchad y entendedlo bien. 11 Lo que entra por la boca no hace impuro al hombre, sino lo que sale de la boca: eso sí hace impuro al hombre.
12 Entonces se acercaron los discípulos a decirle:
—¿Sabes que los fariseos se han escandalizado al oír tus palabras?
13 Pero él les respondió:
—Toda planta que no plantó mi Padre celestial será arrancada. 14 Dejadlos, son ciegos, guías de ciegos; y si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán en el hoyo.
15 Pedro entonces tomó la palabra y le dijo:
—Explícanos esa parábola.
16 Él respondió:

—¿También vosotros sois todavía incapaces de entender? [17] ¿No
sabéis que todo lo que entra por la boca pasa al vientre y luego se echa
en la cloaca? [18] Por el
contrario, lo que sale de la boca procede del corazón, y eso es lo que hace
impuro al
hombre. [19] Porque del corazón proceden los malos pensamientos, los
homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos
testimonios y las blasfemias. [20]
Estas cosas son las que hacen al hombre impuro; pero el comer sin lavarse
las
manos no hace impuro al hombre.

La mujer cananea
(15,21-28)

(Mc 7,24-30)

21 Después que Jesús salió de allí, se retiró a la región de Tiro y
Sidón. 22 En esto una mujer cananea, venida de aquellos contornos, se
puso a gritar:
—¡Señor, Hijo de David, apiádate de mí! Mi hija está poseída
cruelmente por el demonio.
23 Pero él no le respondió palabra. Entonces, se le acercaron sus
discípulos
para rogarle:
—Atiéndela y que se vaya, porque viene gritando detrás de nosotros.
24 Él respondió:
—No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel.
25 Ella, no obstante, se acercó y se postró ante él diciendo:
—¡Señor, ayúdame!
26 Él le respondió:
—No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perrillos.
27 Pero ella dijo:
—Es verdad, Señor, pero también los perrillos comen de las migajas
que caen de la mesa de sus amos.
28 Entonces Jesús le respondió:
—¡Mujer, qué grande es tu fe! Que sea como tú
quieres. Y su hija quedó sana en aquel instante.

Curación de muchos enfermos
(15,29-31)

29 Y cuando Jesús se marchó de aquel lugar, vino junto al mar de
Galilea, subió al monte y se sentó allí. 30 Acudió a él mucha gente que
traía consigo cojos, ciegos, lisiados, mudos y otros muchos enfermos, y
los pusieron a sus pies, y él los curó; 31 de tal modo que se maravillaba la
multitud viendo hablar a los mudos y restablecerse a los lisiados, andar a
los cojos y ver a los ciegos. Y glorificaban al Dios de Israel.

Segunda multiplicación de los panes
(15,32-39)
(Mc 8,1-10)

32 Jesús llamó a sus discípulos y dijo:
—Me da mucha pena la muchedumbre, porque ya llevan tres días
conmigo y no tienen qué comer, y no quiero despedirlos en ayunas, no
vaya a ser que desfallezcan en el camino.
33 Pero le decían los discípulos:
—¿De dónde vamos a sacar en un desierto panes suficientes para
alimentar a tan gran muchedumbre?
34 Jesús les dijo:
—¿Cuántos panes tenéis?
—Siete y unos pocos pececillos –respondieron ellos.
35 Entonces ordenó a la multitud que se acomodase en el suelo. 36
Tomó los
siete panes y los peces y, después de dar gracias, los partió y los fue

dando a los discípulos, y los discípulos a la multitud.
37 Y comieron todos y quedaron satisfechos. Con los trozos
sobrantes recogieron siete espuertas llenas. 38 Los que comieron eran
cuatro mil hombres sin

contar mujeres y niños. [39] Después de despedir a la muchedumbre, subió
a la barca y se fue a los confines de Magadán.

Insidias de fariseos y saduceos
(16,1-12)
(Mc 8,11-21; Lc 12,54-
56)

16

[1] Se acercaron los fariseos y saduceos y, para tentarle, le rogaron que
les hiciera ver una señal del cielo. [2] Él les respondió:
—Al atardecer decís que va a hacer buen tiempo, porque está el cielo
arrebolado; [3] y por la mañana, que hoy habrá tormenta, porque el cielo
está rojizo y
sombrío. ¿Así que sabéis descubrir el aspecto del cielo y no podéis
descubrir los
signos de los tiempos? [4] Esta generación perversa y adúltera pide una
señal, pero
no se le dará otra señal que la de Jonás.
Y los dejó y se marchó.
[5] Al pasar los discípulos a la otra orilla se olvidaron de llevar panes. [6]
Jesús
les dijo:
—Estad alerta y guardaos de la levadura de los fariseos y saduceos.
[7] Pero ellos comentaban entre sí: «No hemos traído panes». [8] Al
darse
cuenta Jesús, dijo:
—Hombres de poca fe. ¿Por qué vais comentando entre vosotros que
no
tenéis panes? [9] ¿Todavía no entendéis? ¿No os acordáis de los cinco
panes para los cinco mil hombres y de cuántos cestos recogisteis? [10] ¿Ni
de los siete panes para los cuatro mil hombres y de cuántas espuertas
recogisteis? [11] ¿Cómo no
entendéis que no me refería a los panes? Guardaos de la levadura de los
fariseos y
saduceos.
[12] Entonces comprendieron que no se había referido a guardarse de
la
levadura del pan, sino de la enseñanza de los fariseos y saduceos.

Confesión y primado de San Pedro
(16,13-20)
(Mc 8,27-30; Lc 9,18-
21)

[13] Cuando llegó Jesús a la región de Cesarea de Filipo, comenzó a
preguntar a sus discípulos:
—¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?
[14] Ellos respondieron:
—Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, y otros que Jeremías o

alguno de los profetas.
15 Él les dijo:
—Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?
16 Respondió Simón Pedro:
—Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.
17 Jesús le respondió:
—Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque no te ha revelado eso ni
la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. 18 Y yo te digo que tú
eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no

prevalecerán contra ella. [19] Te daré las llaves del Reino de los Cielos; y todo lo que ates sobre la tierra quedará atado en los cielos, y todo lo que desates sobre la tierra quedará desatado en los cielos.

[20] Entonces ordenó a los discípulos que no dijeran a nadie que él era el Cristo.

SEGUNDA PARTE
MINISTERIO CAMINO DE JERUSALÉN

(§ 16,21-20-34)

VIII. HACIA JUDEA Y JERUSALÉN

(16,21-17,27)

Jesús predice su Pasión y su Gloria
La ley de la renuncia cristiana

(16,21-28)

(Mc 8,31-9,1; Lc 9,22-27)

[21] Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y padecer mucho por causa de los ancianos, de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas, y ser llevado a la muerte y resucitar al tercer día.

[22] Pedro, tomándolo aparte, se puso a reprenderle diciendo:

—¡Dios te libre, Señor! De ningún modo te ocurrirá eso.

[23] Pero él se volvió hacia Pedro y le dijo:

—¡Apártate de mí, Satanás! Eres escándalo para mí, porque no sientes las cosas de Dios sino las de los hombres.

[24] Entonces les dijo Jesús a sus discípulos:

—Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y que me siga. [25] Porque el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mí, la encontrará.

[26] »Porque, ¿de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida?, o ¿qué podrá dar el hombre a cambio de su vida? [27] Porque el Hijo del Hombre va a venir en la gloria de su Padre acompañado de sus ángeles, y entonces retribuirá a cada uno según su conducta. [28] En verdad os digo que hay algunos de los aquí presentes que no sufrirán la muerte hasta que vean al Hijo del Hombre venir en su Reino.

La Transfiguración

(17,1-13)

(Mc 9,2-13; Lc 9,28-36)

17

1 Seis días después, Jesús se llevó con él a Pedro, a Santiago y a Juan su
hermano, y los condujo a un monte alto, a ellos solos. 2 Y se transfiguró
ante ellos, de modo que su rostro se puso resplandeciente como el sol, y
sus vestidos blancos como la luz. 3 En esto, se les aparecieron Moisés y
Elías hablando con él. 4 Pedro, tomando la palabra, le dijo a Jesús:

—Señor, qué bien estamos aquí; si quieres haré aquí tres tiendas: una
para ti,

otra para Moisés y otra para Elías.
5 Todavía estaba hablando, cuando una nube de luz los cubrió y una voz
desde la nube dijo:
—Éste es mi Hijo, el Amado, en quien me he complacido: escuchadle.
6 Los discípulos al oírlo cayeron de bruces llenos de temor. 7 Entonces se
acercó Jesús y los tocó y les dijo:
—Levantaos y no tengáis miedo.
8 Al alzar sus ojos no vieron a nadie: sólo a Jesús. 9 Mientras bajaban del
monte, Jesús les ordenó:
—No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos.
10 Sus discípulos le preguntaron:
—¿Por qué entonces dicen los escribas que Elías debe venir primero?
11 Él les respondió:
—Elías ciertamente vendrá y restablecerá todas las cosas. 12 Pero yo os digo
que Elías ya ha venido y no lo han reconocido, sino que han hecho con él lo que han querido. Así también el Hijo del Hombre va a padecer a manos de ellos.
13 Entonces comprendieron los discípulos que les hablaba de Juan el Bautista.

Curación del muchacho lunático
(17,14-20)
(Mc 9,14-29; Lc 9,37-43)

14 Al llegar donde la multitud, se acercó a él un hombre, se puso de rodillas 15
y le suplicó:
—Señor, ten compasión de mi hijo, porque está lunático y sufre mucho;
muchas veces se cae al fuego y otras al agua. 16 Lo he traído a tus discípulos y no
lo han podido curar.
17 Jesús contestó:
—¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo tendré que estar con vosotros? ¿Hasta cuándo tendré que soportaros? Traédmelo aquí.
18 Le increpó Jesús y salió de él el demonio, y quedó curado el muchacho
desde aquel momento.
19 Luego los discípulos se acercaron a solas a Jesús y le dijeron:
—¿Por qué nosotros no hemos podido expulsarlo?
20 —Por vuestra poca fe –les dijo–. Porque os aseguro que si tuvierais fe
como un grano de mostaza, podríais decir a este monte: «Trasládate de aquí allá», y
se trasladaría, y nada os sería imposible. (21)

Segundo anuncio de la Pasión. Tributo al Templo
(17,22-27)

(Mc 9,30-32; Lc 9,43-45)

22 Cuando estaban en Galilea les dijo Jesús:
—El Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los hombres, 23 y lo
matarán, pero al tercer día resucitará.
Y se pusieron muy tristes.
24 Al llegar a Cafarnaún, se acercaron a Pedro los recaudadores del tributo y
le dijeron:
—¿No va a pagar vuestro Maestro el tributo?

25 —Sí –respondió.
Al entrar en la casa se anticipó Jesús y le dijo:
—¿Qué te parece, Simón? ¿De quiénes reciben tributo o censo los reyes de la tierra: de sus hijos o de los extraños?
26 Al responderle que de los extraños, le dijo Jesús:
—Luego los hijos están exentos; 27 pero para no escandalizarlos, vete al mar,
echa el anzuelo y el primer pez que pique sujétalo, ábrele la boca y encontrarás un estáter; lo tomas y lo das por mí y por ti.

IX. DISCURSO SOBRE LA VIDA EN LA IGLESIA

(18,1-20-34)

Los «pequeños» y el Reino
El escándalo. La oveja perdida

(18,1-14)

(Mc 9,33-50; Lc 9,46-50; 17,1-3; 15,4-7)

18

1 En aquella ocasión se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron:
—¿Quién piensas que es el mayor en el Reino de los Cielos?
2 Entonces llamó a un niño, lo puso en medio de ellos 3 y dijo:
—En verdad os digo: si no os convertís y os hacéis como los niños, no
entraréis en el Reino de los Cielos. 4 Pues todo el que se humille como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos; 5 y el que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe. 6 Pero al que escandalice a uno de estos pequeños que
creen en mí, más le valdría que le colgasen al cuello una piedra de molino, de las
que mueve un asno, y lo hundieran en el fondo del mar. 7 ¡Ay del mundo por los
escándalos! Es inevitable que vengan los escándalos. Sin embargo, ¡ay del hombre
por cuya culpa se produce el escándalo! 8 Si tu mano o tu pie te escandaliza,
córtatelo y arrójalo lejos de ti. Más te vale entrar en la Vida manco o cojo, que con
las dos manos o los dos pies ser arrojado al fuego eterno. 9 Y si tu ojo te escandaliza, arráncatelo y tíralo lejos de ti. Más te vale entrar tuerto en la Vida, que con los dos ojos ser arrojado al fuego del infierno.
10 »Guardaos de despreciar a uno de estos pequeños, porque os digo que
sus ángeles en los cielos están viendo siempre el rostro de mi Padre que está en los
cielos. (11).
12 »¿Qué os parece? Si a un hombre que tiene cien ovejas se le

pierde una
de ellas, ¿no dejará las noventa y nueve en el monte y saldrá a buscar la que se le
había perdido? 13 Y si llega a encontrarla, os aseguro que se alegrará
más por ella que por las noventa y nueve que no se habían perdido. 14
Del mismo modo, no es
voluntad de vuestro Padre que está en los cielos que se pierda ni uno solo de estos
pequeños.

Corrección fraterna
Poderes de los Apóstoles
(18,15-20)

(Lc 17,3-4)

15 »Si tu hermano peca contra ti, vete y corrígele a solas tú con él.
Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. 16 Si no escucha, toma
entonces contigo a uno o dos, para que *cualquier asunto quede firme por
la palabra de dos o tres testigos*. 17 Pero si no quiere escucharlos, díselo
a la Iglesia. Si tampoco quiere escuchar a la Iglesia, tenlo por pagano y
publicano.
18 »Os aseguro que todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el
cielo, y
todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo.
19 »Os aseguro también que si dos de vosotros se ponen de acuerdo
en la
tierra sobre cualquier cosa que quieran pedir, mi Padre que está en los
cielos se lo
concederá. 20 Pues donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy
yo en
medio de ellos.

**Perdón de las
ofensas
Parábola del siervo despiadado**
(18,21-35)
(Lc 17,3-
4)

21 Entonces, se acercó Pedro a preguntarle:
—Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano
cuando peque contra mí? ¿Hasta siete?
22 Jesús le respondió:
—No te digo que hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. 23
Por eso
el Reino de los Cielos viene a ser como un rey que quiso arreglar cuentas
con sus
siervos. 24 Puesto a hacer cuentas, le presentaron uno que le debía diez
mil talentos. 25 Como no podía pagar, el señor mandó que fuese
vendido él con su mujer y sus hijos y todo lo que tenía, y que así
pagase. 26 Entonces el siervo, se echó a sus pies y le suplicaba: «Ten
paciencia conmigo y te pagaré todo». 27 El señor, compadecido de
aquel siervo, lo mandó soltar y le perdonó la deuda. 28 Al
salir aquel siervo, encontró a uno de sus compañeros que le debía cien
denarios y,
agarrándole, lo ahogaba y le decía: «Págame lo que me debes». 29 Su
compañero, se echó a sus pies y se puso a rogarle: «Ten paciencia
conmigo y te pagaré». 30
Pero él no quiso, sino que fue y lo hizo meter en la cárcel, hasta que
pagase la
deuda. 31 Al ver sus compañeros lo ocurrido, se disgustaron mucho y
fueron a contar a su señor lo que había pasado. 32 Entonces su señor lo
mandó llamar y le
dijo: «Siervo malvado, yo te he perdonado toda la deuda porque me lo has
suplicado. 33 ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero,
como yo la he tenido de ti?» 34 Y su señor, irritado, lo entregó a los

verdugos, hasta que pagase toda la deuda. 35 Del mismo modo hará con vosotros mi Padre celestial, si cada uno
no perdona de corazón a su hermano.

Matrimonio y virginidad
(19,1-12)
(Mc 10,1-12)

19

1 Cuando terminó Jesús estos discursos, partió de Galilea y fue a la región de
Judea, al otro lado del Jordán. 2 Y le siguieron grandes multitudes, y allí les curó. 3

Se acercaron entonces a él unos fariseos y le preguntaron para tentarle:
—¿Le es lícito a un hombre repudiar a su mujer por cualquier motivo?
4 Él respondió:
—¿No habéis leído que al principio el Creador *los hizo hombre y mujer*, 5 y
que dijo: *Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y*
serán los dos una sola carne? 6 De modo que ya no son dos, sino una sola carne.
Por tanto, lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre.
7 Ellos le replicaron:
—¿Por qué entonces Moisés mandó *dar el libelo de repudio y despedirla*?
8 Él les respondió:
—Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres a causa de la dureza de
vuestro corazón; pero al principio no fue así. 9 Sin embargo, yo os digo: cualquiera
que repudie a su mujer –a no ser por fornicación– y se case con otra, comete adulterio.
10 Le dicen los discípulos:
—Si esa es la condición del hombre con respecto a su mujer, no trae cuenta casarse.
11 —No todos son capaces de entender esta doctrina –les respondió él–, sino aquellos a quienes se les ha concedido. 12 En efecto, hay eunucos que nacieron así
del vientre de su madre; también hay eunucos que han quedado así por obra de los
hombres; y los hay que se han hecho eunucos a sí mismos por el Reino de los
Cielos. Quien sea capaz de entender, que entienda.

Jesús bendice a los niños
(19,13-15)
(Mc 10,13-16; Lc 18,15-17)

13 Entonces le presentaron unos niños para que les impusiera las manos y orase; pero los discípulos les reñían. 14 Ante esto, Jesús dijo:
—Dejad a los niños y no les impidáis que vengan conmigo, porque de los que
son como ellos es el Reino de los Cielos.
15 Y después de imponerles las manos, se marchó de allí.

El joven rico. Pobreza y entrega cristianas
(19,16-30)
(Mc 10,17-31; Lc 18,18-30)

16 Y se le acercó uno, y le dijo:
—Maestro, ¿qué obra buena debo hacer para alcanzar la vida eterna?
17 Él le respondió:
—¿Por qué me preguntas sobre lo bueno? Uno sólo es el bueno.

Pero si quieres entrar en la Vida, guarda los mandamientos.
18 —¿Cuáles? –le preguntó.
Jesús le respondió:
—*No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no dirás falso testimonio*,
19 *honra a tu padre y a tu madre*, y *amarás a tu prójimo como a ti mismo*.
20 —Todo esto lo he guardado –le dijo el joven–. ¿Qué me falta aún?
21 Jesús le respondió:
—Si quieres ser perfecto, anda, vende tus bienes y dáselos a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos. Luego, ven y sígueme.

22 Al oír el joven estas palabras se marchó triste, porque tenía
muchas posesiones.
23 Jesús les dijo entonces, a sus discípulos:
—En verdad os digo: difícilmente entrará un rico en el Reino de los
Cielos. 24
Es más, os digo que es más fácil a un camello pasar por el ojo de una
aguja, que a un rico entrar en el Reino de Dios.
25 Cuando oyeron esto sus discípulos, se quedaron muy asombrados
y
decían:
—Entonces, ¿quién puede salvarse?
26 Jesús, con la mirada fija en ellos, les dijo:
—Para el hombre esto es imposible; para Dios, sin embargo, todo es
posible.
27 Entonces Pedro tomó la palabra y le dijo:
—Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos
seguido, ¿qué recompensa tendremos?
28 Jesús les respondió:
—En verdad os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del
Hombre se siente en su trono de gloria, vosotros, los que me habéis
seguido, también os
sentaréis sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. 29 Y
todo el que
haya dejado casa, hermanos o hermanas, padre o madre, o hijos, o
campos, por
causa de mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará la vida eterna.
30 Porque
muchos primeros serán últimos y muchos últimos serán primeros.

Parábola de los obreros de la viña (20,1-16)

20

1 El Reino de los Cielos es como un hombre, dueño de una propiedad, que
salió al amanecer a contratar obreros para su viña. 2 Después de haber
convenido con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. 3 Salió
también hacia la hora tercia y vio a otros que estaban en la plaza parados,
4 y les dijo: «Id también vosotros a mi viña y os daré lo que sea justo». 5
Ellos marcharon. De nuevo salió hacia la hora sexta y de nona e hizo lo
mismo. 6 Hacia la hora undécima volvió a salir y todavía encontró a otros
parados, y les dijo: «¿Cómo es que estáis aquí todo el día ociosos?» 7 Le
contestaron: «Porque nadie nos ha contratado». Les dijo: «Id
también vosotros a mi viña». 8 A la caída de la tarde le dijo el amo de la
viña a su
administrador: «Llama a los obreros y dales el jornal, empezando por los
últimos
hasta llegar a los primeros». 9 Vinieron los de la hora undécima y
percibieron un denario cada uno. 10 Y cuando llegaron los primeros
pensaron que cobrarían más, pero también ellos recibieron un denario
cada uno. 11 Al recibirlo, se pusieron a murmurar contra el dueño: 12 «A

estos últimos que han trabajado sólo una hora los has hecho iguales a
nosotros, que hemos soportado el peso del día y del calor». 13
Él le respondió a uno de ellos: «Amigo, no te hago ninguna injusticia;
¿acaso no
conviniste conmigo en un denario? 14 Toma lo tuyo y vete; quiero dar a
este último
lo mismo que a ti. 15 ¿No puedo yo hacer con lo mío lo que quiero? ¿O es
que vas a ver con malos ojos que yo sea bueno?» 16 Así los últimos serán
primeros y los
primeros últimos.

Tercer anuncio de la Pasión
(20,17-19)
(Mc 10,32-34; Lc 18,31-34)

17 Cuando subía Jesús camino de Jerusalén tomó aparte a
sus doce discípulos y les dijo:
18 —Mirad, subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será
entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, le
condenarán a muerte, 19 y le
entregarán a los gentiles para burlarse de él y azotarlo y crucificarlo, pero
al tercer
día resucitará.

Petición de la madre de los hijos de Zebedeo
(20,20-28)
(Mc 10,35-45)

20 Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus
hijos, y se postró ante él para hacerle una petición. 21 Él le preguntó:
—¿Qué quieres?
Ella le dijo:
—Di que estos dos hijos míos se sienten en tu Reino, uno a tu
derecha y otro a tu izquierda.
22 Jesús respondió:
—No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?
—Podemos –le dijeron.
23 Él añadió:
—Beberéis mi cáliz; pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda
no me corresponde concederlo, sino que es para quienes está
dispuesto por mi Padre.
24 Al oír esto, los diez se indignaron contra los dos hermanos. 25 Pero
Jesús
les llamó y les dijo:
—Sabéis que los que gobiernan las naciones las oprimen y los
poderosos las
avasallan. 26 No tiene que ser así entre vosotros; al contrario: quien entre
vosotros quiera llegar a ser grande, que sea vuestro servidor; 27 y quien
entre vosotros quiera ser el primero, que sea vuestro esclavo. 28 De la
misma manera que el Hijo del
Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en redención
de
muchos.

Curación de los ciegos de Jericó
(20,29-34)
(Mc 10,46-52; Lc 18,35-43)

29 Al salir de Jericó le seguía una gran multitud. 30 En esto, dos
ciegos sentados al lado del camino, en cuanto oyeron que pasaba

Jesús, se pusieron a gritar:
—¡Señor, Hijo de David, ten piedad de nosotros!
31 La multitud les reprendía para que se callaran, pero ellos gritaban más
fuerte diciendo:
—¡Señor, Hijo de David, ten piedad de nosotros!
32 Jesús se paró, los llamó y, les dijo:
—¿Qué queréis que os haga?
33 —Señor, que se abran nuestros ojos –le respondieron.
34 Jesús, compadecido, les tocó los ojos y al instante recobraron la vista y le

siguieron.

TERCERA PARTE
MINISTERIO DE JESÚS EN JERUSALÉN

(§ 21,8-28,20)

X. PURIFICACIÓN DEL TEMPLO Y CONTROVERSIAS

(21,1-23,39)

Entrada del Mesías en la Ciudad Santa
(21,1-11)

(Mc 11,1-11; Lc 19,28-40; Jn 12,12-19)

21

1 Al acercarse a Jerusalén y llegar a Betfagé, junto al Monte de los
Olivos, Jesús envió a dos de sus discípulos, 2 diciéndoles:
—Id a la aldea que tenéis enfrente y encontraréis enseguida un asna atada,
con un borrico al lado; desatadlos y traédmelos. 3 Si alguien os dice algo, le
responderéis que el Señor los necesita y que enseguida los devolverá.
4 Esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por medio del Profeta:
5 *Decid a la hija de Sión:*
«Mira, tu Rey viene hacia ti
con mansedumbre, sentado sobre un
asna, sobre un borrico, hijo de animal de
carga».
6 Los discípulos marcharon e hicieron como Jesús les había ordenado.
7
Trajeron el asna y el borrico, pusieron sobre ellos los mantos y él se montó
encima.
8 Una gran multitud extendió sus propios mantos por el camino; otros
cortaban ramas de árboles y las echaban por el camino. 9 Las multitudes
que iban delante de
él y las que seguían detrás gritaban diciendo:
—¡*Hosanna al Hijo de David!*
¡Bendito el que viene en nombre del
Señor!
¡*Hosanna* en *las alturas!*
10 Al entrar en Jerusalén, se conmovió toda la ciudad y se
preguntaban:
—¿Quién es éste?
11 —Éste es el profeta Jesús, el de Nazaret de Galilea –decía la
multitud.

Jesús en el Templo (21,12-17)

(Mc 11,15-19; Lc 19,45-48; Jn 2,13-25)

12 Entró Jesús en el Templo y expulsó a todos los que vendían y
compraban en el Templo; volcó las mesas de los cambistas y los puestos
de los que vendían palomas, 13 mientras les decía:
—Escrito está: *Mi casa será llamada casa de oración*, pero vosotros
la estáis convirtiendo en *una cueva de ladrones*.
14 Mientras estaba en el Templo, se acercaron a él ciegos y cojos y
los curó.
15 Los príncipes de los sacerdotes y los escribas, al ver los milagros
que
hacía y a los niños que aclamaban en el Templo y decían: «Hosanna al Hijo
de

David», se indignaron [16] y le dijeron:
—¿Oyes lo que dicen éstos?
—Sí –les respondió Jesús–. ¿No habéis leído nunca: *De la boca de los pequeños y de los niños de pecho te preparaste la alabanza*?
[17] Y los dejó, salió fuera de la ciudad, a Betania, y allí pasó la noche.

Maldición de la higuera
(21,18-22)
(Mc 11,12-14.20-25)

[18] Muy de mañana, cuando volvía a la ciudad, sintió hambre. [19] Viendo una higuera junto al camino, se acercó, pero no encontró en ella nada más que hojas. Y le dijo:
—Que nunca jamás brote de ti fruto alguno.
Y al instante se secó la higuera. [20] Al ver esto los discípulos se maravillaron y
dijeron:
—¿Cómo tan de repente se ha secado la higuera?
[21] Jesús les dijo:
—En verdad os digo que si tenéis fe y no dudáis, no sólo haréis lo de la higuera, sino que incluso si le decís a este monte: «Arráncate y échate al mar», se
hará. [22] Y todo cuanto pidáis con fe en la oración lo recibiréis.

Potestad de Jesús (21,23-27)
(Mc 11,27-33; Lc 20,1-8)

[23] Llegó al Templo, y mientras estaba enseñando se le acercaron los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo, y le preguntaron:
—¿Con qué potestad haces estas cosas? ¿Y quién te ha dado tal potestad?
[24] Jesús les respondió:
—También yo os voy a hacer una pregunta; si me la contestáis, entonces yo
os diré con qué potestad hago estas cosas. [25] El bautismo de Juan ¿de dónde era?,
¿del cielo o de los hombres?
Ellos deliberaban entre sí: «Si decimos que del cielo, nos replicará: "¿Por qué,
pues, no le creísteis?" [26] Si decimos que de los hombres, tememos a la gente; pues todos tienen a Juan por profeta». [27] Y respondieron a Jesús:
—No lo sabemos.
Entonces él les dijo:
—Pues tampoco yo os digo con qué potestad hago estas cosas.

Parábola de los dos hijos
(21,28-46)

[28] ¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos; dirigiéndose al

primero, le mandó: «Hijo, vete hoy a trabajar en la viña». 29 Pero él le
contestó: «No quiero». Sin embargo se arrepintió después y fue. 30 Se
dirigió entonces al segundo y le dijo lo mismo. Éste le respondió: «Voy,
señor»; pero no fue. 31 ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre?

—El primero –dijeron
ellos. Jesús prosiguió:

—En verdad os digo que los publicanos y las meretrices van a estar
por
delante de vosotros en el Reino de Dios. 32 Porque vino Juan a vosotros con
un

camino de justicia y no le creísteis; en cambio, los publicanos y las meretrices le creyeron. Pero vosotros, ni siquiera viendo esto os arrepentisteis después para poder creerle.

Parábola de los viñadores homicidas

(Mc 12,1-12; Lc 20,9-19)

33 Escuchad otra parábola:
—Había un hombre, dueño de una propiedad, que plantó una viña, la rodeó de una cerca y cavó en ella un lagar, edificó una torre, la arrendó a unos labradores
y se marchó lejos de allí. 34 Cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió a sus siervos a los labradores para recibir sus frutos. 35 Pero los labradores agarraron a los siervos y a uno lo golpearon, a otro lo mataron y a otro lo lapidaron. 36 De nuevo envió a otros siervos, más numerosos que los primeros, pero les hicieron lo mismo.
37 Por último les envió a su hijo, pensando: «A mi hijo lo respetarán». 38 Pero los
labradores, al ver al hijo, se dijeron: «Este es el heredero. Vamos, lo mataremos y
nos quedaremos con su heredad». 39 Y lo agarraron, lo sacaron fuera de la viña y lo mataron. 40 Cuando venga el amo de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?
41 Le contestaron:
—A esos malvados les dará una mala muerte, y arrendará la viña a otros labradores que le entreguen los frutos a su tiempo.
42 Jesús les dijo:
—¿Acaso no habéis leído en las Escrituras:

La piedra que rechazaron los
constructores, ésta ha llegado a
ser la piedra angular.
Es el Señor quien ha hecho
esto
y es admirable a nuestros ojos?

43 »Por esto os digo que se os quitará el Reino de Dios y se entregará a un pueblo que rinda sus frutos. 44 y quien caiga sobre esta piedra se despedazará, y al
que le caiga encima lo aplastará.
45 Al oír los príncipes de los sacerdotes y los fariseos sus parábolas, comprendieron que se refería a ellos.
46 Y aunque querían prenderlo, tuvieron miedo a la multitud, porque lo tenían
como profeta.

Parábola de los invitados a las bodas

(22,1-14)

(Lc 14,15-24)

22

1 Jesús les habló de nuevo con parábolas y dijo:
2 —El Reino de los Cielos es como un rey que celebró las bodas de su hijo
3 y envió a sus siervos a llamar a los invitados a las bodas; pero éstos no
querían acudir. 4
Nuevamente envió a otros siervos diciéndoles: «Decid a los invitados:
mirad que
tengo preparado ya mi banquete, se ha hecho la matanza de mis terneros
y mis
reses cebadas, y todo está a punto; venid a las bodas». 5 Pero ellos, sin
hacer caso, se marcharon: quien a su campo, quien a su negocio. 6 Los
demás echaron mano a

los siervos, los maltrataron y los mataron. 7 El rey se encolerizó, y
envió a sus tropas a acabar con aquellos homicidas y prendió fuego a
su ciudad. 8 Luego les
dijo a sus siervos: «Las bodas están preparadas pero los invitados no eran
dignos. 9
Así que marchad a los cruces de los caminos y llamad a las bodas a
cuantos
encontréis». 10 Los siervos salieron a los caminos y reunieron a todos los
que encontraron, malos y buenos; y se llenó de comensales la sala de
bodas. 11 Entró el rey para ver a los comensales, y se fijó en un hombre
que no vestía traje de boda; 12
y le dijo: «Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin llevar traje de boda?» Pero él
se
calló. 13 Entonces el rey les dijo a los servidores: «Atadlo de pies y manos
y echadlo a las tinieblas de afuera; allí habrá llanto y rechinar de dientes».
14 Porque muchos
son los llamados, pero pocos los elegidos.

El tributo al César

(22,15-22)

(Mc 12,13-17; Lc 20,20-26)

15 Entonces los fariseos se retiraron y se pusieron de acuerdo para
ver cómo podían cazarle en alguna palabra. 16 Y le enviaron a sus
discípulos, con los herodianos, a que le preguntaran:
—Maestro, sabemos que eres veraz y que enseñas de verdad el
camino de
Dios, y que no te dejas llevar por nadie, pues no haces acepción de
personas. 17
Dinos, por tanto, qué te parece: ¿es lícito dar tributo al César, o no?
18 Conociendo Jesús su malicia, respondió:
—¿Por qué me tentáis, hipócritas? 19 Enseñadme la moneda del
tributo.
Y ellos le mostraron un º denario.
20 Él les dijo:
—¿De quién es esta imagen y esta inscripción?
21 —Del César –contestaron.
Entonces les dijo:
—Dad, pues, al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.
22 Al oírlo se quedaron admirados, lo dejaron y se fueron.

La resurrección de los muertos

(22,23-33)

(Mc 12,18-27; Lc 20,27-40)

23 Aquel mismo día se le acercaron unos saduceos –que
niegan la resurrección– y le preguntaron:
24 Maestro, Moisés dijo: *Si alguien muere sin tener hijos, su
hermano se casará con la mujer y dará descendencia a su hermano*. 25

Pues bien, había entre
nosotros siete hermanos. El primero se casó y falleció, y, al no tener descendencia,
dejó su mujer a su hermano. 26 Lo mismo sucedió con el segundo y el
tercero, hasta el séptimo. 27 Después de todos ellos, murió la mujer. 28 Entonces, en la
resurrección, ¿de cuál de los siete será esposa?, porque la tuvieron todos.
29 Jesús les respondió:
—Estáis equivocados por no entender las Escrituras ni el poder de Dios: 30
porque en la resurrección no se casarán ni ellas ni ellos, sino que serán en el cielo
como los ángeles. 31 Y sobre la resurrección de los muertos, ¿no habéis
leído lo que os dejó dicho Dios: 32 *Yo soy el Dios de Abrahán y el Dios de Isaac y el Dios de*

Jacob? No es Dios de muertos sino de vivos.
33 Y la muchedumbre, al oírlo, quedaba admirada de su enseñanza.

El primer mandamiento
(22,34-40)
(Mc 12,28-34; Lc 10,25-28)

34 Los fariseos, al oír que había hecho callar a los saduceos, se pusieron de acuerdo, 35 y uno de ellos, doctor de la ley, le preguntó para tentarle:
36 —Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley?
37 Él le respondió:
—*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma* y con toda
tu mente. 38 Éste es el mayor y el primer mandamiento. 39 El segundo es como éste:
Amarás a tu prójimo como a ti mismo. 40 De estos dos mandamientos dependen
toda la Ley y los Profetas.

Divinidad del Mesías
(22,41-46)
(Mc 12,35-37; Lc 20,41-44)

41 Estaban reunidos unos fariseos y Jesús les preguntó:
42 —¿Qué pensáis del Mesías? ¿De quién es hijo?
—De David –le respondieron.
43 Él les dice:
—¿Entonces, cómo David, movido por el Espíritu, le llama Señor al decir:

44 *Dijo el Señor a mi Señor:*
«Siéntate a mi derecha,
hasta que ponga a tus enemigos
bajo tus pies»?

45 »Por lo tanto, si David le llama «Señor», ¿cómo va a ser hijo suyo?
46 Y nadie podía responderle una palabra; y desde aquel día ninguno se
atrevió a hacerle ya más preguntas.

Censuras a escribas y fariseos (23,1-36)
(Mc 12,38-40; Lc 11,37-54; 20,45-47)

23

1 Entonces Jesús habló a las multitudes y a sus discípulos 2 diciendo:
—En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos.

[3]Haced y cumplid todo cuanto os digan; pero no obréis como ellos, pues
dicen pero no hacen.
[4] Atan cargas pesadas e insoportables y las echan sobre los hombros de
los demás, pero ellos ni con uno de sus dedos quieren moverlas. [5] Hacen
todas sus obras para que les vean los hombres. Ensanchan sus filacterias y
alargan sus franjas. [6]
Anhelan los primeros puestos en los banquetes, los primeros asientos en
las
sinagogas [7] y que les saluden en las plazas, y que la gente les llame rabbí.
[8]
Vosotros, al contrario, no os hagáis llamar rabbí, porque sólo uno es
vuestro
maestro y todos vosotros sois hermanos. [9] No llaméis padre vuestro a
nadie en la

tierra, porque sólo uno es vuestro Padre, el celestial. 10 Tampoco os
dejéis llamar doctores, porque vuestro doctor es uno sólo: Cristo. 11 Que
el mayor entre vosotros sea vuestro servidor. 12 El que se ensalce será
humillado, y el que se humille será ensalzado.
13 »¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis el
Reino de los
Cielos a los hombres! Porque ni vosotros entráis, ni dejáis entrar a los que
quieren
entrar. (14).
15 »¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que vais dando
vueltas por
mar y tierra para hacer un solo prosélito y, en cuanto lo conseguís, le
hacéis hijo del infierno dos veces más que vosotros!
16 »¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: «Jurar por el Templo
no es nada; pero si uno jura por el oro del Templo, queda obligado!» 17
¡Necios y ciegos!
¿Qué es más: el oro o el Templo que santifica al oro? 18 Y: «Jurar por el
altar no es nada; pero si uno jura por la ofrenda que está sobre él, queda
obligado». 19 ¡Ciegos!
¿Qué es más: la ofrenda o el altar que santifica la ofrenda? 20 Por tanto,
quien ha jurado por el altar, jura por él y por todo lo que hay sobre él. 21 Y
quien ha jurado por el Templo, jura por él y por Aquel que en él habita. 22 Y
quien ha jurado por el cielo,
jura por el trono de Dios y por Aquel que en él está sentado.
23 »¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el
diezmo de la
menta, del eneldo y del comino, pero habéis abandonado lo más
importante de la
Ley: la justicia, la misericordia y la fidelidad! Hay que hacer esto sin
abandonar lo
otro. 24 ¡Guías ciegos, que coláis un mosquito y os tragáis un camello!
25 »¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis por
fuera la copa y el plato, mientras por dentro quedan llenos de rapiña y
de inmundicia! 26
Fariseo ciego, limpia primero lo de dentro de la copa, para que llegue a
estar limpio
también lo de fuera.
27 »¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que os
parecéis a
sepulcros blanqueados, que por fuera aparecen hermosos, pero por dentro
están
llenos de huesos de muertos y de toda podredumbre! 28 Así también
vosotros por
fuera os mostráis justos ante los hombres, pero por dentro estáis
llenos de hipocresía y de iniquidad.
29 »¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que edificáis las
tumbas de los profetas y adornáis los sepulcros de los justos, 30 y decís:
«Si hubiéramos vivido
en tiempos de nuestros padres, no habríamos sido sus cómplices en la
sangre de

los profetas!». [31] Así pues, atestiguáis contra vosotros mismos que sois
hijos de los que mataron a los profetas. [32] Y vosotros, colmad la medida
de vuestros padres.
[33] »¡Serpientes, raza de víboras! ¿Cómo podréis escapar de la
condenación del infierno? [34] Por eso, mirad: os voy a enviar profetas,
sabios y escribas; a unos
los mataréis y crucificaréis, y a otros los flagelaréis en vuestras sinagogas y
los
perseguiréis de ciudad en ciudad, [35] para que caiga sobre vosotros toda la
sangre
inocente que ha sido derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo
Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, al que matasteis entre
el Templo y el altar.
[36] En verdad os digo: todo esto caerá sobre esta generación.

Queja contra Jerusalén
(23,37-39)
(Lc 13,34-
35)

37 »¡Jerusalén, Jerusalén!, que matas a los profetas y lapidas a
los que te son enviados. Cuántas veces he querido reunir a tus hijos,
como la gallina reúne a sus polluelos bajo las alas, y no quisiste. 38
Mirad, *vuestra casa se os va a quedar desierta*. 39 Así pues, os aseguro
que ya no me veréis hasta que digáis: *Bendito el que viene en nombre
del Señor*.

XI. DISCURSO ESCATOLÓGICO Y PARÁBOLAS

(24,1-25-46)

Anuncio de la destrucción del Templo

(24,1-51)

(Mc 13,1-2; Lc 21,5-6)

24

1 Salió Jesús del Templo y, cuando se alejaba, sus discípulos se le
acercaron para que se fijara en las construcciones del Templo. 2 Pero él
les dijo:
—¿Veis todo esto? En verdad os digo que no quedará aquí piedra sobre
piedra que no sea derruida.

Comienzo de las tribulaciones
Persecuciones por causa del Evangelio

(Mc 13,3-13; Lc 21,7-19)

3 Estando él sentado en el Monte de los Olivos, se le acercaron sus
discípulos a solas y le preguntaron:
—Dinos cuándo ocurrirán estas cosas y cuál será la señal de tu
venida y del final del mundo.
4 Jesús les respondió:
—Mirad que no os engañe nadie; 5 porque vendrán en mi nombre
muchos diciendo: «Yo soy el Cristo», y a muchos los seducirán. 6 Vais a
oír hablar de
guerras y de rumores de guerras. Mirad, no os inquietéis, porque es
necesario que
ocurra, pero todavía no es el fin. 7 Se alzará pueblo contra pueblo y
reino contra reino, y habrá hambres y terremotos en diversos lugares.
8 Todo esto será el
comienzo de los dolores.
9 »Entonces os entregarán al tormento, os matarán y todas las
gentes os odiarán a causa de mi nombre. 10 Y se escandalizarán muchos,
se traicionarán mutuamente y se odiarán unos a otros. 11 Surgirán muchos
falsos profetas y seducirán a muchos. 12 Y, al desbordarse la iniquidad, se
enfriará la caridad de muchos. 13 Pero el que persevere hasta el fin, ése se

salvará. 14 Y se predicará este
Evangelio del Reino en todo el mundo en testimonio para todas las gentes, y
entonces vendrá el fin.

La gran tribulación

(Mc 13,14-23; Lc 21,20-24)

15 »Por eso, cuando veáis *la abominación de la desolación*, que predijo el profeta Daniel, erigida *en el lugar santo* –quien lea, entienda–,16 entonces los que

estén en Judea, que huyan a los montes; 17 quien esté en el terrado, que
no baje a tomar nada de su casa; 18 y quien esté en el campo, que no
vuelva atrás para tomar su manto. 19 ¡Ay de las que estén encintas y de
las que estén criando esos días! 20
Rogad para que vuestra huida no ocurra ni en invierno ni en sábado.
21 »Habrá entonces una gran *tribulación, como no la hubo desde el
principio del mundo hasta ahora*, ni la habrá. 22 Y de no acortarse esos
días, no se salvaría
nadie; pero en atención a los elegidos esos días se acortarán.
23 »Entonces, si alguien os dijese: «Mirad, el Cristo está aquí o allí»,
no os lo creáis. 24 Porque surgirán falsos mesías y falsos profetas, y se
presentarán con grandes señales y prodigios para engañar, si fuera
posible, incluso a los elegidos. 25
Mirad que os lo he predicho. 26 Y si os dijeran que está en el desierto, no
vayáis; o que está en un lugar oculto, no os lo creáis. 27 De la misma
manera que el
relámpago sale del oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida
del Hijo del
Hombre. 28 Dondequiera que esté el cadáver allí se reunirán los buitres.

La venida del Hijo del Hombre

(Mc 13,24-27; Lc 21,25-28)

29 »Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, *el
sol se oscurecerá y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán*
del cielo y *las potestades de los cielos* se conmoverán. 30 Entonces
aparecerá en el cielo la señal del Hijo del Hombre, y en ese momento
todas las tribus de la tierra romperán en llantos. Y verán *al Hijo del
Hombre que viene sobre las nubes del cielo* con gran poder y gloria. 31 Y
enviará a sus ángeles que, con trompeta clamorosa, reunirán a sus
elegidos desde los cuatro vientos, de un extremo a otro de los cielos.

Certeza del fin: la lección de la higuera

(Mc 13,28-31; Lc 21,29-33)

32 »Aprended de la higuera esta parábola: cuando sus ramas están
ya tiernas y brotan las hojas, sabéis que está cerca el verano. 33 Así
también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, sabed que es
inminente, que está a las puertas. 34 En verdad os digo que no pasará esta
generación sin que todo esto se cumpla. 35 El cielo y la tierra pasarán,
pero mis palabras no pasarán.

Tiempos de la segunda venida de Cristo

(Mc 13,32-37; Lc 17,22-37)

[36] »Pero nadie sabe de ese día y de esa hora: ni los ángeles de los
cielos, ni el Hijo, sino sólo el Padre. [37] Lo mismo que en los días de Noé,
así será la venida del Hijo del Hombre. [38] Pues, como en los días que
precedieron al diluvio comían y bebían, tomaban mujer o marido hasta el
día mismo en que entró Noé en el arca, [39] y no se dieron cuenta sino
cuando llegó el diluvio y los arrebató a todos, así será también la venida
del Hijo del Hombre. [40] Entonces estarán dos en el campo: uno será
tomado y el otro dejado. [41] Dos mujeres estarán moliendo en el molino:
una será tomada y la otra dejada.

Necesidad de la vigilancia
Parábola del siervo fiel

(Lc 12,35-48; 21,34-36)

42 »Por eso: velad, porque no sabéis en qué día vendrá vuestro Señor. 43
Sabed esto: si el dueño de la casa supiera a qué hora de la noche va a llegar el
ladrón, estaría ciertamente velando y no dejaría que se horadase su casa. 44 Por
tanto, estad también vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del Hombre.
45 »¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, a quien el amo puso al frente de la servidumbre, para darles el alimento a la hora debida? 46 Dichoso aquel siervo a quien su amo cuando vuelva encuentre obrando así. 47 En verdad os digo que le pondrá al frente de toda su hacienda. 48 Pero si ese siervo fuese malo y dijera en
sus adentros: «Mi amo tarda», 49 y comenzase a golpear a sus compañeros y a comer y beber con los borrachos, 50 llegará el amo de aquel siervo el día menos pensado, a una hora imprevista, 51 lo castigará duramente y le dará el pago de los
hipócritas. Allí habrá llanto y rechinar de dientes.

Parábola de las vírgenes necias y prudentes (25,1-13)

25

1 Entonces el Reino de los Cielos será como diez vírgenes, que tomaron sus lámparas y salieron a recibir al esposo. 2 Cinco de ellas eran necias y cinco prudentes; 3 pero las necias, al tomar sus lámparas, no llevaron consigo aceite; 4 las prudentes, en cambio, junto con las lámparas llevaron aceite en sus alcuzas. 5
Como tardaba en venir el esposo, les entró sueño a todas y se durmieron. 6 A
medianoche se oyó una voz: «¡Ya está aquí el esposo! ¡Salid a su encuentro!» 7
Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes y aderezaron sus lámparas. 8 Y las
necias les dijeron a las prudentes: «Dadnos aceite del vuestro porque nuestras
lámparas se apagan». 9 Pero las prudentes les respondieron: «Mejor es que vayáis a quienes lo venden y compréis, no sea que no alcance para vosotras y nosotras».
10 Mientras fueron a comprarlo vino el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas y se cerró la puerta. 11Luego

llegaron las otras vírgenes diciendo: «¡Señor, señor, ábrenos!» [12]Pero él
les respondió: «En verdad os digo que no os conozco». [13] Por eso: velad,
porque no sabéis el día ni la hora.

Parábola de los talentos
(25,14-30)
(Lc 19,11-
27)

[14] »Porque es como un hombre que al marcharse de su tierra
llamó a sus servidores y les entregó sus bienes. [15] A uno le dio cinco
talentos, a otro dos y a
otro uno sólo: a cada uno según su capacidad; y se marchó. [16] El que había
recibido
cinco talentos fue inmediatamente y se puso a negociar con ellos y llegó a
ganar

otros cinco. 17 Del mismo modo, el que había recibido dos ganó otros dos.
18 Pero el que había recibido uno fue, hizo un agujero en la tierra y
escondió el dinero de su señor. 19 Después de mucho tiempo, regresó el
amo de dichos servidores e hizo cuentas con ellos. 20 Cuando se presentó
el que había recibido los cinco talentos, entregó otros cinco diciendo:
«Señor, cinco talentos me entregaste; mira, he ganado otros cinco
talentos». 21 Le respondió su amo: «Muy bien, siervo bueno y fiel; como
has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho: entra en la alegría de tu
señor». 22
Se presentó también el que había recibido los dos talentos y dijo:
«Señor, dos talentos me entregaste; mira, he ganado otros dos
talentos». 23 Le respondió su
amo: «Muy bien, siervo bueno y fiel; como has sido fiel en lo poco, yo te
confiaré lo mucho: entra en la alegría de tu señor». 24 Cuando llegó por
fin el que había recibido un talento, dijo: «Señor, sé que eres hombre
duro, que cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste;
25 por eso tuve miedo, fui y escondí tu talento en tierra: aquí tienes lo
tuyo». 26 Su amo le respondió: «Siervo malo y perezoso, sabías que
cosecho donde no he sembrado y que recojo donde no he esparcido; 27
por eso mismo debías haber dado tu dinero a los banqueros, y así, al venir
yo, hubiera recibido lo mío con los intereses. 28 Por lo tanto, quitadle el
talento y dádselo al que tiene los diez.
29 »Porque a todo el que tiene se le dará y tendrá en abundancia;
pero al que no tiene incluso lo que tiene se le quitará. 30 En cuanto al
siervo inútil, arrojadlo a las
tinieblas de afuera: allí habrá llanto y rechinar de dientes».

El Juicio Final (25,31-46)

31 »Cuando venga el Hijo del Hombre en su gloria y acompañado de
todos los ángeles, se sentará entonces en el trono de su gloria, 32 y serán
reunidas ante él todas las gentes; y separará a los unos de los otros, como
el pastor separa las ovejas de los cabritos, 33 y pondrá las ovejas a su
derecha, los cabritos en cambio a su izquierda. 34 Entonces dirá el Rey a
los que estén a su derecha: «Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión
del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo: 35 porque
tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era
peregrino y me acogisteis; 36 estaba desnudo y me vestisteis, enfermo y
me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme». 37 Entonces le
responderán los justos: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos
de comer, o sediento y te dimos de beber?; 38 ¿cuándo te vimos peregrino
y te acogimos, o desnudo y te vestimos?, 39 o ¿cuándo te vimos enfermo o
en la cárcel y vinimos a verte?» 40 Y el Rey, en respuesta, les dirá: «En
verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos
mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis». 41 Entonces dirá a los
que estén
a la izquierda: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el
diablo y

sus ángeles: [42] porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve
sed y no me disteis de beber; [43] era peregrino y no me acogisteis;
estaba desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me
visitasteis». [44] Entonces le replicarán
también ellos: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, peregrino
o
desnudo, enfermo o en la cárcel y no te asistimos?» [45] Entonces les
responderá:
«En verdad os digo que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más
pequeños,
también dejasteis de hacerlo conmigo. [46] Y éstos irán al suplicio eterno; los
justos,
en cambio, a la vida eterna».

XII. PASIÓN, MUERTE Y RESURRECCIÓN DE JESÚS
(26,1-28,20)

Último anuncio de la Pasión y conspiración contra Jesús
(26,1-16)
(Mc 14,1-2; Lc 22,1-2; Jn 11,45-57)

26

1 Cuando terminó Jesús todos estos discursos, les dijo a sus discípulos:
2 —Sabéis que dentro de dos días será la Pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para que lo crucifiquen.
3 Entonces se reunieron los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo en el palacio del sumo sacerdote, que se llamaba Caifás, 4 y acordaron
apoderarse de Jesús con engaño y darle muerte. 5 Pero decían:
—Que no sea durante la fiesta, para que no se produzca alboroto entre el pueblo.

Unción en Betania y traición de Judas Iscariote
(Mc 14,3-11; Lc 22,3-6; Jn 12,1-11)

6 Se encontraba Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso, 7 cuando se acercó a él una mujer que llevaba un frasco de alabastro con perfume de gran valor y, mientras estaba recostado a la mesa, se lo derramó por la cabeza. 8 Al ver esto, los discípulos se indignaron y dijeron:
—¿A qué viene este despilfarro? 9 Se podía haber vendido por mucho dinero
y darlo a los pobres.
10 Pero Jesús, que se dio cuenta, les dijo:
—¿Por qué molestáis a esta mujer? Ha hecho una obra buena conmigo, 11
porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me
tenéis. 12 Al derramar ella sobre mi cuerpo este perfume, lo ha hecho para preparar mi sepultura. 13 En verdad os digo: dondequiera que se predique este Evangelio, en
todo el mundo, también lo que ella ha hecho se contará en memoria suya.
14 Entonces, uno de los doce, el que se llamaba Judas Iscariote,
fue donde los príncipes de los sacerdotes 15 a decirles:
—¿Qué me queréis dar a cambio de que os lo entregue?
Ellos le ofrecieron treinta monedas de plata. 16 Desde entonces buscaba la
ocasión propicia para entregárselo.

Preparación de la última Cena y anuncio de la traición de Judas
(26,17-25)

(Mc 14,12-21; Lc, 22,7-13; Jn 13,21-32)

17 El primer día de los Ácimos se acercaron los discípulos a Jesús y le
dijeron:
—¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?
18 Jesús respondió:
—Id a la ciudad, a casa de tal persona, y comunicadle: «El Maestro
dice: “Mi tiempo está cerca; voy a celebrar en tu casa la Pascua con mis
discípulos”».

19 Los discípulos lo hicieron tal y como les había mandado
Jesús, y prepararon la Pascua.
20 Al anochecer se sentó a la mesa con los doce. 21 Y cuando estaban
cenando, dijo:
—En verdad os digo que uno de vosotros me va a entregar.
22 Y muy entristecidos, comenzaron a decirle cada uno:
—¿Acaso soy yo, Señor?
23 Pero él respondió:
—El que moja la mano conmigo en el plato, ése me va a entregar. 24
Ciertamente el Hijo del Hombre se va, según está escrito sobre él; pero ¡ay
de aquel hombre por quien es entregado el Hijo del Hombre! Más le
valdría a ese hombre no haber nacido.
25 Tomando la palabra Judas, el que iba a entregarlo, dijo:
—¿Acaso soy yo, Rabbí?
—Tú lo has dicho –le respondió.

Institución de la Sagrada Eucaristía
(26,26-29)
(Mc 14,22-25; Lc 22,14-20; 1 Co
11,23-26)

26 Mientras cenaban, Jesús tomó pan y, después de pronunciar la
bendición, lo partió, se lo dio a sus discípulos y dijo:
—Tomad y comed, esto es mi cuerpo.
27 Y tomando el cáliz y habiendo dado gracias, se lo dio diciendo:
—Bebed todos de él; 28porque ésta es mi sangre de la nueva
alianza, que es derramada por muchos para remisión de los pecados. 29
Os aseguro que desde
ahora no beberé de ese fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba con
vosotros
de nuevo, en el Reino de mi Padre.

Predicción del abandono de sus discípulos
(26,30-35)
(Mc 14,26-31; Lc 22,31-34; Jn
13,36-38)

30 Después de recitar el himno, salieron hacia el Monte de los Olivos.
31
Entonces les dijo Jesús:
—Todos vosotros os escandalizaréis esta noche por mi causa, pues
escrito
está:
Heriré al pastor
y se dispersarán las ovejas del rebaño.
32 »Pero, después de que haya resucitado, iré delante de vosotros a
Galilea.
33 Pedro le respondió:
—Aunque todos se escandalicen por tu causa, yo nunca me
escandalizaré.
34 Jesús le replicó:
—En verdad te digo que esta misma noche, antes de que cante el
gallo, me

habrás negado tres veces.
35 Pedro contestó:
—Aunque tenga que morir contigo, jamás te
negaré. Todos los discípulos dijeron lo mismo.

Oración y agonía de Jesús en el huerto

(26,36-46)

(Mc 14,32-42; Lc 22,39-46)

36 Entonces llega Jesús con ellos a un lugar llamado Getsemaní, y
les dice a los discípulos:
—Sentaos aquí mientras me voy allí a orar.
37 Y se llevó a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, y comenzó a
entristecerse y a sentir angustia. 38 Entonces les dice:
—Mi alma está triste hasta la muerte. Quedaos aquí y velad conmigo.
39 Y adelantándose un poco, se postró rostro en tierra mientras oraba
diciendo:
—Padre mío, si es posible, aleja de mí este cáliz; pero que no sea tal
como yo quiero, sino como quieres tú.
40 Vuelve junto a sus discípulos y los encuentra dormidos; entonces le
dice a
Pedro:
—¿Ni siquiera habéis sido capaces de velar una hora conmigo? 41
Velad y
orad para no caer en tentación; el espíritu está pronto, pero la carne es
débil.
42 De nuevo se apartó, por segunda vez, y oró diciendo:
—Padre mío, si no es posible que esto pase sin que yo lo beba,
hágase tu voluntad.
43 Al volver los encontró dormidos, pues sus ojos estaban cargados de
sueño.
44 Y, dejándolos, se apartó una vez más, y oró por tercera vez repitiendo
las mismas palabras. 45 Finalmente, va junto a sus discípulos y les dice:
—Ya podéis dormir y descansar... Mirad, ha llegado la hora, y el Hijo
del
Hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. 46 Levantaos,
vamos; ya
llega el que me va a entregar.

Prendimiento de Jesús
(26,47-56)
(Mc 14,43-52; Lc 22,47-53; Jn 18,1-
12)

47 Todavía estaba hablando, cuando llegó Judas, uno de los doce,
acompañado de un gran tropel de gente con espadas y palos, enviados
por los príncipes de los sacerdotes y por los ancianos del pueblo. 48 El
que le entregó les había dado esta señal: «Al que yo bese, ése es:
prendedlo». 49 Y enseguida se acercó a Jesús y le dijo:
—Salve, Rabbí –y le besó.
50 Pero Jesús le dijo:
—Amigo, ¡haz lo que has venido a hacer!
Entonces, se acercaron, echaron mano a Jesús y lo apresaron.
51 De pronto, uno de los que estaban con Jesús se llevó la mano a la
espada, la desenvainó, e hirió al criado del sumo sacerdote, cortándole la
oreja. 52 Entonces
le dijo Jesús:
—Vuelve tu espada a su sitio, porque todos los que recurren a la
espada, a
espada perecerán. 53 ¿O piensas que no puedo acudir a mi Padre y al

instante pondría a mi disposición más de doce legiones de ángeles? 54 Entonces, ¿cómo se
van a cumplir las Escrituras, según las cuales tiene que suceder así?
55 En aquel momento le dijo Jesús a la gente:
—¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y palos a prenderme? Todos los días me sentaba a enseñar en el Templo, y no me prendisteis.
56 Todo esto sucedió para que se cumplieran las Escrituras de los Profetas.

Entonces todos los discípulos lo abandonaron y huyeron.

Interrogatorio ante los príncipes de los sacerdotes
(26,57-75)

(Mc 14,53-65; Lc 22,66-71; Jn 18,13-24)

57 Los que habían prendido a Jesús le condujeron a casa de Caifás,
el sumo sacerdote, donde se habían reunido los escribas y los ancianos.
58 Pedro, por su parte, le seguía de lejos hasta el palacio del sumo
sacerdote; y, una vez dentro, se sentó con los sirvientes para ver el
desenlace. 59 Los príncipes de los sacerdotes y todo el Sanedrín
buscaban un falso testimonio contra Jesús para darle muerte; 60 pero no
lo encontraron a pesar de los muchos falsos testigos presentados. Por
último, se presentaron dos 61 que declararon:
—Éste ha dicho: «Yo puedo destruir el Templo de Dios y edificarlo
de nuevo en tres días».
62 Y el sumo sacerdote se puso de pie para decirle:
—¿No respondes nada? ¿Qué es lo que éstos testifican contra ti?
63 Pero Jesús permanecía en silencio. Entonces el sumo sacerdote le
dijo:
—Te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo
de Dios.
64 —Tú lo has dicho –le respondió Jesús–. Además os digo que en
adelante
veréis *al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las
nubes del cielo*.
65 Entonces el sumo sacerdote se rasgó las vestiduras diciendo:
—¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Ya lo
veis,
acabáis de oír la blasfemia. 66¿Qué os
parece?
—Es reo de muerte –respondieron ellos.
67 Entonces comenzaron a escupirle en la cara y a darle bofetadas.
Los que le abofeteaban 68decían:
—Profetízanos, Cristo, ¿quién es el que te ha pegado?

Las negaciones de San Pedro

(Mc 14,66-72; Lc 22,54-62; Jn 18,15-18.25-27)

69 Pedro estaba sentado fuera, en el atrio; se le acercó una sirvienta
y le dijo:
—Tú también estabas con Jesús el Galileo.
70 Pero él lo negó delante de todos:
—No sé de qué hablas.
71 Al salir al portal le vio otra, y les dijo a los que había allí:
—Éste estaba con Jesús el Nazareno.
72 De nuevo lo negó con juramento:
—No conozco a ese hombre.
73 Un poco después se acercaron los que estaban allí y le dijeron a

Pedro:
—Desde luego tú también eres de ellos, porque tu acento lo manifiesta.
74 Entonces comenzó a imprecar y a jurar:
—¡No conozco a ese hombre!
Y al momento cantó un gallo. 75 Y Pedro se acordó de las palabras que Jesús
le había dicho: «Antes de que cante el gallo, me habrás negado tres veces». Y salió afuera y lloró amargamente.

Conducen a Jesús ante Pilato

(Mc 15,1)

27

1 Al llegar el amanecer, todos los príncipes de los sacerdotes y los
ancianos del pueblo se pusieron de acuerdo contra Jesús para darle
muerte. 2 Y atándolo, lo llevaron y lo entregaron al procurador Pilato.

Desesperación y muerte de Judas

(27,3-10)

3 Entonces Judas, el que le entregó, al ver que había sido condenado,
movido por el remordimiento, devolvió las treinta monedas de plata a los
príncipes de los sacerdotes y ancianos:
4 —He pecado entregando sangre inocente –dijo.
—¿A nosotros qué nos importa? Tú veras –dijeron ellos.
5 Y, después de arrojar las monedas de plata en el Templo, fue y se
ahorcó. 6
Los príncipes de los sacerdotes recogieron las monedas de plata y
dijeron:
—No es lícito echarlas al tesoro del Templo, porque son precio de
sangre.
7 Y, después de ponerse de acuerdo, compraron con ellas el Campo
del Alfarero para sepultura de peregrinos; 8 por lo cual ese campo se ha
llamado, hasta el día de hoy, «Campo de sangre». 9 Así se cumplió lo
dicho por medio del profeta
Jeremías: *Y tomaron las treinta monedas de plata, precio en que fue valorado aquel*
a quien tasaron los hijos de Israel; 10 *y las dieron para el campo del alfarero, tal*
como me lo ordenó el
Señor.

Juicio de Jesús ante Pilato

(27,11-26)

(Mc 15,1-15; Lc 23,1-25; Jn 18,28-19,16)

11 Hicieron comparecer a Jesús ante el procurador. El procurador le
interrogó:
—¿Eres tú el Rey de los Judíos?
—Tú lo dices –contestó Jesús.
12 Y aunque le acusaban los príncipes de los sacerdotes y los
ancianos, no respondió nada. 13Entonces le dijo Pilato:
—¿No oyes cuántas cosas alegan contra ti?
14 Y no le respondió a pregunta alguna, de tal manera que el
procurador

quedó muy admirado.
15 En el día de la fiesta, el procurador tenía costumbre de conceder a
la gente la libertad de uno de los presos, el que quisieran. 16 Había por
aquel entonces un preso famoso que se llamaba Barrabás. 17 Así que
cuando ellos se reunieron, les dijo Pilato:
—¿A quién queréis que os suelte: a Barrabás o a Jesús, el llamado
Cristo? 18 –pues sabía que le habían entregado por envidia.
19 Mientras estaba sentado en el tribunal, su mujer mandó decirle:
—No te mezcles en el asunto de ese justo; porque hoy en sueños
he sufrido mucho por su causa.

20 Pero los príncipes de los sacerdotes y los ancianos persuadieron
a la multitud para que pidiese a Barrabás e hiciese morir a Jesús. 21 El
procurador les preguntó:
—¿A quién de los dos queréis que os suelte?
—A Barrabás –respondieron ellos.
22 Pilato les dijo:
—¿Y entonces qué voy a hacer con Jesús, el llamado
Cristo? Todos contestaron:
—¡Que lo crucifiquen!
23 Les preguntó:
—¿Y qué mal ha hecho?
Pero ellos gritaban más fuerte:
—¡Que lo crucifiquen!
24 Al ver Pilato que no adelantaba nada, sino que el tumulto iba a
más, tomó
agua y se lavó las manos ante el pueblo diciendo:
—Soy inocente de esta sangre; vosotros veréis.
25 Y todo el pueblo gritó:
—¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!
26 Así que les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de haberle hecho
azotar,
se lo entregó para que fuera crucificado.

Coronación de espinas
(27,27-31)

(Mc 15,16-20; Jn 19,1-3)

27 Entonces los soldados del procurador condujeron a Jesús al
pretorio y reunieron en torno a él a toda la cohorte. 28 Le desnudaron,
le cubrieron con una túnica roja, 29 y le pusieron en la cabeza una
corona de espinas que habían trenzado y en la mano derecha una
caña. Se arrodillaban ante él y se burlaban diciendo:
—Salve, Rey de los Judíos.
30 Le escupían, y le quitaban la caña y le golpeaban en la cabeza. 31
Después de reírse de él, le despojaron de la túnica, le colocaron sus
vestidos y le llevaron a crucificar.

Crucifixión y muerte de Jesús
(27,32-56)

(Mc 15,21-41; Lc 23,26-49; Jn 19,17-30)

32 Cuando salían encontraron a un hombre de Cirene que se
llamaba Simón, y le forzaron a que le llevara la cruz. 33 Llegaron al lugar
llamado Gólgota, es decir,
«lugar de la Calavera». 34 Y le *dieron a beber* vino mezclado con *hiel*; y lo
probó pero no quiso beber. 35 Después de crucificarlo, *se repartieron* sus
ropas *echando suertes*. 36 Y allí, sentados, le custodiaban. 37 Sobre su
cabeza pusieron por escrito la causa de su condena: «Éste es Jesús, el Rey
de los Judíos». 38 Luego fueron
crucificados con él dos ladrones: uno a la derecha y otro a la izquierda.

[39] Los que pasaban le injuriaban *moviendo la cabeza* [40] y diciendo:
—Tú que destruyes el Templo y en tres días lo edificas de nuevo,
sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz.
[41] Del mismo modo, los príncipes de los sacerdotes se burlaban a una
con los

escribas y ancianos, y decían:
42 —Salvó a otros, y a sí mismo no puede salvarse. Es el Rey de
Israel, que baje ahora de la cruz y creeremos en él. 43 *Confió en Dios*,
que le salve ahora *si le*
quiere de verdad, porque dijo: «Soy Hijo de Dios».
44 Incluso los ladrones que habían sido crucificados con él le
insultaban de la
misma manera.
45 Toda la tierra se cubrió de tinieblas desde la hora sexta hasta la
hora nona.
46 Hacia la hora nona Jesús clamó con fuerte voz:
—*Elí, Elí, ¿lemá sabacthaní?* –es decir, *Dios mío, Dios mío, ¿por qué*
me has desamparado?
47 Algunos de los allí presentes, al oírlo, decían:
—Éste llama a Elías.
48 E inmediatamente uno de ellos corrió, tomó una esponja, la
empapó en
vinagre, la sujetó en una caña y se lo *dio a beber*. 49 Los demás decían:
—¡Déjalo! Vamos a ver si viene Elías a salvarle.
50 Pero Jesús, dando de nuevo una fuerte voz, entregó el espíritu.
51 Y en esto el velo del Templo se rasgó en dos de arriba abajo y la
tierra tembló y las piedras se partieron; 52 se abrieron los sepulcros, y
muchos cuerpos de los santos, que habían muerto, resucitaron. 53 Y
saliendo de los sepulcros, después
de que él resucitara, entraron en la Ciudad Santa y se aparecieron a
muchos.
54 El centurión y los que estaban con él custodiando a Jesús, al ver el
terremoto y lo que pasaba, se llenaron de gran temor y dijeron:
—En verdad éste era Hijo de Dios.
55 Había allí muchas mujeres mirando desde lejos, las que habían
seguido a
Jesús desde Galilea para servirle. 56 Entre ellas estaban María Magdalena,
María
–la madre de Santiago y de José– y la madre de los hijos de Zebedeo.

Jesús es sepultado (27,57-66)

(Mc 15,42-47; Lc 23,50-56; Jn 19,31-42)

57 Al atardecer vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que
también se había hecho discípulo de Jesús. 58 Éste se presentó a Pilato y
le pidió el cuerpo de Jesús. Pilato, entonces, ordenó que se lo entregaran.
59 Y José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia 60 y lo puso en
su sepulcro, que era nuevo y que había mandado excavar en la roca. Hizo
rodar una gran piedra a la puerta del sepulcro y se marchó. 61 Estaban
allí María Magdalena y la otra María sentadas frente al sepulcro.
62 Al día siguiente de la Parasceve se reunieron los príncipes
de los sacerdotes y los fariseos ante Pilato 63 y le dijeron:
—Señor, nos hemos acordado de que ese impostor dijo en vida: «Al
tercer día

resucitaré». 64 Manda, por eso, custodiar el sepulcro hasta el tercer día, no vaya a
ser que vengan sus discípulos, lo roben y digan al pueblo: «Ha resucitado
de entre los muertos», y sea la última impostura peor que la primera.
65 Pilato les respondió:
—Ahí tenéis la guardia; id a custodiarlo como os parezca bien.
66 Ellos se fueron a asegurar el sepulcro sellando la piedra y poniendo la
guardia.

El Señor resucita y se aparece a las mujeres
(28,1-15)
(Mc 16,1-8; Lc 24,1-12; Jn 20,1-10)

28

1 Pasado el sábado, al alborear el día siguiente, marcharon María
Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. 2 Y de pronto se produjo un
gran terremoto, porque un ángel del Señor descendió del cielo, se acercó,
removió la piedra y se sentó sobre ella. 3 Su aspecto era como de un
relámpago, y su vestidura blanca como la nieve. 4
Los guardias temblaron de miedo ante él y se quedaron como muertos. 5
El ángel
tomó la palabra y les dijo a las mujeres:
—Vosotras no tengáis miedo; ya sé que buscáis a Jesús, el crucificado.
6 No
está aquí, porque ha resucitado como había dicho. Venid a ver el sitio
donde estaba
puesto. 7 Marchad enseguida y decid a sus discípulos que ha resucitado de
entre
los muertos; irá delante de vosotros a Galilea: allí le veréis. Mirad que os lo
he dicho.
8 Ellas partieron al instante del sepulcro con temor y una gran
alegría, y corrieron a dar la noticia a los discípulos. 9 De pronto Jesús les
salió al encuentro y las saludó. Ellas se acercaron, abrazaron sus pies y le
adoraron. 10 Entonces Jesús
les dijo:
—No tengáis miedo; id a anunciar a mis hermanos que vayan a
Galilea: allí me verán.

Soborno a los soldados

11 Mientras ellas se iban, algunos de la guardia fueron a la ciudad y
comunicaron a los príncipes de los sacerdotes todo lo sucedido. 12 Se
reunieron con los ancianos, se pusieron de acuerdo y dieron una buena
suma de dinero a los soldados 13 diciéndoles:
—Tenéis que decir: «Sus discípulos han venido de noche y lo robaron
mientras nosotros estábamos dormidos». 14 Y en el caso de que esto
llegue a oídos
del procurador, nosotros le calmaremos y nos encargaremos de vuestra
seguridad.
15 Ellos aceptaron el dinero y actuaron según las instrucciones
recibidas. Así
se divulgó este rumor entre los judíos hasta el día de hoy.

Aparición en Galilea y mandato apostólico universal
(28,16-20)
(Mc 16,14-18; Lc 24,36-49; Jn

20,19-31)

16 Los once discípulos marcharon a Galilea, al monte que Jesús
les había indicado. 17 Y en cuanto le vieron le adoraron; pero otros
dudaron. 18 Y Jesús se acercó y les dijo:
—Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. 19 Id, pues, y
haced
discípulos a todos los pueblos, bautizándoles en el nombre del Padre y del
Hijo y del
Espíritu Santo; 20 y enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado. Y
sabed
que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.

1,1-2,23 San Mateo y San Lucas comienzan el evangelio con la narración de
algunos

episodios referentes al nacimiento y a la infancia de Jesús; enseñan así que la Buena Noticia sobre Jesucristo incluye también –junto con su muerte y resurrección, su enseñanza y actividad pública– el anuncio de su estirpe humana, y la formación enteramente singular en la que se produjo su nacimiento como hombre, siendo el Hijo eterno de Dios (cfr Jn 1,14). San Mateo muestra cómo Jesús es el Mesías descendiente de David, el Salvador en el que se han cumplido las promesas de Dios al antiguo pueblo de Israel.

Desde perspectivas diferentes, Mateo y Lucas recuerdan los mismos hechos esenciales: que Jesús nació en Belén de Judá, de la Virgen María, desposada con San José, pero sin que Ella hubiese conocido varón, y que después fueron a vivir a Nazaret. Mateo narra los hechos fijándose especialmente en el cometido de San José; Lucas, centrándose en la Virgen. San Mateo indica que es José quien recibe el anuncio de la concepción virginal, quien acoge a su esposa, y quien pone nombre al Niño (1,18-25). Después de la marcha de los Magos, José es avisado para que tome al Niño y a su Madre y huya a Egipto. Muerto Herodes, de nuevo José recibe aviso del ángel para que vuelva a la tierra de Israel (2,1-23).

1,1-17 Con la genealogía de Jesús hasta Abrahán, Mateo quiere mostrar que Jesús procede del pueblo de Israel, al que Dios hizo las promesas (cfr Gn 12,2-3). Lucas, por su parte, remontará la genealogía del Señor hasta Adán, para subrayar que Jesús pertenece a la humanidad entera (cfr Lc 3,23-38).

San Mateo construye la genealogía señalando tres etapas de la historia de la salvación (cfr v. 17), y asignando a cada una de ellas catorce generaciones, aunque su duración no sea la misma. Juega, por tanto, con los números catorce y tres. En hebreo, el valor numérico de las consonantes de la palabra David suman catorce, por lo que Mateo está enseñando que Jesús es el verdadero hijo de David (cfr 2 S 7,14).

El evangelista emplea una misma forma –«engendró»– para enlazar cada eslabón de la genealogía. Pero en el v. 16 utiliza una fórmula distinta –«nació» (literalmente, «fue engendrado»–, señalando de esa manera la acción de Dios en la concepción virginal de Jesús.

1,18-25 Jesús, sin ser hijo de José según la carne, es, sin embargo, el Mesías descendiente de David. Esto es obra de Dios, pues es Él quien tiene la iniciativa llamando a José para ser esposo de María y padre del Niño. San José acepta con obediencia, y, por designio divino, ejerce una verdadera paternidad sobre Jesús, imponiéndole el nombre y cuidando del Niño y de la Virgen: «San José es realmente Padre y Señor, que protege y acompaña en su camino terreno a quienes le veneran, como protegió y acompañó a Jesús mientras crecía y se hacía hombre. Tratándole se descubre que el Santo Patriarca es, además, Maestro de vida interior: porque nos enseña a conocer a Jesús, a convivir con Él, a sabernos parte de la familia de Dios» (S. Josemaría Escrivá, Hom. 1. 39).

2,1-12 El relato de los Magos sirve a San Mateo para situar el contexto histórico: «Después de nacer Jesús en Belén de Judá en tiempos del rey Herodes» (v. 1). Estos Magos que buscan a Jesús, al no ser judíos, son las primicias de los gentiles que recibirán la llamada de salvación en Cristo: «Que la plenitud de las naciones venga a incorporarse a la familia de los patriarcas. Y que los hijos de la promesa reciban la bendición de la raza de Abrahán, a la cual renuncian los hijos según la carne. Que todos los pueblos, en la persona de los tres Magos, adoren al Autor del universo, y que Dios sea conocido, no ya sólo en Judea, sino también en el mundo entero, para que por doquier “sea grande su nombre en Israel”» (S. León Magno, Serm. 3 in Epiph. 3).

Como en la genealogía, Mateo enseña que Jesús es el Mesías, un rey a la manera de un nuevo y más grande David, en el que se han cumplido las

profecías: la estrella que anuncia su nacimiento (cfr Nm 24,17), la ciudad de Belén en la que nace (cfr Mi 5,1), la sumisión a
Dios de los reyes de la tierra que ofrecen sus dones y le adoran (Is 49,23; 60,5;Sal 72,10-15).
2,13-18 El evangelista relata los misterios de la vida de Cristo, mostrando su profundo
significado. La huida de Jesús a Egipto y el regreso a Palestina indican que Jesús es semejante a Jacob (Gn 46,1-7) que bajó a Egipto, y al pueblo de Israel que subió de Egipto. Jesús es el nuevo Israel y con Él comienza el nuevo Pueblo de Dios, la Iglesia.

El episodio de los inocentes refleja la brutalidad de Herodes, el rey impostor, y el parecido de Jesús con Moisés que también fue providencialmente librado de la muerte cuando era niño (Ex 2,1-10). La Iglesia venera a estos niños pues «los inocentes sufrieron

como mártires y confesaron a Cristo –non loquendo, sed moriendo– no hablando, sino muriendo. (S. Tomás de Aquino, Sup. Ev. Matt. in loc.).
2,19-23 Jesús era conocido por todos como procedente de Nazaret, el «Nazareno». Para
las autoridades judías este nombre tuvo sentido despectivo (cfr Jn 1,46; 19,19). Aún en tiempos de San Pablo, los judíos que no creían intentaban humillar a los cristianos dándoles el nombre de nazarenos (cfr Hch 24,5). San Mateo, en cambio, ve en el nombre «nazareno» el cumplimiento de las profecías y el carácter mesiánico de Jesús.
3,1-4,11 San Mateo relata la preparación inmediata de Jesús antes de su manifestación
pública. Esta preparación se desarrolla en lugares cargados de enorme significado salvífico en la historia del pueblo de Israel: el río Jordán, puerta de entrada en la tierra prometida (cfr Jos 3,8), y el desierto, lugar de pruebas y purificación del pueblo (cfr Dt 8,2). Tales son los escenarios en los que tiene lugar la inauguración del Reino de Dios con la llegada del Mesías, anunciada y reconocida por Juan el Bautista, el último de los profetas.
3,1-12 Juan el Bautista está en la línea de algunos profetas del Antiguo Testamento; de
modo especial, recuerda a Elías (cfr 2 R 1,8; 2,8-13ss.). La cita de Is 40,3 señala cuál es la misión profética de Juan: primero, preparar al pueblo judío para recibir el Reino de Dios; segundo, dar testimonio de que Jesús es el Mesías que trae dicho Reino. El Bautista enseña que la salvación no está asegurada por ser descendientes de Abrahán según la carne, sino que requiere una conversión personal que se traduzca en obras de una vida santa de cara a Dios.
3,13-17 Acudiendo al bautismo de Juan, Jesús manifiesta que también Él secunda el plan
dispuesto por Dios de preparar a su pueblo por medio de los profetas. De este modo el
Señor cumple «toda justicia» (v. 15), es decir todo lo establecido por Dios.

El texto evangélico pone en evidencia la superioridad incomparable de Jesús con relación al Bautista, y muestra que el verdadero Bautismo que recibe Jesús es el descenso sobre Él
del Espíritu Santo que le unge para la misión que va a comenzar. Jesús es el Ungido por excelencia, es decir el Cristo o Mesías. A la vez, es declarado Hijo de Dios por aquel que le ha enviado: el Padre. Cfr también notas a Mc 1,9-11 y Lc 3,21-22.
4,1-11 Antes de comenzar su obra mesiánica y de promulgar la Nueva Ley en el Discurso
de la Montaña, Jesús se prepara con oración y ayuno en el desierto. Moisés había procedido de modo semejante antes de promulgar, en nombre de Dios, la Antigua Ley del Sinaí (Ex 34,28), y Elías había caminado cuarenta días en el desierto para llevar a cabo su misión de renovar el cumplimiento de la Ley (cfr 1 R 19,5-8). También la Iglesia nos invita a renovarnos interiormente con prácticas penitenciales durante el tiempo de Cuaresma: «Tres son, hermanos, los resortes que hacen que la fe se mantenga firme, la devoción sea constante y la virtud permanente: la oración, el ayuno y la misericordia. Porque la oración llama, el ayuno intercede y la misericordia recibe» (S. Pedro Crisólogo, Serm. 43).

Con el episodio de las tentaciones Mateo presenta a Jesús como el nuevo Israel, en contraste con el antiguo. Jesús es tentado, como lo fueron Moisés y el pueblo elegido en su peregrinar durante cuarenta años por el desierto. Los israelitas cayeron en la tentación:
murmuraron contra Dios al sentir hambre (Ex 16,1ss.), exigieron un milagro cuando les faltó agua (Ex 17,1-7), adoraron al becerro de oro (Ex 32). Jesús, en cambio, vence la tentación
y, al vencerla, «manifiesta la manera que tiene de ser Mesías el Hijo de Dios, en oposición a la que le propone Satanás y a la que los hombres (cfr Mt 16,21-23) le quieren atribuir».
(CCE 540).
§ 4,11-16,20 Comienza el ministerio en Galilea. Jesús proclama, con palabras y obras, que
el Reino de Dios ha llegado. En primer lugar, llama a sus discípulos y convoca

al nuevo Pueblo de Dios (4,12-25). A continuación, como supremo Maestro, Legislador y Profeta, promulga la Nueva Ley del Reino en el Discurso de la Montaña (5,1-7,29). Su enseñanza queda avalada por «las obras del Mesías», los milagros que confirman su autoridad
(8,1-9,38).

El envío de los Apóstoles (10,1-42) y las acciones (11,1-12,50) y palabras (13,1-52) de
Jesús señalan que es más que un Maestro: es el Mesías de Israel. Los dirigentes religiosos del pueblo escogido (11,16-12,45) se obstinan en rechazarlo, pero los signos son tan evidentes (14,13-15,39) que San Pedro le confiesa como lo que verdaderamente es: el
Mesías, Hijo de Dios (1 6,13-20).

4,12-25 La tierra que en tiempos de Isaías estaba devastada y maltratada, a la que habían

sido llevados grupos de poblaciones extranjeras para colonizarla, ha sido la primera en recibir la luz de la salvación y la predicación del Mesías (cfr Is 8,23-9,1). Así se cumplen las profecías.

A diferencia de Juan, que sólo anuncia la inminencia del Reino, nuestro Señor comienza a instaurar ese Reino en la historia humana con sus obras y palabras. Así llama a seguirle, dejando todo, a los primeros discípulos con los que formará más tarde el grupo de los Doce sobre los que fundará su Iglesia. Los milagros son signos de que Jesús instaura el Reino de Dios, signos de la misericordia y la gracia divinas que, por medio de Jesús, se ofrecen a todos los hombres, representados en la muchedumbre que acude a Él. «El Señor Jesús comenzó su Iglesia con el anuncio de la Buena Noticia, es decir, de la llegada del Reino de Dios prometido desde hacía siglos en las Escrituras (...). Este Reino se manifiesta a los hombres en las palabras, en las obras y en la presencia de Cristo» (C. Vat. II, Lum. gent. 5).

5,1-7,29 El Discurso de la Montaña es el primero de los cinco grandes discursos en los que San Mateo reúne las enseñanzas de Jesús sobre el Reino de Dios. En este primero aparece una síntesis de quiénes son los que pertenecen al Reino (5,1-12) y qué actitudes deben guardar con respecto a la Ley (5,17-48; 6,16-18), a Dios (6,25-34), al prójimo (6,1-4; 7,1-5), y en la oración (6,7-14; 7,7-11).

5,1-12 Las bienaventuranzas forman el pórtico del Discurso de la Montaña. En ellas Jesús recoge las promesas hechas al pueblo elegido desde Abrahán; pero les da una orientación nueva ordenándolas no sólo a la posesión de una tierra, sino al Reino de los Cielos. «Las bienaventuranzas dibujan el rostro de Jesucristo y describen su caridad; expresan la vocación de los fieles asociados a la gloria de su Pasión y de su Resurrección; iluminan las acciones y las actitudes características de la vida cristiana; son promesas paradójicas que sostienen la esperanza en las tribulaciones; anuncian a los discípulos las bendiciones y las recompensas ya incoadas; quedan inauguradas en la vida de la Virgen María y de todos los santos» (CCE 1717).

5,13-16 Las imágenes de la sal y de la luz reflejan la condición de quien vive las bienaventuranzas, es decir, del discípulo de Jesús, y señalan la importancia de las buenas obras (v. 16). La sal preserva de la corrupción a los alimentos. En los sacrificios de la Antigua Ley simbolizaba la inviolabilidad y permanencia de la Alianza (cfr Lv 2,13). El Señor manifiesta que sus discípulos son la sal de la tierra, es decir, los que dan sabor divino a todo lo humano, y los que preservan al mundo de la corrupción, manteniendo viva la Alianza con Dios. «Lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo» (Epist. ad Diognet. 6,1).

Además ellos deben ser, como el mismo Jesús, luz para los que yacen en tinieblas (cfr 4,16; Is 8,23-9,1). «Me parece que esta antorcha representa la caridad que debe iluminar y alegrar no sólo a aquellos que más quiero, sino a todos los que están en la casa» (S. Teresa de Lisieux, Manuscr. autobiogr. 9).

5,17-48 En la atmósfera de expectación mesiánica de los tiempos de Jesús comúnmente se atribuía al Mesías la función de intérprete definitivo de la Ley. San Mateo, al mismo tiempo que evoca el paralelismo con Moisés, muestra que Jesús desborda esa función de intérprete al situarse en el mismo nivel que Dios, por encima de la Ley. Jesús enseña el verdadero valor de la Ley que Dios había dado al pueblo hebreo a través de Moisés y la perfecciona aportando, con autoridad divina, su interpretación definitiva. Jesús añade a lo que «fue dicho» (por Dios), lo que Él ahora establece. No anula los preceptos de la Antigua Ley, sino que los interioriza, los lleva a la perfección de su contenido, proponiendo lo que ya estaba implícito en ellos, aunque los hombres no lo hubieran entendido en profundidad.

En los vv. 31-32 el Señor aborda la cuestión del divorcio. La Ley de Moisés (Dt 24,1-4) lo había tolerado por la dureza de corazón de los hebreos. Jesús restablece la

originaria indisolubilidad del matrimonio tal como Dios lo había instituido (Gn 1,27; 2,24; cfr Mt 19,4-6; Ef 5,31; 1 Co 7,10). La frase «excepto en el caso de fornicación» no puede tomarse como una excepción del principio de la indisolubilidad del matrimonio que Jesús acaba de restablecer. Casi con toda seguridad, la mencionada cláusula se refiere a uniones admitidas como matrimonio entre algunos pueblos paganos, pero prohibidas, por incestuosas, en la Ley mosaica (cfr Lv 18) y en la tradición rabínica. Se trata, pues, de uniones inválidas desde su raíz por algún impedimento.

El v. 48 resume la enseñanza de todo el capítulo. El Señor lleva la Ley a su plenitud

proponiendo la imitación de la perfección de nuestro Padre que está en los Cielos. El fin del cumplimiento de la Ley es llegar a la perfección o santidad de Dios. La criatura en sentido estricto no puede alcanzarla, pero la santidad de Dios es el modelo al que ha de tender.
«Está claro que todos los cristianos, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor. Esta santidad favorece, también en la sociedad terrena, un estilo de vida más humano» (C. Vat. II, Lum. gent. 40).
6,1-18 Continúa la enseñanza de Jesús sobre la verdadera «justicia», el camino que nos
lleva a la salvación, concretando la actitud que debe animar el comportamiento cristiano. La limosna, la oración y el ayuno eran los actos fundamentales de la piedad individual en el pueblo escogido. Jesucristo, frente al cumplimiento externo de esas prácticas, enseña que la verdadera piedad debe vivirse con rectitud de intención, en intimidad con Dios y huyendo de la ostentación.
En la doctrina sobre la oración el Señor destaca la sencillez y la veracidad con que debemos dirigirnos a Dios: «Nuestra mente debe estar en conformidad con lo que dicen los
labios» (S. Benito, Regula 19). A continuación enseña el Padrenuestro como oración distintiva del cristiano. En toda la Tradición de la Iglesia se encuentra un elogio encendido de esta plegaria: «La oración dominical es, en verdad, el resumen de todo el Evangelio» (Tertuliano, De oratione 1). Como recuerda Santo Tomás, «la oración dominical es
perfectísima... No sólo se piden las cosas lícitamente deseables, sino que se suceden en ella las peticiones según el orden en que debemos desearlas, de suerte que la oración dominical no sólo regula, según esto, nuestras peticiones, sino que sirve de norma a todos
nuestros afectos. (S. th. 2-2,83,9).
6,19-34 Este conjunto de enseñanzas insiste nuevamente en el carácter interior y espiritual
de la Ley que el Señor lleva a plenitud. El corazón del hombre anhela un tesoro en cuya posesión piensa encontrar la seguridad y la felicidad. Jesús enseña que el verdadero tesoro son las obras buenas, realizadas con rectitud de intención, que serán eternamente premiadas por Dios en el Cielo. Ahí es donde el discípulo de Cristo debe poner su corazón. Una vez más la justicia del Reino de Dios aparece como lo único importante para el
hombre: quien busca cumplir la voluntad del Padre conforme a las palabras de Jesús recibirá todo lo demás por añadidura (cfr v. 33).
Dentro de este conjunto, los vv. 22-23 son una pequeña joya de la enseñanza sapiencial de Jesús. El Maestro emplea la imagen del ojo como lamparilla del cuerpo al que da luz. La exégesis cristiana ha visto en ese «ojo» y en esa «lámpara» la intencionalidad de nuestros
actos. «Con el ojo se significa la intención. El que quiere hacer una cosa, primero la pretende: así, si tu intención es lúcida –sencilla, transparente–, es decir, encaminada a Dios, todo tu cuerpo, o sea, todas tus acciones serán lúcidas, dirigidas sinceramente al bien» (S. Tomás de Aquino, Sup. Ev. Matt. in loc.).
Los vv. 25-34 son una ampliación de la enseñanza sobre la actitud con la que hemos de rezar el Padrenuestro, poniendo la confianza en Dios como Padre mientras vivimos en medio de las realidades corrientes y diarias.
7,1-12 San Mateo recoge diversas recomendaciones del Señor sobre la conducta que
debemos llevar quienes somos sus discípulos. Debemos vivir la caridad fraterna (vv. 1-5), guardar con respeto y veneración la doctrina de Jesucristo (v. 6), rezar con la seguridad de que Dios Padre nos concederá todo lo que le pidamos (vv. 7-11), debemos, en fin, hacer el bien a los demás sin poner condiciones, como en buena lógica no la pone cada uno en el amor a sí mismo (v. 12).
7,13-27 Al final del Discurso de la Montaña se señalan las condiciones exigidas para entrar
en el Reino de Dios bajo la perspectiva del Juicio. Recorrer el camino que lleva al Reino es costoso pero su meta es la Vida o salvación eterna (vv. 13-14). «El camino de Cristo “lleva a la vida”, un camino contrario “lleva a la perdición”. La

parábola evangélica de los dos caminos está siempre presente en la catequesis de la Iglesia. Significa la importancia de las decisiones morales para nuestra salvación» (CCE 1696). No es de extrañar que los discípulos encuentren dificultades, ni que se vean confundidos con falsos profetas: éstos no serán juzgados dignos de entrar en el Reino (vv. 15-20). El Señor insiste en que el discípulo será juzgado en conformidad con el cumplimiento de la voluntad del Padre tal como la haya realizado en esta tierra (vv. 21-23).

La parábola de quien edifica sobre roca (vv. 24-27) resume la conducta del que desea

entrar en el Reino de Dios que se va haciendo presente en la Iglesia. Quien se esfuerza por llevar a la práctica las enseñanzas de Jesús, aunque vengan tribulaciones personales, o se vea rodeado del error, permanecerá fuerte en la fe, como el hombre sabio que edifica su casa sobre roca.

7,28-29 Estos versículos cierran el Discurso de la Montaña y manifiestan la condición mesiánica de Jesús –por su modo de enseñar– y el efecto que tuvo el discurso en sus oyentes. Al mismo tiempo sirven de punto de unión con la siguiente sección en la que se narran algunos milagros de Jesús que ratifican su poder.

8,1-9,38 En la anterior sección (5,1-7,29) Jesús aparecía como supremo legislador y doctor. Ahora se presenta dotado también de poder divino sobre las enfermedades, la muerte, los elementos de la naturaleza y los malos espíritus. Tales milagros obrados por Jesús acreditan la autoridad divina de su enseñanza y su divinidad.

8,1-4 El evangelio subraya, por tercera vez (cfr 4,23; 5,1), el seguimiento de las gentes a Jesús. Así queda constancia de la popularidad que había alcanzado.

En esta curación destaca la fe del leproso en el poder de Jesús y cómo Jesús no busca su propia fama. Queda manifiesto que el Señor respeta lo establecido por la Ley: si un leproso se curaba de su enfermedad debía presentarse ante el sacerdote, quien constataba la curación y extendía el certificado para que el anteriormente enfermo pudiera reintegrarse a la vida civil y religiosa de Israel (cfr Lv 14).

8,5-13 El que un judío entrara en casa de un gentil llevaba consigo contraer impureza legal (cfr Jn 18,28; Hch 11,2-3 [Mishna]). De ahí la delicadeza y la fe del centurión en su ruego al Señor (vv. 8-10). Jesús aprovecha este encuentro con un creyente gentil para hacer la solemne profecía del destino universal del Evangelio. «Cuanto más cerca está de Dios el apóstol, se siente más universal: se agranda el corazón para que quepan todos y todo en los deseos de poner el universo a los pies de Jesús» (S. Josemaría Escrivá, Camino 764).

8,14-17 San Mateo ofrece aquí la verdadera interpretación de los milagros de Jesús a la luz de la profecía de Isaías. «Conmovido por tantos sufrimientos, Cristo no sólo se deja tocar por los enfermos, sino que hace suyas sus miserias: "Él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades" (Mt 8,17; cfr Is 53,4). No curó a todos los enfermos. Sus curaciones eran signos de la venida del Reino de Dios. Anunciaban una curación más radical: la victoria sobre el pecado y la muerte por su Pascua» (CCE 1505).

8,18-22 Jesús, que actúa con poder curando las enfermedades, es al mismo tiempo el Mesías humilde, desechado por los de su propio pueblo. Quien quiera estar con Él tiene que «seguirle». Seguir a Jesús es ser su discípulo (cfr 19,21). Ocasionalmente las multitudes «le siguen» (4,25; 8,1; 20,29, etc.). Pero los verdaderos discípulos son «los que le siguen» de modo permanente, siempre. Este seguimiento conlleva las exigencias de desprendimiento y entrega que vivió el Señor.

8,23-27 Jesús tiene poder no sólo sobre las enfermedades, sino sobre los elementos de la naturaleza. Es el Hijo de Dios. En el «evangelio eclesiástico», como a veces se denomina al Evangelio de Mateo, la barca es imagen de la Iglesia. La fe que nace de los discípulos al ver el milagro continúa en la Iglesia. La Iglesia, en la que está presente Cristo, es instrumento universal de salvación. «Las olas baten contra ella, pero se mantiene firme y, aunque con frecuencia los elementos de este mundo choquen con gran fragor, ella ofrece a los agobiados el seguro puerto de salvación» (S. Ambrosio, Epist. 2,1).

8,28-34 Jesús tiene potestad sobre los demonios y fuerzas diabólicas. Éstos pueden actuar en el hombre, y también, si Dios así lo permite, en otras criaturas que llevan al

hombre a oponerse a Dios. Los judíos consideraban a los cerdos animales impuros –el hecho ocurre en tierras de gentiles– cuya carne no podía comerse (cfr Dt 14,8), por lo que, en este pasaje la sanación del poseso y la muerte de los cerdos expresan la victoria completa de Jesús sobre el demonio.

9,1-8 Al curar al paralítico con sólo su palabra, Jesús hace ver a los que murmuraban que,
puesto que él tiene potestad para curar los efectos del pecado (la enfermedad), tiene también poder para curar la causa, esto es, el pecado, y que por consiguiente tiene potestad divina. De esa potestad hizo el Señor partícipes a sus Apóstoles y a sus sucesores, es decir, a los obispos y a sus colaboradores, los presbíteros (cfr Jn 20,22).

9,9-13 Jesús llama a los que quiere sin tener en cuenta las distinciones que hacían los
fariseos. Ahora llama a un publicano, el mismo que Marcos y Lucas denominan Leví (cfr Mc

2,14; Lc 5,27) y que la tradición identifica con el autor de este primer evangelio. Esta actitud de Jesús fue causa de escándalo para muchos (Lc 5,22). Pero Jesús, por medio de las palabras del profeta Oseas, identificó su conducta misericordiosa hacia los pecadores con
la actitud de Dios mismo hacia ellos.

9,14-17 La enseñanza de estos versículos ilumina el gesto de Jesús de llamar a los
pecadores. Jesús trae un modo nuevo de relación con Dios que implica una regeneración total. Su espíritu es demasiado nuevo y pujante para ser amoldado a las viejas formas, cuya vigencia caducaba.

9,18-26 En estos dos milagros se muestra, una vez más, la necesidad de la fe para recibir
las acciones salvadoras de Jesús: en el caso de la mujer, una fe que vence los obstáculos, aunque se expresa tímidamente; en el caso de aquel hombre relevante en la ciudad, humillándose visiblemente ante Jesús, y pidiéndole abiertamente su intervención.

9,27-34 La fe de aquellos ciegos les lleva a seguir a Jesús a pesar de la incapacidad que
sufrían. Y esa fe operativa obtiene su recompensa. El evangelista deja ya constancia de cómo se dividen las opiniones ante Jesús: quienes con sencillez de corazón reconocen su poder único, y quienes con argumentos retorcidos malinterpretan los signos que realiza.

9,35-38 Con la narración del Discurso de la Montaña y de los milagros de Jesús, el evangelista ha mostrado cómo, en efecto, Jesús realizó el programa que se condensa en el v. 35 y que se anunciaba en 4,23. Un programa que se desarrollará en ámbito universal y a lo largo de la historia, mediante los Apóstoles enviados a trabajar en el campo del Señor.

Jesús se conmueve al ver al pueblo; en la situación de su tiempo ve cumplida la profecía de Ez 34, en la que Dios, por medio del profeta, increpa a los malos pastores de Israel, en
sustitución de los cuales enviará al Mesías. Las palabras del evangelista dejan entrever la
profundidad de los sentimientos del corazón de Jesús: «Este Corazón divino es abismo que atesora todo bien; y se precisa que en él vacíen los pobres todas sus necesidades. Es
abismo de gozo en que sumergir todos nuestros pesares; es abismo de humildad, remedio de nuestro engreimiento. Es abismo de misericordia para los desgraciados y abismo de amor en que sumergir nuestra pobreza» (S. Margarita María de Alacoque, Epist. en Lit.
Horas, Of. lect. 16-X).

10,1-12,50 En esta sección el evangelista presenta la confrontación que se da entre Jesús y
los discípulos de un lado, y los judíos incrédulos de otro. Es el paso del antiguo al nuevo Pueblo de Dios. Comienza con el segundo de los cinco grandes discursos del Señor que se contienen en el evangelio, y que se suele denominar Discurso de la Misión (10,1-42). Jesús prepara a sus Doce Apóstoles y les instruye para su misión, labor que será continuada por la Iglesia a lo largo de los tiempos. Pero frente a la proclamación de Jesús como Mesías,
los dirigentes religiosos del pueblo escogido se obstinan, cada vez más, en rechazarlo
(11,16-12,50).

10,1-4 Jesús, para llevar adelante en el futuro el Reino de Dios que inaugura, funda un
nuevo Pueblo de Dios, la Iglesia, y para ello elige, da poderes e instruye a los Doce Apóstoles, que suceden y sustituyen a los antiguos doce patriarcas de las doce tribus de Israel y que son el germen de su Iglesia. «Los envió, en primer lugar, a los hijos de Israel y luego a todos los pueblos para que, participando de su potestad, hicieran a todos los pueblos sus discípulos, los santificaran y los gobernaran, y así extendieran la Iglesia y
estuvieran al servicio de ella como pastores bajo la dirección del Señor, todos los días hasta el fin del mundo» (C. Vat. II, Lum. gent. 19).

10,5-15 Según el designio divino de salvación, al pueblo hebreo fueron hechas

las
promesas, conferida la Alianza, dada la Ley y enviados los Profetas. De este pueblo, según la carne, nacería el Mesías. Se comprende que el Mesías y el Reino de Dios debían ser anunciados en primer lugar a la casa de Israel y sólo después a los no judíos, ya que el pueblo de Israel era el medio por el que todos los demás podrían encontrarse de nuevo con Dios.

Los poderes mencionados en el v. 8 son precisamente la señal anunciada por los
Profetas acerca del Reino de Dios o reino mesiánico. Primeramente (8,1-9,38) estos poderes los ejerce Jesucristo; ahora se los da a sus discípulos para mostrar que esa misión
es divina (cfr Is 35,5-6; 40,9; 52,7;61,1).

La paz que deben llevar los Apóstoles (vv. 11-15) es la manifestación de la bendición de
Dios que los discípulos de Jesús, como enviados suyos, derraman sobre quienes les

acogen.

10,16-42 Se recopilan aquí un conjunto de instrucciones y advertencias sobre el modo de llevar a cabo la propagación del Evangelio. Estas palabras se refieren no sólo a los Apóstoles, sino a todos los discípulos de Cristo que en el desempeño de su misión habrán de sufrir contradicciones y persecuciones como Él mismo las padeció, pues «no está el discípulo por encima del maestro, ni el siervo por encima de su señor» (v. 24).

Jesús se designó a sí mismo como Hijo del Hombre (v. 23) indicando que Él es el juez que, al final del mundo, juzgará a todas las criaturas humanas (cfr 25,31). Es probable que la venida a la que aquí se refiere el evangelio esté aludiendo a la destrucción de Jerusalén y del Templo en el año 70, considerando estos acontecimientos como un signo anticipado de lo que será el castigo final para quienes rechacen a Cristo y a su Evangelio. En cualquier caso, el texto afirma que la tarea de predicar el Evangelio durará mientras dure la historia.

En los vv. 28-31, de nuevo Jesucristo enseña la paternal Providencia de Dios, de la que habló extensamente en el Discurso de la Montaña (cfr 6,19-34). Ahora lo hace en el contexto de las persecuciones que esperan a sus discípulos, pero a las que no hemos de temer. «Si los pajarillos que son de tan bajo precio, no dejan de estar bajo providencia y cuidado de Dios, ¿cómo vosotros, que por la naturaleza de vuestra alma sois eternos, podréis temer que no os mire con particular cuidado Aquél a quien respetáis como a vuestro Padre?. (S. Jerónimo, en Cat. aurea in loc.).

Finalmente, añade dos normas claves de la conducta cristiana: radicalidad, esto es, exigencias en el seguimiento (vv. 37-39), e identificación del discípulo con el maestro (vv. 40-42).

11,1-15 Frente a quienes rechazan a Jesús aparece la figura de Juan Bautista. El Señor hace considerar a los discípulos del Bautista que ante sus ojos se han realizado los signos que los antiguas profetas habían anunciado como propios del Mesías y de su Reino (cfr Is 26,19; 29,18-19; 35,5-6; 61,1, etc.). Era decirles que, efectivamente, Él es el profeta que «iba a venir» (cfr v. 3).

En cuanto al Bautista (vv. 7-14), Jesús muestra que era verdaderamente su precursor, el que desempeñó la misma misión que Elías, conforme a la creencia que existía entonces de que el profeta Elías tendría que venir de nuevo antes que el Mesías (cfr 17,10-13; Mc 9,10-13).

11,16-19 Con la alusión a alguna canción popular o a un juego de los niños de entonces, Jesús reprocha a los hombres, que se resisten a reconocerle, la sinrazón de sus excusas. Las obras de Jesús y de Juan Bautista testimonian que uno y otro llevan a cabo lo que la sabiduría divina había determinado para la salvación de los hombres: el hecho de que algunos no lo reconozcan no va a impedir que se cumplan los planes de Dios.

11,20-24 Corazín y Betsaida eran dos ciudades florecientes, situadas en la orilla norte del lago de Genesaret, no lejos de Cafarnaún. Durante su ministerio público Jesús predicó con frecuencia en estas ciudades y obró muchos milagros. Tiro y Sidón, dos ciudades de Fenicia, junto con Sodoma y Gomorra –todas ellas célebres por sus vicios–, eran ejemplos clásicos entre los judíos para referirse al castigo de Dios que acarrearán sus pecados (cfr Ez 26-28; Is 23).

11,25-30 En contraste con las palabras sobre los que no creen en Él, Jesús se llena de gozo por los que le aceptan, la gente sencilla y humilde, que no confía en su propia sabiduría como los que se estiman a sí mismos por prudentes y sabios

de este mundo. Es ésta una de las oraciones más bellas y explícitas que tenemos de Jesús. «Su conmovedor “¡Sí, Padre!” expresa el fondo de su corazón, su adhesión al querer del Padre, que fue un eco del “Fiat” de su Madre en el momento de su concepción y que preludia lo que dirá al Padre en su agonía. Toda la oración de Jesús está en esta adhesión amorosa de su corazón de hombre al “misterio de la voluntad” del Padre (Ef 1,9)» (CCE 2603).

El yugo, (v. 29) era una palabra que se utilizaba para referirse a la Ley de Moisés, que con el paso del tiempo se había sobrecargado de minuciosas prácticas insoportables (cfr Hch 15,10) y, a cambio, no daba la paz del corazón. Por el contrario, Jesús habla a las gentes de su yugo y de su carga: «Cualquiera otra carga te oprime y abruma, mas la carga de Cristo te alivia el peso. Cualquiera otra carga tiene peso, pero la de Cristo tiene alas. Si a un pájaro le quitas las alas, parece que le alivias del peso, pero cuanto más le quites este peso, tanto más le atas a la tierra. Ves en el suelo al que quisiste aliviar de un peso;

restitúyele el peso de sus alas y verás como vuela» (S. Agustín, Serm. 126,12).

12,1-14 Jesús, al dar con autoridad divina la interpretación definitiva de la Ley, se vio enfrentado a algunos de los fariseos que no recibían su doctrina a pesar de estar garantizada por los milagros que la acompañaban. Esto ocurre respecto del sábado. Dios lo instituyó, y mandó que el pueblo judío se abstuviera de ciertos trabajos en ese día para poder dedicarse con más holgura a honrar a Dios. Con el paso del tiempo se fue complicando el precepto divino hasta el punto de que en la época de Jesús existía una clasificación de 39 especies de trabajos prohibidos. Jesús enseña frecuentemente que el descanso del sábado no se quebranta por el servicio a Dios o al prójimo, y rebate la acusación de los fariseos con cuatro razones: el ejemplo de David, el de los sacerdotes, el sentido de la misericordia divina y el señorío del propio Jesús sobre el sábado. Finalmente, con el milagro corrobora su enseñanza.

12,15-21 Con la cita del profeta Isaías (vv. 18-21) el evangelista da la clave doctrinal de los capítulos 11 y 12, en los que aparece el endurecimiento y rechazo de los dirigentes de Israel: en Jesús se cumple la profecía del Siervo doliente, cuyo magisterio amable y discreto había de traer al mundo la luz de la verdad. La misión de Jesús como Siervo doliente, que había comenzado con el Bautismo en el Jordán (3,17), vuelve a mostrarla San Mateo al narrar la oposición que Jesús encuentra entre los fariseos, y volverá a señalarla de manera especial en su pasión y muerte (cfr 27,30).

12,22-37 Jesús rechaza la acusación de los fariseos malintencionados (v. 24) señalando que las expulsiones de demonios que realiza son prueba de que ha comenzado el Reino de Dios y de que Satanás va siendo arrojado de sus dominios. Las palabras del v. 30 resumen toda su argumentación: o se está con Él o se está con el demonio. Una exigencia tan absoluta sólo puede mostrar la identidad divina de su persona.

El pecado contra el Espíritu Santo (v. 32) «no consiste en el hecho de ofender con palabras al Espíritu Santo; consiste, por el contrario, en el rechazo de aceptar la salvación que Dios ofrece al hombre por medio del Espíritu Santo, que actúa en virtud del sacrificio de la Cruz (...); la blasfemia contra el Espíritu Santo es el pecado cometido por el hombre, que reivindica un pretendido “derecho a perseverar en el mal” –en cualquier pecado– y rechaza así la Redención» (Juan Pablo II, Dom. et Viv. 46). En este sentido se dice que es irremisible.

12,38-45 A raíz de la señal que le piden, quizá un milagro u otra acción prodigiosa para confirmar su poder, Jesús contesta anunciando su muerte y resurrección, comparándose con el profeta Jonás. Con este parangón muestra que Él mismo es la «señal» por excelencia, la prueba decisiva del carácter divino de su persona, de su misión y de su doctrina. Los ninivitas hicieron penitencia porque reconocieron al profeta Jonás y aceptaron su mensaje. Jesús es más que Jonás. Y también es más que Salomón en quien la tradición de Israel veía al hombre sabio por excelencia. La reina del Sur, la Reina de Saba, al sur de Arabia, visitó a Salomón (1 R 10,1-13) y quedó maravillada de la sabiduría que Dios le había infundido. Tanto los ninivitas como la reina pagana afrentarán a los judíos que no se convierten ni buscan la verdad.

El rechazo de Jesús por parte de aquellos judíos da pie a una advertencia grave: si siguen rechazando la luz, su último estado será peor que el primero.

12,46-50 Quienes aceptan a Jesús y hacen la voluntad de Dios Padre son considerados por Él como de su propia familia. «Hacerse discípulo de Jesús es aceptar la invitación a pertenecer a la familia de Dios, a vivir en conformidad con su manera de vivir» (CCE 2233).

La expresión «hermanos» de Jesús se refiere a sus parientes. En los idiomas antiguos,

hebreo, arameo, árabe, etc., era normal que se utilizara este término para indicar a los pertenecientes a una misma familia, clan, o incluso tribu. Siempre la Iglesia ha profesado con plena certeza que Jesucristo no ha tenido hermanos de sangre en sentido propio: es el dogma de la perpetua virginidad de María (cfr ibid. 500).

13,1-52 El Discurso de las Parábolas, el tercero de los pronunciados por Jesús según San Mateo, inicia una nueva sección del evangelio. Recoge siete parábolas acerca del Reino de los Cielos. Los tres evangelios sinópticos (cfr Mc 4,1-34; Lc 8,4-18) transmiten este discurso, y los tres refieren el mismo hecho: tras la exposición de la primera parábola, la del sembrador, los discípulos preguntan al Señor por su significado y Jesús, entonces, les explica el «misterio del Reino de los Cielos» (v. 11; cfr Mc 4,11; Lc 8,10). La parábola del

sembrador explica cómo acoger la Palabra de Dios. Quizá por eso está en el comienzo del discurso.

Mateo incluye en este discurso dos parábolas que Marcos y Lucas colocan en otros lugares: la de la cizaña y la del grano de mostaza. Se denominan «Parábolas del crecimiento» pues expresan las condiciones en que crece la semilla, así como la pequeñez del Reino en sus comienzos y el efecto multiplicador que se deriva de la fuerza contenida en él (cfr nota a Mc 4,1-34). Finalmente, el primer evangelio recoge otras parábolas complementarias: la del tesoro, la de la perla y la de la red.

13,1-23 Las parábolas son un medio habitual de la predicación de Jesucristo. También los rabinos de la época las utilizaban para explicar frases de la Escritura, pero Jesús las utiliza más abundantemente y con una finalidad propia: revelar los misterios del Reino de Dios.

«Jesús llama a entrar en el Reino a través de las parábolas, rasgo típico de su enseñanza (cfr Mc 4,33-34). Por medio de ellas invita al banquete del Reino (cfr Mt 22,1-14), pero exige también una elección radical para alcanzar el Reino, es necesario darlo todo (cfr Mt 13,44-45); las palabras no bastan, hacen falta obras (cfr Mt 21,28-31). Las parábolas son como un espejo para el hombre: ¿acoge la palabra como un suelo duro o como una buena tierra (cfr Mt 13,3-9)? ¿Qué hace con los talentos recibidos (cfr Mt 25,14-30)? Jesús y la presencia del Reino en este mundo están secretamente en el corazón de las parábolas. Es preciso entrar en el Reino, es decir, hacerse discípulo de Cristo para "conocer los Misterios del Reino de los Cielos" (Mt 13,11). Para los que están "fuera" (Mc 4,11), la enseñanza de las parábolas es algo enigmático (cfr Mt 13,10-15)» (CCE 546).

En cuanto a su forma, la parábola puede ser una simple comparación o una narración detallada. En ocasiones las parábolas toman un tono paradójico del que Jesús se sirve para fijar la atención y excitar la curiosidad. Por otra parte, las parábolas, al partir de imágenes cotidianas, se hacen comprensibles a todos. Pero para alcanzar su mensaje hay que querer penetrar más allá de la imagen expresada. Por eso, quien no está dispuesto a querer entender se queda sólo en la anécdota. De esa sordera acusa Jesús a quienes están cerrados a su mensaje. Para el sentido de los vv. 14-15, cfr nota a Mc 4,10-12.

13,24-52 La parábola de la cizaña complementa a la del sembrador. También el diablo (v. 39) siembra sus asechanzas y tiene su fruto en algunos hombres: es inevitable que los hijos de Dios convivan con los hijos del Maligno y que el mal y el bien se desarrollen a lo largo de la historia. Pero al final, Cristo –Hijo del Hombre triunfante– juzgará a todos y dará a cada uno su merecido. Una idea semejante se recoge bajo la imagen de la red barredera (cfr vv. 47-50).

Con las parábolas del tesoro escondido y de la perla (vv. 44-46) presenta Jesús el valor supremo del Reino de los Cielos y la actitud del hombre para alcanzarlo. Hay ligeras diferencias en la enseñanza de ambas parábolas: el tesoro significa la abundancia de dones; la perla, la belleza del Reino. El tesoro se presenta de improviso, la perla supone una búsqueda. En todo caso, siempre se exige la generosidad por parte del hombre porque Dios «nunca falta de ayudar a quien por Él se determina a dejarlo todo» (S. Teresa de Jesús, Cam. Perf. 1,2).

13,53-16,20 Tras el Discurso de las Parábolas el evangelista narra diversos milagros y enseñanzas de Jesús en Galilea y regiones limítrofes. A lo largo de estos pasajes se va mostrando que, ante Jesús, el hombre debe tomar partido: o con Él o contra Él. Mateo, desde el Discurso de las Parábolas, señala con mayor claridad tres grupos de personas: de un lado, los discípulos –y en especial Pedro– cercanos a Jesús; de otro, las muchedumbres que le siguen pero sin acabar de entenderle; finalmente, las autoridades religiosas que traman asechanzas contra

Él. La sección culmina con la solemne confesión de Pedro en la que proclama a Jesús Mesías e Hijo de Dios (16,16).
13,53-58 Contraste entre la admiración inicial (v. 54) y el escándalo final (v. 57): tal vez la
familiaridad que han tenido con Jesús les impide reconocer el carácter sobrenatural de su misión.
14,1-12 Este Herodes, denominado «Antipas», es el mismo que aparece en la pasión (Lc
23,7ss.). Era hijo de Herodes el Grande (Mt 2,1ss.) y gobernaba las regiones de Galilea y Perea. Estaba casado con una hija de un rey de Arabia aunque vivía en concubinato con Herodías. El historiador Flavio Josefo (cfr Ant 18,116-119) proporciona otros detalles de este episodio: que tuvo lugar en la fortaleza de Maqueronte, que la hija de Herodías se

llamaba Salomé, etc. En su narración, el evangelista pone de manifiesto la estrecha relación entre el Bautista y Jesús (vv. 1-2.12).

14,13-21 Con la multiplicación de los panes el Señor indica simbólicamente la formación del nuevo Pueblo de Dios (cfr nota a Mc 6,30-44). San Mateo se fija especialmente en los sentimientos del corazón del Señor ante las necesidades de los hombres. Por eso, además del milagro de la multiplicación recuerda la curación de los enfermos (v. 14).

14,22-33 San Mateo es el único evangelista que relata el caminar de San Pedro sobre las aguas (vv. 28-31). También es el único que recoge la solemne promesa de Jesús a Pedro (16,17-19) y el episodio del impuesto del Templo (17,24-27). El Evangelio de Mateo, llamado el evangelio eclesiástico, refleja así la importancia que Jesús quiso dar a Pedro en la Iglesia. En este caso el episodio muestra la grandeza y la debilidad de Pedro, su fe y sus dificultades para creer (cfr también notas a 8,23-27; Mc 4,35-41; 6,45-52).

14,34-36 Se resalta, por contraste, la fe de estos hombres que se acercaban a Jesús y obtenían lo que buscaban. Son así ejemplo para nosotros: en la Humanidad adorable del Salvador podemos encontrar alivio para todos nuestros males (cfr 11,28).

15,1-20 Los dos primeros evangelios (cfr nota a Mc 7,1-23) narran este episodio que tanta trascendencia tuvo en la conducta de los primeros cristianos con relación a las leyes de los fariseos. Cristo explica palmariamente que en muchos casos las tradiciones de los fariseos han llegado a «anular» (v. 6) el mandato de Dios; por tanto, en esos casos no deben seguirse (v. 14). El pasaje recuerda la sexta bienaventuranza (cfr 5,8) que invita a la limpieza de corazón para ver a Dios: «Los “corazones limpios” designan a los que han ajustado su inteligencia y su voluntad a las exigencias de la santidad de Dios, principalmente en tres dominios: la caridad, la castidad o rectitud sexual, el amor de la verdad y la ortodoxia de la fe» (CCE 2518).

15,21-28 La fe de esta cananea (v. 28) se describe de una manera excelente: pide aunque parezca inoportuna (v. 23), insiste aunque se sienta indigna (vv. 24-26), persevera ante las dificultades (v. 27) y logra lo que quiere (v. 28). «Vemos muchas veces que el Señor no nos concede enseguida lo que pedimos; esto lo hace para que lo deseemos con más ardor, o para que apreciemos mejor lo que vale. Tal retraso no es una negativa sino una prueba que nos dispone a recibir más abundantemente lo que pedimos» (S. Juan B. María Vianney, Serm. sob. orac.).

15,29-31 Los evangelistas recogen varias veces (cfr 11,4-6; Lc 7,21-23), a modo de resumen, estas curaciones de Jesús con las que se cumplía lo anunciado por el profeta Isaías para los tiempos mesiánicos: «Entonces se despegarán los ojos de los ciegos, y las orejas de los sordos se abrirán. Entonces saltará el cojo como un ciervo y la lengua del mudo lanzará gritos de júbilo» (Is 35,5-6).

15,32-39 Los milagros de Jesús, además de ser hechos reales, tienen carácter de signos de las realidades sobrenaturales. En este caso (v. 37) la sobreabundancia del alimento corporal significa la magnitud de los dones divinos, especialmente de la Eucaristía; del mismo modo, la ayuda de los discípulos señala la mediación de los ministros de la Iglesia. Para el sentido específico de esta segunda multiplicación de los panes, cfr nota a Mc 8,1-10.

16,1-12 Por dos veces (cfr 12,38) se han dirigido los fariseos a Jesús pidiéndole una señal.

En el ánimo del Señor –y también del lector del evangelio– están las dos multiplicaciones de los panes que acaba de realizar (14,13-21; 15,32-39) y los milagros que hizo entre una y otra (cfr 15,29-31 y nota). Por eso les reprocha que no sepan juzgar

correctamente el
sentido de esos prodigios: «Los milagros demuestran que el Reino de Jesús ha llegado ya a la tierra», aunque muestran sobre todo que «el Reino se manifiesta en la propia persona de
Cristo, Hijo de Dios e Hijo del Hombre» (C. Vat. II, Lum. gent. 5).
16,13-20 Según lo narra Mateo, este episodio contiene dos notas distintas aunque
intrínsecamente relacionadas: la confesión de fe de Pedro y la promesa que le hace el
Señor. Frente a todos aquellos que no han sabido descubrir quién es Jesús (v. 14; cfr 14,2;
16,2-4; etc.), Pedro confiesa claramente que Jesús es el Mesías prometido y que es el Hijo de Dios. Las palabras de la confesión de Pedro deben entenderse aquí en un sentido fuerte, ya que las pronuncia por revelación del Padre (cfr CCE 441-442).

Jesús, con un juego de palabras más significativo en hebreo o arameo que en otros idiomas –la palabra Juan (v. 17) significa precisamente «Dios es misericordioso»–, le

recuerda hasta qué punto es don de Dios este acto de fe que acaba de realizar. En el mismo contexto, Jesús le promete lo que después le conferirá (cfr Jn 21,15-23 y nota): el poder de atar y desatar en la Iglesia fundada por Él (vv. 18-19). Desde los comienzos de la Iglesia se ha entendido que este don se transmite también a los sucesores de San Pedro como Obispo de Roma: «El Obispo de la Iglesia Romana, en quien permanece la función que el Señor encomendó singularmente a Pedro, primero entre los Apóstoles, y que había de transmitirse a sus sucesores, es cabeza del colegio de los Obispos, Vicario de Cristo y Pastor de la Iglesia universal en la tierra; el cual, por tanto, tiene, en virtud de su función, potestad ordinaria que es suprema, plena, inmediata y universal en la Iglesia y que puede siempre ejercer libremente» (CIC 331; cfr C. Vat. II, Lum. gent. 18).

Los santos han visto en el amor a la Iglesia y al Romano Pontífice un signo verdadero de amor a Cristo: «Quien sea desobediente al Cristo en la tierra, el cual está en lugar de Cristo en el cielo, no participará en el fruto de la sangre del Hijo de Dios» (S. Catalina de Siena, Epist. 207).

§ 1 16,21-20-34 Tras la confesión de Pedro en Cesarea de Filipo (16,13-20), el evangelio adquiere un tono distinto. Jesús se dirige ahora a sus discípulos con enseñanzas sobre su propia misión como Siervo doliente y sobre lo que debe ser la futura vida de la Iglesia. Sobresale, en este último aspecto, el cap. 18 que, por la concentración de las enseñanzas, ha sido denominado el Discurso Eclesiástico. Después, camino de Jerusalén (19,1-20,34), se recogen episodios que ilustran también diversos aspectos de la vida eclesial: la pobreza, el espíritu de servicio, etc.

16,21-17,27 Con la enseñanza de Jesús sobre su pasión, muerte y resurrección (16,21) y la posterior reprensión de Jesús a Pedro (16,23), el evangelio señala decididamente el «camino de la cruz». Los dos anuncios de la pasión (16,21; 17,22-23) y el sentido de la Transfiguración (17,9.12) preparan al lector para lo que va a acontecer. El Señor sabe que debe ser entregado y acepta su misión. Pero sabe también que la última palabra no es la muerte sino la resurrección y la glorificación. Y así se lo enseña a sus discípulos.

16,21-28 Jesús reprende con energía a Pedro cuando éste quiere disuadirle de afrontar la muerte incluida en la misión de Jesús como Mesías (cfr nota a Mc 8,31-9,1). A continuación el Señor, con unas sentencias paradójicas, expone la dimensión verdadera que tiene la entrega a Él de sus discípulos: «El camino de la perfección pasa por la cruz. No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual. El progreso espiritual implica la ascesis y la mortificación que conducen gradualmente a vivir en la paz y el gozo de las bienaventuranzas» (CCE 2015).

17,1-13 En la Transfiguración, Jesús muestra anticipadamente a los discípulos la gloria que merecerá por su pasión (cfr nota a Lc 9,28-36). Los discípulos, sin embargo, reaccionan con temor (vv. 6-7) y no acaban de entender este significado (cfr nota a Mc 9,2-13). Pero el episodio es también una descripción de la personalidad de Jesús: es Señor (v. 4), Hijo de Dios, en quien Dios se complace (v. 5; cfr Is 42,1), a quien debemos escuchar porque es el revelador de Dios: «Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra alguna cosa o novedad. Porque le podría responder Dios de esta manera, diciendo: "Si te tengo ya habladas todas las cosas en mi Palabra, que es mi Hijo, y no tengo otra, ¿qué te puedo yo ahora responder o revelar que sea más que eso? Pon los ojos sólo en Él, porque en Él te lo tengo todo dicho y revelado, y hallarás en Él aún más de lo que pides y deseas (...); oídle a Él, porque yo no tengo más fe que revelar, ni más cosas que manifestar"» (S. Juan de la Cruz, Sub. Mont. Carm. 2,22,5).

17,14-20 Con la curación de este muchacho, Jesús nos enseña la importancia de la fe en la

oración. La fuerza de la comparación del Señor (v. 20) estriba en que la simiente de la mostaza es un granito sumamente pequeño que, sin embargo, produce una gran planta que puede alcanzar más de tres metros de altura. Así, el acto más mínimo de fe verdadera puede producir efectos sorprendentes.

Muchos manuscritos añaden (v. 21): «Esta raza no puede ser expulsada por ningún medio, sino con la oración y el ayuno», que también se encuentra en Mc 9,29.

17,22-27 Desde la confesión de Pedro, Jesús va adoctrinando a sus discípulos acerca de los acontecimientos salvíficos –pasión y resurrección– y de la futura vida de la Iglesia. Con el episodio del pago del tributo al Templo Jesús quiere dejar claras dos cosas: su condición

de Hijo de Dios y Señor del Templo, y la asociación de Pedro en su responsabilidad con la
Iglesia.

18,1-20-34 Esta sección se inicia con el cuarto de los discursos del Señor en el Evangelio
de Mateo, el Discurso Eclesiástico (18,1-35); en él se puede encontrar una especie de cuerpo de ordenamientos y advertencias que miran a la buena marcha de la vida posterior de la Iglesia: el acento de las enseñanzas de Jesús está puesto en las relaciones de los cristianos entre sí, y en las atribuciones y obligaciones de quienes en la Iglesia están constituidos en autoridad.

La sección se continúa con la marcha hacia Judea y Jerusalén (19,1-20,34). Los episodios que recoge Mateo de esta fase del ministerio de Jesús contienen enseñanzas semejantes a las del capítulo anterior: sobre la vocación cristiana, sobre la precedencia en
la Iglesia, etc.

18,1-14 A las preguntas de los discípulos sobre quién es el más importante, responde Jesús
con un gesto que parece una paradoja: «Si me preguntáis que es lo más esencial en la religión y en la disciplina de Jesucristo, os responderé: lo primero la humildad, lo segundo la humildad y lo tercero la humildad. (S. Agustín, Epist. 118,22).

Después, el Señor advierte sobre el peligro del escándalo en la Iglesia. «El escándalo es la actitud o comportamiento que induce a otro a hacer el mal» (CCE 2284). Para resaltar su gravedad, Jesús utiliza imágenes hiperbólicas pero muy expresivas. Especialmente el
escándalo es grave cuando se da a los preferidos del Señor, los más débiles, como los niños (v. 14).

Muchos manuscritos añaden (v. 11): «Porque el Hijo del Hombre ha venido a salvar lo que estaba perdido» tomándolo al parecer de Lc 19,10.

18,15-20 El pasaje recoge tres notas para la vida de la Iglesia: la práctica de la fraternidad,
la potestad de los pastores y la oración en común. Los cristianos y, especialmente los pastores, deben velar por sus hermanos como hizo Cristo, para que ninguno se pierda (cfr Jn 17,12). Con la práctica de la corrección fraterna, se especifica una manera de cooperar a la salvación del hermano que se ha desviado (vv. 15-17). La última solución –tenerlo por
«pagano y publicano» (v. 17)– equivale a la excomunión, entendida como recurso final para salvar su alma (cfr 1 Co 5,4-5).

«También el Colegio de los Apóstoles, unido a su Cabeza, recibió la función de atar y
desatar dada a Pedro» (C. Vat. II, Lum. gent. 22). La Tradición de la Iglesia ha entendido estas palabras del Señor (v. 18) en su sentido genuino: «Las palabras atar y desatar significan: aquél a quien excluyáis de vuestra comunión, será excluido de la comunión con
Dios; aquél a quien recibáis de nuevo en vuestra comunión, Dios lo acogerá también en la suya. La reconciliación con la Iglesia es inseparable de la reconciliación con Dios» (CCE
1445).

Finalmente, Jesús subraya el valor y el poder de la oración en común (vv. 19-20). La afirmación de Jesús debió de ser, para sus discípulos, reveladora de su carácter divino,
pues había una expresión contemporánea que decía que cuando dos hombres se reúnen
para ocuparse de las palabras de la Ley, Dios mismo está en medio de ellos.

18,21-35 A la pregunta de Pedro sobre el número de veces que se debe perdonar, Jesús
contesta con un circunloquio que viene a equivaler al adverbio «siempre» (cfr Gn 4,24): «No encerró el Señor el perdón en un número determinado, sino que dio a entender que hay que perdonar continuamente y siempre» (S. Juan Crisóstomo, Hom. in Mt. 61,1).

La parábola del siervo despiadado da también la razón profunda del perdón: todos somos

deudores con respecto a Dios. La parábola es muy elocuente si atendemos a las cantidades que se expresan: un denario equivalía al jornal diario de un trabajador; un talento valla unos seis mil denarios. Así, lo que el dueño perdona al siervo despiadado equivale a sesenta millones de denarios; una cifra desorbitante e imposible de restituir.

19,1-12 Con ocasión de la insidia de los fariseos, Jesús expone la indisolubilidad del matrimonio (cfr nota a Mc 10,1-12). El inciso del v. 9 no debe tenerse como una excepción (cfr nota a 5,17-48).

En el mismo contexto el Señor expone el valor del celibato por el Reino de los Cielos como un don de Dios: «El sacramento del Matrimonio y la virginidad por el Reino de Dios vienen del Señor mismo. Es Él quien les da sentido y les concede la gracia indispensable para vivirlos conforme a su voluntad. La estima de la virginidad por el Reino y el sentido

cristiano del matrimonio son inseparables y se apoyan mutuamente: “Denigrar el matrimonio es reducir a la vez la gloria de la virginidad; elogiarlo es realzar, a la vez la admiración que corresponde a la virginidad...” (S. Juan Crisóstomo, Virg. 10,1)» (CCE 1620).

19,13-15 Cfr nota a Mc 10,13-16.

19,16-30 Los tres primeros evangelios reseñan este episodio, pero Mateo es quien describe con más precisión el diálogo entre Jesús y el joven. Éste cumple los mandamientos (vv. 18-20) y pregunta a Jesús qué más «obras buenas» (vv. 16.20) debe hacer. Jesús, con su primera respuesta (v. 17), ya lo prepara para la exigencia final (v. 21): «No se trata aquí solamente de escuchar una enseñanza y de cumplir un mandamiento, sino de algo mucho más radical: adherirse a la persona misma de Jesús, compartir su vida y su destino, participar de su obediencia libre y amorosa a la voluntad del Padre» (Juan Pablo II, Verit. spl. 19).

En este sentido, tanto este episodio como el anterior sobre el matrimonio (cfr 19,1-12) reflejan perfectamente la plenitud y perfeccionamiento de la Ley que se dan en quienes viven según el estilo de vida y la doctrina de Cristo. El Señor enseña la indisolubilidad del matrimonio y exige el cumplimiento de los mandamientos; pero también pide el celibato y el desprendimiento de todos los bienes por el Reino de los Cielos a quienes se les hayan otorgado esos dones.

Tras la marcha del joven rico, Jesús expone la doctrina sobre las riquezas (cfr nota a Mc 10,23-31). Después, ante la pregunta de Pedro, explica el destino de quien ha seguido sinceramente a Cristo: seguir a Jesús supone creer en una «regeneración» (v. 28), en un nuevo nacimiento, en el que se dará una auténtica inversión de valores. Quienes ahora parecen despreciados, serán los jueces; quienes parecen el desecho, serán los primeros; todo cuanto uno entregue ahora lo encontrará multiplicado por cien.

20,1-16 La parábola viene a explicar la frase anterior (19,30) y parece que está referida al pueblo hebreo: Dios lo llamó a primera hora aunque al final se ha dirigido también a los gentiles. La parábola enseña la bondad y la misericordia de Dios, superior a los criterios de justicia humanos. Por otra parte resalta que lo importante es responder positivamente a la llamada divina sin importar el momento en que se produzca. Los hombres no debemos juzgar a Dios, sino agradecerle que haya querido contar con nosotros en su plan salvífico.

20,17-19 Subiendo a Jerusalén, Jesús afronta el riesgo de la muerte y la predice por tercera vez. El evangelista ha querido dejar constancia de que Jesús lo hace para cumplir obedientemente el designio divino sobre Él.

20,20-28 Jesús corrige las ambiciones y las ilusiones excesivamente humanas de los Apóstoles y de la madre de los Zebedeos afirmando la primacía de la voluntad de Dios y de la actitud de servicio. Con un lenguaje litúrgico-sacrificial, que evoca al Siervo doliente del profeta Isaías (Is 52,13-53,12), Jesús expresa con claridad que ese servicio llega en Él (v. 28) hasta el ofrecimiento de su vida. La misma actitud (cfr v. 23) hemos de tener sus discípulos: «La Iglesia, y cada cristiano en ella, está llamado a participar de la función real de Cristo en la cruz. (...) Jesús es la síntesis viviente y personal de la perfecta libertad en la obediencia total a la voluntad de Dios» (Juan Pablo II, Verit. spl. 87).

20,29-34 Los tres evangelios sinópticos recuerdan tanto el milagro de Jesús en Jericó como el título mesiánico –«Hijo de David»– que los ciegos le dan en la antesala de su manifestación en Jerusalén. Sobre esos hechos, cada evangelista subraya un aspecto peculiar. Mateo, como en otras ocasiones, (cfr 8,28-34; 9,27-31), apunta que los ciegos eran dos. Del mismo modo es el único en ver en la compasión de Jesús (v. 34) la causa de la curación. «Jesús, sobre todo con su estilo de vida y

con sus acciones, ha demostrado cómo en el mundo en que vivimos está presente el amor operante, el amor que se dirige al hombre y abraza todo lo que forma su humanidad» (Juan Pablo II, Div. in mis. 3).

§ 21,8-28,20 Los evangelios sinópticos presentan el mismo esquema y los mismos motivos al narrar las últimas jornadas de la vida terrena de Jesús. Comienza el relato con una manifestación mesiánica de Cristo y con la purificación del Templo (21,1-22). Las controversias con los judíos dan razón de los motivos por los que después Jesús será condenado (21,23-23,39), y el llamado Discurso Escatológico completa las enseñanzas (24,1-25,46). La narración cobra especial intensidad cuando se detiene en las últimas horas de la vida de Jesús: su ofrecimiento a la voluntad del Padre (26,26-46), su prendimiento, proceso y condena (26,47-27,31), su muerte (27,32-66) y su resurrección (28,1-20).

En este marco, el relato de Mateo destaca algunas notas: la entrega serena del Señor a su misión de Siervo doliente, el rechazo de Israel a los planes de Dios, etc.

21,1-23,39 Las controversias de Jesús con los jefes religiosos nos informan de los motivos que llevaron a Jesús a la muerte. Pero hay una causa de fondo que une los episodios de esta sección: Israel no ha sido capaz de corresponder al don de Dios y por eso Dios fundará un nuevo pueblo que dé frutos (21,43). Con todo, las palabras del Señor son también una advertencia para quienes formamos ese nuevo pueblo que es la Iglesia: como expondrá después Jesús en las parábolas del cap. 25, la fidelidad al don de Dios se manifiesta siempre en obras.

21,1-11 La entrada triunfal de Jesús en Jerusalén refleja su manifestación como Rey Mesías. Mateo ve en la presencia del asna atada con su borrico (v. 2) el cumplimiento de la profecía de Zacarías (v. 5; cfr Za 9,9). En esta profecía se describe al futuro Mesías como justo, salvador, humilde. Los Santos Padres han visto en este episodio un simbolismo: el asna madre representaría al judaísmo, sometido al yugo de la Ley, mientras que el borriquillo sería la gentilidad. Jesús introduce a unos y otros en la Iglesia, la nueva Jerusalén.

21,12-17 Del primer día en Jerusalén, Mateo recoge tres señales mesiánicas que realizó Jesús en el Templo: la purificación de Templo (vv. 12-13; cfr nota a Mc 11,12-25); las curaciones (v. 14) y la alabanza a Dios de los humildes (cfr v. 16), insinuada en el Salmo 8, que Jesús ve cumplida en las aclamaciones de los niños. El evangelista, al contar este último episodio, deja entrever la divinidad de Jesucristo.

21,18-22 Cfr nota a Mc 11,12-25.

21,23-27 Cfr nota a Mc 11,27-33.

21,28-46 Con estas dos parábolas se refiere el Señor al rechazo de Israel a su Dios y a la decisión divina de crear un nuevo pueblo (v. 43). La parábola de los dos hijos sólo viene narrada en Mateo y subraya la necesidad de la conversión (v. 32): Israel es como el hijo que dijo sí a Dios pero luego no creyó y no dio frutos (cfr v. 30), en cambio los pecadores que se convierten ante los signos de Dios (v. 32) cumplen la voluntad del Padre y entran en el Reino de Dios (v. 31). La parábola de los viñadores homicidas es como un compendio de la historia de la salvación (cfr nota a Mc 12,1-12). Mateo es el único evangelista que al narrar la parábola habla de «un pueblo que rinda sus frutos» (v. 43), aludiendo a la Iglesia, nuevo Pueblo de Dios: «El pueblo de Israel según la carne, que marchaba por el desierto, se llamaba ya Iglesia. [cf. 2 Esdr 13,1; Núm 20,4; Deut 23,1 ss.] De la misma manera, el nuevo Israel, que camina en este mundo en busca de su ciudad futura permanente, recibe también el nombre de Iglesia de Cristo. En efecto, Él la adquirió con su sangre, la llenó de su Espíritu y le dio los medios apropiados para ser una comunidad visible y social» (C. Vat. II, Lum. gent. 9).

22,1-14 Esta parábola, muy semejante a otra que recoge San Lucas (cfr Lc 14,15-24 y nota), completa el significado de las dos que le preceden. Israel ha rechazado la invitación a la salvación y Dios mediante la convocación de la Iglesia extiende la llamada a todos los que encuentren sus enviados. El episodio del que no lleva traje de bodas es también una llamada de alerta a quienes ya formamos la Iglesia: el fracaso de Israel (v. 7) es signo del nuestro si no nos mostramos dignos de la elección (v. 13). «¿Qué debemos entender por el vestido de boda sino la caridad? De modo que entra a las bodas, pero no entra con vestido nupcial, quien, entrando en la Iglesia tiene fe, pero no tiene caridad» (S. Gregorio Magno, Hom. In Ev. 2, 18,9).

22,15-22 Cfr nota a Mc 12,13-17.

22,23-33 El pasaje recoge el ambiente típico de la argumentación de los rabinos de la época. Los saduceos plantean a Jesús un caso altamente

improbable. El cumplimiento de la ley del levirato parecía mostrar la imposibilidad de la otra vida, ya que era impensable en la mentalidad judía que varios hombres estuvieran casados con la misma mujer. Los saduceos –contesta Jesús– no han entendido las Escrituras al pensar que aquella ley tendría vigencia en la vida futura, pero, sobre todo, no han comprendido el poder de Dios que es quien mantiene al hombre, aunque muerto a esta vida, en el ser. Ratifica así la enseñanza sobre la resurrección de los muertos. Al final el evangelista evoca gustoso la
admiración que suscitaban la claridad y la profundidad de la doctrina de Jesús (cfr nota a Lc
20,27-40).

22,34-40 Responde Jesús a una cuestión planteada por los fariseos cuya preocupación principal era cumplir todos los mandamientos contenidos en las leyes mosaicas y que alcanzaban el número de 613. Jesús enseña que toda la Ley se condensa en los dos mandamientos del amor (Dt 6,5; Lv 19,18). El primero es el más importante porque el amor al prójimo es consecuencia y efecto del amor a Dios: cuando es amado el hombre, es amado Dios ya que el hombre es imagen de Dios (cfr S. Tomás de Aquino, Sup. Ev. Matt. in loc.). Respecto a la intensidad de ese amor a Dios escribía San Bernardo: «Tu me preguntas por qué razón y con qué método o medida debe ser amado Dios. Yo contesto: la razón para amar a Dios es Dios; el método y medida es amarle sin método ni medida» (De dilig. Deo 1,1).

22,41-46 Jesús plantea a los fariseos una cuestión que les deja sin respuesta. En efecto, ésta habría de suponer la preexistencia y la divinidad del Mesías (anterior y superior a David, autor del salmo) al mismo tiempo que su verdadera humanidad (hijo de David, Mesías), lo cual no podían entender los fariseos. El lector cristiano que conoce la verdad profunda de quién es Jesús sí puede responder a esa cuestión.

23,1-36 Dura acusación a escribas y fariseos por su conducta que se guiaba más por aparentar externamente que por vivir de acuerdo con la verdad. El discurso consta de dos partes: la primera (vv. 1-12) está dirigida al pueblo y a sus discípulos; la segunda –los célebres «ayes» (vv. 13-36)– a los escribas y fariseos. En ambas partes es posible descubrir un motivo común: con sus palabras Cristo no pretende abolir la doctrina de la Ley enseñada por escribas y fariseos (cfr vv. 3 y 23) sino purificarla y llevarla a su plenitud (cfr 5,17-20).

En la primera parte (vv. 1-12) se pone en contraste la conducta de los escribas y fariseos con la que debe ser la de los cristianos. Aquellos «dicen pero no hacen» (v. 3) y apetecen ser los primeros (v. 6); los cristianos debemos servir y humillarnos (vv. 11-12). Jesús lo ejemplifica de una manera concreta (vv. 7-10): rabbí, padre y doctor eran títulos honoríficos que se daban a quienes enseñaban la Ley de Moisés. Cuando Jesús dice a sus discípulos que no acepten estos títulos, está indicando que el cristiano debe buscar el servicio, no títulos honoríficos.

El discurso de los «ayes» (vv. 13-32) explica con pormenores las funestas consecuencias y las contradicciones que se han derivado de un cumplimiento meramente externo de la Ley. Por ello, en un momento determinado (v. 23) nos indica el camino para no equivocarnos: imitar a Dios en las actitudes que manifiesta hacia su pueblo: justicia, misericordia y fidelidad.

El discurso concluye con un lamento profético (vv. 33-36): al igual que los profetas sufrieron –y murieron– por causa de la incredulidad de sus contemporáneos, también los primeros cristianos sufrirán por causa de la cerrazón de los escribas y fariseos.

Muchos manuscritos, por influjo de Mc 12,40 y Lc 20,47, añaden (v. 14): «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que devoráis las casas de las viudas con el pretexto de hacer largas oraciones! Por ello recibiréis un juicio más severo».

23,37-39 Con la imagen de la gallina y los polluelos, Jesús se aplica a sí mismo la acción misericordiosa de Dios hacia su pueblo (cfr Dt 32,11; Sal 17,8; 36,8; 61,5); con el recuerdo de los profetas (v. 37) sugiere cuál va a ser su destino. La evocación por parte del evangelista de estas palabras de Jesús bien puede ser una advertencia a los cristianos para no endurecernos ante las llamadas de Dios.

24,1-25-46 El Discurso Escatológico de Jesús –quinto de los que recoge San Mateo– se encuentra en los tres evangelios sinópticos. El relato de Mateo es el más extenso de los tres; se completa además, con las parábolas del cap. 25. El tema común en todo el discurso es una exhortación del Señor a la vigilancia y a la esperanza, pero

también a dar el fruto de los talentos recibidos.
24,1-51 El lenguaje utilizado aquí es apocalíptico: se sirve de diversos símbolos e imágenes
para describir lo que sucederá al final. Se mezclan dos planos: la destrucción de Jerusalén
y el fin del mundo presente. Se indica de esta manera que el primero es una figura o tipo del segundo.
Sobre este fondo común a los evangelios sinópticos (cfr notas a Mc 13,1-37), Mateo
recoge unos matices propios: la actitud de vigilancia debe manifestarse en obras de servicio, especialmente en aquellos que tienen una responsabilidad con sus hermanos (vv.

45-51), pues deben tener presente que las tribulaciones a las que se verán sometidos los discípulos serán muy duras (vv. 10-12). Por otra parte, la actitud que hemos de tener los cristianos debe ser de «tensa espera» pues el Señor vendrá de manera repentina, como un relámpago (v. 27), a la hora menos pensada (v. 50), sin que nos demos cuenta (vv. 36-41).

25,1-13 La parábola es un ejemplo claro de la llamada a la vigilancia expuesta en el discurso anterior. El esposo representa a Jesucristo, las Vírgenes a las personas invitadas a la boda, es decir, a la alianza esponsal de Dios con su Iglesia. No basta con que estemos en la Iglesia, hay que mantener viva la fe y hacer buenas obras: «Vela con el corazón, con la fe, con la esperanza, con la caridad, con las obras (...); prepara las lámparas, cuida de que no se apaguen, aliméntalas con el aceite interior de una recta conciencia; permanece unido al esposo por el Amor, para que él te introduzca en la sala del banquete, donde tu lámpara nunca se extinguirá» (S. Agustín, Serm. 93,17).

25,14-30 El talento no era propiamente una moneda, sino una unidad contable que equivalía aproximadamente a unos treinta y cuatro kilos de plata. El Señor enseña en esta parábola la necesidad de corresponder a la gracia de manera esforzada durante toda la vida. Hemos de hacer rendir los dones naturales y las gracias sobrenaturales recibidas de Dios. Lo importante no es el número, sino la generosidad para corresponder: «¿Tu vida para ti? Tu vida para Dios, para el bien de todos los hombres, por amor al Señor.
¡Desentierra ese talento! Hazlo productivo» (S. Josemaría Escrivá, Hom. 2. 47).

25,31-46 Las tres parábolas precedentes (24,42-51; 25,1-13; 25,14-30) se terminan con otra parábola que anuncia el juicio del Señor. Jesús presenta ese Juicio Final con toda su grandiosidad: «Entonces, se pondrán a la luz la conducta de cada uno y el secreto de los corazones. Entonces será condenada la incredulidad culpable que ha tenido en nada la gracia ofrecida por Dios. La actitud con respecto al prójimo revelará la acogida o el rechazo de la gracia y del amor divino» (CCE 678).

La parábola revela también las dimensiones del amor de Dios en la vida terrena. «Acá solas estas dos que nos pide el Señor; amor de Su Majestad y del prójimo; es en lo que hemos de trabajar. Guardándolas con perfección, hacemos su voluntad (...). La más cierta señal que –a mi parecer– hay de si guardamos estas dos cosas, es guardando bien la del amor del prójimo; porque si amamos a Dios no se puede saber (aunque hay indicios grandes para entender que le amamos), mas el amor del prójimo, sí. Y estad ciertas que mientras más en éste os viereis aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios; porque es tan grande el que Su Majestad nos tiene, que en pago del que tenemos a el prójimo, hará que crezca el que tenemos a Su Majestad por mil maneras; en esto yo no puedo dudar» (S. Teresa de Jesús, Morad. 5,3,7-8).

26,1-28,20 Los sucesos de la pasión de Nuestro Señor quedaron muy grabados en la memoria de sus discípulos: así se percibe en los discursos de los Apóstoles en el libro de los Hechos y en la intensidad de la narración de los cuatro evangelios. San Mateo pone de relieve en especial dos cosas: la grandeza de Jesús ante la perfidia de sus acusadores, y el motivo por el cual sufrió todas esas afrentas: lo hizo porque Él es el Siervo doliente, anunciado por los profetas, que cargó sobre sí nuestros pecados.

Los designios de Dios se cumplen en la muerte de Jesús, pero también en su resurrección. Con ella y con el mandato apostólico se inicia una nueva etapa: Jesús resucitado permanece en la Iglesia, las puertas del Cielo se han abierto y hemos de anunciar este mensaje de salvación a todos los hombres.

26,1-16 Los tres primeros evangelios relatan de la misma manera el inicio del drama que va a acontecer: las autoridades de Israel buscaban el modo de prender a Jesús sin

alboroto y encuentran un aliado inesperado en Judas, «uno de los doce» (v. 14). Sin embargo, cada evangelista subraya un aspecto peculiar. Mateo destaca el dominio de Jesús sobre lo que va a suceder. Los acontecimientos son parte del designio salvífico de Dios: hasta las treinta monedas que recibe Judas por su traición (v. 15) son cumplimiento del plan trazado por Dios en las Escrituras (cfr 27,9-10). Sobre la unción en Betania, cfr nota a Mc 14,1-11.

26,17-25 Marcos y Lucas se detienen en una descripción pormenorizada de las acciones
preparatorias de la cena pascual. Mateo, por su parte, recuerda que Jesús sabía (v. 25) que
Judas le había traicionado, pero eso no le detiene en su misión: «Mi tiempo está cerca»
dice al dueño de la casa (v. 18): «Este deseo de aceptar el designio de amor redentor de su
Padre anima toda la vida de Jesús porque su pasión redentora es la razón de ser de su

Encarnación» (CCE 607).

26,26-29 Los gestos y las palabras de Jesús en la última Cena tuvieron especial densidad de significado. También en este relato de la institución de la Eucaristía, los evangelistas se fijaron en algún aspecto más que en otros (cfr notas a Mc 14,22-25 y Lc 22,7-20). San Mateo es el único en recordar las palabras de Jesús sobre el carácter de expiación por los pecados que tendrá su muerte (v. 28). Las palabras de Jesús vienen a dar plenitud al designio salvador de Dios. «Este designio divino de salvación a través de la muerte del "Siervo, el Justo" había sido anunciado antes en la Escritura como un misterio de redención universal, es decir, de rescate que libera a los hombres de la esclavitud del pecado (...). La muerte redentora de Jesús cumple, en particular, la profecía del Siervo doliente» (CCE 601).

26,30-35 Antes de la gran prueba, Jesús previene a sus discípulos, y en especial a Pedro: se escandalizarán (v. 31). Ellos han confesado que Jesús es el Mesías (16,13-20), pero no han sabido aceptar que su mesianismo es el del Siervo doliente (16,21-23). Ahora los hechos les van a forzar a hacerlo. Aun así se resisten a aceptarlo: «De ahí aprendemos una gran verdad, y es que no basta la voluntad del hombre, si no nos asiste la ayuda de lo alto» (S. Juan Crisóstomo, Hom. in Mt. 82,4).

26,36-46 Los tres sinópticos contrastan la dramática oración de Jesús con la impotencia de sus discípulos para acompañarle. Marcos (cfr Mc 14,32-42 y nota) lo hace con rasgos más acentuados. Mateo prefiere recordar que mediante la oración Jesucristo conoce la voluntad de Dios y la abraza. En efecto, el comienzo de su oración (v. 39) señala lo costoso de la aceptación del trance; en cambio, avanzada la oración, su plegaria ya es un rendido abandono en la voluntad del Padre (vv. 42 y 44). «Toda la pretensión de quien comienza oración –y no se os olvide esto, que importa mucho– ha de ser trabajar y determinarse y disponerse con cuantas diligencias pueda hacer su voluntad conformar con la de Dios» (S. Teresa de Jesús, Morad. 2,8).

26,47-56 La escena, rica en contrastes, manifiesta la grandeza del Señor. Judas, con un beso, signo de amistad y veneración, le traiciona (v. 49); en cambio, para Jesús, Judas es el amigo que no conoce siquiera su verdadera función en el drama (v. 50). Jesús es apresado a escondidas (v. 55), por un gran gentío armado (v. 47), aunque una sola petición suya al Padre echaría por tierra todos aquellos planes (v. 53). En el fondo, Jesús se entrega porque quiere, porque su decisión de cumplir las Escrituras (vv. 54 y 56) es irrevocable aunque sea con la entrega de su vida (cfr 26,42).

26,57-75 Los cuatro evangelios relatan este episodio en el que se contrastan las actitudes de Jesús y de Pedro. San Mateo presenta un relato ordenado de las afrentas que sufre Jesús. Primero es acusado falsamente (v. 59) y después se le incrimina con una frase sacada de contexto (v. 61). Frente a estas acciones el Señor callaba (v. 63). Su confesión mesiánica le vale la inculpación de blasfemo (v. 65), la condena a muerte (v. 66) y las burlas de los criados (vv. 67-68). En esa progresión el perjurio de Pedro (vv. 72.74) lo entiende el lector como una última afrenta.

Pero, como en tantas ocasiones, el evangelio es paradójico. La imagen que utiliza Jesús (v. 64) evoca el Juicio Final (cfr 24,30; 25,31); el que ahora es juzgado, será quien juzgará después.

27,3-10 No sabemos qué intenciones movieron a Judas para entregar a Jesús: lo cierto es que ante la condena de Jesús siente remordimiento y reconoce su pecado. Pero le faltó la esperanza del perdón y se mató: «Por la desesperación, el hombre deja de esperar de Dios su salvación personal, el auxilio para llegar a ella o el perdón de sus pecados. Se opone a la bondad de Dios, a su Justicia –porque el Señor es fiel a sus promesas– y a su Misericordia» (CCE 2091).

La reacción de los príncipes de los sacerdotes no es menos lamentable. Al comentar el pasaje, San Jerónimo (Com. in Matt. in loc.) hace notar que se hacían dignos de la acusación del Señor de colar un mosquito y tragarse un camello (cfr 23,24). El evangelista
ve en la compra del campo del alfarero una prueba más de que Jesús es el Siervo de Dios sufriente en quien se cumplen las profecías de las Escrituras.
27,11-26 Mateo subraya el rechazo del Mesías por parte de Israel. La narración incluye
varias escenas que destacan la dignidad de Jesús y la condena injusta.

Comienza con las acusaciones de los príncipes de los sacerdotes y la invitación de Pilato

a defenderse. Pero Jesús calla (vv. 12.14). Como había anunciado Isaías (Is 53,7) a propósito del Siervo doliente, «fue maltratado y él no abrió su boca; como cordero llevado al matadero y como oveja muda ante los trasquiladores, tampoco abrió la boca».

A continuación viene una doble exculpación de Jesús: el intento de Pilato de liberarle (v. 18) y la intercesión de la mujer de Pilato que tiene a Jesús por «justo» (v. 19). Pero las incitaciones de los príncipes de los sacerdotes (v. 20) son seguidas al pie de la letra por la multitud que pide la crucifixión de Jesús.

Se llega así a la escena central. Pilato, con un gesto de claro significado para sus oyentes (v. 24; cfr Dt 21,6-8), imputa al pueblo toda la responsabilidad de la muerte de Jesús. La respuesta del pueblo (v. 25) ha de entenderse en sentido teológico, es decir, como un rechazo al Mesías, por lo cual Dios da su viña a otro pueblo que produzca frutos dignos (cfr 21,43): «Lo que se perpetró en su pasión no puede ser imputado indistintamente a todos los judíos que vivían entonces ni a los judíos de hoy. (...) No se ha de señalar a los judíos como reprobados por Dios y malditos, como si tal cosa se dedujera de la Sagrada Escritura» (C. Vat. II, Nost. aet. 4).

27,27-31 Todos los sufrimientos de Cristo tienen valor redentor: «Contempla los salivazos de mi cara, que he soportado para devolverte tu primer aliento de vida; contempla los golpes de mis mejillas, que he soportado para reformar de acuerdo con mi imagen tu imagen deformada» (Hom. antigua, Lit. Horas, Of. lect. Sab. Sant.).

27,32-56 Probablemente las palabras del Señor en la cruz hicieron comprender más tarde a sus discípulos que en la crucifixión y muerte de Jesús se cumplían plenamente las Escrituras (cfr nota a Mc 15,21-41). Por eso el texto está repleto de alusiones a pasajes del Antiguo Testamento (Sal 22; 69; etc.), en los que se anunciaba que el sufrimiento de un hombre justo era necesario para que el nombre de Dios fuera alabado por todas las gentes:

«La muerte del Salvador fue riguroso holocausto que Él mismo ofrendó al Padre para nuestra redención; aunque los dolores y padecimientos de su pasión fueron tan graves y fuertes que cualquier otro mortal hubiera sucumbido a ellos, a Jesús no le hubieran dado muerte de no haberlo Él consentido, y si el fuego de su infinito amor no hubiera consumido su vida. Él fue, pues, santificador de sí mismo; se ofreció al Padre y se inmoló en el amor...» (S. Francisco de Sales, Trat. amor de Dios 10,17).

A este significado, el relato de San Mateo añade otro (vv. 52-53): con su muerte Jesús vence a la misma muerte. Éste es el acontecimiento que confiesa la Iglesia cuando profesa el descenso de Cristo a los infiernos: «La Escritura llama infiernos, sheol o hades, a la morada de los muertos donde bajó Cristo después de muerto, porque los que se encontraban allí estaban privados de la visión de Dios (...). Jesús no bajó a los infiernos para liberar allí a los condenados ni para destruir el infierno de la condenación, sino para liberar a los justos que le habían precedido» (CCE 633).

27,57-66 «En su designio de salvación, Dios dispuso que su Hijo no solamente "muriese por nuestros pecados" (1 Co 15,3) sino también que "gustase de la muerte", es decir, que conociera el estado de muerte, el estado de separación entre su alma y su cuerpo durante el tiempo comprendido entre el momento en que Él expiró en la Cruz y el momento en que resucitó. Este estado de Cristo muerto es el misterio del sepulcro y del descenso a los infiernos» (CCE 624). San Mateo, con unas indicaciones –el sepulcro nuevo y la gran piedra (v. 60), el sello y la guardia (v. 66)– señala la verdadera muerte de Cristo y lo infundado de una calumnia que se divulgó en aquel tiempo (cfr 28,15).

28,1-15 Las señales con las que el evangelista describe el anuncio de la

resurrección (vv.
2-4) indican también la magnitud del hecho: «la fe en la Resurrección tiene por objeto un acontecimiento a la vez históricamente atestiguado por los discípulos que se encontraron realmente con el Resucitado, y misteriosamente trascendente en cuanto entrada de la humanidad de Cristo en la gloria de Dios» (CCE 656). Además este hecho tiene una singular importancia para la vida de los hombres pues «Cristo, “el primogénito de entre los muertos” (Col 1,18), es el principio de nuestra propia resurrección, ya desde ahora por la justificación de nuestra alma, más tarde por la vivificación de nuestro cuerpo» (ibid. 658).

La verdadera resurrección de Cristo la presenta el evangelista incluso con la prueba contraria: la de quienes difundieron la calumnia del robo del cadáver (vv. 11-15): «¿Qué has dicho, oh astucia siniestra? ... ¿Presentáis testigos dormidos? Verdaderamente dormiste tú que, inventando tales patrañas, desfalleciste» (S. Agustín, Enarr. in Ps. 63,15).

28,16-20 Los cuatro evangelistas recuerdan la dificultad de los Apóstoles para aceptar la resurrección de Jesús. Marcos (cfr Mc 16,9-20 y nota) es más explícito que Mateo, que sólo recoge una breve nota (v. 17): «No es cosa grande creer que Cristo murió. Esto también lo creen los paganos, los judíos (...). Todos creen que Cristo murió. La fe de los cristianos consiste en creer en la resurrección de Cristo. Tenemos por grande creer que Cristo resucitó» (S. Agustín, Enarr. in Ps. 120,6).

Aceptada la resurrección, los discípulos reciben de Cristo la misión de la Iglesia: santificar a los hombres y enseñarles un modelo de conducta cristiano (vv. 19-20). Pero, en esta tarea, los discípulos de Jesús no estamos solos; Él es el Emmanuel, el «Dios-con-nosotros» (1,23), y, como Dios (v. 18), permanece con nosotros hasta el fin de los tiempos (v. 20).

EL EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS

[Ir a índice]

La Tradición atribuye el segundo evangelio canónico a San Marcos «discípulo e intérprete de Pedro» (cfr S. Ireneo, *Adversus Haereses* 3,1,1), y dice que San Marcos escribió su evangelio en Roma, a instancias de los cristianos que querían conservar por escrito la predicación de San Pedro. Un examen atento del *Evangelio según San Marcos* vendría a confirmar algunos de estos extremos. Por ejemplo, el evangelista parece dirigirse a lectores que no tienen raigambre hebraica, pues les explica las costumbres judías (7,3-4; 14,2; 15,42), y les traduce las palabras arameas cuando aparecen (3,17; 5,41; 7,1 1; 14,36; 15,22; 15,34). Por otra parte, la viveza de la narración o el gusto por los detalles pintorescos –el «cabezal» sobre el que Jesús dormía en la barca (4,38), la hierba «verde» en la multiplicación de los panes (6,39), etc.– sugieren que en el origen de muchos pasajes de este evangelio hay un testigo ocular de los acontecimientos.

Este evangelio no recoge, a diferencia de los otros sinópticos, los episodios de la infancia de Jesús. Su estructura parece un desarrollo pormenorizado del discurso de Pedro en casa del centurión Cornelio (Hch 10,34-43): Jesús comenzó la predicación del Evangelio en Galilea, pasó haciendo el bien, los judíos en Jerusalén le dieron muerte colgándolo de un madero, pero Dios lo resucitó, y, resucitado, envió a sus discípulos a predicar. Según este esquema, Marcos narra la actividad de Jesús en Galilea y regiones limítrofes, la subida a Jerusalén, las controversias con las autoridades judías en la Ciudad Santa, la muerte y la resurrección. Ésta es una
estructura que podríamos llamar geográfica. Pero hay también en el segundo
evangelio una estructura que podríamos denominar teológica. En efecto, el evangelista va relatando la manifestación de Jesús con hechos y palabras que suscita que las gentes se pregunten: «¿Quién es éste?» Sólo San Pedro, en el centro del evangelio, lo confiesa: «Tú eres el Cristo» (8,29). Desde ese momento, Jesús comienza a revelar el sentido de su misión como Mesías: es el Mesías rechazado que debe morir en la cruz para después resucitar. Esta segunda parte concluye con la confesión del centurión al pie de la cruz: «Este hombre era Hijo de Dios» (15,39). Son los dos títulos que Marcos le había dado a Jesús en el comienzo de su evangelio (1,1).

En este primer versículo del evangelio –«Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios»– parece que están condensados los contenidos más importantes del relato de Marcos. Jesús es el *Hijo Dios*: así lo proclama la voz del Padre en el Bautismo y en la Transfiguración (1,11; 9,7), y así lo confesará el centurión (15,39); pero también lo confesará el lector del evangelio al ver los milagros que Jesús realiza –Marcos es, proporcionalmente, el evangelista que dedica más espacio a los milagros del Señor– y al reconocer su resurrección y exaltación (16,19). Jesús es, de igual forma, el *Cristo*. Marcos no utiliza, a diferencia de Mateo, los textos del Antiguo Testamento para mostrar el mesianismo de Jesús, sino que al relatar sus obras las presenta como las obras del Mesías prometido. Ahora bien, Jesús al realizar aquellas obras mesiánicas, ha pedido silencio a sus beneficiarios (1,44;
5,43; 7,36; 8,26), pues quiere que su mesianismo no se entienda en un sentido temporal y político, sino a la luz de la cruz (8,27-33).

Marcos es el único evangelista que utiliza la palabra *Evangelio*, titulando así su narración. El Evangelio es la buena nueva que predica

Jesús (1,14-15), con sus hechos y sus palabras; por eso, la actividad misma de Cristo puede llamarse con buen tino Evangelio de Jesucristo (1,1). Jesús envía a sus discípulos a predicarlo (16,15), advirtiéndoles que dar la vida por el Evangelio es una causa tan noble como darla por el mismo Cristo (10,29). Finalmente, Marcos advierte que sólo relata el *comienzo* (1,1), porque el Evangelio debe ser predicado a «toda criatura» (16,15). El

evangelista cuenta que Jesús realizó la mayor parte de su actividad pública en Galilea, una región que, en tiempos de Cristo, era una auténtica encrucijada de culturas donde se mezclaban judíos y paganos. Por eso, en Galilea convoca el Señor a sus discípulos tras su resurrección (14,28; 16,7) para enviarlos desde allí a todas partes.

Citas del Antiguo Testamento

1,1. Ex 23,20; Ml 3,1
1,3 Is 40,3
4,12. Is 6,9-10
6,34. Nm 27,17; 1 R 22,17; 2 Cro 18,16; Jdt 11,19; Ez 34,5
7,6-7. Is 29,13
7,10. Ex 20,12; Dt 5,16; Ex 21,17; Lv 20,9
8,18. Jr 5,21
9,48. Is 66,24
10,4. Dt 24,1
10,6. Gn 1,27
10,7-8. Gn 2,24
10,19. Ex 20,12-16: Dt 5,16-20
11,9-10. Sal 118,25-26
11,17. Is 56,7; Jr 7,11
12,1. Is 5,1ss
12,10-11. Sal 118,22-23
12,19. Dt 25,5-6; Gn 38,8
12,26. Ex 3,6
12,29-30. Dt 6,4-5
12,31. Lv 19,18
12,32-33. Dt 4,35; 6,4-5; Jos 22,5
12,36. Sal 110,1
13,14. Dn 9,27;11,31;12,11; 1 M 1,54
13,19. Dn 12,1; Jl 2,2
13,24. Is 13,10
13,25. Is 34.4; Jl 2,10; Ag 2,6.21
13,26. Dn7,13
14,18. Sal 41,10
14, 27. Za 13,7
14,62. Dn 7,13; Sal 110,1
15,14. Sal 22,19
15,29. Sal 22,8
15,34. Sal 22,2
15,36. Sal 69,22

EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS

I. PREPARACIÓN DEL MINISTERIO DE JESÚS (1,1-13)

Ministerio de San Juan Bautista (1,1-8)

(Mt 3,1-12; Lc 3,1-18; Jn 1,19-34)

1

1 Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. 2 Como está
escrito en el profeta Isaías:
Mira que envío a mi mensajero delante de ti,
para que vaya preparando tu camino.
3 *Voz del que clama en el desierto:*
«Preparad el camino del Señor,
haced rectas sus sendas».
4 Apareció Juan Bautista en el desierto predicando un bautismo
de penitencia para remisión de los pecados. 5 Y toda la región de Judea
y todos los habitantes de Jerusalén acudían a él y eran bautizados por
él en el río Jordán, confesando sus pecados. 6 Juan llevaba un vestido
de pelo de camello con un ceñidor de cuero a la cintura y comía
langostas y miel silvestre. 7 Y predicaba:
—Después de mí viene el que es más poderoso que yo, ante quien
yo no soy digno de inclinarme para desatarle la correa de las sandalias. 8
Yo os he bautizado
en agua, pero él os bautizará en el Espíritu Santo.

Bautismo de Jesús (1,9-11)

(Mt 3,13-17; Lc 3,21-22)

9 Y sucedió que en aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea,
y fue bautizado por Juan en el Jordán. 10 Y nada más salir del agua vio los
cielos abiertos y al Espíritu que, en forma de paloma, descendía sobre él;
11 y se oyó una voz desde los cielos:
—Tú eres mi Hijo, el amado, en ti me he complacido.

Tentaciones de Jesús (1,12-13)

(Mt 4,1-11; Lc 4,1-13)

12 Enseguida el Espíritu lo impulsó hacia el desierto. 13 Y
estuvo en el
desierto cuarenta días mientras era tentado por Satanás. Estaba con los
animales, y los ángeles le servían.

PRIMERA PARTE MINISTERIO DE JESUS EN GALILEA (§ 1,14-8,30)

II. COMIENZOS DEL MINISTERIO DE JESÚS (1,14-3,35)

Predicación de Jesús (1,14-15)

(Mt 4,12-17; Lc 4,14-15)

14 Después de haber sido apresado Juan, vino Jesús a Galilea predicando el
Evangelio de Dios, 15 y diciendo:

—El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está al llegar;
convertíos y creed en el Evangelio.

Vocación de los primeros discípulos
(1,16-20)
(Mt 4,18-25; Lc 5,1-11; Jn 1,35-51)

16 Y, mientras pasaba junto al mar de Galilea, vio a Simón y a
Andrés, el hermano de Simón, que echaban las redes en el mar, pues
eran pescadores. 17 Y les dijo Jesús:
—Seguidme y haré que seáis pescadores de hombres.
18 Y, al momento, dejaron las redes y le siguieron.
19 Y pasando un poco más adelante, vio a Santiago el de Zebedeo y
a Juan, su hermano, que estaban en la barca remendando las redes; 20 y
enseguida los
llamó. Y dejaron a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros y se
fueron tras
él.

Jesús en la sinagoga de Cafarnaún
(1,21-28)
(Lc 4,31-37)

21 Entraron en Cafarnaún y, en cuanto llegó el sábado, fue a la
sinagoga y se puso a enseñar. 22 Y se quedaron admirados de su
enseñanza, porque les enseñaba como quien tiene potestad y no como los
escribas. 23 Se encontraba
entonces en la sinagoga un hombre poseído por un espíritu impuro, 24 que
comenzó
a gritar:
—¿Qué tenemos que ver contigo, Jesús Nazareno? ¿Has
venido a perdernos? ¡Sé quién eres: el Santo de Dios!
25 Y Jesús le conminó:
—¡Cállate, y sal de él!
26 Entonces, el espíritu impuro, zarandeándolo y dando una gran voz,
salió de él. 27 Y se quedaron todos estupefactos, de modo que se
preguntaban entre ellos:
—¿Qué es esto? Una enseñanza nueva con potestad. Manda incluso a
los
espíritus impuros y le obedecen.
28 Y su fama corrió pronto por todas partes, en toda la región de
Galilea.

Curación de la suegra de San Pedro
(1,29-34)
(Mt 8,14-15; Lc 4,38-39)

29 En cuanto salieron de la sinagoga, fueron a la casa de Simón y de
Andrés, con Santiago y Juan. 30 La suegra de Simón estaba acostada con

fiebre, y enseguida le hablaron de ella. 31 Se acercó, la tomó de la mano y
la levantó; le desapareció la fiebre y ella se puso a servirles.

Otras
curaciones

(Mt 8,16-17; Lc 4,40-
41)

32 Al atardecer, cuando se había puesto el sol, comenzaron a llevarle
a todos los enfermos y a los endemoniados. 33 Y toda la ciudad se
agolpaba en la puerta. 34
Y curó a muchos que padecían diversas enfermedades y expulsó a muchos

demonios, y no les permitía hablar porque sabían quién era.

Sale a un lugar solitario para orar
(1,35-39)
(Lc 4,42-44)

35 De madrugada, todavía muy oscuro, se levantó, salió y se fue a un
lugar solitario, y allí hacía oración. 36 Salió a buscarle Simón y los que
estaban con él, 37 y cuando lo encontraron le dijeron:
—Todos te buscan.
38 Y les dijo:
—Vámonos a otra parte, a las aldeas vecinas, para que predique
también allí, porque para esto he venido.
39 Y pasó por toda Galilea predicando en sus sinagogas y expulsando
a los
demonios.

Curación de un leproso
(1,40-45)
(Mt 8,1-4; Lc 5,12-16)

40 Y vino hacia él un leproso que, rogándole de rodillas, le decía:
—Si quieres, puedes limpiarme.
41 Y, compadecido, extendió la mano, le tocó y le dijo:
—Quiero, queda limpio.
42 Y al instante desapareció de él la lepra y quedó limpio. 43
Enseguida le conminó y le despidió. 44 Le dijo:
—Mira, no digas nada a nadie; pero anda, preséntate al sacerdote y
lleva la
ofrenda que ordenó Moisés por tu curación, para que les sirva de
testimonio.
45 Sin embargo, en cuanto se fue, comenzó a proclamar y a divulgar
la
noticia, hasta el punto de que ya no podía entrar abiertamente en
ninguna ciudad, sino que se quedaba fuera, en lugares solitarios. Pero
acudían a él de todas partes.

Curación de un paralítico
(2,1-12)
(Mt 9,1-8; Lc 5,17-26)

2

1 Y, al cabo de unos días, entró de nuevo en Cafarnaún. Se supo que
estaba en casa 2 y se juntaron tantos, que ni siquiera ante la puerta
había ya sitio. Y les predicaba la palabra. 3 Entonces vinieron trayéndole
un paralítico, llevado entre cuatro. 4 Y como no podían acercarlo hasta él
a causa del gentío, levantaron la techumbre por el sitio en donde se

encontraba y, después de hacer un agujero, descolgaron la camilla en la
que yacía el paralítico. 5 Al ver Jesús la fe de ellos, le dijo al paralítico:
—Hijo, tus pecados te son
perdonados.
6 Estaban allí sentados algunos de los escribas, y pensaban en
sus corazones: 7 «¿Por qué habla éste así? Blasfema. ¿Quién puede
perdonar los pecados sino sólo Dios?» 8 Y enseguida, conociendo
Jesús en su espíritu que
pensaban para sus adentros de este modo, les dijo:

—¿Por qué pensáis estas cosas en vuestros corazones? [9] ¿Qué es
más fácil decirle al paralítico: «Tus pecados te son perdonados», o decirle:
«Levántate, toma tu camilla y anda»? [10] Pues para que sepáis que el Hijo
del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar los pecados –se
dirigió al paralítico–, [11] a ti te digo: levántate, toma tu camilla y vete a tu
casa.
[12] Y se levantó, y al instante tomó la camilla y salió en presencia de
todos, de
manera que todos quedaron admirados y glorificaron a Dios diciendo:
—Nunca hemos visto nada parecido.

Vocación de Mateo
(2,13-17)
(Mt 9,9-13; Lc 5,27-
32)

[13] Y se fue otra vez a la orilla del mar. Y toda la muchedumbre iba
hacia él, y les enseñaba. [14] Al pasar, vio a Leví, el de Alfeo, sentado al
telonio, y le dijo:
—Sígueme.
Él se levantó y le siguió.
[15] Ya en su casa, estando a la mesa, se sentaron con Jesús y sus
discípulos muchos publicanos y pecadores, porque eran muchos los que
le seguían. [16] Los
escribas de los fariseos, al ver que comía con pecadores y publicanos,
empezaron a
decir a sus discípulos:
—¿Por qué come con publicanos y pecadores?
[17] Lo oyó Jesús y les dijo:
—No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos; no
he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.

Cuestión sobre el ayuno
(2,18-22)
(Mt 9,14-17; Lc 5,33-
39)

[18] Los discípulos de Juan y los fariseos estaban de ayuno; y
vinieron a decirle:
—¿Por qué los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunan y, en
cambio, tus discípulos no ayunan?
[19] Jesús les respondió:
—¿Acaso pueden ayunar los amigos del esposo, mientras el esposo
está con
ellos? Durante el tiempo en que tienen al esposo con ellos no pueden
ayunar. [20] Ya
vendrán días en que les será arrebatado el esposo; entonces, en
aquel día, ya ayunarán.
[21] »Nadie cose un remiendo de paño nuevo a un vestido viejo;
porque entonces lo añadido tira de él, lo nuevo de lo viejo, y se produce
un desgarrón peor.
[22] Tampoco echa nadie vino nuevo en odres viejos; porque entonces el

vino hace
reventar los odres, y se pierden el vino y los odres. Para vino nuevo,
odres nuevos.

Cuestión sobre el sábado
(2,23-28)
(Mt 12,1-8; Lc 6,1-5)

23 Un sábado pasaba él por entre unos sembrados, y sus discípulos
mientras caminaban comenzaron a arrancar espigas. 24 Los fariseos le
decían:
—Mira, ¿por qué hacen en sábado lo que no es lícito?
25 y les dijo:

—¿Nunca habéis leído lo que hizo David cuando se vio necesitado, y tuvieron hambre él y los que le acompañaban? 26 ¿Cómo entró en la Casa de Dios en tiempos de Abiatar, sumo sacerdote, y comió los panes de la proposición –que sólo a los sacerdotes les es lícito comer– y los dio también a los que estaban con él?

27 Y les decía:

—El sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado. 28 Por tanto, el Hijo del Hombre es señor hasta del sábado.

Curación del hombre de la mano seca
(3,1-6)
(Mt 12,9-14; Lc 6,6-11)

3

1 De nuevo entró en la sinagoga. Había allí un hombre que tenía la mano seca. 2 Le observaban de cerca por si lo curaba en sábado, para acusarle. 3 Y le dice al hombre que tenía la mano seca:

—Ponte de pie en medio.

4 Y les dice:

—¿Es lícito en sábado hacer el bien o hacer el mal, salvar la vida de un hombre o quitársela?

Ellos permanecían callados. 5 Entonces, mirando con ira a los que estaban a su alrededor, entristecido por la ceguera de sus corazones, le dice al hombre:

—Extiende la mano.

La extendió, y su mano quedó curada.

6 Nada más salir, los fariseos con los herodianos llegaron a un acuerdo contra él, para ver cómo perderle.

Sana a muchos junto al mar de Galilea
(3,7-12)

7 Jesús se alejó con sus discípulos hacia el mar. Y le siguió una gran muchedumbre de Galilea y de Judea. 8 También de Jerusalén, de Idumea, de más allá del Jordán y de los alrededores de Tiro y de Sidón, vino hacia él una gran multitud al oír las cosas que hacía. 9 Y les dijo a sus discípulos que le tuviesen dispuesta una pequeña barca, por causa de la muchedumbre, para que no le aplastasen; 10 porque sanaba a tantos, que todos los que tenían enfermedades se le echaban encima para tocarle. 11 Y los espíritus impuros, cuando lo veían, se arrojaban a sus pies y gritaban diciendo:

—¡Tú eres el Hijo de Dios!

12 Y les ordenaba con mucha fuerza que no le descubriesen.

Elección de los Doce Apóstoles
(3,13-19)

(Mt 10,1-4; Lc 6,12-16)

13 Y subiendo al monte llamó a los que él quiso, y fueron donde él estaba. 14
Y constituyó a doce, para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar 15 con potestad de expulsar demonios: 16 a Simón, a quien le dio el nombre de Pedro; 17 a
Santiago el de Zebedeo y a Juan, el hermano de Santiago, a quienes les dio el

nombre de Boanerges, es decir, «hijos del trueno»; 18 a Andrés, a Felipe, a
Bartolomé, a Mateo, a Tomás, a Santiago el de Alfeo, a Tadeo, a Simón el
Cananeo
19 y a Judas Iscariote, el que le entregó.

Inquietud de los parientes de Jesús
(3,20-30)

20 Entonces llegó a casa; y se volvió a juntar la muchedumbre, de
manera
que no podían ni siquiera comer. 21 Se enteraron sus parientes y fueron a
llevárselo
porque decían que había perdido el juicio.

Calumnia de los escribas. Pecado contra el Espíritu Santo
(Mt 12,22-32; Lc 11,14-26)

22 Y los escribas que habían bajado de Jerusalén decían:
—Tiene a Beelzebul, y expulsa los demonios por el príncipe de los
demonios.
23 Y convocándolos les decía con parábolas:
—¿Cómo puede Satanás expulsar a Satanás? 24 Si un reino está
dividido en su interior, ese reino no puede sostenerse; 25 y si una casa
está dividida en su
interior, esa casa no podrá sostenerse. 26 Y si Satanás se levanta contra
sí mismo,
entonces se encuentra dividido y no puede sostenerse, sino que ha llegado
su fin. 27
Pues nadie puede entrar en la casa de uno que es fuerte y arrebatarle
sus bienes, si antes no ata al que es fuerte. Sólo entonces podrá
arrebatarle su casa.
28 »En verdad os digo que todo se les perdonará a los hijos de los
hombres:
los pecados y cuantas blasfemias profieran; 29 pero el que blasfeme contra
el
Espíritu Santo jamás tendrá perdón, sino que será reo de delito eterno.
30 Porque ellos decían:
—Tiene un espíritu impuro.

El verdadero parentesco con Jesús
(3,31-35)

(Mt 12,46-50; Lc 8,19-21)

31 Vinieron su madre y sus hermanos y, quedándose fuera,
enviaron a llamarlo. 32 Y estaba sentada a su alrededor una
muchedumbre, y le dicen:
—Mira, tu madre, tus hermanos y tus hermanas te buscan fuera.
33 Y, en respuesta, les dice:

—¿Quién es mi madre y quiénes mis hermanos?
34 Y mirando a los que estaban sentados a su alrededor, dice:
—Éstos son mi madre y mis hermanos: 35 quien hace la voluntad de Dios,
ése es mi hermano y mi hermana y mi madre.

III. PARÁBOLAS DEL REINO DE DIOS

(4,1-34)

Parábola del sembrador
Sentido de las parábolas

(4,10-12)

(Mt 13,1-23; Lc 8,4-18)

4

1 De nuevo comenzó a enseñar al lado del mar. Y se reunió en torno a él
una muchedumbre tan grande, que tuvo que subir a sentarse en una
barca, en el mar, mientras toda la muchedumbre permanecía en tierra,
en la orilla. 2 Les explicaba con parábolas muchas cosas, y les decía en
su enseñanza:
3 —Escuchad: salió el sembrador a sembrar. 4 Y ocurrió que, al
echar la semilla, parte cayó junto al camino, y vinieron los pájaros y se la
comieron. 5 Parte
cayó en terreno pedregoso, donde no había mucha tierra, y brotó pronto,
por no ser
hondo el suelo; 6 pero cuando salió el sol se agostó, y se secó porque no
tenía raíz.
7 Otra parte cayó entre espinos; crecieron los espinos y la ahogaron, y no
dio fruto.
8 Y otra cayó en tierra buena, y comenzó a dar fruto: crecía y se
desarrollaba; y
producía el treinta por uno, el sesenta por uno y el ciento por uno.
9 Y decía:
—El que tenga oídos para oír, que oiga.
10 Y cuando se quedó solo, los que le acompañaban junto con los
doce le
preguntaron por el significado de las parábolas.
11 Y les decía:
—A vosotros se os ha concedido el misterio del Reino de Dios; en
cambio, a los que están fuera todo se les anuncia con parábolas,
12 de modo que *los que miran miren y no vean*,
y los que oyen oigan pero no entiendan,
no sea que se conviertan y se les perdone.
13 Y les dice:
—¿No entendéis esta parábola? ¿Y cómo podréis entender las
demás
parábolas? 14 El que siembra, siembra la palabra. 15 Los que están junto al
camino
donde se siembra la palabra son aquellos que, en cuanto la oyen, al
instante viene
Satanás y se lleva la palabra sembrada en ellos. 16 Los que reciben la
semilla sobre
terreno pedregoso son aquellos que, cuando oyen la palabra, al momento
la reciben
con alegría, 17 pero no tienen en sí raíz, sino que son inconstantes; y
después, al
venir una tribulación o persecución por causa de la palabra, enseguida
tropiezan y
caen. 18 Hay otros que reciben la semilla entre espinos: son aquellos que
han oído la palabra, 19 pero las preocupaciones de este mundo, la
seducción de las riquezas y los apetitos de las demás cosas les asedian,
ahogan la palabra y queda estéril. 20
Y los que han recibido la semilla sobre la tierra buena son aquellos que

oyen la
palabra, la reciben y dan fruto: el treinta por uno, el sesenta por uno y el ciento por uno.

Parábolas de la lámpara y de la medida

(Mt 7,1-2; Lc 8,16-18)

21 Y les decía:
—¿Acaso se enciende la lámpara para ponerla debajo de un celemín o debajo de la cama? ¿No se pone sobre un candelero? 22 Pues no hay cosa escondida que no vaya a saberse, ni secreto que no acabe por hacerse público. 23 Si alguno tiene oídos para oír, que oiga.
24 Y les decía:

—Prestad atención a lo que oís. Con la medida con que midáis se os medirá y hasta se os dará de más. 25 Porque al que tiene se le dará; y al que no tiene incluso lo que tiene se le quitará.

Parábolas de la semilla y del grano de mostaza

(Mt 13,31-33; Lc 13,18-19)

26 Y decía:

—El Reino de Dios viene a ser como un hombre que echa la semilla sobre la tierra, 27 y, duerma o vele noche y día, la semilla nace y crece, sin que él sepa cómo. 28 Porque la tierra produce fruto ella sola: primero hierba, después espiga y por fin trigo maduro en la espiga. 29 Y en cuanto está a punto el fruto, enseguida mete la hoz, porque ha llegado la siega.

30 Y decía:

—¿A qué se parecerá el Reino de Dios?, o ¿con qué parábola lo compararemos? 31 Es como un grano de mostaza que, cuando se siembra en la tierra, es la más pequeña de todas las semillas que hay en la tierra; 32 pero, una vez sembrado, crece y llega a hacerse mayor que todas las hortalizas, y echa ramas grandes, hasta el punto de que los pájaros del cielo pueden anidar bajo su sombra.

Conclusión del discurso de las parábolas

(Mt 13,34)

33 Y con muchas parábolas semejantes les anunciaba la palabra, conforme a lo que podían entender; 34 y no les solía hablar nada sin parábolas. Pero a solas, les explicaba todo a sus discípulos.

IV. MILAGROS Y ACTIVIDAD DE JESÚS EN GALILEA

(4,35-6,6)

La tempestad calmada

(4,35-41)

(Mt 8,23-27; Lc 8,22-25)

35 Aquel día, llegada la tarde, les dice:

—Crucemos a la otra orilla.

36 Y, despidiendo a la muchedumbre, le llevaron en la barca tal como estaba. Y le acompañaban otras barcas. 37 Y se levantó una gran tempestad de viento, y las olas se echaban encima de la barca, hasta el punto de que la barca ya se inundaba.

38 Él estaba en la popa durmiendo sobre un cabezal. Entonces le despiertan, y le dicen:

—Maestro, ¿no te importa que perezcamos?

39 Y, puesto en pie, increpó al viento y dijo al mar:
—¡Calla, enmudece!
Y se calmó el viento y sobrevino una gran calma. 40 Entonces les dijo:
—¿Por qué os asustáis? ¿Todavía no tenéis fe?
41 Y se llenaron de gran temor y se decían unos a otros:
—¿Quién es éste, que hasta el viento y el mar le obedecen?

Curación del endemoniado de Gerasa
(5,1-20)
(Mt 8,28-34; Lc 8,26-39)

5

1 Y llegaron a la orilla opuesta del mar, a la región de los gerasenos. 2
Apenas salir de la barca, vino a su encuentro desde los sepulcros un
hombre poseído por un espíritu impuro, 3 que vivía en los sepulcros y
nadie podía tenerlo sujeto ni siquiera con cadenas; 4 porque había estado
muchas veces atado con grilletes y cadenas, y había roto las cadenas y
deshecho los grilletes, y nadie podía dominarlo. 5 Y se pasaba las noches
enteras y los días por los sepulcros y por los montes, gritando e
hiriéndose con piedras. 6 Al ver a Jesús desde lejos, corrió y se postró ante
él; 7 y gritando con gran voz, dijo:
—¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? ¡Te
conjuro por Dios que no me atormentes! 8 –porque le decía: «¡Sal,
espíritu impuro, de este
hombre!»
9 Y le preguntó:
—¿Cuál es tu
nombre? Le
contestó:
—Mi nombre es Legión, porque somos muchos.
10 Y le suplicaba con insistencia que no lo expulsara fuera de la
región.
11 Había por allí junto al monte una gran piara de cerdos paciendo. 12
Y le
suplicaron:
—Envíanos a los cerdos, para que entremos en ellos.
13 Y se lo permitió. Salieron los espíritus impuros y entraron en los
cerdos; y
la piara, alrededor de dos mil, se lanzó corriendo por la pendiente hacia el
mar,
donde se iban ahogando. 14 Los porqueros huyeron y lo contaron por la
ciudad y por los campos. Y acudieron a ver qué había pasado. 15 Llegaron
junto a Jesús, y vieron
al que había estado endemoniado –al que había tenido a «Legión»–
sentado,
vestido y en su sano juicio; y les entró miedo. 16 Los que lo habían
presenciado les
explicaron lo que había sucedido con el que había estado poseído por el
demonio y
con los cerdos. 17 Y comenzaron a rogarle que se alejase de su región. 18
En cuanto él subió a la barca, el que había estado endemoniado le
suplicaba quedarse con él;
19 pero no lo admitió, sino que le dijo:
—Vete a tu casa con los tuyos y anúnciales las grandes cosas que
el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti.

[20] Se fue y comenzó a proclamar en la Decápolis lo que Jesús había hecho
con él. Y todos se admiraban.

Resurrección de la hija de Jairo y curación de la hemorroísa (5,21-43)

(Mt 9,18-26; Lc 8,40-56)

[21] Y tras cruzar de nuevo Jesús en la barca hasta la orilla opuesta,
se congregó una gran muchedumbre a su alrededor mientras él estaba
junto al mar.
[22] Viene uno de los jefes de la sinagoga, que se llamaba Jairo. Al
verlo, se postra a sus pies [23] y le suplica con insistencia diciendo:

—Mi hija está en las últimas. Ven, pon las manos sobre ella para que se salve y viva.
24 Se fue con él, y le seguía la muchedumbre, que le apretujaba.
25 Y una mujer que tenía un flujo de sangre desde hacía doce años, 26 y que
había sufrido mucho a manos de muchos médicos y se había gastado todos sus
bienes sin aprovecharle de nada, sino que iba de mal en peor, 27 cuando
oyó hablar de Jesús, vino por detrás entre la muchedumbre y le tocó el
manto 28–porque decía:
«Con que toque su ropa, me curaré»–. 29 Y de repente se secó la fuente
de sangre y sintió en su cuerpo que estaba curada de la enfermedad. 30 Y al momento Jesús
conoció en sí mismo la fuerza salida de él y, vuelto hacia la muchedumbre, decía:
—¿Quién me ha tocado la ropa?
31 Y le decían sus discípulos:
—Ves que la muchedumbre te apretuja y dices: «¿Quién me ha tocado?».
32 y miraba a su alrededor para ver a la que había hecho esto. 33 La mujer,
asustada y temblando, sabiendo lo que le había ocurrido, se acercó, se postró ante
él y le dijo toda la verdad. 34 Él entonces le dijo:
—Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz y queda curada de tu dolencia.
35 Todavía estaba él hablando, cuando llegan desde la casa del jefe de la
sinagoga, diciendo:
—Tu hija ha muerto, ¿para qué molestas ya al Maestro?
36 Jesús, al oír lo que hablaban, le dice al jefe de la sinagoga:
—No temas, tan sólo ten fe.
37 Y no permitió que nadie le siguiera, excepto Pedro, Santiago y Juan, el
hermano de Santiago.
38 Llegan a la casa del jefe de la sinagoga, y ve el alboroto y a
los que lloraban y a las plañideras. 39 Y al entrar, les dice:
—¿Por qué alborotáis y estáis llorando? La niña no ha muerto, sino que
duerme.
40 Y se burlaban de él. Pero él, haciendo salir a todos, toma consigo al padre
y a la madre de la niña y a los que le acompañaban, y entra donde estaba la niña. 41
Y tomando la mano de la niña, le dice:
—*Talitha qum* –que significa: «Niña, a ti te digo, levántate».
42 Y enseguida la niña se levantó y se puso a andar, pues tenía doce años. Y
quedaron llenos de asombro. 43 Les insistió mucho en que nadie lo supiera, y dijo
que le dieran a ella de comer.

Nadie es profeta en su tierra
(6,1-6)

(Mt 13,53-58; Lc 4,16-30)

6

1 Salió de allí y se fue a su ciudad, y le seguían sus discípulos. 2 Y
cuando llegó el sábado comenzó a enseñar en la sinagoga, y muchos de
los que le oían decían admirados:
—¿De dónde sabe éste estas cosas? ¿Y qué sabiduría es la que se
le ha dado y estos milagros que se hacen por sus manos? 3 ¿No es éste
el artesano, el
hijo de María, y hermano de Santiago y de José y de Judas y de Simón? ¿Y
sus

hermanas no viven aquí entre nosotros?
Y se escandalizaban de él. [4] Y les decía Jesús:
—No hay profeta que no sea menospreciado en su tierra, entre sus parientes y en su casa.
[5] Y no podía hacer allí ningún milagro; solamente sanó a unos pocos enfermos imponiéndoles las manos. [6] Y se asombraba por su incredulidad.

V. VIAJE DE JESÚS CON SUS APÓSTOLES (6,6-8,30)

Misión de los Apóstoles (6,6-13)

(Mt 10,5-15; Lc 9,1-6)

Y recorría las aldeas de los contornos enseñando.
[7] Y llamó a los doce y comenzó a enviarlos de dos en dos, dándoles potestad sobre los espíritus impuros. [8] Y les mandó que no llevasen nada para el camino, ni pan, ni alforja, ni dinero en la bolsa, sino solamente un bastón; [9] y que fueran calzados con sandalias y que no llevaran dos túnicas. [10] Y les decía:
—Si entráis en una casa, quedaos allí hasta que salgáis de aquel lugar. [11] Y si en algún sitio no os acogen ni os escuchan, al salir de allí sacudíos el polvo de los pies en testimonio contra ellos.
[12] Se marcharon y predicaron que se convirtieran.
[13] Y expulsaban muchos demonios, y ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban.

Opiniones sobre Jesús (6,14-16)

(Mt 14,1-2; Lc 9,7-9)

[14] Llegó esto a oídos del rey Herodes, pues su nombre se había hecho famoso, y decía:
—Juan el Bautista ha resucitado de entre los muertos, y por eso actúan en él unos poderes.
[15] Otros decían:
—Es Elías.
Otros, en fin, decían:
—Es un profeta, igual que los demás profetas.
[16] Pero cuando lo oyó Herodes decía:
—Éste es Juan, a quien yo decapité, que ha resucitado.

Martirio de San Juan Bautista (6,17-29)

(Mt 14,3-12; Lc 3,19-20)

17 En efecto, el propio Herodes había mandado apresar a Juan y le
había encadenado en la cárcel a causa de Herodías, la mujer de su
hermano Filipo; porque se había casado con ella 18 y Juan le decía a
Herodes: «No te es lícito tener
a la mujer de tu hermano». 19 Herodías le odiaba y quería matarlo, pero no
podía: 20
porque Herodes tenía miedo de Juan, ya que se daba cuenta de que era
un hombre justo y santo. Y le protegía y al oírlo le entraban muchas dudas;
y le escuchaba con gusto.

21 Cuando llegó un día propicio, en el que Herodes por su
cumpleaños dio un banquete a sus magnates, a los tribunos y a los
principales de Galilea, 22 entró la hija de la propia Herodías, bailó y gustó
a Herodes y a los que con él estaban a la mesa. Le dijo el rey a la
muchacha:
—Pídeme lo que quieras y te lo daré.
23 Y le juró varias veces:
—Cualquier cosa que me pidas te daré, aunque sea la mitad de mi
reino.
24 Y, saliendo, le dijo a su madre:
—¿Qué le pido?
—La cabeza de Juan el Bautista –contestó ella.
25 Y al instante, entrando deprisa donde estaba el rey, le pidió:
—Quiero que enseguida me des en una bandeja la cabeza de Juan el
Bautista.
26 El rey se entristeció, pero por el juramento y por los comensales
no quiso contrariarla. 27 Y enseguida el rey envió a un verdugo con la
orden de traer su cabeza. Éste se marchó, lo decapitó en la cárcel 28 y
trajo su cabeza en una bandeja, y se la dio a la muchacha y la muchacha
la entregó a su madre. 29 Cuando
se enteraron sus discípulos, vinieron, tomaron su cuerpo muerto y lo
pusieron en un
sepulcro.

**Regreso de los
Apóstoles
Primera multiplicación de los panes**
(6,30-44)
(Mt 14,13-21; Lc 9,10-17; Jn 6,1-
15)

30 Reunidos los apóstoles con Jesús, le explicaron todo lo que habían
hecho y enseñado. 31 Y les dice:
—Venid vosotros solos a un lugar apartado, y descansad un poco.
Porque eran muchos los que iban y venían, y ni siquiera tenían
tiempo para comer.
32 Y se marcharon en la barca a un lugar apartado ellos solos.
33 Pero los vieron marchar, y muchos los reconocieron. Y desde
todas las ciudades, salieron deprisa hacia allí por tierra y llegaron
antes que ellos. 34 Al
desembarcar vio una gran multitud y se llenó de compasión por ella,
porque estaban
como ovejas que no tienen pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas. 35
Y
cuando ya se hizo muy tarde, se acercaron sus discípulos y le dijeron:
—Éste es un lugar apartado y ya es muy tarde; 36 despídelos para que
vayan
a las aldeas y pueblos de alrededor, y compren algo de comer.
37 Y les respondió:
—Dadles vosotros de
comer. Y le dicen:
—¿Es que vamos a ir a comprar doscientos denarios de pan para

darles de comer?
38 Él les dijo:
—¿Cuántos panes tenéis? Id a
verlo. Y después de averiguarlo
dijeron:
—Cinco, y dos peces.
39 Entonces les mandó que acomodaran a todos por grupos sobre
la hierba verde. 40 Y se sentaron en grupos de cien y de cincuenta. 41
Tomando los cinco

panes y los dos peces, levantó los ojos al cielo, pronunció la bendición,
partió los panes y empezó a dárselos a sus discípulos para que los
distribuyesen; también repartió los dos peces para todos. 42 Comieron
todos hasta que quedaron satisfechos. 43 Y recogieron doce cestos llenos
de los trozos de pan y de los peces.
44 Los que comieron los panes eran cinco mil hombres.

Jesús camina sobre las aguas
(6,45-52)
(Mt 14,22-33; Jn 6,16-21)

45 Y enseguida mandó a sus discípulos que subieran a la barca y
que se adelantaran a la otra orilla junto a Betsaida, mientras él despedía
a la multitud. 46 Y después de despedirlos, se retiró al monte a orar. 47
Cuando se hizo de noche, la barca estaba en medio del mar, y él solo en
tierra. 48 Y viéndoles remar con gran fatiga, porque el viento les era
contrario, hacia la cuarta vigilia de la noche vino a ellos andando sobre el
mar, e hizo ademán de pasar de largo. 49 Ellos, cuando lo
vieron andando sobre el mar, pensaron que era un fantasma y empezaron
a gritar.
50 Pues todos le habían visto y se habían asustado. Pero al instante él
habló con
ellos, y les dijo:
—Tened confianza, soy yo, no tengáis miedo.
51 Y subió con ellos a la barca y se calmó el viento. Entonces se
quedaron mucho más asombrados; 52 porque no habían entendido lo de
los panes, ya que su
corazón estaba endurecido.

Curaciones en Genesaret
(6,53-56)
(Mt 14,34-36)

53 Acabaron la travesía hasta la costa, llegaron a Genesaret y
atracaron. 54
Cuando bajaron de la barca, enseguida lo reconocieron. 55 Y recorrían toda
aquella
región, y adonde oían que estaba él le traían sobre las camillas a todos los
que se
sentían mal. 56 Y en cualquier lugar que entraba, en pueblos o en ciudades
o en
aldeas, colocaban a los enfermos en las plazas, y le suplicaban que les
dejase tocar al menos el borde de su manto; y todos los que le tocaban
quedaban sanos.

Las tradiciones de los antiguos. La verdadera pureza (7,1-23)
(Mt 15,1-20)

7

1 Se reunieron junto a él los fariseos y algunos escribas que habían llegado
de Jerusalén, 2 y vieron a algunos de sus discípulos que comían los panes
con manos impuras, es decir, sin lavar. 3 Pues los fariseos y todos los
judíos nunca comen si no se lavan las manos muchas veces, observando la
tradición de los mayores; 4 y cuando llegan de la plaza no comen, si no se
purifican; y hay otras muchas cosas que guardan por tradición:
purificaciones de las copas y de las jarras, de las vasijas de cobre y de los
lechos. 5 Y le preguntaban los fariseos y los escribas:
—¿Por qué tus discípulos no se comportan conforme a la
tradición de los mayores, sino que comen el pan con manos impuras?

6 Él les respondió:
—Bien profetizó Isaías de vosotros, los hipócritas, como está escrito:
Este pueblo me honra con los labios,
pero su corazón está muy lejos de mí.
7 *Inútilmente me dan culto,*
mientras enseñan doctrinas
que son preceptos humanos. 8 »Abandonando el
mandamiento de Dios, retenéis la tradición de los hombres.
9 Y les decía:
—¡Qué bien anuláis el mandamiento de Dios, para guardar vuestra
tradición!
10 Porque Moisés dijo: *Honra a tu padre y a tu madre*. Y *el que maldiga a*
su padre o a su madre, que sea castigado con la muerte. 11 Vosotros, en
cambio, decís que si
un hombre le dice a su padre o a su madre: «Que sea declarada *Corbán* –
que
significa "ofrenda"– cualquier cosa que pudieras recibir de mí», 12 ya no
le permitís hacer nada por el padre o por la madre. 13 Con ello anuláis la
palabra de Dios por
vuestra tradición, que vosotros mismos habéis establecido; y hacéis otras
muchas
cosas parecidas a éstas.
14 Y después de llamar de nuevo a la muchedumbre, les decía:
—Escuchadme todos y entendedlo bien: 15 nada hay fuera del
hombre que, al
entrar en él, pueda hacerlo impuro; las cosas que salen del hombre, ésas
son las
que hacen impuro al hombre. (16)
17 Y cuando entró en casa, ya sin la muchedumbre, sus
discípulos le preguntaron el sentido de la parábola. 18 Y les dice:
—¿Así que también vosotros sois incapaces de entender? ¿No sabéis
que
todo lo que entra en el hombre desde fuera no puede hacerlo impuro, 19
porque no
entra en su corazón, sino en el vientre, y va a la cloaca?
De este modo declaraba puros todos los alimentos. 20 Pues decía:
—Lo que sale del hombre es lo que hace impuro al hombre. 21 Porque
del
interior del corazón de los hombres proceden los malos pensamientos, las
fornicaciones, los robos, los homicidios, 22 los adulterios, los deseos
avariciosos, las
maldades, el fraude, la deshonestidad, la envidia, la blasfemia, la soberbia
y la
insensatez. 23 Todas estas cosas malas proceden del interior y hacen
impuro al
hombre.

La mujer sirofenicia
(7,24-30)
(Mt 15,21-28)

[24] Se fue de allí y se marchó hacia la región de Tiro y de Sidón. Entró en una casa y deseaba que nadie lo supiera, pero no pudo permanecer inadvertido. [25] Es más, en cuanto oyó hablar de él una mujer cuya hija tenía un espíritu impuro, entró y se postró a sus pies. [26]La mujer era griega, sirofenicia de origen. Y le rogaba que expulsara de su hija al demonio. [27] Y le dijo:

—Deja que primero se sacien los hijos, porque no está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perrillos.

[28] Ella respondió diciendo:

—Es verdad, Señor, pero también los perrillos comen debajo de la mesa las migajas de los hijos.

29 Y le dijo:
—Por esto que has dicho, vete, el demonio ha salido de tu hija.
30 Y al regresar a su casa encontró a la niña echada en la cama y que el
demonio había salido.

Curación de un sordomudo
(7,31-37)

31 De nuevo, salió de la región de Tiro y vino a través de Sidón
hacia el mar de Galilea, cruzando el territorio de la Decápolis. 32 Le traen
a uno que era sordo y que a duras penas podía hablar y le ruegan que le
imponga la mano. 33 Y apartándolo de la muchedumbre, le metió los
dedos en las orejas y le tocó con saliva la lengua; 34 y mirando al cielo,
suspiró, y le dijo:
—*Effetha* –que significa: «Ábrete».
35 Y se le abrieron los oídos, quedó suelta la atadura de su lengua y
empezó a hablar correctamente. 36 Y les ordenó que no se lo dijeran a
nadie. Pero cuanto más se lo mandaba, más lo proclamaban; 37 y estaban
tan maravillados que decían:
—Todo lo ha hecho bien, hace oír a los sordos y hablar a los mudos.

Segunda multiplicación de los panes
(8,1-10)
(Mt 15,32-39)

8

1 En aquellos días, reunida de nuevo una gran muchedumbre que no
tenía qué comer, llamando a los discípulos les dijo:
2 —Me da mucha pena la muchedumbre, porque ya llevan tres días
conmigo y no tienen qué comer; 3 y si los despido en ayunas a sus casas
desfallecerán en el
camino, porque algunos han venido desde lejos.
4 Y le respondieron sus discípulos:
—¿Quién podrá alimentarlos de pan aquí, en un desierto?
5 Les preguntó:
—¿Cuántos panes tenéis?
—Siete –respondieron ellos.
6 Entonces ordenó a la multitud que se acomodase en el suelo.
Tomando los
siete panes, después de dar gracias, los partió y los fue dando a sus
discípulos para
que los distribuyeran; y los distribuyeron a la muchedumbre. 7 Tenían
también unos pocos pececillos; después de bendecirlos, mandó que los
distribuyeran. 8 Y
comieron y quedaron satisfechos, y con los trozos sobrantes recogieron
siete
espuertas. 9 Eran unos cuatro mil. Y los despidió.

10 Y subiendo enseguida a la barca con sus discípulos, se fue hacia la región
de Dalmanuta.

La levadura de los fariseos y de Herodes
(8,11-21)
(Mt 16,1-12)

11 Salieron los fariseos y comenzaron a discutir con él,
pidiéndole, para tentarle, una señal del cielo. 12 Suspirando desde lo
más íntimo, dijo:

—¿Por qué esta generación pide una señal? En verdad os digo que a esta generación no se le dará ninguna señal.
13 Y dejándolos, subió de nuevo a la barca y se marchó a la otra orilla.
14 Se olvidaron de llevar panes y no tenían consigo en la barca más que un pan. 15 Y les advertía diciendo:
—Estad alerta y guardaos de la levadura de los fariseos y de la levadura de
Herodes.
16 Y ellos comentaban unos con otros que no tenían pan. 17 Al darse cuenta
Jesús, les dice:
—¿Por qué vais comentando que no tenéis pan? ¿Todavía no entendéis ni
comprendéis? ¿Tenéis endurecido el corazón? 18 *¿Tenéis ojos y no veis; tenéis oídos y no oís?* ¿No os acordáis 19 de cuántos cestos llenos de trozos recogisteis,
cuando partí los cinco panes para cinco mil?
—Doce –le respondieron.
20 —Y cuando los siete panes para los cuatro mil, ¿cuántas espuertas llenas
de trozos recogisteis?
—Siete –le contestaron.
21 Y les decía:
—¿Todavía no comprendéis?

Curación del ciego de Betsaida
(8,22-26)

22 Llegan a Betsaida y le traen un ciego suplicándole que lo toque. 23 Tomando de la mano al ciego lo sacó fuera de la aldea y, poniendo saliva en sus ojos, le impuso las manos y le preguntó:
—¿Ves algo?
24 Y alzando la mirada dijo:
—Veo a hombres como árboles que andan.
25 Después le puso otra vez las manos sobre los ojos, y comenzó a ver y
quedó curado, de manera que veía con claridad todas las cosas.
26 Y lo envió a su casa diciéndole:
—No entres ni siquiera en la aldea.

Confesión de San Pedro
(8,27-30)
(Mt 16,13-20; Lc 9,18-21)

27 Salió Jesús con sus discípulos hacia las aldeas de Cesarea de Filipo. Y en el camino comenzó a preguntar a sus discípulos:
—¿Quién dicen los hombres que soy yo?
28 Ellos le contestaron:
—Juan el Bautista. Y hay quienes dicen que Elías, y otros que uno de los profetas.

29 Entonces él les pregunta:
—Y vosotros, ¿quién decís que soy
yo? Le responde Pedro:
—Tú eres el Cristo.
30 Y les ordenó que no hablasen a nadie sobre esto.

SEGUNDA PARTE

MINISTERIO CAMINO DE JERUSALÉN

(§ 8,31-10,52)

VI. ENSEÑANZAS SOBRE LA VIDA CRISTIANA

(8,31-9,50)

Jesús predice su Pasión y su Gloria
La ley de la renuncia cristiana

(8,31-9,1)

(Mt 16,21-28; Lc 9,22-27)

31 Y comenzó a enseñarles que el Hijo del Hombre debía padecer
mucho, ser rechazado por los ancianos, por los príncipes de los sacerdotes
y por los escribas, y ser llevado a la muerte y resucitar después de tres
días.
32 Hablaba de esto claramente. Pedro, tomándolo aparte, se puso a
reprenderle. 33 Pero él se volvió y, mirando a sus discípulos, reprendió a
Pedro y le
dijo:
—¡Apártate de mí, Satanás!, porque no sientes las cosas de Dios,
sino las de los hombres.
34 Y llamando a la muchedumbre junto con sus discípulos, les dijo:
—Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que
tome su
cruz y que me siga. 35 Porque el que quiera salvar su vida la perderá; pero
el que
pierda su vida por mí y por el Evangelio la salvará.
36 »Porque ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si
pierde su vida? 37 Pues ¿qué podrá dar el hombre a cambio de su vida?
38 Porque si alguien
se avergüenza de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y
pecadora, el
Hijo del Hombre también se avergonzará de él cuando venga en la gloria
de su
Padre acompañado de sus santos ángeles.

9

1 Y les decía:
—En verdad os digo que hay algunos de los aquí presentes que no
sufrirán la muerte hasta que vean el Reino de Dios que ha llegado
con poder.

La Transfiguración (9,2-13)

(Mt 17,1-13; Lc 9,28-36)

2 Seis días después, Jesús se llevó con él a Pedro, a Santiago y a
Juan, y los condujo, a ellos solos aparte, a un monte alto y se transfiguró
ante ellos. 3 Sus vestidos se volvieron deslumbrantes y muy blancos;
tanto, que ningún batanero en
la tierra puede dejarlos así de blancos. 4 Y se les aparecieron Elías y
Moisés, y conversaban con Jesús. 5 Pedro, tomando la palabra, le dice
a Jesús:
—Maestro, qué bien estamos aquí; hagamos tres tiendas: una para ti, otra
para Moisés y otra para Elías.
6 Pues no sabía lo que decía, porque estaban llenos de temor. 7 Entonces se
formó una nube que los cubrió y se oyó una voz desde la nube:
—Éste es mi Hijo, el amado: escuchadle.

8 Y luego, mirando a su alrededor, ya no vieron a nadie: sólo a Jesús con
ellos.

9 Mientras bajaban del monte les ordenó que no contasen a nadie lo que
habían visto, hasta que el Hijo del Hombre resucitara de entre los
muertos. 10 Ellos retuvieron estas palabras, discutiendo entre sí qué era
lo de resucitar de entre los muertos. 11 Y le hacían esta pregunta:
—¿Por qué dicen los escribas que Elías debe venir primero?
12 Él les respondió:
—Elías vendrá primero y restablecerá todas las cosas. Pero ¿cómo es que
está escrito del Hijo del Hombre que padecerá mucho y será despreciado?
13 Sin
embargo, yo os digo que Elías ya ha venido y han hecho con él lo que
querían, según está escrito de él.

Curación del muchacho lunático
(9,14-29)
(Mt 17,14-20; Lc 9,37-43)

14 Al llegar junto a los discípulos vieron una gran muchedumbre que
les rodeaba, y unos escribas que discutían con ellos. 15 Nada más verle,
todo el pueblo se quedó sorprendido, y acudían corriendo a saludarle. 16 Y
él les preguntó:
—¿Qué estabais discutiendo entre vosotros?
17 A lo que respondió uno de la muchedumbre:
—Maestro, te he traído a mi hijo, que tiene un espíritu mudo; 18 y en
cualquier
sitio que se apodera de él, lo tira al suelo, le hace echar espumarajos y
rechinar los dientes y lo deja rígido. Pedí a tus discípulos que lo
expulsaran, pero no han podido.
19 Él les contestó:
—¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo tendré que estar entre
vosotros?
¿Hasta cuándo tendré que soportaros? Traédmelo.
20 Y se lo trajeron. En cuanto el espíritu vio a Jesús, hizo retorcerse
al niño, que cayendo a tierra se revolcaba echando espumarajos. 21
Entonces preguntó al
padre:
—¿Cuánto tiempo hace que le sucede
esto? Le contestó:
—Desde muy pequeño; 22 y muchas veces lo ha arrojado al fuego y al
agua,
para acabar con él. Pero si algo puedes, compadécete de nosotros y
ayúdanos.
23 Y Jesús le dijo:
—¡Si puedes...! ¡Todo es posible para el que cree!
24 Enseguida el padre del niño exclamó:
—¡Creo, Señor; ayuda mi incredulidad!

25 Al ver Jesús que aumentaba la muchedumbre, increpó al espíritu impuro
diciéndole:
—¡Espíritu mudo y sordo: yo te lo mando, sal de él y ya no vuelvas a entrar en
él!
26 Y gritando y agitándole violentamente salió. Y quedó como muerto, de
manera que muchos decían:
—Ha muerto.
27 Pero Jesús, tomándolo de la mano, lo levantó y se mantuvo en pie.
28 Cuando entró en casa le preguntaron sus discípulos a solas:
—¿Por qué nosotros no hemos podido expulsarlo?

29 —Esta raza –les dijo– no puede ser expulsada por ningún medio,
sino con la oración.

Segundo anuncio de la Pasión
(9,30-32)
(Mt 17,22-27; Lc 9,43-45)

30 Salieron de allí y atravesaron Galilea. Y no quería que nadie lo
supiese, 31
porque iba instruyendo a sus discípulos. Y les decía:
—El Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los
hombres, y lo matarán, y después de muerto resucitará a los tres
días.
32 Pero ellos no entendían sus palabras y temían preguntarle.

Humildad y caridad de los discípulos. El escándalo
(9,33-50)
(Mt 18,1-14; Lc 9,46-50; 17,1-2)

33 Y llegaron a Cafarnaún. Estando ya en casa, les preguntó:
—¿De qué hablabais por el camino?
34 Pero ellos callaban, porque en el camino habían discutido entre
sí sobre quién sería el mayor. 35 Entonces se sentó y, llamando a los
doce, les dijo:
—Si alguno quiere ser el primero, que se haga el último de todos y
servidor de
todos
.
36 Y acercó a un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo:
37 —El que reciba en mi nombre a uno de estos niños, a mí me recibe;
y
quien me recibe, no me recibe a mí, sino al que me ha enviado.
38 Juan le dijo:
—Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu
nombre y se lo hemos prohibido, porque no viene con nosotros.
39 Jesús contestó:
—No se lo prohibáis, pues no hay nadie que haga un milagro en mi
nombre y
pueda a continuación hablar mal de mí: 40 el que no está contra
nosotros, con nosotros está. 41 Y cualquiera que os dé de beber un vaso
de agua en mi nombre,
porque sois de Cristo, en verdad os digo que no perderá su recompensa.
42 »Y al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí,
más le
valdría que le ajustaran al cuello una piedra de molino, de las que mueve
un asno, y
fuera arrojado al mar. 43 Y si tu mano te escandaliza, córtatela. Más te vale
entrar
manco en la Vida que con las dos manos acabar en el infierno, en el fuego
inextinguible. (44) 45 Y si tu pie te escandaliza, córtatelo. Más te vale entrar
cojo en la

Vida que con los dos pies ser arrojado al infierno, (46) 47 Y si tu ojo te escandaliza,
sácatelo. Más te vale entrar tuerto en el Reino de Dios que con los dos ojos ser
arrojado al infierno, 48 *donde su gusano no muere y el fuego no se apaga*.
49 Porque todos serán salados con fuego. 50 La sal es buena; pero si la sal se vuelve insípida,
¿con qué la sazonaréis? Tened en vosotros sal y tened paz unos con otros.

VII. HACIA JUDEA Y JERUSALÉN

(10,1-52)

Indisolubilidad del matrimonio

(10,1-12)

(Mt 19,1-12)

10

1 Saliendo de allí llegó a la región de Judea, al otro lado del Jordán, y de
nuevo se congregó ante él la multitud. Y, como era también su
costumbre, se puso a enseñarles. 2 Se acercaron entonces unos fariseos
que le preguntaban, para tentarle, si le es lícito al marido repudiar a su
mujer. 3 Él les respondió:
—¿Qué os mandó Moisés?
4 —Moisés permitió *darle escrito el libelo de repudio y despedirla* –
dijeron
ellos.
5 Pero Jesús les dijo:
—Por la dureza de vuestro corazón os escribió este precepto. 6 Pero
en el
principio de la creación *los hizo hombre y mujer*. 7 *Por eso dejará el
hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer*, 8 *y serán los
dos una sola carne*. De
modo que ya no son dos, sino una sola carne. 9 Por tanto, lo que Dios ha
unido, que
no lo separe el hombre.
10 Una vez en la casa, sus discípulos volvieron a preguntarle sobre
esto.
11 Y les dijo:
—Cualquiera que repudie a su mujer y se case con otra, comete
adulterio
contra aquélla; 12 y si la mujer repudia a su marido y se casa con otro,
comete
adulterio.

Jesús bendice a los niños
(10,13-16)
(Mt 19,13-15; Lc 18,15-17)

13 Le presentaban unos niños para que los tomara en sus brazos;
pero los discípulos les reñían. 14 Al verlo Jesús se enfadó y les dijo:
—Dejad que los niños vengan conmigo, y no se lo impidáis, porque de
los que
son como ellos es el Reino de Dios. 15 En verdad os digo: quien no reciba el
Reino
de Dios como un niño no entrará en él.
16 Y abrazándolos, los bendecía imponiéndoles las manos.

El joven rico. Pobreza y entrega cristianas
(10,17-31)
(Mt 19,16-30; Lc 18,18-30)

17 Cuando salía para ponerse en camino, vino uno corriendo y,

arrodillado ante él, le preguntó:
—Maestro bueno, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?
18 Jesús le dijo:
—¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino uno solo: Dios. 19 Ya
conoces los mandamientos: *no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no dirás falso testimonio*, no defraudarás a nadie, *honra a tu padre y a tu madre*.
20 —Maestro, todo esto lo he guardado desde mi adolescencia –
respondió él.
21 Y Jesús fijó en él su mirada y quedó prendado de él. Y le dijo:
—Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Luego, ven y sígueme.
22 Pero él, afligido por estas palabras, se marchó triste, porque tenía
muchas

posesiones.
23 Jesús, mirando a su alrededor, les dijo a sus discípulos:
—¡Qué difícilmente entrarán en el Reino de Dios los que tienen riquezas!
24 Los discípulos se quedaron impresionados por sus palabras. Y hablándoles
de nuevo, dijo:
—Hijos, ¡qué difícil es entrar en el Reino de Dios! 25 Es más fácil a un camello
pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el Reino de Dios.
26 Y ellos se quedaron aún más asombrados diciéndose unos a otros:
—Entonces, ¿quién puede salvarse?
27 Jesús, con la mirada fija en ellos, les dijo:
—Para los hombres es imposible, pero para Dios no; porque para Dios todo es posible.
28 Comenzó Pedro a decirle:
—Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido.
29 Jesús respondió:
—En verdad os digo que no hay nadie que haya dejado casa, hermanos o
hermanas, madre o padre, o hijos o campos por mí y por el Evangelio, 30 que no
reciba en este mundo cien veces más en casas, hermanos, hermanas, madres, hijos
y campos, con persecuciones; y, en el siglo venidero, la vida eterna. 31 Porque
muchos primeros serán últimos, y muchos últimos serán primeros.

Tercer anuncio de la Pasión
(10,32-45)
(Mt 20,17-19; Lc 18,31-34)

32 Iban de camino subiendo a Jerusalén. Jesús los precedía y ellos estaban sorprendidos: los que le seguían tenían miedo. Tomó de nuevo consigo a los doce y comenzó a decirles lo que le iba a suceder:
33 —Mirad, subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los
príncipes de los sacerdotes y a los escribas; le condenarán a muerte y le entregarán
a los gentiles; 34 se burlarán de él, le escupirán, lo azotarán y lo matarán, pero
después de tres días resucitará.

Petición de los hijos de Zebedeo
(Mt 20,20-28)

35 Entonces se acercan a él Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, diciéndole:
—Maestro, queremos que nos concedas lo que te vamos a pedir.

[36] Él les dijo:
—¿Qué queréis que os haga?
[37] Y ellos le contestaron:
—Concédenos sentarnos uno a tu derecha y otro a tu izquierda en tu gloria.
[38] Y Jesús les dijo:
—No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo bebo, o recibir el bautismo con que yo soy bautizado?
[39] —Podemos –le dijeron ellos.
Jesús les dijo:
—Beberéis el cáliz que yo bebo y recibiréis el bautismo con que yo soy
bautizado; [40] pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me corresponde

concederlo, sino que es para quienes está dispuesto.
41 Al oír esto los diez comenzaron a indignarse contra Santiago y
Juan. 42
Entonces Jesús les llamó y les dijo:
—Sabéis que los que figuran como jefes de las naciones las oprimen,
y los
poderosos las avasallan. 43 No tiene que ser así entre vosotros; al
contrario: quien quiera llegar a ser grande entre vosotros, que sea
vuestro servidor; 44 y quien entre vosotros quiera ser el primero, que sea
esclavo de todos: 45 porque el Hijo del
Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en
redención de
muchos.

Curación del ciego Bartimeo

(10,46-52)

(Mt 20,29-34; Lc 18,35-43)

46 Llegan a Jericó. Y cuando salía él de Jericó con sus discípulos y
una gran multitud, un ciego, Bartimeo, el hijo de Timeo, estaba sentado
al lado del camino pidiendo limosna. 47 Y al oír que era Jesús Nazareno,
comenzó a decir a gritos:
—¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí!
48 Y muchos le reprendían para que se callara. Pero él gritaba mucho
más:
—¡Hijo de David, ten piedad de mí!
49 Se paró Jesús y dijo:
—Llamadle.
Llamaron al ciego diciéndole:
—¡Ánimo!, levántate, te llama.
50 El, arrojando su manto, dio un salto y se acercó a Jesús. 51 Jesús le
preguntó:
—¿Qué quieres que te haga?
—Rabboni, que vea –le respondió el ciego.
52 Entonces Jesús le dijo:
—Anda, tu fe te ha salvado.
Y al instante recobró la vista. Y le seguía por el camino.

TERCERA PARTE
MINISTERIO EN JERUSALÉN

(§ 11,1-16-20)

VIII. PURIFICACIÓN DEL TEMPLO Y CONTROVERSIAS

(11,1-12,44)

Entrada del Mesías en la Ciudad Santa

(11,1-11)

(Mt 21,1-11; Lc 19,28-40; Jn 12,12-19)

11

1 Al acercarse a Jerusalén, a Betfagé y Betania junto al Monte de los
Olivos, envió a dos de sus discípulos 2 y les dijo:
—Id a la aldea que tenéis enfrente y nada más entrar en ella encontraréis un
borrico atado, en el que todavía no ha montado nadie; desatadlo y traedlo.
3 Y si

alguien os dice: «¿Por qué hacéis eso?», respondedle: «El Señor lo necesita y enseguida lo devolverá aquí».
4 Se marcharon y encontraron un borrico atado junto a una puerta, fuera, en un cruce de caminos, y lo desataron. 5 Algunos de los que estaban allí les decían:
—¿Qué hacéis desatando el borrico?
6 Ellos les respondieron como Jesús les había dicho, y se lo permitieron. 7
Entonces llevaron el borrico a Jesús, echaron encima sus mantos, y se montó sobre
él. 8 Muchos extendieron sus mantos en el camino, otros el ramaje que cortaban de los campos. 9 Los que iban delante y los que seguían detrás gritaban:
—*¡Hosanna!*
¡Bendito el que viene en nombre del Señor!
10 ¡Bendito el Reino que viene,
el de nuestro padre David!
¡*Hosanna* en las alturas!
11 Y entró en Jerusalén en el Templo; y después de observar todo atentamente, como ya era hora tardía, salió para Betania con los doce.

Maldición de la higuera y expulsión de los mercaderes del Templo (11,12-25)

(Mt 21,12-22; Lc 19,45-48; Jn 2,13-25)

12 Al día siguiente, cuando salían de Betania, sintió hambre. 13 Viendo de lejos una higuera que tenía hojas, se acercó por si encontraba algo en ella, pero cuando llegó no encontró más que hojas, porque no era tiempo de higos. 14 Y la increpó:
—Que nunca jamás coma nadie fruto de ti. Y sus discípulos lo estaban escuchando.
15 Llegaron a Jerusalén. Y, entrando en el Templo, comenzó a expulsar a los
que vendían y a los que compraban en el Templo, y volcó las mesas de los cambistas y los puestos de los que vendían palomas. 16 Y no permitía que nadie transportase cosas por el Templo. 17 Y les enseñaba diciendo:
—¿No está escrito: *Mi casa será llamada casa de oración para todas las*
naciones? Vosotros, en cambio, la habéis convertido en una *cueva de ladrones*.
18 Lo oyeron los príncipes de los sacerdotes y los escribas, y buscaban el
modo de acabar con él; pues le temían, ya que toda la muchedumbre quedaba admirada de su enseñanza.
19 Y al atardecer salieron de la ciudad.
20 Por la mañana, al pasar, vieron que la higuera se había secado de raíz. 21

Y acordándose Pedro, le dijo:
—Rabbí, mira, la higuera que maldijiste se ha secado.
22 Jesús les contestó:
—Tened fe en Dios. 23 En verdad os digo que cualquiera que diga a este
monte: «Arráncate y échate al mar», sin dudar en su corazón, sino creyendo que se
hará lo que dice, le será concedido. 24 Por tanto os digo: todo cuanto
pidáis en la oración, creed que ya lo recibisteis y se os concederá. 25 Y cuando os pongáis de
pie para orar, perdonad si tenéis algo contra alguno, a fin de que también vuestro
Padre que está en los cielos os perdone vuestros pecados. (26)

Potestad de Jesús (11,27-33)

(Mt 21,23-27; Lc 20,1-
8)

27 Llegaron de nuevo a Jerusalén. Y mientras paseaba por el
Templo, se le acercaron los príncipes de los sacerdotes, los escribas y
los ancianos, 28 y le dijeron:
—¿Con qué potestad haces estas cosas? ¿O quién te ha dado tal
potestad para hacerlas?
29 Jesús les contestó:
—Os voy a hacer una pregunta. Respondedme, y os diré con qué
potestad
hago estas cosas: 30 el bautismo de Juan ¿era del cielo o de los hombres?
Respondedme.
31 Y deliberaban entre sí: «Si decimos que del cielo replicará: "¿Por
qué, pues, no le creísteis?" 32 Pero ¿vamos a decir que de los hombres?»
Temían a la gente; pues todos tenían a Juan como a un verdadero
profeta. 33 Y respondieron a
Jesús:
—No lo sabemos.
Entonces Jesús les
dijo:
—Pues tampoco yo os digo con qué potestad hago estas cosas.

Parábola de los viñadores homicidas
(12,1-12)
(Mt 21,33-46; Lc 20,9-
19)

12

1 Y comenzó a hablarles con parábolas:
—Un hombre *plantó una viña, la rodeó de una cerca, excavó un lagar, edificó una*
torre, la arrendó a unos labradores y se marchó lejos de allí. 2 A su debido
momento envió un siervo a los labradores, para recibir de éstos los frutos
de la viña. 3 Pero ellos, lo agarraron, lo golpearon y lo despacharon con las
manos vacías. 4 De nuevo les envió otro siervo, y a éste le hirieron en la
cabeza y lo ultrajaron. 5 Y envió otro y
lo mataron; y a otros muchos, de los cuales a unos los herían y a otros los
mataban.
6 Todavía le quedaba uno, su hijo amado; y lo envió por último a ellos,
pensando:
«A mi hijo lo respetarán». 7 Pero aquellos labradores se dijeron: «Éste
es el heredero. Vamos, lo mataremos y será nuestra la heredad». 8 Y
lo agarraron, lo mataron y lo arrojaron fuera de la viña. 9 ¿Qué hará,
pues, el amo de la viña?
Vendrá, exterminará a los labradores y entregará la viña a otros. 10 ¿No
habéis leído
esta escritura:

La piedra que rechazaron los constructores,
ésta ha llegado a ser piedra angular.

11 *Es el Señor quien ha hecho esto,*
y es admirable a nuestros ojos?
12 Entonces querían prenderlo, pero tuvieron miedo a la multitud:
comprendieron que había dicho aquella parábola por ellos. Y dejándole, se
fueron.

El tributo al César
(12,13-17)
(Mt 22,15-22; Lc 20,20-26)

13 Le enviaron a algunos de los fariseos y de los herodianos para
atraparle en alguna palabra. 14 Acercándose, le dijeron:
—Maestro, sabemos que eres veraz y que no te dejas llevar por
nadie, pues
no haces acepción de personas, sino que enseñas el camino de Dios
según la verdad. ¿Es lícito dar tributo al César, o no? ¿Pagamos o no
pagamos?
15 Pero él, advirtiendo su hipocresía, les dijo:
—¿Por qué me tentáis? Traedme un denario para que lo vea.
16 Ellos se lo trajeron.
Y les dijo:
—¿De quién es esta imagen y esta inscripción?
—Del César –le contestaron ellos.
17 Jesús les dijo:
—Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de
Dios. Y se admiraban de él.

La resurrección de los muertos
(12,18-27)
(Mt 22,23-33; Lc 20,27-
40)

18 Después se le acercan unos saduceos –que niegan la
resurrección– y comenzaron a preguntarle:
19 —Maestro, Moisés nos dejó escrito: *Si muere el hermano de*
alguien y deja
mujer *pero no deja hijos, su hermano la tomará por mujer y dará*
descendencia a su
hermano. 20 Eran siete hermanos. El primero tomó mujer y murió sin
dejar descendencia. 21 Lo mismo el segundo: la tomó por mujer y murió
sin dejar descendencia. De igual manera el tercero. 22 Los siete no
dejaron descendencia. Después de todos murió también la mujer. 23 En
la resurrección, cuando resuciten,
¿de cuál de ellos será esposa?, porque los siete la tuvieron por esposa.
24 Y Jesús les contestó:
—¿No estáis equivocados precisamente por no entender las
Escrituras ni el
poder de Dios? 25 Cuando resuciten de entre los muertos, no se casarán
ni ellas ni ellos, sino que serán como los ángeles en el cielo. 26 Y sobre
que los muertos
resucitan, ¿no habéis leído en el libro de Moisés, en el pasaje de la zarza,
cómo le
habló Dios diciendo: *Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios*
de
Jacob? 27 No es Dios de muertos, sino de vivos. Estáis muy equivocados.

El primer mandamiento
(12,28-34)
(Mt 22,34-40; Lc 10,25-
28)

28 Se acercó uno de los escribas, que había oído la discusión y, al
ver lo bien que les había respondido, le preguntó:

—¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?
29 Jesús respondió:
—El primero es: *Escucha, Israel, el Señor Dios nuestro es el único Señor*, 30 *y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y* con toda tu mente *y con todas tus fuerzas*. 31 El segundo es éste: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*. No hay otro mandamiento mayor que éstos.
32 Y le dijo el escriba:
—¡Bien, Maestro! Con verdad has dicho que *Dios es uno solo y no hay otro*

fuera de Él; [33] *y amarle con todo el corazón y con toda la inteligencia y con toda la fuerza*, y *amar al prójimo como a sí mismo*, vale más que todos los holocaustos y sacrificios.

[34] Viendo Jesús que le había respondido con sensatez, le dijo:

—No estás lejos del Reino de Dios.

Y ninguno se atrevía ya a hacerle preguntas.

Divinidad del Mesías

(12,35-37)

(Mt 22,41-46; Lc 20,41-44)

[35] Y tomando Jesús la palabra, decía enseñando en el Templo:

—¿Cómo es que dicen los escribas que el Cristo es hijo de David? [36] El mismo David, movido por el Espíritu Santo, ha dicho:

Dijo el Señor a mi Señor:
«Siéntate a mi derecha,
hasta que ponga a tus enemigos bajo tus pies».

[37] »El mismo David le llama «Señor». Entonces, ¿cómo va a ser hijo suyo?

Y una inmensa muchedumbre le escuchaba con gusto.

Censuras a los escribas

(12,38-40)

(Mt 23,1-12; Lc 20,45-47)

[38] Y en su enseñanza, decía:

—Cuidado con los escribas, a los que les gusta pasear vestidos con largas túnicas y que los saluden en las plazas; [39] los primeros asientos en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes. [40] Devoran las casas de las viudas y fingen largas oraciones. Éstos recibirán una condena más severa.

La ofrenda de la viuda

(12,41-44)

(Lc 21,1-4)

[41] Sentado Jesús frente al gazofilacio, miraba cómo la gente echaba en él monedas de cobre, y bastantes ricos echaban mucho. [42] Y al llegar una viuda pobre, echó dos monedas pequeñas, que hacen la cuarta parte del as. [43] Llamando a sus discípulos, les dijo:

—En verdad os digo que esta viuda pobre ha echado más que todos los que han echado en el gazofilacio, [44] pues todos han echado algo de lo que les sobra; ella, en cambio, en su necesidad, ha echado todo lo que tenía, todo su

sustento.

IX. DISCURSO ESCATOLÓGICO
(13,1-37)

Anuncio de la destrucción del Templo
(13,1-2)

(Mt 24,1-2; Lc 21,5-6)

13

1 Al salir del Templo le dice uno de sus discípulos:
—Maestro, mira qué piedras y qué edificios.
2 Jesús le responde:
—¿Ves estas grandes construcciones? No quedará aquí piedra sobre piedra que no sea derruida.

Comienzo de las tribulaciones
Persecuciones por causa del Evangelio
(13,3-37)

(Mt 10,16-22; 24,3-14; Lc 21,7-19)

3 Y estando sentado Jesús en el Monte de los Olivos, enfrente del Templo, le preguntaron a solas Pedro, Santiago, Juan y Andrés:
4 —Dinos cuándo ocurrirán estas cosas y cuál será la señal de que todo esto
está a punto de llegar a su fin.
5 Entonces comenzó Jesús a decirles:
—Mirad que no os engañe nadie. 6 Vendrán en mi nombre muchos diciendo:
«Yo soy»; y a muchos los seducirán. 7 Cuando oigáis hablar de guerras y de rumores de guerras, no os inquietéis; porque es necesario que ocurra, pero todavía
no es el fin. 8 Se alzará pueblo contra pueblo y reino contra reino, habrá terremotos
en diversos lugares, habrá hambre. Esto será el comienzo de los dolores.
9 »Vosotros estad alerta: os entregarán a los tribunales, y seréis azotados en
las sinagogas, y compareceréis por causa mía ante los gobernadores y reyes, para
que deis testimonio ante ellos. 10 Pero es necesario que antes sea predicado el
Evangelio a todos los pueblos. 11 Y cuando os conduzcan para entregaros, no os
preocupéis por lo que debéis decir; más bien tenéis que decir lo que en aquel momento se os comunique. Pues no sois vosotros los que vais a hablar, sino el
Espíritu Santo. 12 Entonces el hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y se levantarán los hijos contra los padres para hacerles morir. 13 Y os
odiarán todos a causa de mi nombre. Pero el que persevere hasta el fin, ése se
salvará.

La gran tribulación
(Mt 24,15-28; Lc 21,20-24)

14 »Cuando veáis *la abominación de la desolación* erigida donde no debe

–quien lea, entienda–, entonces los que estén en Judea, que huyan a los
montes; 15 quien esté en el terrado, que no baje ni entre a tomar nada de
su casa; 16 y quien esté en el campo, que no vuelva atrás para tomar su
manto. 17 ¡Ay de las que estén encintas y de las que estén criando esos
días! 18 Rogad para que no ocurra en invierno: 19 habrá en aquellos días
una tribulación, como no la hubo igual desde el principio de la creación
que hizo Dios *hasta ahora*, ni la habrá. 20Y de no acortar el
Señor esos días, no se salvaría nadie; sin embargo, ha acortado los días en
atención a los elegidos, que él se eligió.
21 »Entonces, si alguien os dijese: «Mira, aquí está el Cristo», o
«mira, allí está», no os lo creáis. 22 Surgirán falsos mesías y falsos
profetas, y harán señales y prodigios para engañar, si fuera posible, a los
elegidos. 23 Vosotros estad alerta;
todo os lo he predicho.

La venida del Hijo del Hombre

(Mt 24,29-31; Lc 21,25-28)

24 »Pero en aquellos días, después de aquella tribulación, *el sol se*
oscurecerá y la luna no dará su resplandor, 25 *y las estrellas caerán* del
cielo, *y las potestades de los cielos* se conmoverán. 26 Entonces verán *al*
Hijo del Hombre que viene sobre las nubes con gran poder y gloria. 27 Y
entonces enviará a los ángeles y reunirá a sus elegidos desde los cuatro
vientos, desde el extremo de la tierra hasta
el extremo del cielo.

Certeza del fin: la lección de la higuera

(Mt 24,32-35; Lc 21,29-33)

28 »Aprended de la higuera esta parábola: cuando sus ramas están
ya tiernas y brotan las hojas, sabéis que está cerca el verano. 29 Así
también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que es
inminente, que está a las puertas.
30En verdad os digo que no pasará esta generación sin que todo esto se
cumpla. 31
El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

Tiempo de la segunda venida de Cristo

(Mt 24,36-41)

32 »Pero nadie sabe de ese día y de esa hora: ni los ángeles en el
cielo, ni el Hijo, sino el Padre. 33 Estad atentos, velad: porque no sabéis
cuándo será el momento. 34 Es como un hombre que al marcharse de su
tierra, y al dejar su casa y dar atribuciones a sus siervos, a cada uno su
trabajo, ordenó también al portero que velase. 35 Por eso: velad, porque
no sabéis a qué hora volverá el señor de la casa,
si por la tarde, o a la medianoche, o al canto del gallo, o de madrugada;
36 no sea que, viniendo de repente, os encuentre dormidos. 37 Lo que a
vosotros os digo, a
todos lo digo: ¡velad!

X. PASIÓN, MUERTE Y RESURRECCIÓN DE JESÚS

(14,1-16-20)

Conspiración de los sacerdotes y escribas

(14,1-11)

(Mt 26,3-5; Lc 22,1-2; Jn 11,45-57)

14

1 Dos días después era la Pascua y los Ácimos. Y los príncipes de los
sacerdotes y los escribas buscaban cómo apoderarse de él con engaño y
darle muerte, 2 pues decían:
—Que no sea durante la fiesta, para que no se produzca un
alboroto del pueblo.

Unción en Betania y traición de Judas

(Mt 26,6-16; Lc 22,3-6: Jn 12,1-11)

3 Se encontraba en Betania en la casa de Simón el leproso, y,
mientras estaba recostado a la mesa, vino una mujer que llevaba un
frasco de alabastro con perfume de nardo puro, de mucho precio. Y
rompiendo el frasco, se lo derramó por la cabeza. 4 Algunos de los que
estaban allí, indignados, se decían:
—¿Para qué se ha hecho este despilfarro de perfume? 5 Se podía haber
vendido este perfume por más de trescientos denarios y darlo a los
pobres –y la reprendían.
6 Pero Jesús dijo:
—Dejadla, ¿por qué la molestáis? Ha hecho una buena obra conmigo, 7
porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros, y podéis hacerles bien cuando
queráis, pero a mí no siempre me tenéis. 8 Ha hecho cuanto estaba en su
mano: se ha anticipado a embalsamar mi cuerpo para la sepultura. 9 En
verdad os digo:
dondequiera que se predique el Evangelio, en todo el mundo, también lo que ella ha
hecho se contará en memoria suya.
10 Entonces Judas Iscariote, uno de los doce, fue a los príncipes
de los sacerdotes para entregárselo. 11 Éstos, al oírle, se alegraron y
prometieron darle
dinero. Y él buscaba cómo podría entregárselo en una ocasión propicia.

Preparación de la última Cena y anuncio de la traición de Judas (14,12-21)

(Mt 26,17-25; Lc 22,7-13; Jn 13,21-32)

12 El primer día de los Ácimos, cuando sacrificaban el cordero
pascual, le dicen sus discípulos:
—¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?
13 Entonces envía dos de sus discípulos, y les dice:
—Id a la ciudad y os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de
agua. Seguidle, 14 y allí donde entre decidle al dueño de la casa: «El
Maestro dice: “¿Dónde tengo la sala, donde pueda comer la Pascua con
mis discípulos?”» 15 Y él
os mostrará una habitación en el piso de arriba, grande, ya lista y dispuesta.
Preparádnosla allí.
16 Y marcharon los discípulos, llegaron a la ciudad, lo encontraron todo como
les había dicho, y prepararon la Pascua.
17 Al anochecer, llega con los doce. 18 Y cuando estaban a la mesa cenando,

Jesús dijo:

—En verdad os digo que uno de vosotros me va a entregar: *el que come conmigo*.

19 Comenzaron a entristecerse, y a decirle cada uno:

—¿Acaso soy yo?

20 Pero él les dijo:

—Uno de los doce, el que moja conmigo en el plato. 21 Ciertamente que el
Hijo del Hombre se va, según está escrito sobre él; pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado el Hijo del Hombre! Más le valdría a ese hombre no haber nacido.

Institución de la Sagrada Eucaristía
(14,22-25)

(Mt 26,26-29; Lc 22,14-20; 1 Co 11,23-26)

22 Mientras cenaban, tomó pan y, después de pronunciar la
bendición, lo partió, se lo dio a ellos y dijo:
—Tomad, esto es mi cuerpo.
23 Y tomando el cáliz, habiendo dado gracias, se lo dio y todos
bebieron de él.
24 Y les dijo:
—Ésta es mi sangre de la nueva alianza, que es derramada por
muchos. 25
En verdad os digo que ya no beberé del fruto de la vid hasta aquel día
en que lo beba de nuevo en el Reino de Dios.

Predicción del abandono de sus discípulos

(14,26-31)

(Mt 26,30-35; Lc 22,31-34; Jn 13,36-38)

26 Después de recitar el himno, salieron hacia el Monte de los Olivos.
27 Y les dijo Jesús:
—Todos os escandalizaréis, porque está escrito:

Heriré al pastor
y se dispersarán las ovejas.

28 »Pero, después de que haya resucitado, iré delante de vosotros a
Galilea.
29 Pedro le dijo:
—Aunque todos se escandalicen, yo no.
30 Jesús le responde:
—En verdad te digo que tú hoy, esta misma noche, antes de que
cante el gallo dos veces, me habrás negado tres.
31 Pero él insistió:
—Aunque tenga que morir contigo, jamás te
negaré. Lo mismo decían todos.

Oración y agonía de Jesús en el huerto de Getsemaní

(14,32-42)

(Mt 26,36-46; Lc 22,39-46)

32 Llegan a un lugar llamado Getsemaní. Y les dice a sus discípulos:
—Sentaos aquí, mientras hago oración.
33 Y se llevó con él a Pedro, a Santiago y a Juan, y comenzó a
afligirse y a sentir angustia. 34Y les dice:
—Mi alma está triste hasta la muerte. Quedaos aquí y velad.
35 Y adelantándose un poco, se postró en tierra y rogaba que, a ser
posible, se alejase de él aquella hora. 36 Decía:
—¡Abbá, Padre! Todo te es posible, aparta de mí este cáliz; pero que
no sea
lo que yo quiero, sino lo que quieres tú.
37 Vuelve y los encuentra dormidos, y le dice a Pedro:
—Simón, ¿duermes? ¿No has sido capaz de velar una hora? 38 Velad y

orad
para no caer en tentación; el espíritu está pronto, pero la carne es débil.
39 De nuevo se apartó y oró diciendo las mismas palabras.
40 Al volver los encontró dormidos, pues sus ojos estaban cargados
de sueño;
y no sabían qué responderle. 41 Vuelve por tercera vez y les dice:
—¿Aún podéis dormir y descansar...? Se acabó; llegó la hora. Mirad
que el
Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. 42
Levantaos,

vamos; ya llega el que me va a entregar.

Prendimiento de Jesús
(14,43-52)
(Mt 26,47-56; Lc 22,47-53; Jn 18,1-12)

43 Todavía estaba hablando, cuando de repente llegó Judas, uno de
los doce, acompañado de un tropel de gente con espadas y palos,
enviados por los príncipes de los sacerdotes, por los escribas y por los
ancianos. 44 El que lo entregó les había dado esta señal: «Al que yo bese,
ése es; prendedlo y llevadlo bien custodiado». 45
Y nada más llegar se acercó y le dijo:
—Rabbí –y le besó.
46 Entonces le echaron mano y lo apresaron.
47 Pero uno de los que le rodeaban, desenvainando la espada, hirió
al criado del sumo sacerdote y le cortó la oreja. 48 En respuesta Jesús les
dijo:
—¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y palos a
prenderme?
49 Todos los días estaba entre vosotros en el Templo enseñando, y no me
prendisteis. Pero que se cumplan las Escrituras.
50 Entonces, lo abandonaron y huyeron todos. 51 Y un joven, que se
cubría el cuerpo tan sólo con una sábana, le seguía. Y lo agarraron. 52
Pero él, soltando la
sábana, se escapó desnudo.

Interrogatorio ante los príncipes de los sacerdotes
(14,53-72)
(Mt 26,57-68; Lc 22,66-71; Jn 18,13-24)

53 Condujeron a Jesús al sumo sacerdote; y se reunieron todos los
príncipes de los sacerdotes, los ancianos y los escribas. 54 Pedro le siguió
desde lejos hasta el interior del palacio del sumo sacerdote y se sentó
con los sirvientes para calentarse junto a la lumbre.
55 Los príncipes de los sacerdotes y todo el Sanedrín buscaban
contra Jesús un testimonio para darle muerte, y no lo encontraban. 56
Porque muchos
atestiguaban en falso contra él, pero los testimonios no coincidían. 57 Y
levantándose algunos atestiguaban en falso contra él, diciendo:
58 —Nosotros le hemos oído decir: «Yo destruiré este Templo, hecho
por
mano de hombre, y en tres días edificaré otro no hecho por mano de
hombre».
59 Y ni aun así coincidía su testimonio. 60 Entonces el sumo sacerdote
se
puso de pie en el centro y le preguntó a Jesús:
—¿No respondes nada a lo que éstos testifican contra ti?
61 Pero él permanecía en silencio y nada respondió. De nuevo el
sumo

sacerdote le preguntaba y le decía:
—¿Eres tú el Mesías, el Hijo del Bendito?
62 —Yo soy –respondió Jesús–, y *veréis al Hijo del Hombre sentado a la*
diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo.
63 El sumo sacerdote, rasgándose las vestiduras, dijo:
—¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? 64 Acabáis de oír la blasfemia.
¿Qué os parece?
Todos ellos sentenciaron que era reo de muerte.
65 Y algunos empezaron a escupirle, a taparle la cara, a golpearle y a decirle:
—Profetiza –y los criados le recibieron a bofetadas.

Las negaciones de San Pedro

(Mt 26,69-75; Lc 22,54-62; Jn 18,15-18.25-27)

66 Cuando Pedro se encontraba abajo en el atrio, llegó una de las
criadas del sumo sacerdote 67y, al ver a Pedro que se estaba calentando,
le miró y le dijo:
—Tú también estabas con Jesús, ese Nazareno.
68 Pero él lo negó:
—Ni lo conozco, ni sé de qué me hablas.
Y salió fuera, al vestíbulo de la casa, y cantó un gallo. 69 Y al verle la criada
empezó a decirles otra vez a los que estaban alrededor:
—Éste es de los suyos.
70 Pero él lo volvía a negar.
Un poco después, los que estaban allí le decían a Pedro:
—Desde luego eres de ellos, porque también tú eres galileo.
71 Pero él comenzó a lanzar imprecaciones y a jurar:
—¡No conozco a ése hombre del que habláis!
72 Y al momento cantó un gallo por segunda vez. Entonces Pedro se acordó
de las palabras que le había dicho Jesús: «Antes de que cante el gallo
dos veces, me habrás negado tres». Y rompió a llorar.

Jesús ante Pilato (15,1-15)

(Mt 27,11-26; Lc 23,1-25; Jn 18,28-19,16)

15

1 Y de mañana, enseguida, se reunieron en consejo los príncipes de los
sacerdotes con los ancianos y los escribas y todo el Sanedrín y, atando a
Jesús, lo llevaron y lo entregaron a Pilato. 2 Y le preguntó Pilato:
—¿Eres tú el Rey de los Judíos?
—Tú lo dices –le respondió él.
3 Y los príncipes de los sacerdotes le acusaban de muchas cosas. 4 Entonces
Pilato volvió a preguntarle:
—¿No respondes nada? Mira de cuántas cosas te acusan.
5 Pero Jesús ya no respondió nada, de modo que Pilato estaba admirado.
6 En el día de la fiesta acostumbraba a conceder la libertad de uno
de los presos, el que pidieran. 7 Había uno que se llamaba Barrabás,
apresado con otros sediciosos, que en una revuelta habían cometido un
homicidio. 8 Subió la gente y comenzó a pedirle lo que les solía
conceder. 9 Pilato les respondió diciendo:
—¿Queréis que os suelte al Rey de los Judíos? 10 –pues sabía que los

príncipes de los sacerdotes lo habían entregado por envidia.
11 Pero los príncipes de los sacerdotes incitaron a la gente, para
que mejor les soltase a Barrabás. 12 Pilato de nuevo les preguntaba:
—¿Y entonces qué queréis que haga con el Rey de los Judíos?
13 Ellos volvieron a gritar:
—¡Crucifícalo!
14 Pilato les decía:

—¿Y qué mal ha hecho?
Pero ellos gritaban más fuerte:
—¡Crucifícalo!
15 Pilato, queriendo contentar a la muchedumbre, les soltó a Barrabás; y a
Jesús, después de haberle hecho azotar, lo entregó para que fuera crucificado.

Coronación de espinas
(15,16-20)
(Mt 27,27-31; Jn 19,1-3)

16 Los soldados lo condujeron dentro del patio, es decir, el pretorio, y convocaron a toda la cohorte. 17 Lo vistieron de púrpura y le pusieron una corona de espinas que habían trenzado. 18 Y comenzaron a saludarle:
—Salve, Rey de los Judíos.
19 Y le golpeaban en la cabeza con una caña, le escupían, e hincando las rodillas se postraban ante él. 20 Después de reírse de él, le despojaron de la púrpura
y le colocaron sus vestiduras. Entonces lo sacaron para crucificarlo.

Crucifixión y muerte de Jesús
(15,21-41)
(Mt 27,32-56; Lc 23,26-49; Jn 19,17-30)

21Y a uno que pasaba por allí, que venía del campo, a Simón Cireneo, el padre de Alejandro y de Rufo, le forzaron a que le llevara la cruz. 22 Y le condujeron al lugar del Gólgota, que significa «lugar de la Calavera». 23Y le daban a beber vino con mirra, pero él no lo aceptó.
24 Y le crucificaron y *se repartieron sus ropas echando suertes sobre ellas* para ver qué se llevaba cada uno. 25 Era la hora tercia cuando lo crucificaron. 26 Y tenía escrita la inscripción con la causa de su condena: «El Rey de los Judíos». 27
También crucificaron con él a dos ladrones: uno a su derecha y otro a su izquierda.
(28)
29 Los que pasaban le injuriaban, *moviendo la cabeza* y diciendo:
—¡Eh! Tú que destruyes el Templo y lo edificas de nuevo en tres días, 30
sálvate a ti mismo, bajando de la cruz.
31 Del mismo modo, los príncipes de los sacerdotes se burlaban entre ellos a
una con los escribas y decían:
—Salvó a otros, y a sí mismo no puede salvarse. 32 Que el Cristo, el Rey de
Israel, baje ahora de la cruz, para que veamos y creamos.
Incluso los que estaban crucificados con él le insultaban.
33 Y cuando llegó la hora sexta, toda la tierra se cubrió de tinieblas hasta la hora nona. 34Y a la hora nona exclamó Jesús con fuerte voz:

—*Eloí, Eloí, ¿lemá sabacthaní?* –que significa *Dios mío, Dios mío, ¿por qué
me has desamparado?*
35 Y algunos de los que estaban cerca, al oírlo, decían:
—Mirad, llama a Elías.
36 Uno corrió a empapar una esponja con vinagre, la sujetó a una caña y se lo
daba a beber mientras decía:
—Dejad, veamos si viene Elías a bajarlo.
37 Pero Jesús, dando una gran voz, expiró.

38 Y el velo del Templo se rasgó en dos de arriba abajo.
39 El centurión, que estaba enfrente de él, al ver cómo había
expirado, dijo:
—En verdad este hombre era Hijo de Dios.
40 Había también unas mujeres mirando desde lejos, entre las que
estaban
María Magdalena y María –la madre de Santiago el Menor y de José– y
Salomé, 41
que le seguían y le servían cuando estaba en Galilea, y otras muchas
que habían subido con él a Jerusalén.

Jesús es sepultado (15,42-47)

(Mt 27,57-66; Lc 23,50-56; Jn 19,31-42)

42 Y ya al atardecer, puesto que era la Parasceve –es decir, el día
anterior al sábado–, 43vino José de Arimatea, miembro ilustre del Consejo,
que también él esperaba el Reino de Dios, y con audacia llegó hasta
Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. 44 Pilato se sorprendió de que ya
hubiera muerto y, llamando al centurión, le preguntó si efectivamente
había muerto. 45 Informado por el centurión, entregó el cuerpo muerto a
José. 46 Entonces éste, después de comprar una sábana, lo descolgó y lo
envolvió en ella, lo depositó en un sepulcro que estaba excavado en una
roca e hizo rodar una piedra a la entrada del sepulcro. 47 María
Magdalena y María la de José observaban dónde lo colocaban.

Resurrección de Jesús. El sepulcro vacío (16,1-8)

(Mt 28,1-10; Lc 24,1-12; Jn 20,1-10)

16

1 Pasado el sábado, María Magdalena y María la de Santiago y Salomé
compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. 2 Y, muy de mañana, al
día siguiente del sábado, llegaron al sepulcro cuando ya estaba saliendo
el sol. 3 Y se decían unas a otras:
—¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?
4 Y al mirar vieron que la piedra había sido removida, a pesar de que
era muy grande. 5Entrando en el sepulcro, vieron a un joven sentado a la
derecha, vestido con una túnica blanca, y se quedaron muy asustadas. 6
Él les dice:
—No os asustéis; buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado. Ha
resucitado, no
está aquí; mirad el lugar donde lo colocaron. 7 Pero marchaos y decid a sus
discípulos y a Pedro que él va delante de vosotros a Galilea: allí le veréis,
como os dijo.
8 Y ellas salieron y huyeron del sepulcro, pues estaban
sobrecogidas de

temblor y fuera de sí. Y no dijeron nada a nadie, porque estaban atemorizadas.

Aparición a María Magdalena
(16,9-20)
(Jn 20,11-18)

9 Después de resucitar al amanecer del primer día le la semana, se apareció en primer lugar a María Magdalena, de la que había expulsado siete demonios. 10
Ella fue a anunciarlo a los que habían estado con él, que se encontraban tristes y

llorosos. 11 Pero ellos, al oír que estaba vivo y que ella lo había visto, no lo creyeron.

Aparición a dos discípulos

(Lc 24,13-35)

12 Después de esto se apareció, bajo distinta figura, a dos de ellos que iban de camino a una aldea; 13 también ellos regresaron y lo comunicaron a los demás, pero tampoco les creyeron.

Aparición a los Once. Misión de los Apóstoles

(Mt 28,16-20; Lc 24,36-49; Jn 20,19-31)

14 Por último, se apareció a los once cuando estaban a la mesa y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no creyeron a los que lo habían visto resucitado. 15Y les dijo:

—Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda criatura. 16 El que crea y sea bautizado se salvará; pero el que no crea se condenará. 17 A los que crean
acompañarán estos milagros: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán lenguas
nuevas, 18 agarrarán serpientes con las manos y, si bebieran algún veneno, no les
dañará; impondrán las manos sobre los enfermos y quedarán curados.

Ascensión del Señor

(Lc 24,50-53; Hch 1,6-11)

19 El Señor, Jesús, después de hablarles, se elevó al cielo y está sentado a la derecha de Dios.

Predicación de los Apóstoles

20 Y ellos, partiendo de allí, predicaron por todas partes, y el Señor cooperaba y confirmaba la palabra con los milagros que la acompañaban.

1,1-13 Estos versículos son una especie de prólogo. Nos presentan a Jesús en su doble naturaleza: como Dios cuya venida a su pueblo debía ser precedida por su mensajero (vv.
2-3; (cfr Ml 3,1), y como hombre sometido a la tentación e igual en todo a los hombres,
excepto en el pecado (vv. 12-13; cfr Hb 4,15). El Bautismo de Jesús, centro de la narración, manifiesta su condición de Hijo de Dios.

El versículo inicial viene a ser como el pórtico de todo el Evangelio según San Marcos:

Jesús de Nazaret es el Mesías («Jesucristo») y también Hijo de Dios; con Él llega el momento de la salvación («comienzo») ya que El mismo es la Buena noticia de la salvación («Evangelio»).

1,1-8 San Juan Bautista es presentado, por medio de una cita de los profetas y también por sus acciones de signo profético, como el nexo de continuidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento: es el último de los Profetas y el primero de los testigos de Cristo.

La descripción de la vida sobria del Bautista es acorde con el contenido de su predicación: es necesaria una purificación para recibir al Mesías. La grandeza de Jesús como Mesías la señala Juan cuando no se considera digno de desatar a Jesús la correa de las sandalias (v. 7). Si se tiene presente que desatar la correa de las sandalias a alguien se consideraba tan humillante que estaba prohibido exigirlo a un esclavo judío, se comprende mejor la expresividad de las palabras del Bautista.

1,9-11 El relato del Bautismo de Jesús recuerda que Éste acudió a ser bautizado por Juan aun cuando no tenía necesidad de un bautismo de penitencia. El evangelista se fija sobre todo en la manifestación, por parte de la Trinidad, de Jesús como Hijo y como Mesías. Así lo indican tanto la voz de los cielos como el descenso del Espíritu sobre Jesucristo. Los Padres de la Iglesia entendieron la manifestación del Espíritu Santo en forma de paloma como un signo de paz y de reconciliación (cfr Gn 8,10-11) ofrecida por Dios a los hombres en Cristo. Por parte de Jesús, el Bautismo representa «la aceptación y la inauguración de su misión de Siervo doliente. Se deja contar entre los pecadores; es ya "el Cordero de Dios
que quita el pecado del mundo" (Jn 1,29); anticipa ya el "bautismo" de su muerte sangrienta. Viene ya a "cumplir toda justicia" (Mt 3,15), es decir, se somete enteramente a la voluntad
de su Padre: por amor acepta el bautismo de muerte para la remisión de nuestros pecados.
A esta aceptación responde la voz del Padre que pone toda su complacencia en su Hijo. (CCE 536).
1,12-13 Marcos sólo cuenta el hecho de las tentaciones; no describe cada una como hacen
Mateo y Lucas. De esta forma pasa enseguida a narrar la actividad pública para la que
Jesús se había preparado en el desierto.
§ 1,14-8,30 El Evangelio de Marcos es semejante en su estructura a la primera predicación
de los Apóstoles: «Vosotros sabéis lo ocurrido por toda Judea, comenzando por Galilea, después del bautismo que predicó Juan: cómo a Jesús de Nazaret le ungió Dios con el Espíritu Santo y poder, y cómo pasó haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él» (Hch 10,37-38). En esta primera parte (1,14-8,30) el evangelista nos va describiendo la actividad docente y curativa de Jesús por Galilea y regiones vecinas. Ante sus milagros y sus palabras, las gentes se preguntan: «¿Quién es éste?», (cfr 1,27; 2,7.12; 3,32; 4,41; 6,2.14-16, etc.) y no aciertan a descubrirlo. Sólo San Pedro (cfr 8,29) sabrá hacerlo confesando que Jesús es el Mesías. Pero, aun entonces, Jesús pide a sus discípulos que no lo proclamen porque su mesianismo debe pasar por la cruz.
1,14-3,35 La narración del ministerio público de Jesús se abre presentando el resumen de
su predicación (1,14-15): la urgencia de conversión para entrar en el reino de Dios. Después se ofrecen algunos episodios de la actividad inicial de Cristo en Cafarnaún y en algunos lugares vecinos. Esta actuación suscita el asombro y la admiración de la gente (1,27-28.37.45; 2,2.12, etc.) y la oposición de escribas y fariseos (2,6.16.23-24; 3,6, etc.). También se recoge aquí la llamada del Señor a sus discípulos hasta formar después el grupo de los Doce Apóstoles (3,13-19). De esta manera quedan presentados todos los personajes que intervendrán después en el drama que llevó a Jesús a la muerte.

Nosotros, lectores del evangelio, podemos contemplar cómo actuaba y enseñaba Jesús en su primera etapa de ministerio público: se nos narra, por ejemplo, una jornada en la vida del Maestro (1,21-38), su trabajo agotador, sus sentimientos de compasión (1,41) o de indignación (3,5), etc.
1,14-15 Que Jesús comience su predicación cuando cesó la del Bautista está indicando que
la etapa de las promesas ha finalizado ya, y que con Él y sus palabras comienza el Reino de Dios y, por tanto, la salvación: «Jesús mismo, Evangelio de Dios, ha sido el primero y el más grande evangelizador» (Pablo VI, Evang. nunt. 7).
1,16-20 La elección de los Doce por Jesús fue original. En su tiempo, los jóvenes judíos
piadosos que deseaban profundizar en el conocimiento y práctica de la Ley de Moisés, procuraban ser admitidos entre el grupo de algún maestro o rabino. Eran los discípulos los que elegían al maestro. En cambio, Jesús es el que llama a algunos, a los que Él quiere, para que sean sus discípulos, y hace esa llamada con autoridad.

Dios pasa y llama. Si no se le responde «al momento» (v. 18), Él puede seguir

su camino y nosotros perderlo de vista.
1,21-28 Tanto el evangelista (v. 22) como la muchedumbre (v. 27) proclaman con admiración que Jesús enseñaba «con potestad». A lo largo de estos primeros capítulos del evangelio, Jesús irá mostrando que su potestad abarca muchas más cosas: las enfermedades y los demonios (1,29-34), las leyes rituales (2,18-28), etc.
1,29-34 Ahora Jesús manifiesta también su poder sobre la enfermedad y sobre el demonio.
Al final del pasaje se recoge la prohibición a los demonios de divulgar su identidad. Esta prohibición se repite, como un estribillo, en los primeros pasos de la actividad de Cristo: así,

ordena silencio a los discípulos (8,30; 9,9), a los enfermos que cura (1,44; 5,43; 7,36; 8,26), y a los demonios que le reconocen (1,25.34; 3,12), pero de los que no acepta el testimonio. Este proceder puede explicarse como pedagogía divina para purificar la idea del Mesías
que tenían la mayoría de sus contemporáneos: Jesús quiere que se entienda su misión a la luz de la cruz.

1,35-39 Son muchos los lugares en los que el Nuevo Testamento refiere la oración de
Jesús, mostrando así el modelo de conducta para el cristiano. San Marcos presenta explícitamente la oración de Jesucristo «a solas» en tres momentos solemnes: aquí, al comienzo de su ministerio público (1,35), en el centro de su actividad (6,46), y al final, en Getsemaní (14,32). «Al emprender cada jornada para trabajar junto a Cristo, y atender a tantas almas que le buscan, convéncete de que no hay más que un camino: acudir al Señor. –¡Solamente en la oración, y con la oración, aprendemos a servir a los demás!» (S. Josemaría Escrivá, Forja, 72).

1,40-45 En la lepra, enfermedad repugnante, se veía un castigo de Dios (cfr Nm 12,10-15;
Lv 13ss.). El enfermo era declarado impuro por la Ley y por eso se le obligaba a vivir aislado para no transmitir la impureza a las personas y a las cosas que tocaba (Nm 5,12; 12,14ss.). La desaparición de esta enfermedad se consideraba una de las bendiciones del momento
de la llegada del Mesías (cfr Is 35,8; Mt 11,5; Lc 7,22).

En los gestos y palabras del leproso se percibe su oración, llena de fe, y el entusiasmo por haber sido sanado; en los gestos y palabras de Jesús, su misericordia, grandeza y
majestad al curarle: «Aquel hombre se arrodilla postrándose en tierra –lo que es señal de
humildad y de vergüenza–, para que cada uno se avergüence de las manchas de su vida. Pero la vergüenza no ha de impedir la confesión: el leproso mostró la llaga y pidió el
remedio. Su confesión está llena de piedad y de fe. "Si quieres", dice, "puedes": esto es, reconoció que el poder curarse estaba en manos del Señor» (S. Beda, In Mc Ev. exp. in loc.).

2,1-12 El evangelista hace revivir la escena: el eco de la llegada de Jesús, la aglomeración
de la gente, el boquete en el techo, etc. El evangelio nos descubre de una manera nueva el sentido salvador de la actuación de Cristo: sana el cuerpo de las enfermedades y al espíritu de los pecados. Además, se destacan con fuerza algunas enseñanzas: el poder divino de Jesús que perdona los pecados, conoce los pensamientos de los escribas y cura al
paralítico (vv. 5.8.11), y la fe operativa de los amigos del paralítico que lo llevan hasta Jesús venciendo los obstáculos (vv. 3-5). «El Señor Jesucristo, médico de nuestras almas y de nuestros cuerpos, que perdonó los pecados al paralítico y le devolvió la salud del cuerpo,
quiso que su Iglesia continuase, con la fuerza del Espíritu Santo, su obra de curación y de salvación, incluso en sus propios miembros. Ésta es la finalidad de los dos sacramentos de curación: del sacramento de la Penitencia y de la Unción de los enfermos» (CCE 1421).

2,13-17 Se narra aquí escuetamente la vocación de «Leví, el de Alfeo». El primer evangelio,
en el pasaje paralelo (Mt 9,9-13), denomina a este publicano «Mateo», uno de los Doce
Apóstoles (Mc 3,18).

El hecho de comer juntos tenía una clara significación como muestra de amistad y de comunión entre personas. Los evangelios nos representan a Jesús a la mesa con fariseos
(Lc 7,36-50), con sus amigos como Lázaro de Betania (Jn 12,2), con sus discípulos (3,20), y, aquí, con publicanos y pecadores. Además Jesús utilizó a menudo la imagen del banquete del Reino (Mt 22,1-14; Lc 14,16-24). El sentido del pasaje es diáfano: Jesús no excluye a nadie en su llamada a la salvación: «No he venido para que sigan siendo

pecadores, sino para que se conviertan y lleguen a ser mejores» (S. Juan Crisóstomo, Hom. in Mt 30,3).

2,18-22 Aquí está en juego el comportamiento de los discípulos de Jesús. Al acusarles de relajamiento en las prácticas penitenciales, acusan también a Jesús que es su Maestro. Su respuesta, bajo la imagen del novio, insinúa que Él es más que un maestro –es el Mesías (cfr Jn 3,29)– y resalta un aspecto de su acogida como Mesías Salvador: la alegría que supone su venida. Ésta deja como en un segundo plano las prácticas penitenciales. Sobre todo, hay que aceptar a Jesús: para ello es preciso que los hombres nos renovemos por dentro y nos desprendamos de las rutinas de una vida anquilosada.

2,23-28 En tiempos de Jesús, los fariseos hablan establecido prescripciones detalladas para el cumplimiento de la Ley. Estas prescripciones, desprendidas de su espíritu, se convirtieron

en una pesada carga (cfr 7,1-13; Hch 15,10; etc.). Con un ejemplo y una frase proverbial (v.
27), Jesús explica que tales preceptos deben ceder ante la ley natural: el precepto del sábado no puede estar por encima de las necesidades de la subsistencia. El Conc.
Vaticano II se inspira en este pasaje para subrayar el valor de la persona: «La ordenación de las cosas debe someterse al orden personal y no al contrario» (Gaud. et sp. 26). Pero, sobre todo, Jesús se presenta como «señor del sábado» (v. 28): si tenemos presente que el
precepto del sábado es de institución divina, Jesús se está presentando implícitamente como Dios.

3,1-6 Este episodio viene a ratificar que Jesús es «señor del sábado». Es el Mesías con
poder divino y lo manifiesta en las curaciones que realiza. Los que levantan acusaciones contra él no saben leer la evidencia. La actitud hipócrita de fariseos y herodianos justifica la indignación y la tristeza del Señor.

3,7-12 El anuncio del Evangelio, con obras y palabras, ha traspasado las estrechas
fronteras de Galilea y congrega junto a Jesús a multitudes de toda Palestina: es un preludio de la universalidad del Evangelio (vv. 7-8). Las gentes se agolpan en torno al Señor (vv.
9-10): esto no es sino una imagen de lo que se repite en todos los cristianos de cualquier época, porque la Humanidad Santísima del Señor es el único camino para nuestra salvación y el medio insustituible para unirnos con Dios.

3,13-19 Junto a los grupos señalados antes –las muchedumbres, los discípulos, y también
los espíritus inmundos– el evangelio presentará ahora a otros grupos: los escribas y fariseos, los parientes de Jesús, su Madre, etc. Cada uno de ellos se caracteriza por su reacción ante Jesús. El evangelista subraya de una manera especial el grupo de los Doce (v. 14). El que Jesús elija precisamente Doce Apóstoles tiene un profundo significado. Su número corresponde al de los doce Patriarcas de Israel: los Apóstoles representan al nuevo Pueblo de Dios, la Iglesia fundada por Cristo (cfr nota a Mt 10,1-4).

En la descripción de lo que son los Apóstoles, el evangelio señala cuatro características:
llamada voluntaria y gratuita de parte del Señor, respuesta de los hombres, unión con Cristo y envío al mundo para predicar (cfr 1,16-18; 16,20). Se advierte de esta manera la
importancia del trato con Jesús para la eficacia apostólica: «Siendo Cristo, enviado por el
Padre, fuente y origen del apostolado de la Iglesia, es evidente que la fecundidad del apostolado, tanto el de los ministros ordenados como el de los laicos, depende de su unión
vital con Cristo» (CCE 864).

3,20-30 La actividad del Redentor aparece a los ojos humanos como una locura (v. 21). Así
se presenta también en otros lugares del Nuevo Testamento (cfr 6,3), de modo semejante a como fue vista muchas veces la actuación de los profetas (cfr por ejemplo Jr 12,6).

Peor que lo que piensan los parientes de Jesús es la acusación de los escribas bajados de Jerusalén. Ellos reconocen el poder de Jesús sobre los demonios, pero llegan a imputar al diablo lo que son obras de Dios. Jesús explica, con unas comparaciones (vv. 23-27), la contradicción de la acusación de los escribas. Después, ante la ceguera de sus corazones,
Jesús, que había mostrado su misericordia perdonando a los pecadores y comiendo con ellos, advierte cuan difícil será el perdón para quienes voluntariamente se cierran al conocimiento de la verdad (cfr nota a Mt 12,22-37).

3,31-35 Este pasaje distingue explícitamente a la Madre y a los «hermanos» de Jesús (v.
31) de los otros parientes (v. 21) que le tomaban por loco. Para la expresión «hermanos de

Jesús», cfr nota a Mt 12,46-50.

La escena aquí relatada señala una característica primordial del cristiano: el cumplimiento de la voluntad de Dios supone un parentesco con Cristo más estrecho que el parentesco natural de sangre. Por eso la inclusión aquí de la Madre de Jesús es muy significativa ya que Ella, más que nadie, «acogió las palabras con las que el Hijo, exaltando el Reino por encima de las condiciones y lazos de la carne y de la sangre, proclamó bienaventurados a los que escuchan y guardan la palabra de Dios como ella lo hacía fielmente» (C. Vat. II, Lum. gent. 58).

4,1-34 En este discurso recogido por San Marcos se distinguen tres tipos de parábolas: la del sembrador (vv. 3-20), las de la lámpara y la medida (vv. 21-25) y las de la semilla y la mostaza (vv. 26-32). Todas aluden al Reino de Dios, aunque desde perspectivas distintas (cfr nota a Mt 13,1-52).

En los inicios su predicación, Cristo anuncia la llegada del Reino de Dios (1, 15). Sin

embargo, como muestra la parábola del sembrador, este Reino no se presenta grandioso y avasallador según suponían muchos contemporáneos de Jesús. Nace con la persona y la predicación de Jesús, pero sus frutos dependen de las disposiciones y de la acogida de los hombres (vv. 14-20). Es necesario que los hombres tengamos una actitud vigilante (vv.
23-25), que no dejemos de ser testigos de la palabra de Dios (vv. 21-22) y que no juzguemos el Reino por la pequeñez de los comienzos porque, sin que sepamos cómo,
dará fruto (vv. 26-29), un fruto que supera las previsiones que humanamente cabría esperar
(vv. 30-32).
4,10-12 El Reino de Dios es un misterio. Si los Doce y los otros discípulos lo han conocido y
entendido (cfr Mt 13,51) ha sido por un don de Dios (v. 11; cfr Mt 13,11). Los discípulos se distinguen de los que «están fuera», expresión con la que se designaba a los gentiles, pero que aquí se aplica a los mismos judíos que no quieren comprender las señales que Jesús realiza (cfr Lc 12,41). En ellos se cumplen las palabras del profeta Isaías (Is 6,9-10).

En las palabras de Jesús que introducen el texto de Isaías, la expresión «de modo que» (v. 12) puede desconcertar a primera vista. El Señor hace uso de un giro frecuente en los
textos bíblicos (cfr Ex 4,21; 7,3.13.22; etc.) según el cual se atribuyen a Dios las acciones
de los hombres. Es la manera de indicar el misterio de la gracia de Dios y de la cooperación humana en las acciones salvíficas. También Dios, a quienes le buscan con sinceridad, les
«abre el corazón para comprender» sus palabras (cfr Hch 16,14).
4,35-6,6 Tras la enseñanza en parábolas, Marcos narra una serie de milagros. La sección
se abre y se cierra con dos pasajes en los que se plantea la pregunta central del evangelio:
«¿Quién es éste?» (cfr 4,41; 6,2-3). Los discípulos van madurando una respuesta que expresará después San Pedro (cfr 8,29). Entretanto, con la admiración cada vez mayor de
los discípulos y de las gentes (cfr 4,41; 5,20.42; 6,2), la confesión de los demonios no aceptada por Jesús (cfr 5,7) y el escándalo de sus paisanos (cfr 6,3), los lectores somos invitados continuamente a ratificar nuestra fe en Jesucristo.
4,35-41 El mar, en muchos lugares de la Biblia, representa el lugar de las fuerzas antagónicas que sólo Dios puede dominar (cfr Sal 65,8; 93,4; 107,23-30). Al doblegarlo con el imperio de su voz (v. 39), Jesús se presenta con el poder de Dios; de ahí la pregunta de sus discípulos (v. 41). La escena ha sido entendida como un paradigma de la acción de Jesús en su Iglesia. En ocasiones, también nos parece que Jesús duerme, pero nuestra oración le «despierta», acude en nuestra ayuda y vuelve la calma.
5,1-20 Gerasa estaba en la Decápolis, una región de paganos de origen griego y sirio.
Prueba de ello es la presencia de una piara de cerdos cuya crianza y comida estaba prohibida a los judíos (Lv 11,7). Pero la misión de Jesús no se limita sólo a los hijos de Israel, sino que se extiende a toda la tierra. Por eso, en las palabras finales de Cristo, se desvela el sentido de todo el acontecimiento: aquel hombre curado debe anunciar en esa
región que la «misericordia» del Señor también les alcanza a los que allí habitan (vv. 19,20):
«Quienes han encontrado a Cristo no pueden cerrarse en su ambiente: ¡triste cosa sería ese empequeñecimiento! Han de abrirse en abanico para llegar a todas las almas. Cada
uno ha de crear –y de ensanchar– un círculo de amigos, sobre el que influya con su
prestigio profesional, con su conducta, con su amistad, procurando que Cristo influya por medio de ese prestigio profesional, de esa conducta, de esa amistad» (S. Josemaría

Escrivá, Surco 193).

5,21-43 En la descripción de estos dos milagros Marcos deja notar su gusto por los detalles que evocan recuerdos muy precisos. Pero, al mismo tiempo, cada una de las cosas que relata está orientada a ofrecernos enseñanzas a sus lectores: el alcance y el valor de la fe en Jesús y nuestro encuentro personal con Él.

La hemorroísa padecía un enfermedad por la que incurría en impureza legal (cfr Lv 15,25ss.). El evangelista señala con rasgos vivos su situación desesperada y su audacia para tocar el vestido de Jesús. Realizada ya la curación, Jesús provoca el diálogo por el que hace patente a todos que la causa de la curación no es una especie de sortilegio, sino la fe de la hemorroísa y el poder que emana de Él: «Ella toca, la muchedumbre oprime. ¿Qué significa "tocó" sino que creyó?» (S. Agustín, In Ioann. Ev. 26,3).

La historia de Jairo muestra también la fe del archisinagogo que vence las dificultades que van surgiendo, alentado por Jesús. Su hija está a punto de morir y por eso pasa por encima de su posición social y ruega a Jesús que vaya a curarla (vv. 22-23). Después de

esto, por dos veces (vv. 36.40), ante la noticia de la muerte y las burlas, Jesús alienta su fe con palabras o con gestos. Finalmente, la fe de Jairo se ve recompensada con la resurrección de su hija. «Quien sabe dar buenos dones a sus hijos nos obliga a pedir, buscar y llamar. (...) Esto puede causar extrañeza si no entendemos que Dios nuestro Señor (...) pretende ejercitar con la oración nuestros deseos, y prepara la capacidad para recibir lo que nos ha de dar» (S. Agustín, Epist. 130,16-17).

La resurrección de la niña, aunque es un hecho público, se realiza sólo en presencia de los padres y de los tres discípulos más allegados a Cristo. Aún así, les «insistió mucho» (v. 43) en que no divulgaran el milagro.

Con esta actitud que ya ha aparecido en otros lugares, parece que Jesús quería evitar interpretaciones equivocadas de su condición de Mesías-Salvador: la obra total de Cristo no comprende sólo sus milagros, sino también su muerte en la cruz y su resurrección (cfr nota a 7,31-37).

6,1-6 El pasaje de la estancia de Jesús en Nazaret culmina una sección en la que se pone en contraste la fe de Jairo y de la hemorroísa (5,21-43) con la falta de fe de sus discípulos (4,35-41) y de sus paisanos (vv. 1-6). Con todo, estos versículos nos informan de lo que fue la vida de Jesús durante la mayor parte de su existencia terrena: la vida cotidiana de un artesano, con su familia, que comparte con sus conciudadanos las condiciones ordinarias de la vida: «Vuestra vocación humana es parte, y parte importante, de vuestra vocación divina. Esta es la razón por la cual os tenéis que santificar, contribuyendo al mismo tiempo a la santificación de los demás, de vuestros iguales, precisamente santificando vuestro trabajo y vuestro ambiente: esa profesión u oficio que llena vuestros días, que da fisonomía peculiar a vuestra personalidad humana, que es vuestra manera de estar en el mundo» (S. Josemaría Escrivá, Hom. 1. 46).

6,6-8,30 La actividad de Jesús en Galilea se prolonga ahora con la de los discípulos (6,6-13). Galilea era, en tiempos de Jesús, una región con características étnicas y geográficas peculiares. En sus ciudades convivían judíos y paganos y las condiciones de vida –trabajo, comercio, etc.– determinaban un estrecho contacto con regiones vecinas pobladas por personas no judías. Con su presencia en estas tierras limítrofes (7,24-8,9), iniciada ya antes (cfr 5,1-20), Jesús está indicando que, aunque su misión se dirige primero a los Hijos de Israel (cfr 7,27) su alcance es universal.

De otra parte, las gentes siguen preguntándose quién es Jesús (cfr. 6,14-16; 8,27-28). En los pasajes anteriores, el evangelista ha mostrado que los demonios lo saben (cfr 1,24.34; 3,11-12; 5,7), pero Cristo no reconoce su testimonio porque quiere que sean los hombres quienes le confiesen como Mesías. Cuando eso acontece con la confesión de Pedro (8,29), comienza una nueva fase del evangelio en la que el Maestro adoctrina a sus discípulos sobre el sentido redentor de su mesianismo.

6,6-13 Tras estar un tiempo con Jesús, los Doce son enviados a evangelizar. Esta misión hay que entenderla a la luz del envío a todas las gentes (16,15-18) de la que es como un anticipo y teniendo presente la predicación de Cristo (1,14-15), de la que es un eco.

San Marcos recoge aquí (v. 13) la unción con óleo a los enfermos. La Iglesia ve «insinuado» en este gesto el sacramento de la Unción de los enfermos, instituido por el Señor, y más tarde, «recomendado y promulgado a los fieles por Santiago apóstol (cfr St 5,14ss.)» (C. de Trento, De Extrem. Unct. 1).

6,14-16 Marcos proclama en el comienzo del evangelio quién es Jesús: el Cristo, el Hijo de Dios. También el Padre lo declara en el episodio del Bautismo. Sin embargo –

excluidos los demonios de quienes Jesús no acepta el testimonio– los personajes que se encuentran con Él se maravillan ante sus acciones, pero no aciertan en su verdadera identidad (cfr 1,27;
2,7.12; 4,41; etc.). Estos versículos representan un punto más de este proceso que culminará (cfr 8,29) en la confesión de Pedro. Pero, aun entonces, Jesús tendrá que seguir
formando a sus discípulos en la naturaleza de su misión como Mesías.
6,17-29 El origen del Evangelio de San Marcos se encuentra en la predicación apostólica.
Parece que el evangelista no tiene noticias de la actividad de Jesús durante el tiempo que estuvo separado de sus discípulos y llena ese espacio con la narración del martirio del Bautista. Este relato, situado en el marco de la misión apostólica, nos indica a los lectores del evangelio que la suerte del cristiano será muchas veces semejante a la del Bautista o a la del mismo Cristo: la predicación y el testimonio del Evangelio será eficaz en muchas

almas, pero no por eso el cristiano dejará de estar sometido a las veleidades de los poderosos: «Los mártires, y de manera más amplia todos los santos en la Iglesia, con el ejemplo elocuente y fascinador de una vida transfigurada totalmente por el esplendor de la verdad moral, iluminan cada época de la historia despertando el sentido moral» (Juan Pablo II, Verit. spl. 93).

6,30-44 Se percibe aquí la intensidad del ministerio público de Jesús. Era tal su dedicación que, por dos veces (cfr 3,20), el evangelista hace notar que no tenían tiempo ni de comer. Los Apóstoles participan también de esta entrega a los demás: tras las agotadoras jornadas de la misión apostólica, Jesús quiere llevarlos a descansar, pero las muchedumbres no se lo permiten.

La actitud de Cristo en el pasaje de la multiplicación de los panes es ejemplar para el cristiano. Ante la muchedumbre desperdigada se llena de compasión y les da un doble alimento: el espiritual de su enseñanza y el material del alimento corporal. Estas acciones de Jesús son grandemente significativas, ya que con ellas señala el cumplimiento de las profecías (cfr Ez 34,1-31), según las cuales Dios mismo iba a ser el pastor de su pueblo guiándolo y alimentándolo. Al mismo tiempo, la escena es una figura del nuevo Pueblo de Dios, la Iglesia, que se alimenta de la palabra de Cristo y del pan de la Eucaristía.

6,45-52 Las acciones de Jesús manifiestan su poder divino. Ésta es la explicación verdadera de los milagros que realiza y lo que los Apóstoles van descubriendo. «Aquí Jesús, caminando sobre las aguas, ofrece una nueva “señal” de su presencia, y asegura una vigilancia constante sobre sus discípulos y su Iglesia» (Juan Pablo II, Aloc, 25-XI-1987).

6,53-56 Desde 4,35 hasta aquí, prácticamente todos los acontecimientos relatados se sitúan en distintos viajes alrededor del mar de Galilea. Este sumario final resume dos de las notas que han presidido esta parte: sus milagros y, frente a la perplejidad de los discípulos, el reconocimiento de Jesús por parte de la gente.

7,1-23 La escena recoge la enseñanza de Jesús sobre la verdadera conducta moral en tres contextos distintos: una controversia con los fariseos venidos de Jerusalén (vv. 1-13), la posterior enseñanza a la muchedumbre (vv. 14-15) y, como tantas otras veces (cfr 4,10-20.34; 9,28-29; etc.), una explicación particular a sus discípulos (vv. 17-23).

La ocasión es una insidia de los escribas venidos de Jerusalén, que hacen a Jesús responsable de una acción que realizan sus discípulos: omitir los ritos de purificación (v. 5). San Marcos, contando con los lectores no judíos de su evangelio, se detiene en explicar la iniciativa de los fariseos. La Antigua Ley (cfr Ex 30,17ss.) prescribía unos determinados ritos que significaban la pureza moral con la que había que acercarse a Dios; la tradición judía los había ampliado a otros ámbitos –como las comidas– para dar una significación religiosa a todas las acciones. De esta forma la pureza exterior era muestra de la pureza interior. Sin embargo, en tiempos de Cristo el legalismo de las normas rituales establecidas por tradición humana había ahogado el verdadero sentido del culto a Dios. Jesús denuncia esa actitud sirviéndose de un texto de Isaías (Is 29,13) y proponiendo un ejemplo en el que la tradición humana había acabado por ser una excusa para no sujetarse a un mandato divino (vv. 8-13).

En un segundo momento el Señor expone a la muchedumbre la doctrina sobre la verdadera pureza. Lo hace mediante una comparación entre el alimento y la decisión humana libre. Sus discípulos le preguntan después sobre el sentido de aquella

«parábola»
(v. 17). El contenido esencial de la enseñanza viene dado en un tercer momento (v. 19): Cristo, intérprete auténtico de la Ley y Señor de ella, declaró «puros» todos los alimentos.
Sin embargo, esta doctrina es más profunda. El origen del pecado y de la mancha moral no hay que buscarlo en lo creado, pues Dios, tras crear todas las cosas, vio que eran buenas (cfr Gn 1,31), sino en el corazón del hombre que, después del pecado original, fue «mudado en peor» y se ve sometido a los asaltos de la concupiscencia. Con esto no se enseña que el hombre no puede vencer (Gn 4,7), pero sí que necesita luchar (cfr CCE 1707).

Algunos códices añaden el v. 16 «Quien tenga oídos para oír, que oiga».

7,24-30 Jesús parte de nuevo hacia tierra de paganos. Una mujer gentil –el evangelista lo señala expresamente: «La mujer era griega, sirofenicia de origen» (v. 26)– le pide la curación de su hija. Con la descripción pormenorizada de las acciones y las palabras de Jesús y de aquella mujer se deja notar que, aunque predicara sólo a judíos, dirige la salvación a todas las personas, sean judíos o gentiles. El diálogo vivo y audaz entre Jesús y

la mujer nos enseña que la fe en Jesucristo debe vencer todos los obstáculos, incluso la indignidad personal. «No desmayes: por indigna que sea la persona, por imperfecta que resulte la oración, si ésta se alza humilde y perseverante, Dios la escucha siempre» (S. Josemaría Escrivá, Surco 468).

7,31-37 Jesús realiza ahora una curación con unos gestos simbólicos que indican el poder salvador de su naturaleza humana. La liturgia de la Iglesia recogió durante un tiempo estos signos en la ceremonia del Bautismo, significando que Cristo abre los oídos del hombre para escuchar y aceptar la palabra de Dios.

Éste es el tercer milagro que recoge Marcos en el que Jesús prohibe que se divulgue la noticia. Antes lo había hecho en la curación de un leproso (1,44) y en una resurrección (5,43); ahora lo hace con un sordomudo (v. 36), y poco después lo hará con un ciego (cfr 8,26). Son prácticamente los mismos signos (cfr Mt 11,2-5; Lc 7,18-23 y notas) con los que, en otra ocasión, indicó a los discípulos del Bautista que Él era el Mesías. San Marcos recoge el mandato del silencio en todos estos lugares para recordar que Cristo quería que se entendiera su misión de Mesías también a la luz de la cruz.

8,1-10 Marcos y Mateo narran una nueva multiplicación de los panes. En algunos detalles el milagro es muy semejante al anterior (cfr 6,32-44). Sin embargo hay ciertos rasgos propios de este pasaje: la indicación de que venían de lejos (v. 3), los siete panes y las siete espuertas sobrantes (vv. 5.8) frente a los doce cestos de la multiplicación anterior (cfr 6,43), etc. Jesús, que antes se había presentado como el Mesías Pastor del nuevo pueblo de Israel, ahora sugiere que también los gentiles tienen su lugar en ese pueblo. El sentido de las multiplicaciones de los panes queda así más claro: tal como le explica Jesús a la mujer sirofenicia con la imagen del pan (cfr 7,27-30), la salvación, dirigida en primer lugar a Israel, tiene como destinatarios a todos los pueblos (cfr Hch 2,39; 3,26; 11,18; etc.): «Todos los hombres, por tanto, están invitados a esta unidad católica del Pueblo de Dios. (...) A esta unidad pertenecen de diversas maneras y a ella están destinados los católicos, los demás cristianos e incluso todos los hombres en general llamados a la salvación por la gracia de Dios» (C. Vat. II, Lum. gent. 13).

8,11-21 En otros lugares de los evangelios (cfr Mt 13,33; Lc 13,20-21) la imagen de la levadura fue empleada por Cristo para señalar la fuerza de su doctrina. Aquí simboliza las malas disposiciones de los fariseos que no creen en Él y le piden una señal para tentarle (vv. 11-12), y la doblez de Herodes que tampoco entiende los signos de Jesús (6,14-16; cfr Lc 13,31-32). El Señor previene a sus discípulos para que no caigan en aquella visión humana de las obras del Cristo, desprovista del verdadero sentido de su misión salvadora y de su poder. La confusión de los discípulos a propósito de los panes muestra qué cerca estaban de esta incomprensión.

8,22-26 Como en el caso del sordomudo (cfr 7,31-37), aquí también Jesús cura con gestos simbólicos que después la Iglesia utilizó en la liturgia de los sacramentos. La curación del ciego de Betsaida representa, en el curso del evangelio, la culminación de los signos mesiánicos de Cristo (cfr nota a 7,31-37); por eso no es extraño que venga seguida por la confesión de Pedro (8,29). Por otra parte, la curación progresiva del ciego puede simbolizar el camino que recorrieron Pedro y los discípulos y que recorre también todo hombre: el Señor con sus signos va curando nuestra ceguera hasta que vemos «con claridad todas las cosas» (v. 25) y nos atrevemos a confesar a Cristo como Hijo de Dios y Salvador nuestro: «Dadnos, Señor, luz; mirad que es más menester que al ciego (...), que éste deseaba ver la luz y no podía; ahora, Señor, no se quiere ver. ¡Oh, qué mal tan incurable! Aquí, Dios mío, se ha de mostrar vuestro poder, aquí vuestra misericordia» (S. Teresa de Jesús, Exclam. 8).

8,27-30 Se recoge aquí uno de los momentos centrales de la relación de los discípulos con Jesús: la confesión de su mesianismo. El diálogo con los discípulos muestra hasta qué punto es decisiva la respuesta de Pedro. En efecto, lo que los

hombres piensan de Jesús es, humanamente, lo más grande que podía concebir un judío piadoso: un profeta, o el mismo Elías (cfr 9,11). Pero San Pedro con su respuesta no expresa una opinión, sino que hace una auténtica profesión de fe cuyo sentido explícito encontramos en Mt 16,16-17.

§ 8,31-10,52 Tras la confesión de Pedro, el horizonte del evangelio cambia. Desde ese momento Jesús se dedica con mayor intensidad a la formación de sus discípulos mostrándoles la necesidad de su pasión para entrar en su gloria (8,31-9,13). Los tres anuncios de la pasión (8,31; 9,31; 10,33-34) son como el estribillo de esta parte del

evangelio. Junto a esta nota, el relato está repleto de enseñanzas de Jesús sobre las virtudes y actitudes que deben presidir la vida de sus discípulos: la oración (9,14-29), la humildad (9,33-50), la pobreza (10,17-31), etc.

8,31-9,50 Comienza ahora la revelación de Jesús como Siervo Sufriente. Es el camino de la cruz que Cristo aceptó para sí (cfr 8,31) y que cada cristiano debe recorrer (8,34). Jesús prepara a sus discípulos para este acontecimiento con sus palabras (8,31-9,1; 9,30-32) y con sus gestos: los tres discípulos que serán testigos de su agonía en el Huerto de los Olivos (14,33) son confortados antes con una visión anticipada de su gloria (9,2-13).

8,31-9,1 Jesús inicia ahora una enseñanza particular a sus discípulos acerca del verdadero sentido de su misión: la salvación se realizará a través de su pasión y de su cruz, y, por eso, quien quiera seguirle tiene que estar dispuesto a esa renuncia de sí mismo (vv. 34-38).

El diálogo con Pedro (vv. 31-33) ilustra de manera concentrada la paradoja cristiana: a Pedro le cuesta comprender que el triunfo de Cristo sea realmente la cruz. Cristo le reprende abiertamente porque eso es un modo humano de ver las cosas, incompatible con el plan de Dios. También nosotros podemos tener a menudo esa visión empequeñecida:

«Hay en el ambiente una especie de miedo a la Cruz, a la Cruz del Señor. Y es que han empezado a llamar cruces a todas las cosas desagradables que suceden en la vida, y no saben llevarlas con sentido de hijos de Dios, con visión sobrenatural (...). En la Pasión, la Cruz dejó de ser símbolo de castigo para convertirse en señal de victoria. La Cruz es el emblema del Redentor: in quo est salus, vita et resurrectio nostra: allí está nuestra salud, nuestra vida y nuestra resurrección» (S. Josemaría Escrivá, V. Cruc. 2,5).

9,2-13 El Señor, transfigurándose ante sus discípulos, ofrece el contrapunto, o, mejor aún, la conclusión de su pasión: la resurrección y la glorificación. Éste es también el sentido de la vida del cristiano, que debe aprender que «los padecimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria futura que se va a manifestar en nosotros» (Rm 8,18).

Marcos subraya de diversas maneras la dificultad de los discípulos para entender el camino del Señor (vv. 9-10). De igual modo, de Pedro, que quiere anticipar la gloria sin pasar por la cruz, el evangelista apunta que «no sabía lo que decía» (v. 6):

«Pedro no entendía esto cuando deseaba vivir con Cristo en el monte. Esto, ¡oh Pedro!, te lo reservaba para después de su muerte. Ahora, no obstante, dice: "Desciende a trabajar a la tierra, a ser despreciado, a ser crucificado en la tierra". Descendió la vida para encontrar la muerte; bajó el pan para sentir hambre; bajó el camino para cansarse en el camino, descendió el manantial para tener sed; y tú, ¿vas a negarte a sufrir?» (S. Agustín, Serm. 78,6; cfr CCE 556).

9,14-29 Con el milagro y la posterior explicación a sus discípulos (vv. 28-29), Jesucristo nos enseña la necesidad de la oración hecha con fe inconmovible. El diálogo con el padre del muchacho muestra la divina pedagogía de Cristo para conducir a aquel hombre a una oración confiada. A la fe imperfecta (v. 22), el Señor contesta con un lamento («¡Si puedes ... !» v. 23). Pero ese lamento conduce al padre del muchacho a una oración que expresa ya la fe verdadera: «¡Creo, Señor; ayuda mi incredulidad!» (v. 24).

9,30-32 Desde la confesión de Pedro (8,31) hasta la llegada a Jerusalén (11,1), Jesús busca la soledad (v. 30) para instruir a sus discípulos y para prepararlos sobre el sentido de los acontecimientos que iban a suceder en Jerusalén. El evangelista señala la dificultad de los discípulos para entenderle (v. 32), como señalará

después que a la hora de la verdad le dejaron solo (14,50.71).

9,33-50 Las enseñanzas de Jesús en estos versículos se refieren principalmente a lo que
debe ser la vida de la Iglesia. El primer grupo de exhortaciones (vv. 33-41) recoge dos episodios en los que el Señor indica las actitudes que debemos vivir los cristianos: la disposición de servicio a los demás (vv. 33-35), y la amplitud de miras en el crecimiento del Reino de Dios (vv. 38-40). Ambos episodios finalizan con una novedosa doctrina que Jesucristo predicó en otras muchas ocasiones (cfr Mt 25,40.45): los cristianos debemos reconocer a Cristo mismo en el necesitado. «Es necesario constatar que Cristo, al revelar el amor-misericordia de Dios, exigía al mismo tiempo a los hombres que a su vez se dejaran guiar en su vida por el amor y la misericordia» (Juan Pablo II, Div. in mis. 3).

La siguiente parte del pasaje (vv. 42-50) comprende unas exhortaciones, con tintes graves, ante el peligro del escándalo (cfr nota a Mt 18,1-14).

Algunos manuscritos añaden «donde su gusano no muere y el fuego no se apaga» en los

vv. 44 y 46. Son palabras tomadas del profeta Isaías (66,24) que formaban así un estribillo con el v. 48.

10,1-52 La marcha de Jesús hacia Judea y Jerusalén (10,1) da un nuevo giro a la narración evangélica. Comienza con una controversia con los fariseos (10,2-12) que prepara la confrontación abierta en la Ciudad Santa (11,1-12,44). Jesús continúa las enseñanzas sobre su pasión a sus discípulos (10,32-45), aunque la mayor parte de la sección se dedica a diferentes aspectos de la vida del cristiano: el matrimonio, el seguimiento de Cristo, la pobreza, etc.

10,1-12 El marco de la escena es frecuente en el evangelio. La actitud malintencionada de ciertos fariseos contrasta con la sencillez de la multitud que escucha con atención las enseñanzas. Cristo conoce la doblez de sus tentadores y por eso les pregunta qué «mandó» Moisés (v. 3). Los fariseos saben que no existe tal mandato, y por eso contestan que Moisés «permitió» el libelo de repudio (v. 4). Establecidas las condiciones de diálogo, Jesucristo explica que el verdadero mandato es el que Dios instituyó en el momento de la creación (Gn 2,24): «El amor de los esposos exige, por su misma naturaleza, la unidad y la indisolubilidad de la comunidad de personas que abarca la vida entera de los esposos: “De manera que ya no son dos sino una sola carne” (Mt 19,6). “Están llamados a crecer continuamente en su comunión a través de la fidelidad cotidiana a la promesa matrimonial de la recíproca donación total” (Juan Pablo II, Fam. cons. 19).

Esta comunión humana es confirmada, purificada y perfeccionada por la comunión en Jesucristo dada mediante el sacramento del matrimonio. Se profundiza por la vida de la fe común y por la Eucaristía recibida en común» (CCE 1644).

10,13-16 El episodio, lleno de espontaneidad y viveza, recoge la actitud del Señor hacia los niños. Parece que al evangelista le faltan las palabras (cfr v. 16) para describir el cariño que les tiene Jesús. Pero del suceso saca también una enseñanza: el Reino de los Cielos es de los que lo reciben como un niño, es decir, no como algo merecido sino como un don recibido de Dios Padre: «Ser pequeño exige creer como creen los niños, amar como aman los niños, abandonarse como se abandonan los niños... rezar como rezan los niños» (S. Josemaría Escrivá, Sto. Rosar. prolog.).

10,17-31 El relato recoge rasgos semejantes a los de la vocación de los discípulos (1,16-20; 2,14): la mirada del Señor y la llamada imperativa a seguirle (v. 21). El evangelista subraya además con viveza peculiar el aprecio de Jesús al joven por su conducta (vv. 20-21) y la tristeza de éste (v. 22), al no responder con generosidad a lo que le pedía Dios.

La conducta del joven rico da ocasión a Jesús para volver a exponer la doctrina sobre el uso de los bienes materiales (vv. 23-31). El apego a ellos puede ser una verdadera idolatría (Mt 6,24; cfr Col 3,5) que impide el acceso al Reino de Dios (Lc 6,20.24). El Señor utiliza aquí una imagen (v. 25) que, sin duda, debió de suscitar la sonrisa de sus oyentes: las tribulaciones de un camello intentando pasar por un lugar que le queda demasiado estrecho. Por contra, la pobreza cristiana es un bien tan alto que llevaba a San Francisco de Asís a considerarla la «dama de su corazón»: «Ésta es aquella virtud que hace que el alma, viviendo en la tierra, converse en el cielo con los ángeles; ella acompañó a Cristo en la cruz, con Cristo fue sepultada, con Cristo resucitó, con Cristo subió al cielo; las almas que se enamoran de ella reciben, aun en esta vida, ligereza para volar al cielo, porque ella templa las armas de la amistad, de la humildad y de la caridad» (S. Francisco de Asís, Florecillas 13).

Respondiendo a la pregunta de Pedro, Jesús expresa la parte positiva de la entrega por
Él y por el Evangelio: además de la vida eterna, el discípulo, al ser y saberse hijo de Dios y hermano de sus hermanos, multiplica por cien lo que entregó. En esa promesa el Señor incluye las persecuciones (v. 30), pero aun éstas, como ya vivieron Pedro y los Apóstoles (Hch 5,40-41), engendran alegría cuando se sufren por Cristo.
10,32-45 Camino ya de Jerusalén suceden estos dos episodios estrechamente enlazados
también por sus contenidos. Jesús marcha decidido hacia Jerusalén (cfr v. 32). Sabe lo que va a ocurrir allí (vv. 33-34) y el sentido redentor que tiene su muerte (v. 45). Con la imagen del cáliz y el Bautismo (v. 38) evoca también lo doloroso de ese trance (cfr 14,36; Rm
6,4-5). Jesús asocia a sus discípulos en su destino particular pero recordándoles que, si Él vino a servir (v. 45), es el servicio lo que caracterizará a quien haga sus veces (v. 43; cfr Jn
13,14-17): «No se mueve la Iglesia por ninguna ambición terrena, sólo pretende una cosa:

continuar, bajo la guía del Espíritu Paráclito, la obra del mismo Cristo, que vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido» (C. Vat. II, Gaud. et sp. 3).

10,46-52 Marcos relata en este milagro un sinnúmero de detalles que informan sobre la condición de Bartimeo (v. 46) y su actitud ante Jesús: la fuerza y la insistencia de su petición (vv. 47-48), la despreocupación por sus cosas ante la llamada (v. 50), la fe y la sencillez en su diálogo con el Señor (v. 51). Como consecuencia de su fe, la situación de Bartimeo cambia radicalmente: de estar ciego y junto al camino (v. 46) ha pasado a recobrar la vista y a seguir a Jesús por su camino (v. 52). «La fe que Él nos reclama es así: hemos de andar a su ritmo con obras llenas de generosidad, arrancando y soltando lo que estorba» (S. Josemaría Escrivá, Hom. 2. 198).

§ 11,1-16-20 Los seis últimos capítulos del Evangelio de Marcos relatan la actividad de Jesús durante la última semana de su vida terrena en Jerusalén. La importancia que el evangelista concede a los acontecimientos ocurridos viene señalada por la multitud de detalles cronológicos y topográficos que recoge. El primer día (11,1-19), Jesús entra triunfalmente en Jerusalén y realiza la purificación del Templo. La pregunta de los fariseos sobre la potestad con la que hizo esa purificación (11,28) inicia las controversias con los príncipes de los sacerdotes, los escribas, los ancianos, los herodianos y los saduceos (11,27-12,40); controversias que se interrumpen para dar paso al discurso escatológico.

Junto a las controversias, el evangelista ha recogido en dos ocasiones (11,18; 12,12) la indicación de que los jefes religiosos buscaban prender a Jesús. La ocasión se presenta con Judas (14,1-2.10-11), y desde entonces el evangelio va anotando las afrentas que sufre Jesús hasta su muerte. Pero no muere por una decisión de sus perseguidores, sino porque así estaba escrito (14,21). Por eso la última palabra no la tiene la muerte sino la resurrección (14,28).

Si la primera parte del evangelio concluía con la confesión de Pedro en la que proclamaba que Jesús era el Cristo (cfr 8,29), esta tercera parte tendrá su culminación en la frase del centurión al confesar que Jesús es «Hijo de Dios» (15,39). Estos eran precisamente los dos títulos de Jesús con los que Marcos abría el evangelio (cfr 1,1).

11,1-12,44 Comienza el relato con la entrada en Jerusalén y sigue con la purificación del Templo y las controversias con los judíos. Con los dos primeros actos, Jesús realiza las obras del Mesías anunciado (11,1-33). La parábola de los viñadores homicidas (12,1-12) da la clave para interpretar todos los sucesos que el evangelista sitúa en esos días: Israel ha rechazado el don de Dios y, por ello, Dios se creará un nuevo pueblo a través de una Nueva Alianza en su Hijo.

11,1-11 Con la entrada en Jerusalén, Jesús se manifiesta como el Mesías prometido (cfr Za 9,9). Pero además, con sus gestos, deja intuir la grandeza de su ser. En efecto, las multitudes, como antes Bartimeo (10,47-48), le tienen como el Mesías descendiente de David. Jesús anticipa ahora una corrección a ese título que después hará explícita (12,35-37), llamándose a sí mismo «Señor» (v. 3) y mostrando su efectivo señorío sobre las criaturas. «Desde el comienzo de la historia cristiana, la afirmación del señorío de Jesús sobre el mundo y sobre la historia significa también reconocer que el hombre no debe someter su libertad personal, de modo absoluto, a ningún poder terrenal sino sólo a Dios Padre y al Señor Jesucristo» (CCE 450).

11,12-25 El segundo día de la semana Jesús realiza otros signos reveladores de su carácter de Mesías Salvador: en el Templo con sus acciones aparentemente violentas cumple las profecías según las cuales éste tenía que ser purificado (Ml 3,1-5; Za 14,21) para ser lugar de oración para todas las gentes (Is 56,7).

El episodio está enmarcado en otro que le es afín: la maldición de la higuera. Con un gesto simbólico semejante al que realizaron los profetas (Jr 19,1 13;Ez 4,1-3; 5,1-6; etc.), Jesús indica que Israel, como aquella higuera, no ha dado los frutos que Dios esperaba (cfr 12,1-12); la destrucción del Templo (cfr 13,2) no es más que la purificación necesaria. Este culto externo sin la adecuada disposición interior es también una tentación para nosotros y objeto de meditación en los Padres: «También tú, si no quieres ser condenado por Cristo,
debes guardarte de ser árbol estéril, para poder ofrecer a Jesús, que se ha hecho pobre, el fruto de piedad que necesita» (S. Beda, In Mc Ev. exp. in loc.).

Muchos manuscritos añaden (v. 26): «Pero si no perdonáis a los hombres, tampoco

vuestro Padre os perdonará vuestros pecados», tomándolo tal vez de Mt 6,15.
11,27-33 Comienza la tercera jornada en Jerusalén. Se compone de diversas enseñanzas
de Jesús, muchas de las cuales están enmarcadas en polémica con los miembros del judaísmo oficial. Éstos buscaban el modo de perderle (cfr 11,18) y por eso le piden cuentas de su acción en el Templo. Jesús, entonces, les sitúa ante la verdadera cuestión: aceptar o no el ministerio de Juan Bautista como Precursor. Porque aceptar a Juan es reconocer también el ministerio de Jesucristo. Aquellos hombres, como anota el evangelista, no estaban dispuestos a este reconocimiento y su ceguera condujo a Jesús a la muerte.
12,1-12 En esta parábola Jesús compendia la historia de la salvación y la suya propia.
Sirviéndose de la alegoría de la viña (cfr Is 5,1-7), narra los esfuerzos de Dios por hacer que el pueblo elegido diera frutos y la resistencia de los hombres, especialmente de los jefes de Israel, a darlos. De ahí la decisión de Dios de crear un nuevo pueblo. El lector del evangelio sabe que el «hijo amado», (v. 6) es el mismo Jesús (cfr 1,11; 9,7). Por eso, con las palabras del Salmo 118, la parábola incoa su muerte violenta en la cruz y anuncia que esa muerte conducirá a la fundación de un nuevo pueblo con una Nueva Alianza. La muerte de Cristo
es así la vida del hombre: «No hemos muerto ni hemos sido sepultados, ni hemos resucitado después de crucificados. (...) Cristo sí que fue realmente crucificado y su cuerpo fue realmente sepultado y realmente resucitó; a nosotros, en cambio, nos ha sido dado, por gracia, que, imitando lo que Él padeció, alcancemos de verdad la salvación» (Catequesis de Jerusalén, Catech. 20,6).
12,13-17 Dentro de su sencillez, la escena revela la grandeza de Jesús. Los que eran
enemigos entre sí –fariseos y herodianos– se unen para tentarle. Y la tentación está más acentuada por el elogio (v. 14) que precede a una pregunta difícil. En efecto, si los judíos
son pueblo por servir a Dios, pagar el impuesto podía interpretarse como un rechazo a Dios.
La respuesta de Cristo deja admirados a sus interlocutores (v. 17) y es reveladora de la actitud de los cristianos ante las autoridades y las leyes justas (cfr Rm 13,1-7): «Por eso
–comenta San Justino– oramos sólo a Dios, y a vosotros, príncipes y reyes, os servimos
con alegría en las cosas restantes, os confesamos y oramos por vosotros» (Apolog. 1,17,3).
12,18-27 Cfr notas a Mt 22,23-33 y Lc 20,27-40
12,28-34 A lo largo de estos capítulos Marcos ha recogido las asechanzas de los «príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos» (11,27), de los «fariseos y herodianos» (12,13) y de los «saduceos» (12,18). Ahora, tras la contestación de Jesús al escriba, el evangelista anota que ninguno se atrevía ya a hacerle preguntas (v. 34). Sin embargo, la actitud leal del escriba (cfr v. 28) es distinta de la de sus predecesores en su acusación. Por eso es capaz de reconocer la profundidad de la respuesta de Cristo y está así dispuesto a
la salvación que se da sólo en la Iglesia. «El amor de Dios es lo primero que se manda, y el amor del prójimo lo primero que se debe practicar. (...) Tú, que todavía no ves a Dios,
amando al prójimo te harás merecedor de verle a Él. El amor del prójimo limpia los ojos
para ver a Dios, como dice claramente Juan: Si no amas al prójimo, a quien ves, ¿cómo vas a amar a Dios, a quien no ves? (cfr 1 Jn 4,20)» (S. Agustín, In Ioann. Ev. 17,8).
12,35-37 Cfr nota a 11,1-11 y Mt 22,41-46.
12,38-40 Cfr nota a Mt 23,1-36.
12,41-44 Frente a la ostentación de los escribas (vv. 38-40) y a la apariencia de los ricos (v.
41), Jesús opone la rectitud de intención y la generosidad del espíritu de esa pobre viuda:
«¿No has visto las lumbres de la mirada de Jesús cuando la pobre viuda deja en el

templo su pequeña limosna? Dale tú lo que puedas dar: no está el mérito en lo poco o en lo mucho, sino en la voluntad con que lo des» (S. Josemaría Escrivá, Camino 829).

13,1-37 Los tres evangelios sinópticos (cfr Mt 24,1-25,46; Lc 21,5-37) recogen este discurso del Señor. Es denominado discurso «escatológico», o sobre la «Parusía», porque versa sobre los acontecimientos del final de los tiempos. Se llama también discurso «apocalíptico» para señalar la forma del lenguaje –revelación de cosas ocultas– con que fue pronunciado y escrito. El discurso tiene algo de enigmático que refuerza la enseñanza central de las palabras de Jesús: «¡Estad alerta, velad!» (cfr 13,9.23.33.35.37).

13,1-2 La ocasión del discurso apunta algunas claves para entender lo que dice Jesús a continuación. En efecto, los judíos de tiempos de Cristo –y los Apóstoles con ellos– esperaban que el día del Juicio de Dios (Is 13,6.9;So 1,15; etc.) se manifestaría terrible para los impíos, pero día de gloria para el pueblo elegido. La grandeza del Templo no era sino la

señal de esa futura gloria. El Señor corrige esa interpretación: el Templo no permanecerá, sino que será destruido violentamente. Al mismo tiempo, los discípulos deben aprender a ver en esa destrucción señales de la oposición que encontrarán en su misión de predicar el Evangelio hasta la venida gloriosa del Hijo del Hombre. Por eso, a lo largo del discurso, los dos acontecimientos –la destrucción del Templo y la vida de la Iglesia– están entremezclados.

13,3-37 Los primeros versículos (vv. 5-13) señalan «el comienzo de los dolores» (v. 8): la tribulación que aparecerá antes de la destrucción de Jerusalén (vv. 6-8) es semejante a las tribulaciones que sufrirán los cristianos (vv. 9-13). En ambos casos la consigna del Señor es una invitación a la esperanza (vv. 7.11.13).

A continuación (vv. 14-27), se describe el momento central: el Juicio. La «abominación de la desolación» (v. 14) es una expresión tomada del profeta Daniel (Dn 9,27) que se emplea para designar la profanación del Templo (cfr 1 M 1,54). Con esa frase el Señor resume lo terrible de la situación para los habitantes de Jerusalén (vv. 14-20) en esos días. Las mismas zozobras pasarán los cristianos (vv. 21-25) antes de la venida gloriosa del Hijo del Hombre (vv. 26-27).

Los versículos finales (vv. 28-37) son un resumen didáctico de cuál debe ser la actitud de los discípulos del Señor (v. 37): estar en vela, vigilantes (vv. 33.35.37). Lo seguro es que el Señor vendrá: tan seguro como lo muestra el ciclo de la higuera y el dueño de la casa que anuncia su vuelta a los criados. El discípulo debe velar. «Quiso ocultarnos esto para que permanezcamos en vela y para que cada uno de nosotros pueda pensar que este acontecimiento se producirá durante su vida (...). Ha dicho muy claramente que vendrá, pero sin precisar en qué momento. Así todas las generaciones y siglos lo esperan ardientemente» (S. Efrén, Com. in Diatessar. 18,15-17). La Iglesia nos estimula a avivar esta vigilia en la liturgia del Adviento.

14,1-16-20 Los dos últimos capítulos del segundo evangelio son de una gran intensidad. Se destaca, sobre todo, la actuación de las personas que intervinieron en el drama: las autoridades de Israel que, casi con tenacidad, llevaron a la muerte a Jesús, y los discípulos, testigos impotentes, que no sólo no entendían el sentido de los gestos de Cristo, sino que le dejaron solo en tan doloroso trance. Pero en ese marco se levanta la majestad de Jesús: Él sabe lo que le va a ocurrir y sabe que conviene que ocurra. Por eso es Él quien toma la iniciativa en todos los acontecimientos. Con alusiones a diversos textos del Antiguo Testamento revela a los Apóstoles el sentido de cuanto está aconteciendo: la muerte en la cruz ha de consumarse, pero la última palabra es la Resurrección.

Estos pasos de la pasión han sido objeto frecuente de meditación por parte de los santos. «En la pasión de Cristo encontramos remedio para todos los males en los que incurrimos por nuestros pecados. Pero no es menor su utilidad como ejemplo, pues la pasión de Cristo es suficiente para dar forma perfecta a la vida cristiana. Quien desee alcanzar la perfección no tiene sino despreciar lo que Cristo despreció en la cruz y apetecer lo que Él apeteció. En la cruz se dan ejemplos de todas las virtudes» (S. Tomás de Aquino, Expos. in Cred. 4,919).

14,1-11 Casi desde el inicio del ministerio público del Señor algunos escribas, príncipes de los sacerdotes, etc., buscaban «cómo perderle» (3,6). Esta decisión se ha hecho más persistente en los últimos días (11,18; 12,12). Ahora deciden prenderle con engaño, (v. 1) y encuentran un aliado en Judas, que desde entonces comienza a buscar el momento oportuno para hacerlo (v. 11). Entre estos dos momentos se encuadra la unción de Jesús por parte de una mujer en Betania (v. 3-9). El evangelista subraya dos cosas: la generosidad de la mujer (v. 3) y las reacciones de los demás ante el hecho. El gesto de la mujer forma parte de la antigua hospitalidad oriental que honraba a los huéspedes ilustres con agua perfumada. La delicadeza y generosidad es interpretada por algunos como un derroche (v.

4). También Jesús interpreta el gesto de manera distinta a la mujer (v. 8). Sin embargo, afirma enseguida que aquella no se ha equivocado, y los hombres que la juzgan sí. En las relaciones con Dios, la generosidad no se equivoca nunca; el cálculo y la tacañería se equivocan siempre: «Como Él no ha de forzar nuestra voluntad, toma lo que le dan; mas no se da a Sí del todo hasta que ve que nos damos del todo a Él» (S. Teresa de Jesús, Cam. Perf. 48,4).

14,12-21 La iniciativa de Jesús en las indicaciones para preparar la Pascua (vv. 13-16) y,
sobre todo, el misterioso aviso del v. 21 muestran hasta qué punto están implicados los

planes de Dios y las acciones humanas: «La muerte violenta de Jesús no fue fruto del azar en una desgraciada constelación de circunstancias. Pertenece al misterio del designio de Dios, como lo explica San Pedro a los judíos en Jerusalén ya en su primer discurso de Pentecostés: “Fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios” (Hch 2,23). Este lenguaje bíblico no significa que los que han “entregado a Jesús” (Hch 3,13) fuesen solamente ejecutores pasivos de un drama escrito de antemano por Dios» (CCE 599).

14,22-25 Marcos es el más sobrio de los evangelios sinópticos a la hora de narrar la institución de la Eucaristía (cfr Mt 26,26-29; Lc 22,7-20 y notas). De todas formas, a la luz de la muerte y la resurrección, el sentido sacrificial de los gestos y las palabras de Cristo debió ser claro para los Apóstoles: «La muerte de Cristo es a la vez el sacrificio pascual que lleva a cabo la redención definitiva de los hombres por medio del “cordero que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29) y el sacrificio de la Nueva Alianza que devuelve al hombre a la comunión con Dios reconciliándole con Él por “la sangre derramada por muchos para remisión de los pecados” (Mt 26,28)» (CCE 613).

14,26-31 En la Cena Pascual judía se cantan unas oraciones llamadas «Hallel» que incluyen los Salmos 113-118: la última parte se recita al final de la cena. Tras esto Jesús predice el abandono que va a sufrir por parte de sus discípulos, y les reconforta con el anuncio de la resurrección y el nuevo comienzo de la misión en Galilea. El evangelista recuerda la protesta de los Apóstoles (v. 31) y, en especial, la de Pedro (vv. 29-31). A lo largo del relato San Marcos anotará el puntual cumplimiento del vaticinio: el abandono de los discípulos (14,50), la negación de Pedro (14,66-72) y la nueva misión desde Galilea (16,7).

14,32-42 En la soledad del huerto de Getsemaní, la intensidad de los sentimientos por lo que va a ocurrir invade a Jesús. El evangelista nos dice que Jesús «comenzó a afligirse y a sentir angustia» (v. 33) y que los tres discípulos, desconcertados, no consiguen hacer otra cosa que dormir: «Pues sus ojos estaban cargados de sueño; y no sabían qué responderle» (v. 40). Pero Jesús se sobrepone y acude a la oración. Marcos recoge esta oración filial (v. 36): «¡Abbá, Padre! Todo te es posible». Jesús se dirige a Dios con el mismo nombre con que los hijos se dirigían íntimamente a sus padres. Por eso su oración es un acto de abandono y de confianza: «La confianza filial se prueba en la tribulación, particularmente cuando se ora pidiendo para sí o para los demás» (CCE 2734).

14,43-52 El sobrio relato del prendimiento parece indicar que Jesús lo había esperado y ahora no ofrece resistencia. Por eso, por encima de la traición de Judas y de la doblez de quienes van a prenderle de noche, Jesús ve en esos gestos el cumplimiento de las Escrituras (cfr Is 52,13-53,12; Sal 41,10). Sólo Marcos recoge el detalle del joven que escapó desnudo (vv. 51-52). Muchos autores han visto en él una alusión al propio evangelista. En todo caso, representa un intento fallido –al que seguirá enseguida el de Pedro– de seguir a Cristo. En la hora de la entrega, Jesús está solo.

14,53-72 La tradición que ve los recuerdos de Pedro en el Evangelio de Marcos tiene en este pasaje un buen argumento. Los versículos iniciales (vv. 53 54) presentan a los dos personajes: Jesús y Pedro. Después el evangelista ofrece el contraste entre los dos: Jesús es acusado con falsedades, pero confiesa la verdad y por ello es condenado a muerte por el Sumo Sacerdote y escarnecido por los criados (vv. 55-65); a Pedro se le imputa un hecho verdadero pero niega a Jesús con la mentira y sale indemne del juicio de la criada (vv. 66-72). Se hace pues evidente que la grandeza de Pedro no le viene de su fortaleza sino de su contrición (v. 72; cfr Jn 21,15-19). «Lloró amargamente porque sabía amar, y bien pronto las dulzuras del amor reemplazaron en él las amarguras del dolor» (S. Agustín, Serm. 295,3).

El pasaje tiene su punto culminante en los vv. 61-62. Jesús ha callado ante las acusaciones absurdas, pero ante la pregunta inequívoca del Sumo Sacerdote confiesa que
es el Mesías, y no sólo eso, sino que se identifica con el Mesías trascendente entrevisto por
Daniel (Dn 7,13). Además la expresión «Yo soy» con que contesta a Caifás puede tener
una significación más profunda, pues «Yo soy» es traducción del nombre propio de Dios (cfr
Ex 3,14).
15,1-15 Históricamente, el proceso y la muerte de Jesús debieron de ser desconcertantes
para todos: para los discípulos, para la muchedumbre, etc. La pregunta es: «¿Cómo es

posible que sucediera aquello?». Marcos ofrece de estos acontecimientos un relato sobrio, al hilo de las acciones de los personajes que participaron en el drama: las autoridades de Israel lo entregaron (v. 1) por envidia (v. 10), aun a costa de salvar a un homicida (v. 6); la muchedumbre no es sino un altavoz de aquella irracionalidad que condena a una muerte violenta sin causa alguna (vv. 13-14); finalmente, Pilato, un indolente, que está admirado por Jesús (v. 5) y parece que quiere salvarle (v. 9), le condena por una razón que no es razón alguna: contentar a la muchedumbre (v. 15).

El evangelista, al narrar estas acciones y la actitud misma de Jesús, apunta la verdadera explicación del suceso: la muerte de Jesús es consecuencia del pecado del hombre, y Jesús la acepta por amor, como expiación de ese pecado. Así lo comprende la Iglesia:

«Jesús, al aceptar en su corazón humano el amor del Padre hacia los hombres, "los amó hasta el extremo" (Jn 13,1) porque "nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos" (Jn 15,13). Tanto en el sufrimiento como en la muerte, su humanidad se hizo el instrumento libre y perfecto de su amor divino que quiere la salvación de los hombres. En efecto, aceptó libremente su pasión y su muerte por amor a su Padre y a los hombres que el Padre quiere salvar: "Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente" (Jn 10,18). De aquí la soberana libertad del Hijo de Dios cuando él mismo se encamina hacia la muerte» (CCE 609).

15,16-20 Tras el rechazo de los judíos –los príncipes y su pueblo– el evangelista señala ahora el de los soldados gentiles. Éstos se burlan de la realeza de Jesús, pero «sus oprobios han borrado los nuestros, sus ligaduras nos han hecho libres, su corona de espinas nos ha conseguido la diadema del Reino, y sus heridas nos han curado» (S. Jerónimo, en Cat. aurea in loc.).

15,21-41 La narración de Marcos sigue siendo un sobrio recuerdo de los acontecimientos ocurridos. Puntualmente consigna en qué momento ocurrió cada cosa: en la hora tercia le crucificaron (v. 25), en la sexta la tierra se cubrió de tinieblas (v. 33) y en la nona murió (v. 34). También señala detalles anecdóticos como el de los hijos de Simón de Cirene, conocidos por los lectores del evangelio (Rm 16,13). Sin embargo, es la frase del Señor en la cruz (v. 34) la que le da al evangelista la clave para entender lo ocurrido. «Eloí, Eloí, ¿lemá sabacthaní?» es el primer verso del salmo 22. Este salmo cuenta la historia de un justo perseguido que, sin embargo, tendrá éxito: conseguirá con sus sufrimientos que el Señor sea alabado en toda la tierra (Sal 22,31) y se anuncie la justicia en el pueblo que está por nacer (Sal 22,28-30). Entre los oprobios que sufren el justo perseguido y Jesús están: el escarnio de la gente (Sal 22,8; v. 29), la burla por invocar a Dios (Sal 22,9; vv. 31-32.36), el reparto de los vestidos (Sal 22,19; v. 24), etc. El éxito de la misión de Cristo lo ve Marcos en los dos acontecimientos que siguen a la muerte de Cristo: la ruptura del velo del Templo (v. 38), que simboliza la desaparición de las barreras entre el pueblo de Dios y los gentiles (cfr Sal 22,31), y la confesión de la divinidad de Jesús por parte de un gentil (v. 39), que señala cómo todas las gentes pueden confesar a Dios (cfr Sal 22,28-30).

Se entiende de esta manera la paradoja que Jesús había intentado enseñar a sus discípulos: Él es el Mesías y el Hijo de Dios (cfr 1,1), pero su victoria está estrechamente ligada a la cruz. «¡Oh admirable poder de la cruz! ¡Oh inefable gloria de la pasión! En ella podemos admirar el tribunal del Señor, el juicio del mundo y el poder del Crucificado. (...) Porque tu cruz es ahora fuente de todas las bendiciones y origen de todas las gracias: por ella, los creyentes encuentran fuerza en la debilidad, gloria en el oprobio, vida en la misma muerte» (S. León Magno, Serm. 8 de Pas. Dom. 7).

Algunos manuscritos añaden (v. 28): «Y se cumplió la escritura que dice: Fue contado

entre los malhechores» (cfr Lc 22,37).
15,42-47 A lo largo de este capítulo, San Marcos ha presentado la actitud de las diversas
personas. Ahora, desde la crucifixión hasta el final de su relato (15,40-41.47; 16,1.9), tiene un recuerdo especial del afecto de aquellas mujeres, y también del gesto de José: «José de Arimatea y Nicodemus visitan a Jesús ocultamente a la hora normal y a la hora de triunfo. Pero son valientes declarando ante la autoridad su amor a Cristo –"audacter"– con audacia, a la hora de la cobardía. — Aprende» (S. Josemaría Escrivá, Camino 841).
16,1-8 La primera predicación de los Apóstoles (cfr Hch 2,22-32; 3,13-15; etc.) recordaba
que «Cristo murió por nuestros pecados, según las escrituras» (1 Co 15,3-4). Marcos ha hecho hincapié (cfr 15,44-45) en la muerte real del Señor y recoge ahora (v. 6) la verdad de

la resurrección. En el anuncio del joven del sepulcro se contienen además (cfr v. 7) unas indicaciones que condensan lo que será la vida de la Iglesia naciente: los discípulos, y especialmente Pedro, deben ser testigos de la resurrección y de su significado. Esa misión se inicia en Galilea. Aquella región que en la vida terrena de Cristo era el lugar de encrucijada entre judíos y paganos se convierte ahora en signo de misión universal de la Iglesia. Y «la Iglesia, pues, diseminada por el mundo entero guarda diligentemente la predicación y la fe recibida, habitando como en una única casa; y su fe es igual en todas partes, como si tuviera una sola alma y un solo corazón, y cuanto predica, enseña y transmite, lo hace al unísono, como si tuviera una sola boca» (S. Ireneo, Adv. haer. 1,10,2).

16,9-20 El segundo evangelio finaliza con un apretado sumario sobre las apariciones del Resucitado. Estos versículos tienen un estilo distinto al del resto del evangelio y faltan en algunos manuscritos. Con todo, ya sea que Marcos siguió de cerca un documento, ya sea un añadido posterior, este pasaje es considerado canónico y, por tanto, inspirado.

El acento del relato está en la primera incredulidad de los Apóstoles. Al comienzo (vv. 9-13) se narran las apariciones a María Magdalena y a los discípulos de Emaús (cfr Lc 24,15-35). En los dos casos el narrador apunta (vv. 11.13) que los discípulos no les creyeron. La aparición a los Once (vv. 14-18) condensa, en el mismo episodio, la misión de los Apóstoles. Finalmente, los dos últimos versículos (vv. 19-20) relatan quién es Jesús en el presente de la Historia: el que ha sido exaltado a la derecha del Padre y quien coopera con sus discípulos confirmando su palabra.

EL EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

[Ir a índice]

El tercer evangelio, lo mismo que el libro de los *Hechos de los Apóstoles* (cfr Hch 1,1), se atribuye a «Lucas, médico antioqueno, conocedor de la lengua griega como demuestran sus escritos, seguidor del apóstol Pablo y compañero de sus viajes», (S. Jerónimo, *De viris illustribus* I). El examen interno de la obra del evangelista confirma estas aseveraciones. Del prólogo del evangelio (1,1-4), escrito en un brillante estilo griego y semejante en su forma al de los historiadores helenistas, puede deducirse que su autor no fue testigo de los acontecimientos que narra; en cambio, es un trabajador concienzudo que ha procurado informarse bien y escribir las cosas ordenadamente. De algunos pasajes del libro de los Hechos, escritos en primera persona del plural (Hch 16,10-17; 20,5-15; 21,1-18; 27,1-28,16), puede deducirse que su autor estuvo acompañando a San Pablo en esos momentos y que se suele identificar con aquel que en una de sus cartas el Apóstol denomina «Lucas, el médico amado» (Col 4,14; cfr 2 Tm 4,11; Flm 24). Los dos libros van dirigidos a Teófilo (Lc 1,3; Hch 1,1). No sabemos si este nombre designa a una persona conocida o es una denominación genérica de los cristianos –los amados por Dios–, pero, en todo caso, parece que San Lucas dirige sus escritos especialmente a cristianos procedentes de la gentilidad.

Como el primer evangelista, San Lucas empieza su libro con los episodios de la infancia del Señor. En el resto del evangelio, que relata la vida pública de Jesús, Lucas reproduce el marco general común a los evangelios sinópticos –ministerio de Jesús en Galilea, subida a Jerusalén, pasión, muerte y resurrección en Jerusalén– pero deteniéndose más en la subida a la Ciudad Santa, que ocupa en su evangelio diez capítulos (9,51-19,27). De esta manera, el evangelista subraya de una manera gráfica las etapas de la historia de la salvación que tienen su centro en Jesucristo y en las acciones que cumplió en Jerusalén: muerte, resurrección y ascensión. De hecho, más tarde, en el libro de los *Hechos de los Apóstoles,* relatará cómo la predicación del Evangelio se extiende desde Jerusalén a las regiones vecinas –Samaría y Judea–, a Asia Menor y hasta Roma, centro del mundo conocido.

Como en todos los evangelios, el núcleo del mensaje es Jesucristo, pero Lucas tiene sus rasgos particulares. En el tercer evangelio, a Jesús se le llama *el Profeta* (4,24; 7,16; 13,33; 24,19; etc.). Es el profeta por excelencia, pues nadie como Él puede hablar en nombre de Dios; y, como los profetas, es ungido por el Espíritu y conducido por Él (3,22; 4,14.16-30; etc.). En los episodios de la infancia Jesús es denominado asimismo el *Salvador* (1,71.77; 2,11.30) porque es quien va a salvar al pueblo de sus pecados; salvación que se muestra ya en sus acciones con los hombres especialmente en los gestos de misericordia hacia los débiles y los pecadores (7,50; 8,48.50; 18,42; 19,9-10). La salvación que trae Jesús es de dimensión *universal*. Ya en el evangelio de la infancia se dice que Jesús va a ser salvador «ante la faz de todos los pueblos: luz para iluminar a los gentiles» (2,31-32), y tanto la misión de Juan Bautista (cfr 3,6) como la predicación inicial de Jesús en Nazaret (4,25-27) subrayan esta universalidad de la salvación. Pero es, sobre todo, en los episodios de la subida a Jerusalén (9,51-19,27), muchos de los cuales sólo vienen recogidos en el tercer evangelio, donde este aspecto se

pone
más de relieve. Ante esa acción de Dios en Cristo, el hombre debe responder con una *vida cristiana* coherente, es decir, con una respuesta generosa (5,11.28; 18,22) y cotidiana (9,23) a la llamada del Señor, y también con la imitación de las actitudes de Cristo. De la misma manera que Jesús ora frecuentísimamente, y de modo especial en los momentos trascendentales de su vida (3,21; 6,12; 9,29; 22,32; 23,34), así el cristiano debe *orar* en todo momento (18,1; cfr 11,1-13; 23,40); a imagen de Cristo (7,13; 10,37; etc.) debe ser *misericordioso* como lo es el Padre

misericordioso (6,36; cfr 15,1-32). Se podrían señalar otras actitudes encarecidas a lo largo del evangelio, como la *alegría* (1,14.28; 6,23; 15,7; 24,52; etc.), la *pobreza* (1,53; 4,18; 6,20; 12,13-21; 14,12-14; 16,9.14-15.19-31), etc. En todo caso, el ejemplo más palmario de estas actitudes de los hombres ante Dios es la *Virgen María.* Ella es la que ha recibido los mayores dones de Dios (1,28-30), y también la que mejor ha correspondido (1,45.48).

Citas del Antiguo Testamento

1,17. Ml 3,23-24
1,37. Gen 18,14; Jb 42,2
1,46-55. 1 S 2,1-10
1,47. Ha 3,18
1,48. 1 S 1,11
1,68. Sal 41,14; 72,18; 106,48
1,76. Ml 3,1; Ex 23,20;
1,79. Is 9,1; 42,7; Sal 107,10
1,68. Sal 41,14; 72,18; 106,48
1,76. Ml 3,1; Ex 23,20
1,79. Is 9,1; 42,7; Sal 107,10
2, 23. Ex 13,2.12
2, 24. Lv 12,8
2-52 1 S 2,26
3, 4-6 Is 40,3-5
4,4. Dt 8,3
4, 8. Dt 5,9; 6,13
4, 10-11. Sal 91,11-12
4, 12 Dt 6,16
4, 18.19. Is 61,1-2
7, 22. Is 29,18; 35,5-6; 42,18; 26,19; 61,1
7,27. Ex 23,20; Ml 3,1
8,10. Is 6,9
9,54 2 R 1,10.12
10,15 Is 14,13.15
10,27 Dt 6,5; Lv 19,18
12. 53 Mi 7,6
13, 35. Jr 12,7; 22,5; Sal 69,26; 118,26
18,20. Dt 5,16-20; Ex 20,12-16
19,38 Sal 118,26
19,46. Is 56,7; Jr 7,11
20,9 Is 5,1 ss.
20.17. Sal 118, 22
20,28. Dt 25,5-6; Gn 38,8
20,37. Ex 3,6
20,42-43. Sal 110,1
20,37. Ex 3,6
20,42-43. Sal 110,1
21,26. Ag 2,6.21
21,27 Dn 7,13
22,37 Is, 53, 12
22,69 Sal 110.1
23,30 Os 10,8
23, 34. Sal 22,19
23, 35. Sal 22,8

23, 36. Sal 69,22
23, 46. Sal 31,6

EVANGELIO SEGUN SAN LUCAS

Prólogo (1,1-4)

1

1 Ya que muchos han intentado poner en orden la narración de las cosas
que se han cumplido entre nosotros, 2 conforme nos las transmitieron
quienes desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la
palabra, 3 me pareció también a mí, después de haberme informado con
exactitud de todo desde los comienzos, escribírtelo de forma ordenada,
distinguido Teófilo, 4 para que conozcas la indudable certeza de las
enseñanzas que has recibido.

I. NACIMIENTO E INFANCIA DE JUAN BAUTISTA Y DE JESÚS (1,5-2,52)

Anunciación de San Juan Bautista (1,5-25)

5 Hubo en tiempos de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado
Zacarías, del turno de Abías, cuya mujer, descendiente de Aarón, se
llamaba Isabel.
6 Los dos eran justos ante Dios y caminaban intachables en todos los
mandamientos y preceptos del Señor; 7 no tenían hijos, porque Isabel era
estéril y los dos de edad avanzada.
8 Sucedió que, al ejercer él su ministerio sacerdotal delante de Dios, cuando
le tocaba el turno, 9 le cayó en suerte, según la costumbre del Sacerdocio,
entrar en el Templo del Señor para ofrecer el incienso; 10 y toda la
concurrencia del pueblo estaba fuera orando durante el ofrecimiento del
incienso. 11 Se le apareció un ángel del Señor, de pie a la derecha del
altar del incienso. 12 Y Zacarías se inquietó al verlo y le invadió el temor. 13 Pero el ángel le dijo:
—No temas, Zacarías, porque tu oración ha sido escuchada, así que tu mujer
Isabel te dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Juan. 14 Será para
ti gozo y alegría; y muchos se alegrarán con su nacimiento, 15 porque
será grande ante el Señor. No beberá vino ni licor, estará lleno del Espíritu Santo ya desde el vientre de

su madre [16] y convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor su Dios; [17] e irá
delante de Él con el espíritu y el poder de Elías *para convertir los corazones de los padres hacia los hijos*, y a los desobedientes a la prudencia de los justos, a fin de preparar al Señor un pueblo perfecto.

[18] Entonces Zacarías le dijo al ángel:

—¿Cómo podré yo estar seguro de esto? Porque ya soy viejo y mi mujer de edad avanzada.

[19] Y el ángel le respondió:

—Yo soy Gabriel, que asisto ante el trono de Dios, y he sido enviado para

hablarte y darte esta buena nueva. [20] Desde ahora, pues, te quedarás
mudo y no podrás hablar hasta el día en que sucedan estas cosas porque
no has creído en mis palabras, que se cumplirán a su tiempo.
[21] El pueblo estaba esperando a Zacarías y se extrañaba de que
se demorase en el Templo. [22]Cuando salió no podía hablarles y
comprendieron que
había tenido una visión en el Templo. Él intentaba explicarse por señas, y
permaneció mudo.
[23] Y cuando se cumplieron los días de su ministerio, se marchó a su
casa. [24]
Después de estos días Isabel, su mujer, concibió y se ocultaba durante
cinco
meses, diciéndose: [25] «Así ha hecho conmigo el Señor, en estos días en los
que se
ha dignado borrar mi oprobio entre los hombres».

Anunciación y Encarnación del Hijo de Dios
(1,26-38)
(Mt 1,18-
25)

[26] En el sexto mes fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a
una ciudad de Galilea llamada Nazaret, [27] a una virgen desposada con un
varón que se llamaba José, de la casa de David. La virgen se llamaba
María.
[28] Y entró donde ella estaba y le dijo:
—Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo. [29]Ella se turbó
al oír estas palabras, y consideraba qué podía significar este saludo. [30] Y
el ángel le dijo:
—No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios: [31]
concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre
Jesús. [32] Será grande y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le
dará el trono de David, su padre, [33]
reinará eternamente sobre la casa de Jacob y su Reino no tendrá fin.
[34] María le dijo al ángel:
—¿De qué modo se hará esto, pues no conozco varón?
[35] Respondió el ángel y le dijo:
—El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y el poder del Altísimo te
cubrirá con
su sombra; por eso, el que nacerá Santo será llamado Hijo de Dios. [36] Y ahí
tienes a
Isabel, tu pariente, que en su ancianidad ha concebido también un hijo, y la
que
llamaban estéril está ya en el sexto mes, [37] porque *para Dios no hay nada imposible*.
[38] Dijo entonces María:
—He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu
palabra. Y el ángel se retiró de su presencia.

Visitación de María a Isabel
(1,39-56)

39 Por aquellos días, María se levantó y marchó deprisa a la
montaña, a una ciudad de Judá; 40y entró en casa de Zacarías y saludó a
Isabel. 41 Y cuando oyó Isabel el saludo de María, el niño saltó en su seno,
e Isabel quedó llena del Espíritu Santo; 42 y exclamando en voz alta, dijo:
—Bendita tú entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre.
43 ¿De dónde a mí tanto bien, que venga la madre de mi Señor a
visitarme? 44 Pues en cuanto llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó
de gozo en mi seno; 45 y
bienaventurada tú, que has creído, porque se cumplirán las cosas que se te
han

dicho de parte del Señor.

El Cántico de María: *Magnificat*

46 María exclamó:
—Proclama *mi alma* las grandezas *del Señor*,
47 *y se alegra* mi espíritu *en Dios mi Salvador*:
48 porque *ha puesto los ojos*
en la humildad de su *esclava*;
por eso desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones.
49 Porque ha hecho en mí cosas grandes
el
Todopoderoso, cuyo
nombre es Santo;
50 su misericordia se derrama de generación
en generación
sobre los que le
temen.
51 Manifestó el poder de su brazo,
dispersó a los soberbios de corazón.
52 Derribó de su trono a los poderosos
y ensalzó a los humildes.
53 Colmó de bienes a los hambrientos
y a los ricos los despidió vacíos.
54 Protegió a Israel su siervo,
recordando su misericordia,
55 como había prometido a nuestros padres,
Abrahán y su descendencia para siempre.
56 María permaneció con ella unos tres meses, y se volvió a su casa.

Nacimiento y circuncisión de San Juan Bautista
(1,57-80)

57 Entretanto le llegó a Isabel el tiempo del parto, y dio a luz un hijo.
58 Y sus vecinos y parientes oyeron la gran misericordia que el Señor le había mostrado y se congratulaban con ella. 59 El día octavo fueron a circuncidar al niño, y querían ponerle el nombre de su padre, Zacarías. 60 Pero su madre dijo:
—De ninguna manera, sino que se llamará Juan.
61 Y le dijeron:
—No hay nadie en tu familia que tenga este nombre.
62 Al mismo tiempo preguntaban por señas a su padre cómo quería que se le llamase. 63 Y él, pidiendo una tablilla, escribió: «Juan es su nombre». Lo cual llenó a
todos de admiración. 64 En aquel momento recobró el habla, se soltó su lengua y
hablaba bendiciendo a Dios. 65 Y se apoderó de todos sus vecinos el temor y se comentaban estos acontecimientos por toda la montaña de Judea; 66 y cuantos los
oían los grababan en su corazón, diciendo:

—¿Qué va a ser, entonces, este niño? Porque la mano del Señor estaba con él.

El Cántico de Zacarías:
Benedictus

67 Y Zacarías, su padre, quedó lleno del Espíritu Santo y profetizó
diciendo:
68 —*Bendito sea el Señor, Dios de Israel*,
porque ha visitado y redimido a su pueblo,
69 y ha suscitado para nosotros el poder salvador
en la casa de David su siervo,
70 como lo había anunciado desde antiguo
por boca de sus santos profetas;
71 para salvarnos de nuestros enemigos
y de la mano de cuantos nos odian:
72 ejerciendo su misericordia con nuestros padres,
y acordándose de su santa alianza,
73 y del juramento que hizo a Abrahán,
nuestro padre,
74 para concedernos
que, libres de la mano de los
enemigos, le sirvamos sin temor,
75 con santidad y justicia en su presencia
todos los días de nuestra vida.
76 Y tú, niño, serás llamado Profeta del Altísimo:
porque irás delante del Señor
a preparar sus
caminos,
77 enseñando a su pueblo la salvación
para el perdón de sus pecados;
78 por las entrañas de misericordia de nuestro Dios,
el Sol naciente nos visitará desde lo alto,
79 *para iluminar a los que yacen en tinieblas*
y en sombra de
muerte,
y guiar nuestros pasos por el camino de la paz.
80 Mientras tanto el niño iba creciendo y se fortalecía en el espíritu, y
habitaba
en el desierto hasta el tiempo en que debía darse a conocer
a Israel.

Nacimiento de Jesús (2,1-21)

(Mt 1,18-25)

2

1 En aquellos días se promulgó un edicto de César Augusto, para que se
empadronase todo el mundo. 2 Este primer empadronamiento se hizo
cuando Quirino era gobernador de Siria. 3 Todos iban a inscribirse, cada
uno a su ciudad. 4
José, como era de la casa y familia de David, subió desde Nazaret, ciudad
de
Galilea, a la ciudad de David llamada Belén, en Judea, 5 para

empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. [6] Y cuando ellos
se encontraban allí, le llegó la hora del parto, [7] y dio a luz a su hijo
primogénito; lo envolvió en pañales y lo
recostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el aposento.

Adoración de los pastores

8 Había unos pastores por aquellos contornos, que dormían al raso y
vigilaban por turno su rebaño durante la noche. 9 De improviso un ángel
del Señor se les presentó, y la gloria del Señor los rodeó de luz. Y se
llenaron de un gran temor. 10 El ángel les dijo:
—No temáis. Mirad que vengo a anunciaros una gran alegría, que lo
será para todo el pueblo: 11 hoy os ha nacido, en la ciudad de David, el
Salvador, que es el Cristo, el Señor; 12 y esto os servirá de señal:
encontraréis a un niño envuelto en
pañales y reclinado en un pesebre.
13 De pronto apareció junto al ángel una muchedumbre de la milicia
celestial,
que alababa a Dios diciendo:
14 «Gloria a Dios en las alturas
y paz en la tierra
a los hombres en los que Él se complace».
15 Cuando los ángeles les dejaron, marchándose hacia el cielo, los
pastores
se decían unos a otros:
—Vayamos a Belén para ver esto que ha ocurrido y que el Señor
nos ha manifestado.
16 Y vinieron presurosos y encontraron a María y a José y al niño
reclinado en el pesebre. 17 Al verlo, reconocieron las cosas que les habían
sido anunciadas sobre este niño. 18 Y todos los que lo oyeron se
maravillaron de cuanto los pastores les habían dicho. 19 María guardaba
todas estas cosas ponderándolas en su corazón.
20 Los pastores regresaron, glorificando y alabando a Dios por todo lo
que
habían oído y visto, según les fue dicho.

Circuncisión de Jesús
(Mt 1,25)

21 Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidarle, le
pusieron por nombre Jesús, como le había llamado el ángel antes de que
fuera concebido en el seno materno.

Purificación de María y Presentación del Niño
(2,22-38)

22 Y cumplidos los días de su purificación según la Ley de Moisés, lo
llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, 23 como está mandado en
la Ley del Señor: *Todo varón primogénito será consagrado al Señor*; 24 y
para presentar como ofrenda *un par de tórtolas o dos pichones*, según lo
mandado en la Ley del Señor.

Profecía del anciano Simeón

25 Había por entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón.
Este hombre, justo y temeroso de Dios, esperaba la consolación de
Israel, y el Espíritu Santo estaba en él. 26Había recibido la revelación del
Espíritu Santo de que no moriría antes de ver al Cristo del Señor. 27 Así,
vino al Templo movido por el Espíritu. Y al entrar los padres con el niño
Jesús, para cumplir lo que prescribía la Ley sobre él, 28 lo tomó en sus
brazos y bendijo a Dios diciendo:
29 —Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo

irse en
paz, según tu
palabra:
30 porque mis ojos han visto
tu salvación,
31 la que has preparado
ante la faz de todos los pueblos:
32 luz para iluminar a los gentiles
y gloria de tu pueblo Israel.
33 Su padre y su madre estaban admirados por las cosas que se
decían de él.
34 Simeón los bendijo y le dijo a María, su madre:
—Mira, éste ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos en
Israel, y
para signo de contradicción 35–y a tu misma alma la traspasará una
espada–, a fin
de que se descubran los pensamientos de muchos corazones.

**La profetisa
Ana**

36 Vivía entonces una profetisa llamada Ana, hija de Fanuel, de la
tribu de
Aser. Era de edad muy avanzada, había vivido con su marido siete años de
casada
37 y había permanecido viuda hasta los ochenta y cuatro años, sin
apartarse del
Templo, sirviendo con ayunos y oraciones noche y día. 38 Y llegando en
aquel
mismo momento, alababa a Dios y hablaba de él a todos los que
esperaban la redención de Jerusalén.

**Infancia de
Jesús**

39 Cuando cumplieron todas las cosas mandadas en la Ley del
Señor, regresaron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. 40 El niño iba
creciendo y fortaleciéndose lleno de sabiduría, y la gracia de Dios
estaba en él.

El Niño en el Templo
(2,41-50)

41 Sus padres iban todos los años a Jerusalén para la fiesta de la
Pascua. 42
Y cuando tuvo doce años, subieron a la fiesta, como era costumbre. 43
Pasados
aquellos días, al regresar, el niño Jesús se quedó en Jerusalén sin que lo
advirtiesen sus padres. 44 Suponiendo que iba en la caravana, hicieron un
día de camino buscándolo entre los parientes y conocidos, 45 y al no
encontrarlo, volvieron a Jerusalén en su busca. 46 Y al cabo de tres días lo

encontraron en el Templo, sentado en medio de los doctores,
escuchándoles y preguntándoles. 47 Cuantos le oían quedaban admirados
de su sabiduría y de sus respuestas. 48 Al verlo se
maravillaron, y le dijo su madre:
—Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira que tu padre y yo,
angustiados, te buscábamos.
49 Y él les dijo:
—¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es necesario que yo esté
en las cosas de mi Padre?
50 Pero ellos no comprendieron lo que les dijo.

Vida oculta de Jesús en Nazaret
(2,51-52)

(Mt 2,23)

51 Bajó con ellos, vino a Nazaret y les estaba sujeto. Y su madre
guardaba todas estas cosas en su corazón. 52 Y Jesús *crecía* en
sabiduría, en edad y *en gracia delante de Dios y de los hombres*.

II. PREPARACIÓN DEL MINISTERIO DE JESÚS

(3,1-4-13)

Predicación de San Juan Bautista

(3,1-20)

(Mt 3,1-12; Mc 1,1-8; Jn 1,19-34)

3

1 El año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato
procurador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Filipo
tetrarca de Iturea y de la región de Traconítide, y Lisanias tetrarca de
Abilene, 2 bajo el sumo sacerdote Anás y Caifás, vino la palabra de Dios
sobre Juan, el hijo de Zacarías, en el desierto. 3 Y recorrió toda la región
del Jordán predicando un bautismo de penitencia para remisión de los
pecados, 4 tal como está escrito en el libro de los oráculos del
profeta Isaías:

Voz del que clama en el desierto:
«Preparad el camino del
Señor, haced rectas sus
sendas.
5 *Todo valle será rellenado,*
y todo monte y colina allanados;
los caminos torcidos serán rectos,
y los caminos escarpados serán llanos.
6 *Y todo hombre verá la salvación de Dios*».

7 Y decía a las muchedumbres que acudían para que los bautizara:
—Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira que va a
venir? 8
Dad, por tanto, frutos dignos de penitencia, y no empecéis a decir entre
vosotros:
«Tenemos por padre a Abrahán». Porque os aseguro que Dios puede hacer
surgir
de estas piedras hijos de Abrahán. 9 Además, ya está el hacha puesta junto
a la raíz
de los árboles. Por tanto, todo árbol que no da buen fruto se corta y
se arroja al fuego.
10 Las muchedumbres le preguntaban:
—Entonces, ¿qué debemos hacer?
11 Él les contestaba:
—El que tiene dos túnicas, que le dé al que no tiene; y el que tiene
alimentos, que haga lo mismo.

12 Llegaron también unos publicanos para bautizarse y le dijeron:
—Maestro, ¿qué debemos hacer?
13 Y él les contestó:
—No exijáis más de lo que se os ha señalado.
14 Asimismo le preguntaban los soldados:
—Y nosotros, ¿qué tenemos que hacer?

Y les dijo:
—No hagáis extorsión a nadie, ni denunciéis con falsedad, y contentaos con vuestras pagas.
15 Como el pueblo estaba expectante y todos se preguntaban en su interior si acaso Juan no sería el Cristo, 16 Juan salió al paso diciéndoles a todos:
—Yo os bautizo con agua; pero viene el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatarle la correa de las sandalias: él os bautizará en el Espíritu Santo y en fuego. 17Él tiene el bieldo en su mano, para limpiar su era y recoger el trigo en su granero, y quemará la paja con un fuego que no se apaga.
18 Con estas y otras muchas exhortaciones anunciaba al pueblo la buena nueva.

Prisión de San Juan Bautista

19 Pero el tetrarca Herodes, al ser reprendido por él a causa de Herodías, la mujer de su hermano, y por todas las maldades que había cometido Herodes, 20 añadió esta otra a las demás: metió a Juan en la cárcel.

Bautismo de Jesús (3,21-22)
(Mt 3,13-17; Mc 1,9-11)

21 Se estaba bautizando todo el pueblo. Y cuando Jesús fue bautizado, mientras estaba en oración, se abrió el cielo 22 y bajó el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como una paloma. Y se oyó una voz que venía del cielo:
—Tú eres mi Hijo, el Amado, en ti me he complacido.

Genealogía de Jesús (3,23-38)
(Mt 1,1-17)

23 Tenía Jesús al comenzar unos treinta años, y era, según se pensaba, hijo de José, hijo de Helí, 24 hijo de Matat, hijo de Leví, hijo de Melquí, hijo de Jannaí, hijo de José, 25 hijo de Matatías, hijo de Amós, hijo de Naúm, hijo de Eslí, hijo de Nangaí, 26 hijo de Maaz, hijo de Matatías, hijo de Semeín, hijo de Josec, hijo de Jodá, 27 hijo de Joanán, hijo de Resá, hijo de Zorobabel, hijo de Salatiel. hijo de Neri, 28hijo de Melquí, hijo de Addí, hijo de Cosán, hijo de Elmadán, hijo de Er, 29 hijo de Jesús, hijo de Eliezer, hijo de Jorín, hijo de Matat, hijo de Leví, 30 hijo de Simeón, hijo de Judá, hijo de José, hijo de Jonán, hijo de Eliaquín, 31 hijo de Meleá, hijo de Menná, hijo de Mattatá, hijo de Natán, hijo de David, 32 hijo de Jesé, hijo

de Obed, hijo de Booz, hijo de Sala, hijo de Naasón, 33 hijo de Aminadab,
hijo de Admín, hijo de Arní, hijo de Esrón, hijo de Farés, hijo de Judá, 34
hijo de Jacob, hijo de Isaac, hijo de Abrahán, hijo de Taré, hijo de Nacor, 35
hijo de Seruc, hijo de Ragau, hijo de Falec, hijo de Eber, hijo de Sala, 36
hijo de Cainán, hijo de Arfaxad,
hijo de Sem, hijo de Noé, hijo de Lamec, 37 hijo de Matusalén, hijo de
Henoc, hijo de
Jaret, hijo de Maleel, hijo de Cainán, 38 hijo de Enós, hijo de Set, hijo de
Adán, hijo
de Dios.

Ayuno y tentaciones de Jesús
(4,1-13)

(Mt 4,1-11; Mc 1,12-13)

4

1 Jesús, lleno del Espíritu Santo, regresó del Jordán y fue conducido por el
Espíritu al desierto 2 donde estuvo cuarenta días y fue tentado por el
diablo. No comió nada en estos días, y al final sintió hambre.
3 Entonces le dijo el diablo:
—Si eres Hijo de Dios, dile a esta piedra que se convierta en pan.
4 Y Jesús le respondió:
—Escrito está:
No sólo de pan vivirá el hombre.
5 Después el diablo lo llevó a un lugar elevado y le mostró todos los
reinos de la superficie de la tierra en un instante 6 y le dijo:
—Te daré todo este poder y su gloria, porque me han sido entregados y los
doy a quien quiero. 7 Por tanto, si me adoras, todo será tuyo.
8 Y Jesús le respondió:
—Escrito está:
Adorarás al Señor tu Dios
y solamente *a Él darás culto*.
9 Entonces lo llevó a Jerusalén, lo puso sobre el pináculo del Templo
10 y le dijo:
—Si eres Hijo de Dios, arrójate de aquí abajo, porque escrito está:
Dará órdenes a sus ángeles
sobre ti para que te protejan
11 y *te lleven en sus manos*,
no sea que tropiece tu pie contra alguna piedra.
12 Y Jesús le respondió:
—Dicho está: *No tentarás al Señor tu Dios*.
13 Y terminada toda tentación, el diablo se apartó de él hasta el momento
oportuno.

PRIMERA PARTE MINISTERIO DE JESÚS EN GALILEA (§ 4,14-9,50)

III. COMIENZOS DEL MINISTERIO DE JESÚS (4,14-6-11)

14 Entonces, por impulso del Espíritu, volvió Jesús a Galilea y se
extendió su fama por toda la región. 15 Y enseñaba en sus sinagogas y
era honrado por todos.

Predicación en Nazaret
(4,14-30)

(Mt 13,53-58; Mc 6,1-6)

16 Llegó a Nazaret, donde se había criado, y según su costumbre entró en la

sinagoga el sábado y se levantó para leer. 17 Entonces le entregaron
el libro del profeta Isaías y, abriendo el libro, encontró el lugar donde
estaba escrito:
18 *El Espíritu del Señor está sobre mí,*
por lo cual me ha ungido
para evangelizar a los
pobres, me ha enviado para anunciar
la redención
a los
cautivos
y devolver la vista a los ciegos,
para poner en libertad a los oprimidos
19 *y para promulgar el año de gracia del Señor*.
20 Y enrollando el libro se lo devolvió al ministro y se sentó.
Todos en la sinagoga tenían los ojos fijos en él. 21 Y comenzó a
decirles:
—Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír.
22 Todos daban testimonio en favor de él y se maravillaban de las
palabras de
gracia que procedían de su boca, y decían:
—¿No es éste el hijo de José?
23 Entonces les dijo:
—Sin duda me aplicaréis aquel proverbio: «“Médico, cúrate a ti mismo”.
Cuanto hemos oído que has hecho en Cafarnaún, hazlo también aquí en
tu tierra».
24 Y añadió:
—En verdad os digo que ningún profeta es bien recibido en su tierra.
25 Os
digo de verdad que muchas viudas había en Israel en tiempos de
Elías, cuando durante tres años y seis meses se cerró el cielo y hubo
gran hambre por toda la
tierra; 26 y a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda
en Sarepta de Sidón. 27 Muchos leprosos había también en Israel en
tiempo del profeta Eliseo,
y ninguno de ellos fue curado, más que Naamán el Sirio.
28 Al oír estas cosas, todos en la sinagoga se llenaron de ira 29 y se
levantaron, le echaron fuera de la ciudad y lo llevaron hasta la cima del
monte sobre
el que estaba edificada su ciudad para despeñarle. 30 Pero él, pasando por
medio
de ellos, se marchó.

Jesús en la sinagoga de Cafarnaún

(4,31-37)

(Mc 1,21-28)

31 Bajó a Cafarnaún, ciudad de Galilea, y el sábado se puso a
enseñarles. 32
Y se quedaron admirados de su enseñanza, porque su palabra iba
acompañada de potestad.
33 Se encontraba en la sinagoga un hombre que tenía el espíritu de

un
demonio impuro, que gritó con gran voz:
34 —¡Déjanos!, ¿qué tenemos que ver contigo, Jesús Nazareno? ¿Has
venido
a perdernos? ¡Sé quién eres: el Santo de Dios!
35 Y Jesús le conminó:
—¡Cállate, y sal de él!
Entonces el demonio, arrojándolo al suelo, allí en medio, salió de él,
sin
hacerle daño alguno. 36Y todos se llenaron de estupor y se decían unos a
otros:
—¿Qué palabra es ésta, que con potestad y fuerza manda a los
espíritus impuros y salen?
37 Y se divulgaba su fama por todos los lugares de la región.

Curación de la suegra de San Pedro
(4,38-41)
(Mt 8,14-15; Mc 1,29-31)

38 Saliendo Jesús de la sinagoga, entró en casa de Simón. La suegra
de Simón tenía una fiebre muy alta, y le rogaron por ella. 39 E inclinándose
hacia ella, conminó a la fiebre, y la fiebre desapareció. Y al instante, ella
se levantó y se puso a servirles.

Otras curaciones
(Mt 8,16-17; Mc 1,32-34)

40 A1 ponerse el sol, todos los que tenían enfermos con diversas
dolencias se los traían. Y él, poniendo las manos sobre cada uno, los
curaba. 41 De muchos
salían demonios gritando y diciendo:
—¡Tú eres el Hijo de Dios!
Y él, increpándoles, no les dejaba hablar porque sabían que él era el
Cristo.

Predicación en otras ciudades de Judea
(4,42-44)
(Mc 1,35-39)

42 Cuando se hizo de día, salió hacia un lugar solitario, y la multitud le
buscaba. Llegaron hasta él, e intentaban detenerlo para que no se
alejara de ellos.
43 Pero él les dijo:
—Es necesario que yo anuncie también a otras ciudades el
Evangelio del
Reino de Dios, porque para esto he sido enviado.
44 E iba predicando por las sinagogas de Judea.

Pesca milagrosa y vocación de los primeros discípulos
(5,1-11)
(Mt 4,18-25; Mc 1,16-20; Jn 1,35-51)

5

1 Estaba Jesús junto al lago de Genesaret y la multitud se agolpaba a su
alrededor para oír la palabra de Dios. 2 Y vio dos barcas que estaban a la
orilla del lago; los pescadores habían bajado de ellas y estaban lavando las
redes. 3 Entonces, subiendo a una de las barcas, que era de Simón, le rogó
que la apartase un poco de tierra. Y, sentado, enseñaba a la multitud
desde la barca.
4 Cuando terminó de hablar, le dijo a Simón:

—Guía mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca.
5 Simón le contestó:
—Maestro, hemos estado bregando durante toda la noche y no hemos pescado nada; pero sobre tu palabra echaré las redes.
6 Lo hicieron y recogieron gran cantidad de peces. Tantos, que las redes se rompían. 7 Entonces hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca,
para que vinieran y les ayudasen. Vinieron, y llenaron las dos barcas, de modo que
casi se hundían. 8 Cuando lo vio Simón Pedro, se arrojó a los pies de Jesús, diciendo:

—Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador.
9 Pues el asombro se había apoderado de él y de cuantos estaban
con él, por la gran cantidad de peces que habían pescado. 10 Lo mismo
sucedía a Santiago y a
Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Entonces Jesús le
dijo a
Simón:
—No temas; desde ahora serán hombres los que pescarás.
11 Y ellos, sacando las barcas a tierra, dejadas todas las cosas, le
siguieron.

Curación de un leproso
(5,12-16)
(Mt 8,1-4; Mc 1,40-45)

12 Cuando estaba en una de las ciudades, un hombre cubierto de
lepra, al ver a Jesús, se postró en tierra y le suplicó diciendo:
—Señor, si quieres, puedes limpiarme.
13 Y extendiendo Jesús la mano le tocó diciendo:
—Quiero, queda limpio.
Y al instante desapareció de él la lepra. 14 Y él le mandó que no lo
dijese a
nadie; pero añadió:
—Anda, preséntate al sacerdote, y lleva la ofrenda por tu
curación, como ordenó Moisés, para que les sirva de testimonio.
15 Se extendía su fama cada vez más, y concurrían numerosas
muchedumbres para oírle y para ser curados de sus enfermedades. 16
Pero él se
retiraba a lugares apartados y hacía oración.

Curación de un paralítico
(5,17-26)
(Mt 9,1-8; Mc 2,1-12)

17 Estaba Jesús un día enseñando. Y estaban sentados algunos
fariseos y doctores de la Ley, que habían venido de todas las aldeas de
Galilea, de Judea y de Jerusalén. Y la fuerza del Señor le impulsaba a curar.
18 Entonces, unos hombres, que traían en una camilla a un paralítico,
intentaban meterlo dentro y colocarlo delante de él. 19 Y como no
encontraban por dónde introducirlo a causa del gentío, subieron al terrado,
y por entre las tejas lo descolgaron en la camilla hasta ponerlo en medio,
delante de Jesús. 20 Al ver Jesús la fe de ellos, dijo:
—Hombre, tus pecados te son perdonados.
21 Entonces los escribas y fariseos empezaron a pensar: «¿Quién es
éste que
dice blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?»
22 Pero conociendo Jesús sus pensamientos, les dijo:
—¿Qué estáis pensando en vuestros corazones? 23 ¿Qué es más fácil
decir:
«Tus pecados te son perdonados», o decir: «Levántate, y anda»? 24 Pues

para que
sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar los pecados
–se dirigió al paralítico–, a ti te digo: levántate, toma tu camilla y marcha a tu casa.
25 Y al instante se levantó en presencia de ellos, tomó la camilla en que yacía
y se fue a su casa glorificando a Dios.
26 El asombro se apoderó de todos y glorificaban a Dios. Y llenos de temor
decían:
—Hoy hemos visto cosas maravillosas.

La vocación de Mateo
(5,27-32)

(Mt 9,9-13; Mc 2,13-17)

27 Después de esto, salió y vio a un publicano, llamado Leví, sentado al telonio, y le dijo:
—Sígueme.
28 Y, dejadas todas las cosas, se levantó y le siguió.
29 Y Leví preparó en su casa un gran banquete para él. Había un gran número de publicanos y de otros que le acompañaban a la mesa. 30 Y los fariseos y sus escribas empezaron a murmurar y a decir a los discípulos de Jesús:
—¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores?
31 Y respondiendo Jesús les dijo:
—No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. 32 No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores a la penitencia.

Cuestión sobre el ayuno
(5,33-39)
(Mt 9,14-17; Mc 2,18-22)

33 Pero ellos le dijeron:
—¿Por qué los discípulos de Juan ayunan con frecuencia y hacen oraciones, y lo mismo los de los fariseos; y en cambio, los tuyos comen y beben?
34 Jesús les respondió:
—¿Acaso podéis hacer ayunar a los amigos del esposo, mientras el esposo está con ellos? 35 Ya vendrán los días en que les será arrebatado el esposo; entonces, en aquellos días, ayunarán.
36 Y les decía también una parábola:
—Nadie pone a un vestido viejo un remiendo cortado de un vestido nuevo, porque entonces, además de romper el nuevo, el remiendo del vestido nuevo no le iría bien al viejo. 37Tampoco echa nadie vino nuevo en odres viejos; porque entonces el vino nuevo reventará los odres, y se derramará, y los odres se perderán.
38 El vino nuevo debe echarse en odres nuevos. 39 Y ninguno acostumbrado a beber vino añejo quiere del nuevo, porque dice: «El añejo es mejor».

Cuestión sobre el sábado
(6,1-11)
(Mt 12,1-8; Mc 2,23-28)

6

1 Un sábado pasaba él por entre unos sembrados, y sus discípulos arrancaban espigas, las desgranaban con las manos y se las comían. 2 Algunos fariseos les dijeron:

—¿Por qué hacéis en sábado lo que no es lícito?
3 Y Jesús respondiéndoles dijo:
—¿No habéis leído lo que hizo David, cuando tuvieron hambre él y los que le
acompañaban? 4 ¿Cómo entró en la Casa de Dios, tomó los panes de la proposición
y comió y dio a los que le acompañaban, a pesar de que sólo a los
sacerdotes les es lícito comerlos?
5 Y les decía:
—El Hijo del Hombre es señor del sábado.

Curación del hombre de la mano seca

(Mt 12,9-14; Mc 3,1-6)

6 Otro sábado entró en la sinagoga y se puso a enseñar. Y había allí
un hombre que tenía seca la mano derecha. 7 Los escribas y los fariseos le
observaban a ver si curaba en sábado, para encontrar de qué acusarle. 8
Pero él conocía sus pensamientos y le dijo al hombre que tenía la mano
seca:
—Levántate y ponte en medio.
Y se levantó y se puso en medio. 9 Entonces Jesús les dijo:
—Yo os pregunto: ¿es lícito en sábado hacer el bien o hacer el mal,
salvar la vida de un hombre o perderla?
10 Entonces, mirando a todos los que estaban a su alrededor,
le dijo al
hombre que tenía la mano seca:
—Extiende tu mano.
Él lo hizo, y su mano quedó curada. 11 Ellos se llenaron de rabia y
comenzaron a discutir entre sí qué harían contra Jesús.

IV. MILAGROS Y ACTIVIDAD DE JESÚS EN GALILEA

(*6,12-8,56*)

Elección de los Doce Apóstoles

(6,12-16)

(Mt 10,1-4; Mc 3,13-19)

12 En aquellos días salió al monte a orar y pasó toda la noche en
oración a Dios. 13 Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos y de entre
ellos eligió a doce, a los que denominó apóstoles: 14 a Simón, a quien
también llamó Pedro, y a su hermano Andrés, a Santiago, a Juan, a Felipe,
a Bartolomé, 15 a Mateo, a Tomás, a Santiago de Alfeo, a Simón, llamado
Zelotes, 16 a Judas de Santiago y a Judas Iscariote, que fue el traidor.

El Discurso en el llano

(6,17-19)

17 Bajando con ellos, se detuvo en un lugar llano. Y había una
multitud de sus discípulos, y una gran muchedumbre del pueblo
procedente de toda Judea y de Jerusalén y del litoral de Tiro y Sidón, 18
que vinieron a oírle y a ser curados de sus enfermedades. Y los que
estaban atormentados por espíritus impuros quedaban curados. 19 Toda la
multitud intentaba tocarle, porque salía de él una fuerza que sanaba a
todos.

Las Bienaventuranzas e imprecaciones

(6,20-26)

(Mt 5,1-

12)

20 Y él, alzando los ojos hacia sus discípulos, comenzó a decir:
—»Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios.
21 »Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis saciados.
»Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis.

22 »Bienaventurados cuando los hombres os odien, cuando os
expulsen, os injurien y proscriban vuestro nombre como maldito, por
causa del Hijo del Hombre.
23 Alegraos en aquel día y regocijaos, porque vuestra recompensa será
grande en el
cielo; pues de este modo se comportaban sus padres con los profetas.
24 »Pero ¡ay de vosotros los ricos, porque ya habéis recibido vuestro
consuelo!
25 »¡Ay de vosotros los que ahora estáis hartos, porque tendréis
hambre!
»¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis!
26 »¡Ay cuando los hombres hablen bien de vosotros, pues de este
modo se
comportaban sus padres con los falsos profetas!

Amor a los enemigos
(6,27-38)
(Mt 5,38-
48)

27 »Pero a vosotros que me escucháis os digo: amad a vuestros
enemigos, haced bien a los que os odian; 28 bendecid a los que os
maldicen y rogad por los que os calumnian. 29 Al que te pegue en una
mejilla ofrécele también la otra, y al que te quite el manto no le niegues
tampoco la túnica. 30 Da a todo el que te pida, y al que tome lo tuyo no se
lo reclames.
31 »Como queráis que hagan los hombres con vosotros, hacedlo de
igual manera con ellos. 32 Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito
tendréis?, pues también los pecadores aman a quienes les aman. 33 Y si
hacéis el bien a quienes os hacen el bien, ¿qué mérito tendréis?, pues
también los pecadores hacen lo mismo.
34 Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito
tendréis?, pues
también los pecadores prestan a los pecadores para recibir otro tanto.
35 »Por el contrario, amad a vuestros enemigos, haced el bien y
prestad sin
esperar nada por ello; y será grande vuestra recompensa, y seréis hijos del
Altísimo,
porque Él es bueno con los ingratos y con los malos. 36 Sed
misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso. 37 No juzguéis y no
seréis juzgados; no condenéis
y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados; 38 dad y se os dará;
echarán en vuestro regazo una buena medida, apretada, colmada,
rebosante:
porque con la misma medida con que midáis se os medirá.

Rectitud de corazón
(6,39-49)
(Mt 7,1-5; 15-20; 24-
27)

39 Les dijo también una
parábola:
—¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo?
40 »No está el discípulo por encima del maestro; todo aquel que esté bien
instruido podrá ser como su maestro.
41 »¿Por qué te fijas en la mota del ojo de tu hermano y no reparas en la viga que hay en tu propio ojo? 42 ¿Cómo puedes decir a tu hermano: «Hermano, deja
que saque la mota que hay en tu ojo», no viendo tú mismo la viga que hay en el
tuyo? Hipócrita: saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás con claridad cómo sacar la mota del ojo de tu hermano.
43 »Porque no hay árbol bueno que dé fruto malo, ni tampoco árbol malo que dé buen fruto. 44Pues cada árbol se conoce por su fruto; no se recogen higos de los

espinos, ni se vendimian uvas del zarzal. 45 El hombre bueno del buen
tesoro de su corazón saca lo bueno, y el malo de su mal saca lo malo:
porque de la abundancia del corazón habla su boca.
46 »¿Por qué me llamáis: «Señor, Señor», y no hacéis lo que digo? 47
Todo el que viene a mí y oye mis palabras y las pone en práctica, os diré a
quién se parece.
48 Se parece a un hombre que, al edificar una casa, cavó muy hondo y puso
los
cimientos sobre la roca. Al venir una inundación, el río rompió contra
aquella casa, y no pudo derribarla porque estaba bien edificada.
49 »El que oye y no pone en práctica se parece a un hombre que
edificó su
casa sobre la tierra sin cimientos: rompió contra ella el río y enseguida se
derrumbó, y fue tremenda la ruina de aquella casa.

La fe del centurión
(7,1-10)
(Mt 8,5-13; Jn 4,46-54)

7

1 Cuando terminó de decir todas estas palabras al pueblo que le
escuchaba, entró en Cafarnaún. 2 Había allí un centurión que tenía un
siervo enfermo, a punto de morir, a quien estimaba mucho. 3 Habiendo
oído hablar de Jesús, le envió unos ancianos de los judíos para rogarle
que viniera a curar a su siervo. 4 Ellos, al llegar donde Jesús, le rogaban
encarecidamente diciendo:
—Merece que hagas esto, 5porque aprecia a nuestro pueblo y él
mismo nos
ha construido la sinagoga.
6 Jesús, pues, se puso en camino con ellos. Y no estaba ya lejos de la
casa
cuando el centurión le envió unos amigos para decirle:
—Señor, no te tomes esa molestia, porque no soy digno de que entres
en mi
casa, 7 por eso ni siquiera yo mismo me he considerado digno de ir a tu
encuentro. Pero dilo de palabra y mi criado quedará sano. 8 Pues también
yo soy un hombre
sometido a disciplina y tengo soldados a mis órdenes. Le digo a uno:
«Vete», y va; y
a otro: «Ven», y viene; y a mi siervo: «Haz esto», y lo hace.
9 Al oír esto, Jesús se admiró de él, y volviéndose a la multitud que le
seguía,
dijo:
—Os digo que ni siquiera en Israel he encontrado una fe tan grande.
10 Y cuando volvieron a casa, los enviados encontraron sano al siervo.

Resurrección del hijo de la viuda de Naín
(7,11-17)

11 Después, marchó a una ciudad llamada Naín, e iban con él sus
discípulos y una gran muchedumbre. 12 Al acercarse a la puerta de la
ciudad, resultó que llevaban a enterrar un difunto, hijo único de su madre,
que era viuda. Y la acompañaba una gran muchedumbre de la ciudad. 13 El
Señor la vio y se compadeció de ella. Y le dijo:

—No llores.

14 Se acercó y tocó el féretro. Los que lo llevaban se detuvieron. Y
dijo:

—Muchacho, a ti te digo, levántate.

15 Y el que estaba muerto se incorporó y comenzó a hablar. Y se lo
entregó a

su madre. [16]Y se llenaron todos de temor y glorificaban a Dios diciendo:
«Un gran profeta ha surgido entre nosotros», y «Dios ha visitado a su
pueblo».
[17] Esta opinión sobre él se divulgó por toda Judea y por todas las
regiones
vecinas.

Embajada de San Juan Bautista
(7,18-35)
(Mt 11,1-
15)

[18] Informaron a Juan sus discípulos de todas estas cosas. [19] Y Juan
llamó a dos de ellos, y los envió al Señor a preguntarle:
—¿Eres tú el que va a venir o esperamos a otro?
[20] Cuando aquellos hombres se presentaron ante él le dijeron:
—Juan el Bautista nos ha enviado a ti a preguntarte: «¿Eres tú el
que va a venir o esperamos a otro?».
[21] En aquel momento curó a muchos de sus enfermedades, de
dolencias y de malos espíritus y dio la vista a muchos ciegos. [22] Y les
respondió:
—Id y anunciadle a Juan lo que habéis visto y oído: *los ciegos ven*, los
cojos
andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan
y *a los*
pobres se les anuncia el Evangelio. [23] Y bienaventurado el que no se
escandalice
de mí.
[24] Cuando los enviados de Juan se marcharon, se puso a hablar de
Juan a la multitud:
—¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña sacudida por el
viento? [25]
Entonces, ¿qué salisteis a ver? ¿A un hombre vestido con finos ropajes?
Daos cuenta de que los que visten con lujo y viven entre placeres están
en palacios de
reyes. [26] Entonces, ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os lo
aseguro, y más que un profeta. [27] Éste es de quien está escrito:

Mira que envío a mi mensajero delante de ti,
para que vaya preparándote el camino.

[28] »Os digo que entre los nacidos de mujer nadie hay mayor que Juan;
pero el
más pequeño en el Reino de Dios es mayor que él.
[29] »Y todo el pueblo –incluso los publicanos– le escuchó y reconoció la
justicia de Dios, recibiendo el bautismo de Juan. [30] Pero los fariseos y los
doctores
de la Ley rechazaron el plan de Dios sobre ellos al no querer ser bautizados
por él.

Reproches contra la
incredulidad
(Mt 11,16-
19)

31 »Así pues, ¿con quién voy a comparar a los hombres de esta
generación?
¿A quién se parecen? 32 Se parecen a los niños sentados en la plaza y que se
gritan unos a otros aquello que dice:
«Hemos tocado para vosotros la
flauta y no habéis bailado;
hemos cantado
lamentaciones y no
habéis llorado».
33 Porque viene Juan el Bautista, que no come pan ni bebe vino, y
decís:
«Tiene un demonio». 34Viene el Hijo del Hombre, que come y bebe, y decís:
«Fijaos: un hombre comilón y bebedor, amigo de publicanos y de
pecadores».

35 »Pero la sabiduría queda acreditada por todos sus hijos.

El perdón de la mujer pecadora (7,36-50)

36 Uno de los fariseos le rogaba que comiera con él; entrando en
casa del fariseo se recostó a la mesa. 37 Y entonces una mujer pecadora
que había en la ciudad, al enterarse que estaba sentado a la mesa en
casa del fariseo, llevó un frasco de alabastro con perfume, 38 y por
detrás se puso a sus pies llorando; y comenzó a bañarle los pies con sus
lágrimas, y los enjugaba con sus cabellos, los besaba y los ungía con el
perfume.
39 Al ver esto el fariseo que le había invitado, se decía: «Si éste fuera
profeta,
sabría con certeza quién y qué clase de mujer es la que le toca:
que es una pecadora».
40 Jesús tomó la palabra y le dijo:
—Simón, tengo que decirte una cosa. Y él contestó:
—Maestro, di.
41 —Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos
denarios y otro cincuenta. 42 Como ellos no tenían con qué pagar, se lo
perdonó a los dos.
¿Cuál de ellos le amará
más?
43 —Supongo que aquel a quien perdonó más –contestó Simón.
Entonces Jesús le dijo:
—Has juzgado con rectitud.
44 Y vuelto hacia la mujer, le dijo a Simón:
—¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los
pies. Ella en cambio me ha bañado los pies con sus lágrimas y me los ha
enjugado con sus
cabellos. 45 No me diste el beso. Pero ella, desde que entré no ha dejado
de besar mis pies. 46No has ungido mi cabeza con aceite. Ella en cambio
ha ungido mis pies con perfume. 47 Por eso te digo: le son perdonados sus
muchos pecados, porque ha
amado mucho. Aquel a quien menos se perdona
menos ama.
48 Entonces le dijo a ella:
—Tus pecados quedan perdonados.
49 Y los convidados comenzaron a decir entre sí:
—¿Quién es éste que hasta perdona los pecados?
50 El le dijo a la mujer:
—Tu fe te ha salvado; vete en paz.

Las santas mujeres
(8,1-3)

8

1 Sucedió, después, que él pasaba por ciudades y aldeas predicando y
anunciando el Evangelio del Reino de Dios. Le acompañaban los doce 2 y
algunas mujeres que habían sido libradas de espíritus malignos y de

enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete
demonios; [3] y Juana, mujer de Cusa, administrador de Herodes; y Susana,
y otras muchas que le asistían con sus bienes.

Parábola del sembrador. Sentido de las parábolas (8,4-18)

(Mt 13,1-23; Mc 4,1-20)

4 Reuniéndose una gran muchedumbre que de todas las ciudades
acudía a él, dijo esta parábola:
5 —Salió el sembrador a sembrar su semilla; y al echar la semilla,
parte cayó junto al camino, y fue pisoteada y se la comieron las aves del
cielo. 6 Parte cayó sobre piedras, y cuando nació se secó por falta de
humedad. 7 Otra parte cayó en medio de las espinas, y habiendo crecido
con ella las espinas la ahogaron. 8 Y otra
cayó en la tierra buena, y cuando nació dio fruto al ciento por uno.
Dicho esto, exclamó:
—El que tenga oídos para oír, que oiga.
9 Entonces sus discípulos le preguntaron qué significaba esta
parábola. 10 Él
les dijo:
—A vosotros se os ha concedido el conocer los misterios del Reino
de Dios, pero a los demás, sólo a través de parábolas,
de modo que *viendo no*
vean y oyendo no
entiendan.
11 »El sentido de la Parábola es éste: la semilla es la palabra de Dios.
12 Los
que están junto al camino son aquellos que han oído; pero viene luego el
diablo y se
lleva la palabra de su corazón, no sea que creyendo se salven. 13 Los que
están
sobre piedras son aquellos que, cuando oyen, reciben la palabra con
alegría, pero no tienen raíz; éstos creen durante algún tiempo, pero a la
hora de la tentación se
vuelven atrás. 14 Lo que cayó entre espinos son los que oyeron, pero en su
caminar
se ahogan a causa de las preocupaciones, riquezas y placeres de la vida y
no llegan
a dar fruto. 15 Y lo que cayó en tierra buena son los que oyen la palabra
con un
corazón bueno y generoso, la conservan y dan fruto mediante la
perseverancia.

Parábola de la lámpara

(Mc 4,21-25)

16 »Nadie que ha encendido una lámpara la oculta con una vasija o
la pone debajo de la cama, sino que la pone sobre un candelero para que
los que entran vean la luz. 17 Porque nada hay escondido que no acabe por

(Mt 8,23-27; Mc 4,35-

saberse; ni secreto que no acabe por conocerse y hacerse público. [18]
Mirad, pues, cómo oís: porque al que tiene se le dará; y al que no tiene
incluso lo que piensa tener se le quitará.

El verdadero parentesco con Jesús

(8,19-21)

(Mt 12,46-50; Mc 3,31-35; Lc 11,27-28)

[19] Vinieron a verle su madre y sus hermanos, y no podían
acercarse a él a causa de la muchedumbre. [20]Y le avisaron:
—Tu madre y tus hermanos están ahí fuera y quieren verte.
[21] Él, en respuesta, les dijo:
—Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de
Dios y la cumplen.

La tempestad calmada

(8,22-25)

(Mt 8,23-27; Mc 4,35-

22 Un día, subió él a una barca con sus discípulos y les dijo:
—Crucemos a la otra orilla del lago.
Y partieron. 23 Mientras ellos navegaban, se durmió. Y se desencadenó una tempestad de viento en el lago, de modo que se llenaban de agua y corrían peligro.
24 Se le acercaron para despertarle diciendo:
—¡Maestro, Maestro, que perecemos!
Puesto en pie, increpó al viento y a las olas, que cesaron; y sobrevino la calma. 25 Entonces les dijo:
—¿Dónde está vuestra fe?
Ellos, llenos de temor, se asombraron y se decían unos a otros:
—¿Quién es éste que manda a los vientos y al agua, y le obedecen?

El endemoniado de Gerasa
(8,26-39)
(Mt 8,28-34; Mc 5,1-20)

26 Navegaron hasta la región de los gerasenos, que está al otro lado, enfrente de Galilea. 27 Y cuando saltó a tierra, vino a su encuentro un hombre de la ciudad endemoniado; desde hacía mucho tiempo no llevaba ropa, ni habitaba en casas sino en los sepulcros. 28 Al ver a Jesús, cayó ante él gritando y dijo con gran voz:
—¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te suplico que no me atormentes.
29 Pues Jesús mandaba al espíritu impuro que saliera de aquel hombre; porque muchas veces se apoderaba de él, y aunque le sujetaban con cadenas y le ponían grillos para custodiarle, rotas las ataduras, era impulsado por el demonio al desierto.
30 Jesús le preguntó:
—¿Cuál es tu nombre? Él dijo:
—Legión –porque habían entrado en él muchos demonios.
31 Y le suplicaban que no les ordenase ir al abismo.
32 Había por allí una gran piara de cerdos que estaban paciendo en el monte; y le suplicaron que les permitiese entrar en ellos. Y se lo permitió. 33 Los demonios salieron del hombre y entraron en los cerdos; y la piara se lanzó corriendo por la pendiente hacia el lago y se ahogó. 34 Al ver los porqueros lo ocurrido, huyeron, y lo contaron por la ciudad y por los campos. 35Salieron a ver lo que había pasado, llegaron hasta Jesús, y encontraron al hombre del que habían salido los demonios,

(Mt 9,18-26; Mc 5,21-

sentado a los pies de Jesús, vestido y en su sano juicio, y les entró
miedo. 36 Los que lo habían presenciado les contaron cómo había sido
salvado el endemoniado.
37 Y toda la gente de la región de los gerasenos le pidió que se alejara de
ellos, porque estaban sobrecogidos de temor. Él subió a la barca y se
volvió. 38 El hombre
de quien habían salido los demonios le pedía quedarse con él; pero lo
despidió
diciendo
:

39 —Vuelve a tu casa y cuenta las grandes cosas que Dios ha hecho
contigo.
Y se marchó proclamando por toda la ciudad lo que Jesús había hecho
con él.

Resurrección de la hija de Jairo y curación de la hemorroisa (8,40-56)

(Mt 9,18-26; Mc 5,21-

40 Al volver Jesús le recibió la muchedumbre, porque todos estaban
esperándole. 41 Entonces llegó un hombre, llamado Jairo, que era jefe de
la sinagoga, y se postró a los pies de Jesús suplicándole que entrase en su
casa, 42 porque tenía una hija única de unos doce años que se estaba
muriendo. Mientras iba, la multitud le apretujaba. 43 Y una mujer que tenía
un flujo de sangre desde hacía doce años y que había gastado toda su
hacienda en médicos sin que ninguno hubiese podido curarla 44 se acercó
por detrás, le tocó el borde del manto y al instante cesó el flujo de sangre.
45 Entonces dijo Jesús:
—¿Quién es el que me ha
tocado? Al negarlo todos, dijo
Pedro:
—Maestro, la muchedumbre te aprieta y te empuja.
46 Pero Jesús dijo:
—Alguien me ha tocado, porque yo me he dado cuenta de que una
fuerza ha salido de mí.
47 Viendo la mujer que aquello no había quedado oculto, se acercó
temblando, se postró ante él y declaró delante de todo el pueblo la causa
por la que
le había tocado, y cómo al instante había quedado curada. 48 Él entonces
le dijo:
—Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz. 49 Todavía estaba él
hablando,
cuando vino uno de la casa del jefe de la sinagoga diciendo:
—Tu hija ha muerto, no molestes más al Maestro.
50 Al oírlo Jesús, le respondió:
—No temas, tan sólo ten fe y se salvará.
51 Cuando llegó a la casa, no permitió que nadie entrara con él,
excepto
Pedro, Juan y Santiago, y el padre y la madre de la niña. 52 Todos lloraban
y se
lamentaban por ella. Pero él dijo:
—No lloréis; no ha muerto, sino que duerme.
53 Y se burlaban de él, sabiendo que estaba muerta. 54 Él, tomándola
de la
mano, dijo en voz alta:
—Niña, levántate.
55 Volvió a ella su espíritu y al instante se levantó, y Jesús mandó
que le dieran de comer. 56 Y sus padres quedaron asombrados; pero él
les ordenó que no
dijeran a nadie lo que había sucedido.

V. VIAJE DE JESÚS CON SUS APÓSTOLES

(9,1-
50)

Misión de los Apóstoles

(9,1-6)

(Mt 10,5-15; Mc 6,6-
13)

9

1 Convocó a los doce y les dio poder y potestad sobre todos los
demonios, y para curar enfermedades. 2 Los envió a predicar el Reino de
Dios y a sanar a los enfermos. 3 Y les dijo:
—No llevéis nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni
dinero, ni tengáis dos túnicas. 4 En cualquier casa que entréis, quedaos
allí hasta que de allí

os vayáis. 5 Y si nadie os acoge, al salir de aquella ciudad, sacudíos el
polvo de los pies en testimonio contra ellos.
6 Se marcharon y pasaban por las aldeas evangelizando y curando
por todas
partes.

Opinión de Herodes sobre Jesús
(9,7-9)
(Mt 14,1-2; Mc 6,14-
16)

7 El tetrarca Herodes oyó todo lo que ocurría y estaba perplejo,
porque unos decían que Juan había resucitado de entre los muertos, 8
otros que Elías había aparecido, otros que había resucitado alguno de los
antiguos profetas. 9 Y dijo Herodes:
—A Juan lo he decapitado yo, ¿quién es, entonces, éste del que
oigo tales cosas?
Y deseaba verlo.

Regreso de los Apóstoles. Multiplicación de los panes
(9,10-17)
(Mt 14,13-21; Mc 6,30-44; Jn 6,1-
15)

10 Cuando volvieron los apóstoles, le contaron todo lo que habían
hecho; y, tomándolos consigo, se retiró aparte hacia una ciudad llamada
Betsaida. 11 Cuando la gente se dio cuenta, le siguió. Y les acogió y les
hablaba del Reino de Dios, y sanaba a los que tenían necesidad.
12 Empezaba a declinar el día, y se acercaron los doce para decirle:
—Despide a la muchedumbre, para que se vayan a los pueblos y
aldeas de alrededor, a buscar albergue y a proveerse de alimentos;
porque aquí estamos en un lugar desierto.
13 Él les dijo:
—Dadles vosotros de
comer. Pero ellos dijeron:
—No tenemos más que cinco panes y dos peces, a no ser que
vayamos
nosotros y compremos comida para todo este gentío 14 –había unos cinco
mil
hombres.
Entonces les dijo a sus discípulos:
—Hacedlos sentar en grupos de cincuenta.
15 Así lo hicieron, y acomodaron a todos.
16 Tomando los cinco panes y los dos peces, levantó los ojos al cielo
y
pronunció la bendición sobre ellos, los partió y empezó a dárselos a sus
discípulos,
para que los distribuyeran entre la muchedumbre. 17 Comieron hasta que
todos
quedaron satisfechos. Y de los trozos que sobraron, ellos recogieron doce
cestos.

Confesión de San Pedro

(9,18-21)
(Mt 16,13-20; Mc 8,27-30)

18 Cuando estaba haciendo oración a solas, y se encontraban
con él los discípulos, les preguntó:
—¿Quién dicen las gentes que soy yo?
19 Ellos respondieron:
—Juan el Bautista. Pero hay quienes dicen que Elías, y otros que ha

resucitado uno de los antiguos profetas.
20 Pero él les dijo:
—Y vosotros ¿quién decís que soy
yo? Respondió Pedro:
—El Cristo de Dios.
21 Pero él les amonestó y les ordenó que no dijeran esto a nadie.

Jesús predice su Pasión y su Gloria
Necesidad de la abnegación para seguir a Jesús
(9,22-27)

(Mt 16,21-28; Mc 8,31-9,1)

22 Y añadió que el Hijo del Hombre debía padecer mucho y ser
rechazado por causa de los ancianos, de los príncipes de los sacerdotes y
de los escribas, y ser llevado a la muerte y resucitar al tercer día.
23 Y les decía a todos:
—Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que
tome su
cruz cada día, y que me siga. 24 Porque el que quiera salvar su vida la
perderá; pero
el que pierda su vida por mí, ése la salvará.
25 »Porque ¿de qué le sirve al hombre haber ganado el mundo
entero si se destruye a sí mismo o se pierde? 26 Porque quien se
avergüence de mí y de mis
palabras, de él se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su
gloria y en la
del Padre y en la de los santos ángeles. 27 Os aseguro de verdad que hay
algunos
de los aquí presentes que no sufrirán la muerte hasta que vean el Reino de
Dios.

La Transfiguración
(9,28-36)

(Mt 17,1-9; Mc 9,2-13)

28 Unos ocho días después de estas palabras, se llevó con él a Pedro,
a Juan y a Santiago y subió a un monte para orar. 29 Mientras él oraba,
cambió el aspecto de su rostro, y su vestido se volvió blanco y muy
brillante. 30 En esto, dos hombres comenzaron a hablar con él: eran
Moisés y Elías 31 que, aparecidos en forma gloriosa, hablaban de la salida
de Jesús que iba a cumplirse en Jerusalén. 32 Pedro
y los que estaban con él se encontraban rendidos por el sueño. Y al
despertar,
vieron su gloria y a los dos hombres que estaban a su lado. 33 Cuando
éstos se
apartaron de él, le dijo Pedro a Jesús:
—Maestro, qué bien estamos aquí; hagamos tres tiendas: una
para ti, otra para Moisés y otra para Elías –pero no sabía lo que decía.
34 Mientras así hablaba, se formó una nube y los cubrió con su

sombra. Al entrar ellos en la nube, se atemorizaron. 35 Y se oyó una voz desde la nube que
decía:
—Éste es mi Hijo, el elegido: escuchadle.
36 Cuando sonó la voz, se quedó Jesús solo. Ellos guardaron silencio, y a
nadie dijeron por entonces nada de lo que habían
visto.

Curación del muchacho lunático
(9,37-43)
(Mt 17,14-20; Mc 9,14-29)

37 Sucedió al día siguiente que, al bajar ellos del monte, le salió al encuentro

una gran muchedumbre. 38 Y en medio de ella un hombre clamó diciendo:
—Maestro, te ruego que veas a mi hijo, porque es el único que tengo:
39 un
espíritu se apodera de él, y enseguida grita, le hace retorcerse entre
espumarajos y
a duras penas se aparta de él, dejándolo maltrecho. 40 Y les he rogado a
tus
discípulos que lo expulsen, pero no han podido.
41 Jesús contestó:
—¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo tendré que estar entre vosotros y soportaros? Trae aquí a tu hijo.
42 Y al acercarse, el demonio lo revolcó por el suelo y le hizo retorcerse. Entonces Jesús increpó al espíritu impuro y curó al niño, devolviéndolo a su padre.
43 Todos quedaron asombrados de la grandeza de Dios.

Segundo anuncio de la Pasión
(9,43-45)
(Mt 17,22-27; Mc 9,30-32)

Y estando todos admirados por cuantas cosas hacía, dijo a sus discípulos:
44 —Grabad en vuestros oídos estas palabras: el Hijo Hombre va a ser entregado en manos de los hombres. 45 Pero ellos no entendían este
lenguaje, y les
resultaba tan oscuro, que no lo comprendían; y temían preguntarle sobre este
asunto.

Humildad y tolerancia
(9,46-50)
(Mt 18,1-14; Mc 9,33-50)

46 Les vino al pensamiento cuál de ellos sería el mayor. 47 Pero Jesús, conociendo los pensamientos de sus corazones, acercó a un niño, lo puso
a su lado
48 y les dijo:
—El que reciba a este niño en mi nombre, a mí me recibe; y quien me recibe a mí, recibe al que me ha enviado: pues el menor entre todos vosotros, ése es el mayor.
49 Entonces dijo Juan:
—Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre, y se lo hemos prohibido, porque no viene con nosotros.
50 Y Jesús le dijo:
—No se lo prohibáis, pues el que no está contra vosotros con vosotros está.

SEGUNDA PARTE
MINISTERIO EN LA SUBIDA A JERUSALÉN

(§ 9,51-19,27)

VI. INICIO DEL VIAJE

(9,51-10,24)

Los samaritanos no reciben a Jesús

(9,51-56)

51 Y cuando iba a cumplirse el tiempo de su partida, Jesús decidió
firmemente marchar hacia Jerusalén. 52 Y envió por delante a unos
mensajeros, que entraron en

una aldea de samaritanos para prepararle hospedaje, 53 pero no le
acogieron porque llevaba la intención de ir a Jerusalén. 54 Al ver esto, sus
discípulos Santiago y Juan le dijeron:
—Señor, ¿quieres que digamos que *baje fuego del cielo y los consuma*?
55 Pero él se volvió hacia ellos y les reprendió. 56 Y se fueron a otra
aldea.

Exigencias para el que sigue a Jesús
(9,57-62)
(Mt 8,18-22)

57 Mientras iban de camino, uno le dijo:
—Te seguiré adonde vayas.
58 Jesús le dijo:
—Las zorras tienen sus guaridas y los pájaros del cielo sus nidos,
pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza.
59 A otro le dijo:
—Sígueme.
Pero éste contestó:
—Señor, permíteme ir primero a enterrar a mi padre.
60 —Deja a los muertos enterrar a sus muertos –le respondió Jesús–;
tú vete
a anunciar el Reino de Dios.
61 Y otro dijo:
—Te seguiré, Señor, pero primero permíteme despedirme de los de
mi casa.
62 Jesús le dijo:
—Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es apto
para el
Reino de Dios.

Misión de los setenta y dos discípulos (10,1-12)

10

1 Después de esto designó el Señor a otros setenta y dos, y los envió de
dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar adonde él había de ir. 2 Y
les decía:
—La mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, por tanto, al
señor de la
mies que envíe obreros a su mies. 3 Id: mirad que yo os envío como
corderos en medio de lobos. 4No llevéis bolsa ni alforja ni sandalias, y no
saludéis a nadie por el camino. 5 En la casa en que entréis decid primero:
«Paz a esta casa». 6 Y si allí
hubiera algún hijo de la paz, descansará sobre él vuestra paz; de lo
contrario,
retornará a vosotros. 7 Permaneced en la misma casa comiendo y
bebiendo de lo que tengan, porque el que trabaja merece su salario. No
vayáis de casa en casa. 8 Y en la ciudad donde entréis y os reciban, comed

lo que os pongan; [9] curad a los enfermos que haya en ella y decidles: «El
Reino de Dios está cerca de vosotros».
[10]Pero en la ciudad donde entréis y no os acojan, salid a sus plazas y decid:
[11]
«Hasta el polvo de vuestra ciudad que se nos ha pegado a los pies lo
sacudimos
contra vosotros; pero sabed esto: el Reino de Dios está cerca». [12] Os digo
que en
aquel día Sodoma será tratada con menos rigor que aquella ciudad.

Jesús increpa a las ciudades incrédulas (10,13-16)

(Mt 11,20-24)

13 »¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón hubieran sido realizados los milagros que se han obrado en vosotras, hace tiempo que habrían hecho penitencia sentados en saco y ceniza. 14 Sin embargo, en el Juicio Tiro y Sidón serán tratadas con menos rigor que vosotras.

15 »Y tú, Cafarnaún, ¿acaso *serás exaltada hasta el cielo? ¡Hasta los infiernos vas a descender!*

16 »Quien a vosotros os oye, a mí me oye; quien a vosotros os desprecia, a mí me desprecia; y quien a mí me desprecia, desprecia al que me ha enviado.

Regreso de la misión
(10,17-20)

17 Volvieron los setenta y dos llenos de alegría diciendo:
—Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre.
18 Él les dijo:
—Veía yo a Satanás caer del cielo como un rayo. 19 Mirad, os he dado potestad para aplastar serpientes y escorpiones y sobre cualquier poder del enemigo, de manera que nada podrá haceros daño. 20 Pero no os alegréis de que los espíritus se os sometan; alegraos más bien de que vuestros nombres están escritos en el cielo.

Acción de gracias de Jesús
(10,21-24)
(Mt 11,25-30)

21 En aquel mismo momento se llenó de gozo en el Espíritu Santo y dijo:
—Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. 22 Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre, ni quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo.

23 Y volviéndose hacia los discípulos les dijo aparte:
—Bienaventurados los ojos que ven lo que estáis viendo. 24 Pues os aseguro que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros estáis viendo y no lo vieron; y oír lo que estáis oyendo y no lo oyeron.

VII. AMPLIACIÓN DE LAS ENSEÑANZAS
(10,25-11,54)

Parábola del buen samaritano
(10,25-37)
(Mt 22,34-40; Mc 12,28-34)

25 Entonces un doctor de la Ley se levantó y dijo para tentarle:
—Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?
26 Él le contestó:
—¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees tú?
27 Y éste le respondió:
—*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas* y con toda tu mente, y *a tu prójimo como a ti mismo*.

28 Y le dijo:
—Has respondido bien: haz esto y vivirás.
29 Pero él, queriendo justificarse, le dijo a Jesús:
—¿Y quién es mi prójimo?
30 Entonces Jesús, tomando la palabra, dijo:
—Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos salteadores que, después de haberle despojado, le cubrieron de heridas y se
marcharon, dejándolo medio muerto. 31 Bajaba casualmente por el mismo camino un sacerdote y, al verlo, pasó de largo. 32 Igualmente, un levita llegó cerca de aquel lugar y, al verlo, también pasó de largo. 33Pero un samaritano que iba de viaje se llegó hasta él y, al verlo, se llenó de compasión. 34 Se acercó y le vendó las heridas
echando en ellas aceite y vino. Lo montó en su propia cabalgadura, lo condujo a la
posada y él mismo lo cuidó. 35 Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: «Cuida de él, y lo que gastes de más te lo daré a mi vuelta». 36
¿Cuál de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los
salteadores?
37 Él le dijo:
—El que tuvo misericordia con él.
—Pues anda –le dijo Jesús–, y haz tú lo mismo.

Marta y María acogen a Jesús
(10,38-42)

38 Cuando iban de camino entró en cierta aldea, y una mujer que se llamaba Marta le recibió en su casa. 39 Tenía ésta una hermana llamada María que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra. 40 Pero Marta andaba afanada con numerosos quehaceres y poniéndose delante dijo:
—Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en las tareas de servir? Dile entonces que me ayude.
41 Pero el Señor le respondió:
—Marta, Marta, tú te preocupas y te inquietas por muchas cosas. 42 Pero una
sola cosa es necesaria: María ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada.

El Padrenuestro
(11,1-4)
(Mt 6,9-13)

11

1 Estaba haciendo oración en cierto lugar. Y cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos:
—Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos.

2 Él les respondió:
—Cuando oréis,
decid: Padre,
santificado sea tu
Nombre, venga tu
Reino;
3 sigue dándonos cada día nuestro pan cotidiano;
4 y perdónanos nuestros pecados,

puesto que también nosotros
perdonamos a todo el que nos
debe;
y no nos pongas en tentación.

Eficacia de la oración
(11,5-13)
(Mt 7,7-11)

5 Y les dijo:
—¿Quién de vosotros que tenga un amigo y acuda a él a media noche y le diga: «Amigo, préstame tres panes, 6 porque un amigo mío me ha llegado de viaje y no tengo qué ofrecerle», 7 le responderá desde dentro: «No me molestes, ya está cerrada la puerta; los míos y yo estamos acostados; no puedo levantarme a dártelos»? 8 Os digo que, si no se levanta a dárselos por ser su amigo, al menos por su impertinencia se levantará para darle cuanto necesite.
9 »Así pues, yo os digo: pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá; 10 porque todo el que pide, recibe; y el que busca, encuentra; y al que
llama, se le abrirá.
11 »¿Qué padre de entre vosotros, si un hijo suyo le pide un pez, en lugar de un pez le da una serpiente? 12 ¿O si le pide un huevo, le da un escorpión? 13 Pues
si vosotros, siendo malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿cuánto más el
Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?

Expulsión de los demonios y Reino de Dios
(11,14-26)
(Mt 12,22-37; 43-45; Mc 3,22-27)

14 Estaba expulsando un demonio que era mudo. Y cuando salió el demonio, habló el mudo y la multitud se quedó admirada; 15 pero algunos de ellos dijeron:
—Expulsa los demonios por Beelzebul, el príncipe de los demonios.
16 Y otros, para tentarle, le pedían una señal del cielo. 17 Pero él, que conocía
sus pensamientos, les replicó:
—Todo reino dividido contra sí mismo queda desolado y cae casa contra
casa. 18 Si también Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo se sostendrá su reino? Puesto que decís que expulso los demonios por Beelzebul. 19 Si yo expulso
los demonios por Beelzebul, vuestros hijos ¿por quién los expulsan? Por eso, ellos
mismos serán vuestros jueces. 20 Pero si yo expulso los demonios por el dedo de
Dios, es que el Reino de Dios ha llegado a vosotros.
21 »Cuando uno que es fuerte y está bien armado custodia su palacio, sus bienes están seguros; 22 pero si llega otro más fuerte y le

vence, le quita las armas
en las que confiaba y reparte su botín.
23 »El que no está conmigo está contra mí, y el que no recoge conmigo,
desparrama.
24 »Cuando el espíritu impuro ha salido de un hombre, vaga por lugares
áridos en busca de descanso, pero al no encontrarlo dice: «Me volveré a mi casa, de
donde salí». 25 Y al llegar la encuentra bien barrida y en orden. 26 Entonces va,
toma otros siete espíritus peores que él, y entrando se instalan allí, con
lo que la situación última de aquel hombre resulta peor que la primera.

Exigencia de la palabra de Dios
(11,27-28)
(Lc 8,19-21)

27 Mientras él estaba diciendo todo esto, una mujer de en
medio de la multitud, alzando la voz, le dijo:
—Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron.
28 Pero él replicó:
—Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de
Dios y la guardan.

La señal de Jonás (11,29-32)
(Mt 12,38-42)

29 Habiéndose reunido una gran muchedumbre, comenzó a decir:
—Esta generación es una generación perversa; busca una señal y no se le
dará otra señal que la de Jonás. 30 Porque, así como Jonás fue señal para los
habitantes de Nínive, del mismo modo lo será también el Hijo del Hombre para esta
generación. 31 La reina del Sur se levantará en el Juicio contra los hombres de esta
generación y los condenará: porque vino de los confines de la tierra para oír la
sabiduría de Salomón, y daos cuenta de que aquí hay algo más que Salomón. 32
Los hombres de Nínive se levantarán en el Juicio contra esta
generación y la condenarán: porque ellos se convirtieron ante la
predicación de Jonás, y daos cuenta de que aquí hay algo más que
Jonás.

Luz del cuerpo, luz del alma (11,33-36)
(Mt 5,15; 6,22-23)

33 »Nadie que ha encendido una lámpara la pone en un sitio oculto
ni debajo de un celemín, sino sobre un candelero, para que los que entren
vean la luz. 34 La lámpara del cuerpo es tu ojo. Cuando tú ojo es sencillo,
todo tu cuerpo también está iluminado. Pero cuando tu ojo es malicioso,
también tu cuerpo queda en tinieblas. 35
Mira, por tanto, no sea que la luz que hay en ti sea tinieblas. 36 Y si todo tu cuerpo
está iluminado, sin que haya en él parte alguna oscura, todo él estará
iluminado como cuando la lámpara te ilumina con su resplandor.

Reproches a escribas y fariseos (11,37-54)
(Mt 23,1-36)

37 Cuando terminó de hablar, cierto fariseo le rogó que comiera en
su casa. Entró y se puso a la mesa. 38 El fariseo se quedó extrañado al

ver que Jesús no se había lavado antes de la comida. [39]Pero el Señor le dijo:

—Así que vosotros, los fariseos, limpiáis por fuera la copa y el plato, pero
vuestro interior está lleno de rapiña y de maldad. [40] ¡Insensatos! ¿Acaso quien hizo lo de fuera no ha hecho también lo de dentro? [41] Dad, más bien, limosna de lo que guardáis dentro, y así todo será puro para vosotros. [42] Pero, ¡ay de vosotros,
fariseos, que pagáis el diezmo de la menta, de la ruda y de todas las legumbres,
pero despreciáis la justicia y el amor de Dios! ¡Hay que hacer esto sin descuidar lo otro!

[43] »¡Ay de vosotros, fariseos, porque apetecéis los primeros asientos en las
sinagogas y que os saluden en las plazas!

[44] »¡Ay de vosotros, que sois como sepulcros disimulados, sobre los que

pasan los hombres sin saberlo!
45 Entonces, cierto doctor de la Ley, tomando la palabra, le replica:
—Maestro, diciendo tales cosas nos ofendes también a nosotros.
46 Pero él dijo:
—¡Ay también de vosotros, los doctores de la Ley, porque imponéis a los hombres cargas insoportables, pero vosotros ni con uno de vuestros dedos las tocáis!
47 »¡Ay de vosotros, que edificáis los sepulcros de los profetas, después que vuestros padres los mataron! 48 Así pues, sois testigos de las obras de vuestros
padres y consentís en ellas, porque ellos los mataron, y vosotros edificáis sus
sepulcros. 49 Por eso dijo la sabiduría de Dios: «Les enviaré profetas y apóstoles, y
a algunos los matarán y perseguirán, 50 para que se pida cuentas a esta generación de la sangre de todos los profetas derramada desde la creación del mundo, 51
desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, asesinado entre el altar y el
Templo». Sí, os lo aseguro: se le pedirán cuentas a esta generación.
52 »¡Ay de vosotros, doctores de la Ley, porque os habéis apoderado de la
llave de la sabiduría! Vosotros no habéis entrado y a los que querían entrar se lo habéis impedido.
53 Cuando salió de allí, los escribas y fariseos comenzaron a atacarle con furia y a acosarle a preguntas sobre muchas cosas, 54 acechándole para cazarle en
alguna palabra.

VIII. ANUNCIO ESCATOLÓGICO (12,1-14,35)

Varias enseñanzas de Jesús (12,1-12) (Mt 10,16-42)

12

1 En esto, habiéndose reunido una muchedumbre de miles de personas, hasta atropellarse unos a otros, comenzó a decir sobre todo a sus discípulos:
—Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. 2 Nada hay oculto que no sea descubierto, ni secreto que no llegue a saberse. 3 Porque cuanto
hayáis dicho en la oscuridad será escuchado a la luz; cuanto hayáis hablado al oído
bajo techo será pregonado sobre los terrados.
4 »A vosotros, amigos míos, os digo: no tengáis miedo a los que matan el cuerpo y después de esto no pueden hacer nada más. 5 Os

enseñaré a quién tenéis
que temer: temed al que después de dar muerte tiene potestad para arrojar en el
infierno. Sí, os digo: temed a éste. 6 ¿No se venden cinco pajarillos por
dos ases? Pues bien, ni uno solo de ellos queda olvidado ante Dios. 7 Aún más, hasta los
cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No tengáis miedo: valéis más que
muchos pajarillos.
8 »Os digo, pues: a todo el que me confiese delante de los hombres,
también el Hijo del Hombre le confesará delante de los ángeles de Dios. 9 Pero el que me
niegue ante los hombres, será negado ante los ángeles de Dios.
10 »A todo el que diga una palabra contra el Hijo del Hombre se le
perdonará;

pero al que blasfeme contra el Espíritu Santo no se le perdonará.
11 »Cuando os lleven a las sinagogas, y ante los magistrados y
las autoridades, no os preocupéis de cómo defenderos, o qué tenéis
que decir, 12
porque el Espíritu Santo os enseñará en aquella hora qué es lo que hay que
decir.

La parábola del rico insensato
(12,13-21)

13 Uno de entre la multitud le dijo:
—Maestro, di a mi hermano que reparta la herencia conmigo.
14 Pero él le respondió:
—Hombre, ¿quién me ha constituido juez o encargado de
repartir entre vosotros?
15 Y añadió:
—Estad alerta y guardaos de toda avaricia; porque aunque
alguien tenga abundancia de bienes, su vida no depende de lo que
posee.
16 Y les propuso una parábola diciendo:
—Las tierras de cierto hombre rico dieron mucho fruto. 17 Y se puso a
pensar
para sus adentros: «¿Qué puedo hacer, ya que no tengo dónde guardar mi
cosecha?» 18Y se dijo: «Esto haré: voy a destruir mis graneros, y
construiré otros mayores, y allí guardaré todo mi trigo y mis bienes. 19
Entonces le diré a mi alma:
“Alma, ya tienes muchos bienes almacenados para muchos años.
Descansa, come,
bebe, pásalo bien”». 20 Pero Dios le dijo: «Insensato, esta misma noche
te van a reclamar el alma; lo que has preparado, ¿para quién será?» 21
Así ocurre al que
atesora para sí y no es rico ante Dios.

Abandono en la Providencia de Dios
(12,22-34)
(Mt 6,19-
34)

22 Les dijo a sus discípulos:
—Por eso os digo: no estéis preocupados por vuestra vida: qué vais a
comer;
o por vuestro cuerpo: con qué os vais a vestir. 23 Porque la vida vale
más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido. 24 Fijaos en los
cuervos: no siembran ni
siegan; no tienen despensa ni granero, pero Dios los alimenta. ¡Cuánto más
valéis
vosotros que los pájaros! 25 ¿Quién de vosotros por mucho que cavile
puede añadir un codo a su estatura? 26 Si no podéis ni lo más pequeño,
¿por qué os preocupáis por las demás cosas? 27 Contemplad los lirios,
cómo crecen; no se fatigan ni hilan, y yo os digo que ni Salomón en toda
su gloria pudo vestirse como uno de ellos. 28 Y si
a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, Dios la viste

así,
¡cuánto más a vosotros, hombres de poca fe! [29] Así, vosotros no andéis
buscando qué comer o qué beber, y no estéis inquietos. [30] Por todas esas
cosas se afanan las gentes del mundo. Bien sabe vuestro Padre que estáis
necesitados de ellas. [31]
Buscad más bien su Reino, y esas cosas se os añadirán.
[32] »No temáis, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a
bien daros el Reino. [33] Vended vuestros bienes y dad limosna. Haceos
bolsas que no
envejecen, un tesoro que no se agota en el cielo, donde el ladrón no llega
ni la
polilla corroe. [34] Porque donde está vuestro tesoro, allí estará vuestro
corazón.

Exhortación a la vigilancia y parábola del administrador (12,35-48)

(Mt 24,42-51)

35 «Tened ceñidas vuestras cinturas y encendidas las lámparas, 36 y
estad como quienes aguardan a su amo cuando vuelve de las nupcias,
para abrirle al instante en cuanto venga y llame. 37 Dichosos aquellos
siervos a los que al volver su amo los encuentre vigilando. En verdad os
digo que se ceñirá la cintura, les hará sentar a la mesa y acercándose les
servirá. 38 Y si viniese en la segunda vigilia o en la tercera, y los
encontrase así, dichosos ellos. 39 Sabed esto: si el dueño de la casa
conociera a qué hora va a llegar el ladrón, no permitiría que se horadase
su casa. 40
Vosotros estad también preparados, porque a la hora que menos penséis
vendrá el
Hijo del Hombre.
41 Y le preguntó Pedro:
—Señor, ¿dices esta parábola por nosotros o por todos?
42 El Señor respondió:
—¿Quién es, pues, el administrador fiel y prudente a quien el amo
pondrá al
frente de la casa para dar la ración adecuada a la hora debida? 43
Dichoso aquel siervo a quien su amo cuando vuelva encuentre obrando
así. 44 En verdad os digo que le pondrá al frente de toda su hacienda. 45
Pero si ese siervo dijera en sus
adentros: «Mi amo tarda en venir», y comenzase a golpear a los criados y
criadas, a
comer, a beber y a emborracharse, 46 llegará el amo de aquel siervo el día
menos
pensado, a una hora imprevista, lo castigará duramente y le dará el pago
de los que
no son fieles. 47 El siervo que, conociendo la voluntad de su amo, no fue
previsor ni actuó conforme a la voluntad de aquél, recibirá muchos azotes;
48 en cambio, el que
sin saberlo hizo algo digno de castigo, recibirá pocos azotes. A todo el que
se le ha
dado mucho, mucho se le exigirá, y al que le encomendaron mucho,
mucho le pedirán.

Jesús como signo de contradicción
(12,49-53)
(Mt 10,34-36)

49 »Fuego he venido a traer a la tierra, y ¿qué quiero sino que ya
arda? 50
Tengo que ser bautizado con un bautismo, y ¡qué ansias tengo hasta que
se lleve a
cabo! 51 ¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? No, os digo, sino
división. 52
Pues desde ahora, habrá cinco en una casa divididos: tres contra dos y dos
contra
tres, 53 se dividirán el padre contra el hijo y *el hijo contra el padre*, la

madre contra la
hija y *la hija contra la madre*, la suegra contra la nuera y la *nuera contra la suegra*.

Saber discernir (12,54-59)
(Mt 5,25-26; 16,2-3)

54 Decía a las multitudes:
—Cuando veis que sale una nube por el poniente, enseguida decís:
«Va a
llover», y así sucede. 55 Y cuando sopla el sur, decís: «Viene bochorno», y
también sucede. 56 ¡Hipócritas! Sabéis interpretar el aspecto del cielo y de
la tierra: entonces,
¿cómo es que no sabéis interpretar este tiempo? 57 ¿Por qué no sabéis
descubrir
por vosotros mismos lo que es justo?
58 »Cuando vayas con tu adversario al magistrado, procura
ponerte de
acuerdo con él en el camino, no sea que te obligue a ir al juez, y el juez te
entregue

al alguacil, y el alguacil te meta en la cárcel. 59 Te aseguro que no
saldrás de allí hasta que pagues el último céntimo.

Necesidad de la conversión (13,1-5)

13

1 Estaban presentes en aquel momento unos que le contaban lo de los
galileos, cuya sangre mezcló Pilato con la de sus sacrificios. 2 Y en
respuesta les dijo:
—¿Pensáis que estos galileos eran más pecadores que todos los
galileos,
porque padecieron tales cosas? 3 No, os lo aseguro; pero si no os
convertís, todos pereceréis igualmente. 4 O aquellos dieciocho sobre los
que cayó la torre de Siloé y
los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que
vivían en
Jerusalén? 5 No, os lo aseguro; pero si no os convertís, todos pereceréis
igualmente.

Parábola de la higuera estéril
(13,6-9)

6 Les decía esta parábola:
—Un hombre tenía una higuera plantada en su viña y fue a
buscar en ella fruto y no lo encontró.
7 Entonces le dijo al viñador: «Mira, hace tres años que vengo a
buscar fruto en esta higuera sin encontrarlo; córtala, ¿para qué va a
ocupar terreno en balde?» 8
Pero él le respondió: «Señor, déjala también este año hasta que cave a su
alrededor
y eche estiércol, 9 por si produce fruto; si no, ya la cortarás».

Jesús cura a una mujer en sábado
(13,10-17)

10 Un sábado estaba enseñando en una de las sinagogas. 11 Y había
allí una mujer poseída por un espíritu, enferma desde hacía dieciocho
años, y estaba encorvada sin poder enderezarse de ningún modo. 12 Al
verla Jesús, la llamó y le dijo:
—Mujer, quedas libre de tu enfermedad.
13 Y le impuso las manos, y al instante se enderezó y glorificaba a
Dios.
14 Tomando la palabra el jefe de la sinagoga, indignado porque Jesús
curaba
en sábado, decía a la muchedumbre:
—Hay seis días para trabajar; venid, pues, en ellos a ser curados, y
no un día de sábado.
15 El Señor le respondió:
—¡Hipócritas!, cualquiera de vosotros ¿no suelta del pesebre en
sábado su

buey o su asno y lo lleva a beber? 16 Y a ésta, que es hija de Abrahán, a la que
Satanás ató hace ya dieciocho años, ¿no había que soltarla de esta atadura aun un día de sábado?
17 Y cuando decía esto, quedaban avergonzados todos sus adversarios, y
toda la gente se alegraba por todas las maravillas que hacía.

Parábolas del grano de mostaza y de la levadura
(13,18-21)
(Mt 13,31-35; Mc 4,30-32)

18 Y decía:
—¿A qué se parece el Reino de Dios y con qué lo compararé? 19 Es como un
grano de mostaza, que tomó un hombre y lo echó en su huerto, y
creció y llegó a hacerse un árbol, y las aves del cielo anidaron en sus
ramas.
20 Y dijo también:
—¿Con qué compararé el Reino de Dios? 21 Es como la levadura que tomó
una mujer y la mezcló con tres medidas de harina hasta que fermentó todo.

La puerta angosta
(13,22-30)
(Mt 7,13-14.21-23)

22 Y recorría ciudades y aldeas enseñando, mientras caminaba hacia
Jerusalén. 23 Y uno le dijo:
—Señor, ¿son pocos los que se salvan? Él les contestó:
24 —Esforzaos para entrar por la puerta angosta, porque muchos,
os digo, intentarán entrar y no podrán. 25 Una vez que el dueño de la casa haya entrado y
haya cerrado la puerta, os quedaréis fuera y empezaréis a golpear la puerta,
diciendo: «Señor, ábrenos». Y os responderá: «No sé de dónde sois». 26 Entonces
empezaréis a decir: «Hemos comido y hemos bebido contigo, y has enseñado en
nuestras plazas». 27 Y os dirá: «No sé de dónde sois; apartaos de mí todos
los servidores de la iniquidad». 28 Allí habrá llanto y rechinar de dientes, cuando veáis a
Abrahán y a Isaac y a Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios, mientras
que vosotros sois arrojados fuera. 29 Y vendrán de oriente y de occidente y
del norte y del sur y se sentarán a la mesa en el Reino de Dios. 30 Pues hay últimos que
serán primeros, y primeros que serán últimos.

Respuesta de Jesús a Herodes
(13,31-35)

31 En aquel momento se acercaron algunos fariseos diciéndole:
—Sal y aléjate de aquí, porque Herodes te quiere matar.
32 Y les dijo:
—Id a decir a ese zorro: «Mira: expulso demonios y realizo curaciones hoy y
mañana, y al tercer día acabo. 33 Pero es necesario que yo siga mi camino hoy y
mañana y al día siguiente, porque no es posible que un profeta muera fuera de
Jerusalén».

Queja contra Jerusalén
(Mt 23,37-39)

34 »¡Jerusalén, Jerusalén!, que matas a los profetas y lapidas a los
que te son enviados. Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la
gallina a sus polluelos bajo las alas, y no quisiste. 35 Mirad que *vuestra
casa se os va a quedar desierta*.
Os aseguro que no me veréis hasta que llegue el día en que digáis:
Bendito el que viene en nombre del Señor.

Jesús cura a un hidrópico en sábado
(14,1-6)

14

1 Un sábado, entró él a comer en casa de uno de los principales fariseos
y ellos le estaban observando. 2 Y resultó que delante de él había un
hombre hidrópico. 3 Y tomando la palabra, les dijo Jesús a los doctores
de la Ley y a los fariseos:
—¿Es lícito curar en sábado o no?
4 Pero ellos callaron. Y tomándolo, lo curó y lo despidió.
5 Y les dijo:
—¿Quién de vosotros, si se le cae al pozo un hijo o un buey, no
lo saca enseguida un día de sábado?
6 Y no pudieron responderle a esto.

Lección sobre la humildad
(14,7-11)

7 Les proponía a los invitados una parábola, al notar como iban
eligiendo los primeros puestos:
8 Cuando alguien te invite a una boda, no vayas a sentarte en el primer
puesto, no sea que otro más distinguido que tú haya sido invitado por él 9
y, al llegar
el que os invitó a ti y al otro, te diga: «Cédele el sitio a éste», y entonces
empieces a
buscar, lleno de vergüenza, el último lugar. 10 Al contrario, cuando te
inviten, ve a
ocupar el último lugar, para que cuando llegue el que te invitó te diga:
«Amigo, sube
más arriba». Entonces quedarás muy honrado ante todos los comensales.
11
Porque todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será
ensalzado.

Actitud ante los pobres
(14,12-14)

12 Decía también al que le había invitado:
—Cuando des una comida o cena, no llames a tus amigos, ni a tus
hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos, no sea que también ellos
te devuelvan la
invitación y te sirva de recompensa. 13 Al contrario, cuando des un
banquete, llama a pobres, a tullidos, a cojos y a ciegos; 14 y serás
bienaventurado, porque no tienen
para corresponderte. Se te recompensará en la resurrección de los justos.

Parábola de los invitados a las bodas
(14,15-24)
(Mt 22,1-
14)

15 Cuando oyó esto uno de los comensales, le dijo:
—Bienaventurado el que coma el pan en el Reino de Dios.

16 Pero él le dijo:

—Un hombre daba una gran cena e invitó a muchos. 17 Y envió a su siervo a la hora de la cena para decir a los invitados: «Venid, que ya está todo preparado».
18 Y todos a una comenzaron a excusarse. El primero le dijo: «He comprado un campo y tengo necesidad de ir a verlo; te ruego que me des por excusado». 19 Y
otro dijo: «Compré cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlas; te ruego que me des
por excusado». 20 Otro dijo: «Acabo de casarme, y por eso no puedo ir». 21 Regresó
el siervo y contó esto a su señor. Entonces, irritado el amo de la casa, le dijo a su siervo: «Sal ahora mismo a las plazas y calles de la ciudad y trae aquí a los pobres,

a los tullidos, a los ciegos y a los cojos». 22 Y el siervo dijo: «Señor, se ha
hecho lo que mandaste, y todavía hay sitio». 23 Entonces dijo el señor a
su siervo: «Sal a los caminos y a los cercados y obliga a entrar, para que
se llene mi casa. 24 Porque os aseguro que ninguno de aquellos hombres
invitados gustará mi cena».

Condiciones para seguir a Jesús
(14,25-35)
(Mt 10,37-38;
5,13)

25 Iba con él mucha gente, y se volvió hacia ellos y
les dijo:
26 —Si alguno viene a mí y no odia a su padre y a su madre y a su
mujer y a
sus hijos y a sus hermanos y a sus hermanas, hasta su propia vida, no
puede ser mi
discípulo. 27Y el que no carga con su cruz y viene detrás de mí, no
puede ser mi
discípulo
.
28 »Porque, ¿quién de vosotros, al querer edificar una torre, no se
sienta primero a calcular los gastos a ver si tiene para acabarla? 29 No
sea que, después
de poner los cimientos y no poder acabar, todos los que lo vean
empiecen a
burlarse de él, 30 y digan: «Este hombre comenzó a edificar y no pudo
terminar». 31
¿O qué rey, que sale a luchar contra otro rey, no se sienta antes a
deliberar si puede
enfrentarse con diez mil hombres al que viene contra él con veinte mil? 32
Y si no, cuando todavía está lejos, envía una embajada para pedir
condiciones de paz. 33Así
pues, cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes no
puede ser mi
discípulo
.
34 »La sal es buena; pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué se
sazonará? 35
No es útil ni para la tierra ni para el estercolero; la tiran fuera. Quien
tenga oídos para oír, que oiga.

IX. PARÁBOLAS DE LA MISERICORDIA
(15,1-
32)

La oveja perdida (15,1-
10)
(Mt 18,12-
14)

15

1 Se le acercaban todos los publicanos y pecadores para oírle. 2 Pero los
fariseos y los escribas murmuraban diciendo:
—Éste recibe a los pecadores y come con ellos.
3 Entonces les propuso esta parábola:
4 —¿Quién de vosotros, si tiene cien ovejas y pierde una, no deja las
noventa y nueve en el campo y sale en busca de la que se perdió hasta
encontrarla? 5 Y, cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso,
6 y, al llegar a casa, reúne
a los amigos y vecinos y les dice: «Alegraos conmigo, porque he encontrado la
oveja que se me perdió». 7 Os digo que, del mismo modo, habrá en el cielo mayor
alegría por un pecador que se convierta que por noventa y nueve
justos que no tienen necesidad de conversión.

La dracma perdida

8 »¿O qué mujer, si tiene diez dracmas y pierde una, no enciende
una luz y barre la casa y busca cuidadosamente hasta encontrarla? 9 Y
cuando la encuentra, reúne a las amigas y vecinas y les dice: «Alegraos
conmigo, porque he encontrado la dracma que se me perdió». 10 Así, os
digo, hay alegría entre los ángeles de Dios por un pecador que se
arrepiente.

El hijo pródigo (15,11-32)

11 Dijo
también:
—Un hombre tenía dos hijos. 12 El más joven de ellos le dijo a su
padre:
«Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde». Y les repartió
los
bienes. 13 No muchos días después, el hijo más joven lo recogió todo, se
fue a un país lejano y malgastó allí su fortuna viviendo lujuriosamente.
14 Después de
gastarlo todo, hubo una gran hambre en aquella región y él empezó a
pasar
necesidad. 15 Fue y se puso a servir a un hombre de aquella región, el
cual lo mandó a sus tierras a guardar cerdos; 16 le entraban ganas de
saciarse con las algarrobas que comían los cerdos, y nadie se las daba.
17 Recapacitando, se dijo:
«¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan abundante mientras yo aquí
me muero
de hambre! 18 Me levantaré e iré a mi padre y le diré: “Padre, he pecado
contra el cielo y contra ti; 19ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo;
trátame como a uno de tus jornaleros”». 20 Y levantándose se puso en
camino hacia la casa de su padre.
»Cuando aún estaba lejos, le vio su padre y se compadeció. Y
corriendo a su
encuentro, se le echó al cuello y le cubrió de besos. 21 Comenzó a decirle
el
hijo:
«Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser
llamado hijo
tuyo». 22 Pero el padre les dijo a sus siervos: «Pronto, sacad el mejor
traje y vestidle; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies;
23traed el ternero cebado y matadlo, y vamos a celebrarlo con un
banquete; 24 porque este hijo mío
estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado».
Y se
pusieron a celebrarlo.
25 »El hijo mayor estaba en el campo; al volver y acercarse a casa
oyó la música y los cantos 26y, llamando a uno de los siervos, le preguntó
qué pasaba. 27
Éste le dijo: «Ha llegado tu hermano, y tu padre ha matado el ternero
cebado por
haberle recobrado sano». 28 Se indignó y no quería entrar, pero su
padre salió a convencerle. 29 Él replicó a su padre: «Mira cuántos años

hace que te sirvo sin
desobedecer ninguna orden tuya, y nunca me has dado ni un cabrito para divertirme
con mis amigos. 30 Pero en cuanto ha venido ese hijo tuyo que devoró tu
fortuna con meretrices, has hecho matar para él el ternero cebado». 31
Pero él respondió: «Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo;
32 pero había que celebrarlo y
alegrarse, porque ese hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba
perdido y ha sido encontrado».

X. ENSEÑANZAS DIVERSAS
(16,1-19,27)

El administrador infiel
(16,1-15)

16

1 Decía también a los discípulos:
—Había un hombre rico que tenía un administrador, al que acusaron ante el
amo de malversar la hacienda. 2 Le llamó y le dijo: «¿Qué es esto que oigo
de ti? Dame cuentas de tu administración, porque ya no podrás seguir
administrando». 3 Y
dijo para sí el administrador: «¿Qué voy a hacer, ya que mi señor me quita
la
administración? Cavar no puedo; mendigar me da vergüenza. 4 Ya sé lo
que haré para que me reciban en sus casas cuando me despidan de la
administración». 5 Y,
convocando uno a uno a los deudores de su amo, le dijo al primero:
«¿Cuánto
debes a mi señor?» 6 Él respondió: «Cien medidas de aceite». Y le dijo:
«Toma tu recibo; aprisa, siéntate y escribe cincuenta». 7Después le dijo a
otro: «¿Y tú cuánto
debes?» Él respondió: «Cien cargas de trigo». Y le dijo: «Toma tu recibo y
escribe
ochenta». 8 El amo alabó al administrador infiel por haber actuado
sagazmente;
porque los hijos de este mundo son más sagaces en lo suyo que los hijos de
la luz.
9 »Y yo os digo: haceos amigos con las riquezas injustas, para que,
cuando
falten, os reciban en las moradas eternas.
10 »Quien es fiel en lo poco también es fiel en lo mucho; y quien es
injusto en lo poco también es injusto en lo mucho. 11 Por tanto, si no
fuisteis fieles en la
riqueza injusta, ¿quién os confiará la verdadera? 12 Y si en lo ajeno no
fuisteis fieles,
¿quién os dará lo vuestro?
13 »Ningún criado puede servir a dos señores, porque o tendrá
aversión a uno
y amor al otro, o prestará su adhesión al primero y menospreciará al
segundo: no podéis servir a Dios y a las riquezas.
14 Oían todas estas cosas los fariseos, que eran amantes del
dinero, y se burlaban de él. 15Y les dijo:
—Vosotros os hacéis pasar por justos delante de los hombres, pero
Dios
conoce vuestros corazones; porque lo que parece ser excelso ante los
hombres es abominable delante de Dios.

La Ley y el Evangelio
(16,16-18)
(Mt 5,17.32; 11,12-13; 19,9; Mc 10,11)

16 »La Ley y los Profetas llegan hasta Juan; desde entonces se
evangeliza el

Reino de Dios y cada uno se esfuerza por él.
17 »Es más fácil que pasen el cielo y la tierra que el que se anule un solo
trazo de la Ley.
18 »Todo el que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio; y el
que se casa con la repudiada por su marido, comete adulterio.

El rico Epulón y el pobre Lázaro
(16,19-31)

19 »Había un hombre rico que vestía de púrpura y lino finísimo, y
todos los días celebraba espléndidos banquetes. 20 En cambio, un pobre
llamado Lázaro yacía sentado a su puerta, cubierto de llagas, 21 deseando
saciarse de lo que caía de la mesa del rico. Y hasta los perros venían a
lamerle las llagas. 22Sucedió, pues, que murió el pobre y fue llevado por
los ángeles al seno de Abrahán; murió también

el rico y fue sepultado. 23 Estando en los infiernos, en medio de los
tormentos, levantando sus ojos vio a lo lejos a Abrahán y a Lázaro en su
seno; 24 y gritando, dijo: «Padre Abrahán, ten piedad de mí y envía a
Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y me refresque la
lengua, porque estoy atormentado en estas llamas». 25 Contestó Abrahán:
«Hijo, acuérdate de que tú recibiste bienes durante tu vida y Lázaro, en
cambio, males; ahora aquí él es consolado y tú atormentado. 26
Además de todo esto, entre vosotros y nosotros se interpone un gran
abismo, de modo que los que quieren atravesar de aquí hasta vosotros,
no pueden; ni tampoco pueden pasar de ahí hasta nosotros». 27 Y él dijo:
«Te ruego entonces, padre, que
le envíes a casa de mi padre, 28 porque tengo cinco hermanos, para que
les advierta y no vengan también a este lugar de tormentos». 29 Pero
replicó Abrahán: «Tienen a Moisés y a los Profetas. ¡Que los oigan!» 30 Él
dijo: «No, padre Abrahán; pero si alguno de entre los muertos va a ellos, se
convertirán». 31 Y le dijo: «Si no escuchan a Moisés y a los Profetas,
tampoco se convencerán aunque uno resucite de entre
los muertos».

El escándalo (17,1-10)
(Mt 18,6-7; Mc 9,42)

17

1 Les dijo a sus
discípulos:
—Es imposible que no vengan los escándalos; pero, ¡ay de aquel por
quien vienen!
2 Más le valdría que le ajustaran al cuello una piedra de molino y que le
arrojaran al mar, que escandalizar a uno de esos pequeños: 3andaos con
cuidado.

**Perdón de las
ofensas**
(Mt 18,15-17.21-
22)

»Si tu hermano peca, repréndele; y, si se arrepiente, perdónale. 4
Y si peca siete veces al día contra ti, y siete veces vuelve a ti, diciendo:
«Me arrepiento», le perdonarás.

**Fuerza de la
fe**
(Mt 21,21; Mc 11,22-
24)

5 Los apóstoles le dijeron al Señor:
—Auméntanos la fe.
6 Respondió el Señor:
—Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a esta morera:
arráncate y plántate en el mar, y os obedecería.

Humildad en el servicio

7 »Si uno de vosotros tiene un siervo en la labranza o con el ganado y
regresa del campo, ¿acaso le dice: «Entra enseguida y siéntate a la
mesa»? 8 Por el contrario, ¿no le dirá más bien: «Prepárame la cena y
dispónte a servirme mientras como y bebo, que después comerás y
beberás tú»? 9 ¿Es que tiene que agradecerle

al siervo el que haya hecho lo que se le había mandado? 10Pues igual vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: «Somos unos siervos inútiles; no hemos hecho más que lo que teníamos que hacer».

Los diez leprosos (17,11-19)

11 Al ir de camino a Jerusalén, atravesaba los confines de Samaría y Galilea;
12 y, cuando iba a entrar en un pueblo, le salieron al paso diez leprosos, que se detuvieron a distancia 13 y le dijeron gritando:
—¡Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros!
14 Al verlos, les dijo:
—Id y presentaos a los sacerdotes.
Y mientras iban quedaron limpios. 15 Uno de ellos, al verse curado, se volvió glorificando a Dios a gritos, 16 y fue a postrarse a sus pies dándole gracias. Y éste era samaritano. 17 Ante lo cual dijo Jesús:
—¿No son diez los que han quedado limpios? Los otros nueve, ¿dónde están? 18 ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?
19 Y le dijo:
—Levántate y vete; tu fe te ha salvado.

La venida del Reino de Dios (17,20-37)

20 Interrogado por los fariseos sobre cuándo llegaría el Reino de Dios, él les respondió:
—El Reino de Dios no viene con espectáculo; 21 ni se podrá decir: «Mirad, está aquí», o «está allí»; porque, daos cuenta de que el Reino de Dios está ya en medio de vosotros.

El día de la venida de Cristo (Mt 24,36-41)

22 Y les dijo a los discípulos:
—Vendrá un tiempo en que desearéis ver uno solo de los días del Hijo del Hombre, y no lo veréis. 23Entonces os dirán: «Mirad, está aquí», o «mirad, está allí». No vayáis ni corráis detrás. 24 Porque, como el relámpago fulgurante brilla de un extremo a otro del cielo, así será en su día el Hijo del Hombre. 25 Pero es necesario que antes padezca mucho y sea reprobado por esta generación. 26Y como ocurrió en los días de Noé, así será también en los días del Hijo del Hombre. 27 Comían y bebían, tomaban mujer o marido, hasta el día en que Noé entró en el arca, y vino el

diluvio e hizo perecer a todos. [28] Lo mismo sucedió en los días de Lot:
comían y bebían, compraban y vendían, plantaban y edificaban; [29] pero el
día en que salió Lot de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre y los hizo
perecer a todos. [30] Del mismo modo sucederá el día en que se manifieste
el Hijo del Hombre. [31] Ese día, quien
esté en el terrado y tenga sus cosas en la casa, que no baje por ellas; y lo mismo
quien esté en el campo, que no vuelva atrás. [32] Acordaos de la mujer de
Lot. [33]
Quien pretenda guardar su vida la perderá; y quien la pierda la conservará
viva. [34]
Yo os digo que esa noche estarán dos en el mismo lecho: uno será tomado
y el otro

dejado. 35 Estarán dos moliendo juntas: una será tomada y la otra dejada.
(36)

37 Y a esto le dijeron:
—¿Dónde,
Señor? Él les
respondió:
—Dondequiera que esté el cuerpo, allí se reunirán los buitres.

Perseverancia en la oración. Parábola del juez injusto (18,1-8)

18

1 Les proponía una parábola sobre la necesidad de orar siempre y no
desfallecer, 2
diciendo:
—Había en una ciudad un juez que no temía a Dios ni
respetaba a los
hombres. 3 También había en aquella ciudad una viuda, que acudía a él
diciendo:
«Hazme justicia ante mi adversario». 4 Y durante mucho tiempo no quiso.
Sin
embargo, al final se dijo a sí mismo: «Aunque no temo a Dios ni respeto a
los
hombres, 5como esta viuda está molestándome, le haré justicia, para que
no siga
viniendo a importunarme».
6 Concluyó el Señor:
—Prestad atención a lo que dice el juez injusto. 7 ¿Acaso Dios no hará
justicia a sus elegidos que claman a Él día y noche, y les hará esperar? 8
Os aseguro que
les hará justicia sin tardanza. Pero cuando venga el Hijo del Hombre,
¿encontrará fe
sobre la tierra?

Parábola del fariseo y el publicano
(18,9-14)

9 Dijo también esta parábola a algunos que confiaban en sí
mismos teniéndose por justos y despreciaban a los demás:
10 —Dos hombres subieron al Templo a orar: uno era fariseo y el otro
publicano. 11 El fariseo, quedándose de pie, oraba para sus adentros:
«Oh Dios, te
doy gracias porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos,
adúlteros,
ni como ese publicano. 12 Ayuno dos veces por semana, pago el diezmo de
todo lo que poseo». 13 Pero el publicano, quedándose lejos, ni siquiera se
atrevía a levantar
los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: «Oh Dios, ten
compasión
de mí, que soy un pecador». 14 Os digo que éste bajó justificado a su casa,

y aquél
no. Porque todo el que se ensalza será humillado, y todo el que se
humilla será ensalzado.

Jesús bendice a los niños
(18,15-17)
(Mt 19,13-15; Mc 10,13-16)

15 Le llevaban también niños para que los tomara en sus brazos. Al
verlo los discípulos les reñían. 16 Pero Jesús llamó a los niños y dijo:
—Dejad que los niños vengan conmigo y no se lo impidáis, porque de los que
son como ellos es el Reino de Dios. 17 En verdad os digo: quien no reciba el Reino
de Dios como un niño no entrará en él.

El joven rico. Pobreza y entrega cristianas
(18,18-30)

(Mt 19,16-30; Mc 10,17-31)

18 Cierto personaje distinguido le preguntó:
—Maestro bueno, ¿qué puedo hacer para heredar la vida eterna?
19 Le respondió Jesús:
—¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino uno solo: Dios. 20 Ya
conoces los mandamientos: *no cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no dirás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre*.
21 —Todo esto lo he guardado desde la adolescencia –respondió él.
22 Después de oírlo le dijo Jesús:
—Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos. Luego, ven y sígueme.
23 Pero al oír estas cosas se puso triste, porque era muy rico. 24 Viéndole
entristecerse, dijo Jesús:
—¡Qué difícilmente entrarán en el Reino de Dios los que tienen riquezas! 25
Porque es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el Reino de Dios.
26 Los que escuchaban dijeron:
—¿Entonces quién puede salvarse?
27 El respondió:
—Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios.
28 Entonces dijo Pedro:
—Ya ves que nosotros hemos dejado nuestras cosas y te hemos seguido.
29 Y Jesús les respondió:
—Os aseguro que no hay nadie que haya dejado casa, o mujer, o hermanos,
o padres, o hijos por causa del Reino de Dios, 30 que no reciba mucho más en este
mundo y, en el siglo venidero, la vida eterna.

Tercer anuncio dela Pasión
(18,31-34)
(Mt 20,17-19; Mc 10,32-34)

30 Tomando consigo a los doce, les dijo:
—Mirad, subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas que han sido
escritas por medio de los Profetas acerca del Hijo del Hombre: 32 será entregado a los gentiles y se burlarán de él, será insultado y escupido, 33 y, después de azotarlo,
lo matarán, y al tercer día resucitará.
34 Pero ellos no comprendieron nada de esto: era éste un lenguaje que les
resultaba incomprensible, y no entendían las cosas que decía.

Curación del ciego de Jericó

(18,35-43)
(Mt 20,29-34; Mc 10,46-52)

35 Cuando se acercaban a Jericó, un ciego estaba sentado al lado del
camino mendigando. 36Al oír que pasaba mucha gente, preguntó qué era
aquello. 37 Le contestaron:
—Es Jesús Nazareno, que pasa.
38 Y gritó diciendo:
—¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí! 39 Y los que iban delante le
reprendían para que se estuviera callado. Pero él gritaba mucho más:

—¡Hijo de David, ten piedad de mí!
40 Jesús, parándose, mandó que lo trajeran ante él. Y cuando se acercó, le
preguntó:
41 —¿Qué quieres que te haga?
—Señor, que vea –respondió él.
42 Y Jesús le dijo:
—Recobra la vista, tu fe te ha salvado.
43 Y al instante recobró la vista, y le seguía glorificando a Dios. Y todo el
pueblo, al presenciarlo, alabó a Dios.

Conversión de Zaqueo (19,1-10)

19

1 Entró en Jericó y atravesaba la ciudad. 2 Había un hombre llamado
Zaqueo, que era jefe de publicanos y rico. 3 Intentaba ver a Jesús para
conocerle, pero no podía a causa de la muchedumbre, porque era
pequeño de estatura. 4 Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro
para verle, porque iba a pasar por allí. 5 Cuando Jesús llegó al lugar,
levantando la vista, le dijo:
—Zaqueo, baja pronto, porque conviene que hoy me quede en tu casa.
6 Bajó rápido y lo recibió con alegría. 7 Al ver esto, todos murmuraban
diciendo que había entrado a hospedarse en casa de un pecador. 8 Pero
Zaqueo, de
pie, le dijo al Señor:
—Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres, y si he defraudado
en algo a alguien le devuelvo cuatro veces más.
9 Jesús le dijo:
—Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también éste es hijo de
Abrahán; 10 porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que
estaba
perdido.

Parábola de las minas
(19,11-27)
(Mt 25,14-30)

11 Mientras estaban oyendo estas cosas, les añadió una parábola,
porque él estaba cerca de Jerusalén y ellos pensaban que el Reino de
Dios se manifestaría enseguida. 12 Dijo pues:
—Un hombre noble marchó a una tierra lejana a recibir la investidura
real y volverse. 13 Llamó a diez siervos suyos, les dio diez minas y les dijo:
«Negociad hasta mi vuelta». 14 Sus ciudadanos le odiaban y enviaron una
embajada tras él para decir: «No queremos que éste reine sobre
nosotros». 15 Al volver, recibida ya la
investidura real, mandó llamar ante sí a aquellos siervos a quienes había

dado el dinero, para saber cuánto habían negociado. [16] Vino el primero y
dijo: «Señor, tu mina ha producido diez». [17] Y le dijo: «Muy bien, siervo
bueno, porque has sido fiel en lo poco, ten potestad sobre diez ciudades».
[18] Vino el segundo y dijo: «Señor, tu mina ha producido cinco». [19] Le dijo
a éste: «Tú ten también el mando de cinco ciudades». [20] Vino el otro y
dijo: «Señor, aquí está tu mina, que he tenido guardada
en un pañuelo; [21] pues tuve miedo de ti porque eres hombre severo,
recoges lo que

no depositaste y cosechas lo que no sembraste». 22 Le dice: «Por tus
palabras te juzgo, siervo malo; ¿sabías que yo soy hombre severo, que
recojo lo que no he depositado y cosecho lo que no he sembrado? 23 ¿Por
qué no pusiste mi dinero en el banco? Así, al volver yo lo hubiera retirado
con los intereses». 24 Y les dijo a los presentes: «Quitadle la mina y
dádsela al que tiene diez». 25 Entonces le dijeron:
«Señor, ya tiene diez minas». 26 Os digo: «A todo el que tiene se le dará,
pero al que no tiene incluso lo que tiene se le quitará. 27En cuanto a
esos enemigos míos
que no han querido que yo reinara sobre ellos, traedlos aquí y matadlos en
mi
presencia».

TERCERA PARTE MINISTERIO EN JERUSALÉN (§ 19,28-24,53)

XI. PURIFICACIÓN DEL TEMPLO Y CONTROVERSIAS (19,28-21,38)

Entrada del Mesías en la Ciudad Santa (19,28-40)

(Mt 21,1-11; Mc 11,1-11; Jn 12,12-19)

28 Dicho esto, caminaba delante de ellos subiendo a
Jerusalén.
29 Y cuando se acercó a Betfagé y Betania, junto al monte
llamado de los
Olivos, envió a dos discípulos, 30 diciendo:
—Id a la aldea que está enfrente; al entrar en ella encontraréis
un borrico
atado, en el que todavía no ha montado nadie; desatadlo y traedlo. 31 Y si
alguien os
pregunta por qué lo desatáis, le responderéis esto: «Porque el Señor lo
necesita».
32 Los enviados fueron y lo encontraron tal como les había
dicho. 33 Al
desatar el borrico sus amos les dijeron:
—¿Por qué desatáis el borrico?
34 —Porque el Señor lo necesita –contestaron ellos.
35 Se lo llevaron a Jesús. Y echando sus mantos sobre el borrico
hicieron montar a Jesús. 36 Según él avanzaba extendían sus mantos
por el camino. 37Al
acercarse, ya en la bajada del monte de los Olivos, toda la multitud de los
discípulos, llena de alegría, comenzó a alabar a Dios en alta voz por todos
los
prodigios que habían visto, 38 diciendo:
—*¡Bendito el* Rey *que viene en nombre del Señor!*
¡Paz en el cielo y gloria en las alturas!
39 Algunos fariseos de entre la multitud le dijeron:

—Maestro, reprende a tus discípulos.
40 Él les respondió:
—Os digo que si éstos callan gritarán las piedras.

Llanto de Jesús sobre Jerusalén
(19,41-44)

41 Y cuando se acercó, al ver la ciudad, lloró por ella, 42 diciendo:
—¡Si conocieras también tú en este día lo que te lleva a la paz! Sin embargo,
ahora está oculto a tus ojos. 43 Porque vendrán días sobre ti en que no sólo te

rodearán tus enemigos con vallas, y te cercarán y te estrecharán por todas partes,
44 sino que te aplastarán contra el suelo a ti y a tus hijos que están dentro de ti, y no
dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo de la visita que se te ha hecho.

Jesús en el Templo (19,45-48)
(Mt 21,12-17; Mc 11,15-19; Jn 2,13-25)

45 Entró en el Templo y comenzó a expulsar a los que vendían, 46 diciéndoles:
—Está escrito: *Mi casa será casa de oración*, pero vosotros la habéis convertido en *una cueva de ladrones*.
47 Y enseñaba todos los días en el Templo. Pero los príncipes de los sacerdotes y los escribas buscaban acabar con él, lo mismo que los jefes del
pueblo, 48 pero no encontraban cómo hacerlo, pues todo el pueblo estaba pendiente
escuchándole.

Potestad de Jesús (20,1-8)
(Mt 21,23-27; Mc 11,27-33)

20

1 Un día, mientras enseñaba y evangelizaba al pueblo en el Templo, se acercaron los príncipes de los sacerdotes y los escribas con los ancianos
2 y le dijeron:
—Dinos: ¿con qué potestad haces estas cosas? ¿O quién es el que te ha
dado tal potestad?
3 Les respondió:
—También yo os voy a hacer una pregunta. Contestadme: 4 el bautismo de
Juan ¿era del cielo o de los hombres?
5 Ellos razonaban entre sí: «Si decimos que del cielo, replicará: "¿Por qué no le creísteis?". 6 Pero si decimos que de los hombres, todo el pueblo nos apedreará, porque está convencido de que Juan es un profeta». 7 Y respondieron que no
sabían de dónde era.
8 Entonces Jesús les dijo:
—Pues tampoco yo os digo con qué potestad hago estas cosas.

Parábola de los viñadores homicidas (20,9-19)
(Mt 21,33-46; Mc 12,1-12)

9 Comenzó a exponer al pueblo la siguiente parábola:
—Un hombre *plantó una viña*, la arrendó a unos labradores y se marchó lejos
de allí mucho tiempo. 10 A su debido momento envió un siervo a los labradores, para
que le dieran del fruto de la viña. Pero los labradores, después de golpearlo, lo
despacharon con las manos vacías. 11 Y volvió a enviarles otro siervo. Pero
ellos lo golpearon y lo ultrajaron y lo despacharon con las manos vacías. 12
Y volvió a enviarles un tercero, pero ellos lo hirieron y lo echaron. 13 Dijo
entonces el amo de la viña: «¿Qué haré? Enviaré a mi hijo amado; tal vez a
él lo respetarán». 14 Pero los
labradores al verle comentaron entre ellos: «Éste es el heredero; lo
mataremos, para

que sea nuestra su heredad». [15]Y lo sacaron fuera de la viña y lo mataron. ¿Qué hará, pues, con ellos el amo de la viña? [16] Vendrá, exterminará a esos labradores y entregará la viña a otros.

Al oírlo dijeron:

—¡Que no pase nada de eso!

[17] Pero él, fijando en ellos su mirada, dijo:

—Entonces, ¿qué significa lo que está escrito:

La piedra que rechazaron los
constructores, ésta ha llegado a
ser la piedra angular?

[18] »Todo el que caiga sobre aquella piedra se despedazará, y al que le caiga encima le aplastará.

[19] Los escribas y los príncipes de los sacerdotes quisieron echarle mano en aquel mismo momento, pero tuvieron miedo al pueblo: comprendieron que había dicho aquella parábola por ellos.

El tributo al César

(20,20-26)
(Mt 22,15-22; Mc 12,13-17)

[20] Y ellos, estando al acecho, enviaron espías que simulaban ser justos, para sorprenderle en alguna palabra, y así entregarlo a la potestad y autoridad del Procurador. [21]Le preguntaron:

—Maestro, sabemos que hablas y enseñas rectamente, y no haces acepción de personas, sino que enseñas el camino de Dios según la verdad. [22] ¿Nos es lícito dar tributo al César, o no?

[23] Pero él, percatándose de su falsedad, les dijo:

[24] —Mostradme un denario. ¿De quién es la imagen y la inscripción que tiene?

—Del César –contestaron ellos.

[25] Él les dijo:

—Pues bien, dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

[26] Y no pudieron sorprenderle en ninguna palabra ante el pueblo y, admirados de su respuesta, se callaron.

La resurrección de los muertos

(20,27-40)
(Mt 22,23-33; Mc 12,18-27)

[27] Se le acercaron algunos de los saduceos –que niegan la resurrección– y le preguntaron:

[28] —Maestro, Moisés nos dejó escrito: *Si muere el hermano de alguien* dejando mujer, *sin haber tenido hijos, su hermano la tomará por mujer y dará descendencia a su hermano*. [29] Pues bien, eran siete

hermanos. El primero tomó mujer y murió sin hijos. 30 Lo mismo el
segundo. 31 También el tercero la tomó por mujer. Los siete, de igual
manera, murieron sin dejar hijos. 32 Después murió también la mujer. 33
Entonces, en la resurrección, la mujer ¿de cuál de ellos será esposa?,
porque los siete la tuvieron como esposa.

34 Jesús les dijo:

—Los hijos de este mundo, ellas y ellos, se casan; 35 sin embargo, los que
son dignos de alcanzar el otro mundo y la resurrección de los muertos, no
se casan,

ni ellas ni ellos. 36 Porque ya no pueden morir otra vez, pues son iguales
a los ángeles e hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección. 37 Que los
muertos resucitarán lo mostró Moisés en el pasaje de la zarza, cuando
llama al *Señor Dios*
de Abrahán y Dios de Isaac y Dios de Jacob. 38 Pero no es Dios de muertos,
sino de vivos; todos viven para Él. 39 Tomando la palabra, algunos escribas
dijeron:
—Maestro, has respondido muy bien.
40 Y ya no se atrevían a hacerle más preguntas.

Divinidad del Mesías
(20,41-44)
(Mt 22,41-46; Mc 12,35-37)

41 Les preguntó:
—¿Cómo es que dicen que el Cristo es Hijo de David? 42 Pues el mismo
David dice en el libro de los Salmos:
Dijo el Señor a mi Señor:
«Siéntate a mi derecha,
43 *hasta que ponga a tus enemigos*
como escabel de tus pies».
44 »Por lo tanto, David le llama «Señor». Entonces, ¿cómo va a ser
hijo suyo?

Censuras a los escribas
(20,45-47)
(Mt 23,1-36; Mc 12,38-40)

45 Mientras todo el pueblo estaba escuchando, les dijo a sus discípulos:
46 —Guardaos de los escribas, a los que les gusta pasear vestidos con
largas
túnicas y anhelan que les saluden en las plazas, los primeros asientos en
las
sinagogas y los primeros puestos en los banquetes. 47 Devoran las casas
de las
viudas y fingen largas oraciones. Éstos recibirán una condena más severa.

La ofrenda de la viuda
(21,1-4)
(Mc 12,41-44)

21

1 Al levantar la vista, vio a unos ricos que echaban sus ofrendas en el
gazofilacio. 2
Vio también a una viuda pobre que echaba allí dos monedas pequeñas, 3 y

dijo:

—En verdad os digo que esta viuda pobre ha echado más que todos; [4] pues
todos éstos han echado como ofrenda algo de lo que les sobra, ella, en
cambio, en su necesidad ha echado todo lo que tenía para su sustento.

Anuncio de la destrucción del Templo
(21,5-36)
(Mt 24,1-2; Mc 13,1-
2)

[5] Como algunos le hablaban del Templo, que estaba adornado
con bellas piedras y ofrendas votivas, dijo:

[6] —Vendrán días en los que de esto que veis no quedará piedra sobre piedra
que no sea destruida.

Comienzo de las tribulaciones
Persecuciones por causa del Evangelio (Mt 24,3-14; Mc 13,3-13)

7 Le preguntaron:
—Maestro, ¿cuándo ocurrirán estas cosas y cuál será la señal de que están a punto de suceder?
8 Él dijo:
—Mirad, no os dejéis engañar; porque vendrán en mi nombre muchos diciendo: «Yo soy», y «el momento esta próximo». No les sigáis. 9 Cuando oigáis
hablar de guerras y de revoluciones, no os aterréis, porque es necesario que
sucedan primero estas cosas. Pero el fin no es inmediato. 10 Entonces les decía:
—Se alzará pueblo contra pueblo y reino contra reino; 11 habrá grandes
terremotos y hambre y peste en diversos lugares; habrá cosas aterradoras y
grandes señales en el cielo. 12 Pero antes de todas estas cosas os echarán mano y
os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y a las cárceles, llevándoos ante
reyes y gobernadores por causa de mi nombre: 13 esto os sucederá para dar testimonio. 14 Así pues, convenceos de que no debéis tener preparado de antemano cómo os vais a defender; 15 porque yo os daré palabras y sabiduría que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios.
16 Seréis entregados incluso por padres y hermanos, parientes y amigos, y matarán a algunos de vosotros, 17 y todos os odiarán a causa de mi nombre. 18 Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá.
19 Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas.

La gran tribulación en Jerusalén
(Mt 24,15-28; Mc 13,14-23)

20 »Cuando veáis a Jerusalén cercada por ejércitos, sabed que ya se acerca su desolación. 21 Entonces los que estén en Judea huyan a los montes, y quienes estén dentro de la ciudad que se marchen, y quienes estén en los campos que no entren en ella: 22 éstos son días de castigo para que se cumpla todo lo escrito. 23
¡Ay de las que estén encintas y de las que estén criando esos días!
Porque habrá una gran calamidad sobre la tierra y habrá ira contra este pueblo. 24 Caerán al filo
de la espada y serán llevados cautivos a todas las naciones; y
Jerusalén será pisoteada por los gentiles, hasta que se cumpla el tiempo de los gentiles.

La venida del Hijo del Hombre

(Mt 24,29-31; Mc 13,24-27)

25 »Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y sobre la
tierra angustia de las gentes, consternadas por el estruendo del mar y de
las olas: 26 y los hombres perderán el aliento a causa del terror y de la
ansiedad que sobrevendrán a toda la tierra. Porque las *potestades de los
cielos* se conmoverán. 27 Entonces verán *al Hijo del Hombre que viene
sobre una nube* con gran poder y gloria.
28 »Cuando comiencen a suceder estas cosas, erguíos y levantad la
cabeza
porque se aproxima vuestra redención.

Certeza del fin: la lección de la higuera

(Mt 24,32-35; Mc 13,28-31)

29 Y les dijo una parábola:
—Observad la higuera y todos los árboles: 30 cuando ya echan brotes, al verlos, sabéis por ellos que ya esta cerca el verano. 31 Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el Reino de Dios. 32 En verdad os digo que no pasará esta generación sin que todo se cumpla. 33 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

Necesidad de la vigilancia
(Mt 24,42-51)

34 »Vigilaos a vosotros mismos, para que vuestros corazones no estén ofuscados por la crápula, la embriaguez y los afanes de esta vida, y aquel día no sobrevenga de improviso sobre vosotros, 35 porque caerá como un lazo sobre todos aquellos que habitan en la faz de toda la tierra. 36 Vigilad orando en todo tiempo, a fin de que podáis evitar todos estos males que van a suceder, y estar en pie delante del Hijo del Hombre.

Jesús enseña en el Templo

37 Durante el día enseñaba en el Templo, y salía a pasar la noche en el monte llamado de los Olivos. 38 Y todo el pueblo acudía a él muy de mañana al Templo para oírle.

XII. PASIÓN, MUERTE Y RESURRECCIÓN DE JESÚS
(22,1-24-53)

Traición de Judas
(22,1-6)
(Mt 26,3-5.14-16; Mc 14,1-2.10-11)

22

1 Se acercaba la fiesta de los Ácimos, que se llama Pascua, 2 y los príncipes de los sacerdotes y los escribas buscaban cómo acabar con él, pero temían al pueblo. 3 Entró Satanás en Judas, el llamado Iscariote, que era uno de los doce. 4 Fue y habló con los príncipes de los sacerdotes y los magistrados sobre el modo de entregárselo. 5Ellos se alegraron y convinieron en darle dinero. 6 Él se comprometió,

y buscaba la ocasión propicia para entregárselo a espaldas de la gente.

Preparación de la última Cena
(22,7-20)
(Mt 26,17-19; Mc 14,12-16)

7 Llegó el día de los Ácimos, en el que había que sacrificar el cordero pascual.
8 Envió a Pedro y a Juan, diciéndoles:
—Id a prepararnos la cena de Pascua.
9 Ellos le dijeron:
—¿Dónde quieres que la preparemos?

10 Y les respondió:
—Mirad, cuando entréis en la ciudad, os saldrá al encuentro un hombre que
lleva un cántaro de agua. Seguidle hasta la casa en que entre, 11 y decidle al dueño
de la casa: «El Maestro te dice: "¿Dónde está la sala donde pueda comer la Pascua
con mis discípulos?"» 12 Y él os mostrará una habitación en el piso de arriba,
grande, ya lista. Preparadla allí.
13 Marcharon y lo encontraron todo como les había dicho y prepararon la
Pascua.

Institución de la Sagrada Eucaristía

(Mt 26,26-29; Mc 14,22-25; 1 Co 11,23-26)

dijo:
14 Cuando llegó la hora, se puso a la mesa y los apóstoles con él. 15 Y les

—Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de
padecer, 16 porque os digo que no la volveré a comer hasta que
tenga su cumplimiento en el Reino de Dios.
17 Y tomando el cáliz, dio gracias y dijo:
—Tomadlo y distribuidlo entre vosotros; 18 pues os digo que a partir de ahora
no beberé del fruto de la vid hasta que venga el Reino de Dios.
19 Y tomando pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo:
—Esto es mi cuerpo, que es entregado por vosotros. Haced esto en memoria
mía.
20 Y del mismo modo el cáliz, después de haber cenado, diciendo:
—Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros.

Anuncio de la traición de Judas

(22,21-30)

(Mt 26,20-25; Mc 14,17-21; Jn 13,21-32)

21 »Pero mirad que la mano del que me entrega está conmigo a la mesa. 22
Porque el Hijo del Hombre se va, según está decretado; pero ¡ay de aquel hombre
por quien es entregado! 23 Y empezaron a preguntarse entre sí quién de ellos sería
el que iba a hacer tal cosa.

Discusión entre los Apóstoles

[24] Entonces se suscitó entre ellos una disputa sobre quién sería considerado el mayor. [25]Pero él les dijo:

—Los reyes de las naciones las dominan, y los que tienen potestad sobre ellas son llamados bienhechores. [26]Vosotros no seáis así; al contrario: que el mayor entre vosotros se haga como el menor, y el que manda como el que sirve. [27] Porque ¿quién es mayor: el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es el que está a la mesa? Sin embargo, yo estoy en medio de vosotros como quien sirve.

[28] »Vosotros sois los que habéis permanecido junto a mí en mis tribulaciones. [29] Por eso yo os preparo un Reino como mi Padre me lo preparó a mí, [30] para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino, y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.

Jesús predice las negaciones de San Pedro
(22,31-38)
(Mt 26,30-35; Mc 14,26-31; Jn 13,36-38)

31 »Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como el trigo. 32 Pero yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca; y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos.
33 Él le dijo:
—Señor, estoy dispuesto a ir contigo hasta la cárcel y hasta la muerte.
34 Pero Jesús le respondió:
—Te aseguro, Pedro, que no cantará hoy el gallo sin que bayas negado tres veces haberme conocido.

Exhortación a los Apóstoles

35 Y les dijo:
—Cuando os envié sin bolsa ni alforjas ni calzado, ¿acaso os faltó algo?
—Nada –le respondieron.
36 Entonces les dijo:
—Ahora, en cambio, el que tenga bolsa, que la lleve; y lo mismo con la alforja;
y el que no tenga, que venda su túnica y compre una espada. 37 Porque os aseguro que debe cumplirse en mí lo que está escrito: Y *fue contado entre los malhechores*. Porque lo que se refiere a mí llega a su fin.
38 Ellos dijeron:
—Señor, aquí hay dos espadas. Y él les dijo:
—Ya basta.

Oración y agonía de Jesús en el huerto
(22,39-46)
(Mt 26,36-46; Mc 14,32-42)

39 Salió y como de costumbre fue al monte de los Olivos. Le siguieron también los discípulos. 40Cuando llegó al lugar, les dijo:
—Orad para no caer en tentación.
41 Y se apartó de ellos como a un tiro de piedra y, de rodillas, oraba
42 diciendo:
—Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.
43 Se le apareció un ángel del cielo que le confortaba. Y entrando en agonía oraba con más intensidad. 44 Y le sobrevino un sudor como de gotas de sangre que caían hasta el suelo. 45 Cuando se levantó de la oración y llego hasta los discípulos, los encontró adormilados por la tristeza. 46 Y les dijo:
—¿Por qué dormís? Levantaos y orad para no caer en tentación.

Prendimiento de Jesús
(22,47-53)
(Mt 26,47-56; Mc 14,43-52; Jn 18,1-12)

47 Todavía estaba hablando, cuando de pronto llegó un tropel de
gente. El que se llamaba Judas, uno de los doce, los precedía y se
acercó a Jesús para besarle. 48 Jesús le dijo:
—Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?

49 Los que estaban a su alrededor, al ver lo que iba a suceder,
dijeron:
—Señor, ¿atacamos con la espada?
50 Y uno de ellos hirió al criado del sumo sacerdote y le cortó la oreja
derecha.
51 Pero Jesús, en respuesta, dijo:
—¡Dejadlo ya! –y tocándole la oreja, lo curó.
52 Dijo después Jesús a los que habían venido contra él, príncipes de
los
sacerdotes, oficiales del Templo y ancianos:
—¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y palos? 53
Mientras
estaba con vosotros todos los días en el Templo, no alzasteis las manos
contra mí. Pero ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.

Las negaciones de San Pedro
(22,54-71)
(Mt 26,69-75; Mc 14,66-72; Jn 18,15-18.25-27)

54 Después de apresarlo, se lo llevaron y lo metieron en casa del
sumo sacerdote. Pedro le seguía de lejos. 55 Habían encendido fuego en
medio del atrio y estaban sentados alrededor. Pedro estaba sentado en
medio de ellos. 56 Una
criada, al verlo sentado a la lumbre, fijándose en él dijo:
57 —También éste estaba con él. Pero él lo negó:
58 —No lo conozco, mujer.
Al poco tiempo, viéndole otro dijo:
—Tú también eres de
ellos. Pero Pedro replicó:
—Hombre, no lo soy.
59 Y pasada como una hora, otro aseguró:
—Cierto, éste estaba con él, porque también es galileo.
60 Y dijo Pedro:
—No sé, hombre, lo que dices.
Y al instante, cuando todavía estaba hablando cantó un gallo. 61 El
Señor se
volvió y miró a Pedro. Y recordó Pedro las palabras que el Señor le había
dicho:
«Antes que cante el gallo hoy, me habrás negado tres veces». 62 Y salió
afuera y
lloró amargamente.

Ultrajes a Jesús
(Mt 26,67-68; Mc 14,65)

63 Los hombres que custodiaban a Jesús se mofaban de él y le
golpeaban. 64
Entonces, tapándole la cara, le preguntaban:
—Profetiza, ¿quién es el que te ha pegado?

65 Y decían contra él otras muchas injurias.

Interrogatorio ante los príncipes de los sacerdotes
(Mt 26,57-68; Mc 14,53-65; Jn 18,13-24)

66 Al hacerse de día se reunieron los ancianos del pueblo, los
príncipes de los sacerdotes y los escribas, y le condujeron al Sanedrín. 67 Y
le dijeron:
—Si tú eres el Cristo, dínoslo.
Y les contestó:
—Si os lo digo, no me creeréis; 68 y si hago una pregunta, no me

responderéis. 69 No obstante, desde ahora estará *el Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios*.
70 Entonces dijeron todos:
—Por tanto, ¿tú eres el Hijo de Dios?
—Vosotros lo decís: yo soy –les respondió.
71 Pero ellos dijeron:
—¿Qué necesidad tenemos ya de testimonio? Nosotros mismos lo hemos oído de su boca.

Jesús ante Pilato (23,1-25)
(Mt 27,11-14; Mc 15,1-5; Jn 18,28-40)

23

1 Se levantaron todos ellos y llevaron a Jesús ante Pilato. 2 Entonces empezaron a acusarle diciendo:
—Hemos encontrado a éste soliviantando a nuestra gente y prohibiendo dar tributo al César; y dice que es el Cristo, el Rey.
3 Pilato le preguntó:
—¿Eres tú el Rey de los Judíos?
—Tú lo dices –le respondió él.
4 Dijo Pilato a los príncipes de los sacerdotes y a la muchedumbre:
—No encuentro ningún delito en este hombre.
5 Pero ellos insistían:
—Subleva al pueblo, enseñando por toda Judea, desde que comenzó en
Galilea hasta aquí.

Jesús ante Herodes

6 Pilato al oírlo preguntó si aquel hombre era galileo. 7 Y al saber que era de la jurisdicción de Herodes, lo remitió a Herodes, que estaba también aquellos días en Jerusalén. 8 Herodes se alegró mucho de ver a Jesús, pues deseaba verlo hacía mucho tiempo, porque había oído muchas cosas sobre él y esperaba verle hacer algún milagro. 9 Le preguntó con mucha locuacidad, pero el no le respondió nada. 10
También estaban allí los príncipes de los sacerdotes y los escribas, acusándole con vehemencia. 11Herodes, junto con sus soldados, le despreció, se burló de él poniéndole un vestido blanco y se lo remitió a Pilato. 12 Herodes y Pilato se hicieron
amigos aquel día, pues antes estaban enemistados entre sí.

Jesús condenado a muerte
(Mt 27,15-26; Mc 15,6-15; Jn 19,4-16)

13 Pilato convocó a los príncipes de los sacerdotes, a los magistrados y al pueblo, 14 y les dijo:

—Me habéis presentado a este hombre como alborotador del pueblo. Mirad:
yo lo he interrogado delante de vosotros, y no he encontrado en este hombre ningún
delito de los que le acusáis; 15 ni tampoco Herodes, porque nos lo ha
devuelto; por tanto, nada ha hecho que merezca la muerte. 16 Así que,
después de castigarle, lo

soltaré. (17)
18 Pero toda la multitud clamó diciendo:
—¡Fuera con ése, y suéltanos a Barrabás! 19 –éste había sido encarcelado
por cierta sedición ocurrida en la ciudad y por un homicidio.
20 De nuevo Pilato les habló queriendo poner en libertad a Jesús. 21 Pero
ellos continuaban gritando:
—¡Crucifícalo, crucifícalo!
22 No obstante, por tercera vez, él les dijo:
—¿Y qué mal ha hecho éste? No encuentro en él ningún delito de muerte; por tanto, después de castigarle, lo soltaré.
23 Pero ellos insistían a grandes voces pidiendo que lo
crucificaran, y sus gritos eran cada vez más fuertes. 24 Pilato entonces
decidió que se cumpliera su petición: 25 soltó al que pedían –el que
había sido encarcelado por sedición y
homicidio– y a Jesús lo entregó a la voluntad de ellos.

Crucifixión y muerte de Jesús
(23,26-49)
(Mt 27,32- 56; Mc 15,21-41; Jn 19,17-30)

26 Cuando le llevaban echaron mano de un tal Simón de Cirene, que
venía del campo, y le obligaron a llevar la cruz detrás de Jesús.
27 Le seguía una gran multitud del pueblo y de mujeres, que
lloraban y se lamentaban por él. 28 Jesús, volviéndose a ellas, les dijo:
—Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad más bien por vosotras mismas y
por vuestros hijos, 29porque mirad que vienen días en que se dirá: «Dichosas las
estériles y los vientres que no engendraron y los pechos que no amamantaron».
30 »Entonces comenzarán *a decir a los montes*: «*Caed sobre nosotras*»;
y a los collados: «*Sepultadnos*»; 31 porque si en el leño verde hacen esto, ¿qué se hará en
el seco?
32 Llevaban también con él a dos malhechores para matarlos. 33 Cuando
llegaron al lugar llamado «Calavera», le crucificaron allí a él y a los malhechores,
uno a la derecha y otro a la izquierda. 34 Y Jesús decía:
—Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.
Y *se repartieron sus ropas echando suertes*. 35 El pueblo estaba *mirando*, y
los jefes se *burlaban* de él y decían:
—Ha salvado a otros, que se salve a sí mismo, si él es el Cristo de Dios, el elegido.
36 Los soldados se burlaban también de él; se acercaban y ofreciéndole
vinagre 37 decían:

—Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo.
38 Encima de él había una inscripción: «Éste es el Rey de los judíos».
39 Uno de los malhechores crucificados le injuriaba diciendo:
—¿No eres tú el Cristo? Sálvate a ti mismo y a nosotros.
40 Pero el otro le reprendía:
—¿Ni siquiera tú, que estás en el mismo suplicio, temes a Dios? 41 Nosotros
estamos aquí justamente, porque recibimos lo merecido por lo que hemos hecho;
pero éste no ha hecho ningún mal.
42 Y decía:
—Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino.

43 y le respondió:
—En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso.
44 Era ya alrededor de la hora sexta. Y toda la tierra se cubrió de
tinieblas hasta la hora nona. 45 Se oscureció el sol, y el velo del
Templo se rasgó por la mitad. 46 Y Jesús, clamando con una gran voz,
dijo:
—Padre, *en tus manos encomiendo mi espíritu*.
Y diciendo esto expiró.
47 El centurión, al ver lo que había sucedido, glorificó a Dios diciendo:
—Verdaderamente este hombre era justo.
48 Y toda la multitud que se había reunido ante este espectáculo, al
contemplar lo ocurrido, regresaba golpeándose el pecho.
49 Todos los conocidos de Jesús y las mujeres que le habían seguido
desde
Galilea estaban observando de lejos estas cosas.

Jesús es sepultado (23,50-56)
(Mt 27,57-61; Mc 15,42-47; Jn 19,31-42)

50 Había un hombre llamado José, varón bueno y justo, miembro del
Consejo,
51 que no estaba de acuerdo con su decisión y sus acciones. Era de
Arimatea, ciudad de Judea, y esperaba el Reino de Dios. 52 Éste se
presentó a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. 53 Y lo descolgó, lo envolvió
en una sábana y lo puso en un sepulcro excavado en la roca, donde nadie
había sido colocado todavía. 54 Era el
día de la Parasceve y comenzaba a brillar el sábado. 55 Las mujeres que
habían
venido con él desde Galilea le siguieron y vieron el sepulcro y cómo fue
colocado su
cuerpo. 56Regresaron y prepararon aromas y ungüentos. El sábado
descansaron
según el precepto.

Resurrección de Jesús. El sepulcro vacío (24,1-12)
(Mt 28,1-10; Mc 16,1-8; Jn 20,1-10)

24

1 El día siguiente al sábado, todavía muy de mañana, llegaron al sepulcro
llevando los aromas que habían preparado; 2 y se encontraron con que la
piedra había sido removida del sepulcro. 3 Pero al entrar, no encontraron
el cuerpo del Señor Jesús. 4
Estaban desconcertadas por este motivo, cuando se les presentaron dos
varones
con vestidura refulgente. 5 Como estaban llenas de temor y con

los rostros
inclinados hacia tierra, ellos les
dijeron:

—¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? [6] No está aquí, sino que ha resucitado; recordad cómo os habló cuando aún estaba en Galilea [7] diciendo
que convenía que el Hijo del Hombre fuera entregado en manos de hombres
pecadores, y fuera crucificado y resucitase al
tercer día.

[8] Entonces ellas se acordaron de sus palabras. [9] Y al regresar del sepulcro anunciaron todo esto a los once y a todos los demás. [10] Eran María Magdalena,
Juana y María la de Santiago; también las otras que estaban con ellas contaban
estas cosas a los apóstoles. [11] Y les pareció como un desvarío lo que contaban, y

no les creían. 12 Pedro, no obstante, se levantó y echó a correr hacia el
sepulcro; y al inclinarse vio sólo los lienzos. Entonces se marchó a casa,
admirándose de lo ocurrido.

Aparición a los discípulos de Emaús
(24,13-35)
(Mc 16,12-
13)

13 Ese mismo día, dos de ellos se dirigían a una aldea llamada
Emaús, que distaba de Jerusalén sesenta estadios. 14 Iban conversando
entre sí de todo lo que había acontecido. 15 Y mientras comentaban y
discutían, el propio Jesús se acercó y se puso a caminar con ellos, 16
aunque sus ojos eran incapaces de reconocerle. 17
Y les dijo:
—¿De qué veníais hablando entre vosotros por el camino?
Y se detuvieron entristecidos. 18 Uno de ellos, que se llamaba Cleofás,
le
respondió:
—¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha
pasado allí estos días?
19 Él les dijo:
—¿Qué ha
pasado? Y le
contestaron:
—Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y
palabras
delante de Dios y ante todo el pueblo: 20 cómo los príncipes de los
sacerdotes y nuestros magistrados lo entregaron para ser condenado a
muerte y lo crucificaron.
21Sin embargo nosotros esperábamos que él sería quien redimiera a
Israel. Pero con todo, es ya el tercer día desde que han pasado estas
cosas. 22 Bien es verdad
que algunas mujeres de las que están con nosotros nos han sobresaltado,
porque
fueron al sepulcro de madrugada 23 y, como no encontraron su cuerpo,
vinieron diciendo que habían tenido una visión de ángeles, que les
dijeron que está vivo. 24
Después fueron algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como
dijeron las
mujeres, pero a él no le vieron.
25 Entonces Jesús les dijo:
—¡Necios y torpes de corazón para creer todo lo que anunciaron los
Profetas!
26 ¿No era preciso que el Cristo padeciera estas cosas y así entrara en su
gloria?
27 Y comenzando por Moisés y por todos los Profetas les interpretó
en todas las Escrituras lo que se refería a él. 28 Llegaron cerca de la aldea
adonde iban, y él hizo ademán de continuar adelante. 29 Pero le
retuvieron diciéndole:
—Quédate con nosotros, porque se hace tarde y está ya
anocheciendo.

Y entró para quedarse con ellos. 30 Y cuando estaban juntos a la
mesa tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. 31 Entonces se les
abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su presencia.
32 Y se dijeron uno a otro:

—¿No es verdad que ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras nos
hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?

33 Y al instante se levantaron y regresaron a Jerusalén, y
encontraron reunidos a los once y a los que estaban con ellos, 34
que decían:

—El Señor ha resucitado realmente y se ha aparecido a Simón.

35 Y ellos se pusieron a contar lo que había pasado en el camino, y cómo le
habían reconocido en la fracción de pan.

Aparición a los discípulos en el Cenáculo
(24,36-53)
(Mt 28,16-20; Mc 16,14-18; Jn 20,19-31)

36 Mientras ellos estaban hablando de estas cosas, Jesús se puso en medio y les dijo:
—La paz esté con vosotros.
37 Se llenaron de espanto y de miedo, pensando que veían un espíritu. 38 Y les dijo:
—¿Por qué os asustáis, y por qué admitís esos pensamientos en vuestros corazones? 39 Mirad mis manos y mis pies: soy yo mismo. Palpadme y comprended que un espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo.
40 Y dicho esto, les mostró las manos y los pies. 41 Como no acababan de creer por la alegría y estaban llenos de admiración, les dijo:
—¿Tenéis aquí algo que comer?
42 Entonces ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. 43 Y lo tomó y se lo comió delante de ellos.
44 Y les dijo:
—Esto es lo que os decía cuando aún estaba con vosotros: es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí.
45 Entonces les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras. 46 Y les dijo:
—Así está escrito: que el Cristo tiene que padecer y resucitar de entre los muertos al tercer día, 47 y que se predique en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las gentes, comenzando desde Jerusalén. 48 Vosotros sois testigos de estas cosas. 49 Y sabed que yo os envío al que mi Padre ha prometido. Vosotros permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de la fuerza de lo alto.

La Ascensión del Señor
(Mc 16,19; Hch 1,6-11)

50 Los sacó hasta cerca de Betania y levantando sus manos los

bendijo. [51] Y mientras los bendecía, se alejó de ellos y comenzó a elevarse
al cielo. [52]Y ellos le adoraron y regresaron a Jerusalén con gran alegría. [53]
Y estaban continuamente en el Templo bendiciendo a Dios.

1,1-4 Este prólogo, muy breve, expone en un excelente lenguaje literario la intención que ha movido a San Lucas a componer su obra: escribir una historia bien ordenada y documentada (cfr v. 3) de la vida de Cristo desde sus orígenes, explicando también el significado salvífico de las cosas que se «han cumplido». (v. 1).
1,5-2,52 El evangelio de la infancia según San Lucas comprende seis episodios estructurados de dos en dos, referentes al nacimiento y a la infancia de Juan Bautista y de Jesús: dos anunciaciones (1,5-38), dos nacimientos y circuncisiones (1,39-2,21) y dos escenas en el Templo (2,22-52). Las narraciones incluyen también unos cánticos –el del «Magnificat» (1,46-55), el «Benedictus» (1,68-79), el Gloria (2,14) y el «Nunc Dimittis» (2,29-32)– que expresan el gozo experimentado ante las acciones de Dios en favor de los hombres. Tanto las narraciones como los cánticos están llenos de alusiones a textos del Antiguo Testamento señalando así que se está cumpliendo (cfr 1,1) la salvación prometida por Dios.

La escena central del conjunto es la Anunciación a María y la Encarnación del Verbo cuando la Virgen acepta su vocación. Estas dos dimensiones –cristológica y mariológica– se ponen de manifiesto en cada uno de los episodios. El Niño que nace en Belén es el Salvador prometido (1,71.77; 2,11.30), el Mesías, el Señor (1,76; 2,11.26), a quien corresponde una misión salvadora (2,38); sin embargo, será signo de contradicción, ruina y resurrección «de muchos en Israel» (2,34), que sólo podrán salvarse creyendo en Él. Junto al Niño está siempre su Madre que representa, a su vez, a la humanidad fiel a Dios (1,46-56). Ella colabora en el plan salvador divino (1,38) con una fe inquebrantable (1,45). Por eso Dios la asocia no sólo a la misión de su Hijo, sino también al doloroso trance con el que se realizará ese plan de salvación (2,35).

1,5-25 Como en otras ocasiones (cfr 2,1ss.; 3,1ss.), Lucas, conocedor de las formas narrativas de la Historia, comienza su relato inscribiendo los hechos en el marco de la historia profana (v. 5). Con referencia a este acontecimiento, situará después la anunciación a la Virgen, ocurrida seis meses más tarde (cfr 1,26).

Por medio del arcángel, Dios interviene de forma extraordinaria en la vida de Zacarías e Isabel. Pero lo que se anuncia sobrepasa el ámbito de la intimidad familiar (v. 14). Isabel, ya anciana, va a tener un hijo que se llamará Juan (v. 13) —nombre que significa «Dios es misericordioso»– y que tendrá una santidad extraordinaria (v. 15), ya que su misión como precursor del Mesías esperado (v. 17) le llevará a ser instrumento de la salvación de Dios (v. 16): «con Juan Bautista, el Espíritu santo inaugura, prefigurándolo, lo que realizará con y en Cristo: volver a dar al hombre la “semejanza” divina. El bautismo de Juan era para el arrepentimiento, el del agua y del Espíritu será un nuevo nacimiento» (CCE 720).

Por lo demás, la escena, tanto en la forma –intervención divina, turbación, anuncio, dificultad, señal– como en los contenidos, parece concebida en paralelo y como preparación de la anunciación a María, que queda de esta manera resaltada. En efecto, Zacarías quería tener descendencia (v. 13) pero no podía; la Virgen, en cambio, no la pedía (cfr 1,34) pero Dios se la da; tanto Zacarías como María se turban ante el saludo del ángel (1,12.29), pero Ella no tiene miedo (1,29), mientras que Zacarías, sí (v. 12); finalmente Zacarías duda (v. 20) y pide una señal (v. 18), mientras que María cree (1,38) y se le ofrece una señal que no había pedido (1,36).

1,26-38 La narración es de una densidad extraordinaria. Prácticamente cada palabra lleva aneja una profundidad de significado sorprendente. Los Padres y la Tradición de la Iglesia no han dejado de notarlo, y los cristianos revivimos cada día este misterio a la hora del Ángelus.

El mensaje del ángel expresa la acción singular, soberana y omnipotente de Dios al encarnarse para nuestra salvación. Esta acción divina (cfr v. 35) evoca la de la creación (cfr Gn 1,2), cuando el Espíritu descendió sobre las aguas para dar vida; y la del desierto, cuando creó al pueblo de Israel y hacía notar su presencia con una nube que cubría el Arca de la Alianza (cfr Ex 40,34-36).

La actitud de Nuestra Señora, –una «virgen» de Nazaret (v. 27)– señala la correspondencia de la criatura a la acción salvadora de Dios. En efecto, «enriquecida desde el primer instante de su concepción con una resplandeciente santidad del todo singular, la Virgen de Nazaret es saludada por el ángel de la Anunciación, por encargo de Dios, como “llena de gracia”. Y ella responde al enviado del cielo: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra” (Lc 1,38). Así, María, hija de Adán, dando su consentimiento a la palabra de Dios, se convirtió en Madre de Jesús. Abrazando la voluntad salvadora de Dios con todo el corazón y sin ningún obstáculo de pecado, se entregó totalmente a sí misma, como esclava del Señor, a la Persona y a la obra de su Hijo. Con Él y en dependencia de

Él, se puso, por la gracia de Dios todopoderoso, al servicio del misterio de la redención. Con razón, pues, creen los Santos Padres que Dios no utilizó a María como un instrumento puramente pasivo, sino que ella colaboró por su fe y obediencia libres a la salvación de los
hombres» (C. Vat. II, Lum. gent. 56).
1,39-56 Contemplamos ahora la grandeza de María desde otros puntos de vista. Isabel,
llena del Espíritu Santo, proclama que María es «madre de mi Señor» (v. 43). Pero esta realidad es también objeto de fe para María, y por ello Isabel la felicita (v. 45). Sin embargo, la fe de la Virgen traspasa la mera virtud personal, pues da origen a la Nueva Alianza:
«Como Abrahán “esperando contra toda esperanza, creyó y fue hecho padre de muchas

naciones” (Rm 4,18), así María, en el instante de la Anunciación, después de haber manifestado su condición de virgen (...) creyó que por el poder del Altísimo, por obra del Espíritu Santo, se convertiría en Madre del Hijo de Dios según la revelación del ángel» (Juan Pablo II, Redemp. Mat. 14).

La escena concluye con el canto del Magnificat por parte de María. El cántico, que evoca algunos pasajes del Antiguo Testamento (cfr 1 S 2,1-10), es, sobre todo, una oración y un modelo de oración. «En estas sublimes palabras (...) se vislumbra la experiencia personal de María, el éxtasis de su corazón. Resplandece en ellas un rayo del misterio de Dios, la gloria de su inefable santidad, el eterno amor que, como un don irrevocable, entra en la historia del hombre» (ibid. 36).

1,57-80 El evangelio relata en dos pasajes seguidos (1,57-2,21) el nacimiento y la circuncisión de Juan Bautista y de Jesús. Resulta conveniente leerlos en contraste: mientras Juan nace en su casa en un clima de alegría y admiración (vv. 58.63.64.66), Jesús nacerá fuera de su casa, con un pesebre por cuna y reconocido sólo por sus padres y por unos pastores (2,1-20).

En el caso de Juan Bautista, el evangelio se centra más en la circuncisión, ya que ahí se manifiesta la intervención de Dios. Cuando Zacarías (v. 63) cumple lo que le había mandado el ángel (1,13) comienza a hablar: «Con razón su lengua se desató, porque, atada por la incredulidad, fue desatada por la fe» (S. Ambrosio, Exp. Ev. sec. Lc. in loc.).

La intervención de Dios en los acontecimientos suscita la pregunta de las gentes acerca de la misión que Dios ha destinado a Juan. Zacarías, conocedor de la misión de su hijo como Precursor del Dios encarnado (1,14-17), entona un canto de alabanza a Dios –el Benedictus–, en el que reconoce la acción salvadora de Dios con Israel (vv. 68-75), que culmina en la venida del Señor mismo preparada por el hijo de Zacarías (vv. 76-79). Estas dos atribuciones de Dios –Señor (v. 76) y Salvador (cfr vv. 69.71.77)– son las mismas que el ángel asignará a Jesús en su anuncio a los pastores (2,11).

2,1-21 El evangelio narra escuetamente el nacimiento de Jesús. No obstante, no deja de subrayar dos detalles: el lugar del nacimiento, Belén, y la pobreza y desamparo materiales que lo acompañaron. Las dos cosas son también lección de Dios que se sirve de los sucesos de la historia humana para que se cumplan sus designios, y que hace de sus gestos enseñanza: «¿Hay algo que pueda declarar más inequívocamente su misericordia, que el hecho de haber aceptado la misma miseria? ¿Puede haber algo más rebosante de piedad que el que la Palabra de Dios se haya hecho tan poca cosa por nosotros? (...) Que deduzcan de aquí los hombres lo grande que es el cuidado que Dios tiene de ellos; que se enteren de lo que Dios piensa y siente sobre ellos» (S. Bernardo, Serm. 1 in Epiph. Dom. 7, 2).

Las palabras de los ángeles a los pastores indican el significado del nacimiento de Jesús. Él no es un niño cualquiera, sino el Salvador, el Mesías, el Señor (v. 11), y su venida al mundo trae consigo los dones más excelentes: el conocimiento de la gloria de Dios y la paz para los hombres (v. 14). De ahí el sentido profundo de la adoración de los pastores (v. 17):

«Los pastores eran israelitas; los magos, gentiles; aquéllos vinieron de cerca; éstos, de lejos, pero unos y otros coincidieron en la piedra angular» (S. Agustín, Serm. de Nativ. Dom. 202,1).

2,22-38 La Sagrada Familia subía a Jerusalén con el fin de cumplir dos prescripciones de la Ley de Moisés: la purificación de la madre (cfr Lv 12,28) y la presentación y rescate del primogénito (cfr Ex 13,2.12-13). Con este motivo se manifiesta Jesús a Israel: «La Presentación de Jesús en el Templo lo muestra como el Primogénito que pertenece al Señor» (CCE 529). Simeón y Ana, ya ancianos,

representan al Israel fiel que espera la venida de su Salvador y Redentor (vv. 30.38) y alaba a Dios al ver cumplidas sus esperanzas (vv. 28.38).

Simeón aparece como un hombre conducido por el Espíritu Santo (vv 25.26.27) y, por eso, sus palabras son especialmente reveladoras: Jesús es reconocido como el Mesías
esperado «gloria de Israel», pero «luz y salvación» para todos los hombres. Sin embargo, su misión salvadora será «signo de contradicción» en el que algunos tropezarán: «La espada de dolor predicha a María anuncia otra oblación, perfecta y única, la de la Cruz que dará la salvación que Dios ha preparado "ante todos los pueblos"» (CCE 529).

2,41-50 Tras cumplir los doce años, Jesús, como todos los varones de Israel, tiene que

acudir en peregrinación a Jerusalén. El evangelista narra las circunstancias de ese viaje con sobriedad, porque quiere detenerse en el diálogo de Jesús con su Madre. En efecto, sus padres lo encuentran «escuchando y preguntando» a los doctores (cfr v. 46), de tal manera que los presentes están «admirados de su sabiduría y de sus respuestas» (v. 47). Es un modo de preparar lo que se leerá a continuación: Jesús no es un niño cualquiera, sino el
Hijo de Dios. El diálogo de Jesús con su Madre sorprende por su aparente desapego, pero no hay que olvidar que la mentalidad semita es aficionada a los contrastes y a las antítesis.
De hecho, el centro de la escena es la frase de Jesús (v. 49) no comprendida por sus
padres (v. 50): «El hallazgo de Jesús en el Templo es el único suceso que rompe el silencio de los Evangelios sobre los años ocultos de Jesús. Jesús deja entrever en ello el misterio
de su consagración total a una misión derivada de su filiación divina» (CCE 534).
2,51-52 Lucas concluye los episodios de la infancia con un resumen de la vida de Jesús y
María en esos años. Ya antes (cfr 2,19.39-40) había señalado esas mismas actitudes de los dos protagonistas de la salvación. «Esos años ocultos del Señor no son algo sin significado, ni tampoco una simple preparación de los años que vendrían después: los de su vida pública. Desde 1928 comprendí con claridad que Dios desea que los cristianos tomen ejemplo de toda la vida del Señor. Entendí especialmente su vida escondida, su vida de trabajo corriente en medio de los hombres: el Señor quiere que muchas almas encuentren su camino en los años de vida callada y sin brillo» (S. Josemaría Escrivá, Hom. 1. 20).
3,1-4-13 Como los otros evangelistas, Lucas presenta la «preparación del ministerio de
Jesús» en torno a dos motivos: la figura del Bautista (3,1-20), y el Bautismo y las tentaciones de Jesús (3,21-22; 4,1-13). A esto añade la genealogía (3,23-38). Es característica de la narración del tercer evangelio señalar las fases y los lugares de la salvación; por eso adelanta la prisión del Bautista respecto de los otros sinópticos (3,19-20; cfr Mt 14,3-4; Mc 6,17-18), significando de una manera gráfica que la etapa del Bautista precede a la de Jesús. Del mismo modo, coloca en Jerusalén la última de las tentaciones (4,9), porque Jerusalén ocupa el lugar central en la obra de San Lucas: allí se manifestó el Señor como luz de las gentes (2,22-35), allí consumará su éxodo (9,31) y allí se iniciará la misión universal (24,47).
3,1-20 Los cuatro evangelios recogen la actividad de Juan Bautista que precedió la vida
pública de Cristo. Lucas la presenta con más detalle y más ordenadamente. Así, describe la misión del Bautista (vv. 3-6), el contenido de su predicación (vv. 7-14), su relación con el Mesías venidero (vv. 15-18) y su encarcelamiento (vv. 19-20). El evangelista presenta la figura del Bautista a la luz de un texto del libro de Isaías (Is 40,3-5). En esta parte de Isaías se anuncia al pueblo hebreo que, tras el destierro de Babilonia, habrá un nuevo éxodo y que entonces ya no será guiado por Moisés sino por Dios mismo; el pueblo caminará a través
del desierto hasta llegar a la nueva tierra de promisión.

Ante la venida inminente del Señor, los hombres deben disponerse interiormente, hacer penitencia de sus pecados, rectificar su vida para recibir la gracia que trae el Mesías.
Porque la salvación no viene por el linaje, por ser hijos de Abrahán (v. 8). sino por una
conversión que se manifiesta en obras concretas (vv. 11-14).

Finalmente, el Bautista recuerda que él no es el Mesías, pero que éste está al llegar y que vendrá con el poder de juez supremo propio de Dios, y con una dignidad que no tiene parangón humano: «Aprended del mismo Juan un ejemplo de humildad. Le tienen por Mesías y niega serlo; no se le ocurre emplear el error ajeno en beneficio propio. (...)
Comprendió dónde tenía su salvación; comprendió que no era más que una antorcha, y temió que el viento de la soberbia la pudiese apagar» (S. Agustín, Serm. 293,3).
3,21-22 El Bautismo de Jesús revela su filiación divina. Este acontecimiento, la

adoración
de los Magos (Mt 2,11) y el primer milagro que hizo el Señor en las bodas de Caná (Jn
2,11) constituyen las tres primeras manifestaciones solemnes de la divinidad
de Cristo, como nos recuerda la liturgia de la Iglesia en el día de la Epifanía:
«Veneremos este día
santo, honrado con tres prodigios: hoy, la estrella condujo a los Magos al pesebre: hoy, el
agua se convirtió en vino en las bodas de Caná; hoy, Cristo fue bautizado por Juan en el
Jordán, para salvarnos. Aleluya» (Lit. Horas, Ant. Magnif. 2 visp.).
3,23-38 Las genealogías en la Sagrada Escritura no tienen como finalidad ser un registro
pormenorizado de los ascendientes de una persona, sino que indican más
bien su pertenencia a un grupo determinado (cfr nota a Mt 1,1-17). Así como
Mateo subraya el

carácter mesiánico de Nuestro Señor, Lucas resalta su misión como Salvador de todo el género humano y su carácter sacerdotal. Santo Tomás, siguiendo a San Agustín, ve en la genealogía de Lucas la enseñanza del sacerdocio de Cristo: «San Lucas, no desde el principio, sino después del Bautismo de Cristo, narra la genealogía en orden ascendente, como señalando al Sacerdote que expía los pecados en el momento en que Juan Bautista dio testimonio de él diciendo: "He aquí el que quita los pecados del mundo". Y, ascendiendo por Abrahán llega hasta Dios, con quien nos reconciliamos, una vez limpios y purificados» (S. th. 3,31,3 ad 3).

4,1-13 En el inicio de su misión salvadora, el Señor sufre las tentaciones de Satanás (cfr nota a Mt 4,1-11). En la primera (vv. 3-4) el diablo pone a prueba su filiación divina que Dios Padre acaba de proclamar (cfr 3,22); en la segunda (vv. 5-8) se le ofrece el reinado de este mundo a cambio de un homenaje a Satán; en la tercera (vv. 9-12), situado en el pináculo del Templo de Jerusalén, el diablo le propone escapar de la muerte en virtud de ser Hijo de Dios.

Jesús vence ahora al diablo, como le vencerá también en el «momento oportuno» (v. 13), es decir en su pasión y muerte (cfr nota a 22,1-6): su aceptación filial del designio del Padre hará a los hombres libres de quien tenía el poder de la muerte, es decir, el diablo (cfr Hb 2,14). La victoria de Jesús sobre el Tentador es estímulo para sus discípulos que, confiando en Dios, podemos vencer todas las tentaciones.

§ 4,14-9,50 En esta primera parte de su evangelio Lucas relata los inicios del magisterio público de Jesús en Galilea. La escena –Jesús en la sinagoga de Nazaret (4,16-30)– presenta el programa de su actuación. El «hoy» de la salvación (4,21) anunciado en ese momento se cumple enseguida con su actuación taumatúrgica (4,38-41; 5,12-26; 7,1-23; 8,26-56, etc.), con el perdón de los pecados (5,17-26; 7,36-50), con su acción misericordiosa sobre los hombres (7,13; 9,11), etc.

La misión para la que ha sido enviado (4,18) es la de evangelizar. En el centro de su predicación están el Discurso del Llano (6,17-49) y las Parábolas del Reino (8,4-18). Al evangelista le gusta señalar la eficacia y la singularidad de las palabras de Jesús (4,31-37; 5,17-26; etc.) que provocan la aglomeración de las gentes en torno suyo (4,37.40.42; 5,1.15.19.29; etc.).

Para el cumplimiento de ese programa salvador, el Señor elige a unos discípulos (5,1-11.27-32; 6,12-16) de entre los que constituye el grupo apostólico. A éstos les forma con una dedicación particular (8,10; 9,21; etc.), les muestra su gloria (9,28-36) y les envía a predicar (9, 1-6) en un anticipo de lo que será la misión universal de la Iglesia (Hch 1, 8). Finalmente, el discurso de Jesús en la sinagoga de Nazaret alude también a la universalidad de su misión salvadora (4,25-27). Esa cualidad de su misión se pondrá de manifiesto en el episodio del centurión (7,1-10), pero, sobre todo, será el motivo central de la parte siguiente del evangelio (9,51-19,27).

4,14-6-11 Los comienzos del ministerio de Jesús incluyen su predicación en las sinagogas de Galilea (4,14-15) y de Judea (4,44). La predicación de Jesús llama la atención por la potestad que la acompaña (4,32) y de ahí que su fama se extienda cada vez más (5,15). No es extraño por eso que los representantes del judaísmo oficial entren en controversia con Él (5,27-6,11).

4,14-30 El Espíritu Santo, que interviene activamente en el nacimiento y en los episodios que rodean la infancia de Jesús, es ahora quien dirige su actividad: tras descender sobre Él en el Bautismo (3,22), le conduce al desierto (4,1) y le impulsa (v. 14) a la misión por Galilea.

En la sinagoga de Nazaret Jesús lee el pasaje de Isaías 61,1-2 donde el profeta anuncia la llegada del Señor que librará al pueblo de sus aflicciones: «Estas frases según San Lucas son su primera declaración mesiánica, a la que siguen los hechos y palabras conocidos a través del Evangelio. Mediante tales hechos y palabras Cristo hace presente al Padre entre los hombres» (Juan Pablo II, Div. in mis. 3). Hay dos rasgos que añade el Señor a la significación del pasaje. En primer lugar, que la profecía se cumple en Él (v. 21); el Mensaje de salvación no es otra cosa que Él mismo: «Al ser Él la “Buena Nueva”, existe en Cristo plena identidad entre mensaje y mensajero, entre el decir, el actuar y el ser» (Juan Pablo II, Redemp. miss. 13). Por otra parte, el rechazo de los suyos a su presentación mesiánica es incoación del que sufrirá Jesús por parte de su pueblo.

4,31-37 Ya en los albores de la predicación de Jesús dos cosas llaman la atención a quienes le oyen: sus palabras van acompañadas de obras que manifiestan su poder (v. 32), y ellas mismas tienen potestad de hacer prodigios (v. 36). Éstas son las cualidades que tiene la Palabra de Dios en el Antiguo Testamento, ya que Dios confirma su palabra con obras (cfr Ex 19,3-6) y con su palabra crea las cosas (Gn 1,3ss.).
4,38-41 Los tres evangelios sinópticos recogen la curación de la suegra de Pedro seguida
de otras curaciones aquella misma tarde. Lucas es el único que hace notar el ruego de los discípulos (v. 38) y la actitud misericordiosa del Señor sobre cada persona «poniendo las manos sobre cada uno» (v. 40): «En cuanto rogaban al Salvador, enseguida curaba a los enfermos; dando a entender que también atiende las súplicas de los fieles contra las pasiones de los pecados» (S. Jerónimo, en Cat. aurea in loc.).
4,42-44 Como en otros muchos lugares (cfr 5,1.15.19.29. etc.), el evangelista anota que
eran verdaderas multitudes las que sentían la necesidad de estar con Jesús y escucharle.
«En esta vida nadie puede satisfacer sus deseos, y ninguna cosa creada puede saciar nunca el deseo del hombre: sólo Dios puede saciarlo con creces, hasta el infinito» (S. Tomás de Aquino, Expos. in Cred. 12,1012).
[Judea puede ser nombre genérico para
Palestina. Cf. 1,5; 6,17; 7,17; 23,5; Hch 2,9; Hch 10,37. No hay que olvidar que Lucas menciona las excursiones de Jesús a Judea, que son las únicas que menciona Juan. En todos estos versos Lucas ha seguido a Marcos, pero con libertad, dejando y añadiendo frases para dar un sentido más claro, ordenado y clásico.]
5,1-11 San Lucas relata la vocación de Pedro y de los primeros discípulos de manera
ligeramente distinta a los otros evangelios (cfr Mt 4,18-25; Mc 1,16-20; Jn 1,35-51). Su vocación se produce en los inicios de la vida pública y en los cuatro evangelios se refleja la llamada apremiante de Cristo y la respuesta inmediata de los discípulos. Lucas deja transparentar la relación especial de Jesús con Pedro ya que éste es su interlocutor a lo largo de todo el relato (cfr vv. 3.4.5.8.10), pues él va a ser quien gobernará después la barca de la Iglesia.
«Antes de ser apóstol, pescador. Después de apóstol, pescador. La misma profesión que antes, después. ¿Qué cambia entonces? Cambia que en el alma –porque en ella ha entrado Cristo, como subió a la barca de Pedro– se presentan horizontes más amplios, más ambición de servicio, y un deseo irreprimible de anunciar a todas las criaturas las magnalia Dei (Hch 2,11), las cosas maravillosas que hace el Señor, si le dejamos hacer» (S. Josemaría Escrivá, Hom. 2. 264-5).
En la escena se vislumbra lo que va a ser la misión de la Iglesia: en nombre propio los discípulos se fatigarán y no conseguirán fruto (cfr v. 5); en cambio, en nombre de Cristo el fruto será incluso desproporcionado (cfr vv. 6.10).
5,12-16 El modo de dirigirse a Jesús de los personajes que le encuentran puede ser para
cada uno un buen modelo de oración: «Jesús escucha la oración de fe expresada en palabras, o en silencio. (...) Sanando enfermedades o perdonando pecados, Jesús siempre responde a la plegaria del que le suplica con fe: “Ve en paz, ¡tu fe te ha salvado!”» (CCE
2616).
5,17-26 El poder de Jesús y de su palabra (cfr nota a 4,31-37) se ilustra con este milagro
donde muestra a las claras que su potestad en la tierra (v. 24) tiene un origen que trasciende lo terreno (v. 17). El pasaje enseña también que el Señor premia la fe de los amigos del paralítico (v. 20): «¡Qué grande es el Señor que por los méritos de algunos perdona a los otros y que mientras alaba a aquéllos perdona a éstos!» (S. Ambrosio, Exp. Ev. sec. Lc. in loc.).
5,27-32 El episodio refleja una actitud constante en la vida de Jesús y en la vida de la
Iglesia: la llamada de Cristo es gratuita, cada uno de nosotros debe responder con agradecimiento (v. 29), generosidad y prontitud (v. 28; cfr

5,11).
5,33-39 La acusación de los escribas y fariseos ofrece a Jesús la ocasión de exponer la
condición de su persona y el alcance de su doctrina: la alegría que supone su presencia en el mundo hace que quede relegada para más tarde una práctica penitencial como el ayuno (vv. 34-35). Su doctrina exige una penitencia interior más profunda, una renovación (vv.
36-38), y quien la reciba de este modo comprobará que es como el vino añejo (v. 39) y no
querrá volver a su vida anterior. Pero el Señor no abroga el ayuno (cfr v. 35) sino que le da un sentido más profundo: «El mérito de nuestros ayunos no consiste solamente en la abstinencia de los alimentos; de nada sirve quitar al cuerpo su nutrición si el alma no se

aparta de la iniquidad y si la lengua no deja de hablar mal» (S. León Magno, Serm. 4 de
Quadrag. 2).
6,1-11 En estas dos controversias sobre el sábado, Jesús manifiesta su autoridad y su
poder divinos y enseña el verdadero sentido del descanso sabático (cfr notas a Mt 12,1-14; Mc 2,23-28; 3,1-6). Su actitud contrasta con la ofuscación (v. 11) de los escribas y fariseos:
«¡Oh fariseo!, ves al que hace cosas prodigiosas y cura a los enfermos en virtud de un
poder superior y tú proyectas su muerte por envidia» (S. Cirilo, en Cat. aurea in loc.).
6,12-8,56 Con la institución del colegio apostólico comienza una nueva sección del
evangelio. Jesús realiza su misión con los Apóstoles en Galilea. Esa misión comprende la predicación –de la que son reflejo sobre todo el Discurso del Llano (6,17-49) y el de las parábolas (8,4-18)– y la actividad taumatúrgica de Jesús. Lucas recoge prácticamente los mismos milagros que los otros dos sinópticos, pero tiene como propio el milagro de la resurrección del hijo de la viuda de Naín, que el Señor realiza movido por la misericordia (7,13), precisamente la virtud que compendia la enseñanza del Discurso del Llano (6,36).
6,12-16 Como en otras ocasiones (9,28; 22,39; etc.), el evangelista recoge la oración de
Jesús antes de un acontecimiento de importancia (v. 12). Después, el Señor instituye el grupo de los Doce Apóstoles. La elección de doce, con el titulo peculiar de Apóstoles (v.
13), junto a otros detalles que relatan los otros evangelios (cfr notas a Mt 10,1-4; Mc
3,13-19), no pueden menos que orientar hacia la continuidad de la obra de Jesús: la Iglesia fundada por Él. Jesús, enviado por el Padre, asocia a los Apóstoles en su labor: «Esta
misión divina, confiada por Cristo a los Apóstoles, tiene que durar hasta el fin del mundo, pues el Evangelio que tienen que transmitir es el principio de toda la vida para la Iglesia. Por eso los Apóstoles se preocuparon de instituir en esta sociedad jerárquicamente organizada
a sus sucesores» (C. Vat. II, Lum. gent. 20).
6,17-19 Se inicia aquí un discurso equivalente, aunque mucho más breve, al Discurso de la
Montaña de San Mateo (Mt 5,1-7,29). Al recordar que Jesús predicaba en lugares llanos y fácilmente accesibles a la muchedumbre, Lucas quiere poner de relieve la cercanía del Señor a la gente y el carácter universal de su enseñanza. En cualquier caso, no debe olvidarse que «los autores sagrados compusieron los cuatro Evangelios escogiendo datos de la tradición oral o escrita, reduciéndolos a síntesis, adaptándolos a la situación de las diversas Iglesias, conservando el estilo de proclamación: así nos transmitieron siempre datos auténticos y genuinos acerca de Jesús» (C. Vat. II, Dei Verb. 19). En el texto de Lucas, pueden distinguirse tres partes: las bienaventuranzas e imprecaciones (vv. 20-26), el amor a los enemigos (vv. 27-38) y las enseñanzas sobre la rectitud de corazón (vv. 39-49).
6,20-26 Las ocho bienaventuranzas del primer evangelio (cfr Mt 5,3-12) las resume Lucas
en cuatro, pero acompañadas de cuatro antítesis. En ambos casos «la bienaventuranza prometida nos coloca ante opciones morales decisivas. Nos invita a purificar nuestro corazón de sus malvados instintos y a buscar el amor de Dios por encima de todo. Nos enseña que la verdadera dicha no reside ni en la riqueza o en el bienestar, ni en la gloria humana o el poder, ni en ninguna obra humana, por útil que sea, como las ciencias, las técnicas y las artes, ni en ninguna criatura, sino sólo en Dios, fuente de todo bien y de todo amor» (CCE 1723).
6,27-38 Estas palabras, colocadas a continuación de las bienaventuranzas, bien podrían

considerarse como el núcleo de la doctrina de Jesús en lo que se refiere al amor y misericordia que los cristianos debemos tener con los demás. El mismo Jesús a lo largo de su vida terrena, y de modo especial en su muerte (cfr 23,34), nos ha dado ejemplo.

En los versículos iniciales (27-30), el Señor enumera algunas injurias que podemos sufrir los hombres y la manera de responder a ellas. El estilo semita, amigo de los contrastes,
resalta con fuerza la enseñanza que queda resumida en el v. 31: «Como queráis que hagan los hombres con vosotros, hacedlo de igual manera con ellos». Los vv. 32-34 son una preparación para la declaración de la verdadera motivación de esa conducta: ése es el comportamiento propio de un hijo de Dios que quiere imitar a su padre misericordioso (v.
36). Finalmente, con la invitación a la generosidad (vv. 37-38), Jesús completa la idea del premio en la otra vida que había esbozado antes (v. 35).

6,39-49 El discurso concluye con varias enseñanzas del Señor que tienen un común
denominador: no hay que atender a las manifestaciones externas de piedad o virtud, sino a la disposición interior. «No está el negocio en tener hábito de religión u no, sino en procurar

ejercitar las virtudes y rendir nuestra voluntad a la de Dios en todo y que el concierto de nuestra vida sea lo que Su Majestad ordenare de ella, y no queramos nosotras que se haga nuestra voluntad, sino la suya» (S. Teresa de Jesús, Morad. 3,2,6).

7,1-10 La narración es un bello ejemplo de la fe y humildad necesarias para el trato con Jesús. El relato pone en contraste el elogio de los ancianos –«merece que hagas esto» (v. 4)– con la personal indignidad que siente el centurión (vv. 6-7); por otra parte, la fe del oficial romano que se manifestó en su día (v.5) aparece ahora con toda su grandeza (vv. 8-9). La liturgia de la Iglesia pone en nuestros labios antes de recibir la Comunión esta preciosa oración del centurión para que imitemos sus disposiciones a la hora de recibir al Señor.

7,11-17 A lo largo del tercer evangelio se pone de relieve la misericordia de Dios hacia los necesitados y la obligación que tenemos de ser misericordiosos unos con otros (1,50.54.72.78; 6,36; 10,33.37; 15,20; etc.). Aquí, San Lucas, en un milagro que sólo cuenta él, recuerda la misericordia de Jesús hacia los que sufren. Cristo «es la encarnación definitiva de la misericordia, su signo viviente» (Juan Pablo II, Div. in mis. 8).

Ante un milagro tan semejante a los de Elías y Eliseo que narra la Biblia (cfr 1 R 17,17-24; 2 R 4,18-37), las gentes tienen a Jesús como un profeta. Enseguida el texto mostrará a San Juan Bautista (cfr 7,18-19) que deja entrever –y a San Pedro que lo confiesa (cfr 9,20)– que Jesús es mucho más que un profeta: es el Mesías enviado por Dios.

7,18-35 En su respuesta a los discípulos de Juan, Jesús muestra que Él es el Mesías prometido, pues realiza los signos de los tiempos mesiánicos anunciados en el Antiguo Testamento (cfr notas a Mt 11,1-15; Mc 7,31-37). Después (vv. 24-30) explica la singularidad de la grandeza de Juan. El Bautista es grande por el tenor de su vida (vv. 24-25), pero, sobre todo, por su misión única de preceder inmediatamente a Cristo (vv. 26-27). Sin embargo, Juan pertenece todavía al tiempo de la promesa; por eso, llegada la plenitud en Jesucristo, el don del Reino, es decir, la filiación divina que uno recibe en Cristo, es don mayor que el que recibió Juan (vv. 28-29).

Finalmente, Jesús compara la respuesta que obtuvo el mensaje de Juan por parte de fariseos y doctores con la respuesta ante su mensaje. La llamada a la conversión hecha por el Bautista fue acogida por el pueblo y los publicanos (cfr v. 29) pero no por los fariseos y los doctores de la Ley que, de ese modo, «rechazaron el plan de Dios sobre ellos» (v. 30). Con sus palabras (vv. 31-35), Jesús da a entender que otro tanto va a ocurrir con su propio mensaje de salvación.

7,36-50 La escena refleja muy bien la divina pedagogía de Jesús y está tejida en torno a dos ideas: la divinidad de Jesús y la relación entre el perdón y el amor.

Comienza el relato con la presentación de los personajes y de la situación. Simón considera a Jesús como un maestro (v. 40) y duda de que sea un profeta (v. 39). Sin embargo, Jesús le muestra que conoce lo oculto: los pensamientos de Simón y las circunstancias de la mujer. Por eso el fariseo no se debe extrañar, como otros (v. 49), de que Jesús perdone los pecados, facultad reservada a Dios.

La actitud de la mujer sirve al Señor para explicar las relaciones entre el perdón y el amor. Las palabras clave son las del v. 47 con la aparente inversión: a quien mucho ama, mucho se le perdona; y al revés, a quien mucho se le perdona, mucho ama. «El Señor amó no el ungüento, sino el cariño; agradeció la fe, alabó la humildad. Y tú también, si deseas la gracia, aumenta tu amor; derrama sobre

el cuerpo de Jesús tu fe en la Resurrección, el
perfume de la Iglesia santa y el ungüento de la caridad fraterna» (S. Ambrosio. Exp. Ev. sec. Lc. in loc.).

8,1-3 El Señor acoge la dedicación y la asistencia de estas mujeres (cfr v. 3) que cooperaban así en la tarea apostólica de la predicación del Reino de Dios (v. 1). Solamente Lucas recoge este dato y da el nombre de tres de ellas: María Magdalena, el primer testigo de la resurrección (Jn 20,11-18; Mc 16,9); Juana, de posición acomodada y también testigo de la resurrección (24,10); y Susana, de la que no tenemos otra noticia que esta mención.

8,4-18 Los evangelios sinópticos se hacen eco de la predicación de Jesús en parábolas.

Los dos primeros (cfr Mt 13,1-52; Mc 4,1-34) recogen en un largo discurso las llamadas parábolas del Reino. Lucas condensa en estos pocos versículos el contenido del discurso de Jesús transmitido por los otros evangelistas, ya que prefiere subrayar la idea de que en

muchas ocasiones Jesús enseñaba con parábolas (cfr 7,36-50; 10,25-37; 11,5-13; 12,13-21; etc.).

Para el sentido de estas parábolas, cfr nota a Mt 13,1-52; Mc 4,1-34.

8,19-21 Las palabras de Jesús reflejan el valor de la fe en el nuevo orden de cosas que ha establecido con su venida al mundo. Para Jesús, y para el lector del Evangelio de San Lucas (cfr 1,38), esas palabras incluyen en primer lugar a María, modelo de fe: «Durante toda su vida, y hasta su última prueba, cuando Jesús, su hijo, murió en la cruz, su fe no vaciló. María no cesó de creer en el "cumplimiento" de la palabra de Dios. Por todo ello, la Iglesia venera en María la realización más pura de la fe» (CCE 149).

8,22-25 Este milagro manifiesta con nitidez el poder de Jesús sobre los elementos naturales. Cfr notas a Mt 8,23-27 y Mc 4,35-41.

8,26-39 El episodio muestra con claridad el poder de Jesús sobre los demonios y la universalidad de su misión. Cfr notas a Mt 8,28-34; Mc 5,1-20.

8,40-56 El milagro, común a los tres evangelios sinópticos, muestra la necesidad y el valor de la fe a la hora de acercarse a Jesús (cfr notas a Mt 9,18-26; Mc 5,21-43). Pero los evangelios se complacen en señalar que la misma fe se puede expresar de muchas formas:

«Nunca faltan enfermos que imploran, como Bartimeo, con una fe grande, que no tienen reparos en confesar a gritos. Pero mirad cómo, en el camino de Cristo, no hay dos almas iguales. Grande es también la fe de esta mujer, y ella no grita: se acerca sin que nadie la note. Le basta tocar un poco la ropa de Jesús, porque está segura de que será curada» (S. Josemaría Escrivá, Hom. 2. 199). Lucas, al narrar este milagro, recuerda a Pedro como portavoz de los discípulos (v. 45), y no omite el cuidado de Jesús de que dieran de comer a la niña (v. 55).

9,1-50 La misión de los Apóstoles marca el comienzo de una nueva sección. El motivo que la recorre son las relaciones de Jesús con ellos. La escena central de la sección es la confesión de Pedro (vv. 18-21). Hasta ese momento, los Apóstoles estaban con el Señor y colaboraban en su misión; desde entonces, Jesús dedica una especial atención a enseñarles el sentido de los acontecimientos que van a ocurrir en Jerusalén y lo que debe ser la vida del discípulo de Cristo.

9,1-6 En breves trazos el texto describe cómo los Apóstoles colaboran en la misión de Cristo y la continúan. Lucas ha ido describiendo el poder y la autoridad con que Jesús proclamaba el Evangelio y curaba a los enfermos; ahora descubre que esas mismas cualidades (v. 1) y esa misma misión (v. 2) se las dio el Señor a los Doce. Éstos la cumplieron (v. 6) y la transmitieron a la Iglesia: «Toda la Iglesia es apostólica mientras permanezca, a través de los sucesores de San Pedro y de los Apóstoles, en comunión de fe y de vida con su origen. Toda la Iglesia es apostólica en cuanto que ella es "enviada" al mundo entero; todos los miembros de la Iglesia, aunque de diferentes maneras, tienen parte en este envío. "La vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado" (C. Vat. II, Apost. actuo. 2)» (CCE 863). Cfr nota a Lc 6,12-16.

9,7-9 La actividad de Jesús suscita una pregunta capital: «¿Quién es éste?». En el evangelio se señala que la gente no acertaba con la respuesta (vv. 7-8; cfr 9,18-19), que Herodes estaba perplejo (v. 7), y que Pedro le confesó como Mesías (9,20). Pero también se anota que el motivo que impulsaba a Herodes era la mera curiosidad (v. 9; cfr 23,8), mientras que Pedro hacía un auténtico acto de fe en el que comprometía su propia vida.

9,10-17 Las acciones salvadoras de Cristo se simbolizan de modo eminente en este milagro que acabará por provocar la confesión de Pedro. Antes del milagro (v. 11) vemos a Jesús realizando obras características de su misión como Mesías: la proclamación del Reino de Dios y la realización de señales (cfr 4,18). Con el milagro de la multiplicación de los panes se añade una nota más: la

sobreabundancia de los dones en los tiempos mesiánicos (cfr Is 25,6; Sal 78,19-20; etc.). La acción de alimentar al pueblo en un lugar desierto (v. 12) evoca, sin duda, los episodios del Éxodo en los que Dios sustenta a su pueblo (cfr Ex 16) y prefigura la Eucaristía, alimento del cristiano en su camino hacia Dios: «La Sagrada Comunión del Cuerpo y de la Sangre de Cristo acrecienta la unión del comulgante con el Señor, le perdona los pecados veniales y lo preserva de pecados graves. Puesto que los lazos de caridad entre el comulgante y Cristo son reforzados, la recepción de este sacramento fortalece la unidad de la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo» (CCE 1416).

9,18-21 Los tres primeros evangelios recogen la confesión de fe de San Pedro. Lucas narra

el episodio de manera más condensada que los otros dos evangelistas (cfr notas a Mt 16,13-20; Mc 8,27-30). Por otra parte el tercer evangelista señala de nuevo la oración de Jesús (v. 18) presente en los momentos más trascendentales de su ministerio público (cfr 3,21; 6,12; 9,28; etc.).

9,22-27 Jesús explica que su misión pasa por la cruz. Por tanto, quien quiera seguirle, no puede pretender otro camino. El cristiano debe renovar ese ejercicio «cada día» (v. 23):

«Me preguntas: ¿Por qué esa cruz de palo? –y copio de una carta: "Al levantar la vista del microscopio, la mirada va a tropezar con la cruz negra y vacía. Esta Cruz sin crucificado es un símbolo. Tiene una significación que los demás no verán. Y el que, cansado, estaba a punto de abandonar la tarea, vuelve a acercar los ojos al ocular y sigue trabajando; porque la Cruz solitaria está pidiendo unas espaldas que carguen con ella"» (S. Josemaría Escrivá, Camino 277).

9,28-36 La Transfiguraciónes uno de los más bien escasos episodios del evangelio conectado cronológicamente con otro: fue «unos ocho días después» (v. 28; «seis días después» según Mt 17,1 y Mc 9,2) de la confesión de Pedro: «Por un instante, Jesús muestra su gloria divina, confirmando así la confesión de Pedro. Muestra también que para "entrar en su gloria" es necesario pasar por la cruz en Jerusalén. Moisés y Elías habían visto la gloria de Dios en la Montaña; la Ley y los profetas habían anunciado los sufrimientos del Mesías. La Pasión de Jesús es la voluntad por excelencia del Padre: el Hijo actúa como Siervo de Dios. La nube indica la presencia del Espíritu Santo: "Apareció toda la Trinidad: el Padre en la voz, el Hijo en el hombre, el Espíritu en la nube luminosa" (S. Tomás de Aquino, S. th. 3, 45, 4 ad 2)» (CCE 555).

9,37-43 A propósito de este milagro los otros evangelistas han señalado la enseñanza de Jesús sobre el valor de la fe (cfr Mt 17,14-20 y nota) y de la oración (cfr Mc 9,14-29 y nota). Lucas, por su parte, señala la tribulación del padre ante su único hijo (v. 38; cfr 7,12) y el reconocimiento de las gentes a Dios (v. 43; cfr 4,32; 8,25; 11,14).

9,43-45 De nuevo, tras unos momentos de gloria, Jesús insiste en su pasión y muerte, y, de nuevo, sus discípulos no lo comprenden: «Nadie se escandalice de ver tan imperfectos a los apóstoles. Todavía no se había consumado el misterio de la Cruz, todavía no se les había dado la gracia del Espíritu Santo» (S. Juan Crisóstomo, Hom. in Mt. 65,2).

9,46-50 Dos episodios ponen de manifiesto las miras humanas de los Apóstoles. Jesús las contrapone a la sencillez del niño y a la apertura de corazón, virtudes que se recuerdan a menudo en los primeros escritos cristianos: «Serás sencillo de corazón y rico de espíritu.

(...) No te enaltecerás a ti mismo, sino que serás humilde en todo. No te arrogarás gloria. No concebirás una determinación perversa contra tu prójimo, ni infundirás a tu alma temeridad» (Epist. Barnab. 19,2-3).

§ 9,51-19,27 Los tres sinópticos mencionan el viaje de Jesús desde Galilea a Jerusalén. Sin embargo, la narración de San Lucas es mucho más extensa –casi diez capítulos– y recoge muchas enseñanzas del Señor que no están presentes en los otros evangelios: la parábola del buen samaritano (10,25-37), las parábolas de la misericordia (15,1-32), la del fariseo y el publicano (18,9-14), la conversión de Zaqueo (19,1-10), etc. Estos pasajes reflejan con claridad los rasgos característicos del tercer evangelio: la misericordia de Dios, la universalidad de la

salvación predicada por Jesús, la alegría de la conversión, etc.

Al dedicarle tanta extensión a esta subida a Jerusalén Lucas señala de una manera gráfica la importancia de la Ciudad Santa en la historia de la salvación. En efecto, los comienzos de la actividad pública del Señor se realizan en Galilea (4,14-9-50); de ahí va el Señor a Jerusalén a través de Samaría (9,51-19,27), y en Jerusalén se consuma nuestra salvación (19,28-24,53). De modo inverso procederá en su segundo libro, los Hechos de los Apóstoles. Allí contemplamos como germina la Iglesia en Jerusalén (Hch 1,1-7,60 y se expande después a Samaría (8,1-25), y hasta el fin de la tierra (8,26-28,31).

9,51-10,24 La marcha de Jesús hacia Jerusalén rememora acontecimientos que ya se habían dado en la misión de Jesús en Galilea. El rechazo de los samaritanos (9,53) recuerda el rechazo que sufrió Jesús en Nazaret (4,28-30); la misión de los setenta y dos (10,1-12.17-20) evoca la de los Doce (9,1-6.10); finalmente, los reproches a las ciudades incrédulas (10,13-16) son un eco de los dirigidos contra la incredulidad de los hombres de su generación (7,31-35).

9,51-56 Al encaminarse decididamente a Jerusalén, hacia la cruz, Jesús cumple

voluntariamente el designio del Padre (cfr 9,31), que había determinado que por su pasión y muerte llegase a la resurrección y ascensión gloriosas. En el comienzo de su ministerio Jesús había sido rechazado por los de Nazaret (cfr 4,16-30); ahora, al iniciar esta nueva etapa, lo es por los samaritanos. Ambos rechazos indican que el cumplimiento de su misión evangelizadora y salvadora no será tarea fácil.

9,57-62 Como en los inicios de su actividad (cfr 5,1-11), también ahora hay personas que se sienten llamadas a seguir a Jesús. Pedro y los demás Apóstoles dejaron «todas las cosas» (cfr 5,11.28) para seguirle; éstos personajes, en cambio, tienen todavía que desprenderse de algo. Seguir a Jesús exige radicalidad: «A veces [la voluntad] parece resuelta a servir a Cristo, pero buscando al mismo tiempo el aplauso y el favor de los hombres. (...) Se empeña en ganar los bienes futuros, pero sin dejar de escapar los presentes. Una voluntad así no nos permitirá llegar nunca a la verdadera santidad» (J. Casiano, Collat. 4,12).

10,1-12 Jesús envía ahora a otros setenta y dos discípulos a «toda ciudad y lugar» (v. 1) con instrucciones muy semejantes a las que había dado a los Doce (cfr 9,1-5). El número 72 tal vez aluda a los descendientes de Noé (cfr Gn 10) que formaban las naciones antes de la dispersión de Babel (cfr Gn 10,32). En todo caso parece que señala la universalidad de la misión de Cristo. Junto a la universalidad de la misión, las palabras de Jesús apuntan también a la urgencia de evangelizar. Dos notas que estarán presentes en la acción misionera de la Iglesia: «Hoy se pide a todos los cristianos, a las iglesias particulares y a la Iglesia universal la misma valentía que movió a los misioneros del pasado y la misma disponibilidad para escuchar la voz del Espíritu. (Juan Pablo II, Redemp. miss. 30).

10,13-16 Cfr nota a Mt 11,20-24.

10,17-20 Los discípulos han experimentado la alegría de compartir la misión de Cristo y de comprobar el poder que se deriva de ella (v. 17). El Señor, sin embargo, completa sus motivos de alegría con lo que está en la raíz de todo bien: su elección por parte de Dios.

«No lo dudes: tu vocación es la gracia mayor que el Señor ha podido hacerte. –Agradécesela» (S. Josemaría Escrivá, Camino 913).

10,21-24 A este pasaje, también presente en San Mateo (cfr Mt 11,25-27), se le ha llamado tradicionalmente el «himno de júbilo» del Señor. Es uno de los momentos en que Jesús manifiesta su alegría al ver cómo los humildes entienden y aceptan la palabra de Dios: «Los niños no reflexionan sobre el alcance de sus padres. Sin embargo, sus padres cuando ocupan un trono y poseen inmensas riquezas, no vacilan en satisfacer los deseos de sus pequeñuelos (...). No son las riquezas ni la gloria (ni siquiera la gloria del cielo lo que reclama el corazón del niñito (...). Lo que pide es el amor... No puede hacer más que una cosa: ¡amarte, oh Jesús!» (S. Teresa de Lisieux, Manuscr. autobiogr. 9).

10,25-11,54 Esta sección se compone de un conjunto de pasajes en los que el acontecimiento relatado es mínimo, prácticamente es sólo una ocasión para presentar las enseñanzas del Señor. Por eso el conjunto de doctrinas es un tanto heterogéneo: la misericordia, la oración, las señales de Jesús, etc.

10,25-37 Jesús alaba y acepta el resumen de la Ley que hace el escriba judío. La contestación es una composición de dos textos del Pentateuco (Dt 6,5; Lv 19,18). Sin embargo, Cristo, con la parábola del buen samaritano, agranda los horizontes de ese amor que se había empequeñecido en un ambiente legalista: el prójimo no es sólo aquél con el que tenemos alguna afinidad –sea de parentesco, de raza, de religión etc.– sino todo aquel que está cerca de nosotros y necesita nuestra ayuda.

Con la mención del sacerdote y el levita es posible que el Señor quisiera precisar el alcance de las normas legales. En efecto, según la Ley de Moisés (cfr Lv 21,1-4.11-12; Nm 19,11-22) el contacto con un cadáver hacía contraer la impureza legal. Con la parábola Jesús muestra –y el escriba así lo reconoce– que el cumplimiento de las normas legales nunca puede ahogar la misericordia.

Con todo, en el trasfondo de la parábola –no hay que olvidar que Jesús contesta de manera muy distinta a como el doctor de la ley podía esperar– se puede ver que el verdadero prójimo es Jesús mismo que tiene misericordia de nosotros (cfr vv. 36-37).

10,38-42 El evangelio nos habla en varias ocasiones (cfr Jn 11,1-45; 12,1-9) de estos tres hermanos –Lázaro, Marta y María– con los que Jesús tenía un trato de amistad. Las palabras de Jesús no son tanto un reproche a Marta como un elogio encendido de la actitud de María que escucha la palabra del Señor: «Aquélla se agitaba, ésta se alimentaba,

aquélla disponía muchas cosas, ésta sólo atendía a una. Ambas ocupaciones eran buenas» (S. Agustín, Serm. 103,3).

Las palabras de Cristo son así una invitación a ser almas contemplativas en las cosas de cada día: «Sabedlo bien: hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de nosotros descubrir (...). No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca» (S. Josemaría Escrivá, Convers. 114).

11,1-4 La oración del Padrenuestro es recogida también por San Mateo con ocasión del Discurso de la Montaña (cfr nota a Mt 6,1-18). Al situarla en otro contexto (v. 1), el Evangelio de Lucas señala la estrecha relación entre la oración de los cristianos y la de Jesús, Hijo de Dios: «Esta oración que nos viene de Jesús es verdaderamente única: ella es “del Señor”. Por una parte, en efecto, por las palabras de esta oración el Hijo único nos da las palabras que el Padre le ha dado: Él es el Maestro de nuestra oración. Por otra parte, como Verbo encarnado, conoce en su corazón de hombre las necesidades de sus hermanos y hermanas, los hombres, y nos las revela: es el Modelo de nuestra oración» (CCE 2765).

11,5-13 El Señor acompaña el Padrenuestro con unas cuantas enseñanzas sobre la oración de petición: mediante una comparación y una sentencia (vv. 5-10) declara la eficacia de esa oración. Después, con la imagen del padre (vv. 11-13) asegura la donación más grande para el cristiano, el Espíritu Santo: «Por la comunión con él, el Espíritu Santo nos hace espirituales, nos restablece en el Paraíso, nos lleva al Reino de los Cielos y a la adopción filial, nos da la confianza de llamar a Dios Padre y de participar en la gracia de Cristo, de ser llamado hijo de la luz y de tener parte en la gloria eterna» (S. Basilio, De Spir. Sanct. 15,36: cfr CCE 736).

11,14-26 Los adversarios de Jesús acuden ahora a una acusación muy grave: es el demonio quien actúa a través de Él. Jesús refuta esa acusación advirtiéndoles al mismo tiempo de su gravedad (cfr nota a Mt 12,22-37; Mc 3,20-30). Después, con una comparación, (vv. 24-26), llama la atención sobre el peligro en que se encuentran: ellos, por la acción de Dios con su pueblo, se habían visto libres del demonio, pero el rechazo obstinado a la acción de Dios que obra a través de Cristo les convertía en lugar adecuado donde el maligno podía multiplicar su actividad. En otros lugares del Nuevo Testamento (cfr Hb 6,4-6; 2 P 2,20-22; etc.) los escritores sagrados expresan su preocupación por los cristianos que llegan a una situación semejante.

11,27-28 Tal como lo ha entendido la Tradición de la Iglesia, estas frases son un elogio de la grandeza de Santa María. Por encima de su maternidad física, Jesús proclama su fidelidad espiritual. «Era el elogio de su Madre, de su fiat, del hágase sincero, entregado cumplido hasta las últimas consecuencias, que no se manifestó en acciones aparatosas, sino en el sacrificio escondido y silencioso de cada jornada» (S. Josemaría Escrivá, Hom. 1. 172).

11,29-32 Las frases del Señor son una respuesta a la provocación que San Lucas ha relatado un poco antes (11,16). Los signos y la sabiduría de Jesús están claros para quien quiera ver. La vida y la predicación de Cristo son una invitación a la conversión, pero sus oyentes tal vez no estaban dispuestos a obrar de ese modo y por eso no acertaron a comprenderle.

11,33-36 Jesús continúa haciéndoles reproches, ahora con la metáfora de la luz. Quien tiene la vista sana, ve con claridad las cosas; del mismo modo, en la vida moral, la mirada pura y sencilla sabe apreciar la acción de Dios en el mundo. Aquellos hombres no han sabido reconocer la acción de Dios en las obras de Jesús porque les falta la sencillez. De ahí la invitación de Cristo para que

rectifiquen.
11,37-54 En este pasaje –uno de los más severos del evangelio– Jesucristo desenmascara
de modo vehemente el vicio por el que el judaísmo oficial se opuso con más fuerza a la aceptación de su doctrina: la hipocresía revestida de legalismo. Hay gentes que, so capa de bien, cumpliendo la mera letra de los preceptos, no cumplen su espíritu; no se abren al
amor de Dios y del prójimo, y, bajo la apariencia de honorabilidad, apartan a los hombres
del verdadero fervor, haciendo intolerable la virtud.

El Señor se detiene en señalar tres consecuencias de esa actitud: puede llevar a los demás a transgredir las leyes sin saberlo (v. 44), e incluso a la muerte de los justos (vv.
48-51); y puede hacer imposible la salvación (v. 52). [cf 2 Par 24,19-22]

12,1-14,35 Esta nueva sección sigue estando presidida por las enseñanzas de Jesús. Sin embargo, ahora el tema principal es el escatológico: las palabras de Cristo son una invitación a la vigilancia y a mirar al reino futuro (12,1-13,9; 13,22-30; 14,15-24). Junto con este motivo aparecen otros muy queridos por San Lucas: la pobreza auténtica, la humildad, etc.

12,1-12 El evangelista recoge algunas instrucciones del Señor. Aunque por su contenido parecen dirigidas a los discípulos de Cristo, Lucas advierte que sus oyentes eran «una muchedumbre de miles de personas» (v. 1). Es evidente, por tanto, que las palabras de Jesús se refieren a todos los cristianos sin excepción.

El episodio anterior ha concluido con la decisión de los enemigos de Jesús de «acosarle, atacarle y acecharle» (cfr 11,53-54). Cristo previene a sus discípulos diciéndoles que no serán ajenos a una persecución semejante. Por eso les exhorta a ser valientes, apreciando el juicio de Dios y no el de los hombres.

12,13-21 En el mismo marco de doctrina que el discurso anterior –valorar las cosas de la tierra con los ojos puestos en el Cielo– Jesús explica ahora el peligro de fijar los horizontes de la vida en las riquezas: «El tener más, lo mismo para los pueblos que para las personas, no es el fin último. Todo crecimiento es ambivalente. Necesario para permitir que el hombre sea más hombre, lo encierra como en una prisión desde el momento en que se convierte en el bien supremo que le impide mirar más allá. (Pablo VI, Popul. progr. 19).

12,22-34 Continúa la enseñanza de Jesús acerca de las riquezas y el uso de los bienes del mundo. La clave, la radicalidad de su enseñanza, se concentra en el último versículo: cada uno de nosotros ponemos nuestros afectos, nuestras ilusiones, nuestros impulsos más hondos, nuestro corazón en lo que consideramos nuestro bien más preciado, nuestro tesoro. Por eso, frente al rico insensato del que ha hablado poco antes, que atesoró en vano (cfr 12,20-21), Jesús nos invita a los discípulos a atesorar en el Cielo (v. 33) siendo generosos en la tierra.

Del mismo modo nos exhorta a no poner las ilusiones y las preocupaciones en los bienes de la subsistencia, la comida, el vestido, la salud, etc., (vv. 22-30), sino en la consecución del Reino de Dios (v. 31). Esta radicalidad es la misma que la Iglesia hace resonar en su llamada a la santidad: «Todos los cristianos, por tanto, están llamados y obligados a tender a la santidad y a la perfección de su propio estado de vida. Todos, pues, han de intentar orientar rectamente sus deseos para que el uso de las cosas de este mundo y el apego a las riquezas no les impidan, en contra del espíritu de pobreza evangélica, buscar el amor perfecto» (C. Vat. II, Lum. gent. 42). Cfr nota a Mt 5,17-48.

12,35-48 Ahora Jesús, con dos imágenes, incita a tener una actitud de vigilancia: la cintura ceñida y la lámpara encendida (v. 35). Las amplias vestiduras que usaban los judíos se ceñían a la cintura para realizar algunos trabajos, para viajar, etc., por lo que «tener las cinturas ceñidas» indica un gesto de disponibilidad y de rechazo a cualquier relajamiento (cfr Jr 1,17; Ef 6,14; 1 P 1,13). Del mismo modo, «tener las lámparas encendidas» indica la actitud propia de quien vigila o espera la venida de alguien. Después, el Señor acude a dos comparaciones (vv. 36-40) para señalar cómo debe ser esa espera vigilante ante su venida segura: como el criado espera a su amo, o como el dueño espera al ladrón; ambos saben que el «otro», va a venir y que en ese encuentro se decide su existencia.

Ante la pregunta de San Pedro, Jesús introduce la cuestión de la responsabilidad de quienes ocupan algún cargo (vv. 41-48a) y, en general, de todos (v. 48b). El Señor acude incluso a cierta casuística, especificando que no será igual la suerte del fiel (vv. 43-44) que la del cínico (vv. 45-46), ni la del débil (v. 47) será como la del ignorante (v. 48).

12,49-53 El fuego expresa frecuentemente en la Biblia (cfr p. ej. Dt 4,24) el amor ardiente de Dios por los hombres. Con esta imagen y con la del Bautismo (cfr nota a Mt

10,16-42) Jesús revela las ansias incontenibles de dar su vida por amor a los hombres y que a ejemplo suyo debemos seguir los cristianos: «¡Oh Jesús..., fortalece nuestras almas, allana el camino y, sobre todo, embriáganos de Amor!: haznos así hogueras vivas, que enciendan la tierra con el divino fuego que Tú trajiste» (S. Josemaría Escrivá, Forja 31). Sin embargo, Jesús sabe que Dios lo ha constituido «signo de contradicción» (cfr 2,34-35) y que esa contradicción afectará asimismo a sus discípulos.

12,54-59 En su queja Jesús juega con dos sentidos de la palabra «tiempo»: el meteorológico y el de las etapas de la salvación. Parece como si quienes le conocieron

hubieran utilizado un doble tipo de razonamiento: uno, con lógica, para juzgar las cosas terrenas y otro, ilógico, para juzgarle a Él. Los signos que ha mostrado –los milagros, su vida y su doctrina– serían suficientes para confesarle como Mesías. Sin embargo, aquellas gentes no han sabido corresponder.

13,1-5 El Señor se servía de los sucesos de actualidad para adoctrinar a las muchedumbres. Ahora enseña que aquellas dos desgracias (vv. 1.4) no hay que atribuirlas a los pecados de quienes murieron, sino que son una llamada a la conversión. La misma llamada resuena también en cada uno, con ocasión de una multitud de sucesos que ve en su vida: «Recorramos todas las etapas de la historia y veremos cómo en cualquier época el Señor ha concedido oportunidad de arrepentirse a todos los que han querido convertirse a Él» (S. Clemente Romano, Ad Cor. 7,5).

13,6-9 Con esta parábola enseña Jesús dos cosas: la necesidad de dar frutos, y la paciencia y cuidado que tiene Dios con nosotros para que los demos.

13,10-17 En otros lugares de los evangelios (cfr Mt 12,9-14; Mc 3,1-6; Lc 6,6-11; 14,1-6) se relatan episodios semejantes a éste: Jesús cura en sábado poniendo de manifiesto la grandeza de su proceder divino y la pequeñez de quienes le acusaban por ello. En este episodio, a estas notas, se añade una más: el sábado (cfr Ex 20,11; 23,12) lo bendijo Dios y lo dio al hombre para que descansara, por tanto es día de alabanza a Dios y de alegría; y de ahí la conveniencia de curar a aquella mujer en sábado (v. 16). La alegría de la gente, notada por el evangelista (v. 17), confirma la finura del razonamiento de Jesús.

13,18-21 Cfr nota a Mc 4,1-34.

13,22-30 A propósito de una pregunta típicamente rabínica, Jesús expone su doctrina: la salvación no está ligada a un privilegio de raza, sino al combate espiritual. «Dios quiere que todos los hombres se salven» (1 Tm 2,4), aunque para alcanzar la salvación los creyentes han de emplear todas sus fuerzas, según la medida del don de Cristo, para entregarse totalmente a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Lo harán siguiendo las huellas de Cristo, haciéndose conformes a su imagen y siendo obedientes en todo a la voluntad del Padre» (C. Vat. II, Lum. gent. 40).

13,31-35 Como en otras ocasiones (cfr 7,36; 12,37; etc.), Lucas deja notar aquí (v. 31) que Jesús tenía un trato asiduo con los fariseos, y que, con las acusaciones que dirigía a su conducta, sólo quería poner al descubierto lo que estaba corrompido para que pudieran corregirse.

El pasaje es muy revelador del sentido que dio Jesús a su vida y a su muerte: «Aceptó libremente su pasión y su muerte por amor a su Padre y a los hombres que el Padre quiere salvar: “Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente” (Jn 10,18). De aquí la soberana libertad del Hijo de Dios cuando Él mismo se encamina hacia la muerte» (CCE 609). Jesús sabe además que el fracaso de su misión a los judíos es sólo aparente, pues llegará el momento en que le confiesen como el Mesías que iba a venir (v. 35).

14,1-6 El relato lleva a pensar que estamos ante una escena preparada: los fariseos invitan a Jesús, le sitúan frente a aquel hidrópico y observan. En los tiempos de Jesús la hidropesía era considerada una enfermedad que se contraía a causa de algún pecado, por tanto no era lícito curarla en sábado. La argumentación de Jesús revela también cómo entiende su misión a los hombres: al igual que un hombre no deja de salvar a su hijo o su buey en sábado, Él cura a aquel hombre porque tiene como propias todas nuestras necesidades.

14,7-11 El marco de la comida a la que ha sido invitado proporciona a Jesús ocasión para varias enseñanzas. Con la imagen de la condición de los invitados desarrolla una lección sobre la humildad. «Una vez estaba yo considerando por qué razón era nuestro Señor tan amigo de esta virtud de la humildad, y púsoseme delante –a mi parecer sin considerarlo, sino de presto– esto: que es porque Dios es suma Verdad, y la humildad es andar en verdad; que lo es muy grande no tener cosa

buena de nosotros, sino la miseria y ser nada; y quien esto no entiende, anda en mentira. A quien más lo entiende, agrada más a la suma Verdad, porque anda en ella. Plega a Dios, hermanas, nos haga merced de no salir jamás de este propio conocimiento, amén» (S. Teresa de Jesús, Morad. 6,10,8).
14,12-14 Sigue Jesús enseñando con la imagen del banquete. La humildad ha de completarse con la práctica de la caridad. También al dar hay que mirar primero a Dios (cfr
12,22-34 y nota).

14,15-24 La imagen del banquete adquiere ahora una significación peculiar, pues sirve a Jesús para describir el Reino de Dios. Con esta parábola explica la formación de la Iglesia como llamada universal a la salvación. Dios había elegido a Israel para que fuera mediador de esa salvación (cfr Is 45); pero cuando estaba ya todo preparado (v. 17) y envió a su Hijo, los primeros invitados –el Israel más digno– lo rechazaron. Por eso Dios ahora fundará su Iglesia con los despreciados de Israel (v. 21) y con los paganos (v. 23).
14,25-35 El evangelista presenta ahora a Jesús en un contexto diferente. Mucha gente le
sigue (v. 25) pero el Señor les explica que seguirle verdaderamente es algo más radical que el mero sentirse atraído por su doctrina: «La doctrina que el Hijo de Dios vino a enseñar fue el menosprecio de todas las cosas, para poder recibir el precio del espíritu de Dios en
sí; porque, en tanto que de ellas no se deshiciere el alma, no tiene capacidad para recibir el espíritu de Dios en pura transformación» (S. Juan de la Cruz, Sub. Mont. Carm. 1,5,2).
15,1-32 Todas las acciones y palabras de Jesús ponen de manifiesto la misericordia de
Dios con los hombres. Sin embargo, «el evangelista que trata con detalle estos temas en las enseñanzas de Cristo es San Lucas, cuyo evangelio ha merecido ser llamado "el evangelio de la misericordia"» (Juan Pablo II, Div. in mis. 3). En este capítulo Lucas recoge tres parábolas en las que, de modo gráfico, Jesús describe la infinita y paternal misericordia de Dios, su desvelo por cada uno de los hombres y su alegría por la conversión del
pecador. La meditación de estas enseñanzas del Señor es una fuente de confianza para nosotros: «¡Qué alegría más dulce de pensar que Dios es justo, es decir, que tiene en
cuenta nuestras debilidades, que conoce perfectamente la fragilidad de nuestra naturaleza!
¿De qué, pues, tendría yo miedo? ¡Ah! El Dios infinitamente justo que se dignó perdonar con tanta bondad todos los pecados del hijo pródigo, ¿no se mostrará también justo para conmigo que estoy siempre a su lado?» (S. Teresa de Lisieux, Manuscr. autobiogr. 8).
15,1-10 La acusación de fariseos y escribas (v. 2) sirve a Jesús para ilustrar la preocupación de Dios por salvar a cada uno de los hombres. Obviamente, el culmen de toda esa actividad divina es la Encarnación de Jesucristo. Por eso, la tradición cristiana, fundada también en otros pasajes evangélicos (cfr Jn 10,11), ve este Buen Pastor en Cristo:
«Puso la oveja sobre sus hombros, porque, al asumir la naturaleza humana, Él mismo cargó con nuestros pecados» (S. Gregorio Magno, Hom. in Ev. 2,14,3).
15,11-32 Estamos ante una de las parábolas más bellas de Jesús. La misericordia de Dios
descrita en las parábolas anteriores se completa ahora con unos rasgos vivísimos de las acciones del Padre (vv. 20-24; 31-32). En la parábola tiene enorme relieve el hecho mismo de la conversión: «El proceso de la conversión y de la penitencia fue descrito maravillosamente por Jesús en la parábola llamada "del hijo pródigo", cuyo centro es "el Padre misericordioso" (Lc 15,11-24): la fascinación de una libertad ilusoria, el abandono de la casa paterna; la miseria extrema en la que el hijo se encuentra tras haber dilapidado su fortuna; la humillación profunda de verse obligado a apacentar cerdos, y peor aún, la de desear alimentarse de las algarrobas que comían los cerdos; la reflexión sobre los bienes perdidos; el arrepentimiento y la decisión de declararse culpable ante su padre, el camino de retorno; la acogida generosa del padre; la alegría del padre: todos estos son rasgos propios del proceso de conversión. El mejor vestido, el anillo y el banquete de fiesta son símbolos de esta vida nueva, pura, digna, llena de alegría que es la vida del hombre que vuelve a Dios y al seno de su familia, que es la Iglesia. Sólo el corazón de Cristo, que conoce las profundidades del amor de su Padre, pudo revelarnos el abismo de su misericordia de una manera tan llena de simplicidad y de belleza» (CCE 1439).
16,1-19,27 En esta sección aparece de nuevo la heterogeneidad de contenidos propia de la
segunda parte del Evangelio de Lucas. El relato sigue con otras parábolas del

Señor
(16,1-31), aunque ahora su enseñanza versa sobre el sentido y el peligro de las riquezas. Más tarde (18,18-30) Jesús volverá a exponer este motivo con ocasión de la vocación fallida del joven rico y, en sentido positivo, con la conversión de Zaqueo (19,1-10). Otras parábolas (18,1-14) sobre la oración o la humildad tienen su complemento en las sentencias de la
mitad de la sección (17,1-10). Finalmente, el anuncio escatológico está presente tanto en el discurso directo del Señor (17,20-37) como en la parábola de las minas (19,11-27).

Al final de la sección, el tercer anuncio de la pasión (18,31-34) y la confesión mesiánica
del ciego de Jericó (18,38) nos preparan a los lectores para los acontecimientos que enseguida contemplaremos en Jerusalén.

16,1-15 La parábola del administrador infiel puede desconcertarnos porque, a veces, entendemos las parábolas, que quieren resaltar una enseñanza, como alegorías en las que cada elemento o cada personaje tienen un significado. El Señor da por supuesta la inmoralidad de la actuación del administrador; pero quiere enseñar a sus discípulos que deben servirse de la sagacidad y el ingenio (v. 8) para la extensión del Reino de Dios:

«¡Qué afán ponen los hombres en sus asuntos terrenos!: ilusiones de honores, ambición de riquezas, preocupaciones de sensualidad. –Ellos y ellas, ricos y pobres, viejos y hombres maduros y jóvenes y aún niños: todos igual. –Cuando tú y yo pongamos el mismo afán en los asuntos de nuestra alma tendremos una fe viva y operativa: y no habrá obstáculo que no venzamos en nuestras empresas de apostolado» (S. Josemaría Escrivá, Camino 317).

Tras la parábola del administrador infiel, el evangelio recoge unas sentencias del Señor (vv. 9-15). Vienen introducidas por la expresión de gran solemnidad –«yo os digo» (v. 9)– y, dentro de una cierta diversidad, tienen un matiz común: en todos los momentos de nuestra vida, en la riqueza y en la pobreza, en lo grande y en lo pequeño, debemos mirar a Dios.

Tal vez el centro de esas expresiones pueda ser el v. 13 donde el amor a las riquezas se concibe como una idolatría: «Todos se inclinan ante el dinero. A la riqueza tributa siempre la multitud de los hombres un homenaje instintivo. Miden la felicidad por la riqueza, y por la riqueza miden, a su vez, la respetabilidad de la persona. (...) Riqueza es el primer ídolo de este tiempo. Notoriedad el segundo. (...) La fama y el llamar la atención en el mundo se consideran como un gran bien en sí mismos, y un motivo de veneración. (...) La notoriedad, o fama de periódico como se la denomina también, (...) se ha convertido en una suerte de ídolo– (John H. Newman, Disc. sobre la fe. 5; cfr CCE 1723).

16,16-18 Ahora el evangelista recoge unas sentencias del Señor, aunque con otro horizonte: el de la historia de la salvación (cfr v. 16). Jesús no ha venido a abolir la Ley (v. 17) sino a llevarla a plenitud: su doctrina sobre la indisolubilidad del matrimonio (v. 18) es un ejemplo de este proceder.

16,19-31 La parábola disipa dos errores: el de los que negaban la supervivencia del alma después de la muerte –y por tanto, el Juicio y la retribución ultraterrena– y el de los que interpretaban la prosperidad material en esta vida como premio a la rectitud moral, y la adversidad, en cambio, como castigo.

En el contexto en el que es recogida por el evangelio, esta parábola es el ejemplo más palmario de la doctrina sobre las riquezas expresada poco antes. Del rico Epulón no se dice que hiciera nada malo, simplemente que vestía muy bien y celebraba diariamente espléndidos banquetes (v. 19); pero, al vivir sólo para eso, no puede ver al prójimo en Lázaro y es incapaz de oír la voz de Dios aun con manifestaciones extraordinarias (vv. 29,31). La parábola es así una invitación a la sobriedad de vida y a la solidaridad: «Descendiendo a consecuencias prácticas y muy urgentes, el Concilio inculca el respeto al hombre, de modo que cada uno, sin ninguna excepción, debe considerar al prójimo como otro yo, cuidando, en primer lugar, de su vida y de los medios necesarios para vivirla dignamente, para que no imiten a aquel rico que se despreocupó totalmente del pobre Lázaro» (C. Vat. II, Gaud. et sp. 27).

17,1-10 Se reúnen varias enseñanzas de Jesús a los discípulos (v. 1) y a los Apóstoles (v. 5) que tienen un mismo fondo común: la conducta de los cristianos –y en especial de quienes ocupan algún cargo– en la futura vida de la Iglesia. Con una imagen muy gráfica, les advierte de la gravedad del pecado de escándalo (vv. 1-2), les invita a la grandeza de corazón en el perdón de las ofensas (vv. 3-4) y les apremia a evitar todo engreimiento (vv.

7-10). Los Apóstoles son conscientes de la dignidad de esas exigencias, por eso Cristo enseña que con fe en Dios no hay nada imposible (vv. 5-6).

17,11-19 Según la Ley de Moisés (cfr Lv 13,45-46), para evitar el contagio los leprosos
debían vivir lejos de la gente y dar muestras visibles de su enfermedad; de ahí que estos diez se mantengan a distancia de Jesús y le hagan su petición a gritos (vv. 12-13).

Aquellos hombres reaccionaron con fe ante la indicación de Jesús (v. 14) pero sólo uno de ellos une el agradecimiento a la fe: un samaritano. Jesús califica esta acción como «dar gloria a Dios» (v. 18) y de ahí que sea motivo de «salvación» para este extranjero (v. 19). La
escena queda así como un ejemplo de lo que Jesús había anunciado en su discurso inaugural en la sinagoga de Nazareth (cfr 4,27). Es también una invitación a ser agradecidos con Dios: «¿Qué cosa mejor podemos traer en el corazón, pronunciar con la

boca, escribir con la pluma, que estas palabras: “Gracias a Dios”? No hay cosa que se pueda decir con mayor brevedad, ni oír con mayor alegría, ni sentirse con mayor elevación, ni hacer con mayor utilidad» (S. Agustín, Epist. 41.1).

17,20-37 El diálogo de Jesús con los fariseos (vv. 20-21) y el posterior discurso a los discípulos (vv. 22-37) son especialmente reveladores de la doctrina de Jesús sobre la llegada del Reino de Dios. En los dos casos afirma que la llegada del Reino no podrá anunciarse con un «mirad, está aquí o allí» (vv. 21.23). A los fariseos que esperaban una manifestación grandiosa de Dios instaurando su Reino, les contesta que el Reino ya ha llegado: «Jesús acompaña sus palabras con numerosos “milagros, prodigios y signos” (Hch 2,22) que manifiestan que el Reino está presente en Él» (CCE 547).

Sin embargo, como explicó el Señor en multitud de parábolas, el Reino está llamado a crecer: «Anunciado en primer lugar a los hijos de Israel, este reino mesiánico está destinado a acoger a los hombres de todas las naciones» (ibid. 543). Antes de que se produzca su consumación definitiva Jesús todavía tiene que ser rechazado por su generación (v. 25), pero cuando venga como Hijo del Hombre glorificado será de manera repentina y sorprendente: de ahí la necesidad que tenernos de una actitud vigilante.

Algunos manuscritos añaden (v. 36): «Estarán dos en el campo: uno será tomado y el otro dejado» (cfr Mt 24,40) [Vg y ms D].

18,1-8 La parábola del juez injusto contiene una enseñanza muy expresiva sobre la necesidad y la eficacia de la perseverancia en la oración. Pero el Señor vincula también la eficacia de la oración perseverante a la fe (cfr v. 8): «Creamos, pues, para poder orar. Y para que no decaiga la fe mediante la cual oramos, oremos. De la fe fluye la oración; y la oración que fluye suplica firmeza para la misma fe» (S. Agustín, Serm. 115,1).

18,9-14 La oración, el trato con Dios, además de ser perseverante, tiene que ser humilde.

Es lo que Jesús nos enseña con esta parábola: «¿Desde dónde hablamos cuando oramos?

¿Desde la altura de nuestro orgullo y de nuestra propia voluntad, o desde “lo más profundo” (Sal 130,1) de un corazón humilde y contrito? El que se humilla será ensalzado. La humildad es la base de la oración. “Nosotros no sabemos pedir como conviene” (Rm 8,26). La humildad es una disposición necesaria para recibir gratuitamente el don de la oración: el hombre es un mendigo de Dios» (CCE 2559).

18,15-17 El episodio nos informa de dos cosas: del aprecio de Jesús por los niños (v. 16) y de la necesidad de imitar las disposiciones de éstos para entrar en el Reino de Dios (v. 17):

«¿Por qué dice, pues, que los niños son aptos para el Reino de los Cielos? Quizá porque de ordinario no tienen malicia, ni saben engañar, ni se atreven a vengarse; desconocen la lujuria, no apetecen las riquezas y desconocen la ambición. Pero la virtud de todo esto no consiste en el desconocimiento de mal, sino en su repulsa; no consiste en la imposibilidad de pecar sino en no consentir el pecado. Por tanto, el Señor no se refiere a la niñez como tal, sino a la inocencia que tienen los niños en su sencillez» (S. Ambrosio, Exp. Ev. sec. Lc. in loc.).

18,18-30 Los tres evangelios sinópticos recuerdan esta doble escena del Señor con aquel hombre rico y con sus discípulos. Lucas es el más sobrio de los tres evangelistas en su narración, pero el que acaba por resaltar los aspectos más significativos de la enseñanza de Cristo. En la frase final de Jesús dirigida a Pedro (vv. 29-30) se encuentra el núcleo de esa enseñanza: quien deja todo por el Reino de Dios recibirá mucho más. De este modo,

«la llamada de Jesús, dirigida al joven rico, de seguirle en la obediencia del discípulo, y en la observancia de los preceptos, es relacionada con el llamamiento a la pobreza y a la castidad» (CCE 2053).

18,31-34 Éste es el tercer anuncio de Jesús sobre su pasión y resurrección, común a los
tres evangelios sinópticos. Lucas es quien ha recogido más anuncios de Jesús (cfr 9,22.44;
12,50; 13,32; 17,25), y es también quien señala la gran dificultad de los discípulos para entender aquellas palabras del Señor (v. 34). No nos puede extrañar la falta de
comprensión de los discípulos. El dolor sólo se entiende a la luz de Cristo, que «padeciendo
por nosotros, no sólo nos dio ejemplo para que sigamos sus huellas, sino que también instauró el camino con cuyo seguimiento la vida y la muerte se santifican y adquieren nuevo sentido» (C. Vat. II. Gaud. et sp. 22).
18,35-43 Lucas parece que esté evocando el relato del mismo ciego. En efecto, éste
percibe el movimiento de la gente y pregunta qué pasa (v. 36). Cuando oye que es Jesús,

su plegaria se vuelve acuciante (vv. 37-39): «Temo que Jesús pase y no vuelva» (cfr S. Agustín, Serm. 88,13). Pero con su fe consigue su curación y provoca la alabanza a Dios de todo el pueblo (v. 43).

19,1-10 El episodio ilustra la misericordia de Dios ante la conversión del pecador que tan prodigiosamente describió el Señor en sus parábolas (15,1-32). Zaqueo es un hijo de Abrahán (v. 9) que, sin embargo, parece que no vivía las condiciones de la Alianza (cfr vv. 2.7). Pero Jesús ha venido a salvar también a los descarriados (cfr 15,1-7 y Ez 34,16: «Buscaré a la oveja perdida, tomaré a la descarriada, curaré a la herida y sanaré a la enferma»). Por eso ante el movimiento de curiosidad de Zaqueo (vv. 3-4), Jesús responde llamándole por su nombre y aceptándole junto a Él (v. 5). El resultado de ese encuentro con Cristo es la alegría (v. 6) y la salvación (vv. 9-10).

19,11-27 La parábola, para los oyentes de Jesús, tiene resonancias de hechos de su tiempo. Cuenta Flavio Josefo que tras la muerte de Herodes (hacia el año 4/3 a.C.) su hijo Arquelao fue a Roma para recibir oficialmente la confirmación de su título real. Sin embargo, algunos notables judíos fueron también a ver al César para que no se la concediese, habida cuenta de la crueldad que veían en Arquelao. Por otra parte, algunos de los servidores de Arquelao protegieron sus propiedades cuando éste estaba en Roma (cfr Ant. 17,299-314; De bel. iud. 2,1-19).

Con esta parábola Jesús corrige la visión humana de los discípulos que pensaban en su inminente manifestación gloriosa como Mesías y la instauración del Reino de Dios (cfr v. 11). Jesús enseña que efectivamente vendrá como Rey y juzgará: sus servidores fieles no deben preocuparse de los enemigos del Reino (v. 14), sino de hacer fructificar la herencia que les ha encomendado.

§ 19,28-24,53 El relato de la última semana de Jesús en Jerusalén es muy semejante en los tres evangelios sinópticos: comprende la entrada en Jerusalén y la purificación del Templo (19,28-48), las controversias de Jesús con las autoridades judías (20,1-44), el discurso escatológico (21,5-36), y la extensa narración de la pasión (22,1-23,56) y la resurrección (24,1-53). En este conjunto, Lucas destaca los sentimientos de piedad (19,41-44) y misericordia (22,51,61; 23,28-29.34.43) de Jesús, su grandeza de ánimo (22,21-30.47-53; 23,26-49; etc.) y su recurso constante a la oración(22,32.39-46; 23,34.46). En estos rasgos, Jesús se nos presenta como el modelo de conducta para el cristiano.

La narración termina con el mandato del Señor a sus Apóstoles de permanecer en Jerusalén hasta la venida del Espíritu Santo, y con la Ascensión (24,49-53): los mismos acontecimientos con los que comienza el libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 1,4-9) donde se relatan la manifestación pública de la Iglesia y su expansión.

19,28-21,38 La purificación del Templo y las controversias con las autoridades judías antes de la pasión del Señor son muy semejantes en los tres sinópticos. Lucas señala expresamente el empeño de las autoridades en perder a Jesús (19,39.47-48; 20,19.20.26). De esa manera se cumple la profecía según la cual Él es la piedra angular (20,18-19) puesta como «ruina y resurrección de muchos en Israel, y para signo de contradicción» (2,34). El discurso escatológico (21,5-36) es más breve que en los otros dos sinópticos, pues muchos de sus contenidos han sido recogidos antes, al narrar la subida a Jerusalén.

19,28-40 La escena tiene los matices que conlleva la manifestación gloriosa de Jesús en Jerusalén. Montando el borrico, Jesús da cumplimiento a un oráculo profético (Za 9,9: «Alégrate con alegría grande, hija de Sión. Salta de júbilo, hija de Jerusalén. Mira que viene a ti tu rey, justo y salvador, montado en un asno, en un pollino hijo de

asna»). La
aclamación de los discípulos (v. 38) supone que le reconocen como Rey y Mesías, pues le
aclaman con las palabras de un salmo de entronización del Mesías (cfr Sal 118,26: «¡Bendito el que viene en nombre del Señor!») y también le reconocen como Salvador (cfr Lc 2,11-14). Los fariseos, tal vez preocupados por el tumulto que podía organizarse, reprochan al Señor su actitud. Jesús les contesta con una frase proverbial: es tan evidente
su condición mesiánica que, si no la reconocieran los hombres, la proclamaría la naturaleza misma.
19,41-44 Ante Jerusalén los sentimientos de Jesús se manifiestan en llanto. Zacarías, padre
de Juan Bautista, había sabido ver (cfr 1,68.78) en los acontecimientos del nacimiento de su hijo la «visita» de Dios y de su Mesías a su pueblo. Pero Jerusalén no ha sabido
reconocerlo (vv. 42.44). La destrucción de Jerusalén por Tito, profetizada aquí por el Señor

(vv. 43-44), es signo de la caducidad de la Antigua Alianza que se sustituye por la Nueva que nacerá en el Calvario.

19,45-48 Lo anunciado por Jesús se empieza a cumplir: purifica el Templo (cfr notas a Mt 21,12-17; Mc 11,15-19) y los jefes del pueblo comienzan a tramar su muerte.

20,1-8 El diálogo tiene la forma de disputa rabínica en la que el Señor sale vencedor. A nadie le sorprende que Jesús no diera una respuesta a aquellos hombres «porque Jesús no sabe que hacer con la astucia calculadora, con la crueldad de corazones fríos, con la hermosura vistosa pero hueca. Nuestro Señor estima la alegría de un corazón mozo, el paso sencillo, la voz sin falsete, los ojos limpios, el oído atento a su palabra de cariño» (S. Josemaría Escrivá, Hom. 1. 181).

20,9-19 La parábola en las circunstancias en que fue pronunciada tenía mucha fuerza (cfr nota a Mc 12,1-12). Jesús se identifica claramente con el Hijo amado (v. 13, cfr 3,22) que es sacado fuera de la viña (v. 15), Jerusalén, para su muerte. Y Jesús es también la piedra angular de la nueva casa de Dios, tropiezo y condena de quienes le rechazaron (vv. 17-18).

20,20-26 La astucia de las autoridades judías para perder a Jesús se hace cada vez más ingeniosa (v. 20), aunque el Señor sale vencedor de las confrontaciones (v. 26; cfr nota a Mc 12,13-17). Con todo, las palabras de Cristo quedan como modelo de la conducta cristiana: «En cuanto a tributos y contribuciones nosotros (los cristianos) procuramos pagarlos antes que nadie a quienes vosotros tenéis para ello ordenado, tal como Él (Jesús) nos enseñó» (S. Justino, Apolog. 1,17,1).

20,27-40 Los saduceos se atenían a una interpretación literal de la «Ley escrita» (el Pentateuco) y no creían en la resurrección de la carne. Los fariseos, por el contrario (cfr Hch 23,8), aceptaban la resurrección de la carne tal como venía expuesta en algunos textos de la Escritura (Dn12,2-3) y en la tradición oral. Ante la nueva insidia, Jesús expone algunos aspectos de la resurrección (cfr nota a Mt 22,23-33): entonces no será necesario el matrimonio ya que no habrá muerte (v. 36) porque el principio de aquella vida será el mismo Dios (v. 38). «Para el hombre esta consumación será la realización final de la unidad del género humano querida por Dios desde la creación (...). La visión beatífica, en la que Dios se manifestará de modo inagotable a los elegidos, será la fuente inmensa de felicidad, de paz y de comunión mutua» (CCE 1045).

20,41-44 «Señor» era el modo habitual entre los judíos de habla griega para referirse a Dios. En este pasaje «Jesús se atribuye de forma velada este título cuando discute con los fariseos sobre el sentido del Salmo 110 (...). A lo largo de toda su vida pública sus actos de dominio sobre la naturaleza, sobre las enfermedades, sobre los demonios, sobre la muerte y el pecado, demostraban su soberanía divina» (CCE 447).

20,45-47 Cfr. nota a Mt 23,1-36.

21,1-4 El gesto de la viuda (vv. 1-2) y las palabras explicativas de Jesús (vv. 3-4) quedan como ejemplo perenne de la actitud del hombre ante Dios: «El Señor no mira la cantidad que se le ofrece, sino el afecto con que se le ofrece. No está la limosna en dar poco de lo mucho que se tiene, sino en hacer lo que aquella viuda, que dio todo lo que tenía. (S. Juan Crisóstomo, Hom. in Hb. 1,4).

21,5-36 Los tres evangelios sinópticos (cfr Mt 24,1-51; Mc 13,1-37 y notas) conservan este discurso de Jesús frente al Templo que versa sobre la destrucción de Jerusalén y el final de la historia. En las palabras del Señor se alternan y entremezclan tres cuestiones relacionadas entre sí: la destrucción de Jerusalén –ocurrida unos cuarenta años después–, los signos del fin del mundo y la venida de Cristo en gloria y majestad. El lenguaje del Señor es apocalíptico, lleno de imágenes que no siempre son fáciles de interpretar.

En los versículos iniciales (vv. 5-7) Jesús anuncia la destrucción del Templo.

Tal destrucción va acompañada de la aparición de falsos mesías (v. 8), guerras y revoluciones
(v. 9). Ante estos hechos la consigna del Señor es serenidad: «No os dejéis engañar» (v. 8),
«no os aterréis» (v. 9).

A continuación (vv. 10-19) anuncia a los discípulos las dificultades que van a tener en la expansión del Reino de Dios: persecuciones, incomprensión, odio, etc. (vv. 12.16.17). Pero
les promete su asistencia (vv. 14-15) y la victoria que nacerá de su perseverancia (vv.
18-19).

El discurso sigue con las señales de la destrucción de Jerusalén (vv. 20-24), que son signos del fin del mundo que concluirá con la venida gloriosa de Cristo (vv. 25-28).

Por último, con la imagen de la higuera (vv. 29-33) el Señor asegura que todo aquello se va a cumplir. De ahí la exhortación a velar llevando una vida sobria (v. 34) y de oración (v. 36).

22,1-24-53 El relato de la pasión, muerte y resurrección de Jesús posee gran intensidad dramática en todos los evangelios. Al narrar la pasión, Lucas resalta especialmente la misericordia de Jesús en medio de sus sufrimientos, se preocupa de aquellos con quienes se encuentra: cura al siervo herido de espada (22,51), consuela a las mujeres (23,28ss.) y promete el paraíso al ladrón arrepentido (23,43).

Tras la resurrección el tercer evangelio es, de entre los sinópticos, quien relata las apariciones con más detalle. Lucas, a diferencia de los otros evangelistas, cuenta las apariciones en Jerusalén. En esa ciudad se han producido la pasión y la muerte de Cristo y desde allí la salvación se extiende a toda la tierra.

22,1-6 Al final de la tercera tentación en el desierto el diablo se apartó de Cristo «hasta el momento oportuno» (4,13). Ahora, sirviéndose de Judas (v. 3) vuelve a entrar en escena. Es su hora, la hora del «poder de las tinieblas» (22,53). Sin embargo, ese aparente triunfo fue su derrota, pues Cristo aniquiló con su muerte al que tenía el poder sobre ella, es decir, al diablo, y liberó así a todos los que con el miedo a la muerte estaban toda su vida sujetos a la esclavitud (cfr Hb 2,14-15).

22,7-20 Lucas relata la cena Pascual con más detalles que los otros dos sinópticos, que presentan una narración de los acontecimientos más estilizada. La preparación de la Pascua llevaba consigo un conjunto de operaciones laboriosas: la inmolación del cordero en el Templo al comienzo de la tarde, quemar todo lo fermentado que hubiera en la casa y procurarse los otros componentes necesarios para la cena: cinco tipos de hierbas amargas, perejil, vino, aceite, pan ácimo, miel, higos y almendras. Es posible que las indicaciones de Jesús (vv. 10-12) se deban a su deseo de que el Sanedrín no supiera dónde iba a celebrar la Pascua.

La cena Pascual era un rito que tenía carácter de memorial: hacía presente –también con las oraciones que se recitaban (Dt 26,5-10)– la liberación por parte de Dios de cada uno de los miembros de su pueblo. Con las primeras palabras (vv. 15-18) el Señor indica que el antiguo rito ha acabado; con las palabras que pronuncia sobre el pan y sobre el vino (vv. 19-20) instituye una nueva realidad: su cuerpo entregado, su sangre derramada «por vosotros» fundan la Nueva Alianza entre Dios y los hombres que supone la salvación de éstos. Por ello, Jesús establece también este rito como memorial: «Haced esto en memoria mía» (v. 19). «Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, hace memoria de la Pascua de Cristo y ésta se hace presente: el sacrificio que Cristo ofreció de una vez para siempre en la cruz, permanece siempre actual: “cuantas veces se renueva en el altar el sacrificio de la cruz, en el que Cristo, nuestra Pascua, fue inmolado, se realiza la obra de nuestra redención” (Lum. gent. 3)» (CCE 1364).

22,21-30 A lo largo de su evangelio –y especialmente en el relato de la pasión– a Lucas le gusta señalar el carácter ejemplar que tiene para el cristiano la conducta de Jesús ante las dificultades. Estos dos episodios, en contraste con el relato de la Cena, dejan entrever la soledad de Cristo y los diferentes sentimientos que animan su vida, tan distintos de los que tienen sus discípulos. Con todo, las palabras de Jesús a éstos son un hálito de esperanza.

A pesar de la pequeñez de horizontes que ahora tienen (v. 24: cfr Mt 20,20-28; Mc 10,35-45 y notas), al estar asociados a la humillación de Cristo (v. 28), lo estarán también en su exaltación (vv. 29-30).

22,31-38 Después de la Cena, antes del prendimiento en Getsemaní, Jesús

previene a sus
discípulos, y a Pedro en particular, sobre la prueba que va a sufrir su fe (vv. 31-32), ya que no han entendido el sentido redentor de su vida y su muerte (vv. 37-38).

San Lucas refiere el episodio con más detalles que los otros dos sinópticos y recoge la oración de Jesús por Pedro. La Iglesia ha entendido siempre que esta asistencia especial
de Jesús sobre Pedro para «la misión de custodiar esta fe ante todo desfallecimiento y de confirmar en ella a sus hermanos» (CCE 552) se continúa en la persona del Romano Pontífice como sucesor de Pedro.

22,39-46 La oración de Jesús en el huerto expresa su aceptación de la muerte afrentosísima en cumplimiento del designio de Dios. La oración de Jesús se debió prolongar largo tiempo, aunque San Lucas sólo recoge los momentos más trascendentales:

prácticamente, en cada versículo hay una mención de la oración; el pasaje se inicia y se termina con la recomendación de Jesús de orar para no caer en tentación; finalmente, Jesús mismo nos da ejemplo pues, al entrar en agonía oraba con más intensidad, (v. 43).
La oración del Señor es así una lección perfecta de abandono y de unión con la voluntad de Dios: «¿Estás sufriendo una gran tribulación? –¿Tienes contradicciones? Di, muy despacio, como paladeándola esta oración recia y viril: "Hágase, cúmplase, sea alabada y
eternamente ensalzada la justísima y amabilísima Voluntad de Dios, sobre todas las cosas.
–Amén. –Amén." Yo te aseguro que alcanzarás la paz» (S. Josemaría Escrivá, Camino
691).
22,47-53 Los cuatro evangelistas, al narrar este episodio, guardan el recuerdo tanto de la
grandeza de Jesús como de los acontecimientos de aquel momento: la muchedumbre desbocada, la traición de Judas, la herida al criado del sumo sacerdote, etc. En este contexto Lucas se fija además en dos cosas: en la misericordia del Señor que cura al criado herido (v. 51) y en la aparente victoria del diablo (v. 53).
22,54-71 Los dos primeros evangelios (cfr Mt 26,57-75; Mc 14,53-72 y notas) relatan en
contraste los interrogatorios a Jesús y a Pedro. La narración de Lucas sigue un orden más lógico en lo que se refiere a la cronología de los acontecimientos: por la noche Jesús es llevado a casa de Caifás donde, mientras Pedro le niega, los criados le afrentan; a la mañana siguiente (v. 66) se reúnen en el Sanedrín y le condenan a muerte. De los acontecimientos de la noche, Lucas es el único evangelista que recuerda la mirada del Señor a Pedro (v. 61) que provocó su contrición. La mirada de Cristo, frecuentemente descrita en el evangelio (5,20.27; 6,10.20, etc.), ha sido motivo de meditación en los santos: «Considero yo muchas veces, Cristo mío, cuán sabrosos y cuán deleitosos se muestran vuestros ojos a quien os ama, y Vos, bien mío, queréis mirar con amor. Paréceme que una
sola vez de este mirar tan suave a las almas que tenéis por vuestras, basta por premio de
muchos años de servicio (...). Ya sabéis, Señor mío, que muchas veces me hacía a mí más temor acordarme si había de ver vuestro divino rostro airado contra mí en este espantoso
día del juicio final, que todas las penas y furias del infierno que se me representaban» (S.
Teresa de Jesús, Exclam. 14).
En el interrogatorio del Sanedrín queda claro el doble titulo de Jesús: es Cristo y es Hijo de Dios. Sin embargo, para aceptar esto es necesaria la fe. Los miembros del Sanedrín no
la tenían (vv. 67-68) y condenan a Jesús.
23,1-25 La narración que hace Lucas de la condena de Jesús parece un desarrollo de la
oración de los cristianos de Jerusalén: «En esta ciudad se han aliado contra tu santo Hijo Jesús, al que ungiste, Herodes y Poncio Pilato con las naciones y con los pueblos de Israel, para llevar a cabo cuanto tu mano y tu designio habían previsto que ocurriera» (Hch
4,27-28). De acuerdo con esta descripción San Lucas presenta los acontecimientos en tres escenas: Jesús ante Pilato, ante Herodes y, de nuevo, ante Pilato. Frente a los hechos el
lector puede juzgar de las responsabilidades de cada uno, pero sabe, con el evangelista, que por encima de la voluntad de los hombres está el designio de Dios.
En la primera escena descubrimos enseguida el astuto proceder de los acusadores con
el cambio de título en la acusación: el Sanedrín condenó a Jesús por llamarse Cristo e Hijo de Dios (22,66-71), pero ahora le acusan de llamarse Rey y de alborotar al pueblo (v. 2). Pilato reconoce enseguida la inconsistencia de la

acusación, pero intenta contemporizar. Por ello aprovecha la primera oportunidad que se le ofrece (vv. 6-7) para evitar responsabilidades.

En la siguiente escena, la actitud de los personajes manifiesta lo que son: Herodes parece un ser caprichoso, casi grotesco (vv. 8-9), y los príncipes de los sacerdotes y los escribas aparecen como empeñados en la muerte de Jesús (v. 10). La grandeza del Señor se descubre en su actitud: frente a tamaños despropósitos, callaba (v. 9).

De nuevo ante Pilato, éste, en diálogo con los acusadores, deja claro por tres veces (vv. 14.20.22) que Jesús es inocente. Pero la multitud en las tres ocasiones (vv. 18.21.23) pide la muerte de Jesús. Paradójicamente Barrabás sale librado (v. 25) a pesar de ser sedicioso y de haber cometido un homicidio (v. 19). La escena no puede dejar de ser un reproche a la indolencia.

Algunos códices añaden el v. 17: «porque debía soltarles a uno por la fiesta».

23,26-49 Igual que los otros evangelistas, Lucas describe la crucifixión y muerte de Jesús

como el cumplimiento del designio de Dios en Jesús que se hace Siervo de dolores (cfr notas a Mt 27,32- 56; Mc 15,21-41).

La conducta de Jesús es presentada como ejemplo para todo cristiano: provoca la admiración del centurión y la contrición de la muchedumbre (vv. 47-48). Jesús es modelo de misericordia y de perdón: consuela a las mujeres (vv. 28-29), perdona a los que le van a matar (v. 34) y abre las puertas del Paraíso al buen ladrón (v. 43). En su otro libro, Lucas nos presenta al primer mártir, San Esteban, imitando el comportamiento de Cristo (cfr Hch 7,60): «El perdón atestigua que en el mundo está presente el amor más fuerte que el pecado. El perdón es además la condición fundamental de la reconciliación, no sólo en la relación de Dios con el hombre, sino también en las recíprocas relaciones entre los hombres» (Juan Pablo II, Div. in mis. 14).

La fuerza de Jesús es su oración. Por dos veces (vv. 34.46) se dirige a su Padre Dios. A Él dirige su última palabra: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (v. 46). «Todos los infortunios de la humanidad de todos los tiempos, esclava del pecado y de la muerte, todas las súplicas y las intercesiones de la historia de la salvación están recogidas en este grito del Verbo encarnado. He aquí que el Padre las acoge y, por encima de toda esperanza, las escucha al resucitar a su Hijo. Así se realiza y se consuma el drama de la oración en la Economía de la creación y de la salvación» (CCE 2606).

23,50-56 El texto no deja de señalar detalles que implican la identidad del «sepultado» y el «resucitado»: el cuerpo de Jesús es puesto en un sepulcro donde «nadie había sido colocado todavía» (v. 53), y también las mujeres fueron testigos de «cómo fue colocado su cuerpo», (v. 55): «Dios no impidió a la muerte separar el alma del cuerpo, según el orden necesario de la naturaleza, pero los reunió de nuevo, uno con otro, por medio de la resurrección a fin de ser Él mismo en persona el punto de encuentro de la muerte y de la vida, deteniendo en Él la descomposición de la naturaleza que produce la muerte y resultando Él mismo el principio de reunión de las partes separadas» (S. Gregorio de Nisa, Or. catech. 16; cfr CCE 625).

24,1-12 Entre los evangelios sinópticos, Lucas es el que refiere más detalladamente el anuncio de la resurrección y las apariciones de Jesús. En el centro de estos relatos gravita también el hecho de la dificultad de los discípulos para aceptarla.

En los primeros versículos se describe la reacción de las mujeres. Ante el sepulcro vacío y la aparición de los dos varones se muestran desconcertadas (v. 4) y llenas de temor (v. 5). Sólo el anuncio de que todo había sido ya anunciado por Jesús les impulsó a creer en la resurrección (vv. 7-8). Después, la narración se detiene en la actitud de los discípulos.
Éstos no creen a las mujeres. Lo que éstas cuentan siembra la duda en Pedro, y se supone que en otros (cfr 24,24), pero tales vacilaciones no se resuelven en la fe sino en una simple admiración (v. 12).

24,13-35 La aparición a los discípulos de Emaús representa un complemento a la anterior:
al final, cuando vuelven a Jerusalén, ya todos los discípulos creen en la resurrección (vv. 34-35).

Sin embargo, esta aparición tiene su valor propio. Aquellos discípulos están entristecidos (v. 17), sin esperanza (v. 21), porque, en el fondo, no habían entendido el misterio de la vida de Cristo (vv. 19-24). La explicación que les da Jesús de los acontecimientos como cumplimiento de las Escrituras les enciende el corazón (v. 32) y les lleva a querer continuar su camino con Él (vv. 28-29). Finalmente, le reconocen en la fracción del pan.

El relato refleja también de ese modo la importancia que tienen en la Iglesia la Sagrada Escritura y la Eucaristía para alimentar la fe en Cristo: «La Iglesia

siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, pues, sobre todo en la
sagrada liturgia, nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo» (C. Vat. II, Dei Verb. 21).
24,36-53 En la narración de las apariciones parece percibirse la pedagogía de Jesús para
enseñar a sus discípulos los pormenores de la resurrección. Una vez que éstos se han convencido de la resurrección (cfr 24,34), les muestra que no es un simple espíritu (v. 37) sino que tiene carne (vv. 39.41-43) y que es el mismo que murió en la cruz (vv. 39-40): «Yo, por mi parte, sé muy bien y en ello pongo mi fe que, después de su resurrección, permaneció el Señor en su carne. Y así, cuando se presentó a Pedro y a sus compañeros, les dijo: “Tocadme, palpadme y comprended que no soy un espíritu incorpóreo”. Y al punto

le tocaron y creyeron, quedando persuadidos de su carne y de su espíritu (...). Es más, después de su resurrección comió y bebió con ellos, como hombre de carne que era, si bien espiritualmente estaba hecho una cosa con su Padre» (S. Ignacio de Antioquía, Ad Smyrn.
3,1-3).

Tras las muestras de su identidad, y antes de volver junto al Padre, Jesús confía la misión a sus discípulos. En las últimas palabras del Señor se compendia todo lo que San
Lucas desarrollará después en el libro de los Hechos de los Apóstoles: está en el designio de Dios la predicación del misterio de Cristo (vv. 46-47), del que han sido testigos (v. 48), para la salvación universal (v. 47). La misión apostólica comenzará en Jerusalén (v. 47) porque allí culmina el «éxodo» de Jesús (cfr 9,31) y allí comienza la misión del Espíritu
Santo (v. 49).

EL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

[Ir a Índice]

Desde muy pronto la Tradición de la Iglesia atribuyó la autoría de este evangelio al apóstol Juan, el hijo del Zebedeo, el discípulo amado del Señor, el que se había recostado sobre su pecho durante la última cena. Probablemente alguno de los discípulos del Apóstol introdujo ciertas añadiduras, como se deduce de lo que escribe al final del evangelio: «Éste es el discípulo que da testimonio de estas cosas y las ha escrito, y sabemos que su testimonio es verdadero». (Jn 21,24; cfr 13,23; 19,26; 20,2; 21,7). Juan Apóstol debió de componer su evangelio a finales del siglo I, tras largos años de meditación y de anunciar las palabras y obras de Jesús.

En relación con los tres primeros Evangelios, el de San Juan presenta características muy propias. El ministerio de Cristo se centra sobre todo en Judea y la atención se fija especialmente en la actividad de Jesús en el Templo de Jerusalén, adonde sube al menos tres veces con ocasión de las fiestas (2,13; 7,10; 12,12). En cambio, Juan refiere sólo unos pocos detalles de la actividad de Jesús en Galilea, aunque resalta su paso por Samaría (4,1-42). A la hora de presentar su enseñanza este evangelista manifiesta también tendencia a exponer el sentido profundo de las palabras y de los hechos de Jesús. Muchas veces enmarca la revelación de Jesús sobre sí mismo en largos discursos que requieren una comprensión más honda que la que sugiere el texto a simple vista. Igualmente, Juan selecciona determinados milagros de Jesús, a los que llama «signos», porque le sirven de base para la enseñanza que quiere destacar. Él ha escrito su evangelio como testimonio «para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre» (20,31).

En líneas generales, Juan sigue el mismo orden que presentaban los Apóstoles en su predicación oral. En ello coincide con los evangelios sinópticos: Jesús comienza su ministerio público tras ser bautizado en el Jordán por Juan Bautista, predica y obra milagros en Galilea y Jerusalén, y acaba su vida en la tierra con la pasión y resurrección gloriosa. Dentro de este cuadro general, Juan sigue un plan propio, desarrollando algunas ideas fundamentales que aparecen a lo largo de su obra: la sucesión de las fiestas judías que van jalonando el relato y muestran la realización del Antiguo Testamento en el Nuevo; los temas de la Vida, del Pan de Vida, de la Luz, de la Verdad, del Amor, etc., en los que se expresa la acción salvadora de Cristo. Estas ideas entretejen el evangelio y le dan estructura sólida y cohesión temática. Tras un prólogo, en el que se contienen los grandes temas que se desarrollarán en el evangelio (1,1-18), se pueden apreciar dos grandes partes. La primera contiene la manifestación progresiva de Jesús como el Mesías por medio de sus signos, encuentros y discursos, frente a la obcecación creciente de los judíos que le rechazan (1, 19-12,50); los estudiosos suelen llamar a esta parte «libro de los signos». La segunda muestra la manifestación de Jesús como Mesías e Hijo de Dios, en su pasión, muerte y resurrección, es decir, en la «hora» de Jesús y, del poder de las tinieblas (13,1-21,25); suele denominarse «libro de la gloria».

El cuarto evangelio ha sido llamado el «evangelio espiritual» (Clemente

de Alejandría). Es –como los sinópticos– «Evangelio», pero supone una profundización en la vida y enseñanza del Señor. De ahí también su lugar a continuación de éstos. Juan enseña que Jesús es el Mesías, el *Hijo de Dios*, la Palabra eterna del Padre, que comunica su *Espíritu* tras su muerte y resurrección. Esta revelación de Cristo, sin embargo, exige *fe* para poder participar de su vida, y exige *comunión en caridad* con los otros cristianos en la Iglesia bajo la guía de Pedro. Esta unión con Cristo y en la Iglesia está garantizada por los *sacramentos*. La Virgen *María* es modelo de fe y, como Madre de la Iglesia, continúa ejerciendo su maternidad sobre todos los cristianos.

Citas Antiguo Testamento

1,23. Is 40,3
1,51. Gn 28,12.
2,17. Sal 69, 10
6,31. Sal 78,24; Ex 16,4.
6,45. Is 54,13; Je 31,33
7,42. 2 S 7,12-16; Mi 5,1
10,34. Sal 82,6
12,13. Sal 118,25-26
12,15. Za 9,9
12,38. Is 53,1
12,40. Is 6,9-10
13,18. Sal 41,10
15,25. Sal 35,19; 69,5
19,24. Sal 22,19
19,36. Ex 12,46: Sal 34,21
19,37. Za 12,10

EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Prólogo (1,1-18)

1

1 En el principio existía el
Verbo, y el Verbo estaba
junto a Dios,
y el Verbo era Dios.
2 Él estaba en el principio junto a Dios.
3 todo se hizo por él,
y sin él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho.
4 En él estaba la vida,
y la vida era la luz de los hombres.
5 Y la luz brilla en las tinieblas,
y las tinieblas no la recibieron.
6 Hubo un hombre enviado por Dios,
que se llamaba Juan.
7 Éste vino como testigo,
para dar testimonio de la
luz, para que por él todos
creyeran.
8 No era él la luz,
sino el que debía dar testimonio de la luz.
9 El Verbo era la luz verdadera,
que ilumina a todo
hombre, que viene a
este mundo.

10 En el mundo estaba,
y el mundo se hizo por
él, y el mundo no le
conoció.
11 Vino a los suyos,
y los suyos no le recibieron.
12 Pero a cuantos le recibieron
les dio la potestad de ser hijos de
Dios, a los que creen en su
nombre,
13 que no han nacido de la sangre,
ni de la voluntad de la
carne, ni del querer del
hombre,
sino de Dios.
14 Y el Verbo se hizo carne,
y habitó entre
nosotros, y hemos
visto su gloria,
gloria como de Unigénito del
Padre, lleno de gracia y de
verdad.
15 Juan da testimonio de él y clama:
«Éste era de quien yo dije:
“El que viene después de
mí ha sido antepuesto a
mí, porque existía antes
que yo”».
16 Pues de su plenitud todos hemos recibido,
y gracia por gracia.
17 Porque la Ley fue dada por Moisés;
la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo.
18 A Dios nadie lo ha visto jamás;
el Dios Unigénito,
el que está en el seno del
Padre, él mismo lo dio a
conocer.

PRIMERA PARTE
LA MANIFESTACIÓN DE JESÚS COMO EL MESÍAS, MEDIANTE SUS SIGNOS Y PALABRAS (§ 1,19-12,50)

I. INTRODUCCIÓN (1,19-51)

Testimonio del Bautista (1,19-34)
(Mt 3,1-12; Mc 1,1-8; Lc 3,1-18)

19 Éste es el testimonio de Juan, cuando desde Jerusalén los
judíos le enviaron sacerdotes y levitas para que le preguntaran:
«¿Tú quién eres?». 20
Entonces él confesó la verdad y no la negó, y declaró:
—Yo no soy el
Cristo.

21 Y le preguntaron:
—¿Entonces, qué? ¿Eres tú
Elías? Y dijo:
—No lo soy.
—¿Eres tú el Profeta?
—No –respondió.
22 Por último le dijeron:
—¿Quién eres, para que demos una respuesta a los que nos han
enviado?
¿Qué dices de ti mismo?
23 Contestó:
—Yo soy *la voz del que clama en el desierto:*
«Haced recto el camino del
Señor», como dijo el profeta Isaías.
24 Los enviados eran de los fariseos. 25 Le preguntaron:
—¿Pues por qué bautizas si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta?
26 Juan les respondió:
—Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros está uno a quien
no
conocéis. 27 Él es el que viene después de mí, a quien yo no soy digno de
desatarle
la correa de la sandalia.
28 Esto sucedió en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan estaba
bautizando.
29 Al día siguiente vio a Jesús venir hacia él y dijo:
—Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. 30 Éste
es de
quien yo dije: «Después de mí viene un hombre que ha sido antepuesto a
mí,
porque existía antes que yo». 31 Yo no le conocía, pero he venido a bautizar
en
agua para que él sea manifestado a Israel.
32 Y Juan dio testimonio diciendo:
—He visto el Espíritu que bajaba del cielo como una paloma y
permanecía
sobre él. 33 Yo no le conocía, pero el que me envió a bautizar en agua me
dijo:
«Sobre el que veas que desciende el Espíritu y permanece sobre él, ése es
quien
bautiza en el Espíritu Santo». 34 Y yo he visto y he dado testimonio de que
éste es el
Hijo de Dios.

Vocación de los primeros discípulos
(1,35-51)
(Mt 4,18-25; Mc 1,16-20; Lc 5,1-
11)

35 Al día siguiente estaban allí de nuevo Juan y dos de sus
discípulos 36y, fijándose en Jesús que pasaba, dijo:
—Éste es el Cordero de Dios.
37 Los dos discípulos, al oírle hablar así, siguieron a Jesús. 38 Se volvió

Jesús
y, viendo que le seguían, les preguntó:
—¿Qué
buscáis? Ellos
le dijeron:
—Rabbí –que significa: «Maestro»–, ¿dónde vives?
39 Les respondió:
—Venid y veréis.
Fueron y vieron dónde vivía, y se quedaron con él aquel día.
Era más o menos la hora décima.
40 Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían
oído a

Juan y habían seguido a Jesús. 41 Encontró primero a su hermano Simón y
le dijo:
—Hemos encontrado al Mesías –que significa: «Cristo».
42 Y lo llevó a Jesús. Jesús le miró y le dijo:
—Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas –que significa:
«Piedra».
43 Al día siguiente determinó encaminarse hacia Galilea y encontró a
Felipe. Y
le dijo Jesús:
—Sígueme.
44 Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y de Pedro. 45 Felipe
encontró
a Natanael y le dijo:
—Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés en la Ley y
los
Profetas: Jesús de Nazaret, el hijo de José.
46 Entonces le dijo Natanael:
—¿De Nazaret puede salir algo bueno?
—Ven y verás –le respondió Felipe.
47 Vio Jesús a Natanael acercarse y dijo de él:
—Aquí tenéis a un verdadero israelita en quien no hay doblez.
48 Le contestó Natanael:
—¿De qué me
conoces? Respondió
Jesús y le dijo:
—Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la
higuera, te vi.
49 Respondió Natanael:
—Rabbí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel.
50 Contestó Jesús:
—¿Porque te he dicho que te vi debajo de la higuera crees? Cosas
mayores
verás
.
51 Y añadió:
—En verdad, en verdad os digo que veréis el cielo abierto y *a los
ángeles de*
Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre.

II. JESÚS AUTOR DE LA NUEVA ECONOMIA SALVÍFICA: PRIMERAS MANIFESTACIONES DE FE (2,1-4,54)

Bodas de Caná (2,1-12)

2

1 Al tercer día se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y estaba allí
la madre de Jesús. 2 También fueron invitados a la boda Jesús y sus

discípulos. [3] Y, como faltó vino, la madre de Jesús le dijo:
—No tienen vino.
[4] Jesús le respondió:
—Mujer, ¿qué nos importa a ti y a mí? Todavía no ha llegado mi hora.
[5] Dijo su madre a los sirvientes:
—Haced lo que él os diga.
[6] Había allí seis tinajas de piedra preparadas para las purificaciones de los

judíos, cada una con capacidad de unas dos o tres metretas. [7] Jesús les dijo:
—Llenad de agua las tinajas.
Y las llenaron hasta arriba. [8] Entonces les dijo:
—Sacadlas ahora y llevadlas al maestresala.
Así lo hicieron. [9] Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, sin
saber de dónde provenía –aunque los sirvientes que sacaron el agua lo sabían–
llamó al esposo [10] y le dijo:
—Todos sirven primero el mejor vino, y cuando ya han bebido bien, el peor;
tú, al contrario, has reservado el vino bueno hasta ahora.
[11] Así, en Caná de Galilea hizo Jesús el primero de los signos con el que
manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él.
[12] Después de esto bajó a Cafarnaún con su madre, sus hermanos y sus
discípulos; y se quedaron allí unos días.

Purificación del Templo
(2,13-25)
(Mt 21,12-17; Mc 11,15-19; Lc 19,45-48)

[13] Pronto iba a ser la Pascua de los judíos y Jesús subió a Jerusalén.
[14]
Encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los
cambistas en sus puestos. [15]Con unas cuerdas hizo un látigo y arrojó a todos del
Templo, con las ovejas y los bueyes; tiró las monedas de los cambistas y volcó las
mesas. [16]Y les dijo a los que vendían palomas:
—Quitad esto de aquí: no hagáis de la casa de mi Padre un mercado.
[17] Recordaron sus discípulos que está escrito: *El celo de tu casa me consume*.
[18] Entonces los judíos replicaron:
—¿Qué signo nos das para hacer esto?
[19] Jesús respondió:
—Destruid este Templo y en tres días lo levantaré.
[20] Los judíos contestaron:
—¿En cuarenta y seis años ha sido construido este Templo, y tú lo vas a levantar en tres días?
[21] Pero él se refería al Templo de su cuerpo. [22] Cuando resucitó de entre los
muertos, recordaron sus discípulos que él había dicho esto, y creyeron en la
Escritura y en las palabras que había pronunciado Jesús.
[23] Mientras estaba en Jerusalén durante la fiesta de la Pascua, muchos creyeron en su nombre al ver los signos que hacía. [24] Pero Jesús no se fiaba de ellos, porque los conocía a todos, [25] y no necesitaba que

nadie le diera testimonio
acerca de hombre alguno, porque conocía el interior de cada hombre.

Visita de Nicodemo
(3,1-21)

3

1 Había entre los fariseos un hombre que se llamaba Nicodemo, judío
influyente. 2
Éste vino a él de noche y le dijo:
—Rabbí, sabemos que has venido de parte de Dios como
Maestro, pues nadie puede hacer los prodigios que tú haces si Dios no
está con él.

3 Contestó Jesús y le dijo:
—En verdad, en verdad te digo que si uno no nace de lo alto no puede ver el
Reino de Dios.
4 Nicodemo le respondió:
—¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Acaso puede entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?
5 Jesús contestó:
—En verdad, en verdad te digo que si uno no nace del agua y del Espíritu no
puede entrar en el Reino de Dios. 6 Lo nacido de la carne, carne es; y lo nacido del Espíritu, espíritu es. 7 No te sorprendas de que te haya dicho que debéis nacer de nuevo. 8 El viento sopla donde quiere y oyes su voz pero no sabes de dónde viene
ni adónde va. Así es todo el que ha nacido del Espíritu.
9 Respondió Nicodemo y le dijo:
—¿Y eso cómo puede ser?
10 Contestó Jesús:
—¿Tú eres maestro en Israel y lo ignoras? 11 En verdad, en verdad te digo
que hablamos de lo que sabemos, y damos testimonio de lo que hemos visto, pero
no recibís nuestro testimonio. 12 Si os he hablado de cosas terrenas y no creéis,
¿cómo ibais a creer si os hablara de cosas celestiales? 13 Pues nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del Hombre. 14Igual que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así debe ser levantado el Hijo del Hombre, 15 para que todo
el que crea tenga vida eterna en él.
16 Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. 17 Pues Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. 18El
que cree en él no es juzgado: pero quien no cree ya está juzgado, porque no cree
en el nombre del Hijo Unigénito de Dios. 19 Este es el juicio: que vino la luz al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. 20
Pues todo el que obra mal odia la luz y no viene a la luz, para que sus obras no le
acusen. 21 Pero el que obra según la verdad viene a la luz, para que sus obras se
pongan de manifiesto, porque han sido hechas según Dios.

Nuevo testimonio del Bautista
(3,22-36)

22 Después de esto fue Jesús con sus discípulos a la región de Judea, y allí convivía con ellos y bautizaba. 23 También Juan estaba bautizando en Ainón, cerca de Salim, porque allí había mucha agua, y acudían a que los bautizara 24 –porque aún no habían encarcelado a Juan.

25 Se originó una discusión entre los discípulos de Juan y un judío
acerca de la purificación. 26 Y fueron a Juan a decirle:
—Rabbí, el que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien tú diste
testimonio, está bautizando y todos se dirigen a él.
27 Respondió Juan:
—No puede el hombre apropiarse nada si no le es dado del cielo. 28 Vosotros
mismos me sois testigos de que dije: «Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado
delante de él». 29 Esposo es el que tiene la esposa; el amigo del esposo, el que está
presente y le oye, se alegra mucho con la voz del esposo. Por eso, mi alegría es

completa. 30 Es necesario que él crezca y que yo disminuya.
31 El que viene de lo alto está sobre todos. El que es de la tierra, de
la tierra es y de la tierra habla. El que viene del cielo está sobre todos, 32 y
da testimonio de lo que ha visto y oído, pero nadie recibe su testimonio. 33
El que recibe su testimonio confirma que Dios es veraz: 34 pues aquel a
quien Dios ha enviado habla las palabras de Dios, porque da el Espíritu sin
medida. 35 El Padre ama al Hijo y todo lo ha puesto en sus manos. 36El que
cree en el Hijo tiene vida eterna, pero quien
rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios pesa sobre él.

Jesús y la samaritana (4,1-45)

4

1 Por eso, cuando supo Jesús que los fariseos habían oído que él hacía
más discípulos y bautizaba más que Juan 2 –aunque no era Jesús quien
bautizaba, sino sus discípulos–, 3 abandonó Judea y se marchó otra vez a
Galilea. 4 Tenía que pasar por Samaría. 5Llegó entonces a una ciudad de
Samaría, llamada Sicar, junto al campo que le dio Jacob a su hijo José. 6
Estaba allí el pozo de Jacob. Jesús, fatigado del viaje, se había sentado en
el pozo. Era más o menos la hora sexta.
7 Vino una mujer de Samaría a sacar agua. Jesús le dijo:
—Dame de beber 8 –sus discípulos se habían marchado a la ciudad a
comprar alimentos.
9 Entonces le dijo la mujer samaritana:
—¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy
una mujer samaritana? –porque los judíos no se tratan con los
samaritanos.
10 Jesús le respondió:
—Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: «Dame de
beber», tú le habrías pedido a él y él te habría dado agua viva.
11 La mujer le dijo:
—Señor, no tienes nada con qué sacar agua, y el pozo es hondo, ¿de
dónde
vas a sacar el agua viva? 12¿O es que eres tú mayor que nuestro padre
Jacob, que
nos dio este pozo, del cual bebieron él, sus hijos y sus ganados?
—13 Todo el que bebe de esta agua tendrá sed de nuevo –respondió
Jesús–,
14 pero el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed nunca más, sino
que el
agua que yo le daré se hará en él fuente de agua que salta hasta la vida
eterna.
15 —Señor, dame de esa agua, para que no tenga sed ni tenga que
venir
hasta aquí a sacarla –le dijo la mujer.
16 Él le contestó:
—Anda, llama a tu marido y vuelve aquí.
17 —No tengo marido –le respondió la mujer. Jesús le contestó:

—Bien has dicho: «No tengo marido», [18] porque has tenido cinco y el que
tienes ahora no es tu marido; en esto has dicho la verdad.
[19] —Señor, veo que tú eres un profeta –le dijo la mujer–. [20] Nuestros padres
adoraron a Dios en este monte, y vosotros decís que el lugar donde se
debe adorar está en Jerusalén.
[21] Le respondió Jesús:

—Créeme, mujer, llega la hora en que ni en este monte ni en
Jerusalén adoraréis al Padre. 22 Vosotros adoráis lo que no conocéis,
nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación procede de los
judíos. 23 Pero llega la hora, y es ésta, en la que los verdaderos
adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad Porque así son los
adoradores que el Padre busca. 24 Dios es espíritu, y los que le adoran
deben adorar en espíritu y en verdad.
25 —Sé que el Mesías, el llamado Cristo, va a venir, –le dijo la mujer–.
Cuando él venga nos anunciará todas las cosas.
26 Le respondió Jesús:
—Yo soy, el que habla contigo.
27 A continuación llegaron sus discípulos, y se sorprendieron de que
estuviera
hablando con una mujer. Pero ninguno le preguntó: «¿Qué buscas?», o
«¿de qué
hablas con ella?» 28La mujer dejó su cántaro, fue a la ciudad y le dijo a la
gente:
29 —Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho.
¿No
será él el Cristo?
30 Salieron de la ciudad y fueron adonde él estaba.
31 Entretanto los discípulos le rogaban diciendo:
—Rabbí, come.
32 Pero él les dijo:
—Para comer yo tengo un alimento que vosotros no conocéis.
33 Decían los discípulos entre sí:
—¿Pero es que le ha traído alguien de comer?
34 Jesús les dijo:
—Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a
cabo su
obra. 35 ¿No decís vosotros que faltan cuatro meses para la siega? Pues yo
os digo:
levantad los ojos y mirad los campos que están dorados para la siega; 36 el
segador
recibe ya su jornal y recoge el fruto para la vida eterna, para que se gocen
juntos el
que siembra y el que siega. 37 Pues en esto es verdadero el refrán de que
uno es el que siembra y otro el que siega. 38 Yo os envié a segar lo que
vosotros no habéis
trabajado; otros trabajaron y vosotros os habéis aprovechado de su
esfuerzo.
39 Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por la
palabra de la mujer que atestiguaba: «Me ha dicho todo lo que he hecho».
40 Así que, cuando los
samaritanos llegaron adonde él estaba, le pidieron que se quedara con
ellos. Y se
quedó allí dos días. 41 Entonces creyeron en él muchos más por su
predicación. 42
Y le decían a la mujer:
—Ya no creemos por tu palabra; nosotros mismos hemos oído y
sabemos que éste es en verdad el Salvador del mundo.

43 Dos días después marchó de allí hacia Galilea. 44 Pues Jesús
mismo había dado testimonio de que un profeta no es honrado en su
propia tierra. 45 Cuando vino
a Galilea, le recibieron los galileos porque habían visto todo cuanto hizo en
Jerusalén durante la fiesta, pues también ellos habían ido a la fiesta.

Curación del hijo de un alto funcionario real
(4,46-54)
(Mt 8,5-13; Lc 7,1-
10)

46 Entonces vino de nuevo a Caná de Galilea, donde había convertido
el agua en vino. Había allí un funcionario real, cuyo hijo estaba enfermo en
Cafarnaún, 47 el cual, al oír que Jesús venía de Judea hacia Galilea, se le
acercó para rogarle que

bajase y curara a su hijo, porque estaba a punto de morir. [48] Jesús le dijo:
—Si no veis signos y prodigios, no creéis.
[49] Le respondió el funcionario real:
—Señor, baja antes de que se muera mi hijo.
[50] Jesús le contestó:
—Vete, tu hijo está vivo.
Aquel hombre creyó en la palabra que Jesús le dijo y se marchó.
[51] Mientras bajaba, sus siervos le salieron al encuentro diciendo que su hijo estaba vivo. [52]Les preguntó la hora en que empezó a mejorar. Le respondieron:
—Ayer a la hora séptima le dejó la fiebre.
[53] Entonces el padre cayó en la cuenta de que precisamente en aquella hora
Jesús le había dicho: «Tu hijo está vivo». Y creyó él y toda su casa.
[54] Este segundo signo lo hizo Jesús cuando vino de Judea a Galilea.

III. JESÚS MANIFIESTA SU DIVINIDAD (5,1-47)

Curación del paralítico (5,1-18)

5

[1] Después de esto se celebraba una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén.
[2] Hay en Jerusalén, junto a la puerta de las ovejas, una piscina, llamada en hebreo Betzata, que tiene cinco pórticos, [3] bajo los que yacía una muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos. ([4])
[5] Estaba allí un hombre que padecía una enfermedad desde hacía treinta y ocho años. [6] Jesús, al verlo tendido y sabiendo que llevaba ya mucho tiempo, le dijo:
—¿Quieres curarte?
[7] El enfermo le contestó:
—Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se mueve el agua; mientras voy, baja otro antes que yo.
[8] Le dijo Jesús:
—Levántate, toma tu camilla y ponte a andar.
[9] Al instante aquel hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar. Aquel día era sábado. [10]Entonces le dijeron los judíos al que había sido
curado:
—Es sábado y no te es lícito llevar la camilla.
[11] Él les respondió:
—El que me ha curado es el que me dijo: «Toma tu camilla y anda».
[12] Le interrogaron:
—¿Quién es el hombre que te dijo: «Toma tu camilla y anda»?
[13] El que había sido curado no sabía quién era, pues Jesús se había apartado
de la muchedumbre allí congregada.

14 Después de esto lo encontró Jesús en el Templo y le dijo:
—Mira, estás curado; no peques más para que no te ocurra algo peor.
15 Se marchó aquel hombre y les dijo a los judíos que era Jesús el que le
había curado.

16 Por eso perseguían los judíos a Jesús, porque había hecho
esto un sábado. 17 Jesús les replicó:
—Mi Padre no deja de trabajar, y yo también trabajo.
18 Por esto los judíos con más ahínco intentaban matarle, porque no sólo
quebrantaba el sábado, sino que también llamaba a Dios Padre suyo,
haciéndose igual a Dios.

El poder del Hijo de Dios
(5,19-47)

19 Respondió Jesús y les dijo:
—En verdad, en verdad os digo que el Hijo no puede hacer nada
por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; pues lo que Él hace, eso lo hace del mismo
modo el Hijo. 20 Porque el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que Él
hace, y le mostrará obras mayores que éstas para que vosotros os maravilléis. 21 Pues así
como el Padre resucita a los muertos y les da vida, del mismo modo el Hijo da vida a
quienes quiere. 22 El Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo,
23 para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo no
honra al Padre que le ha enviado.
24 »En verdad, en verdad os digo que el que escucha mi palabra y cree en el
que me envió tiene vida eterna, y no viene a juicio sino que de la muerte pasa a la
vida. 25 En verdad, en verdad os digo que llega la hora, y es ésta, en la
que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oigan vivirán, 26
pues como el Padre tiene vida en sí mismo, así ha dado al Hijo tener vida
en sí mismo. 27 Y le dio la potestad de juzgar, ya que es el Hijo del
Hombre. 28 No os maravilléis de esto, porque viene la hora en la que
todos los que están en los sepulcros oirán su voz; 29
y los que hicieron el bien saldrán para la resurrección de la vida; y los que
practicaron el mal, para la resurrección del juicio. 30 Yo no puedo hacer nada por mi
mismo: según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi
voluntad sino la voluntad del que me envió.
31 »Si yo diera testimonio de mí mismo, mi testimonio no sería verdadero. 32
Otro es el que da testimonio de mí, y sé que es verdadero el testimonio que da de
mí. 33 Vosotros habéis enviado mensajeros a Juan y él ha dado
testimonio de la verdad. 34 Pero yo no recibo el testimonio de hombre,
sino que os digo esto para
que os salvéis. 35 Aquél era la antorcha que ardía y alumbraba, y vosotros
quisisteis alegraros por un momento con su luz. 36 Pero yo tengo un testimonio mayor que el
de Juan, pues las obras que me ha dado mi Padre para que las lleve a cabo,

las
mismas obras que yo hago, dan testimonio acerca de mí, de que el Padre me ha
enviado. 37 Y el Padre que me ha enviado, Él mismo ha dado testimonio
de mí. Vosotros no habéis oído nunca su voz ni habéis visto su rostro; 38
ni permanece su palabra en vosotros, porque no creéis en éste a quien Él
envió. 39 Examinad las
Escrituras, ya que vosotros pensáis tener en ellas la vida eterna: ellas son las que
dan testimonio de mí. 40 Y no queréis venir a mí para tener vida.
41 »Yo no busco recibir gloria de los hombres; 42 pero os conozco y
sé que no hay amor de Dios en vosotros. 43 Yo he venido en nombre de mi
Padre y no me recibís; si otro viniera en nombre propio, a ése lo recibiríais.
44 ¿Cómo podéis creer
vosotros, que recibís gloria unos de otros, y no queréis la gloria que procede del
único Dios? 45 No penséis que yo os acusaré ante el Padre; hay quien os
acusa:

Moisés, en quien vosotros tenéis puesta la esperanza. 46 En efecto, si
creyeseis a Moisés, tal vez me creeríais a mí, pues él escribió sobre mí. 47
Pero si no creéis en sus escritos, ¿cómo vais a creer en mis palabras?

IV. JESÚS ES EL PAN DE VIDA
(6,1-71)

Multiplicación de los panes
(6,1-15)
(Mt 14,13-21; Mc 6,30-44; Lc 9,10-17)

6

1 Después de esto partió Jesús a la otra orilla del mar de Galilea, el de
Tiberíades. 2
Le seguía una gran muchedumbre porque veían los signos que hacía con los
enfermos. 3 Jesús subió al monte y se sentó allí con sus discípulos. 4 Pronto iba a
ser la Pascua, la fiesta de los judíos.
5 Jesús, al levantar la mirada y ver que venía hacia él una gran
muchedumbre, le dijo a Felipe:
—¿Dónde vamos a comprar pan para que coman éstos? 6 –lo decía para
probarle, pues él sabía lo que iba a hacer.
7 Felipe le respondió:
—Doscientos denarios de pan no bastan ni para que cada uno coma un poco.
8 Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dijo:
9 —Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces;
pero, ¿qué es esto para tantos?
10 Jesús dijo:
—Mandad a la gente que se siente –había en aquel lugar hierba abundante.
Y se sentaron un total de unos cinco mil hombres. 11 Jesús tomó los panes y,
después de dar gracias, los repartió a los que estaban sentados, e
igualmente les dio cuantos peces quisieron.
12 Cuando quedaron saciados, les dijo a sus discípulos:
—Recoged los trozos que han sobrado para que no se pierda nada.
13 Y los recogieron, y llenaron doce cestos con los trozos de los cinco panes
de cebada que sobraron a los que habían comido.
14 Aquellos hombres, viendo el signo que Jesús había hecho, decían:
—Éste es verdaderamente el Profeta que viene al mundo.
15 Jesús, conociendo que estaban dispuestos a llevárselo para hacerle rey, se
retiró otra vez al monte él solo.

Jesús camina sobre las aguas
(6,16-21)
(Mt 14,22-33; Mc 6,45-52)

16 Cuando estaba atardeciendo, bajaron sus discípulos al mar, 17 embarcaron y pusieron rumbo a la otra orilla, hacia Cafarnaún. Ya había oscurecido y Jesús aún no se había reunido con ellos. 18 El mar estaba agitado a causa del fuerte viento que soplaba. 19 Después de remar, unos veinticinco o treinta estadios, vieron a Jesús
que andaba sobre el mar y se acercaba hacia la barca, y les entró miedo.
20 Pero él

les dijo:
—Soy yo, no temáis.
21 Entonces ellos quisieron que subiera a la barca; y al instante la barca llegó
a tierra, al lugar adonde iban.

Las multitudes buscan a Jesús
(6,22-25)

22 Al día siguiente, la multitud que estaba al otro lado del mar vio
que no había allí más que una sola barca, y que Jesús no había subido a
ella con sus discípulos, sino que éstos se habían marchado solos. 23 De
Tiberíades otras barcas llegaron cerca del lugar donde habían comido el
pan después de haber dado gracias al Señor. 24 Cuando la multitud vio que
ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, subieron a las barcas y fueron a
Cafarnaún buscando a Jesús. 25 Y al encontrarle
en la otra orilla del mar, le preguntaron:
—Maestro, ¿cuándo has llegado aquí?

Discurso del Pan de Vida
(6,26-59)

26 Jesús les respondió:
—En verdad, en verdad os digo que vosotros me buscáis no por haber visto
los signos, sino porque habéis comido los panes y os habéis saciado. 27
Obrad no
por el alimento que se consume sino por el que perdura hasta la vida
eterna, el que os dará el Hijo del Hombre, pues a éste lo confirmó Dios
Padre con su sello.
28 Ellos le preguntaron:
—¿Qué debemos hacer para realizar las obras de Dios?
29 Jesús les respondió:
—Ésta es la obra de Dios: que creáis en quien Él ha enviado.
30 Le dijeron:
—¿Y qué signo haces tú, para que lo veamos y te creamos? ¿Qué obras
realizas tú? 31 Nuestros padres comieron en el desierto el maná, como está
escrito:
Les dio a comer pan del cielo.
32 Les respondió Jesús:
—En verdad, en verdad os digo que Moisés no os dio el pan del cielo, sino
que mi Padre os da el verdadero pan del cielo. 33 Porque el pan de Dios es
el que
ha bajado del cielo y da la vida al mundo.
34 —Señor, danos siempre de este pan –le dijeron ellos.
35 Jesús les respondió:
—Yo soy el pan de vida; el que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en
mí no tendrá nunca sed. 36 Pero os lo he dicho: me habéis visto y no
creéis. 37 Todo lo que me da el Padre vendrá a mí, y al que viene a mí no

lo echaré fuera, [38] porque
he bajado del cielo no para hacer, mi voluntad sino la voluntad de Aquel que me ha
enviado. [39] Ésta es la voluntad de Aquel que me ha enviado: que no
pierda nada de lo que Él me ha dado, sino que lo resucite en el último día.
[40] Porque ésta es la
voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo
le resucitaré en el último día.

[41] Los judíos, entonces, comenzaron a murmurar de él por haber dicho: «Yo soy el pan que ha bajado del cielo». [42] Y decían:

—¿No es éste Jesús, el hijo de José, de quien conocemos a su padre y a su

madre? ¿Cómo es que ahora dice: «He bajado del cielo»?
43 Respondió Jesús y les dijo:
—No murmuréis entre vosotros. 44 Nadie puede venir a mí si no le atrae el
Padre que me ha enviado, y yo le resucitaré en el último día. 45 Está escrito en los
Profetas: *Y serán todos enseñados por Dios*. Todo el que ha escuchado al que viene
del Padre, y ha aprendido, viene a mí. 46 No es que alguien haya visto al Padre, sino que aquel que procede de Dios, ése ha visto al Padre. 47 En verdad, en verdad os
digo que el que cree tiene vida eterna.
48 »Yo soy el pan de vida. 49 Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron. 50 Éste es el pan que baja del cielo, para que si alguien lo come no muera. 51 Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. Si alguno come este pan
vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo.
52 Los judíos se pusieron a discutir entre ellos:
—¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?
53 Jesús les dijo:
—En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del Hombre
y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. 54 El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. 55 Porque mi carne es verdadera comida mi sangre es verdadera bebida. 56 El que come mi carne y bebe
mi sangre permanece en mí y yo en él. 57 Igual que el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, así, aquel que me come vivirá por mí. 58 Éste es el pan que ha
bajado del cielo, no como el que comieron los padres y murieron: quien come este
pan vivirá
eternamente.
59 Estas cosas dijo en la sinagoga, enseñando en Cafarnaún.

Reacción de los discípulos
(6,60-71)

60 Al oír esto, muchos de sus discípulos dijeron:
—Es dura esta enseñanza, ¿quién puede escucharla?
61 Jesús, conociendo en su interior que sus discípulos estaban murmurando
de esto, les
dijo:
—¿Esto os escandaliza? 62 Pues, ¿si vierais al Hijo del Hombre subir adonde estaba antes? 63 El espíritu es el que da vida, la carne no sirve de nada: las palabras que os he hablado son espíritu y son vida. 64 Sin embargo, hay algunos de

vosotros que no
creen.
En efecto, Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no
creían y quién era el que le iba a entregar.
65 Y añadía:
—Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí si no se lo ha
concedido el Padre.
66 Desde ese momento muchos discípulos se echaron atrás y ya no
andaban
con
él.
67 Entonces Jesús les dijo a los doce:
—¿También vosotros queréis marcharos?
68 Le respondió Simón Pedro:
—Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; 69
nosotros
hemos creído y conocido que tú eres el Santo de
Dios.

70 Les respondió Jesús:
—¿No os he elegido yo a los doce? Sin embargo, uno de
vosotros es un diablo.
71 Se refería a Judas, hijo de Simón Iscariote, porque él, aun siendo
uno de
los doce, era el que le iba a
entregar.

V. JESÚS ES LA LUZ DEL MUNDO (7,1-10,21)

Jesús en Jerusalén durante la fiesta de los Tabernáculos (7,1-30)

7

1 Después de esto caminaba Jesús por Galilea, pues no quería andar por
Judea, ya que los judíos le buscaban para matarle.
2 Pronto iba a ser la fiesta judía de los Tabernáculos. 3 Entonces le
dijeron
sus hermanos:
—Márchate de aquí y vete a Judea, para que también tus discípulos
vean las
obras que haces, 4 porque nadie hace algo a escondidas si quiere ser
conocido.
Puesto que haces estas cosas, muéstrate al mundo.
5 Ni siquiera sus hermanos creían en él. 6 Entonces, Jesús les dijo:
—Mi tiempo aún no ha llegado, pero vuestro tiempo siempre está a
punto. 7 El
mundo no puede odiaros, pero a mí me odia porque doy testimonio de él,
de que
sus obras son malas. 8 Vosotros subid a la fiesta; yo no subo a esta fiesta
porque mi
tiempo aún no se ha cumplido.
9 Él dijo eso y se quedó en Galilea. 10 Pero una vez que sus hermanos
subieron a la fiesta, entonces él también subió, no públicamente
sino como a escondidas.
11 Los judíos le buscaban durante la fiesta y decían:
—¿Dónde está ése?
12 Y la gente hacía muchos comentarios sobre él. Unos decían:
—Es bueno.
Otros, en
cambio:
—No, engaña a la gente.
13 Sin embargo, nadie hablaba abiertamente de él por miedo a los
judíos.
14 Mediada ya la fiesta, subió Jesús al Templo y se puso a enseñar. 15
Los
judíos quedaron admirados y comentaban:
—¿Cómo sabe éste de letras sin haber estudiado?
16 Entonces Jesús les respondió y dijo:

—Mi doctrina no es mía sino del que me ha enviado. [17] Si alguno
quiere hacer su voluntad conocerá si mi doctrina es de Dios, o si yo hablo
por mí mismo. [18] El
que habla por sí mismo busca su propia gloria; pero el que busca la gloria
del que le
envió, ése es veraz y no hay injusticia en él. [19] ¿No os dio Moisés la Ley?
Sin
embargo, ninguno de vosotros la cumple. ¿Por qué queréis matarme?
[20] Respondió la multitud:
—Estás endemoniado; ¿quién te quiere matar?
[21] Jesús les contestó:

—Yo hice una sola obra y todos os habéis extrañado. 22 Puesto que
os dio Moisés la circuncisión –aunque no es de Moisés sino de los
Patriarcas–, incluso el sábado circuncidáis a un hombre. 23 Si un hombre
recibe la circuncisión en sábado para no quebrantar la Ley de Moisés, ¿os
indignáis contra mí porque he curado por completo a un hombre en
sábado? 24 No juzguéis por las apariencias, sino juzgad con recto juicio.

25 Entonces, algunos de Jerusalén decían:

—¿No es éste al que intentan matar? 26 Pues mirad cómo habla con
toda
libertad y no le dicen nada. ¿Acaso habrán reconocido las autoridades que
éste es
el Cristo? 27 Sin embargo sabemos de dónde es éste, mientras que cuando
venga el
Cristo nadie conocerá de dónde es.

28 Jesús enseñando en el Templo clamó:

—Me conocéis y sabéis de dónde soy; en cambio, yo no he venido de
mí
mismo, pero el que me ha enviado, a quien vosotros no conocéis, es veraz.
29 Yo le
conozco, porque de Él vengo y Él mismo me ha enviado.

30 Intentaban detenerle, pero nadie le puso las manos encima porque
aún no
había llegado su hora.

Diversos pareceres sobre Jesús
(7,31-53)

31 Muchos de la multitud creyeron en él y decían:

—Cuando venga el Cristo, ¿hará más signos que los que hace éste?

32 Al oír los fariseos que la multitud comentaba esto de él, los
príncipes de los sacerdotes y los fariseos enviaron alguaciles para
prenderle. 33 Entonces Jesús les
dijo:

—Aún estaré entre vosotros un poco de tiempo, luego me iré al que
me ha enviado. 34 Me buscaréis y no me encontraréis, porque donde yo
estoy vosotros no podéis venir.

35 Se dijeron los judíos:

—¿A dónde se irá éste que no podamos encontrarle? ¿Se irá tal vez a
los
dispersos entre los griegos y enseñará a los griegos? 36 ¿Qué significan
estas
palabras que ha dicho: «Me buscaréis y no me encontraréis», y «donde
yo estoy vosotros no podéis venir»?

37 En el último día, el más solemne de la fiesta, estaba allí Jesús y
clamó:

—Si alguno tiene sed, venga a mí; y beba 38 quien cree en mí. Como
dice la
Escritura, de sus entrañas brotarán ríos de agua viva.

39 Se refirió con esto al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en
él, pues
todavía no había sido dado el Espíritu, ya que Jesús aún no había sido

glorificado.
40 De entre la multitud que escuchaba estas palabras, unos decían:
—Éste es verdaderamente el profeta.
41 Otros:
—Éste es el Cristo.
En cambio, otros replicaban:
—¿Acaso el Cristo viene de Galilea? 42 ¿No dice la Escritura que el Cristo
viene de la descendencia de David y de Belén, la aldea de donde era David?
43 Se produjo entonces un desacuerdo entre la multitud por su causa.
44 Algunos de ellos querían prenderle, pero nadie puso las manos sobre él.
45 Volvieron los alguaciles a los príncipes de los sacerdotes y fariseos, y éstos

les dijeron:
—¿Por qué no lo habéis traído?
46 Respondieron los alguaciles:
—Jamás habló así hombre alguno.
47 Les replicaron entonces los fariseos:
—¿También vosotros habéis sido engañados? 48 ¿Acaso alguien de las autoridades o de los fariseos ha creído en él? 49 Pero esta gente, que desconoce la
Ley, son unos malditos.
50 Nicodemo, aquel que ya había ido antes adonde Jesús y que era uno de
ellos, les dijo:
51 ¿Es que nuestra Ley juzga a un hombre sin haberle oído antes y conocer lo
que ha hecho?
52 Le respondieron:
—¿También tú eres de Galilea? Investiga y te darás cuenta de que ningún profeta surge de Galilea.
53 Y se volvió cada uno a su casa.

La mujer adúltera
(8,1-11)

8

1 Jesús marchó al Monte de los Olivos. 2 Muy de mañana volvió de nuevo al Templo, y todo el pueblo acudía a él; se sentó y se puso a enseñarles.
3 Los escribas y fariseos trajeron a una mujer sorprendida en adulterio y la
pusieron en medio.
4 Maestro –le dijeron–, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. 5
Moisés en la Ley nos mandó lapidar a mujeres así; ¿tú qué dices? 6 —se lo decían
tentándole, para tener de qué acusarle.
Pero Jesús, se agachó y se puso a escribir con el dedo en la tierra.
7 Como ellos insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo:
—El que de vosotros esté sin pecado que tire la piedra el primero.
8 Y agachándose otra vez, siguió escribiendo en la tierra. 9 Al oírle, empezaron a marcharse uno tras otro, comenzando por los más viejos, y quedó
Jesús solo, y la mujer, de pie, en medio. 10 Jesús se incorporó y le dijo:
—Mujer, ¿dónde están? ¿Ninguno te ha condenado?
11 —Ninguno, Señor –respondió ella.
Le dijo Jesús:
—Tampoco yo te condeno; vete y a partir de ahora no peques más.
—Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es

Jesucristo, Luz del mundo
(8,12-20)

12 De nuevo les dijo Jesús:
—Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas,
sino que tendrá la luz de la vida.
13 Le dijeron entonces los fariseos:
—Tú das testimonio de ti mismo; tu testimonio no es verdadero.
14 Jesús les respondió:

—Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es

sé de dónde vengo y adónde voy; pero vosotros no sabéis de dónde vengo ni adónde voy. 15 Vosotros juzgáis según la carne, yo no juzgo a nadie; 16 y si yo juzgo, mi juicio es verdadero porque no soy yo solo, sino yo y el Padre que me ha enviado. 17 En vuestra Ley está escrito que el testimonio de dos personas es verdadero. 18Yo soy el que da testimonio de sí mismo, y el Padre, que me ha enviado, también da testimonio de mí.

19 Entonces le decían:

—¿Dónde está tu Padre?

—Ni me conocéis a mí ni a mi Padre –respondió Jesús–; si me conocierais a mí conoceríais también a mi Padre.

20 Estas palabras las dijo Jesús en el gazofilacio, enseñando en el Templo; y nadie le prendió porque aún no había llegado su hora.

Jesús reprende la incredulidad de los judíos

(8,21-59)

21 Jesús les dijo de nuevo:

—Yo me voy y me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado; adonde yo voy vosotros no podéis venir.

22 Los judíos decían:

—¿Es que se va a matar y por eso dice: «Adonde yo voy vosotros no podéis venir»?

23 Y les decía:

—Vosotros sois de abajo; yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo; yo no soy de este mundo. 24Os he dicho que moriréis en vuestros pecados, porque si no creéis que yo soy, moriréis en vuestros pecados.

25 Entonces le decían:

—¿Tú quién eres?

Jesús les respondió:

—Ante todo, lo que os estoy diciendo. 26 Tengo muchas cosas que hablar y juzgar de vosotros, pero el que me ha enviado es veraz, y yo, lo que le he oído, eso hablo al mundo.

27 Ellos no entendieron que les hablaba del Padre. 28 Les dijo por eso Jesús:

—Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que como el Padre me enseñó así hablo.

29 Y el que me ha enviado está conmigo; no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada.

30 Al decir estas cosas, muchos creyeron en él.

31 Y a los judíos que habían creído en él, Jesús les dijo:

—Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; 32 conoceréis la verdad y la verdad os hará libres.

33 Le respondieron:

—Somos linaje de Abrahán y, sin embargo, intentáis

31 Decía Jesús a los judíos que habían creído en él:
—Si vosotros permanecéis en mi palabra, sois en verdad discípulos
míos, 32
conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.
33 Le respondieron:
—Somos linaje de Abrahán y jamás hemos sido esclavos de nadie.
¿Cómo es que tú dices: «Os haréis libres»?
34 Jesús les respondió:
—En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado, esclavo
es del
pecado. 35 El esclavo no se queda en casa para siempre; mientras que el
hijo se queda para siempre; 36 por eso, si el Hijo os da la libertad, seréis
verdaderamente

libres. 37 Yo sé que sois linaje de Abrahán y, sin embargo, intentáis

mi palabra no tiene cabida en vosotros.
38 »Yo hablo lo que vi en mi Padre, y vosotros hacéis lo que oísteis a vuestro
padre.
39 Le respondieron:
—Nuestro padre es Abrahán.
—Si fueseis hijos de Abrahán –les dijo Jesús– haríais las obras de Abrahán.
40 Pero ahora queréis matarme, a mí, que os he dicho la verdad que oí de Dios; Abrahán no hizo esto. 41 Vosotros hacéis las obras de vuestro padre.
Le respondieron:
—Nosotros no hemos nacido de fornicación, tenemos un solo padre, que es
Dios.
42 —Si Dios fuese vuestro padre, me amaríais –les dijo Jesús–; pues yo he
salido de Dios y he venido aquí. Yo no he salido de mí mismo sino que Él me ha enviado. 43 ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis oír mi palabra. 44
Vosotros tenéis por padre al diablo y queréis cumplir las apetencias de vuestro padre; él era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla la mentira, de lo suyo habla, porque es mentiroso y el padre de la mentira. 45 Sin embargo, a mí, que digo la verdad, no me creéis. 46
¿Quién de vosotros podrá acusarme de que he pecado? Si digo la verdad, ¿por qué no me creéis? 47 El que es de Dios escucha las palabras de Dios; por eso vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios.
48 Los judíos le respondieron:
—¿No tenemos razón cuando decimos que tú eres samaritano y estás endemoniado?
49 Jesús respondió:
—Yo no estoy endemoniado, sino que honro a mi Padre; y vosotros me
deshonráis a mí. 50 Yo no busco mi gloria; hay quien la busca y juzga. 51 En verdad,
en verdad os digo: si alguno guarda mi palabra jamás verá la muerte.
52 Los judíos le dijeron:
—Ahora sabemos que estás endemoniado. Abrahán murió y también los
profetas, y tú dices: «Si alguno guarda mi palabra, jamás experimentará la muerte».
53 ¿Es que tú eres más que nuestro padre Abrahán, que murió? También los
profetas murieron. ¿Por quién te tienes tú?
54 Jesús respondió:
—Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada vale. Mi Padre es el que me
glorifica, el que decís que es vuestro Dios, 55 y no le conocéis; yo, sin embargo, le
conozco. Y si dijera que no le conozco mentiría como vosotros, pero le

conozco y
guardo su palabra. 56 Abrahán, vuestro padre, se llenó de alegría porque iba a ver
mi día; lo vio y se alegró.
57 Los judíos le dijeron:
—¿Aún no tienes cincuenta años y has visto a Abrahán?
58 Jesús les dijo:
—En verdad, en verdad os digo: antes de que Abrahán naciese, yo soy.
59 Entonces recogieron piedras para tirárselas; pero Jesús se escondió y salió
del Templo.

Curación del ciego de nacimiento
(9,1-23)

9

1 Y al pasar vio Jesús a un hombre ciego de nacimiento. 2 Y le
preguntaron sus discípulos:
–Rabbí, ¿quién pecó: éste o sus padres, para que naciera ciego?
3 Respondió Jesús:
—Ni pecó éste ni sus padres, sino que eso ha ocurrido para que las
obras de
Dios se manifiesten en él. 4 Es necesario que nosotros hagamos las obras del que
me ha enviado mientras es de día, porque llega la noche cuando nadie puede
trabajar. 5 Mientras estoy en el mundo soy luz del mundo.
6 Dicho esto, escupió en el suelo, hizo lodo con la saliva, lo aplicó en
sus ojos
7 y le dijo:
—Anda, lávate en la piscina de Siloé –que significa: «Enviado».
Entonces fue, se lavó y volvió con vista. 8 Los vecinos y los que le
habían
visto antes, cuando era mendigo, decían:
—¿No es éste el que estaba sentado y pedía limosna?
9 Unos decían:
—Sí, es él.
Otros en cambio:
—De ningún modo, sino que se le
parece. Él decía:
—Soy yo.
10 Y le preguntaban:
—¿Cómo se te abrieron los ojos?
11 Él respondió:
—Ese hombre que se llama Jesús hizo lodo, me untó los ojos y me
dijo: «Vete a Siloé y lávate». Así que fui, me lavé y comencé a ver.
12 Le dijeron:
—¿Dónde está
ése? Él respondió:
—No lo sé.
13 Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. 14 El día en
que Jesús hizo el lodo y le abrió los ojos era sábado. 15 Y los fariseos
empezaron otra vez a
preguntarle cómo había comenzado a ver. Él les respondió:
—Me puso lodo en los ojos, me lavé y veo.
16 Entonces algunos de los fariseos decían:
—Ese hombre no es de Dios, porque no guarda el
sábado. Pero otros decían:
—¿Cómo es que un hombre pecador puede hacer semejantes
prodigios?
Y había división entre ellos. 17 Le dijeron, pues, otra vez al ciego:
—¿Tú qué dices de él, puesto que te ha abierto los ojos?
—Que es un profeta –respondió.
18 No creyeron los judíos que aquel hombre habiendo sido ciego
hubiera llegado a ver, hasta que llamaron a los padres del que había

recibido la vista, [19] y
les preguntaron:
—¿Es éste vuestro hijo que decís que nació ciego? ¿Entonces cómo
es que ahora ve?
[20] Respondieron sus padres:

—Nosotros sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego. [21]
Lo que no sabemos es cómo es que ahora ve. Tampoco sabemos quién le
abrió los ojos. Preguntádselo a él, que edad tiene. Él podrá decir de sí
mismo.
[22] Sus padres dijeron esto porque tenían miedo de los judíos, pues ya
habían
acordado que si alguien confesaba que él era el Cristo fuese expulsado de
la
sinagoga. [23] Por eso sus padres dijeron: «Edad tiene, preguntádselo a él».

Ceguera de los judíos
(9,24-41)

[24] Y llamaron por segunda vez al hombre que había sido ciego y le
dijeron:
—Da gloria a Dios; nosotros sabemos que ese hombre es un pecador.
veo. [25] Él les contestó:
—Yo no sé si es un pecador. Sólo sé una cosa: que yo era ciego y que
ahora

[26] Entonces le dijeron:
—¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?
[27] —Ya os lo dije y no lo escuchasteis –les respondió–. ¿Por qué lo
queréis
oír de nuevo? ¿Es que también vosotros queréis haceros discípulos suyos?
[28] Ellos le insultaron y dijeron:
—Discípulo suyo serás tú; nosotros somos discípulos de Moisés. [29]
Sabemos
que Dios habló a Moisés, pero ése no sabemos de dónde es.
[30] Aquel hombre les respondió:
—Esto es precisamente lo asombroso: que vosotros no sepáis de
dónde es y
que me haya abierto los ojos. [31] Sabemos que Dios no escucha a los
pecadores. En cambio, si uno honra a Dios y hace su voluntad, a ése le
escucha. [32] Jamás se ha oído decir que alguien haya abierto los ojos a un
ciego de nacimiento. [33] Si éste no
fuera de Dios no hubiese podido hacer nada.
[34] Ellos le replicaron:
—Has nacido en pecado y ¿nos vas a enseñar tú a
nosotros? Y le echaron fuera.
[35] Oyó Jesús que le habían echado fuera, y cuando se encontró con él
le dijo:
—¿Crees tú en el Hijo del Hombre?
[36] —¿Y quién es, Señor, para que crea en él? –respondió.
[37] Le dijo Jesús:
—Si lo has visto: el que está hablando contigo, ése es.
[38] Y él exclamó:
—Creo, Señor –y se postró ante él.
[39] Dijo Jesús:
—Yo he venido a este mundo para un juicio, para que los que no
ven vean, y los que ven se vuelvan ciegos,

40 Algunos de los fariseos que estaban con él oyeron esto y le dijeron:
—¿Es que nosotros también somos ciegos?
41 Les dijo Jesús:
—Si fuerais ciegos no tendríais pecado, pero ahora decís: «Nosotros vemos»;
por eso vuestro pecado permanece.

El Buen Pastor (10,1-21)

10

1 »En verdad, en verdad os digo: el que no entra por la puerta del redil
de las ovejas, sino que salta por otra parte, ése es un ladrón y un
salteador. 2 Pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas. 3 A
éste le abre el portero y las ovejas atienden a su voz, llama a sus propias
ovejas por su nombre y las conduce fuera. 4
Cuando las ha sacado todas, va delante de ellas y las ovejas le siguen
porque
conocen su voz. 5Pero a un extraño no le seguirán, sino que huirán de él
porque no
conocen la voz de los extraños.
6 Jesús les propuso esta comparación, pero ellos no entendieron qué
era lo
que les decía.
7 Entonces volvió a decir Jesús:
—En verdad, en verdad os digo: yo soy la puerta de las ovejas.
8 Todos
cuantos han venido antes que yo son ladrones y salteadores, pero las
ovejas no les
escucharon. 9Yo soy la puerta; si alguno entra a través de mí, se salvará; y
entrará y saldrá y encontrará pastos. 10 El ladrón no viene sino para robar,
matar y destruir.
Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia.
11 »Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas. 12
El
asalariado, el que no es pastor y al que no le pertenecen las ovejas, ve
venir el lobo,
abandona las ovejas y huye –y el lobo las arrebata y las dispersa–,
13porque es asalariado y no le importan las ovejas. 14 Yo soy el buen
pastor, conozco las mías y las mías me conocen. 15 Como el Padre me
conoce a mí, así yo conozco al Padre, y doy mi vida por las ovejas. 16Tengo
otras ovejas que no son de este redil, a ésas
también es necesario que las traiga, y oirán mi voz y formarán un solo
rebaño, con
un solo pastor. 17Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida para
tomarla de nuevo. 18Nadie me la quita, sino que yo la doy libremente.
Tengo potestad para
darla y tengo potestad para recuperarla. Este es el mandato que he
recibido de mi
Padre.
19 Se produjo de nuevo una disensión entre los judíos, a causa
de estas palabras. 20 Muchos de ellos decían:
—Está endemoniado y loco, ¿por qué le escucháis?
21 Otros decían:
—Cosas así no las dice uno que está endemoniado. ¿Es que
puede un demonio abrir los ojos de los ciegos?

VI. JESÚS ES UNO CON EL PADRE

(10,22-

42)

Identidad de Jesús con el Padre
(10,22-30)

22 Se celebraba por aquel tiempo en Jerusalén la fiesta de la
Dedicación. Era invierno. 23 Paseaba Jesús por el Templo, en el pórtico de
Salomón. 24Entonces le rodearon los judíos y comenzaron a decirle:
—¿Hasta cuándo nos vas a tener en vilo? Si tú eres el Cristo,
dínoslo claramente.
25 Les respondió Jesús:
—Os lo he dicho y no lo creéis; las obras que hago en nombre de mi
Padre

son las que dan testimonio de mí. 26 Pero vosotros no creéis porque no
sois de mis ovejas. 27 Mis ovejas escuchan mi voz, yo las conozco y me
siguen. 28 Yo les doy vida eterna; no perecerán jamás y nadie las
arrebatará de mi mano. 29 Mi Padre, que me las dio, es mayor que todos;
y nadie puede arrebatarlas de la mano del Padre. 30 Yo y el Padre somos
uno.

Intentan lapidar al Señor
(10,31-42)

31 Los judíos recogieron otra vez piedras para lapidarle. 32 Jesús les
replicó:
—Os he mostrado muchas obras buenas de parte del Padre, ¿por
cuál de ellas queréis lapidarme?
33 —No queremos lapidarte por ninguna obra buena, sino por
blasfemia; y
porque tú, siendo hombre, te haces Dios –le respondieron los judíos.
34 Jesús les contestó:
—¿No está escrito en vuestra Ley: *Yo dije: «Sois dioses»*? 35 Si llamó
dioses a quienes se dirigió la palabra de Dios, y la Escritura no puede
fallar, 36 ¿a quien el
Padre santificó y envió al mundo, decís vosotros que blasfema porque dije
que soy
Hijo de Dios? 37 Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; 38 pero si
las hago,
creed en las obras, aunque no me creáis a mí, para que conozcáis y sepáis
que el
Padre está en mí y yo en el Padre.
39 Intentaban entonces prenderlo otra vez, pero se escapó de sus
manos. 40
Y se fue de nuevo al otro lado del Jordán, donde Juan bautizaba al principio,
y allí se
quedó. 41 Y muchos acudieron a él y decían:
—Juan no hizo ningún signo, pero todo lo que Juan dijo de él era
verdad.
42 Y muchos allí creyeron en él.

VII. JESÚS ES LA VIDA DEL MUNDO
(11,1-57)

Resurrección de Lázaro (11,1-44)

11

1 Había un enfermo que se llamaba Lázaro, de Betania, la aldea de María y
de su hermana Marta. 2 María era la que ungió al Señor con perfume y le
secó los pies con sus cabellos; su hermano Lázaro había caído enfermo. 3
Entonces las hermanas le enviaron este recado:
—Señor, mira, aquel a quien amas está enfermo.

4 Al oírlo, dijo Jesús:
—Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, a fin de que por ella sea glorificado el Hijo de Dios.
5 Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. 6 Aun cuando oyó que estaba enfermo, se quedó dos días más en el mismo lugar. 7 Luego, después de
esto, les dijo a sus discípulos:
—Vamos otra vez a Judea.
8 Le dijeron los discípulos:
—Rabbí, hace poco te buscaban los judíos para lapidarte, y ¿vas a volver

allí?
9 —¿Acaso no son doce las horas del día? –respondió Jesús–. Si alguien
camina de día no tropieza porque ve la luz de este mundo; 10 pero si
alguien camina de noche tropieza porque no tiene luz.
11 Dijo esto, y a continuación añadió:
—Lázaro, nuestro amigo, está dormido, pero voy a despertarle.
12 Le dijeron entonces sus discípulos:
—Señor, si está dormido se salvará.
13 Jesús había hablado de su muerte, pero ellos pensaron que hablaba del
sueño natural.
14 Entonces Jesús les dijo claramente:
15 —Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para
que creáis; pero vayamos adonde está él.
16 Tomás, el llamado Dídimo, les dijo a los otros discípulos:
—Vayamos también nosotros y muramos con él.
17 Al llegar Jesús, encontró que ya llevaba sepultado cuatro días. 18
Betania distaba de Jerusalén como quince estadios. 19 Muchos judíos
habían ido a visitar a
Marta y María para consolarlas por lo de su hermano.
20 En cuanto Marta oyó que Jesús venía, salió a recibirle; María, en
cambio, se quedó sentada en casa. 21 Le dijo Marta a Jesús:
—Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano, 22 pero
incluso ahora sé que todo cuanto pidas a Dios, Dios te lo concederá.
23 —Tu hermano resucitará –le dijo Jesús.
24 Marta le respondió:
—Ya sé que resucitará en la resurrección, en el último día.
25 —Yo soy la Resurrección y la Vida –le dijo Jesús–; el que cree
en mí, aunque hubiera muerto, vivirá, 26 y todo el que vive y cree en
mí no morirá para
siempre. ¿Crees esto?
27 —Sí, Señor –le contestó–. Yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios,
que has venido a este mundo.
28 En cuanto dijo esto, fue a llamar a su hermana María, diciéndole en un
aparte:
—El Maestro está aquí y te llama.
29 Ella, en cuanto lo oyó, se levantó enseguida y fue hacia él. 30
Todavía no
había llegado Jesús a la aldea sino que se encontraba aún donde Marta le había
salido al encuentro. 31 Los judíos que estaban con ella en la casa y la consolaban, al
ver que María se levantaba de repente y se marchaba, la siguieron pensando que
iba al sepulcro a llorar allí. 32 Entonces María llegó donde se encontraba

Jesús y, al
verle, se postró a sus pies y le dijo:
—Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano.
33 Jesús, cuando la vio llorando y que los judíos que la acompañaban
también lloraban, se estremeció por dentro, se conmovió 34 y dijo:
—¿Dónde le habéis puesto? Le contestaron:
—Señor, ven a verlo.
35 Jesús rompió a llorar. 36 Decían entonces los judíos:
—Mirad cuánto le amaba.
37 Pero algunos de ellos dijeron:

—Éste, que abrió los ojos del ciego, ¿no podía haber hecho que no muriera?
38 Jesús, conmoviéndose de nuevo, fue al sepulcro. Era una cueva
tapada con una piedra. 39Jesús dijo:
—Quitad la piedra.
Marta, la hermana del difunto, le dijo:
—Señor, ya huele muy mal, pues lleva cuatro días.
40 Le dijo Jesús:
—¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?
41 Retiraron entonces la piedra. Jesús, alzando los ojos hacia lo alto, dijo:
—Padre, te doy gracias porque me has escuchado. 42 Yo sabía que siempre
me escuchas, pero lo he dicho por la muchedumbre que está alrededor, para que crean que Tú me enviaste.
43 Y después de decir esto, gritó con voz fuerte:
—¡Lázaro, sal afuera!
44 Y el que estaba muerto salió con los pies y las manos atados con vendas, y
con el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo:
—Desatadle y dejadle andar.

El Sanedrín decreta la muerte de Jesús
(11,45-57)
(Mt 26,3-5; Mc 14,1-2)

45 Muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que hizo
Jesús, creyeron en él. 46Pero algunos de ellos fueron a los fariseos y les contaron lo que Jesús había hecho. 47 Entonces los príncipes de los sacerdotes y los fariseos
convocaron el Sanedrín:
—¿Qué hacemos, puesto que este hombre realiza muchos signos? –decían–.
48 Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos y destruirán
nuestro lugar y nuestra nación.
49 Uno de ellos, Caifás, que aquel año era sumo sacerdote, les dijo:
—Vosotros no sabéis nada, 50ni os dais cuenta de que os conviene que un solo hombre muera por el pueblo y no que perezca toda la nación
51 –pero esto no
lo dijo por sí mismo, sino que, siendo sumo sacerdote aquel año, profetizó que
Jesús iba a morir por la nación; 52 y no solo por la nación, sino para reunir a los hijos
de Dios que estaban dispersos.
53 Así, desde aquel día decidieron darle muerte. 54 Entonces Jesús ya no
andaba en público entre los judíos, sino que se marchó de allí a una región cercana al desierto, a la ciudad llamada Efraín, donde se quedó con sus discípulos.

55 Pronto iba a ser la Pascua de los judíos, y muchos subieron de
aquella región a Jerusalén antes de la Pascua para purificarse. 56Los
que estaban en el
Templo buscaban a Jesús, y se decían unos a otros:
—¿Qué os parece: no vendrá a la fiesta?
57 Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos habían dado órdenes
de que
si alguien sabía dónde estaba, lo denunciase, para poderlo prender.

VIII. JESÚS, ACLAMADO REY MESIÁNICO (12,1-50)

María unge al Señor (12,1-11)

(Mt 26,6-16; Mc 14,3-11)

12

1 Jesús, seis días antes de la Pascua, marchó a Betania, donde estaba
Lázaro, al que Jesús había resucitado de entre los muertos. 2 Allí le
prepararon una cena. Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban
a la mesa con él.
3 María, tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro,
ungió los
pies de Jesús y los secó con sus cabellos. La casa se llenó de la fragancia
del
perfume. 4 Dijo Judas Iscariote, uno de los discípulos, el que le iba a
entregar:
5 —-¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios
y se ha
dado a los pobres?
6 Pero esto lo dijo no porque él se preocupara de los pobres, sino
porque era ladrón y, como tenía la bolsa, se llevaba lo que echaban en
ella. 7 Entonces dijo
Jesús:
—Dejadle que lo emplee para el día de mi sepultura, 8 porque a los
pobres los
tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis.
9 Una gran multitud de judíos se enteró de que estaba allí, y fueron
no sólo
por Jesús, sino también por ver a Lázaro, al que había resucitado de entre
los
muertos. 10 Y los príncipes de los sacerdotes decidieron dar muerte también
a
Lázaro, 11 porque muchos, por su causa, se apartaban de los judíos y creían
en
Jesús.

Entrada triunfal en Jerusalén (12,12-19)
(Mt 21,1-11; Mc 11,1-11; Lc 19,28-40)

12 Al día siguiente las muchedumbres que iban a la fiesta, oyendo
que Jesús se acercaba a Jerusalén, 13 tomaron ramos de palmas, salieron
a su encuentro y se pusieron a gritar:
—*¡Hosanna!*
¡Bendito el que viene en nombre del
Señor, el Rey de Israel!
14 Jesús encontró un borriquillo y se montó sobre él, conforme a lo
que está
escrito:
15 *No temas, hija de*
Sión. Mira a tu rey que
llega
montado en un borrico de asna.
16 Al principio sus discípulos no comprendieron esto, pero cuando

Jesús fue
glorificado, entonces recordaron que estas cosas estaban escritas
acerca de él, y que fueron precisamente éstas las que le hicieron.
17 La gente que estaba con él cuando llamó a Lázaro del sepulcro y le
resucitó de entre los muertos, daba testimonio. 18 Por eso las
muchedumbres le salieron al encuentro, porque oyeron que Jesús había
hecho este signo. 19 Entonces
los fariseos se dijeron unos a otros:
—Ya veis que no adelantáis nada; mirad cómo todo el mundo se ha
ido tras
él.

Jesús anuncia su glorificación (12,20-36)

20 Entre los que subieron a adorar a Dios en la fiesta había algunos griegos.
21 Así que éstos se acercaron a Felipe, el de Betsaida de Galilea, y comenzaron a
rogarle:
—Señor, queremos ver a Jesús.
22 Vino Felipe y se lo dijo a Andrés, y Andrés y Felipe fueron y se lo dijeron a
Jesús. 23 Jesús les contestó:
—Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del Hombre. 24 En verdad,
en verdad os digo que si el grano de trigo no muere al caer en tierra, queda
infecundo; pero si muere, produce mucho fruto. 25 El que ama su vida la perderá, y
el que aborrece su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna. 26 Si alguien
me sirve, que me siga, y donde yo estoy allí estará también mi servidor.
Si alguien me sirve, el Padre le honrará.
27 »Ahora mi alma está turbada; y ¿qué voy a decir?: «¿Padre,
líbrame de esta hora?» ¡Pero si para esto he venido a esta hora! 28
¡Padre, glorifica tu nombre!
Entonces vino una voz del cielo:
—Lo he glorificado y de nuevo lo glorificaré.
29 La multitud que estaba presente y la oyó decía que había sido un trueno.
Otros decían:
—Le ha hablado un ángel.
30 Jesús respondió:
—Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. 31 Ahora es el
juicio de este mundo, ahora el príncipe de este mundo va a ser
arrojado fuera. 32 Y yo,
cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí.
33 Decía esto señalando de qué muerte iba a morir. 34 La multitud le replicó:
—Nosotros hemos oído en la Ley que el Cristo permanece para siempre;
entonces, ¿cómo dices tú: «Es necesario que sea levantado el Hijo del Hombre»?
¿Quién es este «Hijo del Hombre»?
35 Jesús les dijo:
—Todavía estará un poco de tiempo la luz entra vosotros. Caminad
mientras tenéis la luz, para que las tinieblas no os sorprendan; porque el que camina en
tinieblas no sabe adónde va. 36 Mientras tenéis la luz, creed en la luz para que seáis
hijos de la luz.
Jesús les dijo estas cosas, y se marchó y se ocultó de ellos.

Incredulidad de los judíos
(12,37-50)

37 Aunque había hecho Jesús tantos signos delante de ellos, no creían
en él,
38 de modo que se cumplieran las palabras que dijo el profeta Isaías:
Señor, ¿quién ha creído nuestro
mensaje?
y el brazo del Señor, ¿a quién ha sido
revelado?
39 Por eso no podían creer, porque también dijo Isaías:
40 *Les ha cegado los ojos*
y les ha endurecido el
corazón de modo que no vean
con los ojos
ni entiendan con el corazón ni se
conviertan, y yo los sane.
41 Isaías dijo esto cuando vio su gloria y habló sobre él.
42 Sin embargo, creyeron en él incluso muchos de los judíos
principales, pero

no le confesaban a causa de los fariseos, para no ser expulsados de la sinagoga, [43]
porque amaron más la gloria de los hombres que la gloria de Dios.
[44] Jesús clamó y dijo:
—El que cree en mí, no cree en mí, sino en Aquel que me ha enviado;
[45] y el que me ve a mí, ve al que me ha enviado. [46] Yo soy la luz que ha
venido al mundo para que todo el que cree en mí no permanezca en
tinieblas. [47] Y si alguien escucha
mis palabras y no las guarda, yo no le juzgo, porque no he venido a juzgar
al
mundo, sino a salvar al mundo. [48] Quien me desprecia y no recibe mis
palabras tiene quien le juzgue: la palabra que he hablado, ésa le juzgará
en el último día. [49]
Porque yo no he hablado por mí mismo, sino que el Padre que me envió, Él
me ha
ordenado lo que tengo que decir y hablar. [50] Y sé que su mandato es vida
eterna;
por tanto, lo que yo hablo, según me lo ha dicho el Padre, así lo hablo.

SEGUNDA PARTE MANIFESTACIÓN DE JESÚS COMO EL MESÍAS, HIJO DE DIOS, EN SU PASIÓN, MUERTE Y RESURRECCIÓN

(§13,1-21,25)

IX. LA ÚLTIMA CENA

(13,1-17,26)

Jesús lava los pies a sus discípulos (13,1-20)

13

[1] La víspera de la fiesta de Pascua, como Jesús sabía que había llegado su
hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que
estaban en el mundo, los amó hasta el fin. [2] Y mientras celebraban la
cena, cuando el diablo ya había sugerido en el corazón de Judas, hijo de
Simón Iscariote, que lo entregara, [3] como Jesús sabía que todo lo había
puesto el Padre en sus manos y que había salido de Dios y a Dios volvía, [4]
se levantó de la cena, se quitó la túnica, tomó una toalla y se la puso a la
cintura. [5] Después echó agua en una jofaina, y empezó a lavarles los pies
a los discípulos y a secárselos con la toalla que se había puesto a
la cintura.
[6] Llegó a Simón Pedro y éste le dijo:
—Señor, ¿tú me vas a lavar a mí los pies?
[7] —Lo que yo hago no lo entiendes ahora –respondió Jesús–. Lo
comprenderás después.
[8] Le dijo Pedro:

—No me lavarás los pies jamás.
—Si no te lavo, no tendrás parte conmigo –le respondió Jesús.
9 Simón Pedro le replicó:
—Entonces, Señor, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza.
10 Jesús le dijo:

—El que se ha bañado no tiene necesidad de lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. Y vosotros estáis limpios, aunque no todos [11] –como sabía quién le iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios».

[12] Después de lavarles los pies se puso la túnica, se recostó a la mesa de nuevo y les dijo:

—¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? [13] Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor, y tenéis razón, porque lo soy. [14] Pues si yo, que soy el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. [15] Os he dado ejemplo para que, como yo he hecho con vosotros, también lo hagáis vosotros. [16] En verdad, en verdad os digo: no es el siervo más que su señor, ni el enviado más que quien le envió. [17]Si comprendéis esto y lo hacéis, seréis bienaventurados. [18] No lo digo por todos vosotros: yo sé a quienes elegí; sino para que se cumpla la Escritura: *El que come mi pan levantó contra mí su talón*. [19] Os lo digo desde ahora, antes de que suceda, para que cuando ocurra creáis que yo soy.

[20] En verdad, en verdad os digo: quien recibe al que yo envíe, a mí me recibe; y quien a mí me recibe, recibe al que me ha enviado.

Anuncio de la traición de Judas

(13,21-32)

(Mt 26,20-25; Mc 14,17-21; Lc 22,21-23)

[21] Cuando dijo esto Jesús se conmovió en su espíritu, y declaró:

—En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros, me va a entregar.

[22] Los discípulos se miraban unos a otros sin saber a quién se refería.

[23] Estaba recostado en el pecho de Jesús uno de los discípulos, el que Jesús amaba.

[24]Simón Pedro le hizo señas y le dijo:

—Pregúntale quién es ése del que habla.

[25] Él, que estaba recostado sobre el pecho de Jesús, le dice:

—Señor, ¿quién es?

[26] Jesús le responde:

—Es aquel a quien dé el bocado que voy a mojar.

Y después de mojar el bocado, se lo da a Judas, hijo de Simón Iscariote. [27] Entonces, tras el bocado, entró en él Satanás. Y Jesús le dijo:

—Lo que vas a hacer, hazlo pronto.

[28] Pero ninguno de los que estaban a la mesa entendió con qué fin le dijo esto, [29] pues algunos pensaban que, como Judas tenía la bolsa, Jesús le decía:

«Compra lo que necesitamos para la fiesta», o «da algo a los pobres». 30 Aquél,
después de tomar el bocado, salió enseguida. Era de noche.
31 Cuando salió, dijo Jesús:
—Ahora es glorificado el Hijo del Hombre y Dios es glorificado en él.
32 Si
Dios es glorificado en él, también Dios le glorificará a él en sí mismo; y
pronto le glorificará.

El mandamiento nuevo
Predicción del abandono de sus discípulos
(13,33-38)
(Mt 26,30-35; Mc 14,26-31; Lc 22,31-34)

33 »Hijos, todavía estoy un poco con vosotros. Me buscaréis y como
les dije a los judíos: «Adonde yo voy, vosotros no podéis venir», lo mismo
os digo ahora a

vosotros. [34]Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros.
Como yo os he amado, amaos también unos a otros. [35] En esto conocerán
todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor unos a otros.
[36] Le dijo Simón Pedro:
—Señor, ¿adónde
vas? Jesús respondió:
—Adonde yo voy, tú no puedes seguirme ahora, me seguirás más
tarde.
[37] Pedro le dijo:
—Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Yo daré mi vida por ti.
[38] Respondió Jesús:
—¿Tú darás la vida por mí? En verdad, en verdad te digo que no
cantará el gallo sin que me hayas negado tres veces.

Jesús revela al Padre (14,1-14)

14

[1] »No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí. [2] En
la casa de mi Padre hay muchas moradas. De lo contrario, ¿os hubiera
dicho que voy a prepararos un lugar? [3] Cuando me haya marchado y os
haya preparado un lugar, de nuevo vendré y os llevaré junto a mí, para
que, donde yo estoy, estéis también vosotros. [4] Y adonde yo voy, ya sabéis
el camino.
[5] Tomás le dijo:
—Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podremos saber el
camino?
[6] —Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida –le respondió Jesús–; nadie
va al
Padre si no es a través de mí. [7] Si me habéis conocido a mí, conoceréis
también a
mi Padre; desde ahora le conocéis y le habéis visto.
[8] Felipe le dijo:
—Señor, muéstranos al Padre y nos basta.
[9] —Felipe –le contestó Jesús–, ¿tanto tiempo como llevo con vosotros
y no
me has conocido? El que me ha visto a mí ha visto al Padre; ¿cómo dices
tú:
«Muéstranos al Padre»? [10]¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en
mí?
Las palabras que yo os digo no las hablo por mí mismo. El Padre, que está
en mí,
realiza sus obras. [11] Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí: y si
no, creed por las obras mismas. [12] En verdad, en verdad os digo: el que
cree en mí, también
él hará las obras que yo hago, y las hará mayores que éstas porque yo voy
al Padre.
[13] Y lo que pidáis en mi nombre eso haré, para que el Padre sea glorificado
en el
Hijo. [14] Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré.

Promesa del Espíritu Santo
(14,15-31)

15 »Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; 16 y yo rogaré al
Padre y os dará otro Paráclito para que esté con vosotros siempre: 17 el
Espíritu de la verdad, al que el mundo no puede recibir porque no le ve ni
le conoce; vosotros le conocéis porque permanece a vuestro lado y está
en vosotros. 18 No os dejaré huérfanos, yo volveré a vosotros. 19 Todavía
un poco más y el mundo ya no me verá, pero
vosotros me veréis porque yo vivo y también vosotros viviréis. 20 Ese día
conoceréis

que yo estoy en el Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros. 21 El que
acepta mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama. Y el que
me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y yo mismo me
manifestaré a él.
22 Judas, no el Iscariote, le dijo:
—Señor, ¿y qué ha pasado para que tú te vayas a manifestar a
nosotros y no al mundo?
23 Jesús le respondió:
—Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y
vendremos
a él y haremos morada en él. 24 El que no me ama, no guarda mis
palabras; y la palabra que escucháis no es mía sino del Padre que me
ha enviado. 25 Os he hablado de todo esto estando con vosotros; 26
pero el Paráclito, el Espíritu Santo
que el Padre enviará en mi nombre, Él os enseñará todo y os recordará
todas las
cosas que os he dicho.
27 »La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como la da el
mundo. No se turbe vuestro corazón ni se acobarde. 28 Habéis
escuchado que os he dicho: «Me
voy y vuelvo a vosotros». Si me amarais os alegraríais de que vaya al
Padre, porque
el Padre es mayor que yo. 29 Os lo he dicho ahora antes de que suceda,
para que cuando ocurra creáis. 30 Ya no hablaré mucho con vosotros,
porque viene el príncipe del mundo; contra mí no puede nada, 31 pero el
mundo debe conocer que
amo al Padre y que obro tal y como me ordenó.
»¡Levantaos, vámonos de aquí!

La vid y los sarmientos (15,1-8)

15

1 »Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el labrador. 2 Todo sarmiento que
en mí no da fruto lo corta, y todo el que da fruto lo poda para que dé más
fruto. 3 Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado. 4
Permaneced en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto
por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no
permanecéis en mí. 5 Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que
permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque sin mí no podéis
hacer nada. 6 Si alguno no permanece en mí es arrojado fuera, como los
sarmientos, y se seca; luego los recogen, los arrojan al fuego y arden. 7 Si
permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que
queráis y se os concederá. 8 En esto es glorificado mi Padre, en que deis
mucho fruto y seáis discípulos míos.

La ley del amor (15,9-17)

9 »Como el Padre me amó, así os he amado yo. Permaneced en mi
amor. 10

Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado
los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. 11 Os he dicho esto para que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría sea completa.
12Éste es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros como yo os he amado. 13 Nadie tiene amor más grande que el de dar uno la vida por sus amigos. 14 Vosotros sois

mis amigos si hacéis lo que os mando. 15 Ya no os llamo siervos, porque el
siervo no sabe lo que hace su señor; a vosotros, en cambio, os he llamado
amigos, porque todo lo que oí de mi Padre os lo he hecho conocer. 16 No
me habéis elegido
vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado
para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca, para que todo lo
que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda. 17 Esto os mando: que os
améis los unos a los otros.

El odio del mundo a los discípulos
(15,18-25)

18 »Si el mundo os odia, sabed que antes que a vosotros me ha
odiado a mí.
19 Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya; pero como
no sois del mundo, sino que yo os escogí del mundo, por eso el mundo os
odia. 20 Acordaos de
las palabras que os he dicho: no es el siervo más que su señor. Si me han
perseguido a mí, también a vosotros os perseguirán. Si han guardado mi
doctrina,
también guardarán la vuestra. 21 Pero os harán todas estas cosas a
causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado. 22 Si no
hubiera venido y les
hubiera hablado, no tendrían pecado. Pero ahora no tienen excusa de su
pecado.
23 »El que me odia a mí, también odia a mi Padre. 24 Si no hubiera
hecho
ante ellos las obras que ningún otro hizo, no tendrían pecado; sin embargo,
ahora
las han visto y me han odiado a mí, y también a mi Padre. 25 Pero tenía
que
cumplirse la palabra que estaba escrita en su Ley: *Me odiaron sin motivo*.
26 »Cuando venga el Paráclito que yo os enviaré de parte del
Padre, el
Espíritu de la verdad que procede del Padre, Él dará testimonio de mí. 27
También
vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo.

La acción del Espíritu Santo (16,1-15)

16

1 »Os he dicho todo esto para que no os escandalicéis. 2 Os expulsarán
de las sinagogas; más aún: llega la hora en la que todo el que os dé
muerte pensará que hace un servicio a Dios. 3 Y esto os lo harán porque
no han conocido a mi Padre, ni a mí. 4 Pero os he dicho estas cosas para
que cuando llegue la hora os acordéis de que ya os las había anunciado.
No os las dije al principio porque estaba con vosotros. 5 Ahora voy a quien
me envió y ninguno de vosotros me pregunta:
«¿Adónde vas?» 6 Pero porque os he dicho esto, vuestro corazón se ha

llenado de tristeza; 7 pero yo os digo la verdad: os conviene que me vaya,
porque si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros. En cambio, si yo
me voy, os lo enviaré. 8 Y
cuando venga Él, acusará al mundo de pecado, de justicia y de juicio: 9
de pecado, porque no creen en mí; 10 de justicia, porque me voy al Padre
y ya no me veréis; 11
de juicio, porque el príncipe de este mundo ya está juzgado.
12 »Todavía tengo que deciros muchas cosas, pero no podéis
sobrellevarlas ahora. 13 Cuando venga Aquél, el Espíritu de la verdad, os
guiará hacia toda la
verdad, pues no hablará por sí mismo, sino que dirá todo lo que oiga y os
anunciará
lo que va a venir. 14 Él me glorificará porque recibirá de lo mío y os lo
anunciará. 15
Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso dije: «Recibe de lo mío
y os lo anunciará».

La plenitud de gozo (16,16-33)

16 »Dentro de un poco ya no me veréis, y dentro de otro poco me volveréis a
ver.

17 Sus discípulos se decían unos a otros:
—¿Qué es esto que nos dice: «Dentro de un poco no me veréis y dentro de
otro poco me volveréis a ver», que «voy al Padre»?
18 Y decían:
—¿Qué es esto que dice: «Dentro de un poco»? No sabemos a qué se refiere.
19 Jesús conoció que se lo querían preguntar y les dijo:
—Intentáis averiguar entre vosotros lo que he dicho: «Dentro de un poco no
me veréis, y dentro de otro poco me volveréis a ver». 20 En verdad, en verdad os
digo que lloraréis y os lamentaréis, y en cambio el mundo se alegrará; vosotros
estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. 21 La mujer, cuando va
a dar a luz, está triste porque ha llegado su hora, pero una vez que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda del sufrimiento por la alegría de que ha nacido un hombre en
el mundo. 22 Así pues, también vosotros ahora os entristecéis, pero os volveré a ver y se os alegrará el corazón, y nadie os quitará vuestra alegría. 23 Ese día no me
preguntaréis nada. En verdad, en verdad os digo: si le pedís al Padre algo en mi
nombre, os lo concederá. 24 Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre;
pedid y recibiréis, para que vuestra alegría sea completa.
25 »Os he dicho todo esto con comparaciones. Llega la hora en que ya no
hablaré con comparaciones, sino que claramente os anunciaré las cosas acerca del
Padre. 26Ese día pediréis en mi nombre, y no os digo que yo rogaré al
Padre por vosotros, 27 ya que el Padre mismo os ama, porque vosotros
me habéis amado y habéis creído que yo salí de Dios. 28 Salí del Padre y vine al mundo; de nuevo dejo
el mundo y voy al Padre.
29 Le dicen sus discípulos:
—Ahora sí que hablas con claridad y no usas ninguna comparación; 30 ahora
vemos que lo sabes todo, y no necesitas que nadie te pregunte; por eso creemos que has salido de Dios.
31 —¿Ahora creéis? –les dijo Jesús–. 32 Mirad que llega la hora, y ya llegó, en
que os dispersaréis cada uno por su lado, y me dejaréis solo, aunque no estoy solo
porque el Padre está conmigo. 33 Os he dicho esto para que tengáis paz en

mí. En
el mundo tendréis sufrimientos, pero confiad: yo he vencido al mundo.

Oración sacerdotal de Jesús (17,1-26)

17

1 Jesús, después de pronunciar estas palabras, elevó sus ojos al cielo y
dijo:

—Padre, ha llegado la hora. Glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te
glorifique; 2
ya que le diste potestad sobre toda carne, que él dé vida eterna a todos los
que Tú
le has dado. 3 Ésta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios
verdadero, y a Jesucristo, a quien Tú has enviado. 4 Yo te he glorificado en
la tierra: he

terminado la obra que Tú me has encomendado que hiciera. 5 Ahora,
Padre, glorifícame Tú a tu lado con la gloria que tuve junto a Ti antes
de que el mundo existiera.
6 »He manifestado tu nombre a los que me diste del mundo. Tuyos
eran, tú me los confiaste y ellos han guardado tu palabra. 7 Ahora han
conocido que todo lo que me has dado proviene de Ti, 8 porque las
palabras que me diste se las he dado,
y ellos las han recibido y han conocido verdaderamente que yo salí de Ti, y
han
creído que Tú me enviaste. 9 Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo
sino por los que me has dado, porque son tuyos. 10Todo lo mío es tuyo, y
lo tuyo mío, y he sido
glorificado en ellos.
11 »Ya no estoy en el mundo, pero ellos están en el mundo y yo
voy a Ti.
Padre Santo, guarda en tu nombre a aquellos que me has dado, para que
sean uno
como nosotros. 12 Cuando estaba con ellos yo los guardaba en tu nombre.
He
guardado a los que me diste y ninguno de ellos se ha perdido, excepto el
hijo de la
perdición, para que se cumpliera la Escritura. 13 Pero ahora voy a Ti y digo
estas
cosas en el mundo, para que tengan mi alegría completa en sí mismos.
14 »Yo les he dado tu palabra, y el mundo los ha odiado porque no
son del mundo, lo mismo que yo no soy del mundo. 15 No pido que los
saques del mundo, sino que los guardes del Maligno. 16 No son del mundo
lo mismo que yo no soy del mundo. 17 Santifícalos en la verdad: tu palabra
es la verdad. 18Lo mismo que Tú me enviaste al mundo, así los he enviado
yo al mundo. 19Por ellos yo me santifico, para
que también ellos sean santificados en la verdad.
20 »No ruego sólo por éstos, sino por los que van a creer en mí por
su palabra: 21 que todos sean uno; como Tú, Padre, en mí y yo en Ti, que
así ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has
enviado. 22 Yo les he dado la gloria que Tú me diste, para que sean uno
como nosotros somos uno. 23Yo
en ellos y Tú en mí, para que sean consumados en la unidad, y conozca el
mundo
que Tú me has enviado y los has amado como me amaste a mí. 24 Padre,
quiero
que donde yo estoy también estén conmigo los que Tú me has confiado,
para que vean mi gloria, la que me has dado porque me amaste antes
de la creación del
mundo. 25 Padre justo, el mundo no te conoció; pero yo te conocí, y
éstos han conocido que Tú me enviaste. 26 Les he dado a conocer tu
nombre y lo daré a
conocer, para que el amor con que Tú me amaste esté en ellos y yo en
ellos.

X. PASIÓN Y MUERTE DE JESÚS

(18,1-

19,42)

Prendimiento de Jesús
(18,1-12)
(Mt 26,47-56; Mc 14,43-52; Lc 22,47-53)

18

1 Cuando acabó de hablar, salió Jesús con sus discípulos al otro lado del
torrente Cedrón, donde había un huerto en el que entraron él y sus
discípulos. 2 Judas, el que le iba a entregar, conocía el lugar, porque Jesús
se reunía frecuentemente allí con sus discípulos. 3 Entonces Judas, se
llevó con él a la cohorte y a los servidores

de los príncipes de los sacerdotes y de los fariseos, y llegaron allí con linternas, antorchas y armas.
4 Jesús, que sabía todo lo que le iba a ocurrir, se adelantó y les dijo:
—¿A quién buscáis?
5 —A Jesús el Nazareno –le respondieron.
Jesús les contestó:
—Yo soy.
Judas, el que le iba a entregar, estaba con ellos. 6 Cuando les dijo: «Yo soy», se echaron hacia atrás y cayeron en tierra. 7 Les preguntó de nuevo:
—¿A quién buscáis?
—A Jesús el Nazareno —respondieron ellos.
8 Jesús contestó:
—Os he dicho que yo soy; si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos.
9 Así se cumplió la palabra que había dicho: «No he perdido a ninguno de los
que me diste».
10 Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó, hirió al criado del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. El criado se llamaba Malco.
11 Jesús le dijo a
Pedro:
—Envaina tu espada. ¿Acaso no voy a beber el cáliz que el Padre me ha
dado?
12 Entonces la cohorte, el tribuno y los servidores de los judíos prendieron a
Jesús y le ataron.

Interrogatorio ante los príncipes de los sacerdotes
Negaciones de San Pedro
(18,13-27)
(Mt 26,57-75; Mc 14,53-72; Lc 22,54-71)

13 Y le condujeron primero ante Anás, porque era suegro de Caifás, el sumo sacerdote aquel año. 14 Caifás era el que había aconsejado a los judíos: «Conviene que un hombre muera por el pueblo».
15 Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Este otro discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús en el atrio del sumo sacerdote. 16
Pedro, sin embargo, estaba fuera, en la puerta. Salió entonces el otro discípulo que
era conocido del sumo sacerdote, habló con la portera e introdujo a Pedro.
17 La
muchacha portera le dijo a Pedro:
—¿No eres también tú de los discípulos de este hombre?
—No lo soy –respondió él.
18 Estaban allí los criados y los servidores, que habían hecho fuego, porque
hacía frío, y se calentaban. Pedro también estaba con ellos calentándose.
19 El sumo sacerdote interrogó a Jesús sobre sus discípulos y

sobre su doctrina. [20] Jesús le respondió:
—Yo he hablado claramente al mundo, he enseñado siempre en la sinagoga y
en el Templo, donde todos los judíos se reúnen, y no he dicho nada en secreto. [21]
¿Por qué me preguntas? Pregunta a los que me oyeron de qué les he hablado: ellos saben lo que he dicho.
[22] Al decir esto, uno de los servidores que estaba allí le dio una bofetada a
Jesús, diciendo:
—¿Así es como respondes al sumo sacerdote?
[23] Jesús le contestó:

—Si he hablado mal, declara ese mal; pero si tengo razón, ¿por qué me pegas?
24 Entonces Anás le envió atado a Caifás, el sumo sacerdote.
25 Simón Pedro estaba calentándose y le dijeron:
—¿No eres tú también de sus discípulos? Él lo negó y dijo:
—No lo soy.
26 Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro le
cortó la oreja, le dijo:
—¿No te he visto yo en el huerto con él?
27 Pedro volvió a negarlo, e inmediatamente cantó el gallo.

Juicio ante Pilato: Jesús Rey

(18,28-40)
(Mt 27,11-14; Mc 15,1-15; Lc 23,1-5)

28 De Caifás condujeron a Jesús al pretorio. Era muy temprano. Ellos no entraron en el pretorio para no contaminarse y así poder comer la Pascua. 29
Entonces Pilato salió fuera, donde estaban ellos, y dijo:
—¿Qué acusación traéis contra este hombre?
30 —Si éste no fuera malhechor no te lo habríamos entregado –le respondieron.
31 Les dijo Pilato:
—Tomadle vosotros y juzgadle según vuestra ley. Los judíos le respondieron:
—A nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie 32 –así se cumplía la
palabra que Jesús había dicho al señalar de qué muerte iba a morir.
33 Pilato entró de nuevo en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo:
—¿Eres tú el Rey de los judíos?
34 Jesús contestó:
—¿Dices esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?
35 —¿Acaso soy yo judío? –respondió Pilato–. Tu gente y los príncipes de los
sacerdotes te han entregado a mí: ¿qué has hecho?
36 Jesús respondió:
—Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores lucharían para que no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí.
37 Pilato le dijo:
—¿O sea, que tú eres Rey? Jesús contestó:
—Tú lo dices: yo soy Rey. Para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad escucha mi
voz.
38 Pilato le dijo:
—¿Qué es la verdad?
Y después de decir esto, se dirigió otra vez a los judíos y les dijo:
—Yo no encuentro en él ninguna culpa. 39 Vosotros tenéis la costumbre de

que os suelte a uno por la Pascua, ¿queréis que os suelte al Rey de los judíos?
40 Entonces volvieron a gritar:
—¡A ése no, a Barrabás! –Barrabás era un ladrón.

Flagelación y coronación de espinas
(19,1-3)
(Mt 27,27-31; Mc 15,16-20)

19

1 Entonces Pilato tomó a Jesús y mandó que lo azotaran. 2 Y los soldados
le pusieron en la cabeza una corona de espinas que habían trenzado y lo
vistieron con un manto de púrpura. 3 Y se acercaban a él y le decían:
—Salve, Rey de los
judíos. Y le daban
bofetadas.

Pilato entrega a Jesús
(19,4-16)
(Mt 27,15-26; Mc 15,6-15; Lc 23,13-25)

4 Pilato salió otra vez fuera y les dijo:
—Mirad, os lo voy a sacar para que sepáis que no encuentro en
él culpa alguna.
5 Entonces Jesús salió fuera llevando la corona de espinas y el manto
de
púrpura. Y Pilato les dijo:
—Aquí tenéis al hombre.
6 Cuando le vieron los príncipes de los sacerdotes y los servidores,
gritaron:
—¡Crucifícalo,
crucifícalo! Pilato les
respondió:
—Tomadlo vosotros y crucificadlo porque yo no encuentro culpa en él.
7 Los judíos contestaron:
—Nosotros tenemos una Ley, y según la Ley debe morir porque se ha
hecho
Hijo de Dios.
8 Cuando oyó Pilato estas palabras tuvo más miedo. 9 Y volvió a
entrar en el
pretorio y le dijo a Jesús:
—¿De dónde eres tú?
Pero Jesús no le dio respuesta alguna. 10 Pilato le dijo:
—¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo potestad para
soltarte y potestad para crucificarte?
11 Jesús respondió:
—No tendrías potestad alguna sobre mí, si no se te hubiera dado
de lo alto. Por eso el que me ha entregado a ti tiene mayor pecado.
12 Desde entonces Pilato buscaba cómo soltarlo. Pero los judíos
gritaban
diciendo:
—¡Si sueltas a ése no eres amigo del César! ¡Todo el que se
hace rey va contra el César!
13 Pilato, al oír estas palabras, condujo fuera a Jesús y se sentó en el

tribunal, en el lugar llamado Litóstrotos, en hebreo Gabbatá. 14 Era la Parasceve de la
Pascua, más o menos la hora sexta, y les dijo a los judíos:
—Aquí está vuestro Rey.
15 Pero ellos gritaron:
—¡Fuera, fuera,
crucifícalo! Pilato les
dijo:
—¿A vuestro Rey voy a crucificar?
—No tenemos más rey que el César –respondieron los príncipes de los

sacerdotes.
16 Entonces se lo entregó para que lo crucificaran. Y se llevaron
a Jesús.

Crucifixión y muerte de Jesús
(19,17-30)
(Mt 27,32-56; Mc 15,21-41; Lc
23,26-49)

17 Y cargando con la cruz, salió hacia el lugar que se llama la
Calavera, en hebreo Gólgota. 18 Allí le crucificaron con otros dos, uno a
cada lado de Jesús. 19
Pilato mandó escribir el título y lo hizo poner sobre la cruz. Estaba escrito:
«Jesús
Nazareno, el Rey de los judíos». 20 Muchos de los judíos leyeron este título,
pues el
lugar, donde Jesús fue crucificado se hallaba cerca de la ciudad. Y estaba
escrito en
hebreo, en latín y en griego. 21 Los príncipes de los sacerdotes de los judíos
decían
a Pilato:
—No escribas: «El Rey de los judíos», sino que él dijo: «Yo soy Rey
de los judíos».
22 —Lo que he escrito, escrito está –contestó Pilato.
23 Los soldados, después de crucificar a Jesús, recogieron sus
ropas e
hicieron cuatro partes, una para cada soldado, y además la túnica. La
túnica no
tenía costuras, estaba toda ella tejida de arriba abajo. 24 Se dijeron
entonces entre
sí:
—No la rompamos. Mejor, la echamos a suertes a ver a quién le
toca –para que se cumpliera la Escritura cuando dice:
Se repartieron mis
ropas
y echaron suertes sobre mi
túnica. Y los soldados así lo hicieron.
25 Estaban junto a la cruz de Jesús su madre y la hermana de su
madre, María de Cleofás, y María Magdalena. 26 Jesús, viendo a su madre
y al discípulo a
quien amaba, que estaba allí, le dijo a su madre:
—Mujer, aquí tienes a tu hijo.
27 Después le dice al discípulo:
—Aquí tienes a tu madre.
Y desde aquel momento el discípulo la recibió en su casa.
28 Después de esto, como Jesús sabía que todo estaba ya
consumado, para
que se cumpliera la Escritura, dijo:
—Tengo sed.
29 Había por allí un vaso lleno de vinagre. Sujetaron una esponja
empapada en el vinagre a una caña de hisopo y se la acercaron a la
boca. 30 Jesús, cuando

probó el vinagre, dijo:
—Todo está consumado.
E inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

Lanzada y sepultura de Jesús
(19,31-42)
(Mt 27,57-66; Mc 15,42-47; Lc 23,50-56)

31 Como era la Parasceve, para que no se quedaran los cuerpos en
la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día grande, los judíos
rogaron a Pilato que les rompieran las piernas y los retirasen. 32Vinieron
los soldados y rompieron las piernas al primero y al otro que había sido
crucificado con él. 33 Pero cuando
llegaron a Jesús, al verle ya muerto, no le quebraron las piernas, 34 sino
que uno de

los soldados le abrió el costado con la lanza. Y al instante brotó sangre y agua. 35El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice la verdad para que también vosotros creáis. 36 Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: *No le quebrantarán ni un hueso*. 37Y también otro pasaje de la Escritura dice:
Mirarán al que traspasaron.

38 Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque a escondidas por temor a los judíos, le rogó a Pilato que le dejara retirar el cuerpo de Jesús. Y Pilato se lo permitió. Así que fue y retiró su cuerpo. 39 Nicodemo, el que había ido antes a Jesús de noche, fue también llevando una mixtura de mirra y áloe, de unas cien libras. 40 Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos, con los aromas, como es costumbre dar sepultura entre los judíos. 41 En el lugar donde fue crucificado había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo en el que todavía no había sido colocado nadie. 42 Como era la Parasceve de los judíos y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús.

XI. APARICIONES DE JESÚS RESUCITADO (20,1-21,25)

El sepulcro vacío (20,1-10)

(Mt 28,1-10; Mc 16,1-8; Lc 24,1-12)

20

1 El día siguiente al sábado, muy temprano, cuando todavía estaba oscuro, fue María Magdalena al sepulcro y vio quitada la piedra del sepulcro. 2 Entonces echó a correr, llegó hasta donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, el que Jesús amaba, y les dijo:

—Se han llevado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto.

3 Salió Pedro con el otro discípulo y fueron al sepulcro.

4 Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro y llegó antes al sepulcro. 5 Se inclinó y vio allí los lienzos plegados, pero no entró. 6 Llegó tras él Simón Pedro, entró en el sepulcro y vio los lienzos plegados, 7 y el sudario que había sido puesto en su cabeza, no plegado junto con los lienzos, sino aparte, todavía enrollado, en un sitio. 8 Entonces entró también el otro discípulo que había llegado antes al sepulcro, vio y creyó. 9 No entendían

aún la Escritura según la cual era preciso que resucitara de entre los muertos. [10] Y los discípulos se
marcharon de nuevo a casa.

Aparición a María Magdalena
(20,11-18)
(Mt 28,1-10; Mc 16,9-11)

[11] María estaba fuera, llorando junto al sepulcro. Mientras lloraba se inclinó hacia el sepulcro, [12] y vio a dos ángeles de blanco, sentados uno a la cabecera y otro a los pies, donde había sido colocado el cuerpo de Jesús. [13]Ellos dijeron:

—Mujer, ¿por qué lloras?

—Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto –les respondió.

[14] Dicho esto, se volvió hacia atrás y vio a Jesús de pie, pero no sabía que

era Jesús. [15]Le dijo Jesús:
—Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo:
—Señor, si te lo has llevado tú, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré.
[16] Jesús le dijo:
—¡María!
Ella, volviéndose, exclamó en hebreo: ¡Rabbuni! –que quiere decir: «Maestro».
[17] Jesús le dijo:
—Suéltame, que aún no he subido a mi Padre; pero vete donde están mis hermanos y diles: «Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios».
[18] Fue María Magdalena y anunció a los discípulos:
—¡He visto al Señor!, y me ha dicho estas cosas.

Jesús se aparece a los discípulos
(20,19-31)
(Mt 28,16-20; Mc 16,14-18; Lc 24,36-49)

[19] Al atardecer de aquel día, el siguiente al sábado, con las puertas del lugar donde se habían reunido los discípulos cerradas por miedo a los judíos, vino Jesús, se presentó en medio de ellos y les dijo:
—La paz esté con vosotros.
[20] Y dicho esto les mostró las manos y el costado.
Al ver al Señor, los discípulos se alegraron. [21] Les repitió:
—La paz esté con vosotros. Como el Padre me envió, así os envío yo.
[22] Dicho esto sopló sobre ellos y les dijo:
—Recibid el Espíritu Santo; [23] a quienes les perdonéis los pecados, les son perdonados; a quienes se los retengáis, les son retenidos.
[24] Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. [25] Los otros discípulos le dijeron:
—¡Hemos visto al Señor! Pero él les respondió:
—Si no le veo en las manos la marca de los clavos, y no meto mi dedo en esa marca de los clavos y meto mi mano en el costado, no creeré.
[26] A los ocho días, estaban otra vez dentro sus discípulos y Tomás con ellos.
Aunque estaban las puertas cerradas, vino Jesús, se presentó en medio y dijo:
—La paz esté con vosotros.
[27] Después le dijo a Tomás:
—Trae aquí tu dedo y mira mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente.
[28] Respondió Tomás y le dijo:
—¡Señor mío y Dios mío!
[29] Jesús contestó:
—Porque me has visto has creído; bienaventurados los que sin

haber visto hayan creído.
30 Muchos otros signos hizo también Jesús en presencia de sus
discípulos, que no han sido escritos en este libro. 31 Sin embargo, éstos
han sido escritos para
que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo
tengáis vida
en su nombre.

La pesca milagrosa
(21,1-14)

21

1 Después volvió a aparecerse Jesús a sus discípulos a orillas del mar de
Tiberíades. Se apareció así: 2 estaban juntos Simón Pedro y Tomás –el
llamado Dídimo–, Natanael –que era de Caná de Galilea–, los hijos de
Zebedeo y otros dos de sus discípulos. 3 Les dijo Simón Pedro:
—Voy a
pescar. Le
contestaron:
—Nosotros también vamos contigo.
Salieron y subieron a la barca. Pero aquella noche no pescaron nada.
4 Cuando ya amaneció, se presentó Jesús en la orilla, pero sus
discípulos no se dieron cuenta de que era Jesús. 5 Les dijo Jesús:
—Muchachos, ¿tenéis algo de comer?
—No –le contestaron.
6 Él les dijo:
—Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis.
La echaron, y casi no eran capaces de sacarla por la gran cantidad de
peces.
7 Aquel discípulo a quien amaba Jesús le dijo a Pedro:
—¡Es el Señor!
Al oír Simón Pedro que era el Señor se ató la túnica, porque estaba
desnudo,
y se echó al mar. 8 Los otros discípulos vinieron en la barca, pues no
estaban lejos
de tierra, sino a unos doscientos codos, arrastrando la red con los peces.
9 Cuando descendieron a tierra vieron unas brasas preparadas,
un pez encima y pan. 10Jesús les dijo:
—Traed algunos de los peces que habéis pescado ahora.
11 Subió Simón Pedro y sacó a tierra la red llena de ciento
cincuenta y tres peces grandes. Y a pesar de ser tantos no se rompió la
red. 12 Jesús les dijo:
—Venid a comer.
Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: «¿Tú quién
eres?», pues sabían que era el Señor.
13 Vino Jesús, tomó el pan y lo distribuyó entre ellos, y lo mismo el
pez. 14
Ésta fue la tercera vez que Jesús se apareció a sus discípulos, después de
resucitar de entre los muertos.

El Primado de San Pedro
(21,15-23)

15 Cuando acabaron de comer, le dijo Jesús a Simón
Pedro:
—Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que
éstos? Le respondió:
—Sí, Señor, tú sabes que te
quiero. Le dijo:

—Apacienta mis corderos.
16 Volvió a preguntarle por segunda vez:
—Simón, hijo de Juan, ¿me
amas? Le respondió:
—Sí, Señor, tú sabes que te quiero.

Le dijo:
—Pastorea mis ovejas.
17 Le preguntó por tercera vez:
—Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?
Pedro se entristeció porque le preguntó por tercera vez: «¿Me quieres?», y le respondió:
—Señor, tú lo sabes todo. Tú sabes que te quiero. Le dijo Jesús:
—Apacienta mis ovejas. 18 En verdad, en verdad te digo: cuando eras más joven te ceñías tú mismo y te ibas adonde querías; pero cuando envejezcas extenderás tus manos y otro te ceñirá y llevará adonde no quieras 19 —esto lo dijo indicando con qué muerte había de glorificar a Dios.
Y dicho esto, añadió:
—Sígueme.
20 Se volvió Pedro y vio que le seguía aquel discípulo que Jesús amaba, el que en la cena se había recostado en su pecho y le había preguntado: «Señor, ¿quién es el que te va a entregar?» 21 Y Pedro, al verle, le dijo a Jesús:
—Señor, ¿y éste qué?
22 Jesús le respondió:
—Si yo quiero que él permanezca hasta que yo vuelva, ¿a ti qué? Tú sígueme.
23 Por eso surgió entre los hermanos el rumor de que aquel discípulo no moriría. Pero Jesús no le dijo que no moriría, sino: «Si yo quiero que él permanezca hasta que yo vuelva, ¿a ti qué?»

Conclusión (21,24-25)

24 Éste es el discípulo que da testimonio de estas cosas y las ha escrito, y sabemos que su testimonio es verdadero. 25 Hay, además, otras muchas cosas que hizo Jesús y que, si se escribieran una por una, pienso que ni aun el mundo podría contener los libros que se tendrían que escribir.

1,1-18 El prólogo al evangelio es, al mismo tiempo, un himno a Jesucristo. Como prólogo incluye los grandes temas que se desarrollarán a lo largo de la narración evangélica: Jesús es la Palabra (el Verbo) eterna de Dios y, por tanto, al hablar a los hombres, les comunica la luz, la verdad y la vida (vv 1-10). Conviviendo con ellos, les ha manifestado su gloria divina (vv. 15-18). Menciona también a quienes han sido testigos de su vida terrena –Juan el Bautista (vv. 6-7.15) y los discípulos que han creído en Él (v.16)– y a quienes lo han rechazado (v. 11). Como himno a Jesucristo, proclama la divinidad y eternidad del Verbo (v. 1), su participación en la obra creadora (v. 3), su encarnación (v. 14) y su ofrecimiento de salvación a todos los hombres, otorgando la filiación divina a cuantos creen en Él (vv. 9.12).
En resumen, el evangelista, como hace San Pablo en otros lugares (cfr Col 1,15-20; Flp 2,6-11), nos anuncia quién es realmente Jesucristo, de dónde procede, cómo ha venido al mundo y qué ha hecho en favor de los hombres.
El contenido y algunas expresiones del Prólogo recuerdan especialmente el cap.

1 del
Génesis: 1) Ambos coinciden en las primeras palabras «En el principio...», aunque en el evangelio se refieren al principio absoluto, esto es, a la eternidad; 2) En ambos es similar la
función creadora que desempeña la Palabra de Dios (el Verbo); 3) En el Génesis la obra creadora de Dios culmina con la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios; en el evangelio, la obra del Verbo Encarnado culmina en la elevación del hombre –como una
nueva creación– a la dignidad de hijo de Dios.
§ 1,19-12,50 Juan presenta a Jesús que se manifiesta progresivamente mediante sus

milagros –signos de su divinidad– y mediante sus palabras, en las que se declara Mesías, Hijo de Dios e igual al Padre. Todo esto se desarrolla en un crescendo dramático hasta llegar a la «hora» de Jesús, que culmina en su muerte y resurrección, objeto de la segunda parte del evangelio. Teniendo cuenta estos contenidos, la primera parte del Evangelio de Juan ha sido llamada con razón «el libro de los signos».

1,19-51 Como introducción a esta primera parte aparece el testimonio del Bautista (1,19-34;
cfr. 3,22-36) y la llamada de los primeros discípulos (1,35-51).

1,19-34 El Bautismo de Jesús significa aquí la Inauguración de su misión de Siervo doliente,
el anticipo del «Bautismo» de su muerte sangrienta por la que redime al mundo del pecado. El testimonio del Bautista es presentado por el evangelista como modelo del testimonio que hemos de dar los cristianos de lo que hemos visto y experimentado al creer en Él. «Todos los cristianos, dondequiera que vivan, están obligados a manifestar con el ejemplo de su vida y el testimonio de su palabra al hombre nuevo del que se revistieron por el bautismo y la fuerza del Espíritu Santo que les ha fortalecido con la confirmación, de tal manera que todos los demás, al contemplar sus buenas obras, glorifiquen al Padre y perciban con
mayor plenitud el sentido auténtico de la vida humana y el vínculo universal de comunión de los hombres» (C. Vat. II, Ad gent. 11).

Al llamar a Jesús Cordero de Dios (v. 29), Juan alude al sacrificio redentor de Cristo. Isaías había comparado los sufrimientos del Siervo doliente, el Mesías, con el sacrificio de
un cordero (cfr Is 53,7); también la sangre del cordero pascual, rociada sobre las puertas de las casas, había servido para librar de la muerte a los primogénitos de los israelitas en Egipto (cfr Ex 12,6). Tras la muerte y resurrección de Jesús, sus discípulos testimoniamos
que Él es el verdadero Cordero pascual. Lo hacemos antes de recibir a Cristo en la Sagrada
Comunión, es decir, a la hora de participar en la «cena de las bodas del Cordero» (Ap 19,9).

Además, el testimonio de Juan sobre el Bautismo de Jesús manifiesta la condición divina de Jesucristo y revela el misterio de la Santísima Trinidad (cfr vv. 32-34).

1,35-51 Al narrar el encuentro de los primeros discípulos y Jesús se señalan varios de sus
títulos: Rabbí (Maestro), Mesías (Cristo), Hijo de Dios, Rey de Israel, Hijo del Hombre. El conjunto de todos ellos manifiesta que Jesús es el Mesías prometido en el Antiguo Testamento y reconocido por la Iglesia.

El evangelista destaca cómo el encuentro de algunos discípulos con Jesús se produce
por la mediación de quienes ya le siguen. Éste es el apostolado cristiano: «De eso se trata; de llevar a las almas a que se sitúen frente a Jesús y le pregunten: Domine, quid me vis facere?, Señor, ¿qué quieres que yo haga?» (S. Josemaría Escrivá, Hom 1. 149).

«Te llamarás Cefas» (v. 42): Poner el nombre equivalía a tomar posesión de lo nombrado (cfr Gn 17,5; 32,29). «Cefas» es transcripción griega de una palabra aramea que quiere decir piedra, roca y, a partir de este momento, Pedro. De aquí que, escribiendo en griego, el evangelista haya explicado el significado del término empleado por Jesús. Cefas no era
nombre propio, Pero Jesús lo impone al Apóstol para indicar la función de Vicario suyo, que le será revelada más adelante (cfr Mt 16,16-18).

Las cosas aún mayores (vv. 50-51) hacen pensar en la glorificación de Jesucristo.
Evocando el sueño de Jacob, en el que el patriarca ve una escala que unía el cielo y la tierra por la que bajaban los ángeles de Dios (Gn 28,12), y la figura del Hijo del Hombre del libro de Daniel (Dn 7,13), se nos revela cómo la glorificación de Cristo se llevará a cabo mediante su muerte en la cruz. Se manifiesta así que Jesús con su muerte es juez que
juzgará al mundo (Hijo del Hombre), y camino de salvación por el que los

hombres podemos llegar al Cielo (escala).
2,1-4,54 Esta sección comprende el ministerio de Jesús en Galilea, en Jerusalén y en
Samaría. Los episodios están narrados de tal manera que cubren una semana, cuyos días se van enumerando. Lo que da unidad a toda la sección es que Jesús se manifiesta como Mesías fundador de la nueva economía de la gracia, superior a la antigua del Templo y de la Ley. Así se refleja en el agua convertida en vino en Caná de Galilea (2,9), en el comentario que el evangelista hace en el episodio de la purificación del Templo («él se refería al Templo de su cuerpo»: 2,21), la revelación a Nicodemo del nuevo nacimiento por el Bautismo (3,5), y en la conversación del Señor con la samaritana, cuando establece que la verdadera adoración debe ser «en espíritu y en verdad» (4,24). Ante la manifestación de
Jesús no cabe la indiferencia; por eso San Juan narra los primeros sentimientos de fe en los

discípulos y en el pueblo, y las primeras reacciones de repulsa por parte de algunos judíos.

2,1-12 Con el milagro de las bodas de Caná Jesús comienza la manifestación de su gloria y la inauguración de los tiempos mesiánicos. El milagro o, como dice literalmente el texto, el «signo», del agua convertida en vino anticipa la «hora» de la glorificación de Jesús (v. 4). Juan subraya la abundancia del don concedido por el Señor (más de 500 litros de vino), señal de la llegada del Mesías y símbolo, a su vez, de los dones sobrenaturales que Cristo nos alcanza.

La presencia de la Santísima Virgen en este milagro, como después en el Calvario (19,25), muestra el cometido de Nuestra Madre en la obra de la Redención. María colabora en la obra de Jesús desde el comienzo hasta el fin, actúa como verdadera Madre y muestra su especial solicitud hacia los hombres. En Caná intercede cuando todavía no ha llegado «la hora»; en el Calvario ofrece al Padre la muerte redentora de su Hijo, aceptando la misión que Jesús le confiere de ser Madre de todos los creyentes, representados por el discípulo amado. «El corazón de María, que no puede menos de compadecer a los desgraciados (...), la impulsó a encargarse por sí misma del oficio de intercesora y pedir al Hijo el milagro, a pesar de que nadie se lo pidiera (...). Si esta buena Señora obró así sin que se lo pidieran, ¿qué hubiera sido si le rogaran?. (S. Alfonso M. Ligorio, Serm. abrev. 48,2,1).

La Iglesia concede gran importancia a la presencia de Jesús en estas bodas. Ve en ella la confirmación de la bondad del matrimonio y el anuncio de que en adelante éste será un signo eficaz de la presencia de Cristo (cfr CCE 1613).

Sobre los «hermanos» de Jesús (v.12) cfr Mt 12,46-50.

2,13-25 San Juan presenta el ministerio de Jesús jalonado por las fiestas judías. Aquí, la purificación del Templo, antes de la Pascua, es el centro de la primera sección del evangelio, y tiene un sentido más profundo que el que aparece en los otros evangelios: Jesús no sólo manifiesta ser el Mesías (cfr Mt 21,12-13), sino que Él es el nuevo y definitivo Templo de Dios entre los hombres.

Cuando Jesús compara el Templo de Jerusalén con su propio Cuerpo, revela la verdad más profunda sobre Él mismo: la Encarnación. El evangelista deja constancia, sin embargo, de que sólo a luz de los acontecimientos de la última Pascua (v. 22) nos es posible comprender esa verdad sobre Jesús.

3,1-21 Mediante el diálogo de Jesús con Nicodemo –un miembro del Sanedrín de Jerusalén– Juan presenta una revelación clara de quién es Jesús, cuál es la salvación que nos trae a los hombres, y la condición para alcanzarla: la fe que se recibe en el Bautismo bajo la acción del Espíritu Santo.

En un primer momento del diálogo (vv. 2-8) Jesús enseña la necesidad de nacer de nuevo por el agua y el Espíritu Santo. Con la imagen del nuevo nacimiento queda resaltada la nueva condición del hombre tras el Bautismo. El ser humano es trasformado en un ser según el Espíritu de Dios, adquiere la filiación divina y la libertad de ser hijo de Dios:

«Existen dos nacimientos; mas él [Nicodemo] sólo de uno tiene noticia. Uno es de la tierra y otro es del Cielo; uno de la carne y otro del Espíritu; uno de la mortalidad, otro de la eternidad; uno de hombre y mujer, y otro de Cristo y de la Iglesia. Los dos son únicos. Ni uno ni otro se pueden repetir». (S. Agustín, In Ioann. Ev. 11,6).

Jesús explica a Nicodemo que para entenderle hace falta fe (vv. 9-15). Compara su futura crucifixión con la serpiente de bronce, alzada por Moisés en un mástil, como remedio indicado por Dios para curar a quienes eran mordidos por las serpientes venenosas del desierto (Nm 21,8-9). Así también Jesús, exaltado en la cruz, es salvación para todos los que le miren con fe. «Las palabras de Cristo son al

mismo tiempo palabras de juicio y de
gracia, de muerte y de vida. Porque solamente dando muerte a lo viejo podemos acceder a la nueva vida. (...) Nadie se libera del pecado por sí mismo y por sus propias fuerzas ni se eleva sobre sí mismo; nadie se libera completamente de su debilidad, o de su soledad, o de su esclavitud. Todos necesitan a Cristo, modelo, maestro, libertador, salvador, vivificador»
(C. Vat. II, Ad gent. 8).

Las palabras finales (vv. 16-21) sintetizan cómo la muerte de Jesucristo es la manifestación suprema del amor de Dios por nosotros los hombres. Tanto para los inmediatos destinatarios del evangelio como para el lector actual esas palabras constituyen
una llamada apremiante a corresponder al amor de Dios: que «nos acordemos del amor con

que [el Señor] nos hizo tantas mercedes y cuán grande nos le mostró Dios (...): que amor saca amor. (...) Procuremos ir mirando esto siempre y despertándonos para amar» (S. Teresa de Jesús, Vida, 22,14).

3,22-36 En este nuevo testimonio, el Bautista afirma una vez más la superioridad de Jesús sobre él. Por medio del simbolismo de los esponsales, en el que Jesucristo es el Esposo (cfr Mc 2,19) y la Iglesia la Esposa (cfr Ef 5,24-32; Ap 19,7-9), se evoca la unión por la que Cristo incorpora a sí a la Iglesia. La alegría del Bautista es manifestación de que ya ha comenzado la actuación del Mesías. Por eso su gozo es completo cuando Jesucristo va convocando a los hombres y éstos se van tras Él. Anticipa así la alegría de la Iglesia por la incorporación de nuevos miembros al Cuerpo de Cristo.

Las palabras finales del capitulo (vv. 31-36) revelan la condición divina de Jesús y manifiestan su modo de ser el Cristo. Jesucristo es el único que puede revelar a Dios Padre a los hombres, porque Él es el Hijo de Dios. «Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre es la Palabra única, perfecta e insuperable del Padre. En Él lo dice todo, no habrá otra palabra más que ésta» (CCE 65). Las obras y las palabras de Jesús, verdaderamente humanas, son al mismo tiempo, obras y palabras de Dios en la historia humana, porque el Verbo encarnado es uno con el Padre y el Espíritu Santo.

4,1-45 En Jerusalén comienza a aparecer la hostilidad de los fariseos contra Jesús. El Señor se retira al norte de Palestina, a Galilea, donde la influencia de los fariseos era menor. Con ello evita que le maten antes del tiempo señalado por Dios Padre.

En el entrañable diálogo de Jesús con la samaritana, San Juan vuelve a presentar la doctrina de la gracia, el don que Dios da a los hombres por el Espíritu Santo tras la Encarnación de su Hijo. Como en el diálogo con Nicodemo, Jesús toma ocasión de expresiones usuales, dichas en sentido material e inmediato, para presentar realidades sobrenaturales. En esa significación más profunda está ya presente el núcleo de la doctrina de la Iglesia sobre los sacramentos. Igual que el agua es esencial para la vida humana, el agua que verdaderamente puede saciar la sed espiritual del hombre es la gracia de Cristo.

El episodio muestra también la universalidad de la salvación que trae Cristo. Su amor se extiende a todas las almas. Jesús pide de beber no sólo a causa de su sed física sino para mostrar que tenía sed de la salvación de los hombres. Cristo busca al hombre y éste se deja encontrar en la oración. «La maravilla de la oración se revela precisamente allí, junto al pozo donde vamos a buscar nuestra agua: allí Cristo va al encuentro de todo ser humano, es el primero en buscarnos y el que nos pide de beber. Jesús tiene sed, su petición llega desde las profundidades de Dios que nos desea. La oración, sepámoslo o no, es el encuentro de la sed de Dios y de la sed del hombre. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él (cfr S. Agustín, Quaest. 64,4)» (CCE 2560).

Finalmente, el texto alude a los designios de Dios (vv. 20-26). Los samaritanos ignoraban gran parte del plan divino porque prescindían de toda revelación que no se hallase en la Ley de Moisés; los judíos, en cambio, estaban más cerca de la verdad sobre el Mesías al aceptar todo el Antiguo Testamento. Pero unos y otros debían abrirse a la nueva Revelación de Jesucristo. Con la llegada del Mesías, a quien ambos pueblos esperaban, se inicia la nueva y definitiva Alianza, en la que Garizín, el monte donde adoraban los samaritanos, y Jerusalén con su Templo quedan superados: lo que agrada al Padre es que todos aceptemos al Mesías, su Hijo, el nuevo

Templo de Dios (cfr 2,21), con un culto que
brota del corazón del hombre (cfr 2 Tm 2,22) y que es suscitado por el mismo Espíritu de
Dios (cfr Rm 8,15).

A raíz de la conversión de la samaritana y del regreso de los discípulos (vv. 31-42)

aparece otro de los temas frecuentes en el cuarto evangelio: Jesús ha venido a cumplir la voluntad del Padre. Esa voluntad consiste en que todo el que vea al Hijo y crea en Él tenga vida eterna, y pueda resucitar en el último día (cfr 6,39-40).

4,46-54 En esta primera sección, Juan ha querido narrar los milagros de Jesús en Caná de
Galilea. En el primero de ellos, el prodigio hizo surgir la fe en Él (cfr 2,1-11); en este segundo, el funcionario real –quizá un pagano de la corte de Herodes Antipas– cree en la palabra de Jesús antes de ver el milagro. El Señor pide que la fe en Él no busque en primer lugar milagros, sino que sea aceptación de sus palabras. Los milagros son una llamada a la fe y un motivo de credibilidad.

5,1-47 Esta sección contiene la curación de un paralítico en la piscina de Betzata, o

probática («de las Ovejas»), y un discurso de Jesús, en el que, por ser el Hijo, revela que actúa en unión con el Padre. Todo ello sucede en «una fiesta de los judíos» (v. 1), que podría ser la Pascua o bien la fiesta de Pentecostés, cincuenta días después de la Pascua. Juan enseña aquí abiertamente la condición divina de Jesús, manifestada tanto en el milagro como en el discurso. Da cuenta al mismo tiempo de cómo se suscita el odio abierto de algunos judíos que traman su muerte desde el momento en que se presenta como el Hijo de Dios (v. 18).

5,1-18 En la curación del paralítico Jesús ejerce un poder exclusivo de Dios. Por ello puede estar por encima del sábado y liberar a los hombres del pecado. El diálogo de Jesús en el Templo con el hombre que había quedado curado enseña la exigencia de no caer en pecado tras haber recibido la gracia de la fe en Cristo.

La Ley de Moisés señalaba el sábado como el día de descanso semanal. De esta forma los judíos pensaban imitar la manera de obrar de Dios en la Creación. Sin embargo, Jesús enseña que Dios no deja de actuar después de la Creación. Por eso, al curar al paralítico en sábado y afirmar que su Padre trabaja siempre y que Él también trabaja (v. 17), Jesús está revelando de manera implícita su naturaleza divina. Manifiesta en este día santo la acción salvífica de Dios que es amor misericordioso hacia los hombres.

La Neovulgata omite los vv. 3b-4 de la Vulgata, consignándolos a pie de página, porque faltan en importantes códices y papiros griegos, y en muchas versiones antiguas. Dicen así:

«Que aguardaban el movimiento del agua. Pues un ángel del Señor descendía de vez en cuando a la piscina y movía el agua. El primero que se metiera en la piscina después del movimiento del agua quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese».

5,19-47 Este largo discurso de defensa trata algunos de los temas preferidos por el evangelista: Cristo revela al Padre y recibe de Éste el poder de dar verdadera Vida.

Jesús habla de la igualdad y al mismo tiempo de la distinción entre el Padre y el Hijo (vv. 19-30). Los dos son iguales: todo el poder del Hijo es el poder del Padre, las obras del Hijo son las obras del Padre. Al mismo tiempo son distintos. Cuando Jesucristo realiza obras que son propias de Dios testifica con ellas su condición divina (cfr v. 36). El signo, el milagro por excelencia de Jesús es su propia resurrección, causa y primicia de la nuestra (cfr 1 Co 15.20ss.). Por ello ha recibido del Padre el poder de juzgar. «Cristo es Señor de la vida eterna. El pleno derecho de juzgar definitivamente las obras y los corazones de los hombres pertenece a Cristo como Redentor del mundo. “Adquirió” este derecho por su Cruz. El Padre también ha entregado “todo juicio al Hijo” (Jn 5,22). Pues bien, el Hijo no ha venido para juzgar sino para salvar y para dar la vida que hay en él. Es por el rechazo de la gracia en esta vida por lo que cada uno se juzga ya a sí mismo; es retribuido según sus obras y puede incluso condenarse eternamente al rechazar el Espíritu de amor» (CCE 679).

En la segunda parte del discurso (vv. 31-40), Jesús ante la posible objeción de los judíos de que el testimonio de una persona en su propia causa no es suficiente (cfr Dt 19,15), enseña que sus palabras están avaladas por cuatro testimonios: el de Juan Bautista (cfr 1,34), el de los milagros, el del Padre (cfr 1,31-34; 12,28-30), y el de las escrituras.

Finalmente (vv. 41-47), Jesús echa en cara a sus oyentes tres impedimentos que tienen para reconocerle como el Mesías e Hijo de Dios: la falta de amor a Dios, la búsqueda de la gloria humana y la interpretación interesada de los

textos sagrados. Para reconocer quién es de verdad Cristo, se necesitan mejores disposiciones: «Ese Cristo, que tú ves, no es
Jesús. —Será, en todo caso, la triste imagen que pueden formar tus ojos turbios... —Purifícate. Clarifica tu mirada con la humildad y la penitencia. Luego... no te faltarán las limpias luces del Amor. Y tendrás una visión perfecta. Tu imagen será realmente la suya:
¡Él!» (S. Josemaría Escrivá, Camino 212).

6,1-71 Este capítulo constituye la cuarta sección del evangelio y tiene una estructura similar
a la del anterior. Primero, dos signos o milagros: la multiplicación de los panes y de los peces, y el caminar de Jesús sobre las aguas; y, luego, un discurso: el de la sinagoga de Cafarnaún, en el que Jesucristo se manifiesta como el Pan de Vida. San Juan hace notar que esto ocurrió cuando «pronto iba a ser la Pascua, la fiesta de los judíos» (v. 4), insinuando así que el banquete Eucarístico había de ser en adelante la Nueva Pascua. Muchos de los seguidores de Jesús se escandalizan ante sus palabras, de modo que quienes no creen le abandonan (v. 66), y los que creen se adhieren más firmemente a Él (v.
69).

6,1-15 En el Evangelio de Juan sólo se recogen siete milagros de Jesús. El autor sagrado elige aquellos que le van mejor a su propósito de mostrar algunas facetas del misterio de Cristo. El milagro de la multiplicación de los panes y de los peces, unos días antes de la Pascua, prefigura la Pascua cristiana y el misterio de la Eucaristía y está puesto en relación directa con el discurso de Cafarnaún sobre el Pan de Vida (vv. 26-58), en el que Jesús promete darse Él mismo como alimento de nuestra alma. Tal relación queda subrayada por las palabras del v. 11 que son casi las mismas con las que los sinópticos y San Pablo narran el comienzo de la institución de la Eucaristía (cfr Mt 26,26; Mc 14,22; Lc 22,14 y 1 Co 11,23-24).

La reacción ante el milagro muestra que los que se beneficiaron de aquel prodigio reconocen a Jesús como el Profeta, el Mesías prometido en el Antiguo Testamento (cfr Dt 18,15), pero piensan en un mesianismo terreno y nacionalista: quieren hacerle rey porque consideran que el Mesías ha de traerles abundancia de bienes terrenos y librarlos de la dominación romana. Jesús evita una proclamación popular ajena a su misión, pues, como explicará en el diálogo con Pilato, su Reino «no es de este mundo» (18,36).

6,16-21 Este milagro, narrado también por Mateo y Marcos, refleja la fe todavía débil de los discípulos. «Aquel viento es figura de las tentaciones y de la persecución que padecerá la Iglesia por falta de amor. Porque, como dice San Agustín, cuando se enfría el amor, aumentan las olas y la nave zozobra. Sin embargo, el viento, la tempestad, las olas y las tinieblas no conseguirán que la nave se aparte de su rumbo y quede destrozada» (S. Tomás de Aquino, Sup. Ev. Ioann. in loc.). Jesús viene de nuevo a su encuentro y se les manifiesta con el mismo poder de Dios sobre los elementos de la naturaleza. Las palabras «Soy yo» (o «Yo soy»), evocan aquellas con las que Dios reveló su nombre a Moisés (cfr 8,28). Tras el milagro y el discurso del Pan de Vida, la fe de los discípulos quedará robustecida.

6,22-25 Cafarnaún era el lugar desde el que Jesús desarrollaba su ministerio en Galilea. Las multitudes buscan a Jesús y le encuentran allí. Entonces en la sinagoga (v. 59), pronuncia el discurso del Pan de Vida (vv. 26-59), en el que se revela quién es, de dónde procede y qué bienes nos comunica: la fe, la Eucaristía, la vida eterna.

6,26-59 El discurso se abre con una introducción a modo de diálogo entre Jesús y los judíos, donde el Señor revela cuáles son los bienes mesiánicos que Él trae (vv. 26-34). Los interlocutores creían que el maná –alimento que diariamente recogían los hebreos en su caminar por el desierto (cfr Ex 16,13ss.)– era símbolo de los bienes que traería el Mesías; por eso piden a Jesús que realice un portento semejante. Pero no podían ni siquiera sospechar que el maná era figura del gran don mesiánico que Dios iba a comunicar a los hombres: su propio Hijo presente en el misterio de la Sagrada Eucaristía. En el diálogo, Jesús intenta conducirles a un acto de fe en Él, para después revelarles abiertamente su presencia eucarística. En la primera parte del discurso (vv. 35-51), Jesús se presenta como el Pan de Vida. En sus palabras se contienen tres misterios: 1) la fe en Jesucristo, que es «ir hacia Jesús» aceptando sus signos (milagros) y sus palabras; 2) la resurrección de los creyentes, que se inicia en esta vida por la fe y se cumplirá plenamente al final de los tiempos; 3) la predestinación, que es el designio de nuestro Padre del Cielo de que todos los hombres podamos salvarnos. Al decir Jesús que «serán todos enseñados por Dios» (v. 45), evoca a Is 54,13 y Jr 31,31-34, donde ambos profetas se refieren a la futura Alianza que establecerá Dios con su pueblo cuando llegue el Mesías, con cuya sangre quedará sellada para siempre, y que Dios escribirá en sus corazones.

En la segunda parte del discurso (vv. 52 59) Cristo revela el misterio de la Eucaristía. Sus palabras son de un realismo tan fuerte que excluyen cualquier

interpretación en sentido figurado. Los oyentes entienden el sentido propio y directo de las palabras de Jesús (v. 52), pero no creen que tal afirmación pueda ser verdad. De haberlo entendido en sentido
figurado o simbólico no les hubiera causado tan gran extrañeza ni se hubiera producido la discusión. De aquí también nace la fe de la Iglesia en que mediante la conversión del pan y del vino en su Cuerpo y Sangre, Cristo se hace presente en este sacramento. «El Concilio
de Trento resume la fe católica cuando afirma: “Porque Cristo, nuestro Redentor, dijo que lo que ofrecía bajo la especie de pan era verdaderamente su Cuerpo, se ha mantenido siempre en la Iglesia esta convicción, que declara de nuevo el Santo Concilio: por la consagración del pan y del vino se opera el cambio de toda la substancia del pan en la

substancia del Cuerpo de Cristo nuestro Señor y de toda la substancia del vino en la substancia de su sangre; la Iglesia católica ha llamado justa y apropiadamente a este cambio transubstanciación" (DS 1642)» (CCE 1376).

6,60-71 En estos versículos se pone de manifiesto la recepción de las palabras del Señor por parte de los discípulos. Al revelar el misterio eucarístico Jesucristo exige de sus discípulos la fe en sus palabras. Su revelación no debe ser recibida de modo carnal, es decir, atendiendo exclusivamente a lo que aprecian los sentidos, o partiendo de una visión de las cosas meramente natural, sino como revelación de Dios, que es «espíritu» y «vida» (v. 63). Como en otras ocasiones, la referencia a acontecimientos futuros, a la gloria de su resurrección (v. 62), es una preparación para la fe de aquellos discípulos y de todos nosotros los creyentes: «Os lo he dicho ahora antes de que suceda, para que cuando ocurra creáis» (14,29).

La revelación sobre el Pan de Vida provoca discusiones (6,52), escándalo (v. 61) y, finalmente, el abandono de muchos que le habían seguido (v. 66). Pedro, sin embargo, en nombre de los Doce, expresa su fe en que Jesús es el Mesías, de manera semejante a como también confesó a Jesús en Cesarea de Filipo (cfr Mt 16,13-20; Mc 8,27-30). La confesión de Pedro es también figura de la comunión de fe de los que creen en Jesucristo, que encontrarán en la fe de Pedro y sus sucesores el criterio seguro de discernimiento sobre la verdad de lo que creen.

7,1-10,21 La quinta sección del evangelio comprende casi cuatro capítulos. En ellos se recoge la actividad de Jesús en Jerusalén durante la celebración de la fiesta de los Tabernáculos, cuando sube de nuevo a la Ciudad Santa. En contraste con el significado que esa fiesta tenía para los judíos, Jesús es presentado como el Mesías que instaura un nuevo orden salvífico centrado en la gracia, superior al que existía entre los israelitas centrado en la Ley (cfr 1,17). Se reafirma que Jesús ha sido enviado por el Padre y se habla del envío del Espíritu Santo (cap. 7). Jesús es Juez que perdona a la mujer adúltera (cap. 8), y Luz del mundo que devuelve la vista al ciego de nacimiento, pero que condena, en cambio, a los que no quieren ver (cap. 9). Él es la Puerta por la que se entra a la Vida Eterna y el Buen Pastor que da su vida por todos los hombres (10,1-21).

7,1-30 Juan presenta la falta de fe en Jesús por parte de sus parientes y la negativa del Señor a buscar un triunfo humano y temporal (vv. 1-13). Los parientes de Jesús reconocen que Él es capaz de realizar obras maravillosas, y, sin embargo, no creen. No entienden el verdadero significado que entrañan esos signos. Esto enseña que los milagros no bastan por sí solos para creer. (Sobre los «hermanos» de Jesús, cfr nota a Mt 12,46-50; sobre el término «mundo», ver Jn 17,1-26).

Jesús posee la dignidad y la potestad de ser el revelador del Padre (vv. 16-24). Los judíos, que no habían visto a Jesús en las escuelas de los maestros de la Ley, se maravillan y se plantean una pregunta con malicia disimulada: «¿Cómo sabe éste de letras sin haber estudiado?» (v. 15). Le acusan de ser un falso profeta. Jesús aprovecha la ocasión para afirmar que su doctrina es divina. Para discernir el origen divino de la doctrina de Jesús se requiere rectitud de intención. Los que no creen en Él, a pesar de sus milagros, es porque no tienen las disposiciones interiores adecuadas; se dejan arrastrar del apasionamiento y atribuyen las obras de Jesús al príncipe de los demonios (cfr v. 20).

Jesús pide que juzguen rectamente y descubran su poder salvador, que intenten comprender el sentido profundo de sus obras (vv. 25-30). Es el primer paso para llegar a creer en su condición divina. Aceptar a Jesús lleva consigo las exigencias de una

conversión moral y mental: «El que quiera, pues, entender plenamente y saborear las palabras de Cristo, ha de procurar conformar con Él toda su vida» (Tomás de Kempis, Imit.
Crist. 1,1).
7,31-53 Jesús habla de su glorificación junto al Padre y del envío del Espíritu Santo. La
fiesta de los Tabernáculos, en otoño, era una fiesta de alegría y acción de gracias. Se conmemoraba la protección que los israelitas habían recibido de Dios a lo largo de los cuarenta años del Éxodo. Por coincidir con la terminación de las cosechas, se llamaba también fiesta de la Recolección. Cada uno de los ocho días que duraba la fiesta el sumo sacerdote se dirigía a la fuente de Siloé y, en una copa de oro, traía al Templo agua con la que rociaba el altar, recordando el agua que prodigiosamente manó en el desierto y pidiendo a Dios abundantes lluvias (cfr Ex 17,1-7). Mientras tanto, se cantaba un pasaje del

profeta Isaías (Is 12,3) que anunciaba la venida del Salvador y, con Él, la efusión de los dones celestiales. También se leía Ez 47que habla de los torrentes de agua viva que brotarán del Templo. Con Jesús aquel tiempo venturoso ha llegado ya: «Si alguno tiene sed venga a mí y beba ... » (v. 37). Esta invitación evoca también la Sabiduría divina, que dice:
«Venid a mí los que me deseáis y saciaos» (Si 24,19; cfr Pr 9,4-5) y recuerda de algún modo aquellas palabras de San Agustín: «Nos has hecho para ti y nuestro corazón está
inquieto hasta que descanse en ti» (Conf. 1,1,1).

En la expresión «ríos de agua viva» (v. 38) que brotarán del seno de Jesús, hay probablemente una referencia a la profecía de Ez 36,25 ss., en la que se anuncia que en los tiempos mesiánicos el pueblo será purificado con agua pura, recibirá un Espíritu nuevo y se
les cambiará el corazón de piedra por un corazón de carne. Esa agua viva es símbolo del Espíritu Santo, que aquí está prometido, y en 19,34 entregado bajo el símbolo del agua que brota del costado de Cristo.

El titulo «el profeta» (v. 40) alude a Dt 18,18, que predice la venida de un profeta en los últimos tiempos al que todos deberán escuchar (cfr 1,21; 6,14). El Cristo («el Mesías») era el título más corriente en el Antiguo Testamento para designar al futuro Salvador enviado por Dios.

8,1-11 Aunque este episodio falta en bastantes códices antiguos, la Tradición de la Iglesia lo
considera inspirado y canónico. Su omisión podría haberse debido a que la misericordia de Jesús hacia esta mujer había parecido a algunos espíritus demasiado rigoristas una ocasión de relajamiento en las exigencias morales.

En todo caso, el episodio viene a confirmar cómo es el juicio de Jesús (cfr v. 15): siendo el Justo, no condena; en cambio aquéllos, siendo pecadores, dictan sentencia de muerte.
«Conviene avisar que nunca de tal manera nos transportemos en mirar la divina misericordia, que no nos acordemos de la justicia; ni de tal manera miremos la justicia, que
no nos acordemos de la misericordia; porque ni la esperanza carezca de temor, ni el temor de la esperanza» (Fray Luis de Granada, Vid. de Jes. 13).

La respuesta de Jesús alude al modo de practicar la lapidación entre los judíos: los testigos del delito tenían que arrojar las primeras piedras, después seguía la comunidad,
para, de algún modo, borrar colectivamente el oprobio que recaía sobre el pueblo (cfr Dt
17,7).

8,12-20 Jesús se revela ahora como Luz del mundo. En la primera noche de la fiesta de los
Tabernáculos se iluminaba intensamente el «atrio de las mujeres» del Templo con cuatro enormes lámparas que daban cierta claridad a toda Jerusalén. Con ello recordaban la nube luminosa, señal de la presencia de Dios, que guió a los israelitas por el desierto a su salida de Egipto. Tal vez en este contexto Jesús se presenta como «la Luz», imagen empleada en otros lugares (Mt 4,16) para designar al Mesías (cfr además Lc 1,78; 2,30-32).

Jesucristo es la Luz bajo un doble aspecto: Él es luz que ilumina la inteligencia por ser la plenitud de la Revelación divina; y es también luz que ilumina el interior del hombre para que pueda aceptar esa Revelación y hacerla vida suya.
«En Cristo y por Cristo, Dios se ha revelado plenamente a la humanidad y se ha acercado definitivamente a ella y, al mismo
tiempo, en Cristo y por Cristo, el hombre ha conseguido plena conciencia de su dignidad, de su elevación, del valor trascendental de la propia humanidad, del sentido de su existencia» (Juan Pablo II, Redemp. hom. 11).

8,21-59 Ante la actitud de repulsa por parte de las autoridades judías, Jesús les advierte
que se marchará al Cielo de donde procede y ellos continuarán esperando al Mesías; pero ni encontrarán al Mesías porque le buscan fuera de Él, ni ahora le pueden seguir porque no le creen (vv. 21-30). La expresión «Yo soy», repetida en numerosas ocasiones en el evangelio, designa la condición divina de Jesús. Éste era el nombre de Dios revelado a Moisés: «Yo soy el que soy» (Ex 3,14). «El

Nombre Divino “Yo soy” o “Él es” expresa la fidelidad de Dios que, a pesar de la infidelidad del pecado de los hombres y del castigo que merece, “mantiene su amor por mil generaciones” (Ex 34,7). Dios revela que es “rico en misericordia” (Ef 2,4) llegando hasta dar su propio Hijo. Jesús, dando su vida para librarnos del pecado, revelará que Él mismo lleva el Nombre divino: “cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que Yo soy” (Jn 8,28)» (CCE 211).

La fe en Jesús no debe quedarse en un entusiasmo superficial: se trata de ser verdaderos discípulos, de modo que sus palabras informen nuestra vida para siempre. El

fruto de esa fe profunda será el conocimiento de la verdad y una vida auténticamente libre (vv. 31-41): «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (v. 32). «Según la fe cristiana y la doctrina de la Iglesia, solamente la libertad que se somete a la Verdad conduce a la persona humana a su verdadero bien. El bien de la persona consiste en estar en la Verdad y en realizar la Verdad» (Juan Pablo II, Verit. spl. 84).

Evocando a los dos hijos de Abrahán (cfr Gn 21,1-21), Ismael, nacido de la esclava (Agar), que no tendrá parte en la herencia, e Isaac, nacido de la libre (Sara), que será heredero de las promesas de Dios, Jesús manifiesta que la libertad no se basa ya en pertenecer al linaje de Abrahán, sino en conocer la verdad, que, en definitiva, es conocer al mismo Cristo. Ese conocimiento es el único que realmente nos hace libres, porque nos saca de la esclavitud del pecado, causa de todas las servidumbres humanas.

Quienes se oponen conscientemente a la verdad manifestada por Jesús en sus obras y en sus palabras, actúan como partidarios o hijos del enemigo de Dios, el diablo (vv. 42-59). Éste es el padre de la mentira: mintiendo sedujo a nuestros primeros padres, y engaña ahora a quienes siguen sus insinuaciones y permanecen en sus pecados. Por eso, el Hijo de Dios se manifestó «para destruir las obras del diablo». (1 Jn 3,8). En oposición al padre de la mentira que prometió a Adán y Eva ser inmortales Jesús promete verdaderamente la vida eterna a quienes acogen sus enseñanzas y permanecen fieles a ellas (v. 51).

Frente a las violentas acusaciones de posesión diabólica (cfr también Mt 12,24 y Mc 3,21-22) y de que era un «samaritano» (v. 48), es decir, un hereje, violador de la Ley, San Juan muestra a Jesús actuando con mansedumbre y dejando aquella disputa al juicio divino. Él no busca fama humana, sino la gloria del Padre. Por eso se presenta como lo que es: el cumplimiento de las esperanzas de los patriarcas del Antiguo Testamento. Abrahán recibió en el nacimiento de su hijo Isaac las primicias proféticas de la alegría mesiánica, especialmente cuando, tras la prueba a la que Dios somete al patriarca, su hijo único le es devuelto vivo (Gn 22,11ss.); se prefiguraba así la resurrección de Cristo una vez cumplido el sacrificio en el que se realizaría la Redención. Abrahán exultó de gozo al pensar que vería el día de la salvación.

9,1-23 Este milagro demuestra que Jesús es la luz del mundo, ratificando la afirmación del Prólogo: «Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre, que viene a este mundo» (1,9). Jesús no sólo da la luz a los ojos del ciego, sino que le ilumina interiormente llevándole a un acto de fe en su divinidad (9,38). A la vez el relato deja patente el drama profundo de quienes se obcecan en su ceguera.

Jesús corrige las opiniones en boga que atribuían la enfermedad, y las desgracias en general, a los pecados personales o a las faltas de los padres. Al mismo tiempo muestra, mediante la curación del ciego, que Él ha venido a quitar el pecado del mundo, causa en último término de todas las desgracias que aquejan a la humanidad.

Juan se apoya en el sentido amplio de la etimología de Siloé, para revelar a Jesús como el «Enviado» del Padre, con gestos y palabras que evocan el milagro de Naamán, el general sirio curado de su lepra por el profeta Eliseo (cfr 2 R 5,1 ss.), Jesús exige la fe en él. «¡Qué ejemplo de fe segura nos ofrece este ciego! (...) ¿Qué poder encerraba el agua, para que al humedecer los ojos fueran curados? Hubiera sido más apropiado un misterioso colirio, una preciosa medicina preparada en el laboratorio de un sabio alquimista. Pero aquel hombre cree; pone por obra el mandato de Dios, y vuelve con los ojos llenos de claridad (S. Josemaría Escrivá, Hom. 2. 193).

En el episodio aparecen las diversas posturas que los hombres toman ante Jesús y sus milagros. Los de corazón sencillo, como el ciego, creen en Jesús como enviado,

profeta (v.
17; cfr 9,33) e Hijo de Dios (cfr 9,38). Los que se encierran voluntariamente en sí mismos y pretenden no tener necesidad de salvación, como estos fariseos, se obstinan en no querer ver ni creer, incluso ante la evidencia de los hechos.

La Tradición de la Iglesia ha visto simbolizado en este milagro el sacramento del Bautismo, en el cual, por medio del agua, el alma queda limpia y recibe la luz de la fe. «Este ciego representa a la raza humana. (...) Si la ceguera es la infidelidad, la iluminación es la
fe. (...) Lava sus ojos en el estanque cuyo nombre significa “el Enviado”: fue bautizado en
Cristo» (S. Agustín, In loann. Ev. 44,1-2).

9,24-41 El diálogo del recién curado con las autoridades judías manifiesta que quien acepta
a Cristo cumple la voluntad de Dios. La expresión «dar gloria a Dios» (v. 24) era una

solemne declaración, a modo de juramento, con la que se exhortaba a decir la verdad. La expulsión del ciego por confesar a Cristo es también una exhortación a mantenerse fieles aun cuando ser cristiano lleve consigo ser rechazado por otros.

La actitud del que había sido ciego culmina, como en el diálogo de Jesús con la samaritana, en la confesión de la condición divina de Jesús. Para los que se resisten a creer, en cambio, Jesucristo será causa de perdición. Él no ha sido enviado para condenar
al mundo, sino para salvarlo (cfr 3,17); pero su presencia entre nosotros comporta ya un juicio, porque cada hombre ha de tomar frente a Él una de estas dos actitudes: de aceptación o de rechazo.

10,1-21 San Juan muestra ahora cómo los hombres podemos llegar a la salvación por la fe
en Cristo y por medio de su gracia. Jesús es la puerta por la que se entra en la Vida Eterna, el Buen Pastor que nos conduce y ha dado su vida por nosotros. Con las imágenes del pastor, las ovejas y el redil, se evoca un tema preferido de la predicación profética en el Antiguo Testamento: el pueblo elegido es el rebaño y el Señor su pastor (Cfr Sal 23). Los profetas, especialmente Jeremías y Ezequiel, ante la infidelidad de los reyes y sacerdotes, a quienes también se aplicaba este nombre, prometen unos nuevos pastores. Más aún: Ezequiel señala que Dios iba a suscitar un Pastor único, descendiente de David, que iba a apacentar a sus ovejas, de modo que estuvieran seguras (Ez 34). Jesús se presenta como ese Buen Pastor que cuida de sus ovejas. Se cumplen, por tanto, en Él las antiguas profecías. El arte cristiano se inspiró muy pronto en esta figura entrañable del Buen Pastor y dejó así representado el amor de Cristo por cada uno de nosotros.

Cristo se aplica la imagen de la Puerta por la que se entra en el aprisco de las ovejas que es la Iglesia (v. 7): «La Iglesia, en efecto, es el redil cuya puerta única y necesaria es Cristo. Es también el rebaño cuyo pastor será el mismo Dios, como Él mismo anunció. Aunque son pastores humanos quienes gobiernan a las ovejas, sin embargo es Cristo mismo el que sin cesar las guía y alimenta; Él, el Buen Pastor y Cabeza de los pastores, que dio su vida por las ovejas» (C. Vat. II, Lum. gent. 6).

Como aparece a menudo a lo largo del evangelio, hay aquí una referencia explícita a la eficacia redentora del sacrificio de Cristo (cfr vv. 15-17). Jesús da su vida incluso por las
ovejas que no son del redil de Israel. Su misión es universal pues convoca a todos los hijos de Dios en la unidad de la Iglesia (v. 16).

Finalmente (vv. 19-21), el evangelista muestra las reacciones contrapuestas que causan
las palabras de Jesús en los oyentes (cfr 6,52; 7,12.25-27.31.40.43). Son las mismas que se dan a lo largo de la historia. «Jesús: por dondequiera que has pasado no quedó un corazón indiferente. —O se te ama o se te odia» (S. Josemaría Escrivá, Camino 687).

10,22-42 Esta sección se desarrolla durante la fiesta de la Dedicación del Templo, que
conmemoraba la purificación que de él hizo Judas Macabeo tras las profanaciones de Antíoco IV Epifanes (cfr 1 M 1,51; 4,36-59; 2 M 1,1-2,18). Jesús se revela como el Hijo de Dios, igual al Padre (10,22-42). Ante esta revelación surgen, las reacciones de los oyentes: en algunos, la fe, pero en otros, sobre todo en las autoridades judías, el rechazo y el odio hasta punto de querer prenderle (10,39). Esto, sin embargo, sólo sucederá cuando el Señor lo permita.

10,22-30 Ante las dudas de si Jesús es el Mesías, Juan resalta la unidad de Jesús y el
Padre. Éste es un punto central de la fe en Él. Quienes se resistan a reconocer que Jesús realiza sus obras de parte de su Padre no podrán creer. Jesús da su gracia a todos, pero algunos ponen obstáculos y no quieren abrirse a la fe. «Puedo ver gracias a la luz del sol; pero si cierro los ojos, no veo: esto no es por culpa del sol sino por culpa mía, porque al cerrar los ojos impido que me llegue la luz solar» (S. Tomás de Aquino, Sup. Ev. loann. in loc.).

10,31-42 Los hombres sólo podemos conocer la identidad sustancial entre Jesús y el Padre,
misterio de Dios, por revelación divina. Los judíos entendieron que Jesús

afirmaba ser Dios, pero interpretaron sus palabras como una blasfemia y le acusaron de que, siendo hombre, se hiciera Dios. Jesús rebate la acusación con dos argumentos: el testimonio de la Sagrada Escritura (las profecías) y el de las propias obras de Jesús (los milagros).

11,1-57 En este capítulo Jesús se revela como «Resurrección y Vida» para los que crean
en Él. Destaca la fe de Marta y la reacción de odio de las autoridades judías que deciden dar muerte a Jesús. La observación del evangelista de que «pronto iba a ser la Pascua de

los judíos», (11, 55) sugiere que estos acontecimientos anuncian la muerte redentora de
Cristo y su gloriosa resurrección, es decir, la Pascua cristiana.

11,1-44 Con el milagro de la resurrección de Lázaro, signo de nuestra resurrección futura,
se muestra el poder de Jesús sobre la muerte. Juan presenta primero las circunstancias del hecho (vv. 1-16). En el diálogo con Marta (vv. 17-27) se encuentra una de las definiciones más precisas de Jesús: Él es la Resurrección y la Vida. Es la Resurrección porque su victoria sobre la muerte es causa de la resurrección de todos los hombres. Es la Vida, no sólo porque abre la puerta de la vida eterna, sino también porque concede la gracia al hombre viador. De ahí que el cristiano pueda decir: «La vida de los que en Ti creemos, Señor, no termina, se transforma; y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo» (Misal Romano, Pref. Liturg. Difunt. 1). La fe de Marta es modelo de la nuestra: para resucitar y vivir con Cristo hay que creer en Él.

La profundidad de los sentimientos de Jesús queda reflejada en las lágrimas que derrama por Lázaro. Este llanto, expresión de la verdadera humanidad de Jesús, es
también testimonio del amor de Dios hacia los hombres. «Jesús es tu Amigo. —El Amigo.
—Con corazón de carne como el tuyo. —Con ojos, de mirar amabilísimo, que lloraron por
Lázaro... —Y tanto como a Lázaro, te quiere a ti» (S. Josemaría Escrivá, Camino 422).

El milagro (vv. 38-44) va precedido por la oración de Jesús. Se pone así de manifiesto la función mediadora de Cristo. Estas actitudes y sentimientos de Jesús enseñan cómo debe
ser el trato con Dios de quienes por el Bautismo nos hemos unido a Cristo y en Él hemos
llegado a ser hijos de Dios. Debemos orar siempre con espíritu filial y con gratitud por los muchos beneficios recibidos de Dios Padre. «Apoyada en la acción de gracias, la oración
de Jesús nos revela cómo pedir: antes de que la petición sea otorgada, Jesús se adhiere a
Aquél que da y que se da en sus dones. El Dador es más precioso que el don otorgado, es el “tesoro”, y en Él está el corazón de su Hijo; el don se otorga como “por añadidura” (cfr Mt
6,21.33)» (CCE 2604).

11,45-57 Jesús aparece de nuevo como signo de contradicción. Unos creen y otros le
denuncian. Las palabras de Caifás, cuyo doble sentido señala Juan, se refieren a la fundación del nuevo Israel, la Iglesia mediante la muerte de Cristo en la cruz. De esta manera uno de los últimos pontífices de la Antigua Alianza profetiza la investidura del Sumo Sacerdote de la Nueva, sellada con su propia Sangre.

Cuando San Juan afirma que Cristo iba a morir «para reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos», (v. 52), se refiere a lo que el Señor había dicho acerca de los efectos
salvíficos de su muerte (cfr 10,16). Ya los profetas habían anunciado la futura congregación de los israelitas fieles a Dios para formar el nuevo Pueblo de Israel (cfr Is 43,5; Jr 23,35; Ez
34,23; 37,21-24). Estos vaticinios se cumplieron con la muerte de Cristo que, al ser exaltado en la cruz, atrae y reúne al verdadero Pueblo de Dios, formado por todos los creyentes,
sean o no israelitas (cfr 12,32). «Todos los hombres están invitados al nuevo Pueblo de Dios. Por eso este Pueblo, uno y único, ha de extenderse por todo el mundo a través de todos los siglos, para que así se cumpla el designio de Dios, que en el principio creó una
única naturaleza humana y decidió reunir a sus hijos dispersos. Para ello, en efecto, envió Dios a su Hijo, a quien nombró heredero de todo, para que sea Maestro, Rey y Sacerdote de todos, Cabeza del pueblo nuevo y universal de los hijos de Dios» (C. Vat. II, Lum gent.
13).

La referencia a la Pascua (vv. 55-57) sirve para preparar los acontecimientos que se narran a continuación y subrayan que Cristo es la verdadera y definitiva Pascua.

12,1-50 Con esta sección acaba la primera parte del evangelio, centrada en la revelación
que Jesús hace de Sí mismo mediante sus palabras y los signos (milagros) que realiza. La unción en Betania y la posterior entrada triunfal en Jerusalén anuncian la muerte redentora de Cristo y la glorificación de Jesús Resucitado. El mismo Señor anuncia que ha llegado la hora de su glorificación por la muerte en la cruz y la resurrección (vv. 23-33). Tras la última invitación de Jesús a que crean en Él, muchos creyeron, pero otros prefirieron la gloria de los hombres (v. 42).

12,1-11 La unción en Betania, inmediatamente antes de la Pascua, anticipa el embalsamamiento que Cristo había de recibir en su sepultura. Esta escena, narrada también por Mateo y Marcos, tiene aquí un carácter más personal. Se indican el nombre de quien unge a Jesús, María (v. 3), y de quien murmura contra ella, Judas (v 4). La presencia

de lázaro, recientemente resucitado, y la referencia a la sepultura de Jesucristo (v. 7)
también sugieren que Jesús va a morir para dar la vida a todos los hombres.

La Tradición de la Iglesia ha visto en el gesto de la hermana de Lázaro una muestra de la generosidad con que se debe corresponder al amor de Cristo por la humanidad. «¡Qué
prueba tan clara de magnanimidad el derroche de María! (...). No seáis mezquinos ni
tacaños con quien tan generosamente se ha excedido con nosotros, hasta entregarse totalmente, sin tasa» (S. Josemaría Escrivá, Hom. 2. 126).

12,12-19 La entrada triunfal en Jerusalén es anticipo de la glorificación de Jesús en la
resurrección. Cuando la muchedumbre proclama «Bendito el que viene en nombre del Señor» (Sal 118,26) está aclamando a Jesús como el Mesías. La frase «el Rey de Israel», que no recogen los otros evangelios, subraya un aspecto relevante en San Juan: la condición real de Cristo; el Mesías es el rey por antonomasia, pero de un Reino que no es de este mundo (cfr 18,36).

El gesto de Jesús de entrar en Jerusalén montado en un asno tenía un significado preciso: Él era el rey de paz anunciado por los profetas (cfr Za 9,9). Sólo después de su
muerte en la cruz y de su resurrección los discípulos entendieron el verdadero significado
de aquel signo. Así lo atestigua el mismo evangelista (v. 16). Cristo adquiere su reinado por la humildad y por la cruz.

12,20-36 Los «griegos» que desean ver a Jesús representan al mundo gentil. Tal hecho
motiva el anuncio acerca de su próxima glorificación, y la explicación del carácter universal de su misión: Jesús es como una semilla que perece y que, por lo mismo, lleva abundante fruto (v. 24). Él atrae a todos hacia sí (v. 32).

Ante la inminencia de la «hora» de Jesús, Juan presenta la oración del Señor (vv. 27-28)
con unos tonos que recuerdan la de Getsemaní relatada por los otros evangelios. Jesús se turba y se dirige filialmente al Padre para fortalecerse y ser fiel a su misión. La «gloria» indica la santidad y el poder de Dios. La voz del Padre, que evoca las manifestaciones
divinas del bautismo de Cristo (cfr Mt 3,13-17 y par.) y de la Transfiguración (Mt 17,1-13 y par.), es una ratificación solemne de que en Jesucristo habita la plenitud de la divinidad (Col
2,9).

En la cruz, el mundo y el príncipe de este mundo (Satanás) serán juzgados (vv. 31-33). Jesús, clavado en la cruz, es el supremo signo de contradicción para todos los hombres:
quienes le reconocen como Hijo de Dios se salvan; quienes le rechazan se condenan (cfr
3,14-18). Por eso, es tarea del cristiano manifestar la fuerza salvadora de la cruz. «La Cruz hay que insertarla también en las entrañas del mundo. Jesús quiere ser levantado en alto,
ahí: en el ruido de las fábricas y de los talleres, en el silencio de las bibliotecas, en el fragor
de las calles, en la quietud de los campos, en la intimidad de las familias, en las asambleas, en los estadios... Allí donde un cristiano gaste su vida honradamente, debe poner con su
amor la Cruz de Cristo, que atrae a Sí todas las cosas» (S. Josemaría Escrivá, V. Cruc.
11,3).

La revelación de Jesús suscita en sus oyentes una pregunta acerca del Mesías (v. 34). Aunque Jesús no da una explicación clara y directa, insinúa que su presencia entre ellos es
luz suficiente para que vayan entreviendo el misterio y crean en Él.

12,37-50 San Juan explica el motivo de la incredulidad de muchos judíos, a pesar de haber
sido testigos de los milagros y de las palabras de Jesucristo. Cita dos profecías de

Isaías. De la primera (Is 53,1) se deduce que la fe es un don de Dios «un acto por el que el hombre presta a Dios mismo obediencia libre, consintiendo y cooperando con su gracia, a la que podría resistir» (C. Vat. I, Dei Filius 3). Con la segunda profecía (Is 6,9-10), a la que aluden también otros libros del Nuevo Testamento, se explica que la incredulidad de los judíos, posible escándalo para los de las primeras generaciones de cristianos, ya estaba prevista y anunciada.

En contraste con el ciego de nacimiento que, curado por Jesús no se había retraído de confesarlo públicamente a pesar del rechazo de las autoridades judías (cfr 9,35-41), ahora aparece la cobardía (vv. 42-43) de quienes, por las dificultades que comporta, no se atreven a confesar su fe en Jesús. En estas palabras se contiene un reproche permanente a quienes por respetos humanos prefieren la gloria propia a la gloria de Dios.

El evangelio termina la predicación pública de Jesús con una recopilación de los temas fundamentales desarrollados en capítulos anteriores: necesidad de la fe en Cristo (v. 44);

unidad y distinción entre el Padre y el Hijo (v. 45); Jesús como Luz y Vida del mundo (vv.
46.50); juicio de los hombres según su aceptación o repulsa del Hijo de Dios (vv. 47-49).
§ 13,1-21,25 Se pueden distinguir tres secciones en razón del tema que trata cada una:
Última Cena y discursos de adiós; pasión y muerte; y resurrección del Señor. En las tres volvemos a encontrar la manifestación y revelación de Cristo, y las distintas reacciones de fe o de incredulidad ante Él. Esta segunda parte del evangelio suele denominarse «libro de la Gloria».
13,1-17,26 Estos capítulos ofrecen la revelación de Jesús a sus discípulos en la intimidad
de la última Cena. Juan relata algunos hechos que no aparecen en los otros evangelios
–como el lavatorio de los pies– y omite la institución de la Eucaristía, narrada por los sinópticos y San Pablo, y de la que este mismo evangelio ha hablado en el cap. 6. Hasta aquí la «vida» y la «luz» tenían especial relevancia, desde ahora, la palabra clave es el
«amor».

De 13,33 a 17,26 Juan transmite lo que suele llamarse el discurso de la Cena o el discurso de adiós de Jesús. En él pueden distinguirse tres partes: 1) sobre la partida y
retorno de Cristo (13,33-38 y cap. 14); 2) sobre Cristo y su Iglesia (caps. 15-16); 3) la
oración sacerdotal de Cristo (cap. 17). Los temas de fondo son: a) el amor, que tiene su raíz en el amor de Cristo y se convierte en el mandamiento del Señor; b) el consuelo que Jesús da a los discípulos ante su inminente partida, con la promesa de su vuelta y del envío del
Espíritu Santo; c) la unión de Cristo con los suyos, a semejanza de la vid y los sarmientos, fundada en el amor y en el cumplimiento de sus mandatos.
13,1-20 El capítulo comienza señalando la importancia del momento. La Pascua, que
conmemoraba la liberación de la esclavitud del pueblo hebreo de las manos del Faraón, era figura de la obra que Jesucristo venía a realizar: redimir a los hombres de la esclavitud del pecado, mediante su sacrificio en la cruz.

Lo que Cristo hizo por los suyos puede resumirse en la frase «los amó hasta el fin» (v. 1). Indica la intensidad del amor de Cristo que llega hasta dar su vida. En el lavatorio de los
pies el Señor se humilla realizando una tarea propia de los esclavos de la casa. El pasaje recuerda el himno de la Carta de San Pablo a los Filipenses: «Cristo Jesús... siendo de condición divina... se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo ... » (Flp 2,6-7). Lavar los pies a sus discípulos tenía un profundo significado que San Pedro no podía entender
entonces. Jesús, mediante aquel gesto, expresaba de modo sencillo y simbólico que no había «venido a ser servido, sino a servir», y que su servicio consistía en «dar su vida en redención de muchos» (Mc 10,45). Así da a entender a los Apóstoles, y en ellos a todos los
que después formarán la Iglesia, que el servicio humilde a los demás hace al discípulo semejante al Maestro. «Si, por consiguiente, a la luz de esta actitud de Cristo se puede verdaderamente “reinar” sólo “sirviendo”, a la vez, el “servir” exige tal madurez espiritual que es necesario definirla como el “reinar”» (Juan Pablo II, Redemp. hom. 21). Sobre el «yo
soy» (v. 19) cfr nota a 8,21-59.
13,21-32 En el anuncio de la traición de Judas resalta, por contraste, el amor de Jesús
hacia el discípulo amado, modelo del amor de Jesucristo por todos sus verdaderos discípulos, y de éstos por el Maestro.

La indicación «era de noche» (v. 30) alude a las tinieblas como imagen del pecado, del poder tenebroso que en aquel instante parecía imponerse (cfr Lc 22,53), en oposición a la Luz verdadera, Cristo, al que las tinieblas no recibieron (cfr 1,5). Llega el momento de la glorificación de Jesús. Ésta se refiere sobre todo a la gloria que Cristo recibirá a partir de su

exaltación en la cruz. El evangelista subraya que la muerte de Cristo es el comienzo de su triunfo y, al mismo tiempo, glorificación del Padre. También el discípulo de Cristo encontrará su mayor motivo de gloria en la identificación con la actitud obediente del Maestro. San Pablo lo enseña claramente al decir: «Que yo nunca me gloríe más que en la cruz de
nuestro Señor Jesucristo» (Ga 6,14).

13,33-38 Los preceptos del Señor se resumen en uno solo: el Mandamiento Nuevo del
amor. El precepto de la caridad compendia toda la ley de la Iglesia y es signo distintivo del cristiano: «Todos pueden signarse con la señal de la cruz de Cristo; todos pueden
responder amén; todos pueden cantar aleluya; todos pueden hacerse bautizar, entrar en las iglesias, construir los muros de las basílicas. Pero los hijos de Dios no se distinguen de los hijos del diablo sino por la caridad. Los que practican la caridad son nacidos de Dios; los

que no la practican no son nacidos de Dios. ¡Señal importante, diferencia esencial! Ten lo que quieras, si te falta esto sólo, todo lo demás no sirve para nada; y si te falta todo y no tienes más que esto, ¡has cumplido la ley!. (S. Agustín, In Epist. loann. ad Parth. 5,7). Sin embargo las palabras «como yo os he amado» dan al precepto un sentido y un contenido nuevos: la medida del amor cristiano no está en el corazón del hombre, sino en el corazón de Cristo (cfr Mt 5,43-48).

El anuncio de las negaciones de Pedro prepara el diálogo final del evangelio, donde Jesús pregunta a Pedro si le ama (21,15-19). La fidelidad a Cristo depende del amor:

«¿Que cuál es el secreto de la perseverancia? El amor –Enamórate y no "le" dejarás» (S. Josemaría Escrivá, Camino 999).

14,1-14 La muerte de Jesús va a ser el tránsito hacia el Padre, con quien es uno por ser Dios. La revelación del Padre viene precedida por el anuncio de la marcha de Jesús para preparar una morada en los Cielos a cuantos han creído en Él y le han sido fieles. Jesús es, por tanto, Camino para llegar al Padre pues nos lo revela. Con las palabras del v. 6 –comenta San Agustín– es «como si estuviera diciendo: ¿Por dónde quieres ir? Yo soy el Camino. ¿Adónde quieres ir? Yo soy la Verdad. ¿Dónde quieres permanecer? Yo soy la Vida» (Serm. 142,1). Y en otro lugar comenta: «Todo hombre alcanza a comprender la Verdad y la Vida; pero no todos encuentran el Camino. Los sabios del mundo comprenden que Dios es vida eterna y verdad cognoscible; (...) pero el Verbo de Dios, que es Verdad y Vida junto al Padre, se ha hecho Camino asumiendo la naturaleza humana. Camina contemplando su humildad y llegarás hasta Dios» (ibid. 141,1 y 4).

El v. 9 es de una intensidad deslumbrante. Conocer a Cristo es conocer a Dios. Jesús es el rostro de Dios; «Toda la vida de Cristo es Revelación del Padre: sus palabras y sus obras, sus silencios y sus sufrimientos, su manera de ser y de hablar. Jesús puede decir: "Quien me ve a mí, ve al Padre" (Jn 14,9), y el Padre: "Éste es mi Hijo amado; escuchadle" (Lc 9,35). Nuestro Señor, al haberse hecho hombre para cumplir la voluntad del Padre, nos "manifestó el amor que nos tiene" (1 Jn 4,9) con los menores rasgos de sus misterios» (CCE 516).

14,15-31 Jesús anuncia que, tras su resurrección, enviará el Espíritu Santo a los Apóstoles, que les guiará, haciéndoles recordar y comprender cuanto Él les había dicho. Paráclito significa «llamado junto a uno» con el fin de acompañar, consolar, proteger defender... De ahí que el Paráclito se traduzca por «Consolador», «Abogado», etc. Jesús habla del Espíritu Santo como de «otro Paráclito», porque Cristo es nuestro Abogado y Mediador en el Cielo junto al Padre (cfr 1 Jn 2,1), y el Espíritu Santo será dado a los discípulos en lugar suyo como Abogado o Defensor que les asista. Con esta promesa se revela el misterio de la Santísima Trinidad.

Los Apóstoles se extrañan (v. 22) debido a que entienden las palabras de Jesús como una manifestación reservada sólo a ellos, mientras que era creencia común entre los judíos que el Mesías se manifestaría a todo el mundo como Rey y Salvador. Jesús, en cambio, habla de su manifestación a quien le ama y guarda sus mandamientos. Pero esa manifestación no comporta sólo un conocimiento intelectual, sino un «habitar» de Dios en el alma del cristiano (v. 23). Dios había prometido su presencia en medio del pueblo en el Antiguo Testamento. Aquí se habla de una presencia del Padre y del Hijo en cada persona convirtiéndola en templo del Espíritu Santo (cfr 2 Co 6,16-17). La conciencia de esta inhabitación de la Trinidad en el alma ha sido para los santos fuente de grandes consuelos:

«Ha sido el hermoso sueño que ha iluminado toda mi vida, convirtiéndola en un paraíso anticipado» (B. Isabel de la Trinidad, Epist. 1906).

Cuando los Apóstoles reciban el Espíritu Santo, Éste les guiará hasta la verdad completa y les asistirá para que entiendan las palabras de Jesús. Con el don del Espíritu Santo recibimos la paz (v. 27), es decir la reconciliación con Dios y con los demás.

15,1-8 La imagen de la vid era empleada ya en el Antiguo Testamento para significar al pueblo de Israel (Sal 80,9 ss.; Is 5,1-7; cfr Mt 21,33-43). Ahora, al hablar de los sarmientos, esa imagen expresa cómo Jesús y quienes están unidos a Él forman el nuevo Israel de Dios, la Iglesia, cuya cabeza es Cristo. Hace falta estar unidos a la nueva y verdadera Vid, a Cristo, para producir fruto. No se trata ya tan sólo de pertenecer a una comunidad sino de vivir la vida de Cristo, vida de la gracia, que es la savia vivificante que anima al creyente y le capacita para dar frutos de vida eterna. La imagen de la vid, por otra parte, ayuda a

comprender la unidad de la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, en el que todos los miembros están íntimamente unidos con la Cabeza, y en ella, unidos también los unos con los otros (cfr 1 Co 12,12-27; Rm 12,4-5; Ef 4,15-16).

15,9-17 El auténtico amor a Jesucristo lleva consigo el esfuerzo por guardar los mandamientos divinos, y, ante todo, el mandato del amor fraterno a la medida de la cruz de Cristo. La exigencia de estos mandamientos no es ya el temor, sino el amor: es la respuesta a Dios que nos ha amado primero, y nos ha mostrado su amor en la cruz de Jesús.

15,18-25 Ante el escándalo del aparente triunfo del pecado, Jesús enseña que entre Él y el mundo, en cuanto reino del pecado, no hay posibilidad de acuerdo: quien vive en pecado aborrece la luz (cfr 3,19-20). Por eso han perseguido a Cristo y perseguirán también a los Apóstoles. Los que niegan a Jesús no tendrían pecado si Él no se hubiera revelado con las obras, si la Luz no hubiera iluminado las tinieblas; pero ahora ya no tienen excusa; rechazando a Cristo rechazan la verdad de Dios (cfr Sal 35,19).

16,1-15 Jesús predice que quienes no conocen a Dios ni le reconocen a Él perseguirán a sus discípulos como también le persiguieron a Él y le dieron muerte. Las persecuciones y dificultades que inevitablemente han de encontrar quienes siguen a Cristo no deben ser causa de escándalo ni de desánimo. Al contrario, éstos, consolados y confortados por la acción del Espíritu Santo, tendrán en ellas ocasión de mostrar su fe.

Jesús habla del Paráclito tres veces en el Sermón de la Cena. En la primera (14,15ss.) afirma que será otro Consolador enviado por el Padre para que esté siempre con ellos; en la segunda (14,26) dice que Él mismo enviará, de parte del Padre, el Espíritu de la verdad que les enseñará todo; en esta tercera (vv. 1-15) descubre totalmente el plan de salvación y anuncia que el fruto de su ascensión al Cielo será el envío del Espíritu Santo.

Especialmente los vv. 14-15 descubren algunos aspectos del misterio de la Santísima Trinidad. Enseñan la igualdad de las tres divinas personas al decir que todo lo que tiene el Padre es del Hijo, que todo lo que tiene el Hijo es del Padre, y que el Espíritu Santo posee también aquello que es común al Padre y al Hijo, es decir, la esencia divina.

16,16-33 Los Apóstoles no podían entender lo que Jesús anunciaba. Al manifestar que después de las tribulaciones tendrán un gozo cumplido que no perderán jamás (cfr 17,13), se refiere ante todo a la alegría de la resurrección (cfr Lc 24,41), pero también al encuentro definitivo con Jesús en el Cielo.

La imagen de la mujer que da a luz, muy frecuente en el Antiguo Testamento para expresar el dolor intenso, suele emplearse también, sobre todo en los profetas, para significar el alumbramiento del nuevo pueblo mesiánico (cfr Is 21,3; 26,17; Jr 30,6; Os 13,13; Mi 4,9-10). El nacimiento del nuevo Pueblo de Dios –Iglesia de Cristo– comporta dolores intensos no sólo a Jesús, sino también, en su medida, a los Apóstoles. Pero esos dolores, como de parto, se verán compensados por el gozo de la consumación del Reino de Cristo (cfr Rm 8,18).

Tras la resurrección el Señor hablará con claridad a los Apóstoles y éstos penetrarán en el misterio de su pasión y en la inmensidad del amor de Dios al enviar a su Hijo al mundo.

La firmeza de la fe de los discípulos se apoya en la convicción de que el Señor conoce todos los corazones y todas las cosas, y en la victoria de Jesucristo. Jesús también muestra cómo mientras estaba con ellos conocía el fondo de su corazón (cfr 2,25). El anuncio del abandono, leído tras su resurrección, es una llamada a la esperanza. Frente a las tribulaciones y los ataques de los que rechazan a

Cristo resuenan las palabras de Jesús:
«Confiad: yo he vencido al mundo» (v. 33).

17,1-26 Jesús se dirige a su Padre en un diálogo emocionado, en el que, como Sacerdote,
le ofrece el sacrificio inminente de su pasión y muerte. Es la llamada Oración sacerdotal.

En la primera parte de esta Oración (vv. 1-5) Jesús pide la glorificación de su Santísima
Humanidad y la aceptación por parte del Padre de su sacrificio en la cruz. La palabra
«gloria» designa aquí el esplendor, el poder y el honor propios de Dios. La glorificación de
Cristo abarca un triple aspecto: a) sirve para revelar la gloria del Padre, porque Cristo, obedeciendo al designio redentor de Dios da a conocer al Padre (v. 4); b) manifiesta la divinidad de Cristo a través de su Humanidad (vv. 2 y 5); c) nos ofrece a los hombres la
posibilidad de alcanzar la vida eterna, lo cual redunda en glorificación del Padre y de
Jesucristo (vv. 2-3).

En la segunda parte (vv. 6-19), Jesús ruega por sus discípulos, a los que va a enviar al

mundo a proclamar su obra redentora. Pide para ellos unidad, la perseverancia, el gozo y la santidad. Al pedir que los guarde en su nombre (v. 11) está rogando que perseveren en la doctrina (cfr v. 6) y en la comunión con Él. Consecuencia de esta comunión es la unidad de los discípulos, reflejo de la que existe entre las tres Personas divinas.

El Señor ruega también por los que viviendo en medio del mundo, no son del mundo, para que sean santos según la verdad de Dios (v. 17) y lleven a cabo la misión que Él les encomienda, como Él ha realizado la que recibió del Padre (v. 18). El término «mundo», tiene varias acepciones en el Evangelio de San Juan. En primer lugar, designa el conjunto de la creación, y dentro de ella la humanidad, los hombres a quienes Dios ama entrañablemente; pero «mundo» indica también los bienes de la tierra, de suyo caducos y que pueden presentar oposición a los bienes del espíritu. De ahí que la petición de Jesús (v. 15) constituya una invitación a corresponder: «Sed hombres y mujeres del mundo, pero no seáis hombres o mujeres mundanos» (S. Josemaría Escrivá, Camino 939).

En la tercera parte de la oración sacerdotal (vv. 20-26), Cristo pide por la unidad entre todos los que han de creer en Él a lo largo de los siglos. Es la petición de Cristo por su Iglesia, que debe ser una como el Padre y el Hijo son uno. El primer fruto de la unidad de la Iglesia será la fe de todos los hombres en Cristo y en su misión divina (vv. 21.23).

«Jesucristo quiere que (...) su pueblo crezca y lleve a la perfección su comunión en la unidad: en la confesión de una sola fe, en la celebración común del culto divino y en la concordia fraterna de la familia de Dios. (...) El modelo y principio supremo de este misterio [de la unidad de la Iglesia] es la unidad de un solo Dios Padre e Hijo en el Espíritu Santo, en la Trinidad de personas» (C. Vat. II, Unit. redint. 2). Siguiendo el ejemplo de Cristo, el mismo Concilio ha recomendado insistentemente la oración por la unidad de los cristianos, definiéndola como el «alma de todo movimiento ecuménico» (ibid. 8).

18,1-19,42 El evangelio de Juan presenta la pasión y muerte de Jesús como una glorificación. Con numerosos detalles destaca que en la pasión se realiza la suprema manifestación de Jesús como el Mesías Rey. Así cuando dice «yo soy», los que van a prenderle retroceden y caen por tierra (18,5-8); ante Pilato se declara Rey (18,33-37; cfr 19,2-3.19-22) y, en todo momento, con actitud de serena majestad, manifiesta su pleno conocimiento y dominio de los acontecimientos (18,4; 19,28) en los que se cumple la Voluntad del Padre (18,11; 19,30).

La Pasión es, por otra parte, la hora en que culmina el odio de sus adversarios y del mundo hacia Jesús; la hora del poder de las tinieblas que alcanza incluso a sus discípulos pues le abandonan o le niegan (18, 25-27). Pero al pie de la cruz se da también la suprema confesión de fe en Él; la fe de la Santísima Virgen, a la que el Señor entrega como Madre de los hombres representados en el discípulo amado (19,25-27). Cristo es el nuevo Cordero Pascual que con su muerte redentora quita el pecado del mundo (19,31; cfr 1,29); junto con la sangre, del costado del Señor brota agua, símbolo del Bautismo y del Espíritu Santo prometido (cfr 7,37-39).

18,1-12 Getsemaní es el primero de los escenarios en los que acontecen los padecimientos de Jesús. Juan no recoge la oración del Señor en el huerto de los olivos, pero sí es el único que recuerda que los que van a prender a Jesús retroceden y caen en tierra ante sus palabras (vv. 4-6). El texto evoca el Salmo 56,10: «Retrocederán mis enemigos el día que yo clame», y hace resplandecer la majestad de Cristo que se entrega voluntaria y

libremente. «Si Él no lo hubiera permitido, nunca hubieran realizado su intento de apresarle, pero tampoco Él hubiera cumplido su misión. Ellos buscaban con odio al que querían matar; Jesús, en cambio, nos buscaba con amor queriendo morir» (S. Agustín, In loann. Ev.
112,3).

18,13-27 El segundo escenario de la pasión es la casa de Anás. Jesús que había «desatado» a Lázaro (11,44) es llevado atado. También Isaac fue «atado» previamente a su sacrificio (cfr Gn 22,9). En el interrogatorio Jesús insiste en el carácter público y notorio de
su predicación y de su conducta. Todo el pueblo ha podido escuchar sus palabras y
contemplar sus milagros, de ahí que le hayan aclamado como Mesías. Los mismos pontífices habían vigilado su actividad en el Templo y en las sinagogas, pero, como no quieren ver, ni creer, atribuyen algo oculto y siniestro a los planes de Jesús. .

Las negaciones se narran con más brevedad que en los otros evangelios, quizá porque el
suceso era muy conocido por los primeros cristianos. Después de la resurrección quedará

más patente el alcance del perdón de Jesús que confirma a Pedro en su misión de Príncipe de los Apóstoles (cfr 21,15-17).

18,28-40 El proceso ante Pilato, que comienza ahora y se prolonga hasta 19,16, tiene aquí mayor relieve y amplitud que en los sinópticos. Es el centro de los cinco escenarios en los que se divide el relato de la pasión. El detalle con que se narra lo ocurrido en el pretorio destaca la majestad de Jesucristo como Rey mesiánico. Contrasta, a la vez, con el rechazo de los judíos.

El proceso se desarrolla en siete momentos, marcados por las salidas y entradas de Pilato en el pretorio. Primero (vv. 29-32) los judíos plantean de modo genérico la acusación: es un malhechor. Sigue el diálogo de Pilato con Jesús (vv. 33-37), que culmina con la afirmación de Cristo: «Yo soy Rey». A continuación Pilato intenta salvar al Señor (vv. 38-40), preguntando si quieren que suelte al «Rey los judíos». El momento central es la coronación de espinas, en la que los soldados saludan a Cristo en tono de burla como «Rey de los judíos» (19,1-3). Sigue la presentación del Señor como Ecce homo, coronado de espinas y con el manto de púrpura, y la acusación de los judíos de que Jesús se ha hecho Hijo de Dios (19,4-7). De nuevo Pilato, dentro del pretorio, dialoga con Jesús (19,8-12) e intenta averiguar algo más sobre su origen misterioso: ahora los judíos concentran su odio en una acusación directamente política: «El que se hace rey va contra el César» (19,12).

Por último (19,13-16), de modo solemne, con indicación de lugar y hora, Pilato señala a Jesús y dice: «Aquí está vuestro Rey» (19,14). Los representantes de los judíos rechazan abiertamente a quien es el verdadero Rey anunciado por los profetas.

Comienza el proceso con la primera comparecencia ante Pilato (vv. 28-40). Ante el Sumo Pontífice la acusación era religiosa (por ser Hijo de Dios, cfr. Mt 26,57-68). Ahora es de carácter político. Con ella quieren comprometer la autoridad del Imperio romano: Jesús, al declararse Mesías y Rey de los judíos, era un revolucionario que conspiraba contra el César. Pero, como Jesús explica a Pilato, la verdad de su mesianismo trasciende una concepción terrena.

19,1-3 Con este episodio, situado en el centro de la narración, se pone de relieve la realeza de Cristo, aunque aquellos soldados le aclamen como Rey de los judíos sólo de modo sarcástico. En Cristo revestido con las insignias reales se vislumbra, bajo aquella trágica parodia, la grandeza del Rey de Reyes. La imagen de Cristo maltratado se convierte así en fuente de oración y desagravio para el cristiano. «Donde hay amor hay dolor. Pues, ¿cómo dice que tiene amor de Cristo quien no tiene compasión de Cristo, viéndolo en esta figura?» (Fray Luis de Granada, Libr. de la or. 1,2,4).

19,4-16 Pilato reconoce la inocencia de Jesús. Éste no era un revolucionario político, como querían presentarlo sus acusadores. Ya que el procurador no quería juzgar sobre asuntos religiosos, las autoridades judías conducen la acusación al terreno político, aunque para ello deban traicionar su conciencia reconociendo al César como su verdadero rey. La majestad de Cristo queda de nuevo subrayada por la respuesta de Jesús a Pilato sobre el origen divino de la autoridad (vv. 8-11).

El evangelista hace notar que condenaron a Jesús a la hora sexta, como si quisiera resaltar que Jesús era el nuevo Cordero Pascual, pues a esa hora en las casas se sustituía todo pan fermentado por el pan ácimo y en el Templo se sacrificaba oficialmente el cordero.

19,17-30 La escena de la crucifixión es como una recapitulación condensada de la vida y doctrina de Jesús. La universalidad de la realeza de Cristo queda simbolizada por el «título» escrito en varios idiomas (vv. 19-20). La túnica que los soldados no rasgan (v. 24) simboliza la unidad de la Iglesia y recuerda la oración sacerdotal de Jesús. La presencia de la Santísima Virgen y del discípulo amado (vv. 25-27), junto con la sangre y el agua que brota del costado de Cristo (v. 34), recuerda las bodas de Caná, a la vez que simboliza a la

Iglesia y a los creyentes que se incorporan a Ella por el Bautismo y la Eucaristía. La sed de
Jesús (v. 28) trae a la memoria la imagen de la samaritana y las palabras de Cristo durante la fiesta de los Tabernáculos, y muestra su deseo de salvar a todas las almas. Las palabras con las que entrega su Espíritu (v. 30) manifiestan que Él muere realmente; insinúan
también que entrega el Espíritu Santo, prometido en tantos momentos de su vida pública. Además entrega también a su Madre, como Madre de los discípulos, representados en el discípulo amado.

Las palabras de Jesús a su Madre y al discípulo revelan el amor filial de Jesús a la

Santísima Virgen. Al declarar a María como Madre del discípulo amado, la introduce de un modo nuevo en la obra salvífica, que, en ese momento, queda culminada. Jesús establece así la maternidad espiritual de María. «Entregándonos filialmente a María, el cristiano, como el Apóstol Juan, “acoge entre sus cosas propias” a la Madre de Cristo y la introduce en todo el espacio de su vida interior, es decir, en su “yo” humano y cristiano». (Juan Pablo II, Redemp. Mat. 45).

19,31-42 En la víspera de la Pascua se inmolaban oficialmente en el Templo los corderos pascuales a los que, según la Ley, no se podía romper ningún hueso (cfr Ex 12,46). La referencia a la Parasceve y el hecho de que no le quebraran las piernas subraya que Cristo es el verdadero Cordero pascual que quita el pecado del mundo.

La sangre y el agua que brotaron del costado traspasado de Jesús son figuras del Bautismo y de la Eucaristía, de todos los sacramentos, y de la misma Iglesia. «Allí se abría la puerta de la vida, de donde manaron los sacramentos de la Iglesia, sin los cuales no se entra en la vida que es verdadera vida (...). Este segundo Adán se durmió en la cruz para que de allí le fuese formada una esposa que salió del costado del que dormía. ¡Oh muerte que da vida a los muertos! ¿Qué cosa más pura que esta Sangre? ¿Qué herida más saludable que ésta?» (S. Agustín, In loann. Ev. 120,2).

Termina el relato de la pasión con la cita de Za 12,10. Juan evoca con este texto profético (v. 37) la salvación realizada por Jesucristo que, clavado en la cruz, ha cumplido la promesa divina de redención. Todo aquel que le mire con fe recibe los frutos de su pasión; así se ve en la valentía de quienes antes pudieron tener miedo de confesar a Jesús, como José de Arimatea y Nicodemo.

20,1-21,25 La última sección del evangelio completa la manifestación gloriosa de Jesús como Mesías e Hijo de Dios, que Juan ha narrado para fortalecer la fe de los creyentes. Incluye las apariciones del Señor resucitado a los apóstoles haciéndoles comprender el sentido de las escrituras a la luz de sus palabras y de sus obras (20,8-9), y la donación del Espíritu con el poder de perdonar los pecados (20,22-23). El relato de la pesca milagrosa en el lago de Tiberíades (21,1-14) prefigura ya la multitud de pueblos que el apostolado de la Iglesia ganará para Cristo. En esta dimensión eclesiológica se inserta el resto del cap. 21, que narra la entrega del primado de la Iglesia a San Pedro (21,15-19). El evangelio concluye ratificando la veracidad del testimonio del evangelista que ha visto y oído las cosas narradas (21,24-25).

20,1-10 Los cuatro evangelios relatan los testimonios de las santas mujeres y de los discípulos acerca de la resurrección gloriosa de Cristo. Tales testimonios se refieren a dos realidades: el sepulcro vacío y las apariciones de Jesús Resucitado. San Juan destaca que, aunque fue María Magdalena la primera en ir al sepulcro, son los Apóstoles los primeros en entrar y percibir los detalles externos que mostraban que Cristo había resucitado (el sepulcro vacío, los lienzos caídos, el sudario aparte...). El discípulo amado constata la ausencia del cuerpo de Jesús. El estado del sepulcro, especialmente de los lienzos «plegados» (literalmente, «yacentes», «aplanados», «caídos») revelaba que lo sucedido no había podido ser obra humana, y que Jesús no había podido volver a una vida terrena como Lázaro. Por eso anota que «vio» y «creyó» (v. 8).

20,11-18 El evangelio enseña que Jesús se manifiesta a quienes le buscan de verdad.

María es modelo de los que buscan a Jesús. En esta escena Jesús aparece como el Buen Pastor que «llama a sus propias ovejas por su nombre» (10,3): «María», y ellas «conocen su voz» (10,4): «Rabbuni». María, a su vez, debe dar testimonio de la resurrección y trasmitir a los demás que ha visto al Señor. Mientras, Él, cuyo cuerpo humano glorioso es ya inaprensible, debe volver al Padre. Por otra parte, los Apóstoles no son «siervos» sino

«hermanos» (v. 17): tras la muerte y resurrección gloriosa de Jesús los que creemos en Él recibimos el don de la filiación divina (cfr 1,12) por el que somos constituidos en hijos de
Dios y hermanos de Cristo.
20,19-31 La aparición de Jesús glorioso a los discípulos y la efusión del Espíritu Santo
sobre ellos viene a equivaler, en el Evangelio de Juan, a la Pentecostés en el libro de los Hechos, de Lucas. La misión que el Señor da a los Apóstoles (vv. 22-23), similar a la del final del Evangelio de Mateo (Mt 28,18ss.), manifiesta el origen divino de la misión de la Iglesia y su poder para perdonar los pecados. «El Señor, principalmente entonces, instituyó el sacramento de la Penitencia, cuando, resucitado de entre los muertos, sopló sobre sus

discípulos diciendo: “Recibid el Espíritu Santo...” Por este hecho tan insigne y por tan claras palabras, el común sentir de todos los Padres entendió siempre que fue comunicada a los Apóstoles y a sus legítimos sucesores la potestad de perdonar y retener los pecados para reconciliar a los fieles caídos en pecado después del Bautismo» (C. de Trento, De Paenit.
1).

En la nueva aparición ocho días más tarde (vv. 24-29) destaca la figura de Tomás. Así como María Magdalena era modelo de los que buscan Jesús, Tomás llega a ser la figura de
los que dudan de Él, tanto de su divinidad como de su humanidad, pero luego se convierten
sin reservas. El Resucitado es el mismo que el crucificado. El Señor manifiesta nuevamente que la fe en Él ha de apoyarse en el testimonio de quienes le han visto.

Los vv. 30-31 constituyen el primer epílogo o conclusión del evangelio. Exponen la finalidad que perseguía Juan al escribir su obra: que los hombres creamos que Jesús es el Mesías, el Cristo anunciado en el Antiguo Testamento por los profetas, y el Hijo de Dios, y
que esa fe nos lleve a participar ya aquí de la vida eterna.

21,1-14 Este capítulo (21,1-25) es una adición al evangelio, realizada bien por el mismo
evangelista o por algunos de sus discípulos (cfr 21,24). En él predomina el tema de la Iglesia. Destaca la comunión que existe entre el discípulo amado y Pedro. Al narrar la misión que Pedro recibe del Señor para guiar a la Iglesia, el discípulo amado reconoce la autoridad de Pedro, y hace que todo su testimonio, oral y escrito, esté como refrendado por aquella autoridad.

En los versículos iniciales (vv.1-14) se evoca la primera pesca donde el Señor prometió a
Pedro hacerle pescador de hombres (cfr Lc 5,1-11). Ahora le va a confirmar en su misión de cabeza visible de la Iglesia. El relato subraya el amor del discípulo amado que reconoce a Jesús, la fe de Pedro y la insistencia en que el Resucitado no es un espíritu, sino el mismo que ha comido antes con ellos y con los que vuelve a comer. Los Santos Padres y Doctores
de la Iglesia han comentado con frecuencia este episodio en sentido místico: la barca es la
Iglesia, cuya unidad está simbolizada por la red que no se rompe: el mar es el mundo;
Pedro en la barca simboliza la suprema autoridad en la Iglesia; el número de peces significa el número de los elegidos.

21,15-23 En contraste con las negaciones de Pedro durante la pasión, Jesús como el Buen
Pastor que cura a la oveja perdida, confiere a Pedro el primado que antes le había prometido. «Jesús ha confiado a Pedro una autoridad específica: “A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos” (Mt 16,19) El poder de las llaves designa la autoridad para gobernar la casa de Dios, que es la Iglesia. Jesús, “el Buen Pastor” (Jn
10,11) confirmó este encargo después de su resurrección: “Apacienta mis ovejas” (Jn
21,15-17). El poder de “atar y desatar” significa la autoridad para absolver los pecados, pronunciar sentencias doctrinales y tomar decisiones disciplinares en la Iglesia. Jesús
confió esta autoridad a la Iglesia por el ministerio de los Apóstoles y particularmente por el
de Pedro, el único a quien Él confió explícitamente las llaves del Reino» (CCE 553).

Junto a la autoridad de Pedro se reconoce también el papel de San Juan, quien quizá escribió los vv. 20-23 para deshacer la opinión de que el discípulo amado no moriría.

21,24-25 Se apela al testimonio del discípulo al «que Jesús amaba» (v. 20) como garantía
de la veracidad de cuanto se ha escrito desde el comienzo del libro (v. 24). Todo

lo que este evangelio dice debe ser retenido por los lectores como absolutamente cierto.

LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES

[Ir a índice]

Con el nombre de *Hechos de los Apóstoles* se denomina, desde mediados del siglo II, al segundo libro de San Lucas (1,1). No tenemos constancia de que su autor le diera este nombre, porque el libro no es un relato sobre la actividad de los Apóstoles, sino una especie de monografía histórica que describe las primeras etapas del desarrollo del cristianismo en conexión con los trabajos misioneros de los dos Apóstoles más destacados: Pedro y Pablo.

El libro tiene estrecha unidad con el tercer evangelio. Si en éste se narraba la actividad de Jesús subiendo a Jerusalén y cumpliendo su misión redentora en la Ciudad Santa, los Hechos de los Apóstoles comienzan cuando Jesús, el Señor exaltado a la derecha de Dios, envía a sus apóstoles a ser sus testigos hasta los confines de la tierra (1,1-11). El libro concluye cuando San Pablo llega a Roma y predica con libertad lo relativo al Reino de Dios y al Señor Jesucristo (28,31) porque entonces se han cumplido ya en cierto modo las promesas del Señor. En ese marco temporal y geográfico, Lucas narra las etapas más relevantes de esta historia de salvación: venida del Espíritu Santo sobre la Iglesia, primera predicación en Jerusalén, expansión a las regiones vecinas de Samaría y Judea, predicación por el Asia Menor, y hasta Roma. Más importante que esta descripción, que podríamos llamar externa, es el desarrollo interno de la Iglesia primitiva bajo el impulso del Espíritu Santo: es Él quien da vida, fuerza y consuelo a aquellos fieles y quien, con la llamada a los gentiles (10,1-11,18), dirige a los Apóstoles a realizar el anuncio de la salvación a todos los hombres.

Por esta continua presencia del Espíritu Santo, el libro de los *Hechos* ha sido llamado el *Evangelio del Espíritu Santo*. Contiene además una profunda doctrina sobre Jesucristo. Subraya especialmente que todos los aspectos del misterio pascual –pasión, muerte, resurrección y ascensión– son cumplimiento de los planes de Dios anunciados ya en el Antiguo Testamento. A Jesús se le aplican diversos títulos que manifiestan su ser divino y su misión redentora, tales como Señor (2,36), Salvador (5,31), Siervo sufriente (3,13.16), Justo (7,52), Santo (3,14) y, sobre todo, Cristo –Mesías– que se convierte en nombre propio. Además, el libro resulta imprescindible para conocer la historia de la Iglesia en los treinta primeros años. La Iglesia se nos muestra como el instrumento de Dios para el cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento: es, por tanto, el verdadero Israel, un pueblo nuevo y universal, cuya naturaleza es esencialmente misionera. La *vida de los cristianos* se describe con rasgos sencillos y emocionantes. Se centra en la oración, en la Eucaristía y en la doctrina de los Apóstoles, y se manifiesta en disposiciones y hechos admirables de desprendimiento, concordia y amor (2,42-47; 4,23-37; etc.). Lucas ofrece este modo de vivir como patrón y modelo para las futuras generaciones de discípulos. El lector podrá encontrar otros muchos argumentos en el libro de los *Hechos de los Apóstoles*, pues constituye un discreto precedente de las apologías de los siglos II y III: el *cristianismo*, tal como aparece descrito, es una fe señera, segura de Dios y de sí misma, que abomina de la oscuridad y de la vida de secta y no teme un debate público sobre sus principios y convicciones.

Citas del Antiguo Testamento

1,20. Sal 69,26; 109,8
2,17-21. Jl 3,1-5
2,25-28. Sal 16,8-11

2,30. Sal 132,11; 2 S 7,12-13
2,31. Sal 16,10

2,34-35. Sal 110,1
3,13. Ex 3,6.15
3,22. Dt 18, 15.18
3,23. Lv 23,29; Dt 18,19
3,25. Gn 12,3; 18,18; 22,18; 28,4
4,11. Sal 118,22
4,24. Sal 146,6; Ex 20,11
4,25-26. Sal 2,1-2
7,3. Gn 12,1
7,5. Dt 2,5; Gn 12,7; 13,5; 17,8
7,6-7. Gn 15,13-14
7,7. Ex 3,12
7,10. Gn 39,21; 41,37-44; Sal 105,21
7,11. Gn 41,54
7,18. Ex 1,8
7,27-28. Ex 2,14
7,30. Ex 3,2-3
7,32. Ex 3,6
7,33. Ex 3,5
7,34. Ex 3,7-8; 3,10
7,35. Ex 2,14
7,37. Dt 18,15
7,40. Ex 32,1
7,42-43. Am 5,25-27
7,49-50. Is 66,1-2
8,32. Is 53,7
8,33. Is 53,8
13,22. Sal 89,21; 1 S 13,14; Is 44,28
13, 33. Sal 2,7
13,34. Is 55,3
13,35. Sal 16,10
13,41. Ha 1,5
13,47. Is 42,6; 49,6
14,15. Ex 20,11; Sal 146,6; Is 37,16; Jr 32,17
15,16. Jr 12,15
15,16-17. Am 9,11-12
15,18. Is 45,21
23,5 Ex 22,27
28,26-27. Is 6,9-10

HECHOS
DE LOS APÓSTOLES

Prólogo (1,1-5)

1

1 Escribí el primer libro, querido Teófilo, sobre todo lo que Jesús comenzó
a hacer y enseñar 2 hasta el día en que, después de haber dado
instrucciones por el Espíritu Santo a los apóstoles que él había elegido, fue
elevado al cielo. 3 También después

de su Pasión, él se presentó vivo ante ellos con muchas pruebas: se les
apareció durante cuarenta días y les habló de lo referente al Reino de
Dios. 4 Mientras estaba a la mesa con ellos les mandó no ausentarse de
Jerusalén, sino esperar la promesa del Padre:
—La que oísteis de mis labios: 5 que Juan bautizó con agua;
vosotros, en
cambio, seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días.

La Ascensión (1,6-11)
(Mc 16,19; Lc 24,50-53)

6 Los que estaban reunidos allí le hicieron esta pregunta:
—Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el Reino de Israel?
7 Él les contestó:
—No es cosa vuestra conocer los tiempos o momentos que el Padre
ha fijado
con su poder, 8 sino que recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que
descenderá
sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y
Samaría, y hasta los confines de la tierra.
9 Y después de decir esto, mientras ellos lo observaban, se elevó, y
una nube lo ocultó a sus ojos. 10 Estaban mirando atentamente al cielo
mientras él se iba, cuando se presentaron ante ellos dos hombres con
vestiduras blancas 11 que
dijeron:
—Hombres de Galilea, ¿qué hacéis mirando al cielo? Este mismo
Jesús, que de entre vosotros ha sido elevado al cielo, vendrá de igual
manera a como le habéis visto subir al cielo.

PRIMERA PARTE
LA IGLESIA EN JERUSALÉN
(§ 1,12-7,60)

I. EL GRUPO DE LOS DISCÍPULOS EN JERUSALÉN
(1,12-26)

El Colegio Apostólico (1,12-14)

12 Entonces regresaron a Jerusalén desde el monte llamado de los
Olivos, que está cerca de Jerusalén a la distancia de un camino permitido
el sábado. 13 Y cuando llegaron subieron al Cenáculo donde vivían Pedro,
Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago de
Alfeo y Simón el Zelotes, y Judas
el de Santiago. 14 Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto
con
algunas mujeres y con María, la madre de Jesús, y sus hermanos.

Elección de San Matías

(1,15-26)

15 En aquellos días Pedro, puesto de pie en medio de los
hermanos –se habían reunido allí unas ciento veinte personas–, dijo:
16 —Hermanos, era preciso que se cumpliera la Escritura que el
Espíritu
Santo predijo por boca de David acerca de Judas, que fue guía de los que
prendieron a Jesús, 17 pues se contaba entre nosotros y se le había hecho
partícipe de este ministerio. 18 Adquirió un campo con el precio de su
pecado, cayó de

cabeza, reventó por la mitad y se desparramaron todas sus entrañas. 19 Y
el hecho fue conocido por todos los habitantes de Jerusalén, de modo que
aquel campo se llamó en su lengua *Hacéldama*, es decir, «Campo de
sangre». 20 Pues está escrito en el libro de los Salmos:

Que su morada quede
desierta
y no haya quien habite en
ella. Y *que su cargo lo ocupe*
otro.

21 »Es necesario, por tanto, que de los hombres que nos han
acompañado todo el tiempo que el Señor Jesús vivió con nosotros, 22
empezando desde el
bautismo de Juan hasta el día en que fue elevado de entre nosotros, uno
de ellos
sea constituido con nosotros testigo de su resurrección.

23 Presentaron a dos: a José, llamado Barsabás, por sobrenombre
Justo, y a
Matías. 24 Y oraron así:

—Tú, Señor, que conoces el corazón de todos, muestra a cuál de
estos dos
has elegido 25 para ocupar el puesto en este ministerio y apostolado, del
que
desertó Judas para ir a su destino.

26 Echaron suertes y la suerte recayó sobre Matías, que fue
agregado a los
once apóstoles.

II. PENTECOSTÉS
(2,1-47)

La venida del Espíritu Santo (2,1-13)

2

1 Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en un mismo
lugar. 2 Y de repente sobrevino del cielo un ruido, como de un viento que
irrumpe impetuosamente, y llenó toda la casa en la que se hallaban. 3
Entonces se les aparecieron unas lenguas como de fuego, que se dividían
y se posaban sobre cada uno de ellos. 4 Quedaron todos llenos del Espíritu
Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les hacía
expresarse.

5 Habitaban en Jerusalén judíos, hombres piadosos venidos de
todas las naciones que hay bajo el cielo. 6 Al producirse aquel ruido se
reunió la multitud y quedó perpleja, porque cada uno les oía hablar en
su propia lengua. 7 Estaban
asombrados y se admiraban diciendo:

—¿Es que no son galileos todos éstos que están hablando? 8 ¿Cómo
es,
pues, que nosotros les oímos cada uno en nuestra propia lengua materna?

9 »Partos, medos, elamitas, habitantes de Mesopotamia, de Judea y
Capadocia, del Ponto y Asia, 10 de Frigia y Panfilia, de Egipto y la parte
de Libia próxima a Cirene, forasteros romanos, 11 así como judíos y
prosélitos, cretenses y
árabes, les oímos hablar en nuestras propias lenguas las grandezas de
Dios.
12 Estaban todos asombrados y perplejos, diciéndose unos a otros:
—¿Qué puede ser esto?
13 Otros, en cambio, decían burlándose:
—Están bebidos.

Discurso de San Pedro
(2,14-41)

14 Entonces Pedro, de pie con los once, alzó la voz para
hablarles así:
—Judíos y habitantes todos de Jerusalén, entended bien esto y
escuchad
atentamente mis palabras. 15 Éstos no están borrachos, como suponéis
vosotros, pues es la hora tercia del día, 16 sino que está ocurriendo lo
que se dijo por el
profeta Joel:
17 *Sucederá* en los últimos días, dice Dios,
que derramaré mi Espíritu sobre toda carne,
y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas,
y vuestros jóvenes tendrán visiones,
y vuestros ancianos soñarán sueños.
18 *Y sobre mis siervos y sobre mis*
siervas
derramaré mi Espíritu en aquellos días,
y profetizarán.
19 *Realizaré prodigios* arriba *en el cielo*
y señales abajo *en la tierra*,
sangre, fuego y nubes de
humo.
20 *El sol se convertirá en tinieblas*
y la luna en sangre,
antes de que llegue
el día grande y manifiesto del
Señor.
21 *Y sucederá*
que todo el que invoque el nombre del
Señor se salvará.
22 »Israelitas, escuchad estas palabras: a Jesús Nazareno, hombre
acreditado por Dios ante vosotros con milagros, prodigios y señales, que
Dios
realizó entre vosotros por medio de él, como bien sabéis, 23 a éste, que fue
entregado según el designio establecido y la presciencia de Dios, le
matasteis
clavándole en la cruz por mano de los impíos. 24 Pero Dios le resucitó
rompiendo las ataduras de la muerte, porque no era posible que ésta lo
retuviera bajo su dominio.
25 En efecto, David dice de él:
Tenía siempre presente al Señor ante mis ojos,
porque está a mi derecha, para que yo no vacile.
26 *Por eso se alegró mi corazón*
y exultó mi lengua,
y hasta mi carne descansará en la esperanza;
27 *porque no abandonarás mi alma en los infiernos*,
ni dejarás que tu Santo vea la corrupción.
28 *Me diste a conocer los caminos de la vida*
y me llenarás de alegría con tu presencia.
29 »Hermanos, permitidme que os diga con claridad que el patriarca

David
murió y fue sepultado, y su sepulcro se conserva entre nosotros hasta el día de hoy.
30 Pero como era profeta y sabía que Dios *le había jurado* solemnemente
que *sobre su trono se sentaría un fruto de sus entrañas*, 31 lo vio con anticipación y habló de la
resurrección de Cristo, que *ni fue abandonado en los infiernos ni* su carne *vio la
corrupción*.
32 »A este Jesús le resucitó Dios, y de eso todos nosotros somos
testigos. 33

Exaltado, pues, a la diestra de Dios, y recibida del Padre la promesa del
Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís. 34 Porque
David no subió a los cielos, y sin embargo exclama:
Dijo el Señor a mi Señor:
«Siéntate a mi derecha,
35 *hasta que ponga a tus*
enemigos
como escabel de tus pies».
36 »Por tanto, sepa con seguridad toda la casa de Israel que Dios ha
constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros crucificasteis.

Bautismo de los oyentes

37 Al oír esto se dolieron de corazón y les dijeron a Pedro y a los
demás apóstoles:
—¿Qué tenemos que hacer, hermanos?
38 Pedro les dijo:
—Convertíos, y que cada uno de vosotros se bautice en el nombre de
Jesucristo para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu
Santo.
39 Porque la promesa es para vosotros, para vuestros hijos y para todos los
que
están lejos, para todos los que quiera llamar el Señor Dios nuestro.
40 Con otras muchas palabras dio testimonio y les exhortaba
diciendo:
—Salvaos de esta generación perversa.
41 Ellos aceptaron su palabra y fueron bautizados; y aquel día se les
unieron
unas tres mil almas.

Los primeros cristianos
(2,42-47)

42 Perseveraban asiduamente en la doctrina de los apóstoles y en la
comunión, en la fracción del pan y en las oraciones. 43 El temor
sobrecogía a todos,
y por medio de los apóstoles se realizaban muchos prodigios y señales. 44
Todos los creyentes estaban unidos y tenían todas las cosas en común. 45
Vendían las
posesiones y los bienes y los repartían entre todos, según las necesidades
de cada
uno. 46 Todos los días acudían al Templo con un mismo espíritu, partían
el pan en las casas y comían juntos con alegría y sencillez de corazón, 47
alabando a Dios y
gozando del favor de todo el pueblo. Todos los días el Señor incorporaba a
los que
habían de salvarse.

III. ACTIVIDAD APOSTÓLICA EN JERUSALÉN
(3,1-

5,42)

Curación del cojo de nacimiento (3,1-10)

3

1 Pedro y Juan subían al Templo para la oración de la hora nona. 2 Había
un hombre, cojo de nacimiento, al que solían llevar y colocar todos los
días a la puerta del Templo llamada Hermosa para pedir limosna a los que
entraban en el Templo. 3

En cuanto vio que Pedro y Juan iban a entrar en el Templo, les pidió que
le dieran una limosna. 4 Pedro –junto con Juan– fijó en él la mirada y le
dijo:
—Míranos.
5 Él les observaba, esperando recibir algo de ellos. 6 Entonces Pedro
le dijo:
—No tengo plata ni oro; pero lo que tengo, te lo doy: ¡en el
nombre de
Jesucristo Nazareno, levántate y anda!
7 Y tomándole de la mano derecha lo levantó, y al instante se le
fortalecieron los pies y los tobillos. 8 De un brinco se puso en pie y
comenzó a andar, y entró con ellos en el Templo andando, saltando y
alabando a Dios. 9 Todo el pueblo le vio andar y alabar a Dios, 10 y
reconocían que era el mismo que se sentaba a la puerta
Hermosa del Templo para pedir limosna. Y se llenaron de estupor y
asombro por lo
sucedido.

Discurso de San Pedro en el Templo
(3,11-26)

11 Como él sujetaba a Pedro y a Juan, todo el pueblo lleno de
sorpresa corrió hacia ellos al pórtico llamado de Salomón. 12 Al ver
aquello, Pedro dijo al pueblo:
—Israelitas, ¿por qué os admiráis de esto, o por qué nos miráis
como si
hubiéramos hecho andar a este hombre por nuestro poder o piedad? 13 *El
Dios de
Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, el Dios de nuestros padres*,
ha glorificado a su Hijo Jesús, a quien vosotros entregasteis y negasteis
en presencia
de Pilato, cuando éste había decidido soltarle. 14 Vosotros negasteis al
Santo y al Justo, y pedisteis que os indultaran a un homicida; 15 matasteis
al autor de la vida, a quien Dios resucitó de entre los muertos, de lo cual
nosotros somos testigos. 16 Y
por la fe en su nombre, a éste que veis y conocéis, su nombre le
restableció, y la fe
que viene de él le dio la completa curación ante todos vosotros.
17 »Ahora bien, hermanos, sé que obrasteis por ignorancia, lo
mismo que vuestros jefes. 18 Pero Dios cumplió así lo que había
anunciado de antemano por boca de todos los profetas: que su Cristo
padecería. 19 Arrepentíos, por tanto, y convertíos, para que sean
borrados vuestros pecados, 20 de modo que vengan del
Señor los tiempos de la consolación, y envíe al Cristo que ha sido
predestinado para
vosotros, a Jesús, 21 a quien es preciso que el cielo lo retenga hasta el
tiempo de la
restauración de todas las cosas, de las que Dios habló por boca de sus
santos
profetas desde antiguo. 22 Moisés, en efecto, dijo: *El Señor Dios vuestro os
suscitará de entre vuestros hermanos un profeta como yo; le escucharéis
en todo lo*

que os diga. [23] *Y sucederá que todo el que no escuche a aquel profeta será exterminado del pueblo*. [24] Todos los profetas desde Samuel y los que vinieron
después, cuantos hablaron, anunciaron estos días.
[25] »Vosotros sois los hijos de los profetas y de la alianza que Dios estableció
con vuestros padres cuando le dijo a Abrahán: *En tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la tierra*. [26] Al suscitar a su Hijo, Dios lo ha enviado
en primer lugar a vosotros, para bendeciros cuando cada uno se convierta de sus maldades.

Prisión de San Pedro y de San Juan
(4,1-22)

4

1 Mientras hablaban ellos al pueblo se les presentaron los sacerdotes, el
jefe de la guardia del Templo y los saduceos, 2 molestos porque
enseñaban al pueblo y anunciaban en Jesús la resurrección de los muertos.
3 Les prendieron y metieron en la cárcel hasta el día siguiente, porque ya
había anochecido. 4 Muchos de los que habían oído la palabra creyeron, y
el número de los hombres llegó a ser de unos cinco mil.

Declaración ante el Sanedrín

5 Al día siguiente se reunieron en Jerusalén los jefes de los judíos, los
ancianos y los escribas, 6 así como Anás, el sumo sacerdote, Caifás, Juan,
Alejandro y todos los que eran de la familia de los príncipes de los
sacerdotes. 7 Les hicieron comparecer en el centro y les preguntaron:

—¿Con qué poder o en nombre de quién habéis hecho vosotros esto?

8 Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les respondió:

—Jefes del pueblo y ancianos, 9 si nos interrogáis hoy sobre el bien
realizado a un hombre enfermo, y por quién ha sido sanado, 10 quede
claro a todos vosotros y
a todo el pueblo de Israel que ha sido por el nombre de Jesucristo
Nazareno, a
quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos;
por él se
presenta éste sano ante vosotros. 11 Él es *la piedra que, rechazada por
vosotros los
constructores, ha llegado a ser la piedra angular*.
12 »Y en ningún otro está la salvación; pues no hay ningún otro
nombre bajo
el cielo dado a los hombres, por el que tengamos que ser salvados.
13 Al ver la libertad con que hablaban Pedro y Juan, como sabían que
eran
hombres sin letras y sin cultura, estaban admirados, puesto que los
reconocían
como los que habían estado con Jesús; 14 y viendo de pie con ellos al
hombre que había sido curado, nada podían oponer. 15 Les mandaron salir
fuera del Sanedrín, y
deliberaban entre sí:
16 —¿Qué vamos a hacer con estos hombres? Porque es público entre
todos
los habitantes de Jerusalén que por medio de ellos se ha realizado un signo
evidente, y no podemos negarlo. 17 Pero para que no se divulgue más
entre el
pueblo, vamos a intimidarles a que no hablen más a nadie en este nombre.
18 Y les hicieron llamar y les ordenaron que de ningún modo hablaran ni
enseñaran en el nombre de Jesús. 19 Pedro y Juan, sin embargo, les
respondieron:

—Juzgad si es justo delante de Dios obedeceros a vosotros más que a
Dios;
20 porque nosotros no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y
oído.
21 Ellos, después de amenazarles de nuevo, los soltaron, sin saber
cómo castigarlos a causa del pueblo, porque todos glorificaban a Dios
por lo ocurrido; 22
pues el hombre en quien se había realizado esta curación milagrosa tenía
más de
cuarenta años.

Acción de gracias y oración de la Iglesia
(4,23-31)

23 Puestos en libertad, vinieron a los suyos y les contaron lo que los
príncipes

de los sacerdotes y los ancianos les habían dicho. 24 Ellos, al oírlo,
elevaron unánimes la voz a Dios y dijeron:
—Señor, Tú eres el que *hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos*, 25 el que por el Espíritu Santo, por boca de nuestro padre David tu siervo,
dijiste:

¿Por qué se han amotinado las naciones,
y los pueblos han tramado empresas
vanas?
26 *Se han alzado los reyes de la tierra,*
y los príncipes se han
aliado contra el Señor y contra
su Cristo.

27 »Pues bien, en esta ciudad, Herodes y Poncio Pilato, con las naciones y con los pueblos de Israel, se aliaron contra tu santo Hijo Jesús, al que ungiste, 28 para llevar a cabo cuanto tu mano y tu designio habían previsto que ocurriera. 29
Ahora, Señor, mira sus amenazas y concede a tus servidores que puedan proclamar
tu palabra con libertad; 30 y extiende la mano para que se realicen curaciones,
milagros y prodigios por el nombre de tu santo Hijo Jesús.
31 Cuando terminaron su oración, tembló el lugar en el que estaban reunidos
y todos quedaron llenos del Espíritu Santo, y proclamaban la palabra de Dios con libertad.

Vida de los primeros cristianos
(4,32-37)

32 La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma, y nadie consideraba como suyo lo que poseía. sino que compartían todas las cosas. 33 Con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús; y en todos ellos había abundancia de gracia.
34 No había entre ellos ningún necesitado, porque los que eran dueños de campos o casas los vendían, llevaban el precio de la venta 35 y lo ponían a los pies de los apóstoles; luego se repartía a cada uno según sus necesidades. 36 Así, José, a quien los apóstoles dieron el sobrenombre de Bernabé –que significa «Hijo de la consolación»–, levita y chipriota de nacimiento, 37 tenía un campo, lo vendió, trajo el dinero y lo puso a los pies de los apóstoles.

El engaño de Ananías y Safira (5,1-11)

5

1 Un hombre que se llamaba Ananías, junto con su mujer Safira, vendió un campo.
2 De acuerdo con ella, se quedó con parte del precio y trayendo el resto lo puso a los pies de los apóstoles. 3 Entonces dijo Pedro:
—Ananías, ¿por qué Satanás llenó tu corazón para que mintieses al

Espíritu
Santo y te quedaras con parte del precio del campo? 4 ¿Acaso no era tuyo mientras
lo tenías y, en cuanto lo vendiste, no permanecía el precio en tu poder?
¿Por qué has admitido esta acción en tu corazón? No has mentido a los
hombres, sino a Dios.
5 Al oír Ananías estas palabras cayó en tierra y expiró. Un
gran temor sobrecogió a todos los que lo oyeron. 6 Se levantaron algunos jóvenes, lo
amortajaron y lo llevaron a enterrar.
7 Pasaron unas tres horas y entró su mujer, que no sabía lo ocurrido. 8
Pedro

se dirigió a ella:
—Dime, ¿habéis vendido el campo por esa
cantidad? Ella dijo:
—Sí, por esa.
9 Pedro le replicó:
—¿Cómo es que os pusisteis de acuerdo para tentar al Espíritu del Señor? Mira, los pies de los que han enterrado a tu marido están a la puerta, y te llevarán a
ti.
10 Al instante cayó a sus pies y expiró. Al entrar los jóvenes la encontraron muerta y la llevaron a enterrar junto a su marido. 11 Un gran temor llenó a toda la Iglesia y a todos los que oyeron estas cosas.

Crecimiento de la Iglesia
(5,12-16)

12 Por mano de los apóstoles se obraban muchos milagros y prodigios
entre
el pueblo. Se reunían todos con un mismo espíritu en el pórtico de Salomón; 13 pero ninguno de los demás se atrevía a unirse a ellos, aunque el pueblo los alababa. 14
Se adherían cada vez más creyentes en el Señor, multitud de hombres y de mujeres, 15 hasta el punto de que sacaban los enfermos a las plazas y los ponían en
lechos y camillas para que, al pasar Pedro, al menos su sombra alcanzase a alguno
de ellos. 16 Acudía también mucha gente de las ciudades vecinas a Jerusalén,
traían enfermos y poseídos por espíritus impuros, y todos ellos eran curados.

Nuevo encarcelamiento de los Apóstoles y milagrosa liberación (5,17-33)

17 El sumo sacerdote y todos los que le acompañaban, que eran de la secta de los saduceos, se levantaron llenos de envidia. 18 Prendieron a los apóstoles y los metieron en la prisión pública. 19 Pero un ángel del Señor abrió de noche las puertas de la cárcel, los sacó y les dijo:
20 —Salid, presentaos en el Templo y predicad al Pueblo toda la
doctrina que
concierne a esta Vida.
21 Después de haberlo escuchado, entraron de madrugada en el
Templo y
comenzaron a enseñar.
En cuanto llegaron el sumo sacerdote y los que le acompañaban, convocaron el Sanedrín y todo el consejo de ancianos de los hijos de Israel y enviaron a
buscarlos a la prisión. 22 Pero al llegar los alguaciles no los encontraron en la cárcel,
y regresaron y comunicaron la noticia:
23 —Hemos encontrado la cárcel cerrada, bien custodiada, y a los
centinelas

firmes ante las puertas; pero al abrir no hemos encontrado a nadie dentro.
24 Cuando oyeron estas palabras el oficial del Templo y los príncipes
de los sacerdotes, se quedaron perplejos por lo que habría sido de ellos. 25
Llegó uno y les
anunció:
—Los hombres que metisteis en la cárcel están en el Templo y
siguen enseñando al pueblo.

Los Apóstoles ante el Sanedrín

26 Entonces fue el oficial con los alguaciles y los trajo, no por
la fuerza, porque tenían miedo de que el pueblo les apedrease. 27
Los condujeron y

presentaron al Sanedrín. El sumo sacerdote les interrogó:
28 —¿No os habíamos mandado expresamente que no enseñaseis en ese
nombre? En cambio, vosotros habéis llenado Jerusalén con vuestra
doctrina y queréis hacer recaer sobre nosotros la sangre de ese
hombre.
29 Pedro y los apóstoles respondieron:
—Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. 30 El Dios de
nuestros padres ha resucitado a Jesús, al que vosotros matasteis
colgándolo de un madero.
31 A éste lo exaltó Dios a su derecha, como Príncipe y Salvador, para
otorgar a
Israel la conversión y el perdón de los pecados. 32 Y de estas cosas somos
testigos
nosotros y el Espíritu Santo, que Dios ha dado a todos los que le obedecen.
33 Al oír esto se enfurecieron y querían matarlos.

Intervención de Gamaliel
(5,34-42)

34 Pero un fariseo llamado Gamaliel, maestro de la Ley y estimado
por todo el pueblo, se levantó en el Sanedrín y mandó hacer salir un
momento a aquellos hombres. 35 Y les dijo:
—Israelitas, tened cuidado de lo que vais a hacer con estos
hombres. 36
Porque hace poco se levantó Teudas, que decía ser alguien, y se le
unieron unos cuatrocientos hombres; lo mataron y todos sus seguidores
se disgregaron y
quedaron en nada. 37 Después de él se levantó Judas el Galileo en los días
del
empadronamiento, y arrastró al pueblo tras de sí; murió también y todos
sus
seguidores se dispersaron. 38 Así pues, os digo ahora: desentendeos de
estos
hombres y dejadlos, porque si este designio o esta obra procede de
hombres se
disolverá; 39 pero si procede de Dios no podréis acabar con ellos; no sea
que os
vayáis a encontrar combatiendo contra Dios.
Ellos se mostraron de acuerdo con él.

Flagelación de los Apóstoles

40 Entonces llamaron a los apóstoles, los azotaron, les ordenaron
no hablar en el nombre de Jesús y los soltaron. 41 Ellos salían gozosos de
la presencia del Sanedrín, porque habían sido dignos de ser ultrajados a
causa del Nombre. 42
Todos los días, en el Templo y en las casas, no cesaban de enseñar y
anunciar el
Evangelio de Cristo Jesús.

IV. LOS «DIÁCONOS» Y SAN ESTEBAN
(6,1-7-60)

Elección de los Siete
(6,1-7)

6

1 En aquellos días, al crecer el número de los discípulos, se levantó una
queja de los helenistas contra los hebreos, porque sus viudas estaban
desatendidas en la asistencia diaria. 2 Los doce convocaron a la multitud
de los discípulos y les dijeron:

—No es conveniente que nosotros abandonemos la palabra de Dios
para

servir las mesas. 3 Escoged, hermanos, de entre vosotros a siete hombres
de buena fama, llenos de Espíritu y de sabiduría, a los que designemos
para este servicio. 4
Mientras, nosotros nos dedicaremos asiduamente a la oración y al
ministerio de la
palabra.
5 La propuesta agradó a toda la asamblea y eligieron a Esteban,
hombre lleno
de fe y del Espíritu Santo, a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a Timón, a
Parmenas y a
Nicolás, prosélito de Antioquía. 6 Los presentaron ante los apóstoles y
orando les
impusieron las manos.
7 La palabra de Dios se propagaba, y aumentaba considerablemente
el
número de discípulos en Jerusalén, y gran cantidad de sacerdotes
obedecían a la fe.

Prisión de San Esteban
(6,8-15)

8 Esteban, lleno de gracia y de poder, hacía grandes prodigios y
señales entre el pueblo. 9 Se levantaron a discutir con Esteban algunos de
la sinagoga llamada de los libertos, de los cirenenses y alejandrinos, con
otros de Cilicia y Asia. 10 Pero no podían resistir la sabiduría y el Espíritu
con que hablaba. 11 Sobornaron entonces a unos hombres que dijeron:
—Nosotros le hemos oído proferir palabras blasfemas contra Moisés y
contra
Dios.
12 Amotinaron al pueblo, a los ancianos y a los escribas, y se
presentaron de
improviso para prenderle y llevarlo ante el Sanedrín. 13 Presentaron
testigos falsos que decían:
—Este hombre no deja de proferir palabras contra este lugar santo y
contra la
Ley. 14 Porque le hemos oído decir que ese Jesús, el Nazareno, destruirá
este lugar
y cambiará las costumbres que nos ha transmitido Moisés.
15 Y al fijarse en él todos los que estaban sentados en el Sanedrín
vieron que
su rostro era como el de un ángel.

Discurso de San Esteban ante el Sanedrín (7,1-53)

7

1 Preguntó entonces el sumo sacerdote:
—¿Es esto así?
2 Él respondió:
—Hermanos y padres, escuchad: el Dios de la gloria se apareció a
nuestro

padre Abrahán cuando estaba en Mesopotamia, antes de que habitase en
Jarán, [3] *y le dijo: «Sal de tu tierra y de tu familia y vete a la tierra que te*
mostraré». [4]
Entonces salió de la tierra de los caldeos y habitó en Jarán. De allí, después de
morir su padre, Dios lo trasladó a esta tierra en la que vosotros habitáis
ahora. [5] No
le dio en ella heredad, ni siquiera el espacio de un pie, sino que prometió
dársela en
posesión a él y, aunque no tenía hijos, *a su descendencia después de él*. [6]
Dios le
habló así: *Tus descendientes morarán en tierra extranjera, y los*
esclavizarán y
maltratarán durante cuatrocientos años. [7] También dijo Dios: *Yo juzgaré a*
las
naciones de las que han sido esclavos, y después saldrán y me darán culto
en este

lugar. 8 Entonces le dio la alianza de la circuncisión; y así, cuando
engendró a Isaac, le circuncidó al octavo día, e Isaac a Jacob, y Jacob a los
doce patriarcas. 9 Los patriarcas, envidiosos de José, lo vendieron con
destino a Egipto; pero Dios estaba con él, 10 y le libró de todas sus
tribulaciones, *y le dio gracia* y sabiduría *ante el Faraón rey de Egipto, que
lo constituyó gobernador de Egipto y de toda su casa*. 11
Vino luego hambre y gran tribulación sobre todo Egipto y Canaán, y
nuestros padres no encontraban alimento. 12 Oyó Jacob que había trigo en
Egipto y envió a nuestros padres una primera vez; 13 en la segunda, José
se dio a conocer a sus hermanos, y así llegó a conocimiento del Faraón el
linaje de José. 14 Éste envió a buscar a su padre Jacob y a toda su familia,
que eran setenta y cinco personas. 15 Jacob bajó a
Egipto, donde murieron él y nuestros padres. 16 Y fueron trasladados a
Siquén y
colocados en el sepulcro que compró Abrahán a precio de plata a los hijos
de
Hemmor, en Siquén.
17 »Conforme se acercaba el tiempo de la promesa que Dios había
jurado a Abrahán, el pueblo creció y se multiplicó en Egipto, 18 hasta que
se alzó sobre Egipto, otro rey que no conocía a José. 19 Usando de malas
artes contra nuestra
gente, este rey maltrató a nuestros padres para que abandonaran a sus
hijos, de
modo que no sobreviviesen. 20 En este tiempo nació Moisés, que era
grato a Dios; fue criado durante tres meses en la casa de su padre; 21 y
al ser abandonado lo recogió la hija del Faraón y lo crió como hijo suyo.
22 Moisés fue educado según toda la sabiduría de los egipcios, y era
poderoso en palabras y obras. 23 Cuando
llegó a la edad de cuarenta años sintió deseos de visitar a sus hermanos,
los hijos
de Israel. 24 Al ver que uno de ellos era maltratado, salió en su defensa y
vengó al oprimido matando al egipcio. 25 Él pensaba que sus hermanos
entenderían que Dios les iba a salvar por mediación de él; pero ellos no lo
comprendieron. 26 Al día
siguiente, se les presentó mientras reñían, e intentaba poner paz entre
ellos
diciéndoles: «¡Hombres, sois hermanos! ¿Por qué os maltratáis?» 27 Pero el
que
maltrataba a su compañero le rechazó diciendo: *¿Quién te ha nombrado
jefe y juez
nuestro?* 28 *¿Acaso quieres matarme, lo mismo que mataste ayer al
egipcio?* 29 Ante
estas palabras Moisés huyó y vivió como extranjero en tierras de
Madián, donde tuvo dos hijos.
30 »Después de cuarenta años *se le apareció un ángel en el desierto
del monte* Sinaí, *en la llama de una zarza que ardía*. 31 Moisés, al verlo, se
admiró de la visión, y cuando se acercaba para mirar se oyó la voz del
Señor: 32 *Yo soy el Dios
de tus padres, el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob*. Moisés, asustado,
no se

atrevía a mirar. 33 *Entonces le dijo el Señor: «Quítate las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra santa*. 34 *Me he fijado en la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, he escuchado su lamento y he bajado a liberarlo. Y ahora ven, que voy a enviarte a Egipto»*.

35 »A este Moisés, a quien rechazaron diciéndole: *¿Quién te ha nombrado jefe y juez?*, Dios lo envió como jefe y libertador por medio del ángel que se le apareció en la zarza. 36 Él los sacó haciendo prodigios y señales en la tierra de Egipto, en el mar Rojo y en el desierto durante cuarenta años. 37 Este es Moisés, el que les dijo a los hijos de Israel: *Dios os suscitará de entre vuestros hermanos un profeta como yo*. 38 Él es el que estuvo en la asamblea del desierto con el ángel que le hablaba en el monte Sinaí y con nuestros padres; el que recibió palabras de vida

para entregárnoslas; [39] a quien no quisieron obedecer nuestros padres,
sino que le rechazaron y en sus corazones se volvieron hacia Egipto, [40]
diciendo a Aarón: *Haznos dioses que vayan delante de nosotros, porque a
ese Moisés que nos sacó de la tierra de Egipto no sabemos qué le ha
ocurrido*. [41] Aquellos mismos días hicieron un becerro, sacrificaron una
víctima al ídolo y se regocijaban en las obras de sus manos. [42] Dios se
apartó de ellos y los abandonó a dar culto al ejército del cielo, como está
escrito en el libro de los Profetas:

¿Acaso me ofrecisteis víctimas y
sacrificios en el desierto durante
cuarenta años,
casa de Israel?
[43] *Entonces transportasteis el tabernáculo de Moloc*
y la estrella de vuestro dios Refán,
las imágenes que forjasteis para adorarlas;
pero yo os desterré más allá de Babilonia.

[44] »Nuestros padres tenían en el desierto el Tabernáculo del
Testimonio, tal y
como el que hablaba con Moisés le había ordenado que lo hiciera según el
modelo
que había visto. [45] Y después de que fuera traspasado a nuestros padres,
lo
condujeron bajo Josué en la ocupación de la tierra de los gentiles, a los que
Dios
expulsó de la presencia de nuestros padres hasta los días de David. [46]
Este halló gracia delante de Dios y pidió encontrar una morada para el
Dios de Jacob. [47] Pero fue Salomón quien le edificó una casa. [48] Sin
embargo, el Altísimo no habita en
casas construidas por manos de hombre, como dice el profeta:

[49] *Mi trono es el cielo,*
y la tierra el escabel de mis pies.
¿Qué casa me edificaréis a Mí?, dice el Señor,
¿o cuál será el sitio de mi descanso?
[50] *¿No ha hecho mi mano todas estas cosas?*

[51] »¡Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos! ¡Vosotros
os estáis siempre resistiendo al Espíritu Santo: como vuestros padres así
también vosotros!
[52] ¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres? Asesinaron a los que
anunciaban la venida del Justo, del que ahora vosotros habéis sido
traidores y
asesinos, [53] los que recibisteis la Ley por ministerio de ángeles y no la
guardasteis.

Martirio de San Esteban
(7,54-60)

[54] Al oír esto ardían de ira en sus corazones y rechinaban los dientes
contra él. [55] Pero él, lleno del Espíritu Santo, miró fijamente al cielo y vio
la gloria de Dios y a Jesús de pie a la diestra de Dios, [56] y dijo:

—Mirad, veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre de pie a la
diestra de
Dios.

57 Entonces clamaron a voz en grito, se taparon los oídos y se lanzaron a una
contra él. 58 Lo sacaron fuera de la ciudad y le lapidaron. Los testigos
dejaron sus mantos a los pies de un joven llamado Saulo, 59 y se
pusieron a lapidar a Esteban, que oraba diciendo:
—Señor Jesús, recibe mi espíritu.
60 Puesto de rodillas clamó con fuerte voz:
—Señor, no les tengas en cuenta este
pecado. Y con estas palabras murió.

1a Saulo aprobaba su muerte.

SEGUNDA PARTE
EXPANSIÓN DE LA IGLESIA FUERA DE JERUSALÉN
(§ 8,1-12,25)

V. LA IGLESIA EN SAMARÍA
(8,1-40)

Persecución contra la Iglesia (8,1-4)

8

1b Se desató aquel día una gran persecución contra la iglesia de Jerusalén,
y todos, excepto los apóstoles, se dispersaron por las regiones de Judea y
Samaría. 2 Unos varones piadosos enterraron a Esteban e hicieron un gran
duelo por él. 3 Por su parte, Saulo hacía estragos en la Iglesia, iba de casa
en casa, apresaba a hombres
y mujeres y los metía en la cárcel.
4 Los que se habían dispersado iban de un lugar a otro anunciando la
palabra
del Evangelio.

Predicación de Felipe en Samaría
(8,5-8)

5 Felipe bajó a la ciudad de Samaría y les predicaba a Cristo. 6 La
muchedumbre atendía unánime a lo que decía Felipe, al oír y ver los signos
milagrosos que realizaba, 7 pues los espíritus impuros salían, con grandes
voces, de
muchos que estaban poseídos por ellos, y muchos paralíticos y cojos eran
curados.
8 Hubo gran alegría en aquella ciudad.

Simón el mago (8,9-13)

9 Un hombre que se llamaba Simón había ejercido la magia en la
ciudad y había embaucado a la gente de Samaría diciéndoles que era
alguien grande. 10
Todos, del menor al mayor, le prestaban atención y decían:
—Éste es la Potencia de Dios, llamada la Grande.
11 Le escuchaban porque desde hacía tiempo los había seducido con
sus magias. 12 Pero cuando empezaron a creer a Felipe, que les anunciaba
el Evangelio
del Reino de Dios y el nombre de Jesucristo, hombres y mujeres
comenzaron a
bautizarse. 13 Entonces creyó también el propio Simón y, después de ser

bautizado,
seguía asiduamente a Felipe. Veía los signos milagrosos y los grandes prodigios que se realizaban, y se llenaba de admiración.

San Pedro y San Juan en Samaría
(8,14-25)

14 Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que
Samaría había recibido la palabra de Dios, les enviaron a Pedro y a Juan. 15
Éstos, nada más
llegar, rezaron por ellos, para que recibieran el Espíritu Santo, 16 pues aún
no había

descendido sobre ninguno de ellos, sino que sólo estaban bautizados en el nombre del Señor Jesús. 17 Entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo.

El pecado de simonía

18 Al ver Simón que por la imposición de manos de los apóstoles se confería el Espíritu Santo, les ofreció dinero.
19 —Dadme también a mí ese poder, para que cualquiera a quien yo imponga las manos reciba el Espíritu Santo.
20 Pero Pedro le respondió:
—Que tu dinero vaya contigo a la perdición, por pensar que con dinero se puede conseguir el don de Dios. 21 No tienes parte ni herencia alguna en esta empresa, porque tu corazón no es recto ante Dios. 22 Por tanto, arrepiéntete de esta iniquidad tuya y suplica al Señor para ver si se te perdona este pensamiento de tu corazón; 23 pues veo que estás lleno de maldad y atado por cadenas de iniquidad.
24 Respondió Simón:
—Rogad vosotros por mí al Señor, para que no me sobrevenga nada de lo que habéis dicho.
25 En cuanto dieron testimonio y predicaron la palabra del Señor, emprendieron regreso a Jerusalén y evangelizaban muchos lugares de samaritanos.

Bautismo del eunuco etíope
(8,26-40)

26 Un ángel del Señor le habló a Felipe:
—Levántate y vete hacia el sur, a la ruta que baja de Jerusalén a Gaza y que está desierta.
27 Se levantó y se puso en camino. En esto, un hombre de Etiopía, eunuco, dignatario de Candace –la reina de Etiopía– y superintendente de su tesoro, que había venido a Jerusalén para adorar a Dios, 28 volvía sentado en su carro leyendo al profeta Isaías. 29 Le dijo entonces el Espíritu a Felipe:
—Acércate y ponte al lado de ese carro.
30 Corrió Felipe a su lado y oyó que leía al profeta Isaías. Entonces le dijo:
—¿Entiendes lo que lees?
31 Él respondió:
—¿Cómo lo voy a entender si no me lo explica alguien?
Rogó entonces a Felipe que subiera y se sentase junto a él. 32 El pasaje de la Escritura que iba leyendo era el siguiente:

Como oveja fue llevado al matadero,
y como mudo cordero ante el

esquilador, así no abrió la
boca.
33 *En su humillación se le negó la justicia.*
¿Quién hablará de su
posteridad?, ya que su vida es
arrebatada de la tierra.
34 El eunuco le dijo a Felipe:
—Te ruego que me digas de quién dice esto el profeta: ¿de sí mismo o de algún otro?
35 Entonces Felipe tomó la palabra y, comenzando por este pasaje, le anunció el Evangelio de Jesús. 36 Mientras iban por el camino llegaron a un lugar
donde había agua, y le dijo el eunuco:

—Aquí hay agua, ¿qué impide que yo sea bautizado? (37)
38 Mandó detener el carro y bajaron los dos, Felipe y el eunuco,
hasta el agua. Y le bautizó. 39 Cuando salieron del agua, el Espíritu del
Señor arrebató a Felipe y no le vio más el eunuco, que siguió alegre su
camino. 40 Felipe se encontró
en Azoto y anunciaba el Evangelio a todas las ciudades por donde pasaba,
hasta
que llegó a Cesarea.

VI. VOCACIÓN DE SAN PABLO (9,1-31)

Saulo, camino de Damasco (9,1-19)

9

1 Saulo, respirando todavía amenazas y muerte contra los discípulos del
Señor, se presentó ante el sumo sacerdote 2 y le pidió cartas para las
sinagogas de Damasco, con el fin de llevar detenidos a Jerusalén a
cuantos encontrara, hombres y mujeres, seguidores del Camino. 3 Pero
mientras se dirigía allí, al acercarse a Damasco, de repente le envolvió de
resplandor una luz del cielo. 4 Cayó al suelo y oyó una voz que le decía:
—Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?
5 Respondió:
—¿Quién eres tú,
Señor? Y él:
—Yo soy Jesús, a quien tú persigues. 6 Levántate, entra en la ciudad y
se te
dirá lo que tienes que hacer.
7 Los hombres que le acompañaban se detuvieron estupefactos,
puesto que oían la voz pero no veían a nadie. 8 Se levantó Saulo del
suelo y, aunque tenía abiertos los ojos, no veía nada. Le condujeron de la
mano a Damasco, 9 donde
estuvo tres días sin vista y sin comer ni beber.

Ananías bautiza a Saulo

10 Había en Damasco un discípulo, de nombre Ananías, a quien
el Señor habló en una visión:
—¡Ananías!
Él
respondió:
—Aquí estoy, Señor.
11 El Señor le dijo:
—Levántate y vete a la calle que se llama Recta, y busca en casa de
Judas a
uno de Tarso, de nombre Saulo, que está orando 12 —y vio Saulo en una
visión que
un hombre llamado Ananías entraba y le imponía las manos, para que

recobrase la vista.
13 —Señor –respondió Ananías–, he oído a muchos cuánto mal ha
causado este hombre a tus santos en Jerusalén, 14 y que tiene aquí
poderes de los príncipes
de los sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre.
15 El Señor le dijo:

—Vete, porque éste es mi instrumento elegido para llevar mi nombre ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel. 16 Yo le mostraré lo que deberá sufrir a causa de mi nombre.

17 Marchó Ananías, entró en la casa, le impuso las manos y dijo:

—Saulo, hermano, me ha enviado el Señor Jesús, el que se te apareció en el camino por donde venías, para que recobres la vista y te llenes del Espíritu Santo.

18 Al instante cayeron de sus ojos una especie de escamas y recobró la vista;
se levantó y fue bautizado, 19 y tomando algo de comer recuperó las fuerzas.

Inicio de la actividad apostólica de San Pablo
(9,19-31)

Estuvo algunos días con los discípulos que había en Damasco, 20 y enseguida empezó a predicar a Jesús en las sinagogas:

—Éste es el Hijo de Dios.

21 Todos los que le oían se asombraban y decían:

—¿Pero no es éste el que atacaba en Jerusalén a los que invocaban este nombre, y que vino aquí para llevarlos detenidos ante los príncipes de los sacerdotes?

22 Saulo cobraba cada vez más fuerza y desconcertaba a los judíos que
habitaban en Damasco, demostrando que Jesús es el Cristo.

Huida de San Pablo

23 Muchos días después, los judíos tomaron la decisión de matarlo; 24 pero Saulo se enteró de sus insidias. Y aunque vigilaban día y noche las puertas de la ciudad para acabar con él, 25 sus discípulos lo tomaron una noche y lo descolgaron por la muralla en una espuerta.

San Bernabé y San Pablo, en Jerusalén con los Apóstoles

26 Cuando llegó a Jerusalén intentaba unirse a los discípulos; pero todos le temían, porque no creían que fuera discípulo. 27 Sin embargo, Bernabé se lo llevó con él, lo condujo a los apóstoles y les contó cómo en el camino había visto al Señor, y que le había hablado, y cómo en Damasco había predicado abiertamente en el nombre de Jesús. 28 Entonces entraba y salía con ellos en Jerusalén, hablando claramente en el nombre del Señor. 29 Conversaba también y disputaba con los helenistas; y éstos intentaban matarle. 30 Cuando los hermanos lo supieron, lo llevaron a Cesarea y lo enviaron a Tarso.

Crecimiento de la Iglesia

31 La Iglesia gozaba de paz por toda Judea, Galilea y Samaría. Se

consolidaba y caminaba en el temor del Señor y crecía con el consuelo del Espíritu Santo.

VII. ACTIVIDAD DE SAN PEDRO (9,32-12,25)

San Pedro cura en Lida a un paralítico (9,32-35)

32 Mientras recorría Pedro todos los lugares, llegó hasta los santos
que vivían en Lida. 33 Encontró allí a un hombre llamado Eneas, que era
paralítico y llevaba ocho años postrado en cama. 34 Pedro le dijo:
—¡Eneas!, Cristo Jesús te cura. Levántate y deja listo tu lecho.
Inmediatamente se levantó. 35 Lo vieron todos los que vivían en Lida
y Sarón
y se convirtieron al Señor.

San Pedro resucita en Jope a Tabita
(9,36-43)

36 Había en Jope una discípula llamada Tabita –que traducido significa
«Gacela»–, que hacía muchísimas buenas obras y limosnas. 37 Aconteció
por
aquellos días que cayó enferma y murió. Después de lavarla, la colocaron
en la
estancia superior. 38 Como Lida está cerca de Jope, al oír los discípulos que
Pedro
se encontraba allí, enviaron a dos hombres para rogarle:
—No tardes en venir junto a nosotros.
39 Pedro se levantó y fue con ellos. En cuanto llegó, le condujeron a la
estancia superior y le rodearon todas las viudas, que lloraban y mostraban
las
túnicas y los mantos que Gacela les había confeccionado cuando vivía con
ellas. 40
Pedro hizo salir a todos, se puso de rodillas y oró. Después, vuelto hacia
el cuerpo, dijo:
—Tabita, levántate.
Ella abrió los ojos y al ver a Pedro se incorporó. 41 Dándole la mano la
levantó, llamó a los santos y a las viudas, y se la presentó con vida.
42 El hecho se supo en toda Jope y muchos creyeron en el Señor. 43
Pedro se
quedó en Jope bastantes días, en casa de un tal Simón, que era curtidor.

Visión del centurión Cornelio (10,1-48)

10

1 Un hombre de Cesarea llamado Cornelio, centurión de la cohorte
denominada Itálica, 2 piadoso y temeroso de Dios con toda su casa, que
daba muchas limosnas al pueblo y oraba a Dios sin cesar, 3 vio
claramente en una visión, hacia la hora nona del día, al ángel de Dios que
llegaba hasta él y le decía:
—¡Cornelio!
4 Él le miró fijamente y, sobrecogido de temor, dijo:
—¿Qué ocurre,
señor? Y le
respondió:
—Tus oraciones y limosnas han subido como memorial ante la
presencia del

Señor. [5] Envía ahora unos hombres a Jope y haz venir a un tal Simón,
de sobrenombre Pedro, [6] que se hospeda en casa de otro Simón,
curtidor, que vive
junto al mar.
[7] En cuanto se retiró el ángel que le hablaba, llamó a dos criados
y a un soldado piadoso de los que estaban a sus órdenes, [8] les refirió
todo y los envió a
Jope.

Éxtasis de San Pedro

9 Al día siguiente, mientras ellos iban de camino y se acercaban a
la ciudad, subió Pedro a la azotea, hacia la hora sexta, para orar. 10
Sintió hambre y quiso tomar algo. Mientras se lo preparaban le sobrevino
un éxtasis, 11 y vio el cielo abierto y cierto objeto como un gran mantel
con cuatro puntas, que descendía y se
posaba sobre la tierra. 12 En él estaban todos los cuadrúpedos, reptiles de
la tierra y aves del cielo. 13 Y le llegó una voz:
—¡Levántate, Pedro, mata y come!
14 Pero Pedro replicó:
—De ningún modo, Señor, porque jamás comí nada profano e impuro.
15 Y la misma voz por segunda vez:
—Lo que Dios ha purificado no lo llames tú profano.
16 Esto ocurrió tres veces y enseguida el objeto fue elevado al cielo.
17
Mientras Pedro cavilaba qué podría significar la visión que había tenido, los
hombres
enviados por Cornelio, tras localizar la casa de Simón, se presentaron en el
porche.
18 Después de llamar preguntaron si allí se hospedaba Simón, por
sobrenombre
Pedro. 19 Mientras Pedro seguía pensando en la visión, le dijo el Espíritu:
—Mira, te buscan tres hombres. 20 Levántate, baja y vete con ellos sin
ningún
reparo, porque los he enviado yo.
21 Bajó Pedro al encuentro de los hombres y les dijo:
—Yo soy el que buscáis. ¿Cuál es el motivo de que hayáis venido?
22 Ellos respondieron:
—El centurión Cornelio, hombre justo y temeroso de Dios, acreditado
por toda la población judía, recibió aviso de un santo ángel para hacerte
venir a su casa y escuchar tus palabras.
23 Entonces les invitó y les dio hospedaje.

San Pedro, en casa del centurión

Al día siguiente se levantó y partió con ellos. Les acompañaban
algunos hermanos de Jope. 24 Entró en Cesarea al otro día. Cornelio,
después de haber reunido a sus parientes y amigos más íntimos, les
estaba esperando. 25 En el momento en que entraba Pedro, salió
Cornelio a su encuentro y, postrándose, le adoró. 26 Pero Pedro le
incorporó diciendo:
—Levántate, que también yo soy un simple hombre. 27 Y
conversando con él pasó adentro y encontró a muchas personas
reunidas. 28 Y les dijo:
—Vosotros sabéis qué está prohibido para un judío juntarse o
acercarse a un
extranjero; pero Dios me ha enseñado a no llamar profano a ningún
hombre. 29 Por
eso he venido sin vacilación en cuanto me habéis llamado. Ahora os
pregunto por qué motivo me habéis mandado llamar.

30 Cornelio dijo:
—Hoy hace cuatro días estaba yo orando en mi casa a la hora nona y se
presentó ante mí un varón de brillante vestidura, 31 y me dijo: «¡Cornelio!,
tu oración ha sido oída y tus limosnas han sido recordadas en la presencia
de Dios. 32 Manda
emisarios a Jope y haz llamar a Simón, de sobrenombre Pedro, que se hospeda en
casa de Simón el curtidor, junto al mar». 33 Enseguida te envié emisarios, y tú has
hecho bien en venir. Ahora todos nosotros estamos aquí en la presencia de
Dios

para escuchar lo que te ha ordenado el Señor.

Predicación de San Pedro a Cornelio

34 Pedro comenzó a hablar:
—En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, 35
sino que en cualquier pueblo le es agradable todo el que le teme y obra la
justicia. 36 Ha
enviado su palabra a los hijos de Israel, anunciando el Evangelio de la paz
por
medio de Jesucristo, que es Señor de todos.
37 »Vosotros sabéis lo ocurrido por toda Judea, comenzando por
Galilea, después del bautismo que predicó Juan: 38 cómo a Jesús de
Nazaret le ungió Dios
con el Espíritu Santo y poder, y cómo pasó haciendo el bien y sanando a
todos los
oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él. 39 Y nosotros somos
testigos de
todo lo que hizo en la región de los judíos y en Jerusalén; de cómo le dieron
muerte
colgándolo de un madero. 40 Pero Dios le resucitó al tercer día y le
concedió manifestarse, 41 no a todo el pueblo, sino a testigos elegidos de
antemano por Dios,
a nosotros, que comimos y bebimos con él después que resucitó de entre
los
muertos; 42 y nos mandó predicar al pueblo y atestiguar que a él es a
quien Dios ha constituido juez de vivos y muertos. 43 Acerca de él
testimonian todos los profetas
que todo el que cree en él recibe por su nombre el perdón de los pecados.

Bautismo de Cornelio y su familia

44 Todavía estaba diciendo Pedro estas cosas cuando descendió el
Espíritu Santo sobre todos los que escuchaban la palabra; 45 y los fieles
que procedían de la circuncisión y que habían acompañado a Pedro
quedaron atónitos, porque también sobre los gentiles se derramaba el don
del Espíritu Santo; 46 pues les oían hablar lenguas y glorificar a Dios.
Entonces habló Pedro:
47 —¿Podrá alguien negar el agua del bautismo a estos que han
recibido el
Espíritu Santo igual que nosotros?
48 Y mandó bautizarlos en el nombre de Jesucristo. Entonces le
rogaron que
se quedase algunos días.

San Pedro explica en Jerusalén su actuación (11,1-18)

11

1 Los apóstoles y los hermanos que estaban en Judea oyeron que también
los gentiles habían recibido la palabra de Dios. 2 Y cuando Pedro subió a
Jerusalén, los de la circuncisión le reprochaban:
3 —¡Has entrado en casa de incircuncisos y has comido con ellos! –le
decían.
4 Pedro comenzó a explicarles de forma ordenada lo sucedido:
5 —Estaba yo orando en la ciudad de Jope cuando tuve en éxtasis una
visión:
cierto objeto como un gran mantel bajaba del cielo sujeto por sus cuatro
puntas y
llegó hasta mí. 6 Lo miré con atención y vi en él cuadrúpedos de la tierra,
fieras, reptiles y aves del cielo. 7 Oí entonces una voz que me decía:
«Levántate, Pedro, mata y come». 8 Yo respondí: «De ningún modo, Señor,
porque jamás ha entrado en

mi boca nada profano o impuro». 9 Pero la voz venida del cielo me dijo por
segunda vez: «Lo que Dios ha purificado no lo llames tú profano». 10 Esto
ocurrió tres veces; y al fin todo fue arrebatado al cielo. 11 Inmediatamente
después se presentaron tres hombres en la casa donde estábamos,
enviados a mí desde Cesarea. 12 Y me dijo el Espíritu que fuese con ellos
sin ningún reparo. Vinieron también conmigo estos seis hermanos y
entramos en la casa de aquel hombre. 13 Él nos contó cómo había visto en
su casa un ángel que, de pie, le decía: «Manda aviso a Jope y haz venir a
Simón, llamado Pedro, 14 quien te dirá palabras por las que seréis
salvados tú y toda tu casa». 15 Y cuando comencé a hablar, descendió
sobre ellos el Espíritu Santo, igual que al principio lo hizo sobre nosotros.
16 Entonces recordé la palabra
del Señor cuando decía: «Juan bautizó en agua, pero vosotros seréis
bautizados en el Espíritu Santo». 17 Si Dios les concedió el mismo don que
a nosotros, que
creímos en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para estorbar a Dios?
18 Al oír esto se tranquilizaron y glorificaron a Dios diciendo:
—Luego también a los gentiles les ha concedido Dios la conversión
para la
Vida.

Comienzos de la Iglesia en Antioquía
(11,19-30)

19 Los que se habían dispersado por la tribulación surgida por lo de
Esteban llegaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, predicando la palabra
sólo a los judíos.
20 Entre ellos había algunos chipriotas y cirenenses, que, cuando entraron
en
Antioquía, hablaban también a los griegos, anunciándoles el Evangelio del
Señor
Jesús. 21 La mano del Señor estaba con ellos y un gran número creyó y se
convirtió
al Señor.
22 Llegó esta noticia a oídos de la iglesia que había en Jerusalén, y
enviaron a Bernabé a Antioquía. 23 Cuando llegó y vio la gracia de Dios
se alegró, y a todos les exhortaba a permanecer en el Señor con un
corazón firme, 24 porque era un
hombre bueno y lleno del Espíritu Santo y de fe. Y una gran muchedumbre
se
adhirió al Señor. 25 Marchó Bernabé a Tarso para buscar a Saulo, 26 lo
encontró y lo
condujo a Antioquía. Estuvieron juntos en aquella iglesia un año
entero y adoctrinaron a una gran muchedumbre. Fue en Antioquía
donde los discípulos recibieron por primera vez el nombre de
cristianos.

Ayuda de Antioquía a la Iglesia en Judea

27 En aquellos días descendieron unos profetas de Jerusalén a

Antioquía. [28]
Uno de ellos, que se llamaba Ágabo, se levantó y, por impulso del
Espíritu, predijo que vendría una gran hambre sobre toda la tierra. Fue la
que ocurrió en tiempo de
Claudio. [29] Los discípulos determinaron que cada uno, según sus
posibilidades, mandara una ayuda a los hermanos que vivían en Judea. [30]
Lo hicieron, enviándola
a los presbíteros a través de Bernabé y Saulo.

Persecución de Herodes
Agripa.
Prisión y milagrosa liberación de San Pedro
(12,1-19)

12

1 En aquel tiempo prendió el rey Herodes a algunos de la Iglesia para
maltratarlos. 2
Dio muerte por la espada a Santiago, hermano de Juan. 3 Y al ver que esto
agradaba a los judíos, decidió prender también a Pedro. Eran los días de los
Ácimos. 4 Cuando lo apresó, lo metió en la cárcel y lo entregó a cuatro
escuadras de
cuatro soldados para que lo custodiaran, con el propósito de hacerlo
comparecer
ante el pueblo después de la Pascua. 5 Así pues, Pedro estaba encerrado
en la cárcel, mientras la Iglesia rogaba incesantemente por él a Dios. 6
Cuando Herodes
iba ya a hacerlo comparecer, aquella misma noche dormía Pedro entre dos
soldados, sujeto con dos cadenas, mientras unos centinelas vigilaban la
cárcel
delante de la puerta. 7 De pronto se presentó un ángel del Señor y un
resplandor
iluminó la celda. Tocó a Pedro en el costado, le despertó y dijo:

—¡Levántate deprisa! –y se cayeron las cadenas de sus manos.

8 El ángel le dijo:

—¡Vístete y ponte las sandalias! –y así lo
hizo. Y añadió:

—¡Ponte el manto y sígueme!

9 Salió y le siguió, pero ignoraba que fuera realidad lo que hacía el
ángel;
pensaba que se trataba de una visión.

10 Atravesaron la primera guardia y la segunda y llegaron a la puerta
de hierro
que conduce a la ciudad, la cual se les abrió por sí sola. Salieron y
avanzaron por
una calle y de repente el ángel le dejó. 11 Entonces Pedro, vuelto en sí, dijo:

—Ahora comprendo realmente que el Señor ha enviado su ángel,
y me ha librado de las manos de Herodes y de toda la expectación del
pueblo judío.

12 Consciente de su situación, se dirigió a casa de María, madre de
Juan, de sobrenombre Marcos, donde estaban muchos reunidos en
oración. 13 Llamó a la puerta del vestíbulo y, al oírlo, acudió una sirvienta
llamada Rode. 14 Al reconocer la
voz de Pedro, de la alegría no abrió la puerta, sino que corrió hacia dentro y
anunció
que Pedro estaba a la puerta. 15 Ellos le dijeron:

—¡Estás loca!

Ella, sin embargo, insistía en que era así. Entonces dijeron:

—Será su ángel.

16 Pedro continuaba llamando. Al abrir le vieron y se llenaron de
asombro. 17
Entonces les hizo señas con la mano para que callaran y les relató cómo el
Señor le había sacado de la cárcel, y añadió:

—Anunciadlo a Santiago y a los
hermanos. Salió y partió hacia otro

lugar.
18 Cuando se hizo de día se produjo una gran conmoción entre los soldados por lo que habría ocurrido con Pedro. 19 Herodes le buscó y, al no encontrarle,
procesó a los guardias y los mandó ejecutar. Después descendió de Judea a Cesarea y se quedó allí.

Muerte de Herodes
(12,20-23)

20 Herodes estaba airado contra los de Tiro y Sidón. De común acuerdo vinieron a él y después de haberse ganado a Blasto, mayordomo del rey, le pedían la paz, dado que sus tierras se abastecían de las del rey. 21 El día designado se

sentó Herodes en la tribuna, revestido con los distintivos reales, y
se puso a arengarles. 22 El pueblo le aclamaba:
—Es la voz de un dios y no la de un hombre.
23 Al instante le hirió un ángel del Señor, porque no había dado gloria
a Dios;
y expiró comido por los gusanos.

San Bernabé y San Pablo vuelven a Jerusalén

24 La palabra de Dios crecía y se multiplicaba. 25 Bernabé y Saulo
volvieron a
Jerusalén una vez cumplido su ministerio, y se trajeron a Juan, llamado
Marcos.

TERCERA PARTE
DIFUSIÓN DE LA IGLESIA ENTRE LOS GENTILES
VIAJES MISIONEROS DE SAN PABLO
(13,1-20,38)

VIII. PRIMER VIAJE APOSTÓLICO DE SAN PABLO
(13,1-14,28)

Designación de San Pablo y de San Bernabé (13,1-3)

13

1 En la iglesia de Antioquía había profetas y maestros: Bernabé y
Simón, que era llamado el Negro, Lucio, el de Cirene, y Manahén,
hermano de leche del tetrarca Herodes, y Saulo. 2 Mientras celebraban
el culto del Señor y ayunaban, dijo el Espíritu Santo:
—Separadme a Bernabé y a Saulo para la obra que les he
destinado.
3 Y después de ayunar, orar e imponerles las manos, los
despidieron.

En Chipre (13,4-14)

4 Entonces ellos, enviados por el Espíritu Santo, bajaron a Seleucia,
y de allí navegaron rumbo a Chipre. 5 Al llegar a Salamina se pusieron a
predicar la palabra de Dios en las sinagogas de los judíos, y tenían a Juan
como colaborador. 6
Atravesaron toda la isla hasta Pafos, y encontraron a un mago, falso
profeta judío,
que se llamaba Barjesús, 7 que estaba con el procónsul Sergio Pablo,
hombre
prudente. Éste hizo llamar a Bernabé y a Saulo, con el deseo de oír la
palabra de

Dios; [8] pero el mago Elimas –que así se traduce su nombre– se les
oponía, intentando apartar de la fe al procónsul. [9] Entonces Saulo,
también llamado Pablo, lleno del Espíritu Santo y mirándolo fijamente, [10]
le dijo:

—¡Tú, lleno de todo engaño y de toda malicia, hijo del diablo, enemigo de toda
justicia! ¿No dejarás de torcer los rectos caminos del Señor? [11] La mano del Señor
va a caer sobre ti y te vas a quedar ciego sin ver el sol hasta el tiempo
señalado.

Al momento la niebla y la oscuridad le rodearon y se puso a dar vueltas
buscando alguien que le llevara de la mano. [12] Al ver lo sucedido, el procónsul
creyó, admirado de la doctrina del Señor.

Paso al Asia Menor

13 Pablo y sus compañeros navegaron desde Pafos hasta llegar a
Perge de Panfilia; pero Juan se separó de ellos y volvió a Jerusalén. 14
Ellos siguieron desde Perge y llegaron a Antioquía de Pisidia. El sábado
entraron en la sinagoga y tomaron asiento.

Predicación en la sinagoga de Antioquía de Pisidia
(13,15-43)

15 Después de la lectura de la Ley y los Profetas, los jefes de la
sinagoga se dirigieron a ellos:
—Hermanos, si tenéis alguna palabra de exhortación para el pueblo,
decidla.
16 Pablo se levantó, pidió con la mano silencio y dijo:
—Varones israelitas y los temerosos de Dios, escuchad: 17 el Dios de
este
pueblo de Israel eligió a nuestros padres, enalteció al pueblo durante su
permanencia en el país de Egipto, y con brazo fuerte los sacó de allí. 18
Durante unos cuarenta años los cuidó en el desierto; 19 destruyó siete
naciones en el país de Canaán y distribuyó su tierra entre ellos 20 a lo
largo de unos cuatrocientos
cincuenta años. Después de esto, les dio jueces hasta el profeta Samuel. 21
Pidieron
entonces un rey y Dios les dio durante cuarenta años a Saúl, hijo de Cis,
varón de la
tribu de Benjamín. 22 Cuando lo depuso, les suscitó como rey a David, a
quien
acreditó diciendo: *Encontré a David*, hijo de Jesé, *hombre según mi
corazón*, que hará en todo mi voluntad.
23 »De su descendencia, Dios, según la promesa, hizo surgir para
Israel un Salvador, Jesús. 24 Juan había predicado, ante la proximidad de
su venida, un bautismo de penitencia a todo el pueblo de Israel. 25
Cuando estaba Juan para
terminar su carrera decía: «¿Quién pensáis que soy? No soy yo, sino mirad
que
detrás de mí viene uno a quien no soy digno de desatar el calzado de los
pies».
26 »Hermanos, hijos de Abrahán y los que entre vosotros sois
temerosos de
Dios: a nosotros se nos ha enviado esta palabra de Salvación. 27 Los
habitantes de
Jerusalén y sus jefes le ignoraron y, al condenarle, cumplieron las palabras
de los
Profetas que se leen todos los sábados. 28 Y sin haber encontrado causa
alguna de muerte, pidieron a Pilato que le hiciera morir. 29 Cuando
cumplieron todo lo que sobre él estaba escrito, le bajaron del madero y lo
pusieron en el sepulcro. 30 Pero Dios le resucitó de entre los muertos: 31
se apareció muchos días a los que habían

subido con él de Galilea a Jerusalén, los mismos que ahora son sus testigos ante el
pueblo.
32 »También nosotros os anunciamos la buena nueva de que la
promesa hecha a nuestros padres 33 la ha cumplido Dios en nosotros, sus
hijos, al resucitar a
Jesús, como estaba escrito en el Salmo segundo:
Tú eres mi Hijo,
yo te he engendrado hoy.
34 »Y que lo resucitó de entre los muertos para jamás volver a la
corrupción lo
dijo así:
Os daré las santas y firmes
promesas hechas a David.
35 »Por lo cual dice también en otro lugar:

No dejarás a tu Santo experimentar la corrupción.
36 »Porque David, después de haber cumplido durante su vida la
voluntad de Dios, murió, fue sepultado con sus padres y experimentó la
corrupción; 37 pero aquel a quien Dios resucitó no experimentó la
corrupción. 38 Sabed, pues,
hermanos, que por éste se os anuncia el perdón de los pecados; y que
de todo lo
que no pudisteis ser justificados por la Ley de Moisés, 39 queda
justificado todo el que cree en él. 40 Por tanto, cuidad que no suceda lo
dicho en los Profetas:
41 *Mirad, los despreciadores*,
asombraos y ocultaos,
porque voy a realizar una obra en vuestros días,
una obra que no creeríais si alguien os la contara.
42 Al salir les rogaban que el sábado siguiente les hablaran de eso
mismo. 43
Terminada la reunión, muchos judíos y prosélitos que adoraban a Dios siguieron a Pablo y a Bernabé, que les exhortaban y persuadían a permanecer en la gracia de Dios.

San Pablo y San Bernabé se dirigen a los gentiles (13,44-52)

44 El sábado siguiente se congregó casi toda la ciudad para oír la
palabra del Señor. 45 Cuando los judíos vieron la muchedumbre se
llenaron de envidia y contradecían con injurias las afirmaciones de Pablo.
46 Entonces Pablo y Bernabé dijeron con valentía:
—Era necesario anunciaros en primer lugar a vosotros la palabra de Dios, pero ya que la rechazáis y os juzgáis indignos de la vida eterna, nos volvemos a los gentiles. 47 Pues así nos lo mandó el Señor:
Te he puesto como luz de los gentiles,
para que lleves la salvación
hasta los confines de la tierra.
48 Al oír esto los gentiles se alegraban y glorificaban la palabra del
Señor, y creyeron todos los que estaban destinados a la vida eterna. 49
Y la palabra del Señor se propagaba por toda la región. 50 Pero los judíos
incitaron a mujeres
piadosas y distinguidas y a los principales de la ciudad, promovieron una
persecución contra Pablo y Bernabé y los expulsaron de su territorio. 51
Éstos se sacudieron el polvo de los pies contra ellos y se dirigieron a
Iconio. 52 Los discípulos
quedaron llenos de alegría y del Espíritu
Santo.

Evangelización en Iconio y posterior persecución (14,1-18)

14

1 En Iconio entraron, como de costumbre, en la sinagoga de los judíos y
hablaron de tal manera que creyó una gran muchedumbre de judíos y
griegos. 2 Pero los judíos incrédulos excitaron y malearon los ánimos de

los gentiles contra los hermanos. [3] Permanecieron bastante tiempo,
actuando con valentía en el Señor, que les concedía obrar por sus
manos milagros y prodigios, acreditando así la
predicación de su gracia. [4] La muchedumbre de la ciudad se dividió: unos
a favor de los judíos, otros a favor de los apóstoles. [5] Como se produjo un
violento movimiento

de gentiles y de judíos, con sus jefes, para injuriarles y apedrearles, 6 al enterarse, huyeron a Listra y Derbe, ciudades de Licaonia, y a la región de alrededor. 7 Y allí anunciaban el Evangelio.

Curación de un cojo en Listra

8 En Listra se hallaba sentado un hombre inválido de los pies, cojo desde el seno materno, que jamás había caminado. 9 Éste escuchó hablar a Pablo, el cual le miró fijamente y, viendo que tenía fe para ser salvado, 10 dijo con fuerte voz:

—¡Ponte de pie! ¡Derecho!

Él dio un salto y empezó a caminar. 11 La muchedumbre, al ver lo que Pablo había hecho, levantó la voz diciendo en licaónico:

—Los dioses han bajado hasta nosotros en forma humana.

12 Y llamaban a Bernabé Zeus y Hermes a Pablo, porque éste era el que llevaba la palabra.

13 Entonces el sacerdote del templo de Zeus que estaba situado a la entrada de la ciudad, acompañado de la gente, trajo toros y guirnaldas ante las puertas y pretendía ofrecerles un sacrificio. 14 Cuando los apóstoles Bernabé y Pablo lo oyeron, se rasgaron la ropa y corrieron hacia la multitud 15 diciendo a voces:

—¡Hombres!, ¿qué es lo que hacéis? También nosotros somos hombres mortales como vosotros y os predicamos que os convirtáis de estas cosas falsas al Dios vivo, *el que hizo el cielo y la tierra y el mar y cuanto hay en ellos*; 16 que en las generaciones pasadas permitió que cada nación siguiera su propio camino; 17 aunque Él no ha dejado de dar testimonio de Sí mismo, derramando bienes al enviaros desde el cielo lluvias y estaciones repletas de fruto, y llenándoos de alimento y de alegría el corazón.

18 Con estas palabras, a duras penas disuadieron a la multitud de ofrecerles sacrificios.

Lapidación de San Pablo
(14,19-28)

19 Vinieron entonces de Antioquía y de Iconio unos judíos que sedujeron a la muchedumbre, de modo que apedrearon a Pablo y le arrastraron fuera de la ciudad creyéndole muerto. 20 Pero rodeado de los discípulos se levantó y entró en la ciudad. Y al día siguiente marchó con Bernabé a Derbe.

Regreso hacia Antioquía

21 Después de predicar el Evangelio en aquella ciudad y hacer
numerosos discípulos, se volvieron a Listra, Iconio y Antioquía, 22
confortando los ánimos de los discípulos y exhortándoles a perseverar en
la fe, diciéndoles que es preciso que entremos en el Reino de Dios a través
de muchas tribulaciones. 23 Tras designar presbíteros en cada iglesia,
haciendo oración y ayunando, les encomendaron al Señor, en quien
habían creído. 24 Atravesaron Pisidia y llegaron a Panfilia; 25 y después de
predicar la palabra en Perge bajaron hasta Atalía. 26 Desde allí navegaron
hasta Antioquía, de donde habían salido encomendados a la gracia de Dios
para la obra que habían realizado.

27 Al llegar, reunieron a la iglesia y contaron todo lo que el Señor
había hecho

por mediación de ellos y cómo había abierto a los gentiles la puerta de la fe. 28 Se quedaron bastante tiempo con los discípulos.

IX. CONCILIO DE JERUSALÉN (15,1-35)

Conflicto con los judaizantes en Antioquía (15,1-5)

15

1 Algunos que bajaron de Judea enseñaban a los hermanos:
—Si no os circuncidáis según la costumbre mosaica no podéis salvaros.
2 Se produjo entonces una conmoción y controversia no pequeña de Pablo y
Bernabé contra ellos. Decidieron que Pablo y Bernabé, con algunos otros, acudieran a los apóstoles y presbíteros de Jerusalén, para tratar esta cuestión.

San Pablo y San Bernabé van a Jerusalén

3 Así pues, ellos, enviados por la Iglesia, atravesaron Fenicia y Samaría, narrando detalladamente la conversión de los gentiles y causando gran alegría a todos los hermanos. 4 Cuando llegaron a Jerusalén fueron recibidos por la Iglesia, por los apóstoles y los presbíteros, y contaron lo que Dios había realizado por mediación de ellos. 5 Pero se levantaron algunos de la secta de los fariseos que habían creído y dijeron:
—Es necesario circuncidarles y ordenar que cumplan la Ley de Moisés.

Discurso de San Pedro al Concilio (15,6-11)

6 Los apóstoles y los presbíteros se reunieron para examinar esta cuestión. 7
Después de una larga deliberación se levantó Pedro y les dijo:
—Hermanos, vosotros sabéis que desde los primeros días Dios me eligió entre vosotros para que por mi boca oyesen los gentiles la palabra del Evangelio y
creyeran. 8 Y Dios, que conoce los corazones, dio testimonio a favor de ellos, dándoles el Espíritu Santo igual que a nosotros; 9 y no hizo distinción alguna entre ellos y nosotros, purificando sus corazones con la fe. 10 ¿Por qué tentáis ahora a
Dios imponiendo sobre los hombros de los discípulos un yugo que ni nuestros
padres ni nosotros pudimos llevar? 11 Nosotros, por el contrario, creemos que
somos salvados por la gracia del Señor Jesús, de la misma manera que ellos.

Intervención de Santiago
(15,12-21)

12 Toda la multitud calló y escucharon a Bernabé y a Pablo contar
los milagros y prodigios que había obrado Dios por medio de ellos entre
los gentiles. 13
Cuando terminaron de hablar, Santiago contestó:
—Hermanos, oídme: 14 Simón ha contado cómo desde el principio
Dios se dignó elegir entre los gentiles un pueblo para su Nombre. 15 Con
esto concuerdan
las palabras de los Profetas, según está escrito:
16 *Después de esto volveré*

y reedificaré la tienda caída de
David, reconstruiré sus ruinas y la
levantaré de nuevo
17 *para que busquen al Señor los demás hombres*
y todas las naciones sobre las que ha
sido invocado mi Nombre.
Así dice el Señor, que hace estas cosas
18 *conocidas desde la eternidad*.
19 »Por lo cual estimo que no se debe inquietar más a los
gentiles que se convierten a Dios, 20 sino que se les escriba para que
se abstengan de lo
contaminado por los ídolos, de la fornicación, de los animales
estrangulados y de la
sangre; 21 porque desde generaciones antiguas Moisés tiene en cada
ciudad
quienes le predican en las sinagogas cuando le leen todos los sábados.

Resolución del Concilio
(15,22-29)

22 Entonces les pareció bien a los apóstoles y a los presbíteros, y a
toda la Iglesia, enviar a Antioquía con Pablo y Bernabé a algunos varones
elegidos de entre ellos: a Judas, llamado Barsabás, y a Silas, destacados
entre los hermanos. 23 Con ellos les enviaron este escrito:
«Los apóstoles y presbíteros hermanos, a los hermanos de la
gentilidad que viven en Antioquía, Siria y Cilicia: saludos. 24 Puesto que
hemos oído que algunos
salidos de entre nosotros –pero que nosotros no hemos enviado– os han
desconcertado con sus palabras y os han llenado de inquietud, 25
unánimemente nos ha parecido oportuno elegir a unos hombres y
enviarlos donde vosotros en compañía de nuestros queridísimos Bernabé
y Pablo, 26 hombres que han entregado su vida por el nombre de nuestro
Señor Jesucristo. 27 Enviamos por lo tanto a Judas y Silas, que os
comunicarán de palabra estas mismas cosas; 28 porque hemos decidido
el Espíritu Santo y nosotros no imponeros más cargas que las necesarias:
29 abstenerse de lo sacrificado a los ídolos, de la sangre, de los animales
estrangulados y de la fornicación. Obraréis bien al guardaros de estas
cosas. Que tengáis salud».

Efectos del decreto
(15,30-35)

30 Ellos, después de despedirse, bajaron a Antioquía, reunieron a la
muchedumbre y entregaron la carta; 31 y al leerla se llenaron de alegría
por estas palabras de consuelo. 32 Judas y Silas, que también eran
profetas, alentaron y confortaron a los hermanos con un largo discurso. 33
Pasado algún tiempo, fueron despedidos en paz por los hermanos, para
volver a quienes les habían enviado. (34)
35 Pablo y Bernabé se quedaron en Antioquía enseñando y
anunciando, con
otros muchos, la palabra del Señor.

X. SEGUNDO VIAJE APOSTÓLICO DE SAN PABLO
(15,36-18-22)

Silas, compañero de San Pablo
(15,36-41)

36 Algunos días después le dijo Pablo a Bernabé:

—Volvamos a visitar a los hermanos en todas las ciudades donde hemos predicado la palabra del Señor, para ver cómo se encuentran. 37 Bernabé quería llevar consigo también a Juan, llamado Marcos. 38 Pablo, en cambio, consideraba que no debían llevar consigo al que se había apartado de ellos en Panfilia y no les había acompañado en la tarea. 39 Se produjo una discrepancia, de tal modo que se separaron uno del otro. Bernabé se llevó a Marcos y se embarcó para Chipre, 40 mientras que Pablo eligió a Silas y partió encomendado por los hermanos a la gracia del Señor. 41 Recorrió Siria y Cilicia consolidando las iglesias.

Timoteo acompaña a San Pablo (16,1-10)

16

1 Llegó a Derbe y Listra, donde había un discípulo que se llamaba Timoteo, hijo de mujer judía creyente y de padre griego, 2 que contaba con el testimonio de los hermanos de Listra e Iconio. 3 Pablo quiso que marchara con él. Se lo trajo y le circuncidó a causa de los judíos de aquellos lugares, porque todos sabían que su padre era griego.

Visita a las iglesias de Asia

4 Conforme atravesaban las ciudades, les entregaban, para que las observasen, las decisiones dictadas por los apóstoles y los presbíteros de Jerusalén. 5 Las iglesias se robustecían en la fe y aumentaban en número día a día.

6 Atravesaron Frigia y la región de Galacia, porque el Espíritu Santo les había impedido predicar la palabra en Asia. 7 Llegados cerca de Misia, intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu de Jesús no se lo permitió. 8 Entonces atravesaron Misia y bajaron hasta Tróade. 9 Esa noche Pablo tuvo una visión: un macedonio estaba de pie y le suplicaba diciendo: «Ven a Macedonia y ayúdanos». 10 En cuanto tuvo la visión, intentamos inmediatamente pasar a Macedonia, convencidos de que Dios nos había llamado para anunciarles el Evangelio.

Paso a Macedonia (16,11-15)

11 Haciéndonos a la mar, fuimos desde Tróade derechos a Samotracia; al día siguiente a Neápolis, 12 y de allí a Filipos, que es la primera ciudad de la región de Macedonia y colonia romana. En esta ciudad permanecimos varios días.

Conversión de Lidia

13 El sábado salimos fuera de la puerta de la ciudad, junto al río, donde pensábamos que se tendría la oración. Nos sentamos y hablamos a

las mujeres que se habían reunido. 14 Una de ellas, llamada Lidia, vendedora de púrpura de la
ciudad de Tiatira y temerosa de Dios, nos escuchaba. El Señor abrió su corazón para que comprendiese lo que Pablo decía. 15 Después de haber sido bautizada ella, y su casa, nos insistía:

—Si juzgáis que soy fiel al Señor, venid y quedaos en mi casa –y nos obligó.

Curación de una endemoniada y encarcelamiento de San Pablo
(16,16-24)

16 Mientras íbamos a la oración nos salió al encuentro una joven
esclava que tenía un espíritu pitónico y proporcionaba como adivina
abundantes ganancias a sus amos. 17 Siguiéndonos a Pablo y a nosotros
gritaba:
—¡Estos hombres son siervos del Dios Altísimo y os anuncian el
camino de la salvación!
18 Repetía esto muchos días hasta que Pablo, enfadado, se volvió y le
dijo al
espíritu:
—¡En nombre de Jesucristo te mando que salgas de ella!
Y en ese mismo instante salió. 19 Al ver sus amos que había
desaparecido la
esperanza de su ganancia se apoderaron de Pablo y de Silas y los
arrastraron al
foro ante los magistrados. 20 Los presentaron a los pretores y dijeron:
—Estos hombres perturban nuestra ciudad. Son judíos 21 y predican
costumbres que a nosotros los romanos no nos es lícito aceptar ni
practicar.
22 La multitud se alborotó contra ellos y los pretores les hicieron
quitarse la ropa y mandaron azotarles. 23 Después de haberles dado
numerosos azotes, los arrojaron en la cárcel y ordenaron al carcelero
custodiarlos con todo cuidado. 24
Este, recibida la orden, los metió en el calabozo interior y les sujetó los pies
al cepo.

Bautismo del carcelero
(16,25-34)

25 A eso de la medianoche Pablo y Silas se pusieron a orar y a
entonar alabanzas a Dios, mientras los presos les escuchaban. 26 De
repente se produjo un terremoto tan fuerte, que se conmovieron los
cimientos de la cárcel, e inmediatamente se abrieron todas las puertas y
se soltaron las cadenas de todos. 27
Se despertó el jefe de la prisión, y al ver abiertas las puertas de la cárcel
sacó la espada y quería matarse pensando que los presos se habían
fugado. 28 Pero Pablo
le gritó con fuerte voz:
—¡No te hagas ningún daño, que estamos todos aquí!
29 El jefe de la prisión pidió una luz, entró precipitadamente y
temblando se arrojó ante Pablo y Silas. 30 Los sacó fuera y les dijo:
—Señores, ¿qué debo hacer para salvarme?
31 Ellos le contestaron:
—Cree en el Señor Jesús y te salvarás tú y tu casa.
32 Le predicaron entonces la palabra del Señor a él y a todos los de su
casa.
33 En aquella hora de la noche los tomó consigo, les lavó las heridas y acto
seguido se bautizaron él y todos los suyos. 34 Les hizo subir a su casa, les
preparó la mesa y

se regocijó con toda su familia por haber creído en Dios.

Liberación y salida de Filipos
(16,35-40)

35 Al hacerse de día los pretores enviaron a los lictores para decirle:
—Pon en libertad a esos hombres.
36 El guardián de la cárcel se lo comunicó a Pablo:
—Los pretores han dado orden de que se os ponga en libertad.
Salid, pues, ahora y marchad en paz.

37 Pero Pablo les replicó:
—Después de azotarnos públicamente sin previa condena siendo ciudadanos romanos, nos han metido en la cárcel, ¿y nos sueltan ahora a escondidas? Esto no va a ser así. Que vengan ellos a sacarnos.
38 Los lictores comunicaron estas palabras a los pretores. Al oír que eran ciudadanos romanos les entró miedo. 39 Vinieron entonces y les pidieron disculpas, los sacaron fuera y les rogaron que abandonaran la ciudad. 40 Al salir de la cárcel,
fueron a casa de Lidia y, después de haber visto a los hermanos, les exhortaron y se
marcharon.

En Tesalónica, dificultades con los judíos (17,1-9)

17

1 Después de atravesar Anfípolis y Apolonia, llegaron a Tesalónica,
donde había una sinagoga de los judíos. 2 Como era su costumbre,
Pablo se dirigió a ellos y durante tres sábados les estuvo argumentando
con las Escrituras, 3 explicando y probando que el Cristo debía padecer
y resucitar de entre los muertos, y que:
«Jesús, a quien yo os anuncio, ése es el Cristo». 4 Algunos de ellos se convencieron y se adhirieron a Pablo y a Silas, así como un gran número de griegos
que adoraban a Dios y no pocas mujeres de la nobleza. 5 Pero los judíos, envidiosos, reunieron algunos maleantes de entre la plebe y,
organizando un tumulto, soliviantaron la ciudad y se presentaron en casa de Jasón con la intención
de llevarlos ante el pueblo. 6 Al no encontrarlos, condujeron a Jasón y a algunos
hermanos ante los magistrados de la ciudad gritando:
—Esos que han agitado a todo el mundo han venido también aquí, 7 y Jasón
los ha hospedado. Todos ellos actúan contra los decretos del César y dicen que hay otro rey, Jesús.
8 Alborotaron a la multitud y a los magistrados que oían estas cosas. 9 Pero,
en cuanto recibieron una fianza de parte de Jasón y de los demás, los dejaron marchar.

Acogida en Berea
(17,10-15)

10 Enseguida los hermanos enviaron por la noche a Pablo y a Silas hacia Berea. Ellos al llegar se dirigieron a la sinagoga de los judíos. 11
Eran éstos más nobles que los de Tesalónica, y recibieron la palabra con muy buena disposición y examinaban diariamente las Escrituras para ver si las cosas eran así. 12 Creyeron muchos de ellos, así como mujeres griegas distinguidas y no pocos hombres. 13
Cuando los judíos de Tesalónica se enteraron de que también en Berea había anunciado Pablo la palabra de Dios, vinieron hasta allí agitando y

alborotando a la gente. 14 Entonces los hermanos enviaron con rapidez a
Pablo hasta el mar. Silas y Timoteo permanecieron allí. 15 Los que
conducían a Pablo le llevaron hasta Atenas,
y se volvieron con la indicación, para Silas y Timoteo, de que se
uniesen con él cuanto antes.

San Pablo en Atenas
(17,16-21)

16 Mientras Pablo los esperaba en Atenas, se consumía en su interior
al ver la ciudad llena de ídolos. 17 Dialogaba en la sinagoga con los judíos
y los prosélitos, todos los días en el ágora con los que acudían allí. 18
También algunos filósofos epicúreos y estoicos conversaban con él. Unos
decían: «¿Qué querrá decir este charlatán?». Y otros: «Parece un
predicador de divinidades extrañas» –porque les anunciaba a Jesús y la
Resurrección–. 19 Le llevaron con ellos y le condujeron al Areópago
diciéndole:

—¿Podemos saber cuál es esa doctrina nueva de la que hablas? 20
Porque
haces llegar a nuestros oídos cosas extrañas y queremos saber qué
significan.

21 Todos los atenienses y forasteros que residían allí no se dedicaban
a otra
cosa que a decir o escuchar algo nuevo.

Discurso en el Areópago
(17,22-34)

22 Entonces Pablo, de pie en medio del Areópago, habló:

—Atenienses, en todo veo que sois más religiosos que nadie, 23
porque al
pasar y contemplar vuestros monumentos sagrados he encontrado
también un altar en el que estaba escrito: «Al Dios desconocido». Pues
bien, yo vengo a anunciaros
lo que veneráis sin conocer. 24 El Dios que hizo el mundo y todo lo que
hay en él, que es Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos
fabricados por hombres,
25 ni es servido por manos humanas como si necesitara de algo el que da
a todos la vida, el aliento y todas las cosas. 26 Él hizo, de un solo hombre,
todo el linaje
humano, para que habitase sobre toda la faz de la tierra. Y fijó las edades
de su
historia y los límites de los lugares en que los hombres habían de vivir 27
para que
buscasen a Dios, a ver si al menos a tientas lo encontraban, aunque no
está lejos de
cada uno de nosotros, 28 ya que en él vivimos, nos movemos y existimos,
como han
dicho algunos de vuestros poetas: «Porque somos también de su linaje».

29 »Si somos linaje de Dios no debemos pensar, por tanto, que la
divinidad es semejante al oro, a la plata o a la piedra, escultura del arte y
del ingenio humanos.
30 Dios ha permitido los tiempos de la ignorancia y anuncia ahora a los
hombres que todos en todas partes deben convertirse, 31 puesto que ha
fijado el día en que va a
juzgar la tierra con justicia, por mediación del hombre que ha designado,
presentando a todos un argumento digno de fe al resucitarlo de entre los
muertos.

32 Cuando oyeron lo de «resurrección de los muertos», unos se
echaron a reír

y otros dijeron:

—Te escucharemos sobre eso en otra ocasión.

33 Así que Pablo salió de en medio de ellos. 34 Pero algunos hombres se
unieron a él y creyeron, entre ellos Dionisio el Areopagita, y también una mujer que se llamaba Dámaris, y varios más.

San Pablo en Corinto, con Aquila y Priscila (18,1-11)

18

1 Después de esto se fue de Atenas y llegó a Corinto. 2 Encontró a un judío que se llamaba Aquila, oriundo del Ponto, que recientemente había llegado de Italia, con su mujer Priscila, por haber decretado Claudio que todos los judíos salieran de Roma.

Se les acercó [3] y, como tenía el mismo oficio, vivía y trabajaba con
ellos, porque eran de profesión fabricantes de tiendas. [4] Todos los
sábados discutía en la sinagoga e intentaba convencer a judíos y
griegos.

Predicación a judíos y gentiles

[5] Cuando Silas y Timoteo llegaron de Macedonia, Pablo se entregó de
lleno a la predicación de la palabra, dando testimonio a los judíos de que
Jesús es el Cristo.
[6] Como se le oponían y blasfemaban, sacudió sus vestidos y les dijo:
—¡Que caiga vuestra sangre sobre vuestra cabeza! Yo soy
inocente. Desde ahora me dirigiré a los gentiles.
[7] Salió de allí y entró donde vivía un prosélito que se llamaba Tito
Justo, cuya casa estaba contigua a la sinagoga. [8] Crispo, jefe de la
sinagoga, creyó en el Señor
con toda su casa. Y muchos corintios al oír a Pablo creían y recibían el
bautismo.
[9] Por la noche el Señor le dijo a Pablo en una visión:
—No tengas miedo, sigue hablando y no calles, [10] que yo estoy
contigo y
nadie se te acercará para hacerte daño; porque tengo en esta ciudad
un pueblo numeroso.
[11] Permaneció allí un año y seis meses enseñando entre ellos la
palabra de
Dios.

San Pablo ante Galión
(18,12-17)

[12] Galión era procónsul de Acaya cuando los judíos se amotinaron
todos a una contra Pablo y lo condujeron al tribunal [13] diciendo:
—Éste induce a los hombres a dar culto a Dios al margen de la Ley.
[14] Cuando Pablo se disponía a hablar, les dijo Galión a los judíos:
—Judíos, si se tratara de un delito o de un grave crimen, sería
razonable que
os atendiera, [15] pero si son cuestiones de palabras y de nombres y de
vuestra Ley,
os lo solucionáis vosotros; yo no quiero ser juez de esos asuntos.
[16] Y los expulsó del tribunal. [17] Entonces todos ellos agarraron a
Sóstenes, el
jefe de la sinagoga, y comenzaron a golpearle delante del tribunal,
pero nada de esto le importaba a Galión.

Regreso a Antioquía pasando por Éfeso
(18,18-22)

[18] Después de permanecer allí bastante tiempo, Pablo se despidió de
los hermanos y embarcó rumbo a Siria. Iban con él Priscila y Aquila. Se
había rapado la cabeza en Céncreas porque había hecho un voto. [19]
Llegaron a Éfeso y los dejó allí. Él entró en la sinagoga y empezó a dialogar

con los judíos. 20 Le rogaban que se quedara más tiempo pero no accedió,
21 sino que se despidió y dijo:

—Volveré de nuevo a vosotros si Dios quiere.

Y zarpó de Éfeso. 22 Desembarcó en Cesarea y, después de subir y saludar a
la iglesia, bajó a Antioquía.

XI. TERCER VIAJE APOSTÓLICO DE SAN PABLO (18,23-20,38)

Comienzo por Galacia y Frigia

23 Pasó allí algún tiempo y marchó recorriendo una tras otra las regiones de
Galacia y Frigia, confortando a todos los discípulos.

Apolo en Éfeso y Corinto (18,24-28)

24 Un judío que se llamaba Apolo, de origen alejandrino, hombre
elocuente y muy versado en las Escrituras, llegó a Éfeso. 25 Había sido
instruido en el camino del Señor. Hablaba con fervor de espíritu y
enseñaba con esmero lo referente a Jesús, aunque sólo conocía el
bautismo de Juan. 26 Comenzó a hablar con libertad en la sinagoga. Al
oírle Priscila y Aquila le tomaron consigo y le expusieron con más
exactitud el camino de Dios. 27 Como deseaba pasar a Acaya, los
hermanos le animaron y escribieron a los discípulos para que le recibieran.
Cuando llegó fue de gran provecho, con la gracia divina, para los que
habían creído, 28 pues refutaba vigorosamente en público a los judíos,
demostrando por las Escrituras que Jesús es el Cristo.

Discípulos de San Juan Bautista en Éfeso (19,1-7)

19

1 Mientras Apolo estaba en Corinto, Pablo recorrió las regiones altas y llegó a
Éfeso. Encontró a algunos discípulos 2 y les preguntó:
—¿Habéis recibido el Espíritu Santo al abrazar la fe?
—Ni siquiera hemos oído que haya Espíritu Santo —le respondieron.
3 Él les replicó:
—¿Entonces con qué bautismo habéis sido bautizados?
—Con el bautismo de Juan –dijeron.
4 Pablo contestó:
—Juan bautizó con un bautismo de penitencia diciendo al
pueblo que creyeran en el que iba a venir detrás de él, es decir, en
Jesús.
5 Cuando oyeron esto se bautizaron en el nombre del Señor Jesús. 6 Al
imponerles Pablo las manos, vino el Espíritu Santo sobre ellos, de modo que
hablaban en lenguas y profetizaban. 7 Eran entre todos unos doce
hombres.

Predicación y milagros de San Pablo en Éfeso
(19,8-20)

8 Entró en la sinagoga y habló abiertamente durante tres meses,
exponiendo lo referente al Reino de Dios y tratando de convencerles. 9
Pero como algunos se endurecieron y no creyeron y maldecían el camino
del Señor ante la multitud, se apartó de ellos y se separó con los
discípulos, enseñando todos los días en la escuela de Tirano.
10 Esto duró dos años, de forma que todos los habitantes de Asia,

judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor. [11] Dios obraba por manos de
Pablo milagros nada corrientes, [12] de manera que hasta los pañuelos y las
ropas que habían tocado su cuerpo, aplicados a los enfermos, hacían
desaparecer las dolencias y expulsaban los espíritus malignos.
[13] Algunos exorcistas ambulantes judíos intentaron invocar el nombre
del

Señor Jesús sobre quienes tenían espíritus malos diciendo:
—Os conjuro por ese Jesús que Pablo predica.
14 Hacían esto siete hijos de un tal Esceva, de la aristocracia
sacerdotal judía.
15 Pero el espíritu maligno les replicó:
—Conozco a Jesús y sé quién es Pablo, pero vosotros ¿quiénes sois?
16 Y el hombre en quien estaba el espíritu maligno, abalanzándose
sobre
ellos, dominó a unos y otros y pudo con todos, de tal forma que huyeron de aquella casa desnudos y heridos.

Quema de libros mágicos

17 Todos los judíos y griegos que vivían en Éfeso se enteraron de esto; el temor se apoderó de todos y fue ensalzado el nombre del Señor Jesús. 18 Muchos de los que habían creído venían para confesar y manifestar sus prácticas supersticiosas. 19 Bastantes de los que cultivaban la magia trajeron sus libros y los quemaron delante de todos. Calcularon su valor y resultó ser de cincuenta mil monedas de plata. 20 Y así la palabra del Señor se propagaba con fuerza y se robustecía.

Proyectos de viaje de San Pablo

(19,21-40)

21 Después de esto tuvo Pablo la inspiración de ir a Jerusalén a través
de
Macedonia y Acaya, y decía:
—Después de ir allí debo ver también Roma.
22 Envió a Macedonia a dos de sus colaboradores, Timoteo y Erasto, y
él
permaneció algún tiempo en Asia.

Motín de los plateros de Éfeso

23 Se produjo en aquella ocasión un alboroto no pequeño contra el Camino, 24 pues cierto platero llamado Demetrio, que fabricaba reproducciones en plata del templo de Artemisa y proporcionaba a los orfebres abundantes ganancias, 25 después de reunir a éstos y a los que eran del mismo oficio, dijo:
—Amigos, sabéis que nuestro bienestar viene de este trabajo, 26 y estáis viendo y oyendo que no sólo en Éfeso, sino en casi toda Asia, este Pablo ha apartado a mucha gente convenciéndoles de que no son dioses los que se fabrican con las manos. 27 Con esto no sólo hay peligro de que caiga en descrédito nuestra profesión, sino también de que el templo de la gran diosa Artemisa sea tenido en nada y vaya a ser despojada de su majestad aquella a quien toda Asia y la tierra entera veneran.
28 Al oír esto comenzaron a gritar llenos de furia:
—¡Grande es la Artemisa de los efesios!
29 La ciudad se llenó de confusión y todos a una se precipitaron hacia
el

teatro, arrastrando a los macedonios Gayo y Aristarco, compañeros de viaje de
Pablo. 30 Éste quiso presentarse al pueblo, pero los discípulos no se lo permitieron;
31 e incluso algunos asiarcas que eran amigos enviaron a rogarle que no se arriesgase a ir al teatro.
32 Unos gritaban una cosa y otros, otra. Estaba la asamblea confusa y la
mayoría no sabía por qué se habían reunido.

33 Hicieron salir entonces a Alejandro de entre la multitud, empujado
por los judíos. Alejandro pidió silencio con la mano, para dar explicaciones
a la gente; 34 pero cuando supieron que era judío, todos a la vez gritaron
durante unas dos horas:
—¡Grande es la Artemisa de los efesios!
35 Cuando el magistrado calmó a la turba, dijo:
—Efesios, ¿qué hombre hay que no sepa que la ciudad de Éfeso es la
guardiana del templo de la gran Artemisa y de su estatua bajada del cielo?
36 Como
esto es indiscutible, conviene que estéis tranquilos y no hagáis nada
precipitadamente, 37 pues habéis traído a estos hombres que no son
sacrílegos ni blasfemos contra nuestra diosa. 38 Si Demetrio y los
orfebres que están con él
tienen queja contra alguno, audiencias y procónsules hay: que presenten
sus
acusaciones unos y otros. 39 Y si pretendéis algo más, debe resolverse en
asamblea legal, 40 porque corremos el peligro de ser acusados de sedición
por lo de
hoy, al no haber ninguna causa por la que podamos justificar este tumulto.
Dicho esto, hizo disolver la asamblea.

Paso a Macedonia. Comienza el regreso (20,1-12)

20

1 Cuando cesó el alboroto, Pablo hizo llamar a los discípulos, los animó, se
despidió de ellos y partió camino de Macedonia. 2 Después de atravesar
aquellas regiones y exhortar a todos con frecuentes conversaciones, llegó
a Grecia. 3 Allí se detuvo tres meses y, como los judíos tramaron un
atentado contra él cuando se disponía a navegar hacia Siria, decidió volver
por Macedonia. 4 Le acompañaban Sópatros, hijo de Pirro, de Berea;
Aristarco y Segundo, de Tesalónica; Gayo, de Derbe; y Timoteo, así como
Tíquico y Trófimo, que eran de Asia. 5 Éstos se adelantaron y nos
esperaron en Tróade. 6 Nosotros iniciamos la navegación en Filipos
después de los Ácimos y a los cinco días nos reunimos con ellos en Tróade,
donde nos detuvimos siete días.

Celebración de la Eucaristía y resurrección de Eutico

7 El primer día de la semana, cuando estábamos reunidos para la
fracción del pan, Pablo, que debía partir al día siguiente, hablaba a los
discípulos, y su discurso se prolongó hasta la medianoche. 8 Había
abundantes lámparas en la habitación superior donde nos encontrábamos.
9 Un joven que se llamaba Eutico estaba sentado en la ventana y se
quedó profundamente dormido al alargarse el discurso de Pablo, de modo
que vencido por el sueño se cayó desde el tercer piso y lo levantaron ya
muerto. 10 Bajó Pablo, se echó sobre él y abrazándolo dijo:
—No os preocupéis, que su alma está en él.
11 Subió luego, partió el pan, lo comió y siguió hablando largo

tiempo hasta el amanecer; entonces se marchó. [12] Trajeron vivo al joven y se consolaron
muchísimo.

De Tróade a Mileto
(20,13-38)

13 Nosotros nos adelantamos a tomar la nave y zarpamos rumbo a
Asso, donde íbamos a recoger a Pablo, porque él había decidido hacer el
viaje por tierra hasta allí. 14 Cuando se nos unió en Asso lo recibimos a
bordo y llegamos a
Mitilene. 15 Allí nos hicimos a la mar y llegamos al día siguiente a la altura
de Quíos;
al otro día atracamos en Samos y al siguiente arribamos a Mileto. 16 Pablo
había
decidido no detenerse en Éfeso, para no perder tiempo en Asia. Se
daba prisa porque, si era posible, deseaba estar en Jerusalén el día
de Pentecostés.

Discurso de despedida a los presbíteros de Éfeso

17 Desde Mileto envió un mensaje a Éfeso y convocó a los
presbíteros de la iglesia. 18 Cuando llegaron les dijo:
—Vosotros sabéis cómo me he comportado en vuestra compañía
desde el
primer día que entré en Asia, 19 sirviendo al Señor con toda humildad y
lágrimas en medio de las dificultades que me han venido por las insidias
de los judíos: 20 cómo
no dejé de hacer nada de cuanto podía aprovecharos –al predicaros y al
enseñaros,
en público y en vuestras casas–, 21 cuando anunciaba a judíos y
griegos la conversión a Dios y la fe en nuestro Señor Jesús. 22 Ahora,
encadenado por el Espíritu, me dirijo a Jerusalén, sin saber qué me
pasará allí, 23 excepto que por
todas las ciudades el Espíritu Santo testimonia en mi interior para decirme
que me
esperan cadenas y tribulaciones. 24 Pero en nada estimo mi vida, con tal de
consumar mi carrera y el ministerio que recibí del Señor Jesús de dar
testimonio del
Evangelio de la gracia de Dios.
25 »Sé ahora que ninguno de vosotros, entre quienes pasé
predicando el Reino, volverá a ver mi rostro. 26 Por eso, en este día doy
testimonio de que estoy libre de culpa de la sangre de todos, 27 pues no
dejé de anunciaros todos los designios de Dios. 28 Cuidad de vosotros y
de toda la grey, en la que el Espíritu
Santo os puso como obispos para apacentar la Iglesia de Dios, que Él
adquirió con
su sangre. 29 Sé que después de mi marcha se meterán entre vosotros
lobos feroces que no perdonarán al rebaño, 30 y que de entre vosotros
mismos surgirán
hombres que enseñarán doctrinas perversas, con el fin de arrastrar a los
discípulos
tras ellos. 31 Debéis, por lo tanto, vigilar y recordar que durante tres años
no cesé
noche y día de exhortaros con lágrimas a cada uno de vosotros.
32 »Ahora os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, que es
poderosa para edificar y conceder la herencia a todos los santificados. 33

No he codiciado de nadie plata, oro o ropas. 34 Sabéis bien que las cosas
necesarias para mí y los que están conmigo las proveyeron estas manos.
35 Os he enseñado en todo que
trabajando así es como debemos socorrer a los necesitados, y que hay que
recordar
las palabras del Señor Jesús, que dijo: «Mayor felicidad hay en dar que en
recibir».
36 En cuanto acabó de hablar se puso de rodillas y oró con todos
ellos. 37
Entonces rompieron todos a llorar y abrazándose al cuello de Pablo le
besaban, 38
afligidos sobre todo por lo que había dicho de que no volverían a ver su
rostro. Y le acompañaron hasta la nave.

CUARTA PARTE
SAN PABLO, PRISIONERO Y TESTIGO DE CRISTO
(§ 21,1-28,31)

XII. SAN PABLO EN JERUSALÉN
(21,1-23,21)

De Mileto a Cesarea (21,1-14)

21

1 Separándonos de ellos nos hicimos a la mar y fuimos derechos a Cos, al
día siguiente a Rodas y luego a Pátara. 2 Encontramos una nave que
zarpaba para Fenicia, nos embarcamos en ella y partimos. 3 Avistamos la
isla de Chipre y, dejándola a nuestra izquierda, continuamos navegando
rumbo a Siria. Llegamos a Tiro, donde la nave debía dejar su carga. 4
Encontramos a los discípulos y permanecimos allí siete días. Movidos por el
Espíritu, ellos le decían a Pablo que no subiese a Jerusalén. 5 Concluidos
aquellos días salimos para continuar el viaje. Nos acompañaron todos con
sus mujeres e hijos hasta fuera de la ciudad. Puestos de rodillas en la
playa, hicimos oración, 6 nos despedimos unos de otros y subimos a la
nave. Ellos se volvieron a sus casas. 7 Nosotros, terminado el viaje por mar
desde Tiro, arribamos a Tolemaida, saludamos a los hermanos y
permanecimos un día con ellos.

8 Al día siguiente partimos y llegamos a Cesarea, donde fuimos a casa de
Felipe el evangelista, que era uno de los siete, y nos quedamos con él. 9
Tenía éste
cuatro hijas vírgenes que profetizaban.

El profeta Ágabo

10 Llevábamos allí varios días cuando llegó desde Judea un profeta
que se llamaba Ágabo. 11 Vino a nosotros, tomó el cinturón de Pablo y
atándose las manos y los pies dijo:

—Esto dice el Espíritu Santo: en Jerusalén, los judíos atarán así al
hombre a quien pertenece este cinturón, y le entregarán a manos de los
gentiles.

12 Cuando lo oímos, tanto nosotros como los del lugar, le
rogamos que no subiera a Jerusalén. 13 Entonces Pablo respondió:

—¿Qué hacéis llorando y afligiendo mi corazón? Yo estoy dispuesto no
solamente a que me aten, sino también a morir en Jerusalén por el nombre
del
Señor Jesús.

14 Como no podíamos convencerle, dejamos de insistirle y dijimos:

—Hágase la voluntad del Señor.

Llegada a Jerusalén y encuentro con los cristianos
(21,15-26)

15 Después de estos días, acabamos los preparativos y subimos a
Jerusalén.

16 Venían con nosotros algunos discípulos de Cesarea, que nos llevaron a casa de
un tal Mnasón, chipriota y antiguo discípulo, en donde no hospedamos.
17 En cuanto llegamos a Jerusalén, los hermanos nos recibieron con
alegría.
18 Al día siguiente vino Pablo con nosotros a casa de Santiago, y allí se
reunieron también todos los presbíteros. 19 Después de saludarles les
narró una por una las

cosas que había obrado Dios en los gentiles por su ministerio. 20
Ellos, al oírle, glorificaban a Dios, y le dijeron:
—Ya ves, hermano, cuántos miles de judíos han recibido la fe, y
todos son celosos seguidores de la Ley. 21 Han oído decir de ti que
enseñas a todos los judíos
que habitan entre los gentiles que se aparten de Moisés, hablándoles de
no circuncidar a sus hijos y no vivir las tradiciones. 22 ¿Qué podemos
hacer? En cualquier caso se enterarán de que has llegado. 23 Haz
entonces lo que vamos a decirte: hay entre nosotros cuatro hombres que
deben cumplir un voto; 24 llévalos contigo, purifícate con ellos y paga sus
gastos para que se rapen la cabeza, y vean todos que no hay nada de lo
que han oído decir contra ti, sino que también tú caminas en la
observancia de la Ley. 25 En cuanto a los gentiles que han creído, les
hemos escrito ya nuestra decisión de que se abstengan de la carne
sacrificada a los ídolos, de la sangre, de los animales estrangulados y de la
fornicación.
26 Se llevó entonces Pablo a aquellos hombres y, al día siguiente,
después de
haberse purificado con ellos, entró en el Templo y anunció el plazo de los
días de la purificación, para saber el día en que podría presentar la
ofrenda por cada uno de ellos.

San Pablo, apresado en el Templo de Jerusalén
(21,27-40)

27 Cuando estaban a punto de cumplirse los siete días, unos judíos
venidos de Asia, al verlo en el Templo, alborotaron a la muchedumbre y
le echaron mano 28 gritando:
—¡Auxilio, hombres de Israel! Éste es el hombre que enseña a todos
por todas partes contra el pueblo, la Ley y este lugar, y que ha introducido
incluso a unos griegos en el Templo y ha profanado este lugar santo 29 –
era que habían visto
con él en la ciudad al efesio Trófimo, y creían que Pablo le había
introducido en el
Templo.
30 Se agitó toda la ciudad y se formó un tumulto de gente. Entonces,
apresaron a Pablo, lo arrastraron fuera del Templo y cerraron
inmediatamente las
puertas. 31 Intentaban matarlo, cuando se le anunció al tribuno de la
cohorte que toda Jerusalén se encontraba alborotada. 32 Éste
enseguida se llevó con él a
soldados y centuriones y corrió hacia ellos, quienes, al ver al tribuno y a los
soldados, dejaron de golpear a Pablo. 33 Se acercó el tribuno, lo prendió
y ordenó que fuera atado con dos cadenas, y le preguntó quién era y
qué había hecho. 34
Como en la muchedumbre unos gritaban una cosa y otros otra, y no podía
averiguar
nada con claridad a causa del tumulto, mandó conducirlo al cuartel. 35
Cuando llegó
a las escaleras tuvo que ser llevado por los soldados a causa de la violencia
de la
gente, 36 pues la multitud seguía detrás gritando:

—¡Mátalo!

37 Cuando iban a entrar en el cuartel le dijo Pablo al tribuno:

—¿Me permites decirte una cosa? Él le contestó:

—¿Hablas griego? 38 ¿No eres tú el egipcio que hace pocos días promovió una rebelión y llevó al desierto a cuatro mil sicarios?

39 Pablo respondió:

—Yo soy judío, de Tarso de Cilicia, ciudadano de esta ciudad no desconocida. Te ruego que me permitas hablar al pueblo.

40 Le concedió el permiso, y Pablo, de pie en lo alto de las gradas,
hizo una señal a la gente con la mano. Se produjo entonces un profundo
silencio y comenzó a hablarles en lengua hebrea:

Discurso de defensa ante el pueblo (22,1-21)

22

1 Hermanos y padres, escuchad la defensa que hago ahora ante vosotros.
2 Al oír que les hablaba en lengua hebrea guardaron mayor silencio. Y dijo:
3 —Yo soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, educado en esta ciudad e
instruido a los pies de Gamaliel según la observancia de la Ley patria, y estoy lleno
de celo de Dios como lo estáis vosotros en el día de hoy. 4 Yo perseguí
a muerte este Camino, encadenando y encarcelando a hombres y
mujeres, 5 como me lo
puede atestiguar el sumo sacerdote y todo el Sanedrín. De ellos recibí cartas para
los hermanos y me encaminé a Damasco para traer aherrojados a
Jerusalén a quienes allí hubiera, con el fin de castigarlos.
6 »Pero cuando iba de camino, cerca de Damasco, hacia el mediodía,
me envolvió de repente una gran luz venida del cielo, 7 caí al suelo y oí
una voz que me decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» 8 Yo
respondí: «¿Quién eres, Señor?» Y me contestó: «Yo soy Jesús Nazareno, a
quien tú persigues». 9 Los que estaban conmigo vieron la luz, pero no
oyeron la voz del que me hablaba. 10 Yo dije:
«¿Qué tengo que hacer, Señor?» Y el Señor me respondió: «Levántate y entra en
Damasco: allí se te dirá todo lo que debes hacer». 11 Como yo no veía a causa del
resplandor de aquella luz, tuve que entrar en Damasco conducido de la
mano de mis acompañantes.
12 »Ananías, un varón piadoso según la Ley y acreditado por todos
los judíos que allí vivían, 13 vino y de pie delante de mí me dijo: «Saulo,
hermano, recobra tu vista». Y en el mismo instante le pude ver. 14 Él me
dijo: «El Dios de nuestros
padres te ha elegido para que conocieras su voluntad, vieras al Justo y oyeras la
voz de su boca, 15 porque serás su testigo ante todos los hombres de lo
que has visto y oído. 16 Ahora, ¿qué esperas? Levántate y recibe el
bautismo y lava tus
pecados, invocando su nombre».
17 »Vuelto a Jerusalén, me encontraba orando en el Templo cuando
tuve un éxtasis 18 y le vi a él que me decía: «Apresúrate y sal enseguida
de Jerusalén, porque no recibirán tu testimonio sobre mí». 19 Yo
contesté: «Señor, ellos saben que yo iba por las sinagogas encarcelando
y azotando a los que creían en ti; 20 y
cuando se vertió la sangre de tu testigo Esteban, yo estaba presente, lo
consentía y

guardaba los vestidos de los que lo mataban». 21 Y me dijo: «Vete, porque yo te
enviaré lejos, a los gentiles».

San Pablo, ciudadano romano
(22,22-29)

22 Le escucharon hasta estas palabras, pero entonces alzaron
la voz y dijeron:
—¡Quita a ése de la tierra! ¡No merece vivir!

23 Como continuaban vociferando, agitando sus ropas y lanzando
polvo al aire, 24 el tribuno mandó conducirlo dentro del cuartel y dispuso
que con azotes le interrogaran, para saber por qué motivo gritaban así
contra él.
25 Cuando le tenían estirado con las correas, Pablo le dijo al centurión
que
estaba allí:
—¿Os es lícito azotar a un romano sin haberle juzgado?
26 Al oír esto, el centurión fue al tribuno y le dijo:
—¿Qué vas a hacer? Este hombre es ciudadano romano.
27 Vino el tribuno y le preguntó:
—Dime, ¿eres de verdad romano?
—Sí –contestó él.
28 —Yo conseguí esta ciudadanía gracias a una fuerte suma –replicó
el
tribuno.
—Pues yo –contestó Pablo– la tengo por nacimiento.
29 Enseguida se retiraron los que iban a torturarle, y el tribuno se
asustó al
enterarse de que era romano y de que le había hecho encadenar para
azotarlo.

Discurso ante el Sanedrín (22,30-23,11)

30 Al día siguiente, deseando saber con exactitud de qué le
acusaban los judíos, le quitó las cadenas, mandó reunir a los príncipes de
los sacerdotes y a todo el Sanedrín, llevó a Pablo y lo hizo comparecer
ante ellos.

23

1 Fijos los ojos en el Sanedrín, Pablo exclamó:
—¡Hermanos, yo me he comportado con entera buena conciencia ante
Dios hasta este día!
2 El sumo sacerdote Ananías ordenó a los que estaban junto a
él que le golpeasen en la boca. 3 Entonces Pablo le dijo:
—¡Dios te golpeará a ti, muro blanqueado! ¿Tú te sientas para
juzgarme con
arreglo a la Ley, y contra la Ley mandas golpearme?
4 Los presentes dijeron:
—¿Ultrajas al sumo sacerdote de Dios?
5 Respondió Pablo:
—No sabía, hermanos, que era el sumo sacerdote; está
escrito: *No maldecirás al príncipe de tu pueblo*.
6 Sabiendo Pablo que unos eran saduceos y otros fariseos, gritó en
medio del
Sanedrín:
—¡Hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseos, y se me juzga por la
esperanza en la resurrección de los muertos!
7 Al decir esto se produjo un enfrentamiento entre fariseos y
saduceos y se dividió la multitud. 8 Porque los saduceos dicen que no hay

resurrección, ni ángeles ni espíritus; los fariseos, en cambio, confiesan una y otra cosa. 9 Se produjo un
enorme griterío y puestos en pie algunos escribas del grupo de los fariseos discutían:
—No encontramos nada malo en este hombre. ¿Y si le ha
hablado algún espíritu o algún ángel?
10 Como el alboroto crecía cada vez más, temeroso el tribuno de que

despedazaran a Pablo, ordenó a los soldados bajar, sacarlo de en medio de ellos y conducirlo al cuartel. 11 Esa noche se le apareció el Señor y le dijo:

—Mantén el ánimo, pues igual que has dado testimonio de mí en Jerusalén,
así debes darlo también en Roma.

Conjuración de los judíos contra San Pablo
(23,12-21)

12 Cuando amaneció, los judíos se reunieron y se comprometieron bajo juramento a no comer ni beber hasta haber dado muerte a Pablo. 13 Los conjurados eran más de cuarenta. 14 Se presentaron a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos y dijeron:

—Bajo juramento nos hemos comprometido a no comer nada hasta que no hayamos dado muerte a Pablo. 15 Ahora vosotros, de acuerdo con el Sanedrín,
pedid al tribuno que os lo lleve, como si desearais examinar más detalladamente su caso. Nosotros, por nuestra parte, estamos preparados para matarle antes de que llegue.

16 El hijo de la hermana de Pablo se enteró de la conjuración, fue al cuartel, entró y se lo comunicó a Pablo. 17 Llamó éste a uno de los centuriones para decirle:

—Conduce a este joven hasta el tribuno, porque tiene algo que anunciarle.

18 Se lo llevó con él al tribuno diciendo:

—Pablo, el preso, me ha llamado para rogarme que te trajera a este joven, que tiene algo que decirte.

19 El tribuno le tomó de la mano, se retiró con él aparte y le preguntó:

—¿Qué tienes que decirme?

20 Él respondió:

—Los judíos se han puesto de acuerdo para pedirte que mañana lleves a
Pablo ante el Sanedrín, con el pretexto de averiguar más exactamente alguna cosa
sobre él. 21 Pero tú no les creas, porque le preparan un atentado más de cuarenta
de ellos, que se han comprometido bajo juramento a no comer ni beber hasta haberle dado muerte y ahora están preparados en espera de tu conformidad.

XIII. DE JERUSALÉN A ROMA
(23,22-28,31)

Traslado a Cesarea
(23,22-35)

22 El tribuno despidió al muchacho con esta advertencia:

—No digas a nadie que me has comunicado estas cosas.

23 Llamó luego a dos centuriones y les dijo:

—Preparad doscientos soldados de a pie, setenta jinetes y doscientos

lanceros, para ir a Cesarea a la tercera vigilia de la noche, 24 y tened dispuestas
cabalgaduras para montar a Pablo y ponerlo a salvo ante el gobernador Félix.
25 Y escribió una carta en estos términos:
26 «Claudio Lisias al excelentísimo Prefecto Félix: saludos. 27 De este hombre
se habían apoderado los judíos y lo iban a matar cuando, al enterarme de que era
romano, acudí con la tropa y le libré de ellos. 28 Con el deseo de saber de
qué delito le acusaban le bajé a su Sanedrín 29 y descubrí que le acusaban
de asuntos relativos a su Ley, pero que no tenía ningún cargo que
mereciera muerte o prisión.

30 Al llegarme noticias de que preparaban un atentado contra este
hombre, te lo he mandado enseguida y he indicado a sus acusadores que
presenten ante ti su querella contra él».
31 Los soldados tomaron a Pablo, según se les había ordenado, y lo
condujeron de noche a Antípatris. 32 Al día siguiente, siguieron con él los
de caballería y se volvieron los demás al cuartel. 33 Cuando llegaron a
Cesarea entregaron la carta al gobernador y le presentaron también a
Pablo. 34 Después de
leerla le interrogó sobre su provincia de origen y, al enterarse de que era
de Cilicia,
le dijo:
35 —Te juzgaré cuando lleguen tus acusadores.
Y mandó custodiarlo en el pretorio de Herodes.

Proceso ante el Procurador romano Félix (24,1-27)

24

1 Cinco días después bajó el sumo sacerdote Ananías con algunos
ancianos y un tal Tértulo, que era abogado, y presentaron ante el
gobernador acusación contra Pablo. 2 Citado éste, Tértulo comenzó la
acusación diciendo:
—La gran paz que por ti gozamos y las mejoras realizadas en favor
de esta nación por tus cuidados, 3 las hemos recibido, excelentísimo Félix,
siempre y en todo lugar con todo agradecimiento. 4 Y para no cansarte
más tiempo, te ruego que nos escuches brevemente con tu acostumbrada
clemencia. 5 Hemos encontrado a
esta peste de hombre que provoca alborotos entre todos los judíos de la
tierra y que es jefe principal de la secta de los nazarenos. 6 Ha intentado
también profanar el Templo, pero le apresamos. (7) 8 Al interrogarle podrás
conocer por ti mismo todo de
lo que le acusamos.
9 Se sumaron a la acusación los judíos diciendo que era
realmente así.
10 Al concederle la palabra el gobernador, respondió Pablo:
—Sé que desde hace muchos años eres juez de esta nación. Por eso
voy a
hablar en mi defensa con toda confianza. 11 Puedes comprobar que no
hace más de doce días que subí a Jerusalén para adorar a Dios, 12 y ni en
el Templo me han
encontrado discutiendo con nadie, ni alborotando a la gente en las
sinagogas o por
la ciudad. 13 Tampoco pueden probarte las cosas de las que ahora me
acusan. 14
Confieso, en cambio, ante ti que sirvo al Dios de mis padres según el
Camino que
ellos llaman secta, creyendo todo lo que dice la Ley y está escrito en los
Profetas, 15
y tengo en Dios la esperanza, que ellos mismos tienen, de que habrá una
resurrección tanto de justos como de pecadores. 16 Me esfuerzo por eso

yo también en conservar siempre una conciencia limpia ante Dios y ante los hombres. [17]
Después de muchos años he venido para traer limosnas a los de mi nación y a
presentar ofrendas. [18] En estas circunstancias me encontraron purificado en el Templo, sin aglomeraciones ni alboroto. [19] Ciertos judíos de Asia son los que deberían presentarse ante ti y acusarme si tienen algo contra mí, [20] o si no, que digan éstos qué delito encontraron en mí cuando comparecí ante el Sanedrín, [21] a
no ser sólo la afirmación que pronuncié cuando estaba en medio de ellos: que soy
juzgado hoy por vosotros a causa de la resurrección de los muertos.

22 Félix, buen conocedor de lo referente al Camino, les dio largas:
—Cuando baje el tribuno Lisias me ocuparé de vuestro asunto.
23 Y ordenó al centurión que custodiase a Pablo, que le permitiera alguna
libertad y no impidiera a ninguno de sus amigos que le asistiera.

Nueva comparecencia ante Félix

24 Después de unos días llegó Félix con su esposa Drusila, que era judía. Hizo llamar a Pablo y le escuchó acerca de la fe en Cristo Jesús. 25 Al hablar Pablo de la justicia, la continencia y el juicio futuro, Félix le respondió aterrorizado:
—Por ahora puedes retirarte. Te haré llamar cuando surja una ocasión propicia.
26 Esperaba al mismo tiempo que Pablo le diera dinero, y por eso le buscaba con frecuencia y hablaba con él. 27 Dos años después, Porcio Festo sucedió a Felix.
Y Félix, por atraerse a los judíos, siguió reteniendo a Pablo en prisión.

Festo reanuda el proceso. San Pablo apela al César (25,1-12)

25

1 Tres días después de llegar a la provincia, subió Festo de Cesarea a Jerusalén, 2 y los príncipes de los sacerdotes y los jefes de los judíos le presentaron acusación contra Pablo, e insistían 3 en pedirle la gracia de que ordenara conducirlo a Jerusalén, mientras preparaban una emboscada para matarlo en el camino. 4 Pero Festo les respondió que Pablo estaba custodiado en Cesarea y que él mismo se disponía a partir hacia allí cuanto antes:
5 —Que bajen conmigo –dijo– los principales de entre vosotros y acusen a
este hombre, si ha cometido algún crimen.
6 Tras quedarse con ellos no más de ocho o diez días, bajó a Cesarea y al día siguiente se sentó en el tribunal y mandó traer a Pablo. 7 En cuanto lo trajeron le
rodearon los judíos bajados de Jerusalén, alegando contra él muchas y graves
acusaciones que no podían probar. 8 Pablo se defendía:
—Yo no he cometido ningún delito contra la Ley de los judíos ni contra el
Templo ni contra el César.
9 Pero Festo, que deseaba atraerse a los judíos, le dijo a Pablo:
—¿Quieres ir a Jerusalén y ser juzgado allí de estas cosas en mi presencia?
10 —Estoy ante el tribunal del César –contestó Pablo–, que es donde debo ser juzgado. A los judíos no les he hecho ningún mal, como tú bien sabes. 11 Si soy
reo de crimen y he hecho algo que merezca la muerte, no rehúso morir; pero si nada
hay de lo que éstos me acusan, nadie puede entregarme a ellos: ¡apelo al

César!
12 Entonces Festo deliberó con su consejo y respondió:
—Has apelado al César y al César irás.

Festo informa a Agripa
(25,13-27)

13 Pasados algunos días llegaron a Cesarea el rey Agripa y Berenice
y fueron a saludar a Festo. 14 Como se detuvieron allí unos días, Festo
mencionó al rey el asunto de Pablo:

—Hay aquí un hombre que Félix dejó en prisión, 15 contra quien los
príncipes de los sacerdotes y los ancianos de los judíos presentaron
acusación cuando estuve en Jerusalén, pidiendo sentencia condenatoria. 16
Yo les contesté que, entre romanos, no es costumbre entregar a un
hombre antes de que el acusado tenga delante de él a sus acusadores y la
oportunidad de defenderse de la acusación. 17
Cuando llegaron aquí, me senté al día siguiente en el tribunal, sin ninguna
dilación, y ordené que trajeran a aquel hombre. 18 Los acusadores se
presentaron ante él, pero no alegaban ninguna acusación de los delitos
que yo sospechaba. 19 Tenían contra
él ciertas cuestiones de su religión y de un tal Jesús, ya muerto, de quien
Pablo afirma que vive. 20 Perplejo por estas cuestiones, le propuse si
deseaba ir a Jerusalén para ser juzgado allí de estas cosas. 21 Pero como
Pablo apeló para que
su causa sea reservada a la decisión del César, mandé custodiarlo
hasta que lo pueda enviar al César.
22 Agripa le dijo a Festo:
—Yo también quisiera oír a ese hombre.
—Mañana le oirás –respondió él.

San Pablo ante el rey Agripa

23 Al día siguiente llegaron Agripa y Berenice con gran pompa y
entraron en la sala de la audiencia, junto con los tribunos y los hombres
más importantes de la ciudad. A una orden de Festo trajeron a Pablo. 24
Dijo Festo:
—Rey Agripa y todos los presentes entre nosotros, veis aquí a este
hombre. Toda la multitud de los judíos me ha interpelado contra él, tanto
en Jerusalén como en este lugar, gritando que no merece vivir más
tiempo. 25 Comprendí, sin embargo, que no había cometido nada digno de
muerte. Pero como ha apelado al César he decidido enviárselo. 26 Dado
que no tengo nada preciso que escribir al Emperador sobre él, lo he traído
ante vosotros, y especialmente ante ti, rey Agripa, para que, una vez
hecho el interrogatorio, tenga algo que escribir; 27 pues me parece
improcedente enviar un preso sin indicar de qué se le acusa.

Discurso de San Pablo (26,1-23)

26

1 Agripa le dijo a
Pablo:
—Se te permite hablar en tu defensa.
Entonces Pablo extendió la mano y comenzó su alegato:
2 —Me considero dichoso, rey Agripa, de poder defenderme hoy
ante ti de todas las acusaciones de los judíos, 3 sobre todo, porque tú
conoces todas sus cuestiones y costumbres. Te ruego por tanto que me
escuches pacientemente. 4
Todos los judíos saben de mi vida desde la juventud, que transcurrió desde
el

principio en medio de mi pueblo en Jerusalén. [5] Me conocen hace mucho tiempo y
si quieren pueden atestiguar que he vivido como fariseo, según la secta más estricta
de nuestra religión. [6] Y ahora estoy sometido a juicio por la esperanza
en la promesa hecha por Dios a nuestros padres, [7] la cual esperan alcanzar nuestras
doce tribus sirviendo a Dios con perseverancia día y noche. ¡A causa de esta

esperanza, rey, soy acusado por los judíos! 8 ¿Por qué os parece increíble
que Dios resucite a los muertos?
9 »Yo me creí en el deber de actuar enérgicamente contra el
nombre de
Jesús Nazareno. 10 Lo hice en Jerusalén y encarcelé a muchos santos con
potestad
recibida de los príncipes de los sacerdotes. Y cuando se les mataba yo
aportaba mi
voto. 11 Les castigaba frecuentemente por todas la sinagogas, para
obligarles a
blasfemar y, enfurecido contra ellos, llegaba hasta perseguirles en
ciudades extranjeras.
12 »Con este fin iba a Damasco, con la potestad y autorización de
los príncipes de los sacerdotes, 13 y al mediodía vi en el camino, rey, una
luz del cielo, más brillante que el sol, que me envolvió a mí y a los que
me acompañaban. 14
Caímos todos a tierra y escuché una voz que me decía en hebreo: «Saulo,
Saulo,
¿por qué me persigues? Dura cosa es para ti dar coces contra el aguijón».
15 Yo
contesté: «¿Quién eres, Señor?» Y el Señor me dijo: «Yo soy Jesús, a quien
tú
persigues. 16 Pero levántate y ponte en pie, porque me he dejado ver por
ti para hacerte ministro y testigo de lo que has visto y de lo que todavía
te mostraré. 17 Yo te libraré de tu pueblo y de los gentiles a los que te
envío, 18 para que abras sus
ojos y así se conviertan de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a
Dios, y
reciban el perdón de los pecados y la herencia entre los santificados
por la fe en mí».
19 »Así pues, rey Agripa, no fui desobediente a la visión celestial, 20
sino que
primero a los de Damasco y Jerusalén, y luego por toda la región de Judea
y a los gentiles, comencé a predicar que se arrepintieran y se convirtieran
a Dios con obras
dignas de penitencia. 21 Por este motivo intentaron matarme los judíos
cuando me apresaron en el Templo. 22 Con la ayuda de Dios he
permanecido hasta este día
predicando a pequeños y grandes, sin enseñar otras cosas que las que los
Profetas
y Moisés dijeron que iban a suceder: 23 que el Cristo debía padecer y,
después de
ser el primero en resucitar de entre los muertos, iba a anunciar la luz al
pueblo y a los gentiles.

Efecto en los oyentes
(26,24-32)

24 Mientras se defendía de este modo, dijo Festo en alta voz:
—Estás loco, Pablo. Las muchas letras te han hecho perder el juicio.
25 Pablo contestó:
—No estoy loco, excelentísimo Festo, sino que digo cosas verdaderas

y
sensatas. [26] Bien sabe estas cosas el rey a quien hablo sinceramente, porque no
creo que ninguna le sea desconocida, pues no son cosas que hayan ocurrido en un
rincón. [27] ¿Crees, rey Agripa, en los Profetas? Yo sé que crees.
[28] Agripa contestó a Pablo:
—Un poco más y me convences de que me haga cristiano.
[29] Pablo respondió:
—Quisiera Dios que, con poco o con mucho, no sólo tú sino todos los que me escuchan hoy se hicieran como yo, pero sin estas cadenas.
[30] Se levantaron el rey, el procurador, Berenice y todos los que se sentaban con ellos; [31] y al retirarse comentaban unos con otros:
—Este hombre no ha hecho nada que merezca muerte o prisión.
[32] Agripa le dijo a Festo:

—Podría ser puesto en libertad si no hubiera apelado al César.

Camino de Roma. Navegación hasta Creta (27,1-44)

27

1 Cuando se decidió que emprendiésemos la navegación rumbo a Italia,
Pablo y algunos otros presos fueron confiados a un centurión de la cohorte
Augusta, que se llamaba Julio. 2 Embarcamos en una nave de Adramicio
que iba a zarpar hacia puertos de Asia y nos hicimos a la mar, llevando
con nosotros a Aristarco, macedonio de Tesalónica. 3 Al día siguiente
llegamos a Sidón, y Julio, tratando a Pablo con humanidad, le permitió
visitar a sus amigos y proveerse de lo necesario. 4
Partimos de allí y, a causa de vientos contrarios, navegamos a lo largo de
Chipre, 5
y a través de los mares de Cilicia y Panfilia, arribamos a Mira de Licia. 6 Allí
encontró el centurión una nave alejandrina que se dirigía a Italia y nos
trasladó a
ella. 7 Durante varios días navegamos con lentitud y llegamos con
dificultad frente a
Gnido. Dado que el viento nos era contrario, navegamos al abrigo de Creta
cerca de
Salmone. 8 A duras penas costeamos la isla hasta llegar a un lugar llamado
Puertos
Buenos, junto al que está la ciudad de Lasea.

Reanudación del viaje contra el parecer de San Pablo

9 Transcurrido bastante tiempo, como la navegación se hacía
peligrosa, pues había pasado ya el Ayuno, Pablo les advirtió:
10 —Veo, amigos, que la navegación va a traer peligros y serios
daños no
sólo para la carga y la nave, sino también para nuestras vidas.
11 Pero el centurión hizo más caso al piloto y al patrón que a las
palabras de
Pablo. 12 Como el puerto no resultaba apropiado para pasar el invierno, la
mayoría
decidió hacerse a la mar desde allí, por si lograban llegar a Fénica, un
puerto de
Creta que mira al sudoeste y al noroeste, para pasar el invierno.

Tempesta d

13 Comenzó a soplar el viento del sur y pensaron que podían realizar su
propósito, de modo que levaron anclas y fueron costeando de cerca la isla
de Creta.
14 Pero no mucho tiempo después se desató contra ella un viento
huracanado

llamado Euroaquilón. 15 Arrastrada la nave e incapaz de resistir el viento,
quedó al capricho de las olas, y comenzamos a ir a la deriva. 16 Navegamos a sotavento de
una pequeña isla que se llamaba Cauda y a duras penas conseguimos hacernos
con el esquife. 17 Después de izarlo, usaron los cables de refuerzo para ceñir el
casco de la nave por debajo. Y por miedo a chocar contra la Sirte plegaron las velas
y se dejaron ir a la deriva. 18 Como el temporal nos sacudía
violentamente, al día siguiente aligeraron la nave, 19 y al tercer día, con
sus propias manos, arrojaron los aparejos al mar. 20 Durante varios días
no aparecieron el sol ni las estrellas, y dado
que nos venía encima una tempestad no pequeña, habíamos perdido ya toda
esperanza de salvarnos.

Visión de San Pablo y exhortación a los viajeros

21 Llevábamos largo tiempo sin comer, y entonces Pablo se alzó en
medio de ellos y dijo:
—Mejor hubiera sido, amigos, escucharme y no habernos hecho a la
mar desde Creta, porque habríamos evitado estos peligros y estos daños.
22 Pero ahora
os invito a tener buen ánimo, porque ninguno de vosotros morirá; sólo se
perderá la nave. 23 Esta noche se me ha aparecido un ángel del Dios a
quien pertenezco y a quien sirvo, 24 y me ha dicho: «No temas, Pablo;
tienes que comparecer ante el César, y Dios te ha concedido la vida de
todos los que navegan contigo». 25 Por lo tanto, amigos, tened ánimo.
Confío en Dios que ocurrirá tal como se me ha dicho. 26
Vamos a dar con alguna isla.
27 La decimocuarta noche que íbamos a la deriva por el
Adriático, los
marineros, a eso de la medianoche, empezaron a presentir que se
acercaban a
tierra firme. 28 Echaron la sonda y descubrieron que había veinte brazas,
y después de avanzar un poco sondearon de nuevo y descubrieron quince
brazas. 29
Temerosos de que chocásemos contra algunos escollos, echaron cuatro
lanchas
desde popa y esperaron a que amaneciera. 30 Como los marineros querían
abandonar la nave –y habían arriado ya el esquife al mar con el pretexto de
echar
las anclas de proa–, 31 Pablo les dijo al centurión y a los soldados:
—Si éstos no permanecen en la nave, vosotros no podréis
salvaros.
32 Entonces los soldados cortaron las amarras del esquife y lo dejaron
caer.
33 Mientras amanecía, Pablo invitó a todos a tomar alimento:
—Lleváis hoy catorce días llenos de tensión y en ayunas sin haber
comido
nada; 34 por eso, os animo a que toméis alimento, pues es necesario para
que os
salvéis; porque ninguno de vosotros perderá ni un solo cabello de la
cabeza.
35 Dicho esto, tomó pan, dio gracias a Dios delante de todos, lo
partió y empezó a comer. 36 Todos los demás se animaron y tomaron
también alimento. 37
Estábamos en la nave un total de doscientas setenta y seis personas. 38
Después
de haber comido hasta quedar satisfechos, aligeraron la nave arrojando
el trigo al mar.

Naufragio y rescate

39 Cuando se hizo de día no reconocían la tierra; sólo divisaban una

ensenada con su playa, hacia la que pensaban empujar la nave, si fuera posible. 40
Soltaron las anclas para dejarlas caer al mar y aflojaron simultáneamente las
amarras de los timones. Izaron después la vela de proa y empujados por la brisa se
dirigieron hacia la playa. 41 Pero al tropezar contra un banco de arena, bañado a
ambos lados por el mar, encalló la nave, de modo que la proa, clavada, quedó
inmóvil, mientras que la popa se deshacía por la violencia de las olas. 42
Los soldados decidieron entonces matar a los presos, por si alguno escapaba a nado; 43
pero el centurión, que deseaba salvar a Pablo, les prohibió tal resolución, y mandó
que los que sabían nadar fueran los primeros en echarse al agua para ganar la
orilla, 44 y que los demás lo hicieran unos sobre tablas y otros con restos de la nave.
De este modo todos llegaron a salvo a tierra.

Estancia en Malta
(28,1-10)

28

1 Una vez a salvo, supimos que la isla se llamaba Malta. 2 Los nativos
tuvieron con nosotros una humanidad poco común. Hicieron una hoguera,
a causa de la lluvia que caía y del frío, y nos recibieron a todos. 3 Pablo
había reunido un montón de ramas secas y, al colocarlas en la hoguera,
una víbora que huía del calor le mordió en la mano. 4 Cuando los nativos
vieron al animal colgando de su mano, se dijeron unos a otros:
—Seguramente este hombre es un asesino que, aunque ha
escapado del mar, la Justicia no le permite vivir.
5 Entonces él sacudió el animal sobre el fuego y no sufrió daño
alguno. 6
Esperaban ellos que se hinchara o cayera muerto de repente. Pero
después de esperar un tiempo y ver que nada malo le ocurría,
cambiaron de parecer y decían que era un dios.
7 Por aquellos lugares tenía unas propiedades el hombre principal
de la isla, llamado Publio, que nos acogió y hospedó amablemente tres
días. 8 Coincidió que
el padre de Publio se hallaba en cama, aquejado de fiebres y disentería.
Pablo entró
a verle, oró, le impuso las manos y le curó. 9 Como había ocurrido esto, se
presentaron también otros enfermos de la isla y fueron curados. 10 Nos
trataron con
todo tipo de consideraciones y cuando nos embarcamos nos facilitaron
todo lo
necesario.

Llegada a Roma (28,11-26)

11 Pasados tres meses nos hicimos a la mar en una nave alejandrina
que había invernado en la isla y llevaba los Dioscuros como enseña. 12
Llegamos a Siracusa y permanecimos tres días. 13 Desde allí, costeando,
arribamos a Regio. Al día siguiente se levantó viento del sur y a los dos
días llegamos a Pozzuoli. 14
Encontramos allí algunos hermanos, que nos rogaron que
permaneciéramos con
ellos siete días. Y así nos dirigimos a Roma. 15 Los hermanos, al enterarse
de
nuestra llegada, vinieron desde allí a nuestro encuentro hasta el Foro Apio
y Tres
Tabernas. Al verles, Pablo dio gracias a Dios y cobró ánimos.
16 Cuando llegamos a Roma, le fue permitido a Pablo vivir por cuenta
propia
con un soldado que le custodiara.

San Pablo y los judíos de Roma (28,17-28)

17 Tres días después convocó a los principales judíos, y cuando se

reunieron les dijo:

—Hermanos, sin haber hecho nada contra el pueblo ni contra las tradiciones de los padres fui apresado en Jerusalén y entregado en manos de los romanos, 18
que después de interrogarme querían ponerme en libertad por no haber en mí ninguna causa de muerte. 19 Y ante la oposición de los judíos, me vi obligado a apelar al César, pero no para acusar de nada a los de mi nación. 20 Por esta razón os he pedido veros y hablaros, pues llevo estas cadenas por la esperanza de Israel.

21 Ellos le respondieron:

—Nosotros no hemos recibido de Judea ninguna carta que nos hable de ti, ni

ha llegado ningún hermano que nos haya comunicado o hablado nada malo de ti. 22
Deseamos, sin embargo, escuchar de ti mismo lo que piensas, pues de esa secta sabemos que en todas partes se la contradice.
23 Concertaron con él un día y acudieron muchos a la casa en que se alojaba.
Desde la mañana hasta la tarde, él les explicaba el Reino de Dios dando testimonio
y tratando de convencerles sobre Jesús mediante la Ley de Moisés y los Profetas.
24 Unos aceptaron con fe lo que decía, pero otros no creyeron. 25 Cuando se
marchaban divididos entre sí, Pablo tan solo dijo estas palabras:
—Con razón habló el Espíritu Santo a vuestros padres por medio del profeta
Isaías:
26 *Ve a este pueblo y dile:*
«Con el oído oiréis, pero no
entenderéis, con la vista
miraréis, pero no veréis.
27 *Porque se ha embotado el corazón de este pueblo,*
han hecho duros sus
oídos, y han cerrado sus
ojos;
no sea que vean con los
ojos, y oigan con los
oídos,
y entiendan con el corazón y se
conviertan, y yo los sane».
28 Sabed, por tanto, que esta salvación de Dios ha sido enviada a los gentiles. Ellos sí la oirán. (29)

Actividad apostólica de San Pablo en Roma (28,30-31)

30 Pablo permaneció dos años completos en el lugar que había alquilado, y recibía a todos los que acudían a él. 31 Predicaba el Reino de Dios y enseñaba lo referente al Señor Jesucristo con toda libertad y sin ningún estorbo.

1,1-5 Como en el evangelio (cfr Lc 1,1-4), San Lucas comienza su narración con un prólogo semejante al que empleaban los historiadores profanos. En este segundo volumen de su obra enlaza con los acontecimientos narrados al final del evangelio y comienza a relatar los orígenes y la primera expansión del cristianismo, efectuados con la fuerza del Espíritu Santo, protagonista central de todo el escrito. La dimensión espiritual del libro de los Hechos, que forma una estrecha unidad con el tercer evangelio, encendió el alma de las primeras generaciones cristianas, que vieron en sus páginas la crónica del fiel y amoroso actuar divino con el nuevo Israel que es la Iglesia. Así, la forma de narrar de Lucas es la de los historiadores, pero la significación del relato es más profunda: «Los Hechos de los Apóstoles parecen sonar puramente a desnuda historia, y que se limitan a tejer la niñez de la naciente Iglesia; pero, si caemos en la cuenta de que su autor es Lucas, el médico, cuya alabanza se encuentra en el Evangelio (cfr 2 Co 8,18), advertiremos igualmente que todas sus palabras son medicamentos para el alma enferma» (S. Jerónimo, Epist. 53,9).
1,6-11 La pregunta de los Apóstoles indica que todavía piensan en una

restauración
temporal de la dinastía de David: la esperanza escatológica en el Reino parece reducirse para ellos –como para muchos judíos de su tiempo– a la expectación de un dominio nacional judío tan amplio y universal como la diáspora. Con su respuesta, el Señor les enseña que tal esperanza errónea ha caducado. Los planes de Dios están muy por encima de sus pensamientos; no se trata de una realización política sino de una realidad transformadora del hombre, obra del Espíritu Santo.

La ascensión del Señor a los Cielos explica la situación actual del cuerpo resucitado de Jesús: «La Ascensión de Cristo al Cielo significa su participación, en su humanidad, en el poder y en la autoridad de Dios mismo. Jesucristo es Señor: posee todo poder en los cielos

y en la tierra. (...) Como Señor, Cristo es también la cabeza de la Iglesia que es su Cuerpo. Elevado al Cielo y glorificado, habiendo cumplido así su misión, permanece en la tierra en su Iglesia» (CCE 668-669).

§ 1,12-7,60 Los siete primeros capítulos del libro de los Hechos narran la vida de la Iglesia naciente en Jerusalén. Una vez elegido Matías para completar el grupo de los Doce (1,15-26), se relata la venida del Espíritu Santo en Pentecostés (2,1-13) y la primera predicación apostólica acerca de Jesucristo (2,14-41).

La narración sigue con el crecimiento y la agrupación de la comunidad en torno a Pedro y a los demás Apóstoles. Milagros y hechos extraordinarios (3, 1-10; 5,1-16) acompañan la predicación de los Doce. Con unos sumarios intercalados a lo largo del texto (1,14; 2,42-47; 4,32-37; 5,12-16), Lucas describe la vitalidad espiritual de la primitiva Iglesia. El aumento progresivo de los fieles (2,42.47; 4,4; 5,11; 6,1) impone la elección de los Siete (6,1-7). La persecución que se desata contra la Iglesia y el martirio de Esteban (6,8-7,60) suponen la culminación de toda esta parte, y el desplazamiento de la acción a las regiones limítrofes con Judea (8,1ss.).

1,12-26 Lucas presenta ahora al grupo de los discípulos, núcleo de la naciente Iglesia, antes de la venida del Espíritu Santo. El evangelista nombra de manera explícita al Colegio Apostólico (1,13) –que será completado con Matías (1,26)– y a María, la Madre del Señor (1,14). De manera semejante a como el Espíritu Santo descendió sobre María, la llena de gracia (cfr Lc 1,28), ahora descenderá sobre aquel grupo que tiene como estandarte la oración (1,14.24).

1,12-14 En la descripción del grupo de discípulos anterior a la venida del Espíritu Santo hay dos notas que señala expresamente el autor: la vida de oración y la presencia de María.

«Es una anotación insistente en el relato de la vida de los primeros seguidores de Cristo: “todos, animados de un mismo espíritu, perseveraban juntos en la oración” (Hch 1,14) (...).

La oración era entonces, como hoy, la única arma, el medio más poderoso para vencer en las batallas de la lucha interior» (S. Josemaría Escrivá, Hom. 2. 242).

La Tradición, al contemplar y meditar este cuadro, ha concluido que en él aparece la maternidad que la Virgen ejerce sobre toda la Iglesia, tanto en su origen como en su desarrollo.

1,15-26 El episodio de la elección de San Matías revela varias notas importantes en la constitución de la Iglesia, como son el número de los Doce y el lugar que ocupa Pedro en la comunidad. Pedro, a quien Jesús le encomendó confirmar en la fe a sus hermanos (Lc 22,32), propone la elección de un Apóstol que ocupe el lugar de Judas. El Colegio Apostólico queda así completo antes de la venida del Espíritu Santo cuando «la Iglesia se manifestó públicamente ante la multitud» (C. Vat. II, Ad gent. 4).

Lucas suele reservar el término «Apóstoles» para designar a los Doce (cfr p. ej. 6,6), o a los Once junto a Pedro, que aparece como cabeza del Colegio Apostólico (cfr 2,14). Las funciones principales de los Apóstoles a lo largo del libro de los Hechos son: ser testigos de la resurrección de Jesús (cfr 1,22) y llevar a cabo este testimonio mediante el ministerio de la Palabra (6,4), acompañado de signos y prodigios que hacen visible la salvación que anuncian (2,14-21.43; 3,1-11.16; etc.). Los Doce llevan asimismo la dirección de la Iglesia: recogiendo los bienes para los hermanos necesitados, eligiendo a algunos hermanos para el ministerio de los diáconos (6,2-3), interviniendo como garantes de la unidad (11,1-18; 15,2), etc.

Lucas concentra su interés en la figura de Pedro, al que nombra en su libro 56 veces. Pedro es siempre el centro de las escenas y episodios en los que

aparece con otros
Apóstoles o discípulos. En los acontecimientos relativos a la comunidad de Jerusalén,
Pedro actúa como portavoz de los Doce (2,14.37; 5,29) y desempeña un papel decisivo en la apertura del Evangelio a los paganos.

El Colegio de los Doce Apóstoles, cuya cabeza es Pedro, pervive en el Episcopado de la Iglesia, cuya cabeza es el Romano Pontífice, sucesor de Pedro y vicario de Jesucristo: «Así como, por disposición del Señor, San Pedro y los demás Apóstoles forman un único Colegio
apostólico, por análogas razones están unidos entre sí el Romano Pontífice, sucesor de
Pedro, y los obispos, sucesores de los Apóstoles» (C. Vat. II, Lum. gent. 22).

2,1-47 Pentecostés significa, en el libro de los Hechos, el comienzo de la andadura de la
Iglesia: animada por el Espíritu Santo, constituye el nuevo Pueblo de Dios que comienza a

predicar el Evangelio a todas las naciones y a convocar a todos los llamados por Dios. La efusión del Espíritu Santo tendrá también un valor revelador; más tarde, San Pedro verá en el descenso del Espíritu Santo sobre Cornelio y su familia (10, 44-48; 11,15-17) una señal clara de la llamada a los gentiles sin pasar por la circuncisión.

2,1-13 El relato de la venida del Espíritu Santo está lleno de simbolismos. Pentecostés era una de las tres grandes fiestas judías: se celebraba cincuenta días después de la Pascua y muchos israelitas peregrinaban ese día a la Ciudad Santa. Su origen era festejar el final de la cosecha de cereales y dar gracias a Dios por ella, junto con el ofrecimiento de las primicias. Después se añadió el motivo de conmemorar la promulgación de la Ley dada por Dios a Moisés en el Sinaí. El ruido, como de viento, y el fuego (vv. 2-3) evocan precisamente la manifestación de Dios en el monte Sinaí (cfr Ex 19,16.18; Sal 28 Vg) cuando Dios, al darles la Ley, constituyó a Israel como pueblo suyo. Ahora, con los mismos rasgos se manifiesta a su nuevo pueblo, la Iglesia: el viento significa la novedad trascendente de su acción en la historia de los hombres (cfr CCE 691); el «fuego simboliza la energía transformadora de los actos del Espíritu Santo» (CCE 696).

La enumeración de la procedencia de los que escuchaban a los discípulos (vv. 5,9-11) y el que todos entiendan la lengua hablada por los Apóstoles (vv, 4.6.8.11) evocan, por contraste, la confusión de lenguas en Babel (cfr Gn 11,19): «Sin duda, el Espíritu Santo actuaba ya en el mundo antes de que Cristo fuera glorificado. Sin embargo, el día de Pentecostés vino sobre los discípulos para permanecer con ellos para siempre; la Iglesia se manifestó públicamente ante la multitud; se inició la difusión del Evangelio entre los pueblos mediante la predicación; fue, por fin, prefigurada la unión de los pueblos en la catolicidad de la fe, por la Iglesia de la Nueva Alianza que habla en todas las lenguas, comprende y abraza en el amor a todas las lenguas, superando así la dispersión de Babel» (C. Vat. II, Ad gent. 4).

2,14-41 Pedro toma la palabra en nombre de los Doce como hará otras muchas veces. Su discurso esta plagado de citas del Antiguo Testamento con las que explica el sentido de lo que acaba de acontecer: «Los textos proféticos que se refieren directamente al envío del Espíritu Santo son oráculos en los que Dios habla al corazón de su Pueblo en el lenguaje de la Promesa, con los acentos del “amor y de la fidelidad” (cfr Ez 11,19; 36,25-28; 37,1-14; Jr 31,31-34; y Jl 3,1-5, cuyo cumplimiento proclamará San Pedro la mañana de Pentecostés, (cfr Hch 2,17-21). Según estas promesas, en los “últimos tiempos”, el Espíritu del Señor renovará el corazón de los hombres grabando en ellos una Ley nueva; reunirá y reconciliará a los pueblos dispersos y divididos; transformará la primera creación y Dios habitará en ella con los hombres en la paz» (CCE 715).

En el discurso de Pedro se esboza el contenido de lo que constituyó el anuncio apostólico –kérigma–, objeto de la predicación y de la fe. Este anuncio expresa el testimonio sobre la muerte y resurrección de Cristo y su posterior exaltación; recuerda los puntos principales de la misión de Jesús, anunciada por Juan Bautista, confirmada con milagros y concluida con las apariciones del Señor resucitado y la efusión del Espíritu Santo; señala la llegada del tiempo mesiánico vaticinado por los profetas y hace un llamamiento universal a la conversión, para preparar así la parusía o segunda venida de Cristo glorioso.

2,42-47 Éste es el primero de los tres sumarios que se recogen en los capítulos iniciales del libro (cfr 4,32-37 y 5,12-16). Describe en términos sencillos lo más esencial de la vida ascética y litúrgico-sacramental de los primeros cristianos: «Esta secuencia de actos es típica de la oración de la Iglesia; fundada sobre la fe apostólica y autentificada por la caridad, se alimenta con la Eucaristía» (CCE 2624).

3,1-5,42 Con la fuerza del Espíritu Santo recibida en Pentecostés, los Apóstoles siguen
predicando el Evangelio, y confirmando con obras la verdad que predican. Pronto, sin embargo, sigue la oposición de los dirigentes judíos (4,1-2; 5,17-18) y las dificultades dentro de la misma Iglesia (5,1-11). En este marco, el texto refleja el optimismo de aquellos fieles guiados por el Espíritu Santo: el pueblo les apreciaba (5,15-16), hombres importantes y justos como Gamaliel les comprendían (5,34-39), el Espíritu les asistía (4,31), y, en definitiva, Dios les confortaba con el aumento de los fieles y la fecundidad de virtud de aquella primera comunidad (4,4.32-37).
3,1-10 Los milagros del Nuevo Testamento indican una situación especialmente intensa de
gracia divina. Pero no son un caso único en la economía cristiana de salvación. Se repiten,

según las circunstancias y de modos diversos, atraídos por las disposiciones interiores de hombres y mujeres de fe (cfr nota a 5,12-16).

3,11-26 Este segundo discurso de San Pedro tiene dos partes: en la primera (vv. 12-16), el Apóstol explica que el milagro se ha realizado en el nombre de Jesús y por la fe en su nombre; en la segunda (vv. 17-26), mueve a penitencia a la multitud reunida. Al final (v. 25-26), Pedro anota un motivo común en la predicación apostólica (cfr 2,39): la salvación se dirige en primer lugar al pueblo elegido, pero está abierta a todos.

4,1-22 Empieza a cumplirse a la letra lo que Jesús había anunciado a sus discípulos (cfr Lc 21,12-15): ante las persecuciones el Señor da a éstos una sabiduría que los grandes de este mundo no pueden resistir. Sin duda, en el centro del pasaje está la frase final de los Apóstoles (vv. 19-20). Esta valentía no se exige sólo a los que ocupan un lugar relevante; se nos pide a todos: «Los cristianos, comportándose sabiamente con aquellos que están fuera, deben esforzarse por difundir, "en el Espíritu Santo, en caridad no fingida, en palabras de verdad" (2 Co 6,6-7), la luz de la vida con toda confianza y fortaleza apostólica hasta el derramamiento de sangre. Porque el discípulo tiene la obligación grave, con Cristo Maestro, de conocer cada vez mejor la verdad recibida de Él, de anunciarla fielmente y de defenderla denodadamente» (C. Vat. II, Dign. hum. 14).

4,23-31 Esta plegaria de los Apóstoles y de la comunidad es para los cristianos de todos los tiempos un modelo de oración y de confianza en los medios sobrenaturales. Piden a Dios la fuerza necesaria para seguir anunciando con valentía la Palabra, sin dejarse amedrentar por las persecuciones, e imploran también la capacidad de obrar prodigios que acrediten su predicación. En las palabras del evangelista se menciona dos veces al Espíritu Santo, ya que «el Espíritu que enseña a la Iglesia y le recuerda todo lo que Jesús dijo, será también quien la instruya en la vida de oración» (CCE 2623). Para su plegaria, aquellos primeros cristianos acudían a la Sagrada Escritura: «Como los autores inspirados del Nuevo Testamento, las primeras comunidades cristianas releen el libro de los Salmos cantando en él el Misterio de Cristo. En la novedad del Espíritu, componen también himnos y cánticos a partir del acontecimiento inaudito que Dios ha realizado en su Hijo: su encarnación, su muerte vencedora de la muerte, su resurrección y su ascensión a su derecha. De esta "maravilla" de toda la Economía de la Salvación brota la doxología, la alabanza a Dios» (ibid. 2641).

4,32-37 En el primer sumario (cfr 2,42-47 y nota) Lucas recordaba principalmente la oración de la primera iglesia; ahora insiste en la comunión de bienes, y después (cfr 5,12-16) lo hará en los prodigios de los Apóstoles. El autor es consciente de la importancia que tiene el efectivo desprendimiento de los bienes y por eso presenta un ejemplo, Bernabé (vv. 36-37), y un contraejemplo: Ananías y Safira (5,1-11).

5,1-11 El lector no puede dejar de sorprenderse al leer las funestas consecuencias que tuvo ese pecado en quienes lo cometieron. De todas formas, en el centro de la falta (cfr vv. 4.9) no está sólo la avaricia, sino, sobre todo, el intento de engañar a Dios que actúa en la Iglesia. El castigo de Dios contra Ananías y Safira se produjo –dice San Efrén– «no sólo porque hicieron un robo y lo escondieron, sino porque no temieron, y quisieron engañar a aquellos en quienes moraba el Espíritu Santo que todo lo conoce» (Com. in Act. in loc.). El castigo refleja una comprensible severidad en un momento fundacional lleno de auxilio divino y de especial responsabilidad.

5,12-16 Lucas subraya en este tercer sumario el poder milagroso de los Apóstoles. Como Cristo (cfr Mc 6,56; Lc 7,18-23, Hch 2,22), los milagros que obran confirman

ante el pueblo que ha llegado en verdad el Reino de Dios: «Sin obrar milagros y prodigios, los discípulos de Jesús no habrían movido a sus oyentes a abandonar, por nuevas doctrinas y verdades, su religión tradicional y a abrazar con peligro de la vida las enseñanzas que les anunciaban» (Orígenes, Contra Cels. 1,46).

5,17-33 El relato presenta un cuadro de contrastes marcado por dos mandatos contrarios
que se dan a los Apóstoles: el del ángel (v. 20) y el del Sanedrín (v. 28); por eso la respuesta de los Apóstoles es muy significativa: hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.

5,34-42 Gamaliel fue maestro de San Pablo (cfr 22,3). Representaba una tendencia
moderada dentro de la secta de los fariseos. Era un hombre prudente, capaz de imparcialidad y dotado de reconocido sentido religioso. Los Padres de la Iglesia le suelen

proponer como ejemplo de hombre recto que espera el Reino de Dios y se atreve a defender a los Apóstoles. Las insurrecciones de Teudas y Judas a las que alude en su discurso son recogidas por Flavio Josefo (cfr Ant. iud. 18,4-10; 20,169-172), aunque parece que deben situarse en el tiempo del nacimiento de Jesús. Ambos, Teudas y Judas, reunieron gran número de adeptos que lucharon para que el pueblo judío, elegido por Dios, no tuviera que estar sometido y pagar tributo a gentes extranjeras, como Herodes o el Imperio romano.

Es evidente que, ante la argumentación de Gamaliel, también el lector juzgará que la obra de los Apóstoles es de Dios. Sin embargo, los miembros del Sanedrín no obraron así

y, al castigar a los discípulos de Jesús, no hicieron sino dar cumplimiento a las palabras que el Señor les había dirigido: sufrir por Él sería para ellos motivo de alegría (cfr Mt 5,11-12; Mc 10,30; Lc 6,22-23). Al final, Lucas nos recuerda la firmeza evangelizadora de los Apóstoles.

6,1-7-60 Ahora se detiene San Lucas a propósito de los helenistas con argumentos semejantes a los de la anterior sección (cfr nota a 3,1-5,42). Los cristianos procedentes del helenismo tienen dificultades internas porque sus viudas son desatendidas (6, 1), y externas por la persecución de algunos de la sinagoga de los libertos (6,9). Lucas se complace en señalar detrás de todos estos acontecimientos la providencia de Dios. Las dificultades de los cristianos helenistas se solucionan con el nombramiento de «diáconos», y, del mismo modo que la persecución de los judíos acaba en un aumento de fieles y de sacerdotes conversos a la fe (6,7), la persecución acabará con el martirio de Esteban que será la semilla de la vocación de Saulo: «Si Esteban no hubiera orado a Dios la Iglesia no tendría a Pablo» (cfr S. Agustín, Serm. 315,7).

6,1-7 En el comienzo de la sección se presentan dos grupos de discípulos, distinguidos según el estrato del que procedían antes de su conversión: helenistas y hebreos. Los helenistas eran judíos que habían nacido y vivido un tiempo fuera de Palestina. Hablaban griego y utilizaban sinagogas propias en las que se leían versiones griegas de la Sagrada Escritura. Poseían cierta cultura griega, a la que los hebreos no eran del todo ajenos. Los hebreos eran judíos nacidos en Palestina, que hablaban arameo y usaban la Biblia hebrea en el culto sinagogal. Esta distinción de grupos según su procedencia pervivió lógicamente durante un tiempo en la comunidad cristiana, pero no debe hablarse de división, y menos aun de oposición entre dos facciones del cristianismo primitivo.

El capítulo narra la institución por los Apóstoles de «los Siete», que es el segundo grupo definido de discípulos –el primero está formado por «los Doce»–, al que se encomienda un ministerio en la Iglesia. Lucas empleará la palabra diaconía (servicio), pero no llama «diáconos» a los siete discípulos elegidos para «servir las mesas» (v. 2). Los escritores antiguos tampoco relacionan con los Siete a los diáconos –en sentido técnico posterior– que, junto a presbíteros y obispos, constituirán pronto en la Iglesia el orden jerárquico. No sabemos, por lo tanto, con seguridad, si el ministerio diaconal, tal como lo conocemos, deriva directamente de «los Siete». No debe descartarse, sin embargo, la posibilidad de que el ministerio aquí descrito haya contribuido a la institución del diaconado propiamente dicho.

6,8-15 San Esteban es el primer mártir cristiano. De aquí que Lucas le dé tanto relieve: narra su muerte (cfr también 7,54-60) fijándose especialmente en el modo con que Esteban siguió a su Maestro, en las palabras y en las obras. Esteban tiene la sabiduría irresistible (v. 10) que Jesús había prometido a sus discípulos (cfr Lc 21,15). También, como Jesús (cfr Mt

26,57-68 y par.), es acusado por medio de un falso testimonio (vv. 11-14). Más tarde, antes de su muerte, Esteban (7,55-56) contempla la visión del Hijo del Hombre triunfante; la misma que había profetizado Jesús (cfr Mt 26,64 y par.). Finalmente, al igual que Cristo (cfr
Lc 23,34.46), perdona a quienes le dan muerte y se abandona al designio de Dios (7,59-60):
«Así convenía que fuese el primer mártir de Cristo, para que por ser, con su gloriosa muerte, modelo de los mártires venideros, no sólo hiciese de pregonero de la pasión del Señor, sino que le imitase también en mansedumbre e inmensa paciencia» (S. Cipriano, De
bon. patient. 16).

Con la expresión «sinagoga llamada de los libertos» (v. 9) parece que Lucas designa a aquellos judíos que procedían de regiones helenistas de la diáspora. Estos judíos son probablemente los mismos que poco después discutirán con Pablo y querrán matarle (9,29).
Del mismo modo que ahora no pueden resistir la sabiduría de Esteban (v. 10), tampoco

después podrán resistir la pujanza de la nueva fe.

7,1-53 El discurso de Esteban es el más largo que transmite el libro de los Hechos.

Presenta un resumen de la historia de Israel, dividido en tres épocas: patriarcal (vv. 1-16), mosaica (vv. 17-43) y período de la edificación del Templo (vv. 44-50). Termina con una breve sección argumentativa (vv. 51-53).

Esteban no se defiende directamente. Contesta a sus acusadores mediante una visión cristiana de la historia de la salvación, según la cual el Templo y la Ley han cumplido ya su misión. Viene a decirles que él no ha dejado de respetar la Ley mosaica y el Templo, pero que posee, como cristiano, una noción más universal y profunda de la ley divina y una idea más espiritual del Templo, puesto que en cualquier lugar del orbe puede adorarse a Dios. Este planteamiento, que respeta y perfecciona los bienes religiosos del judaísmo porque manifiesta su verdadero sentido y les da pleno cumplimiento, se refuerza con el modo de tratar la figura de Moisés. Éste es presentado en el discurso de Esteban como tipo de Cristo. Cristo es por tanto el nuevo Moisés. Pequeñas explicaciones del texto griego del Antiguo Testamento sirven eficazmente a este fin. Expresiones como «rechazaron» o el término «libertador» (v. 35) no se aplican a Moisés en los libros de la Antigua Ley, pero sí en el judaísmo de la época, y se usan en el presente discurso para sugerir la figura de Cristo. La conducta agresiva y rebelde de los israelitas con respecto a Moisés, que había recibido una misión divina, se repite de nuevo con mayor gravedad y trascendencia en su actitud de repulsa de Jesucristo.

7,54-60 El relato de Lucas, con el paralelismo entre la muerte de Jesús y la de Esteban (cfr nota a 6,8-15), señala también una novedad: mientras que Jesús se dirige a Dios Padre (Lc 23,46), Esteban dirige las mismas plegarias al Señor Jesús (v. 59), confesando de esa manera la divinidad de Cristo.

§ 8,1-12,25 En esta parte se narra la dispersión de los cristianos que, con excepción de los Doce, se habían diseminado a causa de la persecución y predicaban el Evangelio por Judea, Samaría y Siria. Jerusalén ha quedado demasiado estrecha y la Iglesia comienza a abrir sus puertas a los gentiles. Se nos habla de la conversión del etíope (8,26-39) y de la recepción del Bautismo por parte de numerosos samaritanos (8,14-17). Se narran con bastante detalle la vocación de Pablo, llamado a ser Apóstol de las gentes (9,15), y la conversión del centurión Cornelio (caps. 10-11), de extraordinario significado para la superación evangélica de las barreras étnicas. Termina con la muerte de Santiago, hermano de Juan, y la detención y liberación milagrosa de San Pedro.

8,1-40 La expansión de la Iglesia a Samaría es el primer paso en el cumplimiento de las palabras del Señor en la Ascensión (1,8). Los inicios de la expansión de la fe se asocian a la labor de Felipe, uno de los Siete (8,5-8), pero en el libro de los Hechos la plenitud en la recepción del Espíritu Santo se vincula siempre a los Apóstoles y a la unión con la Iglesia madre de Jerusalén (8,14-17).

8,1-4 La muerte de Esteban desata una persecución en Jerusalén. Sabedor del puesto que desempeñará Pablo en la primitiva Iglesia, Lucas señala dos veces (vv. 1.3) el lugar que ocupa ahora en la persecución: «El Cristianismo ha estado demasiadas veces en lo que parecía un fatal peligro, como para que ahora nos vaya a atemorizar una nueva prueba (...). Son imprevisibles las vías por las que la Providencia rescata y salva a sus elegidos. A veces, nuestro enemigo se convierte en amigo; a veces se ve despojado de la capacidad de mal que le hacía temible; a veces se destruye a sí mismo; o, sin desearlo, produce efectos beneficiosos, para desaparecer a continuación sin dejar rastro. Generalmente la Iglesia no hace otra cosa que perseverar, con paz y confianza, en el cumplimiento de sus tareas, permanecer serena, y esperar de Dios la salvación» (John H.

Newman, Bigliet. speech).
8,5-8 La primera consecuencia de la persecución es la predicación con éxito en Samaría:
«La religión fundada por el misterio de la Cruz de Cristo no puede ser destruida por ningún género de crueldad. No se disminuye la Iglesia por las persecuciones, antes al contrario, se aumenta. El campo del Señor se viste entonces con una cosecha más rica. Cuando los granos que caen mueren, nacen multiplicados» (S. León Magno, Serm. in natal. apost. Petr. et Paul. 6).
8,9-13 Lucas aprovecha el episodio de Simón para mostrar la diferencia entre los genuinos
milagros obrados por los Apóstoles en nombre y con el poder de Jesucristo, y los prodigios reales o fingidos de un impostor. «Igual que en los tiempos de Moisés, se marca también

ahora la distinción entre unos prodigios y otros. La magia era practicada, pero resultaba fácil distinguir los verdaderos milagros (...). Los espíritus inmundos salían de gran número de posesos, con grandes voces. Éste era el signo de su expulsión. Los que practicaban magia hacían justamente lo contrario: reforzar las ataduras de los hombres posesos» (S. Juan Crisóstomo, Hom. in Act. 18,3).

8,14-25 Los Apóstoles guían también la primera expansión de la Iglesia fuera de Jerusalén.

La Tradición ha visto en los vv. 15-17 un reflejo del origen del sacramento de la Confirmación: «Los Apóstoles, en cumplimiento de la voluntad de Cristo, comunicaban a los neófitos, mediante la imposición de las manos, el don del Espíritu Santo, destinado a completar la gracia del Bautismo (cfr Hch 8,15-17; 19,5-6). Esto explica por qué en la Carta a los Hebreos se recuerda, entre los primeros elementos de la formación cristiana, la doctrina del Bautismo y de la imposición de las manos (cfr Hb 6,2). Es esta imposición de las manos la que ha sido con toda razón considerada por la Tradición católica como el primitivo origen del sacramento de la Confirmación, el cual perpetúa, en cierto modo, en la Iglesia, la gracia de Pentecostés» (Pablo VI, Div. consort. nat.).

8,26-40 El bautismo del funcionario etíope es un jalón relevante en la historia de la expansión del cristianismo. En este episodio se condensan los pasos de la actividad apostólica: el discípulo de Cristo, movido por el Espíritu (cfr vv. 29.39), obedece con prontitud a su mandato, predica con la Sagrada Escritura –como hizo Jesús con los discípulos de Emaús– y administra el Bautismo.

La narración pone de manifiesto la importancia de la Sagrada Escritura para la evangelización. También señala la necesidad de una guía para su interpretación: «Yo no soy –para hablar de pasada de mí mismo– ni más estudioso ni más santo que aquel eunuco que desde Etiopía, es decir, el extremo de la tierra, vino al Templo, abandonó el palacio regio, y era tanto su amor a la ciencia divina que incluso en el carro iba leyendo las letras sagradas. Y, sin embargo (...), desconocía a quien sin saberlo veneraba en aquel libro.

Llega Felipe, le muestra a Jesús que estaba oculto y como aprisionado en la letra, y (...) en el mismo momento cree, se bautiza, es fiel y santo (...). Te lo digo (...) para hacerte ver que, sin un guía que vaya delante mostrándote el camino, no puedes entrar en las Escrituras santas» (S. Jerónimo, Epist. 53,5-6). Esa guía es la interpretación segura de la Iglesia, a la que Dios entregó los libros que había inspirado. Por eso enseña el Concilio Vaticano II:

«Para descubrir el verdadero sentido del texto sagrado hay que tener muy en cuenta el contenido y la unidad de toda la Escritura, la Tradición viva de toda la Iglesia, la analogía de la fe (...). Todo lo dicho sobre la interpretación de la Escritura queda sometido al juicio definitivo de la Iglesia, que recibió de Dios el encargo y el oficio de conservar e interpretar la palabra de Dios» (Dei Verb. 12).

El v. 37. presente en la Vulgata, falta en algunos códices griegos y en las mejores versiones. Tal vez estuviera inspirado en una profesión de fe bautismal. Decía así: «Dijo Felipe: Si crees de todo corazón, es posible. Respondió él: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios».

9,1-31 Este es el primero de los tres relatos de la vocación de Saulo que incluye el libro de los Hechos (cfr 22,5-16; 26,10-18), sucedida probablemente entre los años 34 y 36. Cuando se trata de sucesos trascendentales no le importa a Lucas repetir su narración. En este primer relato se describen los acontecimientos desde dos perspectivas distintas: la de Pablo (vv. 1-9) y la de Ananías (vv. 10-19). Después, (vv. 19-30) se describe el vigor de la predicación del Apóstol.

9,1-19 Desde el mismo momento de su vocación, en la primera aparición a Saulo, Cristo le hizo patente la identificación entre Él y los cristianos. Es una realidad que

formulará más tarde el Apóstol, al hablar en sus epístolas del Cuerpo Místico de Cristo (cfr Col 1,18; Ef 1,22s.). Ésta es la idea que resaltan algunos Padres en sus comentarios: Jesús «no dice:
¿por qué persigues a mis miembros?, sino “¿por qué me persigues?”, porque Él mismo todavía padece afrentas en su Cuerpo, que es la Iglesia» (S. Beda, Sup. Act. exp. in loc.).
9,19-31 Lucas hace notar el vigor de la predicación de Saulo: el mismo ardor que mostraba
antes en la persecución de los cristianos (9,1-2), lo renueva ahora en sus controversias con judíos (v. 22) y griegos (v. 29). Pero «los discípulos temían que los judíos hicieran de Saulo un mártir, como habían hecho con San Esteban. A pesar de ese temor le envían a predicar el Evangelio a su propia patria, donde estará más seguro. Veis en esta conducta de los

Apóstoles que Dios no lo hace todo inmediatamente con su gracia y que con frecuencia deja actuar a sus discípulos siguiendo la regla de la prudencia» (S. Juan Crisóstomo, Hom. in Act. 21,1).

Tras esta primera actividad de Pablo, Lucas detiene su relato (v. 31) para hacer una consideración de carácter general sobre el progreso ininterrumpido de la Iglesia en su conjunto y de las diversas comunidades que han surgido con motivo de la dispersión (cfr 2,41.47; 4,4; 5,14; 6,1.7; 11,21.24; 16,5). Destaca sobre todo la paz y consolación operadas por el Espíritu Santo. Es una nota de justificado optimismo y confianza en la asistencia divina.

9,32-12,25 Lucas sigue ahora su narración con la actividad de San Pedro fuera de Jerusalén. La descripción del relato sugiere que ya había bastantes cristianos en Lida (9,32) y en Jope (9,36-38). Pero el acontecimiento más importante de este viaje de Pedro es la conversión del centurión Cornelio (10,1-11,18), porque representa la admisión a la nueva fe de personas que no han pasado por la circuncisión. A lo largo del relato, Lucas –y el mismo San Pedro en su discurso en Jerusalén (11,4-17)– subrayará que la iniciativa fue siempre del Espíritu Santo. La importancia del acontecimiento se mostrará después en otros momentos de la vida de la primitiva Iglesia (15,3-11).

9,32-35 También Jesús curó a un paralítico (Mt 9,1-8 y par.) mandándole que se levantara y tomara el lecho. Cristo lo hacía en nombre propio y perdonando los pecados como Dios. San Pedro, en cambio, lo hace en nombre de Jesús.

9,36-43 El pasaje no deja de ser un bello ejemplo de la recompensa que se obtiene por las obras de piedad: «En los Hechos de los Apóstoles –escribe San Cipriano– está claro que las limosnas no sólo nos libran de la muerte espiritual, sino de la temporal. Habiendo enfermado y muerto Tabita, que “hacía muchísimas buenas obras y limosnas”, fue llamado Pedro. Y apenas se presentó, con toda la diligencia de su caridad apostólica, le rodearon las viudas con lágrimas y súplicas (...), rogando por la difunta más con sus gestos que con sus palabras. Creyó Pedro que podía lograrse lo que pedían de manera tan insistente y que no faltaría el auxilio de Cristo a las súplicas de los pobres en quienes Él había sido vestido (...). No dejó, en efecto, de prestar su auxilio a Pedro, al que había dicho en el Evangelio que se concedería todo lo que se pidiera en su nombre. Por tal causa se interrumpe la muerte y la mujer vuelve a la vida, y con admiración de todos se reanima, retornando a la luz del mundo el cuerpo resucitado. Tanto pudieron las obras de misericordia, tanto poder ejercieron las obras buenas» (De Oper. et eleem. 6).

10,1-48 La conversión del pagano Cornelio al cristianismo es uno de los puntos culminantes del libro de los Hechos. Es un acontecimiento de enorme importancia, que manifiesta la dimensión universal del Evangelio y hace ver que la fuerza del Espíritu Santo no conoce límites ni barreras. Por ello, como en otras ocasiones, Lucas lo narra dos veces: en este capítulo según el orden de los acontecimientos y con muchos detalles, que subrayan y ayudan a entender los puntos fundamentales, y en el siguiente (11,1-18) según la justificación de Pedro ante los hermanos de Jerusalén.

Comienza la narración presentando a Cornelio como un hombre piadoso y «temeroso de Dios» (vv. 2.4). Esta expresión posee un valor preciso y se usaba para designar a las personas que adoraban al Dios de la Biblia y practicaban los principales mandamientos de la Ley judía sin convertirse formalmente al judaísmo. Aunque los dones de Dios son inmerecidos, el ángel indica al centurión que, por sus obras, ha merecido el favor de Dios (cfr v. 4): «¿Veis cómo comienza la obra del Evangelio entre los gentiles? Por un hombre piadoso cuyas obras le han hecho digno de tal favor» (S. Juan

Crisóstomo, Hom. in Act.
22,2).

Después el foco de la narración se desplaza a Pedro, quien recibe dos mandatos del Espíritu Santo: comer de los animales que se le presentan (cfr vv. 13-15) y acompañar a los que han venido a buscarle (cfr v. 20). De los dos mandatos, contrarios a la práctica judía habitual de Pedro, él sólo opone resistencia al primero. La reacción del Apóstol (cfr v. 14) ante la orden del Señor es la de un buen judío que ama y observa la ley divina aprendida desde joven. Ha practicado siempre los preceptos relativos a los alimentos y respetado la diferencia mosaica entre lo puro y lo impuro. Sin embargo, Pedro es dócil a las indicaciones del Espíritu: por eso, aunque la visión le tiene perplejo (cfr vv. 17.19), no opone resistencia a la orden de ir con los que le buscan.

Ya en casa de Cornelio, Pedro cae en la cuenta de que ha sido Dios quien ha guiado todos sus pasos (vv. 28-29). Cuando oye la explicación del centurión (cfr vv. 30-33) entiende (cfr v. 34) el pleno significado de lo que había oído en la enseñanza de Jesús y se da cuenta de que, en los planes salvadores de Dios, judíos y paganos son iguales. Este descubrimiento sencillo y capital ha requerido una especial intervención divina.

Sin embargo, la acción del Espíritu Santo va más lejos que la de los hombres. A Cornelio el ángel sólo le había dicho que mandara venir a Pedro y escuchara sus palabras (cfr vv.
5.22.33) y por eso Pedro, en un apretado discurso, síntesis de todo el Evangelio (vv. 37-43),
predica la verdad de Cristo Jesús. Pero la iniciativa es ahora del Espíritu Santo quien, con manifestaciones semejantes a las de Pentecostés (cfr v. 46), se adelanta a la acción del
Apóstol (cfr vv. 47-48). En vista de esto, Pedro manda bautizar a los primeros gentiles sin pedirles la circuncisión.

11,1-18 La actitud de Pedro ha despertado los lógicos recelos en la comunidad de los
circuncisos. Al Apóstol se le reprocha sentarse a la mesa con incircuncisos y predicarles la palabra de Dios (vv. 1.3). San Pedro, en un largo discurso, explica que no ha actuado por cuenta propia, sino que en todo momento no ha hecho sino obedecer al Espíritu Santo. La novedad más grande sobre lo narrado en el capítulo anterior son los vv. 15-16 en los que Pedro establece una correlación entre lo ocurrido con la venida del Espíritu Santo en Pentecostés (2,1ss.) y su venida sobre los gentiles convertidos (10,44-46) en Cesarea. De esta manera, quedaba claro a todos (cfr v. 18) que para incorporarse a la Iglesia no era necesario ser agregado antes al pueblo judío mediante la circuncisión.

11,19-30 Este relato enlaza con 8,1-4: la dispersión de los cristianos a causa de la primera
persecución después del martirio de Esteban. Ahora se narra la difusión del Evangelio, que llega a Antioquía del Orontes, capital de la provincia romana de Siria. Antioquía es la primera gran urbe del mundo antiguo en la que se predica a Jesucristo. Era, junto con Éfeso, la ciudad más importante del Imperio romano después de Roma y Alejandría. Tenía
alrededor de 150.000 habitantes y una numerosa colonia judía. Constituía un centro de gran relevancia cultural, económica y religiosa. El anuncio del Evangelio en Antioquía no se limita ya a judíos y prosélitos. La predicación se dirige a todos y forma parte de la actividad cotidiana, normal y espontánea, de los cristianos helenistas llegados desde Jerusalén después del martirio de Esteban.

La misión de Antioquía encierra un gran significado en la expansión del cristianismo, pues el centro de gravedad de la Iglesia cristiana comienza a desplazarse de Jerusalén a
Antioquía, que será el punto de partida para la evangelización del mundo pagano. Por eso, San Lucas subraya la comunión entre ambas iglesias: es la iglesia de Jerusalén (cfr v. 22) la que se siente responsable y solícita de toda la misión cristiana, y es la iglesia de Antioquía la primera en mostrarse atenta (cfr vv. 29-30) ante las necesidades de la iglesia
madre.

Lucas recuerda también (cfr v. 26) el origen del nombre de «cristianos» que tan adecuadamente señala la identidad de los fieles: «Aunque los Santos Apóstoles han sido
nuestros maestros y nos han entregado el Evangelio del Salvador, sin embargo no hemos recibido de ellos nuestro nombre, sino que somos cristianos por Cristo y por Él se nos llama de ese modo» (S. Atanasio, Or. contr. arian. 1,2).

12,1-19 El Herodes que aquí se menciona es el tercer monarca que aparece con este
nombre en el Nuevo Testamento. Era nieto de Herodes el Grande, que edificó el nuevo Templo de Jerusalén y ordenó la matanza de los inocentes (cfr Mt 2,16), y sobrino de Herodes Antipas, tetrarca de Galilea en el tiempo de la muerte del Señor. Se le conoce por el nombre de Herodes Agripa I. Había sido muy favorecido por el emperador Calígula, que le amplió gradualmente los territorios

bajo su dominio y le permitió usar el título de rey. Era hombre refinado y diplomático, dedicado tan intensamente a consolidar su poder que se había convertido en maestro de la intriga y del oportunismo.

Si la descripción de Herodes (cfr vv. 1-4) es precisa, no lo es menos la reseña de la actitud de la Iglesia ante la persecución y encarcelamiento de Pedro (cfr v. 5): «Observad los sentimientos de los fieles hacia sus pastores. No recurren a disturbios ni a rebeldía, sino a la oración, que es el remedio invencible. No dicen: hombres insignificantes como somos, es inútil que oremos por él. Rezaban por amor y no pensaban nada semejante. ¿Veis lo que hacían los perseguidores sin pretenderlo? Hacían a unos más firmes en las pruebas y a

otros más celosos y amantes» (S. Juan Crisóstomo, Hom. in Act. 26,2).

La descripción de la milagrosa liberación de Pedro por medio de un ángel pone de manifiesto la providencia de Dios con sus fieles (v. 11). También en una detención anterior,
Pedro habla sido liberado por un ángel (5,19 ss.). Esta protección es una muestra de lo que la doctrina de la Iglesia afirma de la misión de estos seres espirituales: «Desde la infancia a la muerte, la vida humana está rodeada de su custodia y de su intercesión. “Cada fiel tiene
a su lado un ángel como protector y pastor para conducirlo a la vida”» (S. Basilio, Eun. 3,1), (CCE 336). Pero el relato no sólo enseña esta protección, sino también la persuasión de los primeros cristianos de su actividad (cfr v. 15): «Bebe en la fuente clara de los “Hechos de
los Apóstoles”: En el capítulo XII, Pedro, por ministerio de Ángeles libre de la cárcel, se
encamina a casa de la madre de Marcos. —No quieren creer a la criadita, que afirma que está Pedro a la puerta. “Angelus eius est!” —¡será su Ángel!, decían. —Mira con qué confianza trataban a sus Custodios los primeros cristianos. —¿y tú?» (S. Josemaría
Escrivá, Camino 570).

12,20-23 La muerte de Herodes Agripa I debió de ocurrir en Cesarea, el año 44, durante los
juegos en honor de Claudio. La breve descripción de San Lucas coincide con la de Josefo.
«Cuando el rey, al amanecer del segundo día, se dirigió al teatro –escribe el historiador judío–, y los rayos del sol dieron en su vestido de plata e hicieron brillar su figura con
espléndido fulgor, los aduladores le aclamaron, le llamaron dios y dijeron: “Sénos propicio. Aunque hasta ahora te hemos considerado como hombre, en adelante queremos venerar en ti algo superior a una naturaleza mortal”. (Flavio Josefo, Ant. iud. 19,344-345). El rey
aceptó en silencio esta adulación blasfema. Pero acto seguido sus entrañas fueron despedazadas por terribles dolores y murió al cabo de cinco días. El doloroso e inesperado final del rey perseguidor de la Iglesia recuerda la muerte de Antíoco IV Epífanes, otro enemigo declarado de los elegidos de Dios y de la Ley divina: «El Señor Dios de Israel, que
todo lo ve, le hirió con una llaga incurable» (2 M 9,5).

13,1-20,38 En la perspectiva del libro de los Hechos entra el narrar cómo la salvación se
extiende desde Jerusalén hasta los confines de la tierra. Pablo es el instrumento elegido por Dios para ello (cfr 9,1 5). En esta tercera parte se relatan sus viajes apostólicos extendiendo la predicación del Evangelio y fundando nuevas comunidades. Es de notar que, desde este momento, cobra una singular importancia la labor misionera de la iglesia de Antioquía; sin embargo, el libro de los Hechos no deja de señalar que cada nuevo impulso evangelizador pasa también por Jerusalén (9,26; 15,2; 20,16; 21,15).

13,1-14,28 Después de una breve descripción de la comunidad de Antioquía (vv. 1-3), el
relato se detiene en la narración del primer viaje apostólico de San Pablo y San Bernabé por tierras de Asia Menor. Salieron de Antioquía en la primavera del año 45 y volvieron a esta ciudad unos cuatro años más tarde. En su ministerio, recorren Chipre y gran parte de las regiones de Cilicia, Panfilia, Licaonia y Pisidia, se dirigen a judíos y gentiles y fundan comunidades en los lugares por donde pasan. Más tarde, vuelven a los mismos lugares para confirmarles en la fe que habían recibido.

13,1-3 El libro de los Hechos se centra ahora en la iglesia de Antioquía y en la penetración
del mensaje apostólico en el mundo pagano. La iglesia antioquena era una comunidad floreciente, cuya organización presenta rasgos análogos a los de la iglesia de Jerusalén, con algunos aspectos diferenciales. Hay en ella unos ministros ordenados que la gobiernan y atienden con la predicación y los sacramentos (cfr v. 2). Junto a ellos se encuentran
profetas y maestros como miembros cualificados de la comunidad. Los

«maestros» eran, en las primitivas iglesias cristianas, aquellos discípulos versados en la Sagrada Escritura que
habían recibido un encargo de catequesis. Un documento del siglo II enuncia así el ideal de
todo maestro cristiano: «No hablo de cosas peregrinas ni voy a la búsqueda de lo novedoso, sino, como discípulo que he sido de los Apóstoles, me puedo convertir en
maestro de pueblos. Yo no hago otra cosa que transmitir lo que me ha sido entregado a quienes se han hecho discípulos dignos de la verdad» (Epist. ad Diognet. 11,1).

13,4-14 Se nos dice incidentalmente que Saulo ha cambiado su nombre y que ahora
también se llama Pablo (v. 9). Éste será el nombre que conservará a partir de ahora en el Nuevo Testamento. La acción de Pablo sobre Barjesús-Elimas es uno de los pocos milagros punitivos del Nuevo Testamento. Los comentaristas hacen notar el carácter medicinal y pasajero de este castigo (cfr v. 11): «Pablo desea convertirle con un milagro

análogo al que sirvió para convertirle a él. La frase “hasta el tiempo señalado” no es la palabra de uno que castiga sino de quien convierte». (S. Juan Crisóstomo, Hom. in Act. 28,1).

13,15-43 El discurso de Pablo en la sinagoga de Antioquía de Pisidia nos informa admirablemente sobre su manera de presentar el Evangelio a una congregación de judíos y prosélitos. Describe un cuadro general de la historia de la salvación, donde finalmente sitúa a Jesús como el Mesías esperado, en el que convergen los caminos de esta historia y las promesas de Dios. Las diversas etapas que conducen a Jesucristo, incluida la del Bautista, adquieren en la exposición un carácter transitorio. Lo antiguo y provisional debe hacerse a un lado para dejar paso en Cristo a lo nuevo y definitivo.

El discurso recoge los que eran temas principales de la predicación apostólica: iniciativa divina salvadora en la historia de Israel (vv. 17-22), referencia al Precursor (vv. 24-25), anuncio del Evangelio o kérygma propiamente dicho (vv. 26b-31a), mención de Jerusalén (v. 31b), argumentos de Sagrada Escritura (vv. 33-37), complemento de doctrina y tradición apostólica (vv. 38-39) y exhortación final de carácter escatológico –anuncio del futuro– (vv. 40-41). El texto presenta abundantes semejanzas con los discursos de San Pedro (cfr 2,14ss.; 3,12ss.), especialmente en la proclamación de Jesús como Mesías y en las numerosas citas de la Sagrada Escritura que se aducen para interpretar el hecho decisivo de la resurrección como garantía de la divinidad de Cristo.

13,44-52 Pablo esperaba quizá que el cristianismo arraigara entre los judíos, de modo que la sinagoga entera desembocara pacífica y religiosamente en el Evangelio, que era su natural culminación según los planes divinos. La experiencia le dio a conocer una realidad muy distinta, y le enfrentó con el desconcertante misterio de la infidelidad de gran parte del pueblo elegido, que era su propio pueblo (cfr Rm 9,1-11,36). Sin embargo, la evangelización del mundo pagano no es una consecuencia del endurecimiento judío. Deriva, por el contrario, del carácter universal del cristianismo, que ofrece a todos los hombres la única gracia que puede salvar, perfecciona la Ley mosaica y supera los limites étnicos y geográficos del judaísmo.

14,1-18 Lucas denomina aquí «apóstoles» a Pablo y Bernabé (v. 14). Aunque Pablo no pertenece al grupo de los Doce, para quienes Lucas suele reservar el nombre de Apóstoles, es considerado y se consideraba a sí mismo Apóstol por razón de su singular vocación (cfr 1 Co 15,9; 2 Co 11,5) y su incansable predicación entre los gentiles. Cuando en los escritos de los Padres se menciona al Apóstol, y no se concreta más, el término se refiere a San Pablo, pues es el más citado y comentado, debido a sus numerosas cartas.

En este apretado resumen de la actividad en Iconio (vv. 1-7) se muestra cómo en el desarrollo de la misión apostólica se cumple a la letra cuanto se había anunciado en el Evangelio: los signos que acompañan a la predicación (v. 3: cfr Mc 16,15-18), Jesús como signo de contradicción (v. 4; cfr Lc 2,34), etc.

El relato de la actividad de Pablo en Listra (vv. 8-18) guarda ciertas semejanzas con la actividad de Pedro. También Pedro curó a un cojo (3,1-10) y también Pedro (10,26), como ahora Pablo (v. 15), tuvo que corregir a Cornelio diciéndole que era un simple hombre. Los santos Padres no dejaron de señalar el significado de este paralelismo: «Así como el hombre cojo curado por Pedro y Juan en la puerta del Templo prefigura la salvación de los judíos, también este tullido licaonio representa a los pueblos gentiles alejados de la religión de la Ley y del Templo, pero recogidos ahora por la predicación del apóstol Pablo» (S. Beda, Sup. Act. exp. in loc.).

14,19-28 Lucas, siguiendo la enseñanza paulina (cfr v. 22), señala en estos versículos el

progreso y la victoria de la Palabra de Dios, al tiempo que no deja de apuntar que el camino de los predicadores es un camino de cruz: «Cruz, trabajos, tribulaciones: los tendrás mientras vivas. —Por ese camino fue Cristo, y no es el discípulo más que el Maestro» (S. Josemaría Escrivá, Camino 699).

15,1-35 Se podría decir que estos versículos son el centro del libro de los Hechos, no sólo
por el lugar que ocupan sino porque narran el episodio más decisivo para la extensión universal del Evangelio y su plena difusión entre los gentiles. Están relacionados directamente con la conversión del pagano Cornelio, hecho del que ahora se extraen, con la ayuda del Espíritu Santo, todas las consecuencias. Lucas, con el orden que le caracteriza, refiere el origen del conflicto (vv. 1-5), el desarrollo de la reunión en Jerusalén (vv. 6-29) y

las consecuencias para la Iglesia (vv. 30-35).

15,1-5 Algunos cristianos de procedencia farisea –«algunos de los que estaban con Santiago» (Ga 2,12)– llegados a Antioquía afirman categóricamente que no es posible la salvación a quien no se circuncide y practique la Ley de Moisés. Han aceptado (cfr 11,18) que los gentiles convertidos puedan bautizarse y formar parte de la Iglesia. Pero no han entendido bien la nueva economía evangélica, y piensan aún que es necesario hacerse primero judíos y cumplir todos los preceptos y ritos mosaicos. Las graves afirmaciones de estos discípulos no sólo turban el ánimo de los cristianos antioquenos sino que comprometen la propagación de la Iglesia misma. Se plantea por lo tanto la necesidad de una apelación a los Apóstoles y presbíteros, que se encuentran en Jerusalén y llevan el gobierno de la Iglesia.

15,6-11 Lucas conserva tres acontecimientos importantes relacionados con el tema planteado: el discurso de Pedro (vv. 7-11), el de Santiago (vv. 13-21) y el decreto que se envía a las iglesias (vv. 23-29). El discurso de Pedro, aunque breve, es determinante. Fundado en lo que Dios le ha hecho comprender con motivo del bautismo de Cornelio (cfr cap. 10), Pedro resume las discusiones de la larga deliberación (v. 7) y presenta una tesis que coincide con la de Pablo y Bernabé: no salva la Ley sino la gracia, y por lo tanto la circuncisión y la Ley misma han quedado superadas por la fe en Jesucristo (v. 11): «Nadie puede santificarse después del pecado –dice Santo Tomás de Aquino– si no es por Cristo (...). Como los antiguos padres se salvaron por la fe de Cristo que había de venir, así nosotros nos salvamos por la fe de Cristo que nació y padeció» (S. th. 3,61,3 y 4).

15,12-21 Santiago reafirma, con pruebas de la Escritura, los contenidos del discurso de Pedro: Dios ha querido hacerse su nuevo pueblo de entre todas las naciones. No obstante, propone que se guarden unos pocos preceptos rituales contenidos en el Antiguo Testamento (cfr Lv 17,7ss.; 18,6ss.) para evitar el escándalo de los judíos que vivían en las ciudades de la diáspora (v. 21). También San Pablo más tarde, con ocasión de la cuestión de las carnes sacrificadas a los ídolos (cfr 1 Co 8-10), proclamará la libertad total del cristiano en lo referente a este tema, pero pidiendo el respeto debido hacia los más débiles.

15,22-29 El decreto apostólico resume en breves trazos toda la cuestión: el origen del problema y la solución. Llama la atención la expresión del v. 28 por la que se presenta la decisión de los Apóstoles también como obra del Espíritu Santo. Así comenta esta expresión un teólogo español del siglo XVI: «Nosotros debemos entrar por el mismo camino que el apóstol Pablo estimó como el más adecuado para resolver toda cuestión sobre la doctrina de la fe (...). Podrían los gentiles pedir satisfacción al concilio de Jerusalén porque parecía privarles de la libertad concedida por Jesucristo, y porque imponía sobre los discípulos determinadas ceremonias como necesarias, cuando en realidad no lo eran, ya que la fe era el elemento apto para la salvación. Tampoco los judíos objetaron, siendo así que contra la resolución del concilio podrían haber invocado la Escritura santa, que parece afirmar la necesidad de la circuncisión para salvarse. Así pues, concediendo tanto honor al concilio nos dieron a todos la norma que debía observarse en todos los tiempos posteriores; es decir, depositar nuestra fe indeclinable en la autoridad de los sínodos confirmados por Pedro y sus legítimos sucesores. Así nos ha parecido, dicen, al Espíritu Santo y a nosotros. Luego la sentencia del concilio es la mismísima del Espíritu Santo» (Melchor Cano, De loc. theolog. 5,4).

15,30-35 Pablo y Bernabé, acompañados por Judas y Silas (15,22.27.32) vuelven a Antioquía para confortar a la comunidad y transmitirles el decreto apostólico. Inmediatamente partirán hacia los lugares evangelizados en el primer viaje apostólico (15,39-41) para transmitirles aquellas decisiones

(16,4).

Algunos manuscritos añaden (v 34): «Pero Silas decidió permanecer allí, de modo que sólo Judas volvió a Jerusalén».

15,36-18-22 Comienza ahora el segundo viaje de San Pablo. Como en el anterior, parte de
Antioquía y regresa otra vez a esa ciudad unos tres años más tarde: hacia la primavera del año 53. La narración de Lucas ocupa casi tres capítulos, hasta 18,23, donde comienza, sin solución de continuidad, el tercer viaje apostólico.

Pablo y Silas van por Siria y Cilicia –la patria de Pablo– hacia Derbe y Listra (16,1) donde se les une Timoteo. Atraviesan el gran territorio de Asia Menor (16,6) y llegan a Tróade
(16,8) donde embarcan hacia Macedonia (16,10). Tras navegar los 250 km. que separan

Tróade de Neápolis, se dirigen enseguida a Filipos (16,12), colonia romana en la que se desarrollan los episodios que se relatan en el cap. 16. Desde allí se dirigen a Tesalónica (17,1), sede del gobernador de la provincia romana de Macedonia. Un alboroto hace que tengan que marchar hacia Berea (17,10), y unas nuevas insidias de los judíos de Tesalónica obligan a Pablo a partir precipitadamente por mar hacia Atenas (17,14). De
Atenas, el libro de los Hechos recoge el famoso discurso del Areópago. Pablo va enseguida a Corinto (18,1) donde desarrolla un intenso apostolado durante bastante tiempo, quizás
año y medio (18,18). Allí embarca hacia Antioquía, aunque haciendo una breve escala en
Éfeso (18,19) y en Cesarea (18,22).

15,36-41 Comienza el viaje, aunque esta vez Pablo y Bernabé no lo harán juntos. Se
separan con motivo de sus diferencias sobre Marcos. Pero en los designios de Dios, todo es para bien: «Los dones de los hombres son diferentes, y es evidente que esta diferencia es ella misma un don (...). Notad que no hay mal alguno en que se separen si de este modo podían evangelizar a todos los gentiles. Era en realidad un gran bien. Si toman caminos diferentes con el fin de enseñar y convertir, no existe en ello ningún mal. No hay que
resaltar lo que les diferencia sino lo que les une (...). Ojalá todas nuestras separaciones tuvieran como causa el celo por la predicación» (S. Juan Crisóstomo, Hom. in Act. 34,1-2).

16,1-10 San Pablo toma ahora a Timoteo que tanto le ayudó después en su apostolado (cfr
17,14ss.; 18,5; 19,22: 20,4; etc.). La madre de Timoteo, Eunice, y su abuela Loide (cfr 2 Tm
1,5) eran cristianas y de ellas había recibido la fe. Como explica San Lucas (cfr v. 3), Pablo lo circuncidó por un motivo de prudencia pastoral [mishna]: «Tomó a Timoteo y lo circuncidó. No sin deliberación lo hizo Pablo, que todo lo tuvo en cuenta para actuar
prudentemente; pero dado que Timoteo se disponía a predicar el Evangelio por todas partes
a judíos, y para evitar que a causa de su no circuncisión despreciaran su palabra, se decidió a circuncidarlo. No actuó así para confirmar la circuncisión –precisamente él, que la había eliminado–, sino para no perjudicar su Evangelio» (S. Efrén, Com. in Act. in loc.).

Nada más comenzada la evangelización, es de nuevo el Espíritu Santo, llamado aquí Espíritu de Jesús (cfr v. 7), quien la dirige: «Apenas hay una página de los Hechos de los Apóstoles en la que no se nos hable de Él y de la acción por la que guía, dirige y anima la vida y las obras de la primitiva comunidad cristiana: Él es quien inspira la predicación de
San Pedro (cfr 4,8), quien confirma en su fe a los discípulos (cfr 4,31), quien sella con su presencia la llamada dirigida a los gentiles (cfr 10,44-47), quien envía a Saulo y a Bernabé hacia tierras lejanas para abrir nuevos caminos a la enseñanza de Jesús (cfr 13,2-4). En
una palabra, su presencia y su actuación lo dominan todo» (S. Josemaría Escrivá, Hom. 1.
127).

En el v. 10 ha comenzado Lucas a escribir en primera persona del plural, dando a entender así que él era compañero de Pablo en aquel viaje (cfr 16,10-17; 20,5-25; 21,1-18;
27,128,16).

16,11-15 Lucas recoge este entrañable relato en el que se dan cita el don divino de la
vocación y el agradecimiento humano. Es, en efecto, Dios quien abre el corazón (cfr v. 14), pues «nadie puede prestar su asentimiento a la predicación evangélica de un modo verdaderamente salvífico, a no ser por la luz y la inspiración del Espíritu Santo, que da a todos la suavidad necesaria para afirmar y creer la verdad» (C. Vat. I, Dei Filius 3). Pero, después (cfr v. 15), Lidia muestra su agradecimiento con obras: «¡Qué sabiduría la de Lidia!
¡Con qué humildad y dulzura habla a los Apóstoles!: “Si juzgáis que soy fiel al

Señor”. (...) Ved cómo en ella la fe produce sus frutos y cómo su vocación le parece un bien
inapreciable» (S. Juan Crisóstomo, Hom. in Act. 35,1).

16,16-24 En la mitología griega Pitón era una serpiente que pronunciaba los oráculos de
Delfos. De ahí el nombre de «espíritu pitónico» (v. 16) que se le atribuye a la joven esclava. San Pablo juzga que es el demonio quien actúa en ella y por eso lo expulsa: «No fue bien recibido por los Apóstoles ser honrados y alabados por el espíritu maligno, igual que no fue aceptado por el Señor el demonio que le proclamó entre los judíos» (S. Efrén, Com. in Act. in loc.).

Con la expulsión del espíritu pitónico se produce el primer conflicto entre Pablo y hombres no judíos. No toma la forma de una revuelta, como en las ciudades de Asia Menor (13,50; 14,5.19), sino de una denuncia legal ante los magistrados locales. La reacción de las autoridades (cfr vv. 22-24) parece desproporcionada. Tal vez por eso San Pablo exige

más tarde una reparación (cfr 16,35-40).

16,25-34 «La devoción y fuerza que inflamaba los corazones de los Apóstoles se expresa en la oración, y llegan a cantar himnos hasta en la misma cárcel. Su alabanza conmueve la tierra, hace temblar los fundamentos de la prisión, abre las puertas y, para terminar, libra a los presos de sus cadenas. Igualmente aquel fiel que goza de toda alegría, cuando encuentre tentaciones, alégrese entonces con gusto en sus debilidades, para que habite en él la fuerza de Cristo. Y una vez cumplido esto, alabe al Señor con himnos, junto con Pablo y Silas en las tinieblas de la cárcel, y cante con el salmista: "Tú eres mi refugio y mi alegría ante la adversidad que me rodea" (Sal 32,7)» (S. Beda, Sup. Act. exp. in loc.).

Como en otros lugares del Nuevo Testamento (16,15; 18,8; 1 Co 1,16) se alude aquí (v. 33) al bautismo de toda la casa. A esa acción apostólica se remite la práctica pastoral de la Iglesia cuando recomienda el bautismo de los niños: «La práctica de bautizar a los niños pequeños es una tradición inmemorial de la Iglesia. Está atestiguada explícitamente desde el siglo II. Sin embargo, es muy posible que, desde el comienzo de la predicación apostólica, cuando "casas" enteras recibieron el Bautismo, se haya bautizado también a los niños» (CCE 1252).

16,35-40 La acción de Pablo al invocar su condición de ciudadano romano, y al ejercer su derecho como tal, pone de manifiesto también que los cristianos, por ser tales, no renuncian a su condición secular.

17,1-9 Tesalónica era la sede del gobernador romano de la provincia de Macedonia. Distaba de Filipos unos 150 km. Había sido fundada en el siglo IV a.C., y declarada ciudad libre por Augusto en el año 42 a.C. Poseía una colonia judía, como demuestra la existencia de una sinagoga. La estancia de Pablo en Tesalónica debió de durar bastantes semanas. Durante este tiempo recibió algunos donativos de los cristianos de Filipos (cfr Flp 4,16) y hubo de trabajar para ganarse el sustento (cfr 1Ts 2,9). Fue un periodo de dificultades (cfr vv. 5-8) y alegrías (cfr v. 4), que Pablo recordará más tarde en sus cartas a los tesalonicences (cfr 1 Ts 2,1-12; 2 Ts 3,7-8).

17,10-15 En Berea los judíos reciben con espíritu más abierto a Pablo y eso les lleva a creer en el Señor. Lucas anota explícitamente la nobleza, el interés y la diligencia (cfr v. 11) de aquellas gentes: «Es un hecho que la enseñanza de la verdad es diferentemente recibida según las disposiciones de los oyentes. El Verbo presenta igualmente a todos el bien y el mal; de modo que uno, bien dispuesto hacia lo que se le anuncia, tiene su alma en la luz, y el otro, dispuesto en sentido contrario y no decidido a fijar la mirada del alma en la luz de la verdad, permanece en las tinieblas de la ignorancia» (S. Gregorio de Nisa, De vita Mos. 2,65).

17,16-21 El relato sobre la estancia de Pablo en Atenas es de una riqueza de matices admirable. El narrador apunta el celo del Apóstol y su manifestación en obras de evangelización con judíos (v. 17) y con paganos (v. 18). En toda la Tradición de la Iglesia, y muy particularmente en los inicios, se ha tenido presente que también los pueblos paganos han recibido una cierta manifestación de la Verdad que les prepara para aceptar a Cristo, única Verdad: «Yo confieso que mis oraciones y mis esfuerzos tienen como fin mostrarme cristiano, no porque las doctrinas de Platón sean del todo ajenas a Cristo, sino porque no son del todo semejantes, como tampoco las de los otros filósofos, estoicos, por ejemplo, poetas e historiadores. Porque cada uno habló bien, con base en la porción del Verbo seminal divino que le correspondió. Pero es evidente que quienes en puntos muy principales se contradicen unos a otros, no alcanzaron una ciencia segura ni una sabiduría irrefutable. Todo lo verdadero y bueno dicho por ellos nos pertenece a nosotros los cristianos (...). Los escritores profanos sólo oscuramente pudieron ver la realidad, gracias a la semilla del Verbo presente en ellos» (S. Justino, Apolog. 2,13,2-5).

17,22-34 Éste discurso, el más extenso de San Pablo predicado a los paganos (cfr 14,15ss.), constituye probablemente el primer modelo conocido de apologética cristiana: tiende a mostrar la naturaleza razonable de cristianismo y lo mucho que puede decir en favor de sí mismo al mejor pensamiento humano. Está evidentemente pronunciado por el mismo autor de los tres primeros capítulos de la Epístola a los Romanos, que lleva largo tiempo ocupado en predicar el Evangelio a paganos, según un esquema que habla primero del único Dios vivo y verdadero y anuncia a continuación a Jesucristo, Salvador divino de todos los hombres (cfr 2 Tm 1,9-10).

Después de una introducción destinada a atraer la atención de los oyentes y anunciar el tema principal (vv. 22-23), el discurso se divide en tres partes: 1) Dios es el Señor del mundo y no necesita habitar en templos fabricados por hombres (vv. 24-25); 2) el hombre es criatura de Dios y depende en todo de Él (vv. 26-27); 3) existe una relación entre Dios y el hombre, de modo que la idolatría es un gran error (vv. 28 29). Sigue una conclusión en la que Pablo exhorta a sus oyentes a abandonar sus errores acerca de Dios y decidirse al arrepentimiento, teniendo en cuenta el Juicio Final que realizará Jesucristo resucitado (vv. 30-31).

La cita invocada por San Pablo en su discurso (v. 28), en singular, es del poeta estoico Arato (siglo III a.C.). La forma plural, utilizada por el Apóstol, parece aludir a un verso análogo del himno a Zeus escrito por Cleantes (también del siglo III a.C.).

18,1-11 Pablo debió de llegar muy abatido a Corinto por los sucesos ocurridos en Atenas, y con gran estrechez económica. Tiempo después escribiría: «Me he presentado ante vosotros débil, y con temor y mucho temblor, y mi mensaje, y mi predicación, no se han basado en palabras persuasivas de sabiduría, sino en la manifestación del Espíritu y del poder» (1 Co 2,3-4). Corinto era una ciudad eminentemente comercial y cosmopolita. Ocupaba el istmo entre dos golfos –hoy unidos por un canal–, y a ella arribaban naves de todas partes. El ambiente moral no era favorable para la difusión del Evangelio. Las costumbres relajadas, el exclusivo afán por ganar dinero y honrar a la diosa Afrodita con la más refinada lujuria podían hacer suponer que no era el lugar adecuado para sembrar la Palabra de Dios; pero el Señor puede más y su mensaje de salvación es capaz de convertir los corazones: «Sucedió que los judíos –escribe San Justino–, que estaban en posesión de las profecías y esperaban continuamente a Cristo, cuando vino, no le reconocieron; y no sólo eso, sino que le maltrataron. En cambio los gentiles, que jamás habían oído hablar de Él hasta que los apóstoles salidos de Jerusalén les narraron su vida y les entregaron las profecías, llenos de alegría y de fe renunciaron a los ídolos y se consagraron por medio de Cristo al Dios ingénito» (Apolog. 1,49,5).

18,12-17 El procónsul Galión del que habla el texto era hermano del filósofo estoico Séneca, nacido en Córdoba. Sabemos que Galión comenzó a desempeñar el gobierno de Acaya, cuya capital era Corinto, en julio del año 51. La comparecencia de Pablo ante el procónsul debió de ocurrir hacia finales del 52. Éste es uno de los puntos mejor establecidos en la cronología del Apóstol.

18,18-22 El Apóstol llega por primera vez a Éfeso, capital del Asia proconsular. Tenía cerca de 200.000 habitantes y era una de las ciudades más florecientes del Imperio. Entre sus monumentos destacaba el Artemisión o templo de Artemisa (Diana), una de las maravillas del mundo antiguo. El teatro que dominaba la ciudad tenía capacidad para 23.000 espectadores. En este viaje, Pablo permanece en la ciudad poco tiempo. En el viaje siguiente Éfeso será, sin embargo, el centro de su misión.

18,23-20,38 El tercer viaje apostólico de Pablo comienza, como los anteriores, en Antioquía y acaba con la partida del Apóstol hacia Jerusalén. El viaje fue largo. Lucas se centra sobre todo en la actividad desarrollada en Éfeso.

Pablo recorre para empezar, las ciudades ya evangelizadas en las regiones de Galacia y Frigia, lo que le llevaría los meses finales del año 53, y primeros del 54. Marcha luego a Éfeso, donde permanece casi tres años y sufre toda clase de tribulaciones (cfr 2 Co 1,8), de forma que cuando escribe desde allí a los corintios, en la primavera del 57, puede decir: «Hasta el momento presente pasamos hambre, sed, desnudez, somos abofeteados, andamos errantes. (...) Hemos venido a ser hasta ahora como la basura del mundo, el desecho de todos» (1 Co 4,11.13). Aun en esas condiciones, o quizá por ellas, su apostolado fue fecundísimo y el

mensaje cristiano llegó a toda el Asia proconsular: a ciudades importantes como Colosas, Laodicea,
Hierápolis, etc., y a cientos de pueblos; por lo que San Pablo afirmaba:
«Se me ha abierto una puerta amplia y prometedora» (1 Co 16,9).

Él Apóstol abandona la ciudad como consecuencia del motín de los plateros, y marcha
hacia Macedonia y Acaya para visitar las iglesias fundadas en el segundo viaje: Filipos, Tesalónica, Corinto. Aquí permaneció tres meses, el invierno entre los años 57 y 58. La vuelta a Jerusalén, adonde iba a llevar las colectas recibidas, se realiza por Macedonia, para esquivar una conjura de los judíos. Embarcó en Neápolis —el puerto cercano a

Filipos– y tras algunas escalas en Tróade, Mileto —donde se reunió con los presbíteros que hizo venir desde Éfeso—, Tiro y Cesarea, consiguió llegar a Jerusalén para la fiesta de Pentecostés.

18,24-28 El texto nos presenta un excelente ejemplo del modo con que el celo de este matrimonio cristiano –Aquila y Priscila (v. 26)– redundó en eficacia (vv. 27-28): «También la fe y la misión evangelizadora de la familia cristiana posee esta dimensión misionera católica. El sacramento del Matrimonio, que plantea con nueva fuerza el deber arraigado en el Bautismo y en la Confirmación de defender y difundir la fe, constituye a los cónyuges y padres cristianos en testigos de Cristo "hasta los últimos confines de la tierra" (Hch 1,8) (...). Así como ya al principio del cristianismo Aquila y Priscila se presentaban como una pareja misionera, así también la Iglesia testimonia hoy su incesante novedad y vigor con la presencia de cónyuges y familias cristianas que (...) van a tierras de misión a anunciar el Evangelio sirviendo al hombre por amor de Jesucristo. (Juan Pablo II, Fam. cons. 54).

19,1-7 La existencia en Éfeso de un grupo de discípulos que sólo habían recibido el bautismo de Juan presenta algunas dificultades de interpretación. Puede pensarse que estaban relacionados con las enseñanzas del Bautista –habían recibido su Bautismo–, y Pablo debió de considerarlos cristianos en un primer momento. Pero en el Nuevo Testamento la condición de Cristiano va unida siempre a la recepción del Bautismo de Jesucristo y a la posesión del Espíritu Santo (cfr 11,16: Jn 3,5; Rm 8,9: 1 Co 12,3; Ga 3,2; etc.), y éstos son los pasos que aquellos hombres dan a continuación (vv. 5-6). En todo caso, en esta escena, el texto señala (v. 6), como otras veces en el libro de los Hechos (cfr por ejemplo 3,1-10 y 14,8-18; 12,1-12 y 16,25-34; etc.), el paralelismo entre la labor de Pablo y la de Pedro (cfr 8,14-17).

19,8-20 La actividad de Pablo en Éfeso es descrita por Lucas como un eco de la de Jesús en Galilea (vv. 11-12; cfr Mc 5,27-31), También en cuanto a la forma, con milagros que confirman las palabras, la acción de Pablo imita el proceder de Jesús: «¿Aprendieron los discípulos de Jesús a hacer milagros como su maestro y convencían así a sus oyentes, o no hicieron ellos tampoco milagros? Decir que no hicieron milagros de ninguna clase, y que, creyendo a ciegas (...), se entregaron a enseñar por todas partes una doctrina nueva, es cosa de todo punto absurda; porque ¿qué les daba ánimo para enseñar una doctrina que era una completa novedad? Y si también ellos hicieron milagros, ¿en qué cabeza cabe que unos magos se lanzaran a tantos peligros para implantar precisamente una doctrina que prohíbe la magia?» (Orígenes, Contra Cels 1,38).

19,21-40 El éxito del apostolado de Pablo en Éfeso se muestra no sólo porque provoca la preocupación en los plateros que veían así disminuir sus ganancias, sino también por su relación cordial con los magistrados de Éfeso: los asiarcas (v. 31). El texto pone en contraste la actitud interesada de Demetrio y los plateros con la actitud más ponderada del magistrado (vv. 35-40). En las palabras del magistrado se puede percibir que la excelencia del mensaje cristiano es capaz de impresionar favorablemente a quienes lo examinan con buen sentido.

Lucas menciona el término «Camino» (v. 23) para referirse al cristianismo y a la Iglesia (cfr 9,2; 22,4: 24,14.22). Probablemente era un término bastante usado por muchos cristianos de la época. Esta palabra «camino», tenía raigambre bíblica (cfr Dt 30,15-20), con el significado de conducta moral y religiosa e, incluso, de norma de conducta: «Se llama con razón "camino" a la predicación del Evangelio, pues es la ruta que conduce verdaderamente al Reino de los Cielos» (S. Juan Crisóstomo. Hom. in Act. 41,1).

20,1-12 El narrador retoma ahora el hilo del viaje que había abandonado en

19,22. Este
viaje hacia Macedonia es probablemente el mismo que se menciona en 2 Co 2,12-13.
«Cuando llegué a Tróade, para anunciar el Evangelio de Cristo, aunque se me había abierto una puerta en el Señor, no hallé sosiego para mi espíritu por no encontrar a mi hermano
Tito; así que me despedí de ellos y salí para Macedonia».

En el v. 7 se encuentra la primera mención explícita del libro de los Hechos a la costumbre cristiana de reunirse en el primer día de la semana para celebrar la Sagrada Eucaristía (cfr 2,42; 1 Co 10,16): «La Iglesia desde la tradición apostólica que tiene su
origen en el mismo día de la resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que se llama con razón “día del Señor” o domingo. (C. Vat. II, Sacr. conc.
106).

20,13-38 La exhortación a los presbíteros de Éfeso es el tercer gran discurso del Apóstol en el libro de los Hechos, junto a los que dirige a judíos y paganos en Antioquía de Pisidia (13,16ss.) y Atenas (17,22ss.), respectivamente. Constituye una despedida emocionada en la que Pablo parece decir adiós a todas las iglesias que ha fundado.

El discurso se divide en dos partes. La primera (vv. 18-27) contiene el breve resumen que Pablo hace de su abnegada vida en Éfeso al frente de la iglesia que había establecido, así como los difíciles acontecimientos que barrunta para el tiempo inmediato. Dos secciones paralelas (vv. 18-21 y 26-27) encuadran un pasaje central (vv. 22-25). En la segunda parte, el Apóstol habla encendidamente sobre la misión y tarea de los presbíteros. Dos series de recomendaciones (vv. 28-31 y 33-35) se agrupan también en torno a un versículo eje (v. 32). Las recomendaciones que hace aquí son muy semejantes a las que encontramos en las cartas pastorales a Timoteo y Tito.

Todo el discurso del Apóstol pone de manifiesto que su ministerio ha ido siempre acompañado de la abnegación y puede, por eso, servirles de ejemplo: «Es necesario que quienes gobiernan la comunidad ejerciten dignamente las actividades de dirección (...). Existe el peligro de que algunos que se ocupan de otros y les dirigen hacia la vida eterna puedan destruirse a sí mismos sin notarlo. Es necesario que quienes supervisan trabajen más que el resto, sean más humildes que quienes están bajo ellos, les ofrezcan su propia vida como un ejemplo de servicio, y consideren a los súbditos como un depósito que Dios les ha confiado» (S. Gregorio de Nisa, De instit. christ.).

§ 21,1-28,31 Con la llegada a Jerusalén comienza la última parte del libro en la que se describe la cautividad del Apóstol. Éste, según el anuncio del Señor (23,11), será, desde ahora, prisionero y testigo de Cristo y del Evangelio. Se narra con detalle su viaje, como prisionero, hasta Roma. Desde la Urbe queda abierto el camino del Evangelio a todo el mundo.

21,1-23,21 De esta última estancia de Pablo en Jerusalén, Lucas recuerda el recibimiento alegre por parte de los cristianos (21,17), pero también, el encono con que le perseguían algunos judíos (21,27-28). Las circunstancias adversas le sirven a Pablo para hacer una apología de su actuación, que lo es también del Evangelio (22,1-21). La cerrazón de los acusadores parece que le puede llevar a la muerte, pero todo es providencia del Señor que le tiene destinado para llevar el Evangelio a los gentiles y a Roma (22,21; 23,11).

21,1-14 San Pablo, como hizo Jesús en su vida terrena, marcha con determinación hacia Jerusalén sabedor de lo que allí iba a acontecer. Las palabras y avisos del Espíritu Santo (vv. 4.11; cfr 20,23) refuerzan en Pablo la prontitud para aceptar la voluntad de Dios y soportar las dificultades que se le anuncian (v. 13; cfr 20,23-24). La serenidad del Apóstol contrasta con la turbación, explicable por el afecto, de quienes le rodean. Una larga vida de entrega y olvido de sí mismo ha hecho posible la calma sobrenatural en estos momentos decisivos. «La aceptación rendida de la Voluntad de Dios trae necesariamente el gozo y la paz: la felicidad en la Cruz. —Entonces se ve que el yugo de Cristo es suave y que su carga no es pesada— (S. Josemaría Escrivá, Camino 758).

El ejemplo de Pablo logra impresionar a los discípulos y les mueve a aceptar lo que Dios haya dispuesto, con una expresión que recuerda las palabras de Jesús en Getsemaní (v. 14; cfr Lc 22,42).

21,15-26 Pablo y sus acompañantes son recibidos por Santiago –probablemente. Santiago el Menor– cabeza de la iglesia de Jerusalén por aquellos años (cfr 12,17; 15,13; 1 Co 15,7; Ga 1,19), y por los presbíteros que le asisten en el gobierno y atención espiritual de la comunidad. Lucas suele distinguir entre presbíteros y Apóstoles. De aquí cabe pensar que los demás Apóstoles, incluido Pedro, habían abandonado la Ciudad Santa. Los dirigentes

de la Iglesia en Jerusalén se alegran del éxito del apostolado de Pablo (v. 20), pero también son conscientes de los rumores que corren en torno a su labor (v. 21). Estos rumores tienen una base real, porque el Apóstol considera secundaria la Ley mosaica en orden a conseguir
la salvación y no concede a la circuncisión carácter necesario o absoluto (cfr Rm 2,25-29; Ga 4,9; 5,11). Pero la acusación que contienen es injusta. Pablo nunca exhortó a los cristianos de origen judío a omitir la circuncisión de sus hijos, y él mismo se ocupó de que
Timoteo fuera circuncidado (cfr 16,3). En Corinto se había mostrado defensor de que las mujeres, según la costumbre judía, usaran velo en las funciones de culto (cfr 1 Co 11,2-16); y personalmente parece que no tuvo inconveniente en emitir un voto de nazareato (cfr

18,18).
21,27-40 Unos judíos venidos de Asia (v. 27) para la fiesta de Pentecostés (cfr 20,16)
soliviantan a la multitud contra Pablo. Las acusaciones que vierten contra él (v. 28) son muy semejantes a las lanzadas en su día contra el Señor (cfr Mt 26,61; 27,40) y contra Esteban (cfr 6,11-14).
Con el arresto de Pablo por parte del tribuno (v. 33) se inicia un nuevo tema que Lucas describirá con detalle: la prisión del Apóstol (21,33-22,29), su procesamiento en Jerusalén y
Cesarea (caps. 23-26), y el viaje a Roma (27,1-28,16) para comparecer ante el tribunal imperial. A partir de este momento Pablo no será tanto el misionero y fundador infatigable de iglesias como el testigo encadenado del Evangelio. Pero también en las nuevas circunstancias continuará su tarea de anunciar a Cristo.
22,1-21 Lucas recoge el discurso de Pablo a los judíos de Jerusalén: es la primera de las
tres defensas personales (cfr 24,10-21; 26,1-23) en las que el Apóstol procura mostrar que el cristianismo no merece la hostilidad judía ni el recelo romano. Se presenta a sus oyentes como lo que es: un judío lleno de respeto hacia su pueblo y sus tradiciones sagradas. Desea vivamente que sus hermanos de raza comprendan que si ahora sigue a Jesús hay motivos decisivos e irresistibles que le han movido a ello: «Muchos –dice Orígenes– han venido al cristianismo como si fuera contra su voluntad, pues cierto espíritu,
apareciéndoseles en sueños o despiertos, mudó súbitamente su mente y, de odiar al Verbo, pasaron a morir por Él» (Contra Cels. 1,46).
El discurso no es, sin embargo, una apología propiamente dicha. Su intención principal
no es responder a las acusaciones de sacrilegio, sino aprovechar la ocasión para dar testimonio de Jesucristo, cuyos mandatos legitiman su propia conducta. Las palabras de
Pablo son en realidad un llamamiento a sus oyentes para que escuchen y obedezcan la voz del Señor. [9,7 oían la voz pero no veían a nadie (a Jesús), 22,9 vieron la luz pero no
oyeron la voz del que me hablaba (de Jesús)]
22,22-29 La práctica judicial romana preveía la aplicación de azotes como medio para
conseguir la confesión de sospechosos y esclavos. Como Pablo hace valer su condición de ciudadano romano, es posible que el tribuno convoque al Sanedrín (v. 30) simplemente para informarse de los motivos de acusación contra el Apóstol.
22,30-23,11 En varias ocasiones a lo largo del libro de los Hechos, Lucas se complace en
relatar cómo la actuación de Pablo y lo que le sucede tiene, de algún modo, un paralelismo con lo que le ocurrió a Jesús. A propósito de esta acusación ante el Sanedrín recuerda que Pablo, lo mismo que Jesús (Jn 18,22), recibió una bofetada por orden del Sumo Sacerdote por decir la verdad (v. 2).
Sin embargo, el proceso cobra desde ese momento un talante distinto en los dos casos: Jesús no contestó a las acusaciones que sobre Él se hicieron; Pablo, en cambio, introduce un tema polémico (v. 6) entre los miembros del tribunal que le permite salir indemne, porque Dios le tiene reservada otra misión (v. 11). A partir de ahora el cometido principal de Pablo prisionero no será defenderse, sino dar testimonio del Evangelio.
23,12-21 En otras ocasiones los Apóstoles son liberados de la prisión de forma extraordinaria. Ahora Dios se sirve de los medios humanos, como son las relaciones familiares, para hacer que Pablo cumpla el proyecto para el que ha sido destinado. Ambos procedimientos son providencia divina.
23,22-28,31 Ésta es la última sección del libro de los Hechos. Lucas describe con bastante
minuciosidad tanto el proceso de Pablo como su viaje hasta Roma. A lo largo de estas páginas, el lector va comprobando que todos los personajes que oyen o juzgan a San Pablo afirman su inocencia de las acusaciones que se le imputan. El cristianismo es una religión que no va contra ninguno de los principios del

Imperio.

23,22-35 Lucas narra escuetamente de qué manera Pablo pasa a ser juzgado según las
leyes del Imperio romano. Las noticias que recoge tanto del proceso judicial como de los personajes que intervienen en él –Félix, Festo, etc.– coinciden con lo que sabemos de la época a través de los documentos profanos.

24,1-27 Enviado a Cesarea por el tribuno Lisias, Pablo se somete a la jurisdicción romana.

Los judíos no conseguirán que sea juzgado por el Sanedrín. La causa del Apóstol se va a desarrollar conforme al procedimiento romano de la llamada cognición extraordinaria, que se extendió también al ámbito penal, y que acabó por suplantar definitivamente el

procedimiento ante los “tribunales permanentes” (quaestiones perpetuae) en el siglo II d.C. La principal característica que diferenciaba esta cognición extraordinaria del procedimiento anterior de los tribunales permanentes era que la actividad de cognición la realizaba el propio Emperador o, en su nombre, un magistrado encargado o funcionario imperial asistido por un consejo. Otra importante diferencia consistía en que este nuevo procedimiento se basaba en el principio inquisitivo, no en el acusatorio propio del anterior, lo que permitía al magistrado gozar de amplias facultades para encauzar y enjuiciar la causa; incluso podía modificar la pena en razón de la mayor o menor gravedad del caso.

El libro los Hechos de los Apóstoles, en sus capítulos 24 y 25, es precisamente una fuente importante para el conocimiento de la cognición extraordinaria en causas criminales,
cuyas diversas actuaciones procesales recoge con gran precisión. Nos informa, en efecto, sobre la denuncia de los judíos contra Pablo (cfr 23,35; 24,1); emplea el vocabulario técnico correcto para referirse a la audiencia del caso realizada por el juez en el tribunal (cfr
25,6.17); menciona el consejo que asiste al magistrado (cfr 25,12); describe con cierto detalle las alegaciones, y deja ver la discrecionalidad de que gozaban los magistrados Félix y Festo en la dirección de la causa y enjuiciamiento de los hechos.

En su discurso de defensa (vv. 10-21) San Pablo pone de manifiesto (cfr vv. 14-16) que
no puede entenderse el cristianismo como una simple secta del judaísmo. Además proclama la legitimidad de todas sus obras que de ninguna manera atentan contra la autoridad civil: «Los cristianos –escribirá Tertuliano– no son enemigos de nadie y mucho
menos del Emperador. Saben en efecto que el mismo Dios le ha constituido en su cargo, y por eso necesariamente le aman, respetan, honran y desean verlo salvo junto con todo el Imperio hasta el fin de los tiempos» (Lib. ad Scapul. 2).

Algunos manuscritos antiguos añaden (v. 7): «Nosotros queríamos juzgarlo según
nuestra ley, pero se presentó el tribuno Lisias con muchas fuerzas, y lo arrebató de nuestras manos, mandando a los acusadores venir ante ti».

25,1-12 La venalidad de Félix ha quedado de manifiesto poco antes (cfr 24,26-27); ahora el
proceso sigue con su sucesor Porcio Festo. Las fuentes profanas nos indican que Festo fue un buen gobernante en los dos o tres años, hasta su muerte en el 62, en los que fue gobernador de Judea.

En el texto queda sugerida esta actitud imparcial de Festo. El gobernador no piensa ceder al tribunal judío la jurisdicción sobre el reo. Pero su prudencia política le mueve a
tener en cuenta parcialmente las peticiones de los acusadores y conceder al Sanedrín una voz en el proceso. Por lo demás, Festo podía designar al Sanedrín como consilium. Éste es el sentido de su invitación a Pablo para que acceda a ser juzgado en Jerusalén.

En realidad, la pregunta del gobernador es retórica, pues con ella se limita a informar al
acusado de lo que ya ha decidido. Pablo advierte las intenciones de Festo y apela al César para evitar un juicio en condiciones desfavorables. Esta idea de apelar (provocare) a quien tiene la majestad cuando un ciudadano romano consideraba que un magistrado había
utilizado abusivamente o, al menos, con arbitrariedad su potestad coercitiva, se encuentra en la entraña misma de la mentalidad romana y era considerada una segura garantía y manifestación de su libertad política. No debe confundirse esta apelación con la impugnación de sentencias, llamada técnicamente apellatio, pues Pablo todavía no había
sido condenado.

25,13-27 Herodes Agripa II era hijo de Herodes Agripa I (cfr nota a 12,1-9), biznieto, por
tanto de Herodes el Grande. Nació el año 27. Como su padre, había conseguido el favor de Roma y recibido varios territorios al norte de Palestina, que se le permitían gobernar con el titulo de rey. Berenice era su hermana.

Las palabras de Festo, en las dos ocasiones en las que se dirige al rey (vv. 14-21; 24-27), muestran que ninguna de las acusaciones que se hacen contra Pablo tiene fundamento alguno. La contestación de Agripa (v. 22) recuerda de alguna manera una escena
semejante: el deseo que había tenido el hermanastro de su abuelo, Herodes Antipas, de ver a Jesús (cfr Lc 9,9; 23,8). Los comentadores no han dejado de notar la acción de la Providencia en todo este proceso: «La conversación con el gobernador hace nacer en el corazón de Agripa un vivo deseo de oír a Pablo (...). Tal es el efecto de todas las
maquinaciones urdidas contra él. Sin ellas ningún juez se habría dignado escuchar semejantes cosas y nadie le habría atendido con esta gran calma y este profundo silencio»

(S. Juan Crisóstomo, Hom. in Act. 51,4).

26,1-23 En el discurso ante Agripa, Pablo narra de nuevo las circunstancias de su vocación.

La llamada y misión de Pablo (vv. 16-18) se describen de modo semejante a la vocación de los profetas de Israel (cfr Ez 2,1; Is 42,6s.). Dios da a conocer con majestad su designio, en forma de un incomparable requerimiento que modifica radicalmente la existencia del elegido. Sin embargo, esta descripción tiene un matiz propio, ya que San Pablo es «testigo» (v. 16) como lo eran los Once (cfr 1,8.22; 3,15; etc.).

En la segunda parte del discurso (vv. 19-23) Pablo expone la diligencia con que ha procurado corresponder a la gracia que se le otorgó (cfr v. 22). Su conducta queda así como ejemplo para todo cristiano: «La gracia del Espíritu Santo –escribe San Gregorio de Nisa– se concede a cada hombre con la idea de que debe aumentar e incrementar lo que recibe» (De instit. christ.). Es semejante al pensamiento expresado por Santa Teresa de Jesús cuando escribe que «es menester sacar fuerzas de nuevo para servir, y procurar no ser ingratos, porque con esa condición las da el Señor; que si no usamos bien del tesoro y del gran estado en que nos pone, nos lo tornará a tomar y quedarnos hemos muy más pobres, y dará Su Majestad las joyas a quien luzca y aproveche con ellas a sí y a los otros» (Vida 10,6).

26,24-32 El afán apostólico de Pablo que se trasluce en este episodio no ha dejado de encender el celo de quienes lo leen: «Admirad (...) el comportamiento de San Pablo. Prisionero por divulgar el enseñamiento de Cristo, no desaprovecha ninguna ocasión para difundir el Evangelio. (...) El Apóstol no calla, no oculta su fe, ni su propaganda apostólica que había motivado el odio de sus perseguidores: sigue anunciando la salvación a todas las gentes. (...) ¿De dónde sacaba San Pablo esta fuerza? Omnia possum in eo qui me confortat! (Flp 4,13), todo lo puedo, porque sólo Dios me da esta fe, esta esperanza, esta caridad» (S. Josemaría Escrivá, Hom. 2.270s.).

27,1-44 El relato del viaje marítimo de San Pablo (27,1-28,16) ha sido juzgado, por la precisión de su lenguaje, como un documento de primer orden para conocer la náutica antigua. Es exacto y detallado en sus pormenores. La expresiva narración –en primera persona del plural hasta el final del libro– recoge los recuerdos, y quizás las anotaciones, de un testigo presencial que acompañó al Apóstol en la singladura.

El relato resalta la especial providencia de Dios con Pablo (vv. 24-44) y la solícita preocupación del Apóstol por sus compañeros de viaje (vv. 34-36), no siempre correspondida por ellos (v.42). Todas estas circunstancias han sido leídas en la Tradición de la Iglesia con una aplicación espiritual en la vida de los fieles: «¿Por qué Dios no salvó el navío del naufragio? Para que los ocupantes entendieran mejor la gravedad del peligro y que su salvación no era consecuencia de un auxilio humano sino del brazo de Dios, que les conservaba la vida después del hundimiento del barco. Así, los justos se encuentran bien en las tormentas y tempestades, en alta mar o en un golfo revuelto, porque están al abrigo de todo, y son incluso los salvadores de los demás. Sobre un navío en peligro de ser engullido por las aguas, los prisioneros encadenados y toda la tripulación deben su salvación a la presencia de Pablo. Aprende la ventaja de vivir en compañía de una persona piadosa y santa. Tempestades interiores más frecuentes y funestas nos baten en la brecha. Dios nos puede librar si somos tan inteligentes como los marineros y hacemos caso del consejo de los santos (...). Aunque estemos en medio de tempestades seremos librados de los peligros; aunque hubiéramos permanecido catorce días ayunos, permaneceremos con

vida; aunque caigamos en tinieblas y oscuridad, si creemos en Él seremos liberados» (S. Juan Crisóstomo, Hom. in Act. 53,4-5).

28,1-10 El episodio pone en contraste el talante humanitario de los nativos (cfr vv. 2.10) con
la superstición que guía sus reacciones (vv. 4.6). Con todo, lo que se relata de San Pablo es el mejor cumplimiento de las promesas del Señor: «A los que crean acompañarán estos milagros: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán lenguas nuevas, agarrarán serpientes con las manos y, si bebieran algún veneno, no les dañará; impondrán las manos sobre los enfermos y quedarán curados» (Mc 16,17-18).

28,11-26 El texto (cfr vv. 14-16) nos habla del ambiente de fraternidad humana y sobrenatural que reinaba entre los cristianos. «Qué bien pusieron en práctica los primeros cristianos esta caridad ardiente, que sobresalía con exceso más allá de las cimas de la simple solidaridad humana o de la benignidad de carácter. Se amaban entre sí, dulce y

fuertemente, desde el Corazón de Cristo (...). El principal apostolado que los cristianos hemos de realizar en el mundo, el mejor testimonio de fe, es contribuir a que dentro de la Iglesia se respire el clima de la auténtica caridad. Cuando no nos amamos de verdad, cuando hay ataques, calumnias y rencillas, ¿quién se sentirá atraído por los que sostienen que predican la Buena Nueva del Evangelio?» (S. Josemaría Escrivá, Hom. 2. 225s.).

28,17-28 Pablo debió de llegar a Roma hacia el año 61. Se le permitió ocupar un alojamiento propio. Disfrutó por tanto de la llamada custodia militaris, que le exigía solamente mantenerse bajo la continua vigilancia de un soldado. Fiel a su costumbre misionera, Pablo se dirige inmediatamente a los judíos de Roma. El resultado de su predicación es el mismo que en otras ocasiones (v. 24). Por eso ante la repulsa por parte de muchos judíos, Pablo se proclama libre de la obligación que se impuso de anunciar primero el Evangelio a los hebreos (v. 28). Sus palabras sugieren que los cristianos han comprendido el sentido de las promesas hechas por Dios al pueblo elegido, y que ellos son realmente el verdadero Israel. Los discípulos de Cristo no han abandonado la Ley; son más bien los judíos quienes no han reconocido su condición de nación elegida. «Nosotros somos el pueblo de Israel verdadero y espiritual –escribe San Justino–, la raza de Judá, y de Jacob, y de Isaac y de Abrahán, el que fue por Dios atestiguado viviendo aún incircunciso, el que fue bendecido y llamado padre de muchas naciones» (Dial. c. Tryph. 11,5).

Algunos manuscritos añaden (v. 29): «Una vez dicho esto, los judíos se marcharon, discutiendo vivamente entre sí».

28,30-31 El final aparentemente abrupto del libro de los Hechos señala en realidad que ya se ha cumplido la promesa del Señor a sus Apóstoles de ser sus testigos hasta los confines de la tierra (1,8). Para expresar la actitud de San Pablo en su labor evangelizadora, Lucas (cfr v. 31) usa una «bella palabra, típicamente cristiana: “parrhesia”, simplicidad sin desviación, conciencia filial, seguridad alegre, audacia humilde, certeza de ser amado» (CCE 2778).

LA CARTA A LOS ROMANOS

Ir al índice

San Pablo, durante su tercer viaje apostólico (años 53-58), escribió a los Gálatas y a la comunidad de Corinto. Las dos cartas a los corintios habían dado sus frutos; la comunidad gozaba de salud y fervor espirituales. Las noticias de las demás iglesias locales fundadas por el Apóstol indicaban que todo marchaba bien con la gracia del Espíritu. En vista de ello, Pablo proyecta extender su labor apostólica hasta Hispania (cfr Rm 15,28), haciendo una amplia escala en Roma, donde ya se había establecido un buen número de cristianos. Con el fin de preparar debidamente su llegada a Roma, escribe desde Corinto la *Carta a los Romanos*, en el invierno del año 57-58.

Este escrito, el más largo de todo el epistolario paulino –más que una carta es un tratado doctrinal– ha sido considerado también el más importante. En él expone el Apóstol puntos capitales de la doctrina acerca de la obra redentora de Cristo y sobre la vida cristiana. Profundiza y amplía lo dicho en la *Carta a los Gálatas*, y presenta de forma más sistemática tanto la acción de Jesucristo Salvador en el creyente como las consecuencias que de ello se siguen.

La comunidad cristiana de Roma estaba formada por judíos y gentiles convertidos. Era importante para San Pablo exponer los efectos de la salvación de Cristo a estos dos grupos de fieles, mostrándoles que ya no había diferencias entre ellos. Tras un largo saludo, en el que presenta a Jesucristo (1,1-17), se extiende en una visión de la humanidad irredenta, alejada y enemistada con Dios después de la caída de Adán. Al contemplar la degradación moral de los gentiles y los pecados semejantes de los judíos, manifiesta la absoluta necesidad de la Redención de Cristo para alcanzar el perdón y la gracia de Dios (1,18-4,25). Cuatro conceptos conviene tener en cuenta para entender lo que sigue: el pecado y la muerte (5,12-21), la carne y la Ley (7,1-25). El hombre irredento, sometido a esas cuatro fuerzas, sólo podrá librarse de ellas por la obra de la Redención llevada a cabo por Cristo Jesús. La salvación proviene únicamente de Dios a través de Jesucristo Nuestro Señor, y a ella hay que adherirse por la fe, don gratuito de Dios, no efecto de las obras. Pero una vez alcanzada la fe –mediante el Bautismo que injerta al cristiano en Cristo–, los cristianos pueden y deben hacer el bien, con la gracia del Espíritu Santo que habita en ellos y completa la obra de la justificación realizada por Cristo, haciéndoles santos, e hijos adoptivos del Padre (8,1-39). Se pasa así del estado de enemistad con Dios al de amistad, del de irredención al de gracia, de la condenación antigua a ser una nueva criatura, abierta a la esperanza de la gloria de los hijos de Dios.

En la segunda parte de la carta (12,1-15,13) Pablo aplica la doctrina anteriormente expuesta a la vida y conducta del cristiano. Vienen entonces, como conclusión, las exigencias morales de la fe, de la «vida en el Espíritu», y los consejos prácticos para conducirse en medio del mundo, todavía irredento, pero al que hay que llevar a la salvación.

La *Carta a los Romanos* representa un momento cumbre de la Revelación divina que nos llega a través del Apóstol. El resto de las cartas que en el Nuevo Testamento vienen a continuación de ésta nos ofrecen la posibilidad de profundizar en aspectos concretos de la doctrina contenida en este escrito.

Citas del Antiguo Testamento

1,17. Ha 2,4
2,24. Is 52,5; Ez 36,20
3,4. Sal 51,6
3,10-12. Qo 7,20; Sal 14,1-3

3,13. Sal 5,10; 140,4
3,14. Sal 10,7
3,15-17. Is 59,7-8; Pr 1,16
3,18. Sal 35,2
3,20. Sal 143,2
4,3. Gn 15,6
4,7-8. Sal 32,1-2
4,9. Gn 15,6
4,17. Gn 17,5
4,18. Gn 15,5
4,22-23. Gn 15,6
7,7. Ex 20,17; Dt 5,21
8,36. Sal 44,23
9,7. Gn 21,12
9,9. Gn 18,10
9,12 Gn 25,23
9,13. Ml 1,2-3
9,15. Ex 33,19
9,17. Ex 9,16
9,20. Is 29,16; 45,9
9,21. Jr 18,6
9,25. Os 2,25
9,26. Os 2,1
9,27-28. Is 10,22-23
9,29. Is 1,9
9,33 Is 8,14; 28,16
10,5. Lv 18,5
10,6-7. Dt 9,4; 30,12-14; Sal 107,26; Ba 3,29
10,8. Dt 30,14
10,11. Is 28,16
10,13. J13,5
10,15. Is 52,7
10,16. Is 53,1
10,18. Sal 19,5
10,19. Dt 32,21
10,20. Is 65,1
10,21. Is 65,2
11,2. Sal 94,14
11,3. 1 R 19,10-14
11,4. 1 R 19,18
11,8. Is 29,10; Dt 29,3
11,10. Sal 69,23-24t
11,26-27. Is 59,20-21
11,27. Jr 31,33-34; Is 27,9
11,34. Is 40,13
11,35. Is 40,14
12,17. Pr 3,4
12,19. Dt 32,35.41
12,20. Pr 25,21-22
13,9. Ex 20,13-17; Dt 5,17-21; Lv 19,18
14,11. Is 49,18; 45,23
15,3. Sal 69,10
15,9. Sal 18,50

15,10. Dt 32,43
15,11. Sal 117,1
15,12. Is 11, 1.10
15,21. Is 52,15

CARTA A LOS ROMANOS

PRESENTACIÓN (1,1-17)

Saludo (1,1-15)

1

1 Pablo, siervo de Jesucristo, apóstol por vocación, designado para el
Evangelio de Dios, 2 que Él de antemano prometió por sus profetas en las
Santas Escrituras 3 acerca de su Hijo Jesucristo, Señor nuestro, nacido del
linaje de David según la carne, 4 constituido Hijo de Dios con poder según
el Espíritu de santificación por la resurrección de entre los muertos, 5 por
quien hemos recibido la gracia y el apostolado para la obediencia de la fe
entre todas las gentes para gloria de su nombre, 6 entre las que estáis
también vosotros, elegidos de Jesucristo, 7 a todos los que estáis en
Roma, amados de Dios, llamados a ser santos: gracia y paz a vosotros de
parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.
8 Ante todo doy gracias a mi Dios por medio de Jesucristo por todos
vosotros, ya que vuestra fe es alabada en todo el mundo. 9 Pues Dios, a
quien sirvo con todo
mi espíritu en la predicación del Evangelio de su Hijo, es mi testigo de
cómo me
acuerdo de vosotros sin cesar, 10 pidiendo siempre en mis oraciones
que, si es voluntad de Dios, algún día tenga ocasión favorable de
llegar hasta vosotros. 11
Porque deseo veros con el fin de comunicaros alguna gracia espiritual para
que
seáis fortalecidos, 12 es decir, para que yo sea consolado con vosotros por
la fe que nos es común a vosotros y a mí. 13 Pues no quiero que ignoréis,
hermanos, que
muchas veces me propuse llegar hasta vosotros –aunque hasta ahora no
me ha
sido posible– para recoger también entre vosotros, como entre los demás
gentiles,
algún fruto. 14 Soy deudor de griegos y de bárbaros, de sabios y de
ignorantes. 15
De forma que, por lo que a mí respecta, estoy dispuesto a predicaros el
Evangelio también a los que estáis en Roma.

Tema de la carta
(1,16-17)

16 No me avergüenzo del Evangelio, porque es una fuerza de Dios
para la salvación de todo el que cree, del judío en primer lugar y
también del griego. 17
Pues en él se revela la justicia de Dios de la fe hacia la fe, como está
escrito: *El*
justo vivirá de la fe.

PRIMERA PARTE

JUSTIFICACIÓN POR MEDIO DE JESUCRISTO

(§ 1,18-11,36)

I. LA JUSTICIA POR LA FE

(1,18-4,25)

Culpa y castigo de los gentiles

(1,18-32)

18 En efecto, la ira de Dios se revela desde el cielo sobre toda
impiedad e injusticia de los hombres que tienen aprisionada la verdad en
la injusticia. 19 Porque lo que se puede conocer de Dios es manifiesto en
ellos, ya que Dios se lo ha mostrado. 20 Pues desde la creación del mundo
las perfecciones invisibles de Dios
–su eterno poder y su divinidad– se han hecho visibles a la inteligencia a
través de las cosas creadas. De modo que son inexcusables, 21 porque
habiendo conocido a
Dios no le glorificaron como Dios ni le dieron gracias, sino que se
envanecieron en sus razonamientos y se oscureció su insensato corazón:
22 presumiendo de sabios se hicieron necios 23 y llegaron a transferir la
gloria del Dios incorruptible a imágenes que representan al hombre
corruptible, y a aves, a cuadrúpedos y a reptiles.
24 Por eso Dios los abandonó a los malos deseos de sus
corazones, a la impureza con que deshonran entre ellos sus propios
cuerpos: 25 cambiaron la
verdad de Dios por la mentira y dieron culto y adoraron a la criatura en
lugar del
Creador, que es bendito por los siglos. Amén.
26 Por lo tanto, Dios los entregó a pasiones deshonrosas, pues sus
mujeres cambiaron el uso natural por el que es contrario a la naturaleza,
27 y del mismo
modo los varones, dejando el uso natural de la mujer, se abrasaron en
deseos de
unos por otros, cometiendo torpezas varones con varones y recibiendo en
sí mismos
el pago merecido por sus extravíos. 28 Y como demostraron no tener un
verdadero
conocimiento de Dios, Dios los entregó a un perverso sentir que les lleva a
realizar
acciones indignas, 29 colmados de toda iniquidad, malicia, avaricia,
maldad; llenos de envidia, homicidio, riñas, engaño, malignidad;
chismosos, 30 calumniadores,
enemigos de Dios, insolentes, soberbios, fanfarrones, inventores de
maldades,
rebeldes con sus padres, 31 insensatos, desleales, desamorados,
despiadados. 32
Ellos, aunque conocieron el juicio de Dios –que quienes hacen estas cosas
merecen la muerte–, no sólo las hacen, sino que defienden a quienes las
hacen.

Los judíos también son culpables (2,1-24)

2

1 Por eso, tú que juzgas, quienquiera que seas, eres inexcusable; porque
en lo que juzgas a otro te condenas a ti mismo, ya que tú, el que juzgas,
haces lo mismo. 2
Pues sabemos que Dios condena según la verdad a los que hacen esas
cosas. 3 ¿Y
tú, hombre que juzgas a los que hacen las mismas cosas que tú, piensas
que
escaparás al juicio de Dios? 4 ¿O es que desprecias las riquezas de su
bondad,
paciencia y longanimidad, y no sabes que la bondad de Dios te lleva a la
penitencia?
5 Tú, sin embargo, con tu dureza y con tu corazón que no se quiere
arrepentir,

atesoras contra ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del
justo juicio de Dios, 6 el cual retribuirá a cada uno según sus obras: 7 la
vida eterna para quienes, mediante la perseverancia en el buen obrar,
buscan gloria, honor e incorrupción; 8 la ira y la indignación, en cambio,
para quienes, con contumacia, no sólo se rebelan contra la verdad, sino
que obedecen a la injusticia. 9 Tribulación y angustia para
todo hombre que obra el mal, primero para el judío y luego para el griego.
10 Gloria,
en cambio, honor y paz a todo el que obra el bien, primero para el judío,
luego para
el griego; 11 porque delante de Dios no hay acepción de personas.
12 Porque todos los que pecaron sin estar sujetos a la Ley, también
sin Ley perecerán; y los que pecaron sujetos a la Ley, serán juzgados por la
Ley. 13 Pues no
son justos ante Dios los que oyen la Ley, sino los que cumplen la Ley: éstos
son los
que serán justificados. 14 En efecto, cuando los gentiles, que no tienen la
Ley,
siguiendo la naturaleza, cumplen los preceptos de la Ley, ellos, sin tener la
Ley, son
ley para sí mismos. 15 Con esto muestran que tienen grabado en sus
corazones lo
que la Ley prescribe, como se lo atestigua su propia conciencia y según los
acusan
o los excusan los razonamientos que se hacen unos a otros, 16 y así se verá
el día
en que, según mi evangelio, Dios juzgue las cosas secretas de los
hombres, por medio de Jesucristo.
17 Pero tú, que te precias de llamarte judío y confías en la Ley y te
glorías en
Dios 18 y conoces su voluntad y, formado por la Ley, disciernes lo que es
mejor, 19 y
te has convencido a ti mismo de que eres guía de ciegos, luz de los que
están en
tinieblas, 20 educador de ignorantes, maestro de niños, que en la Ley
tienes el modelo de la ciencia y de la verdad, 21 ¿cómo es que enseñas
a otros y no te enseñas a ti mismo?, ¿cómo es que predicas que no se
debe robar y robas?, 22
¿cómo es que dices que no se debe cometer adulterio y lo cometes?,
¿cómo es que
abominas de los ídolos y saqueas los templos? 23 Tú, que te glorías en
la Ley, deshonras a Dios al quebrantar la Ley. 24 Pues, como dice la
Escritura: *Por culpa*
vuestra es blasfemado el nombre de Dios entre los gentiles.

La circuncisión del corazón
(2,25-3,8)

25 Ciertamente, si guardas la Ley, la circuncisión es útil; pero si
eres transgresor de la Ley, tu circuncisión se ha convertido en no
circuncisión. 26 Por el contrario, si los que no están circuncidados

guardan los mandamientos de la Ley,
¿acaso su falta de circuncisión no será tenida como circuncisión? 27 Y el que no
está circuncidado en su cuerpo y guarda la ley te juzgará a ti que, con Ley y
circuncisión, eres transgresor de la Ley. 28 Porque no es judío el que lo
parece por fuera, ni es circuncisión la que se puede ver en la carne, 29
sino que es judío el que
lo es en su interior, y es circuncisión la del corazón, según el espíritu, no según la
letra. Su alabanza no proviene de los hombres sino de Dios.

3

1 Entonces, ¿en qué es superior el judío? ¿O cuál es la ventaja de la
circuncisión? 2
Mucha, desde todos los puntos de vista. En primer lugar, porque a ellos les fue
confiada la palabra de Dios. 3 ¿Y qué importa si algunos no creyeron? ¿Es que la

incredulidad de éstos frustrará la fidelidad de Dios? 4 ¡De ninguna
manera! Dios será siempre veraz, y todo hombre, en cambio,
mentiroso, conforme está escrito:
Para que seas reconocido justo en tus
palabras y triunfes cuando seas
juzgado.
5 Pero, si nuestra injusticia hace resaltar la justicia de Dios, ¿qué
diremos?
¿Es que Dios es injusto –hablo a lo humano– al descargar su cólera? 6 ¡De
ninguna manera! Porque si no, ¿cómo podría juzgar Dios al mundo? 7 Pues
si la veracidad
de Dios, con ocasión de mi mentira, redundó para gloria suya, ¿por qué yo
soy
todavía considerado pecador? 8 ¿Y por qué no decir –conforme se nos
calumnia y
como algunos aseguran que nosotros decimos–: «Hagamos el mal para
que venga el bien»? ¡Ellos sí que merecen que se les condene!

Judíos y gentiles son pecadores delante de Dios (3,9-20)

9 Entonces ¿qué? ¿Somos superiores? ¡De ninguna manera! Pues
antes hemos demostrado que todos, judíos y griegos, están bajo el
pecado, 10 según está escrito:
No hay un justo, ni siquiera uno.
11 *No hay un sabio, no hay quien busque a Dios*.
12 *Todos se desviaron, se corrompieron a la vez*;
no hay quien haga el bien, ni siquiera uno.
13 *Un sepulcro abierto es su garganta*,
engañaron con sus lenguas,
veneno de serpientes hay entre sus labios;
14 *su boca está llena de maldición y amargura*;
15 *sus pies, rápidos para derramar sangre*;
16 *calamidad y miseria están en sus caminos*;
17 *y no conocieron el camino de la paz*.
18 *No hay temor de Dios ante sus ojos*.
19 Ahora bien, sabemos que cuanto afirma la Ley lo dice para quienes
están
bajo la Ley, para tapar toda boca y para que todo el mundo aparezca como
culpable
ante Dios; 20 porque *nadie será justificado ante Él* por las obras de la Ley;
ya que el
conocimiento del pecado existe por medio de la Ley.

Justificación gratuita por medio de la fe en Cristo (3,21-31)

21 Ahora, en cambio, la justicia de Dios, atestiguada por la Ley y los
Profetas, se ha manifestado con independencia de la Ley: 22 justicia de
Dios por medio de la
fe en Jesucristo, para todos los que creen. Porque no hay distinción, 23 ya
que todos han pecado y están privados de la gloria de Dios 24 y son

justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que está en Cristo Jesús. 25 A él lo ha puesto
Dios como propiciatorio en su sangre –mediante la fe– para mostrar su justicia
tolerando los pecados precedentes, 26 en el tiempo de la paciencia de Dios, con el
fin de mostrar su justicia en el tiempo presente, y así ser Él justo y justificar al que vive de la fe en Jesús.

27 Entonces, ¿en qué se fundamenta la jactancia? Ha quedado excluida. ¿Y
por qué ley?, ¿la de las obras? No: por la ley de la fe. 28 Afirmamos, por tanto, que

el hombre es justificado por la fe con independencia de las obras de la Ley.
29 ¿Acaso Dios lo es sólo de los judíos? ¿No lo es también de los gentiles? Sí, también
de los gentiles. 30 Porque un solo Dios es el mismo que justificará la
circuncisión a partir de la fe y la falta de circuncisión mediante la fe. 31 Así pues, ¿destruimos la
Ley por la fe? ¡De ninguna manera! Al contrario: confirmamos la Ley.

El ejemplo de Abrahán (4,1-25)

4

1 ¿Qué diremos entonces que consiguió Abrahán, nuestro padre según la
carne? 2 Porque si Abrahán fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no ante
Dios. 3 Porque, ¿qué dice la Escritura? *Creyó Abrahán a Dios, y se le contó como justicia*.
4 Ahora bien, al que trabaja, el salario no se le cuenta como regalo sino como algo que se le debe; 5 en cambio, a quien no trabaja, pero cree en Aquel que justifica al impío, se le cuenta su fe como justicia. 6 En este sentido, David habla de
la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye la justicia con independencia
de las obras:

7 *Bienaventurados aquellos a*
quienes
se les han perdonado los
delitos
y a quienes se les han cubierto los
pecados;
8 *bienaventurado el hombre a quien el*
Señor
no le tenga en cuenta su
pecado.

9 Entonces, ¿esta bienaventuranza recae sobre la circuncisión o también
sobre la falta de circuncisión? Porque decimos: *a Abrahán la fe se le contó como*
justicia. 10 Así pues, ¿cuándo le fue tenida en cuenta?, ¿cuando estaba
circuncidado o cuando no estaba circuncidado? No cuando estaba circuncidado,
sino cuando no estaba circuncidado. 11 Y recibió la señal de la circuncisión como
sello de justicia de aquella fe que había recibido cuando no estaba circuncidado, a fin de que él fuera padre de todos los creyentes no circuncidados, para que también
a éstos la fe se les cuente como justicia; 12 y padre de la circuncisión, para aquellos
que no sólo están circuncidados, sino que también siguen las huellas

de la fe de nuestro padre Abrahán, cuando aún no estaba
circuncidado.
13 En efecto, la promesa de ser heredero del mundo no se hizo a
Abrahán o a su descendencia por medio de la Ley, sino por medio de la
justicia de la fe. 14 Pues
si los herederos son los que proceden de la Ley, queda anulada la fe y
abolida la
promesa. 15 De hecho, la Ley produce la ira; en cambio, donde no hay
Ley no hay transgresión. 16 Y por tanto, la promesa viene de la fe, para
que, en virtud de la
gracia, sea firme la promesa para toda la descendencia: no sólo para los
que
proceden de la Ley, sino también para los que proceden de la fe de
Abrahán, que es
padre de todos nosotros 17 –conforme está escrito: *Te he constituido padre
de
muchos pueblos*–, delante de Aquel a quien creyó, Dios, que da la vida a los
muertos y llama a las cosas que no existen como si ya existieran. 18 Él,
esperando
contra toda esperanza, creyó que llegaría a ser *padre de muchos pueblos*
conforme
está dicho: *Así será tu descendencia*. 19 Y no desfalleció en la fe al
considerar que
su propio cuerpo estaba ya sin vigor, al ser casi centenario, y que también
el vientre
de Sara era estéril. 20 Ante la promesa de Dios no titubeó con incredulidad,
sino que

fue fortalecido por la fe, dando gloria a Dios, 21 plenamente convencido de que Él es poderoso para cumplir lo que había prometido. 22 Por esto también *se le contó como justicia*.

23 Ahora bien, no se escribió sólo por él que *se le contó como justicia*, 24 sino
también por nosotros, a quienes nos será tenido en cuenta; nosotros que creemos
en Aquel que resucitó a Jesús nuestro Señor de entre los muertos, 25 el cual fue
entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación.

II. LA SALVACIÓN Y LA VIDA CRISTIANA (5,1-8,39)

La reconciliación por el Sacrificio de Cristo, fundamento de nuestra esperanza (5,1-11)

5

1 Justificados, por tanto, por la fe, estamos en paz con Dios por medio de
nuestro Señor Jesucristo, 2 por quien también tenemos acceso en virtud
de la fe a esta gracia en la que permanecemos, y nos gloriamos apoyados
en la esperanza de la gloria de Dios. 3 Pero no sólo esto: también nos
gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce la
paciencia; 4 la paciencia, la virtud probada; la virtud probada, la
esperanza. 5 Una esperanza que no defrauda, porque el amor de Dios ha
sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que
se nos ha dado.

6 Porque Cristo, cuando todavía nosotros éramos débiles, murió
por los impíos en el tiempo establecido. 7 En realidad, es difícil encontrar alguien que
muera por un hombre justo. Quizá alguien se atreva a morir por una persona buena.
8 Pero Dios demuestra su amor hacia nosotros porque, siendo todavía
pecadores, Cristo murió por nosotros. 9 ¡Cuánto más, si hemos sido
justificados ahora en su sangre, seremos salvados por él de la ira! 10 Porque, si cuando éramos enemigos,
fuimos reconciliados con Dios por medio de la muerte de su Hijo, mucho más, una
vez reconciliados, seremos salvados por su vida. 11 Pero no sólo esto: también nos
gloriamos en Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien
ahora hemos recibido la reconciliación.

El pecado original (5,12-21)

12 Por tanto, así como por medio de un solo hombre entró el pecado
en el mundo, y a través del pecado la muerte, y de esta forma la muerte
llegó a todos los hombres, porque todos pecaron... 13 Pues, hasta la Ley,
había pecado en el mundo, pero no se puede acusar de pecado cuando no
existe ley; 14 con todo, la muerte reinó desde Adán hasta Moisés, incluso
sobre aquellos que no cometieron una transgresión semejante a la de
Adán, que es figura del que había de venir.
15 Pero el don no es como la caída; porque si por la caída de
uno solo
murieron todos, cuánto más la gracia de Dios y el don que se da en la
gracia de un
solo hombre, Jesucristo, sobreabundó para todos. 16 Y no ocurre lo mismo
con el
don que con el pecado de uno solo; pues la sentencia a partir de una sola
caída

acaba en condenación, mientras que la gracia a partir de muchos pecados acaba en justificación. 17 Pues si por la caída de uno solo la muerte reinó por medio de uno solo, mucho más los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia reinarán en la vida por medio de uno solo, Jesucristo.

18 Por consiguiente, como por la caída de uno solo la condenación afectó a
todos los hombres, así también por la justicia de uno solo la justificación, que da la
vida, alcanza a todos los hombres. 19 Pues como por la desobediencia de un solo
hombre todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos.

20 La Ley se introdujo para que se multiplicara la caída; pero una vez que se multiplicó el pecado, sobreabundó la gracia, 21 para que, así como reinó el pecado
por la muerte, así también reinase la gracia por medio de la justicia para vida eterna
por nuestro Señor Jesucristo.

El Bautismo (6,1-11)

6

1 ¿Y qué diremos? ¿Tendremos que permanecer en el pecado para que la gracia se multiplique? 2 ¡De ninguna manera! Los que hemos muerto al pecado ¿cómo vamos a vivir todavía en él? 3 ¿No sabéis que cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados para unirnos a su muerte? 4 Pues fuimos sepultados juntamente con él mediante el bautismo para unirnos a su muerte, para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en una vida nueva. 5 Porque si hemos sido injertados en él con una muerte como la suya, también lo seremos con una resurrección como la suya, 6 sabiendo esto: que nuestro hombre viejo fue crucificado con él, para que fuera destruido el cuerpo del pecado, a fin de que ya nunca más sirvamos al pecado. 7
Quien muere queda libre del pecado.

8 Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él, 9
porque sabemos que Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no muere más: la
muerte ya no tiene dominio sobre él. 10 Porque lo que murió, murió de una vez para siempre al pecado; pero lo que vive, vive para Dios. 11 De la misma manera,
también vosotros debéis consideraros muertos al pecado, pero vivos para Dios en
Cristo Jesús.

La liberación del pecado (6,12-23)

12 Por lo tanto, que no reine el pecado en vuestro cuerpo mortal de
modo que obedezcáis a sus concupiscencias, 13 ni ofrezcáis vuestros
miembros al pecado como armas de injusticia; al contrario, ofreceos
vosotros mismos a Dios como quienes, muertos, han vuelto a la vida, y
convertid vuestros miembros en armas de justicia para Dios; 14 porque el
pecado no tendrá dominio sobre vosotros, ya que no estáis bajo la Ley
sino bajo la gracia.
15 Entonces, ¿qué? ¿Pecaremos, ya que no estamos bajo la Ley sino
bajo la gracia? De ninguna manera. 16 ¿Es que no sabéis que si os
ofrecéis vosotros
mismos como esclavos para obedecer a alguien, quedáis como esclavos de
aquel a

quien obedecéis, bien del pecado para la muerte, bien de la obediencia
para la justicia? 17 Pero, gracias a Dios, vosotros, que fuisteis esclavos
del pecado, obedecisteis de corazón a aquel modelo de doctrina al que
fuisteis confiados 18 y, liberados del pecado, os hicisteis siervos de la
justicia.
19 Hablo a lo humano en atención a la flaqueza de vuestra carne.
Igual que
ofrecisteis vuestros miembros al servicio de la impureza y de la iniquidad
para cometer iniquidades, ofreced ahora vuestros miembros al servicio de
la justicia para
la santidad. 20 Cuando erais esclavos del pecado, estabais libres respecto
de la justicia. 21 ¿Qué fruto obteníais entonces de esas cosas que ahora os
avergüenzan? Pues su final es la muerte. 22 Ahora, en cambio, liberados
del pecado y hechos siervos de Dios, dais vuestro fruto para la santidad; y
tenéis como fin la vida eterna.
23 Pues el salario del pecado es la muerte; en cambio el don de Dios es la
vida
eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Los cristianos, libres de la Ley (7,1-6)

7

1 ¿No sabéis, hermanos –hablo a quienes conocen la Ley–, que la Ley
domina al hombre todo el tiempo que vive? 2 En efecto, la mujer casada
está ligada por la ley al marido mientras él vive; pero si el marido muere,
queda libre de la ley del marido.
3 Por lo tanto, mientras vive el marido, será considerada adúltera si se une
a otro
hombre; pero si hubiera muerto el marido, es libre de la ley, y no es
adúltera si se
une a otro hombre. 4 Así pues, hermanos míos, también vosotros habéis
muerto
para la Ley por medio del cuerpo de Cristo, para llegar a ser de otro –del
que fue
resucitado de entre los muertos– a fin de dar fruto para Dios. 5 Cuando
estábamos
en la carne, las pasiones de los pecados, ocasionadas por la Ley, obraban
en
nuestros miembros dando frutos para la muerte; 6 ahora, muertos a la Ley
en la que
estábamos presos, hemos sido liberados para servir con un espíritu
nuevo y no según la antigua letra.

La Ley y la concupiscencia
(7,7-13)

7 ¿Qué diremos, entonces? ¿Que la Ley es pecado? ¡De ninguna
manera! Sin embargo, yo no conocí el pecado más que a través de la Ley;
porque no habría conocido la concupiscencia, si la Ley no dijese: *No*

desearás. [8] El pecado, aprovechando la ocasión, produjo en mí por medio
de los preceptos todo género de concupiscencia; porque sin Ley el pecado
estaba muerto. [9] Yo también, durante algún tiempo, vivía sin Ley, hasta
que llegó el precepto y revivió el pecado, [10] y yo quedé muerto, y el
precepto dado para la vida, ese mismo se convirtió para mí en
instrumento de muerte. [11] Pues el pecado, aprovechando la ocasión, me
sedujo por medio del precepto y por medio de él me dio la muerte. [12] Así
que la Ley es santa, y el precepto es santo, justo y bueno. [13] Entonces ¿lo
que es bueno se ha convertido en muerte para mí? ¡De ninguna manera!
Pero el pecado, para mostrarse como tal, produjo en mí la muerte por
medio del bien, para que el pecado llegase a su colmo por medio del
precepto.

La lucha interior
(7,14-25)

14 Sabemos que la Ley es espiritual; pero yo soy carnal, vendido
como esclavo al pecado. 15 Porque no logro entender lo que hago; pues
lo que quiero no lo hago; y en cambio lo que detesto lo hago. 16 Y si hago
precisamente lo que no quiero, reconozco que la Ley es buena. 17 Pues
ahora no soy yo quien hace esto, sino el pecado que habita en mí. 18
Porque sé que en mí, es decir, en mi carne, no habita el bien; pues
querer el bien está a mi alcance, pero ponerlo por obra no. 19
Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. 20 Y si yo
hago lo que no quiero, no soy yo quien lo realiza, sino el pecado que
habita en mí. 21 Así pues,
al querer yo hacer el bien encuentro esta ley: que el mal está en mí; 22
pues me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, 23 pero
veo otra ley en mis
miembros que lucha contra la ley de mi espíritu y me esclaviza bajo la ley
del
pecado que está en mis miembros.
24 ¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte...? 25
Gracias
sean dadas a Dios por Jesucristo Señor nuestro... Así pues, yo mismo
sirvo con el espíritu a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del
pecado.

La vida en el Espíritu (8,1-13)

8

1 Así pues, no hay ya ninguna condenación para los que están en Cristo
Jesús. 2
Porque la ley del Espíritu de la vida que está en Cristo Jesús te ha liberado
de la ley
del pecado y de la muerte. 3 Pues lo que era imposible para la Ley, al estar
debilitada a causa de la carne, lo hizo Dios enviando a su propio Hijo en
una carne semejante a la carne pecadora; y por causa del pecado,
condenó al pecado en la
carne, 4 para que la justicia de la Ley se cumpliese en nosotros, que no
caminamos
según la carne sino según el Espíritu.
5 Los que viven según la carne sienten las cosas de la carne, en
cambio los que viven según el Espíritu sienten las cosas del Espíritu. 6
Porque la tendencia de la carne es la muerte; mientras que la tendencia
del Espíritu, la vida y la paz. 7
Puesto que la tendencia de la carne es enemiga de Dios, ya que no se
somete –y ni
siquiera puede– a la Ley de Dios. 8 Los que viven según la carne no pueden
agradar
a Dios.
9 Ahora bien, vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu,

si es
que el Espíritu de Dios habita en vosotros. Si alguien no tiene el Espíritu de Cristo,
ése no es de él. [10] Pero si Cristo está en vosotros, ciertamente el cuerpo
está muerto a causa del pecado, pero el Espíritu tiene vida a causa de la
justicia. [11] Y si
el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el
mismo que resucitó a Cristo de entre los muertos dará vida también a
vuestros cuerpos mortales por medio de su Espíritu, que habita en
vosotros.

[12] Así pues, hermanos, no somos deudores de la carne de modo que
vivamos según la carne. [13] Porque si vivís según la carne, moriréis; pero, si
con el Espíritu
hacéis morir las obras del cuerpo, viviréis.

La filiación divina del cristiano
(8,14-30)

14 Porque los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son
hijos de Dios. 15 Porque no recibisteis un espíritu de esclavitud para
estar de nuevo bajo el temor, sino que recibisteis un Espíritu de hijos de
adopción, en el que clamamos:
«¡Abbá, Padre!» 16 Pues el Espíritu mismo da testimonio junto con
nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. 17 Y si somos hijos, también
herederos: herederos de
Dios, coherederos de Cristo; con tal de que padezcamos con él, para ser
con él
también glorificados. 18 Porque estoy convencido de que los padecimientos
del
tiempo presente no son comparables con la gloria futura que se va a
manifestar en nosotros.
19 En efecto, la espera ansiosa de la creación anhela la
manifestación de los hijos de Dios. 20 Porque la creación se ve sujeta a la
vanidad, no por su voluntad, sino por quien la sometió, con la esperanza
21 de que también la misma creación
será liberada de la esclavitud de la corrupción para participar de la libertad
gloriosa
de los hijos de Dios. 22 Pues sabemos que la creación entera gime y
sufre con dolores de parto hasta el momento presente. 23 Y no sólo ella,
sino que nosotros,
que poseemos ya los primeros frutos del Espíritu, también gemimos en
nuestro
interior aguardando la adopción de hijos, la redención de nuestro cuerpo.
24 Porque
hemos sido salvados por la esperanza. Ahora bien, una esperanza que se
ve no es
esperanza; pues ¿acaso uno espera lo que ve? 25 Por eso, si esperamos lo
que no
vemos, lo aguardamos mediante la paciencia.
26 Asimismo también el Espíritu acude en ayuda de nuestra flaqueza:
porque
no sabemos lo que debemos pedir como conviene; pero el mismo Espíritu
intercede
por nosotros con gemidos inefables. 27 Pero el que sondea los corazones
sabe cuál
es el deseo del Espíritu, porque intercede según Dios en favor de los
santos.
28 Sabemos que todas las cosas cooperan para el bien de los que
aman a
Dios, de los que son llamados según su designio. 29 Porque a los que de
antemano
eligió también predestinó para que lleguen a ser conformes a la imagen de
su Hijo, a
fin de que él sea primogénito entre muchos hermanos. 30 Y a los que
predestinó
también los llamó, y a los que llamó también los justificó, y a los
que justificó también los glorificó.

La confianza en Dios
(8,31-38)

31 ¿Qué diremos a esto? Si Dios está con nosotros, ¿quién contra
nosotros?
32 El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos
nosotros,
¿cómo no nos dará con él todas las cosas? 33 ¿Quién presentará
acusación contra los elegidos de Dios? ¿Dios, el que justifica? 34 ¿Quién
condenará? ¿Cristo Jesús,
el que murió, más aún, el que fue resucitado, el que además está a la
derecha de
Dios, el que está intercediendo por nosotros? 35 ¿Quién nos apartará del
amor de
Cristo? ¿La tribulación, o la angustia, o la persecución, o el hambre, o la
desnudez,
o el peligro, o la espada? 36 Como dice la Escritura:

Por tu causa somos llevados a la muerte todo
el día, somos considerados como ovejas
destinadas al matadero.

37 Pero en todas estas cosas vencemos con creces gracias a aquel
que nos amó. 38 Porque estoy convencido de que ni la muerte, ni la vida,
ni los ángeles,

ni los principados, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni las
potestades, [39] ni la altura, ni la profundidad, ni cualquier otra criatura
podrá separarnos del amor de Dios, que está en Cristo Jesús, Señor
nuestro.

III. EL PLAN DE DIOS SOBRE EL PUEBLO ELEGIDO (9,1-11,36)

Privilegios de Israel y fidelidad de Dios (9,1-13)

9

[1] Os digo la verdad en Cristo, no miento, y mi conciencia me lo atestigua
en el
Espíritu Santo: [2] siento una pena muy grande y un continuo dolor en mi
corazón. [3]
Pues le pediría a Dios ser yo mismo anatema de Cristo en favor de mis
hermanos,
los que son de mi mismo linaje según la carne. [4] Ésos son los israelitas: a
ellos
pertenece la adopción de hijos y la gloria y la alianza y la legislación y el
culto y las
promesas, [5] de ellos son los patriarcas y de ellos según la carne desciende
Cristo,
el cual es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.
[6] No es que la palabra de Dios haya quedado incumplida. Porque no
todos los descendientes de Israel son Israel, [7] ni todos son hijos por ser
descendientes de Abrahán según la carne, sino que: *En Isaac será
escogida tu descendencia*. [8] Es
decir, no son hijos de Dios los que son hijos de la carne, sino que son
considerados
descendencia los hijos de la promesa. [9] Pues ésta es la palabra de la
promesa: *Volveré por este mismo tiempo y Sara tendrá un hijo*. [10] Pero no
sólo esto: también Rebeca concibió dos hijos de un hombre solo, Isaac
nuestro padre. [11] Y cuando aún
no habían nacido ni habían hecho nada bueno o malo, para que el designio
de Dios
permaneciese según la elección, [12] y no en virtud de las obras sino del que
llama,
se le dijo: *El mayor servirá al menor*; [13] conforme está escrito: *Amé a Jacob
y odié a
Esaú*.

La vocación de Israel (9,14-33)

[14] ¿Entonces, qué diremos? ¿Es que existe injusticia en Dios? ¡De
ninguna manera! [15] Pues a Moisés le dice: *Tendré misericordia de quien
tenga misericordia, y me apiadaré de quien me apiade*. [16] Por lo tanto, no

depende de que uno quiera o de que se esfuerce, sino de Dios, que tiene misericordia. 17 Pues le dice la Escritura al Faraón: *Para esto mismo te he exaltado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado en toda la tierra*. 18 Así pues, tiene misericordia de quien quiere, y endurece a quien quiere.

19 Pero me dirás: «¿Entonces, por qué reprende? ¿Es que alguien ha podido resistir a su voluntad?» 20 ¡Hombre, quién eres tú para contradecir a Dios! *¿Acaso le dice la vasija al que la ha moldeado: «Por qué me hiciste así»?* 21 ¿Es que *el alfarero* no tiene poder sobre el barro para hacer de una misma masa una vasija, bien sea para usos nobles, bien para usos viles? 22 ¿Y qué, si Dios, queriendo mostrar su ira y dar a conocer su poder, soportó con mucha paciencia las vasijas de ira preparadas para la perdición 23 y –para mostrar la riqueza de su gloria sobre las

vasijas de misericordia, que de antemano preparó para la gloria– [24]
también nos llamó a nosotros, no sólo de entre los judíos, sino también
de entre los gentiles? [25]
Como dice en Oseas:

Llamaré pueblo mío al que no es pueblo
mío, y amada mía a la que no es
amada,
[26] *y sucederá que en el lugar donde se les dijo:*
«No sois pueblo mío»,
allí serán llamados hijos del Dios vivo.

[27] Isaías, por su parte, clama en favor de Israel:

Aunque el número de los hijos de Israel sea como las arenas del mar, un resto se
salvará; [28] *porque el Señor dará cumplimiento pronta y perfectamente a su palabra*
sobre la tierra.

[29] Y como predijo Isaías:

Si el Señor de los ejércitos no nos hubiese
dejado una semilla,
habríamos llegado a ser como
Sodoma, nos habríamos quedado
como Gomorra.

[30] ¿Entonces, qué diremos? Que los gentiles, que no buscaban la
justicia, encontraron la justicia, la justicia que viene de la fe. [31] En
cambio, Israel, que buscaba la ley de la justicia, no alcanzó esa ley. [32]
¿Por qué? Porque la buscaban no en la fe, sino como fruto de las obras.
Tropezaron en la piedra de escándalo, [33]
conforme está escrito:

Mira, pongo en Sión una piedra de
tropiezo y una roca de
escándalo,
y el que cree en él no quedará confundido.

La infidelidad de Israel (10,1-21)

10

[1] Hermanos, el deseo ardiente de mi corazón y mi oración a Dios por ellos
es que se salven. [2] Pues doy testimonio en su favor de que tienen celo por
Dios, pero sin discernimiento. [3] Porque desconociendo la justicia de Dios,
y queriendo establecer su propia justicia, no se han sometido a la justicia
de Dios. [4] Pues el fin de la Ley es Cristo, para justificación de todo el que
cree.

[5] Porque, acerca de la justicia que viene de la Ley, Moisés escribe:
Quien la cumpla vivirá por ella. [6] Pero la justicia que viene de la fe dice
así: *No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo?* [7] –esto es, para bajar
a Cristo–; o *¿quien bajará al abismo?* –esto es, para subir a Cristo de entre
los muertos–. [8] ¿Qué dice, en
cambio?

Cerca de ti está la palabra,
en tu boca y en tu corazón.

Se refiere a la palabra de la fe que predicamos. [9] Porque si confiesas con tu
boca: «Jesús es Señor», y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los
muertos, te salvarás. [10] Porque con el corazón se cree para alcanzar la
justicia, y con la boca se confiesa la fe para la salvación. [11] Ya que la
Escritura dice:

Todo *el que cree en él no quedará confundido*.

12 Pues no hay distinción entre judío y griego; porque uno mismo es
el Señor de todos, generoso con todos los que le invocan.
13 *Porque todo el que invoque el nombre del Señor*
se salvará.
14 ¿Pero cómo invocarán a Aquel en quien no creyeron? ¿O cómo
creerán, si no oyeron hablar de él? ¿Y cómo oirán sin alguien que
predique? 15 ¿Y cómo
predicarán, si no hay enviados? Según está
escrito:
¡Qué hermosos los pies
de los que anuncian la Buena Nueva!
16 Pero no todos obedecieron al Evangelio. Pues Isaías dice:
Señor, ¿quién creyó nuestro anuncio?
17 Por tanto, la fe viene de la predicación, y la predicación, a
través de la palabra de Cristo. 18 Pero digo yo: ¿es que no oyeron?
Todo lo contrario:
A toda la tierra llegó su voz,
y hasta los confines del mundo sus palabras.
19 Pero digo yo: ¿acaso Israel no entendió? Moisés es el primero que
dice:
Yo os haré sentir celos de un pueblo que no es
pueblo, y con un pueblo necio os irritaré.
20 Isaías, por su parte, se atreve a decir:
Fui encontrado por los que no me buscaban,
me manifesté a los que no preguntaban por mí.
21 Pero a Israel le dice:
Todo el día extendí mis manos
hacia un pueblo incrédulo y rebelde.

Salvación de una parte de Israel (11,1-12)

11

1 Entonces digo yo: ¿es que Dios rechazó a su pueblo? ¡De ninguna
manera! Porque también yo soy israelita, del linaje de Abrahán, de la tribu
de Benjamín. 2 *No ha rechazado Dios a su pueblo*, al cual eligió de
antemano. ¿Es que no sabéis lo que dice la Escritura en el episodio de
Elías, cómo dirige a Dios sus quejas contra Israel: 3 Señor, *mataron a tus
profetas, derribaron tus altares, y quedo yo solo, y buscan mi vida?* 4 Pero,
¿qué le dice la respuesta divina? *Me he reservado siete mil varones, que
no doblaron la rodilla ante Baal*.
5 Así pues, también en el tiempo presente ha quedado un resto
según elección gratuita. 6 Ahora bien, si es por gracia, no es por las
obras, porque entonces la gracia ya no sería gracia. 7 ¿Entonces, qué? Lo
que Israel busca no lo
consiguió, mientras que los elegidos lo consiguieron; los demás, en
cambio, se
endurecieron, 8 conforme está escrito:
Les dio Dios espíritu de
necedad, ojos para no
ver

y oídos para no
oír, hasta el día de
hoy.
9 Y David dice:
Que se les convierta la mesa en lazo, en trampa,
en tropiezo y en castigo

10 *Que se les llenen de tinieblas los ojos para no ver.*
Doblégales las espaldas por siempre.
11 Digo, pues: ¿es que tropezaron hasta caer definitivamente? ¡De ninguna
manera! Al contrario, por su caída vino la salvación a los gentiles, para provocar su
celo. 12 Pues si su caída es riqueza del mundo, y su fracaso riqueza de los gentiles,
¡cuánto más lo será su plenitud!

El nuevo pueblo elegido
(11,13-24)

13 Pero a vosotros, los gentiles, os digo: siendo yo, en efecto,
apóstol de las gentes, hago honor a mi ministerio, 14 por si de alguna
forma provoco celo a los de mi raza y salvo a algunos de ellos. 15 Porque
si su reprobación es reconciliación del mundo, ¿qué será su restauración
sino una vida que surge de entre los muertos? 16
Y si los primeros panes son santos, también la masa; y si la raíz es santa, también
las ramas. 17 Y si se han cortado algunas de las ramas y tú, siendo olivo
silvestre, fuiste injertado en su lugar y participas de la raíz y de la savia
del olivo, 18 no te
gloríes, contra las ramas; si te glorías, ten en cuenta que no eres tú quien sostiene
la raíz, sino la raíz a ti.
19 Dirás entonces: «Se han cortado las ramas para que yo fuese
injertado». 20
Bien, fueron cortadas por la incredulidad, tú en cambio te mantienes por la fe. No te
engrías: más bien teme; 21 no sea que, si Dios no perdonó a las ramas naturales,
tampoco te perdone a ti.
22 Considera, por tanto, la bondad y la severidad de Dios: con los que
cayeron, la severidad; contigo, la bondad de Dios, con tal de que permanezcas en
ella; de lo contrario, también a ti te cortarán. 23 También ellos, si no
persisten en la incredulidad, serán injertados; pues Dios tiene poder para
injertarlos de nuevo. 24
Pues, si tú fuiste cortado de un olivo silvestre, tu árbol natural, y fuiste injertado, en
contra de lo que te es natural, en un olivo bueno, ¡cuánto más
aquéllos serán injertados conforme a lo que les es natural en su
propio olivo!

La conversión de Israel
(11,25-36)

25 Porque no quiero que ignoréis, hermanos, este misterio, para
que no os consideréis sabios a vuestros ojos: que la ceguera de Israel
fue parcial, hasta que entrara la plenitud de los gentiles, 26 y así todo

Israel se salve, como está escrito:

De Sión vendrá el libertador,
apartará de Jacob las impiedades;
27 *y ésta será mi alianza con ellos,*
cuando haya borrado yo sus pecados.

28 Por lo que se refiere al Evangelio, han llegado a ser enemigos para vuestro bien; pero en cuanto a la elección, son amados por causa de sus padres. 29 Porque los dones y la vocación de Dios son irrevocables. 30 Pues así como vosotros en otro tiempo fuisteis desobedientes a Dios, y ahora habéis alcanzado misericordia a causa de su desobediencia, 31 así también ellos ahora no han obedecido, para que vosotros alcancéis misericordia, a fin de que también ellos consigan la misericordia.

32 Porque Dios encerró a todos en la desobediencia, para tener misericordia de todos.

33 ¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Qué

incomprensibles son sus juicios y qué inescrutables sus caminos!
34 Pues *¿quién conoció los designios del Señor?,*
o ¿quién llegó a ser su consejero?,
35 *o ¿quién le dio primero algo,*
para poder recibir a cambio una recompensa?
36 Porque de Él, por Él y para Él son todas las cosas. A Él la gloria por los
siglos. Amén.

SEGUNDA PARTE
VIVIR SEGÚN LA CARIDAD
(§ 12,1-16-27)

IV. LA CONDUCTA DEL CRISTIANO
(12,1-13,14)

La unidad del Cuerpo Místico (12,1-8)

12

1 Os exhorto, por tanto, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos como ofrenda viva, santa, agradable a Dios: éste es vuestro culto espiritual. 2 Y no os amoldéis a este mundo, sino, por el contrario, transformaos con una renovación de la mente, para que podáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, agradable y perfecto.
3 Porque, en virtud de la gracia que me fue dada, os digo a cada uno de
vosotros que no os estiméis en más de lo que conviene, sino que debéis teneros
una sobria estima, según la medida de la fe que Dios ha otorgado a cada uno. 4
Porque así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, y no todos los
miembros tienen la misma función, 5 así nosotros, que somos muchos, formamos en
Cristo un solo cuerpo, siendo todos miembros los unos de los otros.
6 Tenemos dones diferentes conforme a la gracia que se nos ha dado: si se trata de profecía, que sea de acuerdo con la fe, 7 y si se trata del ministerio, que sea sirviendo. Y si uno tiene que enseñar, que enseñe, 8 y si tiene que exhortar, que
exhorte.
El que da, que dé con sencillez; el que preside, que lo haga con esmero; el que ejercita la misericordia, que lo haga con alegría.

La caridad con el prójimo
(12,9-21)

9 Que la caridad esté libre de hipocresía, abominando el mal,

adhiriéndoos al bien; [10] amándoos de corazón unos a otros con el amor
fraterno, honrando cada uno a los otros más que a sí mismo; [11] diligentes
en el deber, fervorosos en el espíritu, servidores del Señor; [12] alegres en
la esperanza, pacientes en la tribulación; constantes en la oración; [13]
compartiendo las necesidades de los santos, procurando practicar la
hospitalidad.

[14] Bendecid a los que os persiguen; bendecidlos y no los
maldigáis. [15]

Alegraos con los que se alegran, llorad con los que lloran. [16] Tened los
mismos

sentimientos los unos hacia los otros, sin dejaros llevar por pensamientos soberbios, sino acomodándoos a las cosas humildes. No os tengáis por sabios ante vosotros mismos.
17 No devolváis a nadie mal por mal: *buscad hacer el bien delante de* todos
los hombres. 18 Si es posible, en lo que está de vuestra parte, vivid en paz con
todos los hombres. 19 No os vengueis, queridísimos, sino dejad el castigo en manos
de Dios, porque está escrito: *Mía es la venganza, yo retribuiré lo merecido*, dice el
Señor.. 20 Por el contrario, *si tu enemigo tuviese hambre, dale de comer; si tuviese sed, dale de beber; al hacer esto, amontonarás ascuas de fuego sobre su cabeza*.
21 No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence el mal con el bien.

Obediencia a la autoridad (13,1-7)

13

1 Que toda persona esté sujeta a las autoridades que gobiernan,
porque no hay autoridad que no venga de Dios: las que existen han
sido constituidas por Dios. 2
Así pues, quien se rebela contra la autoridad, se rebela contra el ordenamiento
divino, y los rebeldes se ganan su propia condena. 3 Pues los gobernantes no han
de ser temidos cuando se hace el bien, sino cuando se hace el mal. ¿Quieres no
tener miedo a la autoridad? Haz el bien, y recibirás su alabanza, 4 porque está al
servicio de Dios para tu bien. Pero si obras el mal, teme, pues no en vano
lleva la espada; porque está al servicio de Dios para hacer justicia y castigar al que obra el
mal. 5 Por tanto, es necesario estar sujeto no sólo por temor al castigo,
sino también por motivos de conciencia. 6 Por esta razón les pagáis
también los tributos; porque son ministros de Dios, dedicados
precisamente a esta función. 7 Dadle a cada uno
lo que se le debe: a quien tributo, tributo; a quien impuestos, impuestos; a quien
respeto, respeto; a quien honor, honor.

La caridad, plenitud de la Ley
(13,8-14)

8 No debáis nada a nadie, a no ser el amaros unos a otros; porque
el que ama al prójimo ha cumplido plenamente la Ley. 9 Pues *no adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás* y cualquier otro
precepto, se compendian en este mandamiento: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*. 10 La caridad no hace mal al prójimo. Por tanto, la
caridad es la plenitud de la Ley.

11 Y esto, siendo conscientes del momento presente: porque ya es hora de
que despertéis del sueño, pues ahora nuestra salvación está más cerca que cuando
abrazamos la fe. 12 La noche está avanzada, el día está cerca.
Abandonemos, por tanto, las obras de las tinieblas, y revistámonos con las armas de la luz. 13 Como en
pleno día tenemos que comportarnos honradamente, no en comilonas y borracheras, no en fornicaciones y en desenfrenos, no en contiendas y envidias; 14
al contrario, revestíos del Señor Jesucristo, y no estéis pendientes de la carne para satisfacer sus concupiscencias.

V. LA COMPRENSIÓN CON LOS DEMÁS A LA HORA DE EMITIR UN JUICIO MORAL

(14,1-15,13)

Ponerse en las circunstancias del prójimo (14,1-8)

14

1 Al que es débil en la fe, acogedle sin entrar a discutir puntos de vista. 2 Pues uno cree que puede comer de todo y, en cambio, el débil come sólo verduras. 3 El que come, que no desprecie al que no come, y el que no come, que no juzgue al que come, pues Dios lo ha acogido. 4 ¿Quién eres tú para juzgar al siervo ajeno? Que se mantenga firme o que caiga es asunto de su señor. Y se mantendrá en pie, porque el Señor es poderoso para sostenerle.

5 Pues hay quien distingue entre un día y otro, y hay quien juzga iguales todos los días: que cada uno siga su propia conciencia. 6 El que distingue el día, lo hace por el Señor; y quien come, come en honor del Señor –porque da gracias a Dios–, y quien no come, se abstiene en honor del Señor y da gracias a Dios. 7 Pues ninguno de nosotros vive para sí mismo, ni ninguno muere para sí mismo; 8 pues si vivimos, vivimos para el Señor; y si morimos, morimos para el Señor; porque vivamos o muramos, somos del Señor. 9 Para esto Cristo murió y volvió a la vida, para dominar sobre muertos y vivos.

10 Tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? ¿O por qué desprecias a tu hermano? Todos compareceremos ante el tribunal de Dios. 11 Porque está escrito:

Vivo yo, dice el Señor,
ante mí se doblará toda rodilla,
y toda lengua confesará a Dios.

12 Así pues, cada uno de nosotros dará cuenta de sí mismo a Dios.

Evitar el escándalo
(14,13-23)

13 Por eso, no nos juzguemos ya más unos a otros; antes bien, procurad sobre todo no hacer caer al hermano ni darle escándalo.

14 Soy consciente y estoy persuadido en el Señor Jesús de que no hay nada impuro en sí mismo; sino que algo es impuro para el que lo estima impuro. 15 Pues, si a causa de tu comida se entristece tu hermano, ya no andas conforme a la caridad. No pierdas a causa de tu comida a aquel por quien murió Cristo. 16 Que vuestro bien no sea ocasión de maledicencia. 17 Porque no consiste el Reino de Dios en comer ni beber, sino que es justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo, 18 pues el que sirve de esta manera a Cristo agrada a Dios y es estimado por

los
hombres. 19 Por tanto, busquemos lo que contribuye a la paz y a la
edificación mutua. 20 No destruyas por un manjar la obra de Dios. Todas
las cosas, en efecto, son puras, pero es malo para el hombre comerlas
dando escándalo. 21 Lo bueno es
no comer carne ni beber vino ni hacer cualquier cosa que pueda
escandalizar a tu
hermano.
22 Tú, la fe que tienes, guárdala para ti mismo ante Dios. Dichoso el
que no se condena a sí mismo en lo que decide hacer; 23 pero el que
tiene dudas, si come
es culpable, porque no ha obrado conforme a la fe. Todo lo que no es
conforme a la
fe es pecado.

El ejemplo de Cristo (15,1-13)

15

1 Nosotros, los fuertes, debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles, y
no complacernos a nosotros mismos. 2 Que cada uno de nosotros agrade
al prójimo buscando su bien y su edificación. 3 Pues tampoco Cristo buscó
su complacencia; antes bien, como está escrito: *Los ultrajes de los que te*
ultrajaban cayeron sobre mí.
4 Porque todas las cosas que ya están escritas fueron escritas para nuestra
enseñanza, con el fin de que mantengamos la esperanza mediante la
paciencia y la
consolación de las Escrituras. 5 Que el Dios de la paciencia y de la
consolación os dé un mismo sentir entre vosotros según Cristo Jesús, 6
para que unánimemente,
con una sola voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.
7 Por esta razón acogeos unos a otros, como también Cristo os
acogió a vosotros para gloria de Dios. 8 Digo, en efecto, que Cristo se
hizo servidor de los
que están circuncidados para mostrar la fidelidad de Dios, para ratificar las
promesas hechas a los padres, 9 y para que los gentiles glorificaran a Dios
por su
misericordia, conforme está escrito:

Por eso te alabaré a ti entre los
gentiles, y cantaré en honor de
tu nombre.

10 Y de nuevo, dice:

Alegraos, naciones, con su pueblo.

11 Y también:

Alabad al Señor, todas las
naciones, y ensalzadle
todos los pueblos.

12 Y también Isaías dice:

Aparecerá la raíz de Jesé
y el que surge para gobernar las naciones:
en él esperarán las naciones.

13 Que el Dios de la esperanza os colme de toda alegría y paz en la
fe, para
que abundéis en la esperanza con la fuerza del Espíritu Santo.

VI. CONCLUSIÓN Y DESPEDIDA (15,14-16,27)

Actuación de San Pablo (15,14-21)

14 Hermanos míos: por lo que se refiere a vosotros, yo mismo estoy
persuadido de que también vosotros estáis llenos de bondad, repletos de
toda ciencia, hasta el punto de que podéis amonestaros unos a otros. 15

Os he escrito, en parte, con cierta audacia para reavivar vuestra memoria, en virtud de la gracia que me ha sido dada por Dios [16] de ser ministro de Cristo Jesús entre los gentiles, cumpliendo el ministerio sagrado del Evangelio de Dios, para que la ofrenda de los gentiles llegue a ser grata, santificada en el Espíritu Santo. [17] Tengo, por eso, de qué gloriarme en Cristo Jesús en las cosas que se refieren a Dios; [18] y no me atreveré a hablar de algo que Cristo no haya realizado a través de mí para la obediencia de los gentiles,

de palabra y de obra, [19] con la eficacia de milagros y prodigios, y con la
fuerza del Espíritu de Dios. De tal forma que, desde Jerusalén y por todas
partes hasta la Iliria, he dado cumplimiento al Evangelio de Cristo; [20]
teniendo cuidado, sin embargo, de predicar el Evangelio donde aún no era
conocido el nombre de Cristo, para no construir sobre los cimientos
puestos por otro, [21] sino conforme está escrito:

Los que no han recibido anuncio de él lo
verán;
y los que no oyeron lo
comprenderán.

Planes de viaje (15,22-33)

[22] Por esto mismo muchas veces me ha sido imposible ir donde
vosotros. [23]
Ahora, como no tengo ya campo de acción en estas regiones y desde hace
muchos
años siento un gran deseo de ir donde vosotros, [24] cuando me dirija a
Hispania
espero veros al pasar y –tras haber disfrutado algún tiempo de vuestra
compañía–
que me ayudéis a ponerme en camino hacia allá.
[25] Por ahora, sin embargo, me marcho a Jerusalén en servicio de los
santos.
[26] Pues Macedonia y Acaya han tenido a bien hacer una colecta en favor
de los pobres de entre los santos que viven en Jerusalén. [27] Les pareció
bien, ya que son
deudores de ellos; porque si los gentiles participaron de sus bienes
espirituales,
deben también servirles a ellos con los bienes materiales. [28] Cuando haya
terminado esto, y les haya entregado este fruto, marcharé hacia Hispania,
y de paso
estaré con vosotros; [29] pues sé que al llegar donde vosotros lo haré con la
plenitud
de la bendición de Cristo.
[30] Os suplico, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el
amor del
Espíritu, que luchéis juntamente conmigo, rogando a Dios por mí, [31] para
que sea
liberado de los incrédulos que hay en Judea y mi ministerio en favor de
Jerusalén
sea aceptado por los santos [32] y, llegando donde vosotros con alegría
por la voluntad de Dios, pueda descansar con vosotros. [33] El Dios de
la paz esté con
todos vosotros. Amén.

Recomendaciones y saludos (16,1-23)

16

1 Os recomiendo a Febe, nuestra hermana, que está al servicio de la
iglesia de Céncreas, 2 para que la recibáis en el Señor de manera digna
de los santos, y la ayudéis en lo que pueda necesitar de vosotros:
porque también ella asistió a muchos y, en particular, a mí.
3 Saludad a Prisca y Aquila, mis colaboradores en Cristo Jesús,
4 que
expusieron sus cabezas para salvar mi vida, a quienes damos gracias no
sólo yo
sino también todas las iglesias de los gentiles, 5 y saludad a la iglesia que
se reúne
en su casa.
Saludad a Epéneto, amadísimo mío, primicia de Asia para Cristo. 6
Saludad a
María, que se ha esforzado mucho por vosotros. 7 Saludad a Andrónico y
Junia, mis
parientes y compañeros de cautividad, que gozan de gran consideración
entre los
apóstoles y que llegaron a ser cristianos antes que yo. 8 Saludad a
Ampliato, amadísimo mío en el Señor. 9 Saludad a Urbano, nuestro
colaborador en Cristo, y a

mi amadísimo Estaquis. [10] Saludad a Apeles, de fe probada en Cristo. [11] Saludad a los de la casa de Aristóbulo. Saludad a Herodión, mi pariente. Saludad a los de la casa de Narciso que creen en el Señor. [12] Saludad a Trifena y a Trifosa, que trabajan en el Señor. Saludad a la amadísima Pérside, que trabajó mucho en el Señor. [13] Saludad a Rufo, escogido en el Señor, y a su madre, que es también mía.
[14] Saludad a Asíncrito, Flegonta, Hermes, Patrobas, Hermas y a los hermanos que están con ellos. [15] Saludad a Filólogo y a Julia, a Nereo y a su hermana, y a Olimpas, y a todos los santos que están con ellos. [16] Saludaos unos a otros con el
beso santo. Os saludan todas las iglesias de Cristo.
[17] Os ruego, hermanos, que tengáis cuidado con los que producen discordia y escándalos contra la doctrina que aprendisteis. Alejaos de ellos, [18] pues ésos no
sirven a Cristo, nuestro Señor, sino a su propio vientre, y mediante palabras dulces y
aduladoras seducen los corazones de los ingenuos.
[19] Vuestra obediencia ha llegado al conocimiento de todos; por eso me alegro
por vosotros, pero quisiera que fuerais sabios para el bien y sencillos, en cambio,
para el mal. [20] El Dios de la paz aplastará rápidamente a Satanás bajo vuestros
pies. La gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con vosotros.
[21] Os saluda Timoteo, mi colaborador, y Lucio y Jasón y Sosípatro, mis parientes. [22] Os saludo yo, Tercio, que he escrito esta carta en el Señor. [23] Os
saluda Gayo, que nos hospeda a mí y a toda la iglesia. Os saluda Erasto, el tesorero
de la ciudad, y Cuarto, nuestro hermano. [(24)].

Doxología (16,25-27)

[25] Al que tiene el poder de confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio oculto por los siglos eternos, [26] pero ahora manifestado a través de las Escrituras proféticas conforme al designio del
Dios eterno, dado a conocer a todas las gentes para la obediencia de la fe, [27] a
Dios, el único sabio, a Él la gloria por medio de Jesucristo por los siglos de los siglos. Amén.

1,1-17 La carta se inicia con la presentación que hace Pablo de sí mismo y de los derechos que le amparan para predicar el Evangelio que ha recibido. A continuación (vv. 16-17) enuncia el tema que va a tratar: la justificación que viene de la fe en Cristo.
1,1-15 Tres contenidos aparecen en este saludo: a) Pablo se presenta en su condición de
servidor de Jesucristo –al modo como los antiguos profetas eran servidores de Dios (cfr 1 S
3,9; Is 42,1)–, y en calidad de elegido por el Señor para predicar el Evangelio a

los gentiles. Así justifica la carta ante los fieles de Roma a los que todavía no conoce. b) Manifiesta el deseo de ir allí, recordando a aquellos cristianos que han recibido la llamada a ser santos, y alabándoles por su fe. Con ello prepara la buena recepción de la carta y de sí mismo cuando vaya a Roma. c) Señala por quién han recibido la vocación él mismo y los cristianos de Roma: por Jesucristo, a quien presenta en síntesis e indica cuál es la obra que ha llevado a cabo (vv. 2-4). De este modo anticipa ya el contenido del Evangelio que Pablo predica por todas partes.

«Obediencia de la fe» (v. 5) significa la aceptación del Evangelio, cuyo alcance supera la inteligencia humana y sólo puede ser aceptado por la fe en Dios que lo ha revelado. San Pablo se siente «deudor» (v. 14) porque entiende que todas esas gentes tienen derecho a recibir su predicación, ya que ésa es la misión que ha recibido.

1,16-17 El Apóstol enuncia el tema de la carta: la justificación que viene de la fe. «Justicia de Dios» significa la acción divina por la que el Señor salva al hombre pecador, haciéndole

justo ante Él. «De la fe hacia la fe», quiere decir que la justicia divina en el hombre comienza y se perfecciona por la fe.

§ 1,18-11,36 La parte doctrinal de la carta está centrada en el significado, naturaleza y consecuencias de la justificación que Cristo nos ha ganado. Tras afirmar que únicamente por medio de Cristo, y por la fe en Él, el hombre puede llegar a ser justo delante de Dios (1,18-4,25), San Pablo explica cómo, mediante el Bautismo, entramos a participar en la reconciliación con Dios obtenida por el sacrificio de Cristo, y las consecuencias que conlleva: libertad, vida en el Espíritu, filiación divina (5,1-8,39). Finalmente, muestra cuál ha sido, y sigue siendo, el papel de Israel en la manifestación definitiva de la acción justificadora de Dios (9,1-11,36).

1,18-4,25 En estos capítulos San Pablo va a exponer que la justificación por la fe es el único camino de salvación para todos los hombres, pues todos son pecadores: los paganos por su idolatría y sus perversiones (1,18-32), los judíos por sus pecados y transgresiones de la Ley (2,1-24). Por tanto, todos, los judíos, a pesar de la circuncisión y de las promesas (cfr 2,25-3,8), y los gentiles, son pecadores delante de Dios (3,9-20) y necesitan ser justificados por su gracia que concede a quienes creen en Cristo (3,21-31). De manera semejante Dios concedió las promesas a Abrahán, no por las obras, sino por la fe (4,1-25).

1,18-32 Pablo describe la idolatría de su tiempo (vv. 18-23) y las consecuencias que se derivan (vv. 24-32). Solamente reconociendo a Dios creador de todo, el hombre está en condiciones de reconocer y alcanzar su propia dignidad. Sin embargo, cuando le rechaza incurre en lo que el Apóstol denomina «ira de Dios» (v. 18). Ésta es una expresión metafórica frecuente en la Biblia para significar los sentimientos divinos cuando el hombre se aleja de Dios y actúa contra su Ley. No ha de entenderse «ira» en sentido de deseo de venganza sino, como se ve a continuación, en sentido de que Dios permite al hombre hundirse en el pecado y la depravación porque respeta su libertad. En este sentido «ira» significa también el castigo de Dios, y, especialmente, la privación eterna de contemplar y gozar de su gloria. La «injusticia» (v. 18) de la que aquí se habla se refiere al rechazo de la verdad, a pesar de la inclinación natural en el hombre a buscarla siempre y amarla.

A partir de los vv. 19-20 y de otros pasajes de la Biblia, la iglesia enseña la posibilidad del conocimiento natural de Dios a partir del mundo material creado. «El mundo y el hombre atestiguan que no tienen en ellos mismos ni su primer principio ni su fin último, sino que participan de Aquel que es el Ser en sí, sin origen y sin fin. Así, por estas diversas «vías», el hombre puede acceder al conocimiento de la existencia de una realidad que es la causa primera y el fin último de todo, “y que todos llaman Dios” (S. Tomás de Aquino, S. th. 1,2,3)» (CCE 34).

Una conducta semejante a la que se refleja en el v. 32 se observa en nuestro tiempo cuando «amplios sectores de la opinión pública justifican algunos atentados contra la vida en nombre de los derechos de la libertad individual» (Juan Pablo II, Evang. vit. 4).

2,1-24 San Pablo se refiere ahora a los judíos que juzgaban a los gentiles y los condenaban globalmente como pecadores. Les recuerda que sólo Dios es quien juzga a cada hombre según la conducta que haya seguido de acuerdo con su conciencia: atesorar «ira para el día de la ira» (v. 5) significa preparar con una conducta pecadora un juicio final condenatorio. Los judíos debían reconocer que también ellos eran pecadores: señal de esta condición eran las obras de penitencia que podían practicar gracias a la bondad divina que otorgaba el perdón.

Los judíos recibieron la Ley para orientar su conducta moral, pero todos recibimos, con la naturaleza racional, los principios de la ley moral natural (cfr vv. 14-15), aquella que «está escrita y grabada en la mente de cada uno de los hombres, por ser la

misma razón humana mandando obrar bien y prohibiendo pecar» (León XIII, Libertas praestantissimum 8). «En lo profundo de su conciencia, el hombre descubre una ley que él no se da a sí mismo, sino a
la que debe obedecer y cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón, llamándolo siempre a amar y a hacer el bien y a evitar el mal: haz esto, evita aquello» (C. Vat II, Gaud. et sp. 16).
2,25-3,8 El argumento sobre la necesidad que tienen los judíos de ser justificados por la
gracia se centra ahora en la circuncisión (2,25-29) y en las promesas que ellos recibieron (3,1-8). En cuanto a la circuncisión, Pablo afirma que la verdadera no es la de la carne, sino la «circuncisión del corazón», es decir, el cumplimiento obediente de la ley de Dios. Y,

puesto que también los gentiles pueden cumplir esta ley sin tenerla escrita y sin estar circuncidados, entonces la circuncisión en la carne, en cuanto tal rito, no sirve para hacer justo al hombre.

En cuanto a las promesas de salvación, el Apóstol defiende la especial condición del pueblo judío, ya que sólo a él se las había confiado Dios (v. 2). Si hay judíos en los que por su infidelidad no se han cumplido esas promesas, ya que no han llegado a creer en Cristo,
no es porque Dios no haya sido fiel a ellas, sino porque ellos se han cerrado a la fe. Dios lo permite así para mostrar que el hombre sólo es justificado por la fe en Jesucristo. Ante este argumento parece que algunos judíos intentaban responder, no sin cierta ironía, que entonces su propia infidelidad o increencia era conveniente para que Dios mostrase su
justicia o voluntad salvífica. San Pablo lo niega, pues tal afirmación es merecedora de la condena eterna (vv. 7-8). Dios no es injusto cuando condena al que no quiere aceptar su salvación en Cristo, pues la promesa de hacer justo al pecador tiene como condición que
éste acepte la gracia voluntariamente.

3,9-20 Con un entramado de citas del Antiguo Testamento, Pablo prueba la culpabilidad de
todos los hombres. Es la doctrina que señala la universalidad del pecado y que supone la universalidad de la redención (cfr 3,21-31): «Lo que la revelación divina nos enseña coincide con la misma experiencia. Pues el hombre, al examinar su corazón, se descubre también inclinado al mal e inmerso en muchos males que no pueden proceder de su Creador, que es bueno. Negándose con frecuencia a reconocer a Dios como su principio, rompió además el orden debido con respecto a su fin último y, al mismo tiempo, toda su ordenación en relación consigo mismo, con todos los otros hombres y con todas las cosas creadas. (C. Vat. II, Gaud. et sp. 13,1).

3,21-31 La justicia de Dios que hace justo al hombre y que estaba anunciada en los libros
del Antiguo Testamento, se ha manifestado ahora en Cristo y en el Evangelio. Desde este momento la salvación dependerá de la fe en Jesucristo, ya que Él ha obrado nuestra Redención. Dios había tolerado con paciencia los pecados de los hombres. En la plenitud
de los tiempos quiso manifestar su gracia y su bondad haciendo a los hombres –sean judíos o gentiles– verdaderamente justos por medio del sacrificio de la cruz.

El Propiciatorio (v. 25) era la cubierta o tapa del Arca de la Alianza. Estaba considerado
como el trono de Dios, desde donde hablaba a Moisés, y como el lugar donde implorar a
Dios el perdón de los pecados mediante el rito del sacrificio expiatorio en la fiesta del gran
«Día de la Expiación» (cfr Lv 16,1-34; 23,26-32; Nm 29,7-11). San Pablo afirma que Dios ha puesto a Jesús como el verdadero Propiciatorio, como el único que podía obtener la
remisión de los pecados.

El v. 28 expresa, en tono solemne, la tesis fundamental de toda la Carta a los Romanos. Ningún hombre puede gloriarse ante Dios como si fuera justo, o santo, por cumplir los
mandatos de la Ley. Es Dios quien hace justo al hombre por pura gracia, y el hombre llega a ser justo aceptando, mediante la fe, la gracia que Dios ofrece a través de Jesucristo.

4,1-25 El Apóstol acude a la autoridad de las Escrituras para confirmar su enseñanza de la
justificación por la fe. Abrahán no fue justificado por las obras de la Ley sino por la fe (vv.
1-8), tal como lo dice Gn 15,6 y lo confirma David en los salmos (vv. 6-8). Al decir «le fue contado» (v. 3), Dios aparece como un Señor que anota en un libro los méritos y deméritos de sus siervos. En el caso de Abrahán Dios anotó en la columna de méritos no sus obras sino su confianza, y por esto se dice que esta confianza se le contó como justicia, es decir,
como santidad. De esta forma se resalta el carácter gratuito de la justificación.

De aquí también se desprende que el acto de fe es el primer paso para alcanzarla. No son, por tanto, las obras buenas las que producen la justificación, sino que es la justificación la que
hace que las obras sean buenas y meritorias cara a la vida eterna.

Hace notar también el Apóstol (vv. 9-12) que la justicia que recibió Abrahán no fue obra de la circuncisión, ya que recibió esa justicia (Gn 15,6) cuando aún no se había circuncidado (Gn 17). Pablo (vv. 13-17a) señala que el objeto de la fe de Abrahán, la
promesa (la que le hizo Dios de ser padre de muchas gentes y de que en su descendencia serían bendecidas todas las naciones de la tierra, cfr Gn 12,1-3; 15,5-6) era independiente de la Ley, puesto que fue hecha antes de que se diera la Ley a Moisés, y se dirigía a todos los descendientes de Abrahán –no sólo a los judíos– que son quienes tienen su misma fe.

La fe de Abrahán en una promesa que parecía imposible, es modelo de la fe cristiana (cfr

CCE 144). Lo que a él se le prometió se ha cumplido en nosotros al creer en Cristo, que murió y resucitó por todos los hombres (vv. 23-25).

5,1-8,39 En esta parte de la carta San Pablo explica los efectos de la justificación. Cristo nos reconcilia con el Padre por medio del sacrificio de su sangre, y su resurrección es fundamento de nuestra esperanza (5,1-11); nos libera del pecado y de la muerte, devolviéndonos la vida de la gracia y la vida eterna que el pecado del primer hombre nos había quitado (5,12-21); nos comunica esa vida a través del Bautismo (6,1-11). Cristo nos da también la posibilidad de liberarnos de los pecados personales (6,12-23) y de la esclavitud de la Ley, otorgándonos la libertad frente a ella (7,1-6) y frente a la concupiscencia (7,7-13). Por eso, el cristiano debe seguir luchando contra la ley de la carne en la que anida la concupiscencia (7,14-25). Con todo, lo más importante de la justificación es la vida nueva que el Espíritu concede (8,1-13). Por la acción del Espíritu, los cristianos somos verdaderamente hijos de Dios (8,14-30) y estamos llenos de confianza y esperanza aun en medio de las contradicciones (8,31-39).

5,1-11 La nueva vida que resulta de la justificación se realiza en la fe y en la esperanza, y tiene como fruto la paz. La paz no consiste en la ausencia de dificultades sino en la firmeza llena de esperanza («la virtud probada», v. 4) de quien se sobrepone a las tribulaciones y se mantiene fiel mediante la paciencia. Las tribulaciones son necesarias porque a través de ellas crecen las virtudes. «Quien espera algo con gran fuerza está dispuesto a sufrir todas las dificultades y amarguras para conseguirlo. Así, por ejemplo, un enfermo, si desea ardientemente la salud, toma de buena gana la medicina amarga que le sanará» (S. Tomás de Aquino, Sup. epist. ad Rom. in loc.).

5,12-21 Todos los hombres estamos implicados en el pecado de Adán «que se trasmite, juntamente con la naturaleza humana, por propagación, no por imitación y que se halla como propio en cada uno» (CCE 419). Éste es el pecado original. Pero así como el pecado entró en el mundo por obra de quien encerraba en sí toda la humanidad que había de ser engendrada a partir de él, así también la justicia nos llega a todos por un solo hombre, por el «nuevo Adán», Jesucristo, «el primogénito de toda criatura» que es «cabeza del cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,15.18). Cristo, mediante su obediencia y sumisión a la voluntad del Padre, se contrapone a la desobediencia y rebeldía de Adán, devolviéndonos con creces la felicidad y la vida eterna que habíamos perdido por el pecado de nuestros primeros padres.

6,1-11 Por medio del Bautismo la gracia de Cristo llega a cada uno de los hombres y los libra del dominio del pecado. Al recibir este sacramento, los cristianos nos unimos a Cristo: la inmersión en el agua simboliza la muerte y sepultura, por la que se destruye la culpa; la salida del agua simboliza la resurrección de Cristo, por la que renunciamos definitivamente al pecado y nacemos a una nueva vida. «Nuestros antiguos pecados han sido eliminados por obra de la gracia. Ahora, para permanecer muertos al pecado después del Bautismo, se precisa el esfuerzo personal aunque la gracia de Dios continúe ayudándonos poderosamente» (S. Juan Crisóstomo, Hom. in Rm. 11,1).

6,12-23 El Apóstol exhorta, mediante la imagen de la esclavitud y de la libertad, a vivir conforme a esa nueva condición de bautizados. Los cristianos hemos de ser consecuentes con la situación de «justificados» (cfr v. 22). «A cada uno llama a la santidad, de cada uno pide amor: jóvenes y ancianos, solteros y casados, sanos y enfermos, cultos e ignorantes, trabajen donde trabajen, estén donde estén» (S. Josemaría Escrivá, Hom. 2. 294).

7,1-6 Quien vive en Cristo está libre de la Ley mosaica. Una vez que, por el Bautismo, el cristiano ha participado de la muerte de Cristo, está «muerto» para la Ley (representada en los vv. 2-3 como el marido), libre de la Ley. Libre, sin embargo, para el bien, para dar frutos de vida santa, es decir, para «dar fruto para Dios» (v. 4), en virtud de la nueva unión con Cristo.

El término «carne» (v. 5) indica tanto la debilidad humana y, por consiguiente,

la sede de la concupiscencia, de las pasiones desordenadas que incitan al pecado, como la condición del hombre después del pecado original. La gracia de la cruz nos libera de la tiranía del
pecado para que podamos aspirar a servir a Dios voluntariamente, no por miedo al castigo sino por amor filial. Ésta es la libertad de espíritu que vivimos los cristianos: hacemos lo que Dios quiere porque nosotros también lo queremos.
7,7-13 El Apóstol expone las relaciones mutuas entre la Ley, el pecado y el hombre,
mostrando a la vez la naturaleza de cada una de estas realidades: la «Ley» es la Ley de

Moisés. Los preceptos de la Ley hacen al hombre consciente del pecado, y el pecado
–representado aquí como un poder personal– se sirve de los preceptos para provocar la tentación.

Pablo señala al mismo tiempo que la Ley, aunque el pecado se sirva de ella para imponerse al hombre, no es mala sino santa, justa y buena: «La Ley es profecía y pedagogía de las realidades venideras» (S. Ireneo, Adv. haer. 4,15,1; cfr CCE 1964).

7,14-25 Pablo describe la experiencia universal de otra «ley» distinta de la de Moisés, una
inclinación que lucha y se opone a la ley del espíritu (v. 23), es decir, al bien espiritual que Dios hace desear con su gracia. La expresión «ley del pecado que está en mis miembros» (cfr v. 23) subraya la fuerza con que los malos deseos se niegan a seguir los preceptos del espíritu. De todas formas, esa «ley del pecado» no tiene un poder irresistible. Desordena ciertamente nuestras facultades morales y, sin ser una falta en sí misma, nos inclina a cometer pecados. «La vida nueva recibida en la iniciación cristiana no suprimió la fragilidad y la debilidad de la naturaleza humana, ni la inclinación al pecado que la tradición llama
concupiscencia, y que permanece en los bautizados a fin de que sirva de prueba en ellos en el combate de la vida cristiana ayudados por la gracia de Dios. Esta lucha es la de la conversión con miras a la santidad y la vida eterna a la que el Señor no cesa de llamarnos» (CCE 1426).

8,1-13 El Apóstol especifica dos maneras en las que puede vivir el hombre en este mundo
tras el pecado original. La primera es la vida según el espíritu, según la cual busca a Dios por encima de todas las cosas y lucha, con su gracia, contra las inclinaciones de la propia concupiscencia; la segunda es la vida según la carne, por la que el hombre se deja vencer y guiar por las pasiones desordenadas de la carne. «Con el Espíritu se pertenece a Cristo, se le posee, se compite en honor con los ángeles. Con el Espíritu se crucifica la carne, se
gusta el encanto de una vida inmortal» (S. Juan Crisóstomo, Hom. in Rm. 13,8).

8,14-30 La vida del cristiano es una participación en la vida de Cristo, Hijo de Dios por
naturaleza. Al ser, por adopción, verdaderamente hijo de Dios, el cristiano tiene –por decirlo así– un derecho a participar también en su herencia: la vida gloriosa en el Cielo (vv. 14-18). Esta vida divina, iniciada en el Bautismo por la regeneración en el Espíritu Santo, se desarrolla y crece bajo la dirección de este Espíritu, que hace al bautizado cada vez más conforme a la imagen de Cristo (vv. 14,26-27). Así, la filiación adoptiva del cristiano es ya ahora una realidad –posee ya las primicias del Espíritu (v. 23)–; pero sólo al final de los tiempos, con la resurrección gloriosa del cuerpo, la redención llegará a su plenitud (vv.
23-25). «La filiación divina llena toda nuestra vida espiritual, porque nos enseña a tratar, a conocer, a amar a nuestro Padre del Cielo, y así colma de esperanza nuestra lucha interior,
y nos da la sencillez confiada de los hijos pequeños. Más aún: precisamente porque somos
hijos de Dios, esa realidad nos lleva también a contemplar con amor y con admiración todas las cosas que han salido de las manos de Dios Padre Creador. Y de este modo somos
contemplativos en medio del mundo, amando al mundo» (S. Josemaría Escrivá, Hom. 1.
65).

Mientras tanto estamos en una situación de espera –no carente de padecimientos (v. 18), gemidos (v. 23) y flaquezas (v. 26)–, caracterizada por una cierta tensión entre lo que ya
poseemos y somos, y lo que aún anhelamos. En este afán de la humanidad redimida
participa la creación entera, que se ve sujeta a la «vanidad» (v. 20), es decir, a la corrupción y a la muerte, y sobre todo al desorden introducido por el pecado. El destino de la creación
está, según el querer de Dios, íntimamente ligado al del hombre, esperando ella

también su transformación al final del mundo (vv. 19-22).
8,31-38 La fuerza omnipotente de Aquel que ama a la criatura humana hasta el punto de
entregar a la muerte a su mismo Hijo Unigénito para su salvación hará que salgamos victoriosos de todos los ataques, peligros y padecimientos. Los cristianos, con tal de que queramos recibir los beneficios divinos, podemos tener la seguridad de alcanzar la salvación porque Dios no dejará de darnos las gracias necesarias para que así suceda. Nada de lo que nos pueda ocurrir podrá apartarnos del Señor.

Con la enumeración de fuerzas poderosas superiores a los hombres (vv. 38-39), San Pablo quiere expresar que nada ni nadie, ninguna criatura, es más fuerte que el amor de Dios por la humanidad.
9,1-11,36 Retomando lo enunciado en 3,1-2, San Pablo trata de manera extensa el

privilegio del pueblo hebreo al ser destinatario de la revelación divina. El ejemplo de la elección gratuita de Jacob como heredero de la promesa, frente al rechazo de Esaú (9,1-13), lleva consigo la revelación del misterio de la predestinación divina que no contradice la libertad humana (9,14-33). Por otro lado, el antiguo pueblo elegido ha sido infiel a su vocación y ha causado así que la misericordia divina se haya desbordado sobre los gentiles (10, 1-21). Pero la reprobación de Israel no será total: un resto se salvará (11,1-12). Cerrando la sección se presenta la contemplación de la antítesis entre el nuevo pueblo elegido y el antiguo (11,13-24), para anunciar que, en los tiempos finales, la Sabiduría divina ha dispuesto ya la conversión de Israel y la unión de todos los fieles (11,25-36).

9,1-13 La condición de ser descendientes de Jacob (Israel) era el fundamento de los privilegios que Dios había concedido a los israelitas a lo largo de la historia. Sin embargo, la gran dignidad del pueblo elegido se pone de manifiesto en que el mismo Dios quiso asumir una naturaleza humana con todo lo que era característico de la raza israelita. Jesucristo, como verdadero hombre, desciende de los israelitas «según la carne», y es a la vez verdadero Dios porque es «sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos» (v. 5). Esta afirmación, que aparece en forma de doxología o glorificación de Dios, era un modo muy solemne de ensalzar al Señor en el Antiguo Testamento (cfr Sal 41,14; 72,19, etc.). Aplicada a Jesucristo constituye una de las maneras más explícitas y expresivas de afirmar su divinidad.

El hecho de que Dios escogiera a Isaac, el hijo de la promesa, y sobre todo a Jacob por encima del que tenía los derechos de primogenitura (Esaú), le sirve a Pablo para explicar que la llamada a los gentiles no es sorprendente, pues Dios elige conforme a la promesa y no según la carne. El verdadero Israel no es por tanto el que desciende de Abrahán «según la carne», sino el constituido por los lazos del Espíritu.

9,14-33 San Pablo confirma con pruebas de la Escritura lo dicho hasta ahora. A partir de la vocación de Israel, explica la existencia de un misterio profundo: la predestinación. La elección del pueblo de Israel entre todos los pueblos, el endurecimiento y castigo del Faraón (vv. 16-18), la salvación o reprobación individual representadas en la alegoría de la vasija de barro (vv. 20-26), son otros tantos ejemplos que manifiestan este misterio. Dios, todopoderoso y omnisciente, no sólo conoce todos los acontecimientos futuros, sino que con su infalible voluntad los dispone para la consecución del fin establecido: la Sabiduría divina, dice la Escritura, «se despliega vigorosamente de un confín al otro del mundo y gobierna todo el universo con suavidad» (Sb 8,1). A la mente humana se le escapa cómo se compaginan la infalibilidad del designio divino y la libertad humana. En esto consiste el misterio, en el que se incluyen tres verdades: la absoluta libertad y generosidad de Dios al concedernos su gracia; la voluntad salvífica universal de Dios por la muerte de Cristo en la cruz; la libre correspondencia del hombre con la que Dios cuenta, y a la que mueve y previene con su gracia. «Para Dios todos los momentos del tiempo están presentes en su actualidad. Por tanto, establece su designio eterno de “predestinación” incluyendo en él la respuesta libre de cada hombre a su gracia» (CCE 600).

10,1-21 Los judíos no tienen excusa para no invocar a Cristo como Señor, ya que si no creen en Él es por su rebeldía, pues la palabra de la predicación evangélica sí les ha llegado. Desde el principio, los Apóstoles cumplieron el mandato del Señor: «id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado se salvará; pero el que no crea se condenará» (Mc 16,15-16). Los discípulos de Cristo deben continuar esta tarea. «Será sobre todo mediante su conducta, mediante su vida, como la Iglesia evangelizará al mundo. (...) Esta ley enunciada un día por San Pablo conserva hoy todo su vigor. Sí, es siempre indispensable la predicación, la proclamación verbal de un mensaje. (...) La palabra permanece siempre actual, sobre todo cuando va acompañada del poder

de Dios» (Pablo VI, Evang, nunt. 41-42).

Los vv. 9-10 muestran la necesidad de aceptar internamente la divinidad de Jesucristo y de profesarla verbalmente. El título de Señor, nombre que en el Antiguo Testamento
generalmente sustituía al de YHWH, (HWHY) se aplica aquí a Jesucristo, expresando su
divinidad.

11,1-12 El Apóstol evoca el tema bíblico del «resto de Israel» –nombre dado en la predicación profética al grupo de israelitas que se mantenían fieles a Dios en momentos de

infidelidad generalizada– para explicar que ante la predicación del Evangelio sólo un reducido grupo de judíos ha creído. Éstos son el «resto de Israel» que Dios ha elegido para que en ellos se cumplieran las promesas. La conversión del propio Pablo constituye un ejemplo y una prenda de este retorno del pueblo de Israel a su Dios.

Análogamente, en la historia de la Iglesia, no faltan ocasiones en que muchos se alejan de Dios. En esos momentos de crisis, confiando en las promesas de Dios, los cristianos hemos de considerar que también el Señor quiere servirse de un «resto» fiel, para dar remedio a la situación: «Un secreto. —Un secreto, a voces: estas crisis mundiales son crisis de santos. —Dios quiere un puñado de hombres "suyos" en cada actividad humana.
—Después... "pax Christi in regno Christi" —La paz de Cristo en el reino de Cristo» (S. Josemaría Escrivá, Camino 301).

11,13-24 La conversión de los gentiles debe ser ocasión de celo para que los judíos también se conviertan. El buen olivo representa la comunidad de los fieles del Antiguo Testamento y, a la vez, el Israel de Dios que es la Iglesia. Las ramas naturales que han quedado son los judíos convertidos al cristianismo; las ramas desgajadas son los judíos incrédulos que rechazaron a Cristo; las ramas del olivo silvestre, injertadas en el buen olivo, son los gentiles que, habiendo salido de una raíz no cultivada, han pasado a ocupar el lugar de los judíos infieles a la gracia, para ser unidos en la misma fe con los patriarcas y con los profetas, y tener parte en las bendiciones prometidas.

La comparación persigue un doble fin: por un lado, corregir la jactancia de los cristianos venidos de la gentilidad, pues si las ramas naturales y escogidas han sido arrancadas, mucho más fácilmente lo podrán ser aquellas que originariamente son extrañas; por otro, se quiere animar a los cristianos provenientes del judaísmo y fomentar su esperanza, ya que, si en ellos han sido injertadas las ramas del olivo silvestre, con más facilidad podrán ser de nuevo unidas las que son ramas naturales.

11,25-36 San Pablo anuncia que según el plan de Dios, que no se vuelve atrás de sus promesas (v. 29), al final todos los pueblos se convertirán. «Juntamente con los Profetas y el mismo Apóstol, la Iglesia espera el día, conocido sólo por Dios, en que todos los pueblos con una sola voz invocarán al Señor y "le servirán bajo un mismo yugo" (So 3,9)» (C. Vat. II, Nost. aet. 4). La conversión de los judíos, que seguirá a la de los gentiles, es un secreto –un «misterio», dice el texto (v. 25)– del porvenir, que ocurrirá cuando Dios quiera en sus insondables designios. No significa que la conversión del pueblo judío deba ser una de las señales del fin del mundo. La Iglesia pide al Señor que escuche sus oraciones «para que el pueblo de la primera alianza llegue a conseguir en plenitud la redención» (Misal Romano, Liturg. Viernes Santo, Or. de los fieles).

La bondad admirable de Dios que ha permitido la desobediencia de judíos y gentiles, para apiadarse de ellos y tener compasión de sus miserias, arranca en el Apóstol (vv. 33-36) unas encendidas exclamaciones de alabanza al misterioso designio de Dios.

§ 12,1-16-27 La revelación de la unidad de todos en Cristo inicia la parte moral de la carta, en la que el tema central es la vida según la caridad (12,1-13,14), que conlleva unas exigencias concretas y que se ha de desarrollar según el ejemplo de Cristo (14,1-15,13). A ese espíritu responde la actuación del Apóstol (15,14-16,27).

12,1-13,14 San Pablo enuncia el principio general que debe regir la vida cristiana: la caridad es el vínculo de unión de los miembros del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Todos somos en Cristo un solo cuerpo y miembros unos de otros (12,1-8); de ahí brota la exigencia de la caridad fraterna (12,9-21). En este contexto, la obediencia a la autoridad, que viene de Dios y está al servicio de Dios (13,1-

7), también debe estar impregnada del amor de Dios. Por todo ello, la caridad es la plenitud de la Ley (13,8-14).

12,1-8 En los vv. 1-2 el Apóstol introduce la invitación a dar a Dios un culto espiritual, como consecuencia de la nueva condición dada por el Bautismo. Los cristianos son el nuevo Pueblo de Dios y están incorporados a Cristo como miembros suyos, de modo que «todos, por el Bautismo, hemos sido constituidos sacerdotes de nuestra propia existencia, "para ofrecer víctimas espirituales, que sean agradables a Dios por Jesucristo" (1 P 2,5), para realizar cada una de nuestras propias acciones en espíritu de obediencia a la voluntad de Dios, perpetuando así la misión del Dios-Hombre» (S. Josemaría Escrivá, Hom. 1. 96).

Pablo explica los diversos «dones» o carismas que hay en la Iglesia sirviéndose de la imagen del cuerpo para resaltar la variedad que existe en ella: cada uno cumple un papel

definido y coopera al bien de todos, a la vez que busca su propio bien espiritual (Cfr 1 Co
12,12-31).
12,9-21 «Después de haber hablado el Apóstol de aquellos dones que no son comunes a
todos, aquí enseña que la caridad es el don común a todos» (S. Tomás de Aquino, Sup. epist. ad Rom. in loc.). La verdadera caridad se manifiesta de muy diversas formas, de acuerdo con las necesidades y las posibilidades de cada uno. Siempre se ha de distinguir por buscar el bien y huir del mal (v. 9), se ha de ejercitar con los que ya son cristianos (vv.
10-13) y con los que aún no poseen la misma fe (vv. 17-21). «Hemos de comprender a todos, hemos de convivir con todos, hemos de disculpar a todos, hemos de perdonar a todos (...). Así Cristo reinará en nuestra alma, y en las almas de los que nos rodean» (S. Josemaría Escrivá, Hom. 1. 182).
13,1-7 Pablo lleva las consecuencias de la caridad a los deberes con el Estado. Jesús
mismo afirmó delante de Pilato que toda autoridad viene de Dios (Jn 19,11; cfr Pr 8,15-16; Sb 6,3), y siendo Dios el autor del orden social, creó al hombre como un ser que necesita vivir y desarrollarse en una comunidad, en la cual puede conseguir más perfecta y rápidamente su fin último. De esto dieron testimonio los primeros cristianos a pesar de las persecuciones y el odio. «Los cristianos habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan (...). Obedecen a las leyes establecidas; pero con su vida sobrepasan las leyes. A todos aman y de todos son perseguidos. Se los desconoce y se los condena (...). Son deshonrados y en las mismas deshonras son glorificados, (Epist. ad Diognet. 5,5-14). [[[C_13. El cristiano es llamado personalmente a vivir en Dios. Pero no por esto es un ser independiente y aislado. Pablo ha combatido el egoísmo individualista, exponiendo los deberes del fiel en la sociedad cristiana (12,3-7). Insensiblemente ha mostrado cuál debe ser su comportamiento con el mundo (12,I9); era, por tanto, muy natural que ahora hablara de sus relaciones con las autoridades legítimamente constituidas. Se trata de saber qué es lo que Dios quiere.
v. 1. Pablo comienza afirmando el deber de obediencia a los poderes constituidos: que toda
persona[1], sin excepción, se someta a las autoridades [2] superiores. Enseguida da la razón de este precepto: porque toda autoridad viene de Dios, fuente de todo poder. La autoridad humana tiene derecho a la obediencia, porque es un reflejo de la autoridad de Dios. En cuanto a los poderes actualmente constituidos, están ordenados por Dios, y su establecimiento realiza una ordenación divina. Preocupado únicamente por el interés religioso de los fieles, da Pablo al poder una base religiosa y le reconoce una legitimidad propia, fuera de la organización cristiana. Este es un hecho que los cristianos deben ver en la persona de los que detentan la autoridad [3].
v. 2 Una vez establecido el principio [4], deduce Pablo sus consecuencias: aquel que resiste
a la autoridad, se rebela contra el orden establecido por Dios [5]. Los rebeldes se acarrean la condenación de parte de los magistrados, condenación ratificada por Dios.
vv. 3-4. En el supuesto, en que Pablo se coloca, de un poder ejercido normalmente, sin
extralimitarse, el castigo de las autoridades sólo alcanza a los malvados. Porque, dice Pablo, los magistrados no son temibles [6] cuando se hace el bien, sino cuando se obra el mal. ¿Quieres no temer a la autoridad? Haz el bien y obtendrás de ella elogios. Porque la función primaria de la autoridad no es castigar el mal, sino promover el bien. Ella es para ti el ministro de Dios en vista del bien. Pero, si obras el mal, tiembla, porque no en vano lleva la espada, símbolo del poder supremo. Ella es un ministro vengador de Dios, para castigar al que obra el mal. Este castigo es la manifestación práctica de la justicia vindicativa de Dios.
vv. 5-6. De todo lo dicho saca Pablo una conclusión: la obligación de someterse a

la
autoridad no sólo por temor al castigo, sino por motivo de conciencia. Por esto [7], dice, obedecer a las autoridades es una acción conforme al orden establecido por Dios. Pablo hace notar que por esto mismo [8], es decir, por cumplir una obligación de conciencia, hay que pagar los impuestos. Porque los magistrados son ministros [9] de Dios que se aplican de continuo a cumplir con su oficio, y esta función suya les da derecho a cobrar los impuestos necesarios para el mantenimiento y desarrollo del orden social.

1 LAGRANGE, P.310, No sabemos si la enseñanza de Pablo se debe a alguna razón particular. De cualquier modo, estas enseñanzas no están ligadas a circunstancias de espacio y tiempo. La Iglesia las ha conservado como una doctrina valedera para todos los tiempos.

2 Existe una gran controversia a propósito del término ™xous…ai. Unos autores opinan que se trata sólo de las autoridades del Estado. Según otros, designa no sólo las autoridades civiles, sino también las potencias angélicas, a las cuales está confiado el orden del mundo hasta la parusía. Una amplia discusión sobre el tema Puede verse en O. CULLMANN, Dieu et César (París 1956), apéndice 1: A propos des dernières discussions au sujet des
«exousiai» de Rom 13,1; reproduce un artículo publicado en ThZ (1954) p-321-336; H. SCHLIER, Mächte und Gewalten nach dem NT: GL 31 (1958) 173-183; y el libro del mismo nombre y autor; A. STROBEL, Zum Verständniss von Rom 13: ZNTW 47 (1956) p.67-93, crítica la posición de Cullmann.

3 Yuc¾ no designa el alma en contraposición al cuerpo, ni todos los vivientes, incluso los animales, sino a todos los hombres, cualquiera sea su dignidad.

4 La solución de Pablo es taxativa, pero hay que entenderla en sí
misma y en las circunstancias históricas:
1) El antiguo derecho semita consideraba a la divinidad, al dios de la ciudad, como un
verdadero soberano; el rey no era más que su representante, nombrado por decreto para hacer observar, ante todo, él orden religioso. Cf. DHORME, La réligion assyro-babitonienne p. 146ss.
2) Este mismo principio regía entre los israelitas, no sólo en relación con los reyes nombrados por Yahvé y ungidos por sus profetas, sino en relación con todos los reyes en general. Una prueba de esto era el sacrificio y las plegarias elevadas por los reyes aun paganos (Jer 29,7; Par I,II; I Esdr 6,9ss; I Mac 7,33).
3) Lo mismo se ha de decir del judaísmo del siglo I de nuestra era. Cf. E. SCHÜRER, Geschichte des jüdischen Volkes I, P-483; II, p.359.
4) El antiguo derecho romano, religioso y sacerdotal, cedía el lugar a un derecho fundado sobre la razón humana. El soberano, legislador y juez al mismo tiempo, recibía su poder del
pueblo, al que representaba. La idea de que se pecaba contra la divinidad si se rehusaba la obediencia al príncipe, se debilitaba cada día más.
5) Por otro lado, los elementos más exaltados del judaísmo, los zelotes, sólo reconocían el
poder de Dios, y consideraban que someterse a un poder puramente humano, y más si era pagano, era una especie de apostasía religiosa. Recuérdese el caso de Judas Galaunita o Galileo. Es posible que este modo de pensar hubiera penetrado en algunos círculos cristianos.
6) Pablo se coloca en la situación concreta de su época. Hasta ese momento, la autoridad estaba ejercida legítima y pacíficamente. No se consideraba el caso de que el poder se disputara por la fuerza. Se supone además que la autoridad se dedica a fomentar el bien común y se desconoce el estado de tiranía o persecución. Cf. LAGRANGE, P-310-311;
HUBY, p. 435-437; además, el excursus 8.

5 LAGRANGE, P-314. Santo Tomás (In omnes S. Pauli epistolae commentaria [Taurini
19241 v. I p. 181) distingue en el poder tres aspectos: 1) el poder en sí mismo; así considerado, el poder viene de Dios; 2) la manera de llegar al poder; ésta puede ser ordenada o desordenada e ilícita; 3) el uso del poder; puede ser conforme o contrario a los preceptos de la justicia divina. Pablo considera sólo el primer aspecto: el poder en sí mismo como viniendo de Dios.

6 fÒboj dio di¦ toàto kaˆ, que significa aquí «objeto de temor».

7 diÒ se refiere al principio expuesto en el v. 1 y a la afirmación dos veces repetida de que los funcionarios cumplen su misión como ministros de Dios. Por esto es una obligación ineludible someterse a ellos (LAGRANGE, P-313).

8 La expresión di¦ toàto kaˆ significaría: advertid que por esto mismo, es decir, para cumplir con una obligación de conciencia, pagáis tributos porque así contribuís, de un modo razonable, a un servicio necesario y, en cierto modo, divino. Otras traducciones propuestas pueden verse en Lagrange (p. 314).

9 En griego, aeitourgo…. El sentido de la palabra, tomada del griego profano, ha sido matizada por el derecho que tenían los ministros del templo a recibir tributos (Núm. 18,21) Cf. LAGRANGE, p. 315.]]]

13,8-14 Después de manifestar que el amor es la plenitud de la Ley, Pablo concluye su exhortación a la caridad con una invitación a preparar la venida del Señor (vv. 11-14). Cristo vino al mundo por la Encarnación, pero viene también a las almas por la gracia y vendrá al final de los tiempos como Juez. Jesucristo, levantándose como el sol, ahuyentó las tinieblas del error con su venida al mundo, y va disipando los restos de oscuridad que quedan en las almas a medida que se adueña más y más del corazón de los hombres. La Iglesia utiliza este texto en la liturgia de Adviento para ayudarnos a los fieles a preparar la venida definitiva de Cristo, al tiempo que cada año celebra su Nacimiento.

14,1-15,13 En esta sección San Pablo examina un caso concreto. Se trata de la diferencia entre «fuertes» y «débiles» en la fe, que surgía con motivo de la observancia o no de prácticas judaicas. El criterio que debe presidir es el del amor y respeto mutuo. Hay que ponerse en las circunstancias del prójimo (14,1-12), evitar siempre el escándalo (14,13-23) y seguir en todo el ejemplo de Cristo (15,1-13).

14,1-8 Pablo pide que los hermanos se acojan los unos a los otros (cfr 15,7). Entre los cristianos de la comunidad de Roma, algunos, por influjo del judaísmo, se abstenían de los alimentos prohibidos por la Antigua Ley. Otros, en cambio, los «fuertes» en la fe, sabían que Jesucristo les habla liberado de las observancias de la Ley de Moisés –como la prohibición de ciertos alimentos– y de la sujeción al calendario judaico, a los sábados, plenilunios y otras fiestas. Los primeros eran considerados «débiles» por los segundos, al pensar que aquéllos se sentían todavía atados por los preceptos mosaicos. Los «débiles», por su parte, se escandalizaban de la libertad de espíritu de los otros y los juzgaban pecadores. Y éstos, a su vez, despreciaban a los «débiles» y no hacían caso de su escándalo. Unos y otros pecaban contra la caridad. El Apóstol se dirige paternalmente a todos, exhortando a los débiles a no juzgar temerariamente a los fuertes, y apelando a los fuertes para que no desprecien a los débiles (cfr v. 21 y 1 Co 8,7-13).

14,13-23 Continúa la enseñanza sobre la necesidad de evitar el escándalo no sólo con acciones malas, sino incluso con acciones de suyo indiferentes, pero que pueden confundir a otras personas, por su falta de formación.

15,1-13 El Apóstol reitera la abnegación del Señor que llevó nuestros pecados en su cuerpo y por cuyas heridas hemos sido curados (cfr 1 P 2,24; Is 53,5-6). Se trata de vivir la caridad con los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús (cfr Flp 2,5-8) sin excluir a nadie. Aunque Cristo se dirigió primero a los judíos, también acogió a los gentiles. Con la venida a la tierra del Dios hecho hombre se da cumplimiento a las promesas hechas a los hebreos de que también los gentiles glorificarían a Dios. Se manifiesta así la fidelidad de Dios a sus promesas (v. 8) y su misericordia hacia todos los hombres, puesto que sus bendiciones llegan también a quienes no pertenecen al pueblo de Israel según la carne.

15,14-16,27 San Pablo, a modo de epílogo, explica ante todo por qué ha escrito

a los
cristianos de Roma (15,14-21), expone luego sus futuros planes (15,22-33) y termina con una larga y afectuosa serie de recomendaciones y saludos (16,1-24). Las últimas palabras son una alabanza a Dios, por medio de Jesucristo (16,25-27). Concluye así su carta como la había empezado: en el nombre de Dios y de Jesucristo.

15,14-21 El Apóstol habla iniciado la parte moral con una exhortación a los destinatarios

para que se ofrecieran como un sacrificio agradable a Dios (12,1). Ahora, termina explicando que la carta responde al ministerio de la evangelización que Cristo le ha encomendado. Él ha sido escogido para anunciar el Evangelio de Cristo a los gentiles (1,5) y para transformarlos en ofrenda agradable a Dios. Con anterioridad sólo el pueblo judío podía ser considerado un pueblo sacerdotal (cfr Ex 19,5-6). Después de Cristo también los gentiles son ofrenda «grata, santificada en el Espíritu Santo» (v. 16).

15,22-33 Pablo considera que su actividad en la zona oriental del Imperio romano ha logrado ya frutos estables. Desde Jerusalén hasta las regiones de Iliria, es decir, hasta la ribera oriental del Adriático, ha sido predicado el Evangelio de Cristo (v. 19). Ahora quiere preparar su viaje hacia Occidente y cuenta con que los cristianos de Roma le ayuden (v. 24); además desea estar con ellos para fortalecerlos en la fe (v. 32).

16,1-23 La larga serie de afectuosos saludos pone de relieve que los primeros cristianos constituían una gran familia y que realmente se consideraban y se trataban como «hermanos». Por los nombres que se mencionan se puede deducir que había entre ellos gentes de diversas regiones y culturas: de Asia Menor y de Grecia, latinos, judíos, etc.; de condición humilde, esclavos y libertos; de buena posición social como Prisca, Aristóbulo y Narciso. En definitiva, personas de todas las clases sociales unidas por la misma fe y por el vínculo de la caridad, «familias que vivieron de Cristo y que dieron a conocer a Cristo. Pequeñas comunidades cristianas, que fueron como centros de irradiación del mensaje, evangélico. Hogares iguales a los otros hogares de aquellos tiempos, pero animados de un espíritu nuevo que contagiaba a quienes los conocían y los trataban. Eso fueron los primeros cristianos, y eso hemos de ser los cristianos de hoy: sembradores de paz y de alegría, de la paz y de la alegría que Jesús nos ha traído» (S. Josemaría Escrivá, Hom. 1. 30).

Febe (vv. 1-2) fue la portadora de la carta. Era de Céncreas, el puerto oriental de Corinto, por lo que también se deduce que fue en esta ciudad donde Pablo escribió la epístola. Rufo (v. 13) quizá sea uno de los hijos de Simón Cireneo (cfr Mc 15,21).

La advertencia de los vv. 17-18 se refiere probablemente a los predicadores judaizantes, que querían mantener la distinción de alimentos y otros preceptos judaicos y que se introducían en las comunidades cristianas haciendo alarde de religiosidad y predicando un estilo de vida que presentaban como más perfecto.

Algunos manuscritos añaden el v. 24: «Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con todos vosotros. Amén».

16,25-27 A diferencia de otras cartas, San Pablo termina ésta dirigiendo una grandiosa alabanza, o doxología, a Dios omnipotente y sabio por medio de Jesucristo. Un papiro muy antiguo la coloca en 15,33; otros manuscritos la colocan, en cambio, al final del cap. 14, repitiéndola también como conclusión de la epístola. Probablemente estos cambios se debieron a la lectura litúrgica de la carta que prescindía habitualmente de los caps. 15 y 16 por ser de carácter más familiar.

LAS CARTAS A LOS CORINTIOS

Ir al índice

La ciudad de Corinto, enclavada en el istmo de su nombre, con dos puertos, uno en el mar Egeo y otro en el Adriático, era la capital de la provincia romana de Acaya y una de las ciudades comerciales más importantes de todo el Mediterráneo. Tenía una abigarrada población donde confluían una gran variedad de religiones, y era también célebre por su degradación moral.

La iglesia de Corinto fue fundada por San Pablo, con la colaboración de Silas y Timoteo, en el año 50 ó 51, durante su segundo viaje apostólico (años 50-53; cfr Hch 18,1-18). Allí estuvo enseñando el Apóstol durante más de año y medio. En el tercer viaje apostólico (años 53-58) es probable que, tras escribir desde Éfeso la *Primera Carta a los Corintios*, hiciera una breve visita a la ciudad del istmo (cfr 2 Co 1,15-24). En esta ocasión, Pablo o alguno de sus colaboradores debió de ser objeto de alguna ofensa grave (cfr 2 Co 2,5-11). Más tarde, después de que los corintios hubiesen recibido la *Segunda Carta a los Corintios*, pasó con ellos el invierno del 57 al 58 (cfr Hch 20,1-3).

La comunidad cristiana de Corinto, a juzgar por los datos que Pablo suministra en sus cartas, debió de ser, entre las fundadas por él, una de las más grandes en cuanto al número de fieles. Parece que en ella predominaban los cristianos provenientes del paganismo. La mayoría eran personas sencillas, aunque no faltaban cristianos doctos y otros de posición desahogada. También debía de haber un considerable grupo de mujeres. Una comunidad, en fin, que abarcaba ámbitos de la sociedad muy amplios, pero que vivía inmersa en un ambiente difícil dada la degradación moral de la ciudad.

La atmósfera cultural y moral de Corinto afectaba a los cristianos. Por una parte, no podían dejar de comparar a los predicadores del Evangelio con la multitud de maestros y filósofos griegos que había en la ciudad; por otra, no estaban libres de la tentación de identificar el Evangelio con la sabiduría griega. Las noticias que por distintos medios –Apolo (1 Co 16,12), los de Cloe (1 Co 1,11)– le llegan a San Pablo, que está en Éfeso, le mueven a escribir la *Primera Carta a los Corintios* en la primavera del año 57. En ella, las dificultades surgidas en aquella comunidad se afrontan a la luz del Evangelio, Evangelio que Pablo había recibido por revelación divina (cfr 2, 10) y cuya formulación le había sido dada por la Iglesia: que Cristo murió por nuestros pecados y resucitó según las Escrituras (cfr 15,1-5). El problema de las divisiones en la comunidad de Corinto radicaba en que interpretaban el Evangelio al modo de una sabiduría humana, juzgando su eficacia por la elocuencia del predicador. Pablo les escribe poniendo de manifiesto que la salvación no viene por esa sabiduría, sino por Jesucristo, muerto en la cruz (cfr 1,22-23). Sólo en Cristo se encuentra la verdadera sabiduría y la salvación (cfr 1,30).

Junto a otros problemas que Pablo aborda en esta carta, como el caso del incestuoso (5,1-13), el recurso por parte de los cristianos a los tribunales paganos (6,1-11), el matrimonio y la virginidad (7,1-40), la licitud o no de comer la carne de los mercados que había sido inmolada a los ídolos (8,1-10,33), y el orden en las asambleas litúrgicas, institución de la eucaristía y los carismas (11,1-14,40), el Apóstol trata otro tema en el que algunos seguían afectados por el pensamiento griego: la resurrección de los muertos (15,1-

58). Parece que aquellos cristianos entendían la resurrección como algo ya acontecido en el ámbito espiritual –las manifestaciones carismáticas serían prueba de ello– sin que hubiera que esperar la resurrección del cuerpo. La respuesta de Pablo es tajante: «Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado; pero si Cristo no ha resucitado, vana es vuestra fe, todavía estáis en vuestros pecados. (...) Cristo ha resucitado de entre los muertos, como primer fruto de los que mueren» (15,16-20).

En la *Segunda Carta a los Corintios*, escrita poco después, en el otoño del 57, se hace alusión a algunas reacciones negativas a la primera carta surgidas en aquella comunidad. Pablo se fija sobre todo en las relaciones entre el evangelizador, el Evangelio y los evangelizados. Al evangelizador, la fuerza le viene del Evangelio; a los evangelizados el Evangelio les ha de llevar a la reconciliación con Dios y con el Apóstol, pues «todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo y nos confirió el ministerio de la reconciliación. (...) En nombre de Cristo os rogamos: reconciliaos con Dios» (5,18-20). No hay que descartar la hipótesis de que en esta carta conocida como Segunda a los Corintios se encuentren incorporadas
de alguna manera al menos dos cartas que Pablo dirigiera a aquella comunidad: la conocida como la «carta de las lágrimas» (caps. 10-13; cfr 2,4), en la que el Apóstol corrige a quienes le han ofendido, y otra en la que se percibe de nuevo la buena armonía de Pablo y los corintios (caps. 1-9).

Las *Cartas a los Corintios* constituyen un tesoro inagotable para el conocimiento de la figura de San Pablo y de muchos aspectos de la doctrina cristiana: en ellas están contenidas la audaz apología de su ministerio (1 Co 1-4; 2 Co 11-13), la doctrina sobre el Cuerpo de Cristo y sus miembros (1 Co 12,12-27), el himno a la caridad (1 Co 13,1-13), etc.

Citas del Antiguo Testamento

1,19. Is 29,14; Sal 33,10
1,31. Jr 9,22-23
2,9. Jr 3,16; Is 64,3
2,16. Is 40,13
3,19. Jb 5,13
3,20. Sal 94,11ê
5,13. Dt 17,7; 19,19
6,16. Gn 2,24
9,9. Dt 25,4
10,7. Ex 32,6
10,26. Sal 24,1
14,21. Is 28,11-12
15,25. Sal 110,1
15,27. Sal 8,7
15,32. Is 22,13
15,45. Gn 2,7
15,54. Is 25,8
15,55. Os 13.14

PRIMERA CARTA A LOS CORINTIOS

PRESENTACIÓN (1,1-9)

Saludo (1,1-9)

1

1 Pablo, llamado a ser apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios, y
Sóstenes, nuestro hermano, 2 a la Iglesia de Dios que está en Corinto, a

los santificados en

Cristo Jesús, llamados a ser santos, y a todos los que invocan en todo lugar el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Señor suyo y nuestro: 3 gracia y paz a vosotros de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo.

Acción de gracias

4 Doy continuamente gracias a mi Dios por vosotros, a causa de la gracia de Dios que os ha sido concedida en Cristo Jesús, 5 porque en él fuisteis enriquecidos en todo: en toda palabra y en toda ciencia, 6 de modo que el testimonio de Cristo se ha confirmado en vosotros, 7 y así no os falta ningún don, mientras esperáis la manifestación de nuestro Señor Jesucristo. 8 Él os confirmará hasta el final, para que seáis hallados irreprochables el día de nuestro Señor Jesucristo. 9 Fiel es Dios, por quien fuisteis llamados a la unión con su Hijo Jesucristo, Señor nuestro.

PRIMERA PARTE
CORRECCIÓN DE ALGUNAS DESVIACIONES
(§ 1,10-6,20)

I. DIVISIONES ENTRE LOS CORINTIOS
(1,10-4,21)

Exhortación a la unidad
(1,10-17)

10 Os exhorto, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, a que todos tengáis un mismo lenguaje y a que no haya divisiones entre vosotros, a que viváis unidos en un mismo pensar y en un mismo sentir. 11 Porque, por los de Cloe, me han llegado noticias sobre vosotros, hermanos míos, de que hay discordias entre vosotros. 12 Me refiero a que cada uno de vosotros va diciendo: «Yo soy de Pablo»,
«Yo, de Apolo», «Yo, de Cefas», «Yo, de Cristo».
13 ¿Está dividido Cristo? ¿Es que Pablo fue crucificado por vosotros o fuisteis bautizados en el nombre de Pablo? 14 Doy gracias a Dios porque no bauticé a ninguno de vosotros, excepto a Crispo y a Gayo, 15 para que ninguno pueda decir que fuisteis bautizados en mi nombre. 16 Bauticé también a la familia de Estéfanas. Fuera de éstos no recuerdo haber bautizado a ningún otro. 17 Porque Cristo no me
envió a bautizar sino a evangelizar, y no con sabiduría de palabras, para no desvirtuar la cruz de Cristo.

La sabiduría de la Cruz
(1,18-31)

18 Porque el mensaje de la cruz es necedad para los que se pierden, pero para los que se salvan, para nosotros, es fuerza de Dios.
19 Pues está escrito:
Destruiré la sabiduría de los sabios,

y desecharé la prudencia de los prudentes.
20 ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el docto? ¿Dónde el investigador
de este mundo? ¿No hizo Dios necia la sabiduría de este mundo? 21
Porque, como en la
sabiduría de Dios el mundo no conoció a Dios por medio de la sabiduría,
quiso Dios
salvar a los creyentes, por medio de la necedad de la predicación. 22
Porque los

judíos piden signos, los griegos buscan sabiduría; [23] nosotros en cambio
predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, necedad para
los gentiles; [24] pero para los llamados, judíos y griegos, predicamos a
Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. [25] Porque lo necio de Dios es
más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los
hombres.
[26] Considerad, si no, hermanos, vuestra vocación; porque no hay
entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni
muchos nobles; [27]
sino que Dios escogió la necedad del mundo para confundir a los sabios, y
Dios
eligió la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes; [28] escogió Dios a
lo vil, a lo despreciable del mundo, a lo que no es nada, para destruir lo
que es, [29] de manera que ningún mortal pueda gloriarse ante Dios. [30] De
Él os viene que estéis en Cristo Jesús, a quien Dios hizo para nosotros
sabiduría, justicia, santificación y redención,
[31] para que, como está escrito: *El que se gloría, que se gloríe en el Señor*.

Predicación de San Pablo en Corinto (2,1-5)

2

[1] Y yo, hermanos, cuando vine a vosotros, no vine a anunciaros el
misterio de Dios con elocuencia o sabiduría sublimes, [2] pues no me he
preciado de saber otra cosa entre vosotros sino a Jesucristo, y a éste,
crucificado. [3] Y me he presentado ante vosotros débil, y con temor y
mucho temblor, [4] y mi mensaje y mi predicación no se han basado en
palabras persuasivas de sabiduría, sino en la manifestación del Espíritu y
del poder, [5] para que vuestra fe no se fundamente en la sabiduría
humana, sino en el poder de Dios.

La sabiduría divina
(2,6-16)

[6] Ahora bien, enseñamos sabiduría entre los perfectos, pero una
sabiduría no de este mundo ni de los gobernantes de este mundo que son
pasajeros; [7] sino que enseñamos la sabiduría de Dios, misteriosa,
escondida, que Dios predestinó, antes de los siglos, para nuestra gloria. [8]
Sabiduría que ninguno de los gobernantes de este mundo ha conocido,
porque, de haberla conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la
gloria; [9] sino que, según está escrito: *Ni ojo vio, ni oído oyó*, ni pasó por el
corazón del hombre, las cosas que preparó Dios para los que le aman.
[10] A nosotros, en cambio, Dios nos lo reveló por medio del Espíritu,
porque el
Espíritu todo lo escudriña, incluso las profundidades de Dios. [11] Pues ¿qué
hombre
sabe lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él?
Así
también, las cosas de Dios nadie las ha conocido sino el Espíritu de Dios. [12]

Pero
nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios,
para que conozcamos los dones que Dios nos ha concedido; 13 y enseñamos estas
cosas no con palabras aprendidas por sabiduría humana, sino con
palabras aprendidas del Espíritu, expresando las cosas espirituales con
palabras espirituales.
14 El hombre no espiritual no percibe las cosas del Espíritu de Dios, pues son
necedad para él y no puede conocerlas, porque sólo se pueden enjuiciar según el
Espíritu. 15 Por el contrario, el hombre espiritual juzga de todo, y a él nadie es capaz

de
juzgarle. 16 Porque *¿quién conoció la mente del*
Señor, para darle lecciones?
Pues bien, nosotros tenemos la mente de Cristo.

Los corintios son todavía carnales (3,1-3)

3

1 Por mi parte, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino
como a carnales, como a niños en Cristo. 2 Os di a beber leche, no
alimento sólido, pues todavía no podíais soportarlo; ni siquiera ahora
podéis, 3 pues sois todavía carnales. Porque mientras haya entre vosotros
envidias y discordias, ¿no continuáis siendo carnales y comportándoos a lo
humano?

Naturaleza del ministerio apostólico
(3,4-23)

4 Porque cuando uno de vosotros dice: «Yo soy de Pablo»; y otro:
«Yo, de Apolo», ¿no procedéis a lo humano? 5 ¿Qué es Apolo? ¿Qué es
Pablo? Ministros, por medio de los cuales habéis creído; cada uno según
el Señor le ha concedido. 6
Yo planté, Apolo regó, pero es Dios quien dio el crecimiento; 7 de tal
modo que ni el que planta es nada, ni el que riega, sino el que da el
crecimiento, Dios. 8 El que
planta y el que riega son una misma cosa; pero cada uno recibirá su propia
recompensa según su trabajo. 9 Porque nosotros somos colaboradores de
Dios;
vosotros sois campo de Dios, edificación de Dios.
10 Según la gracia de Dios que me ha sido dada, yo puse los
cimientos como sabio arquitecto, y otro edifica sobre ellos. Cada uno mire
cómo edifica, 11 pues nadie puede poner otro cimiento distinto del que
está puesto, que es Jesucristo. 12
Si alguien edifica sobre este cimiento con oro, plata, piedras preciosas,
madera,
heno o paja, 13 la obra de cada uno quedará al descubierto. Pues el Día la
pondrá
de manifiesto, porque se revelará con fuego, y el fuego probará el valor de
la obra
de cada uno. 14 Si la obra que uno edificó permanece, recibirá el premio;
15 si su obra arde, sufrirá daño; sin embargo, él se salvará, pero como a
través del fuego. 16
¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en
vosotros? 17
Si alguno destruye el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el
templo de
Dios, que sois vosotros, es santo.
18 Nadie se engañe: si alguno de vosotros se tiene por sabio según el
mundo, que se haga necio para llegar a ser sabio. 19 Pues la sabiduría de

este mundo es
necedad delante de Dios. Porque está escrito:
Él atrapa a los sabios en su astucia.
20 Y en otro lugar:
El Señor conoce los pensamientos de los sabios,
y sabe que son vanos.
21 Por tanto, que nadie se gloríe en los hombres; porque todas las cosas son vuestras: 22 ya sea Pablo o Apolo o Cefas; ya sea el mundo, la vida o la muerte; ya sea lo presente o lo futuro; todas las cosas son vuestras, 23 vosotros sois de Cristo,
y Cristo de Dios.

Ministros de Cristo
(4,1-7)

4

1 Así han de considerarnos los hombres: ministros de Cristo y administradores de
los misterios de Dios. 2 Por lo demás, lo que se busca en los
administradores es que sean fieles. 3 En cuanto a mí, poco me importa ser
juzgado por vosotros o por un tribunal humano. Ni siquiera yo mismo me
juzgo. 4 Pues aunque en nada me remuerde la conciencia, no por eso
quedo justificado. Quien me juzga es el Señor. 5
Por tanto, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor: él iluminará
lo oculto de las tinieblas y pondrá de manifiesto las intenciones de los corazones;
entonces cada uno recibirá de parte de Dios la alabanza debida.
6 Estas cosas, hermanos, las he aplicado a mí mismo y a Apolo por vuestra
causa, para que en nosotros aprendáis aquello de «no ir más allá de lo escrito»,
para que nadie se enorgullezca a favor de uno en contra de otro. 7 Porque ¿quién te
enaltece? ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te
glorías, como si no lo hubieras recibido?

Dureza de la vida de los apóstoles
(4,8-13)

8 Ya estáis satisfechos, ya os habéis enriquecido, sin nosotros habéis
llegado a reinar. ¡Ojalá reinaseis, para que también nosotros reináramos
con vosotros! 9
Porque pienso que Dios, a nosotros los apóstoles, nos ha puesto los últimos, como
condenados a muerte, pues nos hemos convertido en espectáculo para el mundo,
para los ángeles y para los hombres. 10 Nosotros, necios por Cristo; vosotros,
prudentes en Cristo; nosotros débiles, vosotros fuertes; vosotros honrados, nosotros
despreciados. 11 Hasta el momento presente pasamos hambre, sed,
desnudez, somos abofeteados, andamos errantes, 12 y nos esforzamos trabajando con
nuestras propias manos; nos maldicen y bendecimos, nos persiguen y lo
soportamos, 13 nos ultrajan y respondemos con bondad. Hemos venido a ser hasta
ahora como la basura del mundo, el desecho de todos.

Amonestaciones (4,14-21)

14 No os escribo esto para avergonzaros, sino para amonestaros
como a hijos míos queridísimos. 15 Pues aunque tengáis diez mil
pedagogos en Cristo, no tenéis muchos padres, porque yo os engendré en
Cristo Jesús por medio del Evangelio. 16
Por consiguiente, os suplico: sed imitadores míos. 17 Por esto os envié a
Timoteo,
que es mi hijo queridísimo y fiel en el Señor, para que os recuerde mis
normas de conducta, que son las de Cristo, tal como enseño por todas
partes en todas las iglesias.
18 Algunos se han engreído, como si yo no fuera a volver con
vosotros. 19
Pero, si el Señor quiere, pronto iré donde vosotros y conoceré no la
palabrería de
esos engreídos, sino su eficacia; 20 que no consiste el Reino de Dios en
hablar sino en hacer. 21 ¿Qué preferís? ¿Que vaya donde vosotros con la
vara, o con caridad y
espíritu de mansedumbre?

II. EL INCESTUOSO
(5,1-13)

Castigo del pecador
(5,1-8)

5

1 Se oye hablar, y mucho, de que entre vosotros hay fornicación, y una
fornicación que no se da ni entre los gentiles: hasta el punto de que
alguien tiene la mujer de su padre. 2 ¿Y vosotros aun estáis orgullosos, en
vez de llenaros de dolor para que fuera expulsado de en medio de
vosotros quien realizó esa acción? 3 Yo, por mi parte, ausente en cuerpo,
pero presente en espíritu, ya he juzgado, como si estuviera presente, al
que así obró: 4 en el nombre del Señor nuestro Jesús, reunidos vosotros y
mi espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesús, 5 que ése sea entregado
a Satanás para castigo de la carne, y así el espíritu se salve en el día del
Señor.
6 No está bien vuestra jactancia. ¿No sabéis que un poco de
levadura hace fermentar toda la masa? 7 Expurgad la levadura vieja,
para que seáis masa nueva, ya que sois ácimos. Porque Cristo, nuestro
Cordero pascual, fue inmolado. 8 Por
tanto, celebremos la fiesta, no con levadura vieja ni con levadura de
malicia y de
perversidad, sino con ácimos de sinceridad y de verdad.

Comportamiento con pecadores obstinados
(5,9-13)

9 Os escribí en mi carta que no os mezclaseis con los fornicarios. 10
Pero no me refería, ciertamente, a los fornicarios de este mundo, o a los
avaros o a los ladrones, o a los idólatras, pues entonces tendríais que
salir de este mundo. 11 Lo que os escribí es que no os mezclaseis con
quien, llamándose hermano, fuese
fornicario, avaro, idólatra, injurioso, borracho o ladrón. Con éstos, ni comer
siquiera.
12 Pues ¿por qué voy yo a juzgar a los de fuera? ¿No juzgáis vosotros a
los de dentro? 13 A los de fuera los juzgará Dios. *¡Echad de entre
vosotros al malvado!*

III. PROCESOS ANTE JUECES PAGANOS
(6,1-11)

6

1 ¿Cómo se atreve alguno de vosotros, que tiene un pleito con otro, a
demandar justicia ante los infieles, y no ante los santos? 2 ¿No sabéis que

los santos van a juzgar al mundo? Y si por vosotros va a ser juzgado el mundo, ¿no sois capaces de juzgar causas menores? 3 ¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles? Pues cuánto más las cosas ordinarias de la vida.

4 Por tanto, si tenéis pleitos sobre estas cosas ordinarias, tomad como jueces a los menospreciados en la Iglesia. 5 Para vergüenza vuestra lo digo: ¿es que no
hay entre vosotros ni un solo sabio que pueda mediar como juez entre sus

hermanos, [6] sino que vais a pleitear hermano contra hermano, y eso ante infieles? [7]
De todos modos, ya es un fracaso vuestro que haya pleitos entre vosotros. ¿Por
qué no preferís sufrir la injusticia? ¿Por qué no preferís ser despojados? [8] Al contrario, sois vosotros los que hacéis injusticias y despojáis, y precisamente a
vuestros hermanos. [9] ¿Es que no sabéis que los injustos no heredarán el Reino de
Dios? No os engañéis: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los
afeminados, ni los sodomitas, [10] ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni
los injuriosos, ni los rapaces heredarán el Reino de Dios.
[11] Y esto erais algunos. Pero habéis sido lavados, habéis sido santificados,
habéis sido justificados en el nombre de Jesucristo el Señor y en el Espíritu de nuestro Dios.

IV. GRAVEDAD DE LA FORNICACIÓN
(6,12-20)

Dignidad del cuerpo
(6,12-14)

[12] «Todo me es lícito». Pero no todo conviene. «Todo me es lícito». Pero no me dejaré dominar por nada. [13] «La comida para el vientre, y el vientre para la comida». Pero Dios destruirá lo uno y lo otro. Por otra parte, el cuerpo no es para la fornicación sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo. [14] Y Dios, que resucitó al Señor, también nos resucitará a nosotros por su poder.

Ofensa a Jesucristo y al Espíritu Santo
(6,15-20)

[15] ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Voy, entonces, a tomar los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una meretriz?
¡De ninguna manera! [16] ¿No sabéis que el que se une a una meretriz se hace un cuerpo con ella? Porque está dicho: *Serán los dos una sola carne*. [17] En cambio, el que se une al Señor se hace un solo espíritu con él. [18] Huid de la fornicación. Todo
pecado que un hombre comete queda fuera de su cuerpo; pero el que fornica peca
contra su propio cuerpo. [19] ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu
Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis? [20]
Habéis sido comprados mediante un precio. Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo.

SEGUNDA PARTE RESPUESTAS A ALGUNAS CONSULTAS (§ 7,1-15,58)

V. MATRIMONIO Y VIRGINIDAD (7,1-40)

Relaciones entre los esposos (7,1-9)

7

1 En cuanto a lo que me habéis escrito, más le vale al hombre no tocar a una mujer;
2 pero ante el peligro de fornicación, que cada uno tenga su mujer y cada una su
marido.
3 Que el marido cumpla su deber conyugal con la mujer; y lo mismo
la mujer con el marido. 4 La mujer no es dueña de su propio cuerpo, sino
el marido; del mismo modo, el marido no es dueño de su propio cuerpo,
sino la mujer. 5 No privéis
al otro de lo que es suyo, a no ser de mutuo acuerdo, durante algún tiempo, para
dedicaros a la oración; y de nuevo volved a vivir como antes, para que Satanás no
os tiente por vuestra incontinencia. 6 Esto lo digo como condescendencia,
no como mandato. 7 Me gustaría que todos los hombres fuesen como yo;
pero cada cual
tiene de Dios su propio don, uno de una manera, otro de otra.
8 Pero a los no casados y a las viudas les digo que más les vale
permanecer como yo. 9 Y si no pueden guardar continencia, que se casen;
mejor es casarse que
abrasarse.

Indisolubilidad del matrimonio
(7,10-11)

10 En cambio, a los casados, les mando, no yo sino el Señor: que la
mujer no se separe del marido, 11 y en caso de que se separe, que
permanezca sin casarse o que se reconcilie con su marido; y que el marido
no despida a su mujer.

El privilegio paulino
(7,12-16)

12 A los demás les digo yo, no el Señor: si algún hermano tiene una
mujer no creyente, y ella consiente en habitar con él, que no la despida; 13
y si alguna mujer tiene un marido no creyente, y éste consiente en habitar
con ella, que no despida al marido. 14 Porque el marido no creyente es
santificado por la mujer, y la mujer no creyente es santificada por el
hermano. De no ser así, vuestros hijos serían impuros, y ahora son santos.
15 Pero si el no creyente se separa, que se separe. En este
caso, ni el hermano ni la hermana quedan ligados; porque Dios nos ha
llamado a vivir en paz. 16 Pues ¿qué sabes tú, mujer, si salvarás a tu
marido? ¿Qué sabes tú,
marido, si salvarás a tu mujer?

Permanencia en la propia vocación
(7,17-24)

17 Por lo demás, que cada uno permanezca en la condición que le
asignó el
Señor, en la que tenía cuando le llamó Dios. Así lo dispongo en todas las

iglesias. 18 ¿Fue llamado alguien cuando estaba circuncidado? Que no lo oculte. ¿Ha sido
llamado alguien cuando no estaba circuncidado? Que no se circuncide. 19 Nada es
la circuncisión ni es nada la falta de circuncisión: lo importante es la observancia de
los mandamientos de Dios. 20 Que cada uno permanezca en la vocación
en que fue llamado. 21 ¿Fuiste llamado siendo siervo? No te preocupes; y
aunque puedes hacerte libre, aprovecha más bien tu condición; 22 porque el que siendo siervo fue
llamado en el Señor, es liberto del Señor. Igualmente, el que fue llamado siendo
libre, es siervo de Cristo. 23 Habéis sido comprados mediante un
precio; no os hagáis esclavos de los hombres. 24 Que cada uno, hermanos, permanezca ante
Dios en el estado en que fue llamado.

Excelencia de la virginidad
(7,25-38)

25 En cuanto a la virginidad, no tengo precepto del Señor, pero doy
un consejo, como quien por la misericordia del Señor merece confianza. 26
Así pues, considero que, por la presente necesidad, más le vale al hombre
permanecer como está. 27 ¿Estás unido a una mujer? No busques la
separación. ¿No estás unido a una mujer? No busques mujer. 28 Si te
casas, no pecas, y si una virgen se casa, no peca. Sin embargo, así
tendrán la tribulación en la carne, que yo querría evitaros. 29
Hermanos, os digo esto: el tiempo es corto. Por tanto, en lo que queda, los
que tienen mujer, vivan como si no la tuviesen; 30 y los que lloran, como
si no llorasen; y
los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran, como si
no poseyesen; 31 y los que disfrutan de este mundo, como si no
disfrutasen. Porque la apariencia de este mundo pasa. 32 Os quiero libres
de preocupaciones. El que no está casado se preocupa de las cosas del
Señor, de cómo agradar al Señor; 33 el casado se preocupa de las cosas
del mundo, de cómo agradar a su mujer, 34 y está dividido. La mujer no
casada y la virgen se preocupan de las cosas del Señor, para ser santas
en el cuerpo y en el espíritu; la casada, sin embargo, se preocupa de las
cosas del mundo, de cómo agradar a su marido. 35 Os digo esto sólo para
vuestro provecho, no para tenderos un lazo, sino en atención a lo que es
más noble y al trato con el Señor, sin otras distracciones.
36 Si alguno considera que no se comporta honestamente con su
virgen, ya
que ella está en la flor de la edad, y es conveniente que se case, ponga por
obra su
deseo; no peca: que se casen. 37 Pero el que permanece firme en su
corazón, no
por necesidad, sino pudiendo disponer por voluntad propia, y en su
corazón
determina guardarla virgen, hará bien. 38 Por tanto, quien desposa a su
virgen obra
bien; y quien no la desposa obra mejor.

Consejo a las viudas
(7,39-40)

39 La mujer está ligada a su marido, mientras él vive; pero si
muere su marido, queda libre para casarse con quien quiera, pero sólo
en el Señor. 40 Más feliz será, sin embargo, si permanece así, según mi
consejo; que pienso que yo también tengo el Espíritu de Dios.

VI. LAS CARNES SACRIFICADAS A LOS ÍDOLOS
(8,1-10-33)

Los ídolos no son nada (8,1-6)

8

1 En cuanto a los animales sacrificados a los ídolos, somos conscientes de
que todos sabemos discernir. El saber hincha pero la caridad edifica. 2 Si
alguno piensa que sabe algo, todavía no sabe como le conviene saber; 3
pero si uno ama a Dios, ése ha sido conocido por Él. 4 Ahora bien, en
cuanto a comer de los animales sacrificados a los ídolos, somos
conscientes de que no hay ídolos en el mundo y

que no hay más dios que el Dios único. 5 Porque, aunque algunos sean
llamados dioses en el cielo o en la tierra, como si de hecho hubiera
muchos dioses y muchos señores, 6 para nosotros, sin embargo, no hay
más que un solo Dios, el Padre, de quien todo procede y para quien
somos nosotros, y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las
cosas, y nosotros también por él.

Evitar el escándalo de los débiles
(8,7-13)

7 Pero no todos tienen este saber: algunos, acostumbrados hasta
ahora a los ídolos, comen esa carne como sacrificada a los ídolos, y su
conciencia, que es débil, se mancha. 8 La comida, desde luego, no nos
favorecerá ante Dios; ni tendremos menos si no comemos, ni tendremos
más si comemos. 9 No obstante, tened
cuidado de que vuestra libertad no vaya a ser tropiezo para los débiles. 10
Porque si
alguno te ve a ti, que tienes este saber, sentado a la mesa en un santuario
idolátrico, su conciencia, que es débil, ¿no se verá animada a comer las
carnes sacrificadas a
los ídolos? 11 Y por tu saber se perderá el débil, el hermano por el que
murió Cristo.
12 Y pecando así contra los hermanos e hiriendo su débil conciencia, pecáis
contra
Cristo. 13 Por eso, si una comida escandaliza a mi hermano, no comeré
carne
jamás, para no escandalizar a mi hermano.

Derecho de los Apóstoles a ser sostenidos por los fieles (9,1-14)

9

1 No soy yo libre? ¿No soy apóstol? ¿No he visto a Jesús, Señor nuestro?
¿No sois vosotros mi obra en el Señor? 2 Si para otros no soy apóstol, para
vosotros, sin embargo, lo soy, porque vosotros sois el sello de mi
apostolado en el Señor. 3 Esta es mi defensa contra los que me critican. 4
¿Acaso no tenemos derecho a comer y a beber? 5 ¿O no tenemos derecho
a llevar con nosotros una mujer hermana, como hacen los demás
apóstoles, y los hermanos del Señor y Cefas? 6 ¿O solamente Bernabé y yo
estamos privados del derecho a no trabajar?
7 ¿Quién hace el servicio militar alguna vez a sus expensas? ¿Quién
planta
una viña y no come de su fruto? ¿Quién apacienta un rebaño y no se
alimenta de la
leche del rebaño? 8 ¿Acaso estoy utilizando un argumento humano? ¿O no
dice también esto la Ley? 9 Porque en la Ley de Moisés está escrito: *No
pondrás bozal al buey que trilla*. ¿Es que Dios se preocupa de los bueyes?
10 ¿No es más bien por
nosotros por quien lo dice? En efecto, por nosotros ha sido escrito esto,
pues el que

ara debe arar con esperanza, y el que trilla, con esperanza de recibir el fruto. 11 Si
sembramos en vosotros bienes espirituales, ¿será algo extraordinario que recojamos de vuestros bienes materiales? 12 Si otros tienen ese derecho sobre
vosotros, ¡cuánto más nosotros! Con todo, no hemos hecho uso de este derecho. Al contrario, todo lo soportamos, para no poner ningún obstáculo al Evangelio de
Cristo. 13 ¿No sabéis que los que se dedican al culto reciben el sustento del culto, y que los que sirven al altar participan del altar? 14 Así también ha ordenado el Señor
a los que anuncian el Evangelio, que vivan del Evangelio.

Renuncia de San Pablo a este derecho
(9,15-23)

15 Yo, sin embargo, nunca he hecho uso de este derecho. Y no
escribo esto para que se haga así conmigo, pues antes prefiero morir
que... ¡Nadie me privará de mi gloria! 16 Porque si evangelizo, no es para
mí motivo de gloria, pues es un deber que me incumbe. ¡Ay de mí si no
evangelizara! 17 Si lo hiciera por propia iniciativa, tendría recompensa;
pero si lo hago por mandato, cumplo una misión
encomendada. 18 ¿Cuál es entonces mi recompensa? Predicar el Evangelio
entregándolo gratuitamente, sin hacer valer mis derechos por el Evangelio.
19 Porque siendo libre de todos, me hice siervo de todos para ganar a
cuantos más pueda. 20 Con los judíos me hice como judío, para ganar a los
judíos; con los
que están bajo la Ley, como si estuviera bajo la Ley –aunque yo no lo
estoy– para
ganar a los que están bajo la Ley; 21 con los que están sin ley, como si
estuviera sin
ley –aunque no estoy fuera de la ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo–,
para ganar
a los que están sin ley. 22 Me hice débil con los débiles, para ganar a los
débiles. Me he hecho todo para todos, para salvar de cualquier manera a
algunos. 23 Y todo lo
hago por el Evangelio, para tener yo también parte en él.

Necesidad de la lucha ascética
(9,24-27)

24 ¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos sin duda
corren pero uno solo recibe el premio? Corred de tal modo que lo
alcancéis. 25 Los que compiten se abstienen de todo; y ellos para
alcanzar una corona corruptible; nosotros, en cambio, una incorruptible.
26 Así pues, yo corro no como a la ventura, lucho no como quien golpea
al aire, 27 sino que castigo mi cuerpo y lo someto a servidumbre, no sea
que, después de haber predicado a otros, quede yo descalificado.

Enseñanzas de la historia de Israel (10,1-13)

10

1 No quiero que ignoréis, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos
bajo la nube, y todos atravesaron el mar, 2 y para unirse a Moisés todos
fueron bautizados en la nube y en el mar, 3 y todos comieron el mismo
alimento espiritual, 4 y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque
bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo. 5 Pero la
mayoría de ellos no agradó a Dios, puesto que cayeron muertos en el
desierto.
6 Estas cosas sucedieron como en figura para nosotros, para
que no codiciemos lo malo como lo codiciaron ellos. 7 Y no os hagáis
idólatras como
algunos de ellos, según está escrito: *Se sentó el pueblo a comer y beber, y
se*

levantaron para divertirse; [8] ni forniquemos, como algunos de ellos fornicaron, y murieron en un solo día veintitrés mil; [9] ni tentemos al Señor, como lo tentaron algunos de ellos, y perecieron víctimas de las serpientes; [10] ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y perecieron a manos del exterminador. [11] Todas
estas cosas les sucedían como en figura; y fueron escritas para escarmiento
nuestro, para quienes ha llegado la plenitud de los tiempos. [12] Así pues, el que

piense estar en pie, que tenga cuidado de no caer. 13 No os ha
sobrevenido ninguna tentación que supere lo humano, y fiel es Dios, que
no permitirá que seáis tentados por encima de vuestras fuerzas; antes
bien, con la tentación, os dará también el modo de poder soportarla con
éxito.

La idolatría y la Eucaristía
(10,14-22)

14 Por todo esto, amadísimos míos, huid de la idolatría. 15 Os hablo
como a prudentes. Juzgad vosotros mismos lo que digo: 16 el cáliz de
bendición que bendecimos ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El
pan que partimos ¿no es la comunión del Cuerpo de Cristo? 17 Puesto que
el pan es uno, muchos somos un solo cuerpo, porque todos participamos
de un solo pan. 18 Mirad a Israel, según la carne: los que comen de las
víctimas ¿no participan del altar?
19 ¿Qué digo entonces? ¿Que lo sacrificado a los ídolos es algo? ¿O
que el ídolo es algo? 20 Eso no. Sin embargo, lo que sacrifican los gentiles,
a los demonios
lo sacrifican y no a Dios. Y no quiero que vosotros entréis en comunión con
los
demonios. 21 No podéis beber el cáliz del Señor y el cáliz de los
demonios; no podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de
los demonios. 22 ¿O
queremos provocar la ira del Señor? ¿Acaso somos más fuertes que él?

Solución de algunos casos concretos
(10,23-33)

23 «Todo es lícito». Pero no todo conviene. «Todo es lícito». Pero no
todo edifica. 24 Que nadie busque su provecho, sino el de los demás. 25
Comed todo lo que se vende en el mercado, sin más averiguaciones por
motivos de conciencia, 26 *porque del Señor es la tierra y todo cuanto la
llena*.
27 Si os invita algún infiel y queréis ir, comed todo lo que os ponga
sin más averiguaciones por motivos de conciencia. 28 Pero si alguno os
dijera: «Esto es
animal sacrificado a los ídolos», entonces no comáis, por causa del que os
lo ha
advertido, y por motivos de conciencia; 29 no me refiero a la conciencia
propia, sino a la del otro. Pero ¿por qué mi libertad va a ser juzgada por la
conciencia ajena? 30
Si yo participo en una comida dando gracias a Dios, ¿por qué voy a ser
reprendido
por aquello por lo que doy gracias?
31 En fin, tanto si coméis, como si bebéis, o hacéis cualquier otra
cosa, hacedlo todo para gloria de Dios. 32 No seáis escándalo para los
judíos, ni para los griegos, ni para la Iglesia de Dios, 33 como también yo
agrado a todos en todo, sin
buscar mi conveniencia sino la de todos los demás, para que se salven.

VII. EL MODO DE CELEBRAR LA EUCARISTÍA (11,1-34)

La mujer en las reuniones litúrgicas (11,1-16)

11

1 Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo. 2 Os alabo porque en
todo os acordáis de mí, y mantenéis las tradiciones como os las
transmití. 3 Quiero que

sepáis que la cabeza de todo hombre es Cristo, la cabeza de la mujer es el hombre, y la cabeza de Cristo es Dios. [4] Todo hombre que reza o profetiza con la cabeza cubierta deshonra su cabeza, [5] y toda mujer que reza o profetiza con la cabeza descubierta deshonra su cabeza, pues es lo mismo que si se rapara. [6] Por tanto, si no se quiere cubrir con el velo, que se corte el pelo. Si es vergonzoso para la mujer cortarse el pelo o raparse, que se cubra con el velo.

[7] El hombre, en efecto, no debe cubrirse la cabeza, puesto que es imagen y gloria de Dios; la mujer, en cambio, es gloria del hombre; [8] porque no procede el hombre de la mujer, sino la mujer del hombre, [9] ni fue creado el hombre por razón de la mujer, sino la mujer por razón del hombre. [10] Por tanto, la mujer debe mostrar sobre su cabeza la señal de sumisión por razón de los ángeles. [11] Por lo demás, ni la mujer sin el hombre, ni el hombre sin la mujer, en el Señor. [12] Porque si la mujer procede del hombre, así el hombre nace de la mujer; y todo de Dios. [13] Juzgad por
vosotros mismos: ¿es conveniente que la mujer rece a Dios con la cabeza descubierta? [14] ¿Acaso la misma naturaleza no os enseña que es afrenta para el hombre llevar larga cabellera, [15] mientras que la mujer se honra dejándola crecer? Porque la cabellera le ha sido dada como velo. [16] Y si alguno quiere discutir,
nosotros no tenemos esa costumbre, ni tampoco las iglesias de Dios.

Abusos en la celebración de la Eucaristía
(11,17-22)

[17] Al recomendaros esto, no os alabo, porque no os reunís para vuestro bien espiritual, sino para vuestro daño. [18] En primer lugar oigo que, cuando os reunís en asamblea litúrgica, hay divisiones entre vosotros, y en parte lo creo, [19] pues conviene que haya entre vosotros disensiones, para que se descubran entre vosotros los de virtud probada. [20] Pues, cuando os reunís, no es ya para tomar la
Cena del Señor; [21] porque al comer, cada uno se adelanta a tomar su propia cena, y mientras uno pasa hambre, otro está ebrio. [22] ¿No tenéis casas para comer y
beber? ¿O despreciáis la Iglesia de Dios y avergonzáis a los que no tienen nada?
¿Qué voy a deciros? ¿Os alabaré? En esto no os alabo.

Institución de la Eucaristía. Recibirladignamente
(11,23-34)
(Mt 26,26-29; Mc 14,22-25; Lc 22,14-20)

[23] Porque yo recibí del Señor lo que también os transmití: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, [24] y dando gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se da por vosotros; haced esto en conmemoración mía». [25] Y de
la misma manera, después de cenar, tomó el cáliz, diciendo: «Este cáliz es la nueva
alianza en mi sangre; cuantas veces lo bebáis, hacedlo en conmemoración

mía». [26]
Porque cada vez que coméis este pan y bebéis este cáliz, anunciáis la muerte del
Señor, hasta que venga. [27] Así pues, quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. [28] Examínese, por tanto, cada uno a sí mismo, y entonces coma del pan y beba del cáliz; [29] porque el que come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propia condenación. [30]
Por eso hay entre vosotros muchos enfermos y débiles, y mueren tantos. [31] Si nos examináramos a nosotros mismos, no seríamos condenados. [32]
Pero al ser

juzgados, somos corregidos por el Señor, para no ser condenados con el mundo.
33 Por tanto, hermanos míos, cuando os reunáis para comer, esperaos unos a otros. 34 Si alguno tiene hambre, que coma en casa, para que no os reunáis para
vuestra condenación. El resto lo dispondré cuando llegue.

VIII. LOS DISTINTOS CARISMAS (12,1-14,40)

Diversidad de los dones espirituales (12,1-11)

12

1 En cuanto a los dones espirituales, no quiero, hermanos, que estéis en la ignorancia. 2 Sabéis que, cuando erais gentiles, os dejabais arrastrar hacia los ídolos mudos. 3 Por eso os hago saber que nadie que hable en el Espíritu de Dios dice: «¡Anatema Jesús!», y nadie puede decir: «¡Señor Jesús!», sino por el Espíritu Santo.
4 Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo; 5 y diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; 6 y diversidad de acciones, pero Dios es el mismo, que obra todo en todos. 7 A cada uno se le concede la manifestación del Espíritu para provecho común: 8 a uno se le concede por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia según el mismo Espíritu; 9 a uno fe en el mismo Espíritu, a otro don de curaciones en el único Espíritu; 10 a uno poder de obrar
milagros, a otro profecía, a otro discernimiento de espíritus; a uno diversidad de
lenguas, a otro interpretación de lenguas. 11 Pero todas estas cosas las realiza el
mismo y único Espíritu, que las distribuye a cada uno según quiere.

Variedad en la unidad del Cuerpo místico de Cristo (12,12-31)

12 Porque así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, aun siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo.
13 Porque todos nosotros, tanto judíos como griegos, tanto siervos como libres,
fuimos bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo. Y todos hemos
bebido de un solo Espíritu. 14 Pues tampoco el cuerpo es un solo miembro, sino muchos. 15 Si el pie dijera: «Como no soy mano, no soy del cuerpo», no por eso dejaría de ser del cuerpo. 16 Y si dijera el oído: «Como no soy ojo, no soy del cuerpo», no por eso dejaría de ser del cuerpo. 17 Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuera oído, ¿dónde estaría el olfato? 18 Ahora bien, Dios dispuso cada uno de los miembros en el cuerpo como quiso. 19 Si todos fueran un solo miembro, ¿donde estaría el

cuerpo? [20] Ciertamente muchos son los miembros, pero uno solo el
cuerpo. [21] No puede el ojo decir a la mano: «No te necesito»; ni tampoco
la cabeza a los pies: «No os necesito». [22] Más aún, los miembros del
cuerpo que parecen más débiles son más necesarios; [23] y a los miembros
del
cuerpo que parecen más viles, los rodeamos de mayor honor, y a los
indecorosos
los tratamos con mayor decoro; [24] los miembros decorosos, en cambio, no
necesitan más. Dios ha dispuesto el cuerpo dando mayor honor a lo que
carecía de

él, [25] para que no haya división en el cuerpo, sino que todos los
miembros se preocupen por igual unos de otros. [26] Si un miembro
padece, todos los miembros padecen con él; y si un miembro es
honrado, todos los miembros se gozan con él.
[27] Vosotros sois cuerpo de Cristo, y cada uno un miembro de él.
[28] Y Dios los dispuso así en la Iglesia: primero apóstoles, segundo
profetas,
tercero doctores, luego el poder de obrar milagros, después el don de
curaciones,
de asistencia a los necesitados, de gobierno, de diversidad de lenguas. [29] ¿Son
todos apóstoles? ¿O todos profetas? ¿O todos doctores? ¿O todos tienen
poder de
obrar milagros? [30] ¿Tienen todos don de curación? ¿O hablan todos
lenguas? ¿O
todos tienen don de interpretación? [31] Aspirad a los carismas mejores. Sin
embargo,
todavía os voy a mostrar un camino más excelente.

Himno a la caridad
(13,1-13)

13

[1] Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo
caridad, sería como el bronce que resuena o un golpear de platillos.
[2] Y aunque tuviera el don de profecía y conociera todos los misterios
y toda la
ciencia, y aunque tuviera tanta fe como para trasladar montañas, si
no tengo caridad, no sería nada.
[3] Y aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo para
dejarme
quemar, si no tengo caridad, de nada me aprovecharía.
[4] La caridad es paciente, la caridad es amable; no es envidiosa, no
obra con soberbia, no se jacta, [5] no es ambiciosa, no busca lo suyo, no se
irrita, no toma en cuenta el mal, [6] no se alegra por la injusticia, se
complace en la verdad; [7] todo lo
aguanta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.
[8] La caridad nunca acaba. Las profecías desaparecerán, las lenguas
cesarán, la ciencia quedará anulada. [9] Porque ahora nuestro conocimiento
es imperfecto, e imperfecta nuestra profecía. [10] Pero cuando venga lo
perfecto, desaparecerá lo imperfecto. [11] Cuando yo era niño, hablaba
como niño, sentía como niño, razonaba
como niño. Cuando he llegado a ser hombre, me he desprendido de las
cosas de
niño. [12] Porque ahora vemos como en un espejo, borrosamente; entonces
veremos
cara a cara. Ahora conozco de modo imperfecto, entonces conoceré como
soy

conocido. [13] Ahora permanecen la fe, la esperanza, la caridad: las tres virtudes.
Pero de ellas la más grande es la caridad.

Profecía, don de lenguas e interpretación (14,1-25)

14

[1] Esforzaos por alcanzar la caridad. Aspirad también a los dones espirituales, especialmente al de profecía. [2] Porque el que habla en lenguas no habla a los hombres, sino a Dios: porque nadie le entiende, pues en el Espíritu dice cosas misteriosas. [3] Pero el que profetiza habla a los hombres para su edificación,

exhortación y consolación. 4 El que habla en lenguas se edifica a sí mismo,
el que profetiza instruye a la Iglesia. 5 Deseo que habléis todos en
lenguas, pero más todavía que profeticéis; pues el que profetiza es mayor
que el que habla en lenguas, a no ser que también interprete, para que la
Iglesia reciba instrucción.

6 Ahora bien, hermanos, si yo fuese donde vosotros hablando en
lenguas,
¿qué os aprovecharía, si no os hablase instruyéndoos o con la revelación, o
con la
ciencia, o con la profecía, o con la doctrina? 7 Así pasa con los
instrumentos
musicales inanimados, como la flauta o la cítara. Si no emiten sonidos
nítidos,
¿cómo se distinguirá lo que toca la flauta o la cítara? 8 Y si la trompeta da
un toque confuso, ¿quién se preparará para el combate? 9 De igual
manera vosotros, si al
hablar en lenguas no decís algo que se entienda, ¿cómo se comprenderá lo
que
estáis diciendo? Seríais como quien habla al viento. 10 En efecto, tantas
lenguas diferentes hay en el mundo, y ninguna carece de sentido. 11
Pero si no entiendo el
significado de sus palabras, seré un extranjero para el que me habla, y él
será un
extranjero para mí.

12 Así también vosotros, ya que aspiráis a los dones espirituales,
procurad tener en abundancia los que son para edificación de la Iglesia.
13 Por eso, el que habla en lenguas, que pida el don de interpretación; 14
pues si rezo en lenguas, mi espíritu reza, pero mi mente queda sin fruto.
15 ¿Qué hacer, entonces? Rezaré con
el espíritu, pero rezaré también con la mente; cantaré salmos con el
espíritu, pero
los cantaré también con la mente. 16 Porque si tú bendices sólo con el
espíritu,
¿cómo responderá «¡Amén!» a tu acción de gracias el que asiste como
simple
oyente, si no sabe qué dices? 17 Ciertamente, tú haces bien la acción de
gracias, pero el otro no queda instruido. 18 Doy gracias a Dios porque
hablo en lenguas más que todos vosotros, 19 pero en la iglesia prefiero
decir cinco palabras con sentido, para instruir también a los demás, que
diez mil palabras en lenguas. 20 Hermanos,
no seáis niños en el uso de la razón. Sed niños en la malicia, pero hombres
maduros en el uso de la razón.

21 Está escrito en la Ley:

Con lenguas extrañas y por boca de
extranjeros hablaré a este pueblo,
y ni aun así me escucharán –dice el
Señor.

22 Pues las lenguas son signo no para los creyentes, sino para los
incrédulos;
la profecía, en cambio, no es para los incrédulos, sino para los creyentes.
23 Si toda

la iglesia está reunida en un lugar, y todos hablando en lenguas, y entrara una
persona sencilla o un infiel, ¿no diría que estáis locos? 24 En cambio, si todos
profetizan y entrara algún infiel o una persona sencilla, todos le convencerán de sus
errores, todos le harán reflexionar; 25 los secretos de su corazón quedarán al
descubierto, y cayendo sobre su rostro adorará a Dios proclamando:
«Verdaderamente Dios está en medio de vosotros».

Normas prácticas para las reuniones litúrgicas
(14,26-40)

26 Entonces, ¿qué hacer, hermanos? Cuando os reunís, cada uno
puede aportar un salmo, una enseñanza, una revelación, un discurso en
lenguas, una interpretación. Pero que todo sea para edificación. 27 Si se
habla en lenguas, que hablen dos o como mucho tres, y por turno, y
que otro interprete; 28 pero si no

hubiera intérprete, que se callen en la iglesia, y que cada uno hable consigo mismo y con Dios. 29 En cuanto a los profetas, que hablen dos o tres, y que los demás disciernan; 30 pero si uno de los que están sentados recibe una revelación, que se calle el primero. 31 Podéis, por tanto, profetizar todos, uno por uno, para que todos aprendan y todos reciban aliento. 32 Además, el espíritu de los profetas está sujeto a los profetas, 33 porque Dios no es un Dios de confusión sino de paz.

Como enseño en todas las iglesias de los santos, 34 las mujeres deben callar
en las iglesias, pues no se les permite hablar; antes bien, deben estar sujetas, como
también dice la Ley. 35 Si quieren aprender algo, que pregunten en casa a sus
maridos, pues es indecoroso para la mujer hablar en la iglesia.

36 ¿Acaso la palabra de Dios procedió de vosotros, o ha llegado sólo a vosotros? 37 Si alguno se considera profeta o persona espiritual, que reconozca que esto que os escribo es un mandato del Señor. 38 Si alguno lo rechaza, será él rechazado. 39 Por tanto, hermanos míos, aspirad al don de profecía y no impidáis hablar en lenguas; 40 pero que todo se haga con respeto y con orden.

IX. LA RESURRECCIÓN DELOS MUERTOS (15,1-58)

Resurrección y apariciones de Cristo (15,1-11)

15

1 Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os prediqué, que recibisteis, en el que os mantenéis firmes, 2 y por el cual sois salvados, si lo guardáis tal como os lo anuncié. ¡Y si no, habéis creído en vano! 3 Porque os transmití en primer lugar lo mismo que yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; 4 que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; 5 y que se apareció a Cefas, y después a los doce. 6 Después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, la mayoría de los cuales vive todavía y algunos ya han muerto. 7
Luego se apareció a Santiago, y después a todos los apóstoles. 8 Y en último lugar, como a un abortivo, se me apareció también a mí. 9 Porque soy el menor de los
apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, ya que perseguí a la Iglesia de
Dios. 10 Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia que se me dio no
resultó inútil; al contrario, he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la
gracia de Dios que está conmigo. 11 Por consiguiente, tanto ellos como yo esto es lo
que predicamos y esto lo que habéis creído.

Fundamento de nuestra fe
(15,12-19)

12 Pero si se predica que Cristo ha resucitado de entre los muertos,
¿cómo es que algunos de entre vosotros dicen que no hay resurrección de
los muertos? 13 Si no hay resurrección de los muertos, tampoco Cristo ha
resucitado. 14 Y si Cristo no ha resucitado, inútil es nuestra predicación,
inútil es también vuestra fe. 15
Resultamos ser además falsos testigos de Dios, porque, en contra de Dios,

testimoniamos que resucitó a Cristo, a quien no resucitó, si de verdad los muertos no resucitan. 16 Pues si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado; 17 pero si Cristo no ha resucitado, vana es vuestra fe, todavía estáis en vuestros pecados. 18 E incluso los que han muerto en Cristo perecieron. 19 Y si tenemos puesta la esperanza en Cristo sólo para esta vida, somos los más miserables de todos los hombres.

Causa de nuestra resurrección
(15,20-34)

20 Ahora bien, Cristo ha resucitado de entre los muertos, como primer fruto de los que mueren. 21 Porque como por un hombre vino la muerte, también por un hombre la resurrección de los muertos. 22 Y así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados. 23 Pero cada uno en su propio orden: como primer fruto, Cristo; luego, con su venida, los que son de Cristo. 24 Después llegará el fin, cuando entregue el Reino a Dios Padre, cuando haya aniquilado todo principado, toda potestad y poder. 25 Pues es necesario que él reine, *hasta que ponga a todos los enemigos bajo sus pies*. 26 Como último enemigo será destruida
la muerte; 27 porque *ha sometido todas las cosas bajo sus pies*, si bien cuando dice
que todas las cosas están sometidas, es indudable que exceptúa al que sometió
todo a él. 28 Y cuando le hayan sido sometidas todas las cosas, entonces también el
mismo Hijo se someterá a quien a él sometió todo, para que Dios sea todo en todas las cosas.
29 De no ser así, ¿qué conseguirán los que se bautizan por los muertos? Si los muertos no resucitan de ninguna manera, ¿para qué se bautizan por ellos? 30 Y nosotros ¿para qué nos ponemos continuamente en peligro? 31 Sí, hermanos, cada
día estoy a punto de morir por la gloria que sois vosotros para mí en Cristo Jesús,
Señor nuestro. 32 Si por miras humanas luché contra bestias en Éfeso, ¿de qué me sirve? Si los muertos no resucitan, *comamos y bebamos, que mañana moriremos*.
33 No os dejéis seducir: las malas compañías corrompen las buenas costumbres. 34
Despertaos, como es justo, y dejad de pecar. Porque hay algunos que desconocen a Dios. Lo digo para vergüenza vuestra.

Modo de la resurrección
(15,35-58)

35 Pero dirá alguno: «¿Cómo resucitan los muertos? ¿Con qué cuerpo
vuelven a la vida?» 36 Necio. Lo que tú siembras no revive si antes no muere; 37 y lo
que siembras, no es el cuerpo que llegará a ser, sino un simple grano, de trigo por

ejemplo, o de alguna otra cosa. [38] Dios en cambio, le da un cuerpo
según su voluntad: a cada semilla su propio cuerpo. [39] No toda carne es
igual, sino que una
es la carne de los hombres, otra la de las bestias, otra la de las aves, otra
la de los
peces. [40] Hay también cuerpos celestes y cuerpos terrestres; pero uno es
el resplandor de los celestes, y otro el de los terrestres. [41] Uno es el
resplandor del sol,
otro el de la luna y otro el de las estrellas; y una estrella se diferencia de
otra en el
resplandor. [42] Así será en la resurrección de los muertos: se siembra en
corrupción, resucita en incorrupción; [43] se siembra en vileza, resucita en
gloria; se siembra en debilidad, resucita en poder; [44] se siembra un
cuerpo natural, resucita un cuerpo
espiritual.

Porque si hay un cuerpo natural, también lo hay espiritual. [45] Así está escrito:

El primer *hombre*, Adán, *fue hecho ser vivo*; el último Adán, espíritu que da vida. [46]

Pero no es primero lo espiritual, sino lo natural; después lo espiritual. [47] El primer hombre, sacado de la tierra, es terreno; el segundo hombre es del cielo. [48] Como el hombre terreno, así son los hombres terrenos; como el celestial, así son los celestiales. [49] Y como hemos llevado la imagen del hombre terreno, llevaremos también la imagen del hombre celestial. [50] Esto os digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el Reino de Dios, ni la corrupción heredará la incorrupción.

[51] Mirad, os declaro un misterio: no todos moriremos, pero todos seremos transformados, [52] en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al son de la trompeta final; porque sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos transformados. [53] Porque es necesario que este cuerpo corruptible se revista de incorruptibilidad, y este cuerpo mortal se revista de inmortalidad. [54] Y cuando este cuerpo corruptible se haya revestido de incorruptibilidad, y este cuerpo mortal se haya revestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita:

La muerte ha sido absorbida en la victoria.

[55] *¿Dónde está, muerte, tu victoria?*
¿Dónde está, muerte, tu aguijón?

[56] El aguijón de la muerte es el pecado; y la fuerza del pecado, la ley. [57] Pero demos gracias a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo. [58] Por tanto, amados hermanos míos, manteneos firmes, inconmovibles, progresando siempre en la obra del Señor, sabiendo que vuestro trabajo no es vano en el Señor.

X. ANUNCIOS Y DESPEDIDA (16,1-24)

La colecta para los cristianos de Jerusalén (16,1-4)

16

[1] En cuanto a la colecta en favor de los santos, haced también vosotros como mandé a las iglesias de Galacia. [2] El primer día de la semana, que cada uno de vosotros ponga aparte lo que le parezca bien y lo guarde, para que no se tengan que hacer las colectas cuando llegue yo. [3] Cuando llegue ahí, enviaré con cartas a los que hayáis designado, para llevar vuestro don a Jerusalén. [4] Y si es

conveniente
que yo también vaya, irán conmigo.

Proyectos de viaje
(16,5-12)

5 Iré donde vosotros cuando pase por Macedonia, porque voy a
pasar por Macedonia. 6 Quizá me detenga un tiempo con vosotros, o
incluso pase el invierno, para que vosotros me ayudéis a ponerme en
camino hacia donde tenga que ir. 7
Porque no quiero ahora veros sólo de paso. Espero permanecer con
vosotros algún
tiempo, si el Señor lo permite. 8 Permaneceré en Éfeso hasta
Pentecostés, 9 pues se me ha abierto una puerta amplia y prometedora,
y los adversarios son muchos.

10 Si llega Timoteo, procurad que pueda estar con vosotros sin temor,
porque trabaja en la obra del Señor como yo. 11 Que nadie, por tanto, le
menosprecie. Encaminadle en paz, para que se reúna conmigo, pues le
espero con los hermanos.
12 A propósito de nuestro hermano Apolo, mucho le rogué que fuera donde
vosotros
con los hermanos, pero no tiene ninguna intención de ir por ahora. Irá
cuando tenga oportunidad.

Exhortaciones y saludos
(16,13-24)

13 Vigilad, estad firmes en la fe, sed fuertes, tened ánimo; 14 todas
vuestras obras hacedlas en la caridad. 15 Os hago un ruego, hermanos:
conocéis a la familia de Estéfanas, que es el primer fruto de Acaya y que
se ha dedicado al servicio de
los santos: 16 que seáis deferentes con ellos, y con todo el que coopera y
trabaja. 17
Me alegro por la llegada de Estéfanas, de Fortunato y de Acaico, porque
han
suplido vuestra ausencia, 18 y han tranquilizado mi espíritu y el vuestro.
Apreciad,
por tanto, a personas como ellos.
19 Os saludan las iglesias de Asia. Os saludan en el Señor Aquila y
Prisca, con la iglesia de su casa. 20 Os saludan todos los hermanos.
Saludaos mutuamente
con el beso santo.
21 El saludo es de mi mano, Pablo. 22 Si alguno no ama al Señor,
que sea anatema. *¡Marana tha!* 23 La gracia de Jesús, el Señor, esté
con vosotros. 24 Mi
amor esté con todos vosotros en Cristo Jesús.

1,1-9 San Pablo comienza la carta con su saludo habitual (vv. 1-3) y con un himno de acción de gracias (vv. 4-9).
1,1-9 El Apóstol modifica la fórmula habitual de saludo en su época («NN. envía saludos»)
por una más personal y de más fuerza cristiana: «gracia y paz». La acción de gracias recuerda a los corintios que Dios es el origen de su situación privilegiada. Ellos, como todos los cristianos, han recibido la gracia de Dios en Cristo, y esa gracia lleva consigo un enriquecimiento en todo: en sabiduría y en posesión de dones especiales –carismas– concedidos por Dios. Parece que los cristianos de aquella comunidad rebosaban de ambas cosas, si bien no entendiéndolas siempre en sentido correcto. Por eso, éstos serán dos temas importantes en la carta. Asimismo Pablo les recuerda que todavía vivimos en esperanza –pues algunos de ellos creían que ya habían alcanzado la plenitud de la resurrección– hasta que llegue el día de la "manifestación" del Señor (v. 7).
§ 1,10-6,20 La primera parte de la carta sale al paso de diversos abusos que se daban en la
comunidad cristiana de Corinto. En primer lugar, se enfrenta con las divisiones entre los cristianos, motivadas por dejarse llevar por la sabiduría humana, olvidando el Evangelio que se les ha predicado, el Evangelio de la cruz (1,10-4,21). Después, a la luz de ese mismo Evangelio, enjuicia el comportamiento de la comunidad ante un caso de vida incestuosa
(5,1-13), ante la forma de solucionar los problemas que surgen entre ellos (6,1-

11), y ante el uso del cuerpo y la sexualidad (6,12-20).
1,10-4,21 Tras referirse a las divisiones existentes entre los cristianos de Corinto (1,10-17),
el Apóstol trata de las causas que las han originado: no han descubierto la auténtica sabiduría (1,18-3,3), ni la verdadera misión de los ministros (3,4-4,13). Termina con algunas amonestaciones (4,14-21).
1,10-17 De la explicación del Apóstol se deduce que entre los cristianos de Corinto se
habían formado algunos grupos alrededor de personajes importantes. Son causa de división, y pueden poner en peligro la unidad de la fe, Ésta –señala el Apóstol– no está en función de los predicadores ni de quienes bautizan, sino que se fundamenta en Cristo.
1,18-31 La sabiduría humana ha de estar en consonancia con la sabiduría divina. Si se
desvía y no reconoce a Dios, se convierte en sabiduría del mundo que sólo busca cosas

mundanas: signos de poder, o argumentos racionales. Pero la verdadera sabiduría viene de Dios y se ha manifestado en la cruz de Cristo. Ésta es cátedra de sabiduría y de juicio, piedra de toque ante la cual los hombres hemos de tomar postura. No cabe mantenerse imparciales. En la cruz se cumplen las palabras de Isaías 29,14 (v. 19). Son necesarias sencillez y humildad para penetrar en la sabiduría divina de la cruz. «La predicación de la Cruz de Cristo contiene algo que según la sabiduría humana parece imposible, como que Dios muera, o que el omnipotente se someta a las manos de los violentos. También contiene cosas que parecen contrarias a la prudencia de este mundo, como que uno, pudiendo, no huya de las contrariedades» (S. Tomás de Aquino, Sup. epist. ad 1 Cor. in loc.).

Dios es quien ha escogido a los fieles de Corinto, y lo ha hecho no con criterios humanos (vv. 26-28). La eficacia es de Dios, y la conclusión evidente: «El que se gloria, que se gloríe en el Señor» (v. 31).

2,1-5 El propio San Pablo no basa su predicación sino en la sabiduría de la cruz de Cristo.

«La única orientación del espíritu, la única dirección del entendimiento, de la voluntad y del corazón es para nosotros ésta: hacia Cristo, Redentor del hombre; hacia Cristo, Redentor del mundo. A Él nosotros queremos mirar, porque sólo en Él, Hijo de Dios, hay salvación, renovando la afirmación de Pedro: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6,68)» (Juan Pablo II, Redemp. hom. 7).

2,6-16 La sabiduría divina, de la que los hombres estamos llamados a participar, coincide con el designio divino de salvación revelado por el mismo Dios, transmitido por el Espíritu Santo. Las palabras de Is 64,2-3 (v. 9) resumen el contenido de la sabiduría divina: el conjunto de dones que sobrepasan toda capacidad humana (cfr Ef 3,19) y que Dios ha preparado desde toda la eternidad para los que le aman. Estos dones no son sino el amor que Dios tiene a los hombres. La tradición cristiana, basándose en que tales dádivas se alcanzan plenamente en la otra vida, ha considerado estas palabras como descripción del Cielo.

3,1-3 Los corintios todavía no han alcanzado la verdadera sabiduría y permanecen carnales. Las divisiones provocadas por haber confundido el Evangelio con la sabiduría de los predicadores indican la inmadurez de aquellos corintios. Como en otros lugares, el Apóstol acude a la imagen del niño y el adulto para exhortarlos a vivir una fe madura (13,11; Ga 4,1.3; Ef 4,14; cfr también Hb 5,12-17).

3,4-23 Manifestación de la visión humana de los corintios (v. 4) es que no han comprendido la misión de los ministros: éstos no trabajan para sí, sino para la edificación de toda la Iglesia; cada uno y la Iglesia entera pertenecen sólo a Dios y a Cristo.

La raíz de toda labor apostólica es Dios «que da el crecimiento» (v. 7). El hombre es instrumento de Dios –ministro (v. 5), colaborador (v. 9)– en esa tarea, que sólo puede realizarse poniendo a Jesucristo como fundamento (v. 11). Pablo desarrolla estas ideas sirviéndose de dos sugestivas imágenes: el campo de Dios (vv. 6-9) y la edificación de Dios (vv. 9-17). Si Cristo es el fundamento, los cristianos debemos estar «no sólo unidos a Jesucristo, sino adheridos, como pegados a Él. (...) Él es el fundamento y nosotros el edificio; Él es el tallo de la viña y nosotros las ramas; Él es el esposo y nosotros la esposa; Él es el pastor y nosotros el rebaño» (S. Juan Crisóstomo, Hom. in 1 Co. 8,4). Desarrollando la metáfora de la edificación, Pablo apela a la responsabilidad de los ministros y enseña la existencia del Juicio divino, el «Día» del Señor (vv. 10-17).

Con dos citas bíblicas (Job 5,13; Sal 94,11; cfr vv. 19-20) rubrica la verdad de que los planteamientos exclusivamente humanos desembocan en el fracaso más rotundo. En cambio, el que tiene a Cristo, tiene todas las cosas: «Míos son los cielos y mía es la tierra. Mías son las gentes, los justos son míos y míos los pecadores. Los ángeles son míos, y la Madre de Dios, y todas las cosas son

mías. Y el mismo Dios es mío y para mí, porque
Cristo es mío y todo para mí. ¿Pues qué pides y buscas, alma mía? Tuyo es todo esto, y todo es para ti. No te pongas en menos ni repares en migajas que se caen de la mesa de tu Padre. (S. Juan de la Cruz, Orac. alma enamor.).
4,1-7 Los creyentes no son los jueces de los ministros, es Dios quien los juzga. El Magisterio de la Iglesia ha aplicado con frecuencia las palabras del v. 1 al sacerdocio cristiano. La característica fundamental que se desea de los ministros es la fidelidad: «Son fieles los que en todo buscan el honor de Dios y la utilidad de sus miembros» (S. Tomás de

Aquino, Sup, epist, ad 1 Cor. in loc.).
4,8-13 El Apóstol hace unas reflexiones irónicas sobre el engreimiento de aquellos
cristianos de Corinto. Lo importante para él es que sean leales y abunden en gracia de Dios, aunque los ministros ocupen el último lugar. A continuación describe con especial fuerza las penalidades que con gozo soportan los que siguen a Cristo.
4,14-21 Pablo ostenta la paternidad espiritual de los corintios, porque los ha engendrado a
la fe. Desde esta perspectiva sus reprensiones adquieren mayor gravedad y sentido: no tienen como objeto provocar una vergüenza estéril, sino ser un aliento para la adquisición
de las virtudes necesarias y el crecimiento de la Iglesia. Ésa ha sido también la conducta de los santos: «Debemos considerar como hijos a aquellos sobre los que ejercemos nuestra autoridad. Pongámonos a su servicio como Jesús» (S. Juan Bosco, Epist. en Lit. Horas, Of. lect. 31-l).
5,1-13 San Pablo aborda ahora un grave problema que estaba obstaculizando la vida
cristiana de aquella comunidad, el caso de un cristiano que vivía maritalmente con su madrastra.
5,1-8 Frente a la pasividad de los corintios, el Apóstol señala con energía la gravedad del
pecado de incesto –«corrompe las relaciones familiares y representa una regresión a la animalidad» (CCE 2388)– y se apresura a poner remedio, decretando solemnemente la excomunión del pecador, para evitar así un daño mayor a la comunidad. Tomando la imagen de la masa sin levadura con la que se prepara el pan ácimo de la Pascua, explica
que, de modo parecido, los cristianos deben desechar cualquier costumbre pecaminosa que tuviesen antes de convertirse. La razón es que estamos en una Pascua permanente: la de
Cristo.
5,9-13 Amonesta a los corintios para que no se mezclen con los que, teniendo el nombre de
cristianos, viven sin arrepentirse de los pecados que enumera. El cristiano debe procurar que todos se salven: sólo cuando alguien resulte un peligro para la propia alma, debe rechazarle y apartarse de él.
6,1-11 Otro hecho escandaloso es que los pleitos entre los cristianos se llevasen fuera del
ámbito de la Iglesia, ante tribunales paganos. El consejo que da el Apóstol corresponde, por una parte, a la práctica del judaísmo: las causas propias eran juzgadas por tribunales
judíos. Por otra, recomienda vivir la fraternidad y dar buen ejemplo: se pueden arreglar los pleitos sin acudir a los tribunales paganos.
El recuerdo de la dignidad de cristianos (v. 11) pone fin a las amonestaciones: Pablo trae a la memoria de los corintios el hecho del Bautismo, sus efectos y la necesidad de volver a
la santidad inicial. «Los seguidores de Cristo han sido llamados por Dios y justificados en el Señor Jesús, no por sus propios méritos, sino por su designio de gracia. El Bautismo y la fe los ha hecho verdaderamente hijos de Dios, participan de la naturaleza divina y son, por tanto, realmente santos. Por eso deben, con la gracia de Dios, conservar y llevar a plenitud
en su vida la santidad que recibieron, (C. Vat. II, Lum. gent. 40).
6,12-20 El Apóstol trata ahora de la gravedad de los pecados contra la sexualidad,
mostrando cómo afectan profundamente a la persona, y como son incompatibles con el ser cristiano.
6,12-14 Sale al paso de una falsa interpretación de la libertad que, al parecer, corría entre
los corintios. Éstos, entendiendo que al cristiano liberado de la Ley todo le era lícito, caían en el libertinaje. El Apóstol precisa que hay cosas que no convienen, o que vuelven a esclavizar al hombre. Además, aquellos mismos cristianos de Corinto consideraban intranscendentes las cosas relativas al cuerpo, como las

cuestiones sobre los alimentos y el uso de la sexualidad. En este punto la enseñanza del Apóstol es clara y rotunda: lo relativo
a las comidas y el uso del cuerpo no están al mismo nivel, pues el cuerpo, como integrante de la persona, participa de la unión con Cristo y está destinado a la resurrección.
6,15-20 La relación sexual implica a toda la persona, y crea, entre quienes la realizan, una
profunda unión personal. El cristiano que, cuerpo y alma, es miembro de Cristo, profana su cuerpo, templo del Espíritu Santo, si lo usa para la fornicación. Pero San Pablo termina resaltando el aspecto positivo: «Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo» (v. 20). Aquí se fundamenta la grandeza de la castidad: tanto en las legítimas relaciones conyugales como en la virginidad.
§ 7,1-15,58 La segunda parte de la carta responde a las consultas planteadas por los fieles

de Corinto. Se trata de cuestiones que afectaban a la vida cotidiana: comportamiento de los esposos entre sí y opción o no por el matrimonio (7,1-40), compras en los mercados de la ciudad (8,1-10,33), celebración de la Eucaristía (11,1-34), manifestaciones carismáticas (12,1-14,40) y, finalmente, la esperanza en la resurrección de los muertos (15,1-58). En la orientación de esas cuestiones, el primer criterio es el amor mutuo, la caridad (13,1-13) y, en consecuencia, evitar cualquier actitud o comportamiento que pudiera producir escándalo o aparecer como menosprecio de otros. Las dudas de algunos sobre la resurrección futura llevan a San Pablo a recordar el contenido del Evangelio que se predicaba desde el comienzo en la Iglesia, y que es el fundamento de la fe cristiana (15,1-4).

7,1-40 Es posible que la consulta sobre la virginidad y el celibato viniera propuesta por algunos que consideraban las relaciones conyugales como algo malo y, en consecuencia, creían que el celibato y la virginidad eran obligatorios para el cristiano. Pablo tratará estas cuestiones incluyendo también la situación de las viudas.

7,1-9 El Apóstol expone brevemente la legitimidad del matrimonio. El celibato, en términos absolutos, es superior al matrimonio, pero éste es bueno y santo para los que son llamados a él. Para vivir el celibato se necesita una gracia especial de Dios. Quienes no tienen ese don, es mejor que vivan en el matrimonio, que también es un don de Dios (v. 7). «El matrimonio es un camino divino en la tierra. (...) Quien es llamado al estado matrimonial, encuentra en ese estado –con la gracia de Dios– todo lo necesario para ser santo, para identificarse cada día más con Jesucristo, y para llevar hacia el Señor a las personas con las que convive» (S. Josemaría Escrivá, Convers. 91).

7,10-11 En lo que respecta a la indisolubilidad del matrimonio, el Apóstol deja bien claro que sí tiene un precepto firme, no suyo, sino del Señor. «Él (Dios) quiere y da la indisolubilidad del matrimonio como fruto, signo y exigencia del amor absolutamente fiel que Dios tiene al hombre y que el Señor Jesús vive hacia su Iglesia. (...) Dar testimonio del inestimable valor de la indisolubilidad y fidelidad matrimonial es uno de los deberes más preciosos y urgentes de las parejas cristianas de nuestro tiempo» (Juan Pablo II, Fam. cons. 20).

7,12-16 La disciplina de la Iglesia ha seguido la solución prevista por San Pablo y permite que cuando se convierte uno de los cónyuges, y la parte pagana rompe la convivencia matrimonial o no deja vivir al bautizado conforme a la fe, la parte bautizada queda libre para separarse y casarse de nuevo (cfr CIC 1143-1147).

7,17-24 Quizá algunos, aplicando mal las consecuencias del nuevo nacimiento que supone el Bautismo, pretendían un cambio total, no sólo interior, sino también en las condiciones sociales de su vida. El Apóstol les explica, mediante el ejemplo de la circuncisión y de la esclavitud, que las circunstancias externas no entorpecen la vida cristiana, sino que son el medio querido por Dios para desarrollarla. La vocación cristiana no saca a nadie de su sitio, ni tiene por qué cambiar las circunstancias exteriores. «La vocación enciende una luz que nos hace reconocer el sentido de nuestra existencia. Es convencerse, con el resplandor de la fe, del porqué de nuestra realidad terrena. (...) Todos los sucesos y acontecimientos ocupan ahora su verdadero sitio: entendemos adónde quiere conducirnos el Señor» (S. Josemaría Escrivá. Hom. 1. 45).

7,25-38 La excelencia de la virginidad –tanto de mujeres como de hombres– se fundamenta en el amor de Dios, al cual puede dedicarse el célibe con una exclusividad que no se da en la persona casada. «Estas dos realidades, el sacramento del Matrimonio y la virginidad por el Reino de Dios, vienen del Señor mismo. Es Él quien les da sentido y les concede la gracia indispensable para vivirlos conforme a su voluntad» (CCE 1620).

Los vv. 36-38 reflejan un contexto social en el que los padres decidían el

matrimonio de los hijos.
7,39-40 Sobre instrucciones a las viudas cfr también 1 Tm 5,3-16.
8,1-10-33 En los cultos paganos, parte de las carnes sacrificadas a los dioses, llamadas idolotitos, podía ser vendida en el mercado. Algunos cristianos, temerosos de hacerse de alguna manera partícipes de los cultos idolátricos, se planteaban diversas cuestiones de orden práctico. El Apóstol explica primero los principios generales: pueden comerse esas carnes, ya que los ídolos no son nada (8, 1-6), pero la caridad exigirá a veces abstenerse de ellas (8, 7-13); después ilustra los principios con su ejemplo (9,1-27) y con las lecciones que da la historia de Israel (10,1-13); finalmente, resuelve algunos casos concretos que se planteaban (10,14-33).

8,1-6 Ante el escándalo de algunos cristianos, Pablo recuerda a los corintios la insuficiencia de su sabiduría, por no estar acompañada de la caridad. «La fuente de todos los males de los corintios no estaba en la falta de ciencia, sino en la falta de caridad y de preocupación por el prójimo» (S. Juan Crisóstomo, Hom. in 1 Co, 20,2).
8,7-13 La caridad exige abstenerse de los de los idolotitos, cuando su comida pueda ser
motivo de escándalo para otros, pues el escándalo puede llevar a que alguno se pierda y
Cristo ha muerto por todos y cada uno de los hombres.
9,1-14 San Pablo ilustra con el ejemplo de su propia vida cómo la caridad lleva en ciertas
circunstancias a no hacer uso de algunos derechos. En concreto, como Apóstol, podría llevar consigo alguna mujer cristiana que le atendiera y, además, ser sustentado por los fieles (vv. 5-6).
9,15-23 El Apóstol, por amor a la vocación recibida de Dios y a todas las almas, ha preferido
predicar el Evangelio sin recibir nada a cambio. «El carácter de servicio del ministerio eclesial está intrínsecamente ligado a la naturaleza sacramental. En efecto, enteramente dependiente de Cristo que da misión y autoridad, los ministros son verdaderamente “esclavos de Cristo” (Rm 1,1), a imagen de Cristo que libremente ha tomado por nosotros “la forma de esclavo” (Flp 2,7). Como la palabra y la gracia de la cual son ministros no son de ellos, sino de Cristo que se las ha confiado para los otros, ellos se harán libremente esclavos de todos» (CCE 876).
9,24-27 Cada dos años se celebraban en aquella ciudad los juegos atléticos del istmo de
Corinto. Quizá, por eso, San Pablo utiliza términos e imágenes deportivas para ilustrar la lucha ascética.
10,1-13 Los corintios y todos los cristianos debemos sacar enseñanzas de la historia de
Israel. A pesar de los prodigios realizados por Dios con su pueblo durante el Éxodo, la mayoría de los israelitas murieron durante el trayecto por sus numerosas infidelidades. Esto es una lección: hay que desconfiar de las propias fuerzas, porque se puede ser infiel a Dios y recibir su reprobación.
10,14-22 Reaparece el tema de los idolotitos. Los cristianos no pueden participar en los
banquetes de los santuarios paganos –aunque los ídolos no sean nada–, ya que se trata de un acto de idolatría. El Apóstol ratifica su enseñanza comparándola con el sacrificio eucarístico. Sus palabras confirman dos verdades fundamentales en torno al misterio de la Eucaristía: su carácter sacrificial, señalado al ponerla en relación con los sacrificios
paganos (v. 21), y la presencia real de Jesucristo, al mencionar el Cuerpo y la Sangre de Cristo (v. 16). El Catecismo de la Iglesia Católica, al indicar los nombres que se dan al sacramento de la Eucaristía enseña que se llama fracción del pan porque «con él se quiere
significar que todos los que comen de este único pan, partido, que es Cristo, entran en comunión con él y forman un solo cuerpo en él» (CCE 1329) y «Comunión, porque por este sacramento nos unimos a Cristo que nos hace participes de su Cuerpo y de su Sangre para formar un solo cuerpo» (ibid. 1331).
10,23-33 Pablo resuelve algunos casos concretos, y ratifica el criterio dado: evitar el
escándalo, y buscar en todo la gloria de Dios. «Del mismo modo, cuando sale el sol y cuando se pone, mientras duermas y estés despierto, da gracias a Dios, que creó y ordenó todas estas cosas para provecho tuyo, para que conozcas, ames y alabes al Creador» (S. Basilio, Hom. in mart. Julitt.).
11,1-34 En esta sección de la carta Pablo resuelve algunos problemas que se planteaban
los corintios en relación con las reuniones cultuales y transmite además la doctrina sobre la
Eucaristía.

11,1-16 San Pablo, que en otros lugares subrayó la esencial igualdad en Cristo de varón y
mujer –«ya no hay diferencia entre judío y griego, ni entre esclavo y libre, ni entre varón y mujer, porque todos vosotros sois uno solo en Cristo Jesús» (Ga 3,28)– trata ahora de la cuestión del velo de la mujer en las reuniones litúrgicas. Era un problema no relevante, pero objeto de discusión entre los corintios (v. 16). El Apóstol contesta según las costumbres judías de su tiempo, conforme a las «tradiciones» (v. 2) que les había transmitido. Es
posible que vislumbrara bajo el problema del velo cuestiones más profundas que el simple atuendo. En cualquier caso, la conducta externa es manifestación de las disposiciones interiores.
11,17-22 Pablo sale al paso de un problema mayor. Aquellos cristianos, de muy diversa

condición social y cultural, celebraban la Eucaristía junto con una comida, en la que se habían introducido abusos y discriminaciones. Muy pronto, ya en la primitiva cristiandad, se producirá la separación entre la Eucaristía y esas comidas, que se transformarían en comidas de fraternidad.

11,23-34 En la doctrina sobre la Eucaristía que aquí transmite San Pablo resplandece la importancia de la Tradición apostólica (v. 23). Junto con los de Mt, Mc y Lc, los vv. 23-25 constituyen el cuarto relato de la institución de la Eucaristía que conserva el Nuevo Testamento. El texto contiene los puntos fundamentales de la fe cristiana sobre el misterio eucarístico: 1) Institución de este sacramento por Jesucristo y presencia real del Señor. 2) Institución del sacerdocio cristiano. 3) La Eucaristía, sacrificio del Nuevo Testamento.

«Haced esto en conmemoración mía» (v. 24) no es recordar meramente la cena del Señor, sino renovar su propio sacrificio pascual del calvario, que está ya anticipadamente presente en la última Cena.

Las palabras de los vv. 27-32 son una inequívoca afirmación de la presencia real de Jesucristo en las especies eucarísticas. Esta presencia real del Señor es la razón de las disposiciones de alma y cuerpo con que debe ser recibido, y de las graves consecuencias que tiene el recibirlo indignamente (vv. 27-29). El Catecismo de la Iglesia Católica, recogiendo esta enseñanza recuerda que «quien tiene conciencia de estar en pecado grave debe recibir el sacramento de la Reconciliación antes de acercarse a comulgar. (CCE 1385; cfr CIC 919,1).

12,1-14,40 San Pablo inicia el tema de los dones espirituales o carismas, cuyo ejercicio llevaba consigo algunos desórdenes en las celebraciones litúrgicas. Aprovechará para resaltar que el don más importante es la caridad.

12,1-11 Entre los corintios se daban fenómenos extraordinarios de lenguaje, tales como hablar en éxtasis o en otras lenguas (cfr cap. 14). El fenómeno podría deberse a carismas auténticos pero también a un estado de exaltación seudorreligiosa, como sucedía, entre los paganos, en el templo de la diosa Pitón, en Delfos, cerca de Corinto. San Pablo establece un criterio para discernir si en aquellos fenómenos actuaba o no el Espíritu de Dios: que se reconociese a Jesús y se expresara su alabanza. El Apóstol valora otros dones y manifestaciones del Espíritu que menciona a continuación más que aquellos fenómenos extáticos. Son los carismas y ministerios que contribuyen a edificar la comunidad.

12,12-31 A partir de la comparación de la sociedad con un cuerpo aplicada a la Iglesia, Pablo añade dos características importantes: la identificación de la Iglesia con Cristo (v. 12) y el Espíritu Santo como principio vital (v. 13). De este principio proviene, y por Él tiende al mismo fin: la «edificación» de la Iglesia. Esto hace que todos los miembros, cualquiera que sea su posición, tengan la misma dignidad fundamental y la misma importancia. La unión vital y la mutua acción de unos miembros en otros que San Pablo expone aquí ha sido enseñada desde el principio por la Iglesia y confesada en el Credo con la fórmula Comunión de los Santos. «Esta expresión designa primeramente las “cosas santas” [sancta], y ante todo la Eucaristía, “que significa y al mismo tiempo realiza la unidad de los creyentes, que forman un solo cuerpo en Cristo” (LG 3). Este término designa también la comunión entre las “personas santas” [sancti] en Cristo que ha “muerto por todos”, de modo que lo que cada uno hace o sufre en y por Cristo da fruto para todos» (CCE 960 y 961).

13,1-13 Este himno a la caridad es una de las más bellas páginas de San Pablo. Bajo tres aspectos canta la trascendencia del amor: superioridad y necesidad absoluta de este don (v. 13): características y manifestaciones concretas (vv. 4-7); permanencia eterna de la caridad (vv. 8-13).

La caridad es mayor que todos los demás dones de Dios: cada uno de ellos es

concedido en orden a que alcancemos la perfección y la bienaventuranza definitiva; la caridad, en cambio, es la misma bienaventuranza. «La caridad, que es amor de Dios, no desaparece sino que aumenta; cuanto más perfectamente se conoce a Dios, más perfectamente se le
ama» (S. Tomás de Aquino, Sup. epist. ad 1 Cor. in loc.).
14,1-25 San Pablo enseña el valor de los distintos dones del Espíritu Santo. El don de
profecía hace referencia en este caso a la facultad de hablar por impulso y en nombre de Dios para consuelo y edificación de los oyentes, sin incluir necesariamente el anuncio de cosas futuras u ocultas. El don de lenguas entre los cristianos era considerado como la facultad sobrenatural de orar o de cantar las alabanzas de Dios con gran entusiasmo,

mediante palabras desconocidas: con frecuencia un intérprete –que gozaba del don de interpretar aquellas palabras– explicaba el sentido de lo que decía el poseedor de este don. Aunque parece ser que los paganos quedaban impresionados y se admiraban ante ese
don, San Pablo le concede un valor relativo.

14,26-40 Parece que en aquellas celebraciones los corintios, llevados de su propio
entusiasmo e influidos quizá por un ambiente de manifestaciones religiosas exaltadas, corrían el riesgo de caer en la confusión y el desorden. Por eso el Apóstol vuelve a dar unas normas prácticas sobre el comportamiento en las celebraciones litúrgicas. Se dirige a los
que hablan en lenguas (vv. 27-28), a los que profetizan (vv. 29-33) y a las mujeres (vv.
34-35). Finalmente, recapitula las ideas que ha venido desarrollando (vv. 36-40).

En lo que se refiere a las mujeres (v. 34), no se opone a que profeticen (cfr 11,5), sino que se expresa así dadas las circunstancias que concurrían en las asambleas de los
corintios. «La prohibición se refiere únicamente a la función oficial de enseñar en la
asamblea. (...) No hay que olvidar, por lo demás, que debemos a San Pablo uno de los textos más vigorosos del Nuevo Testamento acerca de la igualdad fundamental entre el
hombre y la mujer como hijos de Dios en Cristo» (Cong. Doc. Fe, Inter insigniores 4,20). A
la igualdad esencial que existe entre el hombre y la mujer, no se opone la diversidad de funciones en el seno de la Iglesia, de manera que el sacerdocio ministerial quede reservado
a los varones elegidos por Dios, recordando que «los más grandes en el reino de los cielos no son los ministros, sino los santos» (ibid. 6,39).

15,1-58 Algunos fieles de Corinto se resistían a aceptar la resurrección de los muertos,
quizá porque entre los griegos nunca había existido esa creencia –ni siquiera entre los que afirmaban la inmortalidad del alma– y pensaban que la salvación en Cristo ya estaba completa con la situación espiritual adquirida por el Bautismo. San Pablo va a mostrarles la dimensión escatológica de la salvación.

15,1-11 Pablo les recuerda en primer lugar el Evangelio predicado por los Apóstoles desde
el primer momento. Este Evangelio proclama el hecho histórico de la resurrección de Jesucristo. Es el argumento supremo en favor de la divinidad de Jesús y de su misión redentora divina. La resurrección de Cristo es el dogma central de la fe cristiana. Su importancia es tan grande, que los Apóstoles son, sobre todo, testigos de la resurrección de Jesús. El pasaje de San Pablo tiene especial relieve por tratarse de la exposición por escrito más antigua –anterior a la redacción de los evangelios– de la resurrección del Señor,
cuando han transcurrido poco más de veinte años desde que ocurrió el acontecimiento. La garantía de que Cristo ha resucitado la tiene el cristiano en el testimonio de las Sagrada
Escritura y de los Apóstoles a los que se apareció vivo y glorioso.

15,12-19 Al resucitar, Cristo completa la obra de la Redención. Si muriendo en la cruz había
vencido al pecado, era necesario que resucitase, venciendo así a la muerte, consecuencia del pecado (cfr Rm 5,12). «La Resurrección constituye ante todo la confirmación de todo lo que Cristo hizo y enseñó. Todas las verdades, incluso las más inaccesibles al espíritu humano, encuentran su justificación si Cristo, al resucitar, ha dado la prueba definitiva de su autoridad divina según lo había prometido» (CCE 651).

15,20-34 Subraya la unión entre Cristo y los cristianos: como miembros todos de un mismo
Cuerpo, en el que Cristo es la Cabeza, constituimos como un único organismo. Por eso, afirmada la resurrección de Jesucristo, es necesario afirmar la resurrección de los justos.

De manera semejante a como la desobediencia de Adán trajo como consecuencia

la muerte de todos, Jesucristo –nuevo Adán– ha merecido la resurrección de todos. La salvación del cristiano culminará tras la muerte con la resurrección del cuerpo, al final de los tiempos.

San Pablo expone toda la obra mesiánica y redentora de Cristo: según el designio del Padre, Cristo ha sido constituido soberano del universo, dando cumplimiento a las Escrituras (Sal 110,1 y 8,7). La soberanía de Cristo sobre toda la creación se cumple ya en el tiempo, pero alcanzará su plenitud definitiva tras el Juicio Final. La Iglesia celebra todos
los años, en el último domingo del tiempo ordinario, la festividad de Jesucristo, Rey del
Universo, para recordar su imperio supremo y absoluto sobre todas las cosas.

El v. 29 no tiene una interpretación segura. Puede referirse a una costumbre, pronto desaparecida, de asociar intencionalmente al propio Bautismo a los amigos y familiares
queridos ya difuntos.

15,35-58 Una vez mostrada la resurrección de los muertos, el Apóstol trata del modo como

tendrá lugar, utilizando comparaciones tomadas del reino vegetal, animal y mineral, para que pueda entenderse mejor (vv. 36-41). Seguidamente expone las cualidades de los cuerpos resucitados, extendiéndose en explicar una de ellas –la espiritualidad o sutileza– (vv. 42-50), para seguir con las circunstancias y la manera en que sucederá la resurrección (vv. 51-53). Termina con un canto de alegría y acción de gracias a Dios por tantas maravillas (vv. 54-58).

Se llama cuerpo espiritual (v. 44) «no porque se convierta en espíritu, sino porque está sujeto de tal manera al espíritu, que para que convenga a la habitación celestial, toda fragilidad e imperfección terrena es cambiada y convertida en estabilidad celeste» (S. Agustín, De fid. et symb. 6).

16,1-24 El capítulo final recoge a modo de epílogo unas recomendaciones y saludos.

16,1-4 Recuerda la obligación de ayudar económicamente a los cristianos más pobres, concretamente a los de Jerusalén. Cumple así la recomendación que le habían hecho los Apóstoles (cfr Ga 2,10). «La acción caritativa puede y debe abarcar hoy a todos los hombres y todas sus necesidades. (...) Esta obligación se impone, ante todo, a los hombres y a los pueblos que viven en la prosperidad» (C. Vat. II, Apost. actuo. 8).

16,5-12 Pablo alude a sus proyectos de viaje y su intención de permanecer largo tiempo en Corinto. Las severas amonestaciones que han ido apareciendo a lo largo de la carta no pueden inducir a pensar que aquellos cristianos fueran mediocres o que no gozaran del aprecio del Apóstol.

Apolo era muy conocido por los cristianos de Corinto, puesto que habla pasado largas temporadas con ellos (cfr Hch 19,1; 1 Co 1,11-12).

16,13-24 Resumen esquemático de las recomendaciones principales. Usando la terminología castrense, recuerda que la vida cristiana es una lucha contra las pasiones y tentaciones del diablo, y que toda la conducta del cristiano debe estar inspirada por la caridad.

«Sea anatema» (v. 22). Es una fórmula de castigo y de maldición (cfr 12,3; Ga 1,8) en sentido muy amplio; parece que llevaba consigo la exclusión pública de la Iglesia. Se comprende mejor a la luz de 12,3: «Nadie que hable en el Espíritu de Dios dice: “¡Anatema Jesús!”».

«¡Marana tha!». Es una expresión aramea que significa: «¡Ven, Señor nuestro!». Según la Didaché (10,6), esta invocación se usaba en la primitiva cristiandad después de la Plegaria eucarística. Aparece en Ap 22,20 traducida al griego.

SEGUNDA CARTA A LOS CORINTIOS

In al índice

Citas del Antiguo Testamento

3,16. Ex 34,34
4,13. Sal 116,10
6,2. Is 49,8
6,16. Lv 26,11-12: Jr 31,33; 32,38; Ez 37,27
6,17. Is 52,11; Jr 51,45; So 3,20
6,18. 2 S 7,14: Jl 31,9; Is 43,6
8,15. Ex 16,18
8,21. Pr 3,4
9,7. Pr 22,8
9,9. Sal 112,9
10,17. Jr 9.22-23
13,1. Dt 19,15

SEGUNDA CARTA A LOS CORINTIOS

PRESENTACIÓN (1,1-11)

Saludo (1,1-2)

1

1 Pablo, apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios, y Timoteo, nuestro
hermano, a la Iglesia de Dios que está en Corinto y a todos los santos que
están por toda Acaya: 2 a vosotros la gracia y la paz de parte de Dios,
nuestro Padre, y del Señor Jesucristo.

Acción de gracias (1,3-11)

3 Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de
las misericordias y Dios de toda consolación, 4 que nos consuela en todas
nuestras tribulaciones, para que también nosotros seamos capaces de
consolar a los que se encuentran en cualquier tribulación, mediante el
consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios. 5 Porque,
así como abundan en nosotros los padecimientos de Cristo, así abunda
también nuestra consolación por medio de Cristo. 6 Pues, si somos
atribulados, es para consuelo y salvación vuestra; si somos consolados, es
para vuestro consuelo, que muestra su eficacia en la paciencia con que
soportáis los mismos sufrimientos que nosotros. 7 Y es firme nuestra
esperanza acerca de vosotros, porque sabemos que así como sois
solidarios en los padecimientos, también lo seréis en la consolación.

8 En efecto, no queremos que ignoréis, hermanos, la tribulación que nos
sobrevino en Asia, porque nos vimos abrumados hasta el límite, por encima de

nuestras fuerzas, tanto, que ya no esperábamos salir con vida. [9] Es más:
aun dentro de nosotros hemos sentido la sentencia de muerte, para que
no confiásemos en nosotros mismos sino en Dios, que resucita a los
muertos. [10] Él nos libró de un peligro mortal, y seguirá librándonos. En Él
tenemos puesta la esperanza de que continuará librándonos, [11]
cooperando también vosotros con la oración en favor nuestro, para que la
gracia que se nos concedió por las plegarias de muchos, sea agradecida
por muchos en nuestro nombre.

PRIMERA PARTE
DEFENSA DE SAN PABLO ANTE LAS ACUSACIONES DE SUS ENEMIGOS
(§ 1,12-7,16)

I. NO ES VOLUBLE EN SUS DECISIONES
(1,12-2,17)

Sinceridad de su conducta y de sus cartas
(1,12-14)

[12] Porque ésta es nuestra gloria: el testimonio de nuestra
conciencia, de que nos hemos comportado en el mundo, y especialmente
entre vosotros, con la santidad y sinceridad que vienen de Dios, no con
sabiduría carnal sino con la gracia de Dios. [13] Pues no os escribimos otras
cosas que las que leéis y conocéis, y espero conoceréis por completo, [14]
como ya nos conocisteis en parte: que somos vuestra gloria, lo mismo que
vosotros la nuestra en el día de nuestro Señor Jesús.

Por qué no ha ido a Corinto
(1,15-24)

[15] Y con esta confianza quería primero ir donde vosotros, para que
tuvieseis una segunda gracia, [16] y pasando por vosotros ir a Macedonia, y
desde Macedonia volver a vosotros de nuevo y que vosotros nos
ayudarais a ponernos en camino hacia Judea. [17] Al proponerme esto,
¿obré acaso con ligereza? ¿O mis proyectos
me los propongo según la carne, de manera que se dan en mí
simultáneamente el sí y el no? [18] Por la fidelidad de Dios, que la palabra
que os dirigimos no es sí y no. [19]
Porque Jesucristo, el Hijo de Dios –que os predicamos Silvano, Timoteo y
yo– no fue sí y no, sino que en él se ha hecho realidad el sí. [20] Porque
cuantas promesas hay de Dios, en él tienen su sí; por eso también
decimos por su mediación el Amén a Dios para su gloria. [21] Y es Dios
quien nos confirma con vosotros en Cristo, y quien nos ungió, [22] y quien
nos marcó con su sello, y nos dio como arras el Espíritu en nuestros
corazones.
[23] Y por mi vida invoco a Dios como testigo, de que no he ido
todavía a
Corinto por consideración a vosotros. [24] No porque queramos dominar

vuestra fe, ya
que os mantenéis firmes en la fe, sino porque queremos contribuir a
vuestra alegría.

2

1 Decidí tomar esta determinación: no ir otra vez donde vosotros lleno de
tristeza. 2
Porque si yo os entristezco, entonces, ¿quién podrá alegrarme sino aquel a
quien he

entristecido? 3 Y precisamente por eso os escribí, para que al llegar no
recibiera tristeza de parte de quienes habían de darme alegría,
confiando en que mi alegría es la de todos vosotros. 4 En efecto, movido
por una gran pena y angustia de corazón, os escribí con muchas
lágrimas, no para que os entristecierais, sino para que conocierais el
amor inmenso que os tengo.

Perdón al causante de la ofensa
(2,5-11)

5 Ahora bien, si alguien ha causado tristeza, no es a mí a quien ha
contristado, sino de alguna manera –para no exagerar– a todos vosotros.
6 A ése le basta el castigo impuesto por la mayoría. 7 De modo que es
mucho mejor que le perdonéis y le consoléis, no sea que se vea
consumido por una excesiva tristeza. 8
Por eso os ruego que extreméis la caridad con él. 9 Porque os escribí
también con la intención de probaros y ver si sois obedientes en todo. 10 A
quien vosotros
perdonáis algo, también yo; pues lo que yo he perdonado, si tenía algo que
perdonar, fue por vosotros en presencia de Cristo, 11 para que no seamos
engañados por Satanás, ya que no desconocemos sus propósitos.

Su inquietud por no tener noticias de Corinto
(2,12-17)

12 Cuando llegué a Tróade, para anunciar el Evangelio de Cristo,
aunque se me había abierto una puerta en el Señor, 13 no hallé sosiego
para mi espíritu por no encontrar a mi hermano Tito; así que me despedí
de ellos y salí para Macedonia. 14
Pero gracias sean dadas a Dios, que siempre nos hace triunfar en Cristo y
por
medio de nosotros manifiesta el aroma de su conocimiento en todo lugar;
15 porque
somos para Dios el buen olor de Cristo entre los que se salvan y entre los
que se
pierden; 16 para unos olor de muerte para la muerte, para otros olor de
vida para la vida. Y para esto, ¿quién es idóneo? 17 Porque no somos
como tantos otros que
adulteran la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de
Dios y
delante de Dios, hablamos en Cristo.

II. NO ES ORGULLO MOSTRAR LA GRANDEZA DE SU MINISTERIO APOSTÓLICO
(3,1-6,10)

Su carta de recomendación (3,1-3)

1 ¿Comenzamos de nuevo a recomendarnos a nosotros mismos? ¿O
acaso necesitamos, como algunos, cartas de recomendación para
vosotros o de vuestra parte? 2 Nuestra carta sois vosotros, escrita en
nuestros corazones, conocida y leída por todos los hombres; 3 pues es
notorio que sois una carta de Cristo, redactada por nuestro ministerio y
escrita no con tinta sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de
piedra sino en tablas que son corazones de carne.

Superioridad de su ministerio sobre el de la Antigua Alianza (3,4-18)

4 Y esta confianza la tenemos por Cristo ante Dios. 5 No es que por
nosotros seamos capaces de pensar algo como propio nuestro, sino que
nuestra capacidad viene de Dios, 6 el cual también nos hizo idóneos para
ser ministros de una nueva alianza, no de la letra, sino del Espíritu;
porque la letra mata, pero el Espíritu da vida.
7 Pues si el ministerio de muerte, grabado con letras sobre piedras,
resultó
glorioso, hasta el punto de que los hijos de Israel no podían fijar su vista en
el rostro
de Moisés a causa de la gloria de su rostro, que era perecedera, 8 ¿con
cuánta mayor razón será más glorioso el ministerio del Espíritu? 9 Porque
si el ministerio de la condenación fue glorioso, mucho más abunda en
gloria el ministerio de la justicia.
10 Y verdaderamente, aquella glorificación deja de ser gloriosa en
comparación con esta gloria eminente. 11 Porque si lo perecedero pasó
por un momento de gloria,
con mucha más razón lo duradero permanece en gloria.
12 Teniendo, pues, esta esperanza, procedemos completamente
confiados, 13
y no como Moisés, que se ponía un velo sobre la cara para que los hijos de
Israel
no se fijasen en el final de lo que estaba destinado a perecer. 14 Pero sus
inteligencias se embotaron. En efecto, hasta el día de hoy perdura en la
lectura del
Antiguo Testamento ese mismo velo, sin haberse descorrido, porque sólo
en Cristo
desaparece; 15 verdaderamente, hasta hoy, siempre que se lee a
Moisés, está puesto un velo sobre sus corazones; 16 *pero cuando se
conviertan al Señor, será quitado el velo*. 17 El Señor es Espíritu, y
donde está el Espíritu del Señor hay libertad. 18 Todos nosotros, que
con el rostro descubierto reflejamos como en un
espejo la gloria del Señor, vamos siendo transformados en su misma
imagen, cada
vez más gloriosos, conforme obra en nosotros el Espíritu del Señor.

Sinceridad con que actúa (4,1-6)

4

1 Por eso, teniendo este ministerio por la misericordia que se nos hizo, no
desfallecemos. 2 Antes bien, nos abstuvimos de los disimulos vergonzosos,
no procediendo con astucia ni falsificando la palabra de Dios, sino
recomendándonos a nosotros mismos ante toda conciencia humana por la
manifestación de la verdad delante de Dios.
3 Y si todavía nuestro evangelio está velado, lo está para los que se
pierden,
4 para los incrédulos, cuyas inteligencias cegó el dios de este mundo para
que no vean la luz del Evangelio glorioso de Cristo, el cual es la imagen
de Dios. 5 Pues no

nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros
como siervos vuestros por Jesús. 6 Porque el mismo Dios que mandó: «Del seno de
las tinieblas brille la luz», hizo brillar la luz en nuestros corazones, para
que irradien el conocimiento de la gloria de Dios que está en el rostro de
Cristo.

Tribulaciones del Apóstol
(4,7-12)

7 Pero llevamos este tesoro en vasos de barro, para que se
reconozca que la sobreabundancia del poder es de Dios y que no proviene
de nosotros: 8 en todo

atribulados, pero no angustiados; perplejos, pero no desesperados; 9
perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no aniquilados, 10
llevando siempre en nuestro cuerpo el morir de Jesús, para que también
la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. 11 Porque nosotros,
aunque vivimos, nos vemos continuamente entregados a la muerte por
causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en
nuestra carne mortal. 12 De manera que en nosotros actúe la muerte, y
en vosotros la vida.

Sostenido por la esperanza del Cielo
(4,13-5,10)

13 Pero teniendo el mismo espíritu de fe –según lo que está escrito:
Creí, por eso hablé–, también nosotros creemos, y por eso hablamos, 14
sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús también nos resucitará con
Jesús y nos pondrá a su lado con vosotros. 15 Porque todo es para vuestro
bien, a fin de que la gracia,
multiplicada a través de muchos, haga abundar la acción de gracias para
la gloria de Dios. 16 Por eso no desfallecemos; al contrario, aunque nuestro
hombre exterior se vaya desmoronando, nuestro hombre interior se va
renovando día a día. 17 Porque
la leve tribulación de un instante se convierte para nosotros,
incomparablemente, en una gloria eterna y consistente, 18 ya que
nosotros no ponemos nuestros ojos en las cosas visibles, sino en las
invisibles; pues las visibles son pasajeras, y en cambio
las invisibles, eternas.

5

1 Porque sabemos que, si la tienda de nuestra mansión terrena se
deshace, tenemos un edificio que es de Dios, una casa no hecha por
mano de hombre, sino eterna, en los cielos. 2 Y así gemimos en esta
tienda anhelando revestirnos de nuestra mansión celestial, 3 si es que
entonces somos encontrados vestidos y no desnudos. 4 Realmente
mientras moramos en esta tienda, gemimos oprimidos, porque no
queremos ser desvestidos, sino revestidos, para que lo mortal sea
absorbido por la vida. 5 Pero quien nos ha preparado para este fin es
Dios, el cual nos ha dado como arras el Espíritu.

6 Por eso, siempre estamos llenos de buen ánimo, aun sabiendo que
mientras moramos en el cuerpo, estamos en destierro lejos del Señor, 7
pues caminamos en
la fe y no en la visión. 8 Así pues, estamos llenos de buen ánimo y
preferimos salirnos de este cuerpo y volver junto al Señor. 9 Por eso,
tanto ahora en el cuerpo como fuera de él, nos empeñamos en
agradarle. 10 Porque todos debemos
comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba conforme a
lo
bueno o malo que hizo durante su vida mortal.

El ministerio de la reconciliación

(5,11-21)

11 Por tanto, conscientes del temor del Señor, intentamos persuadir
a los hombres: aparecemos como somos delante de Dios y espero
también aparecer como soy delante de vuestras conciencias. 12 No
vamos a recomendarnos otra vez ante vosotros sino que os damos
ocasión para gloriaros de nosotros, a fin de que sepáis responder a
quienes se glorían en lo aparente y no en el corazón. 13 En

efecto, si hacemos el loco, es por Dios; si somos sensatos, es por vosotros.
14 Porque el amor de Cristo nos urge, persuadidos de que si uno
murió por todos, en consecuencia todos murieron. 15 Y murió por todos
a fin de que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que
murió y resucitó por ellos. 16 De
manera que desde ahora no conocemos a nadie según la carne; y si
conocimos a
Cristo según la carne, ahora ya no le conocemos así. 17 Por tanto, si alguno
está en
Cristo, es una nueva criatura: lo viejo pasó, ya ha llegado lo nuevo.
18 Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de
Cristo y nos confirió el ministerio de la reconciliación. 19 Porque en Cristo,
Dios estaba
reconciliando al mundo consigo, sin imputarle sus delitos, y puso en
nosotros la
palabra de reconciliación. 20 Somos, pues, embajadores en nombre de
Cristo, como
si Dios os exhortase por medio de nosotros. En nombre de Cristo os
rogamos:
reconciliaos con Dios. 21 A él, que no conoció pecado, lo hizo pecado por
nosotros,
para que llegásemos a ser en él justicia de Dios.

El Apóstol, digno ministro de Dios (6,1-10)

6

1 Como colaboradores suyos os exhortamos también a que no recibáis
en vano la gracia de Dios. 2 Porque dice:

En el tiempo favorable te escuché.
Y en el día de la salvación te ayudé.

Mirad, ahora es el tiempo favorable, ahora es el día de la salvación. 3
A nadie
damos motivo alguno de escándalo, para que no sea desacreditado
nuestro
ministerio, 4 sino que en todo nos acreditamos como ministros de Dios:
con mucha paciencia, en tribulaciones, necesidades y angustias; 5 en
azotes, prisiones y tumultos; en fatigas, desvelos y ayunos; 6 con pureza,
con ciencia, con longanimidad, con bondad, en el Espíritu Santo, con
caridad sincera, 7 con la
palabra de la verdad, con el poder de Dios; mediante las armas de la
justicia, en la
derecha y en la izquierda; 8 en honra y deshonra, en calumnia y en
buena fama; como impostores, siendo veraces; 9 como desconocidos,
siendo bien conocidos; como moribundos, y ya veis que vivimos; como
castigados, pero no muertos; 10
como tristes, pero siempre alegres; como pobres, pero enriqueciendo a
muchos;
como quienes nada tienen, aunque poseyéndolo todo.

III. LLAMADA DE SAN PABLO AL CORAZÓN DE LOS CORINTIOS (6,11-7,16)

Amor del Apóstol a los corintios (6,11-13)

11 ¡Corintios! Os hemos hablado con sinceridad y nuestro corazón se
ha ensanchado. 12 No estáis estrechos dentro de nosotros, sino que es en
vuestras entrañas donde se da la estrechez. 13 Para corresponder del
mismo modo –como a hijos os hablo–, ensanchaos también vosotros.

Relaciones con los paganos (6,14-7,1)

14 No os unzáis a un mismo yugo con los infieles. Porque ¿qué tiene
que ver la justicia con la iniquidad? ¿O qué tienen de común la luz y las
tinieblas? 15 ¿Y qué armonía cabe entre Cristo y Belial? ¿O qué parte tiene
el creyente con el infiel? 16
¿Y cómo es compatible el templo de Dios con los ídolos? Porque vosotros
sois el
templo de Dios vivo, según dijo Dios:

Yo habitaré y caminaré en medio de ellos,
y seré su Dios y ellos serán mi pueblo.
17 Por eso, *salid de en medio de ellos*
y separaos, dice el Señor.
No toquéis nada
impuro, y Yo os
acogeré,
18 y *Yo seré para vosotros Padre,*
y vosotros *seréis para mí hijos e*
hijas, dice el Señor Todopoderoso.

7

1 Por tanto, queridísimos, teniendo estas promesas, purifiquémonos de
toda mancha de carne y de espíritu, llevando a término la santificación
en el temor de Dios.

Alegría por las noticias traídas por Tito
(7,2-16)

2 Hacednos un sitio en vuestros corazones. Con nadie nos hemos
portado injustamente, a nadie le hemos perjudicado, contra nadie hemos
cometido fraude. 3
No hablo con intención de condenaros; porque ya os he dicho que estáis en
nuestro
corazón, para morir y vivir juntos. 4 Tengo mucha confianza al hablaros,
me siento
muy orgulloso de vosotros: estoy lleno de consuelo, rebosante de gozo en
todas
nuestras tribulaciones. 5 Porque cuando llegamos a Macedonia, nuestro
cuerpo no
tuvo tranquilidad alguna, sino que fuimos atribulados en todo: por fuera,
luchas; por dentro, temores.
6 Pero Dios, que consuela a los humildes, nos consoló con la llegada
de Tito;
7 y no sólo con su llegada, sino también con el consuelo que le habéis
proporcionado, comunicándonos vuestra ansia, vuestro llanto, vuestro
celo por mí, de manera que mi alegría creció aún más.
8 Pues aunque os entristecí con mi carta, no me arrepiento. Y
aunque me
llegué a arrepentir –viendo que aquella carta, aunque fuera sólo por un
momento, os
entristeció–, 9 ahora me alegro, no porque os entristeciera, sino porque

vuestra
tristeza os movió a penitencia, pues os entristecisteis según Dios; de manera que no
habéis padecido ningún daño por causa nuestra. [10] Porque la tristeza según Dios
produce un arrepentimiento saludable, del que uno jamás se arrepiente; mientras
que la tristeza del mundo produce la muerte. [11] En efecto, mirad cuánto desvelo os
ha causado esta tristeza según Dios; es más: qué excusas, qué indignación, qué temor, qué ansia, qué celo, qué castigo. En todo habéis demostrado ser inocentes
en este asunto. [12] Por eso, si os escribí, no fue a causa del que cometió el agravio
ni a causa del que lo sufrió, sino para que se manifestara ante Dios vuestro desvelo

por nosotros. [13] Esto es lo que nos ha consolado.
Pero aparte de este consuelo nuestro nos alegramos mucho más por el gozo
de Tito, ya que su espíritu ha sido reconfortado por todos vosotros. [14] Porque si en
algo me había gloriado de vosotros ante él, no he quedado avergonzado,
sino que así como en todo os había dicho la verdad, así también ha resultado verdadero
nuestro motivo de gloria ante Tito. [15] Y su cariño hacia vosotros se acrecienta aún
más al recordar vuestra obediencia unánime, cómo le recibisteis con temor y
temblor. [16] Me alegro de poder confiar para todo en vosotros.

SEGUNDA PARTE
LA COLECTA EN FAVOR DE LOS FIELES DE JERUSALÉN
(8,1-9,15)

Ejemplo de los macedonios (8,1-6)

8

[1] Os hacemos saber, hermanos, la gracia de Dios concedida a las iglesias
de Macedonia. [2] En medio de una gran tribulación con que han sido probados, su rebosante gozo y su extrema pobreza se desbordaron en
tesoros de generosidad; [3] porque doy testimonio de que según sus
posibilidades, y aun por encima de ellas, espontáneamente [4] nos pidieron
con mucha insistencia la gracia de participar en el servicio a favor de los
santos. [5] Y no sólo como esperábamos, sino que se dieron a sí mismos,
primeramente al Señor y luego, por voluntad de Dios, a nosotros. [6] De
manera que rogamos a Tito que, según había comenzado, así llevase a
cabo esta gracia también entre vosotros.

Llamada a la generosidad de los corintios (8,7-15)

[7] Y así como tenéis abundancia de todo –de fe, de palabra, de
ciencia, de todo desvelo y de la caridad que os hemos comunicado–, sed
también abundantes en esta gracia. [8] No lo digo como una orden, sino que, mediante el desvelo por
otros, quiero probar también la autenticidad de vuestra caridad. [9] Porque conocéis la
gracia de nuestro Señor Jesucristo, que, siendo rico, se hizo pobre por vosotros,
para que vosotros seáis ricos por su pobreza. [10] Y en esto os doy un consejo,
porque es lo que os conviene: puesto que desde el año pasado habéis sido los
primeros no sólo en realizar la colecta, sino también en desearla. [11] Así que

ahora
llevadla también a cabo de modo que, la misma buena disposición que
tuvisteis para desearla, la tengáis también para ponerla en práctica, con
arreglo a vuestras
posibilidades. 12 Porque al que tiene buena disposición se le acepta lo que
tiene, sin importar lo que no tiene. 13 Pues no se trata de que para otros
haya desahogo y
para vosotros apuros, sino de que, según las normas de la igualdad, 14
vuestra
abundancia remedie ahora su necesidad, para que la abundancia de ellos
pueda
remediar vuestra necesidad, a fin de que haya equidad, según está escrito:
15 *El que*
mucho recogió no tuvo de más; y el que recogió poco no tuvo de menos.

San Pablo elogia a los encargados de la colecta
(8,16-24)

16 Gracias sean dadas a Dios, que puso en el corazón de Tito el
mismo desvelo por vosotros, 17 porque no sólo acogió mi ruego, sino que
con gran interés, por propia iniciativa partió hacia vosotros. 18 Y con él
enviamos al hermano, cuya alabanza por la predicación del Evangelio se
extiende a todas las iglesias; 19 y no sólo esto, sino que además fue
designado por las iglesias como nuestro compañero de viaje en esta obra
de gracia, administrada por nosotros para la gloria del mismo Señor y
para manifestar nuestra buena disposición, 20 evitando así que nadie nos
desacredite con motivo de esta copiosa colecta que administramos. 21
Porque procuramos hacer el *bien*, no sólo *ante Dios*, sino *también* ante *los hombres*. 22
Enviamos con ellos a nuestro hermano, cuyo interés con frecuencia hemos
puesto a prueba en muchos asuntos, interés que ahora es mucho mayor
por la gran
confianza que tiene en vosotros.
23 Por lo que se refiere a Tito, es mi compañero y colaborador
en favor
vuestro; en cuanto a los demás hermanos, son enviados de las iglesias,
gloria de
Cristo. 24 Mostrad, por tanto, vuestra caridad y los motivos de nuestro
orgullo por
vosotros ante ellos y ante las iglesias.

Exhortación a la rapidez (9,1-5)

9

1 Sobre el servicio en favor de los santos, resulta superfluo que os siga
escribiendo,
2 porque conozco vuestra buena disposición, por la cual me glorío de
vosotros ante
los macedonios: Acaya está preparada desde el año pasado y vuestro celo
sirvió de
estímulo a muchos. 3 Sin embargo, envío a los hermanos, para que
nuestros elogios
sobre vosotros no resulten vanos en este asunto y, según he dicho, estéis
preparados; 4 no sea que, si llegan conmigo los de Macedonia, os
encuentren desprevenidos y quedemos avergonzados nosotros, por no
decir vosotros. 5 Por eso
estimé necesario rogar a los hermanos que fuesen por delante donde
vosotros, y
preparasen de antemano vuestra prometida bendición, para que así esté
preparada como una bendición y no como una obra de tacañería.

Frutos de la limosna generosa
(9,6-15)

6 Os digo esto: quien siembra escasamente, escasamente cosechará;

y quien siembra copiosamente, copiosamente cosechará. 7 Que cada uno
dé según se ha propuesto en su corazón, no de mala gana ni forzado,
porque *Dios* ama *al que da con alegría*. 8 Y poderoso es Dios para
colmaros de toda gracia, para que, teniendo siempre en todas las cosas
todo lo necesario, tengáis abundancia en toda obra buena, 9 según está
escrito:

Repartió con largueza, dio a los pobres;
su justicia permanece para siempre.

10 Aquel que provee de semilla al sembrador y de pan para comer,
os dará y multiplicará la semilla y acrecentará los frutos de vuestra
justicia. 11 Así seréis
enriquecidos en todo para toda obra generosa, que mediante nosotros
fructifica en

acción de gracias a Dios. 12 Porque la prestación de este sagrado servicio
no sólo viene a remediar las necesidades de los santos, sino que redunda
también en múltiples acciones de gracias a Dios. 13 Al comprobar este
servicio, glorificarán a Dios por vuestra obediente confesión del
Evangelio de Cristo, y por la generosidad de vuestra comunión con ellos
y con todos; 14 y también con su oración por
vosotros, a quienes tanto aman por la gracia sobreabundante que Dios os
ha dado.
15 Gracias a Dios por su don indescriptible.

TERCERA PARTE APOLOGÍA DE SAN PABLO (§ 10,1-13,10)

IV. RESPUESTA A ALGUNAS ACUSACIONES (10,1-18)

Dispuesto a usar su autoridad apostólica (10,1-11)

10

1 Yo personalmente, Pablo –que cuando estoy presente entre vosotros soy
tímido, pero ausente soy audaz–, os exhorto por la mansedumbre y la
benignidad de Cristo.
2 Ruego que, cuando esté presente, no tenga que mostrarme audaz, con la
confianza con que pienso obrar resueltamente contra algunos que nos
tienen como
si procediésemos según la carne. 3 Porque, aunque vivimos en la carne, no
militamos según la carne; 4 porque las armas de nuestro combate no son
carnales, sino que Dios las hace poderosas para derribar fortalezas:
deshacemos sofismas 5 y
toda altanería que se levanta contra la ciencia de Dios, y sometemos a la
obediencia
de Cristo, como a un prisionero, a todo entendimiento, 6 dispuestos a
castigar toda
desobediencia cuando vuestra obediencia sea completa.
7 Sólo veis según las apariencias. Si alguno se cree que es de
Cristo, que tenga también en cuenta esto: tan de Cristo somos
nosotros como él. 8 Pues
aunque yo me excediera un poco en gloriarme de la potestad que el Señor
nos dio
para vuestro bien, y no para vuestra ruina, no tendría de qué
avergonzarme. 9 Y que nadie piense que pretendo atemorizaros con mis
cartas. 10 Porque hay quien dice:
«Sus cartas son duras y fuertes, pero en persona es poca cosa, y su palabra
no vale
nada». 11 Que tenga en cuenta ése que lo mismo que decimos en nuestras
cartas,
estando ausentes, eso mismo haremos cuando estemos presentes.

Su campo de trabajo incluye Corinto
(10,12-18)

12 Porque no nos atrevemos a equiparamos ni a compararnos con
algunos que se recomiendan a sí mismos; pues ellos, midiéndose según su
opinión y tomándose a sí mismos por medida, proceden con insensatez. 13
Nosotros, en cambio, no nos gloriaremos desmedidamente, sino que
tomamos por medida los límites que Dios nos ha asignado, que también os
deben alcanzar a vosotros. 14 Al incluiros no nos hemos excedido, porque
nosotros fuimos los primeros en predicaros

el Evangelio de Cristo. [15] No nos gloriamos desmedidamente
atribuyéndonos los frutos del trabajo ajeno, sino que tenemos la
esperanza de que, creciendo vuestra fe, con vosotros nuestros límites se
ampliarán cada vez más, [16] hasta evangelizar a los que están más allá de
vosotros, sin gloriarnos en campo ajeno con trabajos ya realizados por
otros.
[17] *El que se gloría, que se gloríe en el Señor*. [18] Pues no es hombre
probado
quien se recomienda a sí mismo, sino aquel a quien el Señor recomienda.

V. MOTIVOS DE GLORIA DEL APÓSTOL (11,1-12,18)

Celo de San Pablo por los corintios (11,1-6)

11

[1] ¡Ojalá pudierais soportar un poco mi necedad! ¡Pero sí, soportadme! [2]
Porque estoy celoso de vosotros con celo de Dios: os he desposado con un
solo esposo para presentaros a Cristo como a una virgen casta. [3] Pero
temo que, como la serpiente sedujo a Eva con su astucia, así se
corrompan vuestros pensamientos, y se aparten de la sinceridad y
castidad debidas a Cristo. [4] Porque si viniera alguno anunciando un Jesús
distinto del que os hemos predicado, o recibierais un espíritu distinto del
que habéis recibido, o un Evangelio distinto del que habéis abrazado, de
buena gana lo soportaríais. [5] Pues yo en nada me considero inferior a
esos
«superapóstoles»; [6] y, aunque soy inexperto en la elocuencia, no lo soy en
la
ciencia, sino que en todo y en presencia de todos os lo hemos manifestado.

Rectitud con que predica el Evangelio (11,7-15)

[7] ¿Acaso cometí pecado cuando, rebajándome yo para ensalzaros a
vosotros, os prediqué gratis el Evangelio de Dios? [8] Despojé a otras
iglesias, aceptando que cubrieran mis necesidades para serviros a
vosotros; [9] y estando entre vosotros y hallándome necesitado, no fui
gravoso a nadie, pues fueron los hermanos llegados de Macedonia quienes
remediaron mi necesidad; y en todo me cuidé mucho y me cuidaré de
seros gravoso. [10] Por la verdad de Cristo, que está en mí, os aseguro que
esta gloria no me será arrebatada en las regiones de Acaya.
[11] ¿Por qué? ¿Porque no os amo? ¡Dios lo sabe! [12] Y lo que hago lo
seguiré
haciendo, para quitar toda ocasión a los que buscan un pretexto para
gloriarse de
ser considerados iguales a nosotros. [13] Porque éstos son unos falsos
apóstoles, unos obreros engañosos, que se disfrazan de apóstoles de
Cristo. [14] Y nada tiene de extraño, pues el mismo Satanás se transforma
en ángel de luz. [15] Por tanto, no

es algo extraordinario que también sus ministros se transfiguren en ministros de
justicia. Su final será según sus obras.

Pide excusas por gloriarse
(11,16-21)

16 Repito: que nadie me tome por necio; en todo caso, aunque sea como a un necio, permitidme que también yo pueda gloriarme un poco. 17 Lo que voy a decir a propósito de mi jactancia, no lo digo según el Señor, sino como si fuera un

insensato. 18 Dado que muchos se glorían según la carne, también lo haré
yo. 19
Porque vosotros, que sois tan sensatos, soportáis con gusto a los
insensatos; 20
pues soportáis que os esclavicen, que os devoren, que os roben, que os
traten con
altanería, que os abofeteen. 21 Con vergüenza lo digo: nos hemos mostrado
débiles.

Padecimientos por Cristo
(11,21-33)

En cualquier cosa que alguien presuma –lo digo como un insensato–
también presumo yo. 22 ¿Son hebreos? También yo. ¿Son israelitas?
También yo. ¿Son descendencia de Abrahán? También yo. 23 ¿Son
ministros de Cristo? Pues
–delirando hablo– yo más: en fatigas, más; en cárceles, más; en azotes,
mucho
más. En peligros de muerte, muchas veces. 24 Cinco veces recibí de los
judíos cuarenta azotes menos uno, 25 tres veces me azotaron con varas,
una vez fui lapidado, tres veces naufragué, un día y una noche pasé
náufrago en alta mar. 26
En mis repetidos viajes sufrí peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros
de los de
mi raza, peligros de los gentiles, peligros en ciudad, peligros en
despoblado, peligros
en el mar, peligros entre falsos hermanos; 27 trabajos y fatigas,
frecuentes vigilias, con hambre y sed, con frecuentes ayunos, con frío y
desnudez. 28 Y además de otras cosas, mi responsabilidad diaria: el
desvelo por todas las iglesias. 29 ¿Quién
desfallece sin que yo desfallezca? ¿Quién tiene un tropiezo sin que yo me
abrase de
dolor?
30 Si es preciso gloriarse, me gloriaré en mis flaquezas. 31 El Dios y
Padre del Señor Jesús –que es bendito por siempre– sabe que no miento.
32 En Damasco, el gobernador del rey Aretas custodiaba la ciudad de los
damascenos para prenderme,
33 y, por una ventana, fui descolgado en una espuerta muralla abajo y pude
escapar
de sus manos.

Visiones y revelaciones (12,1-10)

12

1 ¿Hay que gloriarse? Aunque no conviene, hablaré de las visiones y
revelaciones del Señor. 2 Conozco a un hombre en Cristo, que hace
catorce años –si en el cuerpo, no lo sé, si fuera del cuerpo, tampoco lo sé:
Dios lo sabe– fue arrebatado hasta el tercer cielo. 3 Y sé que este hombre
–si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé: Dios lo sabe– 4 fue

arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables que al hombre no es lícito
pronunciar. [5] De ese hombre me gloriaré, pero de mí mismo no
me gloriaré, si no es de mis flaquezas. [6] Pero aunque quisiera gloriarme, no sería un
necio, pues diría la verdad. Sin embargo me abstengo, para que nadie me atribuya
algo por encima de lo que ve en mí o de mí oye, [7] o a causa de la grandeza de las
revelaciones. Por eso, para que no me engría, me fue clavado un aguijón en la
carne, un ángel de Satanás, para que me abofetee, y no me envanezca. [8]
Por esto, rogué tres veces al Señor que lo apartase de mí; [9] pero Él me dijo: «Te basta mi
gracia, porque la fuerza se perfecciona en la flaqueza». Por eso, con sumo gusto me
gloriaré más todavía en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de
Cristo. [10]
Por lo cual me complazco en las flaquezas, en los oprobios, en las necesidades, en

las persecuciones y angustias, por Cristo; pues cuando soy débil,
entonces soy fuerte.

Se excusa de nuevo por haberse gloriado
(12,11-18)

11 He hablado como un necio: vosotros me obligasteis. Porque
yo debía haber sido recomendado por vosotros, pues en nada fui
inferior a esos
«superapóstoles», aunque no soy nada. 12 Las señales de ser apóstol se
cumplieron entre vosotros, por medio de toda paciencia, de signos,
prodigios y
milagros. 13 Pues ¿en qué habéis sido inferiores a las otras iglesias, excepto
en que
yo personalmente no os he sido gravoso? Perdonadme este agravio.
14 Mirad, por tercera vez estoy a punto de ir donde vosotros, y no
os seré
gravoso; porque no busco vuestros bienes, sino a vosotros. Pues no son los
hijos
los que deben atesorar para los padres, sino los padres para los hijos. 15
Por mi
parte, muy gustosamente gastaré y me desgastaré por vuestras almas.
Si os amo más, ¿seré yo menos amado?
16 Es verdad, yo no os fui gravoso; pero, siendo astuto, os
capturé con engaño. 17 ¿Acaso os exploté con alguno de los que os he
enviado? 18 A Tito le
exhorté y le envié con el hermano. ¿Acaso Tito os explotó? ¿No procedimos
los dos
según el mismo espíritu? ¿No seguimos las mismas pisadas?

VI. LA PRÓXIMA VISITA DEL APÓSTOL
(12,19-13,10)

La razón de su apología
(12,19-21)

19 Desde hace rato estaréis pensando que nos estamos justificando
ante vosotros. En la presencia de Dios, en Cristo, estamos hablando; y
todo, queridísimos, para vuestra edificación. 20 Porque temo que, cuando
llegue, no os encuentre como yo quisiera y vosotros no me encontréis
como quisierais; que haya quizá contiendas, envidias, iras, rivalidades,
maledicencias, murmuraciones, engreimientos, sediciones; 21 que al
llegar de nuevo, mi Dios me humille entre vosotros y tenga que llorar por
muchos de los que antes pecaron y no se convirtieron de la impureza,
fornicación y lascivia que habían cometido.

Recomendaciones para su próxima visita (13,1-10)
5 Examinaos vosotros mismos si os mantenéis en la fe. Probaos a

13

1 Ahora, por tercera vez, voy donde vosotros: *Por el testimonio de dos o tres*
testigos se zanjará todo asunto. 2 Os lo he dicho ya y, como lo dije estando presente
la segunda vez, así lo repito ahora ausente a los que antes habían pecado y a todos
los demás: si vuelvo otra vez, no seré indulgente, 3 puesto que buscáis una prueba
de que en mí habla Cristo, que no es débil con vosotros, sino que muestra su fuerza
en vosotros. 4 Porque, aunque fue crucificado en razón de la flaqueza, vive por el
poder de Dios. Porque también nosotros somos débiles en él, pero
viviremos con él por el poder de Dios sobre vosotros.

5 Examinaos vosotros mismos si os mantenéis en la fe. Probaos a

mismos, ¿o es que no reconocéis, por vuestra parte, que Cristo Jesús está en vosotros? A no ser que estéis reprobados. 6 Espero que sepáis que nosotros no estamos reprobados. 7 Pedimos, sin embargo, a Dios que no cometáis ningún mal; no para que nosotros seamos considerados hombres probados, sino para que vosotros practiquéis el bien, aun cuando nosotros aparezcamos como reprobados. 8
Porque nada podemos contra la verdad, sino en favor de la verdad. 9 En efecto, nos
alegramos cuando somos débiles y vosotros fuertes. Y es eso lo que pedimos:
vuestra perfección. 10 Por eso os escribo esto estando ausente, para que, cuando
esté presente, no tenga que proceder con severidad, conforme a la potestad que el
Señor me confirió para edificar, y no para destruir.

VII. DESPEDIDA
(13,11-13)

11 Por lo demás, hermanos, alegraos, sed perfectos, exhortaos, tened un mismo sentir, vivid en paz, y el Dios de la caridad y de la paz estará con vosotros. 12
Saludaos unos a otros con el beso santo. Todos los santos os saludan.
13 La gracia del Señor Jesucristo y el amor de Dios y la comunión del Espíritu
Santo estén con todos vosotros.

1,1-11 También en esta carta encontramos el vivo modelo de comenzar que aparece en otras epístolas de San Pablo: un saludo en el que se presenta el Apóstol y una acción de gracias a Dios en forma de himno.
1,1-2 La presentación de sí mismo, «apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios», resulta
significativa ya que buena parte de la epístola la dedicará a la defensa de su vocación de
Apóstol.
1,3-11 La acción de gracias tiene en este caso un carácter distinto al de la mayoría de las
cartas del Apóstol. En ellas suele agradecer a Dios los favores obrados en los cristianos a quienes escribe, que se sienten así animados en su vocación. Aquí, en cambio, manifiesta su agradecimiento a Dios por el consuelo que él mismo recibe en medio de sus tribulaciones. Pero piensa a la vez en el beneficio de los destinatarios. Se pone de manifiesto la profunda unión entre los miembros del Cuerpo místico de Cristo, entre sí y con su Cabeza. Por esta íntima comunión e intercomunicación el Apóstol puede decir que sus sufrimientos son «de Cristo», y hablar de la estrecha relación entre sus dolores y consuelos y los de los cristianos de Corinto.
§ **1,12-7,16** Pablo explica a los corintios su modo de comportarse y sale al paso de las
críticas que algunos han levantado contra él. Estos temas, que forman la primera
Como en otros pasajes de esta carta (3,3; 13,13), Pablo se refiere a las

parte de la carta, nos dan a conocer, quizá con más claridad que en ningún otro lugar, cómo era la entrega de San Pablo a su ministerio (1,12-2,17), con qué sinceridad de vida la llevaba a cabo (3,1-6,10) y qué sentimientos suscitaban en su corazón las distintas respuestas de los fieles (6,11-7,16).

1,12-2,17 Parece que algunos cristianos de Corinto acusan al Apóstol de no atreverse a volver allí, a pesar de haberlo prometido, y ven en ello una señal de debilidad. Pablo justifica su actitud.

1,12-14 El Apóstol desea recuperar el cariño y la confianza de los corintios, que podían estar siendo minados por la labor constante de difamaciones y calumnias que algunos estaban levantando contra él.

1,15-24 No es fácil saber la causa del retraso de la visita que les había anunciado. Es probable que en una estancia anterior en Corinto hubiera algunos incidentes desagradables que entristecieron tanto a los corintios como al Apóstol, y que pudieron culminar en alguna ofensa grave a San Pablo (cfr 2,5-11). Por este motivo, consideró más prudente escribirles, para intentar arreglar la situación antes de ir a verles de nuevo.

Como en otros pasajes de esta carta (3,3; 13,13), Pablo se refiere a las

Santísima Trinidad: es Dios (Padre) quien nos da la unción de la gracia, uniéndonos así al Hijo, mediante el don del Espíritu Santo en nuestros corazones. El cristiano queda de este modo «sellado» en el Bautismo (cfr v. 22), puesto que ya no se pertenece a sí mismo, sino que es propiedad de Cristo. «Como la imagen del sello [“sphragis”] indica el carácter indeleble de la Unción del Espíritu Santo en los sacramentos del Bautismo, de la Confirmación y del Orden, esta imagen se ha utilizado en ciertas tradiciones teológicas para expresar el “carácter” imborrable impreso por estos tres sacramentos, los cuales no pueden ser reiterados. (CCE 698).

2,5-11 Con frecuencia se han aplicado estas palabras al incestuoso que el Apóstol había condenado en 1 Co 5,1-5. Pero parece más probable que se refieran a alguien que ofendió grave y personalmente a San Pablo o a alguno de sus colaboradores en su visita a Corinto. El ofensor pudo haber sido un judaizante, con el apoyo de una minoría de los fieles. Esta injuria quizá fue la causa fundamental de la «carta de lágrimas» (2,4) y del envío de Tito a Corinto (cfr 2,13; 7,6-16).

2,12-17 El cristiano, como el Apóstol, debe mostrar a Cristo con su conducta: «Debe obrar de tal manera que quienes le traten perciban el bonus odor Christi, el buen olor de Cristo; debe actuar de modo que, a través de las acciones del discípulo, pueda descubrirse el rostro del Maestro» (S Josemaría Escrivá, Hom. 1. 105).

3,1-6,10 Otra acusación que se hacía de Pablo entre algunos de Corinto era su arrogancia y orgullo en la presentación de su ministerio. Él, al tiempo que se defiende, aprovecha para mostrar la naturaleza y finalidad del ministerio que desempeña y del ministerio cristiano en cuanto tal.

3,1-3 Es de suponer que sus enemigos se habían presentado en Corinto con alguna carta de recomendación. El Apóstol puede presentar una carta mucho más elocuente y expresiva: los mismos corintios, convertidos mediante su predicación, «porque cualquier gente, por bárbara que sea, aunque no entienda el lenguaje de la palabra, entiende el lenguaje del buen ejemplo y virtud, que ve puesto por obra, y de allí vienen a estimar en mucho al que tales discípulos tiene» (S. Juan de Ávila, Audi, filia 34).

3,4-18 San Pablo, con su predicación y comportamiento, proclamaba una relación con Dios en Cristo superior e incluso al margen de la que el hombre adquiría mediante la Ley de Moisés. No faltaban en Corinto quienes, siguiendo a los judaizantes, pensaban que todo ello era invención de Pablo y efecto de su arrogancia. Por eso el Apóstol apela a Dios y muestra la superioridad de la Nueva Alianza sobre la Antigua. De ahí que el ministerio de los Apóstoles sea superior al de Moisés. La Nueva Ley es «Espíritu», porque es el mismo Espíritu Santo quien difunde mediante la gracia la caridad en los corazones de los fieles, y la caridad es la plenitud de la Ley. El velo con que Moisés cubrió su rostro al bajar del Monte Sinaí después de hablar con Dios (Ex 34,29-35) era un símbolo del carácter transitorio de la Ley y de su ministerio. Sólo con la luz que trae Jesucristo, plenitud de la revelación, puede entenderse su significado verdadero: « Los libros íntegros del Antiguo Testamento, incorporados a la predicación evangélica, alcanzan y muestran su plenitud de sentido en el Nuevo Testamento y a su vez lo iluminan y lo explican» (C. Vat. II. Dei Verb. 16).

4,1-6 En contraste con los falsos apóstoles, el único objeto de la predicación de Pablo es la verdad de Jesucristo, sin componendas ni concesiones. Si, a pesar de todo, hay todavía quienes no perciben la verdad del Evangelio es por sus malas disposiciones, que permiten al demonio cegar sus inteligencias.

San Pablo llama con frecuencia a Jesucristo «Señor». Es una clara afirmación de la divinidad de Jesucristo, ya que es el término con que, habitualmente, los griegos traducen del hebreo el nombre de Dios.

4,7-12 En los sufrimientos del Apóstol se reproducen los de Jesucristo en su

pasión y
muerte. Pero, en Cristo, el sufrimiento y la muerte son camino para la vida gloriosa tras la resurrección. «En la ciudad de los santos, sólo se permite la entrada y descansar y reinar con el Rey por los siglos eternos a los que pasan por la vía áspera, angosta y estrecha de las tribulaciones» (Ps.Macario, Hom. 12,5).

4,13-5,10 La esperanza de la resurrección y del Cielo es estímulo para la fortaleza del
Apóstol. Mientras el hombre exterior –el cuerpo corruptible– va consumiéndose por las tribulaciones y sufrimientos, el hombre interior –la vida del alma– crece y se renueva de día

en día, hasta alcanzar su plenitud en el Cielo. Es algo que se observa de manera evidente en la vida de los santos; en medio de sufrimientos y enfermedades, y a la vez que su vida en la tierra se va consumiendo, la juventud de su alma y la alegría aumentan.

En el Cielo, el cuerpo estará glorificado por Dios y será ya una mansión eterna para el alma. Mientras tanto, el cuerpo mortal es como un vestido, que a su vez ha de ser revestido de gloria e inmortalidad en la vida eterna. «Esta tierra no es nuestra patria; estamos en ella como de paso, cual peregrinos. Nuestra patria es el Cielo, que hay que merecer con la gracia de Dios y nuestras buenas acciones» (S. Alfonso M. Ligorio, Serm. abrev. 16,1,2).

5,11-21 Pablo explica el motivo fundamental de su actuación: el amor de Cristo (v. 14), que en la forma de expresarse del Apóstol puede entenderse tanto del amor de Cristo a los hombres como de éstos a Cristo. Al exponer ese amor, hace un apretado resumen del contenido de la Redención: Dios ha reconciliado a los hombres con Él por medio de Jesucristo, que cargó sobre sí los pecados del mundo y murió por todos los hombres, de manera que a éstos ya no les son imputados aquellos pecados. Además, Dios ha constituido a los Apóstoles embajadores de Cristo para llevar a los hombres «la palabra de la reconciliación. (v. 19), ofreciéndoles la amistad con Dios. Éste es el conocimiento que Pablo posee de Jesucristo, frente al que poseía antes de convertirse, cuando sólo veía a Cristo «según la carne» (v. 16).

La muerte de Cristo es el precio pagado por los hombres, como rescate y liberación de la esclavitud del pecado, del demonio y de la muerte. En consecuencia, ahora somos de Cristo, ya no nos pertenecemos y la vida nueva –en gracia y libertad– conseguida por Cristo ha de ser vivida por y para Él.

«Lo hizo pecado» (v. 21). Es evidente que en la mente de Pablo no significa que Cristo fuera culpable de pecado. «Cristo no tuvo pecado alguno; cargó con el pecado, pero no lo cometió» (S. Agustín, Enarr. in Ps. 68,1,10). El sentido de la frase, conforme al uso de la palabra pecado en el Antiguo Testamento, es que «lo hizo víctima por el pecado» o «sacrificio por el pecado».

6,1-10 Pablo concluye la larga defensa de su ministerio apostólico apelando, como ministro de Dios, al sentido de responsabilidad de los corintios con una cita de Is 49,8 que recuerda la predicación del Señor en la sinagoga de Nazaret (cfr Lc 4,16-21). El «tiempo favorable» (v. 2) durará hasta la venida gloriosa de Cristo al final de los tiempos –en la vida personal de cada uno, hasta el momento de la muerte–; hasta entonces, cada uno de los días es «día de salvación», ocasión de servir a Dios. Mientras tanto, ninguna adversidad debe apartarnos de ese fin. «Nada te turbe, / Nada te espante, / Todo se pasa, / Dios no se muda, / La paciencia / Todo lo alcanza; / Quien a Dios tiene / Nada le falta: / Sólo Dios basta» (S. Teresa de Jesús, Poes. 30).

6,11-7,16 San Pablo se detiene en expresar sus sentimientos de afecto y cariño a los fieles de Corinto. Tiene en cuenta y agradece la reacción positiva hacia él que la mayoría de ellos han manifestado a Tito. Esta sección constituye uno de los pasajes más interesantes para conocer la personalidad del Apóstol.

6,11-13 El motivo de la conducta de Pablo era el amor de Dios. «La caridad es una virtud que enciende y que devora. Era la que abría la boca de nuestro Apóstol y dilataba su corazón» (S. Juan Crisóstomo, Hom. in 2 Co. 13,1).

6,14-7,1 En el Antiguo Testamento se prohibía uncir al mismo yugo dos animales de distinta especie (cfr Dt 22,10; Lv 19,19). Con esta imagen se pone de manifiesto la diferencia entre un cristiano y un pagano. «Belial» es de etimología dudosa; quizá signifique «inútil»

«perverso» o «sin-ley» (cfr Dt 13,14). De ahí que se aplique con frecuencia al demonio.

7,2-16 Pablo quiere recuperar plenamente la confianza y el cariño de los corintios. Enlaza con lo que había comenzado a decirles en el cap. 2 y que había interrumpido por su larga defensa ante algunas acusaciones vertidas sobre él. Aclara el fin que había pretendido con su carta: moverles al arrepentimiento, que quedaría patente ante Dios, al manifestar su cariño hacia él. Es éste un ejemplo de cómo, al corregir, debe buscarse siempre el bien de la persona corregida. «Debemos corregir por amor; no con deseo de hacer daño, sino con la cariñosa intención de lograr su enmienda. Si así lo hacemos, cumpliremos muy bien el precepto: “si tu hermano peca contra ti, ve y corrígele a solas tú con él” (Mt 18,15)» (S. Agustín, Serm. 82,4).

La carta anterior de la que se habla (v. 8), y a la que se ha referido ya antes (cfr 2,3), no

es 1 Co, sino una carta escrita después de aquélla y antes que ésta. Hay quienes piensan que a esa carta intermedia pueden pertenecer los caps. 10-13 de 2 Co.

8,1-9,15 El Apóstol dedica su atención a la colecta en favor de los fieles de Jerusalén, que organizó no solo en Corinto, sino también en otras iglesias por él fundadas (cfr Rm 15,26; 1 Co 16,1). En esta parte de la carta aprendemos sobre todo la comunión cristiana de bienes.

8,1-6 Los cristianos de Macedonia resultan un ejemplo maravilloso de magnanimidad, de grandeza de alma: podían haberse sentido disculpados de ayudar a sus hermanos, pensando en su propia pobreza; sin embargo, se muestran espléndidos en su limosna.

8,7-15 Jesucristo es el ejemplo cumplido de desprendimiento y de generosidad. Siendo Dios, no necesitado de nada, por su Encarnación se despojó libremente de la gloria de su divinidad (cfr Flp, 2,6s.) y pasó pobremente su vida en la tierra –desde su nacimiento en la humildad de Belén hasta su muerte en la cruz–, desprovisto a veces incluso de lo más necesario (cfr Lc 9,58). «Desde el principio, junto con el pan y el vino para la Eucaristía, los cristianos presentan también sus dones para compartirlos con los que tienen necesidad. Esta costumbre de la colecta, siempre actual, se inspira en el ejemplo de Cristo que se hizo pobre para enriquecernos» (CCE 1351).

8,16-24 Además de Tito, que con mucha probabilidad fue también el portador de esta carta, se habla de otros dos hermanos sin mencionar los nombres. Su identificación resulta extremadamente difícil. Se ha pensado con frecuencia que el primero sería San Lucas, que quizá estuviera con San Pablo entonces. Algunos conjeturan que el tercer enviado podría ser Apolo, bien conocido por los corintios.

9,1-5 Como ya había hecho antes (cfr 8,1-5), Pablo se sirve de la emulación entre las dos provincias griegas para alentar su generosidad. Ante los macedonios se ha gloriado del celo y de la prontitud de los fieles de Corinto, por haber sido los primeros en organizar esta colecta. Ahora pide que no tenga que avergonzarse porque los hechos no correspondan a estos elogios.

9,6-15 Las palabras del Apóstol recuerdan la promesa del Señor: «Dad y se os dará; echarán en vuestro regazo una buena medida, apretada, colmada, rebosante» (Lc 6,38). A nadie –mucho menos a Dios, nuestro Señor– puede serie grata una limosna o un servicio hechos de mala gana y con tristeza: «Si das el pan entristeciéndote pierdes el pan y la recompensa» (S. Agustín, Enarr. in Ps. 42,8). Pablo insiste en las abundantes bendiciones de Dios que –tanto en el orden temporal como en el espiritual– reporta la limosna generosa. [La cita de Pr 22,8 es según el texto de los LXX "Dios ama al dador jovial. La cita en cuestión dice literalmente "Dios bendice al hombre alegre y dadivoso (Ilaron, alegre, jovial, no aparece en ningún otro texto del NT. Es muy frecuente en los libros sapienciales. En Rom 12,8 emplea Pablo el sustantivo IlarÒthj, benévola jovialidad. Wetstein aduce un dicho de los rabinos, según el cual es mejor recibir a un amigo con alegre actitud sin darle nada, que ofrecerle todo con actitud sombría. Str._B., III, p. 296. 524; Plummer, p. 259). El dar "delectabiliter et cum gaudio" (Sto. Tomás) es una de las características de la caridad cristiana y hace que el acto de misericordia sea virtuoso y nos atraiga las bendiciones de Dios]

§ 10,1-13,10 Encontramos ahora una apología que San Pablo hace de su propia persona.

Emplea un estilo duro, enérgico, pues la ruptura del Apóstol con la comunidad que él fundó supondría un grave peligro para aquella. En contraste con el tono de afecto y cariño de las secciones anteriores, sorprende el tono empleado en

esta parte de la carta, en la que apela a su autoridad (10,1-11) y se gloría de su obra (11,1-12,18).

10,1-18 El Apóstol sale al paso de las acusaciones de quienes pretendían desacreditarle,
aprovechando su ausencia. Al parecer aquellos detractores de Pablo presumían de proceder del judaísmo y tener una ciencia sobre Dios superior a la del Apóstol.

10,1-11 Pablo comienza defendiéndose de las acusaciones de debilidad en el ejercicio de
su misión. Era perfectamente consciente de la autoridad apostólica que había recibido de Cristo y del poder que obraba en él. Pero, siguiendo el ejemplo del Maestro (cfr Mt 11,29), prefería, mientras fuera posible, hacer uso de esta potestad sólo para edificar, no para destruir. Presenta su vida como una milicia, en la que cuenta con las armas de Dios
–sobrenaturales, irresistibles– para vencer todas las falsedades, la soberbia y la desobediencia de sus enemigos (cfr 6,7-8).

10,12-18 Con estilo un tanto complicado, responde a las acusaciones, señalando los

derechos que tiene para trabajar apostólicamente en Corinto. Dios le ha encomendado un campo –la conversión de los gentiles– y la evangelización que realiza dentro de ese campo. Con las palabras de Jr 9,22s., ya citadas en 1 Co 1,31, recalca lo absurdo que es pretender jactarse de sí o recomendarse a sí mismo, cuando la única recomendación válida es la de Dios.

11,1-12,18 A Pablo le repugna hacer su propia apología y por eso pide disculpas. Pero se ve obligado a ello para contrarrestar la labor de sus enemigos. Compara sus títulos de gloria con los de sus adversarios.

11,1-6 El Apóstol hace las veces del «amigo del esposo» (cfr Jn 3,29), que debe velar por la virginidad de la futura esposa (la Iglesia) y ve el peligro a que la someten las asechanzas de los oponentes. Con la expresión «superapóstoles», (v. 5), [traducción literal] se refiere de manera irónica a sus adversarios, que quizá pretendían presentarse con autoridad apostólica.

11,7-15 San Pablo tenía por norma predicar gratuitamente el Evangelio, prescindiendo de su derecho a ser sustentado por los fieles, ganando con su trabajo lo necesario para vivir: es una clara prueba de la rectitud de intención con que trabaja (cfr 1 Co 9,4-18) frente a las acusaciones de sus detractores.

11,16-21 Con ironía, el Apóstol caricaturiza la insensatez de los corintios, que se creían tan sensatos (cfr 1 Co 1,18-4,21). Su insensatez les ha llevado a soportar con indiferencia los malos tratos de los intrusos llegados a la comunidad.

11,21-33 Comienza la apología propiamente dicha, señalando su condición y sus méritos, en contraste con los de sus adversarios. En cuanto a la raza es igual que ellos (v. 22); en cuanto a ministro de Cristo les supera claramente: como pruebas ofrece sus padecimientos físicos y morales en el desempeño de su ministerio. No puede leerse sin emoción el impresionante elenco de sufrimientos que hace Pablo, en el cual nos suministra preciosos datos autobiográficos que no figuran en los Hechos de los Apóstoles. Es muy significativo que presente precisamente sus sufrimientos como muestra de su superioridad en el ministerio de Cristo (cfr Hch 9,15-16). Ya había advertido el Señor: «Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz cada día, y que me siga» (Lc 9,23). El dolor, la cruz, son compañeros inseparables de la vida cristiana y señales inconfundibles de que se están siguiendo las huellas del Maestro. Es una muestra más de la paradoja que supone la vida cristiana: Cristo triunfó en la cruz y sus apóstoles gozan y se glorían de sufrir por Él.

[cfr. Hch 9,24. Hasta la muerte de Tiberio no es admisible que Aretas (etnarca) se adueñara de Damasco. Por esto el episodio hay que situarlo en torno al año 36, que es la fecha más probable de la conversión de San Pablo.]

12,1-10 Por otras cartas y por los Hechos de los Apóstoles sabemos que Pablo tuvo abundantes visiones y revelaciones durante su vida. El «aguijón en la carne» (v. 7) puede referirse más que a las tentaciones de la concupiscencia a alguna enfermedad sufrida.

Las palabras de los vv. 8-10 son fuente de innumerables enseñanzas para la lucha ascética. Recuerdan la necesidad de pedir ayuda al Señor ante las dificultades, llenos de confianza y abandono en Él, que conoce mejor lo que nos conviene. Muestran también cuál debe ser la actitud ante la experiencia de la propia debilidad: confiar en la ayuda divina.

«Porque Dios libra de las tribulaciones no cuando las hace desaparecer, (...) sino cuando por la ayuda de Dios no nos abatimos al sufrir tribulación» (Orígenes, De orat. 30,1).

12,11-18 El único motivo que podrían tener los corintios para sentirse agraviados respecto a otras iglesias, les dice irónicamente el Apóstol, es que no les haya sido gravoso, pero piensa seguir actuando así. Sale también al paso de una acusación que

debieron de lanzar contra él sus enemigos: él no habría explotado personalmente a los corintios, pero sí sus colaboradores (v. 16). Se señalan aquí como distintivos de San Pablo la paciencia y los milagros (v. 12).

12,19-13,10 La carta termina explicando por qué el apóstol hace su propia apología. Al mismo tiempo, en esta sección encontramos varias recomendaciones que preparan su próxima visita a Corinto.

12,19-21 El profundo dolor que producen en Pablo los pecados ajenos –llora por ellos– debe estimular en el cristiano el afán de desagravio a Dios nuestro Señor por tantas ofensas como recibe. «No pidas a Jesús perdón tan sólo de tus culpas: no le ames con tu

corazón solamente... Desagráviale por todas las ofensas que le han hecho, le hacen y le harán..., ámale con toda la fuerza de todos los corazones de todos los hombres que más le hayan querido. Sé audaz: dile que estás más loco por Él que María Magdalena, más que Teresa y Teresita..., más chiflado que Agustín y Domingo y Francisco, más que Ignacio y Javier» (S Josemaría Escrivá, Camino 402).

13,1-10 El Apóstol muestra cómo él actúa conforme a Cristo (vv. 1-4). El Señor, durante su vida terrena quiso mostrarse débil –especialmente al permitir su pasión y muerte–; sin embargo, en su resurrección gloriosa manifestó su poder divino, antes oculto. De manera semejante, Pablo, que ha venido mostrándose débil –soportando con paciencia a los rebeldes–, piensa utilizar ahora su autoridad apostólica, recibida de Dios. A continuación (vv. 5-10), les exhorta a corresponder a la gracia. «Para evitar los pecados son necesarias dos cosas: el libre albedrío y la gracia de Dios. (...) Por eso, mostrando que ambas cosas son necesarias, el Apóstol ruega a Dios para conseguir la gracia, y amonesta que mediante el libre albedrío se alejen del mal y hagan el bien» (S. Tomás de Aquino, Sup. epist. ad 2 Cor. in loc.).

13,11-13 El beso era la forma habitual de saludo entre los orientales (cfr Lc 7,45). San Pablo le añade un significado religioso, como señal de la caridad sobrenatural y de la unión en la misma fe. En este sentido pasó a la liturgia eucarística más antigua.

El saludo final (v. 13) –recogido por la liturgia de la Iglesia como una de las fórmulas introductorias de la Santa Misa– constituye un testimonio explícito de la fe en la Santísima Trinidad. Santo Tomás comenta que en este saludo van incluidos todos los bienes sobrenaturales necesarios: «La gracia de Cristo, por la que somos justificados y salvados; el amor de Dios Padre, por el que somos unidos a Él; y la comunión del Espíritu Santo, que nos distribuye los dones divinos» (Sup. epist. ad 2, Cor. in loc.).

LA CARTA A LOS GÁLATAS

[Ir a Índice]

Galacia era una región interior de Asia Menor que se corresponde con la planicie de la parte central de la actual Turquía. En tiempos de San Pablo la provincia romana que recibía ese nombre se extendía hacia el sur y abarcaba también los territorios de Licaonia, donde se encontraban cuatro ciudades muy conocidas por el libro de los *Hechos de los Apóstoles*: Derbe, Listra, Iconio y Antioquía de Pisidia. En su primer viaje apostólico (años 45-49) Pablo había entrado en contacto con los habitantes de Galacia, al evangelizar el sur de la provincia. Pero fue sobre todo en su segundo viaje (años 50-53), cuando predicó directamente entre ellos (Ga 4,13; Hch 16,1-8), tal vez porque una enfermedad le obligó a detenerse allí algún tiempo. La acogida fue sumamente cordial y entrañable (Ga 4,14). El mismo Apóstol estuvo allí de nuevo el año 53 ó 54 (Hch 18,23).

Sin embargo, también llegaron allí algunos judeocristianos aferrados a sus tradiciones nacionales y religiosas, que querían poner el fundamento de la salvación del hombre en el cumplimiento de las obras de la Ley de Moisés. Es probable que algunos de esos «falsos hermanos» (Ga 2,4) quisieran corregir la doctrina de San
Pablo en las comunidades cristianas fundadas por él en su segundo viaje apostólico
(Hch 16,6), como ya habían hecho antes del Concilio de Jerusalén. No sabemos exactamente quiénes eran. Lo cierto es que constituían una amenaza constante y que presionaban a los mismos Apóstoles, pues en Antioquía habían inducido a la simulación al mismo Simón Pedro (Ga 2,11-14).

Al enterarse del peligro de los judaizantes, Pablo escribe a los gálatas esta carta que ha sido definida justamente como un grito de amor y de dolor. Fue escrita muy probablemente en Éfeso hacia el año 54/55, y resulta ser el mejor comentario a las conclusiones del Concilio de Jerusalén (cfr Hch 15,23-29), donde se había decidido que los cristianos procedentes de la gentilidad no estaban obligados a vivir las prescripciones judaicas.

El tema principal de la carta es la doctrina de la libertad de los cristianos respecto al cumplimiento de las complejas prescripciones de la Ley mosaica y de los complementos añadidos por la tradición de los escribas. Pablo proclama que sólo Cristo tiene poder para justificar y salvar, y que, por tanto, quien predique otro evangelio, transformando el Evangelio de Cristo, debe ser considerado anatema (cfr
1,4-5,8). Para los judaizantes la identidad cristiana, la pertenencia al verdadero Israel, requería la circuncisión (cfr 5,2). San Pablo reacciona con fuerza contra tal concepción, casi con vehemencia: el hombre –viene a decir– es justo para Dios sólo por la fe en Jesucristo. La identidad cristiana radica en ser hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús (3,26-29). La obra de la salvación ha consistido en que «al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y, puesto que sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ¡Abbá, Padre!» (4,4-6). Ahí radica la libertad cristiana, la libertad de los hijos de Dios, pues «para esta libertad, Cristo nos ha liberado» (5,1). La vida cristiana se desarrolla en la libertad, sobre el fundamento de la filiación divina y la fe
en Jesucristo muerto y resucitado (cfr 5,24). Los cristianos vivimos según

el Espíritu, y actuamos también según el Espíritu (5,25), que produce en nosotros sus frutos (cfr
5,22-23).

Citas del Antiguo Testamento

2,16. Sal 143,2
3,6. Gn 15,6
3,8. Gn 12,3; 18,18

3,10. Dt 27,26
3,11. Ha 2,4
3,12. Lv 18,5
3,13. Dt 21,23
3,16. Gn 22,17
4,27. Is 54,1
4,30. Gn 21,10
5,14. Lv 19,18

CARTA A LOS GÁLATAS

PRESENTACIÓN (1,1-10)

Saludo (1,1-5)

1

1 Pablo, apóstol –no de parte de los hombres ni por medio de ningún
hombre, sino por obra de Jesucristo y de Dios Padre, que le resucitó de
entre los muertos–, 2 y todos los hermanos que están conmigo, a las
iglesias de Galacia: 3 gracia y paz a vosotros de parte de Dios, nuestro
Padre, y del Señor Jesucristo, 4 que se entregó a sí mismo por nuestros
pecados, para librarnos de este mundo perverso, conforme a la voluntad
de Dios y Padre nuestro, 5 para quien es la gloria por los siglos de los
siglos. Amén.

Amonestaciones a los Gálatas (1,6-10)

6 Me sorprende que hayáis abandonado tan pronto al que os llamó
por la gracia de Cristo para seguir otro evangelio; 7 aunque no es que
haya otro, sino que hay algunos que os inquietan y quieren cambiar el
Evangelio de Cristo. 8 Pero aunque nosotros mismos o un ángel del cielo
os anunciásemos un evangelio diferente del que os hemos predicado,
¡sea anatema! 9 Como os lo acabamos de decir, ahora os lo repito: si
alguno os anuncia un evangelio diferente del que habéis recibido, ¡sea
anatema! 10 ¿Busco ahora la aprobación de los hombres o la de
Dios? ¿O es que pretendo agradar a los hombres? Si todavía pretendiera
agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo.

PRIMERA PARTE
EL EVANGELIO PREDICADO POR SAN PABLO (§ 1,11-

4,31)

I. APOLOGÍA DE SU APOSTOLADO (1,11-2,21)

La vocación de San Pablo (1,11-24)

11 Porque os hago saber, hermanos, que el Evangelio que yo os he
anunciado no es algo humano; 12 pues yo no lo he recibido ni aprendido
de ningún hombre, sino por revelación de Jesucristo. 13 Porque habéis oído
de mi conducta anterior en el judaísmo: cómo perseguía con saña a la
Iglesia de Dios y la combatía,
14 y aventajaba en el judaísmo a muchos contemporáneos de mi raza, por
ser extremadamente celoso de las tradiciones de mis padres. 15 Pero
cuando Dios, que me eligió desde el vientre de mi madre y me llamó por
su gracia, tuvo a bien 16
revelar en mí a su Hijo para que le anunciara entre los gentiles, enseguida,
sin pedir
consejo a la carne ni a la sangre, 17 y sin subir a Jerusalén a ver a los
apóstoles, mis
predecesores, me retiré a Arabia, y de nuevo volví a Damasco.
18 Luego, tres años después, subí a Jerusalén para ver a Cefas, y
permanecí a su lado quince días; 19 pero no vi a ningún otro de los
apóstoles, excepto a Santiago, el hermano del Señor. 20 De lo que os
escribo, Dios es testigo que no miento. 21 Después me fui a las regiones
de Siria y Cilicia. 22 Por eso no me conocían personalmente las iglesias de
Cristo que había en Judea. 23 Solamente
habían oído decir: «El que antes nos perseguía, predica ahora la fe que en
otro
tiempo combatía», 24 y glorificaban a Dios por mi causa.

Viaje a Jerusalén (2,1-10)

2

1 Luego, catorce años después, subí otra vez a Jerusalén con Bernabé,
llevando conmigo también a Tito. 2 Subí impulsado por una revelación y,
a solas, les expuse
a los que gozaban de autoridad el Evangelio que predico entre los gentiles,
no fuera
que corriese o hubiese corrido inútilmente. 3 Pues bien, ni siquiera Tito,
que me acompañaba, aunque era griego, fue obligado a circuncidarse. 4
Y eso, a pesar de
los falsos hermanos intrusos que se infiltraron para espiar la libertad que
tenemos
en Cristo Jesús, para reducirnos a servidumbre. 5 Pero ni por un momento
accedimos a someternos a ellos, para que la verdad del Evangelio
permanezca en vosotros.
6 En cuanto a los que se consideraba que eran autoridad –nada me
importa lo
que hayan sido en otro tiempo: Dios no hace acepción de personas–, pues
bien, los
que gozaban de autoridad, no me hicieron ninguna corrección, 7 sino que,
por el
contrario, al ver que se me había confiado la predicación del Evangelio a

los
incircuncisos, de la misma manera que a Pedro a los circuncisos [8] –pues quien dio
fuerzas a Pedro para el apostolado entre los circuncisos me las dio también a mí
para el de los gentiles–, [9] y al conocer la gracia que se me había concedido,
Santiago, Cefas y Juan –que eran considerados como columnas– nos
dieron la mano a mí y a Bernabé, en señal de comunión, para que nosotros predicásemos a
los gentiles, y ellos a los circuncisos. [10] Solamente nos recomendaron que nos
acordásemos de los pobres, cosa que he procurado hacer con empeño.

El incidente de Antioquía
(2,11-21)

11 Pero cuando vino Cefas a Antioquía, cara a cara le opuse
resistencia, porque merecía reprensión. 12 Porque antes de que llegasen
algunos de los que estaban con Santiago, comía con los gentiles; pero en
cuanto llegaron ellos, empezó a retraerse y a apartarse por miedo a los
circuncisos. 13 También los demás judíos
le siguieron en el disimulo, de manera que incluso arrastraron a Bernabé al
disimulo.
14 Pero, en cuanto vi que no andaban rectamente según la verdad del
Evangelio, le
dije a Cefas delante de todos: «Si tú, que eres judío, vives como un gentil y
no como
un judío, ¿cómo es que les obligas a los gentiles a judaizarse?» 15
Nosotros somos judíos por nacimiento; no somos pecadores procedentes
de los gentiles. 16 Y sin
embargo, como sabemos que el hombre no es justificado por las obras de
la Ley,
sino por medio de la fe en Jesucristo, también nosotros hemos creído en
Cristo Jesús, para ser justificados por la fe en Cristo y no por las obras de
la Ley, ya que por las obras de la *Ley ningún hombre será justificado*.
17 Ahora bien, si al buscar ser justificados en Cristo, nosotros somos
también
considerados pecadores, ¿es que Cristo es ministro del pecado? ¡De
ninguna
manera! 18 Pues si lo que he destruido lo vuelvo a edificar, me manifiesto
como transgresor. 19 Porque yo por la Ley he muerto a la Ley, a fin de vivir
para Dios. Con Cristo estoy crucificado: 20 vivo, pero ya no vivo yo, sino
que Cristo vive en mí. Y la
vida que vivo ahora en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me
amó y se
entregó a sí mismo por mí. 21 No anulo la gracia de Dios; pues si la justicia
viene por
medio de la Ley, entonces Cristo murió por nada.

II. EXPOSICIÓN DOCTRINAL
(3,1-4,31)

La justificación por la fe (3,1-14)

3

1 ¡Oh gálatas insensatos! ¿Quién os fascinó a vosotros, que habéis tenido
ante los ojos a Jesucristo en la cruz? 2 Sólo quiero saber de vosotros esto:
¿habéis recibido el Espíritu por las obras de la Ley o por la obediencia a la
fe? 3 ¿Tan insensatos sois? Habéis empezado con el Espíritu, ¿y acabáis
ahora en la carne? 4 ¿En vano habéis vivido cosas tan grandes? ¡Bien en
vano sería! 5 Ahora bien, el que os comunica el Espíritu y obra milagros
entre vosotros ¿lo hace por virtud de las obras de la Ley o por la
obediencia a la fe?
6 Así, Abrahán *creyó a Dios, y le fue contado como justicia*. 7 Por

tanto, daos cuenta de que quienes viven de la fe, ésos son hijos de
Abrahán. [8] La Escritura,
previendo que Dios justificaría a los gentiles por la fe, anunció de antemano
a
Abrahán: *En ti serán bendecidas todas las naciones*. [9] Así pues, los que
viven de la fe son bendecidos con el fiel Abrahán. [10] Porque todos los que
se apoyan en las
obras de la Ley están sujetos a maldición, pues está escrito: *Maldito todo el
que no
persevere en el cumplimiento de todo lo que está escrito en el libro de la
Ley*. [11]
Porque está claro que nadie es justificado delante de Dios en virtud de la
Ley, ya
que *el justo vivirá de la fe*; [12] pero la Ley no se funda en la fe, sino que
quien cumpla sus preceptos vivirá por ellos. [13] Cristo nos rescató de la
maldición de la Ley,

haciéndose maldición por nosotros, pues está escrito: *Maldito todo el que esté colgado de un madero*, 14 para que la bendición de Abrahán llegase a los gentiles en Cristo Jesús, a fin de que por medio de la fe recibiésemos la promesa del Espíritu.

La Ley y la promesa
(3,15-29)

15 Hermanos, voy a utilizar un razonamiento humano: nadie anula
ni puede añadir nada a un testamento legalmente reconocido, a pesar de
ser de un hombre.
16 Pues bien, las promesas fueron hechas a Abrahán y a su descendencia.
No dice:
«Y a los descendientes», como si hablara de muchos, sino de uno solo: *Y a tu*
descendencia, que es Cristo. 17 Con esto quiero decir: el testamento establecido
antes por Dios con la forma debida, no lo invalida la Ley, otorgada cuatrocientos
treinta años después, de modo que la promesa quede anulada. 18 Porque si la
herencia viene de la Ley, entonces no viene de la promesa; sin embargo,
Dios se la concedió gratuitamente a Abrahán por medio de la promesa.
19 ¿Para qué entonces la Ley? Fue añadida pensando en las transgresiones,
hasta que viniese la descendencia a quien iba dirigida la promesa, Ley que fue
promulgada por medio de ángeles con intervención de un mediador. 20
Ahora bien, donde actúa uno solo no cabe mediador, y Dios es uno solo. 21
Luego, ¿la Ley va en
contra de las promesas de Dios? ¡De ninguna manera! Pues si se hubiera dado una
ley capaz de vivificar, entonces la justicia vendría realmente de la Ley. 22
Pero la
Escritura encerró todas las cosas bajo el pecado, para que la promesa
fuese dada a los creyentes por la fe en Jesucristo.
23 Antes de que llegara la fe, estábamos bajo la custodia de la Ley,
encerrados en espera de la fe que debía ser revelada. 24 Por consiguiente, la Ley ha
sido nuestro pedagogo, que nos condujo a Cristo, para que fuéramos justificados
por la fe; 25 pero cuando ha llegado la fe, ya no estamos sujetos al
pedagogo.
26 En efecto, todos sois hijos de Dios por medio de la fe en Cristo Jesús. 27
Porque todos los que fuisteis bautizados en Cristo os habéis revestido de
Cristo. 28
Ya no hay diferencia entre judío y griego, ni entre esclavo y libre, ni entre varón y
mujer, porque todos vosotros sois uno solo en Cristo Jesús. 29 Si vosotros

sois de
Cristo, sois también descendencia de Abrahán, herederos según la promesa.

La filiación divina (4,1-11)

4

1 Ahora bien, mientras el heredero es menor de edad, aunque sea dueño
de todo, no se diferencia en nada de un siervo, 2 sino que está sometido a
tutores y administradores hasta el momento señalado por su padre. 3
También nosotros cuando éramos menores de edad estábamos sujetos
como esclavos a los elementos del mundo. 4 Pero al llegar la plenitud de
los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, 5
para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiésemos la
adopción de hijos. 6 Y, puesto que sois hijos, Dios envió a nuestros
corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: «¡Abbá, Padre!» 7 De manera
que ya no eres siervo, sino hijo; y como eres hijo, también heredero por
gracia de Dios.

8 Pero en otro tiempo, cuando no conocíais a Dios, servisteis a los
que realmente no son dioses. 9 Ahora, en cambio, que habéis conocido a
Dios, mejor dicho, que habéis sido conocidos por Dios, ¿cómo es que
volvéis otra vez a esos elementos sin fuerza y sin valor, a los que queréis
servir de nuevo como antes? 10
¡Seguís observando cuidadosamente los días, los meses, las estaciones y
los años!
11 Temo haberme esforzado por vosotros inútilmente.

Advertencias paternales de San Pablo
(4,12-20)

12 Os ruego, hermanos, que seáis como yo, pues también yo me
he hecho como vosotros. En nada me habéis agraviado; 13 bien sabéis
que cuando os prediqué el Evangelio la primera vez, por culpa de una
enfermedad, 14 a pesar de que esa situación era una prueba para
vosotros, no me despreciasteis ni me rechazasteis, sino que me
recibisteis como a un ángel de Dios, como al mismo Cristo Jesús.
15 ¿Entonces, dónde está aquella alegría que manifestabais? Puedo
atestiguar de vosotros que, de ser posible, os habríais arrancado los ojos
para
dármelos. 16 ¿Es que me he convertido en vuestro enemigo por deciros la
verdad?
17 El interés que muestran por vosotros no es bueno, sino que quieren
separarnos de nosotros, para que os entreguéis a ellos. 18 En cambio lo
que es bueno es mostrar siempre interés por el bien, y no sólo cuando
estoy presente entre vosotros,
19 hijos míos, por quienes padezco otra vez dolores de parto, hasta que
Cristo esté formado en vosotros. 20 Desearía estar presente ahora entre
vosotros, y cambiar el
tono de mi voz, porque no sé qué hacer con vosotros.

Alegoría de los dos Testamentos: Agar y Sara
(4,21-31)

21 Decidme, los que queréis estar sujetos a la Ley: ¿no habéis oído la
Ley? 22
Pues está escrito que Abrahán tuvo dos hijos, uno de la esclava y otro de
la libre. 23
Pero el de la esclava nació según la carne; en cambio, el de la libre, en
virtud de la
promesa. 24 Todo esto tiene un sentido alegórico, porque estas mujeres
representan los dos testamentos: uno, el del Monte Sinaí, que engendra
esclavos, es Agar. 25 La
palabra «Agar» en Arabia designa el monte Sinaí y corresponde a la
Jerusalén
actual, que es, en efecto, esclava junto con sus hijos. 26 En cambio, la
Jerusalén de arriba es libre, y es nuestra madre; 27 pues está escrito:

Alégrate, estéril, que no das a luz;
rompe en gritos de júbilo, tú que no
sufres dolores de parto,

porque son muchos los hijos de la
abandonada, más que los de la que
tiene marido.
28 Vosotros, hermanos, como Isaac, sois hijos de la promesa. 29 Pero
al igual
que entonces el que había nacido según la carne perseguía al nacido según
el
espíritu, así sucede también ahora. 30 Pero ¿qué dice la Escritura?
Expulsa a la esclava y a su hijo, pues no heredará el hijo de la esclava
con el hijo de la libre. 31
Por tanto, hermanos, no somos hijos de la esclava, sino de la libre.

SEGUNDA PARTE

LIBERTAD Y CARIDAD CRISTIANAS

(§ 5,1-6,18)

III. EXHORTACIONES MORALES

(5,1-6,10)

La libertad cristiana

(5,1-12)

5

1 Para esta libertad Cristo nos ha liberado. Manteneos, por eso, firmes, y
no os dejéis sujetar de nuevo bajo el yugo de la servidumbre. 2 Mirad:
yo, Pablo, os digo que, si os circuncidáis, Cristo no os servirá de nada. 3
Y lo vuelvo a atestiguar a todo hombre que se circuncida: queda
obligado a cumplir toda la Ley. 4 Os habéis separado de Cristo los que
buscáis la justicia en la Ley; os habéis apartado de la gracia. 5 Pues
nosotros, por el espíritu, anhelamos a partir de la fe el fruto de la
justicia. 6 Porque en Cristo Jesús no tienen valor ni la circuncisión ni la
falta de circuncisión, sino la fe que actúa por la caridad.

7 Estabais corriendo bien. ¿Quién os ha impedido obedecer a la
verdad? 8
Esa persuasión no procede del que os llamó. 9 Un poco de levadura hace
fermentar toda la masa. 10 Yo confío en vosotros en el Señor que no
tendréis otro sentir. El que os desconcierta, sea quien sea, recibirá el
castigo merecido. 11 En cuanto a mí,
hermanos, si predico aún la circuncisión, ¿por qué me persiguen todavía?
Entonces
habría desaparecido el escándalo de la cruz. 12 ¡Ojalá se mutilaran los que
os
inquietan!

Los frutos del Espíritu y las obras de la carne

(5,13-26)

13 Porque vosotros, hermanos, fuisteis llamados a la libertad. Pero
que esta libertad no sea pretexto para la carne, sino servíos unos a otros
por amor. 14 Pues toda la Ley se resume en este único precepto: *Amarás a
tu prójimo como a ti mismo*.
15 Y si os mordéis y os devoráis unos a otros, mirad que acabaréis por
destruiros.

16 Y os digo: caminad en el Espíritu y no deis satisfacción a la
concupiscencia de la carne. 17 Porque la carne tiene deseos contrarios al
espíritu, y el espíritu tiene
deseos contrarios a la carne, porque ambos se oponen entre sí, de modo
que no
podéis hacer lo que os gustaría.

18 Si os dejáis conducir por el Espíritu, no estáis sujetos a la Ley. 19

Ahora
bien, están claras cuáles son las obras de la carne: la fornicación, la impureza, la
lujuria, 20 la idolatría, la hechicería, las enemistades, los pleitos, los
celos, las iras, las riñas, las discusiones, las divisiones, 21 las envidias, las embriagueces, las
orgías y cosas semejantes. Sobre ellas os prevengo, como ya os he dicho, que los
que hacen esas cosas no heredarán el Reino de Dios. 22 En cambio, los frutos del
Espíritu son: la caridad, el gozo, la paz, la longanimidad, la benignidad, la bondad, la
fe, 23 la mansedumbre, la continencia. Contra estos frutos no hay ley.
24 Los que son de Jesucristo han crucificado su carne con sus
pasiones y concupiscencias. 25 Si vivimos por el Espíritu, caminemos
también según el Espíritu.

26 No seamos ambiciosos de vanagloria, provocándonos unos
a otros, envidiándonos recíprocamente.

Caridad fraterna
(6,1-10)

6

1 Hermanos, si a alguien se le sorprendiera en alguna falta, vosotros, que
sois espirituales, corregidle con espíritu de mansedumbre, fijándote en ti
mismo, no vaya a ser que tú también seas tentado. 2 Llevad los unos las
cargas de los otros y así cumpliréis la ley de Cristo. 3 Porque sí alguno se
imagina que es algo, sin ser nada, se engaña a sí mismo. 4 Que cada uno
examine su propia conducta, y entonces podrá gloriarse solamente en sí
mismo y no en otro; 5 porque cada uno tendrá que llevar su propia carga.
6 Que el discípulo comparta toda clase de bienes con el que le
instruye. 7 No os engañéis: de Dios nadie se burla. Porque lo que uno
siembre, eso recogerá: 8 el
que siembra en su carne, de la carne cosechará corrupción; y el que
siembre en el
espíritu, del espíritu cosechará la vida eterna. 9 No nos cansemos de
hacer el bien, porque si perseveramos, a su tiempo recogeremos el fruto.
10 Por tanto, mientras
disponemos de tiempo hagamos el bien a todos, pero especialmente a los
hermanos
en la fe.

IV. CONCLUSIÓN
(6,11-18)

11 Fijaos con qué letras tan grandes os escribo de mi propia mano. 12
Todos los que quieren ser bien vistos según la carne, ésos os obligan a
circuncidaros, únicamente para que no les persigan por causa de la cruz
de Cristo; 13 porque ni los mismos que se circuncidan guardan la Ley, y lo
que en realidad quieren es que vosotros os circuncidéis para gloriarse en
vuestra carne. 14 ¡Que yo nunca me gloríe más que en la cruz de nuestro
Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el
mundo!
15 Porque ni la circuncisión ni la falta de circuncisión importan, sino
la nueva criatura. 16 Para todos los que sigan esta norma, paz y
misericordia, lo mismo que
para el Israel de Dios.
17 En adelante, que nadie me importune, porque llevo en mi
cuerpo las
señales de Jesús.
18 Hermanos, que la gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con
vuestro
espíritu. Amén.

1,1-10 La introducción de la carta se compone del saludo a los destinatarios (vv. 1-5) y de la ocasión que la motivó: quiere prevenirles de una posible falsificación del evangelio (vv.
6-10).
1,1-5 En el saludo, el Apóstol recuerda su condición de elegido de Jesucristo, lo mismo que
los otros Apóstoles (cfr Hch 9,1-18). Sus palabras ofrecen los dos ejes en torno a los cuales gira toda la carta: la reafirmación de su autoridad apostólica (v. 1) y la eficacia de la Redención universal cumplida por Jesucristo (v. 4). El primer tema ocupa los caps. 1 y 2; el segundo, el resto del escrito.

1,6-10 El «Evangelio de Cristo» que Pablo había predicado a los gálatas consistía en el anuncio de que Jesucristo es el único Salvador. Los predicadores que perturbaban a los gálatas afirmaban que la salvación venia por la circuncisión y el cumplimiento de la Ley. Pablo, con su enseñanza, se había ganado la enemistad de aquellos judíos. Ésa era una señal de que con su predicación no buscaba agradar a los hombres, sino servir a Dios (cfr v. 10).

§ 1,11-4,31 El Evangelio que San Pablo predicaba a los gentiles no les exigía hacerse primero judíos y someterse a todas las prescripciones de la Ley. Esto levantó la oposición de algunos espíritus cerrados, incapaces de reconocer la novedad del ofrecimiento gratuito de salvación hecho por Jesucristo. Frente a ellos, Pablo, por una parte, apela a su condición de Apóstol y a su comunión con los demás Apóstoles (1,11-2,21) y, por otra, muestra, apoyándose en la Escritura, que sólo Cristo, y no la Ley de Moisés, puede salvar al hombre (3,1-4,31).

1,11-2,21 San Pablo, para defender el carácter sobrenatural de su misión así como la verdad de su Evangelio, recuerda las etapas principales de su vida: su vocación (1,11-24), el viaje a Jerusalén con Bernabé y Tito, probablemente con ocasión del Concilio de los Apóstoles (2,1-10), y el episodio de Antioquía (2,11-21).

1,11-24 El relato de su vocación confirma la autenticidad de lo que enseñaba. Pablo muestra así que su Evangelio –aunque lógicamente coincide y queda contrastado con el que proclamaban los demás Apóstoles (cfr 1 Co 15,3; Ga 2,2)– no viene de un hombre, sino de una revelación del mismo Jesucristo. Su vocación, como la de otros enviados por Dios (cfr Jr 1,5; Is 49,1-5; Lc 1,14; etc.), manifiesta la iniciativa gratuita divina y la ausencia de méritos personales previo.

Probablemente, este «Santiago, el hermano del Señor» (v. 19) es Santiago el Menor, que dirigió la comunidad cristiana de Jerusalén.

2,1-10 Algunos cristianos procedentes del judaísmo pensaban que los paganos convertidos al cristianismo tenían que someterse a las prescripciones de la Ley mosaica, y exigían que se circuncidaran como todos los judíos. En Jerusalén se originó una fuerte polémica al respecto. Pablo, movido por una revelación divina, parte de Antioquía junto con Bernabé y Tito, e interviene para afirmar de modo inequívoco la fuerza salvadora de la redención de Cristo: aceptar la postura de tales judaizantes era vaciar el valor redentor de la vida, muerte y resurrección de Jesús. Los que hacían cabeza, las «columnas» de la Iglesia, reconocieron la rectitud de la predicación de Pablo y vieron en la misión recibida por él de dedicarse a anunciar el Evangelio a los gentiles, una nueva manifestación de la misericordia divina.

San Pablo cumplió el encargo de los Apóstoles de no olvidarse de promover colectas en favor de los pobres (cfr 1 Co 16,1-3; 2 Co 8,1-15; 9,15, etc.). Era un signo de comunión con la iglesia madre de Jerusalén.

2,11-21 El Apóstol, que cuando era necesario cedía en cuestiones accesorias (cfr Hch 16,3; 21,22-26; Rm 14,1-12; 1 Co 10,23-30), se manifestó siempre firme con relación a la libertad de los cristianos respecto de las obras que prescribía la Ley mosaica. San Pedro, al dejar de participar en las comidas de los gentiles, aparentaba sentirse obligado a cumplir las prescripciones de la Ley. Por eso Pablo interviene decididamente. «Los que estaban con Santiago» (v. 12) se refiere a los judeocristianos que venían de Jerusalén, donde Santiago, «el hermano del Señor», había quedado como cabeza de aquella iglesia. Es comprensible que siguieran las costumbres judías. Pero San Pablo proclama la novedad radical de la fe cristiana frente al judaísmo: sólo la adhesión a Cristo nos hace agradables a Dios, nos justifica ante Él. Si volviéramos ahora a la observancia de la Ley mosaica –viene a decir–, daríamos a entender que el haberla abandonado, al abrazar la fe en Cristo, nos ha hecho pecadores y que Cristo habría sido el causante, el ministro del pecado (v. 17). Si

nos adherimos a Cristo por la fe, Él vive en nosotros, y así, con Él y como Él, vivimos para Dios.
«Cristo en el creyente se va formando por la fe en lo profundo de su ser, llamado a la libertad de la gracia, manso y humilde de corazón, que no se jacta del mérito de sus obras,
porque de suyo no tienen valor (...). Y Cristo se forma en el que asimila la forma de Cristo, y asimila la forma de Cristo el que se une a él con amor espiritual» (S. Agustín, Exp. Epist. ad Gal. 38).
3,1-4,31 La parte doctrinal de la carta aborda el lema de la justificación por la fe en
Jesucristo y no por las obras de la Ley mosaica, que fue dada para preparar la ley de Cristo.

En Cristo se cumplen las promesas hechas a Abrahán (3,1-29). En consecuencia, el cristiano, hijo de Dios, libre y no esclavo, recibe la herencia de su Padre (4,1-31).

3,1-14 Movido por el amor a los gálatas, Pablo sufre porque se han olvidado de que la salvación viene sólo de Jesucristo y no de la Ley. Ellos son testigos de que han recibido la justificación sin oír hablar siquiera de la Ley, puesto que han recibido el Espíritu Santo antes de la llegada de los judaizantes (vv. 1-5). Basta que recuerden los carismas que se han manifestado entre ellos.

Por otra parte está el ejemplo de Abrahán (vv. 6-9). El Señor le prometió la bendición para su descendencia, estableció con él una Alianza y le justificó no por las obras de la Ley, que no había sido aún promulgada, sino por su fe (cfr Rm 4,1) de la misma forma, todos los que han creído y creerán en Dios como Abrahán serán de verdad descendientes suyos y recibirán también la bendición divina.

Por último, la Ley de Moisés, lejos de traer la salvación, es causa más bien de muerte espiritual, en cuanto que todo precepto lleva consigo la pena que se deriva de su incumplimiento (vv. 10-14). El Señor nos libró de la maldición de la Ley al cargar voluntariamente con el castigo que merecía el pecado del hombre (v. 13). Por tanto, someterse de nuevo a la Ley equivaldría a considerar superfluo el sacrificio de nuestro Redentor.

3,15-29 Pablo propone la promesa hecha por Dios a la descendencia de Abrahán como argumento en favor de la justificación por la fe. Primero explica que la promesa se refería a Cristo (vv. 15-16). Después arguye que la promesa divina es como un testamento inalterable (vv. 17-18). Dios es «misericordioso y fiel» (cfr Ex 34,6) y lo que promete lo cumple. Por eso lo que Dios prometió a Abrahán no podía quedar anulado por la Ley de Moisés, promulgada mucho tiempo después. El papel de la Ley era mostrar y castigar las transgresiones cometidas antes de la llegada de Cristo (vv. 19-22). Esto no va contra la promesa de salvación hecha a Abrahán, antes al contrario, ya que la Ley indica qué es el pecado y enseña al mismo tiempo que ese pecado puede y ha de ser redimido. Por eso la Ley fue dada por Dios como pedagogo para guardar y guiar a los hombres hacia Cristo. En tiempos de San Pablo el pedagogo era el criado que tenía como misión cuidar de los niños y llevarlos a la escuela; su misión cesaba cuando el niño llegaba a la mayoría de edad (vv. 23-25). Al llegar la Redención obrada por Jesucristo (v. 26b), el hombre alcanza su mayoría de edad y con ella su libertad respecto del pedagogo. Por la fe en Cristo y mediante el Bautismo el hombre se transforma en hijo de Dios y se reviste de Cristo (v. 27). Desde ese momento toda diferencia entre los hombres desaparece (v. 28), todos vienen a ser descendencia de Abrahán y partícipes de las promesas que a él le fueron hechas. «No hay, pues, más que una raza: la raza de los hijos de Dios. No hay más que un color: el color de los hijos de Dios. Y no hay más que una lengua: ésa que habla al corazón y a la cabeza, sin ruido de palabras, pero dándonos a conocer a Dios y haciendo que nos amemos los unos a los otros» (S. Josemaría Escrivá, Hom. 1. 106).

4,1-11 San Pablo presenta una síntesis de la historia de la humanidad y de cada hombre bajo el punto de vista de la salvación otorgada por Dios. Incluye tanto a los judíos, sometidos a la Ley, como a los paganos esclavizados por los ídolos de este mundo. Pero la situación ha cambiado radicalmente con la venida de Cristo. La historia ha llegado a su momento culminante en el que ha quedado definitivamente orientada hacia Dios. Cristo, nacido como verdadero hombre, y como judío, con su obra redentora ha liberado a los judíos del yugo de la Ley, y a los gentiles de la esclavitud de la idolatría. En Cristo, Dios ofrece a todos por igual la posibilidad de llegar a ser hijos suyos, y a todos envía el Espíritu de su Hijo (v. 6). «La generación de Cristo es el comienzo del pueblo cristiano, y el nacimiento de la cabeza lo es al mismo tiempo del cuerpo. (...) Cualquier hombre que cree (...) ya no pertenece a la ascendencia de su padre carnal, sino a la simiente del Salvador, que se hizo precisamente Hijo del hombre, para que

nosotros pudiésemos llegar a ser hijos de Dios» (S. León Magno, Serm. 6 in Nativ. 2).

Pablo, junto a la afirmación de la preexistencia de Cristo como Hijo de Dios, subraya ahora su verdadera humanidad como «nacido de mujer» (v. 4).

4,12-20 Recuerda a los gálatas el momento en que se convirtieron a Cristo, con el fin de atraerlos de nuevo al Evangelio. Su preocupación es que se identifiquen con Cristo. Para que lo entiendan les pide que imiten la forma de vida que han visto en él. Los discípulos de

Cristo tienen que esforzarse en asemejarse a Él hasta que Él crezca y se forme en ellos.
«Por eso somos integrados en los misterios de su vida: con Él estamos identificados, muertos y resucitados hasta que reinemos con Él. (...) Nos unimos a sus sufrimientos como el cuerpo a su cabeza. Sufrimos con Él para ser glorificados con Él» (C. Vat. II, Lum. gent. 7).

4,21-31 Vuelve al tema de Abrahán para explicar la libertad ganada por Cristo. Sara, la esposa de Abrahán era estéril, por lo que el patriarca, siguiendo las costumbres de su época, tuvo un hijo de la esclava Agar: Ismael. Pero Dios le prometió un hijo de Sara y cumplió su promesa: siendo Abrahán ya anciano y sin vigor, Sara dio a luz a Isaac (Gn 15,4; 17,19). Pablo ve un sentido alegórico en las dos esposas de Abrahán: la esclava representa al pueblo judío sometido a la Ley; la esposa libre, a la Iglesia, fruto de la promesa divina, porque los cristianos se parecen a Isaac: existen en virtud de la promesa de Dios, no por la Ley.

Las palabras del v. 29 glosan la escena narrada en Gn 21,9 conforme a una tradición rabínica según la cual Ismael maltrataba en los juegos a Isaac (Talmud, Sota 6,6 glosa de Rabí Ismael † 1/2 s II a Gn 21,9). San Pablo señala que los que han sido liberados de la Ley por la muerte de Cristo sufren opresión por parte de los que quieren permanecer sujetos a la Ley, los judíos. También en esa persecución ve una señal de que las promesas se han cumplido en Jesucristo.

§ 5,1-6,18 San Pablo muestra las consecuencias existenciales de la salvación realizada por Cristo en el cristiano. Sólo desde la libertad podemos actuar en caridad, y la caridad, a su vez, orienta y desarrolla auténticamente la libertad (5,1-6,10). Concluye la carta dejando un testimonio de cómo vive él esa libertad (6,11-18).

5,1-6,10 La parte moral de la carta comienza recordando que la ley de Cristo es ley de libertad, opuesta a la ley de la circuncisión (5,1-12). Como consecuencia, las obras que pide la Nueva Ley, las obras del Espíritu, se oponen a las obras que produce la carne y el pecado (5,13-26). El precepto fundamental de la ley de Cristo es la caridad (6,1-10).

5,1-12 La libertad del cristiano es fruto de la obra redentora de Cristo, cuyo efecto nos llega por la fe en Él. A partir de ahí el cristiano anhela la justicia, la santidad, movido por el espíritu de Jesucristo. Nada importa ya su condición anterior, es decir, su procedencia del judaísmo o de la gentilidad. Lo importante es la fe que obra por la caridad (v. 6): «Cuando se pregunta si algún hombre es bueno no se averigua qué cree o espera, sino qué es lo que ama. Porque quien ama rectamente sin duda alguna también rectamente cree y espera; pero el que no ama, en vano cree, aunque sea verdad lo que cree (...). Por tanto, esta es la fe de Cristo, que encarece el Apóstol, la que “actúa por la caridad”» (S. Agustín, Enchir. 117).

5,13-26 La libertad cristiana no significa que todo esté permitido, sino que el hombre es capaz de caminar hacia Dios, su verdadero y último fin. Se es libre cuando se es conducido por el Espíritu de Dios. Éste da fuerza al espíritu humano para superar las inclinaciones de la carne denunciadas por la Ley, y para producir, en cambio, aquellos frutos que están por encima de la Ley (v. 22). «Los frutos enumerados por el Apóstol son aquellos que el Espíritu Santo causa y comunica a los hombres justos, aun durante esta vida, y están llenos de toda dulzura y gozo, pues son propios del Espíritu Santo, que “en

la Trinidad es el amor del
Padre y del Hijo y que llena de infinita dulzura a todas las criaturas” (S. Agustín, De Trinitate
5,9)» (León XIII, Div. ill. mun. 12).

6,1-10 Los cristianos también tenemos una ley que cumplir: la ley de Cristo, que no es otra
que la ley del amor sincero, la ley del Espíritu. «Jesús hace de la caridad el mandamiento nuevo (cfr Jn 13,34). Amando a los suyos “hasta el fin” (Jn 13,1), manifiesta el amor del Padre que ha recibido. Amándose unos a otros, los discípulos imitan el amor de Jesús que reciben también en ellos» (CCE 1823).

El sometimiento a las prescripciones legales de los judíos llevaba a algunos a creerse mejores que los demás. Su orgullo procedía del desconocimiento que tenían de sí mismos.

Por eso el Apóstol exhorta a que cada uno se examine con sinceridad, de cara a Dios, que todo lo ve. «El hombre de sí mismo no es sino vanidad, y si otra cosa más es, por el Señor Dios lo es» (S. Juan de Ávila, Audi, filia 66).

6,11-18 La carta termina con unas letras escritas por San Pablo de su propio puño,
añadidas a las del secretario que había copiado sus palabras. El Apóstol hace un breve

resumen de la doctrina ya expuesta y envía una vibrante despedida. Desenmascara las intenciones de los que perturbaban a los gálatas. Los circuncisos se jactaban de llevar en su carne la señal de la Antigua Alianza, la circuncisión. Pablo les hace ver que sólo hay un motivo de gloria para él: la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, con la que se selló la Nueva Alianza, y se cumplió la Redención. Por eso ha llegado a ser la señal del cristiano. El alma fue creada -comenta Edith Stein- para la unión con Dios mediante la cruz, redimida en la cruz, «consumada y santificada en la Cruz, para quedar marcada con el sello de la Cruz por toda la eternidad» (Cienc. Cruz. 337).

LA CARTA A LOS EFESIOS

[Ir a Índice]

Éfeso, situada en la desembocadura del río Lico, era en tiempos de San Pablo la población más importante de Asia Menor. Allí se detuvo el Apóstol a finales de su segundo viaje apostólico (años 50-53) y, más tarde, al comienzo de su tercer viaje (años 54-57). En esta segunda ocasión permaneció en Efeso más de dos años (cfr Hch 19,20), y fue tal la amplitud de su predicación que tanto judíos como griegos de toda la provincia pudieron conocer el Evangelio.

La *Carta a los Efesios* es en su forma algo distinta de las demás cartas paulinas. La falta de referencias personales y saludos, así como la ausencia de la palabra «Éfeso» en algunos de los más antiguos e importantes manuscritos, hacen pensar que quizá fuera una misiva circular dirigida a las iglesias de la zona de Frigia, en la que se encuentran Éfeso y otras ciudades como Laodicea, Colosas, etc. La *Carta a los Efesios* trata aproximadamente los mismos temas que la dirigida a los colosenses pero con mayor amplitud, profundidad y serenidad, por lo que cabe pensar que ambas fueron escritas hacia la misma época. Según se puede colegir del conjunto de datos bíblicos y extrabíblicos que poseemos, Pablo se enfrenta con ciertas doctrinas que afirman que el gobierno del universo está regido por poderes intermedios entre Dios y los hombres. Estos poderes, cada uno según su rango, intervendrían también en la historia humana, por lo que el hombre debía conocerlos y tenerlos a su favor mediante ciertos ritos y prácticas ascéticas. Frente a tales elucubraciones gnóstico-helenísticas, el Apóstol expone, de varias maneras y en diversos pasajes, que Cristo Jesús es la cabeza de todos los seres, tanto celestiales como terrestres; su señorío es absoluto y Él es el Salvador de todos; ninguna realidad existente puede sustraerse al señorío de Jesucristo, cuyo Cuerpo es la Iglesia.

Comienza la carta con un grandioso himno o cántico en el que se alaba el plan salvador de Dios, llevado a cabo por Cristo, en favor de los elegidos, de la Iglesia y de la humanidad (1,3-14). A causa del pecado, todos los seres creados habían quedado desorientados y desunidos entre sí y en relación a Dios, pero ahora, mediante la Redención operada por Cristo, son reconducidos a la unidad entre sí y con Dios, ya que Cristo, encarnado y glorificado, ha sido constituido Cabeza de todos ellos (1,3-2,22). De ahí Pablo pasa a la contemplación del ser profundo de la Iglesia. Ella es el instrumento universal de salvación que Cristo ha creado, haciéndola su cuerpo, su plenitud, su esposa inmaculada, para aplicar a la humanidad la salvación que Él ha realizado con su muerte y resurrección (3,1-20).

Como es costumbre en el Apóstol, de la doctrina teológica extrae las conclusiones prácticas morales y ascéticas (4,1-6,24): todos los fieles deben vivir la unidad en la caridad, pues forman un solo cuerpo con Cristo, animado por el mismo Espíritu. De ahí desciende a las aplicaciones concretas: los deberes de los cónyuges, padres e hijos, señores y siervos, etc. Todos deben vivir con la misma exigencia, pues todos reciben el influjo vivificante de la Cabeza que es Cristo Jesús.

Citas del Antiguo Testamento

1,22. Sal 8,7
2,17. Is 57,19

4,8. Sal 68,19
4,25. Za 8,16
4,26. Sal 4,5
5,31. Gn 2,24
6,2-3. Ex 20,12; Dt 5,16
6,14. Is 11,5; 59,17

6,15. Is 52,7
6,17. Is 49,2

CARTA A LOS EFESIOS

Saludo (1,1-2)

1

1 Pablo, apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios, a los santos y fieles
en Cristo Jesús que están en Éfeso: 2 la gracia y la paz de Dios, nuestro
Padre, y del Señor Jesucristo estén con vosotros.

PRIMERA PARTE
LA MANIFESTACIÓN DEL MISTERIO DE DIOS
(§ 1,3-3,21)

I. EL PLAN DIVINO DE SALVACIÓN
(1,3-2,22)

Canto de bendición
(1,3-14)

3 Bendito sea el Dios y Padre
de nuestro Señor
Jesucristo, que nos ha
bendecido en Cristo
con toda bendición espiritual en los cielos,
4 ya que en él nos eligió
antes de la creación del
mundo para que fuéramos santos y
sin mancha
en su presencia, por el amor;
5 nos predestinó a ser sus hijos adoptivos
por Jesucristo
conforme al beneplácito de su voluntad,
6 para alabanza y gloria de su gracia,
con la cual nos hizo gratos en el Amado,
7 en quien, mediante su sangre,
tenemos la
redención, el perdón de
los pecados,
según las riquezas de su gracia,
8 que derramó sobre nosotros sobreabundantemente
con toda sabiduría y prudencia.
9 Nos dio a conocer el misterio de su voluntad,

según el benévolo designio
que se había propuesto realizar mediante él
10 y llevarlo a cabo en la plenitud de los tiempos:
recapitular en Cristo todas las cosas,

las de los cielos y las de la tierra.
En él, [11] por quien también fuimos constituidos herederos,
predestinados según el designio de quien realiza todo con arreglo al
consejo de su voluntad, [12]
para que nosotros, los que antes habíamos esperado en el Mesías,
sirvamos para
alabanza de su gloria. [13] Por él también vosotros, una vez oída la palabra
de la
verdad –el Evangelio de nuestra salvación–, al haber creído, fuisteis
sellados con el
Espíritu Santo prometido, [14] que es prenda de nuestra herencia, para
redención de
los que ha hecho suyos, para alabanza de su gloria.

Acción de gracias y proclamación de la supremacía de Cristo (1,15-23)

[15] Por eso, también yo, al tener noticias de vuestra fe en el Señor
Jesús y de la caridad con todos los santos, [16] no ceso de dar gracias por
vosotros, al recordaros en mis oraciones, [17] para que el Dios de nuestro
Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os conceda el Espíritu de sabiduría
y de revelación para conocerle; [18] iluminando los ojos de vuestro corazón,
para que sepáis cuál es la esperanza a la que os llama, cuáles las riquezas
de gloria dejadas en su herencia a los santos, [19] y cuál es la suprema
grandeza de su poder en favor de nosotros, los creyentes, según la
eficacia de su fuerza poderosa.
[20] Él la ha puesto por obra en Cristo resucitándole de entre los
muertos y sentándole a su derecha en los cielos, [21] por encima de todo
principado, potestad,
virtud y dominación y de todo cuanto existe, no sólo en este mundo sino
también en
el venidero. [22] *Todo lo sometió bajo sus pies* y a él lo constituyó cabeza de
todas las cosas en favor de la Iglesia, [23] que es su cuerpo, la plenitud de
quien llena todo en
todas las cosas.

El don gratuito de la salvación (2,1-10)

2

[1] Y vosotros estabais muertos por vuestros delitos y pecados, [2] en los
cuales vivisteis inmersos en otro tiempo siguiendo el espíritu de este
mundo, de acuerdo con el príncipe del poder del aire, el espíritu que
actúa ahora en los hijos de la rebeldía. [3] Entre éstos también todos
nosotros vivimos en otro tiempo en la concupiscencia de nuestra carne,
siguiendo los deseos de la carne y de los malos pensamientos, puesto
que éramos por naturaleza hijos de la ira como los demás. [4]
Pero Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, [5]
aunque

estábamos muertos por nuestros pecados, nos dio vida en Cristo –por gracia habéis
sido salvados–, 6 y con él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos por Cristo
Jesús, 7 a fin de manifestar a los siglos venideros las abundantes riquezas de su
gracia, por su bondad con nosotros por medio de Cristo Jesús.
8 Así pues, por gracia habéis sido salvados mediante la fe; y esto no
procede de vosotros, puesto que es un don de Dios: 9 es decir, no
procede de las obras, para que nadie se gloríe, 10 ya que somos hechura
suya, creados en Cristo Jesús,
para hacer las obras buenas, que Dios había preparado para que las
practicáramos.

Reconciliación en Cristo de los gentiles
(2,11-22)

11 Recordad, por tanto, que en otro tiempo vosotros, los gentiles
según la carne, los llamados «sin circuncisión» por los que se dicen «la
circuncisión»
–practicada por mano de hombre en la carne–, 12 vivíais entonces sin
Cristo, erais
ajenos a la ciudadanía de Israel, extraños a las alianzas de la promesa, sin
esperanza y sin Dios en el mundo. 13 Ahora, sin embargo, por Cristo Jesús,
vosotros, que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido acercados por la
sangre de
Cristo. 14 En efecto, él es nuestra paz: el que hizo de los dos pueblos
uno solo y derribó el muro de la separación, la enemistad, 15 anulando
en su carne la ley
decretada en los mandamientos. De ese modo creó en sí mismo de los dos
un
hombre nuevo, estableciendo la paz 16 y reconciliando a ambos con Dios
en un solo cuerpo, por medio de la cruz, dando muerte en sí mismo a la
enemistad. 17 Y en su
venida os *anunció la paz* a vosotros, *que estabais lejos, y también la paz a
los de
cerca*, 18 pues por él unos y otros tenemos acceso al Padre en un mismo
Espíritu.
19 Por lo tanto, ya no sois extraños y advenedizos sino
conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios, 20
edificados sobre el cimiento de los apóstoles y los profetas, siendo piedra
angular el mismo Cristo Jesús, 21 sobre quien toda la edificación se alza
bien compacta para ser templo santo en el Señor,
22 en quien también vosotros entráis a formar parte del edificio para ser
morada de
Dios por el Espíritu.

II. ANUNCIO DEL MISTERIO DE CRISTO
(3,1-21)

Misión de San Pablo
(3,1-13)

3

1 Por eso yo, Pablo, soy el prisionero de Cristo Jesús por vosotros los
gentiles. 2 Ya habréis oído que Dios me concedió el encargo de administrar
su gracia en favor vuestro, 3 pues mediante una revelación se me dio a
conocer el misterio, como brevemente lo he descrito antes. 4 Por su
lectura podéis captar el conocimiento que tengo del misterio de Cristo, 5
que no se dio a conocer a los hijos de los hombres en otras generaciones,
como ahora ha sido revelado a sus santos apóstoles y profetas por el
Espíritu: 6 a saber, que los gentiles son coherederos, miembros de un

mismo cuerpo y copartícipes de las promesas en Cristo Jesús mediante el Evangelio, [7] del cual he sido constituido servidor, según el don de la gracia de Dios, que me ha sido dada por su fuerza poderosa. [8] A mí, el menor de todos los santos, me ha sido otorgada esta gracia: anunciar a los gentiles la insondable riqueza de Cristo [9] e iluminar a todos acerca del cumplimiento del misterio que durante siglos estuvo escondido en Dios, el Creador de todas las cosas, [10] para dar a conocer ahora a los principados y a las potestades en los cielos las múltiples formas de la sabiduría de Dios, por medio de la Iglesia, [11] conforme al plan eterno que ha realizado por medio de Cristo Jesús, Señor nuestro, [12] en quien tenemos la segura confianza de llegar a Dios, mediante la fe en él.

13 Por ello pido que no os desaniméis a causa de mis
tribulaciones por vosotros. Ellas son vuestra gloria.

Oración del Apóstol
(3,14-19)

14 Por este motivo, me pongo de rodillas ante el Padre, 15 de quien
toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, 16 para que,
conforme a las riquezas de su gloria, os conceda fortaleceros firmemente
en el hombre interior mediante su Espíritu. 17 Que Cristo habite en
vuestros corazones por la fe, para que, arraigados
y fundamentados en la caridad, 18 podáis comprender con todos los
santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad; 19 y
conocer también el amor de
Cristo, que supera todo conocimiento, para que os llenéis por completo de
toda la
plenitud de Dios.

Doxología (3,20-21)

20 Al que tiene poder sobre todas las cosas para concedernos
infinitamente más de lo que pedimos o pensamos, gracias a la fuerza que
despliega en nosotros,
21 a Él sea dada la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús por todas las
generaciones
por los siglos de los siglos. ¡Amén!

SEGUNDA PARTE
VIDA CRISTIANA EN LA IGLESIA
(4,1-6,24)

III. LA VIDA NUEVA EN CRISTO Y EN LA IGLESIA
(4,1-32)

Llamada a la unidad
(4,1-16)

4

1 Así pues, os ruego yo, el prisionero por el Señor, que viváis una vida
digna de la vocación a la que habéis sido llamados, 2 con toda humildad
y mansedumbre, con longanimidad, sobrellevándoos unos a otros con
caridad, 3 continuamente dispuestos a conservar la unidad del Espíritu
con el vínculo de la paz. 4 Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como habéis
sido llamados a una sola esperanza: la de vuestra vocación. 5 Un solo
Señor, una sola fe, un solo bautismo, 6 un solo Dios y Padre de todos: el

que está sobre todos, por todos y en todos.

7 A cada uno de nosotros, sin embargo, ha sido dada la gracia en la medida en que Cristo quiere otorgar sus dones. 8 Por esto dice:

Subiendo a lo alto llevó cautiva la
cautividad
y concedió dones a los
hombres.

9 ¿Qué significa «subió» sino que primero descendió a las regiones inferiores de la tierra? 10 El que bajó es el mismo que subió por encima de todos los cielos,
para llevarlo todo a la plenitud.

11 Él constituyó a algunos como apóstoles, a otros profetas, a otros

evangelizadores, a otros pastores y doctores, [12] a fin de que trabajen en perfeccionar a los santos cumpliendo con su ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, [13] hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la plenitud de Cristo, [14] para que ya no seamos niños que van de un lado a otro y están zarandeados por cualquier corriente doctrinal, por el engaño de los hombres, por la astucia que lleva al error. [15] Por el contrario, viviendo la verdad con caridad, crezcamos en todo hacia aquel que es la cabeza, Cristo, [16] de quien todo el cuerpo
–compacto y unido por todas las articulaciones que lo sostienen según la energía correspondiente a la función de cada miembro– va consiguiendo su crecimiento para su edificación en la caridad.

Renovación interior
(4,17-24)

[17] Por lo tanto, digo y testifico esto en el Señor: que ya no viváis como viven los gentiles, en sus vanos pensamientos, [18] con el entendimiento oscurecido, ajenos a la vida de Dios, a causa de la ignorancia en que están por la ceguera de sus corazones. [19] Indolentes, se dieron a la perversión, para obrar con avidez toda impureza.
[20] No es esto, en cambio, lo que vosotros aprendisteis de Cristo [21] –si es que
en efecto le habéis escuchado y habéis sido enseñados conforme a la verdad de
Jesús– [22] para abandonar la antigua conducta del hombre viejo, que se corrompe conforme a su concupiscencia seductora, [23] para renovaros en el espíritu de vuestra mente [24] y revestiros del hombre nuevo, que ha sido creado conforme a Dios en
justicia y santidad verdaderas.

Las virtudes cristianas
(4,25-32)

[25] Por eso, apartándoos de la mentira, *que cada uno diga la verdad a su prójimo*, porque somos miembros unos de otros. [26] *Si os enojáis, no pequéis*; no se ponga el sol estando todavía airados, [27] y no deis ocasión al diablo. [28] El que robaba, que no robe ya más, sino trabaje seriamente, ocupándose con sus propias manos en algo honrado, para que así tenga con qué ayudar al necesitado. [29] Que no salga de vuestra boca ninguna palabra mala, sino lo que sea bueno para la necesaria edificación y así contribuya al bien de los que escuchan. [30] Y no
entristezcáis al Espíritu Santo de Dios con el que habéis sido sellados para el día de la redención.
[31] Que desaparezca de vosotros toda amargura, ira, indignación, griterío o blasfemia y cualquier clase de malicia. [32] Sed, por el contrario, benévolos unos con
otros, compasivos, perdonándoos mutuamente como Dios os perdonó en Cristo.

IV. LA SANTIDAD CRISTIANA

(5,1-
20)

La vida limpia de los hijos de Dios (5,1-7)

5

1 Imitad, por tanto, a Dios, como hijos queridísimos, 2 y caminad en el
amor, lo mismo que Cristo nos amó y se entregó por nosotros como
oblación y ofrenda de suave olor ante Dios.
3 Como conviene a los santos, la fornicación y toda impureza o
avaricia ni se nombren entre vosotros; 4 ni palabras torpes, ni
conversaciones vanas o tonterías, que no convienen. Haced más bien
acciones de gracias. 5 Porque debéis tener bien
claro y aprendido esto: que ningún fornicario o impúdico, o avaro, que es
como un
adorador de ídolos, puede heredar el Reino de Cristo y de Dios.
6 Que nadie os engañe con palabras vanas, porque por culpa de esto
vino la ira de Dios sobre los hijos de la rebeldía. 7 Por tanto, no os hagáis
cómplices suyos.

Caminar en la luz (5,8-20)

8 En otro tiempo erais tinieblas, ahora en cambio sois luz en el
Señor: caminad como hijos de la luz, 9 porque el fruto de la luz se
manifiesta en toda bondad, justicia y verdad. 10 Sabiendo discernir lo que
es agradable al Señor, 11 no participéis en las obras estériles de las
tinieblas, antes bien combatidlas, 12 pues lo que éstos hacen a
escondidas da vergüenza hasta el decirlo. 13 Todas esas cosas, al ser
puestas en evidencia por la luz, quedan a la vista, pues todo lo que se ve
es luz. 14 Por eso dice: «Despierta, tú que duermes, álzate de entre los
muertos, y Cristo te iluminará».
15 Así pues, mirad con cuidado cómo vivís: no como necios,
sino como
sabios; 16 redimiendo el tiempo, porque los días son malos. 17 Por eso no
os volváis insensatos, sino entended cuál es la voluntad del Señor. 18 Y no
os embriaguéis con vino, que lleva a la lujuria; al contrario, llenaos del
Espíritu, 19 hablando entre
vosotros con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando
al Señor
en vuestros corazones, 20 dando gracias siempre por todas las cosas a Dios
Padre,
en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

V. LA FAMILIA CRISTIANA (5,21-6,9)

Deberes de los cónyuges (5,21-33)

21 Estad sujetos unos a otros en el temor de Cristo. 22 Las mujeres a
sus maridos como al Señor, 23 porque el marido es cabeza de la mujer,
así como Cristo es cabeza de la Iglesia, que es su cuerpo, del cual él es el
salvador. 24 Pues como la Iglesia está sujeta a Cristo, así también las
mujeres a sus maridos en todo.

25 Maridos: amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y
se entregó a sí mismo por ella 26 para santificarla, purificándola
mediante el baño del agua por la palabra, 27 para mostrar ante sí mismo
a la Iglesia resplandeciente, sin mancha, arruga o cosa parecida, sino
para que sea santa e inmaculada. 28 Así
deben los maridos amar a sus mujeres, como a su propio cuerpo. El que
ama a su
mujer, a sí mismo se ama, 29 pues nadie aborrece nunca su propia carne,
sino que la alimenta y la cuida, como Cristo a la Iglesia, 30 porque somos
miembros de su cuerpo. 31 *Por esto dejará el hombre a su padre y a su*
madre y se unirá a su mujer,

y serán los dos una sola carne. 32 Gran misterio es éste, pero yo lo digo
en relación a Cristo y a la Iglesia. 33 En todo caso, que cada uno de
vosotros ame a su mujer como a sí mismo, y que la mujer reverencie al
marido.

A los hijos y a los padres (6,1-4)

6

1 Hijos: obedeced a vuestros padres en el Señor, porque esto es lo justo. 2
Honra a tu padre y a tu madre. Este es el primer mandamiento con
promesa: 3 *para que te vaya bien y vivas largo tiempo en la tierra*.
4 Padres: no irritéis a vuestros hijos; antes bien, educadles en la
doctrina y
enseñanzas del Señor.

A los siervos y a los amos (6,5-9)

5 Siervos: obedeced a los amos de la tierra, con temor y respeto,
como si fuera a Cristo, con sencillez de corazón, 6 no para que os vean,
como quien busca complacer a los hombres, sino como siervos de Cristo
que hacen de corazón la voluntad de Dios, 7 sirviendo de buena gana,
como quien sirve al Señor y no a los hombres, 8 conscientes de que cada
uno, sea siervo o sea libre, será recompensado por el Señor según el bien
que haya hecho.
9 Y vosotros, amos, haced lo mismo con ellos, dejando las
amenazas,
conscientes de que el Señor de los cielos es el Señor vuestro y de ellos,
y que no hace acepción de personas.

VI. CONCLUSIÓN (6,10-24)

Las armas para la lucha ascética (6,10-20)

10 Por lo demás, reconfortaos en el Señor y en la fuerza de su poder,
11 revestíos con la armadura de Dios para que podáis resistir las insidias
del diablo, 12 porque no es nuestra lucha contra la sangre o la carne, sino
contra los principados, las potestades, las dominaciones de este mundo
de tinieblas, y contra los espíritus malignos que están en los aires.
13 Por eso, poneos la armadura de Dios para que podáis resistir
en el día
malo y, tras vencer en todo, permanezcáis firmes. 14 Así pues, estad
firmes, *ceñidos en la cintura con la verdad, revestidos con la coraza de la
justicia* 15 y calzados *los pies, prontos para proclamar el Evangelio de la
paz*; 16 tomando en todo momento el escudo de la fe, con el que podáis
apagar los dardos encendidos del Maligno. 17

Recibid también el *yelmo de la salvación y la espada del Espíritu*, que es *la palabra*
de Dios, [18] mediante oraciones y súplicas, orando en todo tiempo movidos por el
Espíritu, vigilando además con toda constancia y súplica por todos los santos, [19] y
también por mí, para que, cuando hable, me sea dada la palabra para dar a conocer
con libertad el misterio del Evangelio [20] del que soy mensajero, aunque encadenado, y que pueda hablar de él libremente y anunciarlo como debo.

Conclusión y saludos (6,21-24)

21 Para que también vosotros sepáis qué es de mí y cómo me
encuentro, todo os lo hará saber Tíquico, hermano querido y fiel servidor
en el Señor, 22 a quien os envío para esto mismo, para que sepáis de
nosotros y consuele vuestros corazones.
23 La paz esté con los hermanos, y el amor acompañado de la fe, de
parte de
Dios Padre y del Señor Jesucristo. 24 La gracia esté con todos los que aman
a
nuestro Señor Jesucristo con amor incorruptible.

1,1-2 El comienzo de esta carta es muy similar al de las anteriores: un saludo, y un himno de acción de gracias (cfr Rm 1,1ss.; 1 Co 1,1ss.). Puesto que las palabras «en Éfeso» faltan en muchos manuscritos antiguos, es posible que ésta fuera una carta circular a las
iglesias de la zona de Éfeso. En la carta no hay alusiones a circunstancias concretas de una comunidad cristiana.
§ 1,3-3,21 La Iglesia es el tema central del escrito. Ella es la manifestación del misterio
salvífico de Dios, realizado en Jesucristo, en favor de judíos y gentiles (1,1-2,22). El ministerio de San Pablo es servir a la realización del proyecto salvador, mediante la predicación (3,1-13) y la oración (3,14-21). Estos capítulos, forman la primera parte o sección doctrinal de la carta.
1,3-2,22 Pablo expone el plan divino de salvación contemplándolo en el misterio de la
eternidad de Dios y su manifestación histórica a través de Cristo y de la Iglesia. La Iglesia ha sido «prefigurada ya desde el origen del mundo y preparada maravillosamente en la historia del pueblo de Israel y en la Antigua Alianza; se constituyó en los últimos tiempos, se manifestó por la efusión del espíritu y llegará gloriosamente a su plenitud al final de los siglos» (C. Vat. II, Lum. gent. 2).
1,3-14 Se incluye en primer lugar un himno de alabanza (vv. 3-10) en el que son presentados los beneficios, o bendiciones, que contiene el designio salvífico de Dios, llamado por San Pablo «el misterio». Abarca desde la elección eterna de cada criatura humana por parte de Dios hasta la recapitulación de todas las cosas en Jesucristo, pasando por la obra de la Redención. A continuación se expone cómo ese plan divino de salvación
se ha realizado sobre los judíos (vv. 11-12) y sobre los gentiles (vv. 13-14).
1,15-23 Los fieles a los que dirige la carta, con su fe y su caridad, son para el Apóstol señal
cierta de cuanto viene diciendo. Por eso da gracias a Dios y pide para ellos mayor profundización en el misterio de Cristo. Les presenta a Jesucristo como superior a cualquier poder celeste o terrestre y como Cabeza de la Iglesia. Mediante la Iglesia, Cristo se hace presente, llena todo el universo y derrama sobre él los frutos de su obra redentora. «Es necesario que nos acostumbremos a ver en la Iglesia al mismo Cristo. Porque Cristo es quien vive en su Iglesia, quien por medio de ella enseña, gobierna y confiere la santidad» (Pío XII, Myst. Corp. 43).
2,1-10 En estos versículos se resalta el amor misericordioso de Dios. Tanto en judíos como
en gentiles, a pesar de la situación de pecado en que se encontraban (vv. 1-3), ha actuado el poder misericordioso de Dios (vv. 4-5), haciéndoles semejantes a Cristo en su triunfo glorioso (vv. 6-7). Y todo esto se ha realizado mediante el don gratuito de la fe (vv. 8-10). El
«príncipe del poder del aire» (v. 2) se refiere a poderes sobrehumanos que, según la
mentalidad de la época, habitaban en las regiones aéreas. Equivale aquí al

poder del demonio como jefe de esos supuestos poderes.
2,11-22 La obra redentora de Cristo en la cruz ha producido el acercamiento y la paz entre
judíos y gentiles (vv. 13-15), y también la reconciliación de ambos con Dios (vv. 16-18). La realidad nueva que surge de la redención es la Iglesia, que San Pablo presenta con la imagen de un templo santo, edificado sobre el cimiento de los Apóstoles y Profetas (vv.
19-22). Por esa salvación, el cristiano se hace también templo santo donde habita la
Trinidad. De esta inhabitación surgen un conocimiento más profundo y un amor más intenso al misterio de Dios: «¡La Trinidad! He aquí nuestra morada, nuestra querida intimidad, la
casa paterna de la que no tenemos que salir nunca» (B. Isabel de la Trinidad, Ciel. en la

tier. 1).
3,1-21 Pablo se siente urgido a dar a conocer el plan salvífico de Dios porque mediante el
conocimiento de ese misterio, es decir, mediante la fe, puede el hombre participar en la plenitud de la vida divina.
3,1-13 La misión de San Pablo es anunciar a los gentiles la revelación del «misterio» (v. 3).
«En el Símbolo de la fe, la Iglesia confiesa el misterio de la Santísima Trinidad y su "designio benevolente" (Ef 1,9) sobre toda la creación: El Padre realiza el "misterio de su voluntad" dando a su Hijo Amado y al Espíritu Santo para la salvación del mundo y para la gloria de su Nombre. Tal es el Misterio de Cristo, revelado y realizado en la historia según un plan, una "disposición" sabiamente ordenada que S. Pablo llama "la Economía del Misterio" (Ef 3,9) y que la tradición patrística llamará "la Economía del Verbo encarnado" o "la Economía de la salvación"» (CCE 1066).
3,14-19 San Pablo pide que Dios fortalezca a los cristianos, que Cristo habite por la fe en
sus corazones y que puedan comprender la dimensión del amor de Cristo, de forma que crezcan hasta la plenitud de Dios. Parece que haya querido resumir toda la riqueza del misterio de Cristo en un esquema bien gráfico: una cruz, cuyos brazos se extienden en las cuatro direcciones buscando abrazar al entero universo. «Por el Verbo de Dios, todo está bajo la influencia de la obra redentora, y el Hijo de Dios ha sido crucificado por todos, y ha trazado el signo de la cruz sobre todas las cosas» (S. Ireneo, Demons. praedic. apost. 34). En definitiva, conocer la historia de la salvación y el «misterio» de Cristo es darse cuenta de la magnitud del amor de Dios. Ahí está el fundamento de la vida cristiana. «Oh Jesús, suma benignidad, / admirable alegría del corazón, / bondad inabarcable, / tu amor nos abraza (Lit. Horas, Solem. Sgdo. Cor. de Jesús, Him. laudes).
3,20-21 Alabanza al poder de Dios por la forma en que ha realizado su proyecto de
salvación más allá de lo que los hombres pudieran pedir o pensar.
4,1-6,24 Tras exponer la realización a través de Jesucristo del proyecto salvador de Dios
–misterio escondido y ahora manifestado– San Pablo pasa a considerar las consecuencias morales que se derivan para el cristiano como miembro de la Iglesia. Es la segunda parte de la carta, la parte moral.
4,1-32 Los cristianos pueden y deben reflejar en su conducta aquello que ya han llegado a
ser por gracia, es decir, por la inserción en Cristo y la incorporación a su Cuerpo que es la
Iglesia.
4,1-16 La unidad del Cuerpo de Cristo aparece como la exigencia primordial de lo que se ha
expuesto en la primera parte de la carta, y requiere humildad y tesón por parte de los cristianos. La unidad de la Iglesia se fundamenta en que hay un solo Dios, un solo Señor, una sola fe, un solo Bautismo (vv. 5-6), y se mantiene por la acción de Cristo, Cabeza de la Iglesia, que suscita los ministerios para que todos puedan llegar a la madurez en la afirmación del único cuerpo, a cuyo crecimiento contribuyen (vv. 11-16).

La cita del v. 8 corresponde al Sal 68,19. Pablo enseña cómo este salmo se cumple en
Jesucristo: por Él, por su vida terrena y por su muerte, por su humillación y exaltación, nos han llegado las gracias divinas. Ve cómo Jesús, desde la gloria del Cielo, en la que ya ha entrado, otorga a todos los dones que ha ganado con su Redención.
4,17-24 La vida nueva en Cristo es como la condición que se exige a cada cristiano para
contribuir al crecimiento del Cuerpo de Cristo. Esta vida nueva requiere despojarse de la vida de vanidad y pecado anterior a la conversión y revestirse de Cristo, el hombre nuevo, siendo fiel a Él en todo instante. «El poder de Dios se manifiesta en nuestra flaqueza, y nos impulsa a luchar, a combatir contra

nuestros defectos, aun sabiendo que no obtendremos jamás del todo la victoria durante el caminar terreno. La vida cristiana es un constante comenzar y recomenzar, un renovarse cada día» (B. Josemaría Escrivá, Hom. 1. 114).
4,25-32 La primera consecuencia de la vida nueva es la práctica de las virtudes que hacen
posible y grata la convivencia entre los cristianos como miembros del mismo Cuerpo de Cristo. Los cristianos no tenemos que huir del mundo para vivir conforme al Evangelio. Debemos esforzarnos por encontrar a Dios en el lugar en el que nos encontramos y transformarlo mediante el ejercicio de las virtudes cristianas, encarnando en nuestra vida la vida de Cristo, y manifestándolo especialmente en el perdón mutuo.
5,1-20 Consecuencias de la vida nueva en Cristo son: la vigilancia y la lucha que el cristiano
debe ejercitar constantemente frente al pecado en sus múltiples manifestaciones (vv. 1-18),

y la piedad y caridad sinceras (vv. 19-20).
5,1-7 Santificarse es parecerse a Dios que es el Santo. El camino es imitar el amor y la
entrega de Jesucristo (vv. 1-2). Por eso, como en otras ocasiones (cfr Rm 1,18-32; Ga
5,19-21; 1 Co 6,9-10), San Pablo advierte con seriedad que quienes lleven una vida desordenada, ajena a Cristo, no participarán del Reino de Dios.
5,8-20 Otra consecuencia práctica: llevar una conducta limpia en la que se reflejen las obras
de la luz, tal como conviene a quienes han recibido la luz de Cristo en el Bautismo y han sido llenos del Espíritu Santo. «El que quiere permanecer fiel a las promesas de su
Bautismo y resistir las tentaciones debe poner los medios para ello: el conocimiento de sí, la práctica de una ascesis adaptada a las situaciones encontradas, la obediencia a los mandamientos divinos, la práctica de las virtudes morales y la fidelidad a la oración» (CCE
2340).
5,21-6,9 El Apóstol considera la nueva situación en que se encuentran el marido y la mujer,
los padres y los hijos, los señores y los esclavos, tras su inserción en Cristo. Al mismo tiempo exhorta al amor, a la obediencia y al respeto, que ahora tienen una dimensión nueva ya que reflejan al mismo Cristo y a la Iglesia.
5,21-33 El fundamento en el que se asientan la grandeza y dignidad sobrenaturales del
matrimonio cristiano es que éste refleja la unión de Cristo con la Iglesia. Al exhortar a los esposos cristianos a vivir de acuerdo con su condición de miembros de la Iglesia, el Apóstol establece una analogía, por la cual el marido representa a Jesucristo y la esposa a la Iglesia: «El matrimonio no es, para un cristiano, una simple institución social, ni mucho menos un remedio para las debilidades humanas: es una auténtica vocación sobrenatural. Sacramento grande en Cristo y en la Iglesia, dice San Pablo, (...) signo sagrado que santifica, acción de Jesús, que invade el alma de los que se casan y les invita a seguirle, transformando toda la vida matrimonial en un andar divino en la tierra» (B. Josemaría Escrivá, Hom. 1. 23).
Cuando Pablo exhorta a las mujeres a «estar sujetas» (v. 22) a sus maridos, lo hace teniendo en cuenta el hecho de que como esposa cristiana refleja en su conducta hacia el
marido a la misma Iglesia, que es obediente a Cristo. Al marido, por su parte, se le exige un sometimiento similar hacia la esposa, ya que él refleja a Jesucristo que se entrega hasta la muerte por amor a la Iglesia. «Los esposos son, por tanto, el recuerdo permanente, para la Iglesia, de lo que acaeció en la cruz; son el uno para el otro y para los hijos, testigos de la
salvación, de la que el sacramento les hace partícipes» (Juan Pablo II, Fam. cons. 13).
6,1-4 Recuerda Pablo el cuarto precepto del Decálogo (cfr Ex 20,12; Dt 5,16). El cumplimiento de este mandato proporciona, con los frutos espirituales, frutos temporales de paz y de prosperidad (cfr CCE 2200). Después (v. 4), el Apóstol se refiere a las obligaciones de los padres. «Los padres deben mirar a sus hijos como a hijos de Dios y respetarlos como a personas humanas. Han de educar a sus hijos en el cumplimiento de la ley de Dios, mostrándose ellos mismos obedientes a la voluntad del Padre de los cielos» (ibid. 2222).
6,5-9 Las relaciones laborales en esa época estaban basadas, en gran parte, en la esclavitud. San Pablo establece el fundamento de las relaciones entre amos y siervos. Al poner de relieve la dignidad de la persona humana, enseña claramente que las relaciones humanas se sobrenaturalizan si se elevan hasta Cristo. Se establecen así las condiciones que, siglos después, llevarán a la abolición de la esclavitud.
6,10-24 El Apóstol termina su carta animando vivamente a los fieles en su lucha contra el
mal y haciéndoles conscientes de que disponen de las armas para vencer.
6,10-20 Empleando una imagen tomada de la milicia, Pablo invita a todos a

revestirse de la
armadura divina, para poder vencer los ataques del mal; y exhorta a la perseverancia en la oración, que solicita también por él y por su ministerio. «Las dominaciones de este mundo» (v. 12) son los ángeles que se rebelaron contra Dios. Aunque ya fueron vencidos por Cristo, nosotros aún hemos de mantener la lucha contra ellos. Entre los diversos medios sobrenaturales para luchar contra las asechanzas del enemigo se destaca la oración (v. 18):
«“No nos ha sido prescrito trabajar, vigilar y ayunar constantemente; pero sí tenemos una
ley que nos manda orar sin cesar” (Evagrio, Cap. pract. 49). Este ardor incansable no puede venir más que del amor. Contra nuestra inercia y nuestra pereza, el combate de la oración
es el del amor humilde, confiado y perseverante» (CCE 2742).
6,21-24 En la carta el Apóstol no ha dado noticias sobre su estado; esto lo encarga al

portador de la misiva.

LA CARTA A LOS FILIPENSES

[Ir a Índice]

Filipos era una ciudad de cierta importancia en tiempos de San Pablo, tanto desde el punto de vista comercial como por su historia. Estaba situada en Macedonia, junto a la frontera con Tracia, sobre la Via Egnatia, una calzada romana que atravesaba ambas regiones y que era paso obligado para quienes, procedentes de Asia Menor, llegaban a Europa entrando por Grecia. La iglesia de Filipos fue la primera fundada por Pablo al pasar a Europa (cfr Hch 16,11-40). Esto ocurrió durante su segundo viaje, hacia el año 50 ó 51. San Pablo volvería a visitar Filipos, posiblemente dos veces durante su tercer viaje (cfr Hch 20,1-3), aunque no parece que se detuviera allí mucho tiempo.

Filipos había recibido unos veinte años antes el titulo de *Colonia Iulia Augusta Philippensis*, con el *ius italicum*. Allí se habían instalado y habían constituido sus familias muchos licenciados de las legiones romanas. Teniendo en cuenta el origen de las personas que habitaban la ciudad, la mayor parte de los fieles cristianos debían de proceder de la gentilidad. Todos tenían un gran amor al Apóstol y una extremada generosidad (4,10-20).

San Pablo indica que está preso cuando escribe esta carta (1,3), quizá en Roma o en Éfeso. Si se acepta que la escribió en Roma, habría que datarla entre los años 62-63. Si se opta por Éfeso, la carta debió de escribirse entre los años 54-57. Durante la cautividad del Apóstol, los filipenses, siempre solícitos en ayudarle en todo lo que necesitase, decidieron enviarle a Epafrodito con algunas limosnas para aliviar sus dificultades materiales (4,18), y para prestarle ayuda mientras estaba en la cárcel (2,25). Pero Epafrodito sufrió una grave enfermedad, que estuvo a punto de causarle la muerte. Una vez restablecido, Pablo decide que regrese a su ciudad para consuelo de los filipenses (2,25-30). Aprovecha su viaje para enviarles la carta, agradeciéndoles sus deferencias y exhortándoles a seguir la vida cristiana de manera más auténtica cada día (3,7-4,23); les previene también contra los judaizantes, que sembraban discordias por todas partes y ponían obstáculos al Evangelio (3,1-6).

La carta parece la contrapartida de la escrita a los Gálatas. Pablo se deshace en alabanzas: a Cristo, a los colaboradores en la difusión del Evangelio y a los filipenses. Éstos permanecen fieles al Evangelio a pesar de las dificultades y son una alegría para el Apóstol. El tono general de la epístola es más exhortativo que doctrinal. Con un lenguaje entrañable transmite noticias sobre la difusión del Evangelio. Desde la prisión les anima a poner por obra sus enseñanzas y a fomentar el crecimiento de las virtudes cristianas. A pesar de la brevedad del escrito, destacan por su importancia los siguientes temas doctrinales: el destino eterno del hombre; la actitud del cristiano ante las realidades temporales; el profundo misterio de Cristo y el ejemplo de su vida en la tierra. En este sentido el punto doctrinal más importante lo constituye el llamado himno cristológico de 2,6-11, quizá ya conocido por sus destinatarios y transcrito por el Apóstol con alguna apostilla suya. En esos versículos canta la *humillación* de Cristo en su encarnación, vida y muerte, la *exaltación* gloriosa de su humanidad tras la resurrección.

Citas del Antiguo Testamento
2,10-11. Is 45,23-24

CARTA
A LOS FILIPENSES

I. PRESENTACIÓN
(§ 1,1-4,23) (1,1-1,26)

Saludo (1,1-2)

1

1 Pablo y Timoteo, siervos de Cristo Jesús, a todos los santos en Cristo
Jesús que están en Filipos, con los obispos y diáconos: 2 la gracia y la paz
de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo estén con vosotros.

Acción de gracias y desvelo por los creyentes
(1,3-11)

3 Doy gracias a mi Dios cada vez que os recuerdo 4 y siempre que
rezo por todos vosotros, lo hago con alegría, 5 por vuestra participación en
la difusión del Evangelio desde el primer día hasta hoy, 6 convencido de
que quien comenzó en vosotros la obra buena la llevará a cabo hasta el
día de Cristo Jesús. 7 Es justo que yo sienta esto por cada uno de vosotros,
ya que os tengo en el corazón, porque todos vosotros sois partícipes de mi
gracia, tanto en mis cadenas como en la defensa y consolidación del
Evangelio. 8 Dios es testigo de cómo os amo a todos vosotros en las
entrañas de Cristo Jesús. 9 Pido también que vuestro amor crezca cada
vez más en perfecto conocimiento y en plena sensatez, 10 para que sepáis
discernir lo mejor, a fin de que seáis puros y sin falta hasta el día de
Cristo, 11 llenos de los frutos de justicia que proceden de Jesucristo, para
gloria y alabanza de Dios.

Situación de San Pablo
(1,12-26)

12 Quiero que sepáis, hermanos, que las cosas que me han ocurrido
han servido para difundir más el Evangelio, 13 de modo que, ante todo el
pretorio y ante todos los demás, ha quedado patente que me encuentro
encadenado por Cristo, 14 y así la mayor parte de los hermanos en el
Señor, alentados por mis cadenas, se han atrevido con más audacia a
predicar sin miedo la palabra de Dios. 15 Algunos, en efecto, predican a
Cristo por envidia y rivalidad, otros en cambio con buena voluntad; 16
éstos, ciertamente, por caridad, sabiendo que he sido constituido para
defensa del Evangelio; 17 aquellos, sin embargo, anuncian a Cristo por
rivalidad, de modo no sincero, pensando aumentar la aflicción de mis
cadenas. 18 Pero ¡qué importa! Con tal de que en cualquier caso –por
hipocresía o sinceramente– se anuncie a Cristo, yo con eso me alegro;
aún más, me seguiré alegrando, 19 pues sé que me aprovecha para la
salvación, gracias a vuestras oraciones y al auxilio del Espíritu de
Jesucristo. 20 Así es mi expectación y esperanza, de que en nada seré

defraudado, sino que con toda seguridad, ahora como siempre, Cristo será glorificado en mi cuerpo, tanto en mi vida como en mi muerte.
21 Porque para mí, el vivir es Cristo, y el morir una ganancia. 22 Pero si vivir en la carne me supone trabajar con fruto, entonces no sé qué escoger. 23 Me siento
apremiado por los dos extremos: el deseo que tengo de morir para estar con Cristo,

lo cual es muchísimo mejor, [24] o permanecer en la carne, que es más necesario para vosotros. [25] A la vista de esto último, estoy persuadido de que me quedaré y permaneceré con todos vosotros para vuestro provecho y gozo de la fe; [26] para que conmigo, con ocasión de mi presencia de nuevo entre vosotros, aumente vuestro orgullo de ser de Cristo Jesús.

II. ENSEÑANZAS DEL APÓSTOL (1,27-2,18)

Exhortación a la lucha por la fe (1,27-30)

[27] Sólo importa una cosa: que llevéis una vida digna del Evangelio de Cristo, para que, tanto si voy a veros como si estoy ausente, sepa que estáis firmes en un solo Espíritu, luchando unánimes por la fe del Evangelio, [28] y sin dejaros intimidar en nada por los adversarios: lo que para ellos es señal de perdición, para vosotros,
en cambio, es señal de salvación. Todo esto viene de Dios. [29] Porque a vosotros os
ha sido concedida la gracia por Cristo, no sólo para que creáis en él, sino también
para que padezcáis por él, [30] sosteniendo el mismo combate que visteis en mí, y del
que ahora os hablo.

Unidad y humildad (2,1-4)

2

[1] Así pues, por la consolación en Cristo y por el consuelo de la caridad, por la comunión en el Espíritu y por las entrañas de misericordia, [2] colmad mi gozo con vuestro mismo sentir, con vuestra misma caridad y concordia y con vuestros mismos anhelos. [3] No actuéis por rivalidad ni por vanagloria, sino con humildad, considerando cada uno a los demás como superiores, [4] buscando no el propio interés, sino el de los demás.

Himno a la humillación de Cristo (2,5-12)

[5] Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo
Cristo Jesús,
[6] el cual, siendo de condición
divina,
no consideró como presa
codiciable el ser igual a
Dios,
[7] sino que se anonadó a sí mismo
tomando la forma de

siervo, hecho semejante a los
hombres;
y, mostrándose igual que los demás hombres,
8 se humilló a sí mismo haciéndose obediente
hasta la
muerte, y muerte
de cruz.
9 Y por eso Dios lo exaltó
y le otorgó el nombre
que está sobre todo nombre;
10 para que al nombre de Jesús *toda rodilla se doble*

en los cielos, en la tierra y en los abismos,
11 y *toda lengua confiese*:
«¡Jesucristo es el
Señor!», para gloria de
Dios Padre.

Los hijos de Dios, luz del mundo
(2,12-18)

12 Por tanto, queridísimos míos, así como siempre habéis obedecido,
no sólo en mi presencia, sino también mucho más ahora en mi ausencia,
trabajad por vuestra salvación con temor y temblor; 13 porque Dios es
quien obra en vosotros el querer y el actuar conforme a su beneplácito. 14
Hacedlo todo sin murmuraciones ni discusiones, 15 para que lleguéis a ser
irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin tacha en medio de una
generación depravada y perversa, en la cual brilláis como luceros en el
mundo 16 al poner en alto la palabra de vida, para gloria mía en el día de
Cristo, porque no habré corrido en vano ni en vano habré trabajado. 17
Pues, aunque sea derramada mi sangre sobre el sacrificio y ofrenda de
vuestra fe, me alegro y me congratulo con todos vosotros; 18 por la
misma causa alegraos también vosotros y congratulaos conmigo.

III. PROYECTOS Y NOTICIAS
(2,19-30)

Envío de Timoteo (2,19-24)

19 Espero en el Señor Jesús enviaros pronto a Timoteo, para que
también yo cobre ánimo al tener noticias vuestras. 20 Pues a nadie tengo
tan identificado conmigo en la preocupación sincera por vosotros, 21 ya
que todos buscan sus propios intereses, no los de Jesucristo. 22 Conocéis
su probada virtud, pues como un hijo con su padre ha servido conmigo al
Evangelio. 23 Espero enviarlo nada más vislumbre el desenlace de mi
causa. 24 Además, confío en el Señor que yo mismo pueda ir pronto.

Envío de Epafrodito
(2,25-30)

25 No obstante, consideré necesario devolveros a Epafrodito, mi
hermano, colaborador y compañero en las batallas, enviado por vosotros
para atenderme en mis necesidades, 26 ya que os echa de menos a todos
y está preocupado porque oísteis que había enfermado. 27 En efecto,
enfermó y estuvo a punto de morir, pero Dios se compadeció de él, y no
sólo de él sino también de mí, para que yo no tuviera tristeza sobre
tristeza. 28 Por eso me doy mucha prisa en enviarlo, para que
al verlo de nuevo os alegréis, y yo esté sin pena. 29 Acogedle, por tanto,
en el Señor con toda alegría y tratadle con el honor debido a las personas
como él, 30 puesto
que por la obra de Cristo estuvo a las puertas de la muerte, exponiendo su

vida para
supliros a vosotros en el servicio que no podíais prestarme.

IV. LA VIDA CRISTIANA
(3,1-4,23)

Cuidado con los judaizantes (3,1-6)

3

1 Por lo demás, hermanos míos, alegraos en el Señor. Escribiros lo que os
he dicho en otras ocasiones no me molesta, y para vosotros es motivo de
seguridad. 2
¡Cuidado con los perros! ¡Cuidado con los malos obreros! ¡Cuidado con los
de la
mutilación! 3 Pues nosotros somos la circuncisión, los que servimos en el
Espíritu de
Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús y no confiamos en la carne, 4 aunque
yo
podría confiar en la carne. Si algún otro piensa que puede confiar en la
carne, yo
aún más: 5 fui circuncidado al octavo día, soy del linaje de Israel, de la tribu
de
Benjamín, hebreo, hijo de hebreos, y, ante la Ley, fariseo; 6 a causa del
celo por
ella, perseguidor de la Iglesia. En lo que se refiere a la justicia de la Ley,
llegué a ser irreprochable.

La justicia de Dios, superior a la justicia de la Ley (3,7-11)

7 Sin embargo, cuanto era para mí ganancia, por Cristo lo considero
como pérdida. 8 Es más, considero que todo es pérdida ante la
sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él perdí todas
las cosas, y las considero como basura con tal de ganar a Cristo 9 y vivir
en él, no por mi justicia, la que procede de la Ley, sino por la que viene
de la fe en Cristo, justicia que procede de Dios, por la fe. 10 Y, de este
modo, lograr conocerle a él y la fuerza de su resurrección, y participar así
de sus padecimientos, asemejándome a él en su muerte, 11 con la
esperanza de alcanzar la resurrección de entre los muertos.

La lucha ascética, deporte sobrenatural (3,12-16)

12 No es que ya lo haya conseguido, o que ya sea perfecto, sino que
continúo esforzándome por ver si lo alcanzo, puesto que yo mismo he sido
alcanzado por Cristo Jesús. 13 Hermanos, yo no pienso haberlo conseguido
aún; pero, olvidando lo que queda atrás, una cosa intento: lanzarme hacia
lo que tengo por delante, 14
correr hacia la meta, para alcanzar el premio al que Dios nos llama desde
lo alto por
Cristo Jesús.
15 Así pues, los que somos perfectos tengamos estos
sentimientos. Y si en algo pensáis de otro modo, también eso Dios os lo
hará ver. 16 En todo caso,
mantengámonos en lo que ya hemos alcanzado.

Ciudadanos del Cielo
(3,17-21)

17 Hermanos, sed imitadores míos y fijaos en los que caminan según
el modelo que tenéis en nosotros. 18 Porque muchos –esos de quienes con
frecuencia os hablaba y os hablo ahora llorando– se comportan como
enemigos de la cruz de Cristo: 19 su fin es la perdición, su dios el vientre, y
su gloria la propia vergüenza, porque ponen el corazón en las cosas
terrenas. 20 Pero nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde también
esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo, 21 el cual transformará nuestro
cuerpo vil en un cuerpo glorioso como el suyo, en virtud del

poder que tiene para someter a su dominio todas las cosas.

Exhortación a la perseverancia y la alegría (4,1-9)

4

1 Por tanto, hermanos míos muy queridos y añorados, mi gozo y mi corona,
¡permaneced así, queridísimos míos, firmes en el Señor!
2 Suplico a Evodia y a Síntique que tengan un mismo sentir en el
Señor. 3
También te ruego a ti, fiel compañero, que ayudes a éstas, que
trabajaron conmigo por el Evangelio con Clemente y mis otros
colaboradores, cuyos nombres están en
el libro de la vida.
4 Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos. 5 Que
vuestra comprensión sea patente a todos los hombres. El Señor
está cerca. 6 No os
preocupéis por nada; al contrario: en toda oración y súplica, presentad a
Dios
vuestras peticiones con acción de gracias. 7 Y la paz de Dios que supera
todo
entendimiento custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en
Cristo
Jesús.
8 Por lo demás, hermanos, cuanto hay de verdadero, de honorable, de
justo,
de íntegro, de amable y de encomiable; todo lo que sea virtuoso y digno de
alabanza, tenedlo en estima. 9 Lo que aprendisteis y recibisteis, lo que
oísteis y
visteis en mí, ponedlo por obra; y el Dios de la paz estará con vosotros.

Gratitud del Apóstol
(4,10-20)

10 Me alegré mucho en el Señor de que por fin hayáis podido
manifestar de nuevo el afecto que ya me teníais, aunque no se había
presentado ocasión de expresarlo. 11 No os lo digo porque esté
necesitado, pues he aprendido a contentarme con lo que tengo: 12 he
aprendido a vivir en la pobreza, he aprendido a vivir en la abundancia,
estoy acostumbrado a todo en todo lugar, a la hartura y a la escasez, a la
riqueza y a la pobreza. 13 Todo lo puedo en Aquel que me conforta.
14 No obstante, habéis hecho bien al compartir mi tribulación. 15
Sabéis bien
vosotros, filipenses, que al principio de la evangelización, cuando salí de
Macedonia,
ninguna iglesia me abrió una cuenta de «debe» y «haber», excepto
vosotros, 16
pues una y otra vez enviasteis a Tesalónica con qué atender a mis
necesidades. 17
No es que yo busque dádivas, sino que deseo que aumenten los intereses
en

vuestra cuenta. [18] He recibido todo y tengo de sobra, estoy colmado con los bienes
recibidos de parte vuestra por medio de Epafrodito, una ofrenda aceptable, de suave
olor, agradable ante Dios. [19] Mi Dios colmará todas vuestras
necesidades, generosamente según su riqueza, con la gloria por Cristo Jesús. [20] A Dios y Padre
nuestro la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Despedida (4,21-23)

[21] Saludad a todos los santos en Cristo Jesús. Os saludan los hermanos que están conmigo. [22] También os saludan todos los santos, en especial los de la casa del César.

[23] La gracia del Señor Jesucristo esté con vuestro espíritu. Amén.

§ 1,1-4,23 En esta carta, San Pablo va a abrir su corazón de Apóstol a los fieles de Filipos. Comienza por expresar la alegría que siente –a pesar de estar entre cadenas (1,1-26)– al pensar en ellos y en el Evangelio. Les pide que, aun estando él ausente, colmen su alegría viviendo la unidad en la humildad. En el abajamiento de Cristo tienen el ejemplo (1,2-2,18). Pablo compensa su ausencia de Filipos con el envío de unos hermanos (2,19-30) y con la carta, con la que, para fortalecer su vida cristiana, les previene frente a algunos intrusos, aviva su esperanza en el Cielo y les agradece la ayuda que le prestan (3,1-4,23).

1,1-1,26 La carta se caracteriza por reflejar con más fuerza que ninguna otra los sentimientos de cariño y aprecio de San Pablo a los cristianos de las comunidades que había fundado. Además del saludo (vv. 1-2) y la acción de gracias por la fidelidad de las destinatarios (vv. 3-11), puntos que son habituales en su epistolario, aquí encontramos reflexiones del Apóstol sobre su situación personal (vv. 12-26).

1,1-2 Aunque en aquella época los nombres de «obispos y diáconos» no se utilizaban con el sentido preciso que tienen actualmente, su mención da a entender que ya entonces las iglesias locales tenían una organización jerárquica.

1,3-11 La alegría es una de las notas sobresalientes de este escrito, causada de modo especial por el buen espíritu y comportamiento de los filipenses. La identificación de San Pablo con Jesucristo es tan grande que puede decir que han pasado a su corazón los mismos afectos del corazón de Cristo (v. 8).

1,12-26 Pablo contempla agradecido su situación en prisión, pues las consecuencias son favorables para la difusión del Evangelio. No sabemos a quién se refiere cuando menciona a los que predican a Cristo «por envidia y rivalidad» (v. 15). Pero, en cualquier caso, se alegra de que sea predicado el Evangelio (cfr Mc 9,38-40).

El creyente –como Pablo– debe identificarse con Cristo (vv. 21-26). La vida corporal del cristiano, con sus sufrimientos e incluso su muerte, se identifican de alguna manera con la vida misma de Cristo: ésta es la meta de la vida cristiana ya en este mundo. Así también se entiende que la muerte sea una «ganancia» (v. 21), pues supone poder ver a Dios definitivamente cara a cara (cfr 1 Co 13,12) y llegar a la unión perenne con Cristo. Este deseo de ver y gozar de Dios en el Cielo hacía cantar a Santa Teresa de Jesús: «Vivo sin vivir en mí / y tan alta vida espero / que muero porque no muero» (Poes. 2).

1,27-2,18 Algunas dificultades marcaban la vida de los cristianos de Filipos: quizá cierta persecución, y, por otra parte, la existencia de rivalidades suscitadas, al parecer, por algunos predicadores. San Pablo les exhorta a la fortaleza (1,27-30) y a la unidad basada en la humildad, como Cristo (2,1-18).

1,27-30 El dolor y las dificultades son ocasiones providenciales que permiten al cristiano identificarse más plenamente con Cristo, abrazándose sin temor a su cruz (v. 29). «¿No es verdad que en cuanto dejas de tener miedo a la Cruz, a eso que la gente llama cruz, cuando pones tu voluntad en aceptar la Voluntad divina, eres feliz, y se pasan todas las preocupaciones, los sufrimientos físicos o morales?» (S. Josemaría Escrivá, V. Cruc, 2).

2,1-4 El mayor gozo del Apóstol es la unidad de los cristianos, basada en la caridad y en el ejemplo de Cristo. Él es quien nos ha dado el más grande ejemplo de humildad, como queda patente en los versículos siguientes.

2,5-12 Éste es uno de los textos más antiguos del Nuevo Testamento sobre la divinidad de Jesucristo. Quizá es un himno utilizado por los primeros cristianos que San Pablo retoma. En él se canta la humillación y la exaltación de Cristo. El Apóstol, teniendo presente la divinidad de Cristo, centra su atención en la muerte de cruz

como ejemplo supremo de humildad y obediencia. Los vv. 6-8 evocan el contraste entre Jesucristo y Adán, que siendo hombre ambicionó ser como Dios (cfr Gn 3,5). Por el contrario, Jesucristo, siendo Dios, «se anonadó a sí mismo» (v. 7). La obediencia de Cristo hasta la cruz repara así la desobediencia del primer hombre, y por eso Dios le exaltó sobre todo los seres creados. El v. 9 expresa que Dios Padre, al resucitar a Jesús y sentarlo a su derecha, concedió a su Humanidad el poder manifestar la gloria de la divinidad que le corresponde –«el nombre
que está sobre todo nombre»–, es decir, el nombre de Dios. «Esta expresión “le exaltó” no pretende significar que haya sido exaltada la naturaleza del Verbo (…). Términos como

“humillado” y “exaltado” se refieren únicamente a la dimensión humana. Efectivamente, sólo lo que es humilde es susceptible de ser ensalzado. (S. Atanasio, Or. contr. Arian. 1,41). Todas las criaturas quedaron sometidas a su poder, y los hombres deberán confesar la verdad fundamental de la doctrina cristiana: «Jesucristo es el Señor», es decir, Jesucristo
es Dios.

2,12-18 La meditación del ejemplo de Cristo debe incrementar la lucha perseverante y
generosa del discípulo. Los cristianos debemos iluminar con nuestra vida sencilla y recta el mundo en el que vivimos. El v. 13 muestra cómo para ello contamos con la ayuda de la gracia de Dios. «Es una verdad inseparable de la fe en Dios Creador: Dios actúa en las obras de sus criaturas. Es la causa primera que opera en y por las causas segundas (...). Esta verdad, lejos de disminuir la dignidad de la criatura, la realza. Sacada de la nada por el poder, la sabiduría y la bondad de Dios, no puede nada si está separada de su origen, porque “sin el Creador la criatura se diluye” (Gaud. et sp. 36,3); menos aún puede ella alcanzar su fin último sin la ayuda de la gracia» (CCE 308).

2,19-30 Hay ahora un cambio de tema un tanto brusco para dar paso a diversas noticias
que el Apóstol quiere comunicar a los filipenses.

2,19-24 Timoteo había colaborado con San Pablo en la predicación y conversión de los
filipenses, acompañándole en alguno de sus viajes apostólicos (cfr Hch 16,1.3.10ss.; 20,4)
o siendo enviado por él (cfr Hch 19,22).

2,25-30 La situación de Pablo en prisión no escapaba a los planes de Dios. Encendió el
amor y la generosidad de los filipenses, que enviaron a Epafrodito para que atendiera al Apóstol en cuanto necesitara. «El sufrimiento está presente en el mundo para provocar amor, para hacer nacer obras de amor al prójimo, para transformar toda la civilización humana en la “civilización del amor”» (Juan Pablo II, Salvif. dol. 30).

3,1-4,23 Tras dar noticias sobre él y sus colaboradores, San Pablo anima a los filipenses a
la fidelidad y al progreso en la vida cristiana. Para ello se propone él mismo como ejemplo: primero, frente a los judaizantes, expone el cambio que él ha experimentado al hacerse cristiano (3,1-16); después, les habla de la meta que él se esfuerza en conseguir, el Cielo (3,1 7-21); finalmente, les comenta la alegría y gratitud que siente al pensar en ellos
(4,1-20).

3,1-6 El Apóstol manifiesta su condición de judío para mostrar a los filipenses su autoridad
moral frente a los judaizantes que enseñaban la necesidad de la circuncisión (v. 2). (perro; apelativo aplicado por el judaísmo a los paganos cf. Mat 15,16 más por impíos (lejos de Dios y de Xto) que por descarados. Tener en cuenta que en Oriente los perros sin dueño, hambrientos, eran plaga // mutilación (juego palabras) tomado como incisión (ejemplo único en la Biblia) katatom» = desgarro en la carne, considerada como mutilación y prohibida por la ley. Circuncisión. = peritom»)

3,7-11 Todo lo que antes de su conversión constituía para él timbre de gloria, ahora carece
de valor comparado con el sublime conocimiento de Cristo. Es éste el que hace justo al hombre, no la Ley de Moisés (cfr Rm 3,21). Por eso, es necesario dejar todo por Cristo y esforzarse por ir configurándose con Él hasta alcanzar la gloria de la resurrección.

3,12-16 En el camino hacia la identificación con Cristo, es decir, hacia la santidad, es
importante buscar siempre el progreso interior. «Que siempre te desagrade lo que eres, si quieres llegar a lo que todavía no eres. Pues cuando te agradaste a ti mismo, ahí te quedaste. Pues si dijeras “basta”, en ese momento has perecido. Crece siempre, camina siempre, avanza siempre» (S. Agustín, Serm.

169,18).
3,17-21 La imitación de los santos –y no la de los enemigos de la cruz del Señor– es
camino seguro para ser eficaces en el servicio a Dios y a los demás. Como ciudadanos del Cielo los cristianos debemos vivir una vida alegre y confiada, propia de hijos de Dios, que se funda en la esperanza de la venida del Señor y de la resurrección.
4,1-9 Para la verdadera alegría no es obstáculo que las circunstancias en que se desarrolla
la existencia de una persona sean difíciles o puedan resultar dolorosas. El Señor está siempre cerca del cristiano con su providencia (v. 5). Sólo espera que él le exponga su situación con confianza, hablándole en la oración con la sencillez de un hijo (v. 6). Mientras está en esta vida todas las realidades terrenas y las cosas nobles de este mundo tienen un valor divino, son buenas, y le sirven para acercarse a Dios (v. 8). «Allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros

amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo» (S. Josemaría Escrivá, Convers. 113). (fiel compañero puede ser un apelativo general)

4,10-20 Las posibles dificultades que puedan presentarse en la vida no constituyen un obstáculo insalvable ni pueden ser ocasión de perder la paz. El cristiano cuenta con la fortaleza que Dios proporciona.

La generosidad de los filipenses emociona a San Pablo (vv. 14-20). No busca dádivas de los de Filipos, sino el fruto que a ellos mismos les reportarán sus limosnas. Como Dios es remunerador, resulta mucho más beneficiado quien da limosna que quien la recibe. Quien da recibirá la gloria eterna ganada por Cristo Jesús. «Que quien distribuye limosnas lo haga con despreocupación y alegría, ya que, cuanto menos se reserve para sí, mayor será la ganancia que obtendrá» (S. León Magno, Serm. 10 de Quadrag. 5).

4,21-23 «Los de la casa del Cesar» (v. 22). Serían funcionarios, empleados de la administración imperial, convertidos al cristianismo. La expresión puede aplicarse tanto a los que estaban en Roma como a los que vivían en alguna ciudad grande del Imperio (desde funcionarios superiores hasta esclavos).

LA CARTA A LOS COLOSENSES

[Ir a Índice]

Colosas era en tiempos de San Pablo una ciudad pequeña del Asia Menor. Estaba situada en una región llamada Frigia, en el valle del río Lico, afluente del Menandro. Pablo visitó esta región al menos en dos ocasiones. La primera en su segundo viaje, cuando desde Listra e Iconio se dirigía a Galacia (cfr Hch 16,6); la segunda, durante el tercer viaje, por breve tiempo, para alentar en la fe a los discípulos de Frigia (cfr Hch 18,23). Sin embargo, en todo el libro de los *Hechos de los Apóstoles* no se hace referencia a que San Pablo pasara por Colosas en alguno de sus viajes. El propio Apóstol parece indicar que no conocía personalmente a los colosenses (2,1). Fue Epafras, natural de Colosas (4,12) y discípulo de Pablo, quien recibió la misión de predicar en su ciudad, así como en las vecinas Hierápolis y Laodicea (1,7; 4,13). La mayor parte de los fieles procedían de la gentilidad, aunque había también algunos judíos.

Epafras informó al Apóstol, entonces preso –en Roma, en Éfeso o tal vez en Cesarea– de una preocupante situación doctrinal originada en aquella comunidad. Quizá se trataba de la infiltración entre los cristianos de Colosas de unos primeros avances de la gnosis transmitida por viajeros judíos. Las doctrinas gnósticas comenzaron a extenderse en los países del Imperio romano a mediados o principios del siglo I d. C., principalmente a través de ciertos judíos decepcionados de su propia historia y tradición y enfrentados con éstas, en conexión con algunos ambientes filosóficos o religiosos helénicos, que ya habían sufrido influencias orientales.

Se distinguía la gnosis por su concepción dualista de Dios, del mundo y del hombre. Dos principios opuestos, el bien y el mal, el espíritu y la materia, eran la raíz especulativa de todas las cosas. La gnosis se presentaba a sí misma como una Sabiduría más elevada, superadora de todas las demás religiones –incluido el judaísmo–, a las que consideraba como explicaciones imperfectas, útiles provisionalmente para el vulgo. Los primeros brotes de gnosis en Colosas parecían intentar conciliar el cristianismo con dicha filosofia: para los gnósticos Cristo, por ser hombre, era inferior a las potestades angélicas, espiritualmente más puras; Cristo sería, pues, un eón, un ser intermedio entre Dios (el Espíritu) y la materia.

Tales confusiones doctrinales espolearon a San Pablo –movido por Dios– para desarrollar con claridad y vehemencia algunos puntos centrales de la fe, a los que los colosenses debían adherirse, rechazando esas otras ideas. De este modo, Pablo profundiza en temas capitales del misterio del ser de Cristo –la cristología– como son su superioridad infinita y su capitalidad sobre todos los seres, llámense ángeles, potestades o de cualquier otra manera (1,15-20). El Apóstol utiliza expresiones que encierran un contenido muy profundo, como la de que en Cristo «habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente» (2,9), cuyo contenido doctrinal es equivalente, aunque con palabras bien distintas, a la formulación de San Juan de que «el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Además, en la *Carta a los Colosenses* aparecen términos nuevos que al parecer empleaban los gnósticos helenistas, pero en un contexto polémico y cargados de nuevos matices y sentidos. En suma, Pablo insiste, profundizando, en que Jesucristo es Dios eterno, que al tomar la naturaleza

humana no deja de ser Dios y, por tanto, es el primero y superior a todos los hombres y los ángeles.

Al lado de este desarrollo doctrinal, la carta se ocupa de dar enseñanzas morales y disciplinares, como los respectivos deberes de los cónyuges (3,18-21), siervos y señores (3,22-4,1), o consejos prácticos sobre el ejercicio de las virtudes cristianas (3,12-17; 4,2-6).

CARTA
A LOS COLOSENSES

PRESENTACIÓN
(1,1-14)

Saludo

1

1 Pablo, apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios, y Timoteo, el hermano, 2 a los santos y fieles hermanos en Cristo que están en Colosas: la gracia y la paz de Dios, nuestro Padre, estén con vosotros.

Acción de gracias por la correspondencia a la doctrina del Evangelio (1,3-8)

3 Damos gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, orando siempre por vosotros, 4 al llegarnos noticias de vuestra fe en Cristo Jesús y del amor que tenéis a todos los santos, 5 a causa de la esperanza en lo que os está reservado en los cielos. De ello ya habéis sido instruidos al recibir la palabra de la verdad, el Evangelio 6 que os llegó y que da fruto y crece entre vosotros como en todo el mundo, desde el día en que oísteis y conocisteis de verdad la gracia de Dios. 7 Así lo aprendisteis de Epafras, nuestro amado compañero en el servicio, que hace las veces de nosotros como fiel ministro de Cristo 8 y que también nos manifestó vuestro amor en el Espíritu.

Oración por el crecimiento en santidad
(1,9-14)

9 Por eso también nosotros, desde el día en que nos enteramos, no cesamos de rezar y pedir por vosotros, para que alcancéis un pleno conocimiento de su voluntad con toda sabiduría y entendimiento espiritual. 10 Rezamos para que viváis de una manera digna del Señor, agradándole en todo, dando como fruto toda clase de obras buenas y creciendo en el conocimiento de Dios. 11 Así seréis fortalecidos con toda la fuerza propia de su glorioso poder para tener en todo paciencia y longanimidad, con alegría, 12 dando gracias al Padre, que os hizo dignos de participar en la herencia de los santos en la luz.

13 Él nos arrebató del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, 14 en quien tenemos la redención, el perdón de los pecados.

PRIMERA PARTE
LA FE EN CRISTO SEÑOR DE TODO

(1,15-2,23)

I. CRISTO, EL PRIMOGÉNITO

(1,15-29)

Canto a la primacía de Cristo sobre toda la Creación (1,15-20)

15 El cual es la imagen del Dios
invisible, el primogénito de toda
criatura,
16 porque en él fueron creadas todas las cosas
en los cielos y sobre la
tierra, las visibles y las
invisibles,
sean los tronos o las dominaciones,
los principados o las
potestades. Todo ha sido creado
por él y para él.
17 Él es antes que todas las cosas
y todas subsisten en
él.
18 Él es también la cabeza del cuerpo,
que es la Iglesia;
él es el principio, el
primogénito de entre
los muertos,
para que él sea el primero en
todo,
19 pues Dios tuvo a bien que en él habitase
toda la
plenitud,
20 y por él reconciliar todos los seres consigo,
restableciendo la paz, por medio de su
sangre derramada en la Cruz,
tanto en las criaturas de la
tierra como en las
celestiales.

La acción salvadora de Cristo sobre los fieles
(1,21-23)

21 Y a vosotros, que en otro tiempo erais extraños y enemigos por
vuestros pensamientos y malas obras, 22 ahora sin embargo os reconcilió
mediante la muerte sufrida en su cuerpo de carne, para presentaros
santos, sin mancha e
irreprochables delante de él, 23 con tal de que permanezcáis cimentados en
la fe,
firmes e inconmovibles en la esperanza del Evangelio que
escuchasteis, que fue predicado a toda criatura que hay bajo el cielo, y
del cual yo, Pablo, he sido constituido servidor.

Correspondencia de San Pablo a su vocación
(1,24-29)

24 Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros, y completo
en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo en beneficio de su
cuerpo, que es la Iglesia. 25 De ella he sido yo constituido servidor por
disposición divina, dada en favor vuestro: para cumplir el encargo de

anunciar la palabra de Dios, es decir, [26] el misterio que estuvo escondido
durante siglos y generaciones y que ahora ha sido manifestado a sus
santos. [27] En efecto, Dios quiso dar a conocer a los suyos las riquezas de
gloria que contiene este misterio para los gentiles: es decir, que Cristo
está en vosotros y es la esperanza de la gloria. [28] Nosotros lo anunciamos
exhortando a todo hombre y enseñando a cada uno con la verdadera
sabiduría, para hacer a todos perfectos en Cristo. [29] Con este fin trabajo
afanosamente con su
fuerza que actúa poderosamente en mí.

II. DEFENSA DE LA FE
(2,1-23)

Desvelo por quienes no le conocen personalmente (2,1-8)

2

1 Así pues, quiero que sepáis qué dura lucha sostengo por vosotros, y por
los de Laodicea, y por cuantos no me han visto personalmente, 2 para que
sean consolados sus corazones, unidos en la caridad, y alcancen en toda
su riqueza la perfecta inteligencia y conocimiento del misterio de Dios, de
Cristo, 3 en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de
la ciencia.

Advertencia ante las vanas filosofías

4 Digo esto para que nadie os engañe con discursos capciosos; 5
porque aunque corporalmente estoy ausente, en espíritu estoy con
vosotros, y me alegro al ver vuestra buena disposición y la firmeza de
vuestra fe en Cristo.
6 Por tanto, así como habéis recibido a Cristo Jesús, el Señor, vivid en
él, 7
enraizados y edificados sobre él, permaneciendo fuertes en la fe, tal como
aprendisteis, y manifestando generosamente vuestro agradecimiento. 8
Vigilad para
que nadie os seduzca por medio de vanas filosofías y falacias,
fundadas en la tradición de los hombres y en los elementos del
mundo, pero no en Cristo.

Defensa de la verdadera doctrina ante las herejías (2,9-15)

9 Porque en él habita toda la plenitud de la divinidad
corporalmente, 10 y por él, que es cabeza de todo principado y potestad,
habéis alcanzado la plenitud. 11
Por él fuisteis también circuncidados con una circuncisión no hecha por
mano que
mutila el cuerpo carnal, sino con la circuncisión de Cristo. 12 Sepultados
con él por
medio del Bautismo, también fuisteis resucitados con él mediante la fe en
el poder
de Dios, que lo resucitó de entre los muertos. 13 Y a vosotros, que estabais
muertos
por los delitos y por la falta de circuncisión de vuestra carne, os vivificó
con él, y
perdonó gratuitamente todos nuestros delitos, 14 al borrar el pliego de
cargos que nos era adverso, y que canceló clavándolo en la cruz. 15
Habiendo despojado a los

principados y potestades, los exhibió en público llevándolos en su cortejo triunfal.

Reprensión del falso ascetismo
(2,16-23)

16 Así pues, que nadie os critique por la comida o bebida o por
cuestión de fiestas, novilunios o sábados, 17 que son una sombra de lo
que tenía que venir, a saber, la realidad del cuerpo de Cristo. 18 Que nadie
os quite el premio haciendo alarde de humildad y de culto a los ángeles,
ensimismado a causa de sus visiones, inflado vanamente por su
inteligencia carnal, 19 y sin mantenerse unido a la cabeza, de la cual todo
el cuerpo, alimentado y trabado por medio de articulaciones y junturas,
crece con el crecimiento de Dios. 20 Si habéis muerto con Cristo a los
elementos del mundo, ¿por qué os sujetáis a sus decretos como si aún
vivierais en

el mundo? 21 «¡No toques, no pruebes, ni siquiera mires!» 22 Todo eso
acaba en la corrupción a base de usarlo según los preceptos y
enseñanzas de los hombres. 23
Tales cosas tienen una apariencia de sabiduría por su religiosidad afectada, su
aparente humildad y su rigor con el cuerpo, pero no valen sino para la
satisfacción de la carne.

SEGUNDA PARTE
EL SEÑORÍO DE CRISTO EN EL CRISTIANO
(§ 3,1-4,18)

III. CONSECUENCIAS MORALES
(3,1-4,6)

Buscad las cosas de arriba (3,1-4)

3

1 Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba,
donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; 2 sentid las cosas de
arriba, no las de la tierra. 3
Pues habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. 4
Cuando
Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces también vosotros apareceréis
gloriosos con él.

El apartamiento del pecado
(3,5-11)

5 Mortificad, pues, lo que hay de terrenal en vuestros miembros: la
fornicación, la impureza, las pasiones, la concupiscencia mala y la
avaricia que es una idolatría. 6 Por ellas viene la ira de Dios sobre los
hijos de la incredulidad. 7
También vosotros las practicasteis en otro tiempo, cuando vivíais en ellas. 8
Ahora,
sin embargo, desechad también vosotros todas estas cosas: la ira, la
indignación, la
malicia, la blasfemia y la conversación deshonesta en vuestros labios. 9
No os engañéis unos a otros, ya que os habéis despojado del hombre
viejo con sus obras
10 y os habéis revestido del hombre nuevo, que se renueva para lograr un
conocimiento pleno según la imagen de su creador, 11 para quien no hay
griego o
judío, circuncisión o no circuncisión, bárbaro o escita, siervo o libre, sino
que Cristo es todo en todos.

El progreso de la vida interior
(3,12-17)

12 Por tanto, como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de
entrañas de misericordia, de bondad, de humildad, de mansedumbre, de
paciencia. 13
Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga queja contra
otro;
como el Señor os ha perdonado, hacedlo así también vosotros. 14 Sobre
todo, revestíos con la caridad, que es el vínculo de la perfección. 15 Y que
la paz de Cristo
se adueñe de vuestros corazones: a ella habéis sido llamados en un solo
cuerpo. Y
sed agradecidos. 16 Que la palabra de Cristo habite en vosotros
abundantemente.
Enseñaos con la verdadera sabiduría, animaos unos a otros con salmos,
himnos y

cánticos espirituales, cantando agradecidos en vuestros corazones. [17] Y
todo cuanto hagáis de palabra o de obra, hacedlo todo en nombre del
Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.

Comportamiento en la vida familiar
(3,18-4,1)

[18] Mujeres: estad sujetas a vuestros maridos, como conviene en el
Señor. [19]
Maridos: amad a vuestras mujeres y no seáis ásperos con ellas. [20] Hijos:
obedeced en todo a vuestros padres, pues esto es agradable al Señor. [21]
Padres: no os excedáis al reprender a vuestros hijos, no sea que se
vuelvan pusilánimes. [22]
Siervos: obedeced en todo a vuestros amos de la tierra, no sólo para que os
vean,
como quien busca complacer a los hombres, sino con sinceridad de corazón
y con
temor del Señor. [23] Todo cuanto hagáis hacedlo de corazón, como
hecho para el Señor y no para los hombres, [24] sabiendo que recibiréis
del Señor el premio de la herencia. Servid a Cristo, el Señor. [25] Porque
el que obra injustamente recibirá lo
merecido por la injusticia que hizo, ya que no hay acepción de personas.

4

[1] Amos: dad a vuestros siervos lo que es justo y equitativo, sabiendo
que también vosotros tenéis un Amo en el cielo.

Responsabilidad apostólica
(4,2-6)

[2] Perseverad en la oración, velando en ella con acciones de gracias. [3]
Orad
al mismo tiempo por nosotros para que Dios nos abra una puerta a la
predicación, y
podamos hablar del misterio de Cristo –por el cual estoy encadenado– [4]
para que lo dé a conocer como debo hacerlo. [5] Comportaos sabiamente
ante los de fuera, redimiendo el tiempo. [6] Que vuestra conversación sea
siempre con gracia,
sazonada con sal, de forma que sepáis responder a cada uno como
conviene.

IV. CONCLUSIÓN
(4,7-18)

Tíquico y Onésimo les hablarán de los asuntos personales (4,7-9)

[7] Por lo que se refiere a mí, de todo os informará Tíquico, hermano
querido, fiel servidor y compañero de servicio en el Señor, [8] a quien os

envío precisamente para que tengáis noticias nuestras y consuele
vuestros corazones, [9] junto con Onésimo, hermano fiel y muy querido,
que es de los vuestros. Ellos os pondrán al corriente de todo lo que aquí
sucede.

Saludos de los compañeros de San Pablo
(4,10-18)

[10] Os saluda Aristarco, mi compañero de prisión, y Marcos, primo de
Bernabé
–sobre quien recibisteis instrucciones: acogedle si va a veros–, [11] y también
Jesús,
que se llama Justo. Éstos son los únicos de la circuncisión que colaboran
conmigo

por el Reino de Dios y que me han servido de consuelo. [12] Os saluda Epafras, compatriota vuestro, siervo de Cristo Jesús, y que siempre se afana por vosotros en sus oraciones, para que os mantengáis perfectos cumpliendo todo lo que Dios quiere. [13] Yo soy testigo de lo mucho que trabaja por vosotros y por los de
Laodicea, y por los de Hierápolis. [14] Os saluda Lucas, el médico amado, y Demas.

Últimos saludos y recomendaciones

[15] Saludad a los hermanos de Laodicea, y a Ninfas y a la iglesia que se reúne en su casa. [16] Y cuando esta carta haya sido leída entre vosotros, haced que también se lea en la iglesia de Laodicea; y la que os llegue de Laodicea, leedla también vosotros. [17] Y decidle a Arquipo: «Atiende al ministerio que recibiste en el Señor y cúmplelo bien».

[18] El saludo es de mi mano, Pablo. Acordaos de mis cadenas. La gracia esté
con vosotros.

1,1-14 En la iglesia de Colosas se estaban infiltrando ideas extrañas traídas por ciertos predicadores. Informado de la situación, el Apóstol escribe esta carta. Como acostumbra, tras el saludo compone una acción de gracias.
1,3-8 Colosas no había sido evangelizada por Pablo, sino por Epafras, discípulo del Apóstol
y asociado a su misión. San Pablo ratifica la predicación y la labor realizada por Epafras y muestra su alegría por la fe de los colosenses.
1,9-14 La reiterada plegaria del Apóstol (vv. 9-11) subraya la necesidad de discernir el recto
conocimiento de Dios a través del Evangelio recibido, frente a las enseñanzas erróneas de falsos apóstoles, que defendían la existencia de otros conocimientos para salvarse. Los vv.
12-14 son una exhortación al agradecimiento por los dones de Dios en Cristo. La liberación
del pecado –la salvación– está en Cristo, que es la manifestación del amor de Dios hacia
los hombres. «Él nos ha revelado que Dios es amor (...). Venciendo con la muerte en la cruz el mal y el poder del pecado con su total obediencia de amor, Él ha traído a todos la
salvación» (Juan Pablo II, Reconc. et paen. 10).
1,15-2,23 Según la mentalidad de la época, las gentes de Colosas pensaban que el mundo
estaba regido por unos poderes superiores al hombre que Dios había puesto como mediadores en el cumplimiento de sus designios. Algunos «filósofos» presentaban a Cristo como uno más entre esos poderes, por lo que el Apóstol sale al paso afirmando la incomparable superioridad de Cristo (1,15-29) y poniendo en guardia a los fieles frente a aquellas filosofías (2,1-23).
1,15-29 El contenido de la carta comienza propiamente con la exposición de la grandeza y
superioridad de Cristo en relación con el universo creado y con la Iglesia (vv. 15-20). Sigue la reflexión sobre la conversión de los colosenses (vv. 21-23) y el propio ministerio de Pablo (vv. 24-29).
1,15-20 Pablo exalta el misterio de Cristo y su misión redentora. Estos versículos constituyen un bellísimo himno del señorío de Jesucristo sobre toda la creación: nada hay que no reciba el influjo redentor de la sangre derramada en la cruz. En la primera estrofa (vv. 15-17) se afirma que el dominio de Cristo abarca al cosmos en todo su conjunto, como consecuencia de su acción creadora. El texto evoca el prólogo de Jn y el comienzo del Gn. En la segunda estrofa (vv. 18-20)

se presenta la nueva creación mediante, la gracia, obtenida por Cristo por medio de su muerte en la cruz. Él es Mediador y Cabeza de la Iglesia. Cristo ha restablecido la paz y ha reconciliado todas las cosas con Dios.

Al decir que el Hijo es «imagen del Dios invisible» (v. 15) se manifiesta la identidad de naturaleza divina entre el Padre y el Hijo, y que el Hijo procede del Padre. Al llamarle «primogénito» muestra que tiene la supremacía y la capitalidad sobre todo los seres creados, porque no sólo es anterior a todos ellos, sino que todos fueron creados «en él», «por él» y «para él» (y. 16).

1,21-23 La Santísima Humanidad de Cristo es instrumento salvador: mediante su pasión y muerte, nuestro Señor venció al pecado y obtuvo las gracias necesarias para limpiar al hombre de sus culpas y para que pudiera presentarse ante Dios (v. 22). La fe cristiana, por la Encarnación del Verbo, aparece como una doctrina diametralmente opuesta a un espiritualismo desencarnado. El cuerpo y las realidades puramente materiales no son obstáculo para la santificación. «Hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser –en el alma y en el cuerpo– santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales» (S. Josemaría Escrivá, Convers. 114).
1,24-29 Los hombres podemos cooperar con los planes de Dios no sólo por nuestras acciones y oraciones, sino también por nuestros sufrimientos, participando en los sufrimientos de Cristo. «El hombre que sufre (...) en la dimensión espiritual de la obra de la redención sirve, como Cristo, para la salvación de sus hermanos y hermanas» (Juan Pablo II, Salvif. dol. 27).

Sobre el «misterio» salvífico (vv. 26-27), cfr Ef 1,3-14.

2,1-23 Los colosenses corrían el riesgo de ser seducidos por algunos predicadores que afirmaban la necesidad de someterse a ciertos poderes celestes, o espíritus angélicos conocidos por visiones extraordinarias, y a darles culto y guardar ciertas prescripciones como las de la Ley judía. San Pablo reacciona frente a tales teorías y expresa cómo Cristo nos ha liberado de todo ello –elementos del mundo, vanas filosofías– mediante su muerte en la cruz.
2,1-8 Cristo es la manifestación plena del «misterio» o plan divino que tiene por fin la salvación de los hombres. Frente a aquellas «novedades» seductoras, San Pablo exhorta a profundizar en el Evangelio recibido. La infinita riqueza de sabiduría y ciencia que se esconde en Cristo (v. 3) hace que la meditación de su vida, de sus hechos y enseñanzas, sea fuente inagotable de alimento para la vida interior. «Hay mucho que ahondar en Cristo, porque es como una abundante mina con muchas vetas de tesoros, que, por más que ahonden, nunca les hallan fin ni término, antes van en cada veta hallando nuevas venas de riquezas acá y allá» (S. Juan de la Cruz, Cant. espir. 37,3).
2,9-15 El v. 9 enuncia el profundo misterio de la Encarnación, equivalente a Jn 1,14. Cristo es el único mediador por ser Dios y Hombre. El objetivo fundamental de su acción mediadora es reconciliar a los hombres con Dios, por el perdón de sus pecados y la donación de la vida de la gracia, que es una participación en la vida divina. Cristo ha logrado su fin por la muerte en la cruz (v. 14). Por ella, ha cancelado las cargas que imponía la circuncisión y que podían ser presentadas como un «pliego de cargos» contra el judío: también por la cruz y la resurrección Cristo ha vencido a cualquier fuerza que, según la mentalidad extendida entre los colosenses, pudiera actuar contra el hombre.
2,16-23 Al recibir el Bautismo, cada fiel muere con Cristo a los elementos del mundo y es librado de la servidumbre de la Ley y del pecado. No tiene sentido, por tanto, continuar aprisionados por unos preceptos ya abolidos, y menos aún tener miedo al uso de las cosas buenas del mundo.
§ 3,1-4,18 La participación en el señorío de Cristo que por el Bautismo adquiere el cristiano coloca a éste en una situación nueva en la que va creciendo en santidad, conocimiento y amor, a medida que hace todas las cosas «en el nombre del Señor Jesús» (3,1 7).
3,1-4,6 Presenta las exigencias espirituales y morales de la doctrina expuesta en los capítulos precedentes. Se fija sobre todo en la mortificación (3,1-11), en las relaciones mutuas (3,12-17), y en la vida familiar y social (3,18-4,1).
3,1-4 Por el Bautismo el cristiano participa de la vida gloriosa de Jesucristo resucitado. Por

eso, Cristo llena todos los horizontes de su vida. «Mi amor está crucificado (...). No me satisfacen los alimentos corruptibles y los placeres de este mundo. Lo que yo quiero es el pan de Dios, que es la carne de Cristo, nacido de la descendencia de David, y no deseo otra bebida que su sangre, que es la caridad incorruptible» (S. Ignacio de Antioquía, Ad Rom. 6,1-9,3).

3,5-11 El «hombre viejo» (v. 9) es el que se deja dominar por las inclinaciones de la concupiscencia desordenada. El discípulo de Cristo, que ha sido renovado y vive para el Señor, posee un nuevo y más perfecto conocimiento de Dios y del mundo, ve las cosas con una perspectiva más alta, con visión sobrenatural, que no es sino «dejarse mover y poseer por la poderosa mano del autor de todo bien» (S. Ignacio de Loyola, Epist. 4,561-562).

3,12-17 Las virtudes que enumera el Apóstol como características del hombre nuevo son diversas manifestaciones de la caridad que es el «vínculo de la perfección» (v. 14). De este modo, haciendo las cosas bien, por amor, todas las realidades auténticamente humanas son santificables y deben ser santificadas (v. 17). «Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intranscendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios. Por eso os he repetido, con un repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día. En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria» (S. Josemaría Escrivá. Convers. 116).

3,18-4,1 La aplicación de la doctrina precedente a la vida familiar tiene su fundamento en la caridad y en la necesidad de comportarse cara a Dios. Todas las relaciones humanas adquieren también así un sentido nuevo.

4,2-6 La perseverancia en la oración es un tema ampliamente subrayado en el Nuevo Testamento, como característico de los primeros cristianos (cfr Lc 18,1; Rm 12,12; 1 Ts 5,17, etc.). La oración les dio la fuerza para extender con su ejemplo y su palabra el mensaje de Cristo por muchas naciones. «El verdadero apóstol busca ocasiones para anunciar a Cristo con su palabra, tanto a los no creyentes, para llevarlos a la fe, como a los fieles, para instruirlos, confirmarlos y estimularlos a una vida más fervorosa: “pues el amor de Cristo nos apremia” (2 Co 5,14), y en el corazón de todos deben resonar aquellas palabras del Apóstol: “¡Ay de mí si no evangelizare!” (1 Co 9,16)» (C. Vat. II, Apost. actuo. 6).

4,7-18 En el desarrollo de su tarea apostólica San Pablo no actúa como un predicador solitario. Las alusiones a otras personas, como los que aparecen aquí y en otros casos (cfr Rm 16,3-23; 1 Co 16,19-20; Flm 23-24; 2 Tm 4,19-21), reflejan el cariño y lealtad del Apóstol hacia sus colaboradores.

4,7-9 Esta carta, como la escrita a los efesios, la lleva Tíquico. Con él va Onésimo, el esclavo fugitivo, convertido después a la fe y que San Pablo envía a su amo Filemón (cfr Flm 22,25).

4,10-18 De los nombres que se señalan, algunos son bien conocidos, como Marcos, Bernabé y Lucas. Demas le abandonará más tarde «por amor de este mundo» (2 Tm 4,10). Arquipo, quizá sea hijo de Filemón (cfr Flm 1,3).

San Pablo dicta la carta a un secretario y, al final, escribe el saludo de su puño y letra como acostumbra (cfr 1 Co 16,21; 2 Ts 3,17).

LAS CARTAS A LOS TESALONICENSES

[Ir a Índice]

Las *Cartas a los Tesalonicenses*, escritas unos veinte años después de la muerte de Nuestro Señor, son seguramente los dos escritos más antiguos del Nuevo Testamento.

San Pablo, con Silas y Timoteo, llega a Tesalónica, la capital de la provincia romana de Macedonia, en la primera fase de su segundo viaje apostólico (años 50-53), y allí predica el Evangelio. Obtiene abundantes frutos de conversión y funda una comunidad cristiana de la que se siente santamente orgulloso. Pero pocos meses después, a causa de las insidias de algunos judíos, se ve obligado a salir de forma imprevista de la ciudad (cfr Hch 17,1-9) y, con ello, a interrumpir la formación cristiana de aquellos fieles recién convertidos, que se encontraban en una situación difícil a causa de la persecución iniciada por los judíos. Por eso, desde Atenas envía a Timoteo (1 Ts 3,2) para confirmarlos en la fe, y para tener noticias de ellos. Entretanto, Pablo se dirige a Corinto, y allí se reúne con Timoteo (cfr Hch 18,5), que le da la alegre nueva de la perseverancia de los tesalonicenses en la fe y en la caridad, a pesar de las dificultades y persecuciones. Timoteo le informa también de algunas cuestiones que les inquietan: la suerte de los difuntos y la segunda venida del Señor o Parusía. Entonces el Apóstol, en el invierno del 50-51, les escribe la Primera Carta con el fin de completar su predicación anterior. La envía por medio de Timoteo, y con ella quiere también tranquilizarles sobre la suerte de los que ya habían muerto en la fe del Señor. Éstos, viene a decirles, también participarán de la resurrección de Cristo, porque cuando Él vuelva ellos resucitarán «en primer lugar» (1 Ts 4,16).

Sin embargo, algunos no entendieron bien la enseñanza del Apóstol y pensaron que la Parusía del Señor iba a ser inminente: incluso hubo quienes comenzaron a abandonar su trabajo. Estas noticias movieron a Pablo a escribirles la Segunda Carta unos meses más tarde para deshacer aquellos equívocos.

Fundamentalmente estas cartas tratan de la evangelización, de la acción de la Palabra de Dios, de la santidad de vida y en especial de la Parusía, o segunda venida de Cristo, y de la resurrección de los muertos. Los tesalonicenses no deben preocuparse –les dice San Pablo–, ni perder el tiempo elucubrando sobre estas cosas, sino tratar de vivir santamente y trabajar con honestidad a la espera de la definitiva venida de Cristo.

Citas del Antiguo Testamento

5,8. Is 59,17; Sb 5,18-19

PRIMERA CARTA A LOS TESALONICENSES

(§ 1,1-5,28)

Saludo

1

1 Pablo, Silvano y Timoteo, a la iglesia de los tesalonicenses, en Dios Padre y en el
Señor Jesucristo: la gracia y la paz estén con vosotros.

I. ALEGRÍAS DEL APÓSTOL POR LA IGLESIA DE TESALÓNICA (1,2-3,13)

Acción de gracias por la fidelidad de los tesalonicenses (1,2-10)

2 Damos continuamente gracias a Dios por todos vosotros,
teniéndoos presentes en nuestras oraciones. 3 Sin cesar recordamos ante
nuestro Dios y Padre vuestra fe operativa, vuestra caridad esforzada y
vuestra constante esperanza en nuestro Señor Jesucristo.
4 Sabemos, hermanos amados por Dios, que habéis sido elegidos; 5
porque
nuestro evangelio no se os predicó sólo con palabras, sino con poder, con
el Espíritu Santo y con plena convicción. Bien sabéis cómo nos hemos
comportado entre vosotros para vuestro provecho.
6 Ciertamente os hicisteis imitadores nuestros y del Señor,
acogiendo la palabra con el gozo del Espíritu Santo, aun en medio de
grandes tribulaciones; 7
hasta el punto de que os habéis convertido en modelo para todos los
creyentes de
Macedonia y de Acaya. 8 Porque a partir de vosotros se ha difundido la
palabra del
Señor, no sólo en Macedonia y en Acaya, sino que por todas partes se
ha propagado vuestra fe en Dios, de modo que nosotros no tenemos
necesidad de
decir nada. 9 Ellos mismos cuentan qué acogida nos dispensasteis y
cómo os convertisteis a Dios abandonando los ídolos, para servir al Dios
vivo y verdadero 10
y esperar la venida desde los cielos de su Hijo Jesús –a quien resucitó de
entre los
muertos– que nos libra de la ira venidera.

Recuerdos de la evangelización en Tesalónica (2,1-12)

2

1 Conocéis bien, hermanos, que nuestra estancia entre vosotros no fue
infructuosa,
2 sino que, como sabéis, después de haber padecido sufrimientos e injurias
en
Filipos, tuvimos confianza en nuestro Dios para predicaros el Evangelio de
Dios en
medio de muchos combates. 3 Nuestra exhortación no procede, por eso,
del error ni de la impureza, ni es engañosa. 4 Al contrario, ya que Dios nos
ha encontrado
dignos de confiarnos el Evangelio, hablamos no como quien busca agradar
a los
hombres, sino a Dios, que ve el fondo de nuestros corazones. 5 Como
sabéis,

nunca nos hemos movido con palabras aduladoras, ni por avaricia disimulada –Dios
es testigo–, [6] ni buscando gloria humana, ni de vosotros ni de nadie. [7] Aunque,
como apóstoles de Cristo, podríamos haber impuesto el peso de nuestra
autoridad, sin embargo nos comportamos con dulzura entre vosotros. Como una madre que da
alimento y calor a sus hijos, [8] así, movidos por nuestro amor, queríamos entregaros
no sólo el Evangelio de Dios, sino incluso nuestras propias vidas, ¡tanto os llegamos
a querer! [9] Pues recordáis, hermanos, nuestro esfuerzo y nuestra fatiga: trabajando
día y noche, para no ser gravosos a ninguno de vosotros, os predicamos el
Evangelio de Dios. [10] Testigos sois, y Dios también, de que nuestra
conducta entre vosotros, los creyentes, fue santa, justa e irreprochable.
[11] Como un padre a sus
hijos –lo sabéis bien–, a cada uno [12] os alentábamos y os consolábamos,

exhortándoos a que vivierais de una manera digna de Dios, que os llama a su Reino y a su gloria.

Perseverancia de los tesalonicenses
(2,13-16)

13 Y por eso también nosotros damos gracias a Dios sin cesar,
porque, cuando recibisteis la palabra que os predicamos, la acogisteis no
como palabra humana, sino como lo que es en verdad: palabra divina,
que actúa eficazmente en vosotros, los creyentes. 14 Pues, hermanos, os
habéis hecho imitadores de las iglesias de Dios que están en Judea, en
Cristo Jesús, puesto que habéis sufrido también de vuestros
compatriotas lo mismo que ellos han sufrido de los judíos. 15
Éstos son los que mataron al Señor Jesús y a los profetas, y también a
nosotros nos han perseguido. Y así no sólo no agradan a Dios, sino que se
hacen enemigos de todos los hombres, 16 al impedir que prediquemos a
los gentiles para que se salven; y así están siempre colmando la medida
de sus pecados. Pero la ira contra ellos ha llegado al límite.

Desvelo por los tesalonicenses
(2,17-20)

17 Hermanos, nosotros, privados por breve tiempo de vuestra
compañía
–físicamente, no de corazón–, ardíamos en deseos de veros. 18 Por eso
quisimos ir a veros; al menos yo, Pablo, lo intenté una y otra vez, pero
Satanás nos lo impidió.
19 Pues ¿quién sino vosotros será nuestra esperanza, nuestro gozo, nuestra
corona
de gloria ante nuestro Señor Jesús el día de su venida? 20 Sí,
verdaderamente sois
nuestra gloria y nuestro gozo.

Viaje de Timoteo a Tesalónica (3,1-5)

3

1 Por esta razón, incapaces de aguantar más, preferimos quedarnos solos
en Atenas 2 y os enviamos a Timoteo, nuestro hermano y colaborador de
Dios en el Evangelio de Cristo, para confirmaros y animaros en vuestra fe,
3 para que nadie flaquee en esas tribulaciones. Bien sabéis que eso es lo
que nos espera; 4 pues ya cuando estábamos entre vosotros os
predecíamos que íbamos a sufrir tribulaciones, como sabéis que ha
sucedido. 5 Y por eso yo, incapaz de aguantar más, le envié para
informarme de vuestra fe, preocupado por si os hubiera seducido el
tentador y nuestro trabajo hubiera resultado infecundo.

Alegría por las noticias que trae Timoteo (3,6-10)

6 Pero ahora Timoteo, que acaba de regresar de ahí, nos ha traído
buenas noticias de vuestra fe y de vuestra caridad, de que guardáis

siempre buen recuerdo de nosotros y deseáis vernos, como también nos sucede a nosotros. 7 Por eso hemos recibido de vuestra parte, hermanos, gracias a vuestra fe, un gran consuelo en medio de todas nuestras adversidades y tribulaciones: 8 ahora sí vivimos, ya que permanecéis firmes en el Señor. 9 ¿Y cómo podremos dar gracias suficientes a Dios por toda la alegría que nos proporcionáis y con la que nos gozamos por vosotros

ante nuestro Dios? 10 Le rogamos noche y día, sin cesar, que podamos
veros y completar lo que falta a vuestra fe.

Oración por los tesalonicenses
(3,11-13)

11 Que Dios mismo, nuestro Padre, y nuestro Señor Jesús, dirija
nuestro camino para poder veros; 12 y que el Señor os colme y os haga
rebosar en la caridad de unos con otros y en la caridad hacia todos, como
es la nuestra hacia vosotros, 13 para que se confirmen vuestros corazones
en una santidad sin tacha ante Dios, nuestro Padre, el día de la venida de
nuestro Señor Jesús con todos sus santos. Amén.

II. LA VIDA CRISTIANA: SANTIDAD, ESPERANZA, ORACIÓN
(4,1-5,28)

Recomendaciones: santidad y pureza (4,1-8)

4

1 Por lo demás, hermanos, os rogamos y os exhortamos en el Señor Jesús
a que, conforme aprendisteis de nosotros sobre el modo de comportaros y
de agradar al Señor, y tal como ya estáis haciendo, progreséis cada vez
más. 2 Pues conocéis los preceptos que os dimos de parte del Señor Jesús.
3 Porque ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación; que os
abstengáis de la fornicación: 4 que cada uno
sepa guardar su propio cuerpo santamente y con honor, 5 sin dejarse
dominar por la concupiscencia, como los gentiles, que no conocen a Dios. 6
En este asunto, que nadie abuse ni engañe a su hermano, pues el Señor
toma venganza de todas estas cosas, como ya os advertimos y
aseguramos; 7 porque Dios no nos llamó a la impureza, sino a la santidad.
8 Por tanto, el que menosprecia esto no menosprecia a un hombre, sino a
Dios, que además os concede el don del Espíritu Santo.

Caridad y laboriosidad
(4,9-12)

9 En cuanto al amor fraterno, no tenéis necesidad de que os escriba,
pues vosotros mismos habéis sido instruidos por Dios para que os améis
los unos a los otros, 10 y, en efecto, así lo estáis poniendo por obra con
todos los hermanos en toda Macedonia. Pero os encarecemos, hermanos,
a que progreséis más 11 y a que os esmeréis en vivir con serenidad,
ocupándoos de vuestros asuntos y trabajando con vuestras manos, como
os lo ordenamos, 12 de modo que os comportéis honradamente ante los
de fuera y no necesitéis de nadie.

La Parusía (4,13-5,11)

13 No queremos, hermanos, que ignoréis lo que se refiere a los que
han muerto, para que no os entristezcáis como esos otros que no tienen
esperanza. 14
Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, de igual manera también
Dios, por
medio de Jesús, reunirá con Él a los que murieron. 15 Así pues, como
palabra del

Señor, os transmitimos lo siguiente: nosotros, los que vivamos, los que quedemos hasta la venida del Señor, no nos anticiparemos a los que hayan muerto; 16 porque, cuando la voz del arcángel y la trompeta de Dios den la señal, el Señor mismo descenderá del cielo, y resucitarán en primer lugar los que murieron en Cristo; 17 después, nosotros, los que vivamos, los que quedemos, seremos arrebatados a las nubes junto con ellos al encuentro del Señor en los aires, de modo que, en adelante estemos siempre con el Señor. 18 Por tanto, animaos mutuamente con estas palabras.

5

1 Sobre el tiempo y el momento, hermanos, no necesitáis que os escriba, 2 porque vosotros mismos sabéis muy bien que el día del Señor vendrá como un ladrón en la noche. 3 Así pues, cuando clamen: «Paz y seguridad», entonces, de repente, se precipitará sobre ellos la ruina –como los dolores de parto de la que está encinta–, sin que puedan escapar. 4 Pero vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, de modo que ese día os sorprenda como un ladrón; 5 pues todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día. Nosotros no somos de la noche ni de las tinieblas. 6 Por tanto, no durmamos como los demás, sino estemos en vela y mantengámonos sobrios. 7 Los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan;
8 pero nosotros, que somos del día, mantengámonos sobrios, *estemos revestidos con la coraza* de la fe y de la caridad, *con el yelmo* de la esperanza *de salvación*. 9
Porque Dios no nos ha destinado a la ira, sino a alcanzar la salvación por medio de
nuestro Señor Jesucristo, 10 que murió por nosotros, para que, tanto si velamos como si dormimos, vivamos juntos con él. 11 Por eso, animaos mutuamente y
edificaos unos a otros, como ya lo hacéis.

Recomendaciones diversas
(5,12-22)

12 Os rogamos, hermanos, que apreciéis a los que trabajan entre vosotros, os gobiernan en el Señor y os instruyen. 13 Tened con ellos las mejores muestras de afecto en consideración a su labor. Que haya paz entre vosotros. 14 Os exhortamos también, hermanos, a que corrijáis a los indisciplinados, alentéis a los pusilánimes, sostengáis a los débiles y tengáis paciencia con todos. 15 Estad atentos para que nadie devuelva mal por mal; al contrario, procurad siempre el bien mutuo y el de todos. 16 Estad siempre alegres. 17 Orad sin cesar. 18 Dad gracias por todo, porque eso es lo que Dios quiere de vosotros en Cristo Jesús. 19 No extingáis el Espíritu, 20 ni despreciéis las profecías; 21 sino examinad todas las cosas, retened lo bueno 22 y apartaos de toda clase de mal.

Conclusión y saludos (5,23-

23 Que Él, Dios de la paz, os santifique plenamente, y que vuestro ser entero
–espíritu, alma y cuerpo– se mantenga sin mancha hasta la venida de nuestro Señor
Jesucristo. 24 El que os llama es fiel, y por eso lo cumplirá.
25 Hermanos, orad también por nosotros. 26 Saludad a todos los hermanos

con el beso santo. [27] Os pido encarecidamente por el Señor que esta carta les sea leída a todos los hermanos.

[28] La gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con vosotros.

§ **1,1-5,28** De las cartas de San Pablo, ésta es la más antigua que conservamos. Tras saludar a la comunidad que él mismo había fundado, dedica un amplio espacio a dar gracias a Dios por el fruto de la evangelización y por la fidelidad de aquellos cristianos (1,2-3,13). Después, movido, al parecer, por el dolor de los fieles de Tesalónica ante la muerte de seres queridos, les exhorta a llevar una vida santa en la esperanza de la segunda venida de Cristo (4,1-5,28).

1,2-3,13 La acción de gracias del Apóstol incluye tanto el recuerdo de la evangelización de Tesalónica (1,2-2,16), como las noticias que él tiene de la perseverancia en la fe de aquellos cristianos (2,17-3,10). La sección termina con una oración por dicha iglesia (3,11-13).

1,2-10 La evangelización realizada por el Apóstol constituye un modelo de proclamación del mensaje cristiano en todo tiempo y lugar. Dios lleva la iniciativa y hace fructífera la proclamación del Evangelio: la elección procede de Dios Padre y es consecuencia de su amor (v. 4); su Hijo Jesús sostiene la esperanza (v. 3); la acción del Espíritu Santo hace plenamente persuasivas las palabras del predicador (v. 5) y llena a quien las acoge de un gozo inefable, que permite superar cualquier tribulación (v. 6). El contenido fundamental de la predicación es el «Evangelio», (v. 5). «Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad» (Pablo VI, Evang. nunt. 18).

2,1-12 San Pablo y sus acompañantes llegaron a Tesalónica desde Filipos, donde se había desatado una persecución (cfr Hch 16,19-40). Al poco tiempo los judíos de esta ciudad promovieron alborotos hasta expulsarlos de allí. El Apóstol recuerda las dificultades que atravesó y manifiesta la rectitud de su comportamiento, saliendo al paso quizá de acusaciones por parte de judíos o de paganos. Afirma haber sido como una madre y un padre, con una conducta santa e irreprochable (vv. 7-12). Queda así como un ejemplo para los ministros en la Iglesia: «Relicarios somos de Dios, casa de Dios y, a modo de decir, criadores de Dios; a los cuales nombres conviene gran santidad» (S. Juan de Ávila, Plática).

2,13-16 La predicación es en verdad palabra de Dios (cfr v. 13) no sólo porque en ella se transmite fielmente la divina revelación, sino también porque el mismo Dios habla por medio de los que la anuncian (cfr 2 Co 5,20). Por eso, «la palabra de Dios es viva y eficaz» (Hb 4,12). «La fe se suscita en el corazón de los no creyentes y se alimenta en el corazón de los creyentes con la palabra de salvación. Con la fe empieza y se desarrolla la comunidad de los creyentes. Es lo que dice el Apóstol: “La fe viene del mensaje, y el mensaje, a través de la palabra de Cristo” (Rm 10,17)» (C. Vat. II, Presb. ord. 4).

Sobre la ira de Dios, ver Rm 1,18-32.

2,17-20 El gozo de Pablo es la fidelidad de sus destinatarios. «Gracias al maestro, el discípulo es obediente, de modo que su buen comportamiento, aprovecha al maestro; el fruto pone de manifiesto su trabajo. Por tanto, el esfuerzo del discípulo en hacer obras buenas proporciona una corona a su maestro en el juicio de Cristo» (S. Tomás de Aquino, Sup. epist. ad 1 Thess. in loc.).

3,1-5 El discípulo no es más que su Señor (cfr Mt 10,24). San Pablo enseñó desde sus primeros viajes misionales «que es preciso que entremos en el Reino de Dios a través de muchas tribulaciones» (Hch 14,22) y repitió la misma idea hasta en su última carta: «Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús serán

perseguidos» (2 Tm 3,12). «Estar con Jesús es, seguramente, toparse con su Cruz. (...) Así esculpe Jesús las almas de los suyos, sin dejar de darles interiormente serenidad y gozo» (S. Josemaría Escrivá, Hom. 2. 301).

3,6-10 La fuerza para perseverar firmes en la fe, a pesar de las persecuciones, no se debe sólo a los méritos de los tesalonicenses, sino, sobre todo, a la gracia de Dios.

3,11-13 La exhortación a estar vigilantes para la Parusía, o segunda venida de Cristo, es un tema que subyace en toda la carta. Como no se sabe cuándo tendrá lugar aquélla (cfr 5,2),

la actitud del cristiano debe ser la de llevar una vida digna de Cristo, en la que por encima de todo prevalezca la caridad. Ésta hace irreprochable al hombre ante Dios.

4,1-5,28 El pensamiento acerca de la segunda venida del Señor parece sugerir al Apóstol unas exhortaciones que vienen en esta segunda sección de la carta. Están orientadas a animar a los tesalonicenses a progresar más y más en la santidad (4,1-12), y a avivar en ellos la esperanza en la resurrección futura (4,13-5,11). Concluirá con la recomendación de vivir en paz, alegres y en oración constante (5,12-22).

4,1-8 Las exhortaciones que ahora comienzan se fundan en la llamada divina a la santidad.

El v. 3 parece un eco de la enseñanza de nuestro Señor en Discurso de la Montaña: «Sed vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48). La santidad requiere pureza. Por eso, la castidad cristiana no es sólo una consecuencia de la dignidad de la persona, creada a imagen de Dios, sino también exigencia de la nueva dignidad del bautizado, cuyo cuerpo es templo del Espíritu Santo (cfr 1 Co 6,19-20). «Con el espíritu de Dios, la castidad no resulta un peso molesto y humillante. Es una afirmación gozosa» (S. Josemaría Escrivá, Hom. 2. 177).

4,9-12 Entre los puntos fundamentales de la vida cristiana Pablo subraya, junto con la caridad y como consecuencia de ésta, la necesidad de trabajar. Consejos semejantes se encuentran con frecuencia en los documentos cristianos más antiguos: «Si alguno quiere establecerse entre vosotros, que tenga un oficio, que trabaje y así se alimente. Y si no tiene oficio, proveed conforme a vuestra prudencia, de modo que no haya entre nosotros ningún cristiano ocioso» (Didach. 12,3-5). El amor a Dios permite dar al trabajo un sentido. «Hace falta el esfuerzo interior del espíritu humano, guiado por la fe, la esperanza y la caridad, con el fin de dar al trabajo del hombre concreto, con la ayuda de estos contenidos, aquel significado que el trabajo tiene ante los ojos de Dios» (Juan Pablo II, Lab. exerc. 24).

4,13-5,11 La precipitada marcha del Apóstol había dejado incompleta la instrucción cristiana. Una de las dudas que les quedaban podía formularse así: «Cuando llegue el Señor, ¿tendrán los difuntos alguna desventaja frente a los que estemos vivos?» San Pablo responde con dos enseñanzas: primero afirma que no los aventajaremos en nada (vv. 15-18); después aclara que no sabemos cuándo ocurrirá ese acontecimiento (vv. 1-2). Al emplear la primera persona del plural (v. 15: «nosotros, los que vivamos, los que quedemos») no quiere decir que la Parusía sea inminente ni que él piense permanecer vivo ese día. Algunos le malinterpretarán (cfr 2 Ts 2,1-2) afirmando la inminencia de la Parusía a pesar de que, en otros lugares, San Pablo dice no saber cuándo sucederá (1 Ts 5,2 ss.; cfr 2 Ts 2,2-12; etc.).

«El día del Señor» (v. 2) es una fórmula que aparece varias veces en la Sagrada Escritura referida a ese momento en el que Dios intervendrá de modo decisivo e inapelable. Según San Pablo y otros escritos del Nuevo Testamento es el día del Juicio Universal, cuando Cristo aparecerá en plenitud de gloria como Juez (cfr 1 Co 1,8; 2 Co 1,14). Pero el encuentro cara a cara con el Señor se produce ya tras la muerte (cfr 2 Co 5,6; Flp 1,23). El cristiano, por tanto, debe vivir siempre vigilante, pues no sabe con certeza cuál será el último día de su vida. [El primero...después, no tienen sentido temporal = decir, de la tranquilidad en el orden. La santidad lleva a su perfección e

Kai...Kai (=por una parte...por otra)de 1 Cor 15,52. Las armas de protección son distintas en las distintas cartas
de S. Pablo y en las citas Vt. Cfr Rigaux]
5,12-22 De entre estas recomendaciones se puede destacar el respeto y veneración por
quienes constituyen la jerarquía de la Iglesia. «Los que mandan sirven a aquellos a quienes parecen mandar. La razón es que no mandan por afán de poder, sino porque tienen el ministerio de cuidar de los demás; no son los primeros por soberbia, sino por amor, para atenderles» (S. Agustín, De civit. Dei, 19,14). La perseverancia en la oración (v. 17) mantendrá despierta la lucha por vivir las indicaciones de San Pablo. «El Apóstol nos
manda orar siempre. Para los santos el mismo sueño es oración. Sin embargo, debemos tener unas horas de oración bien repartidas de modo que, si estamos absorbidos por algún
trabajo, el mismo horario nos amoneste a cumplir nuestro deber» (S. Jerónimo, Epist.
22,37).
5,23-28 La santificación que Dios realiza en el hombre alcanza la totalidad de su ser. La
santidad cristiana es la plenitud del orden establecido por Dios en la creación, y restablecido después del pecado. Por esto el Apóstol invoca a Dios como «Dios de la paz» (v. 23), es

decir, de la tranquilidad en el orden. La santidad lleva a su perfección e

facultades humanas, tanto corporales como espirituales; de modo que completa y
perfecciona, sin alterarlo, el orden natural.

LAS CARTAS A LOS TESALONICENSES

[Ir a Índice]
Ir a introducción

Citas del Antiguo Testamento

1,8. Ex 3,2; Is 66,4.15; Jr 10,25; Sal 79,6
1,9. Is 2,10.19.21
2,8. Is 11,4; Jb 4,9

SEGUNDA CARTA A LOS TESALONICENSES

(§ 1,1-3,18)

Saludo

1

1 Pablo, Silvano y Timoteo, a la iglesia de los tesalonicenses, en Dios
nuestro Padre y en el Señor Jesucristo: 2 la gracia y la paz estén con
vosotros de parte de Dios Padre y del Señor Jesucristo.

I. ESPERANZA EN LA REMUNERACIÓN DIVINA

(1,3-2,17)

Acción de gracias

(1,3-5)

3 Debemos dar gracias a Dios en todo momento por vosotros,
hermanos, como es justo, porque vuestra fe crece de modo extraordinario
y rebosa la caridad de unos con otros, 4 hasta el punto de que nos
gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios por vuestra paciencia y fe en
todas las persecuciones y tribulaciones que soportáis. 5 Esto es señal del
justo juicio de Dios, en el que sois estimados dignos del Reino de Dios, por
el que ahora padecéis.

Retribución divina

(1,6-10)

6 En efecto, a los ojos de Dios es justo castigar con aflicción a
quienes os afligen, 7 y a vosotros, que ahora sois atribulados, premiaros
con el descanso en compañía nuestra, cuando el Señor Jesús se manifieste
11 También por eso oramos en todo momento por vosotros, para

desde el cielo con los ángeles de su poder, [8] *en medio de llamas de fuego, y tome venganza de los que no conocen a Dios* ni obedecen el Evangelio de nuestro Señor Jesús. [9] Éstos serán castigados con una pena eterna, *alejados de la presencia del Señor y de la gloria de su poder*, [10] cuando él venga aquel día para ser glorificado en sus santos y para mostrarse admirable en todos los que creyeron –pues vosotros habéis creído nuestro testimonio.

Oración por la perseverancia
(1,11-12)

[11] También por eso oramos en todo momento por vosotros, para

Dios os haga dignos de su vocación, y con su poder haga realidad todos
vuestros deseos de hacer el bien y de practicar la fe, 12 para que así el
nombre de nuestro Señor Jesús sea glorificado en vosotros, y vosotros en
él, según la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo.

La venida del Señor
(2,1-12)

2

1 En cuanto a la venida de nuestro Señor Jesucristo y de nuestro
encuentro con él, os rogamos, hermanos, 2 que no se inquiete fácilmente
vuestro ánimo ni os alarméis: ni por revelaciones, ni por rumores, ni por
alguna carta que se nos atribuya, como si fuera inminente el día del
Señor. 3 Que de ningún modo os
engañe nadie, porque primero tiene que venir la apostasía y manifestarse
el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición, 4 que se opone y se alza
sobre todo lo que
lleva el nombre de Dios o es adorado, hasta el punto de sentarse él
mismo en el templo de Dios, mostrándose como si fuera Dios.
5 ¿No recordáis que cuando todavía estaba entre vosotros os
hablaba de estas cosas? 6 Pero ahora ya sabéis qué es lo que impide su
manifestación, que sucederá en su momento. 7 Porque ya está
actuando el misterio de la iniquidad,
sólo falta que sea apartado el que hasta ahora lo retiene.
8 Entonces aparecerá el *inicuo*, a quien el Señor *exterminará con el
soplo de su boca* y destruirá con su venida majestuosa. 9 Aquél, por la
acción de Satanás, vendrá con todo poder, y con falsas señales y
prodigios, 10 y con todo género de
engaños malvados, dirigidos a los que se pierden, puesto que no aceptaron
el amor
de la verdad para salvarse. 11 Por eso Dios les envía un poder seductor,
para que ellos crean en la mentira, 12 de modo que sean condenados
todos los que no
creyeron en la verdad, sino que pusieron su complacencia en la injusticia.

Constancia en la fe y enseñanza recibidas
(2,13-17)

13 Nosotros, en cambio, debemos dar siempre gracias a Dios por
vosotros, hermanos, amados del Señor, porque os eligió Dios como
primicias para la salvación, mediante la acción santificadora del Espíritu
y por la fe en la verdad. 14
Para esto os llamó por medio de nuestro evangelio, para que alcancéis la
gloria de nuestro Señor Jesucristo.
15 Por eso, hermanos, manteneos firmes y observad las
tradiciones que aprendisteis, tanto de palabra como por carta
nuestra. 16 Que nuestro Señor
Jesucristo, y Dios nuestro Padre, que nos amó y gratuitamente nos
concedió un
consuelo eterno y una feliz esperanza, 17 consuele vuestros corazones y los

afiance
en toda obra y palabra buena.

II. ORACIÓN, TRABAJO, FRATERNIDAD (3,1-18)

Petición de oraciones (3,1-5)

3

1 Por lo demás, hermanos, orad por nosotros para que la palabra del Señor
avance con rapidez y alcance la gloria, como ya sucede entre vosotros, 2 y
para que nos libremos de los hombres perversos y malvados: pues no
todos tienen fe. 3 Pero el Señor sí que es fiel y Él os mantendrá firmes y os
guardará del Maligno. 4 En cuanto a vosotros, tenemos la confianza en el
Señor de que cumplís y que seguiréis cumpliendo lo que os ordenamos. 5
Que el Señor dirija vuestros corazones hacia el amor de Dios y la paciencia
de Cristo.

Evitar el desorden. Trabajar con constancia (3,6-15)

6 Hermanos, os ordenamos en nombre de nuestro Señor Jesucristo
que os alejéis de todo hermano que ande ocioso y no conforme a la
tradición que recibieron de nosotros. 7 Pues vosotros sabéis bien cómo
debéis imitarnos, porque entre vosotros no estuvimos ociosos; 8 y no
comimos gratis el pan de nadie, sino que trabajamos día y noche con
esfuerzo y fatiga, para no ser gravosos a ninguno. 9 No porque no
tuviéramos derecho, sino para mostrarnos ante vosotros como modelo que
imitar. 10 Pues también cuando estábamos con vosotros os dábamos esta
norma: «Si alguno no quiere trabajar, que no coma». 11 Pues oímos que
hay
algunos que andan ociosos entre vosotros sin hacer nada pero
curioseándolo todo.
12 A esos les ordenamos y exhortamos en el Señor Jesucristo a que
coman su propio pan trabajando con serenidad. 13 Vosotros, hermanos,
en cambio, no os canséis de hacer el bien. 14 Y si alguno no obedece lo
que os decimos en nuestra carta, a ése señaladle y no tratéis con él,
para que se avergüence; 15 sin embargo,
no lo consideréis como un enemigo, sino corregidle como a un hermano.

Conclusión y saludos (3,16-18)

16 Que Él, el Señor de la paz, os conceda la paz siempre y en todo.
El Señor esté con todos vosotros. 17 El saludo es de mi puño y letra,
Pablo. Ésta es la señal en todas mis cartas; así es como escribo. 18 La
gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con todos vosotros.

§ 1,1-3,18 Esta segunda carta a los fieles de Tesalónica se asemeja en muchos puntos a la anterior. Parece que algunos cristianos de aquella ciudad no habían comprendido bien determinados temas de la predicación del Apóstol, y se desvanecía su fe a causa de las persecuciones que sufrían. San Pablo les instruye sobre la retribución que Dios dará al final a cada hombre y sobre el momento de la venida del Señor (1,3-2,17); después les exhorta a la oración y al trabajo (3,1-15).

1,3-2,17 Tras saludar a la comunidad, anima a los tesalonicenses contrastando el valor de
su fe y el premio que tendrá su perseverancia (1,5.7.10) con el castigo que

recibirán los perseguidores en el momento oportuno (1,6.9; 2,12).
1,3-5 Agradecido por la fidelidad de los tesalonicenses en medio de las dificultades, les
hace ver que el sufrimiento entra en los planes de Dios. «Llevando a efecto la redención mediante el sufrimiento, Cristo ha elevado juntamente el sufrimiento humano a nivel de redención. Consiguientemente, todo hombre, en su sufrimiento, puede hacerse también participe del sufrimiento redentor de Cristo. (Juan Pablo II, Salvif. dol. 19).

1,6-10 El Señor es justo y retribuirá a cada uno según justicia. La realidad del castigo no ha de ser el primer motivo que induzca a ser fieles a Dios, pero tampoco debe olvidarse el riesgo de esa condena si se le ofende. En contraste, la gloria eterna está reservada a los justos. «Un gran Amor te espera en el Cielo: sin traiciones, sin engaños: ¡todo el amor, toda la belleza, toda la grandeza, toda la ciencia... ! Y sin empalago: te saciará sin saciar» (S. Josemaría Escrivá, Forja, 995).

1,11-12 La frase –según la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo– (v. 12) admite otra posible traducción del griego: «Según la gracia de nuestro Dios y Señor Jesucristo». De este modo tendríamos aquí al mismo tiempo una confesión de fe en Cristo como Dios y Señor.

2,1-12 Frente a los que habían sembrado la agitación entre los fieles de Tesalónica diciendo que la Parusía era inminente, Pablo expone, con un lenguaje de imágenes y símbolos tomado del Antiguo Testamento, que antes deben producirse dos hechos: la «apostasía» y la manifestación del «hombre de la iniquidad» (v. 3). La apostasía había sido ya anunciada por nuestro Señor (cfr Mc 13,22): cuando se haya colmado la medida de los pecados de los hombres, entonces vendrá el fin y tendrá lugar el Juicio Universal. No es posible saber a qué se refiere el Apóstol con la expresión «hombre de la iniquidad». Quizá sea el conjunto de fuerzas del mal que constituyen un instrumento al servicio de Satanás, aunque la descripción que se hace de este adversario de Dios es muy similar a la del «Anticristo» del que habla San Juan (cfr 1 Jn 2,18-22; cfr CCE 675). En cualquier caso, el sentido de este pasaje permanece oscuro. Pero, mientras tanto, cada persona ha de elegir entre el «amor de la verdad» (v. 10) ofrecido por Cristo, y las señales y discursos del Maligno. «Todos los hombres están obligados a buscar la verdad, sobre todo en lo que se refiere a Dios y a su Iglesia, y, una vez conocida, a abrazarla y practicarla» (C. Vat. II, Dign. hum. 1).

2,13-17 El modo de no ser engañados por doctrinas erróneas consiste en mantenerse firmes en la fe recibida y guardar las tradiciones apostólicas. Por la Tradición, «la Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las edades lo que es y lo que cree» (C. Vat. II, Dei Verb. 8).

3,1-18 Desde este momento hasta el final la carta se centra en algunas cuestiones sobre el comportamiento que deben seguir los tesalonicenses y, en especial, sobre el trabajo.

3,1-5 En contraste con la infidelidad de algunos se hace una llamada a confiar en Dios (v. 3), que siempre es fiel. Pero exige nuestra correspondencia: «Dios nos ha creado sin nosotros, pero no ha querido salvarnos sin nosotros» (S. Agustín, Serm. 169, 13).

3,6-15 Pensando equivocadamente en la inminencia de la Parusía, había en Tesalónica algunos que no trabajaban. Por esto, el Apóstol recuerda que trabajó allí abnegadamente para ganarse el sustento y no resultar gravoso a nadie. Los cristianos tienen que «cumplir fielmente sus deberes temporales, guiados por el espíritu del Evangelio. (...) Por su misma fe están más obligados a cumplirlos, cada uno según la vocación a la que ha sido llamado» (C. Vat. II, Gaud. et sp. 43).

Esta debe ser la actuación de cualquier cristiano responsable: trabajar con intensidad para dar gloria a Dios, atender las necesidad de la propia familia y servir también a los demás hombres. «Cada uno en su tarea, en el lugar que ocupa en la sociedad ha de sentir la obligación de hacer un trabajo de Dios, que siembre en todas partes la paz y la alegría del Señor» (S. Josemaría Escrivá, Hom. 2. 70).

3,16-18 El saludo final, escrito por San Pablo de su puño y letra, ha pasado a ser el saludo litúrgico de la Iglesia.

Cartas Pastorales

LAS CARTAS A TIMOTEO Y TITO

[Ir a Índice]

Las dos *Cartas a Timoteo* y la *Carta a Tito* se conocen comúnmente como *Cartas Pastorales*. Esta denominación se introdujo a principios del siglo XVIII por razón de sus destinatarios inmediatos y de su contenido. Van dirigidas a dos colaboradores del Apóstol, que están al frente, respectivamente, de las comunidades locales de Éfeso y Creta. Su contenido es eminentemente pastoral, pues se prescriben normas y consejos para la buena marcha de aquellas comunidades, amenazadas por el influjo de falsos maestros. Contienen también orientaciones sobre la organización de las iglesias y la función de los ministros. Las tres, además, coinciden en el estilo sencillo y en el tono familiar, que denota la preocupación del autor por formar a quienes desempeñan una misión pastoral.

Timoteo acompañó a San Pablo «como un hijo con su padre» (Flp 2,22). Era hijo de padre gentil y madre judía, piadosa cristiana (Hch 16,1). En su segundo viaje misional, a su paso por Listra, Pablo recibió excelentes referencias de este joven cristiano. Después de haberlo hecho circuncidar, lo llevó consigo como colaborador y ayudante en la fundación de las iglesias de Filipos y Tesalónica (Hch 16,12).
Sabemos que estuvo en Berea (Hch 17,14), y que desde Atenas el Apóstol lo envío a Tesalónica (1 Ts 3,2). De nuevo aparece en Corinto junto a Pablo (Hch 18,5), y le acompaña en el tercer viaje por Éfeso (Hch 19,22), Macedonia (1 Co 4,17; 2 Co 1,1) y Asia Menor (Hch 20,4). En la primera cautividad del Apóstol está junto a él en la cárcel (Flp 1,1; 2,19; Col 1,1); después, la *Carta a los Hebreos* habla de su puesta en libertad, aunque no detalla el tiempo ni las circunstancias (Hb 13,23). Finalmente Pablo, en su último viaje por Oriente, le encargó el gobierno de la iglesia de Éfeso. De su carácter cabe destacar la fidelidad con que siguió a San Pablo; debía de ser muy joven cuando el Apóstol ruega a los cristianos de Corinto que le traten con respeto (1 Co 16,11), y no debía de tener muchos años cuando recibió la misión de presidir la iglesia de Éfeso (1 Tm 4,12; 2 Tm 2,22).

Los datos de la Primera Carta inducen a pensar que Timoteo está al frente de una comunidad cristiana suficientemente asentada, pero con los obstáculos propios de los comienzos. El ambiente pagano, las doctrinas desviadas de algunos falsos maestros y hasta las costumbres relajadas amenazan la estabilidad de aquella iglesia incipiente. Timoteo, lo mismo que Tito en Creta, recibe el encargo de mantener la doctrina recibida y estimular la vida cristiana de los fieles.

El tono de la *Segunda Carta a Timoteo* es más entrañable e intenso, con alusiones muy personales. Pablo le exhorta insistentemente a perseverar en la predicación y en el ministerio, sin miedo a los sufrimientos externos ni a la fatiga interior. Recibe también el encargo de consolidar la organización de la iglesia local.

El contenido de la *Carta a Tito* recuerda mucho el de la primera a Timoteo, probablemente porque hubo poca diferencia en el tiempo de redacción de ambas. Tito, hijo de padres paganos, fue convertido seguramente por San Pablo, a juzgar por el cariño que éste le demuestra (Tt 1,4).

Acudió a Jerusalén con Pablo y Bernabé para asistir al primer Concilio, sin haber sido circuncidado (Ga 2,1-5). El libro de los *Hechos* silencia su nombre, pero sabemos que, a finales del tercer viaje apostólico, fue enviado a Corinto con dos misiones delicadas: primero con una carta no identificada (2 Co 2,13; 7,14), después para realizar la colecta y entregarles la *Segunda Carta a los Corintios* (2 Co 8,6.16-23; 12, 18). No consta que acompañara al Apóstol en su primera cautividad romana, pero sabemos que después de ella San Pablo le dejó en la isla de Creta, para que continuara la labor misional que los dos juntos habían emprendido (Tt 1,5). Tito debió de permanecer en Creta hasta que Artemas y Tíquico llegaron a relevarlo

(Tt 3,12). Como a Timoteo en la primera carta, el Apóstol encomienda a Tito la tarea de organizar la comunidad de Creta, y de defenderla de los errores que algunos comenzaban a difundir.

La idea central de las Cartas Pastorales –y que, por tanto, aparece más frecuentemente– es la salvación. A Dios se le nombra como «el Salvador» (1 Tm
1,1; 2,3; 4,10; Tt 1,3; 2,10; 3,4), que con infinito amor «quiere que todos los hombres
se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 Tm 2,4). Este plan divino ha sido manifestado y llevado a cabo por Jesucristo, el único Mediador (1 Tm 2,5), que
«vino al mundo para salvar a los pecadores» (1 Tm 1,15; cfr 2,5-6). La Iglesia prolonga y actualiza la acción salvadora de Cristo, puesto que es el pueblo rescatado de la iniquidad y purificado con su sacrificio (cfr Tt 2,14). Los cristianos alcanzan su propia salvación mediante una vida rica en buenas obras (cfr Tt 3,14), reflejo de su piedad. Así pues, son tres los contenidos fundamentales de las Cartas Pastotales: Jesucristo, la Iglesia –que es presentada con una estructura sólida con diáconos, presbíteros y obispos– y el ejercicio de la vida cristiana.

Estas cartas tienen ciertas diferencias con relación al resto del corpus paulino: el vocabulario y el estilo son peculiares; su contenido es más bien moral o práctico frente al predominantemente teológico de otras epístolas; la organización jerárquica y los errores a los que se alude parecen más propios de un periodo posterior a la vida del Apóstol; finalmente, existen dificultades a la hora de encuadrar su fecha de composición en la vida del Apóstol. Por ello, algunos han puesto en duda la autenticidad paulina de estas cartas. En cualquier caso, con independencia de que su autor fuera un secretario o un discípulo más o menos cercano a San Pablo, el sentido y la autoridad son del Apóstol, y la Iglesia las tiene por inspiradas y canónicas.

Citas del Antiguo Testamento

5,18 Dt 25,4; Nm 18,31; 2 Cro 15,7
5,19 Dt 19,15

PRIMERA CARTA A TIMOTEO

(§ 1,1-6,21)

Saludo

1

1 Pablo, apóstol de Cristo Jesús por disposición de Dios, nuestro
Salvador, y de Cristo Jesús, nuestra esperanza, 2 a Timoteo, verdadero hijo en la fe: gracia, misericordia y paz de parte de Dios Padre y de Cristo Jesús, Señor nuestro.

I. LA VERDADERA DOCTRINA

(1,3-20)

Amonestar a los falsos doctores

(1,3-7)

3 Ya te encarecí, al marcharme a Macedonia, que permanecieras en
Éfeso para que ordenases a algunos que no enseñaran doctrinas
diferentes, 4 ni prestaran atención a mitos y genealogías interminables,
que más que servir al designio de
Dios en la fe fomentan discusiones.

5 El fin de este mandato es la caridad, que brota de un corazón
limpio, una conciencia buena y una fe sincera. 6 Algunos, al apartarse
de esto, se han convertido en charlatanes, 7 pretendiendo ser doctores
de la ley cuando no entienden lo que dicen ni lo que rotundamente
afirman.

Función de la Ley (1,8-11)

8 Sabemos que la Ley es buena si uno la usa legítimamente, 9
teniendo en cuenta que la Ley no se ha dado para el justo sino para
quienes no admiten norma ni sometimiento, para los impíos y pecadores,
sacrílegos y profanadores, parricidas y matricidas, homicidas, 10
adúlteros, sodomitas, traficantes de hombres, mentirosos, perjuros y para
todo cuanto se opone a la sana doctrina, 11 según el Evangelio de la
gloria del Dios bienaventurado, que me ha sido confiado.

La conversión del Apóstol (1,12-17)

12 Doy gracias a aquel que me ha llenado de fortaleza, a Jesucristo
nuestro
Señor, porque me ha considerado digno de su confianza al conferirme el
ministerio,
13 a mí, que antes era blasfemo, perseguidor e insolente. Pero alcancé
misericordia porque actué por ignorancia cuando no tenía fe. 14 Y
sobreabundó en mí la gracia
de nuestro Señor, junto con la fe y la caridad, en Cristo Jesús.
15 Podéis estar seguros y aceptar plenamente esta verdad: que
Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y de ellos el
primero soy yo. 16 Pero por
eso he alcanzado misericordia, para que yo fuera el primero en quien Cristo
Jesús
mostrase toda su longanimidad, y sirviera de ejemplo a quienes van a
creer en él para llegar a la vida eterna.
17 Al rey de los siglos, al inmortal, invisible y único Dios, honor y
gloria por los
siglos de los siglos. Amén.

Recomendaciones a Timoteo (1,18-20)

18 Este mandato te confío, Timoteo, hijo mío, conforme a las
profecías hechas sobre ti anteriormente: que de acuerdo con ellas milites
en este noble combate, 19 mantengas la fe y la buena conciencia. Algunos,
por haberla desechado,
naufragaron en la fe. 20 Entre ellos están Himeneo y Alejandro, a quienes
entregué
a Satanás para que aprendan a no blasfemar.

II. NORMAS SOBRE LA ORACIÓN (2,1-

15)

La voluntad salvífica universal de Dios (2,1-7)

2

1 Por eso, te encarezco ante todo que se hagan súplicas, oraciones,
peticiones y acciones de gracias por todos los hombres, 2 por los
emperadores y todos los que ocupan altos cargos, para que pasemos una
vida tranquila y serena con toda piedad

y dignidad. [3] Todo ello es bueno y agradable ante Dios, nuestro
Salvador, [4] que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al
conocimiento de la verdad.
[5] Porque uno solo es Dios
y uno solo también el
mediador entre Dios y
los hombres:
Jesucristo hombre,
[6] que se entregó a sí mismo en redención por todos.
Éste es el testimonio dado a su debido tiempo.
[7] Yo he sido constituido mensajero y apóstol de ese testimonio
–digo la
verdad, no miento–, doctor de los gentiles en la fe y en la verdad.

Modo de orar de los hombres y de las mujeres
(2,8-15)

[8] Por tanto, quiero que los hombres hagan oración en todo lugar,
alzando, sus manos inocentes, sin ira ni disensiones; [9] y lo mismo las
mujeres, vestidas decorosamente, arregladas con modestia y sobriedad,
sin trenzar el cabello con oro, sin perlas ni aderezos caros, [10] sino como
corresponde a mujeres que manifiestan
la piedad por medio de obras buenas.
[11] La mujer, que aprenda con discreción, estando sujeta en
todo. [12] No
permito que la mujer enseñe, ni que suplante la autoridad del varón, sino
que debe
ser discreta. [13] Porque Adán fue formado primero, Eva después. [14]
Además, Adán no fue engañado; pero la mujer, dejándose engañar,
incurrió en pecado. [15] No
obstante, se salvará por la maternidad, si persevera con modestia en la fe,
en la
caridad y en la tarea de la santificación.

III. LOS MINISTROS EN LA IGLESIA
(3,1-
16)

Cualidades de los obispos (3,1-7)

3

[1] Podéis estar seguros: si alguno aspira al episcopado, desea una noble
función. [2]
Ahora bien, es necesario que el obispo sea irreprensible, casado una sola
vez,
sobrio, prudente, correcto, hospitalario, buen educador; [3] que no sea
bebedor ni provocador, sino moderado, no dado a las discordias ni
apegado al dinero; [4] que gobierne bien su propia casa y mantenga
sumisos a sus hijos con toda dignidad [5]
–pues quien no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo podrá cuidar de la

Iglesia de
Dios?–; [6] que no sea neófito, no vaya a ser que se llene de vanidad y
caiga en la misma condena que el diablo. [7] También es necesario que
goce de buena fama
ante los de fuera, para que no caiga en descrédito ni en las redes del
diablo.

Cualidades de los diáconos
(3,8-13)

[8] También los diáconos deben ser dignos, sin doblez en el hablar, no
aficionados al mucho vino, ni a buscar ganancias turbias, [9] que guarden
el misterio de la fe con una conciencia pura. [10] A éstos primero se les
debe someter a prueba,

y después podrán ejercer el diaconado si son irreprochables. 11 Las
mujeres también deben ser dignas, no calumniadoras, sobrias, fieles en
todo. 12 Que los diáconos estén casados una sola vez, y gobiernen bien a
sus hijos y su propia casa.
13 Porque quienes ejercen bien el diaconado consiguen un puesto de honor
y una
gran confianza en lo que atañe a la fe, en Cristo Jesús.

La Iglesia, casa de Dios
(3,14-15)

14 Te escribo esto con la esperanza de ir pronto a estar contigo; 15
pero si tardo, para que así sepas cómo hay que comportarse en la casa
de Dios, que es la Iglesia de Dios vivo, columna y fundamento de la
verdad.

El misterio de la piedad
(3,16)

16 Unánimemente confesamos que es grande el misterio de la
piedad: Él ha sido manifestado en la carne,
justificado en el Espíritu;
mostrado a los ángeles,
predicado a las
naciones;
creído en el mundo,
ascendido en
gloria.

IV. INSTRUCCIONES PASTORALES
(4,1-
6,21)

Actitud ante los falsos maestros (4,1-11)

4

1 El Espíritu dice expresamente que en los últimos tiempos algunos
renegarán de la fe, por prestar atención a espíritus seductores y
enseñanzas diabólicas, 2
engañados por la hipocresía de los embusteros, que tienen cauterizada su
propia
conciencia. 3 Prohíben casarse, y mandan abstenerse de alimentos que
Dios creó para que los tomen con agradecimiento los fieles y quienes han
conocido la verdad.
4 Porque todo lo creado por Dios es bueno y no hay que rechazar nada si
se toma
con agradecimiento, 5 pues queda santificado por la palabra de Dios y la
oración.
6 Si les expones esto a los hermanos, serás un buen ministro de
Cristo Jesús, nutrido con las palabras de fe y buena doctrina que has

seguido con fidelidad. [7] Y
rechaza las fábulas profanas y los cuentos de viejas.
Tú, ejercítate en la piedad. [8] Porque el ejercicio corporal sirve de
poco; en
cambio, la piedad es útil para todo, pues contiene promesas para la vida
presente y
para la futura. [9] Podéis estar seguros y aceptar plenamente esta verdad: [10]
nos
fatigamos y luchamos porque tenemos puesta la esperanza en Dios vivo,
que es
Salvador de todos los hombres, principalmente de los fieles. [11] Esto es lo
que debes
disponer y enseñar.

Consejos a Timoteo
(4,12-16)

12 Que nadie te menosprecie por tu juventud. Debes ser, más bien,
un modelo para los fieles en el hablar, en el trato, en la caridad, en la fe y
en la pureza. 13
Hasta que yo llegue, pon cuidado en la lectura, la exhortación y la
enseñanza. 14 No
descuides la gracia que hay en ti, que te fue conferida mediante la profecía
junto con
la imposición de manos del presbiterio. 15 Medita estas cosas y pon
atención en ellas, para que tu progreso sea patente a todos. 16 Cuida
de ti mismo y de la
enseñanza. Persevera en esta disposición, pues actuando así te salvarás a
ti mismo
y a los que te escuchen.

Comportamiento con los fieles (5,1-2)

5

1 Al anciano no le reprendas ásperamente, sino exhórtale como a un
padre; a los jóvenes, como a hermanos; 2 a las ancianas, como a madres;
a las jóvenes. como a hermanas, con todo recato.

Funciones y conducta de las viudas
(5,3-16)

3 Honra a las viudas que son realmente viudas. 4 Si alguna viuda
tiene hijos o nietos, que aprendan éstos en primer lugar a cumplir los
deberes de piedad en su propia casa, y a corresponder por lo que
recibieron de sus padres, pues esto agrada a Dios. 5 La que es realmente
viuda y se ha quedado sola tiene puesta la esperanza en Dios y persevera
día y noche con plegarias y oraciones. 6 Pero la que se abandona a los
deleites, aunque viva, está muerta. 7 Advierte también esto, para
que sean irreprensibles. 8 Pues si alguien no cuida de los suyos, y sobre
todo de los
de su casa, ha renegado de la fe y es peor que un infiel.
9 Únicamente se ha de aceptar a la viuda que tenga al menos
sesenta años, casada una sola vez, 10 y acreditada por sus buenas obras:
que haya educado bien
a sus hijos, que haya practicado la hospitalidad, que haya lavado los pies a
los
santos, que haya socorrido a los afligidos y que se haya ejercitado en toda
clase de
obras buenas. 11 No admitas a las viudas jóvenes, porque cuando sus
pasiones se contraponen a Cristo quieren casarse, 12 e incurren en culpa
por quebrantar la fidelidad primera. 13 También, al estar ociosas, se
acostumbran a andar de casa en
casa, y no sólo no hacen nada, sino que chismorrean y se meten en todo,
hablando
de lo que no conviene. 14 Por tanto, prefiero que las jóvenes se casen,
tengan hijos, gobiernen su casa y no den pie a la murmuración del

adversario; [15] porque ya
algunas se han extraviado siguiendo a Satanás.
[16] Si alguna mujer fiel tiene viudas en su familia, que las asista, y no sobrecargue a la Iglesia, para que ésta pueda socorrer a las que son realmente viudas.

Selección de los presbíteros
(5,17-25)

[17] Los presbíteros que presiden bien merecen un doble honor, sobre todo los que se esfuerzan en la predicación y en la enseñanza. [18] Pues dice la Escritura: *No pondrás bozal al buey que trilla*, y *el obrero merece su salario*. [19] No admitas una

acusación contra un presbítero, si no está avalada *por dos o tres testigos*.
20 A los que pecan repréndelos delante de todos, para que también
los demás alcancen el temor. 21 En la presencia de Dios y de Cristo Jesús y de los ángeles
escogidos, te advierto seriamente para que cumplas estas normas, sin prejuicios, y
sin actuar con favoritismos.
22 No impongas las manos precipitadamente a nadie, ni te hagas cómplice de
los pecados ajenos. Tú, consérvate limpio.
23 No bebas agua sola; mejor toma un poco de vino a causa de tu estómago y
de tus frecuentes indisposiciones.
24 Los pecados de algunos hombres son notorios antes de
someterlos a juicio, pero los de otros sólo se conocen después. 25 Del mismo modo, también las
buenas obras son manifiestas, y las que no lo son no pueden permanecer ocultas.

Los esclavos. Exigencias morales (6,1-2)

6

1 Los que están bajo el yugo de la servidumbre consideren a sus amos como dignos de todo honor, para que no se ultraje el nombre de Dios ni su doctrina. 2 Los siervos de amos creyentes no han de tenerlos en menos por ser hermanos, sino al
contrario, han de servirles con más empeño, puesto que son creyentes y amados los que reciben sus servicios. Esto es lo que debes enseñar y recomendar.

Descripción de los falsos maestros (6,3-10)

3 Si alguno enseña otra cosa y no acepta las palabras de salvación,
que son las de nuestro Señor Jesucristo y la doctrina que es conforme a la piedad, 4 es un engreído y no sabe nada; pierde el juicio en disputas y en discusiones sobre palabras, de las que surgen las envidias, riñas,
maledicencias y suspicacias, 5 conflictos propios de hombres que tienen la inteligencia corrompida y carecen de la verdad, por pensar que la piedad es un negocio.
6 En realidad, la piedad es un gran negocio cuando uno se contenta
con lo suficiente. 7 Pues nada hemos traído al mundo y nada podemos llevarnos de él: 8 mientras tengamos alimentos y con qué cubrirnos nos daremos por contentos. 9 En
cambio, quienes pretenden enriquecerse caen en la tentación, en el engaño y en
múltiples deseos insensatos y nocivos, que hunden a los hombres en la ruina y en la
perdición. 10 Pues la raíz de todos los males es la avaricia, y al dejarse arrastrar por

ella algunos se apartaron de la fe y se atormentaron con muchos y agudos dolores.

Exhortación para la defensa de la fe
(6,11-16)

11 Tú, en cambio, hombre de Dios, huye de estas cosas y busca la
justicia, la piedad, la fe, la caridad, la constancia y la mansedumbre. 12
Pelea el noble combate de la fe. Conquista la vida eterna a la que has sido
llamado y para la que hiciste solemne profesión en presencia de muchos
testigos.
13 Te ordeno en la presencia de Dios, que da vida a todo, y de Cristo
Jesús, que dio el solemne testimonio ante Poncio Pilato, 14 que conserves
lo mandado, sin

tacha ni culpa, hasta la manifestación de nuestro Señor Jesucristo; 15
manifestación que hará patente en el momento oportuno
el bienaventurado y único Soberano,
el Rey de los reyes y el Señor de los señores;
16 el único que es inmortal,
el que habita en una luz inaccesible,
a quien ningún hombre ha visto ni
puede ver. A Él, el honor y el imperio
eterno. Amén.

El recto uso de las riquezas
(6,17-19)

17 A los ricos de este mundo ordénales que no sean engreídos y que
no pongan su esperanza en las riquezas perecederas, sino en Dios, que
nos provee de todo con abundancia para que lo disfrutemos: 18 que hagan
el bien, que se enriquezcan en buenas obras, que sean generosos al dar y
hacer a otros partícipes de sus bienes, 19 que atesoren para el futuro unos
sólidos fondos con los que ganar la vida verdadera.

Despedida (6,20-21)

20 Querido Timoteo: guarda el depósito. Evita las palabrerías
mundanas y las discusiones de la falsa ciencia: 21 algunos que la
profesaron se han apartado de la fe.
La gracia esté con vosotros.

§ **1,1-6,21** Con esta carta dirigida a su discípulo Timoteo, a quien ha dejado al frente de la iglesia de Éfeso, San Pablo quiere ayudarle a cumplir bien su ministerio. Para ello le urge a la defensa de la recta doctrina (1,3-20) y le instruye sobre, la oración de la comunidad
(2,1-15), sobre las cualidades de los ministros en la Iglesia (3,1-16), sobre el modo de enseñar y comportarse, y sobre la conducta de algunos cristianos en particular (4,1-6,1 9).
1,3-20 Tras el saludo, en vez de la acción de gracias a Dios que aparece en casi todas las
cartas (cfr 2 Tm 1,3), el Apóstol pasa directamente a recordar a Timoteo el encargo que le dejó (vv. 3-7) y, para que lo comprenda, se presenta a sí mismo como ejemplo (vv. 8-17).
1,3-7 Los falsos maestros parecen ser algunos conversos procedentes del judaísmo, que
aún permanecían aferrados a sus ideas anteriores, divagando con leyendas sobre patriarcas y héroes de la Biblia, divulgadas en la literatura judaica extrabíblica. Vigilar por la recta doctrina tiene como finalidad el crecimiento en la caridad. «La fe enseña la verdad, y una fe pura hace nacer la caridad» (S. Juan Crisóstomo, Hom. in. 1 Tm. 2,1).
1,8-11 La ley mosaica es buena, pero insuficiente, porque da a conocer el pecado pero no
proporciona los medios para vencerlo. Se dice que «la Ley no se ha dado para el justo» (v.
9), porque el hombre justo, como por ejemplo Abrahán, no necesitaba de la Ley para agradar a Dios. Actuaba movido por la fidelidad a Dios mismo.
1,12-17 Dios es quien tiene la iniciativa de llamar al ministerio o servicio sacerdotal a
quienes Él quiere. Así lo expone Pablo aplicándoselo a él mismo y dando gracias a Dios por ello.

El v. 15 resume en pocas palabras la obra redentora de Cristo. Se inicia con una fórmula
–literalmente: «Palabra de fe y digna de toda aceptación»– que centra la atención en algo importante. Esta verdad es una de las fundamentales de nuestra fe, recogida en el Credo:
«Que por nosotros los hombres y por nuestra salvación, bajó del cielo».
1,18-20 «Profecías» (v. 18) en el Nuevo Testamento no designa habitualmente el anuncio
de un acontecimiento futuro. En este texto quizá se refiera a la misión encomendada en el momento de la imposición de las manos (cfr 4,14; 2 Tm 1,6) y a las palabras de exhortación con las que el Apóstol instruyó a Timoteo.

Entregar a Satanás (v. 20) significa apartarlos de la comunión eclesial. El fin de esta excomunión es pastoral y medicinal: el bien de los fieles y la enmienda de los mismos herejes.

2,1-15 El Apóstol trata del modo de dirigir rectamente el culto, especialmente la oración y la participación en las asambleas litúrgicas.

2,1-7 San Pablo manda que se rece por todos los hombres, no sólo por los amigos o bienhechores, ni sólo por los cristianos. La Iglesia facilita a todos los fieles el cumplimiento de este consejo con la «oración universal» o «de los fieles» de la Santa Misa, donde «el pueblo, ejercitando su oficio sacerdotal, ruega por todos los hombres» (Ord. Gral. Misal Romano 45).

La voluntad salvífica universal es un tema frecuente en las cartas Pastorales, de modo que en muchas ocasiones el titulo dado a Dios es el de «Salvador». El «conocimiento de la verdad» (v. 4) es el conocimiento de Cristo (cfr Jn 14,6; 1 Jn 5,20) y de la predicación evangélica. Pero no es un mero conocimiento teórico, sino que ha de reflejarse en la vida.

Los vv. 5-6 constituyen una confesión de fe, un resumen del contenido fundamental del mensaje evangélico, la verdad que es necesario conocer para salvarse: Jesucristo es el mediador perfecto y único entre Dios y los hombres, porque siendo verdadero Dios y verdadero Hombre ha ofrecido un sacrificio de valor infinito –su propia muerte– para reconciliar a los hombres con Dios.

2,8-15 La igualdad esencial entre el hombre y la mujer –que San Pablo proclama (cfr Ga 3,28)– no implica identidad de funciones dentro de la Iglesia. El Apóstol evoca el plan divino de la creación y la narración bíblica del pecado original, acomodándose al modo de pensar del mundo judío de su tiempo.

3,1-16 El Apóstol se centra en las cualidades que deben reunir los que ejercen un ministerio en la Iglesia.

De ello depende no sólo el bien de los fieles, sino la imagen que la misma Iglesia ofrece hacia afuera.

3,1-7 Cuando se escriben las Cartas Pastorales todavía no se habían fijado definitivamente los nombres y los cometidos de los diversos órdenes sagrados en la jerarquía de la Iglesia; aparecen con claridad con San Ignacio de Antioquía (comienzos del siglo II). Estos «obispos» eran aquellas personas que estaban al frente de alguna comunidad particular. Como ministros de la Iglesia tenían la misión de enseñar, presidir y dar ejemplo de vida cristiana.

3,8-13 Los «diáconos» son ministros que desempeñan sus funciones en dependencia de los que presiden. Probablemente su origen se remonta a los siete varones de buena fama que fueron elegidos para ayudar a los Apóstoles (cfr Hch 6,1-6).

3,14-15 Dios actúa en la Iglesia y a través de ella como un padre en su familia. La Iglesia no es una sociedad meramente humana, donde los ministros pueden ejercer su función con criterios personales, ya que pertenece a Dios.

3,16 El «misterio de la piedad» viene expresado en forma de himno, como un cántico en honor de Cristo, que se opone al «misterio de la iniquidad» (2 Ts 2,7). Parece como si frente a los habitantes de Éfeso que gritaban «¡Grande es la Artemisa de los efesios!» (Hch 19,28), San Pablo manifestara: «Grande es el misterio de la piedad». Este misterio lleva consigo la reconciliación-unión de los hombres con Dios, realizada en Cristo: Él toma nuestra carne sin dejar de ser Dios; las naciones de la tierra le reconocerán lo mismo que los ángeles en el Cielo; vive y habita en el corazón de los hombres por la fe, pero su morada está en la Gloria junto al Padre.

4,1-6,21 Ahora el Apóstol se ocupa de situaciones concretas que incidían en la

vida de la
comunidad de Éfeso: falsos maestros, ancianos, viudas, presbíteros,
esclavos, gente pudiente... El cuidado pastoral no puede pasar nada por
alto.

4,1-11 Para mantenerse firme en la doctrina, San Pablo le aconseja ejercitarse en la piedad.

«La vida interior se robustece por la lucha en las prácticas diarias de piedad, que has de cumplir –más: ¡que has de vivir!– amorosamente, porque nuestro camino de hijos de Dios es de Amor. (S. Josemaría Escrivá, Forja 83).

4,12-16 «La lectura, la exhortación y la enseñanza» (v. 13) se llevaban a cabo en las
reuniones litúrgicas de los primeros cristianos. La ordenación sacerdotal se confería mediante la oración litúrgica («profecía») y la imposición de las manos. Los consejos del

Apóstol enseñan la importancia de predicar también con el ejemplo de las obras: «Hablemos a través de ellas, al mostrarlas a los demás en nuestra vida. Es vivo el lenguaje, cuando son las obras las que hablan» (S. Antonio de Padua, Serm. en Lit. Horas, Of. lect.
13-VI).

5,1-2 El Apóstol comienza a enumerarle a Timoteo un conjunto de reglas prácticas para el
gobierno de la comunidad cristiana. Aunque son consejos dados en circunstancias concretas, tienen validez universal.

5,3-16 Se especifican algunas normas para el grupo de las viudas que en las primitivas
comunidades cristianas estaba de alguna forma institucionalizado. Desempeñaban actividades de servicio y caridad con los más necesitados (cfr Hch 9,36-39). Algunas tristes experiencias (cfr v. 15) pudieron mover al Apóstol a orientar a las viudas jóvenes, sin hijos y sin especiales obligaciones familiares, hacia un nuevo matrimonio, apartándolas así de los peligros que suele llevar consigo la ociosidad.

Las «pasiones» en el v. 11 pueden hacer referencia a las pasiones carnales, pero también es posible que se refiera a entusiasmos fugaces de juventud.

5,17-25 Estas palabras ponen de relieve la gravedad que implicaría imponer las manos
precipitadamente. La Iglesia siempre ha procurado recibir en los ministerios sagrados sólo a los que sean dignos y estén preparados. «Dios nunca abandona de tal manera a su Iglesia que no se hallen ministros idóneos en número suficiente para las necesidades de los fieles, si se promueve a los que son dignos y se rechaza a los indignos» (S. Tomás de Aquino, S. th., sup. 36,4,1).

En el v. 18 se cita primero un texto de Dt 25,4 y luego unas palabras del Señor transmitidas en Lc 10,7. Es posible que aquí ya se esté considerando «Escritura» al Evangelio de San Lucas. Pero también la frase puede provenir de algún otro texto anterior
al evangelio actual.

6,1-2 El Apóstol no aborda directamente el problema de la esclavitud (cfr Col 3,22-4,1).
Señala dos criterios para el comportamiento de aquellos esclavos: el ejemplo que han de dar por ser cristianos y la fraternidad. El espíritu cristiano ha ido lentamente impregnando la sociedad y contribuyendo a alcanzar la abolición de la esclavitud, porque «el fermento del Evangelio ha suscitado y suscita en el corazón del hombre una irrefrenable exigencia de dignidad» (C. Vat. II, Gaud. et sp. 26).

6,3-10 Las amonestaciones de San Pablo reflejan la pena que le produce el daño causado
por los falsos maestros. Frente a su avaricia (v. 10), los buenos maestros viven contentos aunque sólo tengan alimento y algo con que cubrirse. El desprendimiento siempre ha sido condición para la eficacia apostólica. «El Señor, al amar a los pobres, ama lógicamente a los que les aman. (...) Por lo que también nosotros esperamos que, en atención a haber amado a los pobres, llegaremos a ser amados por Dios» (S. Vicente de Paul, Epist. en Lit. Horas, Of lect. 27-IX).

6,11-16 La obligación de ser leales y mantener lo mandado se urge poniendo por testigos a
Dios Padre y a Jesucristo, que firmemente confesó su realeza ante Poncio Pilato.

Este bello himno de alabanza (vv. 15-16) es posible que fuera tomado de la liturgia. Como los otros himnos que aparecen en la carta (1,17 y 3,16) refleja la conciencia de los
primeros cristianos de que el fin de la vida del hombre es dar gloria a Dios.

6,17-19 Es preciso utilizar los bienes materiales con sentido social, con desprendimiento,
porque el verdadero tesoro es el que no perece jamás (cfr Lc 12,33). «Es necesario recordar una vez más aquel principio peculiar de la doctrina cristiana: los bienes de este mundo están originariamente destinados a todos. El derecho a

la propiedad privada es válido y necesario, pero no anula el valor de tal principio» (Juan Pablo II, Sollic. rei soc. 42).

6,20-21 De forma concisa se resume el contenido de la epístola. «El depósito» (v. 20) era
aquello –normalmente bienes económicos– que se entregaba a una persona con la obligación de custodiarlo para restituirlo íntegro cuando el depositante lo requiriera. San Pablo lo aplica a la Revelación y a la fe, y así ha pasado a la tradición teológica. «Conserva inviolado y sin mancha el talento de la fe católica. Lo que has creído, en tu poder permanezca y por ti sea entregado a otro» (S. Vicente de Lerins, Common. 22).

[Ir a Índice]
Ir a Introducción

Citas del Antiguo Testamento
2,19 Num 16,5.26; Is 26,13

SEGUNDA CARTA A TIMOTEO

(§ 1,1-4,22)

Saludo (1,1-5)

1

1 Pablo, apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios para anunciar la vida
prometida que hay en Cristo Jesús, 2 a Timoteo, mi querido hijo: gracia,
misericordia y paz de parte de Dios Padre y de Cristo Jesús, Señor nuestro.
3 Doy gracias a Dios, a quien sirvo, como mis antepasados, con una
conciencia pura, porque continuamente te tengo presente en mis oraciones noche y
día. 4 Al acordarme de tus lágrimas estoy deseando verte para llenarme de
alegría.
5 Me viene a la memoria tu fe sincera, que arraigó primero en tu abuela Loide y en
tu madre Eunice, y estoy seguro de que también en ti.

I. LA PREDICACIÓN DEL MENSAJE EVANGÉLICO

(1,6-2,13)

Correspondencia a la gracia recibida

(1,6-7)

6 Por esta razón, te recuerdo que tienes que reavivar el don de
Dios que recibiste por la imposición de mis manos, 7 porque Dios no
nos dio un espíritu de timidez, sino de fortaleza, caridad y templanza.

San Pablo, heraldo del Evangelio

(1,8-14)

8 Así pues, no te avergüences del testimonio de nuestro Señor, ni
de mí, su prisionero; al contrario, comparte conmigo los sufrimientos por
el Evangelio con fortaleza de Dios, 9 que nos ha salvado y nos ha
llamado con una vocación santa, no en razón de nuestras obras, sino por
su designio y por la gracia que nos fue concedida por medio de Cristo
Jesús desde la eternidad. 10 Esta gracia ha sido mostrada ahora
mediante la manifestación de Jesucristo nuestro Salvador, que ha
destruido la muerte y ha revelado la vida y la inmortalidad por medio del

Evangelio,
11 del que yo he sido constituido predicador, apóstol y maestro. 12 Y ésta es la razón
por la que padezco esas cosas; pero no me avergüenzo, pues sé en
quién he creído, y estoy seguro de que tiene poder para conservar mi
depósito hasta aquel día.
13 Ten por norma las palabras sanas que me escuchaste con la fe y la
caridad que tenemos en Cristo Jesús. 14 Guarda el buen depósito por
medio del Espíritu
Santo que habita en nosotros.

Comportamiento de algunos discípulos (1,15-18)

15 Ya sabes que me han abandonado todos los de Asia, entre ellos
Figelo y Hermógenes. 16 Que el Señor tenga misericordia con la casa de
Onesíforo, porque me alivió muchas veces y no se avergonzó de mis
cadenas; 17 es más, en cuanto vino a Roma, se apresuró a buscarme
hasta que me encontró. 18 ¡Que el Señor le conceda encontrar
misericordia aquel día! Por lo demás, tú sabes mejor cuántos servicios
prestó en Éfeso.

Fidelidad y reciedumbre del apóstol (2,1-7)

2

1 Tú, pues, hijo mío, hazte fuerte con la gracia de Cristo Jesús, 2 y lo
que me has escuchado, garantizado por muchos testigos, confíalo a
hombres fieles que, a su vez, sean capaces de enseñar a otros.
3 Comparte conmigo el sufrimiento como un noble soldado de Cristo
Jesús. 4
Nadie, mientras sirve en el ejército, se entromete en asuntos civiles si
quiere
satisfacer a quien le reclutó. 5 Y tampoco el atleta consigue el triunfo si no
ha competido reglamentariamente. 6 El agricultor que brega debe ser el
primero en beneficiarse de los frutos. 7 Entiende bien lo que digo, pues el
Señor te dará talento
para discernir todas las cosas.

Jesucristo, modelo del apóstol (2,8-13)

8 Acuérdate de Jesucristo resucitado de entre los muertos,
descendiente de David, como predico en mi evangelio, 9 por el que estoy
sufriendo hasta verme entre cadenas como un malhechor: ¡pero la palabra
de Dios no está encadenada! 10 Por eso, todo lo soporto por los elegidos,
para que también ellos alcancen la salvación, que está en Cristo Jesús,
junto con la gloria eterna.
11 Podéis estar seguros:
Si morimos con él, también viviremos con él;
12 si perseveramos, también reinaremos con él;
si lo negamos, también él nos negará;
13 si no somos fieles, él permanece fiel, pues no puede negarse
a sí
mismo.

II. LA DEFENSA DE LA RECTA DOCTRINA (2,14-4,8)

Evitar errores y discusiones inútiles (2,14-21)

14 Esto has de enseñar, advirtiendo encarecidamente en la presencia
de Dios que no se discuta sobre palabras, que no vale para nada, más que

para la perdición de quienes lo están escuchando. 15 Esmérate por
presentarte ante Dios como un hombre honrado, trabajador que no tiene
de qué avergonzarse, que expone con rectitud la doctrina verdadera. 16
Evita las conversaciones profanas e inútiles,
porque llevan cada vez más a la impiedad, 17 y sus palabras corroen como
la

gangrena. De esos son Himeneo y Fileto, 18 que se han desviado de la
verdad al decir que ya ha tenido lugar la resurrección, y echan por tierra
la fe de algunos. 19
No obstante, el sólido cimiento de Dios se mantiene firme, con esta
inscripción: *El*
Señor conoció a los que son suyos, y *todo el que invoca el nombre del*
Señor, que
se aparte del pecado. 20 En una casa grande, no sólo hay vasijas de oro y
plata,
sino también de madera y de barro: unas son para usos nobles, otras para
usos
vulgares. 21 Pues bien, quien se purifique de los usos vulgares, será una
vasija para
uso noble, santificado y útil a su dueño, preparado para toda obra buena.

Paciencia con los que yerran
(2,22-26)

22 Huye de las pasiones juveniles y sigue en cambio la senda de la
justicia, la fe, la caridad y la paz con los que invocan al Señor con corazón
limpio. 23 Evita las discusiones necias e insustanciales, pues ya se sabe
que degeneran en peleas. 24 Y no es propio de uno que sirve al Señor
pelearse, sino ser amable con todos, hábil para enseñar, paciente, 25 que
corrija con mansedumbre a los que disienten, por si Dios les da un
arrepentimiento que les lleve a reconocer la verdad 26, y a recobrar el
sentido, escapando de los lazos del diablo, que los mantiene cautivos y
sometidos a su voluntad.

Prevenir los peligros del error (3,1-13)

3

1 Ten en cuenta esto: en los últimos días se presentarán tiempos difíciles.
2 Pues los hombres serán egoístas, codiciosos, arrogantes, soberbios,
blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, 3 crueles,
implacables, calumniadores, desenfrenados, inhumanos, enemigos del
bien, 4 traidores, temerarios,
envanecidos, más amantes del placer que de Dios, 5 guardarán ciertos
formalismos
de la piedad pero habrán renegado de su verdadera esencia. Apártate
también de
éstos. 6 Algunos de ellos se meten en las casas y cautivan a mujerzuelas
cargadas de pecados y arrastradas por todo tipo de pasiones; 7 siempre
están curioseando y nunca son capaces de llegar a conocer la verdad. 8
Lo mismo que Yannes y
Yambrés se opusieron a Moisés, también éstos se oponen a la verdad; son
hombres
de mente pervertida, incapacitados para creer. 9 Pero no llegarán lejos,
porque su
necedad quedará a la vista de todos, como sucedió con la de aquéllos.

10 Tú, en cambio, me has seguido en la doctrina, en la
conducta, en los planes, en la fe, en la paciencia, en la caridad y en
la constancia; 11 en
persecuciones y sufrimientos como los que me sobrevinieron en Antioquía, lconio y
Listra: ¡qué persecuciones sufrí!, y de todas me libro el Señor. 12 Por
lo demás, todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús
serán perseguidos; 13
mientras que los hombres malos y embaucadores irán de mal en peor, engañando a
otros y engañándose a sí mismos.

Fidelidad a la Sagrada Escritura
(3,14-17)

14 Pero tú, permanece firme en lo que has aprendido y creído, ya que
sabes

de quiénes lo aprendiste, [15] y porque desde niño conoces la Sagrada Escritura, que puede darte la sabiduría que conduce a la salvación por medio de la fe en Cristo Jesús. [16] Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para argumentar, para corregir y para educar en la justicia, [17] con el fin de que el hombre de Dios esté bien dispuesto, preparado para toda obra buena.

Perseverancia en la predicación (4,1-5)

4

[1] En la presencia de Dios y de Cristo Jesús, que va a juzgar a vivos y muertos, por su manifestación y por su reino, te advierto seriamente: [2] predica la palabra, insiste con ocasión y sin ella, reprende, reprocha y exhorta siempre con paciencia y doctrina. [3] Pues vendrá un tiempo en que no soportarán la sana doctrina, sino que se rodearán de maestros a la medida de sus pasiones para halagarse el oído. [4]
Cerrarán sus oídos a la verdad y se volverán a los mitos. [5] Pero tú sé sobrio en
todo, sé recio en el sufrimiento, esfuérzate en la propagación del Evangelio, cumple perfectamente tu ministerio.

El galardón de la fidelidad
(4,6-8)

[6] Pues yo estoy a punto de derramar mi sangre en sacrificio, y el momento de mi partida es inminente. [7] He peleado el noble combate, he alcanzado la meta, he guardado la fe. [8] Por lo demás, me está reservada la merecida corona que el Señor, el Justo Juez, me entregará aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que han deseado con amor su venida.

III. RECOMENDACIONES FINALES
(4,9-22)

Noticias y encargos

[9] Apresúrate a venir cuanto antes, [10] pues Demas me abandonó por amor de este mundo y se marchó a Tesalónica; Crescente, a Galacia; Tito, a Dalmacia; [11] sólo Lucas está conmigo. Toma a Marcos y tráelo contigo, porque me es útil para el ministerio. [12] A Tíquico lo mandé a Éfeso. [13] Cuando vengas, trae la capa que me dejé en Tróade, en casa de Carpo, y los libros, sobre todo los de pergamino. [14]
Alejandro, el herrero, me ha ocasionado muchos males. El Señor le pagará de acuerdo con sus obras. [15] Tú, ten cuidado con él, pues se ha opuesto
obstinadamente a nuestras palabras.

[16] Nadie me apoyó en mi primera defensa, sino que todos me abandonaron:

¡que no les sea tenido en cuenta! [17] Pero el Señor me asistió y me fortaleció para
que, por medio de mí, se proclamara plenamente el mensaje y lo oyeran todos los
gentiles. Y fui librado de la boca del león. [18] El Señor me librará de toda obra mala y
me salvará para su reino celestial. A Él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Saludos y despedida

19 Saluda a Prisca y Aquila, y a la familia de Onesíforo. 20 Erasto se quedó en
Corinto. A Trófimo lo dejé enfermo en Mileto.
21 Apresúrate a venir antes del invierno.
Te saludan Eúbulo, Pudente, Lino, Claudia y todos los hermanos.
22 El Señor esté con tu espíritu. La gracia esté con vosotros.

§ **1,1-4,22** La atención de esta carta, muy parecida a la anterior, se centra en el Evangelio, considerado como motivo por el que vale la pena sufrir cualquier penalidad (1,6-2,13), y como doctrina saludable, que se ha de conservar, defender y propagar (2,14-4,8). A lo largo de la carta abundan las noticias personales del Apóstol, que culminan en las recomendaciones a Timoteo (4,9-22).

1,1-5 Estas líneas denotan un entrañable afecto por el discípulo. En cierto sentido evocan la
despedida de los presbíteros de Mileto (cfr Hch20,37).

La mención de la abuela y de la madre de Timoteo refleja también el tono íntimo de la carta y muestra el agradecimiento que se debe hacia quienes nos han transmitido la fe.

«Los cristianos están obligados a una especial gratitud para con aquellos de quienes recibieron el don de la fe, la gracia del Bautismo y la vida en la Iglesia. Puede tratarse de los padres, de otros miembros de la familia, de los abuelos, de los pastores, de los catequistas,
de otros maestros o amigos» (CCE 2220).

1,6-2,13 Las penalidades sufridas por San Pablo ocupan la primera sección de la carta.
Pero son contempladas desde la perspectiva de Jesucristo y como estímulo para Timoteo.

1,6-7 El rito de la imposición de las manos mencionado ya antes por Pablo (cfr 1 Tm 4,14)
comunicaba el don del ministerio apostólico, y ha pasado a ser en la Iglesia signo del sacramento del Orden.

1,8-14 El Espíritu Santo está presente en la Iglesia desde el día de Pentecostés y actúa
continuamente en ella para santificar a todos los fieles y para que los pastores –y en especial los sucesores de Pedro– «santamente custodiaran y fielmente expusieran la revelación transmitida por los Apóstoles, es decir, el depósito de la fe» (C. Vat. I, Past. Aetern. 4).

1,15-18 No sabemos nada de estos discípulos que abandonaron a San Pablo, pero probablemente eran personas conocidas en Éfeso. En contraste, el consuelo que le produce la fidelidad de Onesíforo debe ser un estímulo de fidelidad para los pastores de la Iglesia.

2,1-7 La fidelidad siempre ha sido considerada una virtud necesaria para quienes reciben la
misión de vigilar. Por eso resulta especialmente necesaria para los obispos (episkopos, en griego, significa «vigilante»). El soldado, el atleta y el agricultor son tres ejemplos de profesiones que exigen realizar a conciencia el trabajo, con dedicación y esfuerzo.

2,8-13 Los padecimientos de Pablo, encarcelado por predicar el Evangelio, son un título de
gloria, pues en el martirio el discípulo se asemeja al Maestro. Por los méritos de Cristo se alcanza la salvación. El himno de los vv. 11-13 constituye un acicate para mantenerse fieles en circunstancias adversas, que pueden culminar en el martirio. Refleja la íntima unión del bautizado con Cristo muerto y resucitado; es un canto a la perseverancia cristiana fundamentada en la fidelidad eterna del Señor.

2,14-4,8 Frente a la sana doctrina, están las discusiones vanas y las conductas desordenadas. De ellas previene esta segunda sección de la epístola.

2,14-21 Ante los errores o malentendidos se subraya la firmeza de la Iglesia, utilizando la
imagen de la edificación. Era costumbre unir a la primera piedra un llamado «documento fundacional»; si se trataba de un templo o una edificación religiosa, el documento fundacional solía contener unas frases que indicaban el origen y la finalidad del edificio. Siguiendo este símil, San Pablo imagina dos inscripciones básicas: la primera, tomada de Nm 16,5, recuerda la elección que Dios hace y el cuidado que tiene de los suyos; la segunda, tomada de Is 26,13, afirma la necesidad de la santidad. «Tú eres Santa, Iglesia, Madre mía, porque te fundó el Hijo de Dios, Santo: eres Santa, porque así lo dispuso el Padre, fuente de toda santidad; eres Santa, porque te asiste el Espíritu Santo, que mora en

el alma de los fieles» (S. Josemaría Escrivá, Lealt. Igl.). Por otra parte, lo mismo que en cualquier casa hay vasijas de todo tipo, no hay que escandalizarse de que en la Iglesia haya pecadores o quienes lleven una conducta menos noble; más bien se ha de orar por su conversión.

2,22-26 Es ésta una llamada a la paciencia y serenidad frente al error, para buscar el arrepentimiento y la rectificación. Hay que evitar la ruptura, que conlleva el riesgo de la pérdida definitiva de algunos miembros de la Iglesia.

3,1-13 Los «últimos días» (v. 1) son los que han comenzado con la Encarnación de Cristo. Entre los hombres cargados de vicios (vv. 2-5), resultan especialmente peligrosos los que se dedican a sembrar en todas partes doctrinas contrarias a la fe y peligrosas para la moral. Yannes y Yambrés (pueden significar «el que niega» y «el que yerra» posible del Targum del Pseudo-Jonatás también citado en 1 Cor 10,4 (la roca que los seguía...)) (v. 8) eran, según tradiciones judías, los nombres de los magos egipcios que fueron llamados por el Faraón para que imitaran con sus artes mágicas los prodigios que Moisés y Aarón realizaban en su presencia (cfr Ex 7,11).

Los retazos autobiográficos de Pablo (vv. 10-13), bien conocidos de Timoteo, que era natural de Listra, sirven para animarle. «A un gran atleta corresponde vencer a pesar de los golpes. Sopórtalo todo por Dios, para que también Él nos soporte» (S. Ignacio de Antioquía, Ad Polyc. 3,1).

3,14-17 Se afirma que todos los libros de la Sagrada Escritura están inspirados por Dios. Por esa razón gozan de una peculiar autoridad en la Iglesia, porque la «revelación que la Sagrada Escritura contiene y ofrece ha sido puesta por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo. (...) Como todo lo que afirman los hagiógrafos, o autores inspirados, lo afirma el Espíritu Santo, se sigue que los libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra» (C. Vat. II, Dei Verb. 11). Por eso la Iglesia y los santos han recomendado siempre su lectura: «Lee muy a menudo las divinas Escrituras, o, por decir mejor, que nunca la lectura sagrada se te caiga de las manos» (S. Jerónimo, Epist. 52,7).

4,1-5 El tono solemne de la exhortación viene marcado por una fórmula severa, inspirada en los protocolos grecorromanos de sucesión, que obligaba a los herederos a cumplir la voluntad del testador: «te advierto seriamente», o «te conjuro».

4,6-8 Al considerar la proximidad del final de su vida, Pablo manifiesta que la muerte es una ofrenda a Dios, semejante a las libaciones de aceite que se hacían sobre el altar de los sacrificios. Presenta la existencia cristiana como un deporte sobrenatural, como una competición contemplada y juzgada por Dios mismo.

4,9-22 La sección final recoge de modo entrañable diversas noticias. Deja traslucir el estado de ánimo de San Pablo a las puertas del martirio. La alusión nominal de tantos discípulos pone de manifiesto la grandeza de alma del Apóstol: con todos puso su empeño; unos, fallaron, la mayoría permanecieron fieles; de algunos han conservado noticias los Hechos de los Apóstoles o las cartas, de otros sólo conocemos lo que aquí se dice. En cualquier caso, debían de estar muy presentes en su corazón, que se hizo «todo para todos, para salvar de cualquier manera a algunos» (1 Co 9,22).

[Ir a Índice]
Ir a Introducción

CARTA A TITO

(§ 1,1-3,15)

Saludo (1,1-4)

1

1 Pablo, siervo de Dios, apóstol de Jesucristo en favor de la fe de los
elegidos de Dios y del conocimiento de la verdad que es conforme a la
piedad, 2 basada en la esperanza de la vida eterna, que ha prometido
desde toda la eternidad el que no miente, Dios, 3 y que en el tiempo
oportuno ha manifestado su palabra mediante la
predicación que me ha sido confiada, por mandato de Dios nuestro
Salvador, a Tito,
4 verdadero hijo en la fe que nos es común: gracia y paz de parte de Dios
Padre y
de Cristo Jesús, nuestro Salvador.

I. MISIÓN DE TITO EN CRETA

(1,5-16)

Selección y cualidades de los presbíteros

(1,5-9)

5 El motivo de haberte dejado en Creta es que pongas en orden las
cosas que aún lo requieren y constituyas presbíteros en cada ciudad,
conforme a las instrucciones que te di: 6 que sea alguien irreprochable,
casado una sola vez, que tenga hijos creyentes, no acusados de vida
desenfrenada ni rebeldes. 7 Porque es preciso que el obispo, como
administrador de Dios, sea irreprochable, no arrogante, ni colérico, ni
bebedor, ni pendenciero, ni propenso a ganancias turbias; 8 sino
hospitalario, amante del bien, sobrio, justo, piadoso, dueño de sí mismo, 9
que mantenga con firmeza la palabra fiel que se ajusta a la enseñanza
recibida, para
que sea capaz de exhortar con la sana doctrina y corregir a los adversarios.

Actitud ante los falsos maestros

(1,10-16)

10 Porque hay muchos rebeldes, charlatanes, embaucadores, sobre
todo entre los que proceden de la circuncisión, 11 a quienes es necesario
tapar la boca, pues trastornan a familias enteras, enseñando lo que no
deben por un vergonzoso afán de lucro. 12 Ya dijo uno de ellos, profeta

entre los suyos: «Los cretenses son siempre mentirosos, malas bestias,
estómagos perezosos». 13 Y esa afirmación es verdad. Por esta razón,
corrígeles con severidad, para que se mantengan sanos en la fe 14 y no
presten atención a fábulas judaicas ni a preceptos de hombres que se
apartan de la verdad.

15 Todo es limpio para los limpios; en cambio, para los
contaminados e
incrédulos no existe nada limpio, porque su mente y su
conciencia están contaminadas.

16 Declaran conocer a Dios, pero lo niegan con sus obras, puesto que
son

abominables y rebeldes, incapaces de toda obra buena.

II. EXIGENCIAS MORALES DE LA FE CRISTIANA (2,1-3,11)

Deberes de los cristianos según su condición (2,1-10)

2

1 Tú, en cambio, habla de lo que está de acuerdo con la sana doctrina. 2 Que los ancianos sean sobrios, dignos, prudentes, fuertes en la fe, en la caridad y en la paciencia. 3 Que las ancianas, asimismo, se comporten como corresponde a los santos; que no sean ni calumniadoras ni estén dominadas por el vicio del vino, que sean maestras del bien, 4 para que enseñen a las más jóvenes a amar a sus maridos y a sus hijos, 5 a ser prudentes, castas, buenas amas de casa, sujetas a sus maridos, para que no sea ultrajada la palabra de Dios.

6 Del mismo modo, a los más jóvenes exhórtales a ser prudentes, 7 mostrándote tú mismo como modelo de buenas obras en todo: pureza de doctrina, dignidad, 8 predicación sana e intachable, para que el adversario se avergüence al no tener nada malo que decir de nosotros.

9 Los siervos, que estén sujetos a sus amos en todo, procurando ser complacientes sin replicarles; 10 que no les engañen, sino que den muestras de completa fidelidad en todo, para que hagan honor a la doctrina de Dios, nuestro Salvador.

La Encarnación, fundamento de la ética y piedad cristianas (2,11-15)

11 Pues se ha manifestado la gracia de Dios, portadora de salvación para todos los hombres, 12 educándonos para que renunciemos a la impiedad y a las concupiscencias mundanas, y vivamos con prudencia, justicia y piedad en este mundo, 13 aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo, 14 que se entregó a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad, y para purificar para sí un pueblo escogido, celoso por hacer el bien. 15 Di estas cosas, y exhorta y corrige con toda autoridad. Que nadie te menosprecie.

Respeto a la autoridad legítima (3,1-2)

3

1 Recuérdales que estén sujetos a los gobernantes y a las autoridades:
que les obedezcan, que estén dispuestos a hacer el bien, 2 sin injuriar a
nadie ni darse a las discordias, sino que sean modestos, dando muestras
de comprensión con todos los hombres.

Renovación de la vida cristiana por el Espíritu Santo (3,3-8)

3 Pues también nosotros éramos en otro tiempo insensatos,
desobedientes, extraviados, esclavos de las concupiscencias y diversos
placeres, viviendo inmersos en la malicia y en la envidia, aborrecibles y
odiándonos unos a otros. 4 Pero cuando se manifestó la bondad de Dios,
nuestro Salvador, y su amor a los hombres, 5 nos salvó, no por las obras
justas que hubiéramos hecho nosotros, sino por su misericordia, mediante
el baño de la regeneración y de la renovación en el Espíritu Santo, 6 que
derramó copiosamente sobre nosotros por medio de Jesucristo nuestro
Salvador, 7 para que, justificados por su gracia, fuéramos herederos de la
vida
eterna que esperamos.
8 Verdadera es esta doctrina y quiero que en ella te mantengas firme,
para
que los que ya han creído en Dios pongan empeño en que se les
reconozca por las buenas obras. Esto es bueno y útil para los hombres.

Otros consejos (3,9-11)

9 Evita las disquisiciones necias, las genealogías, las disputas y
polémicas sobre la Ley, porque son inútiles y vanas. 10 Al cismático,
después de una o dos amonestaciones, rehúyelo: 11 tú sabes que una
persona así está pervertida y en pecado, y su propia conciencia le
condena.

III. CONCLUSIÓN (3,12-15)

Recomendaciones finales (3,12-14)

12 Cuando te envíe a Artemas o a Tíquico, procura venir pronto a mi
encuentro en Nicópolis, porque he pensado pasar allí el invierno. 13 A
Zenas, el jurista, y a Apolo, procura proveerles de todo lo necesario para el
viaje, para que nada les falte. 14 Que aprendan también los nuestros a que
se les reconozca por las buenas obras, ayudando en las necesidades
urgentes, para que no queden sin dar fruto.

Despedida

15 Te saludan todos los que están conmigo. Saluda tú a nuestros
amigos en la fe. La gracia esté con todos vosotros.

§ 1,1-3,15 El motivo y los contenidos de este escrito son parecidos a los de las cartas a Timoteo. El apóstol quiere ayudar a sus colaboradores en la tarea de gobernar las iglesias. También ahora instruye sobre la organización de la comunidad (1,5-16) y el buen comportamiento que corresponde a cada uno (2,1-3,11).
1,1-4 El saludo es especialmente largo y solemne. Se destaca el titulo de Apóstol y la

importancia de la predicación.
1,5-16 Recomienda a Tito la tarea de organizar jerárquicamente la comunidad cristiana de
Creta y de defenderla de los errores que algunos comenzaban a difundir.
1,5-9 Como en 1 Tm 3,2-7 exhorta a que los ministros sean modelo de santidad para sus
fieles por su conducta sin tacha, por mantener una familia fiel y ejemplar, por poseer un carácter recto y acogedor, y, finalmente, por enseñar una doctrina firme. Son cualidades por las que siempre ha velado la Iglesia. Los pastores deben «estar llenos de toda clase de

bienes espirituales y dar a todos un testimonio vivo de Dios» (C. Vat. II, Lum. gent. 41).

1,10-16 Como en Éfeso (cfr 1 Tm 1,6), también en Creta tenían éxito ciertos filósofos
–algunos provenientes del judaísmo– que hacían un arte de sus falacias y sofismas. Aquí Pablo recurre a la ironía, citando un verso de algún poeta antiguo (quizá Epiménides, siglo VI a.C.), sobre la reputación mentirosa de los cretenses.

La pureza interior (cfr Mt 23,25-26) es el principio de la libertad cristiana, frente a quienes pretenden compaginar la fe con una conducta corrompida.

2,1-3,11 A cada miembro de la comunidad se le presentan unas exigencias peculiares
según sus condiciones; pero todos están llamados a la piedad y a la colaboración social.

2,1-10 Característica importante de la conducta moral cristiana es la de no reducirse a un
código ético abstracto o sin fundamento teológico, sino ser la consecuencia lógica de la profunda verdad que se confiesa. «Existe un vínculo entre la pureza del corazón, la del cuerpo y la de la fe: Los fieles deben creer los artículos del Símbolo “para que, creyendo, obedezcan a Dios; obedeciéndole, vivan bien; viviendo bien, purifiquen su corazón; y purificando su corazón, comprendan lo que creen” (S. Agustín, De fid. et symb. 10,25)» (CCE 2518).

2,11-15 Las obligaciones descritas manifiestan un estilo de vida cristiana (v. 12) fundado en
la esperanza (v. 13). Es Cristo quien con su obra redentora nos ha ganado la gracia para poder vivir y esperar de ese modo. En la Eucaristía, alimento del alma, recibimos la gracia para vivir así y la celebramos «expectantes beatam spem et adventum Salvatoris nostri Jesu Christi (“mientras esperamos la gloriosa venida de Nuestro Señor Jesucristo": MR, Embolismo después del Padre Nuestro; cfr Tt 2,13), pidiendo entrar “en tu reino, donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria; allí enjugarás las lágrimas de nuestros ojos, porque, al contemplarte como tú eres, Dios nuestro, seremos para siempre semejantes a ti y cantaremos eternamente tus alabanzas, por Cristo, Señor Nuestro” (MR, Plegaria Eucarística 3,128: oración por los difuntos)» (CCE 1404).

3,1-2 La libertad de los hijos de Dios ganada por Cristo no lleva consigo la oposición a las
autoridades civiles legítimas. Siempre que deba ejercitarse esa oposición habrá que hacerlo en sentido positivo.

3,3-8 El fundamento teológico de las obligaciones sociales antes mencionadas es el punto
culminante del capítulo. Cada cristiano es testigo de la historia de la salvación, del paso del pecado a la gracia, de la etapa de la esclavitud y del error a la era de la libertad y regeneración inaugurada por Cristo. He aquí un bello canto a Jesucristo (vv. 4-7) en el que se resume la Encarnación, la Redención y la aplicación de la salvación a cada cristiano.

3,9-11 La Iglesia no es lugar de discusiones. «Cismático» (v. 10), literalmente «hereje»,
hace referencia a la condición de aquellos falsos maestros que rechazaban la enseñanza de Tito. Con el tiempo se precisaron más los términos: «Se llama herejía la negación pertinaz después de recibido el bautismo, de una verdad que ha de creerse con fe divina y católica, o la duda pertinaz sobre la misma; apostasía es el rechazo total de la fe cristiana; cisma, el rechazo de la sujeción al Sumo Pontífice o de la comunión con los miembros de la Iglesia a él sometidos» (CIC 751).

3,12-15 Las instrucciones finales de la epístola muestran la importancia de la hospitalidad
entre los primeros cristianos.

3,12-14 Tíquico fue compañero de San Pablo en su tercer viaje (cfr Hch 20,4) y portador de
las cartas a los Efesios y a los Colosenses. Apolo aparece también mencionado

en Hch como persona muy versada en la cultura griega y buen orador (18,24-26); además de su actividad apostólica en Éfeso, colaboró intensamente en Corinto (cfr 1 Co 1,12; 3,4-6.22;
4,6; 16,12).

LA CARTA A FILEMÓN

[Ir a Índice]

Filemón era un rico propietario de Colosas a quien San Pablo había ganado para la fe cristiana. Una vez convertido, su casa servía de sede a la pequeña iglesia local. Sumamente agradecido por esto, Pablo le llama su colaborador (cfr v. 1) y le trata con exquisito cariño y confianza (cfr vv. 8.17.19.21). Un esclavo de Filemón, llamado Onésimo, había escapado de su casa, quizá por haber hurtado algún dinero o un objeto de valor (cfr v. 18). Por temor al castigo no quiere volver con su amo, sino que huye y toma contacto con Pablo que en ese momento estaba detenido. Gracias a la bondad y al celo del corazón del Apóstol, muy pronto conoce Onésimo el Evangelio y abraza la fe cristiana.

Pablo piensa que lo mejor para Onésimo es que vuelva a casa de su amo: ambos son ya hermanos en el Señor. Aprovecha para ello el viaje que va a hacer Tíquico llevando la carta del Apóstol a los colosenses. Tíquico acompañará a Onésimo (cfr Col 4,7-9). De ahí que ambas cartas, *Colosenses* y *Filemón*, tengan la misma fecha de composición, durante un periodo en el que San Pablo se encuentra en cautividad, quizá en Éfeso, en Roma o Cesarea.

Este escrito, en su extraordinaria brevedad, es una obra maestra del arte epistolar, lleno de exquisita sensibilidad y fina caridad. El tono que emplea el Apóstol no es de mandato, aunque podría haberlo hecho dada su autoridad, sino de súplica humilde hacia Filemón, presentándose ante él en su condición de «anciano» y «prisionero» por el Evangelio (v. 9).

Aunque es una carta eminentemente familiar, contiene también una doctrina, no por breve menos importante. Esta epístola ha sido llamada la «carta magna» de la libertad cristiana (cfr nota a vv. 8-21).

CARTA A FILEMÓN

(§ 1-25)

Saludo (1-3)

1 Pablo, prisionero de Cristo Jesús, y Timoteo, el hermano, a
Filemón, nuestro querido amigo y colaborador, 2 a Apfia, la hermana, a
Arquipo, nuestro compañero de armas, y a la iglesia que se reúne en tu
casa: 3 la gracia y la paz de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo
estén con vosotros.

Acción de gracias (4-7)

4 Doy gracias sin cesar a mi Dios recordándote en mis oraciones,
5 porque conozco la caridad y la fe que tienes en Jesús, el Señor, y en
todos los santos. 6
Que tu participación en la misma fe llegue a ser activa al comprender que todo el
bien que tenemos es para Cristo. 7 Pues, en verdad, he tenido gran alegría y

consuelo por tu caridad, porque, gracias a ti, hermano, los corazones de los santos han encontrado alivio.

Intercesión en favor de Onésimo
(8-21)

8 Por ello, aun teniendo plena libertad en Cristo para
mandarte lo que conviene, 9 prefiero rogar en nombre de la caridad
–y eso que soy Pablo, ya

anciano y ahora además prisionero de Cristo Jesús–. 10 Te ruego en favor
de mi hijo Onésimo, a quien engendré entre cadenas, 11 en otro tiempo
inútil para ti pero ahora útil para ti y para mí: 12 a éste te lo devuelvo
como si fuera mi corazón. 13 Yo
hubiera querido retenerlo para que me sirviera en tu lugar, mientras
estoy entre
cadenas por el
Evangelio.
14 Pero no he querido hacer nada sin tu consentimiento, para que tu
buena acción no sea forzada, sino voluntaria. 15 Quizá por eso se alejó
algún tiempo, para que ahora lo recuperes para siempre, 16 no ya como
siervo, sino más que siervo,
como hermano muy amado, en primer lugar para mí, pero ¡cuánto más
para ti!, no
sólo en lo humano, sino también en el
Señor.
17 Por tanto, si me consideras hermano en la fe, acógelo como si
fuera yo mismo. 18 Si te perjudicó o te debe algo, cárgalo a mi cuenta. 19
Yo, Pablo, lo he escrito de mi puño y letra; yo te pagaré, por no decirte que
tú mismo te me debes. 20
Sí, hermano, que yo reciba de ti este gozo en el Señor. Consuela en
Cristo mi
corazón. 21 Te escribo confiando en tu obediencia, porque sé que harás
aún más de
lo que te
digo.

Últimas recomendaciones y saludos
(22-25)

22 Además, prepárame hospedaje, pues espero que, gracias a
vuestras oraciones, se me conceda estar entre vosotros. 23 Te saludan
Epafras, compañero de mi cautiverio en Cristo Jesús, 24 y mis
colaboradores Marcos, Aristarco, Demas y Lucas.
25 La gracia del Señor Jesucristo esté con vuestro espíritu.

§ 1-25 La brevedad de esta carta ayuda a percibir mejor el esquema que seguía San Pablo en su correspondencia: saludo; acción de gracias a Dios u oración; contenido que quiere transmitir; y despedida final. Además, esta epístola es de gran interés para valorar y orientar cristianamente las condiciones sociales en que viven los cristianos.
1-3 Es posible que Apfia y Arquipo sean miembros de la familia de Filemón, quizá su
esposa e hijo. Arquipo tenía un puesto importante en la iglesia de Colosas (cfr Col 4,17). [Cristo es palabra griega que significa Ungido (adjetivo sustantivado pasivo del verbo
cr…w); equivale a la raíz semita msh [hVm], ungir, de donde Masíah, Mesías. Se refiere al
caudillo salvador del pueblo de Israel y de todos los hombres, que anunció y describió proféticarnente el AT. Jesús viene de la palabra hebrea Yesua', contracción de Yehosua',
«Yahvé salva», pues se deriva del verbo ys'[[Vy], que significa liberar, salvar, de donde
libertador, salvador. La unión de los dos nombres Cristo Jesús tiene un

significado técnico, al afirmar por sí sola que el Jesús histórico es el verdadero Mesías prometido en el AT con todas sus prerrogativas. Este fue el núcleo de la predicación de Pablo. Esta expresión lleva consigo todos los valores mesiánicos hasta sus últimas consecuencias, especialmente la
realidad eclesiológica. El genitivo de la frase prisionero de Cristo Jesús, es
de causa o motivo, y equivale a «prisionero como consecuencia de los
trabajos y el apostolado desarrollados en favor de la causa de Cristo Jesús»].
4-7 Pablo enseña que un cristiano no sólo ha de amar y tener fe en Cristo, sino por Él y en
Él, amar y fiarse de los demás cristianos. Al participar de la misma fe, los cristianos alcanzamos la comunión con Cristo y con los demás creyentes.
8-21 San Pablo ha engendrado a la fe a Onésimo, esclavo fugitivo de Filemón. El Apóstol
juega con el significado de la palabra Onésimo (= útil), para interceder por él ante su antiguo amo y pedirle a Filemón que lo reciba de nuevo. Los hechos son vistos ahora en una proyección profunda, a la luz de la Providencia divina: Dios sabe sacar bienes de los males (cfr Rm 8,28).

No aborda el Apóstol directamente el tema de la esclavitud, que pertenecía a la estructura social de la época, pero aporta los principios cristianos que son el germen que ha producido su abolición en los lugares donde el espíritu cristiano ha impregnado las leyes civiles de los pueblos. Estos principios se fundan en la libertad que Cristo nos ganó en la cruz, por la cual somos en verdad hijos de Dios y hermanos de quienes participan de nuestra misma fe. «La liberación traída por Cristo (...), debe tener necesariamente repercusiones en el plano social» (Cong. Doc. Fe, Libert. nunt. 4,13). Éste es el contenido de ese «más» (v. 21) que Pablo esperaba de Filemón: debía tratar a Onésimo como verdadero hermano en la fe, en plano de igualdad, sin acepción alguna por motivo de clase o condición. «Convenceos de que únicamente con la justicia no resolveréis nunca los grandes problemas de la humanidad. Cuando se hace justicia a secas, no os extrañéis si la gente se queda herida: pide mucho más la dignidad del hombre, que es hijo de Dios. La caridad ha de ir dentro y al lado, porque lo dulcifica todo, lo deifica: “Dios es amor” (1 Jn 4,16). Hemos de movernos siempre por Amor de Dios, que torna más fácil querer al prójimo, y purifica y eleva los amores terrenos» (S. Josemaría Escrivá, Hom. 2. 172).

22-25 Junto con los saludos de quienes acompañan en ese momento a San Pablo, mencionados en Col 4,10-14, aparece la bendición final acostumbrada.

LA CARTA A LOS HEBREOS

[Ir a Índice]

La *Carta a los Hebreos* es por su contenido uno de los escritos más solemnes e importantes del Nuevo Testamento. El título, a pesar de no ser original puesto que data probablemente del siglo II, responde con gran precisión a la naturaleza y contenido del libro. Es muy probable que los «Hebreos» destinatarios de la carta fueran, en primer lugar, cristianos provenientes del judaísmo, buenos conocedores tanto del idioma griego como de la cultura hebrea y, en especial, de las ceremonias del culto mosaico. La *Carta a los Hebreos* responde a un género intermedio entre el epistolar y el propio de un discurso o sermón escrito (cfr 13,22: «palabra de exhortación»). Además, por su estructura, orden y método, recuerda el género de un breve ensayo teológico.

La carta, histórica y doctrinalmente, se relaciona por su contenido con el cuerpo de cartas paulinas. En ella encontramos un eco fiel de la predicación de San Pablo. Sin embargo, su forma literaria presenta características propias que le confieren una patente originalidad. Desde fines del siglo IV es atribuida a San Pablo en todas las iglesias. Antes de esa fecha es generalmente admitida como paulina en Oriente, pero hay dudas en Occidente. La causa era la evidente diferencia de estilo, sintaxis y vocabulario respecto al resto del corpus epistolar paulino: *Hebreos* posee un griego excelente, pulido y culto, que contrasta con el griego espontáneo y vigoroso de San Pablo. El autor tuvo que ser un cristiano culto de origen judío, buen conocedor de la Sagrada Escritura y de las cuestiones teológicas planteadas en el momento de la redacción, y, además, una persona muy cercana a San Pablo en pensamiento y actividad. Por el contenido se trasluce que fue un hombre de cultura helenista, con gran celo pastoral y profundo conocimiento de la vida religiosa del pueblo hebreo y del culto del Templo de Jerusalén. Como fecha de composición se ha sugerido el año 65, pero no puede descartarse una fecha más avanzada en el primer siglo. Conforme a las palabras de 13,24: «Os saludan los de Italia», se ha pensado en Roma como lugar de composición. Sin embargo, esta expresión podría entenderse también como el saludo de un grupo de cristianos procedentes de aquel país, pero que residen en otro lugar que nos es desconocido y desde el que se envía la carta.

El principal propósito de la carta es mostrar la superioridad del cristianismo respecto a la Antigua Alianza, pero tanto el estilo como la intención no son polémicos. El escrito tiene como fin hacer ver que la Nueva Ley es la perfección, el cumplimiento y la superación de la Antigua. Para ello se centra en la consideración del sacerdocio y sacrificio de Cristo como superiores a los levíticos. Éste es el fundamento doctrinal que respalda la exhortación a la perseverancia en la fe que el autor dirige a los destinatarios y que –inseparablemente unido al primero– constituye el otro motivo primordial de la epístola.

Citas del Antiguo Testamento

1,5. Sal 2,7; 2 S 7,14
1,6. Dt 32,43; Sal 97,7
1,7. Sal 104,4
1,8-9. Sal 45,7-8
1,10-12. Sal 102,26-28
1,13. Sal 110,1
2,6-9 Sal 8,5-7

2,12. Sal 22,23
2,13. Is 8,17; 2 S 22,3; Is 8,18
2,16. Is 41,8

3,5. Nm 12,7
3,7-11. Sal 95,7-11
3,15. Sal 95,7-8
3,17. Nm 14,29-32
3,18. Nm 14,22-23
4,3. Sal 95,11
4,4. Gn 2,2
4,5. Sal 95,11
4,7. Sal 95,7
5,5. Sal 2,7
5,6. Sal 110,4
5,10. Sal 110,4
6,8. Gn 3,17-18
6,13. Gn 22,16
6,14. Gn 22,17
6,20. Sal 110,4
7,1. Gn 14,18-20
7,11. Sal 110,4
7,17. Sal 110,4
7,21. Sal 110,4
8,5. Ex 25,40
8,8-12. Jr 31,31-34
9,20. Ex 24,3-4
10,5-7. Sal 40,7-9
10,12-13. Sal 110,1
10,16. Jr 31,33
10,17. Jr 31,34
10,28. Dt 17,6
10,30. Dt 32,35-36
10,37. Is 26,20; Ha 2,3
10,38. Ha 2,4
11,5. Gn 5,24
11,12. Gn 22,17; Ex 32,13; Gn 15,5
11,18 Gn 21,12
11,21. Gn 47,31
12,5-6. Pr 3,11-12
12,12. Is 35,3; Jb 4,3-4
12,13. Pr 4,26-27
12,20. Ex 19,13
12,21. Dt 9,19
12,26. Ag 2,6
12,29. Dt 4,24; Is 33,14
13,5. Dt 31,6.8; Jos 1,5
13,6. Sal 118,6

CARTA A LOS HEBREOS

La grandeza del Hijo de Dios Encarnado (1,1-4)

1

1 En diversos momentos y de muchos modos habló Dios en el pasado a
nuestros padres por medio de los profetas. 2 En estos últimos días nos ha
hablado por medio de su Hijo, a quien instituyó heredero de todas las
cosas y por quien hizo también el universo. 3 Él, que es resplandor de su
gloria e impronta de su sustancia y que sustenta todas las cosas con su
palabra poderosa, después de llevar a cabo la purificación de los pecados,
se sentó en los cielos a la diestra de la Majestad, 4 y ha sido hecho tanto
más excelente que los ángeles cuanto más les aventaja por el nombre que
ha heredado.

PRIMERA PARTE
LA EXCELENCIA DE LA RELIGIÓN REVELADA POR CRISTO

(§ 1,5-10,18)

I. SUPERIORIDAD DE CRISTO SOBRE LOS ÁNGELES

(1,5-2,18)

Afirmaciones de la Sagrada Escritura

(1,5-14)

5 Pues ¿a qué ángel le dijo alguna vez:
Tú eres mi hijo;
yo te he engendrado hoy?
¿O también:
Yo seré para él Padre
y para mí él será Hijo?
6 Y de nuevo al introducir a su Primogénito en el mundo dice:
Que le adoren todos los ángeles de Dios.
7 Y de los ángeles afirma:
Él hace a sus ángeles vientos
y a sus ministros llama de fuego.
8 Pero del Hijo dice:
Tu Trono, oh Dios, es por los siglos de los
siglos, y cetro de rectitud es el cetro
de tu Reino.
9 *Has amado la justicia y odiado la iniquidad;*
por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de
gozo, con preferencia sobre los que tienen
parte contigo.
10 Y también:
Tú al principio, oh Señor, pusiste los
cimientos de la tierra,
y los cielos son obra de tus manos.
11 *Ellos perecerán, pero Tú permaneces;*
todos envejecerán como un vestido;
12 *los doblarás como un manto*, como un velo,
y serán transformados.
Pero Tú eres el mismo
y tus años no terminarán.

13 ¿A qué ángel ha dicho alguna vez:
Siéntate a mi diestra,

hasta que ponga a tus
enemigos como escabel de tus
pies?
14 ¿Acaso no son todos ellos espíritus destinados al servicio, enviados para
asistir a los que tienen que heredar la salvación?

Necesidad de mantener la fe (2,1-4)

2

1 Es preciso, por tanto, que tengamos muy presente cuanto hemos oído,
no vaya a ser que nos desviemos del camino. 2 Porque si la palabra
anunciada por medio de ángeles alcanzó tal fuerza que toda trasgresión y
desobediencia recibió justa pena,
3 ¿cómo escaparemos nosotros del castigo, si descuidamos tan gran
salvación?
Ésta, que se inició con el anuncio del Señor, nos fue confirmada por
quienes la
habían oído, 4 y también nos fue garantizada por Dios con señales y
prodigios, con
diversos milagros y dones del Espíritu Santo, distribuidos según su
voluntad.

Jesús, hermano de los hombres, fue coronado
de gloria y honor por encima de los Ángeles
(2,5-18)

5 Porque Dios no sometió a los ángeles el mundo futuro del que
hablamos. 6
Por eso, se afirmó en cierto lugar de este modo:
¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él,
o el hijo del hombre para que te ocupes
de él?
7 *Le has hecho sólo un poco inferior a los ángeles*
y le has coronado de gloria y
honor.
8 *Todo lo has sometido bajo sus pies*.
Al someter todo al hombre no dejó nada sin someterle. Sin embargo,
ahora no
vemos que todo le esté ya sometido. 9 En cambio, a aquel que *fue hecho*
por un
momento inferior a los ángeles, a Jesús, le vemos *coronado de gloria y*
honor a causa de la muerte padecida. De modo que, por gracia de
Dios, experimentó la
muerte en beneficio de todos.
10 Porque convenía que Aquel para quien y por quien son todas las
cosas,
habiéndose propuesto llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase
mediante los
sufrimientos al que iba a llevarlos a la salvación. 11 Porque quien santifica y

quienes
son santificados vienen todos de uno solo; por eso no se avergüenza de llamarlos
hermanos, [12] y dice:

Anunciaré tu nombre a mis hermanos
y en medio de la iglesia te
alabaré.

[13] Dice también:

Yo pondré en él mi
confianza. Y de nuevo:

Aquí estamos, yo y los hijos que Dios me dio.

[14] Porque así como los hijos comparten la sangre y la carne,
también él
participó de ellas, para destruir con la muerte al que tenía el poder de la muerte, es
decir, al diablo, [15] y liberar así a todos los que con el miedo a la
muerte estaban toda su vida sujetos a esclavitud. [16] Porque es seguro
que él no asumió a los
ángeles sino *al linaje de Abrahán*. [17] Por eso tuvo que asemejarse en todo
a sus

hermanos, a fin de ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en las cosas que se refieren a Dios, para expiar los pecados del pueblo. 18 Por haber sido puesto a prueba en los padecimientos, es capaz de ayudar a los que también son sometidos a prueba.

II. SUPERIORIDAD DE CRISTO SOBRE MOISÉS (3,1-4,13)

Comparación entre el ministerio de Moisés y el de Cristo (3,1-6)

3

1 Por tanto, hermanos santos que sois partícipes de una vocación celestial, fijad vuestra atención en Jesús, Apóstol y Sumo Sacerdote de la fe que confesamos, 2 que es fiel al que lo constituyó, como lo fue también Moisés en toda su casa; 3 aunque Él ha sido juzgado digno de mayor gloria que Moisés, ya que el constructor tiene mayor dignidad que la casa. 4 Porque toda casa es construida por alguien, pero Dios construyó el universo. 5 *Moisés fue* ciertamente *fiel en toda su casa* como *sirviente*, para dar testimonio de las cosas que debían anunciarse, 6 pero Cristo lo fue como Hijo al frente de su casa: casa que somos nosotros, si mantenemos la confianza y el orgullo gozoso de la esperanza.

Necesidad de la fe: el mal ejemplo de la rebeldía del pueblo elegido (3,7-19)

7 Por eso, como dice el Espíritu Santo:
Si hoy escucháis su voz,
8 *no endurezcáis vuestros corazones*
como sucedió en la
rebelión, el día de la tentación
en el desierto,
9 *cuando vuestros padres me tentaron*
y me sometieron a
prueba, aunque habían visto
mis obras
10 *durante cuarenta años.*
Por eso me indigné contra esta generación
Y dije: «Están siempre extraviados en su
corazón y no han conocido mis caminos».
11 *Por eso juré en mi ira:*
«¡No entrarán en mi descanso!».
12 Vigilad, hermanos, para que ninguno de vosotros tenga un corazón malvado y sin fe que le haga apostatar del Dios vivo; 13 al contrario, exhortaos
mutuamente todos los días, mientras perdura aquel *hoy*, para que nadie se
endurezca por la seducción del pecado. 14 Pues hemos sido hechos partícipes de

Cristo a condición de que mantengamos firme hasta el fin la segura confianza del
principio. [15] Cuando se dice:

Si hoy escucháis su voz,
no endurezcáis vuestros corazones
como sucedió en la rebelión,

16 ¿quiénes son los que, habiéndole oído, sin embargo se rebelaron?
¿Acaso no fueron todos los que salieron de Egipto gracias a Moisés? 17 ¿Y
contra quiénes *se indignó durante cuarenta años*? ¿No fue acaso contra
los que pecaron, cuyos *cadáveres cayeron en el desierto*? 18 ¿Y a quiénes
juró que no entrarían en su descanso, sino a los incrédulos? 19 Vemos así
que no pudieron entrar a causa de la incredulidad.

Por medio de la fe podemos alcanzar el descanso prometido por Dios
(4,1-11)

4

1 Puesto que la promesa de entrar en su descanso permanece en vigor,
tengamos cuidado: no vaya a ser que alguno de vosotros piense que
queda excluido. 2 Porque a nosotros se nos ha anunciado el Evangelio
igual que a ellos; pero a ellos de nada les aprovechó la palabra que
oyeron, porque no estaban unidos mediante la fe a los que la habían
escuchado. 3 Porque los que hemos creído hemos entrado en el descanso,
según está dicho:

Por eso juré en mi ira:
«¡No entrarán en mi descanso!»,

aunque las obras divinas estaban ya hechas desde la creación del mundo.
4 Porque
en un lugar se dice sobre el día séptimo:

Y descansó Dios el día séptimo de todas sus obras.

5 Y en este lugar repite:

¡No entrarán en mi descanso!

6 Dado, por tanto, que algunos habrán de entrar en él, y que los primeros
en recibir la buena nueva no entraron a causa de su desobediencia, 7
vuelve a fijar un día, *hoy*, cuando afirma por David al cabo de tanto
tiempo, como ya se ha dicho:

Si hoy escucháis su voz,
no endurezcáis vuestros corazones.

8 Porque si Josué les hubiera proporcionado el descanso, Él no
habría hablado después sobre otro día. 9 Queda por tanto reservado un
tiempo de descanso para el pueblo de Dios. 10 Porque quien entra en el
descanso de Dios, descansa también él de sus trabajos, lo mismo que
Dios de sus obras. 11
Apresurémonos a entrar en ese descanso, a fin de que ninguno caiga en la
misma
clase de desobediencia.

El poder de la palabra divina
(4,12-13)

12 Ciertamente, la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante
que una espada de doble filo: entra hasta la división del alma y del
espíritu, de las articulaciones y de la médula, y descubre los sentimientos

y pensamientos del corazón. [13] No hay ante ella criatura invisible, sino que todo está desnudo y patente a los ojos de Aquel a quien hemos de rendir cuenta.

III. CRISTO, SUMO SACERDOTE, ES SUPERIOR A LOS SACERDOTES DE LA LEY MOSAICA

(4,14-7,28)

Nuestra confianza se apoya en el sacerdocio de Cristo
(4,14-16)

14 Ya que tenemos un Sumo Sacerdote que ha entrado en los cielos –
Jesús, el Hijo de Dios–, mantengamos firme nuestra confesión de fe. 15
Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de
nuestras debilidades, sino que, de manera semejante a nosotros, ha sido
probado en todo, excepto en el pecado. 16
Por lo tanto, acerquémonos confiadamente al trono de la gracia, para
que alcancemos misericordia y encontremos la gracia que nos ayude
en el momento oportuno.

Cristo ha sido constituido Sumo Sacerdote por Dios Padre
(5,1-10)

5

1 Porque todo sumo sacerdote, escogido entre los hombres, está
constituido en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios, para
ofrecer dones y sacrificios por los pecados; 2 y puede compadecerse de los
ignorantes y extraviados, ya que él mismo está rodeado de debilidad, 3 y a
causa de ella debe ofrecer expiación por los pecados, tanto por los del
pueblo como por los suyos. 4 Y nadie se atribuye este honor, sino el que es
llamado por Dios, como Aarón.
5 De igual modo, Cristo no se apropió la gloria de ser Sumo
Sacerdote, sino
que se la otorgó el que le dijo:
Tú eres mi hijo,
yo te he engendrado hoy.
6 Asimismo, en otro lugar, dice también:
Tú eres sacerdote para siempre,
según el orden de
Melquisedec.
7 Él, en los días de su vida en la tierra, ofreció con gran clamor y
lágrimas
oraciones y súplicas al que podía salvarle de la muerte, y fue escuchado
por su
piedad filial, 8 y, aun siendo Hijo, aprendió por los padecimientos la
obediencia. 9 Y,
llegado a la perfección, se ha hecho causa de salvación eterna para todos
los que le
obedecen, 10 ya que fue proclamado por Dios Sumo Sacerdote *según el*
orden de
Melquisedec.

Necesidad de recibir instrucción
(5,11-6,3)

11 Acerca de esto tenemos muchas cosas que decir, aunque de
difícil explicación, puesto que os habéis vuelto torpes de oído. 12 En
efecto, vosotros, que por los años deberíais ser maestros, necesitáis que
se os enseñen de nuevo algunos de los primeros rudimentos de la palabra
de Dios, y habéis llegado a tener necesidad de leche y no de alimento
sólido. 13 Pues todo el que se alimenta de leche no conoce bien la
doctrina de la justicia, porque es como un niño. 14 En cambio, el alimento
sólido es propio de los perfectos, de los que poseen sus facultades bien
desarrolladas para discernir el bien y el mal.

6

1 Por lo tanto, dejando ya la doctrina elemental sobre Cristo, avancemos
hacia lo más perfecto, sin poner de nuevo los cimientos de la conversión
de las obras muertas y de la fe en Dios, 2 de la instrucción sobre las
purificaciones, la imposición de las manos, la resurrección de los muertos
y el juicio eterno. 3 Lo conseguiremos con la ayuda de Dios.

El peligro de la apostasía y la necesidad de perseverar (6,4-12)

4 Porque es imposible que quienes una vez fueron iluminados, y
gustaron también el don celestial, 5 y llegaron a recibir el Espíritu Santo,
y saborearon la palabra divina y la manifestación de la fuerza del mundo
venidero, 6 y no obstante cayeron, vuelvan a la conversión, ya que, para
su propio daño, crucifican de nuevo al Hijo de Dios y lo escarnecen. 7
Porque la tierra que bebe la lluvia caída
repetidamente sobre ella y que produce buenas plantas a los que las
cultivan, recibe las bendiciones de Dios; 8 pero *la que hace germinar
espinas y abrojos* es
despreciable, está próxima *a la maldición*, y su final es el fuego.
9 Pero aunque hablemos de esta manera, esperamos firmemente
de vosotros, queridísimos, lo mejor y lo más provechoso para la
salvación. 10 Pues
Dios no es injusto como para olvidarse de vuestras obras ni del amor que
habéis
manifestado a su nombre, ya que habéis servido a los santos y continuáis
haciéndolo. 11 Deseamos vivamente que cada uno de vosotros manifieste
hasta el fin el mismo empeño por alcanzar la perfección de la esperanza,
12 de modo que no
os volváis perezosos, sino que imitéis a los que heredan las promesas
mediante la
fe y la paciencia.

Las promesas hechas a Abrahán fueron confirmadas con un juramento y son inmutables (6,13-20)

13 Por eso Dios, cuando hizo su promesa a Abrahán, como no tenía a
nadie superior a Él por quien jurar, *juró por sí mismo* 14 diciendo:
Ciertamente te llenaré de bendiciones y te multiplicaré sin medida. 15 Y de
este modo, esperando con paciencia, alcanzó la promesa. 16 Pues los
hombres juran por algo superior, y el juramento es para ellos la garantía
que pone fin a todo litigio. 17 Y por esto Dios, al querer demostrar con
mayor claridad a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su
decisión, la reafirmó con un juramento; 18 para que, gracias a dos cosas
inmutables por las cuales es imposible que Dios mienta, los que buscamos
refugio
en la posesión de la esperanza que nos es ofrecida, tengamos un
poderoso consuelo, 19 que es para nosotros como ancla segura y firme de

7

nuestra vida y que entra hasta el interior, más allá del velo, [20] donde como precursor nuestro entró
Jesús, constituido *para siempre* Sumo Sacerdote *según el orden de Melquisedec*.

Jesucristo es
sacerdote
según el orden de Melquisedec
(7,1-3)

7

1 Porque este *Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo,*
salió al encuentro de Abrahán que volvía de la victoria sobre los reyes y le
bendijo; 2 y *Abrahán* le dio *el diezmo de todo*. Su nombre significa, en
primer lugar, rey de justicia, y además, *rey de Salem*, es decir, rey de paz.
3 Al no tener ni padre, ni madre, ni genealogía, ni comienzo de días ni fin
de vida, es hecho semejante al Hijo de Dios, y permanece sacerdote para
siempre.

El sacerdocio de Melquisedec es
superior al de los descendientes de
Abrahán (7,4-19)

4 Mirad cuál es su grandeza, que hasta el patriarca Abrahán le dio
la décima parte de lo mejor del botín. 5 Pues, según manda la Ley, los
que, entre los hijos de Leví, reciben el oficio sacerdotal tienen orden de
cobrar los diezmos al pueblo, es
decir, a sus hermanos, aunque también éstos desciendan de la estirpe de
Abrahán.
6 Pero aquél, que no pertenece a su genealogía, recibió los diezmos de
Abrahán y bendijo al que poseía las promesas: 7 no hay ninguna duda de
que el inferior recibe la bendición del superior. 8 Y mientras aquí son unos
hombres mortales los que reciben los diezmos, allí es uno de quien se
atestigua que vive. 9 Y, por decirlo así, también Leví, que recibe los
diezmos, los pagó entonces a través de Abrahán, 10
porque estaba ya en las entrañas de su padre cuando *Melquisedec le salió*
al
encuentro.
11 Por tanto, si la perfección se realizara por medio del sacerdocio
levítico, ya
que bajo él fue dada la Ley al pueblo, ¿qué necesidad habría aún de que
surgiera otro sacerdote *según el orden de Melquisedec* y que no se
denominara *según el*
orden de Aarón? 12 Porque si cambia el sacerdocio, es necesario que tenga
también lugar un cambio de la Ley. 13 Y aquél, del que se dicen estas
cosas, pertenecía a
otra tribu, de la cual nadie sirvió al altar, 14 porque es bien sabido que
nuestro Señor descendía de Judá, y de aquella tribu Moisés no dijo nada
relativo al sacerdocio. 15
Y todo esto es aún más evidente si surge *otro sacerdote a semejanza de*
Melquisedec, 16 que ha sido constituido no según las normas de una ley
carnal sino según la fuerza de una vida indestructible. 17 Porque se
afirma:

Tú eres sacerdote para siempre
según el orden de Melquisedec.

18 Se deroga, por tanto, el precepto anterior por su debilidad e
inutilidad. 19
Porque la Ley no llevó nada a la perfección: es la introducción a una
esperanza mejor por la cual nos acercamos a Dios.

8

Cristo es Sumo y Perfecto Sacerdote y su sacerdocio es eterno (7,20-28)

20 Y por el hecho de que fue por un juramento –porque mientras
aquéllos eran constituidos sacerdotes sin juramento, 21 éste, en
cambio, lo ha sido con el juramento de aquel que le dijo:
Juró el Señor,
y no se arrepentirá,

Tú eres sacerdote para siempre–,
22 por eso mismo, Jesús ha sido hecho mediador de una alianza más
perfecta. 23 Y
si aquéllos eran constituidos sacerdotes en gran número, porque la muerte
les
impedía permanecer, 24 éste, al contrario, como vive para siempre,
posee un sacerdocio perpetuo. 25 Por eso puede también salvar
perfectamente a los que se
acercan a Dios a través de él, ya que vive siempre para interceder por
nosotros.
26 Nos convenía, en efecto, que el Sumo Sacerdote fuera santo,
inocente, inmaculado, separado de los pecadores y encumbrado por
encima de los cielos; 27
que no tiene necesidad de ofrecer todos los días, como aquellos sumos
sacerdotes,
primero unas víctimas por sus propios pecados y luego por los del pueblo,
porque
esto lo hizo de una vez para siempre cuando se ofreció él mismo. 28 Pues la
Ley
constituye sumos sacerdotes a unos hombres con debilidades,
mientras que la palabra del juramento, que sucede a la Ley, hace al
Hijo perfecto para siempre.

IV. EL SACRIFICIO DE CRISTO ES SUPERIOR A TODOS LOS SACRIFICIOS DE LA ANTIGUA LEY (8,1-10,18)

Cristo es Sumo Sacerdote de una Nueva Alianza que sustituye a la Antigua (8,1-13)

8

1 Lo más importante de todo lo dicho es esto: tenemos un Sumo
Sacerdote tan grande, que se sentó a la diestra del trono de la Majestad
en los cielos, 2 ministro del Santuario y del Tabernáculo verdadero que
erigió el Señor, y no un hombre. 3
Porque todo sumo sacerdote está constituido para ofrecer dones y
sacrificios, y, por
tanto, es necesario que también él tenga algo que ofrecer. 4 Si estuviera
en la tierra, no sería siquiera sacerdote, porque ya hay quienes ofrecen
dones según la Ley. 5
Éstos dan un culto que es sólo figura y sombra del celestial, conforme a lo
que le fue
revelado a Moisés cuando se disponía a construir el Tabernáculo. Pues dice:
Mira,
lo harás todo según el modelo que te ha sido mostrado en el monte. 6 Pero
ahora él
ha obtenido un oficio mucho más excelente, ya que es mediador de
una alianza mucho más valiosa, por haber sido fundada sobre

promesas mejores.

7 En efecto, si aquella primera hubiera sido sin tacha, no haría falta
poner en su lugar una segunda, 8 pues les dice en tono de reproche:

Mirad, vendrán días, dice el Señor,
cuando establezca con la casa de Israel
y con la casa de Judá una alianza nueva;
9 *no como la alianza que hice con sus padres*
el día en que los tomé de la mano
para sacarlos de la tierra de
Egipto.
Pero como no permanecieron fieles a mi
alianza, tampoco yo me acordaré de ellos,
dice el Señor.
10 *Ésta es la alianza que estableceré*
con la casa de
Israel
después de aquellos días, dice el Señor.
Pondré mis leyes en su inteligencia,

y las grabaré en sus corazones;
y yo seré su Dios,
y ellos serán mi pueblo.
11 *Y no tendrá que enseñar ya cada uno a su prójimo,*
ni a su hermano, ni dirá: «¡Conoce al
Señor!», porque todos ellos me conocerán,
desde el más pequeño hasta el mayor,
12 *pues tendré misericordia de sus iniquidades*
y de sus pecados ya no me acordaré.
13 Al decir *nueva* declaró anticuada la anterior; y lo que se hace anticuado y
envejece está a punto de desaparecer.

Descripción de los antiguos ritos, figura de los nuevos (9,1-10)

9

1 También la primera alianza tenía normas para el culto y un santuario terrenal, 2 porque se había construido un Tabernáculo con una primera estancia llamada «El Santo», donde se encontraban el candelabro, la mesa y los panes de la proposición.
3 Detrás del segundo velo estaba la segunda estancia, llamada «El Santo de los
Santos», 4 que contenía el altar de oro para el incienso y el arca de la alianza
totalmente recubierta de oro, en la que estaban la urna de oro con el maná, la vara
de Aarón que había retoñado y las tablas de la alianza. 5 Y encima del arca, los
querubines de la gloria cubrían con su sombra el propiciatorio. Pero no hace falta hablar detalladamente de todo esto.
6 Dispuestas las cosas de este modo, los sacerdotes que ofician
el culto entran siempre en la primera estancia. 7 Pero en la segunda entra sólo el sumo
sacerdote una vez al año, no sin antes derramar sangre, que ofrece por él mismo y
por los pecados de ignorancia del pueblo. 8 El Espíritu Santo manifestaba de ese
modo que, mientras permanece el primer Tabernáculo, todavía no está abierto el
camino hacia el Santuario. 9 Todo ello es una alegoría del tiempo presente, según la
cual se ofrecen sacrificios y víctimas que no pueden perfeccionar al oferente en su
conciencia, 10 y que consisten sólo en alimentos, bebidas y diferentes abluciones;
prescripciones corporales, que han sido impuestas hasta el momento de la restauración.

Cristo selló con su sangre para siempre la Nueva Alianza (9,11-28)

11 Pero Cristo, al presentarse como Sumo Sacerdote de los bienes
futuros a través de un Tabernáculo más excelente y perfecto –no hecho
por mano de hombre, es decir, no de este mundo creado– 12 y a través de
su propia sangre –no de la sangre de machos cabríos y becerros–, entró de
una vez para siempre en el Santuario y consiguió así una redención
eterna. 13 Porque si la sangre de machos cabríos y toros y la aspersión de
la ceniza de una vaca pueden santificar a los impuros para la purificación
de la carne, 14 ¡cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu Eterno
se ofreció a sí mismo como víctima inmaculada a Dios, limpiará de las
obras muertas nuestra conciencia para dar culto al Dios vivo!
15 Y por esto es mediador de una nueva alianza, de modo que,
al haber

muerto para redimir las transgresiones cometidas bajo la primera alianza,
los que han sido llamados reciban la herencia eterna prometida. 16
Porque donde hay testamento, hace falta que conste la muerte del
testador, 17 porque un testamento es válido en caso de muerte, y no
puede serlo de ninguna manera mientras el testador vive. 18 Por eso, ni
siquiera la primera alianza se inauguró sin derramar sangre. 19 Pues
Moisés, después de haber leído todos los mandamientos según la Ley a
todo el pueblo, tomó la sangre de los becerros y de los machos cabríos,
con agua, lana escarlata y una planta de hisopo, y roció el libro de la Ley
y a todo el pueblo 20 diciendo: *Ésta es la sangre de la alianza que Dios ha
dispuesto para vosotros*. 21 Y del mismo modo roció con sangre el
Tabernáculo y todos los objetos
del culto. 22 Y según la Ley, casi todo se purifica con la sangre, y sin
derramamiento
de sangre no hay remisión.
23 Es necesario, por lo tanto, que las figuras de las realidades
celestiales se
purifiquen con esas cosas, aunque las realidades celestiales exigen
víctimas muy
superiores. 24 Porque Cristo no entró en un santuario hecho por mano de
hombre
–representación del verdadero–, sino en el mismo cielo, para interceder
ahora ante
Dios en favor nuestro. 25 No para ofrecerse muchas veces a sí mismo,
como el sumo sacerdote que entra en el santuario todos los años con
sangre ajena: 26
porque entonces hubiera debido padecer muchas veces desde la creación
del
mundo, y, en cambio, se ha manifestado ahora de una vez para siempre,
en la
plenitud de los tiempos, para destruir el pecado mediante el sacrificio de sí
mismo.
27 Y así como está establecido que los hombres mueran una sola vez,
y que después haya un juicio, 28 así también Cristo, que se ofreció
una sola vez para
quitar los pecados de todos, por segunda vez, sin relación ya con el
pecado, se
manifestará a los que le esperan para llevarlos a la salvación.

Los sacrificios antiguos no podían borrar el pecado (10,1-18)

10

1 Puesto que la Ley posee sólo una sombra de los bienes futuros y no la
verdadera imagen de las cosas, no puede jamás, mediante los mismos
sacrificios que no cesa de presentar todos los años, hacer perfectos a los
que se acercan con ellos. 2 Si no fuera así, los que rinden culto, al
considerarse definitivamente purificados, por no tener ya conciencia
alguna de pecado, ¿no dejarían de ofrecerlos? 3 Por el contrario, con ellos
se renueva cada año el recuerdo de los pecados, 4 porque es imposible

que la sangre de toros y machos cabríos borre los pecados.

El sacrificio de Cristo, que se ofreció a Sí mismo, posee un valor infinito

5 Por eso, al entrar en el mundo, dice:
Sacrificio y ofrenda no quisiste,
pero me preparaste un cuerpo;
6 *los holocaustos y sacrificios por el pecado*
no te han agradado.
7 *Entonces dije:*

«Aquí vengo, como está escrito
de mí al comienzo del libro,
para hacer, oh Dios, tu voluntad».
8 Después de haber dicho antes: *No quisiste ni te agradaron*
sacrificios y
ofrendas ni *holocaustos y víctimas expiatorias por el pecado* –cosas que se ofrecen
según la Ley–, 9 añade luego: *Aquí vengo para hacer tu voluntad*. Deroga
lo primero para instaurar lo segundo. 10 Y por esa voluntad somos santificados de una vez
para siempre, mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo.
11 Mientras todo sacerdote se mantiene en pie día tras día para celebrar el
culto y ofrecer muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden borrar los
pecados, 12 él, en cambio, ofreció un solo sacrificio por los pecados y *se sentó* para siempre *a la diestra de Dios*, 13 y sólo le queda esperar *que sus enemigos le sean puestos como estrado de sus pies*; 14 porque con una sola oblación hizo perfectos
para siempre a los que son santificados.
15 Nos lo atestigua también el Espíritu Santo, porque después de haber dicho:
16 *Ésta es la alianza que estableceré con*
ellos
después de aquellos días, dice el Señor.
Pondré mis leyes en sus corazones
y las grabaré en sus inteligencias,
17 añade:
Y de sus pecados y de sus
iniquidades ya no me
acordaré.
18 Ahora bien, donde hay remisión de pecados ya no hay ofrenda por ellos.

SEGUNDA PARTE
LA FE Y LA PERSEVERANCIA EN LA FE
(§ 10,19-13,25)

V. EXHORTACIÓN A PERSEVERAR EN LA FE
(10,19-11,40)

Motivos para mantener la fidelidad a Cristo
(10,19-39)

19 Por tanto, hermanos, como tenemos la confianza de entrar en el Santuario por la sangre de Jesús 20 –por el camino reciente y vivo que él nos abrió a través
del velo, es decir, de su carne– 21 y a un gran sacerdote al frente de la casa de Dios,

22 acerquémonos con un corazón sincero y una fe plena, después de purificar
nuestros corazones de una mala conciencia y de lavar nuestro cuerpo con agua
pura. 23 Mantengamos firme la confesión de la esperanza, porque fiel es el
que hizo la promesa, 24 y estemos pendientes unos de otros para
estimularnos a la caridad y a las buenas obras, 25 sin abandonar nuestras
propias reuniones, como
acostumbran algunos, sino animándonos tanto más cuanto más cercano
veis el día.
26 Porque si pecamos voluntariamente después de haber recibido
el conocimiento de la verdad, ya no nos queda ningún sacrificio por los pecados, 27
sino la tremenda espera del juicio y el ardor del fuego que va a devorar a los
rebeldes. 28 Si alguien transgredía la Ley de Moisés, *con el testimonio de dos o tres se le condenaba a muerte* sin compasión. 29 ¿Qué castigo más
grave pensáis que

merecerá el que haya pisoteado al Hijo de Dios y haya considerado impura la sangre de la alianza en la que fue santificado y haya ultrajado al Espíritu de la gracia?
30 Pues conocemos bien al que dijo:
Mía es la venganza; yo daré lo
merecido. Y otra vez:
Juzgará el Señor a su pueblo.
31 ¡Es terrible caer en manos del Dios vivo!
32 Acordaos de los días primeros, cuando, recién iluminados,
tuvisteis que sostener una lucha grande y dolorosa: 33 unas veces
sometidos públicamente a calumnias y vejaciones, otras estrechamente
unidos a los que así eran tratados, 34
porque compartisteis los sufrimientos de los encarcelados y recibisteis con alegría el
robo de vuestros bienes, sabiendo que poseéis un patrimonio mejor y más duradero.
35 No perdáis, por tanto, vuestra confianza, que tiene una gran recompensa: 36
porque necesitáis paciencia para conseguir los bienes prometidos cumpliendo la voluntad de Dios.
37 En efecto, todavía *un poco de tiempo, muy poco*,
y el que *va a venir llegará y no tardará*;
38 *pero mi justo vivirá de fe*;
y si se volviera atrás,
mi alma no se complacerá en
él.
39 Pero nosotros no somos de los que se vuelven atrás para su perdición,
sino de los que tienen fe para la salvación del
alma.

El ejemplo de los Patriarcas (11,1-22)

11

1 La fe es fundamento de las cosas que se esperan, prueba de las que no se ven. 2
Por ella los antepasados han recibido un testimonio. 3 Por la fe, sabemos que el
universo fue formado por la palabra de Dios, de modo que las cosas visibles llegaron a la existencia a partir de lo invisible.
4 Por la fe, Abel ofreció a Dios un sacrificio mejor que el de Caín; por ella fue
declarado justo al aceptar Dios sus ofrendas, y por la fe, aun después de muerto, todavía habla.
5 Por la fe, Henoc fue arrebatado para que no viera la muerte, *y*
no se le
encontró, porque Dios se lo había llevado: antes de su tránsito recibió el testimonio
de haber agradado a Dios. 6 Sin fe, en efecto, es imposible agradarle, porque el que

se acerca a Dios debe creer que existe y que premia a quienes le buscan.
7 Por la fe, Noé, prevenido por Dios acerca de lo que aún no se veía,
construyó con religioso temor un arca para la salvación de su familia, y
por esta fe condenó al mundo y llegó a ser heredero de la justicia según
la fe.
8 Por la fe, Abrahán obedeció al ser llamado para ir al lugar que iba
a recibir en herencia, y salió sin saber adónde marchaba. 9 Por la fe,
peregrinó por la tierra
prometida como en tierra extraña, y habitó en tiendas, igual que harían
lsaac y
Jacob, coherederos de las mismas promesas; 10 porque esperaba la ciudad
fundada
sobre cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios.
11 Por la fe, también Sara, que era estéril, recibió vigor para concebir,
aun

superada ya la edad oportuna, porque creyó que era digno de fe el que se
lo había prometido. 12 De modo que de uno solo, y ya decrépito, nacieron
hijos tan numerosos *como las estrellas del cielo e incontables como las
arenas de las playas del mar*.
13 En la fe, murieron todos ellos, sin haber conseguido las promesas,
sino
viéndolas y saludándolas desde lejos, y reconociendo que eran peregrinos y
forasteros en la tierra. 14 Los que hablaban así manifestaban que iban en
busca de una patria. 15 Pues si hubieran añorado la tierra de la que
habían salido, habrían tenido ocasión de volver a ella. 16 Pero aspiraban a
una patria mejor, es decir, a la
celestial. Por eso, Dios no se avergüenza de ser llamado Dios suyo, porque
les ha
preparado una ciudad.
17 Por la fe, Abrahán, puesto a prueba, ofreció a Isaac, y el que había
recibido las promesas se dispuso a ofrecer a su único hijo 18 de quien se le
había dicho: *En Isaac tendrás descendencia*. 19 Pensaba, en efecto, que
Dios es poderoso incluso
para resucitar de entre los muertos. Por eso lo recobró y fue como un
símbolo.
20 Por la fe, Isaac dio la bendición de los bienes futuros a Jacob y
Esaú. 21
Por la fe, Jacob, al morir, bendijo a cada uno de los hijos de José y *le adoró
apoyado sobre el extremo de su bastón*. 22 Por la fe, José, a punto de morir,
recordó
el éxodo de los hijos de Israel y dio disposiciones sobre sus restos mortales.

La fe de Moisés, de los Jueces y de los Profetas
(11,23-40)

23 Por la fe, Moisés, recién nacido, fue ocultado durante tres meses
por sus padres, porque vieron que el niño era hermoso, y no temieron el
edicto del rey. 24
Por la fe, Moisés, ya adulto, se negó a ser llamado hijo de la hija del Faraón,
25 y
prefirió verse maltratado con el pueblo de Dios que disfrutar el goce
pasajero del
pecado, 26 estimando que el oprobio de Cristo era riqueza mayor que los
tesoros de Egipto, porque tenía la mirada puesta en la recompensa. 27 Por
la fe, salió de Egipto sin temer la cólera del rey, y se mantuvo firme como
quien ve al invisible. 28 Por la
fe, celebró la Pascua y la aspersión de la sangre, para que el exterminador
no
tocara a sus primogénitos. 29 Por la fe, cruzaron el Mar Rojo como si fuera
tierra
seca, mientras que los egipcios que lo intentaron fueron tragados por las
aguas.
30 Por la fe, se derrumbaron los muros de Jericó después de dar
vueltas
alrededor de ellos durante siete días.
31 Por la fe, Rahab, la meretriz, no pereció con los incrédulos,

por haber
acogido en son de paz a los exploradores.
32 ¿Qué más diré? Me faltaría tiempo si tuviera que hablar de
Gedeón, Barac, Sansón, Jefté, David, Samuel y los Profetas, 33 que por la
fe sometieron reinos, ejercieron la justicia, alcanzaron las promesas,
cerraron bocas de leones, 34
apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, se curaron de sus
enfermedades, fueron valientes en la guerra y abatieron ejércitos
extranjeros. 35
Hubo mujeres que recuperaron resucitados a sus muertos. Algunos fueron
torturados, porque rehusaron la liberación para lograr una resurrección
mejor. 36
Otros soportaron escarnios y azotes, e incluso cadenas y cárcel. 37 Fueron
apedreados, aserrados, muertos a espada, anduvieron errantes cubiertos con pieles
de oveja y de cabra, necesitados, atribulados y maltratados 38 –¡el mundo no era
digno de ellos!–, perdidos por desiertos y montes, por cuevas y cavernas de
la tierra.

39 Y aunque todos recibieron alabanza por su fe, no obtuvieron sin
embargo la promesa. 40 Dios había previsto algo mejor para nosotros, de
forma que ellos no llegaran a la perfección sin nosotros.

VI. EL EJEMPLO DE CRISTO Y LAS OBLIGACIONES DE LOS CRISTIANOS (12,1-13,25)

El ejemplo de Cristo (12,1-3)

12

1 Por consiguiente, también nosotros, que estamos rodeados de una
nube tan grande de testigos, sacudámonos todo lastre y el pecado que
nos asedia, y continuemos corriendo con perseverancia la carrera
emprendida: 2 fijos los ojos en Jesús, iniciador y consumador de la fe,
que, despreciando la ignominia, soportó la cruz en lugar del gozo que se
le proponía, y está sentado a la diestra del trono de Dios. 3 Por eso,
pensad atentamente en aquel que soportó tanta contradicción por parte
de los pecadores, para que no desfallezcáis ni decaiga vuestro ánimo.

Perseverancia en las tribulaciones (12,4-13)

4 No habéis resistido todavía hasta la sangre al combatir contra el
pecado 5 y habéis olvidado la exhortación dirigida a vosotros como a
hijos:

Hijo mío, no desprecies la corrección del
Señor, ni te desanimes cuando Él te
reprenda;
6 *porque el Señor corrige al que ama*
y azota a todo aquel que reconoce como
hijo.

7 Lo que sufrís sirve para vuestra corrección. Dios os trata como a
hijos, ¿y qué hijo hay a quien su padre no corrija? 8 Si se os privase de la
corrección, que todos han recibido, seríais bastardos y no hijos. 9 A
nuestros padres según la carne
los teníamos como educadores y los respetábamos. ¿Y no estaremos
sujetos con
mayor razón al Padre de los espíritus para alcanzar la vida? 10 Ellos nos
educaban
para un tiempo breve y nos castigaban según su parecer, pero Él lo hace
con vistas
a nuestro bien, para que participemos de su santidad. 11 Toda corrección,
al
momento, no parece agradable sino penosa, pero luego produce fruto
apacible de
justicia en los que en ella se ejercitan. 12 Por lo tanto, *levantad las*
manos caídas y las rodillas debilitadas, 13 y *dad pasos derechos con*

vuestros *pies*, para que los
miembros cojos no se tuerzan, sino más bien se curen.

Búsqueda de la paz, la pureza y la piedad en el culto
(12,14-29)

14 Buscad la paz con todos y la santificación, sin la cual nadie
puede ver a Dios. 15 Vigilad para que a nadie le falte la gracia de Dios, no
sea que brote alguna raíz amarga y os perturbe y llegue a contagiar a
muchos; 16 para que no surja ningún fornicario o impío como Esaú, que
vendió su primogenitura por una comida.
17 Sabéis bien que más tarde, cuando quiso heredar la bendición, a pesar
de pedirla

con lágrimas, fue rechazado y no logró cambiar la decisión.
18 Vosotros no os habéis acercado a un fuego tangible y ardiente, a
oscuridad, a tinieblas, a tempestad, 19 a son de trompetas, y a ese clamor
de palabras que cuantos lo oyeron suplicaron que no se les hablara más.
20 Porque no
podían soportar la orden de que *si alguien tocara el monte, aunque fuera un animal,*
se le apedrease. 21 El espectáculo era tan sobrecogedor, que Moisés llegó a
exclamar: *Estoy aterrorizado y temblando*.
22 En cambio, vosotros os habéis acercado al Monte Sión, a la ciudad del
Dios vivo, la Jerusalén celestial, y a miríadas de ángeles, a la asamblea
gozosa 23 y
a la Iglesia de los primogénitos inscritos en los cielos, al Dios Juez de todos, a los
espíritus de los justos que han alcanzado la perfección, 24 a Jesús mediador de la
nueva alianza y a la sangre derramada, que habla mejor que la de Abel.
25 Mirad, no rechacéis al que os habla, porque si aquellos que rechazaron al
que pronunciaba oráculos en la tierra no escaparon al castigo, mucho menos
escaparemos nosotros si nos apartamos de quien nos habla desde el cielo.
26 Su
voz sacudió entonces la tierra, pero ahora ha hecho esta promesa:

Una vez más haré temblar no sólo la
tierra sino también el cielo.

27 Las palabras *una vez* más indican el cambio de las cosas
inestables, pues son criaturas, para que permanezcan las estables. 28 Por eso, nosotros, que
estamos recibiendo un reino inconmovible, mantengamos la gracia, y a través de
ella ofrezcamos a Dios un culto que le sea grato, con reverencia y temor,
29 porque
nuestro Dios es *fuego devorador*.

Deberes sociales: la caridad, la hospitalidad y la virtud en el matrimonio (13,1-6)

13

1 Mantened el amor fraterno. 2 No olvidéis la hospitalidad, gracias a la
cual algunos, sin saberlo, hospedaron a ángeles. 3 Acordaos de los
encarcelados, como si estuvierais en prisión con ellos, y de los que sufren,
pues también vosotros vivís en un cuerpo. 4 Que todos honren el
matrimonio y guarden inmaculado el lecho conyugal, porque Dios juzgará
a fornicarios y adúlteros. 5 Que vuestra conducta
esté libre de avaricia; contentaos con lo que tengáis, porque Él ha dicho:

No te dejaré ni abandonaré,
6 de modo que podamos decir
confiadamente:
El Señor es mi auxilio y no temeré;
¿qué podrá hacerme el hombre?

Deberes religiosos: la obediencia a los pastores legítimos y la celebración del culto (13,7-19)

7 Acordaos de vuestros pastores, que os proclamaron la palabra de
Dios, e imitad su fe, considerando el buen final de su conducta. 8
Jesucristo es el mismo ayer y hoy, y por los siglos. 9 No os dejéis llevar
por doctrinas diversas y extrañas, porque lo bueno es fortalecer el
corazón con la gracia y no con alimentos que no

aprovecharon a quienes obraron conforme a ellos. [10] Nosotros tenemos
un altar del que no tienen derecho a comer los que ofician el culto del
Tabernáculo. [11] Porque los cuerpos de los animales, cuya sangre
introduce el sumo sacerdote en el santuario para expiar el pecado, son
quemados fuera del campamento. [12] Por eso,
también Jesús, para santificar al pueblo con su sangre, padeció fuera de la
puerta.
[13] Salgamos, por tanto, hacia él, fuera del campamento, cargados con su
oprobio; [14]
porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que vamos en busca de
la
venidera. [15] Ofrezcamos continuamente a Dios por medio de él un
sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de los labios que confiesan su
nombre. [16] No os olvidéis
de hacer el bien y de compartir lo vuestro, porque Dios se complace en esa
clase de
sacrificios.
[17] Obedeced a vuestros pastores y someteos a ellos –porque
velan por
vuestras almas como quienes han de rendir cuentas– para que hagan
estas cosas con alegría y sin quejarse, pues esto no os convendría.
[18] Rezad por nosotros, porque estamos convencidos de actuar
con buena conciencia, pero queremos proceder en todo con rectitud. [19]
Os ruego
encarecidamente que lo hagáis, para que yo os sea devuelto cuanto antes.

Despedida (13,20-25)

[20] El Dios de la paz, que por la sangre de una alianza eterna resucitó
de entre los muertos a nuestro Señor Jesús, el gran Pastor de las ovejas, [21]
os disponga con todo bien para que cumpláis su voluntad y obre en
nosotros lo que es agradable en su presencia, por medio de Jesucristo, a
quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.
[22] Os ruego, hermanos, que aceptéis esta palabra de exhortación;
con este propósito os escribo brevemente. [23] Sabed que nuestro
hermano Timoteo ha sido puesto en libertad y, si llega pronto, iré con él
a veros. [24] Saludad a todos vuestros pastores y a todos los santos. Os
saludan los de Italia. [25] La gracia esté con todos
vosotros.

1,1-4 La carta desarrollará desde diferentes aspectos el tema enunciado en el prólogo: la excelsa condición de Cristo Hijo natural y eterno de Dios, Mediador universal, Sacerdote eterno. Él es la plenitud de la revelación salvífica. «Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, es la Palabra única, perfecta e insuperable del Padre. En Él lo dice todo, no habrá otra palabra más que ésta» (CCE 65). Y San Juan de la Cruz comenta: «En lo cual da a entender el Apóstol que Dios ha quedado como mudo y no tiene más que hablar, porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado en él todo» (Sub. Mont. Carm. 2,22,4). La epístola es una exhortación a que el cristiano fundamente toda su vida en esta fe.
§ **1,5-10,18** Aunque la enseñanza doctrinal y moral se entremezcla a lo largo del escrito, los
primeros diez capítulos tienen sobre todo carácter doctrinal. El autor sagrado

trata de la superioridad de Cristo sobre los personajes más importantes del Antiguo Testamento –los ángeles (1,5-2,18), Moisés (3,1-4,13), los sacerdotes del orden levítico (4,14-7,28)– y sobre el culto de la Antigua Ley (8,1-10,18).

1,5-2,18 La superioridad de Cristo sobre los ángeles inicia el argumento. Teniendo en cuenta que la veneración a los ángeles estaba muy extendida en el mundo judío, existía el peligro de considerar a Cristo, por su naturaleza humana, inferior a estas criaturas.

1,5-14 Combinando citas del Antiguo Testamento, la carta enseña que Jesucristo es el Mesías Rey y el Hijo de Dios por naturaleza, no por adopción (v. 5); a Él los ángeles le deben adorar, por ser éstos de naturaleza inferior (vv. 6-7), ya que a Él le corresponden las

prerrogativas del Rey Mesías, el Ungido (vv. 8-9), y ya que por Él fue creado el mundo (vv.
10-12). Los ángeles, en cambio, tienen la función de servir y adorar a Dios. «Decimos que
[los ángeles] suben para llevar las oraciones de los hombres, a los lugares más puros del mundo, que son los celestes. (...) Y de allí bajan, a su vez, para traer a cada uno, según lo
que merece, alguno de los beneficios que Dios les manda llevar. A estos, pues, según su
oficio, hemos aprendido a llamarlos ángeles o mensajeros» (Orígenes, Contra Cels. 5,4). (v.6 Sal 97,7 Neovulgata latina, Dt 32,43 griega LXX)

2,1-4 Se intercala una exhortación fundada en la doctrina expuesta. Si Jesucristo es
superior a los ángeles se debe mayor obediencia a su doctrina que a la «palabra anunciada por medio de ángeles» (v. 2), la Ley que se entregó a Moisés en el Sinaí, y que según una tradición judía, fue dada por mediación de los ángeles (cfr Ga 3,19).

2,5-18 Los cristianos deben ser fieles a Cristo, porque Él, además de ser la causa y el
comienzo de la salvación, ha sido constituido Señor del Universo. A Él todo le ha sido sometido en cuanto hombre. En este sentido se aplican a Cristo las palabras del Sal 8, ya que Él es la perfección de la humanidad, el hombre perfecto, que con su obediencia y humildad, su pasión y muerte, mereció ser coronado de gloria y honor (cfr Flp 2,6-11; 1 P
2,21-25). Así, por sus padecimientos, Cristo es el Señor, y todo, hasta la misma muerte (cfr
1 Co 15,22-28), le ha sido sometido. Sus enemigos han sido puestos como escabel de sus pies (cfr Sal 8,7; 110,1; Mt 22,44), para que Él reconduzca todo al Padre, y Dios sea todo en
todas las cosas.

Para llevar a cabo la salvación de los hombres, Jesucristo debía poseer, como ellos, una naturaleza humana. Dios Padre «ha perfeccionado» (cfr v. 10) a su Hijo en cuanto que al hacerse hombre y, por tanto, poder sufrir y morir, posee la capacidad absoluta para ser el
representante del género humano. Por ser Dios y Hombre es mediador único entre Dios y los hombres; ejerce esa mediación como sumo sacerdote (cfr v. 17), y salva, por amor, el abismo infranqueable entre la estirpe pecadora de Adán y Dios. El sacerdocio de Cristo
consiste en ofrecer una expiación, un sacrificio de reparación y de pacificación por los pecados de los hombres. De este modo satisface al Padre en lugar nuestro.

3,1-4,13 Los judíos consideraban a Moisés el verdadero fundador, libertador y legislador del
pueblo elegido. En estos dos capítulos se enseña la excelencia incomparable sobre él de
Jesucristo, el «nuevo Moisés» (cfr notas a Mt 2,13-18; 4,1-11; 5,17-48; etc.).

3,1-6 Los títulos de «Apóstol» y «Sumo Sacerdote» (v. 1) explican la misión del Hijo en el
mundo: Jesús es el mensajero o enviado de Dios a los hombres y representante de los hombres ante Dios.

Partiendo de la fidelidad a su misión que demostró Moisés y, de modo eminente,
Jesucristo, el autor sagrado fundamenta la superioridad de Éste mediante la imagen de la casa, considerada unas veces como edificio, otras como familia: el arquitecto es superior al edificio y el hijo al administrador.

3,7-19 Porque Dios descansó al final de la creación (cfr Gn 2,2), el descanso fue establecido en el Antiguo Testamento como una imitación de la manera del actuar divino
(cfr Ex 20,10-11). Asimismo, el Éxodo era considerado como una nueva creación, al final
del cual hubo también un descanso, es decir, la entrada en la tierra prometida. El autor de la carta da una orientación cristiana a este episodio: el Éxodo es la

redención obrada por
Cristo que como nuevo Moisés nos introduce en el descanso eterno.

La actualidad de la palabra del Espíritu Santo es permanente, sigue viva «hoy» (v. 13). Por eso, se toma pie del Salmo 95 –donde se hace alusión a una rebeldía de los israelitas en el desierto, cuando se quejaron ante Dios por la falta de agua (cfr Ex 17,1-7)– y se
exhorta a imitar a los que entonces fueron fieles y creyeron a la promesa de entrar en el
«descanso» de Dios. El castigo del Señor por las faltas de fe en Él y en Moisés, por las murmuraciones y desobediencias del pueblo escogido, es un estimulo vivo y actual para la perseverancia del cristiano. «Pórtate bien “ahora”, sin acordarte de “ayer”, que ya pasó, y
sin preocuparte de “mañana”, que no sabes si llegará para ti» (S Josemaría Escrivá, Camino 253).

4,1-11 Se reitera la exhortación a la fidelidad y se desarrolla el tema del «descanso», que el
pueblo de Israel no había podido conseguir ni siquiera al entrar en la tierra prometida. Por eso sigue abierta la promesa tal como canta el Salmo 95, escrito después de entrar en la tierra; sigue abierto el «hoy». La comparación entre Moisés y Jesús se extiende ahora a

israelitas y cristianos. Moisés se había dirigido al pueblo elegido para que fuera fiel y alcanzara así el lugar de descanso (cfr Dt 12,9-10). Estableció el precepto del descanso sabático (cfr Dt 5,12-15; Ex 20,8-11; 35,1-3; Nm 15,32-36) como recuerdo del descanso de Dios en la creación, como señal de la Alianza y figura del descanso eterno. Cristo promete en el Evangelio un descanso nuevo y definitivo: la vida en la casa del Padre (cfr Jn 14,1-3). Los cristianos han recibido una nueva invitación de parte de Dios para entrar en el descanso divino (v. 2). Comienza así otro «hoy», otro momento en el cual se puede escoger la felicidad y ganar la verdadera Tierra Prometida.

4,12-13 Entrar en el descanso exige aceptar la Palabra de Dios. En estos versículos la «Palabra» se refiere posiblemente a la totalidad de la revelación, que se manifiesta de modo pleno y perfecto en Cristo mismo. «Es tan grande el poder y la fuerza de la palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual» (C. Vat. II, Dei Verb. 21).

4,14-7,28 Se inicia propiamente el tema central de la carta, el sacerdocio de Cristo, y se enseña su superioridad sobre el sacerdocio levítico.

4,14-16 El cristiano debe poner su confianza en el nuevo Sumo Sacerdote, Cristo. Él ha entrado en los Cielos y es misericordioso, ya que se compadece de nuestras debilidades.

«Los enemigos de nuestra santificación nada podrán, porque esa misericordia de Dios nos previene; y si –por nuestra culpa y nuestra debilidad– caemos, el Señor nos socorre y nos levanta» (S Josemaría Escrivá, Hom. 1. 7).

La impecabilidad de Cristo, afirmada en la Sagrada Escritura (cfr Jn 8,46; Rm 8,3; 2 Co 5,21; 1 P 1,19; 2,21-24), es lógica consecuencia de su condición divina y de su integridad y santidad humana. Al mismo tiempo la debilidad de Cristo, voluntariamente padecida por amor a los hombres, es una invitación de Dios a que le pidamos las fuerzas para resistir al pecado.

5,1-10 Cristo es Sumo Sacerdote, el Sumo Sacerdote que puede realmente liberarnos del pecado. Más aún, Cristo es el único Sacerdote perfecto, siendo los demás sacerdotes –los de las religiones naturales, los de la religión hebraica–, tan sólo prefiguraciones de Cristo. Jesucristo es verdadero sacerdote, porque fue escogido por Dios (v. 5), como lo fue Aarón, pero no según el «orden» del sacerdocio levítico, al que perteneció Aarón, sino según un orden superior a éste, el orden de Melquisedec (cfr 5,11-14).

Las palabras del v. 1 constituyen una definición, breve y exacta, de lo que es todo sacerdote. «El oficio propio del sacerdote es el de ser mediador entre Dios y el pueblo, en cuanto que, por un lado, entrega al pueblo las cosas divinas, de donde le viene el nombre de “sacerdote”, esto es, “el que da las cosas sagradas”; (...) y, por otro, ofrece a Dios las oraciones del pueblo, e igualmente satisface a Dios por los pecados de ese mismo pueblo» (S. Tomás de Aquino, S. Th. 3,22,1).

5,11-6,3 La «doctrina de la justicia» (v. 13) se refiere al misterio de la justificación (cfr Rm 6,16; 9,30). Los vv. 1-3 ofrecen un sumario de verdades que debían ser explicadas y aceptadas antes del Bautismo. Se trata de verdades elementales, a partir de las cuales debe ir prosperando el conocimiento de Jesucristo.

6,4-12 El cristiano corre el riesgo de apartarse de la doctrina fundamental, si no es consecuente con ella. Por eso la enseñanza de la carta recuerda la del Señor sobre el pecado contra el Espíritu Santo (cfr Mt 12,31-32 y par.) y lo que afirma

la segunda carta de Pedro sobre la apostasía (cfr 2 P 2,20-22).

El v. 6 hace referencia a cómo los apóstatas, y todo pecador, son causa de la pasión y muerte de Cristo y que, mientras permanecen obstinados, vuelven a crucificarlo y a escarnecerlo porque desprecian los frutos de la pasión del Señor. «La Iglesia, en el magisterio de su fe y en el testimonio de sus santos no ha olvidado jamás que "los pecadores mismos fueron los autores y como los instrumentos de todas las penas que soportó el divino Redentor" (Catech. Rom. 1,5,11). "Y los demonios no son los que le han crucificado; eres tú quien con ellos lo has crucificado y lo sigues crucificando todavía, deleitándote en los vicios y en los pecados» (S. Francisco de Asís, Admon. 5,3)» (CCE 598).

La parábola de la tierra buena y de la tierra estéril refuerza la exhortación (vv. 7-8) y da paso a unas palabras de aliento y ánimo (vv. 9-12).

6,13-20 «Gracias a dos cosas inmutables» (v. 18) se refiere a la veracidad de Dios como

autor del juramento y como fiador de él. La promesa y el juramento divino, como un ancla, dan seguridad en cualquier circunstancia. «El hombre debe estar ligado a la esperanza, como el áncora está unida al barco. Pero hay una diferencia entre el áncora y la esperanza, y es que el áncora se agarra hacia abajo mientras que la esperanza lo hace hacia arriba, es decir, en Dios» (S. Tomás de Aquino, Sup. epist. ad Heb. in loc.).

En el Antiguo Testamento, el Sumo Sacerdote entraba una vez al año –en el Día de la Expiación– en el «Santo de los Santos» del Templo (cfr v. 19). Cristo, con el sacrificio de la cruz, penetró en el Santuario verdadero del Cielo y abrió su acceso a todos. La esperanza cristiana no puede faltar porque se apoya en la perennidad del Sacrificio y del Sacerdocio de Cristo.

7,1-3 Para mostrar la superioridad del sacerdocio de Cristo sobre el sacerdocio levítico el autor recurre a dos pasajes del Antiguo Testamento que hacen referencia a Melquisedec: Gn 14,17-20, donde aparece por primera vez, y Sal 110, donde se le cita como revestido de un sacerdocio eterno, distinto del levítico (cfr v. 3). (~lv = Shalem).

7,4-19 Según la ley del diezmo y la bendición, Melquisedec es superior a Abrahán y, por tanto, a Leví, su descendiente (vv. 4-10). En consecuencia, como el sacerdocio de Cristo es según el orden de Melquisedec, es superior al levítico. Además, el sacerdocio según el orden de Leví no podía conseguir que la Ley mosaica, a la que servía, cumpliera el designio de Dios y la salvación de los hombres (vv. 11-14). La Ley tuvo como tarea la de anunciar una ley mejor –la de Cristo–, llena de esperanza, que abre las puertas a la vida eterna (vv. 15-19). «En lugar de los preceptos antiguos hemos recibido ahora la esperanza de los bienes futuros, que nos hace ser la familia de Dios» (Teodoreto, Interp. ad Hb. in loc.).

7,20-28 El juramento divino añade un motivo más a la superioridad del sacerdocio de Cristo: su perpetuidad y su carácter único. Antes que Él hubo muchos sacerdotes, pero todos morían (v. 23) y tenían imperfecciones (v. 28). El sacerdocio único de Cristo se prolonga en el sacerdocio ministerial cristiano. «El sacrificio redentor de Cristo es único, realizado una vez por todas. Y por esto se hace presente en el sacrificio eucarístico de la Iglesia. Lo mismo acontece con el único sacerdocio de Cristo: se hace presente por el sacerdocio ministerial sin que con ello se quebrante la unicidad del sacerdocio de Cristo» (CCE 1545).

8,1-10,18 Se prueba ahora la superioridad del sacerdocio de Cristo desde el punto de vista del sacrificio, que es la función esencial y específica del sacerdote. En Cristo encuentra su perfección y su acabamiento toda la Antigua Alianza que rendía culto a Dios por medio de sacrificios y ofrendas; a partir de Cristo empieza la Nueva Alianza, que tiene un nuevo Sacrificio y un nuevo Templo.

8,1-13 Cristo desarrolla su ministerio en el Cielo, en un nuevo Santuario y en un nuevo Tabernáculo, que son «verdaderos» (v. 2) en oposición al Santuario y al Tabernáculo de Moisés (cfr Ex 25,40), que no eran más que una imagen. En el Cielo, Cristo, Sacerdote eterno, presenta continuamente al Padre los frutos de su sacrificio en la cruz. «En la liturgia terrena pregustamos y participamos en la liturgia celeste que se celebra en la santa ciudad, Jerusalén, hacia la que nos dirigimos como peregrinos, donde Cristo está sentado a la derecha del Padre, como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero» (C. Vat. II, Sacr. conc. 8; cfr CCE 667).

Las palabras de Jr 31,31-34 se han cumplido con la Nueva Alianza establecida por Jesús: es en esta Nueva Alianza donde Dios perdona de verdad las culpas y ya no se acuerda de los pecados.

9,1-10 Para hablar de la excelencia del sacrificio de Cristo, se describe el santuario de la Antigua Alianza, el Tabernáculo, la tienda donde habitaba el Señor, mientras el pueblo de Israel peregrinaba por el desierto tras la salida de Egipto y en los

primeros tiempos de estancia en la tierra prometida. Y se alude también al sacrificio del gran Día de la Expiación o Yom kippur (cfr Lv 16,1-34; 23,26-32; Nm 29,7-11), día en que todo Israel se reconciliaba con su Dios mediante la purificación y el perdón de los pecados cometidos durante el año y que no habían sido expiados.

Una vez que no existe el velo que impide su paso, el hombre puede lograr la unión con Dios, la santidad, que se simboliza por la entrada en el «Santo de los Santos». Cristo con su muerte rasgó el velo (cfr Mt 27,51). Él es el Camino (cfr Jn 14,6), la Puerta (cfr Jn 10,7) que permite la entrada en el Santuario Celestial.
9,11-28 Los términos «alianza» y «testamento» de los vv. 15-17 traducen la misma palabra

griega diatheké. Esta palabra, que literalmente significa «disposición», era la que utilizaron las traducciones al griego del Antiguo Testamento para designar la Alianza en el Sinaí. El autor de la carta utiliza estos dos sentidos –pacto y disposición final (testamento)– para enseñar que la muerte de Cristo en la cruz era un verdadero sacrificio de Alianza, como lo fue el del Sinaí (vv. 18-22; cfr Ex 24,3-8). Enseña también que la muerte de Cristo es la última disposición de Dios: otorgar a los hombres la herencia del cielo (vv. 23-28).
«¿Deseas descubrir aún por otro medio el valor de esta sangre? Mira de dónde brotó y cuál sea su fuente. Empezó a brotar de la misma cruz y su fuente fue el costado del Señor. (...) El soldado le traspasó el costado, abrió una brecha en el muro del templo santo, y yo encuentro el tesoro escondido y me alegro con la riqueza hallada» (S. Juan Crisóstomo, Catech. ad illum. 3,16).

Los vv. 27-28 contemplan también tres verdades fundamentales de la fe cristiana acerca de los novísimos: 1) el decreto inmutable de la muerte; 2) la existencia de un juicio que
sigue inmediatamente a ella, y 3) la segunda venida gloriosa de Cristo. «La muerte es el fin de la peregrinación terrena del hombre, del tiempo de gracia y de misericordia que Dios le ofrece para realizar su vida terrena según el designio divino y para decidir su último destino» (CCE 1013).

La expresión «sin relación ya con el pecado» (v. 28) quiere decir que ya no tendrá que reparar el pecado ni sufrir por él como víctima.

10,1-18 Compara de nuevo los sacrificios del Antiguo Testamento con el sacrificio de Cristo
(cfr 7,27; 9,9-10.12-14), considerándolos ahora bajo el aspecto de su eficacia. Con unos textos del Antiguo Testamento se muestra cómo el sacrificio del Mesías es superior a los sacrificios de la Antigua Ley. Éstos tenían que reiterarse y no podían borrar los pecados (v.
11). En cambio, el sacrificio de Cristo es único y perfecto (vv. 12-14).

La Santa Misa es la renovación de este único sacrificio de Cristo, pero no reiteración al modo de los antiguos sacrificios: «El sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son,
pues, un único sacrificio: “Es una y la misma víctima, que se ofrece ahora por el ministerio
de los sacerdotes, que se ofreció a sí misma entonces sobre la cruz; sólo difiere la manera de ofrecer” (C. de Trento: DS 1743): “Y puesto que en este divino sacrificio que se realiza
en la Misa, se contiene e inmola incruentamente el mismo Cristo que en el altar de la cruz
‘se ofreció a sí mismo una vez de modo cruento’; ... este sacrificio [es] verdaderamente propiciatorio” (ibid.)» (CCE 1367). (v. 5 el texto hebreo lee «me has formado oídos abiertos,
me has abierto oídos» indicando la prontitud en oír, la docilidad y obediencia a Dios pronta que Dios le ha preparado. Sin embargo, la mayoría de los códices (LXX) lee sîma. Traducen
«èt…a» (oídos) las versiones de Aquila, Símmaco, Teodoción. Es fácil la confusión de una letra con la otra tratándose de letras unciales (qelhsaS WTIA SWMA). Pero aquí no cabe
duda que el texto griego de Heb lee y escribe «sîma», es el cuerpo de Cristo el que ha preparado Dios).

§ 1 0,19-13,25 Desde aquí hasta la conclusión la carta tiene un carácter más moral;
predomina la exhortación a una fe viva y perseverante (10,19-11,40), que permite acercarse a Cristo tanto en las pruebas y tribulaciones como en una conducta presidida por la caridad (12,1-13,19).

1 0,19-11,40 En primer lugar se reúnen motivos y ejemplos incomparables que deben
animar al creyente a perseverar en su fe a pesar de las dificultades.

10,19-39 Los cristianos debemos confiar en la eficacia del sacrificio de Cristo y unirnos a su
sacerdocio por la fe, la esperanza y la caridad (vv. 19-24). Por eso debemos mantener la fe que hemos recibido y profesado en el Bautismo y la pureza que en él se nos ha dado (vv.

25-31). La carta advierte sobre el peligro y gravedad de la apostasía, que equivale a un
ultraje hecho contra el Espíritu Santo (cfr nota a 6,4-12 y Mt 12,22-37).

Frente a las persecuciones (vv. 32-34) el autor sagrado renueva su exhortación a la perseverancia (vv. 35-39). Insta a los destinatarios a que vuelvan con el pensamiento y la
meditación a los comienzos de su vocación cristiana. Deben actuar como los que compiten
y luchan en público sin temor a ser motivo de espectáculo (cfr 1 Co 4,9).

La exhortación a perseverar se apoya en dos citas de la Sagrada Escritura. La primera, de Is 26,20, recuerda que Dios juzgará a los impíos dentro de poco tiempo. La segunda, de Ha 2,4, citada otras veces por San Pablo (cfr Rm 1,17; Ga 3,11), anuncia la venida de la liberación del pueblo de Israel. El antiguo vaticinio se ha cumplido en Cristo que es «el que

va a venir» (v. 37), es decir, el que ha de venir por segunda vez. Así pues, el cristiano debe perseverar con entereza en esta espera gozosa.
[v. 37 Otra razón para aguantar es que la prueba durará poco, muy poco. Porque todavía
«un poco, cuán poco [tiempo]; el que ha de venir vendrá y no tardará». Las primeras palabras, «un poco, cuán poco» (mikrÕn Óson Óson), recuerdan la expresión hebrea que leemos en Is 26,20 (Vg y Neo Vg «modicum ad momentum»; y en 10,25: Vg y Neo Vg
«paululum modicumque»), para que el pueblo se esconda por un instante hasta que pase la indignación y venga el Señor. La parusía del Señor está cercana (v.25), no sólo la primera
venida en la destrucción de Jerusalén, pero también la segunda y última. No tarda el Señor
(cf. 2 Pe 2,8-10). El que ha de venir vendrá y no tardará. Estas palabras recuerdan las de
Habacuc 2,3, que escribió por mandato del Señor sobre una visión del profeta; pero era todavía «visión a largo plazo, mas corre al cumplimiento y no fallará» (v.2). «Si tarda [la
visión] –dice Yahvé–, espérala, porque ciertamente ha de acontecer, no faltará» (v.3). Así
reza el texto hebreo. Pero nuestro autor ha seguido la traducción de los LXX «porque el que ha de venir vendrá y no tardará»). «El que ha de venir» (Õ ™rcÒmenoj) es Cristo, que,
como es sabido, así se le llama en el evangelio (Jn 1,15-27; Mt 11,3; 23,39; Lc 7,I9; 19,38;
cf. Sal 117,26). Mas, sí en el evangelio se esperaba su primera venida como Mesías, aquí el autor propone su última venida como juez.
v. 38 El profeta Habacuc prosigue de esta manera su pensamiento (2,4): «Mira, sucumbe
aquel cuya alma no es recta, mientras que el justo vivirá por su fidelidad» [Traducción de VAN HOONACKER, Les douze petits prophètes (París 1908). CANTERA traduce: «He aquí que el insolente no tiene el alma rectamente dispuesta, pues el justo vive por su fe».]. Sin embargo, los LXX han traducido de esta manera: «Sí se oculta, no se complace mi alma en él; pero el justo vivirá de mi fe». Y ésta es la lectura que ha seguido nuestro autor, modificando el orden de los dos estilos y aplicando el posesivo «mío» al «justo», no a la fe. Dice, pues, así nuestro autor: Pero mi justo vivirá de la fe; mas, si se oculta, no se complace mi alma en él. Esta inversión de las partes del mismo versículo parece responde a una finalidad oratoria: la de poner en relieve la virtud de la fidelidad, La frase «el justo vivirá de la fe» es conocida y citada en Rom 1, 17; Gal 3, 12. Con ella San Pablo quiere subrayar, en contraposición a la Ley y a las obras de la Ley, la eficacia de la fe como principio de la justificación según la nueva criatura. Ya se sabe que San Pablo entiende como cosa necesaria para llegar a la plena justificación y vida de gracia «una fe que obra por la
caridad» (Gal 5,6). Lo cual queda aquí todavía más de manifiesto, porque esta vida de fe que vivirá el justo, es una vida de fe con obras: las obras de la constancia y perseverancia
en medio de las persecuciones y tribulaciones, como se desprende de todo este capítulo
(Cf. vv. 24.32-36). Son también las obras de la fortaleza cristiana, porque si se oculta
(Øposte…lhtai, que quiere decir: colocar debajo, atrás; y, en sentido derivado, ceder, desistir, disimular, ocultarse), si el cristiano cede cobardemente y disimula su condición
cristiana durante la persecución –dice el Señor–, no se complace mi alma en él, que es una
manera de decir que serán castigados (cf. I Cor 10,5).]
11,1-22 Estos versículos contienen un encendido elogio de la fe de los antepasados. En
primer lugar (v. 1) define la esencia de esta virtud: por medio de la fe el creyente adquiere una certeza firme respecto a las promesas divinas y una posesión anticipada de los bienes celestiales. Esta fe, necesaria para la

salvación, incluye en primer lugar la confesión de la existencia de Dios y la creación a partir de la nada (v. 3).

«Por la fe, aun después de muerto, todavía habla» (v. 4). Al decir esto se evoca el pasaje del Génesis en el cual Dios declara a Caín que «la voz de la sangre de tu hermano clama hacia mí desde la tierra» (Gn 4,10). Abel es testigo, «mártir», de Dios, porque confiesa con
su fe, su sacrificio y su generosidad, las grandezas divinas.

A partir de Gn 5,21-24, en la tradición judía se pensaba que Henoc (v. 5) no había muerto, y que, como Elías, estaba en presencia de Dios preparando la venida del Mesías.

Entre todos los ejemplos de fe destaca el de Abrahán (vv. 8-19). «Obedecer (“ob-audire”)
en la fe, es someterse libremente a la palabra escuchada, porque su verdad está garantizada por Dios, la Verdad misma. De esta obediencia, Abrahán es el modelo que nos propone la Sagrada Escritura. La Virgen María es la realización más perfecta de la misma» (CCE 144).

11,23-40 Después de los Patriarcas, Moisés era la figura más venerada por el pueblo

hebreo, que veía en él a su fundador y a su legislador (cfr 3,1-5). El punto central de la enseñanza de este pasaje (vv. 23-29) es la doble elección a la que obliga la fe: por una parte, abandonar el goce del pecado y abrazar el sufrimiento del pueblo de Dios (vv. 24-25); por otra, despreciar los «tesoros de Egipto» y optar por el «oprobio de Cristo» (v. 26). Esta última expresión indica que los sufrimientos pasados en Egipto por el pueblo elegido prefiguran los dolores del Mesías.

A continuación (vv. 30-40), evocando proezas y sufrimientos de los que salieron victoriosos gracias a su fe, el autor sagrado menciona los testimonios de fe dados por los héroes, jueces, reyes, profetas y mártires desde el tiempo de la conquista de la tierra prometida. Tan sólo cita, sin seguir un estricto orden cronológico, a los jueces más importantes (Gedeón, Barac, Sansón y Jefté), al más glorioso de los reyes (David) y al más célebre de los profetas antiguos (Samuel). Finalmente recuerda, sin referir nombres, hechos relevantes de fe y fidelidad.

12,1-13,25 Recordados los ejemplos de fe y fidelidad de los justos del Antiguo Testamento,
se extrae ahora la consecuencia moral: los cristianos no pueden ser inferiores a ellos.

12,1-3 El modelo es Cristo. Él es ejemplo perfecto de obediencia, de fidelidad a su misión,
de unión con el Padre, de paciencia en el sufrimiento. Cristo es presentado como un atleta fuerte y generoso que corre su carrera (cfr 1 Co 9,24; Flp 2,16; 1 Tm 6,12; 2 Tm 2,5), que sabe iniciar y sabe terminar su esfuerzo, que no desfallece y consigue el triunfo. Los cristianos debemos vivir de la misma manera. Es como oír de nuevo las palabras de Flp
2,5-9: «Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús... ». Su ejemplo alienta a superar el desprecio y recuerda que el cristiano no se puede extrañar si, en lugar del triunfo y del gozo, encuentra humillaciones y hostilidad (cfr Mt 10,24-25; Jn
15,20).

12,4-13 Siguiendo el ejemplo de Jesús, los cristianos debemos luchar contra el pecado y
ser perseverantes en las tribulaciones y persecuciones, porque si vienen es señal de que el Señor las permite para nuestro bien. «Dios es mi Padre, aunque me envíe sufrimiento. Me ama con ternura, aun hiriéndome. (...) Y yo, que quiero también cumplir la Santísima Voluntad de Dios, siguiendo los pasos del Maestro, ¿podré quejarme, si encuentro por compañero de camino al sufrimiento? Constituirá una señal cierta de mi filiación, porque me trata como a su Divino Hijo» (S. Josemaría Escrivá, V. Cruc. 1,1).

12,14-29 Se exhorta a llevar una vida digna de ser ella misma culto a Dios (cfr v. 28). Para
ello, presenta una comparación entre dos escenas (vv. 18-24): una es la estampa sobrecogedora del establecimiento de la Alianza en el Sinaí (cfr Ex 19,12-16; 20,18); la otra es la visión maravillosa de la Ciudad celestial en el monte Sión, morada de los ángeles y bienaventurados.

El punto central de su argumento se basa en el momento más significativo del pacto (v.
24): el derramamiento de la sangre del Señor, que sella la Alianza y realiza la purificación universal (cfr Ex 24,8; Hb 9,12-14,20; 1 P 1,2). Esta sangre «habla mejor que la de Abel» (v.
24; cfr 11,4), porque «éste exigía venganza mientras que la sangre de Cristo exige el perdón» (S. Tomás de Aquino, Sup. epist. ad Heb. in loc.). A continuación, con palabras del profeta Ageo (v. 26), el autor manifiesta que así como la tierra tembló en el Sinaí cuando
Dios selló la Alianza con Moisés, así también con la Nueva Alianza han temblado la tierra y el cielo (cfr Mt 27,51-52). Si la Antigua Alianza exigía obediencia y temor (vv. 20-21), la grandeza de la Nueva exige además una mayor unión con el Señor (v. 25) y una vida en la gracia que sea verdadero culto a Dios (v. 28). [œkfobÒj e„mi kaˆ œntromoj: «estoy con
miedo y temblando», en Dt 9,19 se habla del terror ante la cólera y enojo con que Yahweh se había airado con su pueblo. San Esteban sí menciona a Moisés

estremecido ante la aparición de Yahweh en el monte (Hch 7,32) de ahí arranca la tradición recibida de ese temor y temblor de Moisés]

13,1-6 Permanecer fiel a Cristo significa ser fiel a su Persona y a su doctrina, a lo que Cristo enseñó.

El v. 2 alude a episodios de la vida de Abrahán y Sara (cfr Gn 17), Lot (cfr Gn 19), Manóaj (cfr Jc 13,3-22) o Tobías (cfr Tb 12,1-20), que pensando que acogían a simples viajeros hospedaron a ángeles.

El autor sagrado recurre a unas palabras de Moisés (cfr Dt 31,6), ratificadas por el Salmo 118,6, para recordar que es Dios mismo quien ha dicho al hombre que no le dejará ni le

abandonará. «Pon en Dios tu confianza y sea Él el objeto de tu veneración y de tu amor. Él responderá por ti y todo lo hará bien, como mejor convenga. (Tomás de Kempis, Imit. Crist.
2,1,2-3).

13,7-19 Estos versículos son una exhortación a los destinatarios para que perseveren en la
doctrina inmutable que han recibido (vv. 7-9), y para que las obras de su caridad (v. 16) sean una confesión tanto de la fe que profesan (v. 15) como del sentido sobrenatural de su vida (v. 14). Finalmente, el autor pide oraciones por sí mismo (vv. 17-19).

El v. 8 es una maravillosa profesión de fe que expresa el fundamento de toda vida cristiana. La doctrina de Cristo es inmutable como Él y terminará por transformar el mundo. Las circunstancias de la vida humana, el trabajo, la vida familiar y social, los afectos, los dolores, todo adquiere en Cristo un nuevo y definitivo sentido. «La Iglesia cree que Cristo,
muerto y resucitado por todos, da al hombre luz y fuerzas, por su Espíritu, para que pueda responder a su máxima vocación; y que no ha sido dado a los hombres bajo el cielo ningún otro nombre en el que haya que salvarse. Igualmente, cree que la clave, el centro y el fin de
toda la historia humana se encuentra en su Señor y Maestro. Afirma además la Iglesia que, en todos los cambios, subsisten muchas cosas que no cambian y que tienen su fundamento último en Cristo, que es El mismo ayer, hoy y por los siglos» (C. Vat. II, Gaud. et sp. 10).

Los vv. 11-13 se entienden en el contexto del ceremonial del gran Día de la Expiación (cfr
9,1-10 y nota). Jesucristo, crucificado fuera de los muros de Jerusalén, ha cumplido en Sí mismo la prefiguración de las víctimas sacrificadas, que eran quemadas fuera del campamento. Como el sacrificio del novillo y del macho cabrío, inmolados por los pecados
del pueblo, permitía al Sumo Sacerdote entrar en el santuario, así la sangre de Cristo ha abierto el camino hacia el santuario del Cielo. Pero salir de Jerusalén quiere decir también abandonar y declarar superado el culto judaico.

13,20-25 La epístola termina de modo semejante a las cartas paulinas: una doxología y las
palabras de despedida. Jesucristo es denominado el «gran Pastor» (v. 20; cfr 1 P 2,25). Vuelve así a insinuarse el paralelismo entre el Éxodo y la Antigua Alianza con la entrada en el Cielo.

«Los de Italia» (v. 24). Como pensaron muchos Padres y antiguos comentaristas, es probable que la carta fuera escrita en Roma. [en v. 23 parece indicar que está en libertad,
dificultades inciertas le han impedido ir.]

LAS CARTAS DE SAN PABLO

[Ir a Índice]

Tras los libros de carácter histórico-narrativo –*Evangelios y Hechos de los Apóstoles*– el canon del Nuevo Testamento presenta los escritos sagrados que exponen la saludable fuerza de la obra divina de Cristo y aplican su doctrina a las circunstancias de los cristianos en la sociedad en que viven. En otras ocasiones también desarrollan teológicamente el núcleo original de la revelación de Jesús (cfr C. Vat. II, *Dei Verb. 20*). Entre estos escritos destacan las cartas –14 en total– cuyo remitente lleva el nombre de San Pablo o, como en el caso de la *Carta a los Hebreos*, muestran el influjo y la autoridad de este Apóstol.

Conocemos bien la figura de San Pablo por sus cartas y por el libro de los *Hechos de los Apóstoles*. Natural de Tarso recibió una amplia formación en el judaísmo y en el helenismo. De temperamento apasionado, entregó por completo su vida al servicio de sus convicciones, primero fariseas, después cristianas. Tras su conversión hacia mitad de la década de los 30, pasó un tiempo en Damasco y un periodo de retiro en Arabia. Seguidamente, acudió a visitar a los Apóstoles en Jerusalén. Hacia el año 43-44 marchó a Tarso y más tarde a Antioquía de Siria anunciando el Evangelio y dando testimonio de su fe cristiana. Desde esta ciudad, durante los años 45 a 58, llevó a cabo tres grandes viajes apostólicos por Chipre, Asia Menor y Grecia, estando también presente en el Concilio de Jerusalén hacia el año 49/50. En el año 58 fue arrestado en Jerusalén y conducido a Cesarea Marítima desde donde fue conducido prisionero hacia Roma. Llegó a la ciudad eterna en la primavera del 61 y tras unos dos años de cautividad parece que realizó otros viajes a Asia Menor, Creta, Macedonia y muy probablemente también a Hispania. En el año 64 ó 67 muere mártir en Roma.

San Pablo fue elegido por Dios para anunciar la salvación de Cristo a los gentiles. Lo que escribe en sus cartas no es un sistema de ideas o un cuerpo teológico ordenadamente construido, sino la vivencia del misterio de Cristo, que él quiere difundir por todo el mundo y que expone a las comunidades o personas a las que escribe. Para esa finalidad se vale de todos los recursos literarios y argumentativos a su alcance. San Pablo sólo tiene un propósito: anunciar el Evangelio de Jesucristo que es «fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree...» (Rm 1,16). Ésta será la doctrina que irá exponiendo en cada una de sus cartas desde distintos puntos de vista, atendiendo siempre a la situación y mentalidad de los destinatarios. El núcleo fundamental es en todas ellas el mismo: Jesucristo es el salvador del hombre y del mundo, de todo hombre –judío o gentil– y de la entera creación, incluso a nivel cósmico.

Su doctrina nos ha quedado plasmada en sus cartas, que por su tono personal, con los saludos, despedidas, recomendaciones, etc., pueden considerarse cartas familiares. Al mismo tiempo contienen exposiciones doctrinales más o menos desarrolladas que a veces se asemejan más a un tratado que a una carta. En cualquier caso, de una forma u otra quieren fortalecer la fe de sus destinatarios.

La Iglesia ha recibido esas cartas como divinamente inspiradas, fuente de la Revelación cristiana, de valor permanente, a la vez que las tiene como preciosos testimonios sobre la vida y el pensamiento del Apóstol, de sus colaboradores y de las primeras comunidades cristianas.

El epistolario paulino se suele agrupar del siguiente modo: las cartas más antiguas (*1 y 2 Tesalonicenses*); las que presentan una unidad de

estilo y doctrina, que reflejan la situación del Apóstol en los años 57-58, llamadas «grandes cartas» (*Romanos, Gálatas, 1 y 2 Corintios*); las que fueron escritas estando San Pablo en cautividad (*Efesios, Filipenses, Colosenses y Filemón*); y, finalmente, las enviadas a dirigentes o «pastores» de iglesias concretas, llamadas por ello «cartas pastorales»

(1 y 2 Timoteo y Tito). Sin embargo, el orden tradicional de edición en nuestras Biblias sitúa en primer lugar las dirigidas a las diversas comunidades y después las enviadas a personas particulares. Dentro de este orden se distribuyen conforme a su extensión y a la frecuencia de su uso en la literatura cristiana, con excepción de la *Carta* a *los Hebreos* que suele colocarse al final.

LAS CARTAS CATÓLICAS

[Ir a Índice]

El canon de libros del Nuevo Testamento incluye, junto al corpus paulino –las trece cartas de San Pablo y la *Carta a los Hebreos*–, el grupo de siete cartas que la Tradición suele denominar *Cartas Católicas*: la de Santiago, las dos de San Pedro, las tres de San Juan y la de San Judas. Parece que la razón de reagruparlas en un bloque no es porque contengan elementos comunes de doctrina o de estilo, sino simplemente para distinguirlas del corpus paulino. Ya a finales del siglo IV d.C. formaban un grupo (cfr Eusebio de Cesarea, *Hist. Eccl*. 3,25,2-3). En el conjunto del Nuevo Testamento no siempre ocuparon el mismo lugar: los grandes códices antiguos Vaticano y Sinaítico las colocan después del libro de los *Hechos de los Apóstoles*; a partir de San Jerónimo todas las Biblias las insertan a continuación de los escritos de San Pablo, inmediatamente antes del Apocalipsis. Tampoco dentro del grupo han mantenido siempre el mismo orden: con frecuencia aparecen en primer lugar las dos de San Pedro, aunque, a partir de San Jerónimo, es más frecuente en los manuscritos la disposición que desde hace tiempo es usual en las Biblias impresas.

El nombre de «católicas» fue aplicado por Orígenes a la primera carta de Pedro, la primera de Juan y la de Judas. Posteriormente Eusebio y San Jerónimo extendieron el título a las siete cartas. Parece que se les dio esta denominación porque estaban dirigidas a toda la Iglesia, y no a unas comunidades o personas determinadas, como las epístolas de San Pablo. Por extensión, se aplicó el título también a la segunda y tercera de Juan, aunque los destinatarios eran concretos.

Cada carta tiene un contenido y una finalidad diversa y apenas pueden encontrarse elementos comunes. San Agustín dice que se proponen refutar los errores que comenzaban a surgir (cfr *De fide et operibus*, 14,21). Ciertamente, todas ellas son muestra de la enseñanza y la catequesis que se impartía en las primeras comunidades cristianas. Normalmente insisten, con tono pastoral, en instrucciones doctrinales y en enseñanzas morales orientadas a una vida profundamente cristiana.

LA CARTA DE SANTIAGO

[Ir a Índice]

La Carta de Santiago suele encabezar el grupo de las llamadas «católicas». A lo largo de los siglos ha sido poco comentada, probablemente porque contiene más enseñanzas morales que doctrinales. A partir del siglo XVI ha atraído más la atención de los exegetas y teólogos debido a la cuestión de la fe y las obras (cfr 2,14-26). Este reducido número de comentarios antiguos y la complejidad del lenguaje –griego, muy culto, con claro trasfondo semita– explican que los estudiosos actuales sigan planteándose las cuestiones de autor, fecha de redacción, etc. Por otra parte, en los últimos decenios esta carta viene suscitando un gran interés, porque refleja fielmente la espontaneidad y viveza en la transmisión del mensaje cristiano en las primeras comunidades, y porque es un claro exponente de la unidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Comienza con una presentación escueta del autor: «Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo» (1,1). La Tradición ha reconocido en este nombre a Santiago, el «hermano» del Señor y obispo de Jerusalén. Algunos autores lo identifican también con uno de los Doce, Santiago, hijo

de Alfeo. Este Santiago era pariente de Jesucristo, hijo de una de las mujeres con nombre María, que acompañaban a la Virgen junto a la cruz. Después de la marcha de San Pedro a Roma, quedó como cabeza de la comunidad de Jerusalén y como tal recibió la visita de San Pablo después de su conversión. Fue martirizado hacia el año 62 d.C. por instigación del

Sumo Sacerdote Anano II (cfr Flavio Josefo, *Ant*. 20,9.1; Eusebio de Cesarea, *Hist. Eccl.* 2,23,19-23).

La carta va dirigida «a las doce tribus de la dispersión» (1,1), es decir, a los cristianos de la diáspora, a los que vivían fuera de Palestina entre los gentiles. De las circunstancias que motivaron este escrito, apenas se conoce más de lo que la carta nos aporta, a saber, que en aquellas comunidades cristianas estaban aflorando algunos defectos que amenazaban su buena marcha. Se discute la fecha de su composición, pero es probable que fuera escrita en la década de los años 60, aunque hay quienes proponen una fecha más tardía.

La enseñanza que da unidad a toda la carta es la coherencia entre la fe y la vida del creyente: el comportamiento cristiano ha de reflejar en cada momento la fe que se profesa. Pero no tiene la estructura propia de un tratado sistemático. Como los escritos sapienciales judíos, tiene más bien un orden que podríamos llamar psicológico y pedagógico. Según éste, una palabra sugiere otro tema diverso, utilizando términos con la misma asonancia, repitiendo una y otra vez –como en círculos concéntricos– la misma idea, utilizando máximas breves, etc. De esta forma, el oyente o el lector retienen con más facilidad las enseñanzas. Abundan especialmente las exhortaciones y advertencias: el comportamiento ante las contrariedades y las tentaciones; el logro de la equidad en el juicio sobre las personas, evitando murmuraciones, difamaciones, etc.; el desprendimiento de las riquezas y la preocupación por los pobres y necesitados; la práctica de la oración; la corrección de los descarriados. Muchas de estas exhortaciones evocan las palabras de Jesús contenidas en los evangelios, de manera especial las del Discurso de la Montaña del *Evangelio de San Mateo* (1,12: cfr Mt 5,11-12; 2,5: cfr Mt 5,3; 2,13: cfr Mt 5,7; 5,12: cfr Mt 5,37; etc.).

Destaca la doctrina sobre la fe y las obras que complementa la expuesta por San Pablo, sobre todo en Romanos y Gálatas, desde una perspectiva diferente: Pablo afirma que la fe actúa por la caridad (Gal 5,6); pero, en polémica con los judaizantes, reprueba que las obras de la Antigua Ley sean necesarias: lo que importa es la fe. Por eso llega a decir: «El hombre es justificado por la fe, con independencia de las obras de la Ley» (Rm 3,28). Santiago quiere insistir sobre todo en que la fe ha de reflejarse en el comportamiento y por eso afirma: «El hombre queda justificado por las obras y no por la fe solamente» (2,24).

Por otra parte, en esta carta (5,14-15) se contiene la enseñanza sobre el sacramento de la Unción de los enfermos instituido por el Señor.

Citas del Antiguo Testamento

2,8. Lv 19,18
2,11. Ex 20,14.13
2,23. Gn 15,6; Is 41,8
4,6. Pr 3,34
5,7. Dt 11,14; Jr 5,24
5,11. Sal 103,8; 111,4

CARTA DE SANTIAGO

(§ 1,1-5,20)

Saludo

(1,1)

1

1 Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo, a las doce tribus de la dispersión:
saludos
.

I. INSTRUCCIONES PREVIAS
(1,2-2,13)

Valor del sufrimiento
(1,2-12)

2 Hermanos míos: considerad una gran alegría el estar cercados por
toda clase de pruebas, 3 sabiendo que vuestra fe probada produce la
paciencia. 4 Pero la paciencia tiene que ejercitarse hasta el final, para que
seáis perfectos e íntegros, sin defecto alguno.
5 Si alguno de vosotros carece de sabiduría, que la pida a Dios –que
da a todos abundantemente y sin echarlo en cara–, y se la concederá. 6 Pero que la pida
con fe, sin vacilar; pues quien vacila es como el oleaje del mar, movido por el viento
y llevado de un lado a otro. 7 Que no piense que va a recibir nada del
Señor un hombre así, 8 un hombre vacilante, inconstante en todos sus
caminos.
9 Que el hermano de condición humilde se gloríe en su exaltación,
10 y el rico en su humillación, porque pasará como la flor del heno. 11 Porque el sol sale con
ardor y seca el heno, y su flor cae, y se pierde la hermosura de su aspecto. Así
también el rico se marchitará en sus afanes. 12 Bienaventurado el hombre que
soporta con paciencia la adversidad, porque, una vez probado, recibirá
como corona la vida que Dios prometió a los que le aman.

Origen de las tentaciones
(1,13-18)

13 Nadie, cuando sea tentado, diga: «Es Dios quien me tienta»;
porque Dios ni es tentado al mal ni tienta a nadie, 14 sino que cada uno es
tentado por su propia concupiscencia, que le atrae y le seduce. 15 Después, la concupiscencia, cuando ha concebido, da a luz el pecado, y
éste, una vez consumado, engendra la muerte.
16 No os engañéis, hermanos míos queridísimos. 17 Toda dádiva generosa y
todo don perfecto vienen de lo alto y descienden del Padre de las luces, en quien no
hay cambio ni sombra de mudanza. 18 Por libre decisión nos engendró con la
palabra de la verdad, para que fuésemos como primicias de sus criaturas.

La palabra oída debe reflejarse en el

comportamiento (1,19-27)

19 Bien lo sabéis, hermanos míos queridísimos. Que cada uno sea
diligente para escuchar, lento para hablar y lento para la ira; 20 porque la
ira del hombre no hace lo que es justo ante Dios. 21 Por eso, apartad toda
inmundicia y todo resto de maldad, y recibid con mansedumbre la palabra
sembrada en vosotros, capaz de salvar vuestras almas. 22 Pero tenéis que
ponerla en práctica y no sólo escucharla engañándoos a vosotros mismos.
23 Porque quien se contenta con oír la palabra, sin ponerla en práctica, es
como un hombre que contempla la figura de su rostro en
un espejo: 24 se mira, se va e inmediatamente se olvida de cómo era. 25
En cambio,
quien considera atentamente la ley perfecta de la libertad y persevera
en ella –no como quien la oye y luego se olvida, sino como quien la
pone por obra– ése será bienaventurado al llevarla a la práctica.

26 Si alguno se considera hombre religioso y no refrena su lengua,
sino que engaña a su corazón, su religiosidad es vana. 27 La religiosidad
pura e intachable ante Dios Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las
viudas en su tribulación y guardarse incontaminado de este mundo.

Incoherencia de la acepción de personas (2,1-13)

2

1 Hermanos míos, no intentéis conciliar la fe en nuestro Señor Jesucristo,
glorioso, con la acepción de personas. 2 Supongamos que entra en vuestra
asamblea un hombre con anillo de oro y vestido espléndido, y entra
también un pobre mal vestido.
3 Y os fijáis en el que lleva el vestido espléndido y le decís: «Tú, siéntate
aquí, en
buen sitio»; y, en cambio, al pobre le decís: «Tú, quédate ahí», o «siéntate
en el
suelo, a mis pies». 4 ¿No estáis haciendo entonces distinciones entre
vosotros y
juzgando con criterios perversos?
5 Escuchad, hermanos míos queridísimos: ¿acaso no escogió
Dios a los
pobres según el mundo, para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino
que
prometió a los que le aman? 6 Vosotros, en cambio, habéis deshonrado al
pobre. ¿Y no son los ricos quienes os oprimen y os arrastran a los
tribunales? 7 ¿No son ellos los que blasfeman el hermoso nombre que ha
sido invocado sobre vosotros? 8 Si
cumplís le ley regia, según dice la Escritura: *Amarás a tu prójimo como a ti
mismo*,
obráis bien; 9 pero si hacéis acepción de personas, cometéis un pecado, y
la Ley os condena como transgresores. 10 Porque quien observa toda la
Ley, pero falta en un solo mandamiento, se hace reo de todos. 11 Porque
Aquel que dijo: *No cometerás*
adulterio, dijo también: *No matarás*. Y si no cometes adulterio, pero matas,
te has
hecho transgresor de la Ley. 12 Por tanto, hablad y obrad como quienes
van a ser juzgados por la ley de la libertad. 13 Porque quien no practica la
misericordia tendrá
un juicio sin misericordia. La misericordia, en cambio, prevalece frente al
juicio.

II. LA FE Y LAS OBRAS
(2,14-
26)

La fe sin obras está muerta
(2,14-19)

14 ¿De qué sirve, hermanos míos, que uno diga tener fe, si no tiene
obras?

¿Acaso la fe podrá salvarle? 15 Si un hermano o una hermana están
desnudos y carecen del sustento cotidiano, 16 y alguno de vosotros les
dice: «Id en paz, calentaos y saciaos», pero no le dais lo necesario para el
cuerpo, ¿de qué sirve? 17
Así también la fe, si no va acompañada de obras, está realmente muerta.
18 Pero alguno podrá decir: «Tú tienes fe, y yo tengo obras.
Muéstrame tu fe sin obras, y yo por mis obras te mostraré la fe. 19 ¿Tú
crees que hay un solo Dios?
Haces bien; pero también los demonios lo creen, y se estremecen».

Testimonio de personajes bíblicos
(2,20-26)

20 ¿Quieres saber, hombre necio, cómo la fe sin obras es estéril? 21
Abrahán,

nuestro padre, ¿acaso no fue justificado por las obras, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? 22 ¿Ves cómo la fe cooperaba con sus obras, y cómo la fe alcanzó su perfección por las obras? 23 Y así se cumplió la Escritura que dice: *Creyó Abrahán a Dios y le fue contado como justicia, y fue llamado amigo de Dios*.

24 Ya veis que el hombre queda justificado por las obras y no por la fe solamente. 25 Del mismo modo Rahab, la meretriz, ¿no fue también justificada por las obras, cuando hospedó a los mensajeros y les hizo salir por otro camino? 26
Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está
muerta
.

III. APLICACIONES CONCRETAS
(3,1-5,6)

Dominio de la lengua (3,1-12)

3

1 Hermanos míos, no pretendáis muchos ser maestros, sabiendo que tendremos un juicio más severo; 2 porque todos caemos con frecuencia. Si alguno no peca de palabra, ése es un hombre perfecto, capaz también de refrenar todo su cuerpo. 3 Si ponemos frenos en la boca a los caballos para que nos obedezcan, dirigimos todo
su cuerpo. 4 Mirad también las naves: aunque sean tan grandes y las empujen vientos fuertes, un pequeño timón las dirige adonde quiere la voluntad del piloto. 5
Del mismo modo, la lengua es un miembro pequeño, pero va presumiendo de
grandes cosas. ¡Mirad qué poco fuego basta para quemar un gran bosque! 6 Así
también la lengua es un fuego, un mundo de iniquidad; es ella, de entre nuestros miembros, la que contamina todo el cuerpo y, encendida por el infierno, inflama el curso de nuestra vida desde el nacimiento.

7 Todo género de fieras, aves, reptiles y animales marinos puede domarse y de hecho ha sido domado por el nombre; 8 sin embargo, ningún hombre es capaz de domar su lengua. Es un mal siempre inquieto y está llena de veneno mortífero. 9
Con ella bendecimos a quien es Señor y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, hechos a semejanza de Dios. 10 De la misma boca salen la bendición y la maldición. Esto, hermanos míos, no debe ser así. 11 ¿Acaso mana de una fuente agua dulce y amarga por el mismo caño? 12 ¿O puede, hermanos míos, la higuera
producir aceitunas o la vid higos? Tampoco una fuente salada puede dar agua
dulce.

La verdadera sabiduría y la falsa

(3,13-18)

13 ¿Hay alguno entre vosotros sabio y docto? Pues que muestre por
su buena conducta que hace sus obras con la mansedumbre propia de la
sabiduría. 14 Pero si tenéis en vuestro corazón celo amargo y rencillas, no
os jactéis ni falseéis la verdad.
15 Una sabiduría así no desciende de lo alto, sino que es terrena,
meramente natural, diabólica. 16 Porque donde hay celos y rencillas, allí
hay desorden y toda clase de malas obras. 17 En cambio, la sabiduría que
viene de lo alto es, en primer
lugar, pura, y además pacífica, indulgente, dócil, llena de misericordia y de
buenos

frutos, imparcial, sin hipocresía. 18 Los que promueven la paz siembran
con la paz el fruto de la justicia.

Origen de las discordias (4,1-12)

4

1 ¿De dónde proceden las guerras y las peleas entre vosotros? ¿Acaso
no provienen de vuestras pasiones, que luchan en vuestros miembros? 2
Codiciáis, y
no tenéis; matáis y tenéis envidia, y no podéis conseguir nada; lucháis y os
hacéis la
guerra. No tenéis porque no pedís. 3 Pedís y no obtenéis, porque pedís
mal, para derrochar en vuestros placeres. 4 ¡Almas adúlteras! ¿No sabéis
que la amistad con
el mundo es enemistad con Dios? Por tanto, el que desee ser amigo de este
mundo,
se hace enemigo de Dios. 5 ¿O pensáis que la Escritura dice en vano:
«Celosamente nos ama el Espíritu que habita en nosotros»? 6 Pero mayor
es la
gracia que da; por eso dice:

Dios resiste a los soberbios,
y a los humildes da la
gracia.

7 Por eso, estad sujetos a Dios. Resistid al diablo, y él huirá de
vosotros. 8
Acercaos a Dios, y Él se acercará a vosotros. Limpiad vuestras manos,
pecadores, y
purificad vuestros corazones, hombres vacilantes. 9 Reconoced vuestra
miseria,
afligíos y llorad. Que vuestra risa se convierta en llanto, y vuestra alegría
en tristeza.
10 Humillaos en presencia del Señor, y El os ensalzará.

11 No habléis mal unos de otros, hermanos. El que habla mal de un
hermano
o lo juzga, habla mal de la Ley y la juzga. Y si juzgas la Ley, ya no eres
cumplidor de
la Ley, sino juez. 12 Uno solo es legislador y juez, el que puede salvar y
perder. Pero
tú, ¿quién eres para juzgar al prójimo?

La confianza en la Providencia divina
(4,13-17)

13 Atended ahora los que decís: «Hoy o mañana iremos a tal ciudad,
pasaremos allí un año, negociaremos y obtendremos buenas ganancias»,
14 cuando en realidad no sabéis qué será de vuestra vida el día de
mañana, porque sois un vaho que aparece un instante y enseguida se
evapora. 15 En lugar de esto deberíais decir: «Si el Señor quiere, viviremos
y haremos esto o aquello». 16 Vosotros, en cambio, os gloriáis de vuestras

arrogancias. Toda jactancia de este tipo es mala. 17
Por tanto, el que sabe hacer el bien y no lo hace, comete pecado.

Amonestación a los ricos (5,1-6)

5

1 Atended ahora los ricos: llorad a gritos por las desgracias que os van a
sobrevenir.
2 Vuestra riqueza está podrida, y vuestros vestidos consumidos por la
polilla; 3
vuestro oro y vuestra plata están enmohecidos, y su moho servirá de
testimonio contra vosotros y devorará vuestras carnes como si fuera
fuego. Habéis atesorado

para los últimos días. [4] Mirad: el salario que habéis defraudado a los obreros que segaron vuestros campos, está clamando; y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos. [5] Habéis vivido lujosamente en la tierra, entregados a los placeres, y habéis cebado vuestros corazones para el día de la matanza. [6] Habéis condenado y habéis dado muerte al justo, sin que él os ofreciera resistencia.

IV. RECOMENDACIONES FINALES (5,7-20)

Exhortación a la constancia (5,7-11)

[7] Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad: el labrador espera el fruto precioso de la tierra, aguardándolo con paciencia hasta recibir *las lluvias tempranas y las tardías*. [8] Tened también vosotros paciencia, fortaleced vuestros corazones, porque la venida del Señor está cerca. [9] No os quejéis, hermanos, unos de otros, para que no seáis juzgados; mirad que el Juez está ya a la puerta. [10] Tomad, hermanos, como modelos de una vida sufrida y paciente a los profetas, que hablaron en nombre del Señor. [11] Mirad cómo proclamamos bienaventurados a quienes sufrieron con paciencia. Habéis oído de la paciencia de Job y habéis visto el desenlace que el Señor le dio, porque *el Señor es entrañablemente compasivo y misericordioso*.

Doctrina sobre el juramento (5,12)

[12] Ante todo, hermanos míos, no juréis: ni por el cielo ni por la tierra, ni con cualquier otro juramento. Que vuestro sí sea sí y que vuestro no sea no, para que no incurráis en sentencia condenatoria.

Valor de la oración. Sacramento de la Unción de enfermos (5,13-18)

[13] ¿Está triste alguno de vosotros? Que rece. ¿Está contento? Que cante salmos. [14] ¿Está enfermo alguno de vosotros? Que llame a los presbíteros de la Iglesia, y que oren sobre él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. [15] Y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor le hará levantarse, y si hubiera cometido pecados, le serán perdonados. [16] Así pues, confesaos unos a otros los pecados, y rezad unos por otros, para que seáis curados. La oración fervorosa del justo puede mucho. [17] Elías era un hombre de igual condición que nosotros; y rezó fervorosamente para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra durante tres años y seis meses. [18] Después rezó de nuevo, y el cielo dio lluvia y la tierra germinó su fruto.

Preocupación por los pecadores (5,19-20)

[19] Hermanos míos, si alguno de vosotros se desvía de la verdad y

otro le convierte, [20] sepa que quien convierte a un pecador de su extravío salvará su alma de la muerte y cubrirá sus muchos pecados.

1,1-5,20 Más que una carta dirigida a destinatarios conocidos, este escrito sagrado parece un tratado u homilía de carácter sapiencial. Las recomendaciones se suceden sin seguir un orden. Comienza con instrucciones sobre la paciencia en las pruebas y el respeto a la dignidad de los pobres (1,2-2,13). Después muestra la necesidad de las obras que han de acompañar a la fe (2,14-26); y pasa de nuevo a dar recomendaciones concretas (3,1-5,20), entre las que sobresalen las amonestaciones a los ricos (5,1-6) y el valor de la oración y unción sobre los enfermos (5,13-18).

1,1 «De la dispersión», o diáspora. Originalmente indica a los judíos residentes fuera de Palestina. Muy probablemente aquí se refiere a judíos convertidos al cristianismo.

1,2-2,13 Se recogen instrucciones en las que aflora la necesidad de que no haya rupturas entre la fe y la conducta.

1,2-12 El problema del sufrimiento de los justos y –como contraste– la prosperidad de los impíos en esta vida es un tema tratado en el Antiguo Testamento, especialmente en los Salmos y en Job. Pero su iluminación plena y definitiva llega con Jesucristo. «Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos abruma» (C. Vat. II, Gaud. et sp. 22). La «sabiduría» de la que habla Santiago (v. 5) es, pues, la sabiduría de la cruz (cfr 1 Co 1,18 ss.).

El v. 12 parece un eco de las palabras del Señor en el Discurso de la Montaña: «Bienaventurados cuando os injurien...» (Mt 5,11-12).

1,13-18 De Dios únicamente puede provenir el bien. Nunca se puede atribuir a Dios la inclinación al pecado. Tampoco podría decirse que, al dar la libertad, Dios es causa del pecado. Éste surge cuando se cede a la seducción de la concupiscencia. Por eso con la petición del Padrenuestro «no nos dejes caer en la tentación» le pedimos a Dios que «no nos deje tomar el camino que conduce al pecado» (CCE 2846).

1,19-27 Mediante imágenes expresivas, el autor recuerda la necesidad de que la doctrina recibida tenga consecuencias prácticas en la conducta (cfr Mt 7,24; Lc 11,28). «La ley perfecta de la libertad» (v. 25) es la buena nueva traída por Jesucristo, que con su doctrina y su vida ha constituido a los hombres en hijos de Dios y los ha liberado de la servidumbre de la Antigua Ley y de la esclavitud del demonio, del pecado y de la muerte.

2,1-13 Buena parte de los primeros destinatarios de la carta debían de ser de condición humilde. La Ley de Moisés condenaba la discriminación de personas; Jesucristo corrigió las interpretaciones restringidas de esa Ley y formuló el «mandamiento nuevo» (cfr Jn 13,34).

Tanto en la Antigua Ley (vv. 10-11) como en la Nueva, «transgredir un mandamiento es quebrantar todos los otros. No se puede honrar a otro sin bendecir a Dios su Creador. No se podría adorar a Dios sin amar a todos los hombres, que son sus creaturas» (CCE 2069).

2,14-26 Se condensa aquí la idea central: la fe que no se traduce en obras está muerta. Se aduce el ejemplo de personajes bíblicos.

2,14-19 Una fe sin obras no puede salvar (cfr Mt 7,21). El ejemplo de los vv. 15-16 es similar al de 1 Jn: «Si alguno posee bienes de este mundo y, viendo que su hermano padece necesidad, le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor a Dios?» (3,17). La conclusión es semejante: «Hijos míos, no amemos de palabra ni con la boca, sino con obras y de verdad» (3,18). San Pablo, por su parte, subraya: «No consiste el Reino de Dios en hablar sino en hacer» (1 Co 4,20). Las obras dan la medida de la autenticidad de la vida del cristiano,

poniendo en evidencia si su fe y su caridad son verdaderas: «Así como del movimiento del cuerpo conocemos su vida, así también conocemos la vida de la fe por las buenas obras. Porque la vida del cuerpo es el alma, por la cual se mueve y siente, y la vida de la fe la caridad (...). Por lo que, resfriándose la caridad, muere la fe, así como muere el cuerpo apartándose de él el alma» (S. Bernardo, Serm. 2 Pasc. 1).

La doctrina cristiana llama también «fe muerta» (cfr v. 17) a la de quien está en pecado mortal. «El don de la fe permanece en el que no ha pecado contra ella (...). Privada de la esperanza y de la caridad, la fe no une plenamente el fiel a Cristo ni hace de él un miembro vivo de su Cuerpo» (CCE 1815).

2,20-26 Santiago recurre a Gn 15,6, pasaje también utilizado por Pablo para mostrar la fe de Abrahán, y al episodio de Rahab (Jos 2,1-21; 6,17-25). La justificación de la que aquí se habla se refiere a la perfección moral que supone la fe y que se alcanza, una vez conferida la gracia, con el ejercicio de las virtudes. En Pablo (Rm 4,1-25; Ga 3,6-9) indica la unión con Dios mediante la gracia, pero que también actúa por la caridad (cfr Ga 5,6).

3,1-5,6 Se entrelazan aplicaciones específicas que lleva consigo el comportamiento coherente con la fe.
3,1-12 Los pecados de la lengua son fáciles de cometer, pero pueden causar un tremendo
daño. Con ejemplos Santiago muestra cómo una causa pequeña es capaz de producir unos resultados desproporcionadamente grandes. Por eso hay que hablar siempre en presencia de Dios buscando el bien del prójimo: «Todo buen cristiano ha de ser más pronto a salvar la proposición del prójimo, que a condenarla; y si no la puede salvar, inquirirá cómo la entiende, y si mal la entiende, corríjale con amor; y si no basta, busque todos los medios convenientes para que, bien entendiéndola, se salve» (S. Ignacio de Loyola, Ej. esp. 22).
3,13-18 Frente a la falsa sabiduría del mundo, la verdadera sabiduría (cfr 1 Co 1,18-3,3)
produce frutos de mansedumbre, misericordia y paz (cfr Mt 5,5.7.9).
4,1-12 Se enumeran las causas principales de la desunión entre los fieles: codicia y envidia
(vv. 1-3); amor desordenado a las cosas del mundo, orgullo y soberbia (vv. 4-10); y, como resultado, la murmuración y la maledicencia (vv. 11-12).
La cita del v. 5 no aparece literalmente en la Biblia. Es posible que Santiago no se refiera a un pasaje concreto sino a la idea de Dios como amante celoso, repetida con frecuencia
(p. ej. Ex 20,5; 34,14; Za 1,14; 8,2, etc.). La del v. 6 corresponde a Pr 3,34. La idea de fondo es que «reconocer el propio pecado, es más (...) reconocerse pecador, capaz de pecado e
inclinado al pecado, es el principio indispensable para volver a Dios» Juan Pablo II, Reconc. et paen. 13).
4,13-17 La expresión del v. 15 «si el Señor quiere», utilizada también por San Pablo (cfr 1
Co 4,19), ha pasado al lenguaje popular cristiano. Es muestra de abandono y confianza en
Dios, y de sometimiento a la Providencia divina.
5,1-6 Santiago, con un tono que recuerda a los profetas, reprueba a los ricos su soberbia,
vanidad y avaricia, su entrega a los placeres, al tiempo que les advierte la proximidad del Juicio de Dios. La descripción de la vida de esos ricos trae a la memoria la parábola del rico Epulón (cfr Lc 16,19ss.). Ha sido una constante enseñanza de la Iglesia el deber de eliminar las injustas desigualdades entre los hombres, recriminadas con frecuencia en la Sagrada Escritura. Quienes poseen bienes materiales en abundancia han de utilizarlos en servicio de los demás hombres. A este respecto, la Iglesia enseña que «tienen la obligación moral de no mantener capitales improductivos y, en las inversiones, mirar ante todo el bien común (...). El derecho a la propiedad privada no es concebible sin unos deberes con miras al bien común. Está subordinado al principio superior del destino universal de los bienes» (Cong. Doc. Fe, Libert. consc. 87).
5,7-20 En esta sección se reúnen algunas recomendaciones finales sobre la paciencia, el
juramento, la oración y la unción de enfermos.
5,7-11 Santiago renueva la exhortación a la paciencia con la que había comenzado la carta.
Constituye una llamada a la serenidad en la esperanza: «Decimos que el hombre posee su alma mediante la paciencia (cfr Lc 21,29), en cuanto que arranca de raíz la turbación causada por las adversidades que quitan el sosiego del alma» (S. Tomás de Aquino, S. th.
2-2, 136,2,2).
5,12 Esta exhortación es un eco casi literal de las palabras del Señor: «Que vuestro modo
de hablar sea: “Sí, sí”; “no, no”. Lo que exceda de esto, viene del Maligno» (Mt 5,37). «La discreción del recurso a Dios al hablar va unida a la atención respetuosa a su presencia, reconocida o menospreciada en cada una de nuestras afirmaciones» (CCE 2153).

5,13-18 La oración es necesaria y eficaz contra la tristeza. «La tristeza es la escoria del egoísmo; si queremos vivir para el Señor, no nos faltará la alegría, aunque descubramos nuestros errores y nuestras miserias. La alegría se mete en la vida de oración, hasta que no nos queda más remedio que romper a cantar: porque amamos, y cantar es cosa de enamorados» (S. Josemaría Escrivá, Hom. 2, 92).

El Magisterio de la Iglesia señala que, en estas palabras de la Carta de Santiago (vv. 14-15), es promulgado el sacramento de la Unción de los enfermos (cfr nota a Mc 6,6-13).

«El sacramento de la Unción de los enfermos tiene por fin conferir una gracia especial al cristiano que experimenta las dificultades inherentes al estado de enfermedad grave o de vejez» (CCE 1527).

5,19-20 Es ésta una llamada al celo apostólico. «Precia (Dios) más un alma que por nuestra industria y oración le ganásemos mediante su misericordia, que todos los servicios que le

podemos hacer» (S. Teresa de Jesús, Fundac. 1,7).

LA PRIMERA CARTA DE SAN PEDRO

[Ir a Índice]

La *Primera Carta de San Pedro* muestra la misión y cohesión de la primitiva Iglesia en medio de una sociedad alejada de Dios. Enseña lo que ha de ser la presencia cristiana en el mundo y las consecuencias que lleva el Bautismo para los cristianos que viven en un ambiente hostil. El Bautismo y la Cruz son los dos puntos de referencia constante a lo largo de este escrito.

La carta fue desde muy antiguo reconocida unánimemente como del apóstol San Pedro. Es posible, sin embargo, que fuera redactada por Silvano (también llamado Silas en los *Hechos de los Apóstoles*) o algún otro discípulo, recogiendo la enseñanza de San Pedro. Por eso la fecha de composición se sitúa en torno al año 64 ó 67, años posibles del martirio de San Pedro, aunque tampoco puede descartarse una fecha algo posterior. Está dirigida a comunidades cristianas que vivían en diversas regiones de Asia Menor. Éstas se desenvolvían en un ambiente adverso, que podía suponer un peligro para la perseverancia de los fieles. Buena parte de aquellos cristianos eran conversos del paganismo. Probablemente, se trataba de la primera generación de cristianos en aquella región, que hacía poco tiempo habían abrazado la fe. De ahí también que se les recuerde constantemente su Bautismo (1,3.23; 2,2; 3,21). Como indica la despedida, fue escrita en «Babilonia» (5,13), es decir, Roma, capital del Imperio, que simbólicamente solía llamarse así (cfr Ap 14,8; 16,19; 17,5; 18,2.10.21).

El objetivo fundamental del Apóstol parece haber sido consolar y exhortar a los cristianos a mantenerse firmes en medio de dificultades y persecuciones. Las contrariedades que soportan, les viene a decir, no son inútiles: han de servirles para purificarse, sabiendo que es Dios quien juzga, no los hombres. Sobre todo han de saber que –a imitación de Jesucristo– conseguirán muchos bienes, e incluso atraerán hacia la fe a sus mismos perseguidores. En coherencia con la doctrina del Señor llama bienaventurados a los cristianos y les anima a soportar con gozo los sufrimientos. En la carta se desarrolla una idea profunda y consoladora: el cristiano está incorporado a Cristo y participa de su misterio pascual. Lo mismo que Jesucristo, para redimir a los hombres, ha sufrido la pasión y muerte y después ha resucitado a una vida imperecedera, también los cristianos alcanzarán su salvación y la de otros muchos, a través de las contradicciones. Jesucristo es el modelo, y es también el que da plenitud de sentido a las persecuciones que sufre el cristiano (4,12-19).

Aunque explícitamente sólo mencione el Bautismo en una ocasión, el autor alude en repetidas ocasiones a este sacramento. A través de esas alusiones es posible descubrir elementos de la liturgia bautismal y de la catequesis que se impartía a quienes se acercaban al Bautismo. Tres aspectos pueden destacarse en sus enseñanzas: el Bautismo lleva consigo un nuevo nacimiento; supone la liberación del pecado, prefigurada en la liberación de los israelitas en Egipto; efectúa la salvación, prefigurada también en Noé. Así, el Bautismo es el fundamento de las exhortaciones del autor sagrado a que los destinatarios se mantengan firmes en la fe (5,9). Les recuerda, además, otras enseñanzas sobre Jesucristo, sobre la Iglesia y sobre la vida cristiana. Podrían destacarse el sacerdocio común de los fieles (2,9), la universalidad de la Redención de Cristo (3,18-22) y el

testimonio de la fe ante los demás ciudadanos con una vida ejemplar

Citas del Antiguo Testamento

1,16. Lv 11,44:19,2; 20,7.26
1,24-25. Is 40,6-8
2,3. Sal 34,9

2,6. Is 28,16
2,7. Sal 118,22
2,8. Is 8,14
2,9. Ex 19,5-6; Is 43,20-21
2,10. Os 1,6.9; 2,25
2,22. Is 53,9
2,24. Is 53,11-12; 53,5-6
2,25. Is 53,6; Ez 34,5
3,10-12. Sal 34,13-17
3,14-15. Is 8,12-13
4,18. Pr 11,31
5,5. Pr 3,34

PRIMERA CARTA DE SAN PEDRO

(§ 1,1-5,14)

Saludo (1,1-2)

1

1 Pedro, apóstol de Jesucristo, a los que peregrinan en la diáspora del
Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, elegidos 2 según la presciencia
de Dios Padre, mediante la santificación del Espíritu, para obedecer a
Jesucristo y ser rociados con su sangre: gracia y paz en abundancia para
vosotros.

Alabanza y acción de gracias a Dios (1,3-12)

3 Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por su
gran misericordia nos ha engendrado de nuevo –mediante la resurrección
de Jesucristo de entre los muertos– a una esperanza viva, 4 a una herencia
incorruptible, inmaculada y que no se marchita, reservada en los cielos
para vosotros, 5 que, por el poder de Dios, estáis custodiados mediante la
fe hasta alcanzar la salvación preparada ya para ser manifestada en el
tiempo último. 6 Por eso os alegráis, aunque ahora, durante algún tiempo,
tengáis que estar afligidos por diversas pruebas, 7 para que la calidad
probada de vuestra fe –mucho más preciosa que el oro perecedero que,
sin embargo, se acrisola por el fuego– sea hallada digna de alabanza,
gloria y honor, cuando se manifieste Jesucristo: 8 a quien amáis sin
haberlo visto; y en quien, sin verlo todavía, creéis y os alegráis con un
gozo inefable y glorioso, 9 alcanzando así la meta de vuestra fe, la
salvación de las almas.
10 Sobre esta salvación investigaron e indagaron los profetas que
vaticinaron sobre la gracia que recibiríais, 11 buscando a qué momento y
a qué circunstancias
se refería el Espíritu de Cristo que moraba en ellos, y testificaba de
antemano los
padecimientos reservados a Cristo y su posterior glorificación. 12 Les fue
revelado
que eran servidores de estas realidades no para su provecho, sino para

el vuestro: las mismas que os han sido anunciadas ahora por quienes os predicaron el Evangelio por el Espíritu Santo enviado desde el cielo, las mismas que los ángeles contemplan con avidez.

I. EXHORTACIÓN A LA SANTIDAD (1,13-2,10)

Los cristianos llamados a ser santos (1,13-16)

13 Por lo cual, tened dispuesto el ánimo, vivid con sobriedad y poned
toda vuestra esperanza en aquella gracia que os llegará con la
manifestación de Jesucristo. 14 Como hijos obedientes, no conforméis
vuestra vida a las antiguas concupiscencias del tiempo de vuestra
ignorancia, 15 sino que así como es santo el que os llamó, sed también
vosotros santos en toda vuestra conducta, 16 conforme a lo que dice la
Escritura: *Sed santos, porque yo soy santo*.

Rescatados por la sangre de Cristo (1,17-21)

17 Y si llamáis Padre al que sin hacer acepción de personas juzga a
cada uno según sus obras, comportaos con temor durante el tiempo de
vuestra peregrinación;
18 sabiendo que habéis sido rescatados de vuestra conducta vana,
heredada de vuestros mayores, no con bienes corruptibles, plata u oro, 19
sino con la sangre preciosa de Cristo, como cordero sin defecto ni
mancha, 20 predestinado ya antes de la creación del mundo y
manifestado al final de los tiempos para vuestro bien; 21
para quienes por medio de él creéis en Dios, que le resucitó de entre los
muertos y
le glorificó, de modo que vuestra fe y vuestra esperanza se dirijan a Dios.

Vivir la caridad fraterna (1,22-25)

22 Ya que habéis purificado vuestras almas por la obediencia a la
verdad, para un amor fraterno no fingido, amaos de corazón
intensamente unos a otros, 23 como quienes han sido engendrados de
nuevo no de un germen corruptible, sino incorruptible, por medio de la
palabra de Dios, viva y permanente. 24 Porque

Toda carne es como heno,
y toda su gloria como flor de heno;
se seca el heno
y cae la flor,
25 *pero la palabra del Señor permanece para siempre*.

Ésta es la palabra que os ha sido anunciada como buena
nueva.

Como niños recién nacidos (2,1-3)

2

1 Así pues, habiéndoos despojado de toda malicia y de todo engaño, de
hipocresías, envidias y de toda suerte de maledicencias, 2 apeteced,

como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que con ella crezcáis hacia la salvación, [3] si es que *habéis gustado qué bueno es el Señor*.

Sacerdocio común de los fieles (2,4-10)

[4] Acercándoos a él, piedra viva, desechada por los hombres, pero escogida y

preciosa delante de Dios, [5] también vosotros –como piedras vivas– sois
edificados como edificio espiritual para un sacerdocio santo, con el fin de
ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios por medio de Jesucristo.
[6] Por lo que dice la Escritura:

Mira, pongo en Sión una piedra
angular, escogida, preciosa;
quien crea en ella, no será confundido.

[7] Por eso, para vosotros, los creyentes, el honor; pero para los
incrédulos:

La piedra que rechazaron los
constructores, ésta ha llegado a
ser la piedra angular,
[8] *y piedra de tropiezo y roca de escándalo*.

Ellos tropiezan, porque no creen en la palabra: para esto
habían sido
destinados. [9] Pero vosotros sois *linaje escogido, sacerdocio real, nación
santa,*
pueblo adquirido en propiedad, para que pregonéis las maravillas de
Aquel que os llamó de las tinieblas a su admirable luz:

[10] los que un tiempo *no* erais *pueblo*,
ahora sois *pueblo de*
Dios,
los que antes no habíais alcanzado
misericordia, ahora *habéis alcanzado*
misericordia.

II. CONDUCTA DE LOS CRISTIANOS ANTE EL MUNDO (2,11-3,12)

Ejemplares entre los gentiles (2,11-12)

[11] Queridísimos, os exhorto a que, como forasteros y
peregrinos, os abstengáis de las concupiscencias carnales, que
combaten contra el alma. [12]
Mostrad entre los gentiles una conducta ejemplar, a fin de que, en lo
mismo que os
calumnian como malhechores, a la vista de vuestras buenas obras,
glorifiquen a
Dios en el día de su visita.

Obedientes a la autoridad legítima (2,13-17)

[13] Estad sujetos, por el Señor, a toda institución humana: lo mismo
al emperador, como soberano, [14] que a los gobernadores, como enviados
por él para castigar a los malhechores y honrar a los que obran el bien. [15]
Porque ésta es la voluntad de Dios: que haciendo el bien hagáis
enmudecer la ignorancia de los insensatos: [16] como hombres libres y no
como quienes convierten la libertad en pretexto para la maldad, sino
como siervos de Dios. [17] Tened consideración con todos, amad a los

hermanos, temed a Dios, honrad al emperador.

Obligaciones de los criados. Ejemplo de Cristo
(2,18-25)

18 Criados: estad sujetos con todo respeto a vuestros amos, no sólo
a los buenos e indulgentes, sino también a los déspotas. 19 Porque es
buena cosa que uno, por consideración a Dios, soporte penas, sufriendo
injustamente. 20 En efecto,
¿qué mérito tenéis, si por vuestras faltas sois castigados y lo sufrís? En
cambio, si
obrando el bien soportáis el sufrimiento, eso es agradable a los ojos de
Dios. 21
Pues para esto fuisteis llamados, ya que

también Cristo padeció por vosotros,
dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas:
22 *él no cometió pecado*,
ni en su boca se halló engaño;
23 al ser insultado, no respondía con insultos;
al ser maltratado, no
amenazaba, sino que ponía su
causa en manos
del que juzga con justicia.
24 Subiendo al madero,
él mismo llevó nuestros *pecados* en su
cuerpo, para que, muertos a los pecados,
vivamos
para la justicia:
y *por* sus *llagas fuisteis sanados*.
25 Porque erais *como ovejas descarriadas*,
pero ahora habéis vuelto al
Pastor y Guardián de vuestras
almas.

Ejemplares en la vida familiar (3,1-7)

3

1 De igual modo, vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos para
que, aun cuando algunos no crean en la palabra, sean ganados sin
palabras por el comportamiento de sus mujeres, 2 al observar vuestra
conducta casta, llena de respeto. 3 Que vuestro adorno no sea el de fuera,
peinados, joyas de oro, vestidos llamativos, 4 sino lo más íntimo vuestro, lo
oculto en el corazón, ataviado con la incorruptibilidad de un alma apacible
y serena. Esto es de inmenso valor a los ojos de Dios. 5 Porque también así
se adornaban en otro tiempo las santas mujeres que esperaban en Dios y
estaban sujetas a sus maridos: 6 así Sara obedeció a Abrahán, llamándole
«señor». De ella sois hijas, cuando obráis el bien sin inquietaros por ningún
temor.
7 Lo mismo vosotros, maridos, en la convivencia con vuestra mujer,
tened en
cuenta que es un ser más frágil, y tributadles el honor debido –ya que
son también coherederas del don de la Vida– para que nada impida
vuestras oraciones.

Amarse como hermanos (3,8-12)

8 Por último, tened todos el mismo pensar y el mismo sentir, amaos
como hermanos, sed misericordiosos y humildes, 9 no devolváis mal por
mal, ni maldición por maldición, sino –al contrario– bendecid, porque para
esto habéis sido llamados, para ser herederos de la bendición.
10 Pues el *que quiera amar la vida*
y ver días
dichosos, refrene su
lengua del mal
y sus labios de palabras engañosas;

11 *apártese del mal y practique el bien,*
busque la paz y vaya tras ella.
12 Porque *los ojos del Señor miran a los justos*,

y sus oídos están atentos a sus plegarias, pero el rostro del Señor se vuelve
contra los que obran mal.

III. ACTITUD DEL CRISTIANO ANTE LOS PADECIMIENTOS (3,13-4,19)

Bienaventurado el que sufre injustamente (3,13-17)

13 ¿Y quién podrá haceros daño, si sois celosos del bien? 14 De todos
modos, si tuvierais que padecer por causa de la justicia, bienaventurados
vosotros: *No temáis ante sus intimidaciones, ni os inquietéis*, 15 sino
glorificad a Cristo en
vuestros corazones, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón
de vuestra esperanza; 16 pero con mansedumbre y respeto, y teniendo limpia la
conciencia, para que quienes calumnian vuestra buena conducta en Cristo, queden
confundidos en aquello que os critican. 17 Porque es mejor padecer por hacer el
bien, si ésa es la voluntad de Dios, que por hacer el mal.

Padecimientos y glorificación de Cristo (3,18-22)

18 Porque también Cristo padeció una vez para siempre por los pecados, el justo por los injustos, para llevaros a Dios. Fue muerto en la carne, pero vivificado en el espíritu. 19 En él se fue a predicar también a los espíritus cautivos, 20 en otro tiempo incrédulos, cuando en tiempos de Noé les esperaba Dios pacientemente,
mientras se construía el arca. En ella, unos pocos –ocho personas– fueron salvados a través del agua. 21 Esto era figura del bautismo, que ahora os salva, no por quitar
la suciedad del cuerpo, sino por pedir firmemente a Dios una conciencia buena, por la resurrección de Jesucristo, 22 que, después de haber subido al cielo, está sentado a la diestra de Dios, con los ángeles, las potestades y las virtudes sometidos a él.

El cristiano ha roto con el pecado (4,1-6)

4

1 Puesto que Cristo padeció en su carne, armaos también vosotros con esta consideración: quien padeció en la carne ha roto con el pecado, 2 para vivir el tiempo que le queda de su vida mortal, no ya según las concupiscencias humanas,
sino según la voluntad de Dios. 3 Porque ya habéis pasado bastante tiempo obrando

como les gusta a los gentiles, viviendo de manera licenciosa, entre concupiscencias,
borracheras, comilonas, embriagueces y abominables idolatrías. 4 Por eso se
extrañan de que ya no os precipitáis con ellos en ese libertinaje desenfrenado, y os
llenan de insultos. 5 Pero tendrán que rendir cuentas al que está ya
preparado para juzgar a vivos y muertos. 6 Pues para esto fue anunciado el Evangelio incluso a los
muertos, para que, aunque condenados en su vida corporal según el juicio de los
hombres, vivan sin embargo en espíritu según el juicio de Dios.

Exhortación a la caridad
(4,7-11)

7 El final de todas las cosas está cerca. Sed, por eso, sensatos y
sobrios para poder rezar. 8 Ante todo, mantened entre vosotros una
ferviente caridad, porque la caridad cubre la multitud de los pecados. 9 Sed
hospitalarios unos con otros, sin quejaros. 10 Que cada uno ponga al
servicio de los demás el don que ha recibido, como buenos
administradores de la múltiple y variada gracia de Dios. 11 Si uno toma la
palabra, que sea de verdad palabra de Dios; si uno ejerce un ministerio,
hágalo en virtud del poder que Dios le otorga, para que en todas las cosas
Dios sea glorificado por Jesucristo. Para él es la gloria y el poder por los
siglos de los siglos. Amén.

Sentido cristiano de las contradicciones
(4,12-19)

12 Queridísimos: no os extrañéis –como si fuera algo insólito– del
incendio que ha prendido entre vosotros para probaros; 13 sino alegraos,
porque así como participáis en los padecimientos de Cristo, así también
os llenaréis de gozo en la revelación de su gloria. 14 Bienaventurados si
os insultan por el nombre de Cristo, porque el Espíritu de la gloria, que es
el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros. 15
Que, ninguno de vosotros tenga que sufrir por ser homicida, ladrón,
malhechor o entrometido en lo ajeno; 16 pero si es por ser cristiano, que
no se avergüence, sino que glorifique a Dios por llevar este nombre. 17
Porque ha llegado el momento de
que el juicio comience por la casa de Dios; y, si empieza por nosotros,
¿cuál será el fin de los que no creen en el Evangelio de Dios?
18 *Pues si el justo a duras penas se salva,*
el impío y el pecador, ¿dónde irán a parar?
19 Por tanto, incluso los que tengan que sufrir de acuerdo con la
voluntad de
Dios, que encomienden sus almas al Creador, que es fiel, mediante la
práctica del bien.

IV. EXHORTACIONES FINALES
(5,1-14)

A los presbíteros
(5,1-4)

5

1 A los presbíteros que hay entre vosotros, yo –presbítero como ellos y,
además, testigo de los padecimientos de Cristo y partícipe de la gloria que
va a manifestarse– os exhorto: 2 apacentad la grey de Dios que se os ha
confiado, gobernando no a la fuerza, sino de buena gana según Dios; no
por mezquino afán de lucro, sino de corazón; 3 no como tiranos sobre la
heredad del Señor, sino haciéndoos modelo de
la grey. 4 Así, cuando se manifieste el Pastor Supremo, recibiréis la corona
de gloria
que no se marchita.

A todos los fieles (5,5-11)

5 De la misma forma vosotros, los jóvenes, estad sujetos a los presbíteros. Y
todos, revestíos de humildad en el trato mutuo, porque
Dios resiste a los soberbios
y a los humildes da la gracia.

6 Humillaos, por eso, bajo la mano poderosa de Dios, para que a su
tiempo os exalte. 7 Descargad sobre Él todas vuestras preocupaciones,
porque Él cuida de vosotros. 8 Sed sobrios y vigilad, porque vuestro
adversario, el diablo, como un león rugiente, ronda buscando a quien
devorar. 9 Resistidle firmes en la fe, sabiendo que vuestros hermanos
dispersos por el mundo soportan los mismos padecimientos. 10
Y, después de haber sufrido un poco, el Dios de toda gracia, que os ha
llamado en
Cristo a su eterna gloria, os hará idóneos y os consolidará, os dará fortaleza
y
estabilidad. 11 A él el poder por los siglos de los siglos. Amén.

Despedida (5,12-14)

12 Por medio de Silvano, a quien juzgo hermano fiel, os he
escrito
brevemente, para exhortaros y atestiguaros que ésta es la verdadera
gracia de Dios.
Perseverad en ella. 13 Os saluda la Iglesia de Babilonia –elegida como
vosotros– y, en particular, Marcos, mi hijo. 14 Saludaos mutuamente con el
beso de la caridad. La
paz esté con todos vosotros que estáis en Cristo.

§ **1,1-5,14** San Pedro dirige esta carta preferentemente a cristianos convertidos del paganismo. En ella, tras dar gracias a Dios por habernos salvado mediante Jesucristo (1,3-12), va desarrollando algunos aspectos de la vida cristiana derivada del Bautismo: la llamada a la santidad (1,13-2,10), la conducta ejemplar del cristiano en medio del mundo (2,11-3, 12), la paciencia en las tribulaciones, grandes o pequeñas (3,13-4, 19) y,
finalmente, el buen comportamiento de los presbíteros hacia los fieles y viceversa (5,1-11). Concluye detallando algunas de las circunstancias en que se escribe la carta (5,12-14).

1,1-2 Las regiones mencionadas en el v. 1 se encontraban en Asia Menor, la actual Turquía.
El v. 2 viene a ser una profesión de fe en la Santísima Trinidad: al Padre se le atribuye la elección desde toda la eternidad; al Hijo, la redención; al Espíritu Santo, la santificación.

1,3-12 Los destinatarios de la carta se hallaban en un mundo hostil sufriendo por su
condición de cristianos. San Pedro desarrolla lo enunciado en el v. 2 señalando los motivos que tienen para consolarse y perseverar en la fe: Dios Padre, con su elección, ha destinado a los bautizados a una herencia maravillosa en el Cielo (vv. 3-5); para conseguirla son necesarios el amor y la fe en Cristo a pesar de las tribulaciones (vv. 6-9); el Espíritu Santo, que había anunciado en el Antiguo Testamento la salvación como fruto de los padecimientos de Cristo, proclama ahora su cumplimiento a través de quienes predican el Evangelio (vv. 10-12).
«Se presenta el dolor, vendrá mi descanso. Se ofrece la tribulación, llegará mi purificación. ¿Acaso brilla el oro en el horno del platero? Brillará en el collar, brillará en el adorno. Sin embargo, ahora soporta el fuego para que, purificado de las impurezas, adquiera el brillo» (S. Agustín, Enarr. in Ps. 61,11).

1,13-2,10 Se inicia propiamente el cuerpo de la carta. Como consecuencia de la nueva vida
conferida por el Bautismo los cristianos están llamados a buscar la santidad.

1,13-16 Con el Éxodo como tema de fondo recuerda que los cristianos somos el nuevo

pueblo elegido, liberados de la esclavitud del pecado y llamados a vivir la santidad en plenitud, teniendo como modelo al mismo Dios.

Sobre la llamada universal a la santidad cfr notas a Mt 5,17-48 y Lc 12,22-34.

1,17-21 El fundamento de la liberación del pecado y de la santidad es el sacrificio de Cristo.

San Pedro acude a la imagen y al vocabulario de la redención de un esclavo que pasa a ser hombre libre; pero el precio de este rescate «no se ha calculado en dinero, sino en sangre, pues Cristo murió por nosotros» (S. Ambrosio, Exp. Ev. sec. Lc. in 12,6-7).

1,22-25 La caridad fraterna es una de las manifestaciones fundamentales de la santidad. La validez de este precepto queda confirmada con la imagen de la flor del heno, tomada de Is 40,6-8 (cfr St 1,9-11), que subraya el contraste entre la fugacidad de lo terreno y la perenne validez de la palabra de Dios.

2,1-3 La liturgia aplica este texto a los recién bautizados, que son como niños recién

nacidos a la vida de la gracia, pidiéndole a Dios: «Acrecienta en nosotros los dones de tu gracia para que comprendamos mejor que el Bautismo nos ha purificado, que el Espíritu nos ha hecho renacer y que la sangre nos ha redimido» (Misal Romano, 2º Domingo de Pascua, Or. colect.).

2,4-10 El Bautismo hace al cristiano miembro del edificio espiritual de la Iglesia, cuya piedra clave es Jesucristo. Frente a los incrédulos, los creyentes son el verdadero y nuevo Pueblo de Dios. En este pueblo santo hay un único sacerdote, Jesucristo, y un único sacrificio, el que ofreció en la cruz y se renueva en la Santa Misa. Pero todos los cristianos, mediante los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación, participamos del sacerdocio de Jesucristo, y quedamos capacitados para llevar a cabo una mediación sacerdotal entre Dios y los demás hombres, y para participar activamente en el culto divino. Es el llamado sacerdocio común de los fieles. «Todas sus obras, oraciones, tareas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo diario, el descanso espiritual y corporal, si se realizan en el Espíritu, incluso las molestias de la vida, si se llevan con paciencia, todo ello se convierte en sacrificios espirituales agradables a Dios por Jesucristo, que ellos ofrecen con toda piedad a Dios Padre en la celebración de la Eucaristía uniéndolos a la ofrenda del cuerpo del Señor. De esta manera, también los laicos, como adoradores que en todas partes llevan una conducta santa, consagran el mundo mismo a Dios» (C. Vat. II, Lum. gent. 34).

2,11-3,12 Se reúnen ahora algunas indicaciones sobre la ejemplaridad que debe tener la actuación de los fieles en medio de un mundo hostil.

2,11-12 Nuestra vida ejemplar de cristianos llevará a los que convivan con nosotros a adorar a Dios: «Alumbre así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los Cielos» (Mt 5,16).

2,13-17 «El deber de obediencia impone a todos la obligación de dar a la autoridad los honores que le son debidos, y de rodear de respeto y, según su mérito, de gratitud y de benevolencia a las personas que la ejercen» (CCE 1900).

2,18-25 Sufrir con paciencia penas injustas tiene su fundamento en el ejemplo de Cristo.

Los vv. 21-25 forman un bellísimo himno a Cristo en la cruz, en el que se han cumplido las profecías del Siervo doliente contenidas en el libro de Isaías (52,13-53,12). Por grandes que sean los sufrimientos que los cristianos padezcamos, nunca serán tantos ni tan injustos como los del Señor.

«Pastor y Guardián de vuestras almas» (v. 25). Las profecías mesiánicas sobre el Siervo doliente contienen la imagen del rebaño descarriado y disperso (cfr Is 53,6), al que alude Jesucristo al desarrollar la alegoría del Buen Pastor (Jn 10,11-16). Parece como si San Pedro, que había recibido el encargo de apacentar la grey del Señor (cfr Jn 21,15-19), tuviera especial afecto a estas imágenes.

3,1-7 Las advertencias y consejos del Apóstol pretenden orientar el amor entre los esposos a la búsqueda del mayor bien para el otro cónyuge: la conversión. Ante las costumbres de la época, exhorta a los esposos a comportarse cristianamente, dando algunos consejos prácticos, fundados en su igual dignidad (v. 7).

3,8-12 Las manifestaciones específicas de la virtud de la caridad deben presidir la vida cristiana de cada día, pues la caridad informa las virtudes morales. Termina la exhortación con el texto del Salmo 34,13-17, de donde ya había tomado unas palabras (cfr 2,3).

3,13-4,19 Esta parte de la carta trata de cómo el cristiano, mediante sus padecimientos, participa del misterio redentor de Cristo.

3,13-17 Estos versículos sirven de introducción al tema que va a desarrollar a partir de

ahora, y parecen salir al paso de los que pudieran sorprenderse por sufrir persecuciones, a pesar de hacer el bien (v. 13). La coherencia de vida será ocasión de que quienes calumnian queden confundidos y puedan rectificar (v. 16).

3,18-22 En el pasaje es posible que se encuentren elementos de un Credo de la primitiva catequesis cristiana del Bautismo. Se expresa con claridad el núcleo de la fe en Jesucristo, tal como desde el principio la predicaron los Apóstoles y pasó al Símbolo Apostólico. El v. 19 recoge la fe de la Iglesia en el descenso de Cristo a los infiernos, manifestación de la universalidad de la salvación: «Cristo muerto, en su alma unida a su persona divina, descendió a la morada de los muertos. Abrió las puertas del cielo a los justos que le habían precedido» (CCE 637).

4,1-6 El comportamiento del cristiano no puede ser como el de antes del Bautismo, o como

el de quien no está bautizado, aunque ello pueda acarrearle incomprensiones y calumnias. Debemos tener presente que todos compareceremos ante el Juez de vivos y muertos, Jesucristo.

El v. 6 es de difícil interpretación. Puede aludir al descenso del Señor al seno de Abrahán o a los cristianos que han muerto sin ver el triunfo final de Cristo. En cualquier caso se estaría hablando de los que han permanecido fieles a Dios, cuyo paso por esta tierra parece un desatino para quienes carecen de visión sobrenatural. El texto evoca Sb 3,1-4.

4,7-11 Con la Encarnación de Jesucristo han comenzado los últimos tiempos, que se extienden hasta el fin del mundo y el Juicio Final. En esta situación, el autor sagrado urge a la práctica de la oración, de la caridad y de la hospitalidad.

4,12-19 Se vuelve al tema central de esta sección. Los que participan de los sufrimientos de Cristo también participarán de su gloria. «Dios quiere abrir vuestros ojos para considerar cuántas mercedes nos hace en lo que el mundo piensa que son desfavores, y cuán honrados somos en ser deshonrados por buscar la honra de Dios» (S. Juan de Ávila, Epist. 58).

5,1-14 La parte final de la carta comprende exhortaciones varias dirigidas a los presbíteros y a los fieles, en las que sigue presente el tema de los padecimientos de Cristo.

5,1-4 Estas exhortaciones recuerdan las del Señor hablando del Buen Pastor (Jn 10,11) y las que le dirigió a Pedro tras su resurrección: «Apacienta mis corderos... Pastorea mis ovejas» (Jn 21,15-17).

5,5-11 Ante las tribulaciones que Dios permite, el Apóstol exhorta a la unidad de los fieles fundada en la humildad y en la docilidad (vv. 5-6). La lucha ascética para resistir las tentaciones tiene su apoyo en la confianza en Él (vv. 7-11). Los cristianos, «firmes en la fe» (v. 9), resistirán los ataques del enemigo. Las tribulaciones que hemos de padecer suponen un medio necesario de purificación y una garantía de la gloria que Dios nos dará: «Porque la leve tribulación de un instante se convierte para nosotros, incomparablemente, en una gloria eterna y consistente» (2 Co 4,17).

5,12-14 En la despedida, como en otras cartas del Nuevo Testamento, San Pedro dirige los saludos de la Iglesia remitente y termina con unas palabras de bendición.

Silvano, llamado Silas en Hch 15,22, había acompañado a San Pablo en su segundo viaje apostólico por Asia Menor y Grecia (Hch 15,36-18,22). Pudo ser el portador de la carta, o bien el secretario que la puso por escrito al dictado, o incluso el redactor de las ideas de San Pedro.

«Babilonia» (v. 13). Es una manera figurada de designar a Roma, prototipo de ciudad idólatra y mundana en aquella época (cfr Ap 16,19; 17,5; etc.).

Marcos es el autor del segundo evangelio, a quien la tradición le atribuye el oficio de intérprete de San Pedro en Roma. El Apóstol le da el titulo de hijo en sentido espiritual.

LA SEGUNDA CARTA DE SAN PEDRO

[Ir a Índice]

La *Segunda Carta de San Pedro* refleja el esfuerzo de los primeros cristianos por vivir fielmente la fe recibida por tradición apostólica en un ambiente que constituía una continua amenaza para mantenerse fieles. La esperanza en la segunda y definitiva venida de Cristo anima todo el escrito.

En el encabezamiento de la carta el autor se presenta como Simón Pedro, Apóstol de Jesucristo. Hay también a lo largo del escrito otras alusiones que identificarían al autor con este Apóstol. Sin embargo, el análisis interno plantea dificultades para atribuir la carta al príncipe de los Apóstoles: el vocabulario y el estilo son notablemente distintos a los de la *Primera Carta de San Pedro*, con expresiones que serían más propias de una época posterior. Por tales motivos fue hasta el siglo IV la que más dificultades planteó a la hora de ser recibida dentro del canon de libros inspirados. Presenta también numerosas semejanzas de estilo y contenido con la *Carta de San Judas* que probablemente utiliza y desarrolla en su argumentación. Ninguna de las teorías que se han avanzado para solventar estas dificultades explican satisfactoriamente las cuestiones sobre autor, fecha y destinatarios del escrito. Fuera San Pedro, por medio de algún redactor o secretario, o fuera un discípulo anónimo suyo que, igualmente inspirado por el Espíritu Santo, quisiera transmitir unas enseñanzas concordes con las del Apóstol, la *Segunda Carta de San Pedro* ha sido asociada por la Tradición de la Iglesia a la figura de este Apóstol.

La carta va dirigida a los cristianos en general, si bien algunas expresiones hacen suponer que los destinatarios inmediatos podrían ser comunidades cristianas de Grecia o Asia Menor. Las fechas de composición que se proponen van desde después del 60 hasta finales del siglo I.

Junto con la refutación de algunas teorías erróneas sobre la segunda venida de Cristo presentadas por algunos falsos maestros y las consiguientes exhortaciones morales, destaca la enseñanza sobre la inspiración de las Escrituras (1,19-21) y la valoración de los escritos de San Pablo (3,15-16). Con todo, sobresale la enseñanza de carácter escatológico acerca de la Parusía. Ésta se producirá ciertamente, pues así lo manifestó el Señor y lo prueban las Escrituras. En contra de los que objetaban que la Parusía se dilataba, enseña que el tiempo es muy relativo frente a la eternidad de Dios, para quien «un día es como mil años y mil años como un día» (3,8), y que si Dios retrasa el momento final es por su misericordia, ya que «no quiere que nadie se pierda» (3,9).

Citas del Antiguo Testamento

2,22. Pr 26,11
3,13. Is 65,17; 66,22

SEGUNDA CARTA DE SAN PEDRO

(1,1-3,18)

Saludo (1,1-2)

1

1 Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, a cuantos por la justicia de nuestro
Dios y Salvador Jesucristo les ha tocado en suerte una fe tan preciosa como la

nuestra: [2] gracia y paz en abundancia para vosotros, mediante el conocimiento de
Dios y de Jesús, Señor nuestro.

I. FIDELIDAD A LA DOCTRINA RECIBIDA
(1,3-21)

Los bienes concedidos por Dios
(1,3-4)

[3] Su divino poder nos ha concedido cuanto se refiere a la vida y a la piedad, mediante el conocimiento del que nos ha llamado por su propia gloria y potestad: [4] con ello nos ha regalado los preciosos y más grandes bienes prometidos, para que por éstos lleguéis a ser partícipes de la naturaleza divina, tras haber escapado de la corrupción que reina en el mundo a causa de la concupiscencia.

Las virtudes cristianas
(1,5-11)

[5] Por esa razón, debéis poner de vuestra parte todo esmero en añadir a vuestra fe la virtud, a la virtud el conocimiento, [6] al conocimiento la templanza, a la templanza la paciencia, a la paciencia la piedad, [7] a la piedad el amor fraterno, al amor fraterno la caridad. [8] Porque si tenéis estas virtudes y crecen vigorosamente en vosotros, no quedaréis inoperantes e infecundos en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. [9] Quien carezca de estas virtudes es tan ciego y miope que no puede ver, y ha echado en olvido que fue purificado de sus antiguos pecados. [10] Por
tanto, hermanos, poned el mayor esmero en fortalecer vuestra vocación y elección.
Porque si os comportáis de este modo, no tropezaréis jamás. [11] Así se os abrirá de
par en par la entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Testamento espiritual
(1,12-15)

[12] Por eso procuraré siempre recordaros estas cosas, por más que las sepáis y estéis firmes en la verdad que ya poseéis. [13] Considero que es mi deber –mientras permanezca en esta tienda– estimularos con mis exhortaciones, [14] porque sé que pronto tendré que abandonarla, según me lo ha manifestado nuestro Señor Jesucristo. [15] Y procuraré que incluso después de mi partida podáis recordar estas cosas en todo momento.

La Transfiguración garantiza la Parusía
(1,16-18)

[16] Pues os hemos dado a conocer el poder y la venida futura de

nuestro Señor Jesucristo, no siguiendo fábulas ingeniosas, sino porque hemos sido testigos oculares de su majestad. 17 En efecto, él fue honrado y glorificado por Dios Padre, cuando la suprema gloria le dirigió esta voz: «Éste es mi Hijo, el Amado, en quien tengo mis complacencias». 18 Y esta voz venida del cielo la oímos nosotros estando con él en el monte santo.

Las Profecías y la Parusía
(1,19-21)

19 Y tenemos así mejor confirmada la palabra de los profetas, a la que hacéis bien en prestar atención como a una lámpara que alumbra en la oscuridad, hasta

que alboree el día y el lucero de la mañana amanezca en vuestros
corazones. 20
Pues ante todo debéis saber que ninguna profecía de la Escritura depende
de la
interpretación privada, 21 porque nunca profecía alguna ha venido por
voluntad
humana, sino que, impulsados por el Espíritu Santo, aquellos hombres
hablaron de parte de Dios.

II. DENUNCIA DE LOS FALSOS MAESTROS (2,1-22)

Los daños que causan (2,1-3)

2

1 Así como surgieron falsos profetas en el pueblo de Israel, también habrá
entre vosotros falsos maestros. Éstos introducirán fraudulentamente
herejías perniciosas: negando al Dueño que los rescató, atraerán sobre
ellos mismos una pronta ruina. 2
Muchos seguirán sus costumbres licenciosas, y por su causa el camino de
la verdad quedará infamado; 3 movidos por la codicia, traficarán con
vosotros mediante
palabras engañosas. Pero su condenación –anunciada ya desde antiguo–
permanece en vigor, y su ruina está al acecho.

El castigo que les espera (2,4-10)

4 En efecto: Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que al
arrojarles en el infierno los entregó a las cavernas tenebrosas, donde
están guardados para el juicio; 5 y no perdonó al mundo antiguo, aunque
preservó a Noé –pregonero de la justicia– con otros siete, cuando
desencadenó el diluvio sobre el mundo de los impíos; 6 y a las ciudades de
Sodoma y Gomorra las condenó a la destrucción,
reduciéndolas a cenizas para escarmiento de lo que habrá de suceder a los
impíos;
7 y libró en cambio al justo Lot –angustiado por la conducta licenciosa de
aquellos hombres inicuos–; 8 pues este justo, al vivir entre ellos, sentía
atormentada su alma por las obras inicuas que día tras día veía y oía. 9
Porque el Señor sabe cómo librar
de la prueba a los piadosos y retener a los impíos para castigarlos en el día
del
Juicio, 10 sobre todo a los que, arrastrados por deseos impuros, van detrás
de la
carne y menosprecian la autoridad del Señor.

Su conducta arrogante y licenciosa (2,10-19)

Temerarios y arrogantes, no temen blasfemar contra los seres

gloriosos, [11] mientras que los ángeles –aun siendo superiores en fuerza y
poder– no profieren una sentencia injuriosa contra ellos en presencia del
Señor. [12] Pero éstos –como bestias irracionales, destinadas por naturaleza
para ser capturadas y muertas– blasfeman contra lo que ignoran, y se
corromperán como ellas, [13] sufriendo el pago por el mal que hicieron.
Consideran una dicha el goce de un día; hombres sucios y corrompidos,
que se deleitan en sus extravíos y se comportan con vosotros como si
estuvieran en banquetes. [14] Sus ojos están llenos de adulterio y no cesan
de pecar; seducen a las almas débiles y tienen el corazón curtido en la
codicia; son hijos de maldición. [15] Abandonaron el camino recto y se
extraviaron, siguiendo el camino de

Balaán, hijo de Bosor, que amó el pago de la iniquidad, [16] pero fue reprendido por
su transgresión: un jumento mudo, hablando con voz humana, impidió la insensatez
del profeta. [17] Esos son fuentes sin agua y nieblas arrastradas por el huracán, a
quienes está reservado el infierno tenebroso.
[18] Hablando palabras hinchadas de vanidad, y provocando concupiscencias
carnales y licenciosas, seducen a quienes acaban de alejarse de los que viven en el
error. [19] ¡Les prometen la libertad, siendo ellos mismos esclavos de la corrupción!,
ya que uno es esclavo de quien le ha vencido.

Gravedad de la apostasía
(2,20-22)

[20] Porque si después de haber escapado de las impurezas del mundo
por el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, se dejan
atrapar nuevamente por ellas y son vencidos, sus postrimerías resultan
peores que los principios. [21] Más les valiera no haber conocido el camino
de la justicia que, después de conocerlo, volverse atrás del santo precepto
que se les entregó. [22] Se ha cumplido en ellos aquel proverbio tan
acertado:
El perro vuelve a su propio vómito
y la cerda lavada a revolcarse en el fango.

III. LA PARUSÍA DEL SEÑOR
(3,1-18)

Doctrina de la Tradición (3,1-2)

3

[1] Queridísimos: ésta es ya la segunda carta que os escribo. Ellas son
como un recuerdo con el que procuro despertar en vosotros el recto
criterio, [2] para que os acordéis de las palabras anunciadas por medio
de los santos profetas, y del precepto del Señor y Salvador que os
transmitieron vuestros apóstoles.

Errores sobre la Parusía (3,3-4)

[3] Tened en cuenta, ante todo, que en los últimos días vendrán
hombres que se burlan continuamente de todo y que viven según sus
propias concupiscencias, [4] y que dirán: «¿Dónde está la promesa de su
venida? Porque desde que los padres murieron, todo continúa como
desde el principio de la creación».

Doctrina escatológica (3,5-10)

5 Ignoran deliberadamente que en otro tiempo hubo cielos y tierra.
Ésta, por la palabra de Dios, surgió de las aguas, y quedó asentada en
medio de ellas, 6 y, así,
el mundo de entonces pereció anegado por las aguas.
7 A su vez, los cielos y la tierra de ahora, por la misma palabra, están
reservados para el fuego y guardados para el día del Juicio y de la
perdición de los impíos.
8 Pero hay algo, queridísimos, que no debéis olvidar: que para el
Señor un día

es como mil años, y mil años como un día. 9 No tarda el Señor en cumplir
su promesa, como algunos piensan; más bien tiene paciencia con
vosotros, porque no quiere que nadie se pierda, sino que todos se
convertan. 10 Pero como un ladrón llegará el día del Señor. Entonces los
cielos se desharán con estrépito, los elementos se disolverán abrasados,
y lo mismo la tierra con lo que hay en ella.

Consecuencias morales
(3,11-16)

11 Si todas estas cosas se van a destruir de ese modo, ¡cuánto más
debéis llevar vosotros una conducta santa y piadosa, 12 mientras
aguardáis y apresuráis la venida del día de Dios, cuando los cielos se
disuelvan ardiendo y los elementos se derritan abrasados! 13 Nosotros,
según su promesa, esperamos unos *cielos nuevos* y una *tierra nueva*, en
los que habita la justicia.
14 Por lo tanto, queridísimos, a la espera de estos acontecimientos,
esmeraos para que él os encuentre en paz, inmaculados e intachables, 15
y considerad que la
longanimidad de nuestro Señor es nuestra salvación. Así os lo escribió
también
nuestro querido hermano Pablo según la sabiduría que se le otorgó, 16 y así
lo
enseña en todas las cartas en las que trata estos temas. En ellas hay
algunas cosas difíciles de entender, que los ignorantes y los débiles
interpretan torcidamente –lo mismo que las demás Escrituras– para su
propia perdición.

Exhortación final y doxología
(3,17-18)

17 Por eso, vosotros, queridísimos, sabiéndolo de antemano, estad
alerta, no sea que –arrastrados por el error de esos disolutos– decaigáis
de vuestra firmeza.
18 Creced en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador
Jesucristo.
A él la gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén.

§ **1,1-3,18** Esta carta, que tiene parecidos con la de San Judas, va encaminada a reafirmar la esperanza en la segunda venida del Señor. El cristiano debe desarrollar la fe que ha recibido y confiar en la enseñanza apostólica (1,3-21), guardándose de falsos maestros que, porque no esperan esa segunda venida, se dan, e incitan a los demás, a una vida licenciosa que les acarreará el castigo divino (2,1-22). Por el contrario, la segunda venida del Señor, aunque parezca retrasarse, es algo seguro (3,1-16), que exige vigilancia
(3,17-18).
1,1-2 El «conocimiento» de Dios y de Jesucristo se obtiene mediante la recta fe e implica un
comportamiento coherente (cfr 1,5-11). Se hace hincapié desde el principio en este punto porque el autor quiere hacer frente a enseñanzas falsas que enturbian la rectitud de la fe.
1,3-21 Frente a los que negaban la última venida del Señor, el autor sagrado exhorta a ser
fieles a la doctrina recibida de los Apóstoles.

1,3-4 Dios, con su poder, ha elegido a los Apóstoles y les ha concedido gracias admirables
para que todos los hombres lleguen a ser «partícipes de la naturaleza divina» (v. 4). Esta participación, que se realiza por el Bautismo, es una nota fundamental de la vocación cristiana. Para eso se encarnó el Verbo: «Porque el Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos Dios» (S. Atanasio, Inc. 54,3; cfr CCE 460).

1,5-11 A la iniciativa divina hemos de responder con la fe y la práctica de las virtudes, para
alcanzar la meta y la plenitud a la que los cristianos hemos sido llamados. La fe y la caridad son «principio y término de la vida. El principio es la fe; el término, la caridad. Las dos, trabadas en unidad, conducen a Dios, y todo lo demás que atañe a la perfección y santidad se sigue de ellas» (S. Ignacio de Antioquía, Ad Ephes. 14,1-2).

1,12-15 En este pasaje queda reflejada la finalidad de la carta, que tiene carácter de

testamento espiritual: traer a la memoria las verdades cristianas y estimular a los fieles en la práctica de las virtudes. Sobre la vida como una tienda de nómadas, cfr también 2 Co 5,1.

1,16-18 La Transfiguración de Jesucristo es garantía de la verdad de la Parusía o segunda venida de Cristo. Si entonces el Señor dejó entrever su divinidad momentáneamente, al final de los tiempos se manifestará de nuevo en plenitud y para siempre.

1,19-21 El testimonio de los profetas es también garantía de la verdad de la Parusía, porque es palabra de Dios. El v. 21 pone de manifiesto el hecho y la naturaleza de la inspiración bíblica. La Sagrada Escritura ha sido redactada bajo la inspiración del Espíritu Santo; en la composición de los libros sagrados intervienen Dios y el autor humano de tal manera que el escrito resultante es –a la vez– todo de Dios y todo del hombre. Sin embargo, como añade el escritor sagrado, la interpretación de la Sagrada Escritura no puede ser arbitraria: «El oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios, oral o escrita, ha sido encomendado sólo al Magisterio vivo de la Iglesia, el cual lo ejercita en nombre de Jesucristo» (C. Vat. II, Dei Verb. 10).

2,1-22 El autor sagrado antes de rebatir el error fundamental de los falsos maestros –negar la Parusía– denuncia sus desviaciones morales: codicia e impureza.

2,1-3 Los falsos maestros que pretenden embaucar al pueblo ya estaban anunciados en la Sagrada Escritura. Los cristianos, por tanto, no deben sorprenderse de ello, aunque el autor lamenta el daño que causan.

2,4-10 A los falsos maestros les espera el castigo eterno. En contraste con la condenación que espera a los impíos, Dios otorga la salvación a los que permanecen fieles, como salvó a Noé y Lot. Es éste un estímulo para perseverar en el bien, aunque el ambiente sea contrario.

Parece ser que el pecado más difundido entre los falsos maestros, y que más pervertía a los fieles, era el de lujuria (v. 10), como sucedía en Sodoma y Gomorra. Ese vicio ofusca de tal manera la mente que quien está inmerso en él llega a menospreciar «la autoridad del Señor» (cfr Judas 8-10). En cambio, la castidad «es una virtud que hace honor al ser humano y que le capacita para un amor verdadero, desinteresado, generoso y respetuoso con los demás» (Cong. Doc. Fe, Pers. hum. 12).

2,10-19 El texto paralelo de la carta de San Judas (vv. 8-16) ayuda a entender mejor algunas expresiones de este pasaje, en el que se describe la conducta pervertida de los falsarios.

«Los seres gloriosos» (v. 10) serían los ángeles en su conjunto o los ángeles caídos que rigen el mundo, cuya dignidad es considerada menor que la de los ángeles que sirven en presencia del Señor (cfr Judas 8-10).

Balaán había quedado como ejemplo de hombre perverso y codicioso por inducir a los israelitas a la idolatría y a la fornicación (cfr Nm 31,16; Ap 2,14), cuando antes había bendecido al pueblo de Israel (Nm 22,1-24,25).

2,20-22 Con dos proverbios populares (v. 22) –uno tomado de Pr 26,11–, el autor sagrado ilustra la gravedad de la situación en que se encuentran quienes, después de haber conocido la doctrina salvífica de Jesucristo, vuelven a sus antiguos pecados. A los impíos, y a los seducidos por ellos, se aplica lo que había dicho el Señor de quien, tras librarse del demonio, vuelve a caer en su poder: «La situación final de aquel hombre resulta peor que la primera» (Mt 12,45).

3,1-18 La verdad más directamente negada por los falsos maestros era la segunda venida del Señor; al rechazarla quitaban valor a las exigencias morales del Cristianismo.

3,1-2 El autor exhorta a la vida cristiana fundada en el recto criterio (v. 1), que tiene su

origen en las palabras del Señor transmitidas por los Apóstoles: «Lo que los Apóstoles transmitieron comprende todo lo necesario para una vida santa y para una fe creciente del Pueblo de Dios» (C. Vat. II, Dei Verb. 8).

3,3-4 Los falsos profetas negaban la Parusía, basándose en que nada había cambiado, ni
había ocurrido ninguna de las catástrofes que ellos consideraban inminentes. «Padres» (v. 4) puede referirse a la primera generación de cristianos o también a los antepasados del Antiguo Testamento. Según los falsarios, si desde entonces hasta ahora
no había sucedido ningún cambio, tampoco iba a suceder en el futuro.

3,5-10 El autor sagrado enseña con claridad que el tiempo es muy relativo frente a la
eternidad de Dios (v. 8), y que si Dios retrasa el momento final es por su misericordia (v. 9).

Una cosa es cierta: hay que mantenerse vigilantes, porque el día del Señor vendrá sin previo aviso (v. 10). Reprocha a los falsos maestros la falta de fe: Dios llevó a cabo la creación con su palabra y por ella envió el castigo del diluvio, provocando una profunda transformación en el universo (vv. 5-6). Por tanto, hay que creer que también por su palabra la creación entera sufrirá el cambio profundo que dé origen a «unos cielos nuevos y una tierra nueva» (cfr vv. 7.10.12-13).

3,11-16 La esperanza de la segunda venida del Señor y de la transformación radical de este mundo, no induce a desentenderse de las realidades humanas. «La espera de una tierra nueva no debe debilitar, sino más bien avivar la preocupación de cultivar esta tierra, donde crece aquel cuerpo de la nueva familia humana, que puede ofrecer ya un cierto esbozo del siglo nuevo» (C. Vat. II, Gaud. et sp. 39).

La referencia a los escritos de San Pablo (vv. 15-16) es un testimonio evidente de cómo, desde los mismos inicios del cristianismo, se considera fundamental la unidad en la fe.

3,17-18 La conclusión es una síntesis apretada de algunos puntos fundamentales de la carta: preocupación pastoral, medios para defenderse de los falsos maestros y fe en la divinidad de Jesucristo.

LAS CARTAS DE SAN JUAN

[Ir a Índice]

Según una tradición que se remonta al siglo II, el apóstol San Juan escribió sus tres cartas en Éfeso, a la vuelta de su destierro de Patmos, al final del siglo I de nuestra era.

La *Primera Carta de San Juan* no tiene encabezamiento, en contraste con las demás epístolas del Nuevo Testamento (a excepción de la *Carta a los Hebreos*) y con las cartas profanas de la antigüedad grecorromana. No menciona el nombre del autor, ni el de los destinatarios, ni expresa los saludos de costumbre. Se omite también la despedida al final. Sin embargo, su estilo, estructura, vocabulario e ideas muestran que se debe situar en el mismo entorno que el cuarto evangelio. El hecho de que no se nombren las personas a quienes se dirige, hace suponer que se trata de una especie de carta circular enviada a algunas comunidades cristianas. Es probable que fuera escrita, con posterioridad al evangelio, para las comunidades cristianas de Asia Menor cuyos nombres se citan en el Apocalipsis (Ap 2,1-3,22).

Como se desprende de su contenido, algunos falsos doctores –anticristos, seductores, hijos del diablo, les llama (cfr 2,18.26; 3,7.10; 4,1)– habían surgido en el seno de aquellas jóvenes iglesias. Aunque seguramente ya se habían desvinculado de ellas (2,19), sus errores seguían amenazando la pureza de la fe y de las costumbres cristianas. El Apóstol escribe con la finalidad de denunciar aquellas desviaciones de tipo doctrinal y moral, y fortalecer así la fe a los creyentes. Frente a los que sembraban la discordia y el error, enseña la comunión con Dios en la fe recibida; frente a los errores sobre Cristo, afirma la verdad de la divinidad y de la humanidad de Jesús. La comunión con Dios en Cristo hace al cristiano hijo de Dios que debe vivir la caridad con sus hermanos. La caridad, el amor, es el tema central. San Juan utiliza muy a menudo tanto el sustantivo «amor» (18 veces), como el verbo «amar» (28 veces). En dos ocasiones llega a esta sublime formulación: «Dios es amor» (4,8.16). Como dice San Agustín, en esta carta el Apóstol «dijo muchas cosas, prácticamente todas, acerca de la caridad» (*In Epist. Ioann. ad Parth*. prolog.). En definitiva, este escrito enseña cómo la verdadera fe en Jesucristo, Hijo de Dios, fundamenta los principios del amor cristiano, que lleva consigo el amor al prójimo y el perdón de las ofensas.

La *Segunda y Tercera Carta de San Juan* responden en su estructura al modelo de las cartas de la época en el ambiente grecorromano: tienen al principio un protocolo –con el nombre del remitente, los destinatarios y el saludo– y, al final, la despedida. El autor se presenta en ambas como «el Presbítero» (2 Jn 1; 3 Jn 1). La segunda se dirige «a la Señora Elegida y a sus hijos» (v. 1), expresión que es un modo figurado de designar a una iglesia local, muy probablemente de Asia Menor. La tercera va dirigida a un cristiano llamado Gayo (v. 1), y quizás a través de él a un grupo de fieles. La Tradición, no sin ciertas dificultades, las ha atribuido a San Juan, que las habría escrito al final del siglo I.

La segunda carta fue escrita como una advertencia en momentos en que el peligro de los herejes no era aún tan grave como revela 1 Jn. Las recomendaciones que hace el autor coinciden con los temas tratados en la primera. La tercera carta, aunque no contiene doctrinas nuevas, es un valioso testimonio de la vida de las primeras comunidades cristianas, y un modelo de los escritos de recomendación que se mencionan en otros lugares del Nuevo Testamento (cfr Hch 18,27; 2 Co 3,3).

PRIMERA CARTA DE SAN JUAN

(§ 1,1-5,21)

Prólogo (1,1-4)

1

1 Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos
visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado
nuestras manos a
propósito del Verbo de la vida 2 –pues la vida se ha manifestado: nosotros
la hemos
visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, que estaba junto
al Padre
y que se nos ha manifestado–, 3 lo que hemos visto y oído, os lo
anunciamos para
que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nuestra
comunión es con
el Padre y con su Hijo Jesucristo. 4 Os escribimos esto para que nuestra
alegría sea
completa.

I. LA UNIÓN CON DIOS (1,5-2,29)

Dios es luz (1,5)

5 Éste es el mensaje que le hemos oído y que os anunciamos: Dios
es luz y no hay en Él tinieblas de ninguna clase.

Caminar en la luz. Rechazar el pecado (1,6-2,2)

6 Si decimos que estamos en comunión con Él y sin embargo
caminamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad. 7 En
cambio, si caminamos en la
luz, del mismo modo que Él está en la luz, entonces estamos en comunión
unos con
otros, y la sangre de su Hijo Jesús nos purifica de todo pecado.
8 Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros
mismos, y la verdad no está en nosotros. 9 Si confesamos nuestros
pecados, fiel y justo es Él para perdonarnos los pecados y purificarnos de
toda iniquidad. 10 Si decimos que no
hemos pecado, le hacemos mentiroso, y su palabra no está en nosotros.

2

1 Hijos míos, os escribo estas cosas para que no pequéis. Pero si alguno
peca, tenemos un abogado ante el Padre: Jesucristo, el Justo. 2 Él es la
víctima propiciatoria por nuestros pecados; y no sólo por los nuestros, sino

por los de todo el mundo.

Cumplir los Mandamientos
(2,3-11)

3 En esto sabemos que le hemos conocido: en que guardamos sus
mandamientos. 4 Quien dice: «Yo le conozco», pero no guarda sus
mandamientos, es un mentiroso, y en ése no está la verdad. 5 En cambio,
quien guarda su palabra, en ése el amor de Dios ha alcanzado
verdaderamente su perfección. En esto sabemos que estamos en Él. 6
Quien dice que permanece en Dios, debe caminar como él caminó.

7 Queridísimos: no os escribo un mandamiento nuevo, sino un
mandamiento antiguo, que tenéis desde el principio: este mandamiento
antiguo es la palabra que habéis escuchado. 8 Y, sin embargo, os escribo
un mandamiento nuevo, que se verifica en él y en vosotros, porque las
tinieblas van desapareciendo y brilla ya la luz verdadera. 9 Quien dice que
está en la luz y aborrece a su hermano, está todavía en las tinieblas. 10
Quien ama a su hermano permanece en la luz y no corre peligro de
tropezar. 11 En cambio, quien aborrece a su hermano está en las tinieblas
y camina por ellas, sin saber adónde va, porque las tinieblas le han cegado
los ojos.

Confianza en los fieles
(2,12-14)

12 Os escribo a vosotros, hijos, porque por su nombre se os han
perdonado los pecados.
13 Os escribo a vosotros, padres, porque habéis conocido al que
existe desde
el principio.
Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al Maligno.
14 Os he escrito a vosotros, niños, porque habéis conocido al Padre.
Os he escrito a vosotros, padres, porque habéis conocido al que
existe desde el principio.
Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra
de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al Maligno.

Guardarse del mundo
(2,15-17)

15 No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al
mundo, el amor del Padre no está en él. 16 Porque todo lo que hay en el
mundo –la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la
arrogancia de los bienes terrenos– no procede del Padre, sino del mundo.
17 Y el mundo es pasajero, y también sus concupiscencias; pero quien
cumple la voluntad de Dios permanece para siempre.

Permanecer en la verdad, frente a los herejes
(2,18-29)

18 Hijitos, es la última hora. Habéis oído que tiene que venir el
Anticristo: pues bien, ya han aparecido muchos anticristos. Por eso
sabemos que es la última hora.
19 Salieron de entre nosotros, pero no eran de los nuestros. Porque si
hubieran sido
de los nuestros, habrían permanecido con nosotros. Pero sucedió así para
poner de
manifiesto que ninguno de ellos es de los nuestros. 20 En cuanto a
vosotros, tenéis la unción del Santo; y todos estáis instruidos. 21 No os
escribo porque ignoréis la
verdad, sino porque la conocéis y sabéis que ninguna mentira proviene de
la verdad.
22 ¿Quién es el mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo? Ése es

el Anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. 23 Todo el que niega al Hijo,
tampoco tiene al Padre; el que confiesa al Hijo, tiene también al Padre. 24
Vosotros procurad que lo
que habéis oído desde el principio permanezca en vosotros. Si permanece
en
vosotros lo que habéis oído desde el principio, también vosotros
permaneceréis en
el Hijo y en el Padre. 25 Y ésta es la promesa que él nos hizo: la vida eterna.
26 Os escribo esto a propósito de los que pretenden engañaros. 27 En
cuanto
a vosotros, la unción que recibisteis de él permanece en vosotros, y no
necesitáis

que nadie os enseñe. Es más, tal como su unción –que es verdadera y no engaña– os enseña acerca de todas las cosas, permaneced en él, del mismo modo que os enseñó.
28 Y ahora, hijos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza y no quedemos avergonzados lejos de él, en su venida. 29 Si sabéis que él es justo, sabed también que todo el que obra la justicia ha nacido de él.

II. LA FILIACIÓN DIVINA (3,1-24)

Somos hijos de Dios (3,1-2)

3

1 Mirad qué amor tan grande nos ha mostrado el Padre: que nos llamemos hijos de Dios, ¡y lo somos! Por eso el mundo no nos conoce, porque no le conoció a Él. 2 Queridísimos: ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es.

El que ha nacido de Dios no peca (3,3-10)

3 Todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica para ser como él, que es puro. 4 Todo el que comete pecado comete una iniquidad, pues el pecado es iniquidad. 5 Y sabéis que él se manifestó para quitar los pecados, y en él no hay pecado.
6 Todo el que permanece en él no peca. En cambio, el que peca no le ha visto ni le ha conocido. 7 Hijos: que nadie os engañe. El que obra la justicia es justo, como él es justo. 8 El que comete pecado, es del diablo, porque el diablo peca desde el principio. Para esto se manifestó el Hijo de Dios: para destruir las obras del diablo. 9 Todo el que ha nacido de Dios no peca, porque el germen divino permanece en él; no puede pecar porque ha nacido de Dios.
10 En esto se distinguen los hijos de Dios y los hijos del diablo: todo el que no obra la justicia no es de Dios, ni tampoco el que no ama a su hermano.

Práctica de la caridad fraterna (3,11-24)

11 Porque el mensaje que habéis escuchado desde el principio es

éste: que nos amemos unos a otros. [12] No como Caín, que, siendo del
Maligno, mató a su hermano. ¿Y por qué le mató? Porque sus obras eran
malas, mientras que las de su hermano eran buenas. [13] No os extrañéis,
hermanos, si el mundo os aborrece. [14]
Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque
amamos a nuestros hermanos. El que no ama permanece en la
muerte. [15] Todo el que
aborrece a su hermano es un homicida; y sabéis que ningún homicida
tiene en sí la vida eterna.
[16] En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por
nosotros. Por eso también nosotros debemos dar la vida por nuestros
hermanos. [17] Si alguno

posee bienes de este mundo y, viendo que su hermano padece necesidad, le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor a Dios? 18 Hijos, no amemos de palabra ni con la boca, sino con obras y de verdad.

19 En esto conoceremos que somos de la verdad, y en su presencia tranquilizaremos nuestro corazón, 20 aunque el corazón nos reproche algo, porque Dios es más grande que nuestro corazón y conoce todo. 21 Queridísimos: si el corazón no nos acusa, tenemos plena confianza ante Dios 22 y recibiremos de Él cuanto pidamos, porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que es grato a sus ojos.

23 Y éste es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros, conforme al mandamiento que nos dio.

24 El que guarda sus mandamientos permanece en Dios y Dios en él; y por esto conocemos que permanece en nosotros: por el Espíritu que nos ha dado.

III. LA FE EN JESUCRISTO Y EL AMOR FRATERNO (4,1-5,12)

Fe en Jesucristo, frente a los falsos profetas (4,1-6)

4

1 Queridísimos: no creáis a cualquier espíritu, sino averiguad si los espíritus son de Dios, porque han aparecido muchos falsos profetas en el mundo. 2 En esto conocéis el espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne, es de Dios; 3 y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios. Ése es el espíritu del Anticristo, de quien habéis oído que va a venir, y ya está en el mundo.

4 Vosotros, hijos, sois de Dios y los habéis vencido, porque el que está en vosotros es más poderoso que el que está en el mundo. 5 Ellos son del mundo; por eso hablan según el mundo, y el mundo los escucha. 6 Nosotros somos de Dios. El que conoce a Dios nos escucha; el que no es de Dios no nos escucha. En esto conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error.

Dios es Amor. La caridad fraterna, señal de los cristianos (4,7-21)

7 Queridísimos: amémonos unos a otros, porque el amor procede de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios, y conoce a Dios. 8 El que no ama no ha llegado a conocer a Dios, porque Dios es amor. 9 En esto se manifestó entre nosotros el amor de Dios: en que Dios envió a su Hijo Unigénito al mundo para que recibiéramos por él la vida. 10 En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su Hijo como víctima propiciatoria por nuestros

pecados.
11 Queridísimos: si Dios nos ha amado así, también nosotros debemos
amarnos unos a otros.
12 A Dios nadie le ha visto jamás. Si nos amamos unos a otros,
Dios permanece en nosotros, y su amor alcanza en nosotros su
perfección. 13 En esto
conocemos que permanecemos en Él, y Él en nosotros: en que nos ha hecho
participar de su Espíritu.

14 Nosotros hemos visto y damos testimonio de que el Padre envió a
su Hijo como salvador del mundo. 15 Si alguien confiesa que Jesús es el
Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios. 16 Y nosotros hemos
conocido y creído en el amor que Dios nos tiene. Dios es amor, y el que
permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él.
17 En esto alcanza el amor su perfección en nosotros: en que
tengamos
confianza en el día del Juicio, porque tal como es él, así somos nosotros en
este
mundo. 18 En el amor no hay temor, sino que el amor perfecto echa fuera
el temor,
porque el temor supone castigo, y el que teme no es perfecto en el amor.
19 Nosotros amamos, porque Él nos amó primero. 20 Si alguno dice:
«Amo a
Dios», y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues el que no ama a su
hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve. 21 Y hemos
recibido de
él este mandamiento: quien ama a Dios, que ame también a su hermano.

El que cree en Jesús vence al mundo (5,1-5)

5

1 Todo el que cree que Jesús es el Cristo, ése ha nacido de Dios; y todo el
que ama a quien le engendró, ama también a quien ha sido engendrado
por El. 2 En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios: en que
amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos. 3 Porque el amor de Dios
consiste precisamente en que guardemos sus mandamientos; y sus
mandamientos no son costosos, 4 porque todo el que ha nacido de Dios,
vence al mundo. Y ésta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe.
5 ¿Quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús
es el Hijo de Dios?

El testimonio sobre el Hijo
(5,6-12)

6 Éste es el que vino por el agua y por la sangre: Jesucristo. No
solamente con el agua, sino con el agua y con la sangre. Y es el Espíritu
quien da testimonio, porque el Espíritu es la verdad. 7 Pues son tres los
que dan testimonio: 8 el Espíritu, el agua y la sangre, y los tres coinciden
en lo mismo. 9 Si aceptamos el testimonio de los hombres, mayor es el
testimonio de Dios. En esto consiste el testimonio de Dios: en que ha
dado testimonio de su Hijo. 10 El que cree en el Hijo de Dios lleva en sí
mismo el testimonio. El que no cree a Dios le hace mentiroso, porque no
cree en el testimonio que Dios ha dado de su Hijo. 11 Y éste es el
testimonio: que Dios
nos ha dado la vida eterna, y esta vida está en su Hijo. 12 Quien tiene al
Hijo de Dios
tiene la vida; quien no tiene al Hijo tampoco tiene la vida.

IV. CONCLUSIÓN
(5,13-21)

13 Os escribo estas cosas, a los que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna.

Pedir por los pecadores
(5,14-17)

14 Ésta es la confianza que tenemos en Él: si le pedimos algo según
su voluntad, nos escucha. 15 Y puesto que sabemos que nos va a
escuchar en todo lo que pidamos, sabemos que tenemos ya lo que le
hemos pedido.
16 Si alguno ve que su hermano comete un pecado que no lleva a la
muerte,
que pida y le dará la vida. Esto para quienes cometen un pecado que no
lleva a la muerte, pues hay un pecado que lleva a la muerte: de éste no
hablo al decir que se
ruegue. 17 Toda injusticia es pecado, pero hay pecados que no llevan a la
muerte.

La seguridad del cristiano, hijo de Dios (5,18-21)

18 Sabemos que todo el que ha nacido de Dios no peca, sino que el
Nacido de Dios le guarda, y el Maligno no le alcanza. 19 Sabemos que
somos de Dios, mientras que el mundo entero yace en poder del Maligno.
20 Pero también sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado la
inteligencia para que conozcamos al Verdadero; y nosotros estamos en el
Verdadero, en su Hijo Jesucristo. Éste es el Dios verdadero y la vida
eterna. 21 Hijos, estad prevenidos contra los ídolos.

§ **1,1-5,21** Aunque no tiene saludo ni despedida, esta carta refleja la intimidad entre el autor y los destinatarios. El tema central es la comunión con Dios, con Cristo y con los hermanos (1,1-4). Para avivar esa comunión, San Juan va reflexionando sobre algunos temas que aparecen entrelazados como en círculos concéntricos y se contemplan cada vez con más profundidad. Son como los puntos esenciales de una catequesis bautismal por los que el cristiano puede discernir cuál es la comunión auténtica y cuál no lo es. La comunión con Dios se alcanza caminando en la luz, en la sinceridad, guardando los mandamientos y permaneciendo en la verdad de Cristo y sobre Cristo (1,5-2,29). Una comunión con Dios
que es filiación y que exige romper con el pecado y vivir con obras el mandamiento del amor fraterno (3,1-24). Una comunión que conlleva la confesión de la verdad sobre Cristo, amar como Dios ama, y creer en la acción de Dios que nos ha dado a su Hijo (4,1-5,12). La carta concluye reafirmando el poder de la oración y la seguridad que da la fe (5,14-21).
1,1-4 El prólogo, que enuncia la idea fundamental del escrito, tiene fuertes parecidos con el
del cuarto evangelio (Jn 1,1-18): Jesús es el Verbo (la Palabra) de vida manifestado a los hombres. Comentando este pasaje el Catecismo de la Iglesia Católica señala: «La transmisión de la fe cristiana es ante todo el anuncio de Jesucristo para llevar a la fe en Él. Desde el principio, los primeros discípulos ardieron en deseos de anunciar a Cristo: “No podemos nosotros dejar de hablar de lo que hemos visto y oído” (Hch 4,20). Y ellos mismos invitan a los hombres de todos los tiempos a entrar en la alegría de su comunión con
Cristo» (CCE 425).
1,5-2,29 En esta sección se expone la naturaleza de la unión con Dios y las exigencias que
conlleva.
1,5 Con la imagen de la luz, se vislumbra lo que significa la revelación: Dios es la luz,
Jesucristo nos la ha dado a conocer, y la revelación cristiana es el resplandor de esa luz.
1,6-2,2 Para llevar una vida de unión con Dios, el cristiano debe reconocerse

pecador y
luchar contra el pecado. Así, Cristo, que es el abogado ante el Padre (2,1), le purifica de
todo pecado con su sangre (v. 7). La acogida de la misericordia divina exige de cada uno de nosotros la confesión de sus faltas. La penitencia impuesta en el sacramento de la Reconciliación nos ayuda a configurarnos con Cristo que es el Único que expió nuestros pecados de una vez por todas (cfr CCE 1460).
2,3-11 A lo largo de la carta, «conocer a Dios» no significa un saber teórico sino estar
unidos a Él por la fe y por el amor, viviendo la vida de la gracia.

La novedad del mandamiento no está en el precepto –ya se encuentra en el Antiguo
Testamento (cfr Lv 19,18)–, sino en la medida que exige Jesús –«como yo os he amado» (Jn 13,34)– y en su universalidad: el amor a todos los hombres, amigos y enemigos, sin

distinción de raza, ni de ideología, ni de posición social. «¿Cuál es la perfección del amor? Amar a los enemigos y amarlos para que se conviertan en hermanos» (S. Agustín, In Epist Ioann. ad Parth. 1, 9).

2,12-14 Estos versículos pueden entenderse como una exhortación dirigida a todos los cristianos, a cada uno según su situación. «Hijos» y «niños» podría referirse a los recién bautizados, mientras que «padres» y «jóvenes» haría referencia a quienes ya han recorrido diversas etapas en su fe; bien porque son capaces de engendrar a otros en esa misma fe, bien porque luchan y, con la gracia, vencen las tentaciones del mundo.

2,15-17 «Mundo» tiene aquí el sentido peyorativo de enemigo de Dios y del hombre, abarcando todo lo que se opone a Dios: el reino del pecado. «Arrogancia de los bienes terrenos» (v. 16) se ha venido traduciendo habitualmente como «soberbia de la vida». «San Juan distingue tres especies de codicia o concupiscencia (...). Siguiendo la tradición catequética católica, el noveno mandamiento proscribe la concupiscencia de la carne; el décimo prohibe la codicia del bien ajeno» (CCE 2514).

2,18-29 La existencia de herejes lleva a pensar que se ha cumplido la predicción del Señor sobre la llegada del Anticristo (cfr Mt 24,-15-28 y par.; 2 Ts 2,1-12), y ha comenzado «la última hora» (v. 18). Ésta refleja el anhelo de los primeros cristianos por la segunda venida de Cristo o Parusía, y quiere decir que todo lo que sucede está preparando esa venida.

«La unción del Santo» (vv. 20 y 27) se refiere a la acción del Padre y del Hijo por el Espíritu Santo que se despliega en el cristiano mediante el Bautismo. Los cristianos no necesitan oír enseñanzas ajenas a las de la Iglesia, sino que, guiados por el Espíritu Santo, poseen la certeza de la fe «cuando “desde los obispos hasta el último de los laicos cristianos” (S. Agustín, De praed. sanct. 14,27) muestran estar totalmente de acuerdo en cuestiones de fe y de moral» (C. Vat. II, Lum. gent. 12). Éste es el denominado sentido sobrenatural de la fe de los fieles (sensus fidelium).

El v. 22 contiene una verdad fundamental de la fe: para ser cristiano es necesario creer que Jesús, el que vivió entre nosotros, es el Mesías Hijo de Dios.

3,1-24 En esta segunda sección San Juan fundamenta sus exhortaciones en la condición de hijo de Dios del cristiano.

3,1-2 La filiación divina es una realidad espléndida por la que Dios da gratuitamente a los hombres una dignidad estrictamente sobrenatural, que nos introduce en la intimidad divina y nos hace domestici Dei, familiares de Dios (cfr Ef 2,19). «Ésa es la gran osadía de la fe cristiana: proclamar el valor y la dignidad de la humana naturaleza, y afirmar que, mediante la gracia que nos eleva al orden sobrenatural, hemos sido creados para alcanzar la dignidad de hijos de Dios» (S. Josemaría Escrivá, Hom. 1. 133).

3,3-10 Llegar a ver a Dios (cfr v. 2) es la esperanza que sostiene y anima al cristiano en el camino hacia la santidad, y que le lleva a luchar contra el pecado. Frente a los herejes que aducían un conocimiento especial de Dios (gnosis), que les situaba por encima del bien y del mal, de manera que el pecado les resultaba indiferente, San Juan se hace eco de las palabras del Señor: «Por el fruto se conoce el árbol» (Mt 12,33). Los criterios de discernimiento son: la práctica de la justicia, esto es, la lucha por la santidad y contra el pecado, y la práctica del amor fraterno (v. 10).

3,11-24 Los que no viven el amor fraterno son tan homicidas como Caín (v. 12). Por contraste, el modelo es Cristo, que dio su vida por nosotros (vv. 13-16). El amor fraterno se debe manifestar, por tanto, con obras y de verdad (vv. 17-18) y tiene como consecuencia la confianza plena en Dios, que conoce todo (vv. 19-22).

«Creo que ésta es la perla que buscaba el comerciante descrito en el Evangelio, que, al encontrarla, vendió todo lo que tenía y la compró (cfr Mt 13,46). Ésta es la perla preciosa: la caridad. Sin ella de nada te sirve todo lo que tengas; si sólo posees ésta, te basta. (...) Puedes decirme: “no he visto a Dios”; pero ¿puedes decirme: “no he visto al hombre”? Ama a tu hermano. Si amas a tu hermano que ves, también verás a Dios, porque verás la caridad y dentro de ella habita Dios» (S. Agustín, In Epist. Ioann. ad Parth. 5,7).

Con un ejemplo muy similar al de St 2,15-16, San Juan indica en los vv. 17-18 que el amor verdadero se manifiesta en obras concretas.

Los mandamientos divinos se resumen en un doble aspecto (vv. 22-24): la fe en Jesucristo y el amor a los hermanos. «Ni podemos amarnos unos a otros con rectitud sin la fe en Cristo: ni podemos creer de verdad en el nombre de Jesucristo sin amor fraterno» (S.

Beda, In 1 Epist. Ioann. in loc.).

4,1-5,12 En esta sección se desarrollan con nueva amplitud y profundidad los temas centrales de la carta como en un tríptico en el que la fe en Jesucristo enmarca el mandamiento del amor.

4,1-6 Creer en la verdadera encarnación del Hijo de Dios es el signo distintivo de la fe cristiana. «Las primeras herejías negaron menos la divinidad de Jesucristo que su humanidad verdadera (docetismo gnóstico). Desde la época apostólica la fe cristiana insistió en la verdadera encarnación del Hijo de Dios, "venido en la carne"» (CCE 465).

4,7-21 El hilo de la argumentación es el siguiente: Dios es amor y es quien primero nos ha amado (vv. 7-10); el amor fraterno es la respuesta obligada al amor de Dios (vv. 11-16); cuando hay amor perfecto no hay temor (vv. 17-18); el amor fraterno es manifestación del amor de Dios (vv. 19-21).

El tema central de la carta se resume en la expresión «Dios es amor» (vv. 8.16). «Aunque nada más se dijera en alabanza del amor en todas las páginas de esta Epístola, aunque nada más se dijera en todas las páginas de la Sagrada Escritura, y únicamente oyéramos por boca del Espíritu Santo "Dios es amor", nada más deberíamos buscar» (S. Agustín, In Epist. Ioann. ad Parth. 7,4). «Al enviar en la plenitud de los tiempos a su Hijo único y al Espíritu de Amor, Dios revela su secreto más íntimo; Él mismo es una eterna comunicación de amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y nos ha destinado a participar en Él» (CCE 221). La Encarnación y la muerte redentora de Cristo son la manifestación suprema de ese amor.

5,1-5 El bautizado, por la fe en Jesucristo, es hecho hijo de Dios. Como consecuencia, ama a sus hermanos los hombres –no se concibe el amor al padre sin amar a los hermanos–, cumple los mandamientos y participa de la victoria de Cristo sobre el mundo.

5,6-12 Parece que algunos gnósticos afirmaban que Jesús de Nazaret se había convertido en Hijo de Dios por el Bautismo y había dejado de serlo antes de la pasión. San Juan sale al paso de estos errores y con la alusión –con los términos agua y sangre– al Bautismo y a la muerte de Jesucristo en la cruz, afirma que tales hechos son inseparables del testimonio del Espíritu, y negarlos seria hacer mentiroso a Dios (cfr v. 10).

5,13-21 Después de una breve conclusión (v. 13) que resume el tema central de la epístola, San Juan añade, a modo de apéndice, unas recomendaciones finales.

5,14-17 El autor sagrado refuerza la confianza en la oración y urge a la necesidad de orar por los pecadores. «Pecado que lleva a la muerte» (v. 16), recuerda el pecado contra el Espíritu Santo (cfr Mt 12,31-32) y el de apostasía (cfr Hb 6,4-8). «Juan parece querer acentuar la incalculable gravedad de lo que es la esencia del pecado, el rechazo de Dios, que se realiza sobre todo en la apostasía y en la idolatría, o sea, en repudiar la fe en la verdad revelada y en equiparar con Dios ciertas realidades creadas, elevándolas al nivel de ídolos o falsos dioses» (Juan Pablo II, Reconc. et paen. 17). Si San Juan no manda expresamente orar por esos pecadores, no quiere decir que sean irrecuperables, consideradas la omnipotencia y la misericordia de Dios.

5,18-21 Jesucristo, Dios y hombre verdadero, es también la vida eterna, porque sólo en Él podemos alcanzarla. En las palabras finales, San Juan exhorta a considerar la grandeza de la filiación divina: «Reconoce, cristiano, tu dignidad, y puesto que has sido hecho partícipe de la naturaleza divina, no pienses volver con un comportamiento indigno a las antiguas vilezas. Piensa de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro. No olvides que fuiste liberado del poder de las tinieblas y trasladado a la luz y al Reino de Dios» (S.

León Magno, Serm. 1 in Nativ. 3).

[Ir a Índice]
Ir a introducción

SEGUNDA CARTA DE SAN JUAN

(§ 1-13)

Saludo (1-3)

1 El Presbítero, a la Señora Elegida y a sus hijos, a quienes amo en
verdad –y no yo solo, sino todos los que tienen conocimiento de la
verdad–, 2 en razón de la verdad que habita en nosotros y que con
nosotros estará para siempre. 3 La gracia, la misericordia y la paz de parte
de Dios Padre y de Jesucristo, el Hijo del Padre, estén con nosotros en
verdad y amor.

El mandamiento de la caridad
(4-6)

4 Me alegré mucho al haber encontrado entre tus hijos a quienes
caminan en la verdad, conforme al mandamiento que recibimos del
Padre. 5 Y ahora te ruego, Señora, no como escribiéndote un
mandamiento nuevo, sino el que tenemos desde el principio: que nos
amemos unos a otros. 6 Y en esto consiste el amor: en que caminemos
conforme a sus mandamientos. Éste es el mandamiento, tal y como
habéis oído desde el principio: que caminéis en el amor.

Cautelas con los herejes
(7-11)

7 Porque han aparecido en el mundo muchos seductores, que no
confiesan a Jesucristo venido en carne. Ese es el seductor y el Anticristo. 8
Mirad por vosotros, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino
que recibáis la recompensa plena. 9 Todo el que se sale de la doctrina de
Cristo, y no permanece en ella, no posee a Dios; quien permanece en la
doctrina, ése posee al Padre y al Hijo. 10 Si alguno viene a vosotros y no
transmite esta doctrina no lo recibáis en casa ni le saludéis; 11 pues quien
le saluda se hace cómplice de sus malas obras.

Conclusión y saludos (12-13)

12 Aunque tengo muchas cosas que escribiros, no he querido
hacerlo con papel y tinta, sino que espero poder estar entre vosotros y
hablaros de viva voz, para que nuestra alegría sea completa. 13 Te
saludan los hijos de tu hermana Elegida.

§ 1-13 Siguiendo el modelo epistolar de su tiempo (saludo, cuerpo central y despedida), la carta incluye recomendaciones a una comunidad cristiana, que coinciden con los temas tratados más ampliamente en la primera carta de Juan:

amor fraterno, observancia de los mandamientos (vv. 4-6) y cuidado frente a los seductores (vv. 7-11).

1-3 La «Señora Elegida» o Electa es probablemente una metáfora para referirse a una iglesia particular de Asia Menor.

El término «verdad» aparece cuatro veces. Significa la revelación de Dios que culmina en Jesucristo y que abarca el conjunto de verdades que hemos de creer. Pero es también, y ante todo, un principio interior de vida y de actividad sobrenatural: «amar en verdad» es

«amar en Cristo».

4-6 Los mandamientos se resumen en el amor a Dios y al prójimo. «Oye de una vez un breve precepto: ama y haz lo que quieras. Si callas, calla por amor; si clamas, clama por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor» (S. Agustín, In Epist. Ioann. ad Parth. 7,8). La tradición es tan firme en este punto que quien enseñe doctrinas diversas es falsario y seductor.

7-11 Estos versículos constituyen un resumen de lo que se expone en 1 Jn. Señalan el criterio para distinguir a aquellos herejes: no confiesan la divinidad de Jesucristo encarnado. Indican que quien se aparta de la buena doctrina se aleja del Padre y del Hijo.

Entre los orientales la hospitalidad y el saludo no eran simples muestras de buena educación o de cortesía: llevaban consigo una mayor solidaridad y afinidad. Por eso se advierte que dar la hospitalidad o el saludo a esas personas (vv. 10-11) supondría una complicidad en sus malas obras, con el consiguiente peligro de escándalo para otros fieles.

Sobre el «Anticristo» (v. 7), ver 1 Jn 2,18-29.

12-13 El saludo del v. 13 hace referencia a los fieles de la iglesia desde donde escribe, probablemente la de Éfeso.

[Ir a Índice]
Ir a introducción

TERCERA CARTA DE SAN JUAN

(§ 1-15)

Saludo (1-2)

1 El Presbítero, al querido Gayo, a quien amo de verdad. 2 Queridísimo, pido que te vaya bien en todo y que goces de buena salud, tal como le va bien a tu alma.

Elogio a Gayo (3-8)

3 Me alegré mucho cuando vinieron unos hermanos y dieron testimonio de tu fidelidad, de cómo caminas en la verdad. 4 No hay para mí mayor alegría que oír que mis hijos caminan en la verdad. 5 Queridísimo, en tu conducta con los hermanos, incluso con los forasteros, te portas como corresponde a un fiel. 6 Ellos dieron testimonio de tu caridad en presencia de la Iglesia. Y harás bien en proveerles para su viaje de una manera digna de Dios; 7 pues por el Nombre se pusieron en camino sin aceptar nada de los gentiles. 8 Por eso, nosotros debemos acogerlos, para ser cooperadores de la verdad.

Abusos de Diotrefes (9-12)

9 He escrito algunas cosas a la Iglesia; pero Diotrefes, que ambiciona el primer puesto entre ellos, no nos acepta. 10 Por eso, cuando vaya, le recordaré las cosas que está haciendo, criticándonos con palabras maliciosas. Y no contento con esto, tampoco recibe a los hermanos, y a los que quieren recibirles se lo prohibe y los expulsa de la Iglesia.

Recomendación de Demetrio

11 Queridísimo: no imites lo malo, sino lo bueno. El que obra el bien es de Dios; el que obra el mal no ha visto a Dios. 12 En favor de Demetrio habla el testimonio de todos e incluso la verdad misma; nosotros también damos testimonio, y sabes que nuestro testimonio es verdadero.

Conclusión y saludos (13-15)

13 Muchas cosas tendría que escribirte, pero no quiero hacerlo con tinta y pluma. 14 Espero verte pronto y hablaremos de viva voz. 15 La paz esté contigo. Te saludan los amigos. Saluda uno a uno a los amigos.

§ **1-15** Esta carta es muy similar en su forma a la anterior. Fue escrita con motivo de algunos conflictos surgidos en una comunidad cristiana. San Juan elogia a Gayo, el destinatario de la carta, por practicar la hospitalidad con los enviados por el Apóstol (vv. 3-8) y condena la conducta de Diotrefes (vv. 9-10), a la vez que recomienda a un cierto Demetrio (vv. 11-12).
1-2 Un antiguo escrito cristiano (Const. Apost. 7,46) menciona a Gayo como obispo de

Pérgamo, y a Demetrio (v. 12), como obispo de Filadelfia; pero se trata de datos poco seguros. Por las indicaciones de la carta no parece que tuviera, al menos todavía, ningún cargo jerárquico; seria más bien un cristiano ilustre que vivía con fidelidad su misión en la Iglesia.

3-8 «Por el Nombre» (v. 7) significa «por Cristo» (cfr Hch 5,41; Flp 2,9-10; St 2,7).

«Cooperadores de la verdad» (v. 8). El Concilio Vaticano II aplica a los laicos estas palabras para explicar cómo se complementan mutuamente su apostolado y el ministerio propio de los pastores: «El apostolado de la Iglesia y de todos sus miembros se ordena, sobre todo, a manifestar al mundo el mensaje de Cristo mediante palabras y obras, y a comunicar su gracia. Esto se realiza principalmente mediante el ministerio de la palabra y los sacramentos, encomendado de modo especial al clero, pero en el que los laicos tienen también que cumplir un papel de gran importancia, siendo cooperadores de la verdad». (C. Vat. II, Apost. actuo. 6).

9-12 En estos versículos se pone en contraste la conducta de Diotrefes con la de Demetrio.

Es un ejemplo más de cómo la Iglesia se muestra atenta a la conducta de sus pastores:

«En el ejercicio de su función de padre y pastor, los obispos han de ser servidores en medio de los suyos: buenos pastores, que conocen a sus ovejas y a quienes éstas los conocen también; verdaderos padres, que se distinguen por el espíritu de amor y de solicitud por todos» (C. Vat. II, Christ. Dom. 16).

El v. 11 es un resumen de la doctrina que se expone con amplitud en 1 Jn: el que obra el bien pone de manifiesto con su conducta que es hijo de Dios, que está unido a Jesucristo y permanece en Él.

13-15 «La paz esté contigo». Es el saludo habitual en hebreo, que los apóstoles continúan
utilizando en sus cartas, dándole un sentido cristiano.

LA CARTA DE SAN JUDAS

[Ir a Índice]

Frente a los falsos doctores que sostenían que la libertad ante la Ley libera al cristiano de la obligación moral, esta breve carta exhorta a la fidelidad en la fe y muestra las implicaciones morales del Evangelio.

El autor se presenta a sus lectores como «Judas, siervo de Jesucristo y hermano de Santiago» (v. 1). La indicación «hermano de Santiago» le sirve como referencia de autoridad para sus destinatarios, pues Santiago, pariente del Señor, había estado al frente de la iglesia de Jerusalén (cfr *Introducción a la Carta de Santiago*). El nombre de Judas (no el Iscariote) aparece junto con el de Santiago y otros «hermanos» de Jesús, es decir, como uno de los parientes del Señor, en Mt 13,55 y Mc 6,3; es posible que fuera uno de los Doce, el llamado Judas de Santiago (Lc 6,16; Hch 1,13) o Judas Tadeo (Mt 10,3; Mc 3,18). La carta no especifica a quién se dirige, pero probablemente fue escrita de manera más inmediata a cristianos convertidos del judaísmo. Se desconoce la fecha de su composición. Quizá fuera en torno al año 70.

El autor se propone exhortar a los fieles a combatir por la fe recibida (v. 3), recordándoles lo que ya habían predicho los Apóstoles sobre la aparición de hombres malvados dominados por sus pasiones (vv. 17-18). Las noticias de que tales hombres impíos ya se habían introducido solapadamente en aquellas comunidades cristianas (cfr v. 4) pudieron ser el motivo inmediato del escrito.

Según los datos de la carta, aquellos errores se daban sobre todo en ámbito moral: son impíos «que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios» (v. 4), y que propugnan una falsa interpretación de la libertad cristiana, error que también San Pablo combatió (cfr p. ej. Rm 6,1-15; 1 Co 6,12 ss.; Ga 5,13 ss.). Se mencionan sobre todo la intemperancia (vv. 4.8.11.13.23) y la avaricia (vv. 11.16).

El problema de los falsos maestros y su influencia perniciosa entre los fieles se aborda también en la *Segunda Carta de San Pedro*; entre ambas hay una gran semejanza de ideas e, incluso, de terminología, especialmente entre Judas 4-18 y 2 P 2,1-3,3. La comparación de ambos textos induce a pensar que la de Judas influye en la Segunda de Pedro, donde se elaboran y matizan algunas de las expresiones. El autor de la *Carta de San Judas* utiliza argumentos tomados de la tradición bíblica y extrabíblica, y cita pasajes de escritos apócrifos como la *Asunción de Moisés* (v. 9) y el *Libro de Henoc* (vv. 7.14-15).

Citas del Antiguo Testamento

9. Za 3,2

CARTA DE SAN JUDAS

(§ 1-25)

Saludo y bendición

(1-2)

[1] Judas, siervo de Jesucristo y hermano de Santiago, a los que han
recibido la llamada divina, amados de Dios Padre y guardados para
Jesucristo: [2] misericordia, paz y amor en abundancia para vosotros.

Motivo de la carta
(3-4)

3 Queridísimos: como tengo gran interés en escribiros sobre
nuestra común salvación, me siento obligado a dirigiros esta carta, para
exhortaros a combatir por
la fe que ha sido entregada a los santos de una vez por todas. 4
Porque se han
infiltrado ciertos hombres, ya desde hace tiempo señalados en la Escritura
para esta condenación, hombres impíos que convierten en libertinaje la
gracia de nuestro Dios y niegan al único Dueño y Señor nuestro, Jesucristo.

I. DENUNCIA DE LOS FALSOS MAESTROS
(5-16)

El castigo que espera a esos impíos
(5-7)

5 Quiero recordaros, aunque ya sepáis todo esto de una vez por
todas, que el Señor –después de haber salvado al pueblo de la tierra de
Egipto– hizo perecer a continuación a los que no creyeron; 6 y que a los
ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia
morada, los tiene guardados en tinieblas con cadenas eternas para el
juicio del gran día; 7 también Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas,
que como ellos se entregaron a la fornicación y siguieron un uso
antinatural de la carne, están puestas para escarmiento, sufriendo el
castigo de un fuego eterno.

Su conducta inmoral y escandalosa
(8-13)

8 También éstos, a pesar de todo, en su delirio manchan su cuerpo,
desprecian la autoridad del Señor y blasfeman contra los seres gloriosos. 9
El arcángel Miguel, cuando –oponiéndose al diablo– disputaba sobre el
cuerpo de Moisés, no se atrevió a pronunciar una sentencia injuriosa, sino
que dijo: *¡Que el Señor te reprenda!* 10 Pero éstos blasfeman contra todo lo
que desconocen; y en lo que conocen por instinto natural como las bestias
irracionales, en eso se corrompen.
11 ¡Ay de ellos!, porque se metieron por el camino de Caín, y se
precipitaron por afán de lucro en la aberración de Balaán, y perecieron
en la rebelión de Coré. 12
Éstos son una mancha en vuestros ágapes: comportándose sin recato
como si
estuvieran en banquetes, se cuidan a sí mismos; son nubes sin agua
zarandeadas
por los vientos; árboles de otoño sin fruto, dos veces muertos y
arrancados de raíz;
13 olas bravías del mar que echan la espuma de sus torpezas; astros
errantes a los
que está reservado para siempre el infierno
tenebroso.

El juicio de Dios (14-16)

14 De ellos también profetizó Henoc, el séptimo descendiente de

Adán, cuando dijo: «Mira, ha venido el Señor con sus santas miríadas, [15] para entablar juicio contra todos y dejar convictos a todos los impíos de todas las perversidades que han cometido, y de todas las injurias que los pecadores impíos han proferido contra él». [16] Éstos son unos murmuradores que se quejan de su suerte, viviendo al dictado de sus concupiscencias; y su boca pronuncia palabras hinchadas, adulando a las personas por su propio interés.

II. EXHORTACIONES A LOS FIELES
(17-25)

Estaba predicha la aparición de los impíos
(17-19)

17 Pero vosotros, queridísimos, acordaos de las palabras
anunciadas por medio de los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo, 18
que os decían: «En los últimos tiempos habrá quienes se burlen de
todo y vivan según sus impías concupiscencias». 19 Éstos son los que
crean divisiones, hombres meramente naturales, que no tienen el
Espíritu.

La virtudes teologales
(20-21)

20 Pero vosotros, queridísimos, edificándoos sobre vuestra
santísima fe y orando en el Espíritu Santo, 21 manteneos en el amor de
Dios, aguardando que la misericordia de nuestro Señor Jesucristo os
conceda la vida eterna.

Comportamiento con los que vacilan
(22-23)

22 Tratad con compasión a los que vacilan: 23 a unos procurad
salvarlos, arrancándolos del fuego; a otros, tratadlos con misericordia,
pero con precaución, aborreciendo hasta la túnica contaminada por su
carne.

Doxología final (24-
25)

24 Al que es poderoso para guardaros sin tropiezo y presentaros sin
tacha y con júbilo delante de su gloria, 25 al único Dios, Salvador nuestro
por medio de Jesucristo nuestro Señor, la gloria, la majestad, el imperio y
la potestad, desde siempre y ahora y por todos los siglos. Amén.

§ 1-25 En esta carta encontramos, en forma más breve, temas similares a los de la Segunda Carta de San Pedro. San Judas, tras exponer el motivo por el que se ve obligado a escribir (vv. 3-4), recuerda cómo Dios castigó a aquellos hombres cuya conducta
blasfema y licenciosa están imitando ahora algunos (vv. 5-16) y, en contraposición, anima a los fieles a mantenerse firmes en la fe y en la caridad (vv. 17-23). Concluye con una
solemne alabanza a Dios por Cristo (vv. 24-25).
1-2 Con las expresiones con que designa a sus destinatarios, el autor describe lo que es un
cristiano: su vida se inicia con la llamada divina, progresa gracias al amor de Dios y culmina en Jesucristo.
3-4 Se pone en guardia a los fieles contra ciertos falsos maestros que, con el pretexto de la
libertad ganada por Cristo, rebajaban las exigencias de la lucha contra el
8-13 Para ilustrar mejor la maldad de las injurias a ciertos seres angélicos, el

pecado. Para profundizar en el verdadero alcance de la libertad, hay que mirar a Jesucristo. «La libertad adquiere su auténtico sentido cuando se ejercita en servicio de la verdad que rescata, cuando se gasta en buscar el Amor infinito de Dios, que nos desata de todas las servidumbres» (B. Josemaría Escrivá, Hom. 2. 27).

5-16 Esta parte de la carta desenmascara a los «impíos» anunciando el fin que les espera.

5-7 Los tres ejemplos bíblicos (Nm 14,35; Gn 6,1-2 y 19,4-25) parecen señalar tres vicios fundamentales: incredulidad, soberbia y lujuria. Ver también 2 P 2,4-10. La existencia del infierno (cfr v. 7), y de los otros «novísimos», es doctrina cristiana, revelada no para provocar terror, sino para estimular a la conversión y a la perseverancia en el bien:
«Solamente en esa visión escatológica se puede tener la medida exacta del pecado y sentirse impulsados decididamente a la penitencia y a la reconciliación» (Juan Pablo II, Reconc. et paen. 26). [En LXX traducen ángeles por hijos de los hombres].

8-13 Para ilustrar mejor la maldad de las injurias a ciertos seres angélicos, el

acude a la leyenda popular recogida en el apócrifo La Asunción de Moisés, según la cual, cuando San Miguel iba a enterrar el cuerpo de Moisés, el diablo intentó arrebatárselo. San Miguel se lo impidió pero no injurió al diablo, sólo apeló al juicio de Dios.

Con otros tres ejemplos bíblicos destaca la conducta perversa de los falsarios: Caín (Gn 4,3), Balaán (Nm 31,16; Ap 2,14; cfr 2 P 2,15); Coré y sus seguidores que se rebelaron contra Moisés (Nm 16).

Los falsos maestros no tienen inconveniente en asistir a celebraciones de los cristianos, pero llevan una vida amoral, produciendo escándalo.

14-16 Se cita ahora expresamente el Libro de Henoc, apócrifo escrito años antes de Jesucristo, que recoge muchos relatos legendarios sobre textos oscuros del Antiguo Testamento. Hay otras referencias a él a lo largo de la carta. En el lenguaje apocalíptico de esta clase de literatura se habla de acontecimientos futuros como si ya hubiesen sucedido. San Judas se sirve de él para ilustrar la doctrina sobre el castigo de los «impíos».

17-25 Ante los errores de los falsos maestros, esta parte de la carta exhorta a custodiar la fe, a la práctica de las virtudes y al buen ejemplo.

17-19 Estos avisos se remontan en última instancia a lo que Cristo había predicho: «Surgirán falsos mesías y falsos profetas, y se presentarán con grandes señales y prodigios para engañar, si fuera posible, incluso a los elegidos» (Mt 24,24).

Los «últimos tiempos» es una expresión que hace referencia a la era mesiánica, que ha comenzado con la venida de Cristo (cfr Ga 4,4).

20-21 Como en otros lugares del Nuevo Testamento, la invocación a las tres Personas divinas viene acompañada de una exhortación a las tres virtudes teologales: «Las virtudes teologales se refieren directamente a Dios. Disponen a los cristianos a vivir en relación con la Santísima Trinidad. Tienen como origen, motivo y objeto a Dios Uno y Trino» (CCE 1812).

22-23 Los cristianos han de tratar siempre con misericordia a los que se apartan de la buena doctrina, a la vez que evitan el peligro para sus almas. «Es propio de los perfectos que en los pecadores no odien más que los pecados; y que amen a esos mismos hombres» (S. Agustín, Contra Adimant 17,5).

24-25 La doxología o alabanza a Dios Padre por medio de Jesucristo enseña que Éste es el Mediador tanto de nuestra salvación como de nuestra alabanza al Padre. Desde sus inicios, la Iglesia tiene la costumbre de dirigir la oración litúrgica al Padre por medio de Jesucristo.

EL APOCALIPSIS

[Ir a Índice]

El Apocalipsis cierra la colección de libros de la Sagrada Escritura y es el único, dentro del Nuevo Testamento, de carácter profético. La Iglesia ha recurrido a él con frecuencia, sobre todo en la Liturgia, para cantar el triunfo de Cristo resucitado y el esplendor de la Jerusalén celestial, símbolo de la Iglesia en su estado glorioso. Se puede ver cierto paralelismo entre el Apocalipsis y el primero de los libros sagrados, el Génesis. En éste se nos presenta el comienzo de cuanto existe, mediante la acción creadora de Dios. En el Apocalipsis, con un simbolismo similar al del Génesis, se habla extensamente de la nueva creación (cfr Ap 21,1-5), inaugurada con la Redención de Cristo y que culminará con su segunda venida al final de la historia. Los últimos capítulos aluden en concreto al río que regaba el paraíso (cfr
Gn 2,6; Ap 22,1) y al árbol de la vida (cfr Gn 2,9; Ap 22,14).

Durante los dos siglos anteriores y posteriores a Cristo, especialmente en momentos de gran tribulación, surgieron bastantes escritos, judíos y, después, cristianos, que llevaban por título «Apocalipsis» (Revelación), cuyo contenido y forma correspondían a lo que hoy se llama «género apocalíptico». Estos libros tienen fundamentalmente dos rasgos comunes: a) el tema de los últimos tiempos,
cuando triunfará el bien y será derrotado el mal; b) el recurso a simbolismos del reino animal, de los astros, de expresiones numéricas, etc., para describir la historia pasada y presente, proyectándolos a la vez a los tiempos finales. El Apocalipsis de Juan participa de estos rasgos, pero en el fondo depende con más fuerza de los oráculos proféticos del Antiguo Testamento. Como los otros «apocalipsis», es también un libro de consolación, surgido en un periodo de dificultades extraordinarias. A la vez representa un estímulo a la santidad de vida y a la fidelidad a Jesucristo, válido en todo tiempo.

El autor de esta «revelación» se llama Juan (1,1). Debido al tipo peculiar del escrito, han surgido numerosos intentos de identificación de este autor. Desde el siglo II la Tradición identifica a este Juan con San Juan Apóstol y evangelista. Las semejanzas con el cuarto evangelio son muchas y tras ambos escritos parece muy probable que haya de reconocerse la autoridad del Apóstol. El libro va dirigido a «las siete iglesias que están en Asia» (1,4): Efeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea (cfr 1,11), número que simboliza la Iglesia universal. La finalidad del escrito es poner en guardia a los cristianos contra los serios peligros que existían para la fe y, al mismo tiempo, consolar y animar a cuantos sufrían el peso de la tribulación, debida sobre todo a las terribles persecuciones de Domiciano (años 81-96) y de algunos judíos. En esas circunstancias el autor trata de consolar a los cristianos, para que mantengan viva la esperanza en el triunfo final de Cristo.

Muchas han sido las interpretaciones del Apocalipsis a lo largo de la historia. Entre ellas han sido numerosas las que veían en este libro exclusivamente una profecía final de los últimos tiempos. Sin embargo, el Apocalipsis constituye una visión teológica de toda la historia, subrayando su aspecto trascendente y religioso. San Juan nos presenta la situación de

El núcleo doctrinal del Apocalipsis está centrado, pues, en las venidas

la Iglesia en aquel momento, y una amplia panorámica de los últimos tiempos; pero con la particularidad de que esos tiempos definitivos se han inaugurado ya con la venida de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre. Es una concepción muy acorde con el cuarto evangelio, donde también se presenta la época definitiva, así como la vida eterna, ya iniciadas ahora de alguna forma y en marcha hacia la plenitud total. De este modo se nos da una cierta perspectiva de los acontecimientos y la esperanza del triunfo final. Por una parte se presenta la lucha cósmica entre el bien y el mal, pero por otra se da por sentado el triunfo definitivo de Cristo.

El núcleo doctrinal del Apocalipsis está centrado, pues, en las venidas

tanto la primera con su triunfo sobre la muerte, como la segunda –la Parusía– con el establecimiento definitivo de su Reino al final de los tiempos. Además se contienen exhortaciones de orden moral, especialmente en la primera parte, y enseñanzas sobre la Redención obrada por Cristo, la majestad de Dios, la Iglesia, los ángeles y la Virgen María.

Citas del Antiguo Testamento

1,7. Dn 7,13; Za 12,10
1,13. Dn 7,13; 10,5
1,14. Dn 7,9; 10,6
1,15. Dn 10,6; Ez 1,24; 43,2
2,26-27. Sal 2,8-9
3,7. Is 22,22
4,7. Ez 1,10
4,8. Is 6,2-3; Ez 1,18; Ex 3,14
6,16. Os 10,8
7,16. Is 49,10
7,17. Ez 34,23; Sal 23,2; Jr 2,13; Is 25,8
9,20. Dn 5,4.23; Sal 115,4-7; 135,15-17
10,5-6. Dn 12,7; Gn 14.22.19; Ne 9,6
11,4. Za 4,3.11-14
12,5. Is 66,7; Sal 2,9
13,10. Jr 15,2; 43,11
19,15. Sal 2,9
21,3. Lv 26,11-12; Ez 37,27; Za 2,14
21,4. Is 25,8
21,7. 2 S 7,14
21,12. Ez 48,31; Ex 28,21
21,13. Ez 48,31-34

APOCALIPSIS

Prólogo (1,1-3)

1

1 Revelación de Jesucristo, que Dios le ha comunicado para manifestar a
sus siervos lo que va a suceder pronto, y que, enviando a su ángel, dio a
conocer a su siervo Juan, 2 quien ha dado testimonio de todo lo que vio: la
palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo. 3 Bienaventurado quien lea
y quienes escuchen las palabras de esta profecía, y guarden lo que está
escrito en ella; porque el momento está cerca.

PRIMERA PARTE

CARTAS A LAS SIETE IGLESIAS

(§ 1,4-3,22)

Saludo y destinatarios (1,4-8)

4 Juan, a las siete iglesias que están en Asia: la gracia y la paz estén
con vosotros, de parte de aquel que es, que era y que va a venir; de parte
de los siete espíritus que están delante de su trono, 5 y de parte de
Jesucristo, el testigo fiel, primogénito de los muertos y príncipe de los
reyes de la tierra. Al que nos ama y nos libró de nuestros pecados con su
sangre 6 y nos ha hecho estirpe real, sacerdotes para su Dios y Padre: a él
la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.
7 *Mirad, viene rodeado de nubes* y todos los ojos le *verán*, incluso
los que le traspasaron, y se lamentarán por él todas las tribus de la
tierra. Sí. Amén. 8 Yo soy
el Alfa y la Omega, dice el Señor Dios, aquel que es, que era y que va a
venir, el
Todopoderoso.

Motivo del escrito
(1,9-20)

9 Yo, Juan, vuestro hermano que comparte con vosotros la
tribulación, el
reino y la paciencia en Jesús, estuve en la isla que se llama Patmos, por
causa de la
palabra de Dios y del testimonio de Jesús. 10 Caí en éxtasis un domingo y
oí detrás de mí una gran voz, como una trompeta, 11 que decía:
—Escribe en un libro lo que ves y envíaselo a las siete iglesias: a
Éfeso, a
Esmirna, a Pérgamo, a Tiatira, a Sardes, a Filadelfia y a Laodicea.
12 Me volví para ver quién me hablaba; y al volverme, vi siete
candelabros de oro, 13 y en medio de los candelabros *como un Hijo de*
hombre, vestido con una túnica hasta los pies, y *ceñido* el pecho con una
banda *de oro*. 14 *Su cabeza y sus*
cabellos eran blancos como lana blanca, *como nieve, sus ojos como* una
llama *de*
fuego, 15 *sus pies semejantes al metal precioso* cuando está en un horno
encendido,
su voz como un estruendo de muchas aguas. 16 En su mano derecha tenía
siete
estrellas, de su boca salía una espada tajante de doble filo, y su rostro
era como el sol cuando brilla en todo su esplendor.
17 Al verle, caí a sus pies como muerto. Él, entonces, puso la mano
derecha
sobre mí, diciendo:
—¡No temas! Yo soy el primero y el último, 18 el que vive; estuve
muerto pero
ahora estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte
y del
hades. 19 Escribe, por eso, lo que has visto, tanto lo presente como lo que
va a suceder después. 20 En cuanto al misterio de las siete estrellas que
has visto en mi
mano derecha y al de los siete candelabros de oro, las siete estrellas son
los
ángeles de las siete iglesias, y los siete candelabros son las siete iglesias.

Carta a la iglesia de Éfeso (2,1-7)

2

1 Al ángel de la iglesia de Éfeso escríbele: «Esto dice el que tiene las siete
estrellas en la mano derecha, el que anda por en medio de los siete
candelabros de oro: 2 “Conozco tus obras, tu fatiga y tu constancia; que
no puedes soportar a los malvados y que has puesto a prueba a los que se
dicen apóstoles y no lo son, y los encontraste mentirosos; 3 que tienes
paciencia y has sufrido por mi nombre, sin desfallecer. 4 Pero tengo contra
ti que has perdido la caridad que tenías al principio.

5 Recuerda, por tanto, de dónde has caído, arrepiéntete, y practica las
obras de antes. De lo contrario, iré adonde estás tú y desplazaré tu
candelabro de su sitio, a no ser que te conviertas. 6 Sin embargo, tienes
esto en tu favor: aborreces las obras de los nicolaítas, que yo también
aborrezco”».
7 El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que
venza le
daré a comer del árbol de la vida que está en el paraíso de Dios.

Carta a la iglesia de Esmirna
(2,8-11)

8 Al ángel de la iglesia de Esmirna escríbele: «Esto dice el primero y
el último, el que estuvo muerto y ha vuelto a la vida: 9 Conozco tu
tribulación, tu pobreza
–aunque eres rico– y la calumnia de parte de los que se dicen judíos y que
no son
más que una sinagoga de Satanás. 10 No temas por lo que vas a padecer:
el Diablo
os va a encarcelar a algunos de vosotros, para que seáis tentados; y
sufriréis tribulación durante diez días. Sé fiel hasta la muerte y te daré la
corona de la vida”».
11 El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Quien
venza
no será dañado por la muerte segunda.

Carta a la iglesia de Pérgamo
(2,12-17)

12 Al ángel de la iglesia de Pérgamo escríbele: «Esto dice el que
tiene la espada tajante de doble filo: 13 “Sé dónde habitas; allí donde está
el trono de Satanás; que mantienes mi nombre y no has negado mi fe, ni
en los días en que Antipas, mi testigo fiel, sufrió la muerte entre vosotros,
allí donde habita Satanás. 14
Pero tengo algo contra ti: que admites ahí a los que sostienen la doctrina
de Balaán, que enseñaba a Balac a seducir a los hijos de Israel para que
comieran de los sacrificios idolátricos y fornicaran. 15 También tienes tú
seguidores de la doctrina de los nicolaítas. 16 Por lo tanto, arrepiéntete. De
lo contrario, iré enseguida adonde
estás tú, y lucharé contra ellos con la espada de mi boca”».
17 El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al
vencedor le
daré del maná escondido; le daré también una piedrecita blanca, y
escrito en la piedrecita un nombre nuevo, que nadie conoce sino el
que lo recibe.

Carta a la iglesia de Tiatira
(2,18-29)

18 Al ángel de la iglesia de Tiatira escríbele: «Esto dice el Hijo de
Dios, el que tiene los ojos como una llama de fuego y los pies como el
metal precioso: 19 “Conozco tus obras, tu caridad, tu fe, tu servicio, tu

paciencia y tus últimas obras, mayores que las primeras. [20] Pero tengo
contra ti que toleras a esa mujer, Jezabel, que se dice profetisa y que
enseña y seduce a mis siervos a fornicar y comer lo sacrificado a los
ídolos. [21] Le he dado tiempo para que se arrepintiera, pero no quiere
arrepentirse de su fornicación. [22] Mira, a ella voy a arrojarla en el lecho, y
a los que adulteran con ella, en una gran tribulación, a no ser que se
arrepientan de sus obras. [23] Entregaré a la muerte a sus hijos y sabrán
todas las iglesias que yo soy el que escudriña los corazones y las entrañas
y os daré a cada uno según vuestras obras. [24] Pero a los demás que estáis
en Tiatira, todos los que no seguís esa doctrina y no habéis conocido las
profundidades de Satanás, como ellos dicen, yo os anuncio que no pondré
sobre vosotros otra carga; [25] pero conservad con

firmeza lo que tenéis, hasta que yo venga. [26] Al que venza y al que
guarde hasta el fin mis obras *le daré* potestad sobre *las naciones*, [27] y *las*
apacentará con cetro de hierro y *las romperá como vasijas de barro*, [28]
como yo también recibí esa potestad de mi Padre; y le daré la estrella de
la mañana”».
[29] El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Carta a la iglesia de Sardes (3,1-6)

3

[1] Al ángel de la iglesia de Sardes escríbele: «Esto dice el que tiene los
siete espíritus de Dios y las siete estrellas: “Conozco tus obras, que estás
vivo de nombre, pero de hecho estás muerto. [2] Manténte alerta y
consolida lo que queda y está a punto de morir, porque no he encontrado
tus obras perfectas delante de mi Dios. [3] Acuérdate, por tanto, de cómo
has recibido y oído la palabra, guárdala y arrepiéntete; porque si no
estás vigilante, vendré como un ladrón; sin que sepas a
qué hora vendré a ti. [4] Sin embargo, tienes en Sardes algunas personas
que no han
manchado sus vestidos y que caminarán conmigo con vestidos blancos,
porque son
dignos. [5] El vencedor será revestido con vestiduras blancas y no borraré su
nombre
del libro de la vida; confesaré su nombre en la presencia de mi Padre y
delante de sus ángeles”».
[6] El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Carta a la iglesia de Filadelfia
(3,7-13)

[7] Al ángel de la iglesia de Filadelfia escríbele: «Esto dice el Santo, el
Veraz, el que tiene *la llave de David, el que abre y nadie puede cerrar, y*
cierra y nadie puede abrir: [8] Conozco tus obras –mira que he puesto ante ti
una puerta abierta que nadie puede cerrar–, porque aunque tienes poca
fuerza guardaste mi palabra y no negaste mi nombre. [9] Mira, te daré a
algunos de la sinagoga de Satanás, que dicen ser
judíos y no lo son, sino que mienten; haré que ellos vengan a postrarse
ante tus pies y conocerán que yo te he amado. [10] Porque has guardado mi
mandato de perseverar, yo también te guardaré a la hora de la tentación
que va a venir sobre todo el mundo, para probar a los habitantes de la
tierra. [11] Voy enseguida. Conserva lo que tienes, para que nadie arrebate
tu corona. [12] Al que venza le haré columna
en el templo de mi Dios, y no saldrá fuera nunca más, escribiré sobre él
el nombre de mi Dios, el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva
Jerusalén que desciende del cielo desde mi Dios, y mi nombre nuevo”».
[13] El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Carta a la iglesia de Laodicea
(3,14-22)

[14] Al ángel de la iglesia de Laodicea escríbele: «Esto dice el Amén,
el testigo fiel y veraz, el principio de la creación de Dios: [15] “Conozco tus
obras, que no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! [16] Y así,
porque eres tibio, y no caliente ni frío, voy a vomitarle de mi boca. [17]
Porque dices: ‘Soy rico, me he enriquecido y

de nada tengo necesidad', y no sabes que eres un desdichado y
miserable, pobre, ciego y desnudo. 18 Te aconsejo que me compres oro
acrisolado por el fuego para que te enriquezcas, túnicas blancas para
que te vistas y no aparezca la vergüenza de tu desnudez, y colirio con
que ungirte los ojos para que veas. 19 Yo, a cuantos amo, los reprendo y
castigo. Por tanto, ten celo y arrepiéntete. 20 Mira, estoy a la puerta y
llamo: si alguno escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y
cenaré con él, y él conmigo. 21 Al que venza le concederé sentarse
conmigo en mi trono, igual que yo he vencido y me he sentado con mi
Padre en su trono"».
22 El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

SEGUNDA PARTE

VISIONES ESCATOLÓGICAS

(§ 4,1-22,21)

I. VISIÓN INTRODUCTORIA

(4,1-5,14)

Dios en el trono de su gloria (4,1-11)

4

1 Después tuve una visión: una puerta abierta en el cielo, y la voz que
había oído antes, como una trompeta que hablaba conmigo,
diciéndome:
—Sube aquí y te mostraré lo que tiene que suceder
después.
2 Al instante, caí en éxtasis: vi un trono en el cielo y a alguien
sentado en el trono. 3 El que está sentado parece de jaspe y cornalina, y
rodea el trono un arco iris de aspecto semejante a la esmeralda. 4 Y
alrededor del trono vi veinticuatro tronos,
y sentados en los tronos veinticuatro ancianos vestidos con túnicas
blancas, y sobre
sus cabezas, coronas de oro. 5 Del trono salen relámpagos, voces y
truenos. Siete lámparas de fuego arden ante el trono: son los siete
espíritus de Dios. 6 Delante del
trono, una especie de mar transparente como el cristal. En medio del trono
y
alrededor de él hay cuatro seres vivos llenos de ojos delante y detrás. 7 El
primer
ser vivo se parece a *un león*, *el segundo* ser vivo se parece a *un toro*, *el*
tercer ser vivo tiene *el rostro* como *el de un hombre y el cuarto* ser vivo
se parece *a un águila*
en vuelo. 8 *Cada uno* de los cuatro seres vivos tiene *seis alas* y están llenas
de ojos
por fuera y por dentro, y, sin descanso, día y noche dicen:

«*Santo, santo, santo es el Señor*,
el Dios Todopoderoso,
el que era, el que es, el que va a
venir».

9 Cada vez que aquellos seres vivos tributan gloria, honor y acción
de gracias al que está sentado en el trono, al que vive por los siglos de los
siglos, 10 los
veinticuatro ancianos se postran ante el que está sentado en el trono,
adoran al que
vive por los siglos de los siglos y arrojan sus coronas ante el trono,
diciendo:

11 «Eres digno, Señor y Dios nuestro,
de recibir la gloria, el honor y el
poder, porque Tú creaste todas las
cosas

y por tu voluntad existían y fueron creadas».

El libro sellado y el Cordero (5,1-14)

5

1 También vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un
libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. 2 Y vi a un
ángel poderoso proclamar con gran voz:
—¿Quién es digno de abrir el libro y romper sus sellos?
3 Y nadie, ni en el cielo ni en la tierra, ni debajo de la tierra, podía
abrir el libro ni mirarlo. 4 Yo lloraba mucho, porque no se encontró a nadie
digno de abrir el libro ni de mirarlo. 5 Pero uno de los ancianos me dice:
—No llores, porque el león de la tribu de Judá, la raíz de David, ha
vencido y
puede abrir el libro y sus siete
sellos.
6 Entonces vi en medio del trono y de los cuatro seres vivos y en
medio de los
ancianos un Cordero erguido, como sacrificado, con siete cuernos y siete
ojos, que
son los siete espíritus de Dios enviados a toda la tierra. 7 Se acercó y
tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono. 8
Cuando recibió el libro,
los cuatro seres vivos y los veinticuatro ancianos se postraron ante el
Cordero, con
una cítara cada uno y con copas de oro llenas de perfumes, que son las
oraciones
de los santos. 9 Cantan un cántico
nuevo:
«Eres digno de recibir el
libro y de abrir sus
sellos,
porque fuiste inmolado y con tu
sangre compraste para
Dios
gente de toda tribu, lengua, pueblo y nación.
10 Y los hiciste un reino de sacerdotes
para nuestro Dios,
y reinarán sobre la tierra».
11 En la visión oí un clamor de muchos ángeles que rodeaban el
trono, a los
seres vivos y a los ancianos. Su número era de miríadas de miríadas y
millares de
millares, 12 que aclamaban con gran
voz:
«Digno es el Cordero inmolado
de recibir el poder, la riqueza, la
sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria
y la alabanza».
13 Y a toda criatura que existe en el cielo y en la tierra, por debajo de
la tierra

y en el mar, y a todo cuanto existe en ellos, les oí decir:

«Al que está sentado en el trono y al Cordero, la alabanza, el honor, la gloria y el poder por los siglos de los siglos».

14 Y los cuatro seres vivos respondían:

—Amén.

Y los ancianos se postraron y adoraron.

II. ACONTECIMIENTOS PREVIOS AL DESENLACE FINAL (6,1-11,14)

Cristo abre los seis primeros sellos - Visión de los cuatro jinetes (6,1-17)

6

1 En la visión, cuando el Cordero abrió el primero de los siete sellos, oí
al primero de los cuatro seres decir con voz de trueno:
—¡Ven!
2 Y vi entonces un caballo blanco. Su jinete llevaba un arco y se le dio una
corona, y salió con el ademán victorioso del que va a vencer.
3 Cuando abrió el segundo sello, oí decir al segundo ser:
—¡Ven!
4 Entonces salió otro caballo rojo. A su jinete se le concedió arrebatar la paz
de la tierra para que se matasen unos a otros, y se le entregó una gran
espada.
5 Cuando abrió el tercer sello, oí decir al tercer ser:
—¡Ven!
Y vi entonces un caballo negro. Su jinete tenía una balanza en la
mano. 6 Y oí
como una voz en medio de los cuatro seres que decía:
—Una medida de trigo por un denario, y tres medidas de
cebada por un denario; pero al aceite y al vino no les hagas daño.
7 Cuando abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto ser que decía:
—¡Ven!
8 Y entonces, en la visión apareció un caballo macilento. Su jinete se
llamaba
«la Muerte» y le seguía «el Hades»; se les dio poder sobre la cuarta
parte de la tierra para matar a espada, de hambre, de peste y con las
fieras de la tierra.
9 Cuando abrió el quinto sello, vi debajo del altar a las almas de los
inmolados a causa de la palabra de Dios y del testimonio que
mantuvieron. 10 Clamaron con
gran voz:
—¡Señor santo y veraz! ¿Para cuándo dejas el hacer justicia y vengar
nuestra sangre contra los habitantes de la tierra?
11 Entonces se les dio a cada uno una túnica blanca y se les dijo que
aguardaran todavía un poco, hasta que se completase el número de sus
hermanos y compañeros de servicio que iban a ser inmolados como ellos.
12 Y cuando abrió el sexto sello, vi cómo se produjo un gran
terremoto. El sol se volvió negro como tela de saco y toda la luna se
volvió como si fuera sangre. 13
Las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como se desprenden los
higos verdes
de la higuera agitada por el vendaval. 14 El cielo se replegó lo mismo que
se enrolla un libro, y todos los montes y las islas fueron desplazados de su
sitio. 15 Los reyes
de la tierra, los magnates y los tribunos, los ricos y los poderosos, todos los
hombres, esclavos y libres, se escondieron en las cuevas y en las rocas de

los
montes. 16 *Y les decían a los montes y a las rocas*:
—*Precipitaos sobre nosotros y ocultadnos* de la presencia del que está
sentado en el trono y de la ira del Cordero, 17 porque ha llegado el gran día de su
ira, y ¿quién podrá resistir?

La gran multitud de los salvados
(7,1-17)

7

1 Después de esto vi a cuatro ángeles de pie sobre los cuatro ángulos de
la tierra, que retenían los cuatro vientos de la tierra para que no soplara
el viento ni sobre la tierra ni sobre el mar ni sobre árbol alguno.
2 Y vi a otro ángel que subía del oriente, y llevaba el sello de Dios
vivo. Con
voz fuerte gritó a los cuatro ángeles a los que se les había encargado
hacer daño a
la tierra y al mar, 3
diciéndoles:
—¡No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que
hayamos sellado en la frente a los siervos de nuestro Dios!
4 Y oí el número de los sellados: ciento cuarenta y cuatro mil sellados
de todas las tribus de los hijos de Israel. 5 De la tribu de Judá, doce mil
sellados; de la tribu de Rubén, doce mil; de la tribu de Gad, doce mil; 6 de
la tribu de Aser, doce mil; de la tribu de Neftalí, doce mil; de la tribu de
Manasés, doce mil; 7 de la tribu de Simeón, doce mil; de la tribu de Leví,
doce mil; de la tribu de Isacar, doce mil; 8 de la
tribu de Zabulón, doce mil; de la tribu de José, doce mil; de la tribu de
Benjamín,
doce mil
sellados.
9 Después de esto, en la visión, apareció una gran multitud que nadie
podía
contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas, de pie ante el
trono y ante
el Cordero, vestidos con túnicas blancas, y con palmas en las
manos, 10 que
gritaban con fuerte
voz:
—¡La salvación viene de nuestro Dios, que se sienta sobre el trono, y
del
Cordero
!
11 Y todos los ángeles estaban de pie alrededor del trono, de los
ancianos y
de los cuatro seres vivos, y cayeron sobre sus rostros ante el trono y
adoraron a
Dios, 12
diciendo:
—Amén. La bendición, la gloria, la sabiduría, la acción de gracias, el
honor, el poder y la fortaleza pertenecen a nuestro Dios por los siglos de
los siglos. Amén.
13 Entonces uno de los ancianos intervino y me dijo:
—Éstos que están vestidos con túnicas blancas, ¿quiénes son y
de dónde han venido?
14 —Señor mío, tú lo sabes –le respondí yo.
Y me dijo:
—Éstos son los que vienen de la gran tribulación, los que han lavado
sus

túnicas y las han blanqueado con la sangre del Cordero. 15 Por eso están ante el
trono de Dios y le sirven día y noche en su templo, y el que se sienta en el trono
habitará en medio de ellos. 16 *Ya no pasarán hambre, ni tendrán sed,*
no les agobiará el sol, ni calor alguno, 17 pues el Cordero, que está en medio del trono,
será su pastor, que los conducirá a las fuentes de las aguas de la vida, y Dios
enjugará toda lágrima de sus
ojos.

Apertura del séptimo sello (8,1-6)

8

1 Y cuando abrió el séptimo sello se hizo un silencio en el cielo de una media hora.

2 Entonces vi a los siete ángeles que están de pie delante de Dios. Les
entregaron siete trompetas. 3 Vino otro ángel y se quedó, en pie junto al
altar con un incensario de oro. Le entregaron muchos perfumes para que
los ofreciera, con las oraciones de todos los santos, sobre el altar de oro
que está ante el trono. 4 Y ascendió el humo de los perfumes, con las
oraciones de los santos, desde la mano del ángel hasta la presencia de
Dios. 5 Tomó el ángel el incensario, lo llenó con las brasas del altar y las
arrojó a la tierra. Entonces se produjeron truenos, voces, relámpagos y un
gran terremoto. 6 Los siete ángeles que tenían las siete trompetas se
prepararon para tocarlas.

El toque de las seis primeras trompetas

Los tres lamentos (8,7-9,21)

7 Tocó la trompeta el primero. Entonces hubo granizo y fuego,
mezclados con sangre, que fueron arrojados a la tierra: se abrasó la
tercera parte de la tierra, se abrasó la tercera parte de los árboles y se
abrasó toda la hierba verde.

8 Tocó la trompeta el segundo ángel. Entonces fue arrojado al mar
algo como
un gran monte que ardía en llamas; y se convirtió en sangre la tercera
parte del mar,
9 y murió la tercera parte de las criaturas vivas que hay en el mar y
también quedó
destruida la tercera parte de los barcos.

10 Tocó la trompeta el tercer ángel. Entonces cayó del cielo una gran
estrella
que ardía como una antorcha, y alcanzó a un tercio de los ríos y de las
fuentes de
las aguas. 11 El nombre de la estrella es Ajenjo, y una tercera parte de las
aguas se
convirtió en ajenjo, y muchos hombres murieron a causa de las aguas
porque se habían vuelto amargas.

12 Tocó la trompeta el cuarto ángel. Entonces fue herida una tercera
parte del
sol, una tercera parte de la luna y una tercera parte de las estrellas, de
modo que se oscureció un tercio de ellas, y no hubo luz un tercio del día
ni, igualmente, de la noche.

13 Y, en la visión, oí un águila que volaba en lo alto del cielo, diciendo
con voz
fuerte:

—¡Ay, ay, ay de los habitantes de la tierra cuando suenen las otras
trompetas que van a tocar los tres ángeles!

9

1 Tocó la trompeta el quinto ángel. Entonces vi una estrella del cielo caída
en la tierra y se le dio la llave del pozo del abismo. 2 Abrió el pozo del

abismo, y subió del pozo una humareda como la de un gran horno. Se
oscurecieron el sol y el aire por la humareda del pozo. 3 De la humareda
saltaron a la tierra langostas, a las que se les dio un poder como el que
tienen los escorpiones. 4 Se les dijo que no hiciesen daño a la hierba de la
tierra ni a nada verde, ni a ningún árbol, sino sólo a los hombres
que no tuvieran en la frente el sello de Dios. 5 Y se les dio poder no para
matarlos
sino para atormentarles durante cinco meses. Su tormento es como el
tormento del
escorpión cuando pica a un hombre. 6 En aquellos días los hombres
buscarán la
muerte y no la encontrarán; desearán morir pero la muerte huirá de ellos.

7 El aspecto de las langostas se parecía al de caballos dispuestos
para el combate. Sobre las cabezas tenían una especie de coronas que
parecían de oro y sus rostros eran como rostros humanos. 8 Tenían
cabellos como los de las mujeres, y sus dientes eran como los de los
leones. 9 También tenían corazas, semejantes a corazas de hierro, y el
ruido de sus alas era como el estruendo de carros de muchos caballos
corriendo al combate. 10 Tenían además colas con aguijones como los
escorpiones, y en las colas el poder de dañar a los hombres durante cinco
meses.
11 Tienen por rey al ángel del abismo, cuyo nombre en hebreo es
Abaddón y en griego Apolíon. 12 El primer ¡ay! ha pasado. Mira, después
de esto, vienen todavía
otros dos ayes.
13 Tocó la trompeta el sexto ángel. Y entonces oí una voz,
procedente de los cuernos del altar de oro que están ante Dios, 14 que
decía al sexto ángel que tenía
la trompeta:
—Desata a los cuatro ángeles que están atados junto al gran río
Éufrates.
15 Y fueron desatados los cuatro ángeles, preparados para la hora,
el día, el mes y el año en el que iban a matar a un tercio de los hombres.
16 El número de la tropa de caballería era de doscientos millones. Yo oí
su número. 17 Y así vi en la
visión a los caballos y a los que los montaban: llevaban corazas de fuego,
de jacinto
y de azufre. Las cabezas de los caballos eran como cabezas de leones, y de
sus
bocas salía fuego, humo y azufre. 18 A causa de estas tres plagas murió
una tercera parte de los hombres, por el fuego, el humo y el azufre que
salía de sus bocas, 19
pues el poder de los caballos está en sus bocas y en sus colas, ya que sus
colas,
igual que serpientes, tienen cabezas y con ellas hieren.
20 Los demás hombres, los que no murieron en estas plagas, ni se
arrepintieron de las obras de sus manos –dejando de adorar a los
demonios y *a los ídolos de oro, de plata, de bronce, de piedra y de
madera, que no* pueden *ver, ni oír,*
ni caminar–, 21 tampoco se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus
hechicerías, ni
de su fornicación, ni de sus robos.

El pequeño libro dado a comer al vidente (10,1-11)

10

1 Y vi a otro ángel poderoso descender del cielo, envuelto en una nube,
con el arco iris sobre su cabeza. Su rostro era como el sol, y sus pies como
columnas de fuego.
2 En la mano tenía un pequeño libro abierto. Puso el pie derecho sobre el
mar y el

izquierdo sobre la tierra [3] y gritó con voz fuerte, como el rugido del león. Cuando
gritó, los siete truenos hicieron oír sus propias voces.
[4] Al hablar los siete truenos, me disponía a escribir. Pero oí una voz del cielo
que decía:
—Sella lo que han dicho los siete truenos, no lo escribas.
[5] Y el ángel que vi de pie sobre el mar y sobre la tierra *levantó la mano derecha hacia el cielo* [6] *y juró por el que vive por los siglos* de los siglos, el que creó
el cielo y cuanto hay en él, la tierra y cuanto hay en ella, y el mar y cuanto hay en él:
—Ya no habrá más tiempo, [7] sino que en los días en que se oiga la voz del
séptimo ángel, cuando empiece a tocar la trompeta, se consumará el misterio de

Dios, tal y como se lo anunció a sus siervos, los profetas.
8 Entonces la voz que había oído del cielo me habló de nuevo:
—Ve y toma el libro abierto de la mano del ángel que está de pie sobre el mar y sobre la tierra.
9 Me acerqué al ángel y le dije que me diera el pequeño libro. Él me contestó:
—Toma y devóralo, te amargará las entrañas, pero en tu boca será dulce como la miel.
10 Tomé el pequeño libro de la mano del ángel y lo devoré. En mi boca fue dulce como la miel, pero cuando lo comí se me amargaron las entrañas. 11 Entonces
me dijeron:
—Es necesario que profetices de nuevo contra muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes.

Muerte y exaltación de los dos testigos (11,1-14)

11

1 Y se me entregó una caña como una vara de medir, y se me dijo:
—Levántate y mide el templo de Dios, el altar y a los que adoran en él. 2 Pero deja
de lado el atrio exterior del templo y no lo midas, porque ha sido entregado a los
gentiles, que pisotearán la ciudad santa durante cuarenta y dos meses. 3 Yo haré
que mis dos testigos profeticen, vestidos de saco, durante mil doscientos sesenta
días. 4 *Ellos son los dos olivos y los dos candelabros que están en presencia del
Señor de la tierra*. 5 Y si alguno quisiera hacerles daño, les saldrá fuego de la boca y
devorará a sus enemigos; y si alguno quisiera hacerles daño, de la misma forma
deberá morir. 6 Ellos tienen el poder de cerrar el cielo para que no llueva durante los
días de su profecía, y tienen poder sobre las aguas para convertirlas en sangre, y
para afligir la tierra con toda suerte de plagas, cuantas veces quieran. 7 Cuando
concluyan su testimonio, la bestia que surge del abismo entablará combate contra
ellos, los derrotará y los matará. 8 Sus cadáveres quedarán en la plaza de la gran
ciudad, la que simbólicamente se llama Sodoma o Egipto, donde también su Señor
fue crucificado. 9 Las gentes de los pueblos, tribus, lenguas y naciones verán sus
cadáveres durante tres días y medio, y no permitirán colocar sus cadáveres en el
sepulcro. 10 Los habitantes de la tierra se alegrarán de ello, se regocijarán

y se
intercambiarán regalos, porque estos dos profetas habían
atormentado a los habitantes de la tierra.
[11] Después de tres días y medio un soplo de vida procedente de
Dios entró en ellos, y se pusieron de pie, y un gran temor sobrecogió a
quienes los miraban. [12]
Entonces oyeron una voz fuerte desde el cielo que les decía:
—Subid aquí.
Y subieron al cielo en una nube y sus enemigos los vieron. [13] En
aquella hora
se produjo un gran terremoto y la décima parte de la ciudad se
derrumbó. Siete mil personas perecieron en el terremoto y los restantes
se llenaron de temor y dieron
gloria al Dios del cielo. [14] El segundo ¡ay! ha pasado. Mira, enseguida llega
al tercer
¡ay!

III. VICTORIA DE CRISTO SOBRE LOS PODERES DEL MAL Y GLORIFICACIÓN DE LA IGLESIA (11,15-22,15)

El toque de la séptima trompeta (11,15-19)

15 Tocó la trompeta el séptimo ángel. Y resonaron fuertes voces en el
cielo:
«El reinado en este mundo es ya de nuestro
Señor y de su Cristo,
que reinará por los siglos de los siglos».
16 Entonces los veinticuatro ancianos, que se sientan en sus
tronos en la presencia de Dios, se echaron rostro en tierra y adoraron
a Dios, 17 diciendo:
«Te damos gracias,
Señor Dios omnipotente,
el que es y el que era,
porque has ejercido tu inmenso
poder y has comenzado a
reinar.
18 Las naciones se habían encolerizado,
pero llegó tu ira
y el tiempo de ser juzgados los muertos,
y de dar la recompensa a tus siervos, los
profetas, a los santos
y a los que temen tu
nombre, pequeños y
grandes,
y de exterminar a los que destruyen la tierra».
19 Y se abrió el templo de Dios en el cielo y en el Templo apareció el
arca de
su alianza; y se produjeron relámpagos, fragor de truenos, un terremoto
y un fuerte granizo.

La mujer perseguida por la serpiente (12,1-18)

12

1 Una gran señal apareció en el cielo: una mujer vestida de sol, la luna a
sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. 2 Está encinta y
grita al sufrir los dolores del parto y los tormentos de dar a luz. 3 Apareció
entonces otra señal en el cielo: un gran dragón rojo, con siete cabezas y
diez cuernos, y sobre sus cabezas siete diademas. 4 La cola arrastró una
tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó a la tierra. El dragón se
puso delante de la mujer, que iba a dar a luz, para devorar a su hijo en
cuanto naciera. 5 Y dio a luz un hijo varón, el que *va a regir* a todas *las
naciones con cetro de hierro*. Pero su hijo fue arrebatado hasta Dios y
hasta su trono. 6 Entonces la mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar

preparado por Dios, para que allí la alimenten durante mil doscientos sesenta días.

7 Y se entabló un gran combate en el cielo: Miguel y sus ángeles
lucharon contra el dragón. También lucharon el dragón y sus ángeles, 8
pero no prevalecieron, ni hubo ya para ellos un lugar en el cielo. 9 Fue
arrojado aquel gran

dragón, la serpiente antigua, llamado Diablo y Satanás, que seduce a todo el universo. Fue arrojado a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con él.
10 Entonces oí en el cielo una fuerte voz que decía:
«Ahora ha llegado la salvación,
la fuerza, el Reino de nuestro
Dios, y el poderío de su Cristo,
porque ha sido arrojado el
acusador de nuestros
hermanos,
el que los acusaba ante nuestro
Dios día y noche.
11 Ellos lo vencieron por la sangre del Cordero
y por la palabra del testimonio que
dieron, y despreciaron su vida
hasta la muerte.
12 Por eso, alegraos, cielos,
y cuantos en ellos habitáis
¡Ay de la tierra y del mar!,
porque ha descendido hasta vosotros el
Diablo, con gran ira,
al saber que le queda poco tiempo».
13 Cuando el dragón vio que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al varón. 14 Pero se le dieron a la mujer las dos alas del
águila grande para que volara al desierto, a su lugar, donde es alimentada durante
un tiempo, dos tiempos y medio tiempo, lejos de la serpiente. 15 Entonces la
serpiente arrojó de su boca como un río de agua tras la mujer, para arrastrarla con
la corriente. 16 Pero la tierra ayudó a la mujer: abrió la tierra su boca y absorbió el río que el dragón había echado de su boca. 17 El dragón se enfureció contra la
mujer y se marchó a hacer la guerra al resto de su descendencia, a aquellos que
guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús. 18 Y se
detuvo sobre la arena del mar.

Las bestias que reciben poder de la serpiente (13,1-10)

13

1 Y vi una bestia que salía del mar: tenía diez cuernos y siete cabezas, y sobre sus cuernos diez diademas y sobre sus cabezas nombres blasfemos.
2 La bestia que vi se parecía a un leopardo, sus pies eran como los de un oso, y su boca como la boca de un león. El dragón le entregó su fuerza, su trono y gran poder. 3 Una de sus cabezas estaba como herida de muerte, pero se curó su herida mortal, y toda la tierra, admirada, siguió a la bestia.
4 Y adoraron al dragón porque había entregado
el poder a la bestia. También adoraron a la bestia diciendo:
—¿Quién es como la bestia, y quién puede luchar contra ella?

[5] Se le dio una boca que profería palabras arrogantes y blasfemias, y
se le dio poder para actuar durante cuarenta y dos meses. [6] Y abrió su
boca con blasfemias contra Dios, para injuriar su nombre, su tabernáculo y
a los que moran en el cielo. [7]
Se le permitió también hacer la guerra contra los santos y vencerlos, y se le
dio
poder sobre toda tribu y pueblo, lengua y nación. [8] Y le adorarán todos los
que

habitan la tierra, aquellos cuyo nombre no está escrito, desde el origen del mundo, en el libro de la vida del Cordero inmolado.

9 Si alguno tiene oídos, que oiga:

10 *Si alguno está destinado a la cautividad,*
a la cautividad
irá;
si alguno debe morir a espada,
es necesario que muera a
espada. Aquí están la paciencia y la fe
de los santos.

La bestia de la tierra
(13,11-18)

11 Y vi otra bestia que subía de la tierra. Tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como un dragón. 12 Ejerce en su presencia todo el poder de la primera bestia, y hace que la tierra y sus habitantes adoren a la primera
bestia, cuya herida de muerte fue curada. 13 Realiza grandes prodigios, incluso hace descender fuego del cielo a la tierra a la vista de los hombres. 14 Y seduce a los
habitantes de la tierra con los prodigios que le ha sido concedido realizar en
presencia de la bestia, diciendo a los habitantes de la tierra que hagan una imagen
de la bestia que tenía una herida de espada y ha sobrevivido. 15 Se le concedió
infundir aliento a la imagen de la bestia, de modo que la imagen de la bestia hable y
haga que todos cuantos no adoren la imagen de la bestia mueran. 16 Hace que
todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos, reciban una marca en la
mano derecha o en la frente, 17 para que nadie pueda comprar o vender sino el que
tenga la marca, el nombre de la bestia o el número de su nombre.

18 ¡Aquí está la sabiduría! El que tenga inteligencia que calcule el número de
la bestia, pues es número de un hombre. Su número es seiscientos sesenta y seis.

El Cordero y su séquito (14,1-5)

14

1 Entonces, en la visión, el Cordero estaba en pie sobre el monte Sión y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que llevaban escrito en la frente el nombre de él y el nombre de su Padre. 2 Y oí una voz del cielo, semejante al ruido de muchas aguas y al estruendo de un gran trueno. La voz que oí era como el canto de citaristas que tañían sus cítaras, 3 cantando un cántico nuevo delante del trono y delante de los cuatro seres y de los ancianos. Y ninguno podía aprender el cántico más que aquellos ciento

cuarenta y cuatro mil, que fueron rescatados de la tierra. 4 Éstos son los
que no se mancillaron con mujeres, porque son vírgenes. Éstos son los que
siguen al Cordero dondequiera que vaya. Éstos han sido rescatados de
entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero; 5 y no se
halló mentira en su boca: no tienen mancha.

Anuncio e imágenes del Juicio (14,6-13)

6 Y vi a otro ángel que volaba en lo alto del cielo, llevando un
evangelio eterno para anunciarlo a los que habitan en la tierra, y a toda
nación, tribu, lengua y pueblo,
7 y diciendo con voz fuerte:

—Temed a Dios y dadle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio. Adorad al que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas.
8 Le siguió otro ángel, el segundo, diciendo:
—Cayó, cayó la gran Babilonia, aquella que dio de beber el vino del furor de su fornicación a todas las naciones.
9 Les siguió otro ángel, el tercero, diciendo con voz fuerte:
—Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe su marca en la frente o
en la mano, 10 éste también beberá el vino de la ira de Dios, que está preparado, sin
mezcla, en el cáliz de su ira, y será atormentado con fuego y azufre delante de los
santos ángeles y delante del Cordero. 11 El humo de su tormento se eleva por los
siglos de los siglos, y no tienen descanso de día ni de noche los que han adorado a la bestia y a su imagen, y cualquiera que haya recibido la marca de su nombre.
12 En esto consiste la paciencia de los santos: que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús.
13 Y oí una voz del cielo que decía:
—Escribe: «Bienaventurados los muertos que desde ahora mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, que descansen de sus trabajos, porque sus obras les acompañan».

La siega y la vendimia
(14,14-20)

14 Entonces, en la visión, apareció una nube blanca, y sobre la nube sentado uno semejante a un Hijo de hombre, con una corona de oro sobre la cabeza y una hoz afilada en la mano. 15 Y otro ángel salió del templo, gritando con voz fuerte al que estaba sentado sobre la nube:
—¡Mete la hoz y siega, que ha llegado la hora de segar, porque está en sazón la mies de la tierra!
16 El que estaba sentado sobre la nube acercó la hoz a la tierra y quedó
segada la tierra.
17 Otro ángel salió del templo que está en el cielo, llevando él también una
hoz afilada. 18 Y otro ángel, el que tiene poder sobre el fuego, salió del altar y clamó
con voz fuerte al que tenía la hoz afilada:
—¡Mete la hoz afilada y vendimia los racimos de la viña de la tierra, porque sus uvas están maduras!
19 Acercó el ángel la hoz a la tierra, vendimió la viña de la tierra y la echó en el gran lagar de la ira de Dios. 20 El lagar fue pisado fuera de la ciudad, y del lagar
salió sangre hasta los frenos de los caballos, a lo largo de mil seiscientos estadios.

El cántico de los salvados (15,1-4)

15

1 Vi en el cielo otro signo grande y admirable: siete ángeles que tenían
siete plagas, las últimas, porque en ellas culmina la ira de Dios. 2 Vi
también como un mar de cristal mezclado con fuego, y a los que vencieron
a la bestia y a su imagen y al número de su nombre, que estaban de pie
sobre el mar de cristal llevando las
cítaras de Dios. 3 Y cantaban el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el
cántico del
Cordero:

«¡Grandes y admirables son tus
obras, Señor, Dios
omnipotente!
¡Justos y verdaderos tus
caminos, Rey de las
naciones!
4 ¿Quién no temerá, Señor,
y glorificará tu
nombre? Porque sólo Tú
eres Santo,
porque todas las naciones
vendrán
y se postrarán en tu
presencia, porque tus juicios se
han manifestado».

Las siete copas con las siete plagas
(15,5-16,21)

5 Y continuó la visión: se abrió en el cielo el templo de la tienda del
testimonio
6 y salieron del templo los siete ángeles con las siete plagas. Iban
vestidos de lino puro y brillante, ceñidos con cinturones de oro a la altura
del pecho. 7 Entonces uno
de los cuatro seres dio a los siete ángeles siete copas de oro llenas de la ira
de
Dios, que vive por los siglos de los siglos. 8 Y el templo se llenó del humo
de la
gloria de Dios y de su fuerza. Nadie podía entrar en el templo
hasta que se cumplieran las siete plagas de los siete ángeles.

16

1 Oí una fuerte voz, procedente del templo, que decía a los siete ángeles:
—Id a verter sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios.
2 Marchó el primero, vertió sobre la tierra su copa, y sobrevino una
llaga
maligna y perniciosa a los hombres que tenían la marca de la bestia y
a los que habían adorado su imagen.
3 El segundo vertió su copa en el mar, que se convirtió en sangre
como de
muerto, y todos los seres vivos del mar murieron.
4 El tercero vertió su copa en los ríos y en las fuentes de las
aguas, que se convirtieron en sangre. 5 Entonces oí al ángel de las
aguas que decía:
«Justo eres Tú, el que es y el que era, el Santo,
porque has juzgado de esta
forma,
6 porque a los que derramaron la sangre
de los santos y
profetas les has dado a
beber sangre.

Se lo merecen».
7 Y oí al altar que decía:
«Sí, Señor Dios Todopoderoso,
verdaderos y justos son tus
juicios».
8 El cuarto vertió su copa sobre el sol y se le permitió abrasar a los hombres con fuego. 9 Fueron abrasados los hombres con un gran ardor, y blasfemaron contra
el nombre de Dios, que tiene la potestad sobre aquellas plagas, y no se arrepintieron
para darle gloria.
10 El quinto vertió su copa sobre el trono de la bestia, y su reino quedó en tinieblas y se mordían las lenguas de dolor. 11 Blasfemaron contra el Dios del cielo a
causa de su dolor y de sus llagas, pero no se arrepintieron de sus obras.

12 El sexto vertió su copa sobre el gran río Éufrates y se secaron sus
aguas, de modo que quedó preparado el camino a los reyes del oriente. 13
Entonces vi tres espíritus impuros como ranas que salían de la boca del
dragón, de la boca de la bestia y de la boca del falso profeta. 14 Son
espíritus demoniacos que hacen prodigios y se dirigen a los reyes de todo
el orbe, con el propósito de reunirlos para la batalla del gran día del Dios
omnipotente.
15 Mirad que vengo como un ladrón. Bienaventurado el que esté
vigilante y
guarde sus vestidos, para no andar desnudo y que le vean sus vergüenzas.
16 Y los reunió en el lugar que se llama en hebreo Harmagedón.
17 El séptimo vertió su copa en el aire, y salió del templo, desde el
trono, una
voz que decía:
—¡Ya está hecho!
18 Hubo relámpagos, estampidos de truenos, y se produjo un gran
terremoto
como nunca existió desde que hay hombres sobre la tierra: ¡tan grande
fue el
terremoto! 19 La gran ciudad se partió en tres trozos, y las ciudades de las
naciones
se derrumbaron. La gran Babilonia fue recordada ante Dios para darle a
beber la
copa del vino del furor de su ira. 20 Todas las islas desaparecieron y de
los montes no se encontró rastro. 21 Y un pedrisco con granizos como de
un talento de peso
cayó del cielo sobre los hombres, que prorrumpieron en blasfemias contra
Dios por
el azote del granizo: ¡era una plaga tremenda!

La gran ramera y la bestia (17,1-18)

17

1 Vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas y me habló:
—Ven, te mostraré el castigo de la gran ramera, la que se sienta sobre
muchas
aguas. 2 Con ella han fornicado los reyes de la tierra, y se han embriagado
los
habitantes de la tierra con el vino de su lujuria.
3 Me condujo en espíritu al desierto, y vi a una mujer sentada sobre
una bestia roja, llena de nombres blasfemos, que tenía siete cabezas y
diez cuernos. 4
La mujer estaba revestida de púrpura y escarlata, adornada con oro,
piedras
preciosas y perlas. Tenía en la mano un vaso de oro lleno de
abominaciones y de
las inmundicias de su fornicación, 5 y escrito en la frente un nombre, un
misterio:
«La gran Babilonia, madre de las lascivias y abominaciones de la tierra». 6

Y vi a la
mujer ebria de la sangre de los santos y de la sangre de los mártires de
Jesús. Al verla me llené de estupor.
7 Y el ángel me dijo:
—¿De qué te extrañas? Yo te descubriré el misterio de la mujer y de
la bestia
en que cabalga, la que tiene siete cabezas y diez cuernos. 8 La bestia que
has visto
existía pero ya no existe, y va a subir del abismo, pero irá a la perdición.
Los habitantes de la tierra, cuyos nombres no están escritos en el libro de
la vida desde la creación del mundo, se sorprenderán al ver a la bestia,
porque existía, pero ya no existe, y sin embargo, reaparecerá.
9 »¡Aplique aquí la inteligencia quien tenga sabiduría! Las siete
cabezas son siete colinas sobre las cuales la mujer está sentada, y
también son siete reyes: 10
cinco cayeron, uno subsiste, otro aún no ha llegado y cuando llegue debe

permanecer un poco de tiempo. 11 La bestia que existía, pero ya no
existe, es el octavo, aunque también es uno de los siete, y va hacia la
perdición. 12 Los diez cuernos que has visto son diez reyes, que aún no
han recibido el reino, pero recibirán, junto con la bestia, el poder real
durante una hora. 13 Estos, de común acuerdo, entregan su fuerza y su
poder a la bestia. 14 Lucharán contra el Cordero; pero el Cordero, junto
con sus llamados, elegidos y fieles seguidores, los vencerá, porque es
Señor de señores y Rey de reyes.
15 Y me dijo:
—Las aguas que has visto, donde la ramera se sienta, son pueblos y
muchedumbres, naciones y lenguas. 16 Los diez cuernos que has visto y la bestia
aborrecerán a la ramera, la dejarán desolada y desnuda, se comerán sus carnes y la
quemarán en el fuego. 17 Porque Dios ha movido sus corazones para que ejecuten
el designio divino y, de común acuerdo, entreguen el reino a la bestia, hasta que se
cumplan las palabras de Dios. 18 La mujer que has visto es la gran ciudad que
ostenta la soberanía sobre los reyes de la tierra.

Anuncio de la caída de Babilonia (18,1-24)

18

1 Después de esto vi a otro ángel que bajaba del cielo, con gran poder,
y la tierra quedó iluminada con su claridad. 2 Y gritó con fuerte voz:
—¡Cayó, cayó la gran Babilonia y se convirtió en morada de demonios, en
guarida de todo espíritu impuro y en refugio de toda bestia inmunda y
odiosa, 3
porque todas las naciones bebieron del vino del furor de su lujuria, los
reyes de la tierra han fornicado con ella, y con su desenfrenado lujo se
han enriquecido los mercaderes de la tierra!
4 Y oí otra voz del cielo que decía:
—Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis cómplices de sus pecados ni
participéis de sus castigos. 5 Porque sus pecados llegaron hasta el cielo y se acordó
Dios de sus iniquidades. 6 Devolved con arreglo a lo que ella dio;
pagadle el doble de lo que merecen sus obras; y en la copa que os
preparó, preparadle el doble. 7
Tanto como se jactó y se entregó a los placeres, dadle eso mismo en tormento y
llanto, porque dice en su corazón: «Estoy sentada como una reina, no soy viuda y
jamás veré el llanto». 8 Por eso en un solo día llegarán sus plagas, la muerte, el
llanto y el hambre, y será quemada con fuego, porque poderoso es el Señor

Dios
que la ha juzgado. [9] Entonces los reyes de la tierra que fornicaron y se entregaron a
los placeres con ella, cuando vean el humo de su incendio, llorarán y se lamentarán
por ella. [10] Se alejarán de ella por el miedo a sus tormentos, y dirán:

«¡Ay, ay de la gran ciudad,
Babilonia, la ciudad
fuerte:
en una sola hora ha llegado tu condena!»

[11] » Los comerciantes de la tierra lloran y gimen por ella, porque ya nadie compra sus mercancías: [12] ni oro, plata, piedras preciosas o perlas; ni lino, púrpura,
seda o escarlata; toda madera olorosa, todo objeto de marfil y todos los enseres de
madera preciosa, de bronce, de hierro y mármol; [13] canela, especias aromáticas y
perfumes, mirra, incienso; vino, aceite, flor de harina y trigo; bestias de carga,

ovejas, caballos y carros; esclavos y vidas humanas. 14 Todos los frutos
que tu alma apetecía se apartaron de ti, y todo lo rico y espléndido pereció
para ti, y jamás lo volverás a encontrar.
15 » Los traficantes en estos negocios, que se habían enriquecido a
costa de ella, se mantendrán lejos por miedo a sus tormentos, y, llorando
y gimiendo, 16
dirán:
«¡Ay, ay de la gran ciudad,
la que vestía de lino, púrpura y
escarlata, adornada con oro, piedras
preciosas y perlas:
17 en una sola hora han sido arrasadas
tantas
riquezas!»
» Todos los pilotos y todos los navegantes, los marineros y cuantos
bregan en
la mar se quedaron lejos, 18 y gritaban al ver el humo de su incendio:
«¿Quién
igualaba a la gran ciudad?»
19 Echaron polvo sobre sus cabezas y gritaron llorando y gimiendo:
«¡Ay, ay de la gran ciudad,
con cuya opulencia se
enriquecieron todos los
armadores de barcos:
en una sola hora ha sido arrasada!»
20 » Alégrate por ella, ¡oh cielo!, y los santos, los apóstoles y los
profetas,
porque Dios ha confirmado vuestra sentencia contra ella.
21 Un ángel poderoso levantó una piedra como una gran muela de
molino y la
arrojó al mar diciendo:
—Con tal ímpetu será arrojada Babilonia, la gran ciudad, y ya nunca
más se
la encontrará. 22 La música de los citaristas y de los cantores, de los
flautistas y la
de los que tocan la trompeta ya no se oirá más en ti. Ningún artesano de
ningún oficio se encontrará en ti jamás, ni el rumor de la muela del
molino se oirá nunca en
ti. 23 No lucirá jamás en ti la luz de la lámpara, ni se oirá ya más la voz del
esposo y
de la esposa, porque tus mercaderes eran los magnates de la tierra, y
todas las
gentes se extraviaron con tus hechicerías. 24 Y en ella se encontró la
sangre de los
profetas y de los santos, y de todos los inmolados en la tierra.

Cantos de triunfo de los salvados (19,1-10)

19

1 Después de esto oí como la fuerte voz de una inmensa muchedumbre
en el cielo, que decía:

«¡Aleluya!
¡La salvación, la gloria y el
poder son de
nuestro Dios;
2 sus juicios son verdaderos y
justos,
pues condenó a la gran ramera,
que corrompía la tierra con su
prostitución, y vengó en ella la sangre de
sus siervos!»
3 Por segunda vez dijeron:
«¡Aleluya!
¡Su humareda sube por los siglos de los siglos!»

4 Los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivos se postraron y adoraron a
Dios sentado en el trono, diciendo:
—¡Amén! ¡Aleluya!
5 Entonces salió una voz desde el trono que decía:
«Alabad a nuestro
Dios todos sus
siervos
y los que le teméis,
pequeños y
grandes».
6 Y oí una voz como de una inmensa muchedumbre, como el estruendo de
caudalosas aguas, y el estampido de fuertes truenos, que decían:
«¡Aleluya!
¡Reinó el Señor,
nuestro Dios omnipotente!
7 Alegrémonos; saltemos de júbilo;
démosle gloria,
pues llegaron las bodas del
Cordero y se ha engalanado
su esposa;
8 le han regalado un vestido
de lino deslumbrante y puro:
el lino son las buenas obras de los santos».
9 Entonces me dijo:
—Escribe: «Bienaventurados los llamados a la cena de las bodas del Cordero».
Y añadió:
—Éstas son palabras verdaderas de Dios.
10 Me postré a sus pies para adorarle, pero me dijo:
—¡No, no lo hagas! Yo soy compañero de servicio tuyo y de tus hermanos que guardan el testimonio de Jesús. Adora a Dios. El testimonio de Jesús es el espíritu de profecía.

Primer combate: es derrotada la bestia (19,11-21)

11 Y vi el cielo abierto: en él un caballo blanco, y el que lo monta se llama Fiel y Veraz, y con justicia juzga y combate. 12 Sus ojos son como una llama de fuego, y en la cabeza tiene muchas diademas; lleva escrito un nombre que nadie conoce
sino él; 13 está vestido con un manto teñido de sangre, y su nombre es: «El Verbo de Dios». 14 Los ejércitos celestes, vestidos de lino blanco y puro, le seguían en caballos blancos. 15 De su boca sale una espada afilada para herir con ella a las
naciones; él las *apacentará con cetro de hierro*; y él pisa el lagar del vino que
contiene el furor de la ira de Dios omnipotente. 16 En el manto y en el muslo lleva
escrito un nombre: Rey de reyes y Señor de señores.
17 Vi también a un ángel de pie sobre el sol que gritó con voz fuerte, diciendo
a todas las aves que volaban en lo alto el cielo:

—¡Venid, congregaos para la gran cena de Dios, 18 para que comáis carne de
reyes y carne de tribunos, carne de poderosos y carne de caballos y de
sus jinetes, carne de todos los hombres, libres y siervos, pequeños y
grandes!
19 Y vi a la bestia, a los reyes y a sus ejércitos congregados para
hacer la guerra contra el que iba montado en el caballo y contra su
ejército. 20 Pero
apresaron a la bestia y con ella al falso profeta que en su presencia hacía
prodigios,

con los que seducía a los que habían recibido la marca de la bestia y a los que habían adorado su imagen. Los dos fueron arrojados vivos al estanque de fuego que arde con azufre. 21 Los demás fueron muertos con la espada que sale de la boca
del que va montado en el caballo. Y todas las aves se hartaron de sus carnes.

Mil años de reinado de Cristo y los suyos (20,1-6)

20

1 Vi a un ángel que bajaba del cielo, con la llave del abismo y una gran cadena de la mano. 2 Apresó al dragón, la serpiente antigua, que es el Diablo y Satanás, y lo encadenó durante mil años. 3 Lo arrojó al abismo, lo cerró y puso un sello en él,
para que no seduzca más a las naciones hasta que pasen los mil años. Después
debe ser soltado por poco tiempo.
4 Vi también unos tronos; a los que se sentaron en ellos se les dio potestad
de juzgar; y vi a las almas de los degollados por dar testimonio de Jesús y de la palabra de Dios, y a los que no adoraron a la bestia ni su imagen, ni recibieron la
marca en su frente ni en su mano. Revivieron y reinaron con Cristo mil años. 5 Los
demás muertos no revivieron hasta que se cumplieron los mil años. Ésta es la resurrección primera.
6 Bienaventurado y santo el que tiene parte en la resurrección primera. Sobre
éstos la muerte segunda no tiene poder, sino que serán sacerdotes de Dios y de
Cristo, y reinarán con él mil años.

Segundo combate: es derrotado Satanás
(20,7-10)

7 Cuando se hayan cumplido los mil años, Satanás será soltado de su prisión,
8 y saldrá a seducir a las naciones que hay en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, y a reunirlos para la guerra. Y su número es como la arena del mar. 9
Subieron por la ancha extensión de la tierra y pusieron cerco al campamento de los
santos y a la ciudad amada, pero bajó fuego del cielo y los devoró. 10 Y el Diablo, el
seductor, fue arrojado al estanque de fuego y azufre, donde están también la bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.

Juicio final sobre vivos y muertos
(20,11-15)

11 Vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él. Ante su
presencia huyeron la tierra y el cielo, y no dejaron ningún rastro. 12 Vi a
los muertos, grandes y pequeños, en pie ante el trono, y fueron abiertos
los libros. También fue abierto otro libro, el de la vida. Y los muertos
fueron juzgados por lo que estaba escrito en los libros, según sus obras.
13 El mar entregó los muertos que había en él, la muerte y
el hades
entregaron los muertos que había en ellos, y fue juzgado cada uno según
sus obras.
14 Entonces la muerte y el hades fueron arrojados al estanque de fuego.
Ésta es la muerte segunda, el estanque de fuego. 15 Todo el que no
figuraba escrito en el libro
de la vida era arrojado al estanque de fuego.

Instauración de un mundo nuevo: la nueva creación

La Jerusalén mesiánica (21,1-22,5)

21

1 Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera
tierra desaparecieron, y el mar ya no existe. 2 Vi también la ciudad
santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo de parte de Dios,
ataviada como una novia que se engalana para su esposo. 3 Y oí una
fuerte voz procedente del trono que decía:
—*Ésta es la morada* de Dios con los hombres: *Habitará con ellos y*
ellos serán su pueblo, y Dios, habitando realmente en medio de ellos,
será su Dios. 4 *Y*
enjugará toda lágrima de sus ojos; y no habrá ya muerte, ni llanto, ni
lamento, ni dolor, porque todo lo anterior ya pasó.
5 El que estaba sentado en el trono dijo:
—Mira, hago nuevas todas las
cosas. Y añadió:
—Escribe: «Estas palabras son fidedignas y veraces».
6 También me dijo:
—Ya está hecho. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al
sediento le
daré de beber gratis de la fuente de agua viva. 7 El que venza heredará
estas cosas, y *yo seré para él Dios, y él será para mí hijo*. 8 En cambio, los
cobardes, incrédulos,
abominables y homicidas, fornicarios, hechiceros, idólatras y todos los
embusteros
tendrán su parte en el estanque que arde con fuego y azufre, que es
la muerte segunda.
9 Entonces vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas
llenas de
las siete plagas finales y habló conmigo:
—Ven, te mostraré a la novia, la esposa del Cordero.
10 Me llevó en espíritu a un monte de gran altura y me mostró la
ciudad santa, Jerusalén, que bajaba del cielo de parte de Dios, 11
reflejando la gloria de Dios: su
luz era semejante a una piedra preciosísima, como la piedra de jaspe,
transparente
como el cristal. 12 Tenía una muralla de gran altura con doce *puertas*, y
sobre las
puertas doce ángeles y unos *nombres* escritos que son los de las doce
tribus de los
hijos de Israel. 13 *Tres puertas al oriente, tres puertas al norte, tres*
puertas al sur y tres puertas al occidente. 14 La muralla de la ciudad tenía
doce pilares y en ellos los
doce nombres de los doce apóstoles del Cordero.
15 El que hablaba conmigo tenía una caña de oro para medir la
ciudad, sus puertas y su muralla. 16 El trazado de la ciudad era cuadrado:
su longitud era tanta
como la anchura. Midió la ciudad con la caña y tenía doce mil estadios; su
longitud,

anchura y altura eran iguales. [17] Midió también la muralla: tenía ciento
cuarenta y cuatro codos, según la medida humana usada por el ángel.
[18] Las piedras de su muralla eran de jaspe, y la ciudad era de oro puro
parecido al cristal puro. [19] Los
pilares de la muralla de la ciudad estaban adornados con toda clase de
piedras
preciosas: el primer pilar era de jaspe, el segundo de zafiro, el tercero de
calcedonia, el cuarto de esmeralda, [20] el quinto de sardónica, el sexto de
cornalina,
el séptimo de crisólito, el octavo de berilo, el noveno de topacio, el décimo
de
crisoprasa, el undécimo de jacinto y el duodécimo de amatista. [21] Las doce
puertas
son doce perlas. Cada una de las puertas estaba hecha de una sola perla.

La plaza de la ciudad era de oro como cristal transparente. 22 Pero no vi
templo alguno en ella, pues su templo es el Señor Dios omnipotente y el
Cordero. 23
La ciudad no tiene necesidad de que la alumbren el sol ni la luna: la
ilumina la gloria
de Dios y su lámpara es el Cordero. 24 A su luz caminarán las naciones, y
los reyes de la tierra le rendirán su gloria. 25 Sus puertas no se cerrarán en
todo el día, porque allí no habrá noche. 26 Llevarán a ella la gloria y las
riquezas de las naciones, 27
pero no entrará nada profano, ni el que comete abominación y falsedad,
sino los que
están escritos en el libro de la vida del Cordero.

22

1 Me mostró el río de agua de la vida, claro como un cristal, procedente del
trono de
Dios y del Cordero. 2 En medio de su plaza, y en una y otra orilla del río,
está el
árbol de la vida, que produce frutos doce veces: cada mes da fruto; y las
hojas del
árbol sirven para sanar a las naciones. 3 Ya no habrá nada maldito. En ella
estará el trono de Dios y del Cordero, y sus siervos le darán culto, 4 verán
su rostro y llevarán su nombre grabado en la frente. 5 Ya no habrá noche:
no tienen necesidad de luz de
lámparas ni de la luz del sol, porque el Señor Dios alumbrará sobre ellos y
reinarán
por los siglos de los siglos.

Conclusión de las visiones
(22,6-15)

6 Y me dijo:
—Estas palabras son fidedignas y veraces. El Señor, Dios de los
espíritus de los profetas, ha enviado su ángel para manifestar a sus
siervos las cosas que van a
suceder pronto. 7 Mira, vendré enseguida. Bienaventurado el que guarde
las
palabras de la profecía de este libro.
8 Yo, Juan, soy quien ha oído y visto estas cosas. Al oírlas y verlas,
me postré en adoración a los pies del ángel que me las había mostrado. 9
Pero él me dijo:
—¡No, no lo hagas! Yo soy compañero de servicio tuyo y de tus
hermanos los
profetas y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios.
10 También me dijo:
—No selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo
está
cerca. 11 El injusto, que cometa aún injusticias; el sucio, que se manche
aún más; el justo, que siga practicando la justicia; y el santo, que se
santifique todavía más. 12
Mira, vendré pronto con mi recompensa, para dar a cada uno según haya

sido su
conducta. [13] Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último, el principio y el fin. [14]
Bienaventurados los que lavan sus vestiduras para tener derecho al árbol de la vida
y entrar por las puertas de la ciudad. [15] Fuera los perros, los hechiceros, los impuros, los homicidas, los idólatras y todo el que ama y practica la mentira.

IV. EPÍLOGO

(22,16-21)

[16] Yo, Jesús, he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas que se refieren a las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella radiante de la mañana.

Oración del Espíritu y la esposa
Advertencias y despedida
(22,17-21)

17 El Espíritu y la esposa dicen:
«¡Ven!» Y el que oiga, que diga:
«¡Ven!»
vida Y el que tenga sed, que venga; el que quiera que tome gratis el agua
. de la

18 Yo doy testimonio a todo el que oiga las palabras proféticas de este libro.
Si alguien añade algo a ellas, Dios enviará sobre él las plagas descritas en este libro. 19 Y si alguien quita alguna de las palabras de este libro profético, Dios le quitará su parte en el árbol de la vida y en la ciudad santa que se han descrito en este libro.
20 El que da testimonio de estas cosas dice: «Sí, voy enseguida».
Amén. ¡Ven, Señor Jesús!
21 La gracia del Señor Jesús esté con todos.

1,1-3 «Revelación de Jesucristo» (v. 1). El libro contiene la revelación que Jesucristo resucitado y glorioso hace a su Iglesia a través del apóstol San Juan. Tras una introducción con el título de la obra, destinatarios y origen divino de su contenido (1,1-20), vienen las cartas a las siete iglesias (2,1-3,22) y la exposición de los designios divinos relativos al futuro del mundo y de la Iglesia (4,1-22,21).

Jesucristo sigue hablando a su Iglesia mediante los Apóstoles, ahora por medio de San
Juan (vv. 1-2). Al decir «pronto», el autor no quiere precisar una fecha inmediata, sino fortalecer la esperanza y transmitir la certeza de que Cristo va a vencer el mal
definitivamente, porque su victoria ya ha comenzado a realizarse. Feliz quien así lo crea y
permanezca fiel.

§ 1,4-3,22 El libro va dirigido a la totalidad de la Iglesia, representada en esas siete iglesias
del Asia Menor. El autor sagrado expone primero cómo recibe la revelación divina y el mandato de comunicarla (1,4-20), y después lo que el Señor dice a cada iglesia en su situación específica: lo que corrige y lo que promete a los que venzan el mal.

1,4-8 La revelación viene de Dios todopoderoso y omnisciente –así lo indica el nombre
divino (el «que es, que era y que va a venir») y los espíritus que le sirven (v. 4)–, y de Jesucristo muerto y resucitado, Dueño de la historia, Redentor del hombre y Señor de su Iglesia.

El Señor no se contentó con librarnos de nuestros pecados, sino que nos hizo participar de su dignidad real y sacerdotal. Por eso merece la alabanza por los siglos. «Los
bautizados, en efecto, por el nuevo nacimiento y por la unción del Espíritu Santo, quedan consagrados como casa espiritual y sacerdocio santo, para que ofrezcan, a través de las obras propias del cristiano, sacrificios espirituales y anuncien las maravillas del que los
llamó de las tinieblas a su luz admirable» (C. Vat. II, Lum. gent. 10).

Aunque el texto dice, en presente, «viene rodeado de nubes» (v. 7) se ha de entender en futuro: el profeta contempló las cosas venideras como si ya estuvieran presentes (cfr Dn
7,13). Será el día del triunfo definitivo de Cristo, cuando aquellos que le

crucificaron, «los
que le traspasaron» (Za 12,10; cfr Jn 19,37), y los que le hayan rechazado a lo largo de la historia, verán atónitos la grandeza y la gloria del Crucificado.
1,9-20 La isla de Patmos era un lugar de prisión. El domingo (v. 10) es el día establecido
por la Iglesia como sagrado desde la época apostólica –en lugar del sábado de la Ley Mosaica–, por ser el día en que resucitó Jesucristo. La escena de la visión tiene un colorido litúrgico, dejando entender que el autor recibe la visión durante la celebración de una liturgia dominical, y mostrando así que la liturgia de la tierra está unida a la del Cielo.

En la visión, los candelabros (v. 12) representan a las iglesias en oración, recordando el candelabro de los siete brazos –la menoráh–, que lucía en el Templo de Jerusalén.
Jesucristo, como Hijo del Hombre (cfr Dn 7,13), es el Juez escatológico, y los rasgos de su

figura simbolizan su sacerdocio («la túnica hasta los pies»: cfr Ex 28,4; Za 3,4); su realeza («una banda de oro»: cfr 1 M 10,89); su eternidad («los cabellos blancos»: cfr Dn 7,9); su ciencia divina («ojos como una llama de fuego»: cfr 2,18); y su poder («pies semejantes al metal»: cfr Dn 10,6; «un estruendo de muchas aguas»: cfr Ez 43,2). El Señor tiene en su mano las iglesias como signo de su protección sobre ellas.

2,1-7 Éfeso era la mayor metrópoli del Asia Menor y tenía la preeminencia entre las iglesias de la región. Cristo le habla como el Señor de todas ellas; alaba su paciencia y fortaleza en mantener la fe verdadera, y le corrige su pérdida de fervor para que no pierda su preeminencia. Los nicolaítas (v. 6), al parecer, mantenían la posibilidad de unir la vida cristiana con el culto a los ídolos. «No le acusó de falta de caridad –comenta San Francisco de Sales–, sino de que no era como al principio, tan fervoroso, tan dispuesto, tan fecundo, así como solemos declarar de un hombre que de valiente, jovial y gallardo se ha trocado en abatido, triste y decaído» (Trat. amor de Dios 4,22).

2,8-11 Ante esta iglesia, implantada en una ciudad que se distinguía por el culto que allí se daba al emperador, Cristo se presenta como verdadero Dios, «el Primero y el Último» (v. 8). Anima a los cristianos a mantenerse firmes en medio de la persecución levantada contra ellos por algunos judíos.

2,12-17 En Pérgamo había, entre otros muchos templos paganos, un altar monumental dedicado a Zeus. Los cristianos eran tentados a participar en los cultos paganos. Algunos de ellos incluso lo recomendaban, como hiciera Balaán a los judíos (cfr. Nm 31,16). Se les recuerda que Cristo es el juez que tiene la espada.

2,18-29 Tiatira era una pequeña ciudad con industrias de fundición, tejidos y tintorería. De ella procedía Lidia (cfr Hch 16,13-15). Cristo es presentado a aquellos cristianos como el Hijo de Dios con poder y se les exhorta a rechazar las conductas idolátricas.

3,1-6 Sardes era un importante nudo de comunicaciones y tenía un ambiente moral relajado. A la comunidad cristiana le es presentado Cristo como aquel que envía el Espíritu capaz de transformar interiormente. Se acusa a Sardes de aparecer como cristiana, cuando muchos de sus miembros viven en pecado y sin vida interior.

3,7-13 Filadelfia era la puerta de acceso a la región de Frigia. Había sufrido un terremoto el año 17 a.C. y al ser reconstruida se le cambió el nombre a Neocesarea, que pronto cayó en desuso. En este contexto, el nombre que aquí se promete (cfr v. 12) permanecerá para siempre. A los fieles de aquella ciudad se les recuerda que Cristo tiene las llaves del Reino de Dios, y se les asegura la conversión de muchos judíos.

3,14-22 Laodicea era una ciudad próspera. Cerca había fuentes termales. Cristo es presentado como verdadero Dios fiel a sus promesas y exige un amor encendido. «Lucha contra esa flojedad que te hace perezoso y abandonado en tu vida espiritual. —Mira que puede ser el principio de la tibieza..., y, en frase de la Escritura, a los tibios los vomitará Dios» (S. Josemaría Escrivá, Camino 325).

§ 4,1-22,21 Tras el mensaje de Cristo a cada una de las iglesias, viene expuesto el proyecto de Dios sobre la humanidad y sobre la Iglesia, tal como se le ha manifestado al autor del libro en forma de visiones. Comienza con una grandiosa visión celeste que sirve de introducción a las demás (4,1-5,14). Siguen otras en las que se contemplan los acontecimientos de la historia previos al combate final (6,1-11,14), y culmina con las visiones de ese combate en el que el mal es definitivamente vencido, y el Reino de Dios y la Jerusalén celeste se manifiestan en todo su esplendor (11,15-22,15). Concluye con un epílogo en el que se ratifica el contenido del libro (22,16-21).

4,1-5,14 Esta gran visión del Cielo incluye a Dios en su gloria (4,1-11) y a Cristo resucitado,
que revela al hombre los misteriosos designios divinos (5,1-14).
4,1-11 Aparecen imágenes tomadas del Antiguo Testamento: el trono recuerda las visiones
de Is 6,1 y Ez 1,26-28; el arco iris como señal de Alianza de Dios se encuentra en Gn
9,7-17; los relámpagos aparecen en la teofanía del Sinaí (Ex 19,16); el mar de cristal y los cuatro seres forman parte de la descripción del templo de Jerusalén en 1 R 7,23-26 y Ez
10,14. Con estas imágenes, y otros simbolismos como los de los colores, se describe la
majestad de Dios y la alabanza que recibe en el Cielo por parte de los Patriarcas y los Apóstoles. La Iglesia se une en su liturgia a esa alabanza: «Nuestra unión con la Iglesia del cielo se realiza de la manera más noble cuando celebramos las alabanzas de la grandeza
de Dios con alegría compartida, sobre todo en la sagrada liturgia, en la que la fuerza del

Espíritu Santo actúa en nosotros por medio de los sacramentos. En ella todos los redimidos por la sangre de Cristo de todo linaje, lengua, pueblo y nación, reunidos en una única Iglesia, proclamamos la grandeza de Dios, uno y trino, con el mismo cántico de alabanza» (C. Vat. II, Lum. gent. 50).

5,1-14 El libro sellado simboliza el designio divino sobre cada hombre y sobre la historia.
Quien no lo conoce está sumido en la oscuridad y en la angustia. Pero Cristo, por su condición divina, su obra redentora en la cruz y su victoria sobre la muerte, ha desvelado al hombre esos designios. «Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación» (C. Vat. II, Gaud. et sp. 22). Cristo glorioso merece la misma adoración que el Padre.

6,1-11,14 Con la imagen del Cordero que va abriendo sucesivamente los siete sellos
(6,1-7,17), el autor del Apocalipsis va mostrando el sentido profundo de la historia bajo el señorío de Cristo y el significado de las desgracias que afligen a la humanidad. La expectación va en aumento a medida que se acerca la apertura del séptimo sello (cfr 8,1). Cuando llega, comienzan a sonar, también sucesivamente, siete trompetas, símbolo de la voz divina (8,2-11,14). Sólo cuando suene la última trompeta se revelará el misterio del final (cfr 10,7); entretanto, se mantiene el «suspense» del lector que va percibiendo la mano y el poder de Dios a lo largo de la historia.

6,1-17 Al abrirse los cuatro primeros sellos (vv. 1-8) aparecen cuatro jinetes. El primero
simboliza a Jesucristo y los otros tres la guerra, el hambre y la peste. Al abrirse el quinto sello (v. 9) se desvela la gloria de los mártires, y al abrirse el sexto (v. 12), las tribulaciones anunciadas por Jesús para el fin del mundo. «El inspirado evangelista no sólo vio las ruinas ocasionadas por el pecado, la guerra, el hambre y la muerte; vio también, en primer lugar, la victoria de Cristo. No cabe la menor duda de que la marcha de la Iglesia a través de los siglos es un via crucis, pero también ha sido siempre una marcha triunfal. La Iglesia de Cristo, los hombres de la fe y del amor cristianos, son siempre los que llevan la luz, la redención y la paz a la humanidad sin esperanza. Jesucristo ayer y hoy y el mismo por los siglos» (Pío XII, Aloc. 15-XI-1946).

7,1-17 El suspense aumenta mediante la inserción de dos visiones antes de abrirse el
séptimo sello. La primera visión (vv. 1-8) muestra la protección divina sobre los cristianos: son una gran multitud –ciento cuarenta y cuatro mil– que forma el nuevo Pueblo de Dios. La segunda visión (vv. 9-17) muestra la situación gloriosa de la que gozan los redimidos por Cristo tras la muerte. «La sangre del Cordero que se ha inmolado por todos ha ejercitado en cada ángulo de la tierra su universal y eficacísima virtud redentora, aportando gracia y salvación a esa “muchedumbre inmensa”. Después de haber pasado por las pruebas y de ser purificados en la sangre de Cristo, ellos –los redimidos– están a salvo en el Reino de Dios y lo alaban y bendicen por los siglos» (Juan Pablo II, Hom. 1-XI-1981).

8,1-6 El silencio que se produce tras abrirse el séptimo sello es signo de la expectación
ansiosa ante lo que va a desvelarse. Es un silencio que da cabida a la oración de los santos simbolizada en los perfumes: «La contemplación es silencio, este “símbolo del mundo venidero” (S. Isaac de Nínive, Tract. myst. 66) o “amor silencioso” (S. Juan de la Cruz). Las palabras en la oración contemplativa no son discursos, sino ramillas que alimentan el fuego del amor. En este silencio, insoportable para el hombre “exterior”, el Padre nos da a conocer a su Verbo encarnado, sufriente, muerto y resucitado, y el Espíritu filial nos hace participes de la oración de Jesús» (CCE 2717).

8,7-9,21 El sonar de las trompetas significa la voz de Dios que anuncia y realiza el castigo
por los pecados de la humanidad. Las cuatro primeras trompetas (8,7-12) anuncian calamidades similares a las causadas por las plagas en Egipto, aunque mucho mayores. Ahora las desgracias vendrán sobre los elementos creados por Dios: la tierra, el mar, las aguas de la tierra y los espacios

siderales.

El motivo del águila (8,13), símbolo quizá de un ángel, crea un ambiente de expectación y ansiedad ante lo que traerá el sonar de las tres trompetas restantes.

El toque de la quinta y sexta trompetas afecta directamente a los hombres; sus efectos son más horrorosos que los anteriores (9,1-21). La estrella caída simboliza a Satanás (cfr Lc 10,18), al que Dios permite liberar por un tiempo a los demonios que, según el pensar de la época, habitan en los abismos, para que hagan daño con tormentos y enfermedades a

los hombres que no reconocen a Dios. Al aspecto terrorífico de los demonios se une el nombre de su jefe que significa destrucción (9,11). Al final del Apocalipsis, el autor contempla que, tras la victoria de Cristo, Satanás y sus secuaces serán de nuevo encerrados en el pozo del abismo (cfr 20,1-3).

Aparecen los ángeles terribles de la muerte (9,15). A éstos sólo puede mandarlos Dios. La razón última de los castigos descritos –como en el caso de las llamadas a penitencia
dirigidas a las iglesias del Asia Menor (cfr 2.5.16.21; 3,3; etc.)– es mover a los hombres a conversión. Pero los hombres siguen siendo pertinaces: se apartan de Dios y se entregan a los ídolos, auténticos espantajos frente a la grandeza infinita del Dios vivo (cfr p. ej. Sal 115; Jr 10,3-5). Con todo, el resultado del castigo es, a veces, un mayor endurecimiento de los
corazones, como le sucedió al faraón cuando no dejó salir a los israelitas de Egipto.

10,1-11 Antes de describir el toque de la séptima trompeta el autor sagrado intercala una
visión tenida en la tierra. De esta forma aumenta el misterio y prepara al lector para enfrentarse a lo que sucederá cuando llegue el tercer «¡Ay!» y suene la séptima trompeta que anuncia los acontecimientos finales (cfr 11,14-15). El hombre no puede conocer la totalidad de los planes de Dios, proclamada en los siete truenos, pero sí lo que Dios revela a Juan el vidente. Esa revelación está representada en el pequeño libro abierto, distinto del libro que aparecía en 5,2. Ahora es símbolo de la revelación divina a los profetas. La imagen de comer un escrito ya estaba en Ez 2,8-3,3. Significa que Dios habla mediante la Sagrada Escritura prometiendo bendición y castigo. El lector ha de tener por verdadero lo que lee en el libro.

11,1-14 Estos versículos contienen la profecía del vidente que ha comido el pequeño libro.
Se refieren a la tribulación de la Iglesia, como preámbulo de los acontecimientos finales: los que seguirán a la séptima y última trompeta (11,15 ss.). La Iglesia está simbolizada en el Santuario y en el altar de Jerusalén, a los que Dios protege. El resto de la ciudad es la humanidad que no pertenece a la Iglesia y ante la que ésta da testimonio hasta sufrir martirio. Los dos testigos simbolizan el testimonio de la Iglesia. La tribulación la causan en último término las fuerzas del mal, es decir, la bestia, figura del Anticristo, que hace su aparición en la Ciudad Santa (v. 7).

Durante un tiempo determinado –el tiempo de la historia simbolizado por los cuarenta y dos meses, los mil doscientos sesenta días o los tres días y medio– hay momentos en los
que prevalecen las fuerzas adversas que llevan a muchos a la prevaricación. Simultáneamente, aparecen los testigos del verdadero Dios, que predican penitencia (vv.
3-6), y por eso son martirizados con gran regocijo de sus adversarios (vv. 7-10). Pero Dios interviene en favor de esos mártires, subiéndolos al Cielo y diezmando de muerte a sus enemigos; por temor, los supervivientes reconocen a Dios (vv. 11-13).

11,15-22,15 El sonar de la séptima trompeta abre una nueva sección en la que se van a
presentar, en primer lugar la culminación del enfrentamiento entre Satanás y los poderes del mal contra Cristo y la Iglesia (12,1-16,16); a continuación, los combates definitivos, y, tras la victoria de Cristo, el establecimiento total de su reinado (16,17-22,5).

11,15-19 Estos versículos, que proclaman la llegada definitiva del reinado de Cristo, son
como una introducción a toda la sección. Las voces celestes, expresión de la revelación divina, anuncian que se ha consumado el designio de Dios de que Cristo reine eternamente sobre todo el universo. Se cumplen así las palabras del Salmo 2. En efecto, la Iglesia
«constituye el germen y el comienzo de este Reino en la tierra. Mientras va creciendo poco a poco, anhela la plena realización del Reino y espera y desea con todas sus fuerzas
reunirse con su Rey en la gloria» (C. Vat. II, Lum. gent. 5). El triunfo final de

Cristo se ve ya presente, y ante esa revelación brotan la adoración y la acción de gracias del entero Pueblo de Dios, representado por los veinticuatro ancianos (cfr 4,4). La visión ahora contempla la morada de Dios y descubre que Dios mantiene su Alianza.

12,1-18 La fidelidad de Dios a su Alianza se manifiesta en la victoria de Cristo y de la Iglesia sobre las fuerzas del mal. El enfrentamiento definitivo se describe con la lucha entre el dragón o serpiente y las bestias, de un lado, y el Mesías, la Mujer y sus hijos, del otro (cfr 12,1-13,18). A continuación aparecerá el Cordero, Cristo glorioso, y se anunciará el momento del Juicio (cfr 14,1-20). Éste se va a desarrollar al hilo de siete copas o plagas (cfr 15,1-16,16). Con la séptima se dará paso a una nueva presentación de los contendientes, y a los combates finales (cfr 16,17-20,15).

Se narran tres combates en los que participa la serpiente: 1) contra el Mesías que nace de la Mujer (vv. 1-6); 2) contra San Miguel y sus ángeles (vv. 7-12); 3) contra la Mujer y el resto de sus hijos (vv. 13-17). Los combates no se presentan en sucesión cronológica, sino como cuadros colocados uno junto a otro, por su profunda relación entre sí: siempre, el mismo enemigo, el diablo, lucha contra los proyectos de Dios y contra aquellos de los que Dios se sirve para realizarlos.

La figura de la Mujer es caracterizada con rasgos que son aplicables a Israel, a la Iglesia y a la Santísima Virgen. El pasaje se ilumina y enriquece a la luz del conjunto de la Revelación, en la que se nos enseña que la Virgen María personifica tanto a Israel como a la Iglesia (cfr Lc 1,26-31; 2,35; Ga 4,24). Mientras la Iglesia peregrine en la tierra «la Madre de Jesús, glorificada ya en los cielos en cuerpo y alma, es la imagen y comienzo de la Iglesia que llegará a su plenitud en el siglo futuro. También en este mundo, hasta que llegue el día del Señor, brilla ante el Pueblo de Dios en marcha, como señal de esperanza cierta y de consuelo» (C. Vat. II, Lum. gent. 68).

13,1-10 Satanás, la serpiente antigua, lanza su ataque por medio de las bestias a las que comunica su poder (v. 1; cfr 13,11). Éstas representan los poderes históricos en los que de una u otra forma se encarnan las fuerzas del mal. La primera bestia (vv. 1-10) simboliza el poder político exacerbado hasta suplantar a Dios; la segunda (cfr 13,11-12), aquellas fuerzas del mal que defienden, justifican y propagan. tal deificación del poder, mostrándolo como bueno. Las bestias, presentadas con rasgos tomados de las descripciones que los profetas hacían de los enemigos de Israel, aluden de forma inmediata al Imperio romano; pero éste es considerado a la vez, en algunos aspectos, como instrumento de una potencia diabólica que, traspasando aquel tiempo concreto, se cierne constantemente sobre el hombre y se manifiesta con más fuerza a medida que se avecina el final de la historia. «La idolatría es una forma extrema del desorden introducido por el pecado. Al sustituir la adoración del Dios vivo por el culto de la creatura, falsea las relaciones entre los hombres y conlleva diversas formas de opresión» (Cong. Doc. Fe, Libert. consc. 39).

13,11-18 Más adelante (cfr 16,13; 19,20) esta segunda bestia será identificada con el falso profeta, ya que, en efecto, su papel es seducir a los hombres para que adoren a la primera bestia. Realiza, con el poder del mal, prodigios semejantes a los de los profetas –como Elías, que hizo bajar fuego del cielo (cfr 1 R 18,38)–, e incluso parece imitar la fuerza del Espíritu que da vida, animando las imágenes de la bestia. Ésta es símbolo de los regímenes e ideologías que rechazan a Dios y exaltan falsamente al hombre. Es el materialismo engañoso que «si a veces habla también del “espíritu” y de las “cuestiones del espíritu”, por ejemplo en el campo de la cultura o de la moral, lo hace solamente porque considera algunos hechos como derivados (epifenómenos) de la materia (...). Según esta interpretación, la religión puede ser entendida solamente como una especie de “ilusión idealista”, que ha de ser combatida con los modos y métodos oportunos, según los lugares y circunstancias históricas, para eliminarla de la sociedad y del corazón mismo del hombre» (Juan Pablo II, Dom. et Viv. 56).

14,1-5 Se presenta ahora al Cordero, Cristo; después (14,6-20) se hablará del Juicio como anticipación de su victoria. Frente a los poderes del mundo que se oponen a Dios y a la Iglesia, inducidos por Satanás, está Cristo resucitado con los suyos, que cantan su gloria y su triunfo. El monte Sión representa a la Iglesia protegida por Cristo y congregada en torno a Él. Allí están los que pertenecen a Cristo y al Padre, y llevan por tanto su marca: hijos de Dios. Son un número incalculable, pero completo en sí mismo y establecido en la mente de Dios: el Pueblo de Dios representado en una cifra que es el resultado de multiplicar 12 (las tribus) por 12 (los Apóstoles) por 1.000 (número desorbitado) (cfr 7,3-8). No están todavía en el cielo, sino en la tierra, desde donde alaban a Dios uniéndose a la liturgia celeste.

14,6-13 Tres ángeles anuncian el Juicio; Cristo, el Hijo del hombre, lo pronunciará (14,14); y
otros tres ángeles lo ejecutarán (14,15-20). Todos los hombres son capaces de reconocer y amar a su Creador: quienes así lo hagan serán premiados el día del Juicio. Éste es el
«evangelio eterno» (v. 6).
14,14-20 La descripción anticipada del Juicio Final se presenta en dos escenas: la siega (cfr
vv. 14-16) y la vendimia (cfr vv. 17-20), siguiendo la profecía de Joel acerca del Juicio de Dios sobre los pueblos enemigos de Israel: «¡Despiértense y suban las naciones al valle de Josafat! Que allí me sentaré yo para juzgar a todas las naciones circundantes. Meted la

hoz, porque la mies está madura; venid, pisad, que el lagar está lleno, y las cavas rebosan, tan grande es su maldad. (Jl 4,12-13).

15,1-4 La tercera señal (cfr las otras dos en 12,1.3) anuncia la llegada del desenlace final de la tensión existente entre los poderes del mal y la Iglesia de Jesucristo. Este desenlace se presenta con el simbolismo del número siete repetido por tercera vez, tras los siete sellos (cfr 5,1) y las siete trompetas (cfr 8,2). El mar de cristal puede recordar la salvación del Éxodo (cfr Sb 19,6-7) o el mar de bronce para las purificaciones del Templo de Jerusalén (cfr 4,6-7). En cualquier caso, una vez más la oración de alabanza de la Iglesia precede a la intervención de Dios. «La alabanza es la forma de orar que reconoce de la manera más directa que Dios es Dios. Le canta por Él mismo, le da gloria no por lo que hace, sino por lo que Él es. Participa en la bienaventuranza de los corazones puros que le aman en la fe antes de verle en la Gloria» (CCE 2639).

15,5-16,21 La tienda (15,5), como el arca en 11,19, simboliza la presencia de Dios, que actúa definitivamente mediante sus ángeles. las siete copas de oro son el instrumento para arrojar las plagas sobre el mundo: por eso se dice que están llenas del furor de Dios, esto es, están colmadas de la justicia divina que se va a manifestar plenamente. De ahí que las copas de oro sean a la vez símbolo de las oraciones de los santos –que motivan la intervención divina (cfr 5,8)– y de sus consecuencias: victoria del bien y castigo de los poderes del mal. Su contenido no se identifica propiamente con las plagas, sino con los efectos de la oración: la actuación de Dios que lleva consigo el consuelo –como un perfume– para los justos, y el castigo –el furor de Dios–, para los que siguen a la bestia, los que obran la iniquidad.

Las imágenes para expresar los castigos se inspiran en las plagas de Egipto. Las cuatro primeras intervenciones se relacionan con elementos de la naturaleza (cfr 16,2-9 y 8,7-13), la quinta y la sexta con fuerzas o poderes que actúan en la historia (cfr 16,10-16 y 9,1-21), y la séptima representa la culminación final. Ahora los castigos afectan no sólo a una tercera parte de los elementos, sino a la totalidad. El pecado va en aumento. Los males son fruto del pecado, y la ira de Dios se manifiesta entregando a los hombres a las apetencias de sus corazones idólatras (cfr Rm 1,18-32). A medida que avanza la historia de la humanidad parece que va creciendo también la manifestación del pecado, cuyos efectos son las nuevas plagas que se ciernen sobre el mundo. «Es necesario añadir que en el horizonte de la civilización contemporánea –especialmente la más avanzada en sentido técnico-científico– los signos y señales de muerte han llegado a ser particularmente presentes y frecuentes. Baste pensar en la carrera armamentista y en el peligro, que la misma conlleva, de una autodestrucción nuclear. Por otra parte, se hace cada vez más patente a todos la grave situación de extensas regiones del planeta marcadas por la indigencia y el hambre que llevan a la muerte. Se trata de problemas que no son sólo económicos, sino también y ante todo éticos. Pero en el horizonte de nuestra época se vislumbran “signos de muerte” aún más sombríos; se ha difundido el uso –que en algunos lugares corre el riesgo de convertirse en institución– de quitar la vida a los seres humanos aun antes de su nacimiento, o también antes de que lleguen a la meta natural de la muerte» (Juan Pablo II, Dom. et Viv. 57).

17,1-18 El toque de la séptima trompeta (11,15) ha revelado quienes son los protagonistas de la lucha (12,1-18), y cómo ésta se desarrolla mediante el testimonio de la Iglesia (13,1-18) salvada por Jesucristo (14,1-20), quien tiene el poder de juzgar y

castigar (15,1-8). Ahora se presentan, contemplados más de cerca, los enemigos de Dios –la ramera y la
bestia– y su castigo (18,1-24). La gran ramera es la ciudad de Roma, descrita como en
enigma (v. 9) con imágenes que en el libro de Isaías se aplicaban a Tiro y Nínive (cfr Is
23,16-17; Na 3,4). Las muchas aguas, como se explica en 17,15, representan los pueblos sobre los que domina la gran ramera. Se le llama también Babilonia, por ser esta urbe el símbolo de las ciudades enemigas de Dios (cfr 17,5; Is 21,9; Jr 51,1-19), y prototipo de lujuria. La bestia, con sus cabezas y cuernos, designa al anticristo como encarnado en los
emperadores que persiguen a la Iglesia. De ellos, el sexto, el que vive cuando escribe San Juan, sería Domiciano (años 81-96), y los cinco primeros: Calígula (37-41), Claudio (41-54), Nerón (54-68), Vespasiano (69-79) y Tito (79-81); el séptimo sería Nerva (96-98). La bestia hace el número ocho, aunque el autor la identifica con uno de los siete (v. 11):
probablemente con Nerón, que según una leyenda del tiempo iba a reaparecer. Los diez

reyes (v. 12) simbolizan a los que Roma constituía reyes en las naciones conquistadas, quedando bajo el poder y el control del emperador.
18,1-24 Se contempla la caída y ruina de Roma, según el uso profético de vaticinar un
acontecimiento futuro como si ya hubiera ocurrido: se anuncia su caída (vv. 1-3), se exhorta al Pueblo de Dios a alejarse de ella y de sus depravaciones, causa de los castigos (vv. 4-8), y se describen los lamentos de los que colaboran con ella (vv. 9-17). Por último se manifiesta el gozo de cuantos sufrieron bajo su yugo y ahora contemplan la justicia de Dios (v. 20). Entre los pecados que se achacan a la gran ciudad y que han causado su ruina, figura el lujo desenfrenado (cfr vv. 7,12-14). Situaciones de este tipo conducen a la degradación y autodestrucción de una sociedad, como puede observarse en la historia de las civilizaciones y en nuestros días. El afán de consumismo y de poseer es, sin duda, una de las lacras de nuestra época. Ya lo denunciaba Pío XI al decir que «la gran enfermedad de la Edad Moderna, fuente principal de los males que todos deploramos, es la falta de reflexión, aquella efusión continua y verdaderamente febril hacia las cosas externas, esa
inmoderada ansia de riquezas y placeres, que poco a poco debilita en los ánimos los más nobles ideales y los sumerge en las cosas terrenas y transitorias y no les permite levantarse a las consideraciones de las cosas eternas» (Mens nostr. 5).
19,1-10 La alegría de los justos al ser abatido el poder que los perseguía, se manifiesta en
alabanzas que culminan en el grito de «¡Aleluya!» (alabad al Señor), y que cantan, unidos a la Iglesia celeste, no sólo la destrucción y superación del mal, sino la plena instauración del Reino de Dios, que es amor y se manifiesta en un banquete de bodas, en las nupcias ya inminentes del Cordero. Con esas nupcias, contempladas desde la perspectiva del final de la historia, se está mostrando a la Iglesia de todos los tiempos, junto con el objetivo y la tarea cotidiana de los cristianos: preparar su vestido nupcial –mediante las buenas obras, la alabanza y la vida santa– para entrar en el banquete de bodas.
19,11-21 A la narración profética, en forma de anuncio, de la caída de Roma, sigue la
descripción de Cristo, que se muestra con poder (vv. 11-16) y vence definitivamente a las fuerzas del mal, que alimentaban a la gran ciudad. La derrota de esas fuerzas es presentada en orden inverso al de su aparición a lo largo del libro: en una primera fase son vencidos los reyes de la tierra (vv. 17-18), luego lo serán la bestia y el falso profeta (vv.
20-21; cfr 17,16-17); finalmente, en un segundo combate escatológico, será vencida la serpiente antigua o Satanás (cfr 20,1-10; 13,2). Sólo entonces se celebrará el Juicio
Universal (20,11-15). La visión de Cristo glorioso y vencedor (vv. 15-16) es parecida a la
que hay al comienzo del libro: fijándose en las diversas partes del cuerpo, aunque sin seguir un esquema rígido (cfr 1,5.12-16), lo identifica con el jinete que monta un caballo blanco.
mencionado justamente al abrirse el primero de los siete sellos (cfr 6,2). «A través de toda
la historia del hombre se extiende una dura batalla contra los poderes de las tinieblas que, iniciada ya desde el origen del mundo, durará hasta el último día según dice el Señor.
Inserto en esta lucha, el hombre debe combatir continuamente para adherirse al bien, y no sin grandes trabajos, con la ayuda de la gracia de Dios, es capaz de lograr la unidad en sí mismo» (C. Vat. II, Gaud. et sp. 37).
20,1-6 Han sucumbido la ramera –Roma– (18,1-24) y la bestia con su falso profeta –los
poderes perseguidores– (19,1-21); pero queda aún el dragón –Satanás– del que se habló
en el cap. 12, y cuya derrota comporta el desenlace final del combate allí iniciado. La batalla entre Satanás y Dios viene presentada en dos momentos: en el primero, Satanás es dominado y privado temporalmente de su poder (vv. 1-3); en el segundo se narra su último
ataque contra la Iglesia, y su destino final (20,7-10). Entre esos dos momentos se

sitúa el reinado de Cristo y de los suyos durante mil años (vv. 4-6). Este reino puede entenderse, con San Agustín, como el tiempo que transcurre desde la Encarnación del Hijo de Dios hasta su venida al fin de los siglos, tiempo en el que la actividad del demonio está recortada
y en cierto modo encadenada; aunque «quiere hacer daño, no puede porque este poder está bajo otro poder (...) ya que Quien da facultad al tentador, da también su misericordia al que es tentado. Ha limitado al diablo los permisos de tentar» (De Serm. Dom. in mont.
2,9,34). La «resurrección primera» (v. 6) es el Bautismo.
20,7-10 Dios permitirá que la acción diabólica sea especialmente intensa en los últimos
días. Así lo enseñó también el Señor, cuando predijo para ese tiempo una tribulación como no la hubo nunca (cfr Mt 24,21-22); San Pablo, por su parte, menciona al hombre inicuo que

llegará a sentarse en el Templo y a proclamarse Dios (cfr 2 Ts 2,3-8). Gog y Magog simbolizan terribles poderes devastadores (cfr Ez 38-39). El lanzamiento del diablo al estanque de fuego y azufre significa su derrota; con ella se termina la acción del mal sobre la tierra. Allí, junto con la bestia y el falso profeta, los impíos serán atormentados eternamente. Una vez más las Sagradas Escrituras enseñan la duración eterna del castigo (cfr p. ej. Mt 18,8; 25,41.46; Mc 9,43.48).

20,11-15 Derrotado el mal y quitada de en medio su raíz, el demonio, tendrán lugar la resurrección y el Juicio Universal. El Juicio viene descrito con la imagen de los libros: en unos están consignadas las acciones de los hombres (cfr Dn 7,10; Is 65,6; Jr 22,30; Mal 3,16; Sal 139,16); en otro especial, los nombres de los predestinados a la vida eterna (cfr Dn 12,1). Con la imagen de los libros, el Apocalipsis nos enseña dos verdades cuya relación siempre queda en el ámbito del misterio: la gracia de la predestinación y la libertad. La «muerte segunda» (v. 14) es la condenación eterna. Sobre la verdad del Juicio Final, enseña Pablo VI: «Subió (Cristo) al Cielo y vendrá de nuevo, esta vez con gloria, para juzgar a vivos y muertos, a cada uno según sus méritos: quienes hayan correspondido al Amor y a la Piedad de Dios irán a la vida eterna; quienes le hayan rechazado hasta el fin, al fuego inextinguible (...). Creemos en la vida eterna. Creemos que las almas de cuantos mueren en la gracia de Cristo, tanto los que todavía deben ser justificados en el Purgatorio, como las que desde el instante en que dejan los cuerpos son llevadas por Jesús al Paraíso como hizo con el Buen Ladrón, constituyen el Pueblo de Dios más allá de la muerte, la cual será definitivamente vencida en el día de la Resurrección, cuando esas almas se unirán de nuevo a sus cuerpos» (Cred. Puebl. Dios 12 y 28).

21,1-22,5 Eliminadas todas las fuerzas del mal, incluso la muerte, el autor contempla ahora, como momento culminante del libro, la instauración plena del Reino de Dios: un mundo nuevo sobre el que habitará la humanidad renovada –la nueva Jerusalén (vv. 1-4; cfr Is 65,12-25)–, y cuya llegada está garantizada por la Palabra del Dios eterno y todopoderoso (vv. 5-8). Esa humanidad –el Pueblo de Dios– es presentada como la Esposa del Cordero, y descrita detalladamente como una ciudad maravillosa en la que reinan Dios Padre y Cristo (21,9-22,5). La visión se asemeja a la del profeta Ezequiel cuando contemplaba la nueva Jerusalén y el futuro Templo (cfr Ez 40,1-42,20). Pero aquí se destaca que la Ciudad baja del cielo, expresando así que la instauración plena, y tan anhelada, del reino mesiánico se va a realizar por el poder de Dios y conforme a su voluntad. Los nombres de las tribus de Israel y de los Doce Apóstoles expresan la continuidad entre el antiguo Pueblo elegido y la Iglesia de Cristo, y al mismo tiempo indican la novedad de la Iglesia, que se asienta sobre los Doce Apóstoles del Señor (cfr Ef 2,20). La disposición de las puertas simboliza la universalidad de la Iglesia, a la que han de concurrir todas las gentes para alcanzar la salvación. En este sentido enseña San Agustín que «fuera de la Iglesia Católica se puede encontrar todo menos la salvación» (Serm. ad Caesar. 6). Sorprendentemente en ella no hay Templo, en contraste con la visión de Ezequiel, pues no habrá necesidad de un signo de la morada divina, ya que los bienaventurados verán a Dios y al Cordero cara a cara. Si el agua de la vida es símbolo del Espíritu Santo (cfr 21,6), con razón algunos Padres de la Iglesia y autores modernos ven en este pasaje una significación trinitaria: el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, representado por el río que surge del trono de Dios y del Cordero.

Este pasaje del Apocalipsis alimenta la fe y la esperanza de la Iglesia –no sólo en la generación contemporánea de Juan, sino a lo largo de toda la historia– mientras camina aún por este mundo. Así lo proclama el Concilio Vaticano II:

«Ignoramos el momento de la
consumación de la tierra y de la humanidad, y no sabemos cómo se transformará el universo. Ciertamente, la figura de este mundo, deformada por el pecado, pasa, pero se nos enseña que Dios ha preparado una nueva morada y una nueva tierra en la que habita la justicia y cuya bienaventuranza llenará y superará todos los deseos de paz que se levantan
en los corazones de los hombres. Entonces, vencida la muerte, los hijos de Dios serán resucitados en Cristo, y lo que fue sembrado en debilidad y en corrupción, se vestirá de incorruptibilidad; y, permaneciendo la caridad y sus obras, toda aquella creación que Dios hizo a causa del hombre será liberada de la servidumbre de la vanidad» (C. Vat. II, Gaud. et
sp. 39).

22,6-15 La maravillosa realidad descrita contrasta de tal modo con la situación presente de

la Iglesia peregrinante, que sólo es posible vislumbrarla por la fe en las palabras de quienes hablan de parte de Dios (vv. 6-9). San Juan tiene conciencia de haber escrito del mismo modo que hablaban los profetas, inspirados por el «Dios de los espíritus de los profetas» (v.
6). De ahí que su escrito se presente como «profecía». Una profecía pronunciada no como un secreto esotérico, sino para que todos la conozcan –el libro debe quedar abierto– y les ayude a convertirse, porque con la redención de Cristo ha comenzado la etapa final. Este es
el sentido del «van a suceder pronto» (v. 6). El pasaje es por ello una exhortación al continuo progreso en santidad (cfr v. 11). «No merece el nombre de bueno quien no aspira a ser mejor; y cuando empiezas a no querer ser mejor, entonces dejas de ser bueno» (S. Bernardo, Epist. 91).
22,16-21 Jesucristo ratifica de modo solemne la autenticidad del contenido profético del
libro. Después es ratificado por la Iglesia orante (v. 17), por el autor del escrito (vv. 18-19), y, de nuevo, antes del saludo epistolar, es confirmado por Cristo (v. 20).
22,17-21 La Esposa es la Iglesia que, en respuesta a la promesa de Cristo (cfr 22,12), ansía
ardientemente y suplica la venida del Señor. La Iglesia ora movida por el Espíritu Santo, de tal forma que las voces de ambos se funden en una misma llamada. Se invita a cada cristiano a unirse a esa misma oración, y a encontrar en la Iglesia el don del Espíritu, simbolizado en el agua de la Vida (cfr 21,6), que hace gustar anticipadamente los bienes del Reino.

Esta esperanza no es vana, pues está fundada en la victoria de Cristo y prefigurada en la de la Mujer: «La victoria sobre el "príncipe de este mundo" (Jn 14,30) se adquirió de una vez por todas en la Hora en que Jesús se entregó libremente a la muerte para darnos su Vida. Es el juicio de este mundo, y el príncipe de este mundo ha sido "echado abajo" (Jn 12,31;
Ap 12,11). "Él se lanza en persecución de la Mujer" (cfr Ap 12,13-16), pero no consigue alcanzarla: la nueva Eva, "llena de gracia" del Espíritu Santo es preservada del pecado y de la corrupción de la muerte (Concepción inmaculada y Asunción de la santísima Madre de
Dios, María, siempre virgen). "Entonces despechado contra la Mujer, se fue a hacer la guerra al resto de sus hijos" (Ap 12,17). Por eso, el Espíritu y la Iglesia oran: "Ven, Señor Jesús" (Ap 22,17.20), ya que su Venida nos librará del Maligno» (CCE 2853).